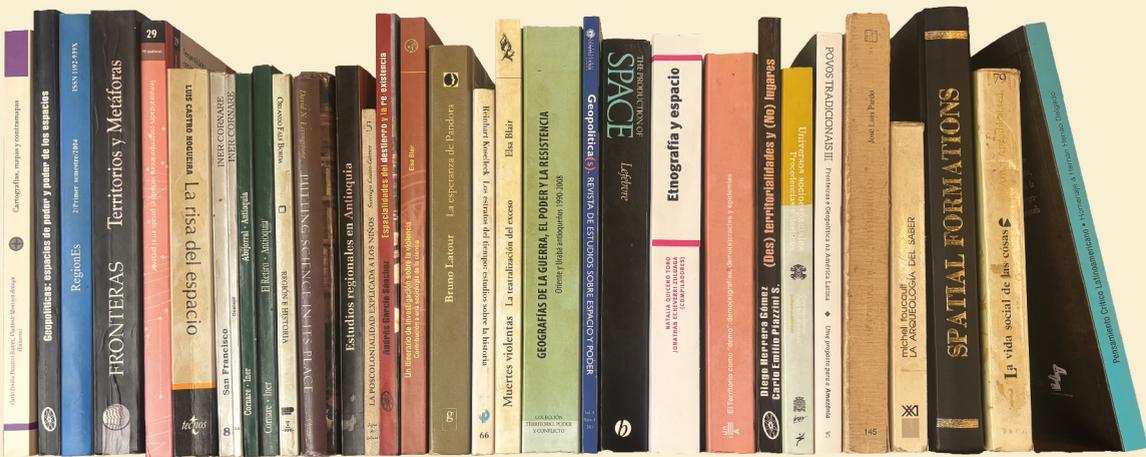


Lecturas recobradas

Aportes conceptuales y metodológicos sobre formaciones espaciales

Carlo Emilio Piazzini Suárez
Andrés García Sánchez
(Editores)



UNIVERSIDAD
DE ANTIOQUIA
1803

Lecturas recuperadas

Aportes conceptuales y metodológicos sobre formaciones espaciales





**UNIVERSIDAD
DE ANTIOQUIA**

**Facultad de Ciencias Sociales y Humanas
Instituto de Estudios Regionales**

Lecturas recobradas

Aportes conceptuales y metodológicos
sobre formaciones espaciales

Carlo Emilio Piazzini Suárez

Andrés García Sánchez

(Editores)



© Andrés García Sánchez, Álvaro Guzmán, Alejandro Pimienta Betancur, Alba Rodríguez, Carlo Emilio Piazzini Suárez, César Andrés Ospina Mesa, Clara Inés Aramburo Siegert, Clara Inés García, Claudia Puerta Silva, Elsa Blair Trujillo, Eulalia Hernández Ciro, Hernán Henao Delgado, Juan Camilo Domínguez, Lida Sepúlveda López, Luis Antonio Ramírez Zuluaga, María Teresa Arcila Estrada, María Teresa Uribe de Hincapié, Natalia Quiceno Toro, Paula Sanín Naranjo, Vladimir Montoya Arango.
© Universidad de Antioquia, Fondo Editorial FCSH de la Facultad de Ciencias Sociales y Humanas
© Instituto de Estudios Regionales, INER, de la Universidad de Antioquia
ISBN: 978-628-7706-73-6
ISBN E-book: 978-628-7706-74-3
DOI: <http://doi.org/1978-628-7706-73-6>

Primera edición: agosto de 2024

Imagen de cubierta: *Lecturas recobradas*.
Carlo Emilio Piazzini. Fotografía digital, 2024

Coordinación editorial: Andrés David Guzman Henao

Diseño de la colección: Neftalí Vanegas Menguán

Corrección de texto e indización: José Ignacio Escobar

Diagramación: Luisa Fernanda Bernal Bernal,
Imprenta Universidad de Antioquia

Impresión y terminación: EDITORIAL NOMOS S.A.

Impreso y hecho en Bogotá, Colombia/
Printed and made in Bogotá, Colombia

Fondo Editorial FCSH, Facultad de Ciencias Sociales y Humanas,
Universidad de Antioquia
Calle 67 N.º 53-108, Bloque 9-355
Medellín, Colombia, Suramérica
Teléfono: (574) 219 57 56
Correo electrónico: fondoeditorialfcs@udea.edu.co

El contenido de la obra corresponde al derecho de expresión de los autores y no compromete el pensamiento institucional de la Universidad de Antioquia ni desata su responsabilidad frente a terceros. Los autores asumen la responsabilidad por los derechos de autor y conexos.

Piazzini Suárez, Carlo Emilio y García Sánchez, Andrés, eds.
Lecturas recobradas: aportes conceptuales y metodológicos sobre formaciones espaciales / Carlo Emilio Piazzini Suárez y Andrés García Sánchez, editores.
Medellín: Universidad de Antioquia, Fondo Editorial FCSH de la Facultad de Ciencias Sociales y Humanas, 2024.
846 páginas; 23 cm. (tamaño 4879 kb) (FCSH. Investigación)
ISBN 978-628-7706-73-6 (versión impresa)
ISBN 978-628-7706-74-3 (versión e-Book)

1. Estudios espaciales - Colombia 2. Territorio y sociedad - Colombia 3. Geografía humana - Colombia 5. Análisis espacial (Ciencias sociales) - Colombia. I. Piazzini Suárez, Carlo Emilio II. García Sánchez, Andrés III. Series.

307.76 cd 23 ed.

Contenido

INTRODUCCIÓN: LA ESPACIALIZACIÓN CRÍTICA EN EL INSTITUTO DE ESTUDIOS REGIONALES (INER)	
<i>Carlo Emilio Piazzini Suárez, Andrés García Sánchez</i>	9
1. ANTECEDENCIAS	43
LAS CLASES Y LOS PARTIDOS ANTE LO REGIONAL Y LO NACIONAL EN LA COLOMBIA DECIMONÓNICA. CONTRIBUCIÓN A UN DEBATE	
<i>María Teresa Uribe de Hincapié</i>	45
OBSERVAR DE NUEVO. LA INVESTIGACIÓN CULTURAL EN CONTEXTOS LOCALES Y REGIONALES	
<i>Hernán Henao Delgado</i>	66
2. RECONSIDERACIONES	95
LAS REGIONES EN CONSTRUCCIÓN. UNA APROXIMACIÓN CONCEPTUAL	
<i>Clara Inés García</i>	97
ENFOQUES Y PROBLEMAS DE LA INVESTIGACIÓN SOBRE TERRITORIOS DE FRONTERA INTERNA EN COLOMBIA	
<i>Clara Inés García</i>	114
LA POLÍTICA EN UNA INTERPRETACIÓN DE LA REGIÓN DESDE LA PERSPECTIVA DEL ORDEN	
<i>Clara Inés Aramburo Siegert</i>	135

EL ELOGIO DE LA DIFICULTAD COMO NARRATIVA DE LA IDENTIDAD REGIONAL EN ANTIOQUIA	
<i>María Teresa Arcila Estrada</i>	162
LOS ESTUDIOS SOCIOESPACIALES: HACIA UNA AGENDA DE INVESTIGACIÓN TRANSDISCIPLINARIA	
<i>Carlo Emilio Piazzini Suárez</i>	192
EL TIEMPO SITUADO: LAS TEMPORALIDADES DESPUÉS DEL “GIRO ESPACIAL”	
<i>Carlo Emilio Piazzini Suárez</i>	227
CONFLICTO Y TERRITORIO: VISOS DE UN CALEIDOSCOPIO	
<i>Elsa Blair Trujillo</i>	261
¿NUEVAS GUERRAS? ¿NUEVOS ESPACIOS PARA LA GUERRA? O ¿NUEVAS ESPACIALIDADES?	
<i>Elsa Blair Trujillo</i>	291
EL MAPA DE LO INVISIBLE. SILENCIOS Y GRAMÁTICA DEL PODER EN LA CARTOGRAFÍA	
<i>Vladimir Montoya Arango</i>	320
LA CARTOGRAFÍA SOCIAL COMO INSTRUMENTO PARA OTRAS GEOGRAFÍAS. APUNTES PARA UN DIÁLOGO DE SABERES TERRITORIALES	
<i>Vladimir Montoya Arango</i>	348
3. CONVERGENCIAS	371
LOS ESTUDIOS REGIONALES EN COLOMBIA. UNA CRÍTICA DESDE LOS ESTUDIOS SOCIOESPACIALES	
<i>Clara Inés García</i>	373
LOS ESTUDIOS SOBRE ÓRDENES LOCALES. ENFOQUES, DEBATES Y DESAFÍOS	
<i>Clara Inés García</i>	405
ÓRDENES LOCALES Y CONFLICTO ARMADO. UNA METODOLOGÍA COMPARADA	
<i>Clara Inés García, Álvaro Guzmán, Clara Inés Aramburo, Alba Nubia Rodríguez, Juan Camilo Domínguez</i>	447

	MEMORIAS DESTERRADAS Y SABERES OTROS. RE-EXISTENCIAS AFRODESCENDIENTES EN MEDELLÍN (COLOMBIA)	
	<i>Vladimir Montoya Arango, Andrés García Sánchez</i>	475
	ANDAR DIBUJANDO Y DIBUJAR ANDANDO: CARTOGRAFÍA SOCIAL Y PRODUCCIÓN COLECTIVA DE CONOCIMIENTOS	
	<i>Vladimir Montoya Arango, Andrés García Sánchez, César Andrés Ospina Mesa</i>	503
	EL PODER DEL LUGAR Y SU POTENCIAL POLÍTICO EN LA LEGITIMACIÓN DE LA(S) MEMORIA(S) DEL CONFLICTO POLÍTICO ARMADO	
	<i>Elsa Blair Trujillo</i>	529
	ESTIGMAS TERRITORIALES Y DISTINCIONES SOCIALES: CONFIGURACIONES ESPACIALES EN LA CIUDAD DE MEDELLÍN	
	<i>Natalia Quiceno Toro, Paula Sanín Naranjo</i>	544
	EL PROYECTO DEL CERREJÓN: UN ESPACIO RELACIONAL PARA LOS INDÍGENAS WAYUU, LA EMPRESA MINERA Y EL ESTADO COLOMBIANO	
	<i>Claudia Puerta Silva</i>	570
	FORMACIÓN CIUDADANA, PROYECTOS POLÍTICOS Y TERRITORIO: PISTAS PARA LA ESCUELA	
	<i>Alejandro Pimienta Betancur</i>	612
4.	DESPLIEGUES	633
	SOBRE ESPACIOS, CONOCIMIENTO Y PODER: PARA LAS GEOGRAFÍAS DEL CONOCIMIENTO	
	<i>Carlo Emilio Piazzini Suárez</i>	635
	CONOCIMIENTOS SITUADOS Y PENSAMIENTOS FRONTERIZOS: UNA RELECTURA DESDE LA UNIVERSIDAD	
	<i>Carlo Emilio Piazzini Suárez</i>	664
	LA ESCUELA ES TERRITORIO. CARTOGRAFÍA SOCIAL DE EXPERIENCIAS PEDAGÓGICAS EN INSTITUCIONES EDUCATIVAS DE MEDELLÍN Y BELLO, COLOMBIA	
	<i>César Andrés Ospina Mesa, Vladimir Montoya Arango, Lida Sepúlveda López</i>	693

EL TERRITORIO COMO DISCURSO, ENFOQUE Y PROYECTO	
<i>Alejandro Pimienta Betancur</i>	716
EMBARCADOS POR LA VIDA: LUCHAS Y MOVIMIENTOS AFROATRATEÑOS EN MEDIO DE LA GUERRA EN COLOMBIA	
<i>Natalia Quiceno Toro</i>	735
DE ALGUNAS ESPACIALIDADES Y TEMPORALIDADES DE LA MEMORIA	
<i>Luis Antonio Ramírez Zuluaga</i>	775
TRAVESÍAS POR LA HISTORIA URBANA EN COLOMBIA	
<i>Eulalia Hernández Ciro</i>	783
SOBRE LAS AUTORAS Y LOS AUTORES	839

Introducción: la espacialización crítica en el Instituto de Estudios Regionales (INER)

Carlo Emilio Piazzini Suárez¹

Andrés García Sánchez²

Hemos reunido estas lecturas recobradas con el propósito de ofrecer en un mismo lugar diferentes textos sobre formaciones espaciales, que encuentran dentro de sus condiciones de producción, o como parte de sus efectos, redes interdiscursivas, unas veces explícitas, otras implícitas, que han confluído en el Instituto de Estudios Regionales (INER) de la Universidad de Antioquia o se han desplegado desde este. Todos los textos han sido previamente publicados, pero, ya por su diferencia cronológica, ya por las diversas características de los proyectos editoriales en los que han aparecido, se encontraban dispersos y no pocas veces “cautivos” en formatos analógicos de difícil consulta y circulación. Aun cuando valiosos en sus lugares originales de publicación, esperamos que gracias a haberlos podido reunir en este libro cobren mayor legibilidad y fuerza enunciativa.

¹ Profesor titular Instituto de Estudios Regionales (INER), Universidad de Antioquia.

² Profesor asociado Instituto de Estudios Regionales (INER), Universidad de Antioquia.

Se trata de lecturas muy diversas, que sostienen entre sí afinidades temáticas en torno de lo que aquí denominamos formaciones espaciales. Diferentes ejercicios de conceptualización han explorado categorías cercanas, sea como esfuerzo por dar cuenta de la forma y el contenido espacial de las cambiantes relaciones sociales,³ o como derivación y ajuste espacial de la categoría marxista de formación económica y social,⁴ pero siempre con preocupaciones de fondo acerca de: a) ¿es el espacio solamente una expresión o un factor activo en los procesos sociales e históricos?, y b) ¿cómo elaborar categorías que permitan, simultáneamente, comprender la singularidad y la correlación entre espacialidades concretas? Sin pretender aquí subsumir dentro de una sola conceptualización las diferentes aproximaciones –a veces contradictorias– al espacio que operan en estas lecturas recobradas, proponemos entenderlas como particulares abordajes a específicas formaciones espaciales: región, territorio, frontera, lugar, paisaje, cuerpo y mapa, como parte de una gramática amplia de categorías de valor analítico o interpretativo, que emergen en la tarea de comprender las relaciones dinámicas entre espacio y sociedad.

Además, hemos empleado como criterio de selección de los textos su aporte a la generación de conceptos y categorías de valor analítico o interpretativo, sea que estos se enuncien a manera de ensayo teórico o como parte de la comprensión de específicas realidades sociales. Este énfasis quiere contribuir a transformar una de las dinámicas frecuentemente asociadas a la geopolítica del conocimiento académico, aquella que privilegia la visibilización de información sustantiva –datos y monografías– cuando se trata de conocimientos producidos en entornos no metropolitanos –locales, se diría–, mientras que la reflexión, la teoría y el análisis se consideran propios de la elaboración académica de los “centros” de pensamiento –aquellos pretendidos no-lugares–. Aun cuando no aspiramos a reproducir, mediante un simple ejercicio de inversión, el *a priori* geopolítico que a menudo interviene en la valoración de la producción académica, según esta provenga de “centros” o “periferias”, sí

3 Por ejemplo, Georg Simmel, *Sociología. Estudios sobre las formas de socialización* (Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 2014).

4 Por ejemplo, Milton Santos, “Sociedade e espaço: a formação social como teoria e como método”, *Boletín Paulista De Geografia*, no. 54 (2017): 81-100.

consideramos necesario contribuir a generar mayor visibilidad a aportes situados en espacios con cierto nivel de dislocación respecto de las geografías convencionales del conocimiento académico.

Con la prudencia que nos exige el ser docentes de un lugar en donde por excelencia se entrecruzan y promueven las redes interdiscursivas que se hacen visibles en este proyecto editorial, así como el ser autores de algunos de los textos reunidos, consideramos que, desde su creación, el INER ha propiciado la generación de aportes valiosos sobre la importancia de tener en cuenta las formaciones espaciales para la comprensión de realidades sociales contemporáneas. Sin que las temáticas de interés de quienes han hecho parte del Instituto se agoten en el tema elegido para esta compilación,⁵ creemos que, a través de proyectos de investigación, docencia, diálogo y comunicación de conocimientos, el INER se ha ido conformando como un nodo relevante en la generación de conocimientos sobre ontología, política y epistemología de los espacios en ámbitos locales e internacionales.⁶ De allí que una lectura posible de la trayectoria del Instituto sea la de un proceso de espacialización crítica, que, ampliando el término empleado por Edward Soja,⁷ se refiere al ejercicio de argumentación reflexiva acerca de la importancia de las dinámicas espaciales en problemáticas de investigación social en entornos académicos, en los cuales

- 5 Sobre los múltiples ámbitos temáticos que confluyen en el INER, recomendamos el dossier publicado recientemente en la *Revista Debates* de la Universidad de Antioquia (No. 83, julio de 2020), bajo el título general de *Tres décadas de pensamiento crítico y transformador en el Instituto de Estudios Regionales*.
- 6 Entre los proyectos que han contribuido a la conformación del INER como un nodo de importancia para el despliegue de los estudios socioespaciales se encuentran varios seminarios internacionales realizados durante las dos últimas décadas, de los cuales se han derivado una serie de publicaciones: Clara García, comp., *Fronteras. Territorios y metáforas* (Medellín: Hombre Nuevo editores, 2003); Diego Herrera y Carlo Emilio Piazzini, eds., *(Des)territorialidades y (No)lugares: procesos de configuración y transformación social del espacio* (Medellín: Editorial La Carreta, Instituto de Estudios Regionales [INER], 2006); Carlo Emilio Piazzini y Vladimir Montoya, eds., *Geopolíticas: espacios de poder y poder de los espacios* (Medellín: La Carreta Editores, 2008) y Carlo Emilio Piazzini y Vladimir Montoya, eds., *Cartografías, mapas y contramapas* (Medellín: Fondo Editorial FCSH, 2022). Así mismo, desde la Red de Estudios Socioespaciales, iniciativa convocada desde el INER, se apoyó la creación de la *Revista Geopolítica(s)*, que edita la Universidad Complutense de Madrid. Por otra parte, desde el INER se ha participado activamente en el Grupo de Trabajo sobre Fronteras, Regionalización y Globalización del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) y en la Red Colombiana de Historia Urbana.
- 7 Edward Soja, *Postmodern Geographies* (London: Verso, 1989).

las categorías espaciales han sido usualmente empleadas de manera accesoria, instrumental o metafórica, primando los factores históricos, culturales, políticos, económicos y sociales como categorías explicativas o comprensivas.⁸

El concepto de *espacialización crítica*, que uno de nosotros anticipaba como herramienta analítica para comprender el proceso de conformación del interés por los espacios en el INER,⁹ ha orientado la organización de los diferentes textos que componen estas lecturas recobradas en cuatro apartados que podrían describir diferentes fases: 1. Antecedencias; 2. Reconsideraciones; 3. Convergencias y, 4. Despliegues. No se trata en estricto sentido de una serie cronológica, dado que, más que a una fecha de publicación, los textos remiten a ejercicios de investigación y escritura con particulares ritmos y duraciones. Pero, además, porque hemos procurado, hasta donde ha sido posible, sugerir dinámicas de interdiscursividad que aproximan unos textos a otros. Una tarea difícil que seguramente no es todavía cercana a lo deseable. Sin embargo, esperamos que el valor adicional de documentación histórica que cada una de estas lecturas recobradas posee anime a quienes los releen a ensayar otros anudamientos.

1. Antecedencias

Para el momento de creación del INER, los estudios regionales ya constituían un tópico de especial interés entre ciertos sectores académicos del país.¹⁰ En

- 8 En 1994, John Agnew planteaba que las ciencias sociales sufrían de “(...) una suerte de ‘agnosia’ (o desorden de percepción) en la que las representaciones del espacio establecen límites respecto de los procesos espaciales, en vez de generar un entendimiento de espacio y sociedad como inextricablemente entrelazados”. John Agnew, “Representing Space: Space, Scale and Culture in Social Science”, in *Place/Culture/Representation*, eds. James Duncan and David Ley (London: Routledge, 1994), 261. Según el autor, a ello habían contribuido el uso frecuente del espacio como metáfora, su tratamiento como telón de fondo, su remisión exclusiva a un asunto de escalas, y su explicación desde concepciones supraorgánicas de la cultura. Salvo excepciones notables, y sin que quede resuelta la tarea de efectuar una investigación sobre la genealogía del pensamiento sobre el espacio en Colombia y Latinoamérica, este diagnóstico podría aplicarse a nuestro entorno, por lo menos hasta inicios del siglo XXI.
- 9 Carlo Emilio Piazzini, “Los estudios socioespaciales en el INER”, *Revista Debates*, no. 83 (2020): 22-37, <https://revistas.udea.edu.co/index.php/debates/article/view/344701>.
- 10 Para algunos balances sobre el tema, véanse: Laurent Bianchi, “Los estudios regionales en Colombia: análisis crítico y nuevas pautas para la investigación”, *Cuadernos de Geografía: Revista Colombiana de Geografía*, Vol. 5, no. 1 (1994): 80-98; Clara García, “Los estudios regionales

vista de problemáticas como la acelerada urbanización, las migraciones internas y los conflictos por la tenencia de la tierra, y adoptando enfoques eclécticos de la planeación urbano-regional, la geografía social, la antropología, la sociología y la historia, se consideraban necesarios nuevos esquemas de regionalización para planear el desarrollo del país.¹¹

Por otra parte, desde la denominada nueva historia social se proponía comprender los procesos de conformación de las naciones latinoamericanas desde una perspectiva de historia total (en el sentido de la Escuela de los Annales francesa), que, además de considerar las múltiples dimensiones económicas, políticas y culturales de la vida social, tuviera en cuenta las particularidades locales subnacionales, mediante la realización de estudios comparados.

La historia regional emergía como una escala intermedia de aproximación crítica, entre las historias nacionales y la historiografía provinciana de las monografías municipales.¹² Además, en el ámbito político estaban en marcha dinámicas como la adopción de la elección popular de alcaldes (1988), que fortalecía los municipios como células político-administrativas del país, y el proceso constituyente, que concedió especial importancia a asuntos como la descentralización y la autonomía territorial.¹³

Antioquia constituía para la época un lugar de singular convergencia de los estudios regionales. Desde mediados del siglo xx varios extranjeros habían visto en la región un caso relevante por la singularidad de sus dinámicas

en Colombia. Una crítica desde los estudios socioespaciales”, en *Universos socioespaciales. Precedencias y destinos*, eds. Clara García y Clara Aramburo (Medellín: Siglo del Hombre Editores, INER-Universidad de Antioquia, 2009), 35-68; Renzo Ramírez, “Tendencias de la historia regional en Colombia. Problemas y perspectivas recientes”, *HiSTOReLo. Revista de historia regional y local*, Vol. 3, no. 5 (2011): 147-68; Aristides Ramos, “Los estudios regionales en Colombia”, *Presente y Pasado. Revista de Historia*, no. 35 (2013): 11-44; José Rueda Enciso y Renzo Ramírez Bacca, “Historiografía de la regionalización en Colombia: una mirada institucional e interdisciplinar, 1902-1987”, *HiSTOReLo. Revista de historia regional y local*, Vol. 6, no. 11 (2014): 13-67.

- 11 Miguel Fornaguera y Ernesto Guhl, *Ordenación del territorio en base del epicentrismo regional* (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, Departamento de Geografía, 1969); Orlando Fals Borda, *La insurgencia de las provincias* (Bogotá: Siglo XXI, 1988).
- 12 Germán Colmenares, “El papel de la historia regional en el análisis de las formaciones sociales”, *Ideología y Sociedad*, no. 12 (1972): 75-81; Germán Colmenares, “Comentario”, en *Los estudios regionales en Colombia: el caso de Antioquia* (Medellín: FAES, 1982), 16-18.
- 13 Liliana Estupiñán, “El ordenamiento territorial en la Asamblea Nacional Constituyente de 1991”, *Opinión Jurídica*, Vol. 11, no. 21 (2012): 19-38.

económicas, sociales e históricas en el ámbito latinoamericano. Estudios emprendidos desde la geografía cultural norteamericana,¹⁴ y la historia económica y social anglosajona,¹⁵ sopesaron en diverso grado la incidencia de los factores geográficos para explicar la particularidad de “los antioqueños” en los contextos colombiano y latinoamericano.

A este repertorio se iban sumando estudios efectuados por académicos locales con énfasis en la historia económica¹⁶ o la religiosidad.¹⁷ La importancia de los estudios regionales se hizo especialmente visible en el simposio organizado en 1979 por la Fundación Antioqueña para los Estudios Sociales,¹⁸ denotando una dinámica que en los años siguientes tuvo continuidad con investigaciones sobre la historia económica y política, con especial participación de docentes de la Universidad de Antioquia.¹⁹

Entre el núcleo de profesionales que puso en marcha al INER se venían desarrollando investigaciones desde las cuales se derivaron conceptualizaciones que trazarían los énfasis temáticos del instituto en sus primeros años. Cobraron especial interés la región, las localidades y el territorio. Durante el desarrollo del proyecto *Las raíces del poder regional: el caso antioqueño*

- 14 James Parsons, *The Antioqueño Colonization in Western Colombia* (Berkeley: California University Press, 1949); James Parsons, *Antioquia's Corridor to the Sea: An Historical Geography of the Settlement of Urabá* (Berkeley: California University Press, 1967).
- 15 Roger Brew, *El desarrollo económico de Antioquia desde la Independencia hasta 1920* (Bogotá: Publicaciones del Banco de la República, Archivo de la Economía Nacional, 1977); Everett Hagen, *The Theory of Social Change: How Economic Growth Begins* (Homewood: Dorsey Press, 1962); Frank Safford y Emilio Robledo, “La significación de los antioqueños en el desarrollo económico colombiano: un examen crítico de las tesis de Everett Hagen”, *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, no. 3 (1965): 49-69; Ann Twinam, *Miners, Merchants, and Farmers in Colonial Colombia* (Austin: University of Texas Press, 1982).
- 16 Álvaro López, *Migración y cambio social en Antioquia durante el siglo XIX* (Bogotá: Universidad de los Andes, Centro de Estudios sobre Desarrollo Económico [CEDE], 1968).
- 17 Luis Fajardo, *La moralidad protestante de los antioqueños: estructura social y personalidad* (Cali: Ediciones Departamento de Sociología, Universidad del Valle, 1969).
- 18 Fundación Antioqueña para los Estudios Sociales, FAES, *Los estudios regionales en Colombia: el caso de Antioquia* (Medellín: FAES, 1982).
- 19 Victor Álvarez, “La formación de la estructura agraria en Antioquia (1542-1790)”, *Revista Antioqueña de Economía*, no. 10 (1983): 110-20; Fernando Botero, *La industrialización en Antioquia 1900-1930* (Medellín: Universidad de Antioquia, 1985); María Teresa Uribe de Hincapié y Jesús María Álvarez, *Poderes y regiones: problemas de la construcción de la nación colombiana. 1810-1850* (Medellín: Universidad de Antioquia, 1987).

(1982-1986), María Teresa Uribe de Hincapié se interesó por explorar en perspectiva histórica las tensiones y articulaciones entre los proyectos de estado nacional del siglo XIX, y los poderes económicos y políticos de base local constituidos incluso desde la colonia. En una postura crítica de las explicaciones de alcance nacional, se interesó por reconocer la existencia de “regionalidades” que jugaban un papel fundamental, para bien o para mal, en los esfuerzos por consolidar proyectos de nación. Estas “regionalidades” correspondían a espacios singulares, en los cuales se habían afirmado “pueblos históricos”, una categoría ciertamente extraña a los enfoques regionales que por entonces se venían adoptando en Colombia derivada de Otto Bauer, un político austríaco de pensamiento marxista de principios del siglo XX.²⁰

Posteriormente, durante el desarrollo del proyecto *Determinantes Sociales y Culturales de la Planeación de la Región del Río Negro-Nare* (1987-1990), se acuñó la dupla región objeto/región sujeto. De acuerdo con la definición que de María Teresa Uribe de Hincapié²¹ retomaron posteriormente Hernán Henao y Lucelly Villegas, la región objeto se refiere a aquella “definida y delimitada desde fuera por los planificadores para efectos de la intervención de las instituciones públicas sobre el territorio, esta delimitación no suele tener en cuenta las dinámicas políticas y culturales internas y las percepciones de los pobladores. Por su parte, el concepto de región sujeto hace énfasis en las dimensiones subjetivas que también son factores constitutivos de las regiones, es decir, las regiones pensadas como memoria colectiva, como percepción primaria, como noción de pertenencia y diferenciación con otras regiones; es la región vivida, deseada e imaginada de quienes residen en ella”²²

- 20 La siguiente es la definición de pueblos históricos transcrita por la autora: “productos sociales que anudan e imbrican en un mismo espacio las cualidades y culturas transmitidas por los antepasados (las etnias) que en su confrontación generan nuevas formas sociales, políticas y económicas que les permiten a los agentes reconocerse como partícipes de una entidad colectiva”. María Teresa Uribe de Hincapié, “Las clases y los partidos ante lo regional y lo nacional en la Colombia decimonónica. Contribución a un debate”, *Lecturas de Economía*, no. 17 (1985): 26. Es decir, el elemento constitutivo de los pueblos sería la historia colectivamente vivida o, como lo señala Bauer, “lo que hay de historia en nosotros”.
- 21 María Teresa Uribe de Hincapié, “Determinantes sociales y culturales de la planeación en la región de los ríos Rionegro y Nare”, *Debates de Coyunturas Regional*, no. 7 (1989): 82-101.
- 22 Hernán Henao y Lucelly Villegas, *Especialización en teoría, métodos y técnicas de investigación social Modulo 5. Estudios de localidades* (Bogotá: ICFES, 1996), 34.

Esta definición es semejante a la que por entonces hiciera Sergio Boisier, planificador regional chileno con gran incidencia en el ámbito latinoamericano, como la dicotomía región objeto/sujeto: “(...) el sujeto fue y es el Estado central y, ciertamente, centralizado; y el objeto fue y es la región, precisamente considerada como artefacto a merced del sujeto”.²³ Para Boisier, la tesis de que “el desarrollo regional debe estar al servicio del hombre y no del territorio” debería dar paso a una nueva teoría que superara los planteamientos del “paradigma dominante del desarrollo regional”. Específicamente, proponía una relación de “(...) interdependencia entre sujetos, o sea, transformando la región de objeto en sujeto”.²⁴ Tanto en Boisier como en Uribe de Hincapié, y desde su experiencia común latinoamericana, la región como realidad histórica parecía anteceder al proceso de formación del estado. No obstante, en los planteamientos de Uribe de Hincapié la relación entre el estado central y las regiones aparecía de manera más conflictiva, tal vez debido a la larga historia de guerras, violencia y exclusiones en Colombia que la autora, conjuntamente con Jesús María Álvarez, abordó en su investigación sobre los poderes regionales en la formación de la nación.²⁵

Otro ejercicio temprano de conceptualización fue efectuado por Hernán Henao, a tenor de las investigaciones que llevaba a cabo la Universidad de Antioquia en el oriente del departamento. Retomaba la dupla región objeto/región sujeto en una perspectiva que pretendía reconocer, al mismo nivel, actores exógenos y locales, para implementar un modelo de planificación “prospectivo, participativo y concertado”.²⁶ Así mismo, planteaba una conceptualización de

23 Sergio Boisier, “Las regiones como espacios socialmente construidos”, *Revista de la Cepal*, no. 35 (1988): 41.

24 Boisier, “Las regiones como espacios”, 41. Según el autor, las “características esenciales” del paradigma dominante son: “un marcado sesgo industrializante, el concomitante sesgo urbanizante y una notoria tendencia centralizadora en el plano de los sistemas decisorios y administrativos”. Boisier “Las regiones como espacios”, 41. Una caracterización crítica que lo deslindaba, hasta cierto punto, de su formación previa en el ámbito de la “ciencia regional” de cuño norteamericano.

25 Uribe y Álvarez, *Poderes y regiones*. Esta manera de plantear las tensiones entre regiones y estado central llevó a que Germán Colmenares, referente importante de la historia regional en Colombia, efectuara una crítica mordaz al libro de los autores, aun cuando hay que decir que el motivo fundamental fue más bien el celo disciplinar. Germán Colmenares, “¿Qué tan profundo es el tema?”, *Boletín Cultural y Bibliográfico*, Vol. 25, no. 15 (1988): 128-9.

26 Hernán Henao, “Observar de nuevo. La cultura en contextos locales y regionales”, en *Descentralización. Memorias del V Congreso de Antropología* (Villa de Leyva: ICES, 1989).

la “frontera histórico-cultural”, derivada de los estudios de Uribe de Hincapié,²⁷ que combinaba rasgos de un espacio de tensiones (conflictos entre diferentes proyectos políticos, económicos y militares) y de un “territorio basto”, semejante a los espacios de la colonización de Frederick Turner.²⁸

En el planteamiento de Henao la categoría de espacio aparece como una entidad que puede trascender hacia el territorio, dependiendo del grado de significación, transformación y apropiación que de este realizan las sociedades: desde “territorialidades dadas”, en las que “el espacio es en sí”, hasta “territorios asumidos y pensados”, en los cuales es “el espacio para sí”. En términos analíticos, los territorios se desagregaban escalaramente en “localidades”, entendidas como específicas unidades o entidades territoriales: asentamiento, aldea, pueblo y ciudad intermedia. Esta tipología se englobaba en una “territorialidad cultural de un tamaño geográfico superior”, en una “constelación de localidades”: la región.²⁹

Es este el origen de la línea de investigación sobre localidades, muy activa en las dos primeras décadas del INER, con la participación de investigadores como Clara Aramburo, Lucelly Villegas, Sergio Carmona y María Teresa Uribe de Hincapié,³⁰ y, posteriormente, de Alejandro Pimienta.³¹ No obstante, hay que anotar que en la mayoría de las investigaciones se observaba una relación directa entre la noción de *localidad* y la entidad de municipio, lo cual obedecía a que se trataba de estudios ligados al ordenamiento territorial. Por contraste, el concepto de *órdenes locales*, presente en los trabajos que liderarían Clara Inés García y Clara Aramburo, se retoma esa cierta flexibilidad escalar que estaba en el planteamiento de Henao.³² En contravía de conceptos homogeneizantes de región, el planteamiento de “constelación de localidades” indicaba

27 Uribe de Hincapié, “Determinantes sociales”.

28 Frederick Turner, *La frontera en la historia americana* (San José: Universidad Autónoma de Centro América, 1986).

29 Henao, “Observar de nuevo”.

30 Ver los 26 títulos de la Colección de Estudios de Localidades del INER, CORNARE (1990-1995).

31 Alejandro Pimienta, “La configuración de la identidad local en la diversidad cultural: El Caso de Caucasia”, *Palobra*, no. 8 (2007): 60-77.

32 Clara Aramburo, “La política en una interpretación de la región desde la perspectiva del orden”, *Estudios Políticos*, no. 23 (2003): 147-68; Clara García, “Los estudios sobre órdenes locales. Enfoques, debates y desafíos”, *Análisis Político*, Vol. 24, no. 73 (2011): 55-78.

ya una superposición o coexistencia de territorialidades, lo cual se haría más nítido en planteamientos posteriores.³³

Por otra parte, como estrategia metodológica se implementaron los “mapas culturales”: ejercicios participativos mediante los cuales se buscaba identificar “el grado de apropiación afectivo que se tiene del espacio”,³⁴ lo que anunciaba la importancia de las denominadas cartografías sociales y participativas en las investigaciones del INER.

La decantación y actualización de este cúmulo de conceptos y estrategias tuvo lugar a mediados de la siguiente década, cuando, en la dinámica de puesta en marcha de la Especialización en Teorías, Métodos y Técnicas de Investigación Social, Hernán Henao y Lucelly Villegas prepararon el módulo Estudio de localidades, retomando para el efecto los trabajos previos de investigación del INER.³⁵ Además de los planteamientos ya indicados sobre la importancia de la historia regional,³⁶ se enfatizaba en la microhistoria,³⁷ para dar cuenta de particularidades sociales que desde enfoques con un manejo de escalas más generales no se podrían advertir. A ello se afiliaban sin mayor desarrollo algunas aproximaciones fenomenológicas al habitar³⁸ y el lugar.³⁹

Por otra parte, se adoptó una concepción del territorio de corte antropológico y geográficamente posibilista,⁴⁰ que lo entendía como “un espacio socializado y culturizado en el cual se logra una significación que incide en el campo semántico de la espacialidad, al punto de darle indicaciones de exclusión o

33 Clara Aramburo, “La tensa interacción entre las territorialidades y el conflicto armado, Urabá 1960-2004. Marco interpretativo y empírico”, *Revista Controversia*, no. 192 (2009): 81-119; Clara García, “Territorios, regiones y acción colectiva: el caso del bajo Cauca antioqueño”, en *Territorios, regiones y sociedades*, ed. Renán Silva (Cali: Universidad del Valle, CEREC, 1994), 123-36.

34 Henao, “Observar de nuevo”.

35 Henao y Villegas, *Especialización en teoría*.

36 FAES, *Los estudios regionales en Colombia*.

37 Luis González, *Invitación a la microhistoria* (Ciudad de México: Secretaría de Educación Pública, Colección SepSetentas, 1973); Giovanni Levi, “Sobre microhistoria”, en *Formas de hacer historia* (Madrid: Alianza Editorial, 1993), 119-43.

38 Martin Heidegger, *Conferencias y artículos* (Barcelona: Ediciones del Serbal, 1994).

39 Yi-Fu Tuan, *Topophilia. A Study of Environmental Perception, Attitudes, and Values* (Englewood Cliffs: Prentice-Hall, 1974).

40 José Luis García, *Antropología del territorio* (Madrid: Taller Ediciones JB, 1976).

inclusión a los grupos sociales que tienen alguna relación con ese territorio”.⁴¹ También se apelaba a la perspectiva proxémica de la antropología⁴² como recurso para interrogar particulares percepciones y nociones del territorio.

En cuanto al concepto de *región*, además de la ya citada dupla objeto/sujeto, se retomaba, de manera más bien incidental, una nueva tipología⁴³ que, en vista de las macrodinámicas de globalización y descentralización, distinguía entre regiones pivotaes (más o menos las regiones históricas subnacionales), asociativas (regiones adyacentes que deciden asociarse) y virtuales (aquellas que, sin ser contiguas, se asocian en redes). Por contraste con esta aproximación, de corte administrativo, se hallaban de fondo enunciados con un tono más antropológico e histórico,⁴⁴ que enfatizaban en la región como unidad de análisis en la cual el espacio o el medio natural sirven de “marco” a los procesos históricos, económicos, sociales y culturales.

El concepto de *paisaje* resultaba más novedoso, al menos en lo que respecta a su consideración como “espacio social-natural”,⁴⁵ derivada de una ecología del paisaje⁴⁶ y un enfoque del espacio como hecho histórico y social.⁴⁷ No obstante, para efectos prácticos, se adoptaba una metodología de descripción derivada del diseño urbano.⁴⁸ Otros conceptos, sin mayor trayectoria en las investigaciones previas, se introdujeron de forma fragmentada y ecléctica, como

41 Henao y Villegas, *Especialización en teoría*, 111.

42 Edward T. Hall, *La dimensión oculta: enfoque antropológico del uso del espacio* (Madrid: Instituto de Estudios de Administración Local, 1973).

43 Sergio Boisier, *La gestión del desarrollo regional en economías de mercado abiertas y descentralizadas (El caso chileno)* (Santiago de Chile: Instituto Latinoamericano y del Caribe de Planificación Económica y Social [ILPES], 1994).

44 Víctor Álvarez, “De la región a las subregiones en la Historia de Antioquia”, en *Fronteras, regiones y ciudades en la historia de Colombia. Memorias del VIII Congreso Nacional de Historia de Colombia* (Bucaramanga: Universidad Industrial de Santander, 1992), 151-76; Darío Fajardo, “Región y sociedad nacional. Notas sobre las formas de Estado en Colombia”, en *Contra el caos de la desmemoriación* (Bogotá: Colcultura, PNUD, 1990), 173-84.

45 Joaquín Molano, *Villa de Leiva: Ensayo de interpretación social de una catástrofe ecológica* (Bogotá: FEN de Colombia, 1990).

46 Fernando González, *Ecología y paisaje* (Barcelona: Blume, 1981).

47 Santos, “Sociedade e espaço”.

48 Kevin Lynch, *Administración del paisaje* (Buenos Aires: Editorial Norma, 1985).

el de *medio ambiente urbano*, acotado simultáneamente por definiciones de la geografía social francesa⁴⁹ y la planeación urbana norteamericana.⁵⁰

Por lo general, el camino que se siguió en esta fase preliminar, que denominamos espacialización crítica, se orientó hacia una inscripción, en las teorías de la historia, la antropología y la planeación urbano regional, de categorías como territorio, región y paisaje, que localmente habían estado dominadas por conceptualizaciones de la geografía física y la economía. En esta perspectiva, jugaron un papel fundamental concepciones posibilistas de la geografía derivadas de la Escuela de los Annales,⁵¹ así como ideas de la cultura como representación o red de significaciones derivadas de la antropología.⁵² Los aportes desde la geografía social y cultural fueron escasos o inexistentes, mientras que se continuó dando un tratamiento convencional de las escalas geográficas, como una serie estricta de extensiones anidadas dentro de la jerarquía global-local.

2. Reconsideraciones

Durante la década de 1990, Clara Inés García había liderado investigaciones sobre movimientos cívicos, actores armados y conflicto en Urabá, Bajo Cauca, oriente y suroeste de Antioquia, concediendo particular interés al asunto de la configuración de territorios y regiones. Con base en ello, durante la primera década del siglo XXI el trabajo efectuado por García condujo a una faceta que podríamos denominar la espacialización crítica de los estudios sobre el conflicto y la violencia en Colombia.

Retrajando los conceptos previos, y analizando casos concretos de regiones en formación, fue trazando un rumbo de reflexión que se desmarcaba de aproximaciones tradicionales que enfatizaban en el carácter dado, arraigado y homogéneo de las regiones, para proponer que estas se caracterizaban por la heterogeneidad de sus actores y la confluencia de múltiples territorialidades:

49 Pierre George, *El medio ambiente* (Barcelona: Oikos-Tau, 1972).

50 Harvey Perloff, *La calidad del medio ambiente urbano* (Barcelona: Oikos-Tau, 1973).

51 Fernand Braudel, *La historia y las ciencias sociales* (Madrid: Alianza Editorial, 1970; Lucien Febvre, *La Terre et l'évolution humaine: introduction géographique à l'histoire* (Paris: La Renaissance du Livre, 1922).

52 Especialmente García, *Antropología del territorio* y Clifford Geertz, *La interpretación de las culturas* (Ciudad de México: Editorial Gedisa, 1987).

históricas, de la guerra y de los movimientos sociales.⁵³ Así mismo, se enfatizaba en el carácter construido de la región, tanto en la perspectiva de su producción conceptual, como en la de su representación por parte de los actores internos y externos.⁵⁴ Estas aproximaciones se articulaban a la emergencia de los estudios regionales de la violencia y el conflicto armado en Colombia, que, inicialmente afiliados al enfoque de la historia regional y en presencia de un recrudecimiento del conflicto armado, derivaron en una serie muy amplia de investigaciones, ya en la perspectiva de averiguar si este podría explicarse con base en condiciones previas de orden regional, ya en la tarea de cartografiar las diferencias regionales del conflicto y los territorios de los actores armados.⁵⁵

García también concedió especial atención a la conceptualización de las fronteras, lo que llevó a un balance crítico de su tratamiento en el ámbito colombiano, a la realización de varios proyectos por parte de investigadores del INER en el Bajo Cauca y a convocar a estudiosos del tema en el país y en Latinoamérica.⁵⁶ Planteaba los “territorios de frontera” como “espacios de la vida social –material y simbólica– donde se interpenetran sociedades o grupos diversos y donde, por lo tanto, están presentes la producción de límites y diferencias entre aquellos que se ponen en contacto, así como la configuración de franjas sui generis de intersección en las cuales rigen dinámicas de poder y control, procesos de identificación y estructuras sociales distintas a las de las sociedades mayores que allí se encuentran”.⁵⁷

A partir de esta conceptualización, se criticaba el uso tácito que a menudo se hacía del concepto de *frontera de colonización* de Turner⁵⁸ en los estudios

53 García, “Territorios, regiones y acción colectiva”.

54 María Teresa Arcila, “El elogio de la dificultad como narrativa de la identidad regional en Antioquia”, *Historia Crítica*, no. 32 (2006): 39-67; Clara García, “Las Regiones en construcción una Aproximación conceptual”, *Revista Controversia*, no. 181 (2003): 48-53.

55 Clara García, “Región y violencia en Antioquia. Problemáticas conceptos y tendencias de la investigación”, en *Estudios regionales en Antioquia*, ed. César Hurtado (Medellín: Editorial Lealon, 2004), 101-29.

56 Clara García, comp., *Fronteras. Territorios y metáforas* (Medellín: Hombre Nuevo Editores, 2003).

57 Clara García, “Problemáticas y enfoques de la investigación sobre territorios de frontera interna en Colombia”, en *Fronteras. Territorios y metáforas*, comp. Clara García (Medellín: Hombre Nuevo Editores, 2003), 47.

58 Turner, *La frontera en la historia americana*.

sobre la violencia en el país. En su lugar, se valoraban enfoques derivados de la antropología relacional,⁵⁹ así como aproximaciones efectuadas desde la historia y la antropología a las fronteras en Colombia,⁶⁰ que enfatizaban en las dualidades, hibridaciones y porosidades.

Como se puede ver en los trabajos de Clara Inés García,⁶¹ Clara Aramburo⁶² y María Teresa Arcila,⁶³ pero también, y desde otros enfoques, en los trabajos de Elsa Blair,⁶⁴ los propósitos de reflexionar críticamente sobre el alcance de conceptos como *región*, *frontera*, *localidad* y *territorio*, a propósito de comprender procesos históricos y dinámicas contemporáneas del conflicto en Colombia, se encontraban en marcha cuando fue diseñado el programa de Maestría en Estudios Socioespaciales del INER, entre 2003 y 2004. Si bien es cierto que lo regional estaba presente en la denominación del instituto y que, como hemos visto, era un tema de suma importancia en los enfoques que predominaban en los tiempos de su creación, a través de diversas investigaciones fueron emergiendo una serie más amplia de categorías que abrían indagaciones hacia otras problemáticas.

La adopción de un concepto de espacio como producción social, basado en la articulación de diversos enfoques,⁶⁵ se ofrecía como una instancia temática general en relación con la cual se podían articular las re-elaboraciones de

59 Frederik Barth, ed., *Los grupos étnicos y sus fronteras. La organización social de las diferencias culturales* (Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 1976).

60 Por ejemplo, Anne-Marie Losonczy, "Hacia una antropología de lo inter-étnico: una perspectiva negro-americana e indígena", en *Antropología de la modernidad*, eds. María Victoria Uribe y Eduardo Restrepo (Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología, 1997), 253-79; María Clemencia Ramírez, *Frontera fluida entre Andes, Piedemonte y Selva: el caso del Valle de Sibundoy, siglos XVI-XVIII* (Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura Hispánica, 1996); Jane Rausch, *Una frontera de la sabana tropical: los Llanos de Colombia, 1531-1831* (Bogotá: Banco de la República, 1994).

61 García, "Problemáticas y enfoques"; García, "Las Regiones en construcción".

62 Aramburo, "La política en una interpretación".

63 Arcila, "El elogio de la dificultad".

64 Elsa Blair, "Conflicto y territorio: visos de un caleidoscopio", *RegionES*, no. 2 (2004): 115-35; Elsa Blair, "¿Nuevas guerras? ¿Nuevos espacios para la guerra? O ¿Nuevas espacialidades?", en *(Des) territorialidades y (No)lugares. Procesos de configuración y transformación social del espacio*, eds. Diego Herrera Gómez y Carlo Emilio Piazzini (Medellín: La Carreta Editores, 2006), 135-53.

65 David Harvey, *La condición de la posmodernidad* (Buenos Aires: Amorrortu, 1998); Henri Lefebvre, *La producción del espacio* (Madrid: Capitán Swing, 2013); José Luis Pardo, *Las formas de la exterioridad* (Valencia: Pre-Textos, 1992); Milton Santos, *La naturaleza del espacio. Técnica y tiempo. Razón y emoción* (Barcelona: Editorial Ariel S. A., 2000); Soja, *Postmodern Geographies*.

conceptos como *región*, *territorio*, *paisaje* y *frontera*, y, adicionalmente, preguntarse por otras problemáticas en torno al lugar, el cuerpo, lo urbano, las redes, las escalas y las materialidades. Pero, sobre todo, implicaba posicionar el tema del espacio y sus categorías asociadas en un nivel de importancia ontológica y epistemológica que permitía efectuar una reflexión crítica acerca de lo que había sido su tratamiento en las ciencias sociales y naturales, la historia, la geografía y la planeación, e incluso en el arte, la arquitectura y la literatura. Los estudios socioespaciales conducían a la definición de un ámbito transdisciplinar de investigación y formación que, retomando la trayectoria previa del INER, podía abrir nuevos caminos.⁶⁶

Un ejercicio de espacialización crítica que, de manera explícita, estaba planteado en la agenda de los estudios socioespaciales e implicaba abordar las relaciones entre espacio, tiempo y sociedad. En consecuencia, se indagó por el lugar del espacio en los estudios históricos y en la memoria, en los que tradicionalmente, incluso en la geografía histórica y en los planteamientos sobre los “lugares de la memoria”, se trataba lo espacial simplemente como marco de referencia o dispositivo mnemotécnico. Ello llevó a plantear opciones teóricas para un tratamiento “situado” del tiempo como producción social, orientado hacia unas geografías del tiempo y la historia, y una geopolítica de la memoria y los patrimonios.⁶⁷ Finalmente, y dada la suerte común que han tenido el espacio y las materialidades en las ontologías modernas, se exploran alternativas

66 Carlo Emilio Piazzini, “Los estudios socioespaciales: hacia una agenda de investigación transdisciplinaria”, *RegionEs*, no. 2 (2004): 151-72.

67 Eulalia Hernández et al., “Espacio, tiempo y sociedad: a propósito de una ruta de investigación”, *RegionEs*, Vol. 7, no. 2 (2012): 79 -98; Carlo Emilio Piazzini, “El tiempo situado: las temporalidades después del giro espacial”, en *(Des)territorialidades y (No)lugares: procesos de configuración y transformación social del espacio*, eds. Diego Herrera y Carlo Emilio Piazzini (Medellín: Instituto de Estudios Regionales [INER], 2006), 53-73; Carlo Emilio Piazzini, “De las artes de la memoria a la geopolítica de la memoria”, en *Escenarios de reflexión. Las ciencias sociales y humanas a debate*, comps. Óscar Almario y Miguel Ángel Ruiz (Medellín: Universidad Nacional de Colombia, 2006), 115-35; Carlo Emilio Piazzini, “Cronotopos, memorias y lugares: una mirada desde los patrimonios”, en *Geopolíticas: espacios de poder y poder de los espacios*, eds. Carlo Emilio Piazzini y Vladimir Montoya (Medellín: La Carreta Editores, 2008), 171-83; Carlo Emilio Piazzini, “Para las geografías del tiempo. Buscando los espacios de la historia”, en *El territorio como “Demo”: demo(a) grafitas, demo(a)cracias y epidemias*, dirs. Carmen Guerra de Hoyos, Mariano Pérez y Carlos Tapia (Sevilla: Universidad Internacional de Andalucía, 2011), 15-30.

para una arqueología del presente.⁶⁸ La arqueología, críticamente desprendida de la idea de “cultura material” y de “prehistoria”, puede aportar de forma relevante a la reconstrucción de procesos geohistóricos y prácticas espaciales.⁶⁹

Destaca el trabajo simultáneo efectuado por Elsa Blair, quien venía efectuando estudios sobre la violencia, el cuerpo y la memoria,⁷⁰ en lo que puede ser considerado como una segunda faceta de la espacialización crítica sobre los estudios del conflicto en Colombia. Blair se orientó hacia el balance crítico de la manera en que se venía dando tratamiento a la dimensión espacial de la guerra. Como resultado, propuso una tipología que oscilaba entre las aproximaciones al territorio y a la región como contenedores biofísicos, escenarios o contextos, y aquellas que los consideraban como construcciones sociales. No obstante, incluso en estas últimas se observaban tratamientos que en la práctica no diferían de aquellos más tradicionales, dedicados a dar cuenta de corredores, localizaciones y recursos estratégicos desde el punto de vista militar.⁷¹

Luego, en una perspectiva más teórica, se preguntaba por la transformación de las espacialidades de la guerra en tiempos de globalización, las crisis del estado moderno y los procesos de re-escalamiento. Su diagnóstico indicaba la necesidad de “desterritorializar” los estudios de la guerra, en el sentido de advertir otras formas del espacio que jugaban un papel central en las “nuevas guerras” como el control de las poblaciones, en especial de sus cuerpos y subjetividades.⁷² Simultáneamente,⁷³ se interesó por analizar las relaciones entre

68 Carlo Emilio Piazzini, “Arqueología: una máquina del tiempo para una prehistoria del presente”, en *Temporalidades contemporáneas, incluido el pasado en el presente*, coords. Carmen Guerra de Hoyos, Mariano Pérez y Carlos Tapia (Sevilla: Junta de Andalucía, Consejería de Cultura, 2012), 66-77.

69 Para una síntesis de los proyectos de investigación arqueológica realizados desde el INER, véase Valentina Alzate et al., “El programa de Arqueología del INER”, *Revista Debates*, no. 83 (2020): 66-79, <https://revistas.udea.edu.co/index.php/debates/article/view/344705>.

70 Elsa Blair, *Muertes violentas. La teatralización del exceso* (Medellín: Editorial Universidad de Antioquia, 2005).

71 Blair, “Conflicto y territorio”; Elsa Blair, Alejandro Pimienta y Cristina Agudelo, *Informe de investigación. Conflicto armado, actores y territorios: los visos de un caleidoscopio* (Medellín: INER, CODI, Universidad de Antioquia, 2004); Alejandro Pimienta, “El conflicto armado en clave local: re-significando la ciudadanía” (Ponencia presentada en el xxvi Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología, Asociación Latinoamericana de Sociología, Guadalajara, México, 2007).

72 Blair, “¿Nuevas guerras?”.

73 Elsa Blair, “Memorias de violencia. Espacio, tiempo y narración”, *Revista Controversia*, no. 185 (2005): 10-19.

espacio, tiempo y narración en la construcción de las memorias de la guerra. Una aproximación complementaria de la obra clásica de Paul Ricœur⁷⁴ que destacaba la dimensión espacial de la memoria, con especial atención a los cuerpos y los lugares.

Otra perspectiva de trabajo abierta desde los estudios socioespaciales se refiere a las cartografías sociales. Tratados a menudo como un recurso metodológico, los mapas son, primero que todo, dispositivos de poder, por lo cual los ejercicios de cartografía implican tensiones entre diferentes imaginaciones geográficas que es preciso advertir. Esta línea fue liderada por Vladimir Montoya⁷⁵ con el propósito de avanzar hacia una “cartografía colaborativa y dialogante, reflexiva y crítica frente al poder”⁷⁶

3. Convergencias

Tanto desde las reflexiones propiciadas por la puesta en marcha del programa de Maestría en Estudios Socioespaciales del INER, como desde otros ámbitos académicos durante la década de 2010 se fueron haciendo visibles diferentes aproximaciones al espacio y categorías relacionadas, como ciudad, territorio, lugar y cartografía, generalmente aplicadas a la comprensión de particulares dinámicas sociales. Ello daba cuenta de la pluralidad de abordajes conceptuales, no necesariamente afines, que convergían en el INER a propósito de lecturas en clave espacial de específicas problemáticas sociales.

Clara García y su equipo de investigación, desde una perspectiva expresamente indicada como de estudios socioespaciales,⁷⁷ se orientaron a refinar la categoría previamente explorada de órdenes locales,⁷⁸ poniéndola en acción

⁷⁴ Paul Ricœur, *La memoria, la historia, el olvido* (Madrid: Editorial Trotta, 2003).

⁷⁵ Vladimir Montoya, “El mapa de lo invisible: silencios y gramáticas del poder en la cartografía”, *Universitas Humanística*, Vol. 63, no. 63 (2007): 155-80; Vladimir Montoya, “La cartografía social como instrumento para otras geografías. Apuntes para un diálogo de saberes territoriales”, en *Universos socioespaciales. Procedencias y destinos*, eds. Clara García y Clara Aramburo (Medellín: Siglo del Hombre Editores, INER-Universidad de Antioquia, 2009), 113-36.

⁷⁶ Montoya, “El mapa de lo invisible”, 176.

⁷⁷ García, “Los estudios regionales en Colombia”; Clara García y Clara Aramburo, eds., *Universos socioespaciales. Procedencias y destinos* (Medellín: Siglo del Hombre Editores, INER-Universidad de Antioquia, 2009).

⁷⁸ García, “Los estudios sobre órdenes locales”.

a propósito de investigaciones comparadas en el ámbito colombiano.⁷⁹ Estos estudios se articularon y aportaron a las agendas de investigación de otros centros de investigación, en especial del Centro de Investigación y Educación Popular (Cinep), para constituir una dinámica muy activa de estudios sobre las geografías de la guerra.⁸⁰

Por su parte, Vladimir Montoya y Andrés García se aplicaron a comprender las espacialidades y memorias del destierro (como crítica a los eufemismos del desplazamiento y la migración) de comunidades negras en Medellín,⁸¹ al mismo tiempo que emprendían un trabajo de cartografía social, conjuntamente con César Ospina,⁸² orientados por la perspectiva del “pensamiento fronterizo”,⁸³ y tomando en cuenta enfoques de la cartografía crítica⁸⁴ y los proyectos pioneros de cartografía social en Latinoamérica.⁸⁵

Al mismo tiempo, Elsa Blair daba continuidad a la línea de exploración de los espacios en los que se ponen en marcha los ejercicios de las memorias sobre la guerra. En una indagación orientada por un enfoque de geopolítica crítica⁸⁶ y un análisis de las relaciones entre espacio y poder en Michel

- 79 Clara García et al., “Órdenes locales y conflicto armado. Una metodología comparada”, *Análisis Político*, Vol. 27, no. 81 (2014): 3-18.
- 80 Clara García y Clara Aramburo, *Geografías de la guerra, el poder y la resistencia. Oriente y Urabá antioqueños, 1990-2008* (Bogotá: Cinep, ΟΔΕΟΦΙ, Instituto de Estudios Regionales, 2011).
- 81 Andrés García, *Espacialidades del destierro y la re-existencia. Afrodescendientes desterrados en Medellín, Colombia* (Medellín: La Carreta Editores, 2012); Vladimir Montoya y Andrés García, “Memorias desterradas y saberes otros: re-existencias afrodescendientes en Medellín (Colombia)”, *Geopolítica(s)*, Vol. 1, no. 1 (2010): 137-56.
- 82 Vladimir Montoya, Andrés García y César Ospina, “Andar dibujando y dibujar andando: cartografía social y producción colectiva de conocimientos”, *Nómadas*, no. 40 (2014): 190-205.
- 83 Walter Mignolo, *Historias locales/diseños globales. Colonialidad, conocimientos subalternos y pensamiento fronterizo* (Sevilla: Akal, 2011).
- 84 John Harley, *The New Nature of Maps: Essays in the History of Cartography* (Baltimore: The Johns Hopkins University Press, 2001); Karl Offen, “O mapeas o te mapean: mapeo indígena y negro en América Latina”, *Tabula Rasa*, no. 10 (2009): 163-89.
- 85 Alfredo Almeida, “Nova cartografia social da Amazônia”, em *Nova Cartografia Social da Amazonia. Povos e comunidades tradicionais. Catálogo, livros, mapas, fascículos, simpósios, vídeos*, org. Alfredo Almeida (Manaus: UEA, 2013), 29-34; Carlos Porto, *Geo-grafias. Movimientos sociales, nuevas territorialidades y sustentabilidad* (Ciudad de México: Siglo Veintiuno, 2001).
- 86 John Agnew, *Geopolítica: una re-visión de la política mundial* (Madrid: Trama Editorial, 2005); Heriberto Cairo, “Elementos para una geopolítica crítica: tradición y cambio en una disciplina maldita”, *Eria. Revista Cuatrimestral de Geografía*, no. 32 (1993): 195-213.

Foucault,⁸⁷ distinguía entre aquellos procesos oficiales, ligados a las territorialidades del estado, y aquellos ejercicios “subterráneos”, situados en los lugares cotidianos de las víctimas.⁸⁸ También, retomando la perspectiva de las geografías del terror,⁸⁹ abordó críticamente el tratamiento de las memorias centrado en el ámbito de lo temporal y de la administración estatal, para argumentar a favor de las geografías del recuerdo en los microespacios de las víctimas.⁹⁰

Con otros bagajes conceptuales, Natalia Quiceno y Paula Sanín exploraron las relaciones entre las formas de habitar la ciudad, sus segregaciones, y los estereotipos y estigmas que se construyen sobre los espacios propios y de los “otros” en Medellín.⁹¹ Para ello, articularon conceptos de valor espacial, como los relatos del “habitar”, en tanto práctica social y factor activo en la producción de alteridades y estigmatizaciones provenientes de la sociología, la antropología y la historia.⁹²

Así mismo, Claudia Puerta, quien venía realizando investigaciones críticas sobre el desarrollo, trabajó en torno al concepto de *espacio relacional* como un instrumento analítico, para comprender las negociaciones políticas entre

- 87 Michel Foucault, “Space, Knowledge and Power”, in *The Foucault Reader*, ed. Paul Rabinow (New York: Pantheon Books, 1984), 239-56.
- 88 Elsa Blair, “Memoria y poder: (des)estatalizar las memorias y (des)centrar el poder del Estado”, *Universitas Humanística*, no. 72 (2011): 63-88. La sospecha de que el poder no solo se expresa espacialmente, sino que el espacio se inherente al ejercicio del poder, llevó a Blair a realizar un análisis cuidadoso de la obra de Foucault, haciendo explícitos valiosos planteamientos que el autor había expresado metafórica o crípticamente. Elsa Blair, “Michel Foucault. El carácter político del espacio y la espacialidad del poder” (Documentos de Trabajo INER No. 6, Medellín, Instituto de Estudios Regionales, Universidad de Antioquia, 2015).
- 89 Ulrich Oslender, “Espacio-lugar y movimientos sociales: hacia una espacialidad de resistencia”, *Scripta Nova*, Vol. 6, no. 1 (2002).
- 90 Elsa Blair, “El poder del lugar y su potencial político en la legitimación de la(s) memoria(s) del conflicto político armado”, *Cuadernos de Filosofía Latinoamericana*, Vol. 34, no. 108 (2013): 65-78.
- 91 Natalia Quiceno y Paula Sanín, “Estigmas territoriales y distinciones sociales: configuraciones espaciales en la ciudad de Medellín”, *Anagramas*, Vol. 7, no. 14 (2009): 115-32.
- 92 Pierre Bourdieu, *La distinción* (Madrid: Editorial Taurus, 1998); Alejandro Castillejo, *Poética de lo Otro. Hacia una antropología de la guerra, la soledad y el exilio interno en Colombia* (Bogotá: ICANH, Colciencias, 2000); Michel de Certeau, *Artes de hacer*, tomo I de *La invención de lo cotidiano* (Ciudad de México: Universidad Iberoamericana, Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente, 2000); Loïc Wacquant, *Parias urbanos. Marginalidad en la ciudad a comienzos de milenio* (Buenos Aires: Manantial, 2001).

comunidades indígenas, estado nacional y multinacionales mineras. Este concepto surge de una reelaboración de la idea de identidades relacionales,⁹³ actualizada a tenor de una antropología de la globalización⁹⁴ y teniendo en cuenta perspectivas de la geopolítica crítica⁹⁵ y la sociología.⁹⁶ Así, el espacio como entidad física, pero también social “se configura mediante la negociación de prácticas y discursos, tanto en el nivel de las interacciones y prácticas, como en el de las representaciones sociales”,⁹⁷ involucrando lugares, territorialidades y redes globales. Frente a conceptualizaciones “fijas” del espacio, esta perspectiva lo entiende como “profundamente situacional, circunstancial y coyuntural, al mismo tiempo que es histórico y relativo”.⁹⁸

En otra perspectiva, Alejandro Pimienta⁹⁹ se interesó por explorar las relaciones entre territorio y pedagogía, en un sentido del primero que se inspira en las geografías críticas latinoamericanas, notablemente en la obra de Milton Santos¹⁰⁰ y María Laura Silveira,¹⁰¹ y en un sentido de la segunda que incluye

93 Barth, *Los grupos étnicos*.

94 Jonathan Friedman, “Culture, Identity and World Process”, in *Cultural Identity & Global Process*, ed. Jonathan Friedman (London: SAGE Publications, 1996), 78-90.

95 Agnew, *Geopolítica*.

96 Pierre Bourdieu, *Raisons pratiques. Sur la théorie de l'action* (Paris: Éditions du Seuil, 1994).

97 Claudia Puerta, “El proyecto del Cerrejón: un espacio relacional para los indígenas wayuu, la empresa minera y el Estado colombiano”, *Boletín de Antropología Universidad de Antioquia*, Vol. 24, no. 41 (2010): 157.

98 Puerta, “El proyecto del Cerrejón”, 157.

99 Alejandro Pimienta, “La globalización y el lugar de la ciudadanía: una reflexión a propósito de Milton Santos”, en *Universos socioespaciales: procedencias y destinos*, eds. Clara García y Clara Aramburo (Medellín: Siglo del Hombre Editores, INER-Universidad de Antioquia, 2009), 283-99; Alejandro Pimienta, “Formación ciudadana, proyectos políticos y territorio: pistas para la escuela”, *Anekumene*, Vol. 1, no. 3 (2012): 129-40; Alejandro Pimienta, “Criterios para la investigación comparada en didáctica de la Geografía. Aportes desde un estudio en Sao Paulo y Medellín”, en *Una mirada al pasado y un proyecto de futuro. Investigación en innovación en didáctica de las ciencias sociales*, coords. Joan Pagés Blanch y Antoni Santisteban Fernández (Barcelona: Universitat Autònoma de Barcelona, Servei de Publicacions, 2014), 643-50; Alejandro Pimienta, “Hegemonía y proyecto socioespacial de ciudad. El caso del urbanismo social en Medellín”, en *Discurso y política en Colombia: problemáticas actuales*, coords. GIOHANNI OLAVE y ELVIRA NARVAJA DE ARNOUX (Bogotá: La Carreta Editores, 2016), 69-98.

100 Santos, *La naturaleza del espacio*.

101 María Laura Silveira, “Territorio y ciudadanía: reflexiones en tiempos de globalización”, *Unipluriversidad*, Vol. 11, no. 3 (2011): 15-34.

la educación escolar, pero también los proyectos de formación ciudadana.¹⁰² Para el efecto, implementó el análisis político del discurso.¹⁰³

4. Despliegues

Durante la última década, la relevancia de los estudios socioespaciales en el INER se ha puesto de manifiesto en el afianzamiento del programa homónimo de maestría y en el diseño del Doctorado en Estudios Socioespaciales que ha iniciado actividades en 2022. Así mismo, en la perspectiva de transversalidad dentro de los programas que componen la política de investigaciones del instituto, en la que destacan aquellos referidos a las geografías del conocimiento y los procesos de configuración del espacio.

En cuanto a las geografías del conocimiento, se parte de la tesis reflexiva acerca de la afectación espacial de las prácticas mismas de conocimiento, versen estas sobre los espacios u otras dimensiones de la vida,¹⁰⁴ siendo los estudios sobre las materialidades y los espacios de la ciencia una perspectiva específica de trabajo.¹⁰⁵

Otra faceta de exploración de las relaciones entre espacio y conocimiento ha sido aplicada a las dinámicas pedagógicas, como en el trabajo de César Ospina, Vladimir Montoya y Lida Sepúlveda,¹⁰⁶ el cual, adicionalmente, ha dado

- 102 Paulo Freire, *Política y educación* (Ciudad de México: Siglo XXI, 2001); Henry Giroux, *Los profesores como intelectuales. Hacia una pedagogía crítica del aprendizaje* (Barcelona: Paidós, 1997).
- 103 Ernesto Laclau, *La razón populista* (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2005); Chantal Mouffe, *En torno a lo político* (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2007).
- 104 Carlo Emilio Piazzini, "Conocimientos situados y pensamientos fronterizos: una relectura desde la universidad", *Geopolíticas(s)*, Vol. 5, no. 1 (2014): 11-33; Carlo Emilio Piazzini, "Sobre espacios, conocimiento y poder: para las geografías del conocimiento", en *Pensamiento crítico latinoamericano. Homenaje a Hernán Henao Delgado*, ed. María Teresa Arcila (Medellín: Tragaluz Editores, 2015), 42-60.
- 105 Carlo Emilio Piazzini, "Buscando el lugar de los espacios y las materialidades en los estudios de la ciencia" (Documentos de Trabajo INER No. 2, Medellín, Instituto de Estudios Regionales, Universidad de Antioquia, 2015); Carlo Emilio Piazzini, "Espacios y materialidad de las ciencias. Topologías y actantes" (Documentos de Trabajo INER No. 1, Medellín, Instituto de Estudios Regionales, Universidad de Antioquia, 2015); Carlo Emilio Piazzini, "Internacionalización de las ciencias y mapas del conocimiento", en *Investigación en ciencias sociales, humanidades y artes. Debates para su valoración*, eds. Gabriel Vélez Cuartas et al. (Medellín: Fondo Editorial FCSH, Universidad de Los Andes, 2018), 69-90.
- 106 César Ospina, Vladimir Montoya y Lida Sepúlveda, "La escuela es territorio. Cartografía social de experiencias pedagógicas en instituciones educativas de Medellín y Bello, Colombia", *Territorios*, no. 44-especial (2021): 73-92.

continuidad a las investigaciones sobre cartografías sociales críticas. Y con otras antecedentes teóricas, Alejandro Pimienta ha hecho énfasis en una “ontología política del territorio”, que, siendo crítica del llamado “giro espacial”, se propone fortalecer ámbitos generales de la vida nacional, pero muy especialmente los proyectos educativos conducentes a la formación de sujetos políticos.¹⁰⁷

Afines al programa Procesos de configuración del espacio se han venido efectuando análisis sobre las geografías de la paz y la guerra, de cara al horizonte de posconflicto en Colombia.¹⁰⁸ Horizonte que involucra necesariamente el análisis de la problemática de los procesos de memoria y reparación, tema que, desde una perspectiva antropológica, sensible a las espacialidades, venía trabajando Natalia Quiceno,¹⁰⁹ particularmente en cuanto a los retos de reelaboración de los sentidos de lugar en espacios en donde la guerra ha sido particularmente intensa.

También Luis Antonio Ramírez¹¹⁰ ha efectuado investigaciones con poblaciones víctimas del conflicto, interesándose por aquellos espacios no institucionales (territorios y localidades) en los que se producen testimonios y memorias que, si bien no pueden reparar por completo los daños morales, contribuyen al empoderamiento de las víctimas, en el sentido de lograr el reconocimiento oficial y social del daño padecido.

107 Alejandro Pimienta, “El territorio como discurso, enfoque y proyecto”, en *El poder del territorio: conocimiento para la transformación de los espacios educativos*, comp. Marcelo Garrido (Santiago de Chile: Ediciones Universidad Academia de Humanismo Cristiano, Universidad de Sao Paulo, GEOPAIDEA, 2020), 165-85.

108 Heriberto Cairo et al., “Territorial Peace: The Emergence of a Concept in Colombia’s Peace Negotiations”, *Geopolitics* 23, no. 2 (2018): 464-88; Vladimir Montoya, “¿Cómo ordenar y gestionar los territorios sin la guerra en Colombia? Hacia una imaginación geográfica de la paz”, en *Las ciencias sociales en sus desplazamientos. Nuevas epistemes y nuevos desafíos*, eds. Sara Victoria Alvarado, Eduardo Rueda y Gabriel Orozco (Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales [CLACSO], 2017), 105-18.

109 Natalia Quiceno, “Embarcados por la vida: luchas y movimientos afroatrateños en medio de la guerra en Colombia”, en *Proceso de paz y perspectivas democráticas en Colombia*, Alejandro Castillejo et al. (Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales [CLACSO], 2015), 195-227; Natalia Quiceno, *Vivir sabroso. Luchas y movimientos afroatrateños*, en *Bojayá, Chocó, Colombia* (Bogotá: Editorial Universidad del Rosario, 2016).

110 Luis Antonio Ramírez, “Hacia una ética del testimonio. Usos, labores y escenarios del testimonio”, *Analecta Política*, Vol. 8, no. 15 (2018): 199-215; Luis Antonio Ramírez, “De algunas espacialidades y temporalidades de la memoria”, *Revista Debates*, no. 83 (2020): 80-85.

Finalmente, en una perspectiva de investigaciones sobre procesos geohistóricos de configuración espacial se dibuja la historia urbana, tarea que ha venido posicionando Eulalia Hernández¹¹¹ con un enfoque simétrico de espacios y tiempos sociales.

Los despliegues temáticos de la última década permiten esperar que también en los próximos años el INER continuará siendo un lugar de especial actividad creativa en términos de producción conceptual, comprensión y aprendizaje del comportamiento espacial de las sociedades. Por lo pronto, ofrecemos estas lecturas recobradas para que contribuyan a los ejercicios críticos y reflexivos que esa dinámica debería incorporar.

Agradecemos a las autoras y los autores de los textos, así como a los familiares de quienes han fallecido, porque, comprendiendo esa visión, han otorgado los permisos necesarios para su reproducción. Igualmente, a las casas editoriales que originalmente se encargaron de las publicaciones.

Nota editorial

Como editores, hemos procurado que los textos aquí reproducidos correspondan a los originales publicados. Las modificaciones efectuadas en pro de la unidad de formato editorial corresponden a la eliminación de resúmenes y palabras clave –cuando los había–, a la unificación de las referencias bibliográficas bajo el estilo Chicago, así como a la corrección de faltas evidentes de digitación o redacción, que en ocasiones habían escapado al proceso original de edición. Por otra parte, hemos conservado las referencias profesionales o institucionales de autoras y autores, tal y como aparecen en las publicaciones

¹¹¹ Eulalia Hernández, “La investigación urbana entre 1960 y 1990. Apuntes para un balance historiográfico comparado entre México y Colombia”, *Academia* *xxii*, Vol. 8, no. 15 (2017): 139-59; Eulalia Hernández, “Jacques Aprile-Gneset y la Historia urbana en Colombia. A propósito de un espacialista”, en *Repensando la historia urbana. Reflexiones históricas en torno a la ciudad colombiana*, comps. Sebastián Martínez y Adriana María Suárez (Pereira: Universidad Tecnológica de Pereira y Universidad Icesi, 2020), 44-68; Eulalia Hernández, “Travesías por la historia urbana en Colombia”, en *Después de la heroica fase de exploración. La historiografía urbana en América Latina*, coords. Gerardo Martínez Delgado y Germán Rodrigo Mejía Pavony (Guanajuato: Universidad de Guanajuato, Editorial Pontificia Universidad Javeriana, Editorial FLACSO, 2021), 221-71.

originales, mientras que hemos eliminado las referencias a direcciones de correos electrónicos, que muchas veces ya no funcionan.

Bibliografía

- Agnew, John. "Representing Space: Space, Scale and Culture in Social Science". In *Place/Culture/Representation*. Edited by James Duncan and David Ley, 251-71. London: Routledge, 1994.
- _____. *Geopolítica: una re-visión de la política mundial*. Madrid: Trama Editorial, 2005.
- Almeida, Alfredo. "Nova cartografia social da Amazônia". Em *Nova Cartografia Social da Amazonia. Povos e comunidades tradicionais. Catálogo, livros, mapas, fascículos, simpósios, vídeos*. Organizado por Alfredo Almeida, 29-34. Manaus: UEA, 2013.
- Álvarez, Víctor. "La formación de la estructura agraria en Antioquia (1542-1790)". *Revista Antioqueña de Economía*, no. 10 (1983): 110-20.
- _____. "De la región a las subregiones en la Historia de Antioquia". En *Fronteras, regiones y ciudades en la historia de Colombia. Memorias del VIII Congreso Nacional de Historia de Colombia*, 151-76. Bucaramanga: Universidad Industrial de Santander, 1992.
- Alzate, Valentina, Felipe Arias, David Escobar, Isabel Henao, Emilio Piazzini e Ingrid Vidales. "El programa de Arqueología del INER". *Revista Debates*, no. 83 (2020): 66-79. <https://revistas.udea.edu.co/index.php/debates/article/view/344705>
- Anselin, Luc. "The Future of Spatial Analysis in the Social Sciences". *Geographic Information Sciences*, Vol. 5, no. 2 (1999): 67-76.
- Aramburo, Clara. "La política en una interpretación de la región desde la perspectiva del orden". *Estudios Políticos*, no. 23 (2003): 147-68.
- _____. "La tensa interacción entre las territorialidades y el conflicto armado, Urabá 1960-2004. Marco interpretativo y empírico". *Revista Controversia*, no. 192 (2009): 81-119.
- Arcila, María Teresa. "El elogio de la dificultad como narrativa de la identidad regional en Antioquia". *Historia Crítica*, no. 32 (2006): 39-67.
- Bachmann-Medick, Doris. *Cultural Turns. New Orientations in the Study of Culture*. Berlin: Walter de Gruyter, 2016.
- Barth, Frederik, ed. *Los grupos étnicos y sus fronteras. La organización social de las diferencias culturales*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 1976.
- Basini, José, Vladimir Montoya y Márcia Farias, dirs. *III Congreso Internacional de Estudios Socioespaciales: ciudades, fronteras y movilidad humana*. Manaus:

- Universidad Federal de Amazonas y Red Internacional de Estudios Socioespaciales, 2014.
- Bianchi, Laurent. “Los estudios regionales en Colombia: análisis crítico y nuevas pautas para la investigación”. *Cuadernos de Geografía: Revista Colombiana de Geografía*, Vol. 5, no. 1 (1994): 80-98.
- Blair, Elsa. “Conflicto y territorio: visos de un caleidoscopio”. *RegionES*, no. 2 (2004): 115-35.
- _____. *Muertes violentas. La teatralización del exceso*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia, 2005.
- _____. “Memorias de violencia. Espacio, tiempo y narración”. *Revista Controversia*, no. 185 (2005): 10-19.
- _____. “¿Nuevas guerras? ¿Nuevos espacios para la guerra? O ¿Nuevas espacialidades?”. En *(Des)territorialidades y (No)lugares. Procesos de configuración y transformación social del espacio*. Editado por Diego Herrera Gómez y Carlo Emilio Piazzini, 135-53. Medellín: La Carreta Editores, 2006.
- _____. “Memoria y poder: (des)estatalizar las memorias y (des)centrar el poder del Estado”. *Universitas Humanística*, no. 72 (2011): 63-88.
- _____. “El poder del lugar y su potencial político en la legitimación de la(s) memoria(s) del conflicto político armado”. *Cuadernos de Filosofía Latinoamericana*, Vol. 34, no. 108 (2013): 65-78.
- _____. “Michel Foucault. El carácter político del espacio y la espacialidad del poder”. Documentos de Trabajo INER No. 6, Medellín, Instituto de Estudios Regionales, Universidad de Antioquia, 2015.
- Blair, Elsa, Alejandro Pimiento y Cristina Agudelo. *Informe de investigación. Conflicto armado, actores y territorios: los visos de un caleidoscopio*. Medellín: INER, CODI, Universidad de Antioquia, 2004.
- Boisier, Sergio. “Las regiones como espacios socialmente construidos”. *Revista de la Cepal*, no. 35 (1988): 39-54.
- _____. *La gestión del desarrollo regional en economías de mercado abiertas y descentralizadas (El caso chileno)*. Santiago de Chile: Instituto Latinoamericano y del Caribe de Planificación Económica y Social (ILPES), 1994.
- Botero, Fernando. *La industrialización en Antioquia 1900-1930*. Medellín: Universidad de Antioquia, 1985.
- Bourdieu, Pierre. *Raisons pratiques. Sur la théorie de l'action*. Paris: Éditions du Seuil, 1994.
- _____. *La distinción*. Madrid: Editorial Taurus, 1998.
- Braudel, Fernand. *La historia y las ciencias sociales*. Madrid: Alianza Editorial, 1970.

- Brew, Roger. *El desarrollo económico de Antioquia desde la Independencia hasta 1920*. Bogotá: Publicaciones del Banco de la República, Archivo de la Economía Nacional, 1977.
- Cairo, Heriberto. “Elementos para una geopolítica crítica: tradición y cambio en una disciplina maldita”. *Ería. Revista Cuatrimestral de Geografía*, no. 32 (1993): 195-213.
- Cairo, Heriberto, Ulrich Oslander, Carlo Emilio Piazzini Suárez, Jerónimo Ríos, Sara Koopman, Vladimir Montoya Arango, Flavio Bladimir Rodríguez Muñoz y Liliana Zambrano Quintero. “Territorial Peace: The Emergence of a Concept in Colombia’s Peace Negotiations”. *Geopolitics*, Vol. 23, no. 2 (2018): 464-88.
- Castillejo, Alejandro. *Poética de lo Otro. Hacia una antropología de la guerra, la soledad y el exilio interno en Colombia*. Bogotá: ICANH, Colciencias, 2000.
- Certeau, Michel de. *Artes de hacer*. Tomo I de *La invención de lo cotidiano*. Ciudad de México: Universidad Iberoamericana, Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente, 2000.
- Colmenares, Germán. “El papel de la historia regional en el análisis de las formaciones sociales”. *Ideología y Sociedad*, no. 12 (1972): 75-81.
- _____. “Comentario”. En *Los estudios regionales en Colombia: el caso de Antioquia*, 16-18. Medellín: FAES, 1982.
- _____. “¿Qué tan profundo es el tema?”. *Boletín Cultural y Bibliográfico*, Vol. 25, no. 15 (1988): 128-9.
- Cosgrove, Denis. “Landscape and Landschaft”. *GHI Bulletin*, no. 35 (Fall 2004): 57-71.
- Estupiñán, Liliana. “El ordenamiento territorial en la Asamblea Nacional Constituyente de 1991”. *Opinión Jurídica*, Vol. 11, no. 21 (2012): 19-38.
- Fajardo, Darío. “Región y sociedad nacional. Notas sobre las formas de Estado en Colombia”. En *Contra el caos de la desmemoriación*, 173-84. Bogotá: Colcultura, PNUD, 1990.
- Fajardo, Luis. *La moralidad protestante de los antioqueños: estructura social y personalidad*. Cali: Ediciones Departamento de Sociología, Universidad del Valle, 1969.
- Fals Borda, Orlando. *La insurgencia de las provincias*. Bogotá: Siglo XXI, 1988.
- Febvre, Lucien. *La Terre et l'évolution humaine: introduction géographique à l'histoire*. Paris: La Renaissance du Livre, 1922.
- Fornaguera, Miguel y Ernesto Guhl. *Ordenación del territorio en base del epicentrismo regional*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, Departamento de Geografía, 1969.

- Foucault, Michel. "Space, Knowledge and Power". In *The Foucault Reader*. Edited by Paul Rabinow, 239-56. New York: Pantheon Books, 1984.
- Freire, Paulo. *Política y educación*. Ciudad de México: Siglo XXI, 2001.
- Friedman, Jonathan. "Culture, Identity and World Process". In *Cultural Identity & Global Process*. Edited by Jonathan Friedman, 78-90. London: SAGE Publications, 1996.
- Fundación Antioqueña para los Estudios Sociales, FAES. *Los estudios regionales en Colombia: el caso de Antioquia*. Medellín: FAES, 1982.
- García, Andrés. *Espacialidades del destierro y la re-existencia. Afrodescendientes desterrados en Medellín, Colombia*. Medellín: La Carreta Editores, 2012.
- García, Clara. "Territorios, regiones y acción colectiva: el caso del bajo Cauca antioqueño". En *Territorios, regiones y sociedades*. Editado por Renán Silva, 123-36. Cali: Universidad del Valle, CEREC, 1994.
- _____. "Instituto de Estudios Regionales". En *Universidad de Antioquia: historia y presencia*, 695-97. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia, 1998.
- _____, comp. *Fronteras. Territorios y metáforas*. Medellín: Hombre Nuevo Editores, 2003.
- _____. "Problemáticas y enfoques de la investigación sobre territorios de frontera interna en Colombia". En *Fronteras. Territorios y metáforas*. Compilado por Clara García, 47-60. Medellín: Hombre Nuevo Editores, 2003.
- _____. "Las Regiones en construcción una Aproximación conceptual". *Revista Controversia*, no. 181 (2003): 48-53.
- _____. "Región y violencia en Antioquia. Problemáticas conceptos y tendencias de la investigación". En *Estudios regionales en Antioquia*. Editado por César Hurtado, 101-29. Medellín: Editorial Lealon, 2004.
- _____. "Las representaciones sociales del territorio. Enfoque y metodología para su estudio". *Revista Controversia*, no. 186 (2006): 78-87.
- _____. "Los estudios regionales en Colombia. Una crítica desde los estudios socioespaciales". En *Universos socioespaciales. Procedencias y destinos*. Editado por Clara García y Clara Aramburo, 35-68. Medellín: Siglo del Hombre Editores, INER-Universidad de Antioquia, 2009.
- _____. "Los estudios sobre órdenes locales. Enfoques, debates y desafíos". *Análisis Político*, Vol. 24, no. 73 (2011): 55-78.
- García, Clara y Clara Aramburo, eds. *Universos socioespaciales. Procedencias y destinos*. Medellín: Siglo del Hombre Editores, INER-Universidad de Antioquia, 2009.
- _____. *Geografías de la guerra, el poder y la resistencia. Oriente y Urabá antioqueños, 1990-2008*. Bogotá: Cinep, ODECOFI, Instituto de Estudios Regionales, 2011.

- García, Clara, Álvaro Guzmán, Clara Aramburo, Alba Rodríguez y Juan Domínguez. "Órdenes locales y conflicto armado. Una metodología comparada". *Análisis Político*, Vol. 27, no. 81 (2014): 3-18.
- García, José Luis. *Antropología del territorio*. Madrid: Taller Ediciones JB, 1976.
- Geertz, Clifford. *La interpretación de las culturas*. Ciudad de México: Editorial Gedisa, 1987.
- George, Pierre. *El medio ambiente*. Barcelona: Oikos-Tau, 1972.
- Giroux, Henry. *Los profesores como intelectuales. Hacia una pedagogía crítica del aprendizaje*. Barcelona: Paidós, 1997.
- González, Luis. *Invitación a la microhistoria*. Ciudad de México: Secretaría de Educación Pública, Colección SepSetentas, 1973.
- González, Fernando. *Ecología y paisaje*. Barcelona: Blume, 1981.
- Guerra de Hoyos, Carmen, Mariano Pérez y Carlos Tapia, dirs. *El territorio como "Demo": demo(a)grafías, demo(a)cracias y epidemias*. Sevilla: Universidad Internacional de Andalucía, 2011.
- Hagen, Everett. *The Theory of Social Change: How Economic Growth Begins*. Homewood: Dorsey Press, 1962.
- Haining, Robert. *Spatial Data Analysis. Theory and Practice*. Cambridge: Cambridge University Press, 2004.
- Hall, Edward T. *La dimensión oculta: enfoque antropológico del uso del espacio*. Madrid: Instituto de Estudios de Administración Local, 1973.
- Harley, John. *The New Nature of Maps: Essays in the History of Cartography*. Baltimore: The Johns Hopkins University Press, 2001.
- Harvey, David. *La condición de la posmodernidad*. Buenos Aires: Amorrortu, 1998.
- Heidegger, Martin. *Conferencias y artículos*. Barcelona: Ediciones del Serbal, 1994.
- Henao, Hernán. "Observar de nuevo. La cultura en contextos locales y regionales". En *Descentralización. Memorias del V Congreso de Antropología*. Villa de Leyva: ICFES, 1989.
- Henao, Hernán y Lucelly Villegas. *Especialización en teoría, métodos y técnicas de investigación social Modulo 5. Estudios de localidades*. Bogotá: ICFES, 1996.
- Hernández, Eulalia. "La investigación urbana entre 1960 y 1990. Apuntes para un balance historiográfico comparado entre México y Colombia". *Academia xxii*, Vol. 8, no. 15 (2017): 139-59.
- . "Jacques Aprile-Gneset y la Historia urbana en Colombia. A propósito de un espacialista". En *Repensando la historia urbana. Reflexiones históricas en torno a la ciudad colombiana*. Compilado por Sebastián Martínez y Adriana María Suárez, 44-68. Pereira: Universidad Tecnológica de Pereira y Universidad Icesi, 2020.

- _____. “Travesías por la historia urbana en Colombia”. En *Después de la heroica fase de exploración. La historiografía urbana en América Latina*. Coordinado por Gerardo Martínez Delgado y Germán Rodrigo Mejía Pavony, 221-71. Guanajuato: Universidad de Guanajuato, Editorial Pontificia Universidad Javeriana, Editorial FLACSO, 2021.
- Hernández, Eulalia, Carlo Emilio Piazzini, William Posada y Ximena Urrea. “Espacio, tiempo y sociedad: a propósito de una ruta de investigación”. *RegionEs*, Vol. 7, no. 2 (2012): 79 -98.
- Herrera, Diego y Carlo Emilio Piazzini, eds. *(Des)territorialidades y (No)lugares: procesos de configuración y transformación social del espacio*. Medellín: Editorial La Carreta, Instituto de Estudios Regionales (INER), 2006.
- Jameson, Fredric. *Postmodernism, or the Cultural Logic of Late Capitalism*. Durham: Duke University Press, 1991.
- Laclau, Ernesto. *La razón populista*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2005.
- Latour, Bruno. *Re-ensamblar lo social. Una introducción a la teoría del actor-red*. Buenos Aires: Manantial, 2008.
- Lefebvre, Henri. *La producción del espacio*. Madrid: Capitán Swing, 2013.
- Levi, Giovanni. “Sobre microhistoria”. En *Formas de hacer historia*, 119-43. Madrid: Alianza Editorial, 1993.
- Lévy, Jacques. *Le tournant géographique*. Paris: Belin, 1999.
- Londoño Blair, Alicia. “El territorio: memoria e identidad”. *Revista Morar*, Vol. 1, no. 1 (1995): 35-40.
- López, Álvaro. *Migración y cambio social en Antioquia durante el siglo XIX*. Bogotá: Universidad de los Andes, Centro de Estudios sobre Desarrollo Económico (CEDE), 1968.
- Losonczy, Anne-Marie. “Hacia una antropología de lo inter-étnico: una perspectiva negro-americana e indígena”. En *Antropología de la modernidad*. Editado por María Victoria Uribe y Eduardo Restrepo, 253-79. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología, 1997.
- Löw, Martina. “O spatial turn: para uma sociologia do espaço”. *Tempo Social*, Vol. 25, no. 2 (2013): 17-34.
- Lynch, Kevin. *Administración del paisaje*. Buenos Aires: Editorial Norma, 1985.
- Lyotard, Jean-François. *La condición postmoderna. Informe sobre el saber*. Madrid: Cátedra, 1997.
- Maya, María, Guberney Muñeton y Jorge Horbath. “Conflicto armado y pobreza en Antioquia-Colombia”. *Apuntes del CENES*, Vol. 37, no. 65 (2016): 213-46.
- Mignolo, Walter. *Historias locales/diseños globales. Colonialidad, conocimientos subalternos y pensamiento fronterizo*. Sevilla: Akal, 2011.

- Molano, Joaquín. *Villa de Leiva: Ensayo de interpretación social de una catástrofe ecológica*. Bogotá: FEN de Colombia, 1990.
- Montoya, Vladimir. “El mapa de lo invisible: silencios y gramáticas del poder en la cartografía”. *Universitas Humanística*, Vol. 63, no. 63 (2007): 155-80.
- _____. “La cartografía social como instrumento para otras geografías. Apuntes para un diálogo de saberes territoriales”. En *Universos sociospaciales. Procedencias y destinos*. Editado por Clara García y Clara Aramburo, 113-36. Medellín: Siglo del Hombre Editores, INER-Universidad de Antioquia, 2009.
- _____. “¿Cómo ordenar y gestionar los territorios sin la guerra en Colombia? Hacia una imaginación geográfica de la paz”. En *Las ciencias sociales en sus desplazamientos. Nuevas epistemes y nuevos desafíos*. Editado por Sara Victoria Alvarado, Eduardo Rueda y Gabriel Orozco, 105-18. Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO), 2017.
- _____. “Cartografías y diversidad epistémica en la producción de conocimiento”. En *Construcción de problemas de investigación: diálogos entre el interior y el exterior*. Editado por María Eschenhagen, Gabriel Vélez Cuartas, Carlos Maldonado y Germán Guerrero, 149-73. Medellín: Fondo Editorial FCSH, Editorial Universidad Pontificia Bolivariana, 2018.
- Montoya, Vladimir y Andrés García. “Memorias desterradas y saberes otros: re-existencias afrodescendientes en Medellín (Colombia)”. *Geopolítica(s)*, Vol. 1, no. 1 (2010): 137-56.
- Montoya, Vladimir, Andrés García y César Ospina. “Andar dibujando y dibujar andando: cartografía social y producción colectiva de conocimientos”. *Nómadadas*, no. 40 (2014): 190-205.
- Mouffe, Chantal. *En torno a lo político*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2007.
- Muñetón, Guberney y Juan Vanegas. “Análisis espacial de la pobreza en Antioquia, Colombia”. *Equidad y Desarrollo*, no. 21 (2014): 29-47.
- Offen, Karl. “O mapeas o te mapean: mapeo indígena y negro en América Latina”. *Tabula Rasa*, no. 10 (2009): 163-89.
- Oslender, Ulrich. “Espacio-lugar y movimientos sociales: hacia una espacialidad de resistencia”. *Scripta Nova*, Vol. 6, no. 1 (2002).
- Ospina, César, Vladimir Montoya y Lida Sepúlveda. “La escuela es territorio. Cartografía social de experiencias pedagógicas en instituciones educativas de Medellín y Bello, Colombia”. *Territorios*, no. 44-especial (2021): 73-92.
- Pardo, José Luis. *Las formas de la exterioridad*. Valencia: Pre-Textos, 1992.
- Parsons, James. *The Antioqueño Colonization in Western Colombia*. Berkeley: California University Press, 1949.

- _____. *Antioquia's Corridor to the Sea: An Historical Geography of the Settlement of Urabá*. Berkeley: California University Press, 1967.
- Perloff, Harvey. *La calidad del medio ambiente urbano*. Barcelona: Oikos-Tau, 1973.
- Piazzini, Carlo Emilio. "Los estudios socioespaciales: hacia una agenda de investigación transdisciplinaria". *RegionEs*, no. 2 (2004): 151-72.
- _____. "El tiempo situado: las temporalidades después del giro espacial". En *(Des) territorialidades y (No)lugares: procesos de configuración y transformación social del espacio*. Editado por Diego Herrera y Carlo Emilio Piazzini, 53-73. Medellín: Instituto de Estudios Regionales (INER), 2006.
- _____. "De las artes de la memoria a la geopolítica de la memoria". En *Escenarios de reflexión. Las ciencias sociales y humanas a debate*. Compilado por Óscar Almario y Miguel Ángel Ruiz, 115-35. Medellín: Universidad Nacional de Colombia, 2006.
- _____. "Cronotopos, memorias y lugares: una mirada desde los patrimonios". En *Geopolíticas: espacios de poder y poder de los espacios*. Editado por Carlo Emilio Piazzini y Vladimir Montoya, 171-83. Medellín: La Carreta Editores, 2008.
- _____. "Para las geografías del tiempo. Buscando los espacios de la historia". En *El territorio como "Demo": demo(a)grafías, demo(a)cracias y epidemias*. Dirigido por Carmen Guerra de Hoyos, Mariano Pérez y Carlos Tapia, 15-30. Sevilla: Universidad Internacional de Andalucía, 2011.
- _____. "Arqueología: una máquina del tiempo para una prehistoria del presente". En *Temporalidades contemporáneas, incluido el pasado en el presente*. Coordinado por Carmen Guerra de Hoyos, Mariano Pérez y Carlos Tapia, 66-77. Sevilla: Junta de Andalucía, Consejería de Cultura, 2012.
- _____. "Los estudios socioespaciales: campo de tensiones y caminos recorridos". En *Os estudos socioespaciais: cidades, fronteiras e mobilidade humana*. Organizado por José Basini, Márcia Farias, Vladimir Montoya y Daniel Tavares dos Santos, 17-38. Manaus: Editora da Universidade Federal do Amazonas, 2014.
- _____. "Conocimientos situados y pensamientos fronterizos: una relectura desde la universidad". *Geopolítica(s)*, Vol. 5, no. 1 (2014): 11-33.
- _____. "Sobre espacios, conocimiento y poder: para las geografías del conocimiento". En *Pensamiento crítico latinoamericano. Homenaje a Hernán Henao Delgado*. Editado por María Teresa Arcila, 42-60. Medellín: Tragaluz Editores, 2015.
- _____. "Buscando el lugar de los espacios y las materialidades en los estudios de la ciencia". Documentos de Trabajo INER No. 2, Medellín, Instituto de Estudios Regionales, Universidad de Antioquia, 2015.
- _____. "Espacios y materialidad de las ciencias. Topologías y actantes". Documentos de Trabajo INER No. 1, Medellín, Instituto de Estudios Regionales, Universidad de Antioquia, 2015.

- _____. “Internacionalización de las ciencias y mapas del conocimiento”. En *Investigación en ciencias sociales, humanidades y artes. Debates para su valoración*. Editado por Gabriel Vélez Cuartas, Carlos Andrés Aristizábal, Carlo Emilio Piazzini, Lina M. Villegas Hincapié, Gabriel Mario Vélez Salazar y Rodolfo Masías Núñez, 69-90. Medellín: Fondo Editorial FCSH, Universidad de Los Andes, 2018.
- Piazzini, Carlo Emilio y Vladimir Montoya, eds. *Geopolíticas: espacios de poder y poder de los espacios*. Medellín: La Carreta Editores, 2008.
- _____. “Los estudios socioespaciales en el INER”. *Revista Debates*, no. 83 (2020): 22-37. <https://revistas.udea.edu.co/index.php/debates/article/view/344701>
- _____. *Cartografías, mapas y contramapas*. Medellín: Fondo Editorial FCSH, 2022.
- Pimienta, Alejandro. “La configuración de la identidad local en la diversidad cultural: El Caso de Caucasia”. *Palabra*, no. 8 (2007): 60-77.
- _____. “El conflicto armado en clave local: resignificando la ciudadanía”. Ponencia presentada en el xxvi Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología, Asociación Latinoamericana de Sociología, Guadalajara, México, 2007.
- _____. “La globalización y el lugar de la ciudadanía: una reflexión a propósito de Milton Santos”. En *Universos socioespaciales: procedencias y destinos*. Editado por Clara García y Clara Aramburo, 283-99. Medellín: Siglo del Hombre Editores, INER-Universidad de Antioquia, 2009.
- _____. “Formación ciudadana, proyectos políticos y territorio: pistas para la escuela”. *Anekumene*, Vol. 1, no. 3 (2012): 129-40.
- _____. “Criterios para la investigación comparada en didáctica de la Geografía. Aportes desde un estudio en Sao Paulo y Medellín”. En *Una mirada al pasado y un proyecto de futuro. Investigación en innovación en didáctica de las ciencias sociales*. Coordinado por Joan Pagés Blanch y Antoni Santisteban Fernández, 643-50. Barcelona: Universitat Autònoma de Barcelona, Servei de Publicacions, 2014.
- _____. “Hegemonía y proyecto socioespacial de ciudad. El caso del urbanismo social en Medellín”. En *Discurso y política en Colombia: problemáticas actuales*. Coordinado por Gihanni Olave y Elvira Narvaja de Arnoux, 69-98. Bogotá: La Carreta Editores, 2016.
- _____. “Didáctica de la geografía y cartografía social”. En *Un incentivo para el conocimiento geográfico y la resolución de problemas espaciales destinado a profesores de la enseñanza básica/primaria en países latinoamericanos*. Compilado por Rosser M. Bianchi Parraguez, 55-64. Santiago de Chile: Instituto Panamericano de Geografía e Historia, 2017.
- _____. “El territorio como discurso, enfoque y proyecto”. En *El poder del territorio: conocimiento para la transformación de los espacios educativos*. Compilado por

- Marcelo Garrido, 165-85. Santiago de Chile: Ediciones Universidad Academia de Humanismo Cristiano, Universidad de Sao Paulo, GEOPAIDEA, 2020.
- Porto, Carlos. *Geo-grafías. Movimientos sociales, nuevas territorialidades y sustentabilidad*. Ciudad de México: Siglo Veintiuno, 2001.
- Puerta, Claudia. “El proyecto del Cerrejón: un espacio relacional para los indígenas wayuu, la empresa minera y el Estado colombiano”. *Boletín de Antropología Universidad de Antioquia*, Vol. 24, no. 41 (2010): 149-79.
- Quiceno, Natalia. “Embarcados por la vida: luchas y movimientos afrotrataños en medio de la guerra en Colombia”. En *Proceso de paz y perspectivas democráticas en Colombia*. Alejandro Castillejo, Eduardo Rueda, Edwin Agudelo y Natalia Quiceno, 195-227. Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO), 2015.
- _____. *Vivir sabroso. Luchas y movimientos afrotrataños, en Bojayá, Chocó, Colombia*. Bogotá: Editorial Universidad del Rosario, 2016.
- Quiceno, Natalia y Paula Sanín. “Estigmas territoriales y distinciones sociales: configuraciones espaciales en la ciudad de Medellín”. *Anagramas*, Vol. 7, no. 14 (2009): 115-32.
- Ramírez, Luis Antonio. “Hacia una ética del testimonio. Usos, labores y escenarios del testimonio”. *Analecta Política*, Vol. 8, no. 15 (2018): 199-215.
- _____. “De algunas espacialidades y temporalidades de la memoria”. *Revista Debates*, no. 83 (2020): 80-85.
- Ramírez, María Clemencia. *Frontera fluida entre Andes, Piedemonte y Selva: el caso del Valle de Sibundoy, siglos XVI-XVIII*. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura Hispánica, 1996.
- Ramírez, Renzo. “Tendencias de la historia regional en Colombia. Problemas y perspectivas recientes”. *HiSTOReLo. Revista de historia regional y local*, Vol. 3, no. 5 (2011): 147-68.
- Ramos, Arístides. “Los estudios regionales en Colombia”. *Presente y Pasado. Revista de Historia*, no. 35 (2013): 11-44.
- Rausch, Jane. *Una frontera de la sabana tropical: los Llanos de Colombia, 1531-1831*. Bogotá: Banco de la República, 1994.
- Ricœur, Paul. *La memoria, la historia, el olvido*. Madrid: Editorial Trotta, 2003.
- Rueda Enciso, José y Renzo Ramírez Bacca. “Historiografía de la regionalización en Colombia: una mirada institucional e interdisciplinar, 1902-1987”. *HiSTOReLo. Revista de historia regional y local*, Vol. 6, no. 11 (2014): 13-67.
- Safford, Frank y Emilio Robledo. “La significación de los antioqueños en el desarrollo económico colombiano: un examen crítico de las tesis de Everett Hagen”. *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, no. 3 (1965): 49-69.

- Santa, Luis. "Introducción a los metromarxismos geográficos latinoamericanos: Perspectivas sobre la ciudad, lo urbano y la urbanización". *Cuadernos de Vivienda y Urbanismo*, Vol. 11, no. 22 (2018): 1-20.
- Santos, Milton. *La naturaleza del espacio. Técnica y tiempo. Razón y emoción*. Barcelona: Editorial Ariel S. A., 2000.
- _____. "Sociedade e espaço: a formação social como teoria e como método". *Boletín Paulista De Geografia*, no. 54 (2017): 81-100.
- Sen, Amartya. *Desarrollo y libertad*. Barcelona: Planeta, 2000.
- Silveira, María Laura. "Territorio y ciudadanía: reflexiones en tiempos de globalización". *Uni-pluriversidad*, Vol. 11, no. 3 (2011): 15-34.
- Simmel, Georg. *Sociología. Estudios sobre las formas de socialización*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 2014.
- Soja, Edward. *Postmodern Geographies*. London: Verso, 1989.
- Thrift, Nigel. *Spatial Formations*. London: SAGE Publications, 1996.
- Turner, Frederick. *La frontera en la historia americana*. San José: Universidad Autónoma de Centro América, 1986.
- Tuan, Yi-Fu. *Topophilia. A Study of Environmental Perception, Attitudes, and Values*. Englewood Cliffs: Prentice-Hall, 1974.
- Twinam, Ann. *Miners, Merchants, and Farmers in Colonial Colombia*. Austin: University of Texas Press, 1982.
- Uribe de Hincapié, María Teresa. "Las clases y los partidos ante lo regional y lo nacional en la Colombia decimonónica. Contribución a un debate". *Lecturas de Economía*, no. 17 (1985): 23-42.
- _____. "Determinantes sociales y culturales de la planeación en la región de los ríos Rionegro y Nare". *Debates de Coyunturas Regional*, no. 7 (1989): 82-101.
- Uribe de Hincapié, María Teresa y Jesús María Álvarez. *Poderes y regiones: problemas de la construcción de la nación colombiana. 1810-1850*. Medellín: Universidad de Antioquia, 1987.
- Villegas, Lucelly. "Instituto de Estudios Regionales. Una mirada a las realidades de las regiones". Memoria, Universidad de Antioquia: protagonista y testigo, 2002. <https://www.udea.edu.co/wps/wcm/connect/udea/0a11a86d-ee29-4220-978e-c7ee5286519a/instituto-estudios-regionales-mirada-realidades-regiones-ciencia.pdf?MOD=AJPERES>
- Wacquant, Loïc. *Parias urbanos. Marginalidad en la ciudad a comienzos de milenio*. Buenos Aires: Manantial, 2001.
- Warf, Barney and Santa Arias, eds. *The Spatial Turn: Interdisciplinary Perspectives*. London, New York: Routledge, 2009.

1. Antecedencias

Las clases y los partidos ante lo regional y lo nacional en la Colombia decimonónica. Contribución a un debate¹

María Teresa Uribe de Hincapié²

El texto que a continuación se va a leer es el resultado de una investigación que de tiempo atrás he venido desarrollando en el Centro de Investigaciones de las Ciencias Sociales (CENICS) de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Antioquia, en compañía del economista Jesús María Álvarez Gaviria, denominada *Las raíces del poder regional: el caso antioqueño*,³ y que

- 1 Publicado originalmente en: *Lecturas de Economía*, no. 17 (1985): 23-42.
- 2 Profesora del Departamento de Sociología e investigadora asociada al Centro de Investigaciones de las Ciencias Sociales (CENICS), Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Antioquia.
- 3 Sobre este trabajo investigativo, que ha sido financiado por el Comité Central de Investigaciones de la Universidad de Antioquia y el Fondo Colombiano de Investigaciones Científicas y Proyectos Especiales “Francisco José de Caldas” (Colciencias), existen algunos documentos publicados y otros inéditos, que reposan en el CENICS de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Antioquia. Los publicados son: María Teresa Uribe de Hincapié y Jesús María Álvarez, “Regiones, economía y espacio nacional en Colombia 1820-1850”, *Lecturas de Economía*, no. 13 (1984): 156-222; María Teresa Uribe de Hincapié y Jesús María Álvarez, “El proceso de apropiación de la tierra en Colombia, 1820-1850. Una perspectiva regional para el análisis”, *Lecturas de Economía*, no. 16 (1985): 63-155. Los inéditos son: “El problema fiscal: ¿protección o librecambio? Una perspectiva regional en el análisis. Colombia 1820-1850”, María Teresa Uribe de Hincapié y Jesús María Álvarez, Medellín, Universidad de Antioquia, Centro de Investigaciones de las Ciencias Sociales (CENICS), 1984; “Proceso de control y mecanismos de dominación-sujeción sobre la

tiene como mira ofrecer un aporte a la identificación de los procesos de constitución del Estado nacional en Colombia.

Intento señalar en este trabajo una perspectiva metodológica que busca desbordar los esquemas economicistas y mecánicos en la identificación de procesos políticos como es el que nos ocupa. Estas notas son fruto de una reflexión en curso y, por tanto, no tienen ninguna pretensión teórica, apuntan más bien a resaltar una postura metodológica para el análisis del acontecer político del siglo XIX en Colombia, que consiste en destacar la importancia de la regionalidad y de los procesos de legitimación en la constitución de la nacionalidad colombiana.

Es esta postura metodológica la que, a nuestro juicio, permite identificar la relación clase-partido, asunto por lo demás problemático en los análisis sobre el siglo decimonónico colombiano, sin caer en la identidad de intereses entre una fracción de clase determinada y su expresión partidista –lo que a todas luces resulta reduccionista y francamente economicista–, ni tampoco en el expediente facilista según el cual los intereses de clase se pueden expresar en dos partidos diferentes y opta por pensarlos en dos órbitas distintas, privilegiando uno de los dos enfoques (el clasista o el partidista) e ignorando la importancia del otro, lo que es una forma diferente de reducir y mistificar la realidad.

El interés por traer a un congreso de sociología una problemática que para algunos podría parecer más propia de un congreso de historia consiste en resaltar particularidades en la constitución de la nacionalidad, en el bipartidismo, en el carácter de las alianzas de clase y en los conflictos entre regiones que quizá colaboren a explicar, de alguna manera, nuestra realidad política del presente y cuyo desconocimiento seguramente ha incidido en el fracaso de nuevas alternativas de cambio social, de allí que pueda resultar interesante esta propuesta que hoy traemos para la discusión.

.....
mano de obra 1820-1850. Una perspectiva regional para el análisis”, María Teresa Uribe de Hincapié y Jesús María Álvarez, Medellín, Universidad de Antioquia, Centro de Investigaciones de las Ciencias Sociales (CENICS), 1984; “Mineros y comerciantes en la Antioquia borbónica”, María Teresa Uribe de Hincapié y Jesús María Álvarez, Medellín, Universidad de Antioquia, Centro de Investigaciones de las Ciencias Sociales (CENICS), 1985; “La Independencia en Antioquia”, María Teresa Uribe de Hincapié y Jesús María Álvarez, Medellín, Universidad de Antioquia, Centro de Investigaciones de las Ciencias Sociales (CENICS), 1985.

Los postulados o hipótesis que trataremos de sustentar en este trabajo son los siguientes:

- La raíz de la división partidista en Colombia no obedeció a la divergencia de intereses en el espacio de lo estrictamente económico, sino más bien a procesos diferenciales de legitimación de una clase en formación que se vio enfrentada al ejercicio del poder y la dominación, en un territorio marcado por el localismo y la coexistencia de varios pueblos históricos⁴ que se reconocían en su particularidad, y se diferenciaban incluso agresivamente de los otros.
- Esta clase en formación se identificó frente a los asuntos que tuvieron que ver con su interés económico particular, pero se dividió en dos colectividades partidistas contrapuestas que midieron sus fuerzas tanto en el parlamento, como en los campos de batalla.
- El bipartidismo de la clase dominante en formación, y las soluciones tanto militares (guerras civiles) como políticas que dieron a sus divergencias, constituyeron la trama básica para la constitución de la precaria nacionalidad colombiana.

1. La perspectiva de lo regional: una postura metodológica para el análisis

El colapso colonial y la emergencia de la Nueva Granada⁵ al mundo de las naciones como “república independiente, soberana y democrática” (al menos

4 El concepto de *pueblo histórico* que se utiliza en este texto reconoce su filiación con las propuestas metodológicas de Otto Bauer, para quien los pueblos históricos serían ante todo “productos sociales que anudan e imbrican en un mismo espacio las cualidades y culturas transmitidas por los antepasados (las etnias) que en su confrontación generan nuevas formas sociales, políticas y económicas que les permiten a los agentes reconocerse como partícipes de una entidad colectiva”. Otto Bauer, “El concepto de nación”, en *El marxismo y la cuestión nacional*, Karl Marx et al. (Barcelona: Avance, 1977), 109. Es decir, el elemento constitutivo de los pueblos sería la historia colectivamente vivida o, como lo señala Bauer, “lo que hay de historia en nosotros”. Para ampliar sobre este concepto véase: Bauer, “El concepto de nación”, 109. Sobre la relación entre etnia, pueblo y nación, véase: María Teresa Uribe de Hincapié y Jesús María Álvarez, “Regiones, economía y espacio nacional en Colombia 1820-1850”, *Lecturas de Economía*, no. 13 (1984): 189-218.

5 Se llama aquí Nueva Granada al espacio territorial correspondiente a la división política-administrativa colonial del virreinato del mismo nombre, que coincide en términos generales con el

así definida en la Constitución de Cúcuta)⁶ suponían, para la fuerza social que se comprometió en el proceso emancipador, la conquista formal del poder, el acceso a los mecanismos institucionales de la dominación, la posibilidad de acceder al ejercicio de la propiedad económica y a la gestación de un proyecto político tendiente a la creación del Estado nacional.

Pero el ejercicio de la propiedad económica, entendido como la capacidad para ejercer sin interferencias externas la dirección de los procesos productivos generales, la apropiación de la tierra, el control sobre la mano de obra y la definición sobre qué y con quién intercambiar los productos, es decir, la gestación y puesta en marcha de un proyecto nacional, fue una tarea de inmensa complejidad que no encontró un espacio centralizado y unitario para su resolución política, y que, en lugar de un pueblo nación que se propusiera su tránsito hacia formas más definidas de autodeterminación política, se encontró con varios pueblos históricos que presentaban particularidades muy marcadas en la forma de asumir los procesos productivos, en sus mentalidades o sentidos comunes,⁷ en sus anudamientos étnicos y en las relaciones de poder, agenciadas por mecanismos y dispositivos que nada tenían en común.

La dominación colonial no dio lugar a una historia común, sino a varios procesos históricos particularmente vividos sobre los cuales se consolidaron regionalidades, unificadas artificiosamente por el momento de la guerra de la Independencia, pero profundamente escindidas en su forma particular de

.....
actual territorio de la República de Colombia, incluyendo la República de Panamá (véase mapa adjunto).

6 La Constitución de Cúcuta fue promulgada en 1821 y mediante este acto se fundó la República de la Gran Colombia, que se extendía hasta los actuales territorios de Venezuela y Ecuador, separados de la República de Colombia en 1829 y 1830, respectivamente.

7 Utilizamos aquí el concepto gramsciano de *sentido común* entendido como “los caracteres difusos y dispersos de un pensamiento genérico de cierta época y de cierto ambiente popular”. El sentido común sería entonces como una amalgama de diversas concepciones tradicionales del mundo y de la “ideología de los sectores dominantes”. Es relevante para Gramsci el papel de la religión en la conformación del sentido común, así como la influencia de la lengua, la tradición histórica, la cultura popular y el folklor: “su rasgo más fundamental y más característico es el de ser una concepción disgregada, incoherente, incongruente conforme a la posición social y cultural de las multitudes”. Antonio Gramsci, *El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce* (Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión, 1971), 9, 125-6.

ejercer la propiedad económica (o sea el poder) y con dificultades objetivas para gestar un proyecto político nacional.

Es precisamente la perspectiva metodológica de la regionalidad la que permite desentrañar la lógica de los conflictos que la fuerza social emancipadora enfrentó para el ejercicio de la soberanía –es decir, la particularidad de ese tránsito del poder formal, adquirido como efecto de una revolución triunfante, al poder real efectivamente legitimado (no autocráticamente ejercido)–, y rastrear las relaciones complejas y multifacéticas entre una clase dominante en formación y su división partidista.

En efecto, es en el período que va de la Independencia (1820) al Medio Siglo (1850), el más oscuro y desconocido por nuestros historiadores, entre otras cosas, en donde se presentaron los grandes enfrentamientos en torno a la gestación del Estado y la nación, y en donde se debatieron, unas veces por la vía de las guerras civiles, otras por el camino de los acuerdos políticos entre fracciones y grupos, las propuestas de una clase en formación que se unificó en torno al logro de sus objetivos económicos, pero que se dividió en los aspectos atinentes a las formas particulares del ejercicio del poder, dada la especificidad regional en los mecanismos de legitimación política.

Esta mirada desde lo regional permite superar algunos de los problemas que la perspectiva nacional lleva consigo y que ha oscurecido, más que clarificado, tanto la génesis de las clases, como la de los partidos. Si no existió un espacio nacional hasta bien entrado el siglo xx, ni un único pueblo histórico, no es posible suponer sectores económicos de vigencia nacional y menos aún llamar clases a las actividades económico-corporativas que los agentes sociales desarrollaron en los diferentes espacios territoriales de la nueva república.

No es posible meter en un mismo saco, aunque para ello se apele a las abstracciones más encumbradas y a las generalizaciones más amplias y del más puro “rigor teórico”, a un terrateniente de la Costa Atlántica⁸ que producía

8 La Costa Atlántica, en el habla popular colombiana, designa un lugar geográfico que supone el litoral del mar Caribe, pero lo trasciende hacia territorios interioranos que llegan casi hasta el centro del país y que excluye la costa correspondiente al departamento de Antioquia. Durante el siglo XIX, la Costa Atlántica estuvo conformada por dos grandes Estados soberanos: Bolívar y

para la exportación y a uno del Cauca⁹ cuyos productos abastecían los mercados cercanos, ni equiparar con ellos a un gran propietario de tierras en Antioquia¹⁰ que poseía un título sobre una inmensa extensión selvática, al cual le interesaba, más que la explotación agrícola, el control sobre las minas de oro que se encontraban en ese territorio, la valorización de su propiedad mediante la colonización dirigida o la construcción de un camino público que la comunicara con otros mercados provinciales o con el exterior. Evidentemente todos ellos poseyeron tierras, fueron propietarios de los medios de producción, pero su forma de inserción en los procesos productivos fue diferente: se trató de actividades que no fueron susceptibles de homogenizar y por ende estos agentes sociales fueron portadores de intereses económico-corporativos distintos, que no encontraron un lugar común para su ejercicio político.

Resultaría igualmente artificioso y falso hablar de un sector mercantil, artesanal o minero; buscar haciendas esclavistas en Santander, palenques en Honda, mineros independientes en Barbacoas o artesanos en Antioquia. En suma, ninguno de los sectores económicos en que estuvo dividida la actividad productiva en el territorio interno poseyó una mínima identidad, lo dominante fue la heterogeneidad productiva y la fragmentación política que de allí resultó.

Si no es posible hablar de sectores económicos de ámbito nacional, mucho menos pensarlos como *clases*, concepto que requiere para su correcta utilización el ejercicio de una práctica política propia en defensa de unos intereses comunes. Existieron, sí, grupos dominantes regionales o locales que mantuvieron de alguna manera el control político de sus respectivos espacios, los cuales buscaron mecanismos que propiciaran un mínimo acuerdo político,

.....

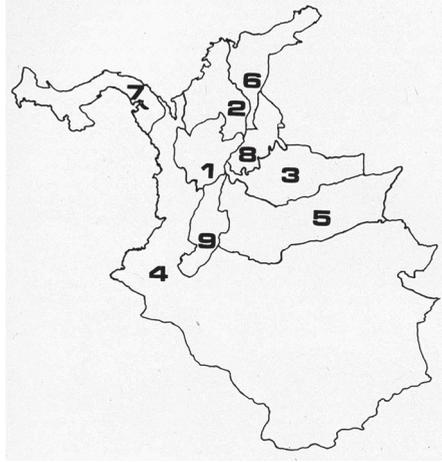
Magdalena. Hoy corresponden a ese territorio siete departamentos: Guajira, Magdalena, Cesar, Atlántico, Bolívar, Córdoba y Sucre (véase mapa adjunto).

- 9 El Estado Soberano del Cauca fue el mayor en territorio durante el siglo xix. Situado al sur del país, corresponde en términos generales a los actuales departamentos de Nariño, Cauca, Valle del Cauca, Chocó y la intendencia del Putumayo hasta el río Amazonas (véase mapa adjunto).
- 10 El Estado Soberano de Antioquia ocupaba buena parte del occidente colombiano. Comprendía el actual territorio del departamento de Antioquia, sin el golfo de Urabá y una faja territorial a lo largo del río Atrato, sobre los cuales se mantuvo un largo litigio durante el pasado siglo, y se extendía hasta el actual departamento de Caldas, aunque sus colonos llegaron hasta el norte del Valle del Cauca y el oriente del Tolima (véase mapa adjunto).

para consolidarse como clase dominante y controlar el aparato central de poder.

La perspectiva metodológica de la regionalidad permite también captar la particularidad del proceso independentista y su mayor o menor incidencia en los profundos cambios de la vida social de las provincias. La Independencia, contrario a lo que generalmente han dicho los historiadores, sí trajo consigo cambios sustanciales en la estructura social y en las formas primigenias del orden político. En la estructura social permitió el ascenso de sectores tradicionalmente segregados en la vida colonial, que por las vías del Ejército, el comercio, el contrabando y la masonería lograron acceder a las esferas institucionales del poder público. Pauperizó algunos sectores tradicionales del criollismo, como efecto de la mayor devastación ocasionada por la revolución en sus regiones, que destruyó haciendas, trapiches, sembrados, incautó el ganado y las bestias de carga, “liberó” esclavos para incorporarlos a los ejércitos y logró articular en algunas regiones vastos sectores populares al proceso emancipador. En otras, por el contrario, indios de resguardo y esclavos de hacienda o mina enfrentaron al amo blanco, agudizando así el recíproco resentimiento racial y propiciando una fisura étnica difícil de subsanar con la simple enunciación de los derechos civiles y políticos de los ciudadanos.

Además de los profundos y desiguales cambios ocasionados en la estructura social, la Independencia no generó un único aparato de poder desde el cual, a la vez que se combatiese la vieja dominación española, se gestasen las bases constitutivas del nuevo Estado. Se generaron dos aparatos primigenios de poder en lugar de uno, con desigual desarrollo en los pueblos históricos: los cabildos, conformados por las élites locales del criollismo, que reivindicaban la lucha propiamente política, parlamentarista, marcadamente civilista, que impulsaban las formas federales de régimen político; el Ejército Libertador, como aparato alterno, era jerárquico, verticalista, autocrático, y defendía un régimen fuertemente centralizado y unitario. Así, a la heterogeneidad económica y la fragmentación política que suponía la coexistencia de diferentes pueblos históricos en el territorio interno se agregaban las transformaciones desiguales que trajo consigo la vorágine de la guerra y la presencia diferencial de los aparatos primigenios de poder de Estado en las respectivas regiones.



1. Antioquia, 2. Bolívar, 3. Boyacá, 4. Cauca, 5. Cundinamarca, 6. Magdalena, 7. Panamá, 8. Santander, 9. Tolima.

Figura 1. División político-administrativa de los Estados Unidos de Colombia 1863-1886.

Fuente: *Atlas geográfico e histórico de la República de Colombia (Antigua Nueva Granada)*¹¹

2. Una clase en formación y dos partidos políticos en acción

La inexistencia de la nación y la formulación de un régimen político de corte centralista, instaurado por la Constitución de Cúcuta en 1821, plantean un primer asunto de la mayor trascendencia: ¿cómo adoptar políticas nacionales para un espacio que no existía más que en los códigos y en las formas institucionales administrativas recién fundadas? Es precisamente allí donde empezó a gestarse una clase dominante que impulsaría y pondría en ejecución las llamadas reformas del medio siglo (1850), y dos partidos políticos nominales cuya estructura binaria definiría el quehacer político de muy diversos sectores productivos y regionales.

¹¹ *Atlas geográfico e histórico de la República de Colombia (Antigua Nueva Granada), el cual comprende las repúblicas de Venezuela y Ecuador, con arreglo a los trabajos geográficos del General de Ingenieros Agustín Codazzi, ejecutado en Venezuela y Nueva Granada. Construida la parte cartográfica por Manuel M. Paz, miembro de la Sociedad Geográfica de París y redactado el texto explicativo por el doctor Felipe Pérez. Todo de orden del Gobierno Nacional de Colombia (París: Imprenta de A. Larnure, 1889).*

En este período se gestó, pues, una alianza política entre algunas élites regionales que lograron no una real hegemonía, pero sí un acuerdo de compromisos, un equilibrio catastrófico a la manera gramsciana,¹² para llegar a puntos comunes frente a aquellos aspectos que tenían que ver con las condiciones de su ejercicio político y descentralizar, dejando su solución en manos de las élites regionales, aquellos aspectos en los cuales no era posible la adopción de políticas para todo el territorio.

Los sectores regionales que lideraron este acuerdo de compromiso, mediante el cual empezaron a manifestarse como una clase en formación, estuvieron constituidos por los agentes sociales cuyo ejercicio económico fue el mercantil-especulativo, es decir, los comerciantes exportadores de tabaco y de oro, que eran, para el período, los únicos productos con un mercado más o menos amplio y permanente en el exterior, y por ende el único recurso para introducir al país mercancías extranjeras. Este grupo estuvo constituido por entes regionales muy definidos: los antioqueños, que negociaban con oro en polvo y en barras, y los santafereños,¹³ que controlaban los mercados del tabaco; coyunturalmente los apoyaron algunos mercaderes de la Costa Atlántica que ejercían la intermediación comercial entre el interior y el exterior, y algunos tratantes en quinas y añiles del sur y del centro del país.

El acuerdo fundamental giró en torno a dos aspectos básicos, que tenían que ver con los intereses económico-corporativos de esta clase en formación:

- A. La consecución de condiciones de igualdad regional para comprar en el exterior y distribuir en el interior, lo cual implicaba:

¹² Para Antonio Gramsci, los procesos políticos de instauración de una clase en el poder suponen dos grandes vías: la hegemónica, que tiene lugar cuando esa clase no solo es dominante, sino dirigente y hace “avanzar la totalidad de la sociedad”, o la vía de los “equilibrios catastróficos” o “acuerdos inestables de compromisos”, que suponen alianzas políticas transitorias entre fracciones que no permiten una real unificación política y no pueden dirigir los procesos sociales. Para ampliar sobre estos conceptos, véase: Christine Buci-Glucksmann, *Gramsci y el Estado: hacia una teoría materialista de la filosofía*, 3.^a ed. (Ciudad de México: Siglo Veintiuno, Editores, 1979), 69-92.

¹³ Hacemos referencia aquí a aquellos comerciantes que, si bien tenían como sede de sus actividades la capital de la república (Santa Fé de Bogotá), provenían de otras localidades como Honda y Ambalema, o de poblaciones de Santander como Socorro y Pamplona.

1. Desestanco del tabaco y la libre exportación del oro. La suerte de estos dos productos estuvo ligada y ningún sector regional permitió que se adoptaran políticas que favorecieran unilateralmente a uno de ellos. Solo en el momento en que se permitió exportar el oro sin amonedar y sin quintar¹⁴ se logró aprobar en el Congreso nacional la libertad del tabaco, y solo cuando los mercaderes del Altiplano cundiboyacense¹⁵ tuvieron a su disposición los ingresos del tabaco para importar, es decir, cuando se libraron del condicionamiento del oro antioqueño –al cual accedían mediante la distribución de los productos artesanales de Boyacá y Santander–, fue posible desmontar las tarifas diferenciales de aduana que “protegían” la producción interna.
2. El logro de un acuerdo frente a nuevas fuentes de financiación del Estado, una vez desaparecidos los monopolios y gravámenes coloniales que regían sobre el oro, el tabaco y la introducción de mercancías, proceso que culminó con la primera ley de crédito público que reglamentó la emisión y circulación de bonos estatales y definió fondos especiales para su amortización. Estos bonos fueron agenciados principalmente por las compañías comerciales de Bogotá, Medellín, Cartagena y Honda.
3. La reglamentación del sistema monetario nacional sobre la base del bimetalismo, dejando a las libres fuerzas del mercado la fijación de las proporciones en las cuales se intercambiaban las monedas de oro y plata, fluctuaciones controladas para su beneficio por los comerciantes especuladores de ambas regiones.

Esta parte estrictamente económica del acuerdo culminó con las reformas de medio siglo y la instauración del librecambio, y se cristalizó

- 14 El Quinto de Oro fue un impuesto de origen colonial que se cobraba en América según mandato de los reyes católicos: “mandamos que todos los vecinos y moradores de nuestras indias, que compren o saquen en cualquier provincia oro, plata, plomo, estaño, azogue, hierro u otro cualquier metal, nos paguen la quinta parte de lo que cogieren o sacaren neto; que nuestra voluntad es hacerles merced de las otras cuatro partes, en consideración a los costos y gastos que hicieren”. Aníbal Galindo, *Estudios económicos y fiscales* (Bogotá: Biblioteca Popular de Economía ANIF, Cultura, 1978), 129.
- 15 El Altiplano cundiboyacense está conformado por las mesetas de Bogotá y Tunja, y fue precisamente allí, teniendo como sede a Santa Fé de Bogotá, donde desarrollaron su actividad los mercaderes importadores santafereños (véase *supra* nota número 13).

en tres reformas sustanciales para todo el territorio: la fiscal, la monetaria y la de crédito público.

- B. El segundo punto de acuerdo consistió en descentralizar la adopción de políticas sobre un número cada vez mayor de asuntos que, dada la heterogeneidad productiva y la fragmentación política, no podrían aplicarse para todo el territorio sin generar gravísimos problemas. Tales fueron las políticas sobre colonización, resguardos, ejidos, indivisos, fundación de poblados, control sobre la mano de obra, sobre recursos naturales, sobre la construcción de obras públicas y el establecimiento de las rentas provinciales.

Este proceso fragmentador de las políticas “nacionales”, que por fuerza de los hechos se tornaron regionales, se inicia con la Ley de Descentralización de Rentas y Gastos adoptada en 1850 y se irá acentuando en las constituciones nacionales de 1851 y 1858 –consideradas como de corte claramente federal–, para culminar con la Constitución de Rionegro, en 1863, que consagró la soberanía de los Estados, su total autonomía, la posibilidad de tener constituciones propias, códigos independientes, su propia fuerza pública y una total independencia para el manejo interno, legalizando en esta forma la particularidad regional de la república. Federación y librecambio fueron, pues, los anclajes políticos básicos del acuerdo de compromiso de esta nueva clase en formación.

Generalmente se afirma que estas reformas del medio siglo fueron exclusivas del Partido Liberal, pues la perspectiva nacional en los análisis no ha permitido evidenciar el carácter político de la alianza entre los comerciantes del Altiplano cundiboyacense y sus pares antioqueños. Estas reformas, si bien hicieron parte del ideario político del Radicalismo (sector del Partido Liberal), se aprobaron con el voto de la bancada antioqueña –predominantemente conservadora– y con el apoyo de buena parte de los comerciantes conservadores de Cartagena, Panamá y Popayán.

La particularidad del acuerdo de compromiso entre estas élites regionales radicó en que no supuso ni un ejercicio hegemónico, ni una imposición violenta, sino el reconocimiento de las diferencias y particularidades de los agentes políticos regionales, quienes lograron unos puntos mínimos de acuerdo para el logro de sus intereses de clase y descentralizaron la toma

de decisiones sobre aquellos que, o bien hubieran supuesto obstáculos a su acuerdo, o creaban problemas en el interior de las regiones con otros sectores políticos influyentes. Allí radica precisamente lo magistral del acuerdo y su trascendental importancia, pero también sus efectos problemáticos, pues, en lugar de propiciar condiciones de unidad nacional, acentuó la regionalidad y no condujo a la centralización del Estado, sino, por el contrario, a la adopción de un régimen político que legalizaba, a través de la Constitución nacional, la fragmentación política del espacio interno y legitimaba, por la vía jurídica, los poderes regionales.

Esta alianza de las élites mercantiles regionales se manifestó en el quehacer político como una clase en formación, en tanto que pudo llegar a acuerdos básicos para controlar y dirigir los procesos productivos generales, es decir, para ejercer el poder y orientar el sistema económico para su particular beneficio. Pero esta clase en formación no fue territorialmente dominante, pues el acuerdo político que la articuló se erigió sobre la base del mantenimiento de sus particularismos, sobre la reproducción de la fragmentación política, sobre la vigencia de los poderes regionales y el debilitamiento del Gobierno central.

El acuerdo, en la práctica, fue la negación de lo nacional y esta clase en formación, como efecto de la alianza que ella misma gestó, se condenó a no trascender del ámbito regional. Esta alianza negó en su base misma la posibilidad de constituir la nacionalidad, mas no fue algo coyuntural que se disgregó una vez logradas las reformas; por el contrario, mantuvo su vigencia a lo largo de todo el siglo XIX, pese a la escisión partidista que enfrentó más de una vez a los liberales radicales y a los conservadores antioqueños en los campos de batalla.

La alianza de élites mercantiles regionales se manifestó en una coalición tácita entre los conservadores antioqueños y los liberales radicales para defender las bases constitutivas de su acuerdo: el librecambio y la federación. En efecto, el Radicalismo, dueño del control del aparato estatal central, toleró y, lo que es aún más importante, hizo respetar la existencia de un Estado conservador (el único en el territorio de la república), instaurado por una revolución violenta que depuso las autoridades liberales legítimamente constituidas que regían el Estado de Antioquia, violando la legalidad institucional y los fundamentos constitucionales tan caros a la ideología del Radicalismo liberal. Los

conservadores antioqueños, a su vez, no solo se sometieron de buen grado a la Constitución de Rionegro, de la cual denigraba su partido, sino que la hicieron cumplir en todas sus partes y apoyaron con su voto la elección de la mayor parte de los mandatarios liberales del período: Manuel Murillo Toro, Tomás Cipriano de Mosquera, Santos Acosta, Felipe Pérez y Aquileo Parra, abandonando con esta política a sus copartidarios del resto del país, quienes reclamaban el apoyo de Antioquia para la reconquista del control del Estado.

3. Los procesos de legitimación como condición del bipartidismo

Esta alianza de élites regionales actuó como clase en lo que tuvo que ver con sus intereses económico-corporativos, pero asumió para su ejercicio político propiamente dicho dos partidos diferentes. Las preguntas pertinentes serían: ¿cuál es la razón de esta división?, ¿por qué dos partidos?

Lo primero que tendríamos que reiterar es que la raíz de sus divergencias no estuvo en el fundamento de su quehacer económico. No existe, pues, una relación biunívoca entre intereses económicos e ideología política. Tampoco se trató de una “división táctica”, como algunas veces se insinúa en los análisis políticos sobre los partidos tradicionales en Colombia. No estamos ante la presencia de la suprema racionalidad de una clase que buscó esconderse detrás de una fingida división para lograr el éxito en su proceso de dominación; por el contrario, las divisiones partidistas fueron reales, concretas, específicas y materiales, y esta aparente paradoja no puede entenderse si no a la luz de la perspectiva regional.

La raíz de la división partidista de los agentes del capital mercantil-especulativo en Colombia durante el siglo XIX tuvo que ver con procesos diferenciales de legitimación, condicionados por la particularidad de los pueblos históricos que compartían el espacio territorial interno.

Una vez desaparecida como efecto de la revolución de Independencia, la legitimidad tradicional del poder, que se sustentaba sobre el derecho divino de los reyes y la desigualdad natural de los agentes sociales, las fuerzas políticas que fundaron los Estados nacionales en todas partes del mundo se enfrentaron a la búsqueda de fuentes legitimadoras alternas, para el ejercicio del poder

y del control político y ejercerlos a través del aparato estatal que ellas mismas fundaron. Así, como en otros lugares del orbe, esa fuente legitimadora se sustentó sobre los derechos naturales y su consagración en un corpus normativo llamado Constitución nacional que definía sobre la ciudadanía, la soberanía, la territorialidad, los derechos y deberes de los agentes sociales, ahora llamados ciudadanos, abstraídos de sus condiciones particulares de raza y condición social y del Estado frente a ellos.

Pero esta fuente legitimadora no logró trascender los límites de la legalidad. Para hacer el tránsito de lo legal a lo legítimo, se necesita que esta sea reconocida y aceptada por los gobernados, y que de alguna manera en el pueblo nación que constituye la base social del nuevo Estado exista un mínimo de identidad y cohesión. La legitimación exige el consenso: identificarse con algo y diferenciarse frente a algo. La consecuencia de la legitimación está condicionada, pues, por la particularidad social de ese pueblo nación, por el sentido común, por la historia colectivamente vivida, pero supone también el ejercicio de una relación de dominación que afirma aquello que le permite consolidarse, y desconoce y combate lo que se le oponga. El proceso de legitimación es eminentemente selectivo, político por excelencia y está arraigado en la vida material de los pueblos, en su historia que, como toda historia, es el resultado de los antagonismos, las contradicciones sociales y las formas concretas mediante las cuales los conflictos se han asumido y resuelto.

Existió, pues, una base jurídica de legalización similar que enfrentó a los caudillos de las guerras de Independencia y a los intelectuales orgánicos de la revolución a la forma que deberían tener el Estado y la nación, al alcance de los derechos civiles y políticos de los ciudadanos, a la división territorial y a la jurisdicción administrativa. Confrontación que tímidamente fue configurando dos bandos que, al filo del medio siglo, tomaron los nombres de Partido Liberal y Partido Conservador, pues la Constitución nacional era una –así fuera centralista o federal– y la república era una, aunque algunas veces se denominara Gran Colombia, Nueva Granada o Estados Unidos de Colombia. Empero, no existía una base material e histórica común, como ocurría con la base jurídica, para el tránsito hacia la legitimación y dadas las diferentes regiones. Este proceso se desarrolló de una manera diferencial, llevando a una

clase en formación cuyos intereses, deducidos de su ejercicio económico, deberían producir concepciones ideológicas similares, a legitimarse con o contra procesos históricos distintos sin que ello diera lugar a varios partidos, pues se legalizaron a través de una estructura bipartidista.

El mercader importador del Altiplano cundiboyacense, que constituyó el núcleo principal del Radicalismo liberal, requería la modernización de la producción tabacalera pues era la cantidad y calidad de este producto lo que definía su capacidad para importar. Este mercader necesariamente entró en contradicción abierta y flagrante con los terratenientes tradicionales, entre ellos la Iglesia católica. Necesitó legitimarse contra las estructuras de origen colonial, contra los poderes tradicionales, contra la Iglesia, en suma, contra la colonia y la hispanidad, que encarnaban para él todo lo arcaico y atrasado que se oponía a su proyecto modernizador.

No es de extrañar, pues, que desarrollara una concepción “jacobina” del orden social, que rechazara las fuentes metafísicas del pensamiento y se dejara seducir por el racionalismo y el empirismo, y que adoptara como suyas las concepciones del liberal-iluminismo europeo, que estuviera imbuido de ideas libertarias e igualitaristas que lo llevaron a criticar y combatir instituciones como la esclavitud y los resguardos, a pregonar la separación de la Iglesia y el Estado, la escuela laica, la desamortización de bienes de manos muertas, el impuesto directo y la libertad: toda la libertad para producir, intercambiar, pensar, movilizar personas y recursos, aunque en la aplicación de estos principios se cayera en la incongruencia y la contradicción que supone una actitud libertaria en un medio profundamente desigual.

Tampoco es de extrañar entonces que este mercader adoptase para su afirmación ideológica las ideas confusas a las cuales se les daba el nombre de liberales y que colaborase en la fundación de un partido que renegó de todo el pasado colonial: que imitara a sus copartidarios europeos, que usara el gorro frigio y adoptara el rojo de los “descamisados” franceses para su bandera, que organizara “sociedades de salud pública” y editara periódicos incendiarios a la par que redactaba constituciones, proyectos de ley, exportara tabaco, quina y añil, importara con los papeles del Estado, impulsara proyectos de colonización hacia las laderas de la cordillera Oriental y el río Magdalena y convirtiera

en prósperas haciendas tabacaleras, añileras y ganaderas los viejos resguardos y tierras ejidales de su región.

El mercader antioqueño, que constituyó el núcleo más importante del Partido Conservador, no tuvo que legitimarse luchando contra la herencia colonial, que no fue en la región más que una forma administrativa legal, subvertida en todos los ámbitos de la vida social por un orden de hecho que dejó sin piso la normatividad de la metrópoli.

Desde finales del siglo XVIII la colonia se desdibujó en Antioquia, el capital mercantil-especulativo subsumió bajo su control actividades ahora tan importantes como la producción agrícola y la minería. Instituciones como la esclavitud no tenían ya ningún peso en la economía y la población esclava manumitida en 1813 envejecía, reducida al ámbito de los servicios personales. El indio de resguardo había dado paso al trabajador independiente –mazamorero o carguero– y un núcleo importante de mulatos y mestizos, enriquecidos por las vías del “rescate” de oro y del contrabando, había logrado incrustarse en los cuerpos de los cabildos. La fractura étnica, tan importante en otras regiones, había sido manejada en Antioquia mediante la instauración de unas relaciones integrativas¹⁶ de poder que llevaron a nuestro comerciante a establecer contactos mercantiles con una base social muy amplia, para captar el oro que estaba en muchas manos y donde no existía ningún mecanismo extraeconómico que le permitiera su apropiación.

Este mercader antioqueño no tuvo, pues, que legitimarse contra la colonia, sino sobre un orden diferente, constituido desde antes de la Independencia y que reivindicaba la ética laica, el trabajo manual y productivo, y la pequeña unidad productiva familiar como garantía del progreso social. Este mercader no tuvo que renegar de la hispanidad, de la religión y la tradición de sus mayores y, por el contrario, se convirtió en su adalid, cuando las noveles teorías de la Revolución francesa, “aclimatadas” por los Radicales, amenazaban con subvertir un orden patriarcal en donde la obediencia filial y la autoridad paterna

16 Llamamos aquí relaciones integrativas a una forma muy particular del ejercicio del poder en Antioquia, que se diferenciaba de las relaciones jerárquicas y verticalistas que se instauraron en Cauca y el Altiplano cundiboyacense. Para ampliar sobre este punto, véase: Uribe de Hincapié y Álvarez, “Regiones, economía”, 189-214.

constituían lugares de anudamiento de las relaciones integrativas de poder e impregnaban todos los ámbitos de la vida en la provincia.

Este mercader antioqueño, que exportó oro en polvo y barras, que –como el del Altiplano cundiboyacense– construyó caminos, financió procesos de colonización dirigida, que fue el mayor prestamista del Estado central y provincial, que especuló con los papeles de la deuda y la moneda metálica, que fundó bancos y emitió billetes –que eran aceptados hasta por el campesino más alejado de los centros poblados–, se legitimó contra las concepciones de los liberales que ponían en peligro las bases fundamentales de su poder, y contribuyó a desarrollar la ideología del Partido Conservador, que enfrentaba con vigor las tesis libertarias e igualitarias de sus competidores.

La diferenciación en los procesos de legitimación está marcada también por la particularidad de la revolución de Independencia y su desarrollo desigual en las regiones. La ruptura étnica, que llevó a los grupos populares en Cauca y la Costa Atlántica a enfrentar al amo blanco, no tuvo ocurrencia en Antioquia y Santander. Mientras en Popayán, Cartagena y Santa Fé de Bogotá la jerarquía eclesiástica se oponía al proceso entrando en amplias contradicciones con el criollismo partidario de la Independencia, en Antioquia, Santander y Boyacá, los púlpitos se convirtieron en verdaderas tribunas de agitación política desde donde la enunciación de los derechos civiles y ciudadanos hacía las veces de la prédica evangélica.

En Santa Fé de Bogotá, en Cartagena y Popayán rodaron las cabezas de los intelectuales orgánicos de la revolución de los cabildos y los puestos de comando fueron tomados por los “generales hacendados” del Ejército Libertador; en Antioquia no hubo fusilamientos ni prisiones: los antioqueños que participaron en el Ejército Libertador lo hicieron allende sus fronteras y –salvo José María Córdoba– no obtuvieron altos rangos en el ejército ni permanecieron en él como vocación profesional. Una vez lograda la Independencia colgaron sus uniformes, guardaron sus sables y volvieron al “mostrador” de su tienda o a la mina. Los cabildos continuaron siendo los aparatos primigenios de poder con mayor influencia política en la región.

De allí que el mercader antioqueño hubiera adoptado selectivamente las propuestas de los Radicales: aceptó la federación y el librecambio –bases

fundamentales del acuerdo entre élites regionales–, apoyó las tentativas de abolición del Ejército permanente, se levantó contra las dictaduras de Simón Bolívar, Rafael Urdaneta y José María Melo, pero atacó el anticlericalismo liberal, su esquema formal de libertades ilimitadas, que consideraba erodador de su ética y su estructura parental, pero ante todo rechazó los esquemas abstractos y teóricos que fundamentaron la ideología liberal, pues chocaban con su sentido práctico y desestimulaban el trabajo material y productivo, anclaje fundamental de su *ethos* sociocultural.

Así, los mercaderes santafereños, que habían logrado acuerdos básicos frente al ejercicio económico y que en un esquema simplista de análisis debería producir similares concepciones ideológicas e igual partido, se legitimaron a partir de procesos históricos diferentes, y es precisamente este último proceso el que puede explicar las complejas relaciones entre una clase en formación y su diferenciación partidista.

Evidentemente, estos partidos no fueron, en estricto sentido, nacionales: ideológicamente podía estar más cerca un conservador antioqueño de un liberal bogotano que de un copartidario caucano o boyacense, para quienes el proceso de legitimación se dio sobre la base de las puras tradiciones hispánicas y de la conservación de las más rancias costumbres coloniales. Los partidos estaban también desvertebrados por la regionalidad y no constituyeron unidades nacionales coherentes ideológicamente, pero legalmente funcionaron dos colectividades nominales que agruparon en torno a líderes la pluralidad de manifestaciones políticas regionales.

Evidentemente fue distinto el Partido Conservador de Mariano Ospina Rodríguez, Pedro Justo Berrío, Pedro Alcántara Herrán y Manuel María Madieto del de Miguel Antonio Caro, Leonardo Canal y Jorge Holguín. Del lado liberal, entre Manuel Murillo Toro y Tomás Cipriano de Mosquera, o entre Aquileo Parra y Julián Trujillo, existían más puntos de divergencia que de unión. Fueron más frecuentes de lo que generalmente se acepta las divisiones internas y las corrientes o fracciones dentro de los partidos, e incluso las coaliciones entre sectores de diferentes partidos, que en la época –trayendo un término venido de la minería– llamaban “ligas”, tuvieron permanente ocurrencia; no obstante, estas colectividades amplias lograron mantener una

estructura bipartidista y generar un referente nominal común,¹⁷ que permitió el desarrollo de procesos de cohesión e integración nacional que no tuvieron contrapartida en el espacio fragmentado de la república.

El único aparato hegemónico que tuvo presencia en todo el territorio patrio, y con una importancia similar en las diferentes regiones y pueblos históricos, fue el partido o los partidos, de allí que se constituyeron en el primer y quizá por mucho tiempo único elemento de identidad nacional, generando por esta vía un sentido de pertenencia que saltaba las fronteras regionales y colectivizaba objetivos, intereses y solidaridades que no tuvieron ningún otro canal de expresión.

Así, la pertenencia a la nación se logró mediante la adscripción al partido y fue este el vehículo más importante para que los agentes sociales se sintieran copartícipes de una entidad mayor, que solo existía en el espacio de la legalidad; así, la idea de la nación estuvo de tal modo impregnada por la adscripción partidista que en el sentido común de esos pueblos históricos que empezaban a “ser nación” por el tortuoso camino del bipartidismo llegó a identificarse nación con partidos, legitimando de contera la dominación de una clase que, dividida en dos partidos, conquistó y tuvo como su más rico botín el monopolio de la nacionalidad y la conservación del bipartidismo.

Es precisamente en este contexto donde adquiere relevancia analítica la perspectiva regional e importancia la particularidad de los procesos de legitimación en el estudio de la constitución del Estado nacional en Colombia.

Si bien lo dominante durante el siglo XIX fue la regionalidad y la diferenciación en los procesos de legitimación –que bien podían haberle abierto paso a una pluralidad de partidos–, la vigencia de las dos colectividades partidistas, que surgieron a la luz de la legalidad republicana y como un referente más

17 Se entiende aquí por referente a un punto de confluencia territorial e histórico común en el proceso de conformación de la identidad popular que acompaña siempre la constitución de las nacionalidades. Decimos que este referente es nominal, pues la república no trasciende los límites de la legalidad y los partidos no tienen propiamente una coherencia ideológica que los defina, sino un nombre común. Esto hace que ese referente se torne en imaginario, pero su importancia radica en que produce manifestaciones concretas en el comportamiento político de los pueblos y en el ejercicio del poder del Estado.

imaginario que real, logró cohesionar las manifestaciones políticas regionales bajo dos banderas distintas, generar un sentido de pertenencia a la nación y crear un espacio político de límites muy flexibles, en donde, de un lado, las élites regionales mercantiles, así pertenecieran a diferentes partidos, encontraban puntos de alianza para el logro de sus intereses de clase; de otro, los partidos, así fueran solo un referente imaginario, y precisamente por serlo, tuvieron la capacidad de aglutinar y mantener bajo la sombra de sus banderas las diferentes manifestaciones políticas regionales que se expresaban de acuerdo con la particularidad en los procesos de legitimación, y aún si en el espacio económico estuviesen profundamente escindidos formaban parte de una colectividad política que luchaba por el control del aparato estatal.

En el tránsito de la legalidad jurídica de la república a la legitimación del Estado nacional el referente imaginario del bipartidismo fue el elemento activo y dinamizador, y sobre esta trama básica se legitimó la precaria nacionalidad colombiana.

Es en esta aparente paradoja, entre un bipartidismo formal e institucional y un pluripartidismo regional de hecho, en donde puede explicarse el mantenimiento de una estructura de partidos ya desaparecida de otros lugares de América Latina,¹⁸ y quizás del mundo entero así como el aparente fracaso de alternativas políticas diferentes. Los intentos de crear nuevos partidos en Colombia o bien han terminado absorbidos e incorporados al interior de esas laxas fronteras que han separado a los tradicionales o, por el contrario, al enfrentar la ideología bipartidista, lo ha tenido que hacer desde fuera, desde posturas internacionalistas que desdeñan lo nacional, porque quizás ese referente imaginario que funcionó para legitimar la nación y la dominación de clase funciona también para las fuerzas contrarias al bipartidismo que, desde una

18 La estructura bipartidista se desvirtúa en la mayor parte de los países de América Latina durante la coyuntura de 1930. La emergencia de la industrialización, la urbanización y el fortalecimiento de los sectores obreros y pequeños burgueses posibilitó el surgimiento de nuevos partidos: socialdemócratas, demócrata-cristianos, socialistas, comunistas y populistas de varios matices. Aparecen entonces en América Latina —excepto en Colombia— estructuras políticas pluripartidistas de tendencia clasista, y se generalizan las alianzas o coaliciones de varios partidos en los procesos electorales. Para ampliar sobre este proceso, véase: Tulio Halperin Donghi, *Historia contemporánea de América Latina*, 2.ª ed. (Madrid: Alianza Editorial, 1970).

postura de izquierda que olvidó el materialismo histórico, rara vez consultan las particularidades del espacio en el cual desarrollan su práctica y no intentan disputarle a los sectores dominantes en su propio campo el monopolio exclusivo de la nación.

Bibliografía

- Atlas geográfico e histórico de la República de Colombia (Antigua Nueva Granada), el cual comprende las repúblicas de Venezuela y Ecuador, con arreglo a los trabajos geográficos del General de Ingenieros Agustín Codazzi, ejecutado en Venezuela y Nueva Granada. Construida la parte cartográfica por Manuel M. Paz, miembro de la Sociedad Geográfica de París y redactado el texto explicativo por el doctor Felipe Pérez. Todo de orden del Gobierno Nacional de Colombia.* París: Imprenta de A. Larnure, 1889.
- Bauer, Otto. "El concepto de nación". En *El marxismo y la cuestión nacional*. Karl Marx et al. Barcelona: Avance, 1977.
- Buci-Glucksmann, Christine. *Gramsci y el Estado: hacia una teoría materialista de la filosofía*. 3.ª ed. Ciudad de México: Siglo Veintiuno Editores, 1979.
- Galindo, Aníbal. *Estudios económicos y fiscales*. Bogotá: Biblioteca Popular de Economía ANIF, Colcultura, 1978.
- Gramsci, Antonio. *El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce*. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión, 1971.
- Halperin Donghi, Tulio. *Historia contemporánea de América Latina*. 2.ª ed. Madrid: Alianza Editorial, 1970.
- Uribe de Hincapié, María Teresa y Jesús María Álvarez. "Regiones, economía y espacio nacional en Colombia 1820-1850". *Lecturas de Economía*, no. 13 (1984): 156-222.

Observar de nuevo. La investigación cultural en contextos locales y regionales¹

Hernán Henao Delgado²

*“¿Es de veras ese moho invisible que todo lo come
sólo a los ojos débiles del viejo
visible
y que a los ojos del adolescente
es
en la luz
un resplandor?”.*

José Manuel Arango, “Cavilación de Viejo”

- 1 Publicado originalmente en: *Memorias del Simposio Diferencias regionales, respuestas institucionales y descentralización. V Congreso Nacional de Antropología, Villa de Leyva, octubre de 1989* (Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología [ICAN], ICFES, 1990), 25-50. Tomado de: Hernán Henao y Lucelly Villegas, *Especialización en teoría, métodos y técnicas de investigación social Modulo 5. Estudios de localidades* (Bogotá: ICFES, 1996).
- 2 Antropólogo MA, investigador del Instituto de Estudios Regionales (INER) y del Departamento de Antropología de la Universidad de Antioquia.



Figura 1. La región de Oriente en el departamento de Antioquia.³

Fuente: elaboración propia

1. Exordio

La antropología tiene un gran reto en esta hora de la realidad colombiana, porque sus métodos y sus técnicas se tornan vitales para ayudar a comprender los procesos que dan contenido diferencial a lo que algunos analistas han comenzado a llamar “la municipalización del país”. Estamos invitados a trabajar para captar las diferencias. Partimos de reconocer que aunque se han dado estudios de localidades y regiones, estos han sido escasos para la dimensión geodemográfica del país. Algunos tienen ya buenos años y son pocos los que han trajinado con el acervo teórico metodológico de la antropología. La difusión que han tenido los estudios hechos por antropólogos es muy pobre. No hemos sido capaces de aprender a difundir nuestros hallazgos de forma ágil, sin sacrificar el rigor científico, pero aprendiendo a escribir en un lenguaje menos académico.⁴

³ Nota de los editores: este título no aparece en la versión original del texto.

⁴ Jaime Arocha y Nina S. de Friedemann vienen realizando un trabajo importante de difusión, aunque a muchos incomoda porque se sacrifica el rigor de la disciplina. Pero trabajos importantes como los de Virginia Gutiérrez de Pineda, Roberto Pineda Giraldo, Álvaro Chávez, Roberto Pineda Camacho, Luis Guillermo Vasco y otros no han dejado de ser ediciones académicas de escasa difusión. No menciono a los arqueólogos, porque estos sí son altamente especializados.

No es esta la ocasión para hacer un inventario ni una evaluación de todos ellos, pero por lo conocido tenemos que concluir que ni los temas, ni los problemas son nuevos. Quizás les ha faltado continuidad, porque por algún tiempo (decenio del 70 y comienzos del 80) otras urgencias agitaban a los intelectuales, a las disciplinas sociales y al país. Los análisis generales primaron sobre los de regiones y localidades,⁵ a tal punto que la preocupación por los procesos microsociales, microeconómicos y político-culturales de mediana o pequeña escala se hicieron irrelevantes.⁶

Es necesario volver los ojos a los trabajos que vienen apareciendo desde la década de 1930, y que han dejado rastro en la comprensión de las sociedades que tuvieron la oportunidad de conocerlos y con ello pensarse a sí mismas.⁷

Lo nuevo es que el país de la década de 1980 ha comenzado a evidenciar que no se conoce a sí mismo. Se han vivido procesos tan acelerados e impactantes en las tres últimas décadas, y han logrado quebrantar a tal grado la nación como realidad y como idea, que la vuelta al detalle, al espacio mediano o pequeño, se tornó cuestión de vida o muerte de la realidad de la identidad colombiana.

Hay intentos por redefinir categorías, acoplar técnicas, practicar la interdisciplinaria, combinar el saber académico con el saber popular, introducir el análisis de temas antes considerados irrelevantes y atreverse a traspasar

5 Ejemplos hay varios: Mario Arrubla, Salomón Kalmanovitz, Álvaro Tirado Mejía, Jorge Orlando Melo, Francisco Leal, etc. Estudios de carácter económico, histórico y sociológico, principalmente.

6 Más aún si la pequeña escala gira en torno de lo que Benedict define como “el ámbito social total pequeño, donde las relaciones tienden a desplazarse hacia el polo personal”. Burton Benedict, “Características Sociológicas de los pequeños territorios y sus repercusiones en el desarrollo económico”, en *Antropología social de las sociedades complejas*, coord. Michael Banton (Madrid: Alianza, 1980), 44.

7 Recordemos algunos: Antonio García, *Geografía económica de Caldas* (Bogotá: Banco de la República, 1978); Ernesto Guhl, *Indios y blancos en la Guajira: estudio socio-económico* (Bogotá: Ediciones Tercer Mundo, 1963); Gerardo Reichel-Dolmatoff y Alicia Reichel-Dolmatoff, *The People of Aritama. The Cultural Personality of a Colombian Mestizo Village* (Chicago: The University of Chicago Press, 1961); Orlando Fals Borda, *Campesinos de los Andes: estudio sociológico de Saucio* (Bogotá: Universidad Nacional, 1961); Andrew Hunter Whiteford, *Popayán y Querétaro: comparación de sus clases sociales* (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 1963); Eugene Havens y Michel Romieux, *Barrancabermeja: conflictos sociales en torno a un centro petrolero* (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 1966).

el presente sin barreras hacia el pasado y el futuro. Todos estos intentos revitalizan la investigación social, incitan al investigador a pensar distinto, contribuyen a recuperar la idea de nación y de Estado, y a potenciar un futuro en el cual pueda hablarse de identidad en la diversidad y tolerancia del otro.

2. Experiencias

En la Universidad de Antioquia se han venido adelantando investigaciones interdisciplinarias en la presente década en las cuales se ha incorporado el saber antropológico. Primero fueron trabajos sobre la ciudad, tocando temas relativos a la recreación y el uso del tiempo libre, y a los espacios públicos.⁸ Allí la intervención antropológica fue menor, dentro del marco de inquietudes más orientadas hacia la planeación, el urbanismo y la arquitectura.

Desde 1984 se empezaron otros trabajos, de tipo regional, en donde la intervención antropológica se hizo relevante, porque algunas de las preguntas centrales tenían que ver con la que se ha considerado campo propio del ejercicio de nuestra disciplina. Cabe reconocerle al Instituto Colombiano de Antropología (ICAN), bajo la dirección del antropólogo Roberto Pineda Giraldo, y a la Fundación Antioqueña para los Estudios Sociales (FAES) papeles importantes en el impulso de estos estudios. Sin embargo, su objetivo final era básicamente académico: interrogarse por la cultura regional, por la identidad y el sentido de pertenencia en la región del Oriente antioqueño, que tiene en su seno dos localidades conocidas en el ámbito nacional: Rionegro y Marinilla.⁹

8 Ver especialmente “La recreación Urbana y su espacio en las ciudades colombianas”, Fernando Viviescas, Edgar Bolívar y Beatriz Gómez, Centro de Investigaciones de la Facultad de Arquitectura, Universidad Nacional, Medellín, 1979-1981. También Fernando Viviescas, dir, “La calidad espacial urbana de los barrios para sectores de bajos ingresos en Medellín” (Informe final de investigación presentado al PEVAL, Medellín, 1985). Además, Fernando Viviescas, *Urbanización y ciudad en Colombia* (Bogotá: Foro Nacional por Colombia, 1989).

9 Ver Fundación Antioqueña para los Estudios Sociales, FAES, Instituto Colombiano de Antropología, ICAN, y Universidad de Antioquia, *Relatorías del Seminario permanente de Investigaciones sobre el Oriente Antioqueño 1984-1985* (Medellín: FAES, s. f.). Dice Hernán Henao Delgado: “Entre los puntos planteados por el ICAN, sobresale el relativo a la elaboración del perfil de la nacionalidad, que exige, en Colombia, lograr una síntesis comparativa de las identidades regionales en el estudio de la cultura como eje de la investigación”. Hernán Henao Delgado, “Una alternativa de investigación regional sobre la cultura”, en *III Congreso de Antropología en Colombia, Memorias* (Bogotá: ICFES, 1986), 201.

En 1987 se inicia otra etapa de ese trabajo regional. La Corporación Autónoma Regional de los Ríos Negro y Nare (CORNARE) contrata los servicios de un grupo interdisciplinario de la Universidad de Antioquia para hacer un diagnóstico sobre la región del Oriente antioqueño. El nombre del proyecto: “Determinantes Sociales y Culturales para la Planeación en la Región de Rionegro-Nare”. Hasta hoy se han realizado tres fases, que incluyen el reconocimiento de 14 de las 26 localidades. Además del diagnóstico derivado del trabajo de campo localidad por localidad, el grupo de investigación abordó, a través de fuentes secundarias, otras localidades y además el conjunto de la región.¹⁰

A partir del segundo semestre de este año, se inició la tarea de producir trabajos que superaran el nivel de informe para la entidad contratante. Se tiene la convicción de que al menos tres tipos de resultados deben derivarse de esta experiencia:

1. El informe contratado.
2. Una versión ágil y accesible a los pobladores de la región.
3. Documentos que puedan discutirse en círculos académicos.

Para el presente congreso de antropología se han propuesto dos de esos documentos: “De actores y territorios...” Simposio II y “Región objeto, región sujeto: a propósito de la identidad y el sentido de pertenencia” Simposio I.

Pero, además del trabajo realizado bajo el nombre de “Determinantes...”, se han adelantado otros que resultan del diagnóstico. Uno es “Síntesis de la problemática regional y estrategias para el desarrollo”, el cual señala objetivos, estrategias, políticas y acciones que deben adelantarse para lograr el propósito del desarrollo, con la participación y la concertación de los actores sociales.

El otro trabajo no es exactamente un proyecto de investigación, sino de acción con los pobladores mismos. Se ha realizado a través de grupos operativos que actúan en directa relación con los pobladores. Un ejemplo innovador importante es el Programa de Intercambio de Servicios (PRISER), un instrumento

10 Las localidades son: Rionegro, Marinilla, Sonsón, San Vicente, Puerto Triunfo, El Peñol, Guatapé, Granada, Alejandria, San Carlos, San Rafael, San Roque, San Francisco y Cocorná. El grupo de investigadores está constituido por antropólogos, sociólogos, historiadores, economistas, trabajadores sociales y fotógrafos.

para “ejecutar acciones en el ámbito de la protección, concertación y manejo apropiado de los recursos naturales, al tiempo que hace posible su vinculación con la gestión y ejecución de aquellos pequeños proyectos de desarrollo que son requeridos por las comunidades”.¹¹

El camino abierto en estos años de trabajo sobre la región del Oriente antioqueño posibilita hoy pensar en nuevos temas para proyectos, como son, entre otros: fronteras histórico-culturales que permiten periodizar y zonificar el poblamiento de Antioquia, el mapa cultural mediante el cual se puede entender la configuración del territorio y la estructura social en forma diferenciada, los procesos migratorios hacia la metrópoli y hacia nuevas zonas de colonización, con instauración de modos de vida que replantean el legendario mito del empresario antioqueño, etc.

En esta ocasión interesa poner sobre el tapete algunos de los aspectos a los que nos hemos enfrentado como antropólogos, que han llevado a la formulación de nociones nuevas o renovadas, y a la aplicación de métodos y técnicas que trascienden el ejercicio clásico.

3. Temas y problemas

3.1 Territorialidad cultural

Los espacios que habita el ser humano son espacios significativos, en virtud de las relaciones de transformación y apropiación permanente a que son sometidos. El grado de significación es variable y va desde la significación derivada del estar en la medida en que se es de allí, lo que permite pensar en una territorialidad dada, hasta la significación plena, derivada del pensar permanente sobre lo que se habita y cómo se habita, lo que nos permite pensar en un territorio asumido y pensado. En el primer caso el espacio es en sí, mientras que en el segundo es el espacio para sí.

Al aplicar técnicas como la elaboración de mapas y planos mentales, se puede registrar el grado de apropiación afectivo que se tiene del espacio.

11 Andrés Vélez S., “La experiencia de CORNARE con el programa intercambio de servicios -PRISER- Municipios del Oriente Antioqueño”, en *Seminario: Experiencias recientes de trabajo con comunidades* (Medellín: ISA, 1989), 1.

Hemos encontrado apropiación de cortes pueblerino y ciudadano, según como se consigna en el entramado (ver dibujos Anexo N.º 1). Hay evidente identificación de los hitos naturales (un cerro, un río, un embalse, etc.) y de los arquitectónicos (iglesias, hospital, hogar juvenil campesino, liceo, casa de cultura, etc.) que hacen parte del territorio común a todos los pobladores.

También hay apropiación territorial por generaciones, que adquieren valoración diferente según la edad de quien la mire. Una taberna, una discoteca, una cancha son sitios vitales para los jóvenes; el mercado, las oficinas de administración pública, los bancos son espacios reconocidos y frecuentados por los adultos.

Los espacios abiertos, donde se realizan actividades sociales que permiten el encuentro de vecinos, amigos, y muy en especial pares generacionales, son propicios para los jóvenes, quienes a la vez colocan en lugar muy secundario los espacios domésticos. Hay, sin embargo, un mayor reconocimiento juvenil de la casa en donde habita la familia de orientación, a medida que la sociedad es más campesina. Los espacios cerrados donde operan las instituciones son los menos atractivos para la juventud; aunque son identificados por ellos, no los usan y no los habitan.

Las instalaciones educativas y eclesiásticas son pensadas como sitios de encuentro en donde se puede compartir y establecer nuevas relaciones. La conciencia de su funcionalidad formativa también aparece, pero es menos significativa.

En muchos de los pueblos que hemos conocido el atrio de la iglesia ocupa un lugar preeminente para los jóvenes, adquiere más relevancia que el mismo recinto cerrado y sagrado. En unas ocasiones es una tribuna para los hinchas de un equipo de microfútbol o baloncesto, en otras es lugar privilegiado para la pareja que inicia el romance. Pero la territorialidad cultural no existe solo en el plano de los pequeños espacios, en los cuales es posible ver facetas importantes del modo de vivir de una sociedad, recoger lo cotidiano y reconocer los espacios para ritos y ceremonias. Los espacios son resignificados periódicamente para fiestas sagradas y profanas, que sirven de momentos para la revitalización cultural. También existen otros espacios, como los conjuntos veredales, asentamientos, aldeas, pueblos, ciudades y regiones, de los cuales

hemos hablado en otros momentos.¹² Hagamos algunas anotaciones a propósito de ellos.

3.2 Conjuntos veredales

El poblamiento de los territorios se ha iniciado con migrantes colonizadores que van en búsqueda de mejores tierras o huyen de la persecución derivada de la violencia política, la expropiación de las tierras de las que pudieron ser dueños o por el agotamiento de los espacios productivos en el lugar de origen. Grandes extensiones de nuevas tierras son consignadas con títulos de propiedad a un individuo o a un pequeño número de personas.

En la medida en que las olas migratorias traen nuevos pobladores, unos compran y otros toman posesión, la fragmentación va haciendo necesario definir límites. A esto se agrega que los hijos de los primeros dueños heredan pedazos de tierra por la vía clásica de herencias de linaje bilineal.

Con el crecimiento demográfico surgen necesidades nuevas, entre ellas: abrir caminos y carreteras, construir centros de acopio de productos del campo, levantar escuelas, capillas y placas deportivas, encauzar las aguas y hacer acueductos, electrificar, etc.

Este conjunto de necesidades impone la constitución de una organización que ordene las acciones y gestiones en procura del beneficio colectivo. La eficacia del trabajo comunal se hace efectiva, en la medida en que las unidades socioespaciales sean demarcables. Así nacen las veredas, como hijas de una identidad mayor, rural, que llamamos conjunto veredal, que poseen articulación histórica, parental e, incluso, ideológica y política.

Las veredas son una unidad administrativa importante desde el punto de vista de la acción del Estado y las instituciones sobre un grupo de pobladores claramente delimitado. Pero por encima de la vereda existe una entidad veredal que es la que tiene fuerza aglutinante de identificación con los territorios que

¹² En varios documentos de la fase II del Proyecto "Determinantes" se aborda el asunto. También en el Proyecto "Síntesis". En la memoria del Seminario Nacional sobre Planeación Regional en Colombia, realizado en Medellín, en enero de 1989, también se trata el tema. La memoria está próxima a aparecer.

se encuentran en la ruralidad. Hay dentro del conjunto una vereda “madre”, un camino principal, una fonda, que se ha consolidado como el centro de acopio de productos del campo y el centro de distribución de bienes de consumo, una capilla que convoca a los pobladores de las vecindades, una escuela en donde se adelanta el más interesante proyecto pedagógico, unos equipos de fútbol o baloncesto que reúnen a los jóvenes campeones, el centro de salud mejor dotado, etc. En el conjunto veredal no importa tanto la centralidad alrededor de un solo sitio. La centralidad puede estar diluida en varios lugares, dependiendo de los beneficios que una ubicación tiene sobre otras o de la energía que un grupo tiene sobre otros. Pero el conjunto veredal es una realidad relativamente auto-suficiente cuando el aislamiento de un centro mayor (la cabecera) imposibilita su visita frecuente por parte de los habitantes del conjunto.

No es el conjunto veredal un ente asimilable al corregimiento, en donde ya aparecen claros nucleamientos administrativos, de salud, educación, policía, comercio, actividad religiosa y política, etc. Se nos acerca más a un agregado histórico-cultural, propio de poblamientos en zonas de fronteras.

La importancia de tener en cuenta una unidad territorial más pequeña que una aldea o pueblo, y que haga referencia explícita a la ruralidad, nace de la urgencia por comprender la identidad cultural del poblador rural en su propio entorno. Se puede construir la historia del conjunto contando con la memoria colectiva que, por vía oral y utilizando genogramas, recorra 100 años de su historia.¹³

3.3 Tipología de localidades

La localidad es un dado histórico social, en donde la identidad resulta de la vida en común, de lazos parentales y vecinales estrechos, con una imagen de pasado compartida fundamentalmente por los pobladores, con tradiciones comunes, con ejes de pervivencia que dan sentido a la intercomunicación de

13 Clara Inés Aramburo y Sergio Iván Carmona, miembros del equipo de investigación de CORNARE, vienen haciendo trabajos que aportan mucho en esta dirección. Aramburo ha desarrollado el tema de los conjuntos veredales; Carmona, por su parte, ha trabajado el problema del parentesco en el poblamiento del territorio.

recuerdos, vivencias y expectativas. En el ser de una localidad hay buenas dosis de espontaneidad e inconciencia.

La localidad da origen a una territorialidad cultural de tamaño mayor a la de ser hijo del campo o hijo de la cabecera. Es un espacio socialmente apropiado y percibido por los pobladores como propio. Se reconoce con el nombre genérico de “patria chica” entre nosotros. La localidad es un referente obligado para el individuo que pretende decir quién es, darse un nombre social, afirmar el piso de sus valores y concretar el intangible que se define con la noción *idiosincrasia* o *manera de ser*. Hay incontables significaciones en imágenes culturales derivadas del ser local, en gentilicios como pastuso, marinillo, bogotano, momposino, rionegrero, caleño, monteriano o sonsoneño.

En la región del Oriente antioqueño, donde hemos trabajado en los últimos años, se presentan cuatro tipos de localidades que poseen diferentes grados de cohesión interna, complejidad socioeconómica y cultural, y relación de centralidad entre lo urbano y lo rural. En términos sucintos son los siguientes:¹⁴

El asentamiento es una entidad territorial en formación, avanzada colonizadora que posee poblado (uno o varios), pero no tiene definida su centralidad. Es ambigua la diferencia entre el campo y el poblado. Es débil la relación entre los pobladores. El colono parece ser el representante tipo de este entorno cultural.

La aldea es una entidad territorial consolidada, pero en la que la centralidad, ubicada en la cabecera frente al campo, resulta de la prolongación de este sobre aquella, a la manera de un *continuum* rural-urbano. La cabecera es centro de servicios (religiosos, administrativos, educativos, en salud, etc.). La vida se hace, sin embargo, en la parcela o en el campo (la mina), en una economía de corte doméstico o artesanal. La cultura campesina (minero pobre) es el sello dominante de este tipo de localidad.

El pueblo es una entidad territorial consolidada, con una centralidad claramente definida en la cabecera, pero en donde se da ya el contrapunto campo-pueblo o cabecera. Los lazos solidarios de los pueblerinos dan origen a esa

14 Para ampliar la mirada, ver Anexo N.º 2, en donde se detalla un poco más, ejemplificando con 12 localidades.

diversidad, que los ubica en relación diferencial con el campesino y el ciudadano. Hay pasado histórico, orgullo pueblerino, potencialidades para el futuro. Desde la cabecera se dirigen los destinos económicos, sociales, políticos y culturales de toda la población. Hay estratificación socioeconómica y pueden presentarse sectores pequeños aristocratizantes. Se supera la sociedad parental y doméstica por otra civil, con polaridades políticas, generacionales y de diversos sectores sociales.

Ciudad intermedia: es una entidad territorial centralizada en lo urbano, con todo lo que implica la configuración de sectores sociales ligados a actividades económicas y sociales no ligadas al campo. Existen obreros y empleados en proporciones significativas. Esta entidad entra en la red de núcleos urbanos que constituyen la nación moderna. Se hace importante en sus redes viales y comunicativas con otros centros. Se torna punto focal para las localidades periféricas. La división social en clases es nítida y los espacios urbanos así lo evidencian con la mera observación del paisaje arquitectónico. Prima el sector servicios sobre el primario. Está presente el sector secundario con alguna fuerza, aunque depende de un centro metropolitano. Se superan los límites culturales del localismo. Culturalmente es territorio del ciudadano, con todas las diferenciaciones que de aquí se desprenden, como la vida de barrio, los modelos de vida ciudadanos, etc. La fragmentación y dispersión de los pobladores llevan a que no se pueda convocar al colectivo para un proyecto conjunto. Los proyectos pasan a ser banderas parciales, aglutinantes de sectores, aunque eventualmente puede imponerse –por vía política– algún proyecto.

Esta tipología de lo local no olvida, para el caso específico, la presencia absorbente de Medellín, centro metropolitano por excelencia hacia el cual se dirigen muchas de las expectativas de vida de todos los pobladores de la región.

3.4 Nociones de región

Al enfrentarnos a una territorialidad cultural de un tamaño geográfico superior a la localidad aparece la región. El uso del concepto es confuso, en la medida en que se lo utiliza indiscriminadamente para hablar de contextos supranacionales (región andina) o supradepartamentales (región costeña), sin mayores precisiones.

Nuestro ejercicio nos ha llevado a establecer una diferencia básica entre lo que llamamos región objeto y región sujeto.¹⁵ La primera hace referencia a un contexto geosocial en donde se ejecutan proyectos de diverso orden que pueden atender o no a las necesidades de sus pobladores. Hay factores exógenos de importancia que ameritan adelantar obras que presuntamente serán benéficas para la nación.

En el caso del Oriente antioqueño se han desarrollado grandes obras: el ferrocarril Medellín-Puerto Berrio, la autopista Medellín-Bogotá, la industrialización del oriente cercano, la cadena de embalses e hidroeléctricas (Guatapé, Calderas, Jaguas, Playas, Punchiná, etc.), la zona franca, la base aérea y el aeropuerto de Rio-negro, la Troncal de La Paz y las tierras apropiadas por el narcotráfico, etc.

Estos grandes proyectos nacionales se han hecho desconociendo las particularidades locales y regionales en lo histórico, lo político y lo cultural, especialmente. El efecto más visible es la desarticulación y desvertebramiento del territorio, y el renacer de conflictos subyacentes en la memoria colectiva que ahora encuentran nuevas causas para avivar el fuego de la guerra.

La consecuencia más preocupante es la pérdida de esperanzas, el escepticismo frente al futuro, el retraimiento y la indiferencia juvenil, cuando creen cerrados los canales de participación para la construcción de la sociedad en la cual presuntamente deberán ser protagonistas en poco tiempo.

El drama de una región que se convierte en objeto de planificación es la primacía del interés externo sobre el interno. A una región vista desde este ángulo se le pueden aplicar técnicas que hagan menos dolorosa la ejecución de un plan e incluso se puede llegar a inducir procesos que resulten en última instancia benéficos para los pobladores.¹⁶

Al tener en cuenta la existencia de lo que llamamos región-sujeto pueden empezar a superarse las dificultades de la planeación, en la medida en que se reconocen los grupos humanos asentados en un espacio que para ellos tiene significado, porque hay convergencias históricas y culturales.

¹⁵ La ponencia que presenta el INER en el Simposio I del V Congreso Nacional de Antropología profundiza en el tema.

¹⁶ Buen ejemplo es CORNARE, que intenta planificar con un modelo prospectivo, participativo y concertado.

La región sujeto es un dado dinámico, en cuanto los pobladores son –o pueden ser– agentes internos que asimilan y traducen los elementos exógenos para el devenir propio del continuo localidad-región. En este punto tiene validez hablar de región como constelación de localidades, donde el entramado que las articula puede ser muy complejo, pero es factible descifrarlo. La región sujeto se configura tanto en la convergencia, como en el contrapunto de los sectores, estratos, clases o grupos que la habitan.

La región sujeto aparece como proyecto político-cultural de los asociados que le asignan valores al entorno. En otras palabras, la noción habla de un *dado* que es necesario descifrar, pero también de un *construible*, en donde se hace obligatorio ejercer la política en su más puro sentido.

Poder acceder a la región sujeto significa interrogar a los actores sociales que viven su vida allí. Implica, además, interpretar de diversas maneras los mensajes que se reciben, verterlos en su significado original, y los que resulten del procesamiento en el laboratorio entregarlos –en los lenguajes adecuados– a los planificadores y a los integrantes de la región trabajada.

3.5 Comunidad y participación

Es necesario hacer dos aclaraciones complementarias a lo dicho. Una tiene que ver con la noción de *comunidad*, tan manoseada por los investigadores sociales y de tan escaso valor teórico-práctico cuando se aboca el trabajo en realidades concretas.

Para abordar pequeños grupos o grupos de interés establecidos, la noción puede ser útil y convertirse en un instrumento ideológico para inducir a los integrantes hacia determinada dirección. Los antropólogos usamos el término con mucha frecuencia para referirnos a los indígenas y campesinos, porque presumimos convergencias de creencias, valores y comportamiento, concebimos que hay “cohesión y solidaridad”, y llegamos hasta hacer la “defensa de la comunidad mediante su conservación en el atraso, mediante la idealización romántica de la vida bucólica y tradicional”.

Como lo dice Alba Lucía Serna: “Y aunque el concepto sociológico moderno de comunidad –a saber comunidad de intereses– no implica necesariamente esa concepción, la tendencia hoy es abandonar el término y reemplazarlo

por otros menos cargados de valor y más acordes con la realidad conflictiva de nuestra sociedad y con la intención del estado y sus instituciones en sus programas de desarrollo social”.¹⁷ De tal suerte que no consideramos válido el uso de la noción de *comunidad* con valor antropológico o sociológico a nivel de teoría.

Similar situación ocurre con la noción de *participación*, que alcanza hoy enorme resonancia y empieza a perder el significado central, de convocatoria de todos los miembros de una sociedad para que actúen en procura de su beneficio colectivo. Retomemos a Alba Lucía Serna en algunas tesis básicas:

Hoy hablamos de concertación y participación como medios y metas en la búsqueda de una sociedad más justa, a pesar, o mejor, gracias a la diferencia (...) pensemos la participación, primero como una filosofía vivencial, como el rompimiento de una relación vertical de dependencia y sumisión, como la transformación de la relación sujeto-objeto, por una relación horizontal sujeto-sujeto.

(...) El investigador, el técnico, el funcionario que se aproxima con el ánimo de conocer, no puede ya entender al poblador como el informante pasivo, no, es él un interlocutor, el protagonista de su propia historia, el constructor de su futuro y COMO tal participa en el análisis e interpretación de su realidad (...).¹⁸

En la idea de una democracia, en la cual se toleren distintas opciones vitales, la participación tiene que sujetarse al postulado de la horizontabilidad y el pleno respeto del otro.

3.6 Fronteras histórico-culturales¹⁹

Enfrentados a la tarea de elaborar mapas sobre la región objeto de trabajo, nos encontramos con formas de asentamiento diferente, por ejemplo, respecto a

¹⁷ Alba Lucía Serna, “Comunidad, participación, concertación. Temas de debates sociológico”, en *Seminario: Experiencias recientes de trabajo con comunidades* (Medellín: ISA, 1989), 3.

¹⁸ Serna, “Comunidad, participación”, 5.

¹⁹ El desarrollo de este punto se encuentra en dos textos: María Teresa Uribe de Hincapié, “2. Determinantes sociales y culturales de la planeación en la región de los ríos Rionegro y Nare”, *Debates de Coyunturas Regional*, no. 7 (1989): 82-101 y en Hernán Henao Delgado, “Elementos del mapa cultural del Sur Oriente Antioqueño”, en *Determinantes sociales y culturales para la planeación en la Región Rionegro-Nare, Fase II*, vol. I (Medellín: Universidad de Antioquia, 1988).

los patrones de cultivo de la tierra (el modelo marinillo es el de la parcela familiar; el modelo rionegrero el de la gran hacienda) y con períodos distintos de llegada masiva de los migrantes a distintas zonas (el altiplano oriental está poblado para comienzos del siglo XIX, mientras que el descenso a las vertientes del sur y el oriente de la región se realiza durante los siglos XIX y XX).

En las zonas de poblamiento inicial pueden detectarse patrones culturales diferentes entre los herederos del “país rionegrero” (comerciantes, andariegos, liberales abiertos, usureros...) y los del “país marinillo” (campesinos, cerrados, conservadores, pacientes, heroicos, católicos fervientes...). Pero en la medida en que el poblamiento ulterior es obra de unos y otros empiezan a fundirse ideas y valores, resultando productos socioculturales nuevos, como es el caso del ribereño-calentano-agricultor de San Carlos o el ribereño-calentano-minero de San Rafael, o el agricultor-colonizador de Sonsón.

Acontecimientos de importancia nacional tienen efectos diferentes sobre la región y sus pobladores. La violencia que se vivió entre los años 40 y 60, por ejemplo, tuvo consecuencias muy distintas en las localidades altiplanas, en las vertientes y en las zonas bajas (límitrofes con el río Magdalena). Mientras que en las primeras se abrieron las compuertas al proceso de industrialización, en las segundas se vivió todo un período de expulsión del territorio y de reacomodo ideológico y económico para enfrentar la agricultura del monocultivo (café), la minería artesanal de supervivencia y la instalación de un complejo sistema hidroeléctrico, etc.

Es la zona de vertiente, en donde todavía se encuentran bosques naturales, en donde la supervivencia y la resistencia de poblaciones acerca del uso del suelo y la articulación a la economía del mercado es un deseo, en donde deambulan sin Dios ni ley guerrilleros y narcotraficantes, en donde lo único de paisaje que se ve es un “territorio vasto”. Es ahí donde se encuentra la frontera.

Hay en la frontera muchas historias, diversas formas de posesión del suelo, distintas concepciones del espacio, divergentes deseos y proyectos hacia el futuro. Incluso las guerras son diferentes: unas son intestinas, por antagonismos entre los habitantes de la localidad (caso de San Carlos); otras son las guerras de la nación que han encontrado un escenario local (caso de San Rafael o San Roque).

Precisa María Teresa Uribe de Hincapié: “Es importante constatar cómo la frontera histórico-cultural, y también política, ha mantenido un nivel de conflicto y de confrontación permanente: allí tuvieron su expresión electoral todas las propuestas alternativas al bipartidismo: la Alianza Nacional Popular –Anapo– en el decenio de 1960, los diferentes frentes electorales de la izquierda a comienzos de la actual década, y también manifestaciones del Movimiento Cívico y de la Unión Patriótica, en períodos más recientes. Actualmente, es un lugar de enfrentamiento ejército-guerrillas, cuna de la formación de los grupos paramilitares y también de interés para los narcotraficantes”²⁰

En el momento de elaborar un mapa cultural sobre Antioquia (y sobre todas las regiones del país), será necesario pensar en territorios en donde aún se construye identidad, en donde el sentido de pertenencia es todavía un proyecto del futuro.

3.7 Imágenes y escenarios de futuro con proyectos culturales

El último aspecto que queremos abordar en esta ocasión es el diseño de objetivos, estrategias, políticas y acciones que, en el ámbito de la cultura, pueden articularse a proyectos socioeconómicos.

Una sociedad que se piensa lo hace normalmente en pasado, de allí rescata hechos positivos y negativos, momentos de la vida que han dejado marcas, los “acontecimientos” de que hablan con propiedad los historiadores. Hemos comprobado en nuestros estudios que la violencia se ha convertido en una talanquera para avanzar cuando se interroga a los pobladores que vivieron en carne propia el dolor de la sangre y la muerte. El pasado negativo se retrae con dolor, el pasado positivo se sobrevalora.

La misma sociedad piensa el presente en negativo. Pocas son las veces en que hace conscientes las satisfacciones que le depara el estar viviendo. Es común oír decir que siempre fue mejor el ayer.

Lo importante es pensar en el futuro, el deseable y el posible. Las técnicas proyectivas y prospectivas permiten avanzar con bajos márgenes de error.

20 Uribe de Hincapié, “2. Determinantes sociales”, 94-95.

Pero en el contexto de la cultura en una sociedad concreta no se trata de elaborar fórmulas exactas, sino de abrir caminos, mostrar posibilidades, construir escenarios en los cuales se interactúa. El ejercicio ha sido importante con jóvenes, pues, aunque el espectro del “no futuro” los ensombrece, a veces es posible invitarlos a soñar, “jugando” a la seriedad del mundo adulto.

También a los adultos se los puede invitar a pensar en el futuro deseado y posible. En ellos hay una carga de frustraciones por lo que hubiesen querido ser y hacer, pero no les fue posible, y también hay otra carga de esperanzas, las que se asumen con el ejercicio de la paternidad y la maternidad. En el hijo se depositan todas las expectativas. Posibilitar este medio de comunicación con el futuro no siempre resulta, por el grado de postración vital a que llegan muchas gentes desencantadas de haber vivido, pero cuando se catalizan adecuadamente los sentimientos es confiable un resultado positivo.

Cuando se alcanzan a identificar escenarios positivos del futuro, es permisible regresar a la memoria del pasado para desentrañar las causas generadoras de éxitos o fracasos, “pulsiones de vida o muerte”.²¹

4. Invitación final

El ejercer la antropología interdisciplinariamente obliga a precisar lo que nos hace necesarios en la comprensión de un fenómeno social... Cuando afirmamos que es la cultura lo que interesa, se acercan profesionales de saberes hermanos a demostrarnos que ese objeto general no es de propiedad exclusiva. Tampoco lo es el inconsciente colectivo, ni mucho menos la estructura (o la organización) social. Nos quedan dos deseos: la otra mirada y la capacidad para observar de nuevo.

Claude Lévi-Strauss siempre tiene una enseñanza para quienes creemos que hay que repetir la ronda:

Colocados en un camino por donde efectúan (el etnólogo y el historiador, aclaración de HHD), en el mismo sentido, igual recorrido, sólo difiere su respectiva orientación: *El etnólogo marcha hacia adelante, tratando de*

21 El proyecto “Síntesis” avanza en esta dirección. También hemos tenido la experiencia, a más largo plazo, con el proyecto “Antioquia Siglo XXI”, impulsado por Pro-Antioquia y Colciencias.

alcanzar a través de un consciente que jamás ignora, un sector cada vez mayor del inconsciente hacia el cual se dirige, mientras el historiador avanza, por decirlo así, mirando hacia atrás, los ojos fijos en las actividades concretas y particulares, de las cuales se aleja únicamente para considerarlas desde una perspectiva más rica y más completa. De todos modos, la solidaridad de las dos disciplinas –verdadero Jano Bifronte– es lo que permite conservar a la vista la totalidad del recorrido.²²

Bibliografía

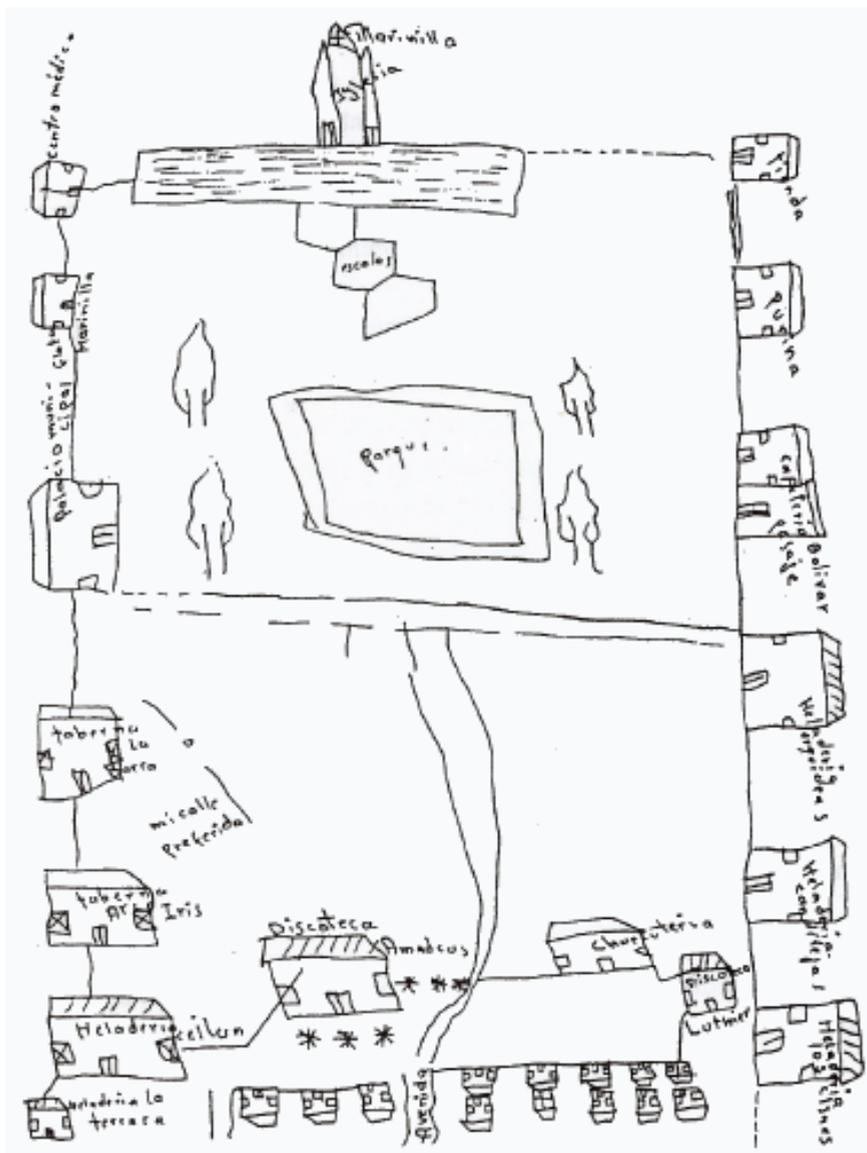
- Benedict, Burton. “Características Sociológicas de los pequeños territorios y sus repercusiones en el desarrollo económico”. En *Antropología social de las sociedades complejas*. Coordinado por Michael Banton, 40-52. Madrid: Alianza, 1980.
- Centro de Investigaciones Científicas de Ciencias Sociales, CENICS, CORNARE. *Determinantes sociales y culturales para la planeación en la Región Rionegro-Nare, Fase II*. Medellín: Universidad de Antioquia, 1988.
- Fals Borda, Orlando. *Campesinos de los Andes: estudio sociológico de Saucío*. Bogotá: Universidad Nacional, 1961.
- Fundación Antioqueña para los Estudios Sociales, FAES, Instituto Colombiano de Antropología, ICAN, y Universidad de Antioquia. *Relatorías del Seminario permanente de Investigaciones sobre el Oriente Antioqueño 1984-1985*. Medellín: FAES, s.f.
- García, Antonio. *Geografía económica de Caldas*. Bogotá: Banco de la República, 1978.
- Guhl, Ernesto. *Indios y blancos en la Guajira: estudio socio-económico*. Bogotá: Ediciones Tercer Mundo, 1963.
- Havens, Eugene y Michel Romieux. *Barrancabermeja: conflictos sociales en torno a un centro petrolero*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 1966.
- Henoa Delgado, Hernán. “Una alternativa de investigación regional sobre la cultura”. En *III Congreso de Antropología en Colombia, Memorias*, 201-25. Bogotá: ICFES, 1986.
- _____. “Elementos del mapa cultural del Sur Oriente Antioqueño”. En *Determinantes sociales y culturales para la planeación en la Región Rionegro-Nare, Fase II*. Vol. I. Medellín: Universidad de Antioquia, 1988.

²² Claude Lévy-Strauss, “Historia y Etnología”, en *Antropología estructural* (Buenos Aires: EUDEBA, 1968), 25 (énfasis añadido).

- Hunter Whiteford, Andrew. *Popayán y Querétaro: comparación de sus clases sociales*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 1963.
- Lévy-Strauss, Claude. "Historia y Etnología". En *Antropología estructural*, 1-26. Buenos Aires: EUDEBA, 1968.
- Reichel-Dolmatoff, Gerardo y Alicia Reichel-Dolmatoff. *The People of Aritama. The Cultural Personality of a Colombian Mestizo Village*. Chicago: The University of Chicago Press, 1961.
- Serna, Alba Lucía. "Comunidad, participación, concertación. Temas de debates sociológico". En *Seminario: Experiencias recientes de trabajo con comunidades*, 3-5. Medellín: ISA, 1989.
- Vélez S., Andrés. "La experiencia de CORNARE con el programa intercambio de servicios -PRISER- Municipios del Oriente Antioqueño". En *Seminario: Experiencias recientes de trabajo con comunidades*. Medellín: ISA, 1989.
- Viviescas, Fernando, dir. "La calidad espacial urbana de los barrios para sectores de bajos ingresos en Medellín". Informe final de investigación presentado al PEVAL, Medellín, 1985.
- _____. *Urbanización y ciudad en Colombia*. Bogotá: Foro Nacional por Colombia, 1989.
- Viviescas, Fernando, Edgar Bolívar y Beatriz Gómez. "La recreación Urbana y su espacio en las ciudades colombianas". Centro de Investigaciones de la Facultad de Arquitectura, Universidad Nacional, Medellín, 1979-1981.

Anexo N.º 1

Marinilla



Espacios de uso oficial juvenil (Marinilla)

Institucionales	No institucionales
Iglesias De la Asunción Jesús Nazareno María Auxiliadora Sagrado Corazón	Parque infantil Polideportivo Canchas de los colegios Atrio de la catedral
Centros culturales Casa de la cultura Biblioteca Museo	Calle Ceylán, esquina del banco o Calle de los Jóvenes, Taberna Manchester, Ceylán, La Terraza, La barra, Camino Real, discoteca, Amadeus, Club de Billares Barajas y las Vegas Quebrada Cimarronas
Centros de servicio Palacio municipal Plaza de mercado Hospital Centro de informática	Autopista Estaderos La Ramada El Escampadero El Paraíso
Parques Central y Carolina Gómez	
Establecimientos educativos Instituto Técnico Industrial Simona Duque Normal Giraldo de Señoritas Colegio Nacional San José Instituto Comercial Román Gómez Universidad Pontificia Bolivariana (UPB)	

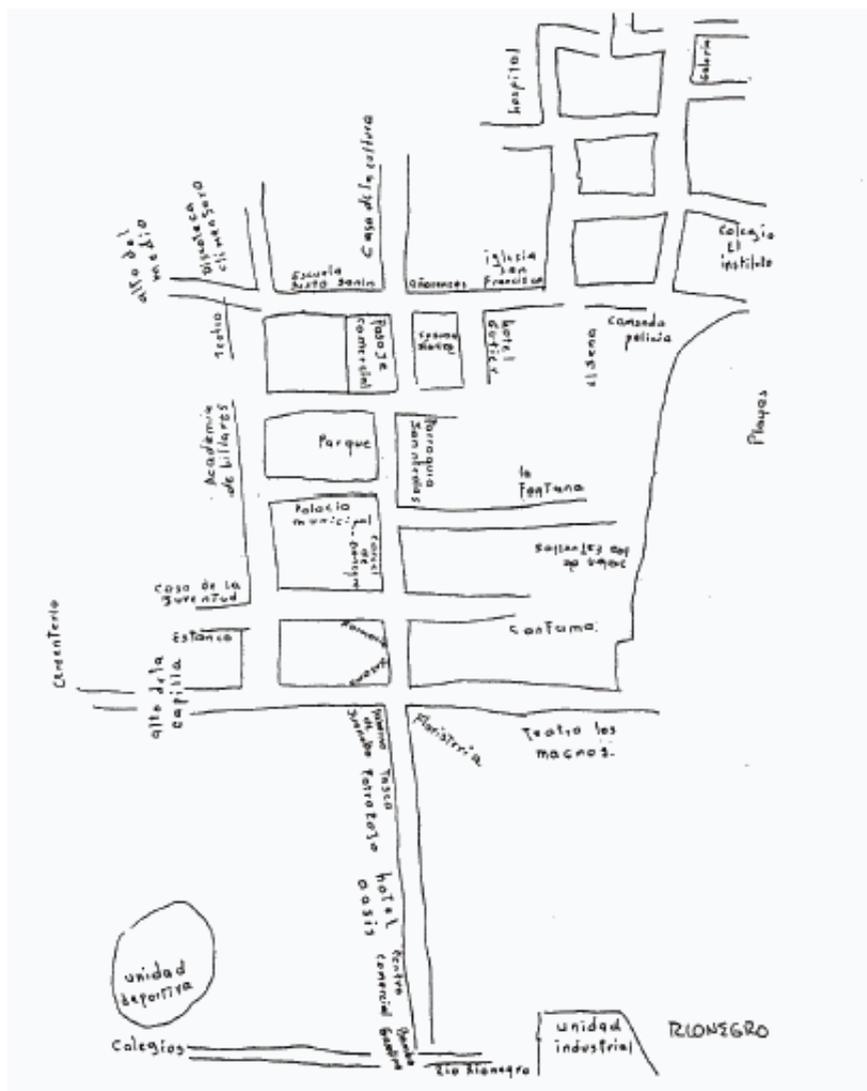
* Comfama: es un lugar recreativo extralocal de particular importancia para la juventud marinillense

* Tomado de Centro de Investigaciones Científicas de Ciencias Sociales, CENICS, CORNARE. *Determinantes sociales y culturales para la planeación en la Región Rionegro-Nare, Fase II*. Tomo III. Medellín: Universidad de Antioquia, 1988.

Rionegro



Rionegro



Espacios de uso oficial juvenil (Rionegro)

Institucionales	No institucionales
<p>Iglesias Catedral San Nicolás Jesús Nazareno San Francisco</p> <p>Centros Culturales Biblioteca municipal Casa de la cultura Casa de la Juventud</p> <p>Centros de Servicio Palacio municipal Plaza de mercado Hospital Aeropuerto Club Comfama</p> <p>Parques José María Córdoba de Bolívar</p> <p>Establecimientos educativos Liceo José María Córdoba Normal de Señoritas Instituto Técnico Industrial Santiago de Arma Colegio de La Presentación Universidad Católica de Oriente SENA Politécnico</p>	<p>Unidad deportiva Canchas de El Porvenir Cancha Santander Gimnasio Atrio catedral</p> <p>Zona comercial Calle de La Convención Discoteca Rebeldes La Mansarda Heladería Bambi Chimichangas ¡Oh!, Mamá mía Tasca</p> <p>Río Bolero Río Rionegro Charco</p>

* Tomado de Centro de Investigaciones Científicas de Ciencias Sociales, CENICS, CORNARE. *Determinantes sociales y culturales para la planeación en la Región Rionegro-Nare, Fase II*. Tomo III. Medellín: Universidad de Antioquia, 1988.

Anexo N.º 2

Al considerar *localidad* (noción esta que usamos en sentido genérico) hemos intentado una tipologización que busca darle identidad y por supuesto diferenciación a cada ente municipal. Veamos algunos elementos de cada uno.

Puerto Triunfo: asentamiento de frontera. Habitantes: 8.684. En la cabecera el 18,6 % y en el resto el 81,4 %. Es una entidad territorial en formación avanzada y colonizadora en la que confluyen migrantes de diversas regiones del país. No posee centralidad política. Varios pobladores se disputan la cabecera del municipio. Se realizan actividades económicas diversas, desde la recolección hasta la explotación ganadera de gran hacienda. Los sectores sociales se enfrentan con proyectos políticos muy distintos, desde paramilitares hasta guerrilleros. Los colonos se inscriben en el modelo reciente de ampliación del territorio: el modelo armado. No hay en la localidad un proyecto colectivo que convoque a todas las fuerzas sociales. Se encuentra en un punto en el que, incluso, puede involucrar para ser absorbido por poblaciones vecinas dinámicas.

San Vicente: aldea campesina. Habitantes: 19 643, en la cabecera el 14,9 % y en el resto el 85,1 %. Es una localidad en donde dominan las vidas campesina y doméstica, afincada en la propiedad parcelaría, la familia, la parentela y el vecindario. La cabecera es el continuo del campo. Funciona como centro para el mercadeo de productos agrícolas (cabuya, fríjol, maíz, papa) y como centro de servicios administrativos y religiosos. La parroquia ejerce gran influjo entre los pobladores, quienes evidencian poca fuerza para adelantar un proyecto social que transforme la localidad a partir de sus condiciones internas. Está sometida a los cambios que genere su cercanía a otras localidades (Marinilla y Rionegro) y a obras de impacto como la autopista Medellín-Bogotá, la zona franca, etc.

Alejandría: aldea minera. Habitantes: 4.640. En la cabecera el 37,3 % y en el resto el 62,7 %. Desde su fundación hasta hoy presenta altibajos. La extracción minera y el ser minero han identificado a los alejandrinos, quienes se precian de la belleza del paisaje, bañado por el río Nare, que los hirió con la construcción del embalse de San Lorenzo, pero no les impidió continuar “miniando” e hizo de sus tierras una atracción para el turismo. La aventura, el nomadismo

del adulto, el espíritu “gastón” y fiestero perviven en esta localidad, que sirve de frontera geográfica entre dos antiguas regiones socioculturales de Antioquia, con asiento en Santo Domingo y Rionegro. Vivió intensamente la violencia, pero con los exorcismos de la población que “ejecutó a los caporales” se ha logrado el “despertar del letargo, con un proyecto comunal de convivencia” en mora de consolidarse.

Granada: pueblo parroquial. Habitantes: 18 692. En la cabecera el 29,3 % y en el resto el 70,7 %. Es un pueblo con una fuerte estructura parental y familiar regida por la iglesia, que ha dominado la vida local con figuras que alcanzan nivel mítico (como es el caso del padre Celementico, quien durante 62 años dirigió las obras sacras y profanas en el municipio). Es un pueblo de colonos y comerciantes que viajan, pero mantienen sus lazos solidarios y su referencia al pueblo de origen. El dualismo en la geografía del campo (tierras frías y cálidas con cultivos propios de ellas, como tomate, papa, café, caña), así como el *ethos* del negociante granadino (liberal en lo económico y conservador en lo político-religioso), tipifican el municipio, en el cual el proyecto cívico-religioso se hace hegemónico sobre los partidos (en especial el conservador en sus distintas facciones).

Sonsón: pueblo colonizador. Habitantes: 39 017. En la cabecera el 40,5 % y en el resto el 59,5 %. Puntal en el proceso expansivo de Rionegro y Marinilla hacia el sur. Poseedor de una acendrada identidad local, reconocida en el país, que se tornó contrapunto de los grandes municipios de Antioquia en el siglo XIX y principios del XX. En su extensa geografía, poseedora de todos los climas, la minería, la agricultura café-frutales y la ganadería han dado origen a sectores de población diversos y a una estratificación social que se va tornando conflictiva. En Sonsón pugnan proyectos cívico-culturales de las élites aristocratizantes, con proyectos cívico-populares de arraigo entre pobladores urbanos y campesinos. Es una localidad con permanente actividad cultural institucional y una presencia obligada en las escenas política, regional y nacional.

San Roque: pueblo agrícola-minero fragmentado. Habitantes: 17 741, en la cabecera el 23,2 % y en el resto el 76,8 %. Ubicado en la frontera histórico-cultural de la clásica colonización antioqueña con la colonización armada,

derivada del período de la violencia de la década de 1950. Cañero y comercial en la época de auge del ferrocarril de Antioquia. Hoy cafetero, punto de encuentro entre el Nordeste y el Suroriente antioqueños. Es una ruralidad fragmentada, en donde la lucha por la tierra aglutina a muchos campesinos que sufrieron la construcción del embalse de San Lorenzo. Pero el impacto de las obras fue privado, no afectó a toda la población, no se tornó público y, en consecuencia, conflictivo. Sin embargo, la intolerancia política tiene una larga historia en el municipio, a tal punto que ha hecho imposible el diseño de un proyecto social que logre aglutinar a todos los pobladores.

San Carlos: pueblo ribereño. Habitantes: 26 616. En la cabecera el 34 % y en el resto el 66 %. Este asentamiento ribereño, calentano y tropical, está ubicado también en la frontera histórico-cultural de la vieja y la nueva colonización del Suroriente antioqueño. Poseedor de una legendaria tradición turística, se vio duramente afectado por la construcción de los embalses de Punchiná y Las Playas. Las prácticas agrícolas (café y caña), ganaderas y forestales se vieron afectadas por la incorporación de campesinos y pueblerinos a las obras, y por la presencia masiva de extraños durante más de una década. La intolerancia ideológica y política de la violencia de la década de 1950 se revivió con las movilizaciones de los pobladores del común a principios de la década de 1980. Un doloroso baño de sangre abortó la propuesta cívico-popular agenciada en especial por las jóvenes generaciones. Hoy San Carlos, transformado en su paisaje urbano y abandonado por los constructores de las obras del complejo energético, intenta reencontrar su horizonte con un proyecto cívico-cultural de raíz popular.

San Rafael: pueblo minero y ribereño. Habitantes: 18 866. En la cabecera el 46,6 % y en el resto el 53,4 %. Su vieja tradición minera se vio interrumpida con la construcción de los embalses y las obras hidroeléctricas complementarias, que incidieron sobre el río Guatapé que cruza la cabecera. Hoy se ha vuelto a la minería del draguero, ha renacido el espíritu participativo de los pobladores dentro de un marco ideológico y político muy amplio, que ha dado espacio a las manifestaciones partidarias tradicionales, al tiempo que ha admitido las nuevas corrientes, como la Alianza Nacional Popular (ANAPO), el Frente Democrático, la Unión Patriótica (UP), etc. San Rafael es un escenario

actual de confrontación entre proyectos político-militares antagónicos: el de los paramilitares y el de la guerrilla. Pero a la vez en su interior las fuerzas locales –entre las cuales está la Iglesia– se encuentran comprometidas en una tarea de configuración de un pueblo nuevo, en el que se funden tradiciones divergentes, provenientes de su ubicación en la frontera histórico-cultural del país del Nus y el país marinillo. En San Rafael se gesta un proyecto cívico-popular por encima de los proyectos con sellos partidista y excluyente.

Guatapé: pueblo revitalizado. Habitantes: 4.189. En la cabecera el 60,3 % y en el resto el 39,7 %. Este pueblo de arrieros y comerciantes, que colonizaron el sur del “País Antioqueño” y fueron también cruzados del ideario conservador, procura hoy hacerse atractivo al turismo. En su territorio se ubica el peñón de Guatapé y su cabecera está bañada por las aguas de la represa de Guatapé o embalse de El Peñol. La cabecera perdió el 37 % del área con el embalse y el efecto devastador no se sintió, no condujo a los pobladores a movilizaciones beligerantes, porque muchos de los hombres fueron enganchados por las Empresas Públicas de Medellín (EPM), entidad constructora de la obra. Con el decenio de 1980 y el liderazgo de la parroquia se ha revitalizado un proyecto cívico comunal que pretende conservar el paisaje urbano y hacerlo atractivo al turismo, más aún cuando se posee un “mar interior”, como dicen los guatapenses raizales.

El Peñol: pueblo nuevo. Habitantes: 13 791. En la cabecera el 32,5 % y en el resto el 67,5 %. El pueblo viejo fue ahogado en las aguas del embalse que lleva su nombre. Por la acción cívica de los campesinos y pueblerinos, que se negaron a ver morir la memoria histórica de 250 años, se levantó la cabecera de un pueblo en el que casi todo se ha hecho por la acción cívico-popular y con duros enfrentamientos con EPM. Las aguas represadas se pueden convertir en atracción para el turismo social, sueño de los peñolitas, pero la apropiación de las tierras que dan al embalse por capitales emergentes dificulta la realización de ese proyecto que daría empleo a muchas gentes. De otro lado, El Peñol se ha tornado tierra propicia para la producción de tomate y de otros cultivos de tierras frías y templadas. La vida pueblerina es muy activa. El grado de participación, con altos niveles de libertad para el ejercicio de la democracia, y el proyecto de futuro que se construye colectivamente

(incluyendo la administración local y la parroquia) hacen ejemplar y único este proceso de transformaciones económicas, sociales, políticas y culturales en este municipio.

Marinilla: pueblo histórico, con 31 310 habitantes. En la cabecera el 39,4 % y en el resto el 60,6 %. Localidad tricentenaria con larga tradición política y cultural. Símbolo socioespacial del conservatismo doctrinario, la religiosidad, el espíritu comerciante y colonizador del antioqueño, a lo cual se une el orgullo de ser cuna de muchos soldados de la Independencia de España y la posterior constitución de la nación bolivariana. Centro educativo exportador de prohombres para la república. Pugnan los sostenedores de un proyecto cívico-cultural, que se niegan a ver transformada la localidad por la industrialización y la urbanización, y defienden la dedicación agraria de pequeñas parcelas familiares, con los defensores de un proyecto cívico popular, que reconoce y lucha por el nuevo destino económico y social marinillo.

Rionegro: ciudad intermedia. Habitantes: 56 195. En la cabecera el 51,7 % y en el resto el 48,3 %. Polo del desarrollo industrial y comercial a partir de la década de 1960. La ciudad recupera un papel protagónico en Antioquia. Sus paisajes urbano y rural viven fuertes transformaciones. Se rompe el localismo y se abre a corrientes migratorias que van a alimentar el ejército de obreros y empleados para los diversos sectores de la economía; empresarios, grupos emergentes y sectores de élite vuelven a apropiarse de los espacios rural y urbano. La localidad es sede de la zona franca y del aeropuerto internacional José María Córdoba. En su seno pugnan proyectos políticos abiertos a una extensa gama de alternativas ideológicas, aunque el liberalismo continúa siendo la adscripción partidaria orgullo de quienes recuerdan la historia federalista en el país. Es la cuna del “modelo rionegrero” de la colonización antioqueña del siglo XIX.

2. Reconsideraciones

Las regiones en construcción. Una aproximación conceptual¹

Clara Inés García²

Introducción

Este artículo tiene como propósito *exponer las diferencias principales* que muestran los enfoques que se han manejado en el país para analizar lo regional, y hace *particular énfasis en los significados que afloran al poner en diálogo las claves de cada enfoque*. Este interés proviene de una inquietud conceptual: la constatación de que las conceptualizaciones clásicas de región –por sus supuestos, contenidos y metodologías– no permiten abordar, desde la perspectiva de un “análisis regional”, una serie de territorios que, en el caso de Colombia, corresponden a la mitad de ella. No estamos muy lejos de las épocas cuando muchos mapas de Colombia solían omitir la descripción del oriente colombiano, inclusive ni siquiera se delineaban sus contornos completos. Hoy la Orinoquía y la Amazonía ya fueron integradas a la “nación imaginada” por la cartografía oficial, pero aún no por algunos de los modelos del análisis regional.

Evidentemente esto último no depende de un olvido, sino de un enfoque específico, de un concepto general de lo que se considera una región. En este

¹ Publicado originalmente en: *Revista Controversia*, no. 181 (2003): 47-57.

² Socióloga, coordinadora del programa de investigación básica del Instituto de Estudios Regionales (INER) de la Universidad de Antioquia.

artículo me interesa identificar las claves que iluminan esta alternativa del análisis regional y exponer las posibilidades –y seguramente también las limitaciones– de otras opciones en las que esos territorios, normalmente excluidos del análisis regional, puedan ser pensados valiéndose del concepto de *región*. Con este ejercicio pretendo sobre todo llamar la atención acerca de las “otras” posibilidades del análisis regional, del análisis cualitativo que no se deja modelar, pero que de todas formas le plantea retos a los enfoques que modelan y que, para hacerlo, suelen dejar de lado las dimensiones subjetivas igualmente determinantes de la orientación de los procesos de la realidad social regional. Nuestro país hoy es una muestra palpable de ello.

El documento desarrollará entonces las principales claves de las perspectivas conceptuales bajo las cuales es posible pensar “la región”. La diferencia que nos sirve como punto de arranque se marca entre los enfoques que piensan las regiones como algo dado y aquellos que privilegian el “proceso de construcción” implicado en ellas de manera permanente, y con mayor razón en las configuradas por territorios recientemente poblados y débilmente articulados a la nación. La noción que servirá de eje de amarre de los planteamientos será la de *regiones en construcción*.

La región

Para comenzar, hagamos unas acotaciones sobre lo que entendemos de manera general por región. De tiempo atrás, las regiones han sido objeto de interés de investigadores, planificadores e historiadores. Sin embargo, hay dos maneras muy diferentes de aproximarse a ellas, y de las cuales depende que se haga o no un esfuerzo por conceptualizar el mismo término de “región”:

- Hay un conjunto de investigaciones que tienen por objetivo identificar y analizar los procesos económicos, sociales, políticos y culturales propios y característicos de regiones determinadas. Su interés es conocer “*lo particular*”, lo que diferencia una entidad socioespacial de otra.
- Hay otro conjunto de investigaciones que, además de perseguir el conocimiento de las particularidades asociadas a cada espacialidad social estudiada, se preguntan por cuáles son *las claves que permiten pensar una*

espacialidad social como “región”. Develarlas es importante para la comprensión de “lo regional”, así como para planear la intervención sobre sus determinantes. En este caso, es ineludible conceptualizar lo regional. Así, “la región” queda inserta en el problema mismo de investigación.

Estas últimas investigaciones aportan los elementos de reflexión objeto de interés de esta ponencia. Comencemos entonces con una definición general del concepto de *región*.

Entendemos por *región* “una entidad territorial con fronteras sociales reconocidas en virtud del conjunto de procesos económicos, sociales, políticos y culturales que en ella se desarrollan y que permiten pensarla hasta cierto punto como una globalidad social con características propias y diferenciables de otras colectividades similares que en conjunto conforman una sociedad mayor”³. Las regiones son unidades territoriales, intermedias entre las localidades y la sociedad mayor de referencia. Son esos lugares “bisagra” donde se conjuga algo de la fuerza de los apegos y los arraigos propios de los territorios más próximos, como las aldeas, los pueblos, los barrios, los terruños, y algo de la “comunidad imaginada” abstracta y pensada más desde la política, propia de los territorios más vastos como los Estados nación⁴ (u otros conjuntos supranacionales del tipo Unión Europea).

Las regiones son esas totalidades sociales, económicas, políticas y culturales en las que se pueden pensar las grandes tendencias diferenciadoras de la sociedad sobre el territorio. A su vez, siempre forman parte de una totalidad mayor, sea esta un Estado nación, un bloque continental de países, o cualquier otra forma de clasificación y ordenación de los procesos sociales sobre el territorio.

En todo caso, “las regiones”, en nuestro caso, son conceptos contruidos, no son entidades dadas. El “resultado” depende por tanto del enfoque adoptado para pensar “la región”. Habrá tantas opciones como enfoques.

3 Clara Inés García, “Territorios, regiones y acción colectiva. El caso del Bajo Cauca antioqueño”, en *Territorios, regiones, sociedades*, ed. Renán Silva (Bogotá: CEREC, 1994), 124.

4 Gilberto Giménez, “Territorio, cultura e identidades. La región sociocultural”, en *Cultura y región*, eds. Jesús Martín-Barbero, Fabio López de la Roche y Ángela Robledo (Bogotá: CES, Universidad Nacional, Ministerio de Cultura, 2000), 87-132.

Las regiones “construidas”

La perspectiva económica de la planificación regional

Los estudios hechos en clave de planificación regional y desde el enfoque de la economía dominaron el análisis regional de manera casi exclusiva hasta finales de los años 80. Las regiones (en la escala nacional) son concebidas como entidades socioespaciales *más o menos homogéneas* –en virtud de características económicas y ambientales determinadas–, *más o menos integradas* –en virtud de la acción funcional de un conjunto de variables físicas y socioeconómicas– y *más o menos desarrolladas* –según sean las características de integración, producción, calidad de vida y demás indicadores de desarrollo arrojados por el análisis–.

La infraestructura física, institucional y de servicios, la red urbana, los flujos y la estructura de intercambio comercial y financiera, la producción, los niveles de calidad de vida de los pobladores son todas variables a tener en cuenta. Con base en ellas se desarrollaron sofisticados modelos que permiten identificar con exactitud matemática los niveles de homogeneidad o de integración de las diferentes unidades espaciales analizadas, o la delimitación del territorio de influencia de lo que cabrá dentro de las regiones establecidas, o los niveles de desigualdad en el desarrollo de las diferentes regiones reconocidas en una sociedad mayor, en los términos definidos por el modelo.

El analista parte, en estos casos, de una unidad territorial preestablecida por criterios de diversa especie (bióticos: las cuencas hidrográficas; administrativos: las unidades jurídico-políticas; económicos) o define, a partir del modelo, los límites de las unidades espaciales que se consideran regiones.

Las regiones son aquí interesantes de identificar y de desagregar en sus variables constitutivas, y en la lógica y los flujos de sus interacciones, con el objeto de planear las políticas que habrían de lograr en el mediano y largo plazo mayores niveles de desarrollo, integración y calidad de vida. Las variables sociales suelen quedar subsumidas como indicadores secundarios dentro del modelo. La planificación emerge de los criterios y técnicas de funcionarios públicos o de consultores dedicados especialmente a esta labor de proyección.

En ese sentido, las regiones se pensaron como “objetos de planificación” o como *región-objeto*, para utilizar el concepto de Sergio Boisier. Las

regiones son aquí espacialidades sociales dadas en el presente del análisis. Lo que varía es su grado de desarrollo y de integración, y este se identifica por medio de un modelo construido técnicamente que se apoya sobre todo en variables procedentes en lo fundamental de las dimensiones espacial, demográfica y económica. En esta perspectiva hay variedad de modelos, muy complejos y sofisticados. Mi objeto aquí no es el de profundizar en ellos, sino el de identificar un par de claves que hacen la gran diferencia con otras alternativas de análisis.

En estos modelos ni los actores sociales, ni las identidades cultural y social entran en consideración. Las homogeneidades, la integración y el nivel de desarrollo socioeconómico son las claves de la construcción de los modelos.

La perspectiva histórico-cultural

Desde la historia y la antropología también se trabajó el concepto de *región*. Esas disciplinas comparten con el enfoque anterior la idea de que la región existía allí donde determinadas características así lo indicaran. En el caso de esta perspectiva, se enfatiza la existencia de características culturales homogéneas o de una historia compartida, que dan por resultado un complejo socioespacial en el cual los pobladores comparten rasgos culturales, lazos de solidaridad y una identidad.

En ese sentido, María Teresa Uribe de Hincapié aporta una definición cuando analizaba hace años la región del Oriente antioqueño: “la región como memoria colectiva, como percepción primaria no elaborada por sus pobladores, como noción de pertenencia y diferenciación con otras regiones y colectividades y territorialidades; es decir, la región vivida, deseada, imaginada por quienes residen en ella. También la región como espacio político para el ejercicio de prácticas de dominación y control, de constitución de relaciones de poder y expresión de proyectos políticos y ético-culturales que definen imágenes y escenarios tendenciales de futuro”⁵

5 Centro de Investigaciones Científicas de Ciencias Sociales, CENICS, CORNARE, *Determinantes sociales y culturales para la planeación en la Región Rionegro-Nare, Fase II* (Medellín: Universidad de Antioquia, 1988), 1-2.

Desde este enfoque, la región existe en virtud de las homogeneidades que la identifican, en su historia pasada y en sus imágenes de futuro. La clave radica en los procesos que dan identidad a los colectivos territorialmente definidos.

Esta perspectiva de análisis introduce la dimensión simbólica, pero solo puede aplicarse en aquellos casos donde, gracias a la homogeneidad cultural existente o a la suficiente historia recorrida, se haya llegado a la configuración de una identidad regional.

La “construcción de las regiones”

Dos asuntos hicieron dar un viraje a la conceptualización de región. En primer lugar, el incremento de las desigualdades regionales y el consiguiente reconocimiento del fracaso de la planificación regional adelantada mediante modelos de desarrollo que privilegiaban exclusivamente las variables socioeconómicas. En los años 80 se pusieron en el mundo a la orden del día la valoración de la autonomía y las políticas de descentralización y de participación social. Se introdujo al actor social como eje del desarrollo y se desmitificó la capacidad de intervención del Estado sin un proceso de participación y empoderamiento de la sociedad sobre la cual se pretende intervenir. A partir de allí, se desarrollan enfoques que plantean asuntos como “la construcción política” y la “construcción social” de las regiones.

En segundo lugar, y ya pensando en nuestro caso más local (¡que tampoco es tan local!), el proceso de colonización y de integración conflictiva de la mitad del territorio nacional añadió un ingrediente más al problema de lo regional: ¿cómo dar cuenta de los procesos, básicamente conflictivos, que se desarrollaban y entrecruzaban en esos territorios? ¿Cómo entender el papel que juegan en la estructuración del territorio? ¿Cómo entender el impacto que tiene sobre el resto del país, el Estado y las instituciones? ¿Cómo pensar la posibilidad efectiva de intervención del Estado en la resolución de conflictos, en el desarrollo, en la construcción de institucionalidad en ese tipo de territorios?

Este segundo reto está en la base de un conjunto de investigaciones que se plantearon el estudio de lo regional, innovando la mirada y colocándose dentro del enfoque general que se plantea “la construcción de las regiones”. Sin embargo, aquí también encontramos dos tendencias en la manera de pensar el problema y en los aspectos que sirven de base a los conceptos.

La perspectiva política de la planificación regional

Los planificadores que se sitúan en este nuevo enfoque y que lo piensan para América Latina parten de constatar que la mayoría de las veces las regiones no existen, sino muy embrionariamente y que se trata de “construirlas”, de convertir el potencial de una sociedad más o menos articulada en torno de un referente cultural o político en una “región” en el pleno sentido de la palabra.⁶

Los componentes básicos de este enfoque son dos:

- *El político*, que se define en función del poder jurídico-político institucionalmente reconocido a una entidad territorial del orden regional, en virtud del cual esta adquiere autonomía política para canalizar recursos y modelar la institucionalidad requerida.
- *El sociocultural*, que se define en función de la capacidad de autoorganización que tiene o adquiere el colectivo que forma parte de la unidad territorial dada, y de la conciencia de su propia identidad.

Construir una región implica entonces:

- a) establecer el aparato político y administrativo que le dé personalidad jurídica a este tipo de entidades territoriales y
- b) “transformar una comunidad inanimada, segmentada por intereses sectoriales, poco perceptiva de su identidad territorial y pasiva en otra organizada, cohesionada, consciente de la identidad de sociedad-región, capaz de movilizarse tras proyectos políticos colectivos, es decir, capaz de transformarse en sujeto de su propio desarrollo”.⁷

Se trata de pasar de la concepción propia de la planificación tradicional, que asumía a estas entidades territoriales como “*regiones objeto*”, “dominadas y manipuladas” desde los poderes públicos centrales, a la “*región sujeto*”, que se apoya en los recursos sociales, políticos y culturales que hacen posible su autodeterminación.

⁶ Para desarrollar este punto, acogemos los planteamientos hechos por Boisier en: Sergio Boisier, “Palimpsesto de las regiones como espacios socialmente construidos”, *Revista Oikos*, no. 3 (1988): 47-74.

⁷ Boisier, “Palimpsesto de las regiones”, 48.

Esta concepción pone el acento sobre “el sujeto” para definir el desarrollo y la construcción regional como algo que no está sujeto a la intervención del Estado (salvo en su reconocimiento institucional). Pero también pone el acento en el proceso de construcción como algo proyectado al futuro, que por tanto depende de un eje de acción: la concertación, necesaria para la configuración del “sujeto colectivo”, pues al fin y al cabo ese sujeto colectivo solo es posible a partir de un acuerdo básico entre los diferentes actores regionales.

Este acento define entonces la problemática regional como *“la construcción social y política de las regiones”*, como algo por realizar en el futuro y como un proceso que depende en lo fundamental de la conciencia y voluntad de los sujetos comprometidos.

Encontramos en nuestro medio variantes de este enfoque. En concreto, el Programa de Desarrollo y Paz del Magdalena Medio, que, aunque no tiene en cuenta el aspecto político-institucional, sí hace énfasis en dos aspectos: la región como propuesta, como una utopía, como un ideal, como “el continuo intento de concreción del sueño que tienen los pobladores sobre su territorio”, y la región como construcción desde la dinámica que solo es posible en “la concertación sin término”.⁸

La perspectiva del conflicto

Esta perspectiva surge de una problemática ajena a la planificación regional, aunque también puede aportarle criterios. Como se enunció más atrás, criterios que se definen más por los procesos que contraponen y no articulan, que por los que tienden a cohesionar y a dar una identidad colectiva. Surge también de la necesidad de pensar los procesos de construcción regional no necesariamente mediados por procesos dirigidos de planificación. *Esta perspectiva se centra en la pregunta por cómo pensar los territorios que solo en la historia reciente han entablado un complejo proceso de articulación a la nación y cuyos destinos están sometidos a la deriva de las dinámicas de proyectos sociales y políticos contrapuestos, y a los efectos no pensados de la acción de los actores*

8 Francisco José de Roux, “El Magdalena Medio en el centro del conflicto y de la esperanza”, *Revista Controversia*, no. 174 (1999): 28.

implicados. Se trata, por tanto, de una perspectiva que enfatiza el carácter del proceso en construcción de las regiones, pero de un proceso espontáneo y no planificado, ni sujeto a la acción de visiones colectivas compartidas y concertadas de futuro. Se trata entonces del proceso al que se ve de hecho sometida una grandísima proporción de nuestro territorio nacional. A esos territorios los denominamos *regiones en construcción*.

La pregunta de partida era: ¿es posible pensar esos territorios en clave regional? O desde otro ángulo: ¿es posible pensar la construcción de región allí donde el problema no es transformar “la poca percepción de la identidad colectiva territorial” o “la segmentación en intereses sectoriales”, sino superar una situación radical de enfrentamiento y desarticulación? ¿Es posible pensar la construcción de región también allí donde no median los procesos planificados y de concertación colectiva?

Esta perspectiva de análisis le confirió tres componentes al problema de la construcción de región, ausentes en el enfoque anterior. Estos son:

- La dimensión histórica de la configuración regional no restringida a la búsqueda de las “homogeneidades” y de la “historia común” reconocidas.
- El papel de los efectos no conscientemente formulados que tiene la acción de los actores colectivos.
- El conflicto como una clave a partir de la cual pensar el territorio, los actores y el significado de su acción.

Porque quien piensa en clave de planificación hace énfasis en el futuro, en los ideales conscientemente perseguidos y en los efectos controlados de la acción de los actores. Pero la dinámica social se define *también*, y en gran medida, por los *determinantes del pasado* y por los *efectos no pensados de la acción*, y por los *paradójicos efectos que tiene el conflicto sobre la construcción de sociedad*. En ello radica el aporte de la perspectiva que a continuación expondremos.

Esta perspectiva no se opone y no se plantea como excluyente con relación a las demás. Esta perspectiva pretende llamar la atención sobre los sesgos de las dimensiones y las relaciones propuestas por las anteriores propuestas de

análisis regional, y sobre la necesidad de introducir la dimensión del conflicto como una de las claves para comprender la lógica y la dinámica de configuración de la mitad del territorio nacional, para el cual los modelos de análisis regional y regionalización clásicos (las dos primeras tendencias ya anotadas) no tienen propuesta de análisis.

Esta reflexión la haremos desde aquellos temas en donde se juegan esas paradojas del conflicto y se resaltan los factores de la dimensión subjetiva que aportan sentidos, configuran identidades, construyen actores y articulan con la sociedad mayor y el Estado. Desarrollemos entonces estos planteamientos:

-El territorio: un espacio significado a través del conflicto

Al estudiar las regiones de frontera sometidas a procesos intensos de colonización, a confluencias de corrientes muy heterogéneas de población y conflicto violento en todos los niveles de la vida social, es posible constatar que, paradójicamente, *los conflictos, incluido el armado, tienen efectos sobre la configuración de los territorios al delimitar espacios comunes de significación.*⁹

- Es el caso por ejemplo del Bajo Cauca, cuando distintos actores, a partir de motivos contrapuestos y de proyectos enfrentados, le dan significado a un mismo territorio. Desde finales de la década del 60 la guerrilla y las fuerzas armadas acaban configurando una territorialidad de guerra, que se distingue por los espacios de acción y de confrontación, por las redes de los frentes o los batallones que se apoyan entre sí, por el territorio significado en las políticas de orden público. Más adelante, en la década del 80, el movimiento cívico delimita la territorialidad de sus reivindicaciones y de su movilización física sobre el mismo espacio.¹⁰

Las territorialidades de los actores coinciden y con ello se definen unas mismas fronteras, fronteras que se cargan aún más de significado si se mira la historia pasada y se encuentra que ellas coinciden también con territorialidades históricas.

9 Muy distinto a: de significación común.

10 Clara Inés García, *El Bajo Cauca antioqueño. Como ver las regiones* (Bogotá: Cinep, 1993).

- Es el caso también de Urabá, donde los conflictos al articularse crean nuevas significaciones sociales y políticas del territorio. Dos conflictos surgidos durante las décadas del 60 y del 70, sobre territorios diferentes y en campos de la vida social sin conexión alguna –el conflicto armado en las “periferias” y el conflicto laboral en “el eje” –, se desarrollan y entrecruzan de tal manera que desde mediados de los 80 acaban articulando la periferia y el eje, dándole significado regional a la lucha que se libra entre los actores implicados. Ambos territorios ya no podrán ser pensados el uno sin el otro, lo que suceda en uno tendrá impacto sobre el otro y viceversa.¹¹
- Es el caso también de la trashumancia de los migrantes y colonos –producto de las fuerzas centrípetas generadas por la pobreza y la violencia–, la cual acaba trazando sobre el territorio sendas que se repiten y puntos que se ligan. En Urabá, símbolo de un espacio de fronteras abiertas, muchos migrantes desarraigados y en continuo movimiento acaban siguiendo una misma huella, la de unos puntos de referencia sobre el espacio que marcan la orientación de los pasos de los más móviles de los pobladores –los trashumantes–. Esas huellas son puntos en el imaginario que tienen efecto sobre los recorridos y que acaban delimitando también un mismo territorio significado. Son puntos como el Urabá chocono al norte, Mutatá o Bajirá en el sur, y Apartadó o Turbo en el centro: redes parentales, oportunidades de trabajo y noticias los convierten en puntos de pasada que al mismo tiempo devienen en partes de un tejido sobre el espacio que adquiere significación.
- En síntesis, es el caso de muchas zonas marginadas del territorio nacional, en donde distintos actores, a partir de motivos contrapuestos y de proyectos enfrentados, *le dan significado a un mismo territorio*. O es el caso también de territorios cuyos conflictos los hacen aparecer durante las etapas iniciales de configuración regional como territorios sin relación alguna entre sí –en el sentido subjetivo del término–, pero que con el tiempo los mismos conflictos se articulan o subsumen, y se encargan así de darle un significado común al conjunto que anteriormente aparecía como sin

11 Véase: Clara Inés García, *Urabá: región, actores y conflicto. 1960-1990* (Bogotá: Editorial CEREC, 1996).

relación. En todo caso, el abanico de situaciones, procesos y actores es muy diverso en cada caso, pero el efecto es el mismo: un territorio que por sus bajos niveles de densidad de población, de construcción de infraestructura, de presencia institucional, de inversión y concentración de capital, que no alcanza a mostrar unos indicadores de articulación u homogeneidad suficientes en términos de las conceptualizaciones clásicas de “región”, sí muestra una delimitación de sus contornos como *fronteras simbólicas que de hecho actúan como marcadores de un territorio significado, así este lo sea por la paradójica vía de los conflictos y los problemas.*

-Los actores regionales

Al estudiar esos mismos territorios de frontera, es posible constatar también otra paradoja: en territorios sobre los cuales no ha habido historia suficiente para crear identidades culturales ni proyectos comunes, donde prima la desagregación y la confrontación, *es a través del conflicto como acaban configurándose los primeros actores regionales.* Esta existencia de los actores regionales es uno de los fundamentos de la existencia de “región”, en tanto son los sujetos que materializan la capacidad de un colectivo para pensarse y orientar los procesos de constitución de su sociedad y su desarrollo.

El ejemplo de Urabá sigue siendo muy ilustrativo. Durante décadas primó un enfrentamiento entre bananeros y trabajadores que no tuvo la oportunidad de canalizarse por la vía del reconocimiento de actores corporativos institucionalizados, ni por la mediación del Estado. Durante décadas no se pudieron organizar los trabajadores en sindicatos, ni los bananeros asumieron la negociación de pliegos de peticiones, ni pensaron su presencia en la zona con un significado que fuera más allá de las fronteras de sus fincas.

Pero cuando el Ejército Popular de Liberación (EPL), por los medios coercitivos con que suele actuar la guerrilla, acaba organizando un sindicato de trabajadores bananeros e imponiendo a las fincas la firma masiva y simultánea de convenciones colectivas crea de hecho una situación que obliga a:

- Augura a asumir la representación de los intereses corporativos, única manera de poder enfrentarse y negociar con su contradictor: los sindicatos.

- Sintagro y Sintrabanano a ser reconocidos por quienes siempre los habían negado.
- Augura y los sindicatos a llamar al tercero en discordia –al Estado regulador–, para ejercer su función de mediación entre los intereses contrapuestos.

El conjunto de los actores acaba reconociéndose como actores, con intereses regionales y definidos unos en relación con los otros. El conflicto laboral pasó, después de ese periodo del 86 al 89, a ocupar una posición diferente dentro del concierto de conflictos en la región.

Y así hay un sinnúmero de ejemplos: la construcción en Urabá –aunque transitoria– de sus dos primeros actores políticos regionales: UP y Esperanza Paz y Libertad. O la configuración de un movimiento cívico regional en el Bajo Cauca (década del 80), que juega el papel de representar por primera vez en la historia a la región ante el Estado, de lograr su reconocimiento como actor regional, y de reivindicar un proyecto de desarrollo de interés regional.

Este mismo fenómeno se encuentra en cuantas regiones de frontera en Colombia observemos intensos procesos de conflicto y violencia. Ellas adquieren los diversos distintivos de su reconocimiento como región, o al menos como región en construcción (por ejemplo, su visibilidad, su reconocimiento por el Estado y su identidad regional), a partir de conflictos en los que se fraguan *actores sociales y políticos regionales*.

-La identidad

En aquellos territorios atravesados por conflictos intensos, y donde no hay identidades políticas basadas sobre proyectos económicos o políticos regionales compartidos, ni tampoco identidades culturales tejidas sobre la base de historias comunes, es posible observar una tercera paradoja: *las identidades que surgen de los procesos de confrontación*.

En primer lugar está *la identidad de los actores sociales*: muchos de ellos adquieren identidad al enfrentarse con otros y al verse obligados a plantear proyectos referidos al conjunto del territorio, o con impacto sobre él, y a pensarse en función de los otros actores e intereses.

En segundo lugar está la *identidad regional definida desde el “afuera”*. Para regiones como Urabá, Bajo Cauca, Magdalena Medio, el Amazonas, etc., es el conflicto armado el que cumple dramáticamente con el papel de proyectar, para el resto de la nación, una imagen primera de su territorio, de sus problemas, de su existencia. Es también ese mismo conflicto el que obliga al Estado a reconocer esos territorios, a reconocer en ellos actores que representan de alguna manera los intereses o proyectos regionales, y a proyectar sobre ellos acciones y políticas territorialmente definidas.

Siguiendo con una idea desarrollada por otros colegas, el conflicto de carácter violento también está en la *base de la identidad regional desde el “adentro”* de este tipo de territorios, por la vía de constituirse en esas maneras de ser y de relacionarse que hacen de estas regiones “regiones de rebelión, supervivencia y confrontación”,¹² o por la vía de lo que María Clemencia Ramírez afirma para el caso de las marchas cocaleras en el Amazonas, en las que destaca su papel en la construcción de la identidad regional, entendida esta como “la demanda de una capacidad de acción y cambio”.¹³

-La articulación Estado-región

Las regiones no existen sin referencia a una sociedad mayor y el conflicto juega también un papel determinante en la configuración de los lazos entre estas dos entidades, sobre todo cuando se trata de los territorios que se encuentran en el proceso de articularse a la nación. Enumeremos brevemente algunas vías bajo las cuales se cumple este papel:

Desde los actores sociales: las regiones se convierten *en escenarios privilegiados para la definición de intereses y fuerzas en el orden nacional*. Al mismo tiempo, y por esa misma razón, los actores organizados –partidos políticos, organizaciones y movimientos sociales–, formados al calor de las dinámicas

¹² Amparo Murillo, “Hacia un concepto de región del Magdalena Medio. Consideraciones desde la perspectiva histórica”, en *Historia y cultura de la región del Magdalena Medio* (Medellín: Departamento de Historia, Informe para el Plan Nacional de Rehabilitación y Colcultura, 1990), 68. Véase también: Manuel Alberto Alonso, *Conflicto armado y configuración regional. El caso del Magdalena Medio* (Medellín: Instituto de Estudios Políticos, Universidad de Antioquia, 1997).

¹³ María Clemencia Ramírez, “Las marchas de los cocaleros en el Amazonas”, en *Modernidad, identidad y desarrollo*, ed. María Lucía Sotomayor (Bogotá: ICAN, Colciencias, 1998), 257-72.

territoriales regionales, cumplen el papel de *articular los pobladores a las fuerzas sociales y políticas que se juegan en el orden nacional*, pues en la lucha por el control de recursos al interior de un espacio como el regional no se juega simplemente la subsistencia de unos grupos sociales o la capacidad de unos para imponerse sobre los demás coterráneos, también se juega el poder que, a partir del dominio sobre un territorio determinado, se puede obtener dentro de un conjunto social y político mayor.

Desde el Estado, regiones y Estado se articulan por doble vía: de una parte, en virtud del significado que adquieren los conflictos regionales para el Estado, este comienza a *reconocer* estos territorios y sus actores, y a diseñar y aplicar políticas públicas orientadas territorialmente.

Pero hay un proceso más sustancial aún: el Estado se construye en el mismo proceso en que se ve abocado a resolver los problemas y los conflictos en las regiones. En esos territorios donde se aduce “la ausencia” o “la debilidad” del Estado no se puede pensar esta institución como un ente externo que se implanta o no se implanta. Por el contrario, el Estado, su legitimidad y su fuerza tienen que construirse paso a paso, apoyándose y alimentándose del proceso de construcción de los actores sociales en la región. *El Estado es un resultado del proceso de construcción social en las “regiones en construcción”*. Región y Estado se articulan en el mismo proceso en que se construyen y ese proceso está atravesado por el conflicto violento.

Conclusión

Se puede concluir entonces que aun en esos territorios aparentemente desintegrados con respecto de los procesos sociales del centro y de las instituciones, desarticulados internamente y sometidos a intensos conflictos, fracturas y diferenciaciones, y muy lejanos de una condición de concertación entre actores en función de “la construcción social de la región” planificada, se juegan también procesos de construcción regional importantes de identificar.

Y, aunque los procesos de poblamiento, de inversión, de construcción de infraestructura física e institucional muestren índices que no ameritan considerarlos dentro de los modelos clásicos de las modelaciones para el análisis regional, es importante desarrollar alternativas de análisis que permitan

integrarlos a los análisis que abarcan al conjunto del territorio nacional. Qué más muestra de lo determinante que son estos territorios en los destinos de la nación que lo que hoy vive Colombia: es desde allí, desde lo que aparentemente no alcanza el status de “región” desde donde se han planteado las claves de lo que hoy define la posibilidad de ser de la nación misma. Región y Estado se construyen a la par. Y son los procesos que se gestaron y desarrollaron en las últimas décadas en esas “regiones en construcción” los que han pasado a ser determinantes de los rumbos hoy tornados por el conjunto de la nación.

Es innegable que el rumbo tomado por el conflicto armado en los últimos años ha puesto en jaque muchas cosas: las instituciones, el Estado, la nación misma. La desagregación social, la destrucción del tejido social y el masivo desplazamiento forzado en amplísimas zonas del territorio nacional –ya no solo en las de “colonización”, de las cuales se pensaba el conflicto armado generalizado era privativo– colocan un punto de interrogación sobre hasta qué punto es válido seguir pensando esas zonas como “regiones en construcción” y no como sometidas a procesos de involución, tal como inclusive lo llega a plantear William Ramírez en su libro sobre Urabá.¹⁴

Esto será objeto de futuras investigaciones. Sin embargo, pienso que los actores armados suelen reforzar el significado de las regiones (las consolidadas) y de las “regiones en construcción” en la medida en que suelen adaptar la lógica de sus acciones de estrategia nacional a los territorios específicos y sus características. Las colectividades, por golpeadas que estén, también suelen estructurar sus estrategias –de retorno y de resistencia– según lazos preestablecidos, arraigos y sentidos sobre el territorio.

Bibliografía

Alonso, Manuel Alberto. *Conflicto armado y configuración regional. El caso del Magdalena Medio*. Medellín: Instituto de Estudios Políticos, Universidad de Antioquia, 1997.

Boisier, Sergio. “Palimpsesto de las regiones como espacios socialmente construidos”. *Revista Oikos*, no. 3 (1988): 47-74.

¹⁴ William Ramírez, *Urabá los confines de una crisis* (Bogotá: Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales [IEPRI], Universidad Nacional, Planeta, 1997).

- Centro de Investigaciones Científicas de Ciencias Sociales, CENICS, CORNARE. *Determinantes sociales y culturales para la planeación en la Región Rionegro-Nare, Fase II*. Medellín: Universidad de Antioquia, 1988.
- García, Clara Inés. *El Bajo Cauca antioqueño. Como ver las regiones*. Bogotá: Cinép, 1993.
- _____. "Territorios, regiones y acción colectiva. El caso del Bajo Cauca antioqueño". En *Territorios, regiones, sociedades*. Editor Renán Silva, 123-36. Bogotá: CEREC, 1994.
- _____. *Urabá: región, actores y conflicto. 1960-1990*. Bogotá: Editorial CEREC, 1996.
- Giménez, Gilberto. "Territorio, cultura e identidades. La región sociocultural". En *Cultura y región*, 87-132. Bogotá: CES, Universidad Nacional, Ministerio de Cultura, 2000.
- Murillo, Amparo. "Hacia un concepto de región del Magdalena Medio. Consideraciones desde la perspectiva histórica". En *Historia y cultura de la región del Magdalena Medio*, 1-162. Medellín: Departamento de Historia, Informe para el Plan Nacional de Rehabilitación y Colcultura, 1990.
- Ramírez, María Clemencia. "Las marchas de los cocaleros en el Amazonas. Reflexiones teóricas sobre marginalidad, construcción de identidades y movimientos sociales". En *Modernidad, identidad y desarrollo*. Editado por María Lucía Sotomayor, 257-72. Bogotá: ICAN, Colciencias, 1998.
- Ramírez, William. *Urabá los confines de una crisis*. Bogotá: Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales (IEPRI), Universidad Nacional, Planeta, 1997.
- Roux, Francisco José de. "El Magdalena Medio en el centro del conflicto y de la esperanza". *Revista Controversia*, no. 174 (1999): 14-37.

Enfoques y problemas de la investigación sobre territorios de frontera interna en Colombia¹

Clara Inés García²

Introducción

Esta ponencia pretende identificar los principales rasgos y tendencias de la investigación sobre *territorios de frontera interna en Colombia*, con el objeto de hacer un primer balance acerca del conocimiento sobre el tema en el país, señalar qué tipos de territorios se estudian bajo esta óptica, cuáles son las problemáticas que motivan la indagación y con qué nociones y enfoques se abordan, para enriquecer así el bagaje conceptual y el conocimiento en general de quienes estudian el territorio, y en especial los territorios de frontera.

Para hacer el balance, se recopiló la bibliografía que en la última década se produjo sobre el tema y se seleccionó aquella en la cual la pregunta por la frontera hubiera sido eje de la indagación y estuviera referida al territorio. Se incursionó paralelamente en las bibliografías latinoamericana y europea que proporcionan un importante referente. Sobre Colombia se abarcó la bibliografía

- ¹ Artículo publicado originalmente en: *Fronteras: territorios y metáforas*, comp. Clara Inés García y Clara Inés Aramburo (Medellín: Hombre Nuevo Editores, Instituto de Estudios Regionales, 2003), 47-60.
- ² Socióloga, coordinadora del programa de investigación básica del Instituto de Estudios Regionales (INER) de la Universidad de Antioquia.

disponible en las bibliotecas de las universidades públicas y privadas de la región,³ aunque probablemente hayan en el país otros estudios que no quedaron incluidos en este análisis. Se trata entonces de iniciar una reflexión sistemática sobre el tema; esta ponencia pretende aportar un primer paso en ese sentido.

Por *territorios de frontera* entendemos los espacios de la vida social –material y simbólica– donde se interpenetran sociedades o grupos diversos, y donde, por lo tanto, están presentes la producción de límites y de diferencias entre aquellos que se ponen en contacto, así como la configuración de franjas sui géneris de intersección, en las cuales rigen dinámicas de poder y control, procesos de identificación y estructuras sociales distintas a las de las sociedades mayores que allí se encuentran. Las *fronteras internas* aluden a los espacios de confluencias-diferenciación de los complejos socioculturales internos a un grupo, una sociedad o un Estado nación –donde no median separaciones por soberanía políticas entre estados–, producidos por una amplia variedad de procesos, tales como ordenamiento territorial, colonización, identidades socioterritoriales, conflictos social y político-militar, etc., y sobre un tipo diferenciado de territorialidades: urbanas, rurales, regionales, periféricas, étnicas.

Cuatro asuntos ordenan la exposición:

- Los campos de investigación comprometidos en el análisis de los territorios de frontera interna.
- Los enfoques utilizados en las investigaciones.
- Las dimensiones territoriales de los análisis de frontera.
- Las sugerencias para la investigación futura.

1. Los campos de investigación

La investigación sobre territorios de frontera interna en Colombia se desarrolla en dos grandes campos: uno estudia las relaciones interétnicas y los territorios definidos en función de la constitución de fronteras socioculturales, principalmente entre la sociedad colonial o republicana y las comunidades indígenas

3 En la bibliografía se presenta el conjunto de los estudios sobre Colombia que sirvieron como base para escribir este ensayo. Esta presentación tiene también la intención de ser útil como bibliografía temática.

nativas, o entre etnias minoritarias y marginadas –comunidades indígenas y afroamericanas–, el otro estudia la colonización y los procesos de apertura de la frontera agraria y de constitución de un nuevo tipo de sociedad en los territorios tradicionalmente excluidos de la sociedad mayor. Son dos campos diferenciados por las preguntas, las disciplinas que los abordan, las tradiciones conceptuales desde donde se construyen sus objetos, los problemas fundamentales de la sociedad implicados y las instituciones que jalonan su conocimiento.

Ambos campos se refieren al proceso general de constitución de nuestras sociedades –las americanas y por supuesto la colombiana–: se trata del proceso heterogéneo y diferenciado en la larga duración, de expansión de una sociedad sobre otra y de sus efectos en el territorio, en las relaciones sociales y políticas, y en la cultura de las sociedades que entran en contacto. Veamos en qué radica la diferencia entre los dos campos.

En el primer campo la pregunta se fabrica desde la antropología, y se refiere a los límites y contactos entre dos sociedades consideradas étnicamente diferentes. El énfasis se pone en identificar cómo la sociedad nativa resiste o se transforma guardando su consistencia como sociedad diferenciada, o sufre procesos de desetnización o reetnización, y cómo la sociedad dominante invisibiliza o integra a las sociedades nativas, o se transforma en el proceso de interacción con ellas. En el segundo campo, el de los estudios sobre colonización, la pregunta se fabrica desde la sociología y la historia, y se refiere a cómo la sociedad y el Estado se expanden e integran –de alguna manera– al conjunto del territorio nacional. La diferencia entre los dos campos es que en el primero el interés lo domina la pregunta por lo étnico y en el segundo lo hace el interés por lo nacional, por la integración del territorio al mercado interior, la expansión demográfica y la reconfiguración de las sociedades objeto de la colonización, la ampliación del control del Estado sobre su propio territorio y sus limitaciones.

Los estudios del primer campo tienen una más larga tradición conceptual. De hecho, uno de los núcleos duros de la antropología como disciplina es la pregunta por los grupos, las sociedades, las culturas y los procesos de identificación-diferenciación. Muy directamente relacionada con el centro de la construcción del conocimiento antropológico se encuentra entonces la noción de *frontera*, la cual juega un papel central en el modo de concebir, pensar y representarse los límites

que diferencian a culturas y sociedades, y el significado y los efectos de su contacto. Hay diferentes enfoques según el momento teórico de la disciplina.

Cuando el enfoque relacional de la cultura y de las identidades se instala,⁴ las fronteras socioculturales se convierten en el lugar privilegiado para la observación y el análisis de lo que sucede en una relación interétnica determinada. La frontera es el lugar donde se marcan las diferencias, los límites, los intercambios, las negociaciones, las relaciones entre los mundos en contacto, y a partir del cual se definen importantes transformaciones y consecuencias para las sociedades en contacto y el sistema de relaciones entre ellas. Comprender la dinámica y características de las fronteras socioculturales permite comprender el nodo de la relación interétnica, y junto con él las tendencias y procesos que comprometen al conjunto de las sociedades en contacto.

En Colombia, el enfoque relacional de la cultura ha sido desarrollado casi exclusivamente por la antropología –incluida la arqueología–, con algunas incursiones de los historiadores. La Universidad de los Andes a la cabeza, el Instituto Colombiano de Antropología e Historia (ICANH) y los departamentos y las maestrías de Historia de la Universidad Nacional –sedes Bogotá y Medellín– son los centros desde los cuales se promueve este tipo de investigación. También han seguido este enfoque dos investigadoras extranjeras, la profesora Anne-Marie Losonczy –en sus estudios sobre el Chocó, el Caribe y el interior andino– y la profesora Jane Rausch –en sus estudios sobre los Llanos Orientales–.

En el segundo campo, al contrario, los estudios sobre los procesos de colonización comienzan más recientemente a ser abordados desde la óptica de “la frontera”⁵ y en algunos países tiene ya cierta tradición.⁶ Sin embargo, a pesar del limitado desarrollo de este enfoque para estudiar los procesos de configuración de cierta

4 Véase Frederik Barth, *Los grupos étnicos y sus fronteras* (Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 1976).

5 Esto contrasta con la enorme literatura que se ha producido en el país sobre colonización y con el hecho de haberse convertido este tema en el centro de atención de las ciencias sociales durante las décadas de los años 60 y 70, cuando la relación problema agrario y colonización fue un eje predominante en la academia y en las instituciones públicas. El énfasis en la pregunta por lo regional entra a sustituirlo como eje de primera plana en los estudios sociales y en los intereses públicos en los años 80 –aunque nace en los años 70–, justamente cuando fracasa la reforma agraria y lo agrario se convierte en uno de los últimos renglones de interés del Estado.

6 Ralph Turner la abre en los años 70 con su estudio sobre la frontera americana.

porción de las sociedades americanas, se han adelantado interesantes reflexiones, pioneras en Colombia, referidas principalmente a la Amazonía y la Orinoquía.

Una de las entidades que aportaron el primer impulso a las investigaciones sobre colonización y conflicto desde la perspectiva de los territorios de frontera fue el Centro de Investigación y Educación Popular (Cinep). A fines de los años 80, con el proyecto “Conflicto social y violencia en Colombia”, esta institución abordó desde diferentes investigaciones la pregunta por la construcción del Estado y la nación colombiana, y para ello los análisis de procesos propios de esta amplia frontera se convirtieron en partes claves. En la década de los años 90 se extendieron los estudios que relacionan colonización y frontera, y más investigadores e instituciones adoptaron esa mirada. Desde el Amazonas se produjo un importante aporte en tal sentido con las investigaciones impulsadas por las entidades académicas y de investigación que allí se asientan. Como colombianista destacada, Catherine Legrand ha aportado una importante reflexión en este campo, poniendo en relación diversas hipótesis planteadas por un conjunto de investigadores nacionales en el ámbito de la colonización y la violencia.

Por otro lado, llama la atención la geografía de la investigación sobre los territorios de frontera cuando se juegan relaciones interétnicas. Aquí se abordan los territorios de piedemonte andino de los Llanos Orientales y el Amazonas, los del centro-occidente del país, el Pacífico chocoano y el sur de Colombia. Esta geografía muestra no solo una cobertura más amplia y variada de territorios abarcados por la investigación en fronteras, sino un perfil muy especial, que contrasta con la misma investigación hecha por fuera de las fronteras nacionales.

En Colombia, las preguntas están marcadas por el interés en conocer lo que se juega en las fronteras interétnicas en territorios internos a la nación y un importante número de veces en conocer los procesos de construcción de ciertas regiones y sus fronteras. Se trata, en todo caso, de un interés “intra” por conocer el país. En contraste, en el resto de América Latina –desde el norte de México hasta la Patagonia– los conflictos interétnicos se sitúan con mayor frecuencia en los territorios de las fronteras internacionales. Las grandes guerras

por la delimitación de los territorios de soberanía de los Estados atraviesan en esas latitudes una parte importante de la problemática interétnica.

2. Los enfoques

2.1 Intercambio y frontera porosa en el análisis de las relaciones interétnicas

Los análisis de los territorios de frontera configurados sobre procesos de relaciones interétnicas en la literatura académica colombiana utilizan predominantemente una mirada que visibiliza y permite profundizar *los contactos e intercambios* entre las sociedades analizadas. La noción de *frontera porosa*, muchas veces explícita, se convierte en uno de los apoyos conceptuales importantes de estos estudios. La razón para ello se encuentra en la adopción, por parte de los autores colombianos, de las tendencias que priman en la literatura internacional y que subrayan la importancia del análisis relacional de la cultura y la identidad.

Se trata de romper con el anterior enfoque dedicado al estudio de cada grupo y cada cultura por separado, y donde territorio, cultura y grupo étnico formaban una misma unidad basada en la homogeneidad de las características culturales. En los últimos tiempos, la mirada se dirige a las relaciones interculturales, a los grupos en contacto y a la producción y la comprensión de las diferencias a partir del juego de las relaciones. Las fronteras se convierten en el *punto privilegiado para estudiar estos mundos en contacto y la interacción entre diferentes*.

La noción de *frontera* se asume en su acepción de límite que marca la diferencia, pero también implica el punto de contacto y de interacción. Como consecuencia particular de esta nueva tendencia, se quiere dejar atrás el abordaje tradicional de la relación entre la sociedad colonial y los indígenas, que invisibiliza a los segundos al resaltar solo los efectos del exterminio o de la absorción por parte de la fuerza dominante de la sociedad sobre las sociedades nativas.

En Colombia sobresale, entonces, la tendencia a analizar las fronteras desde todo aquello que muestre el contacto y el intercambio. La *frontera porosa* y la *frontera como puente* son las nociones claves, desde allí se formulan las principales preguntas de los estudios analizados.

Una primera versión de este enfoque se configura sobre la crítica a la versión de las fronteras como brechas que separan o marcan solo choques y conflictos:

- María Clemencia Ramírez, en el piedemonte amazónico y el Valle del Sibundoy, desarrolla dos énfasis acerca de las fronteras interétnicas propias de la zona. De una parte, las diferenciaciones que marcan entre sí los dos grupos lingüísticos –Inga y Kamsá– son pensadas como parte de un sistema de *relaciones de complementación* que permiten concebir a los habitantes del Valle del Sibundoy como una unidad. De otra parte, la autora estudia el *papel de puente* que juegan estos dos grupos del Valle del Sibundoy, con respecto a una estructura espacial mayor: en la relación Andes-selva ellos cumplen el papel de mediadores, por eso portan características de una y otra de las sociedades que comunican.
- Jane Rausch, en el piedemonte orinoquense, muestra el papel de la institución de las misiones en la *formación de una* “frontera de inclusión y asimilación”, en contraste con las fronteras de exclusión que configuraron otros procesos coloniales en diferentes latitudes.⁷ Muestra también *el papel del territorio de los Llanos Orientales como* “subregión” que se articula a la dinámica económica de la región oriental de los Andes durante la colonia, con su producción de algodón e hilado para la fabricación de textiles en los centros regionales de Tunja y El Socorro. Para la época precolombina, la autora subraya el papel de los Llanos Orientales en la comunicación y difusión entre las cuatro regiones subcontinentales que conecta –la cuenca del Amazonas, la altiplanicie de Guyana, los Andes y el Caribe–, y en este caso piensa el territorio de frontera como un *territorio comunicador de estructuras espaciales mayores*.
- Anne-Marie Losonczy, en su estudio sobre las relaciones entre las comunidades indígenas y afrocolombianas postesclavistas del Pacífico chocono, subraya la *coexistencia interétnica* entre estas comunidades,

⁷ Como “Estados Unidos, Australia y África del Sur, donde fueron los europeos los que poblaron los territorios de frontera y se empezaron en la destrucción de los pueblos indígenas”. Jane Rausch, *Una frontera de la sabana tropical. Los Llanos de Colombia, 1531-1831* (Bogotá: Banco de la República, 1994), 415-6.

y los intercambios e interdependencias que se forjan sin borrar las diferencias y los conflictos entre los grupos. Su tesis central afirma que la originalidad del espacio simbólico negro-colombiano “es precisamente la de constituirse sobre una relación abierta y acogedora a la alteridad cultural y social que los rodea”⁸, y la capacidad para construir *redes transculturales de solidaridad y de soporte de la identidad*. También es posible, por esta vía, comprender los resortes simbólicos de las formaciones multiétnicas regionales.

- Orián Jiménez estudia igualmente el Pacífico colombiano y se interesa por las relaciones de solidaridad e intercambio que se producen entre las etnias indígena y afrocolombiana, en virtud de su larga convivencia y contigüidad. En medio de todas las reglamentaciones imperiales en contra de la posibilidad de su contacto, indígenas y negros comparten un mismo territorio en *rochelas*, ocupan conjuntamente espacios y explotan sus tierras, comparten fiestas y –en palabras de la época– se amanceban.
- En la arqueología esta misma tendencia conceptual se manifiesta bajo una modalidad especial. Felipe Cárdenas confronta la noción de *áreas culturales* –que implicaba delimitar arqueológicamente los territorios étnicos a partir de rasgos cerámicos comunes– y asume la posibilidad de considerar rasgos compartidos entre etnias diferentes y variabilidad dentro de los complejos cerámicos.

La arqueología cambia entonces radicalmente de óptica: la búsqueda de marcadores étnicos y de relaciones interétnicas no se limita ya a la adscripción estilística de conjuntos homogéneos del registro arqueológico a etnias específicas. Las diferencias del registro arqueológico no son solamente étnicas, sino que identifican diferenciación social. De otra parte, las investigaciones de Carlo Emilio Piazzini se interesan por las regiones de frontera, en cuanto territorios en los que confluyen ritmos históricos diferentes, con consecuencias en la dinámica interna de

8 Anne-Marie Losonczy, “Hacia una antropología de lo interétnico: una perspectiva negro-americana”, en *Antropología en la modernidad*, eds. María Victoria Uribe y Eduardo Restrepo (Bogotá: ICAN, Colcultura, 1997), 253.

las sociedades y cambios resultantes de la reconfiguración histórica de redes de interacción.

Una segunda versión de este enfoque se presenta en la crítica a la versión de las fronteras como brechas que terminan con el aniquilamiento o absorción de los indígenas:

- Patricia Vargas, en el centro-occidente colombiano y el Magdalena Medio, sigue en parte las indicaciones del maestro Germán Colmenares sobre la necesidad de “problematizar la complejidad del encuentro y la confrontación entre aborígenes y españoles”. En ese sentido, estudia la marcación de fronteras entre etnias indígenas y entre indígenas y españoles, pero también analiza los procesos de mezcla cultural y de marcas en el territorio que permiten identificar y comprender cómo *los indígenas cumplen un papel importante en la conformación de lo que hoy es nuestra nación*.
- Ximena Pachón, en su estudio sobre los grupos guambianos en el Cauca, subraya que, a pesar de la ruptura de las fronteras del territorio guambiano debido a la conquista española, a los sucesivos procesos de absorción por la sociedad campesina y terrajera y las haciendas terratenientes, y a las migraciones hacia territorios ajenos, este grupo étnico logra, en medio de fronteras porosas y un territorio muy disperso, mantener relación y sentidos de pertenencia tales, que hoy le permiten adelantar una lucha por recuperar sus antiguos territorios y reconstituir su organización ancestral.

Se observa, entonces, cómo el enfoque que prima en este tipo de estudios sobre territorios de frontera, asociados a relaciones interétnicas, privilegia el intercambio como énfasis analítico, como la forma de abordar la complejidad de las situaciones de contacto, de la calidad de los transformativos de las sociedades en contacto y de las configuraciones territoriales e identitarias en esa clase de territorios.

Lo anterior contrasta con la literatura de este campo de investigación en otras latitudes de América Latina. Allí existe una importante corriente que enfoca el análisis de los territorios de frontera configurados por el contacto interétnico *desde la perspectiva del conflicto*. Por un lado, porque en las zonas donde se establecieron las fronteras entre los poderes imperiales o

republicanos se produjo un importante número de conflictos de carácter interétnico. También porque en esas latitudes, en el terreno académico, la crítica a los enfoques tradicionales belicistas de las relaciones interétnicas muestra que el conflicto no produce solamente choques, barreras, separaciones, exclusiones y destrucciones mutuas. Esta corriente de pensamiento pone de relieve en cambio la cantidad de matices, influencias recíprocas, entrelazamiento de intereses entre las sociedades enfrentadas y transformaciones que se producen en los territorios de frontera sometidos a confrontaciones y conflictos.

Esta diferencia de miradas entre Colombia y el resto de países de América Latina nos lleva a afirmar una particularidad más del enfoque de los estudios sobre territorios de frontera marcados por relaciones interétnicas en el país: Colombia está, por diversas razones, más volcada sobre sí misma, en cuanto los intereses y perspectivas de la mirada sobre el territorio y las relaciones interétnicas se refieren más a las *fronteras internas* y a los procesos de configuración de las regiones y sus fronteras. Otros países de América Latina muestran un importante interés por estudiar las fronteras internacionales desde los estudios que se preguntan por los territorios y los conflictos interétnicos.

Interesante será para la investigación colombiana en este campo abrir dos conjuntos más de interrogantes sobre los territorios de frontera en dinámicas de relación interétnica.

- El primero es el de los estudios de las relaciones interétnicas en los territorios de frontera internacional. En otros artículos de este libro tendremos la oportunidad de ver lo que en este campo los investigadores han adelantado en el Amazonas.
- El otro conjunto de investigaciones importantes a realizar son las mediadas por el enfoque del conflicto, que observa la variedad de los matices, influencias mutuas, transformaciones y nuevas construcciones que se producen sobre la base del conflicto en las relaciones interétnicas.

2.2 Conflictos, fronteras internas y colonización

La literatura colombiana sobre la colonización y expansión de la frontera agraria, y de la sociedad sobre territorios no integrados a la sociedad mayor, privilegia el *análisis del conflicto* como la mirada a partir de la cual construye el

cuerpo principal de hipótesis y de interpretaciones sobre este proceso macro de la sociedad colombiana.

Principiando el nuevo milenio, Colombia aún tiene la mitad de su territorio sometido a la condición de apertura de la frontera, y allí se gestan, crecen, se consolidan y expanden las principales dinámicas del conflicto armado y violento que hoy atraviesa al conjunto del país, y que golpea inclusive –de manera muy sensible– a sus más connotados centros urbanos. No es gratuito entonces que el enfoque del conflicto sea el que prime en estos análisis, pero además cuenta también para ese predominio la tradición marxista que, durante al menos un cuarto de siglo, iluminó el análisis del problema agrario y la colonización en Colombia, y aportó una materia prima importante al conocimiento que posteriormente se comenzó a construir sobre el tema desde las preguntas por la violencia y la frontera.

La colonización es, por principio, un proceso en el cual se ponen en contacto dos sociedades: el centro y la periferia excluida, sobre la cual este se expande. Es un tema privilegiado para la investigación en fronteras desde el punto de vista del territorio como franja, como entidad socioespacial específica, y desde el punto de vista del contacto entre dos sociedades y sus interacciones, mutuos impactos y formación de la nueva condición del conjunto mayor. Sin embargo, en el campo de los estudios sobre colonización no se ha desarrollado un concepto de *frontera* explícito y teóricamente fundamentado, solamente nociones sueltas en el conjunto de los autores, alusiones al concepto de *frontier* del estudio de Ralph Turner sobre la frontera norteamericana o conceptos importados de la antropología.

Tampoco hay una teoría que sustente la discusión académica en torno al proceso general de expansión de la sociedad sobre los territorios de frontera. Prima una “superposición” al territorio que hoy se reconoce como “frontera” de la investigación sobre colonización en el tradicional enfoque agrarista o en el más reciente enfoque sobre la violencia, pero no hay herramientas teóricas autónomas que permitan enriquecer la investigación sobre colonización y fronteras internas en este campo.

No obstante, y a pesar de lo anterior, los estudios sobre colonización que lo hacen desde una mirada a la frontera aportan importantes interpretaciones

sobre este tipo de territorio. La tesis general afirma que el proceso de integración del territorio nacional, emprendido de manera definitiva a partir de los procesos colonizadores del siglo xx, se realiza, paradójicamente, sobre la base de *la producción, reproducción y reforzamiento de una gran fractura o brecha socioterritorial, y por lo tanto económica, política y cultural*. Esta constatación se trabaja desde dos pistas de análisis:

1. La frontera permanente como fracaso del desarrollo y de la integración territorial de Colombia.
 - Arístides Ramos, Claudia Steiner y Catherine Legrand muestran de diversas maneras cómo la frontera se asocia, a lo largo de nuestra historia, a los sucesivos fracasos de los proyectos colonizadores como proyectos pensados en función del desarrollo. En esos territorios lo único manifiesto es la crisis permanente del proceso colonizador: a) en tanto reproduce, a la larga, la concentración de la tierra y la expropiación final del colono de las tierras abiertas y mejoradas por él; b) en tanto muestra, por la vía de las condiciones ambientales sobre las cuales se produce, un bloqueo estructural en virtud de las condiciones naturales del suelo sobre las cuales se pretende expandir, y c) en tanto reproduce, en el territorio más amplio de la nación, los grandes desequilibrios regionales.⁹ La frontera no tiende a desaparecer, los territorios sujetos a procesos de colonización se debaten en medio de los grandes conflictos de nuestra sociedad y ellos no acaban de jugar en Colombia un papel para el desarrollo.
 - Desde otro énfasis, autores como José Jairo González y Darío Fajardo coinciden en afirmar que, si bien la historia de Colombia desde fines del siglo xviii ha sido la del proceso de incorporación de las fronteras –de las vertientes y tierras bajas interandinas y de la Amazonía y
- ⁹ Las interpretaciones sobre la frontera se basan en el relato de los sucesivos fracasos de los proyectos colonizadores jalonados por el Estado o por autores empresariales, que no se logran plasmar siquiera como proyectos efectivos (Ramos y Steiner) o que se adelantan con características de nunca finiquitar (Ramos), o que están sometidos a la crisis permanente y a bloqueos económicos estructurales (Legrand interpretando a Molano y a Rementería), o inclusive a sin salidas impuestas por las restricciones ambientales propias de las condiciones de su suelo y su entorno (Legrand interpretando a Jaramillo).

la Orinoquía–, el proceso de “articulación socio-territorial” y de “nacimiento de nuevas sociedades” y “nuevas comunidades civiles” se produce a la par que el reforzamiento de la brecha y de los grandes desequilibrios regionales, que la persistencia o inclusive la generación de problemas nodales que no se resuelven y que impactan al conjunto de la nación –la violencia y el narcotráfico que allí se incuban–, y que la configuración de una sociedad sin Estado.

En síntesis, la expansión de la frontera en Colombia se forja sobre la base de una articulación socioespacial construida sobre procesos de poblamiento, de configuración de sociedad y generación de los grandes conflictos que bloquean nuestra capacidad para el desarrollo, y sobre el reforzamiento de unas grandes brechas económica, política, institucional e identitaria del conjunto como nación.

2. La frontera como la fuerza expansiva de la sociedad y el límite del poder del Estado.

Los autores que enfatizan el análisis de la frontera desde la violencia que en ella se incuba, y que desde allí impacta al conjunto del país, muestran dos facetas de los límites del poder del Estado con respecto a la sociedad en expansión:

- Darío Fajardo explica la generación de una frontera abierta, atravesada por continuos, permanentes y cada vez más violentos conflictos, que se generan en virtud de una política recurrente y sostenida de “inviolabilidad de las estructuras agrarias en el interior de la frontera”,¹⁰ la cual exporta gentes y conflictos sin resolver la frontera. El autor señala que el conflicto violento en la frontera interior colombiana se relaciona muy estrechamente con la expansión de la sociedad, la cual se produce sin una expansión correlativa del Estado. En este contexto explicativo, se vuelve más evidente que las falencias del Estado están asociadas a su propia política, incluida su política en el centro.

10 Chantal Caillavet, “Territorio y ecología del grupo prehispánico Otavalo”, en *Frontera y poblamiento: estudios de historia y antropología de Colombia y Ecuador*, comps. Chantal Caillavet y Ximena Pachón (Bogotá: Instituto Francés de Estudios Andinos [IFEA], Instituto de Investigaciones Amazónicas, Sinchi, Universidad de los Andes, Departamento de Antropología, 1996), 252.

- Ernesto Guhl plantea que existe una frontera de poder interno, demarcada por el límite que el poder de la guerrilla le impone a la expansión del poder del Estado en los territorios de frontera. Al analizar el comportamiento empírico de estas fronteras políticas sobre el territorio, Guhl no deja de sorprenderse en 1994, cuando constata que la frontera política interior está más cerca de Bogotá que de las fronteras internacionales y los territorios más periféricos, como es la norma en otros países.

En síntesis, se trata de una frontera directamente asociada a la generación de conflictos violentos, en virtud de la orientación de las políticas públicas y con efectos sobre la misma capacidad del Estado para expandirse sobre los nuevos territorios, en los que se asienta y organiza una nueva sociedad. Fronteras y violencia están asociadas a los mismos límites que tales procesos le imponen a la posibilidad de expansión del Estado.

El proceso de apertura y de integración socioterritorial de la frontera en Colombia muestra procesos inversamente proporcionales a los de otras sociedades: *es una frontera que no tiende a cerrarse y es una frontera en donde se marca inclusive una segunda gran brecha entre la sociedad y el Estado.*

Interesante será, para continuar desarrollando la investigación sobre las *fronteras internas* de colonización en Colombia, introducir dos asuntos:

- Un enfoque relacional de la frontera que deje de colocar la lupa solo sobre la gran brecha que efectivamente se ahonda en ese proceso y la coloque también sobre el análisis interno de esa sociedad fronteriza que se forma, que investigue el cúmulo de procesos micro, meso y macro de la nueva sociedad que se construye en los territorios de frontera, desde un enfoque que privilegie cómo y con qué características y consecuencias se produce la interpenetración de las varias fuerzas e influencias societales y culturales, incluidas las procedentes del otro lado de las fronteras internacionales.
- Desarrollar un cuerpo teórico directamente asociado al análisis de las fronteras en procesos de expansión de la sociedad, apoyándose en la producción internacional que sobre ello debe haber.

3. Territorios de frontera o la doble condición del territorio

El concepto general de *frontera* subraya la condición de doble faz que contiene por principio toda condición de frontera, lo cual impone –entre otras características– condiciones de dualidad y de ambigüedad a quienes la habitan, y retos a quienes la piensan y la estudian. Cinco dualidades sobresalen:

- a) La primera y más protuberante de las significaciones duales de una frontera se presenta en la misma denominación del concepto. Este alude al mismo tiempo a la línea que limita y separa, y a la franja que denota el contacto y la interpenetración; ambas son inseparables y están siempre presentes. Las mismas nociones con las cuales se distinguen una y otra condición en inglés son fácilmente distinguibles como *border* y *borderlands*, respectivamente. La antropología introduce inclusive el término *boundary*, para aludir a la frontera sociocultural en la que median los elementos de la subjetividad.
- b) La simultánea condición de distancia del centro y, por lo tanto, de situación asociada muchas veces a la pasividad de los actores o a las identidades estigmatizadas, y la proximidad a la otredad, a la del vecino de identidad diferente que asocia la frontera al dinamismo y a la creatividad, en virtud de la contigüidad, de los intercambios y de la confrontación que permanentemente se plantea con quienes son diferentes.¹¹
- c) La paradoja de las experiencias fronterizas que impulsan en muchas ocasiones a los individuos a colocarse en la posición de “cruzador de fronteras”, esto es, donde la demarcación de los límites no impone restricciones al cruce ni a la capacidad para manejar elementos heterogéneos de identidad. Esas experiencias fronterizas demuestran la mayoría de las veces cómo se producen, simultáneamente, el reforzamiento de las fronteras, la tendencia a afirmar lo distintivo, las asimetrías y las guerras enmascaradas.¹²

11 Véase: John Gray, “Lawlessness on the Frontier: The Anglo-Skottisdh Borderlands in the Fourteenth to Sixteenth Century”, *History and Anthropology*, Vol. 12, no. 4 (September 2001): 381-408.

12 Néstor García Canclini, “De qué lado estas. Metáforas de la frontera de México-Estados Unidos”, en *Fronteras, naciones e identidades. La periferia como centro*, comp. Alejandro Grimson (Buenos Aires: Ediciones Ciccus/La Crujía, 2000), 139-51.

- d) Las condiciones culturales más propicias a la hibridación y a los mestizajes son las planteadas por los territorios de fronteras, en ellos la interpenetración de lo diverso propicia este tipo de situación.
- e) Por último, y sobre todo en el caso de las fronteras internacionales, se producen sistemas transfronterizos, en los cuales los habitantes se ven sometidos a la lógica del sistema que se estructura. Estos sistemas tienen como base los intensos intercambios y las condiciones *sui géneris* a las que ello da lugar, y la influencia directa y el manejo simultáneo de la particularidad de las identidades, la cultura y las lealtades del lado al que se pertenece.

La condición dual de los territorios de frontera, y de la dinámica y las características subjetivas de quienes los habitan, aporta un importante ingrediente a la complejidad del pensamiento sobre el territorio. En general, todos los estudios de frontera manejan una o varias de estas dualidades.

En el caso de los estudios de los territorios de frontera interna en Colombia, es interesante resaltar un ámbito especial en el que se expresa también esa doble condición del territorio. Se trata de *la doble función que estos territorios cumplen cuando se los mira en el marco de las relaciones espaciales más amplias en las cuales se insertan*. Veamos diferentes manifestaciones de este principio general, aportadas por un puñado de autores que tratan con especial esmero el análisis territorial de las fronteras interétnicas o de colonización.

Algunos autores muestran *la existencia de territorios que juegan un doble papel como frontera*. Es el caso de María Clemencia Ramírez, quien en su estudio sobre el Valle del Sibundoy da cuenta de la existencia de dos grupos lingüísticamente diferenciados –los Inga y los Kamsá–, que conviven bajo una relación estructural y de complementariedad en un mismo territorio (frontera interna) y se organizan como unidad y como frontera hacia afuera, en un espacio que sirve de puente entre las comunidades del Valle del Sibundoy y las etnias de las selvas amazónica y de los Andes. Por su parte, Jane Rausch, en su análisis de los Llanos Orientales de Colombia, muestra cómo esta frontera es al mismo tiempo frontera de expansión de la sociedad colonial de la Nueva Granada, y frontera-línea defensiva contra los caribes, franceses y holandeses procedentes del oriente del continente.

Otros autores muestran una forma diferente de la doble condición de las fronteras. Se trata de *la condición de frontera o de región con que un mismo territorio puede abordarse*, según sea el punto analítico de interés. Un ejemplo de esto es el análisis que hace Rausch sobre los Llanos Orientales de Colombia, los cuales cumplen en la colonia el papel de frontera en el sentido anteriormente definido, pero más adelante, y también en la historia colonial, se integran gradualmente como subregión a los Andes orientales y a Tunja y El Socorro –sus dos centros–, aportando ganado para su consumo y algodón para sus manufacturas textiles. Este papel se refuerza más tarde con la vinculación político-militar de los Llanos Orientales a la gesta independentista.

También existen análisis como los de Patricia Vargas, quien encuentra en el estudio de las fronteras de las culturas indígenas las bases indelebles para la posterior configuración de las regiones en la república, estableciendo de este modo una de las contribuciones de la sociedad indígena a la sociedad nacional actual. Por su lado, el estudio de María Clemencia Ramírez enfatiza en el papel de dos grandes fronteras para la configuración de la región surcolombiana: la minera, que atravesaba el territorio desde el Cauca hasta el Putumayo, y la que en sentido norte-sur demarcaba la expansión de la sociedad andina hacia el piedemonte amazónico.

En las investigaciones sobre colonización en Colombia en el siglo xx, Darío Fajardo desarrolla una conceptualización sobre los territorios de frontera –como los del Amazonas–, pero al mismo tiempo emprende un análisis de la Amazonía como construcción social de una región, con base en los recientes procesos de integración de la diversidad de entidades étnicas y de las renovadas relaciones políticas con el Estado.

Hay territorios de frontera que son analizados según el papel que cumplen con respecto a la articulación de una estructura espacial mayor. Dos estudios aportan especialmente en este sentido. El de María Clemencia Ramírez, que, al estilo de otros estudios del mundo andino latinoamericano, muestra el papel de puente y la mediación que tuvieron el piedemonte amazónico y las comunidades indígenas en él asentadas para las sociedades de los Andes y del Amazonas. Grupos como los del Valle del Sibundoy garantizaron un permanente flujo de productos y un intercambio de elementos simbólicos y

culturales entre los dos territorios, y ellos mismos condensaron en su cultura elementos de uno y otro lado.

Rausch analiza los Llanos Orientales en épocas precolombinas, tomándolos en el sentido de una frontera que también se desempeña como medio de contacto cultural, de difusión y migración entre las cuatro grandes regiones vecinas: la cuenca del Amazonas, la altiplanicie de Guyana, los Andes y el Caribe.¹³

Así, en medio de las particularidades de cada estudio sobre algún territorio de frontera, se desarrolla un complejo análisis del territorio según el cual, al lado de las dinámicas propiamente fronterizas –en las que también se encuentran formas duales de diversa especie–, se destacan las lógicas subregionales, regionales y los esquemas socioespaciales macro implicados en ellas. Encontramos aquí, entonces, otra de las contribuciones que se tiene que integrar al análisis del territorio: la frontera como unidad de análisis.

Podemos concluir este texto señalando una última pauta para los estudios del territorio en Colombia. Es importante integrar a ellos la investigación sobre territorios de frontera, bajo un enfoque donde el concepto de *frontera* amplíe la complejidad de la mirada y potencie la capacidad para tratar problemas específicos, pero centrales de las realidades cultural, política y bélica de nuestra existencia como sociedad.

Bibliografía

Sobre Colombia

Cárdenas Arroyo, Felipe. “Frontera arqueológica vs. frontera etnohistórica: Pastos y Quillacingas en la arqueología del sur de Colombia”. En *Frontera y poblamiento: estudios de historia y antropología de Colombia y Ecuador*. Compilado por Chantal Caillavet y Ximena Pachón, 41-56. Bogotá: Instituto Francés de Estudios Andinos (IFEA), Instituto de Investigaciones Amazónicas, Sinchi, Universidad de los Andes, Departamento de Antropología, 1996.

Departamento Administrativo Nacional de Estadística, DANE. “Aspectos poblacionales en la planificación del desarrollo fronterizo”. *Boletín de Estadística*, no. 412 (1987).

Fajardo, Darío. “La colonización de La Macarena en la historia de la frontera agraria”. En *Espacio y sociedad. Formación de las regiones agrarias en Colombia*, 181-203. Bogotá: Corporación Aracua, 1993.

13 Rausch, “Una frontera de la sabana tropical”.

- _____. "Fronteras, colonizaciones y construcción social del espacio". En *Frontera y poblamiento: estudios de historia y antropología de Colombia y Ecuador*. Compilado por Chantal Caillavet y Ximena Pachón, 237-82. Bogotá: Instituto Francés de Estudios Andinos (IFEA), Instituto de Investigaciones Amazónicas, Sinchi, Universidad de los Andes, Departamento de Antropología, 1996.
- González, José Jairo. "La colonización marginal y las nuevas fronteras colombianas". *Análisis. Conflicto Social y Violencia en Colombia*, no. 56 (1989).
- González, José Jairo y Elsy Marulanda. *Historias de frontera. Colonización y guerras en el Sumapaz*. Bogotá: Cinep, 1990.
- Guhl, Ernesto. *Escritos geográficos. Las fronteras políticas y los límites naturales*. Bogotá: Fonda FEN Colombia, 1991.
- Jiménez, Orián. "Vida negra, vida parda y vida indígena". Ponencia presentada en el Congreso de Historia, Bogotá, 2000.
- Legrand, Catherine. "Colonización y violencia en Colombia: perspectivas y debate". En *Minagricultura 80 años. El agro y la cuestión social*, 3-26. Bogotá: Banco Ganadero, Caja Social, Vecol, 1994.
- Losonczy, Anne-Marie. "Hacia una antropología de lo interétnico: una perspectiva negro-americana". En *Antropología en la modernidad*. Editado por María Victoria Uribe y Eduardo Restrepo, 253-77. Bogotá: ICAN, Colcultura, 1997.
- Pachón, Ximena. "Los guambianos y la ampliación de la frontera indígena". En *Frontera y poblamiento: estudios de historia y antropología de Colombia y Ecuador*. Compilado por Chantal Caillavet y Ximena Pachón, 283-314. Bogotá: Instituto Francés de Estudios Andinos (IFEA), Instituto de Investigaciones Amazónicas, Sinchi, Universidad de los Andes, Departamento de Antropología, 1996.
- Piazzini, Carlo Emilio. "Piamonte: registro arqueológico de una comunidad ribereña". *Revista de Antropología y Arqueología*, Vol. 12, nos. 1-2 (2000): 74-115.
- _____. "Cambio e interacción social durante la época precolombina y colonial temprana en el Magdalena Medio". *Revista de Arqueología del Área Intermedia*, no. 3 (2001): 53-93.
- Ramírez, María Clemencia. "Frontera fluida entre Andes, piedemonte y selva: el caso del Valle de Sibundoy, siglos XVI-XVIII". Tesis de maestría, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 1996.
- Ramos Peñuela, Arístides. *Los caminos al río Magdalena. La frontera del Carare y del Opón 1760-1860*. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura Hispánica, 1999.
- Rausch, Jane. *Una frontera de la sabana tropical. Los Llanos de Colombia, 1531-1831*. Bogotá: Banco de la República, 1994.
- _____. "Fronteras en crisis: La desintegración de las misiones en el extremo norte de México y en la Nueva Granada, 1821-1849". *Boletín Cultural y Bibliográfico*, Vol. 33, no. 41 (1996): 51-76.

- Steiner, Claudia. *Urabá. Imaginación y poder*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia, 2001.
- Vargas Sarmiento, Patricia. "Naciones aborígenes y la estructuración del espacio colonial: fronteras internas y externas en la Nueva Granada durante los siglos XVI, XVII, XVIII: regiones culturales y fronteras entre el Magdalena y el Pacífico siglos XVI, XVII, XVIII". Informe final, Fundación para la Promoción de la Investigación y la Tecnología (FPIT), Bogotá, 1995.

De referencia

- Areces, Nidia R. "Los Mbayás en la frontera de Concepción. Guerra e intercambio. 1773-1840". *Suplemento Antropológico*, Vol. 33, nos. 1-2 (diciembre de 1998): 77-113.
- Barth, Frederik. *Los grupos étnicos y sus fronteras*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 1976.
- Buil, Gaspar Mairal. "Memoria de una frontera pirenaica". *Revista de Antropología Social*, no. 3 (1994): 11-26.
- Caillavet, Chantal. "Territorio y ecología del grupo prehispánico Otavaló". En *Frontera y poblamiento: estudios de historia y antropología de Colombia y Ecuador*. Compilado por Chantal Callivet y Ximena Pachón, 137-56. Bogotá: Instituto Francés de Estudios Andinos (IFEA), Instituto de Investigaciones Amazónicas, Sinchi, Universidad de los Andes, Departamento de Antropología, 1996.
- Cerutti, Mario. "Frontera, actividad económica y desarrollo empresarial en el norte de México (1850-1910)". Ponencia presentada en el IV Congreso Brasileño de Historia Económica, V Conferencia Internacional de Historia de Empresas, Sao Paulo, 2-5 de septiembre, 2002.
- Cohen, Anthony P. "Culture, Identity and the Concept of Boundary". *Revista de Antropología Social*, no. 3 (1994): 49-61.
- Cuisenier, Jean. "Frontières dans les Balkans: la tradition de la lutte nationale en Macédoine bulgare". *Revista de Antropología Social*, no. 3 (1994): 127-45.
- Deler, Jean Paul. "Tiempos y espacios de una orogénesis: los territorios fronterizos entre Colombia y Ecuador". En *Estados y naciones en los Andes. Hacia una historia comparativa: Bolivia-Colombia-Ecuador-Perú*. 2 volúmenes. Compilado por J. P. Deler y Y. Saint-Geours, 23-40. Lima: Instituto de Estudios Peruanos, 1986.
- Febvre, Lucien y Jorge Márquez. "Frontera: la palabra y la noción". *Sociología*, no. 20 (junio de 1997): 41-50.
- Forrester, Rolf y Jorge Iván Vergara. "¿Relaciones interétnicas o relaciones fronterizas?". *Excerpta*, no. 5 (julio de 1996): 9-33. <http://www.uchile.cl/facultades/csociales/excerpta/excerpta5/villalob.htm>

- García Canclini, Néstor. “De qué lado estas. Metáforas de la frontera de México-Estados Unidos”. En *Fronteras, naciones e identidades. La periferia como centro*. Compilado por Alejandro Grimson, 139-51. Buenos Aires: Ediciones Ciccus/La Crujía, 2000.
- Gray, John. “Lawlessness on the Frontier: The Anglo-Skottish Borderlands in the Fourteenth to Sixteenth Century”. *History and Anthropology*, Vol. 12, no. 4 (September 2001): 381-408.
- Grimson, Alejandro. “Introducción: ¿fronteras políticas versus fronteras culturales?”. En *Fronteras, naciones e identidades. La periferia como centro*. Compilado por Alejandro Grimson, 9-21. Buenos Aires: Ediciones Ciccus/La Crujía, 2000.
- Hevilla, María Cristina. “El estudio de la frontera en América. Una aproximación bibliográfica”. *Revista Bibliográfica de Geografía y Ciencias Sociales*, Vol. 3, no. 125 (1998). <https://raco.cat/index.php/Biblio3w/article/view/65558>
- Kinloch Tijerino, Frances. “Conflicto étnico, geopolíticas e identidad: el caso de las comunidades miskitas del Río Coco en Nicaragua”. *Estudios Fronterizos*, no. 40 (julio-diciembre de 1997): 95-114.
- Minchom, Martin. “Rebeliones del Quito colonial: fronteras simbólicas y geografía urbana”. En *Frontera y poblamiento: estudios de historia y antropología de Colombia y Ecuador*. Compilado por Chantal Caillavet y Ximena Pachón, 203-36. Bogotá: Instituto Francés de Estudios Andinos (IFEA), Instituto de Investigaciones Amazónicas, Sinchi, Universidad de los Andes, Departamento de Antropología, 1996.
- Musset, Alain. “Las fronteras del Istmo centroamericano: una geopolítica de larga duración”. *Estudios Fronterizos*, no. 40 (julio-diciembre de 1997): 159-87.
- Ramírez, Susan. “El Cuzco: pensamiento sobre la soberanía, la territorialidad y el Estado inca”. En *Primer Seminario Internacional sobre Territorio y Cultura. Manizales, Colombia, octubre de 1999*. Compilado por Beatriz Nates, 275-88. Manizales: Alianza Colombo Francesa sede Manizales, Universidad de Caldas, Departamento de Antropología y Sociología, Abya-Yala, 1999.
- Shore, Chris. “Etnicidad, xenofobia y las fronteras de Europa”. *Historia y Fuente Oral*, no. 12 (1994): 31-41.
- Théodat, Jean Marie. “Haití, quisqueya; los límites de la insularidad (1630-1916)”. *Estudios Fronterizos*, no. 40 (julio-diciembre de 1997): 115-39.
- Vanneph, Alain y Jean Revel-Mouroz. “Ciudades fronterizas. México-Estados Unidos”. *Estudios Fronterizos*, no. 33 (enero-junio de 1994): 9-36.
- Vitar, Beatriz. “Las relaciones entre los indígenas y el mundo colonial en un espacio conflictivo: la frontera tucumano-chaqueña en el siglo XVIII”. *Revista Española de Antropología Americana*, no. 21 (1991): 243-78.

La política en una interpretación de la región desde la perspectiva del orden¹

Clara Inés Aramburo Siebert²

Introducción

Este trabajo expone brevemente una propuesta teórico-metodológica para interpretar la región, originada en la pregunta por el orden político en Urabá. Al tratar de delimitar en qué consistía ese orden político y qué ordenaba, se hizo necesario entender otros órdenes que lo influenciaban sin los cuales este carecía de sentido. También se hizo evidente que ese orden político cambió a lo largo de la historia, del mismo modo que lo hicieron los demás órdenes. Finalmente, se estructuró una lectura de la región que incluye la variedad de órdenes, y la combinación y retroalimentación entre ellos, interacción que ha sido variable durante la historia y que propició tres formas distintas de comportamiento regional llamadas Órdenes, con mayúscula. A pesar de esta

- ¹ Original publicado en: *Estudios Políticos*, no. 23 (2003): 147-68. Este artículo se deriva de la tesis de grado “Región y Orden: el lugar de la política en los Órdenes regionales de Urabá”, presentada por la autora para optar al título de Magister en Ciencia Política en el Instituto de Estudios Políticos de la Universidad de Antioquia, en el año 2003.
- ² Nota de los editores: para el momento de publicación de este texto, la autora se desempeñaba como investigadora del Instituto de Estudios Regionales (INER) de la Universidad de Antioquia.

constatación, se conservó la pregunta inicial, pues se privilegia el lugar de la política en el análisis de la región.

La propuesta entrecruza los conceptos de *orden*, con minúscula, *Orden*, con mayúscula, y *región*. Los dos primeros serán el tema central de este artículo, pero el concepto de *región* no se discutirá por la complejidad que implica, de acuerdo con los intereses y alcances de este trabajo. En vez de esto, los conceptos de *orden* mencionados se ponen en función de la región de Urabá para explicar la propuesta, nutrida con la riqueza de su historia y asequible por la frescura de los hechos analizados. No obstante, cualquier otra región podría mirarse bajo esta perspectiva, tarea que está por realizarse y que, seguramente, pondrá en evidencia las debilidades y fortalezas de este trabajo.

La pregunta original por el orden (político) contrasta con el hecho de que la región de Urabá sea percibida sin orden, caótica, inmanejable. ¿Cuál es el fundamento para esta percepción?, ¿tiene vigencia nacional, es decir, es una idea de pobladores de otras regiones del departamento o también la perciben así sus propios habitantes? Aunque aquí no se conteste directamente ninguna de estas preguntas, se pretende mostrar algunos de los posibles motivos de esa percepción caótica, que, por lo general, han estado apoyados en la idea tradicional de que el orden es opuesto al caos y al desorden, enfoque que no se comparte en este trabajo. Esa razón explica por qué distintos análisis sobre la región le han dado un carácter de desequilibrio a las contradicciones inherentes a los procesos relevantes en la configuración de Urabá. Sin embargo, en adelante se verá cómo esos procesos, paradójicamente, y contrario a lo supuesto, crearon Orden.

Análisis más benignos interpretan a Urabá como una región inacabada, concepción incompleta que se basa en tres aspectos: primero, que la colonización está vigente, pues hay colonos espontáneos que prosiguen su movilidad burlando controles de planeación y regulación de los usos del suelo; segundo, que no haya terminado de configurarse como región industrial por ser una tierra productora de banano, en medio de la selva, que se enganchó con los mercados internacionales sin haber dado el salto de las relaciones domésticas a las depuraciones capitalistas para mayor competencia internacional, y tercero, que se haya truncado la construcción de sus relaciones de poder por

la presencia de grupos armados, lo que hizo a esta región más vulnerable que otras para afrontar la disputa territorial entre actores bélicos.

Ese carácter caótico o incompleto, endilgado a la región de Urabá por algunos estudiosos, es visto aquí bajo el concepto complejo de Edgar Morin, para quien el orden no obedece a la armonía y a la certidumbre, sino que admite el caos como su otra cara. Desde ese enfoque, la región se trabaja a partir de tres niveles de comprensión. En primer lugar, se detallan las formas de relación económicas, políticas, culturales, organizativas, entre otras, interpretadas con discursos particulares, que son considerados fuente de generación de orden. Éstos son los órdenes, con minúscula. En segundo lugar, se define la interacción que establecen los órdenes entre sí, anudados alrededor de tres ejes históricos que, a consideración de esta propuesta, han estructurado la región. Estos se denominan Órdenes, con mayúscula. Finalmente, el tercer nivel de comprensión para trabajar la región resalta los cambios que sufre cada orden entre un eje de articulación y otro. La política, uno de los entes generadores de orden, cambia el tipo de sus relaciones a lo largo de la historia regional, pues se comporta distinto en cada uno de los ejes estructurantes de región u Órdenes, con mayúscula.

Para empezar, se hará una breve reseña de las distintas acepciones del orden: orden con minúscula, orden complejo, Orden, con mayúscula, y la relación orden-conflicto. Luego se aplicará la propuesta del Orden, con mayúscula, según los tres Órdenes regionales de Urabá. Este último numeral tiene un tono más descriptivo, dada la necesidad de mostrar algunos hechos en los cuales se afianza la interpretación de la historia regional, de acuerdo con el enfoque propuesto.

1. Los órdenes

Para hacer la lectura regional de Urabá según la propuesta compleja, es necesario determinar qué se entiende por órdenes, en sus distintas acepciones.

1.1 Órdenes, con minúscula

Hay tres motivos de origen de lo que aquí se denomina órdenes, con minúscula. El primero de ellos se refiere al desencantamiento de la sociedad. Se dice que las sociedades modernas son sociedades descentradas, en las que lo sagrado perdió

su lugar y lo que podría funcionar como un sistema alrededor de un centro se desintegró. La falta de control, la incertidumbre, la pluralidad de poderes y de órdenes se pusieron en evidencia. La religión, unidad de significado originario, se descompuso en unidades como la ciencia, la moral, el derecho, el arte, todas en la esfera de lo profano. Ese es el llamado desencantamiento del mundo, la gran profanación, la cosmovisión descentrada que separa los sistemas.

El segundo motivo tiene que ver con el objeto particular de las ciencias para interpretar la realidad. Lo que se quiere decir es que el descentramiento generó, entre otros hechos, la interpretación de la sociedad bajo la concepción de sistemas, vistos desde distintos enfoques científicos con los cuales se podría entender cómo funciona cada uno y cuáles son las relaciones entre ellos. Esta interpretación por sistemas reconoció que, más allá del descentramiento, las sociedades ofrecían una riqueza representada en redes de relaciones, interacciones, normatividades, comportamientos, actitudes y representaciones, y una multiplicidad de facetas para aprehender y ofrecer una interpretación científica cercana a esas realidades.

El tercer motivo de origen de los órdenes, con minúscula, proviene del tipo de acuerdos entre los hombres para responder a la necesidad de certidumbre, es decir, la humanidad ha hecho un esfuerzo para crear condiciones que eviten el conflicto entre los hombres y la incertidumbre frente al mundo, para controlar la inestabilidad y prevenir el caos. Esta incertidumbre, como muestran Anthony Giddens, Zygmunt Bauman y otros autores, se ha acentuado en las sociedades contemporáneas que se ingenian opciones de certidumbre y paliativos contra el miedo que hoy impera frente a la vida.

Las tres formas señaladas de interpretación del orden (o lugares originarios de orden), aquellas unidades descentradas de poder –ciencia, moral, derecho, arte–, los enfoques disciplinares –sociología, economía, antropología, ciencia política, psicología, historia, entre otros– y los ámbitos de orden reglamentados en la vida social –relaciones inter e intraculturales, de poder, con lo sagrado; representaciones y significaciones– son la fuente para la construcción de órdenes, con minúscula. Según lo anterior, la interpretación de las realidades regionales se hace desde distintos órdenes, con minúscula, basados en principios organizadores específicos y en cierta disposición de elementos,

de acuerdo con una forma considerada lógica y coherente, y bajo un principio específico de interés, como podrían ser la cultura, la política, la economía, el derecho (instancias consideradas fuentes del orden por excelencia).

¿Qué tienen que ver estos órdenes con la región de Urabá? Ellos reconocen, por un lado, que la vida regional gira en torno a distintas realidades, dado que son sociedades descentradas; y, por otro, que, aunque las regiones tengan muchos estudios sobre sus realidades (como en el caso de Urabá), los análisis, por lo general, se hacen desde un enfoque correspondiente a una sola concepción de orden, alrededor del cual se establecen relaciones con los demás. Es decir, cuando se trata de un análisis cultural, se pregunta por la relación entre el orden de la cultura y el orden de la política, o el de la economía. Si el eje es el orden del mercado, por ejemplo, se relaciona con el orden de la cultura y el de la política, entre otras combinatorias posibles. Si bien este tipo de análisis que hace énfasis en una realidad sobre las demás (física, cultural, política, económica o psicológica) ha dado frutos, queda pendiente el desafío de rebasar una interpretación desde un foco organizador específico, pues deja la sensación de ser una comprensión fraccionada de la realidad. Esa sensación fue la que llevó a encontrar en el Orden, con mayúscula, una forma de conexión entre órdenes, con minúscula, dentro de los que se ubica el orden de la política.

1.2 La relación orden-conflicto

Para acercarse a la propuesta del orden complejo que fundamenta la construcción interpretativa de tres Órdenes regionales, es interesante aludir primero a la relación orden-conflicto, no siempre bien ponderada por los enfoques de los órdenes, con minúscula. Distintas nociones acerca de qué es el orden y por qué se da el conflicto orientan diversas interpretaciones sobre los acontecimientos regionales. Por eso se seleccionaron algunas posturas clásicas que conciben al orden y al conflicto como dicotómicos, y otras que, por el contrario, permiten la relación entre ambos.

Platón y Thomas Hobbes representan, de manera ejemplar, dos interpretaciones clásicas antagónicas sobre el orden político y social que han derivado en las antinomias del pensamiento político tradicional, y que se reproducen en el análisis de las realidades sociales, la comprensión de la integración social

y el desarrollo del sentido de la justicia. Los seguidores de Platón y del orden objetivo consideran el orden como asunto natural en el que se fundamenta el orden civil: la ciudad justa es aquella donde cada grupo o estamento realiza la función que le es propia, para beneficio de sí mismo y del todo social. El orden social se adecua a la constitución natural de las cosas, y logra una situación armónica y pacífica. El conflicto significa toda postura patológica o irracional que vaya en contra del orden. Por otro lado, para los hobbesianos, el orden es artificial, pues Hobbes parte de la existencia de un derecho natural que significa libertad y capacidad de los individuos para ejercer su poder en la búsqueda y utilización de los medios indispensables para lograr el fin supremo de la supervivencia. Tal derecho está basado en unas leyes naturales que merecen respeto por medios eficientes de regulación de las relaciones sociales. Esto significa que los individuos renuncien, a través del contrato social, a su derecho natural y creen un orden que ofrezca seguridad a los miembros. Ese contrato hace de mediador entre el estado de naturaleza y el Estado civil, y está dirigido a domar, refrenar o coaccionar todas aquellas pasiones de los hombres –su estado de naturaleza–, pues, si no se controlan, llevan a un estado de guerra, lo que hace que el conflicto sea potencialmente permanente.

Acerca del orden cultural, Bauman explica que es una estrategia de clasificación del mundo para eliminar el caos y ayudar a los hombres a situarse en él de una forma específica.³ Georges Balandier, por su parte, afirma que las sociedades tradicionales conservan en el mito la constitución del orden primordial en contra del caos, aunque el mito incluya también la convivencia con el caos al saber que el cosmos engendra su propia destrucción y lo contiene, ello permite a los hombres estar alerta para vivir la destrucción y reconstruir el orden.⁴ El mito, entonces, concilia las oposiciones binarias. Estas se renuevan en los rituales que ponen de manifiesto lo incierto, lo temeroso, lo peligroso; solo así pueden ser dominadas por brujos y sabios.

3 Zygmunt Bauman, "Modernidad y ambivalencia", en *Las consecuencias perversas de la modernidad*, comp. Josetxo Beriain (Barcelona: Anthropos, 1996), 73-119.

4 Georges Balandier, *El desorden. La teoría del caos y las ciencias sociales: elogio de la fecundidad del movimiento* (Barcelona: Gedisa, 1994).

En las sociedades modernas descentradas no es clara la existencia de un rito que concilie las contradicciones e incertidumbres, ni quién las domine. El sacrificio del centro sacro de las sociedades tradicionales no fue reemplazado por las certezas de la ciencia y la tecnología, que no lograron explicar los órdenes y desórdenes del mercado, del poder, de los burócratas. Así que los nuevos métodos volvieron a las viejas interpretaciones, al reconocimiento de contradicciones que no se resuelven y que, como las sociedades tradicionales, había que incorporar en la vida. Así apareció la termodinámica social, la adaptación social de una teoría de la física que dice que el orden engendra su propia destrucción y la energía se transforma después de un período de agitación; es decir, el orden da paso a otro orden, pues el contrario del orden no es el caos, sino un nuevo orden. Como dice Bauman, orden y caos son los gemelos modernos.⁵

También es sugerente la postura de José Lorite Mena, para quien el desorden no es eso, sino una posibilidad. Es el espacio de todo lo posible, mientras que lo real es la elección entre posibles, de allí se concluye que el orden es el residuo de lo posible. Esto hace que el desorden esté siempre latente, que pueda ser generado por una situación del pensamiento en la cual una elección nueva, que no existía en las opciones de la gama de la vida social (como la emergencia de un deseo o algún camino para la búsqueda de identidad propia), comience a diluir el orden establecido y a desarticular el sentido de las interacciones tradicionales. Allí reside la posibilidad del desorden, con la cual Lorite Mena exhorta a asumir la tensión orden y desorden, o, lo que es lo mismo, entre los posibles y sus residuos de realidad, y a aceptar que el orden está siempre contaminado de su propia aleatoriedad.⁶ Estas concepciones, que permiten el diálogo entre orden y conflicto, también son una transición entre los órdenes, con minúscula, y el orden complejo.

1.3 El orden complejo

Desde la perspectiva compleja de Edgar Morin, el orden no excluye los órdenes, con minúscula, es decir, no es una estrategia cultural para reconocer

5 Bauman, "Modernidad y ambivalencia".

6 José Lorite Mena, *El orden femenino. Origen de un simulacro cultural* (Barcelona: Editorial Anthropos, 1987).

la incertidumbre (Bauman), eliminarla de manera ficticia y asegurar la supervivencia (Balandier). Tampoco implica que el orden sea solo el residuo de posibles (Lorite Mena), que se requieran contratos para establecerlo (contractualistas) o que este sea cósmico y divino (Platón). Para Morin, las perspectivas disciplinares no son órdenes en sí mismos, sino realidades cargadas de contenidos específicos que ingresan a un juego de interacciones como partes comprometidas con un todo, en que ni las unas ni el otro tienen privilegio.

La perspectiva compleja construye una concepción de orden que pone en juego la simultaneidad de realidades, y que afronta las incertidumbres y contradicciones (regionales) al considerar la asociación antagonista orden/desorden de la misma forma como el universo se ordena y organiza, desintegrándose. Del mismo modo, invita a analizar la multiplicidad de interacciones que, combinadas y anudadas de determinada forma, dan lugar a la construcción de un Orden específico (nombrado con mayúscula), distinto a los órdenes, con minúscula, de los discursos sectoriales o disciplinares, o de una de las facetas regionales. Ninguna de ellas, ni la sumatoria de todas, alcanza a dar cuenta del Orden de la región y este tampoco las agota. Según Morin, “la mitología del orden no está solamente en la idea reaccionaria en la que toda innovación, toda novedad, significan degradación, peligro, muerte; está también en la utopía de una sociedad transparente, sin conflicto y sin desorden”.⁷ Y continúa: “Un universo estrictamente determinista, que no fuera sino orden, sería un universo sin devenir, sin innovación, sin creación. Pero un universo que no fuera sino desorden no llegaría a constituir organización, por lo que sería inepto para la conservación de lo nuevo, y por ello mismo para la evolución y para el desarrollo. Un mundo absolutamente determinado, al igual que un mundo absolutamente aleatorio, son pobres y mutilados, el primero incapaz de evolucionar y el segundo incapaz siquiera de nacer”.⁸

Para Morin, orden y desorden, solos, aislados, son metafísicos, mientras que juntos son físicos. Así que es preciso aprender a pensarlos conjuntamente, a trabajar con el azar, con el alea; saber que el orden es relativo y relacional, y

7 Edgar Morin, *Ciencia con conciencia* (Barcelona: Editorial Anthropos, 1984), 99.

8 Morin, *Ciencia con conciencia*, 105.

que el desorden es incierto; admitir caos y armonía, equilibrio y desequilibrio de forma simultánea, al considerar que uno y otro pueden ser dos caras de un mismo fenómeno.⁹

1.4 Orden con mayúscula

Si se desliza la concepción de orden complejo al análisis de la región, se abre el espectro de entendimiento, puesto que se concibe a la región de forma doble y contradictoria, con orden y desorden, continuidad y discontinuidad, azar y alea, elementos no concebidos de forma aislada ni dicotómica, sino simultánea. La coexistencia de esas dos caras en las distintas realidades sociales no siempre es abordada por los órdenes, con minúscula, los cuales, en muchos casos, tratan de eliminar o negar a una de ellas. El orden complejo pone en juego orden y desorden, además de la interacción entre órdenes. La pregunta es: ¿cómo definir el tipo de interacción de los órdenes? O, dicho de otro modo, ¿qué es lo que da sentido a la interacción de esos órdenes?, ¿qué es lo que hace que ellos funcionen de determinada manera? Una posible respuesta es que las interacciones entre órdenes no dependen de que uno de ellos sea el organizador, sino de que todos funcionen alrededor de un eje constitutivo de región o hito en la historia regional. En torno de este se estructuran las interacciones de órdenes con sus contradicciones inherentes.

En la historia de Urabá se destacan tres hitos: la colonización, la llegada del capital y la seguridad ficticia que instauró la guerra. Cada uno de ellos dio lugar a un Orden regional específico: Orden de la colonización, Orden del capital y Orden de la seguridad. Cada Orden estructuró las interacciones de los órdenes, con minúscula, alrededor de la colonización, del capital y de la seguridad. Estos cortes redefinieron las relaciones entre los sujetos (de poder, con la tierra, el mercado, productivas, interculturales, entre otras) e incorporaron de forma diferente a los distintos órdenes, con minúscula (cultural, social, político, económico, geográfico). Es decir, las reglas de juego de las realidades cambian según el eje ordenador analizado. Este cambio es evidente en la lectura transversal entre los Órdenes de cada orden, con minúscula.

En suma, se puede definir el Orden, con mayúscula, como una composición regional de múltiples orígenes, el rompecabezas de interacciones entre órdenes con minúscula o las realidades que conviven en una región en determinado momento de su historia. Esas interacciones tienen cierto margen de estabilidad dentro de un período, pero acaban por transformarse. Se dan de determinada manera en procesos de duración más o menos establecida. Cuando se producen cambios significativos en los procesos de un eje ordenador y se transforman las formas de interacción entre realidades, el viejo Orden padece su propia crisis y las nuevas formas de interacción definen uno nuevo, que llevará consigo su inherente caos.

El Orden es una manera de ser de una región. Es tanto un resultado de interacciones, como una idea de construcción permanente del mundo cuya realidad es incierta, aunque viva como representación.¹⁰ Así concebido, el Orden tiene una relación fortísima con la identidad de una región, identidad en un espectro amplio, que rebasa lo meramente cultural. Ese Orden, que se anuda alrededor de procesos significativos en la vida regional, y que cambia por sí mismo y en relación con los procesos e interacciones, no prescinde del Orden transformado: lo que había no se destruye, sino que se incorpora al nuevo Orden en forma de memoria, experiencia, representación o discurso, una forma de realidad de carácter distinto de la que le dio origen. Es por eso que el Orden es acumulativo, pero siempre nuevo. Es posible, incluso, llegar a mitificar el viejo Orden, incorporarlo como representación, como imaginario de Orden inalcanzable, que tiene existencia en el nivel de la representación como garantía para ofrecer una alternativa al caos. Por eso, y para eso, existe.

Estos cambios en las formas de interacción denotan movimientos de creación, adaptación, renovación y destrucción que dan cuenta del fluir de la historia por la región. Cruzar de un Orden a otro no significa dar un paso ni superar algo. Es una forma explicativa de mostrar los lugares que ocupan

10 “(...) no existe ningún concepto para significar esta propiedad misteriosa que hace que un ser, un sistema, una máquina viviente, extraigan de sí mismos la fuente de su autonomía muy particular de organización y de comportamiento, al mismo tiempo que son dependientes, para efectuar este trabajo, de alimentos energéticos, organizacionales, informacionales extraños o recibidos del entorno”. Morin, *Ciencia con conciencia*, 256.

los acontecimientos, hechos, conflictos y órdenes en la vida regional. Pasar es resignificar. Si se trata de algo en desuso, sin lugar, sin sentido en el nuevo Orden, quedará en la memoria y en la historia, lo que permite que algún día sea revivido gracias al sentido histórico –llamado así por Alain Touraine– y pueda servir de respaldo a algún evento que vea en el pasado el sentido que el futuro necesitará para darle vida nuevamente. En esa combinación de interacciones lo político tiene su lugar relevante en el Orden del capital, según la hipótesis de que en este nació la política en Urabá y que murió en el Orden de la seguridad.

2. Los tres Órdenes regionales de Urabá

Algunos procesos fundamentales en la configuración de la región sirvieron como base para analizar a Urabá bajo la perspectiva compleja y derivar tres Órdenes regionales: el de la colonización, el del capital y el de la seguridad.

2.1 El Orden de la Colonización o de la traducción intercultural

El eje estructurante de las interacciones entre los órdenes del Orden de la Colonización fue la posesión de la tierra y del refugio en el territorio. La región fue una tierra atractiva por las ventajas que ofrecía para el comercio y el refugio, lo que propició oleadas migratorias dispersas. Desde finales del siglo xvii, una fuerte actividad comercial intermediada por bolivarenses vinculó las costas del norte de Urabá con las islas del Caribe, comercio en poder de ingleses y holandeses. Esta actividad respaldó el asentamiento de negros caribeños y la fundación de varios caseríos en la costa norte de la región durante los siglos xviii y xix. A finales del siglo xix y principios del xx, una intensa actividad extractiva de recursos naturales, al norte, atrajo trabajadores de Bolívar y del Sinú, y ello propició el intercambio comercial de la región con Montería, Cartagena y algunos centros internacionales, a la par que favoreció el encuentro entre sabaneros, bolivarenses y negros caribeños ya asentados.

A principios del siglo xx, a medida que decaía el comercio de los productos naturales se instalaban las primeras industrias de enclave alrededor del golfo y en la desembocadura del Atrato, como las bananeras de Puerto Cesar del consorcio alemán Albingia (1909-1914), la Compañía Bananera del Chocó, en Acandí (1930-1950) y el ingenio azucarero de Sautatá, propiedad

de puertorriqueños y de algunos adinerados de Quibdó, en una parte de lo que hoy es el Parque de los Katíos (década del 20), donde la mayoría de los trabajadores eran negros del Atrato. Terminados esos proyectos, la mano de obra cesante colonizó, de forma espontánea, el eje bananero entre 1920 y 1960, donde comenzó un intenso encuentro con los negros caribeños y los sinuanos, colonos que venían en un proceso de poblamiento desde el norte hacia el centro de la región. Entre 1940 y 1960, mientras se vivía la violencia liberal conservadora en Colombia, se construyó la carretera al mar, antesala de la instalación de la agroindustria y vehículo de migración definitiva de la cultura paisa, último contingente cultural en llegar a la región.

Otro motivo de atracción de la región fue que sirvió como zona de refugio. A ella llegaron los esclavos que escaparon de sus amos (siglos XVII y XVIII), los presos que dejaron las colonias penales (la de Antadó, de principios del siglo XX, ubicada en Ituango), los liberales que huyeron de la violencia con los conservadores y los insurgentes liberales que, impulsados por Julio Guerra, habían organizado las guerrillas de Peque e Ituango a mediados del siglo XX,¹¹ las cuales posteriormente crearon las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC) y el Ejército Popular de Liberación (EPL) como un proyecto revolucionario de reivindicación y lucha por la tierra.

En ese breve recuento fueron relevantes el orden cultural y el orden económico comercial, pues el industrial todavía era débil, pues se trataba de empresas foráneas. Había, al menos, cuatro órdenes culturales de acuerdo con el número de grupos migrantes (bolivarenses, sinuanos, atrateños y paisas) y en este orden se originó una primera contradicción, pero se hizo de la colonización un mito que sirvió de fuente para la formación del orden social. La contradicción procedió de la corriente antioqueña, específicamente de la dirigencia paisa, que trató de imponer un orden desde su perspectiva cultural cuando en la región se daban unas percepciones culturales diferentes. La élite paisa mitificó la entrada a Urabá después de que la separación de Panamá hubiera acelerado la decisión nacional de otorgarle estas tierras a los

11 Claudia Steiner, *Imaginación y poder. El encuentro del interior con la costa en Urabá, 1900-1960* (Medellín: Editorial Universidad de Antioquia, 2002).

antioqueños, reconocidos por su capacidad colonizadora. La dirigencia se pensaba dotada para repetir la gesta del sur (colonización de Caldas, Quindío, Tolima y norte del Valle), encarar las preocupaciones nacionales sobre la soberanía y contribuir con la tarea modernizadora del país, tema predominante a finales del siglo XIX y principios del XX. Este proyecto colonizador obedecía a la concepción platónica que consideraba el orden como asunto natural, cósmico, divino, preexistente a las sociedades y obediente a leyes objetivas, por esto “(...) la ley, el orden y la religión se convirtieron en los estándares de la nueva ‘gesta civilizadora’; el orden redentor del caos y la barbarie”.¹² No preservar el orden era asunto de irracionales.

El proyecto colonizador de la dirigencia fue concebido como un proyecto ilustrado, constituido por una élite “cultivada” para encabezar el orden social y culturizar al resto de la sociedad. Visto así, aseguraba reproducir la estructura de dominación, como bien lo explica Bauman.¹³ Este proyecto fracasó, pues la dirigencia se trasladó a Urabá solo cuando estuvo abierta, como sucedió a mediados del siglo XX, momento en el cual, siguiendo su verdadero interés, llegaron a hacer empresa. Con ese retraso, la dirigencia perdió su oportunidad de imponer un proyecto hegemónico, asunto factible dado que los colonos antioqueños tenían impresas las bondades de la colonización cafetera y habían interiorizado el discurso de las élites de que *colonización* significaba *civilización*, y esta instauraba orden a la manera platónica y del proyecto ilustrado. En los años 60, en el Orden del capital se presencié una lucha por tomar el lugar que no asumió el proyecto paisa ni ningún otro proyecto pensado para la región desde otras latitudes.

Visto como mito, el proyecto colonizador operó como mediador entre el orden y el caos. Los mitos fundacionales, explica Balandier, reconocen el agotamiento de la energía y hacen del mito un rito, como figura mediadora entre el orden y el caos.¹⁴ Esta perspectiva, cercana a la propuesta de Hobbes, entiende el mito como un contrato que establece un orden artificial, mediador

¹² Steiner, *Imaginación y poder*, xv.

¹³ Zygmunt Bauman, *La cultura como praxis* (Barcelona: Paidós Studio, 2002).

¹⁴ Balandier, *El desorden*.

entre el estado de naturaleza y el Estado civil, dirigido a domar o coaccionar las pasiones de los hombres –estado de naturaleza–, pues, si no se controlan, llevan a un estado de guerra, esto hace que el conflicto sea potencialmente permanente. El continuo poblamiento dio tiempo para reinterpretar el mito colonizador, orientado por la postura platónica del orden natural desajustado por comportamientos irracionales, al mito como mediador, contrato instaurador de orden.

En el proceso colonizador los campesinos fueron artífices de un nuevo orden social proveniente del orden cultural y hecho a la medida de los nuevos descubrimientos de territorios, recursos, culturas, formas de hacer y de concebir, que fueron abordados desde distintas percepciones. El orden cultural se complejizó: los paisas accedieron a un nosotros distinto del paisa, como les sucedió a los otros contingentes culturales que accedieron, como dice Morin, a un espacio para el encuentro entre lo racional y lo sensible, y mediante la experiencia colonizadora replantearon la razón tradicional que opone orden y caos, para abrirle paso a una razón abierta que reconoce, dialoga y trabaja con lo irracional (azares, desórdenes, aporías, brechas lógicas), y que, además, reconoce lo a-racional, es decir, que la existencia no es absurda ni racional, sino que simplemente es.

Ese nosotros social, compuesto por distintos nosotros culturales, configuró un orden cifrado en el sentido y el ser del colono. Esto requirió la negociación entre el yo y el otro, relación sustancial para construir el sujeto y buscar la mejor forma de vida, a pesar de que el encuentro significara contradicción y conflicto. Muchas de las tensiones se dieron al enfrentar finalidades diferentes, cuando, por ejemplo, al deseo de arraigo (orden cultural) se opone una utilización mercantil de los recursos de la región (orden económico) contraria al significado cultural que estos pudieran tener para los afectados. El comercio también fue fuente de disputa entre actores, culturas y centros de influencia en la región, pues este concentraba las relaciones de poder. Estos problemas se resolvieron por la imposición del más fuerte (el colono debe acatar y seguir buscando tierra en compañía de amigos y familiares) o por las vías de hecho (peleas, asesinatos, denuncias), ya que las legales no estaban establecidas o legitimadas.

Lo que realmente garantizaba la posibilidad de arraigo a la tierra y la preservación de Urabá como refugio eran las instancias privadas y semiprivadas, propicias para el establecimiento de consensos en el orden social. Allí funcionaron con éxito las relaciones de parentesco y reciprocidad, mecanismos culturales fundamentales de cohesión que permitieron a las olas migratorias perpetuar sus relaciones de cooperación y solidaridad, y avalar la tarea colonizadora de apropiarse de recursos, abrir tierra, obtener título, asentarse o vender, y seguir en el proceso con apoyo de sus parientes extendidos de las regiones de origen (Antioquia, Chocó y Bolívar).

La reciprocidad fue una relación institucionalizada de facto, que tuvo la bondad de resolver la tensión entre intereses diversos y la garantía de los compromisos. A pesar de que este Orden de la Colonización pertenece al ámbito prepolítico y doméstico que propone Hannah Arendt,¹⁵ el tema de la reciprocidad es visto por Robert Lechner como puntal de la democracia, al entenderla más allá de los procedimientos e interpretarla como un libre acuerdo sobre los procedimientos entre diversos, cultural y socialmente.¹⁶ La reciprocidad es una relación en la que se constituyen las identidades (no un contrato entre sujetos preconstituidos) en plena libertad del Otro, condición de la propia libertad.

Este ámbito semiprivado funcionó mientras se constituía el ámbito público propiciado por un orden político, pues no estaba claro bajo qué normas se debía actuar, ni qué instancia garantizaría su cumplimiento, por el hecho de que el Estado apenas llegaba y los partidos políticos –presentes desde la época de la Violencia– todavía no conformaban un orden político particular, pues existían instancias domésticas de mayor relevancia en la vida regional. Sin embargo, el Partido Comunista (PC) hizo proselitismo con los colonos que huían de la Violencia y, para contrarrestar estas influencias, el Partido Liberal fue el encargado de gestionar la adjudicación de baldíos, con el respaldo de las autoridades departamentales y municipales.¹⁷ A finales de los años 60, las Juntas de

¹⁵ Hannah Arendt, *La condición humana* (Barcelona: Paidós, 1993).

¹⁶ Norbert Lechner, *La conflictiva y nunca acabada construcción del orden deseado* (Madrid: Siglo XXI, 1986).

¹⁷ Fernando Botero Herrera, *Urabá. Colonización, violencia y crisis del Estado* (Medellín: Editorial Universidad de Antioquia, 1990).

Acción Comunal (JAC) sirvieron de punto de apoyo para el trabajo, mientras que las ligas campesinas y las guerrillas liberales alentaron invasiones para colonos sin tierra (hasta 1964 habían hecho 23). Las primeras acciones sindicales evidenciaron un cambio definitivo en las interacciones, que comenzó a vulnerar este Orden: los braceros, los trabajadores de empresas madereras, los obreros de la carretera y de las caucheras y algunos sindicatos agrícolas protagonizaron, entre 1960 y 1964, diez hechos para mejorar las condiciones de trabajo (salarios e implementos), cambiar funcionarios, denunciar atropellos y persecuciones (entre los motivos principales, por haber sido señalados de comunistas).¹⁸ Estas nuevas formas de interacción estaban llamando a la transformación y a la aparición de un nuevo Orden.

2.2 El Orden del Capital y la invención de la política

En el Orden del Capital, flexiblemente delimitado entre 1964 y la década del 90, las interacciones se anudaron alrededor de la relación capital-trabajo. A diferencia del orden cultural de la colonización, en este Orden hubo un forcejeo a muerte entre el orden político y el orden económico recién instaurado, mientras que el orden cultural permaneció en la retaguardia. El orden político, paradójicamente, nació a expensas del orden económico. Argumentar que fue en el Orden del Capital donde se inventó la política en la región merece una precisión. *La política*, concebida como las reglamentaciones para la representación de intereses plurales y demás procedimientos relacionados con la participación ciudadana, el Estado y las instituciones, se formaliza en el Estado central, las regiones deben obediencia a dichas disposiciones en las que, supuestamente, han participado a través de sus representantes. *Lo político*, por su parte, se refiere a la vida de localidades y regiones donde se perfilan fuerzas (culturales, sociales, económicas y políticas –por llamar de alguna forma la variedad de intereses y tendencias–) que reaccionan, proponen, se oponen y se estimulan de distinta manera, para responder o buscar la mejor forma de vida, velar porque las fuerzas en el poder cumplan con sus compromisos y exigir equilibrio en el tratamiento social y político, entre otros muchos objetivos

que se trazan los grupos organizados. En ese clima general, sensible a distintos asuntos, la vida regional creó *lo político*, configuró actores e instaló el Estado que, además de ser actor, fue objetivo de muchas fuerzas que se disputaron entre sí, y a muerte, el derecho a ser su principal contradictor o usurpador.

Las tendencias desarrollistas en boga en la década del 60 respaldaron la implantación de la agroindustria, que estaba llamada a generar ganancias, a producir efectos en la redistribución de la riqueza y a mejorar las condiciones de vida. El progreso era la promesa. Además, la región tenía a su favor una buena posición geoestratégica y abundante riqueza natural, determinantes para desarrollar el territorio. La implantación de la agroindustria o la instauración de un nuevo orden económico tuvo varias consecuencias en los demás órdenes. Una de ellas fue sobre el orden social ya construido: mientras para los empresarios esta empresa significaba transformar el orden existente y realizar el orden que no había logrado el proyecto ilustrado paisa, para muchos pobladores el progreso era sinónimo de degradación, pues rompía con el orden creado por ellos en la colonización, en el cual las perspectivas parecían más benévolas a la mayoría, más incluyentes y con mejores opciones de realizarse como sujetos. La primera consecuencia del Orden del Capital fue la resignificación de la colonización, que continuó su marcha llevando a costas los reveses ocasionados por la implantación del banano en tierras de campesinos expulsados del eje bananero y obligados a ser colonos nuevamente. En ese forcejeo se diezmó el sujeto colectivo del Orden de la Colonización, por lo que llama Morin la *razón deshumanizada*, que actúa “(...) según las reglas y los principios de la racionalización, es decir, la manipulación social, la manipulación de los individuos tratados como cosas en provecho de los principios de orden, de economía, de eficacia”.¹⁹

Para posicionarse, el nuevo orden económico creó nuevas interacciones al atraer especuladores de tierra de distinta calaña y al convertir a los viejos actores de la colonización en pequeños empresarios, especuladores e invasores. Esto fue posible porque la tierra también había variado su carga significativa al acentuarse el valor de cambio sobre el valor de uso. Este orden se posicionó,

19 Morin, *Ciencia con conciencia*, 299.

también, porque la creación de la agroindustria creó el mercado, considerado por sus defensores a ultranza como un nuevo orden armónico, descontaminado, guiado por la oferta y la demanda, autorregulado e independiente de la política. Tan contundentes fueron las consecuencias de la llegada del capital, que en ese Orden los colonos desalojados por la agroindustria invadieron tierras indígenas, crearon tensiones con ellos, y los hicieron parte y centro de una rapiña por tierra que todavía no ha terminado. Es decir, este Orden se sobrepuso al orden cultural étnico y generó un cambio en los patrones de asentamiento de los indígenas, obligados a vivir en centros nucleados, a pasar de una economía de subsistencia a una agricultura dependiente del mercado, y a perder paulatinamente su posibilidad y derecho a reproducirse culturalmente. Para afrontar las nuevas condiciones, crearon un movimiento indígena que solo se consolidó en la región durante los años 80.

En los años 60 también hizo su aparición un proyecto de orden alternativo con la presencia de los grupos armados, justificados por los conflictos generados por la tierra, pero estos solo se consolidaron en la década del 80, con su influjo en las relaciones obrero-patronales a través de los sindicatos. Con estos grupos insurgentes y con las simpatías por la izquierda que demostraba la región en las urnas comenzaron las tensiones en el ámbito de la política partidista, pues los partidos ya tenían la capacidad de contribuir en la conformación del orden político. La región conservó el tradicional apoyo al Partido Liberal pero acentuó el respaldo a la tendencia progresista de este, al tiempo que crecieron las simpatías por el PC. Esto pluralizó la oferta política, pues se apoyaron coaliciones liberales y comunistas como la Unión Nacional de Oposición (UNO), el Frente Democrático y la Unión Patriótica (UP). Al crearse la UP se aliaron militantes del PC, dirigentes de sectores liberales independientes y guerrilleros desmovilizados de las FARC. También se fortalecieron el Partido Comunista de Colombia-Marxista Leninista (PCDEC-ML) y el Frente Popular, cercanos al EPL.

El orden económico, producto de la racionalidad instrumental, se aplicó a otras realidades regionales, lo que atizó la movilización y reveló diferentes concepciones políticas: la *democrática* o la construcción de la estructura económica con voluntad política, en la que prima la política, pues son la sociedad

y sus instituciones las que organizan sus procesos de producción y distribución; la *liberal*, que recurre a la política para ajustar la vida social a la economía mercantil y organizar las relaciones sociales en función de la economía de mercado; entre tanto, la política desaparece como ámbito especial y se reduce a la economía; la *revolucionaria*, que concibe un orden social históricamente construido en el que la política es producto de la práctica social, opuesto a la visión naturalista del mercado y a la mano invisible que anula la existencia de la política. Lejos de hacerse bajo la concepción democrática, la instalación de la agroindustria transitó del capitalismo salvaje al liberalismo económico, y el hecho de suprimir la política por la tiranía de la mano invisible y las leyes del mercado fue, precisamente, lo que ocasionó el surgimiento de la política en la región, una lucha más relevante aquí que en los otros dos Órdenes regionales.

Este Orden creó su propio orden social y dos nuevos sujetos: los obreros agrícolas, una nueva clase asalariada que representaba el tránsito e hibridación entre los modos de vida rural y urbano, la organización doméstica y la estratificada, y el habitante urbano, nacido de los centros de apoyo indispensables para la agroindustria, centros también nutridos con pobladores expulsados del campo o atraídos por las promesas de la nueva empresa. Estos nuevos sujetos comenzaron a demandar bienes y servicios no satisfechos por el Estado, ni por las inversiones privadas de los empresarios. Las acciones cívicas²⁰ muestran cómo la población aprendió a manifestar sus intereses, desavenencias y exigencias en el ámbito de lo público para clamar por servicios públicos e infraestructura vial, y en contra de alzas de impuestos o bajos presupuestos. También hubo tomas de tierra urbana para acceder a la vivienda en las principales cabeceras del eje bananero –fomentadas principalmente por la izquierda– en las que se enfrentaron grupos políticos, propiciando el encarcelamiento y asesinato de líderes, así como masacres colectivas. Esas reivindicaciones incluyeron al movimiento campesino, parcialmente amparado por la insurgencia, manipulado y estigmatizado.

El orden social y político se fortaleció con los sindicatos nacidos del capital. Los tres movimientos guerrilleros (EPL, Ejército de Liberación Nacional [ELN]

y FARC), apoyados cada uno por diferentes sectores políticos, también tenían un particular respaldo de los movimientos sindicales: al EPL lo apoyaban los grupos Esperanza Paz y Libertad y Sintagro; al ELN la Corriente de Renovación Socialista, A Luchar y Sindejornaleros, y a las FARC la UP y Sintrabanano.

Contrario a lo esperado, los sindicatos no fueron un foro de discusión de los intereses laborales, ni generaron proyectos para los obreros o para la región, pues sus intereses fueron usurpados por intereses ajenos, y manipulados por las directivas sindicales y las izquierdas para presionar causas políticas en contra del capitalismo, el empresariado y el Estado. Los empresarios también interfirieron en la organización sindical, amparados en visiones culturales, ideológicas y clasistas. Competieron con sindicatos patronales y vetaron a los obreros afiliados por fuera de estos. No obstante, hubo una variedad de tendencias: la Confederación de Trabajadores de Colombia (CTC) (Partido Liberal), Fedeta (PC), la Unión de Trabajadores de Colombia (UTC) (conservadores), el sindicalismo independiente, así como el respaldo sindical del PC, el PCdec-ML y el Movimiento Obrero Independiente y Revolucionario (MOIR). De todos modos, el Orden del capital concretó un nosotros público, engrosado por campesinos, obreros y habitantes urbanos, que se movilizó entre los años 70 y 80 con el apoyo de organizaciones sociales para enfrentar problemas de inequidad en la distribución de la tierra y desiguales beneficios del desarrollo regional.

El orden de la política se enrareció con la participación legal de los grupos insurgentes en partidos oficiales y su decisión de entrar al juego de la democracia tuvo serias repercusiones en el orden social. Se desató una sucia competencia entre fuerzas, que derivó en un control ilegal de los aparatos del Estado, una gran intolerancia con las tercerías en un ambiente de beligerancia en el movimiento sindical que mostraba éxitos en sus convenciones colectivas y en un movimiento campesino fortalecido, que recuperaba tierras con ayuda de los grupos políticos. Fue una lucha a muerte que generó venganzas, trató de exterminar tercerías en beneficio de fuerzas tradicionales, enfrentó la competencia entre ellas e intentó resolver de forma violenta los problemas que le ocasionaban a la producción las movilizaciones, los paros y las tomas de tierra.

En conclusión, en este Orden hubo un forcejeo entre órdenes, una relación entre fuerzas que formaban parte de diferentes escenarios (partidista, laboral

y armado). Esto hizo común que la gestión de las contradicciones de un orden se realizara en otro: la lucha armada empadronaba las luchas agrarias y laborales para fortalecer sus bases sociales y argumentar su accionar; las contradicciones políticas se dirimían mediante la lucha armada y, a su vez, los actores armados garantizaban su representación en el escenario político. En este forcejeo a muerte entre distintas fuerzas existía la convicción de que el orden se oponía al caos, antagonismo que conformó la dupla amigo-enemigo y que, a la postre, puso en crisis el Orden del Capital al destruir los sujetos que había creado: obreros reivindicándose y habitantes urbanos generando demandas en pro de la construcción de la vida urbana y el derecho a la ciudad.

2.3 La guerra: preludio al Orden de la Seguridad

El Orden de la Seguridad tuvo como preludio una guerra entre dos órdenes alternativos coercitivos por el dominio de la región. Parodiando a Morin, la guerra no constituye un Orden, sino que es, por el contrario, el desorden absoluto, la pérdida del equilibrio entre las interacciones, la incapacidad para conservar lo nuevo, la mutilación de cualquier posibilidad para la región. Fue un evento catastrófico que irrumpió en las interacciones del Orden del Capital hasta devorarlas, afectó sus partes constitutivas, hizo de gozne entre el Orden del Capital y el Orden de la Seguridad, hasta sepultar al primero e inaugurar el segundo. Esa guerra por la conquista territorial duró, aproximadamente, entre 1988 y 1995. A ella fueron ingresando elementos ajenos: forasteros contratados para matar, que iban esporádicamente a cometer actos violentos contra personajes claves (dirigentes populares, trabajadores bananeros, campesinos organizados, administradores de fincas) para disuadir por la fuerza, la muerte y el temor posturas políticas y prácticas reivindicativas. Estaban provistos de técnicas de lucha como la desinformación, el miedo, estrategias desconocidas y lógicas de actuación, sin que los pobladores tuvieran las claves de interpretación. Fue una avanzada paramilitar con la cual se comenzó a descifrar la región, sus intereses, bandos y puntos vulnerables, a conocer las apuestas de los distintos actores y a entroncar en ese entramado regional un proyecto nuevo: el control territorial.

Los dos bandos de esta guerra se alimentaban de la concepción tradicional antagónica según la cual el orden está contrapuesto al caos, una situación es

excluyente de otra, y un amigo opuesto a un enemigo; quien no está conmigo está contra mí. Más allá de aquella razón deshumanizada de la práctica económica capitalista, cuyas reglas y principios ubicaban al individuo como objeto e instrumento de la producción y del mercado, la razón se volvió loca en la guerra cuando, como dice Morin,“(...) se convierte a la vez en un puro instrumento del poder, de las potencias y del orden, y, al mismo tiempo, en *fin* del poder y de las potencias; es decir, cuando la racionalización no sólo se convierte en instrumento de los procesos bárbaros de la dominación, sino cuando al mismo tiempo ella misma está consagrada a la instauración de un orden racionalizador, en el que todo lo que perturbe este orden se convierte en demente o criminal”²¹

Lo catastrófico de la guerra es que desestructuró todos los órdenes, para luego justificar la imposición de un orden coercitivo. Como se libra sobre el cuerpo de la sociedad civil, privó a los pobladores de los derechos mínimos: insurgentes y contrainsurgentes justificaron la violación de derechos arguyendo que su presencia protegía a los pobladores del enemigo. Dice Lechner que los conflictos devienen en guerra cuando el ser de un sujeto depende de que el otro sujeto no sea, no tenga derechos, sea sumiso, no demande, no sea reconocido. Cuando las divisiones sociales son interpretadas como antagonismo excluyente (libertad o comunismo, socialismo o fascismo), la lucha se transforma en una guerra de vida o muerte, pues cada sujeto extrae su “razón de ser” de la muerte del otro. Las relaciones se reducen al límite clasificatorio amigo o enemigo y entonces a este último hay que aniquilarlo. Como dice María Teresa Uribe: “Si no existe una soberanía única, reconocida y universal en el territorio de la nación, la ciudadanía es virtual y los derechos de los actores sociales, aunque consagrados institucionalmente, no son amparados por ninguno de los órdenes en disputa, razón por la cual los sujetos dependen de la protección-seguridad que sean capaces de brindar los diferentes aparatos de guerra”²²

21 Morin, *Ciencia con conciencia*, 301 (énfasis en el original).

22 María Teresa Uribe de Hincapié, “Las soberanías en disputa: ¿conflicto de identidades o de derechos?”, *Estudios Políticos*, no. 15 (julio-diciembre de 1999): 45.

La guerra desestructuró el orden social y político, y se disputó lo que quedaba de organizaciones sociales y comunitarias, intermediarios locales, burocracias de municipios y regiones, espacios de acuerdo y micronegociación.²³ Por ser una guerra entre poderes coercitivos, los pobladores tuvieron que adscribirse a uno u otro orden en disputa, más por “razones circunstanciales, como vivir en un territorio marcado por un dominio en particular o con estrategias de supervivencia, que mediante acuerdos públicos en torno a un proyecto político determinado.”²⁴

Esa misma guerra, incluso, le desestructuró el viejo orden a la guerrilla, pues al desplegar estrategias de intimidación, terror y miedo demostraba que a esta no le importaban ni la base social, ni el bienestar de la población, ni sustituir al Estado; es decir, la guerrilla cambió su proyecto revolucionario por el de la disputa territorial, más alejado de la política y más cercano a lo táctico militar para derrotar al contendor. La fuerza paramilitar, paradójicamente, emuló las prácticas insurgentes de inserción para hacer base social, aunque también apeló a la violencia, como lo exige la dinámica de la guerra, para recuperar y proteger las propiedades privadas dominadas por la guerrilla, y para defender el territorio del comunismo. En la búsqueda del dominio territorial, ambos ejércitos pretendían todos los medios de control: armado, político, social, militar, psicológico y judicial.

Ese estado hobbesiano de guerra quiso superarse con un contrato, pero Urabá fracasó en su intento de superar la guerra por la vía del orden civil cuando Apartadó llamó a un consenso para facilitar la convivencia de lo heterogéneo, reglamentar el conflicto sin suprimir la razón que le había dado origen y establecer un orden jurídico compartido para controlar la violencia, compatible con la unidad social e integridad física de sus participantes. Se trataba de crear las instituciones y procedimientos que hicieran del enemigo político el competidor o el adversario conforme al derecho.²⁵ Este consenso fue puesto en entredicho por fuerzas cívicas que no se sintieron representadas,

²³ Uribe de Hincapié, “Las soberanías en disputa”.

²⁴ *Ibid.*, 43.

²⁵ Enrique Serrano Gómez, *Filosofía del conflicto político* (Ciudad de México: Universidad Autónoma Metropolitana, 2001).

dada la forma poco clara en el desarrollo de los acuerdos y el autoritarismo insurgente y paramilitar contrario al respeto de los derechos, la participación y los disensos. El triunfo paramilitar selló la guerra en Urabá, sin descartar que esta sea una victoria pasajera.

2.4 El Orden de la seguridad

Si el triunfo paramilitar está todavía en ciernes, permite interpretar a la región como en un estado de guerra que mantiene en vilo la amenaza del regreso de las FARC, cuya hostilidad en contra de los paramilitares sigue vigente, así como la voluntad de entrar en guerra y usar la violencia para recobrar el control. Este estado de guerra alimenta el Orden de la Seguridad, que hace que los órdenes e interacciones giren alrededor del dominio territorial, su eje estructurante. Una vez instaurado el control por las armas, la región ha sido sometida al mantenimiento del orden paramilitar y, de este modo, todo lo que lo perturbe “se convierte en demente o criminal”.²⁶

El dominio territorial significa que la población calle y las armas exijan, aunque también haya estrategias para demostrar cambios favorables, sobre todo con quienes obedecen o simpatizan. Este Orden de la Seguridad, por ejemplo, está garantizando el cumplimiento de algunos derechos humanos y sociales como el de la vida y el trabajo, en tierras asignadas a los simpatizantes del proyecto paramilitar. Se dice que estos han hecho la reforma agraria según su conveniencia y han logrado que mayor cantidad de campesinos ingresen al circuito de la comercialización de productos básicamente de plátano para la exportación.²⁷ Llegar a esta redistribución de la tierra ha significado practicar la política de “tierra arrasada”, estrategia paramilitar que parece repetir las pautas de la Violencia de los años 50 para “limpiar” de contrarios los espacios territoriales que se querían incorporar al dominio de la agrupación.²⁸ Además del acceso a los beneficios del desarrollo y a la tierra para un puñado de

²⁶ Morin, *Ciencia con conciencia*, 301.

²⁷ Se dice que en esta región hay más de 30 000 hectáreas cultivadas de plátano, cifra que supera a las del banano y que va en ascenso en los últimos cinco años.

²⁸ Miguel García Sánchez, “Violencia y ciudadanía. El conflicto político en Colombia como un enfrentamiento de proyectos ciudadanos”, *Estudios Políticos*, no. 17 (julio-diciembre de 2000): 73-88.

simpatizantes, en el Orden de la seguridad se redujeron los odios y tensiones entre obreros y empresarios, e incluso se alentaron estrategias conjuntas para la inversión social. También cambiaron los alinderamientos y la percepción de la noción *amigo-enemigo* del Orden del Capital, pues en este Orden quedó claro que las FARC eran el enemigo y que por eso fueron expulsadas. Ahora se evita, a toda costa, su regreso.

El orden económico fue favorecido por la imposición de una tranquilidad ficticia, capaz de recomponer las condiciones del capitalismo afectadas por la insurgencia durante el Orden del Capital. Se acentuó la protección al liberalismo económico que requiere poco Estado, se basa en las leyes del mercado, se libra en el ámbito internacional y recurre a la política para ajustar la vida social a la economía mercantil. Así que este Orden da garantías a los exportadores (grandes, medianos y pequeños; con dinero o subsidiados; empresarios o campesinos) si no se oponen al control y también a los grandes propietarios de la tierra. En suma, esto ha significado que los terratenientes concentren la propiedad, que la tierra haya perdido función social, que se incremente el desplazamiento de campesinos y se deterioren sus condiciones de vida, que la seguridad alimentaria dependa del abastecimiento por fuera de la región, que esta se subordine a economías vecinas y que crezca la ganadería extensiva sin incremento real de la productividad, por no ser todavía una región competitiva en ese sector.

Las estrategias militares del Orden de la Seguridad también vulneraron el orden cultural de las minorías étnicas. Estas no han podido defenderse ni con la estrategia de nuclearización para la protección comenzada desde el Orden del Capital en territorios indígenas, ni con el reconocimiento de los derechos de las negritudes, conferidos por la Ley 70 de 1993 y el Decreto 1745 de 1995. Sus territorios ancestrales son apetecibles y necesarios para mantener poderes, sustentados en estrategias tácticas, militares y financieras.

Este Orden dio un golpe mortal a la riqueza política adquirida en el Orden del Capital. Eso significó que la población renunciara a sus derechos políticos, anulara las posibilidades de elegir a sus autoridades y fuera mínima la variedad de candidatos y ofertas electorales programáticas. El control de la contienda electoral asegura vigilar las administraciones, recursos y decisiones, que pierden

su carácter político y se convierten en estrategias para mantener el orden. Este Orden eclipsó la esfera pública para debatir, negó la reivindicación y clausuró el sueño de construir la región a la medida de las necesidades de todos sus habitantes. También desapareció el “nosotros” que se movilizaba, ese “nosotros” público que le dio vida a la política en la región y que se convirtió en sujeto a raíz de los aprendizajes en las luchas obrero-patronales, en la discusión de pliegos y convenciones laborales, en las reivindicaciones por la tierra y en las luchas por la construcción de ciudad. Igualmente, profanó el espacio privado por la obligación de renunciar a la parcela o someterse a una autoridad, que si no protege coacciona, desplaza o mata.

En fin, el Orden de la Seguridad ha logrado sostener las actitudes de sumisión y silencio de los pobladores, vistas como un pacto impuesto que se intercambió por seguridad, “la versión vertical de un ‘contrato’ de consentimientos forzados y presionados por las armas”.²⁹ Sin embargo, explica Lechner, los órdenes coercitivos, no realmente legitimados sino impuestos, pueden paradójicamente llegar a legitimarse, pues los dominados no solamente se someten, sino que sirven; no solo temen a las normas, sino que las internalizan.³⁰

Cualquier región requiere de un proyecto donde puedan expresarse y reafirmarse los valores universales, y cumplirse los compromisos. Por eso es importante el contrato y la construcción del consenso, práctica política que

29 Manuel Alberto Alonso Espinal, “Elecciones, territorios y conflictos”, *Estudios Políticos*, no. 11 (julio-diciembre de 1997): 143.

30 Quienes son reprimidos de manera extrema pueden comenzar a reconocer la legitimidad del orden, justamente porque se reconocen a sí mismos, así como también se reconocen los privilegiados. Puede suponerse que una voluntad permanentemente doblegada no se mantiene, que una resistencia contra una coacción siempre predominante termina por cuestionarse a sí misma. En este caso, es posible un tipo de inversión: el permanentemente humillado justifica su sumisión al reinterpretarla como voluntaria y justifica su “espontaneidad” por el carácter obligatorio del orden. Para ello se le ofrecen varios esquemas de interpretación: dominantes y dominados son sustancialmente diferentes (leyenda de la inferioridad intrínseca), cada uno sirve al orden en su puesto (leyenda de igualdad funcional), cada uno hace su fortuna comenzando de abajo (leyenda de oportunidades iguales). En todos los casos hay una justificación immanente al orden. Así como los dominantes deben hacer lo que quieren, los sometidos quieren lo que deben hacer. Se ha desarrollado, entonces, un autorreconocimiento de los dominados: quien se somete no es sometido permanentemente. También en esta situación de opresión la confirmación recíproca dentro del grupo de los dominados ayuda a crear certidumbre y puede llegar a tener una fuerza sugestiva que refuerce, a su vez, la autopercepción de los privilegiados.

requiere imaginar la democracia para construirla y poder realizar el sumo de vivir en una zona deliberadamente escogida para eso.

Bibliografía

- Alonso Espinal, Manuel Alberto. “Elecciones, territorios y conflictos”. *Estudios Políticos*, no. 11 (julio-diciembre de 1997): 135-44.
- Arendt, Hannah. *La condición humana*. Barcelona: Paidós, 1993.
- Balandier, Georges. *El desorden. La teoría del caos y las ciencias sociales: elogio de la fecundidad del movimiento*. Barcelona: Gedisa, 1994.
- Bauman, Zygmunt. “Modernidad y ambivalencia” En *Las consecuencias perversas de la modernidad*. Compilado por Josetxo Beriain, 73-119. Barcelona: Anthropos, 1996.
- _____. *La cultura como praxis*. Barcelona: Paidós Studio, 2002.
- Botero Herrera, Fernando. *Urabá. Colonización, violencia y crisis del Estado*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia, 1990.
- García, Clara Inés. *Urabá. Región, actores y conflictos 1960-1990*. Bogotá: CEREC e INER, 1996
- García Sánchez, Miguel. “Violencia y ciudadanía. El conflicto político en Colombia como un enfrentamiento de proyectos ciudadanos”. *Estudios Políticos*, no. 17 (julio-diciembre de 2000): 73-88.
- Lechner, Norbert. *La conflictiva y nunca acabada construcción del orden deseado*. Madrid: Siglo XXI, 1986.
- Lorite Mena, José. *El orden femenino. Origen de un simulacro cultural*. Barcelona: Editorial Anthropos, 1987.
- Morin, Edgar. *Ciencia con conciencia*. Barcelona: Editorial Anthropos, 1984.
- Serrano Gómez, Enrique. *Filosofía del conflicto político*. Ciudad de México: Universidad Autónoma Metropolitana, 2001.
- Steiner, Claudia. *Imaginación y poder. El encuentro del interior con la costa en Urabá, 1900-1960*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia, 2002.
- Uribe de Hincapié, María Teresa. “Las soberanías en disputa: ¿conflicto de identidades o de derechos?”. *Estudios Políticos*, no. 15 (julio-diciembre de 1999): 23-45.

El *elogio de la dificultad* como narrativa de la identidad regional en Antioquia¹

María Teresa Arcila Estrada²

En este artículo se perfilan las ideas consignadas en un grupo de textos producidos por escritores antioqueños del siglo XIX, con las cuales se configuró un discurso común denominado aquí el *elogio de la dificultad*.³ Por medio de esos textos, los autores dieron forma, elaboraron y pusieron en circulación aquello que consideraban particular de lo que ellos mismos denominaron en su momento el “modo de ser”, “el carácter” o “el temperamento de los antioqueños”.

1 Publicado originalmente en: *Historia Crítica*, no. 32 (2006): 38-66. Este artículo es un producto del proyecto de investigación “Región y representaciones del territorio. Antioquia, entre la geografía política y las identidades socio-territoriales”, realizado con la coordinación de Clara Inés García de la Torre y del cual fue coinvestigadora la autora. El proyecto contó con el respaldo del Comité para el Desarrollo de la Investigación (CODI) de la Universidad de Antioquia y fue financiado en el marco de la convocatoria temática “El desarrollo de Antioquia” en 2003.

2 Antropóloga y docente-investigadora del Instituto de Estudios Regionales (INER) de la Universidad de Antioquia.

3 Parfraseando la conferencia que ofreció el filósofo Estanislao Zuleta en Cali en 1980, con motivo de su grado honorífico en Psicología concedido por la Universidad del Valle. Se refiere allí Zuleta a nuestra constante búsqueda de seguridades, satisfacciones, pasividad y respuestas certeras antes que preferir el riesgo, las incógnitas, los cambios y las preguntas abiertas. Estanislao Zuleta, “El elogio de la dificultad” (Conferencia en la Universidad del Valle, Cali, 1980).

Aquí trabajamos uno de los temas que configuraron la narrativa de la dificultad: la valoración del entorno geográfico. Según dicha elaboración, los antioqueños surgieron como un pueblo de montaña enfrentado con tenacidad al medio agreste y hostil que les correspondió habitar, e interpuso obstáculos para su progreso. De la lucha que ellos entablaron contra esas dificultades del medio lograron salir victoriosos, lo que cimentó sentimientos de orgullo y valoración, y forjó el *carácter* dinámico y emprendedor que se les adjudica. Esto se refrendaba con las evidentes manifestaciones de progreso material y económico que vivió Antioquia a lo largo del siglo XIX.

Esas nociones e imágenes del pueblo antioqueño surgieron en contraposición con las ideas vigentes en décadas anteriores, producidas por representantes del poder colonial, que hacían referencia a la miseria de la provincia y a sus habitantes como vagos y perezosos.⁴

El corpus de ideas que sustenta la narrativa del elogio de la dificultad y que permitió establecer diferencias entre este y otros grupos regionales del país tomó fuerza durante el siglo XIX, generando un fuerte consenso entre la población.

La herramienta metodológica del análisis del discurso nos permitió realizar la interpretación de las representaciones sociales⁵ e identificar, en un

4 Emilio Robledo, *Bosquejo biográfico del Sr. Oidor Juan Antonio Mon y Velarde visitador de Antioquia 1785-1788* (Bogotá: Banco de la República, 1954).

5 Las representaciones sociales son herramientas para abordar objetos de estudio como los discursos y narrativas identitarias, pues trabajan sobre un material socialmente compartido —en tanto saber de sentido común—. Son, a su vez, el resultado de contextos de interacción específicos que están referidos a la situación de los sujetos y a contextos de disputa entre representaciones diversas y contrapuestas, de los cuales surgen y en medio de los cuales se debaten. Para desarrollar la noción de *representaciones sociales*, nos basamos en: Serge Moscovici y Miles Hewstone, “De la ciencia al sentido común”, en *Psicología social II*, comp. Serge Moscovici (Barcelona: Paidós, 1986), 290-304; Denise Jodelet, “La representación social. Fenómenos, concepto y teoría”, en *Psicología social II*, comp. Serge Moscovici (Barcelona: Paidós, 1986), 469-94; Mara Viveros, “La problemática de la representación social y su utilidad para los estudios de salud y enfermedad”, *Boletín Socioeconómico*, no. 26 (diciembre de 1993): 121-39; Jean Claude Abric, “Specific Process of Social Representations”, *Papers on Social Representations-Textes sur les représentations sociales*, Vol. 5 (1996): 77-80; María Auxiliadora Banchs, “Aproximaciones procesales y estructurales al estudio de las representaciones sociales”, *Papers on Social Representations-Textes sur les représentations sociales*, Vol. 9 (2000): 3.1-3.15, http://www.psr.jku.at/PSR2000/9_3Banch.pdf. Y en relación con el método de análisis del discurso nos basamos en: Noemí Goldman, *El discurso como objeto de la historia* (Buenos Aires: Hachette, 1989); Teun Van Dijk, *Racismo y análisis crítico de los*

conjunto limitado de textos, las nociones, imágenes, valoraciones e interpretaciones con las que los actores le dan sentido a su entorno y acciones. Esta herramienta nos permitió, también, adelantar un trabajo de composición sistemática desde el nivel particular de cada texto, hasta un nivel más general y complejo de interrelación del conjunto de textos, y de un conjunto de actores en interlocución.

Los textos que integran la presente muestra fueron publicados entre principios del siglo XIX y mediados del XX. Los textos del siglo XIX corresponden a un período de la historia regional durante el cual se produjo la matriz de lo que –con el tiempo– terminó por configurar el discurso hegemónico sobre Antioquia. A ello contribuyó un grupo de intelectuales que participaron activamente en la producción, orientación e interpretación de los procesos sociales de constitución de la región, la construcción de su hegemonía interna, de su centralidad en el escenario nacional y del discurso que las sustentó. Parte de ellos se constituyeron en los autores de la historiografía antioqueña decimonónica y por ello han sido objeto central de nuestra atención.

Los autores del siglo XIX cuyos escritos retomamos son José Manuel Restrepo (1781-1863), Juan de Dios Restrepo (1823-1894), Vicente Restrepo (1837-1899), Manuel Uribe Ángel (1822-1904) y Álvaro Restrepo Eusse (1844-1910). Todos ellos nacieron en Antioquia e hicieron parte de familias acomodadas. Algunos se formaron profesionalmente en Santa Fé de Bogotá y

.....
medios (Barcelona: Paidós, 1997); Teun Van Dijk, “El análisis crítico del discurso y el pensamiento social”, *Athena Digital*, no. 1 (2002): 18-24; María Isabel Jociles de Rubio, “El análisis del discurso: de cómo utilizar desde la antropología social la propuesta analítica de Jesús Ibáñez”, *Avá. Revista de Antropología*, no. 7 (2005): 1-25, <https://www.redalyc.org/pdf/1690/169021460009.pdf>; Según Jodelet, las representaciones sociales corresponden a un *saber de sentido común* producido en la experiencia cotidiana. Estas son programas de percepción o construcciones con status de *teoría ingenua*, que sirven de guía para la acción y de lente para leer la realidad, son sistemas de interpretación que permiten analizar el curso de los acontecimientos. Las representaciones sociales expresan las relaciones que tienen los individuos y los grupos con el mundo y con los otros. Están forjadas en la interacción y en el contacto de los discursos que circulan en el espacio público, así como inscritas en el lenguaje, en razón de su función simbólica y de las guías que ella (la función simbólica) proporciona para codificar y categorizar lo que puebla el universo de vida. Finalmente, Jodelet afirma que las representaciones sociales son sistemas complejos de creencias, ideas, saberes, actitudes, valores, etc., que aseguran las transacciones con el mundo y los otros. Jodelet, “La representación social”.

varios, además, viajaron por Europa, regresando a la tierra donde llegaron a destacarse como profesionales e intelectuales. Varios ocuparon cargos públicos en la capital o se dedicaron a recorrer la comarca, o fundaron y dirigieron sus propios periódicos. Pero todos difundieron sus visiones y percepciones a través de la escritura y, para darlas a conocer, se sirvieron de los medios impresos (libros, folletos o artículos de prensa) en un contexto general iletrado de la sociedad regional decimonónica.

Estos escritos se contextualizan en diferentes momentos del desarrollo de la minería del oro en Antioquia, actividad económica predominante en la región desde el periodo colonial. El texto más temprano, el de José Manuel Restrepo, se produce en momentos de extrema pobreza de la provincia, mientras los de fines del siglo se inscriben en una época donde las inversiones del capital extranjero –sobre todo inglés y francés– en la minería de veta, los avances de la colonización de tierras a partir del centro provincial colonial de Santa Fe de Antioquia, de Rionegro y Marinilla en el Oriente antioqueño, y de Medellín al sur producen un repunte general de la economía. Del siglo XIX se revisaron también autores extranjeros como Agustín Codazzi, Carlos Augusto Gosselman y otros viajeros que escribieron sobre Antioquia, con el objeto de confrontar el discurso formulado por los antioqueños, y reforzar el análisis sobre las representaciones del territorio y la construcción de la identidad.

Los autores de los textos del siglo XX son Luis López de Mesa (1884-1967), James Parsons y Virginia Gutiérrez de Pineda, de quienes solo el primero es antioqueño, pero todos son profesionales de las ciencias sociales. De ellos, únicamente López de Mesa desempeñó funciones administrativas en el Estado central, y sus publicaciones tuvieron como contexto histórico el auge manufacturero y de la industria textil en Antioquia. Su análisis permitió vislumbrar hasta dónde había calado el discurso hegemónico regional decimonónico de identidad.

1. El medio geográfico y la identidad regional

La producción de referentes de identidad de un grupo social encuentra uno de sus soportes en las imágenes del territorio, del paisaje y de los recursos del medio que el mismo grupo elabora, de acuerdo con sus propias categorías

mentales y valoraciones culturales. Los grupos humanos establecen una conexión de doble sentido con los espacios que habitan y apropian: a la vez que transforman el medio se ven transformados por él. Los grupos significan, semantizan⁶ y valorizan⁷ el espacio convirtiéndolo en territorio, el cual adquiere de este modo la impronta del grupo y desarrolla procesos de diferenciación con respecto a otros grupos. Afirma Marisa Moyano que el territorio desempeña un papel central entre los símbolos que ayudan a estructurar las identidades colectivas.⁸ Según Claudia Barros, la producción de una idea de comunidad (“nosotros”) guarda estrecha relación con las construcciones del lugar, del paisaje, del territorio, y nace del proceso de interpretación que el grupo produce de su medio ambiente y de su medio social como algo particular.⁹

En el proceso histórico de creación de los Estados nacionales, por lo menos a lo largo de los dos últimos siglos de la historia de Occidente, se configuraron “pueblos históricos”¹⁰ que, en estrecha relación con sus territorios, exhibían determinadas características económicas, políticas y socioculturales que eran utilizadas por ellos como diacríticos culturales. Esos grupos humanos produjeron nociones y sentimientos de unidad y de comunidad asociados

6 José Luis García, *Antropología del territorio* (Madrid: Taller de Ediciones JB, 1976).

7 Gilberto Giménez, “Territorio, cultura e identidades. La región sociocultural”, en *Cultura y región*, eds. Jesús Martín-Barbero, Fabio López de la Roche y Ángela Robledo (Bogotá: ces, Universidad Nacional, Ministerio de Cultura, 2000), 55-69.

8 “Escritura, frontera y territorialización en la construcción de la nación”, Marisa Moyano, acceso septiembre de 2006, <http://www.lehman.cuny.edu/ciberletras/v09/moyano.htm>.

9 Claudia Barros, “Reflexiones sobre la relación entre lugar y comunidad”, *Documents d’anàlisi geogràfica*, no. 37 (2000): 81-94. <http://www.uab.es/pub/dag/02121573n37p81.pdf>.

10 La noción de *pueblo* posee una profusa literatura en la historia de la sociología contemporánea, asociada con las nociones de *soberanía* y *nación*, con especial énfasis en el siglo XIX. Ver François-Xavier Guerra, *Modernidad e independencias. Ensayo sobre las revoluciones hispánicas* (Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 1993). Para un breve recorrido por la noción de *pueblo histórico* en relación con la formación de las regiones en Colombia, ver: María Teresa Uribe de Hincapié y Jesús María Álvarez, *Poderes y regiones: problemas en la constitución de la nación colombiana. 1810-1850* (Medellín: Editorial Universidad de Antioquia, 1987). Ver también María Teresa Uribe de Hincapié, *Nación, ciudadano y soberano* (Medellín: Editorial Corporación Región, 2001). Allí la autora reconoce que su noción de *pueblo histórico* deriva de las propuestas metodológicas de Otto Bauer, quien concibe los pueblos históricos como “productos sociales que anudan e imbrican en un mismo espacio las cualidades y cultura transmitidas por los antepasados (las etnias) que en su conformación generan nuevas formas sociales, políticas y económicas que les permiten a los agentes reconocerse como partícipes de una entidad colectiva”. Uribe de Hincapié, *Nación, ciudadano*, 80.

con el territorio que ocupaban. Su existencia como grupos exigía no solo la definición de límites y fronteras físico-espaciales, sino también la producción de fronteras simbólicas¹¹ que actuaban como áreas de diferenciación y de contacto con “otros”. Los antioqueños construyeron su unidad y comunidad regional, produjeron límites simbólicos y fueron definiéndose a sí mismos como una categoría social, como un grupo humano particular, asociándose y referenciándose con un medio geográfico característico: las montañas.

Desde finales del siglo XVIII y a lo largo del siglo XIX se desarrolló en el mundo occidental la geografía como disciplina¹² y esto sucedió asociado con los intereses de los Estados por conocer el territorio bajo su soberanía o el de sus colonias, para controlarlos mejor. La naciente República de Colombia no se quedó por fuera de esta tendencia. Numerosos viajeros extranjeros visitaron el país durante la primera mitad del siglo XIX y escribieron sus relatos de viaje apoyados en la descripción geográfica. También políticos-intelectuales elaboraron de manera dedicada y sistemática la geografía de sus regiones,¹³ como lo hicieron José Manuel Restrepo y Manuel Uribe Ángel en el caso de Antioquia, o Agustín Codazzi en el caso de Colombia a través de la Comisión Corográfica.

- 11 A la producción de límites o fronteras simbólicos se refiere la literatura reciente sobre las fronteras. Ver, entre otros: Alejandro Grimson, “Los procesos de fronterización: flujos, redes e historicidad”, en *Fronteras. Territorios y metáforas*, comp. Clara Inés García (Medellín: Hombre Nuevo Editores, 2003), 15-33. Grimson usa nociones como *fronteras simbólicas*, *fronteras de significados*, *fronteras identitarias*. También se habla de fronteras culturales para referirse a construcciones sociales que se articulan a partir de dinámicas de agregación y desagregación. Ver Marta Rizo y Vivian Romeu, “Una propuesta para pensar las fronteras simbólicas” (Ponencia presentada en el XVIII Encuentro Nacional AMIC, México, 2006).
- 12 Paul Claval, “El enfoque cultural y las concepciones geográficas del espacio”, *Boletín de la Asociación de Geógrafos Españoles*, no. 34 (2002): 21-39, <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=660030>.
- 13 La región es una espacialidad específica que se asume como una noción *construida* por contraposición a la concepción de *entidad dada*. Se la concibe en términos relacionales y de interacción con diversas escalas socioespaciales que la cruzan. Se coloca el acento en su dimensión subjetiva, en los sujetos que viven, piensan, proyectan, imaginan e inscriben sus prácticas en el territorio. Las representaciones sociales del territorio corresponden a aquellas que los actores portan, producen, reproducen o transforman, y donde inscriben sus poderes, arraigos y sentimientos de pertenencia. Clara Inés García, “Región y violencias en Antioquia. Problemáticas, conceptos y tendencias de la investigación” (Ponencia presentada en el Seminario Estudios Regionales en Antioquia, Medellín, junio de 2002).

La geografía fue un campo fértil que aprovechó la naciente élite regional antioqueña para producir referentes de identidad, interesada como estaba por adelantar un proyecto de construcción de región.¹⁴ Para ello era necesario poseer un conocimiento del medio natural y del territorio que ocupaban. Dichas condiciones no fueron propicias durante el régimen colonial español, del cual los antioqueños habían heredado, más bien, un profundo desconocimiento de esa geografía. Por eso, una idea que transitó buena parte del siglo XIX en Antioquia fue la necesidad de conocimiento de las condiciones geográficas de la provincia. Hacia la mitad del siglo XIX ese vacío comenzaba a ser subsanado.

José Manuel Restrepo, en el *Ensayo sobre la geografía, producciones, industria y población de la provincia de Antioquia en el Nuevo Reino de Granada* (1808), describía el suyo como un trabajo pionero de la geografía física y humana de Antioquia, en un contexto de inexistencia de estudios previos, y en medio de un desconocimiento general de errores o falsedades de otros estudios anteriores (como los de Alexander von Humboldt): “La provincia de Antioquia, una de las más fértiles y ricas del Nuevo Reino de Granada, ha sido hasta el presente desconocida de todos los geógrafos: su posición geográfica, sus principales ciudades, sus ríos navegables, sus bosques y montañas no existen en los mapas o están situadas con mil equivocaciones”.¹⁵

Al momento de escribir José Manuel Restrepo ese ensayo –vísperas del alzamiento del 20 de julio de 1810– tenía aproximadamente 33 años, se

- 14 Sobre el proyecto de región que lideró la élite ilustrada en Antioquia desde fines del siglo XVIII y principios del XIX, ver: María Teresa Uribe de Hincapié, “Las territorialidades de la violencia y los conflictos en Antioquia”, en *Realidad social I*, ed. Álvaro Tirado Mejía (Medellín: Gobernación de Antioquia, 1990), 51-112. Durante el período colonial de nuestra historia la nación y las regiones no tenían existencia como unidades socio-territoriales o “comunidades imaginadas”, estas solo comenzaron a surgir a comienzos del siglo XIX de las cenizas de los virreinos creados por la Corona española durante el siglo XVIII. Estos constituyeron los núcleos para la conformación de los Estados nacionales en América Latina, una vez se consolidó la independencia del dominio español. Las provincias coloniales fueron los antecedentes de la configuración de nuestras regiones actuales. Benedict Anderson, *Comunidades imaginadas. Reflexión sobre el origen y difusión del nacionalismo* (Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 1991); María Teresa Arcila y Lucella Gómez, “Libres, cimarrones y arrojados en la frontera entre Antioquia y Cartagena. Siglo XVIII” (Informe de investigación, Medellín, INER, Universidad de Antioquia, 2004).
- 15 José Manuel Restrepo, “Ensayo de geografía, producciones, industria y población de la provincia de Antioquia en el Nuevo Reino de Granada”, *Revista Universidad de Antioquia*, Vol. LII, no. 202 (1984): 51.

encontraba radicado en Santa Fé de Bogotá y se desempeñaba como abogado de la Real Audiencia. Hacía parte de la intelectualidad neogranadina y sus vínculos con Francisco José de Caldas (El Sabio) permiten considerarlo un criollo ilustrado y progresista.

La idea del desconocimiento de la geografía de Antioquia era refrendada por Juan de Dios Restrepo a mediados de ese mismo siglo: “La provincia de Antioquia debe ofrecer a la investigación perseverante y filosófica de Alpha, una mina de curiosa explotación. Desde que suba a la primera de sus montañas, desde que salude al primero de sus habitantes habrá de encontrarse en un mundo desconocido: la naturaleza rica y salvaje y el hombre altivo y adusto como la naturaleza”.¹⁶

Por esta razón, desde los inicios del siglo XIX las nociones básicas, las imágenes y representaciones del territorio y de la geografía regional empezaron a configurarse a través de las descripciones de viajes, y de los ensayos históricos y geográficos. En ellos se nombraba lo particular y lo propio de esta fracción del territorio colombiano que se estaba gestando como proyecto político regional.

En la perspectiva que poseen en común José Manuel Restrepo, Juan de Dios Restrepo y Manuel Uribe Ángel sobresalen tres ideas. La primera se refiere a las extremadamente dificultosas características de la topografía que le tocó en suerte a los antioqueños. La segunda, que justamente esa dificultad planteada por la naturaleza hizo de estos hombres un pueblo “signado por la lucha y la confrontación permanente con esa naturaleza adversa”. Y la tercera, que precisamente como producto de esa lucha se forjaron los principales rasgos de lo que ellos mismos denominaron su *carácter*. Veamos, en primer lugar, los elementos que estos autores, y otros más del siglo XIX, resaltaban a propósito de la naturaleza y cómo la calificaban, para considerar luego los rasgos del *carácter* que le adjudicaban al pueblo antioqueño.

Los principales elementos del medio natural con los que estos autores describieron, nombraron, calificaron y valoraron a Antioquia fueron sus

16 Juan de Dios Restrepo, “Descripción del Estado Soberano de Antioquia, antes y poco después del año 1874, en su desarrollo económico social y cultural”, en *El ferrocarril de Antioquia o el despertar de un pueblo. Estudio histórico, socio- económico y cultural que presentaba el Estado Soberano de Antioquia en 1874*, Aquiles Echeverri (Medellín: Colección Academia Antioqueña de Historia, 1974), 43.

“abruptas” montañas y cordilleras, sus ríos “torrentosos”, su “árido” y “quebrado suelo”,¹⁷ la “esterilidad del país”, sus selvas y su clima. La comarca antioqueña, cruzada por los dos ramales de la cordillera de los Andes, la Central y la Occidental, se representa como una “tierra arrugada” por causa de las cadenas de montañas “elevadas y escabrosas” que cruzan su territorio, creando una gran “confusión y laberintos”, y dándole al paisaje un aspecto notablemente “quebrado” y “fragoso”.¹⁸ Para Uribe Ángel, Antioquia es “un país doblado”, situado “en medio de arriscas montañas”.¹⁹

Con un lenguaje desprovisto de calificativos, José Manuel Restrepo describe la topografía de Antioquia: “La extensión comprendida dentro de semejantes límites, de una figura oblonga muy irregular tiene 2.200 leguas cuadradas de superficie. De ésta, si exceptuamos la parte plana y despoblada del Magdalena, en lo interior de la provincia, contando el valle igual del Rio-Negro, el del Medellín, las pequeñas vegas del Cauca y el páramo Cuibá en los nacimientos del río Grande y Nechí, apenas habrá 40 leguas de superficie igual: lo demás del terreno está cortado en sentidos diversos por torrentes, valles, colinas, mil montes y hermosas cordilleras”.²⁰

Mucho más emotivo en sus escritos periodísticos, Juan de Dios Restrepo describe los sentimientos que despiertan en él esas montañas; sin embargo, a esos sentimientos opone una razón práctica y, entonces, las montañas son “muros o barreras” impenetrables que “limitan, encierran, aíslan” y atormentan a los hombres,²¹ bloquean las comunicaciones y les impiden moverse con libertad: son “obstáculos para el progreso y la civilización”.²²

17 Vicente Restrepo, *Estudio sobre las minas de oro y plata en Colombia* (Medellín: Fondo Rotatorio de Publicaciones FAES, 1979), s. p.

18 Juan de Dios Restrepo, “Antioquia y sus costumbres”, en *Artículos escogidos*, Juan de Dios Restrepo (Bogotá: Banco Popular, 1972), 307-8, primera edición: 1854.

19 Manuel Uribe Ángel, *Geografía general y compendio histórico del estado de Antioquia* (París: Imprenta de Victor Goupy y Jourdan, 1885), 746.

20 Restrepo, “Ensayo de geografía”, 54.

21 “(...) nada hay mas natural que pensar, por poco estudio que se haga de nuestra topografía, que es difícil, si no imposible, encontrar sobre el globo un pedazo de territorio que haya sido mas atormentado por los cataclismos y convulsiones de la naturaleza”. Restrepo, *Artículos escogidos*, 183.

22 *Ibid.*, 90.

“Yo amo las montañas con el corazón porque he pasado entre ellas los días más felices de mi primera juventud y fueron el primer horizonte que se presentó delante de mis ojos cuando se abrieron a la luz de la vida; pero mi razón las rechaza como *obstáculos invencibles para el progreso y la civilización*. Cuando oigo a alguno augurar progreso y prosperidad en lo porvenir para los países andinos, yo me río. Interróguese la historia y en ella no se encontrará una sola nación montañosa que haya tenido gran población, riqueza y prosperidad”²³

Esa topografía abrupta y montañosa está cruzada por ríos “precipitados y tumultuosos”,²⁴ continuaba diciendo Juan de Dios Restrepo. El Cauca, el río más importante y caudaloso de la provincia, era descrito como cruzado por “horribles cataratas, vórtices y angosturas, espantosos raudales”, así como por “remolinos, enormes piedras y un curso precipitado que produce naufragios y pocas ventajas para su navegación”.²⁵ Los demás ríos, con excepción del Nechí, el Porce y el último trayecto del Nare antes de desembocar en el Magdalena, “son del todo innavegables”²⁶ y están llenos de peligros (cataratas, raudales y angosturas).

Desde las primeras décadas del siglo XIX las narrativas de los viajeros extranjeros por Antioquia subrayaban las características topográficas de este territorio, “lleno de altas montañas, bosques salvajes, profundos valles y fuertes y pequeñas corrientes”,²⁷ y las asociaban con los malos caminos y una situación de incomunicación y aislamiento. A mediados del siglo, Agustín Codazzi reiteraba tales características: “(...) para llegar a él [al Valle del Aburrá] de cualquier punto que sea, hay más dificultades y obstáculos que los que se presentan para atravesar el desierto (...)”.²⁸ Sin embargo, Codazzi observaba: “el hijo de la antigua Antioquia, comparativamente a las otras secciones de la República, es aquel que precisamente más ha hecho y hace constantemente viajes a las Antillas, Estados Unidos y Europa, llevando allá su oro y trayendo

²³ Ibid. (énfasis añadido).

²⁴ Ibid., 44.

²⁵ Restrepo, “Ensayo de geografía”, 56.

²⁶ Ibid.

²⁷ Carl August Gosselman, *Viaje por Colombia. 1826-1827* (Bogotá: Banco de la República, 1981), 238-9.

²⁸ Agustín Codazzi, dir., *Geografía física y política de la Confederación granadina*, Vol. IV, eds. Guido Barona, Augusto J. Gómez López y Camilo A. Domínguez Ossa (Medellín: Universidad Nacional de Colombia, Universidad EAFIT, Universidad del Cauca, 2005).

toda clase de mercancías (...).²⁹ Y se interrogaba: “Y ¿por qué, pues, no tiene una sola vía comercial para comunicarse con el resto de la República?”³⁰ Y se respondía: “No puedo creer que no conozcan lo que les conviene y me persuado que hasta hoy día han juzgado que las intrincadas serranías les impedían trazar por ellas caminos cómodos...”³¹ Y justamente a eso fue a lo que llegó Codazzi: a estudiar la geografía y a identificar por dónde trazar caminos.

A partir de estas características topográficas, los antioqueños elaboraron las representaciones acerca del *carácter* de su población. El primer elemento que queremos subrayar es el uso de los apelativos “montañeses, hijos de la montaña, hombres de la montaña”³² como denominaciones con las que se los conocía desde la época colonial y que ellos mismos utilizaban con inocultable orgullo: “(...) Y las señoras, sin rebajar un punto en sus pretensiones de hidalguía, se ocupaban solícitas en los más humildes quehaceres domésticos: nadie se avergonzaba del trabajo. Las viejas y ruinosas preocupaciones españolas, que hacían del hidalgo pobre un mendigo ó un bandido, no habían podido subsistir en ellas. La constante laboriosidad de aquellos montañeses no era tanto efecto de codicia como del sentimiento profundo del deber.”³³

La ocupación de este medio montañoso se asoció estrechamente con el aislamiento, la falta de roce social, su conservadurismo y el apego a costumbres que no cambian, los comportamientos rudos, así como también al emprendimiento, independencia y libertad: “Encerrados en estas crestas y hondonadas, sin roce alguno social, desconociendo el movimiento mas o menos progresivo de la civilización, sin estudios, sin maestros, sin ejemplos y sin luz intelectual vivieron y se multiplicaron como verdaderos montañeses, rígidos y altaneros, sin rendir culto alguno a las formas suaves de la sociedad”³⁴

29 Codazzi, *Geografía física y política*.

30 Codazzi, *Geografía física y política*.

31 Codazzi, *Geografía física y política*.

32 Restrepo, “Descripción del Estado Soberano de Antioquia”, 46-47.

33 Mariano Ospina Rodríguez, *Biografía del doctor José Félix de Restrepo* (Sabaneta: Centro de Historia José Félix de Restrepo, 1988), 26.

34 Manuel Uribe Ángel, *Geografía general del Estado de Antioquia en Colombia* (Medellín: Colección de Autores Antioqueños Gobernación de Antioquia, Editorial Edinalco, 1985), 763.

Carl August Gosselman lo expresaba de esta manera: “Los habitantes de la provincia de Antioquia (...) encerrados por las alturas montañosas y han logrado conservar sus costumbres típicas, a diferencia de lo que ocurre con los de las provincias cercanas (...). Por eso se encuentran las características centrales de los montañeses (...)”.³⁵

Posteriormente también lo retomó Álvaro Restrepo Eusse, quien lo expresaba del siguiente modo: “La situación geográfica del territorio que formó la provincia de Antioquia y su *aislamiento* relativo respecto de las demás secciones del País y el Exterior; las condiciones nativas de los habitantes formadas en el más rudo trabajo para adquirir independencia personal, ideal de todos sus esfuerzos; las costumbres sociales reducidas al limitado círculo de sus allegados, en el aislamiento y soledad de las montañas; y el hábito adquirido durante la Colonia, de no mirar en los poderes públicos ninguna acción benéfica y simpática, formaron al antioqueño un mundito aparte en el seno de la República...”.³⁶

De la vida de los “pueblos montañeses” se destacaba en los textos del siglo XIX la “independencia” como un valor cultural, especialmente –se decía– cuando “los montañeses se hallan rodeados de otros pueblos poderosos”. Las montañas se comparaban con “hogares sagrados de la libertad”, como afirmaba Juan de Dios Restrepo, y se asociaban con la altivez y el orgullo de sus gentes: “De las dificultades y de la lucha es que han surgido los pueblos emprendedores y los hombres distinguidos (...). Débese, pues, en gran parte la energía y entereza del *carácter* antioqueño a esa lucha ruda que ha tenido que sostener con la naturaleza”.³⁷

De este modo iba tejiéndose la noción de que para el hombre antioqueño los obstáculos eran retos que estimulaban su creatividad, persistencia y emprendimiento, y que precisamente las dificultades eran las que le agregaban valor a esa lucha y a los hombres mismos que las acometían. Según Juan de Dios Restrepo, tal condición se hacía extensiva en el lenguaje popular a la

35 Gosselman, *Viaje por Colombia*, 275-6.

36 Álvaro Restrepo Eusse, *Historia de Antioquia desde la conquista hasta 1900* (Medellín: Imprenta Oficial, 1903), 142 (énfasis añadido).

37 Restrepo, “Descripción del Estado Soberano de Antioquia”, 46-47.

lucha contra las adversidades de todo tipo: “Vivir es luchar es un aforismo que comparten todos en Antioquia”.³⁸

Enlazadas con el argumento central de lucha contra las dificultades y las adversidades que opone la naturaleza, como matriz del *carácter* regional, se encuentran otras características del pueblo antioqueño: “la actividad y la movilidad” como expresiones de su ausencia de pasividad frente a la miseria y “la poca difusión de aptitudes y sentimientos artísticos”, esto último debido a que todas la energías las absorbe la resolución de las necesidades materiales y la lucha por la sobrevivencia contra una naturaleza ingrata.³⁹

Restrepo Eusse subrayaba el sentido pragmático y utilitario de los antioqueños de la siguiente manera: “Esta educación adquirida sin artificios, en el seno de la Naturaleza, a quien ha tenido que vencer para dominar, ha hecho desarrollar en él dos fuerzas poderosas, predominantes en su ser moral: la VOLUNTAD y el CÁLCULO. Estas dos cualidades han mantenido el Sentimiento y la Imaginación relegados a escalas muy secundarias, porque su acción impulsiva ha podido serle perjudicial en la lucha por la vida”.⁴⁰

En estos textos, los antioqueños son descritos no solo como hombres que luchan por remover los obstáculos que se oponen al progreso y la civilización, sino como héroes que han salido triunfadores en esa lucha, realizando “prodigios de adelanto y progreso”. Así los describe Juan de Dios Restrepo en 1850, refiriéndose a lo que encontraría Alpha en sus *Peregrinaciones* cuando entrara al territorio antioqueño: “Unas veces admirará la audacia de sus habitantes, que han hecho caminos a través de rocas y de precipicios, que no parecen accesibles sino a las aves y a las fieras; otras, esa lucha constante del hombre contra la naturaleza, en la cual el primero ostenta su triunfo con orgullo, estableciendo pastos y labranzas en todas partes donde hay tierra vegetal y construyendo habitaciones como nidos de águilas, en picachos escarpados cerca de las nubes”.⁴¹

38 Ibid., 50.

39 Restrepo, “Descripción del Estado Soberano de Antioquia”.

40 Restrepo Eusse, *Historia de Antioquia*, 142 (mayúsculas en el original).

41 Restrepo, *Artículos escogidos*, 42.

Alrededor de la victoria del hombre antioqueño sobre esa naturaleza recia las situaciones se magnificaban y se utilizaba un lenguaje grandilocuente, produciendo los énfasis épicos característicos del discurso hegemónico de la identidad, que los autores aquí estudiados contribuyeron a articular y difundir en Antioquia, sobre todo a fines del siglo XIX. “Lucha heroica, esfuerzo asombroso”, los “prodigios”⁴² alcanzados, la “genialidad de los habitantes”, esos “titanes”⁴³ que transformaron la selva y extrajeron el oro de los ríos son algunas de las expresiones que ellos emplearon para contribuir a configurar una narrativa que buscaba producir un amplio acuerdo alrededor del triunfo del hombre antioqueño sobre la naturaleza.

La colonización u ocupación de nuevas tierras ganadas a la selva y la fundación de pueblos en esos parajes fue un proceso socioeconómico sobresaliente en las narrativas de la historia regional. A fines del siglo XIX y comienzos del XX esta comenzaba ya a hacer parte de las representaciones de la identidad regional. En Uribe Ángel y Restrepo Eusse la colonización aparecía como un símbolo de la historia regional, y el elemento que hacía únicos y particulares a los antioqueños. Así para unos la colonización fuera una *leyenda* y para otros un *modelo identitario*, resulta innegable que, a través de relatos y narraciones, de los discursos orales y escritos, la colonización de tierras fue adquiriendo entre los antioqueños un cariz legendario. Así lo reafirmaba López de Mesa en 1934, cuando anotaba que “la colonización de Antioquia suministró las bases para una nueva leyenda: la del antioqueño”.⁴⁴

El tono heroico del discurso hegemónico de identidad –en particular el que se produjo sobre la colonización– le cantaba a la *victoria* colectiva de los antioqueños sobre la naturaleza, la cual se interpretaba como una “campaña por la civilización” y en contra de la barbarie. De ahí que se experimentara tal júbilo cuando los bosques seculares caían estruendosamente ante el hacha y el machete.⁴⁵ La utilización de ese lenguaje y el tono épico-heroico de estos

42 Restrepo, “Descripción del Estado Soberano de Antioquia”, 44.

43 Ibid.

44 Luis López de Mesa, *Introducción a la historia de la cultura en Colombia* (Bogotá: s. e., 1984), 19, primera edición: 1930.

45 Restrepo, “Descripción del Estado Soberano de Antioquia”.

textos constituyen una estrategia innegable encaminada a producir emoción y orgullo regional.

2. Los legitimantes: civilización o barbarie

El discurso decimonónico en el que se relacionan geografía y *carácter* de los antioqueños se sustenta en dos conceptos opuestos que por entonces se esgrimían en América Latina: *civilización* o *barbarie*. En relación con estos, resulta interesante comprobar cómo los intelectuales de finales del siglo XIX no les atribuyeron a los colonos que arrasaron montes y selvas razones prácticas y utilitarias para ello, sino una razón civilizadora que explicaba y justificaba de manera suficiente su confrontación con la naturaleza. La condición de tarea civilizadora que esta élite regional le otorgaba en sus discursos a la colonización y a los colonos puede leerse en Uribe Ángel: “Fredonia pudo considerarse como punto avanzado o como cuartel general, para facilitar las operaciones de los colonos del sudoeste y para iniciar las campañas que contra el bosque, las fieras y el clima emprendió desde entonces, con el fin de alcanzar la victoria civilizadora que ya se ha conseguido”⁴⁶

Con el auxilio de un lenguaje militar, en la cita anterior se produce una metáfora que compara la colonización con una guerra y a los colonos con ejércitos que luchan por la civilización. El uso de este lenguaje pareciera haber sido más común de lo pensado, probablemente como producto del ambiente guerrero que se vivió durante el siglo XIX en la naciente República de Colombia. Restrepo Eusse utilizaba metáforas semejantes en sus referencias al Sonsón de 1842: “(...) servía de *cuartel* a la poderosa *falange* de los titanes transformadores de las selvas (...) en su camino hacia Hervey y el Cauca”⁴⁷

De este modo se explica, en estos discursos identitarios, el proceso colonizador que protagonizó el pueblo antioqueño durante el siglo XIX, adjudicándole a sus protagonistas una razón suprema –que en la mentalidad de los intelectuales de la época poseía carácter sagrado: *civilizar*– y esta como la motivación unificadora y cohesionadora de sus actuaciones. También de este

⁴⁶ Uribe Ángel, *Geografía general del Estado*, 158.

⁴⁷ Restrepo Eusse, *Historia de Antioquia*, 166 (énfasis añadido).

modo se le otorgaba sentido y coherencia a un proceso social cuyas dimensiones y efectos no se habían comprendido a cabalidad en aquellos momentos. Es en ese sentido que esos discursos son ordenadores o productores de realidad.

La civilización y lo civilizado pueden tener diversos significados y adquirir sentidos diversos, de acuerdo con los contextos en los cuales a ellos se refieran los discursos. Inscritos en las relaciones hombre-naturaleza, la civilización y lo civilizado tenían la connotación de lo culto, lo cultivado o lo domesticado, es decir, aquello que el hombre ha transformado a través de su esfuerzo y trabajo, sacándolo por ello de su condición natural.⁴⁸

En los textos que aquí analizamos lo civilizado está representado en el “nosotros”, que ha producido dominio y control efectivos sobre la naturaleza, por la religión y moralidad, la familia, el esfuerzo, el trabajo, y por la prosperidad y el progreso que de allí se derivan. Lo civilizado se asocia con la institucionalización y control del territorio, de los recursos y de las gentes, y se simboliza con la luz y la claridad. El salvajismo y la barbarie los encarnan *los otros* (indios, negros y mulatos) y *lo otro* (zonas distantes, inhóspitas y salvajes, selvas y montes, tinieblas, oscuridad y peligro), y todo aquello desconocido e incontrolado por el hombre. En síntesis, todo aquello que hace parte de los dominios de la naturaleza.

Acorde con lo anterior, las sociedades más avanzadas en términos de tecnología, es decir, aquellas que, desde su perspectiva, habían cumplido el sueño de dominar la naturaleza, se convirtieron en modelos dignos de imitar. Por eso Juan de Dios Restrepo se refería con admiración y respeto a los Estados Unidos y al adelanto técnico que dicho país presentaba a fines del siglo XIX, empleando expresiones como “ese inmenso taller de la actividad humana, en el cual el hombre domina y tiraniza a la naturaleza, al paso que en nuestra América del sur, la naturaleza ahoga y tiraniza al hombre”.⁴⁹

48 Para ilustrar el dilema de los intelectuales latinoamericanos del siglo XIX ligados con el mundo europeo, ante la dicotomía civilización/barbarie y los sesgos de la construcción de la identidad nacional, ver: “Facundo: la negatividad de la barbarie y los procesos de territorialización”, Marisa Moyano, 2003, acceso septiembre de 2006, <http://www.sincronia.cuesh.udg.mx/facundo.htm>.

49 Restrepo, *Artículos escogidos*, 92.

3. Prosperidad y éxito económico: efectos del *carácter*

En los escritos de pensadores, políticos y funcionarios de la segunda mitad del siglo XIX el dominio del hombre antioqueño sobre la naturaleza encontró su mejor demostración en la creación de un entorno económico y productivo calificado como próspero y exitoso. Se difundía una visión optimista acerca de las condiciones de bienestar y progreso que experimentaba Antioquia en aquellos momentos.

Vicente Restrepo, siendo ministro de Relaciones Exteriores durante el Gobierno de Rafael Núñez y en busca de inversión extranjera para las minas de oro de Antioquia, consignaba en sus escritos de 1883 su idea de que este era un Estado rico y próspero, el mayor productor de oro del país y que a la extracción de ese mineral este le debía su riqueza y prosperidad.⁵⁰ La misma confianza y seguridad reflejaba en sus escritos Uribe Ángel: “(...) Y todo en el Distrito [Medellín] parece tan favorable a su engrandecimiento, que no vacilamos en afirmar que un porvenir de civilización y prosperidad será alcanzado en tiempo no distante”.⁵¹ En 1903 el abogado-historiador Restrepo Eusse anotaba que en el siglo XIX “la minería y el comercio producían grandes riquezas y aseguraban próspero porvenir”, pero muy especialmente anotaba cómo esas actividades “hacían de esta sección una de las más prósperas de la República”.⁵²

Restrepo defendía con vehemencia su idea de Antioquia como un Estado próspero, el mayor productor de oro del país (al que después le sigue Chocó). Enseguida anotaba que esto no era así por la riqueza de las minas, ni por los conocimientos o la técnica que se asociaban con su explotación, sino por el enorme despliegue de esfuerzo humano, es decir, de trabajo, que esa actividad había demandado.⁵³ La minería colonial fue considerada en el contexto del discurso de esta élite regional ilustrada como una importante escuela de trabajo y génesis de la dedicación al trabajo de los antioqueños.

50 Restrepo, *Estudio sobre las minas de oro*, s. p.

51 Uribe Ángel, *Geografía general del Estado*, 131.

52 Restrepo Eusse, *Historia de Antioquia*, 159.

53 Restrepo, *Estudio sobre las minas de oro*.

En los textos de la segunda mitad del siglo XIX a los que hemos venido haciendo referencia, y también en los de la primera mitad del siglo XX, las actividades económicas y productivas aparecen como una creación “prodigiosa” y la mayor expresión de “victoria” alcanzada por el hombre antioqueño en su lucha contra una naturaleza hostil. Y se consideraba que ello se había producido gracias a la “dedicación desmesurada al trabajo” de este pueblo. En tales discursos se producía y se elaboraba el significado del trabajo para la sociedad antioqueña, como “estímulo de las cualidades” particulares de “la raza”, factor posibilitador de autonomía, independencia y dignidad personales para los ciudadanos. La “valoración y apego al trabajo” constituyó un componente básico del *carácter* de los antioqueños y del comportamiento colectivo.

La reproducción de tales formas de representación de Antioquia y de los antioqueños se intensificó a medida que avanzaba el siglo XIX, y con su reiteración iba difundiendo una imagen altamente valorada de sí mismos adentro de sus fronteras y también por fuera de ellas. Estas imágenes se prolongarían, por lo menos, hasta mediados del siglo XX.

La riqueza y prosperidad regionales se traducían en “altos patrones de vida”, lo cual constituyó factor de orgullo de los trabajadores antioqueños: “Objeto en otro tiempo de compasión e inquietud,⁵⁴ los frugales y endurecidos trabajadores antioqueños se enorgullecen hoy de tener el más elevado patrón de vida en Colombia. Entre ellos, comerciantes y pequeños propietarios han obtenido una solvencia y estabilidad económica no comunes en otras partes de Latino América.”⁵⁵

Esta narrativa de la identidad en Antioquia, que en adelante denominaremos *elogio de la dificultad*, se compone de las siguientes nociones básicas que configuran su *núcleo representacional*⁵⁶: 1) en Antioquia la subsistencia se pro-

54 Con esta observación Parsons hace eco de las afirmaciones de otro extranjero, E. Hagen, según el cual en el siglo XVIII los antioqueños eran mal vistos por los habitantes de otras regiones, especialmente por los del centro del virreinato. Everett Hagen, *El cambio social en Colombia. El factor humano en el desarrollo económico* (Bogotá: Tercer Mundo, 1962).

55 James Parsons, *La colonización antioqueña en el Occidente de Antioquia* (Medellín: Imprenta Departamental de Antioquia, 1950), 50.

56 El sistema nuclear es el componente de las representaciones sociales más fijo y estable, y se diferencia a la vez que se complementa con otro denominado sistema periférico, más cambiante y

duce en medio de unas condiciones naturales difíciles y adversas; 2) a través del trabajo los hombres despliegan un esfuerzo denodado de lucha contra esas condiciones naturales; 3) que se concibe como una lucha entre civilización y barbarie, la que culmina con el triunfo del hombre; 4) materializado en la riqueza y prosperidad de la región y, 5) en cuyo proceso se fueron forjando el carácter y las principales *cualidades colectivas* del pueblo antioqueño: tenacidad y emprendimiento.

4. Un corte en las representaciones de la región

De la tendencia que hemos venido configurando, que permite correlacionar condiciones naturales adversas, lucha contra la naturaleza y carácter enérgico de los antioqueños, es necesario excluir el texto *Ensayo sobre la geografía, producciones, industria y población de la provincia de Antioquia en el Nuevo Reino de Granada*, de José Manuel Restrepo. Señalar tal excepción ofrece una condición fundamental para los objetivos del presente artículo:

Aunque sea tan pequeño este número [de habitantes], con todo, *si los moradores fueran industriosos*, si calcularan sus verdaderos intereses, esta provincia caminaría rápidamente hacia la prosperidad. Pero el antioqueño con un cuerpo sano y robusto, con un carácter bondadoso, con unas costumbres sencillas, con una moral ajustada, con aptitud para las ciencias, las artes y para la cultura, *yace en la ignorancia y en la inacción*. Sus modales, sus antiguos usos y su lenguaje poco limado manifiestan a primera vista que es de una provincia interna: sus artes son muy imperfectas, la industria está en la cuna. Es cierto que ama el trabajo, pues ya rompe las duras piedras, corta las colinas, ahonda los ríos y saca el más precioso de los metales (...) pero *tenazmente asido a las costumbres de sus mayores poco ilustrados y lleno de envejecidas preocupaciones*, no atiende a los brillantes ejemplos que le dan otros pueblos más civilizados.⁵⁷

.....
 móvil, dependiente del primero: “El sistema central es estable, coherente, consensual e históricamente marcado (...) el sistema periférico es más sensible y está determinado por las características del contexto inmediato (...)”. “Central System, Peripheferal System: Their Functions and Roles in the Dynamics of Social Representations”, Jean Claude Abric, acceso octubre de 2004, https://www.researchgate.net/publication/284756719_Central_System_Peripheral_System_their_Functions_and_Roles_in_the_Dynamic_of_Social_Representations.

57 Restrepo, “Ensayo de geografía”, 60-61 (énfasis añadido).

Por su crítica a la “inacción y el conservadurismo” de los antioqueños, así como por su idea de que la minería no era ni había sido factor de riqueza para la provincia, resulta notorio que la visión de José Manuel Restrepo no coincidía con la narrativa de la identidad producida por los intelectuales de fines del siglo XIX. Esto nos permite afirmar que su visión de los antioqueños se encontraba más cercana de aquella que, durante el siglo XVIII, consignaron gobernadores, funcionarios y miembros ilustrados de la Corona española.

Joaquín de Finestrada, Antonio Manso, Francisco Silvestre y Juan Antonio Mon y Velarde plantearon sus visiones acerca de la escasa dedicación al trabajo, la vagancia y la pereza para encarar el trabajo en las minas que se hacían notorios entre los habitantes de la provincia de Antioquia. Antonio Manso, presidente de la Audiencia del Nuevo Reino, en su relación de 1729, después de ponderar las riquezas del país, decía lo siguiente: “(...) Es cierto Señor, que hay mucho más oro que el que dejo insinuado; pero sábese solo que le hay por lo patente que está y algunos pocos tomines que se rescatan, no porque alguien le trabaja en las minas (...)”.⁵⁸

Para Don Francisco Silvestre, gobernador de la provincia durante la segunda mitad del siglo XVIII, Antioquia era “(...) la joya más preciosa y rica que tiene nuestro soberano en todos sus dominios, no tanto por la abundancia con que la naturaleza hace admirar la abundante fertilidad de sus producciones en yerbas medicinales (...) cuanto por los muchos riquísimos minerales de oro que desde su centro se derraman hasta sus extremos (...) de modo que lo palpan los ojos (...). Pero toda esta riqueza que parece ponderadora y que examinada como yo le he dicho deja con la realidad acreditado el aserto, se halla como arruinada, y dada al desprecio...”.⁵⁹

Joaquín de Finestrada, autor de *El vasallo instruido*, obra escrita hacia 1783, anotaba en esta que, lejos de considerar que las minas fueran el ramo más feliz de la Corona, su parecer era que “son la causa de los atrasos sensibles de las Provincias. La de Antioquia, que toda está lastrada de oro, es la más pobre y

⁵⁸ Robledo, *Bosquejo biográfico*, 41.

⁵⁹ *Ibid.*, 40.

miserable de todas”.⁶⁰ Y agregaba que había tenido la ocasión de pasearse por los últimos rincones de la provincia de Antioquia y que “a tropas se me presentaban los pobres cargados de miseria, sin embargo de estar ocupados en solicitud de oro”. Y al tratar de la minería decía: “este es el origen de la pobreza y miseria que se experimenta en tan pingüe y rica Provincia”.⁶¹

Para referirse a la provincia, Mon y Velarde utilizó expresiones como “pobreza”, “miseria”, “ignorancia”, “vagancia”, “atraso”, “con sólo tres poblaciones de relativa importancia y unos cuantos poblados sin esperanza”.⁶² Sobre sus habitantes, Mon y Velarde afirmó que carecían de “hábitos de trabajo”.⁶³

En contraste con el conjunto de afirmaciones emitidas por los funcionarios de la Corona a finales del siglo XVIII, los analistas que escribieron sobre la historia de la provincia optaron más bien por enfatizar su visión sobre las condiciones económicas favorables de esta durante el siglo XIX. Algunos llegaron incluso a sostener que la actitud afecta al trabajo de los antioqueños era una condición de diferenciación que había sido aprehendida y heredada de la colonia, asociada al trabajo minero como una importante escuela de trabajo.⁶⁴ Esta perspectiva fue la que en definitiva integró el discurso identitario regional.

Así, alrededor de la pobreza de la provincia, y del significado de la minería y de la dedicación al trabajo, se produjo la primera y más contundente diferencia interpretativa sobre Antioquia. Esta se presentó, como ha quedado dicho, entre los funcionarios de la Corona española de finales del siglo XVIII y los políticos e intelectuales de la región decimonónica posterior a la Independencia, quienes lideraron la construcción del régimen republicano en esta provincia.

En poco más de un siglo, las condiciones económicas que soportaban las imágenes y percepciones de Antioquia y de los antioqueños producidas por las élites económica, política e intelectual se modificaron ostensiblemente. Sin duda, se trata de dos posiciones diferentes que dan cuenta de núcleos distintos de representación. Este corte se encuentra asociado con los cambios que se

60 Ibid., 39.

61 Ibid., 39.

62 Robledo, *Bosquejo biográfico*.

63 Robledo, *Bosquejo biográfico*.

64 Ospina Rodríguez, *Biografía del doctor*.

presentaron en las condiciones de la economía producidas en el tiempo transcurrido entre los diferentes escritos: el paso de la minería de aluvión a la de veta, la colonización del occidente y la agricultura.

5. Continuidad en el siglo xx

La vigencia de las narrativas del *elogio de la dificultad* se registra desde mediados del siglo xix y se prolonga, por lo menos, hasta la mitad del siglo xx. Esto resulta perceptible en el libro del médico cirujano e intelectual liberal Luis López de Mesa, *De cómo se ha formado la nación colombiana* (1934), en el cual construye su propia visión acerca de la nacionalidad colombiana en su diversidad racial y regional. López de Mesa nació en 1884 en el pueblo antioqueño de Don Matías, fue profesor universitario, ministro de Educación en 1934 durante el primer Gobierno de Alfonso López Pumarejo, ministro de Relaciones Exteriores y rector de la Universidad Nacional, entre otros cargos de importancia. En el segundo capítulo (“Breve interpretación del territorio de Colombia”) del mencionado libro, López de Mesa resalta las dificultades para dilucidar unas características comunes en medio de la gran diversidad geográfica y natural colombiana. Y como respuesta a su propia pregunta acerca de “la composición e índole” del pueblo colombiano considera necesario establecer “diferencias regionales”, e iniciar un viaje imaginario por el país a través de seis grandes regiones. Al referirse a Antioquia, nombra las dificultades de unos “suelos pobres para la agricultura”, de las “arriscadas alturas de pobre vegetación y vertiginosos pendientes que, a través de extensos bosques”,⁶⁵ mantuvieron a los antioqueños aislados del río Magdalena y del mar durante más de cuatro siglos. Podemos decir, en síntesis, que para López de Mesa este *pueblo* es producto fundamentalmente de dos factores que lo han moldeado:

- El medio físico: “Su grupo étnico [aunque] debiera clasificarse como el del litoral, ibero-afro-americano, pero el medio físico ha modificado tan hondamente a este grupo que en nada se asemeja al precedente y se distingue de todos los restantes de la república”.⁶⁶

65 Luis López de Mesa, *De cómo se ha formado la nación colombiana* (Medellín: Bedout, 1970), 90, primera edición: 1934.

66 López de Mesa, *De cómo se ha formado*, 94.

- Las condiciones económicas: “Pueblo emprendedor, migrador y comerciante ha dado lugar a que se le considere judío (...) otros historiadores dicen que estas características provienen de su ascendencia catía, indígenas igualmente andariegos y comerciantes (...). Yo creo que mucho de lo que son los antioqueños depende de las condiciones económicas en que han vivido (...)”.⁶⁷

En un contexto económico muy diferente al del auge minero de fines del XIX, López de Mesa reproduce la narrativa de la identidad que tan alto consenso había alcanzado en el siglo anterior. Y para ello retoma sus elementos básicos: la estrecha relación entre el medio físico y las características humanas que hacen diferentes a los antioqueños de los demás “grupos étnicos”⁶⁸ de la república, así como el enorme esfuerzo que deben desplegar en tan pobres circunstancias para alimentar a su población.⁶⁹ La narrativa del *elogio de la dificultad* aparece de forma comprimida en el siguiente párrafo de López de Mesa: “Lo que existe [en Antioquia] es loable en justicia si paramos mientes en el *esfuerzo asombroso que ello ha costado a este pueblo arraigado entre riscos casi inaccesibles*, durante 4 centurias aislado por extensos bosques de su única vía de comunicación que era el río Magdalena y alejados del mar a cosa de mil km. de difícil tránsito: este es el milagro de aquellas gentes, que así tan pobres y solitarias (...). Siempre hepreciado mucho esta *vocación admirable* del pueblo antioqueño a ennoblecer su estirpe con dones de espiritualidad a través de un *sino adverso...*”.⁷⁰

Su lenguaje, aunque elogioso, no tiene el tono grandilocuente ni heroico para referirse a los antioqueños. Su postura posee, en cambio, un énfasis determinista que, sin dejar de reconocer el esfuerzo desplegado por los antioqueños en su trayectoria histórica, resalta las profundas influencias del medio natural y de las condiciones económicas para moldear y modificar a este pueblo.

El texto clásico de la antropología colombiana *Familia y cultura en Colombia*, en el cual se reproducen las narrativas del *elogio de la dificultad* desde

67 Ibid., 95.

68 Ibid.

69 López de Mesa, *De cómo se ha formado*.

70 Ibid., 104 (énfasis añadido).

una mirada externa, lo escribe Virginia Gutiérrez de Pineda (antropóloga santandereana de la primera generación profesional). En este libro, publicado a finales de la década de 1960, la autora describe la tipología y estructura familiar en Colombia, a través de cuatro “complejos culturales”, utilizando una nomenclatura que combina factores geográficos y étnicos.⁷¹ Gutiérrez de Pineda consideró los complejos como “dotados de un hábitat particular”, habitados por “un conjunto demográfico de características étnicas dadas”, el cual había creado mediante un “proceso histórico vivido separadamente” la sociedad representada en instituciones. En esas instituciones operaban valores, imágenes y pautas de comportamiento en “complicada acción integrativa” y bajo una “marcada identidad”.⁷²

De acuerdo con Gutiérrez de Pineda, el habitante del complejo cultural antioqueño expresa una notoria preferencia por el hábitat de vertientes montañosas. La perspectiva de la autora en algunos momentos parece llegar a tomar la forma de un determinismo que, sin embargo, deja juego a la creatividad e iniciativa del pueblo antioqueño. En concordancia con lo que se viene analizando, esta autora considera que las difíciles condiciones naturales y geográficas constituyeron para el hombre antioqueño “retos fecundos en su camino hacia el dominio y moldeamiento de su hábitat”, lo cual fue logrando a base de “inventiva, método y tenacidad”: “La arisca topografía de su hábitat, las condiciones de sus corrientes fluviales, constituyeron un *reto de fecunda respuesta* en el proceso de moldeamiento ambiental logrado a fuerza de inventiva, método y tenacidad. La actual comunicación moderna es un nuevo ejemplo de su *empuje agresivo canalizado fecundamente en la conquista de su hábitat*. Sin embargo, donde mejor se patentiza el *ánimo dominador del medio físico* es en la odisea del colono antioqueño. Recordemos su éxodo fértil a lo largo y ancho de las vertientes cordilleranas...”⁷³

71 Denominados complejo cultural andino o americano, complejo negroide o litoral fluvio-minero, santandereano o neohispánico, y antioqueño o de la montaña. Virginia Gutiérrez de Pineda, *Familia y cultura en Colombia*, 3.^a ed. (Medellín: Universidad de Antioquia, 1994), primera edición: 1968.

72 Gutiérrez de Pineda, *Familia y cultura*, xxxi.

73 *Ibid.*, 404 (énfasis añadido).

Para la antropóloga Gutiérrez de Pineda, el “impulso agresivo masculino” encontraba en este complejo cultural un canal creativo y de expresión social que se reflejaba en el “control productivo de su hábitat” y en otros elementos, que ella sintetiza como “creación económica” y que aluden a lo que atrás hemos denominado el éxito económico, y las condiciones de prosperidad y progreso de la región. Además, las nuevas situaciones producidas en Antioquia durante la primera mitad del siglo xx como la nueva expansión colonizadora del núcleo antioqueño sobre las tierras bajas y cálidas (el río Magdalena, Urabá y el Bajo Cauca) fueron integradas en esa perspectiva interpretativa como una nueva traducción de la “agresión e impulso creador”⁷⁴ del hombre antioqueño.

Si bien en su texto la autora refrenda el discurso hegemónico del siglo xix, interesa resaltar dos diferencias importantes: 1) no considera esta una lucha heroica entre civilización y barbarie, pues este modelo dual ya había sido superado y, 2) para los rasgos de los habitantes del complejo busca explicación en ciertas condiciones básicas de todos los seres humanos, en sus pautas de comportamiento o en el “instinto de agresión” (clara influencia de la psicología) y en unas maneras particulares de “proyección o extraversion”, “todo ello en complicada acción integrativa” (podría decirse funcional), y no en factores externos o estructurales, es decir, en interacción histórica con el hábitat y las instituciones, y como forma de expresión del interior hacia el exterior y del individuo hacia la sociedad.

Esta mirada de observadora externa a la región se complementa con la de James Parsons, investigador social norteamericano que publicó, a mediados del siglo xx, su investigación sobre la colonización antioqueña. También su texto está desprovisto del énfasis heroico con que las élites decimonónicas redactaron su discurso. Aun cuando Parsons reconoce las condiciones particulares de la geografía (las “tierras improductivas y rojizas” y la “naturaleza profundamente quebrada de la región”), no resalta la adversidad ni la heroicidad de la lucha contra las condiciones naturales. Parsons destaca, más bien, el *aislamiento largo y efectivo* en las montañas como generador del “definido tradicionalismo” y la “peculiaridad de los rasgos culturales” de este pueblo, lo cual se expresa

precisamente en su estrecha ligazón con las montañas: “A despecho y pesar de esta expansión geográfica [se refiere al proceso de colonización de tierras], todos los vínculos culturales y anhelos de este pueblo están en el viejo corazón de las montañas de Antioquia y en el hermoso Valle de Medellín...”⁷⁵

A manera de conclusión

Las interesantes diferencias que se registran entre los textos de José Manuel Restrepo y Juan de Dios Restrepo, y los que se retoman de ahí en adelante, nos permiten afirmar que el *elogio de la dificultad* como narrativa de la identidad regional en Antioquia tiene un momento de arranque que puede situarse a mediados del siglo XIX y se extiende sin fisuras hasta la mitad del siglo siguiente.⁷⁶ Esta narrativa recoge las representaciones de una intelectualidad regional posterior al proceso de Independencia de España, en el siglo XIX, con respecto a la valoración del entorno. Con su visión de esos elementos, y con otros más que en este artículo no se mencionan, se intenta construir, elaborar y difundir sus nociones de *pueblo antioqueño* y de *antioqueños*. Esta narrativa permite, a su vez, representarse y representar la diversidad dentro y fuera de sus fronteras, y calificar a los otros en términos positivos o negativos, en la medida en que sus formas y modos de vida se considerarán semejantes o diferentes de los propios.

Entre los intelectuales que escribieron sobre la geografía y la historia de Antioquia que venimos de analizar, es decir, en casi un siglo y medio de trabajo intelectual –desde comienzos del siglo XIX hasta la mitad del siglo XX–, no identificamos discursos alternos que negaran, estuvieran en contra o discreparan de aquellos que configuraron el *elogio de la dificultad*. Esto no significa que los discursos de la intelectualidad decimonónica fueran monolíticos. En

⁷⁵ Parsons, *La colonización antioqueña*, 2.

⁷⁶ La revisión de textos historiográficos que incluimos en la investigación en la cual se basa el presente artículo abarca los que se refieren a la historia de Antioquia hasta la primera mitad del siglo XX. Si bien hemos identificado muchas líneas de continuidad entre las representaciones de la identidad antioqueña sustentadas por la historiografía decimonónica y la historiografía académica contemporánea, es necesario hacer un estudio sistemático de los textos contemporáneos a propósito de la historia reciente de Antioquia (segunda mitad del siglo XX), para poder precisar hasta dónde van las continuidades, y a partir de qué y de quiénes se producen las rupturas.

efecto, se produjeron divergencias parciales en relación con asuntos, también parciales, producto de lo cual, sin embargo, no se configuran nuevos núcleos de representación que nos permitan hablar de la configuración de otras narrativas diferentes de la identidad regional.

Se evidencian, en cambio, diferencias de fondo (núcleos duros) que configuran representaciones diferentes de la identidad regional en los textos de comienzos del siglo XIX, anteriores a la Independencia, que presentan continuidad con las percepciones y representaciones sobre los antioqueños producidas y difundidas a finales del siglo XVIII.

Los textos de López de Mesa y Gutiérrez de Pineda hacen parte de los primeros apuntes de geografía cultural y humana, tendencia de comienzos del siglo XX en las ciencias humanas a la que se denominó *culturalismo*, *particularismo cultural* o *ecologismo cultural*, asociada con la identificación de *áreas culturales*. En esta, los grupos humanos poseen características colectivas que obedecen a adaptaciones al medio natural y al entorno geográfico, relación que configura territorios y grupos nítidamente diferenciables y casi aislados en sus particularidades. No se resaltan las complejidades que entrañan las interacciones entre grupos.

Tal tendencia fue inspirada por Paul Vidal de la Blache,⁷⁷ quien propuso la noción *género de vida* según la cual el hombre entra en relación con la naturaleza por medio de técnicas mezcladas con cultura local. El espacio en ella es resultado de la interacción entre una sociedad localizada y un medio natural dado. De acuerdo con Milton Santos, Vidal de la Blache procuró definir las relaciones particulares que se entretejen entre el hombre y el espacio que le rodea, de manera que la personalidad del hombre termina por estar marcada por la personalidad regional.

Bibliografía

Fuentes primarias impresas

Codazzi, Agustín, dir. *Geografía física y política de la Confederación granadina*. Vol. IV. Editado por Guido Barona, Augusto J. Gómez López y Camilo A.

⁷⁷ Paul Vidal de la Blache citado en Milton Santos, *Por una nueva geografía* (Madrid: Espasa Calpe, 1990).

- Domínguez Ossa. Medellín: Universidad Nacional de Colombia, Universidad EAFIT, Universidad del Cauca, 2005.
- Gosselman, Carl August. *Viaje por Colombia. 1826-1827*. Bogotá: Banco de la República, 1981.
- Gutiérrez de Pineda, Virginia. *Familia y cultura en Colombia*. 3.^a ed. Medellín: Universidad de Antioquia, 1994. Primera edición: 1968.
- López de Mesa, Luis. *De cómo se ha formado la nación colombiana*. Medellín: Be-dout, 1970. Primera edición: 1934.
- _____. *Introducción a la historia de la cultura en Colombia*. Bogotá: s. e., 1984. Primera edición: 1930.
- Ospina Rodríguez, Mariano. *Biografía del doctor José Félix de Restrepo*. Sabaneta: Centro de Historia José Félix de Restrepo, 1988.
- Parsons, James. *La colonización antioqueña en el Occidente de Antioquia*. Medellín: Imprenta Departamental de Antioquia, 1950.
- Restrepo Eusse, Álvaro. *Historia de Antioquia desde la conquista hasta 1900*. Medellín: Imprenta Oficial, 1903.
- Restrepo, José Manuel. "Ensayo de geografía, producciones, industria y población de la provincia de Antioquia en el Nuevo Reino de Granada". *Revista Universidad de Antioquia*, Vol. LII, no. 202 (1984): 49-76.
- Restrepo, Juan de Dios. *Artículos escogidos*. Bogotá: Banco Popular, 1972. Primera edición: 1854.
- _____. "Antioquia y sus costumbres". En *Artículos escogidos*. Juan de Dios Restrepo, 307-14. Bogotá: Banco Popular, 1972. Primera edición: 1854.
- _____. "Descripción del Estado Soberano de Antioquia, antes y poco después del año 1874 en su desarrollo económico social y cultural". En *El ferrocarril de Antioquia o el despertar de un pueblo. Estudio histórico, socio- económico y cultural que presentaba el Estado Soberano de Antioquia en 1874*. Aquiles Echeverri, 43-54. Medellín: Colección Academia Antioqueña de Historia, 1974.
- Restrepo, Vicente. *Estudio sobre las minas de oro y plata en Colombia*. Medellín: Fondo Rotatorio de Publicaciones FAES, 1979. Primera edición: 1883.
- Robledo, Emilio. *Bosquejo biográfico del Sr. Oidor Juan Antonio Mon y Velarde visitador de Antioquia 1785-1788*. Bogotá: Banco de la República, 1954.
- Uribe Ángel, Manuel. *Geografía general y compendio histórico del estado de Antioquia*. París: Imprenta de Víctor Goupy y Jourdan, 1885.
- _____. *Geografía general del Estado de Antioquia en Colombia*. Medellín: Colección de Autores Antioqueños Gobernación de Antioquia, Editorial Edinalco, 1985.
- Zuleta, Estanislao. "El elogio de la dificultad". Conferencia en la Universidad del Valle, Cali, 1980.

Fuentes secundarias

- Abric, Jean Claude. "Specific Process of Social Representations". *Papers on Social Representations-Textes sur les représentations sociales*, Vol. 5 (1996): 77-80.
- _____. "Central System, Periphederal System: Their Functions and Roles in the Dynamics of Social Representations". Acceso octubre de 2004. https://www.researchgate.net/publication/284756719_Central_System_Peripheral_System_their_Functions_and_Roles_in_the_Dynamic_of_Social_Representations
- Anderson, Benedict. *Comunidades imaginadas. Reflexión sobre el origen y difusión del nacionalismo*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 1991.
- Arcila, María Teresa y Lucella Gómez. "Libres, cimarrones y arrojados en la frontera entre Antioquia y Cartagena. Siglo XVIII". Informe de investigación, Medellín, INER, Universidad de Antioquia, 2004.
- Banchs, María Auxiliadora. "Aproximaciones procesales y estructurales al estudio de las representaciones sociales". *Papers on Social Representations-Textes sur les représentations sociales*, Vol. 9 (2000): 3.1-3.15. http://www.psr.jku.at/PSR2000/9_3Banch.pdf
- Barros, Claudia. "Reflexiones sobre la relación entre lugar y comunidad". *Documents d'anàlisi geogràfica*, no. 37 (2000): 81-94. <http://www.uab.es/pub/dag/02121573n37p81.pdf>
- Claval, Paul. "El enfoque cultural y las concepciones geográficas del espacio". *Boletín de la Asociación de Geógrafos Españoles*, no. 34 (2002): 21-39. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=660030>
- García, Clara Inés. "Región y violencias en Antioquia. Problemáticas, conceptos y tendencias de la investigación". Ponencia presentada en el Seminario Estudios Regionales en Antioquia, Medellín, junio de 2002.
- García, José Luis. *Antropología del territorio*. Madrid: Taller de Ediciones JB, 1976.
- Giménez, Gilberto. "Territorio, cultura e identidades. La región sociocultural". En *Cultura y región*. Editado por Jesús Martín-Barbero, Fabio López de la Roche y Ángela Robledo, 55-69. Bogotá: CES, Universidad Nacional, Ministerio de Cultura, 2000.
- Goldman, Noemí. *El discurso como objeto de la historia*. Buenos Aires: Hachette, 1989.
- Grimson, Alejandro. "Los procesos de fronterización: flujos, redes e historicidad". En *Fronteras. Territorios y metáforas*. Compilado por Clara Inés García, 15-33. Medellín: Hombre Nuevo Editores, 2003.
- Guerra, François-Xavier. *Modernidad e independencias. Ensayo sobre las revoluciones hispánicas*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 1993.
- Hagen, Everett. *El cambio social en Colombia. El factor humano en el desarrollo económico*. Bogotá: Tercer Mundo, 1962.

- Jociles de Rubio, María Isabel. "El análisis del discurso: de cómo utilizar desde la antropología social la propuesta analítica de Jesús Ibáñez". *Avá. Revista de Antropología*, no. 7 (2005): 1-25. <https://www.redalyc.org/pdf/1690/169021460009.pdf>
- Jodelet, Denise. "La representación social. Fenómenos, concepto y teoría". En *Psicología social II*. Compilado por Serge Moscovici, 469-94. Barcelona: Paidós, 1986.
- Moscovici, Serge y Miles Hewstone. "De la ciencia al sentido común". En *Psicología social II*. Compilado por Serge Moscovici, 290-304. Barcelona: Paidós, 1986.
- Moyano, Marisa. "Facundo: la negatividad de la barbarie y los procesos de territorialización". 2003. Acceso septiembre de 2006. <http://www.sincronia.cucsh.udg.mx/facundo.htm>
- _____. "Escritura, frontera y territorialización en la construcción de la nación". Acceso septiembre de 2006. <http://www.lehman.cuny.edu/ciberletras/v09/moyano.html>
- Rizo, Marta y Vivian Romeu. "Una propuesta para pensar las fronteras simbólicas". Ponencia presentada en el XVIII Encuentro Nacional AMIC, México, 2006.
- Santos, Milton. *Por una nueva geografía*. Madrid: Espasa Calpe, 1990.
- Uribe de Hincapié, María Teresa. "Las territorialidades de la violencia y los conflictos en Antioquia". En *Realidad social I*. Editado por Álvaro Tirado Mejía, 51-112. Medellín: Gobernación de Antioquia, 1990.
- _____. *Nación, ciudadano y soberano*. Medellín: Editorial Corporación Región, 2001.
- Uribe de Hincapié, María Teresa y Jesús María Álvarez. *Poderes y regiones: problemas en la constitución de la nación colombiana. 1810-1850*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia, 1987.
- Van Dijk, Teun. *Racismo y análisis crítico de los medios*. Barcelona: Paidós, 1997.
- _____. "El análisis crítico del discurso y el pensamiento social". *Athenea Digital*, no. 1 (2002): 18-24.
- Viveros, Mara. "La problemática de la representación social y su utilidad para los estudios de salud y enfermedad". *Boletín Socioeconómico*, no. 26 (diciembre de 1993): 121-39.

Los estudios socioespaciales: hacia una agenda de investigación transdisciplinaria¹

Carlo Emilio Piazzini Suárez²

El contexto teórico de emergencia de las investigaciones y elaboraciones expresamente dirigidas a explorar la naturaleza de las relaciones entre lo social y lo espacial es el de una transformación en el esquema de precedencia epistemológica entre tiempo, espacio y ser como categorías fundamentales de la existencia humana. De la “época de la historia”, signada por el tiempo como tema central para las filosofías y las ciencias de lo social, se habría transitado, durante la segunda mitad del siglo xx, hacia la “época del espacio”.³ Así se dio comienzo a un replanteamiento del lugar periférico que hasta entonces ocupaba la cuestión espacial frente a la hegemonía del tiempo en el pensamiento social. Este cambio también habría encontrado entre sus condiciones de posibilidad una advertencia, cada vez más generalizada, acerca de las repercusiones sociales de toda índole debidas a la recomposición de las espacialidades

¹ Original publicado en: *RegionEs*, no. 2 (2004): 151-72. Este texto se basa en los planteamientos académicos del proyecto de creación de la Maestría en Estudios Socioespaciales del Instituto de Estudios Regionales (INER) de la Universidad de Antioquia.

² Investigador del INER de la Universidad de Antioquia.

³ Michel Foucault, “Of Other Spaces” (Lecture given at Cercle des études architecturales, March 14, 1967), <http://foucault.info/documents/heteroTopia/foucault.heteroTopia.en.html>.

durante la modernidad, y últimamente como condición inherente a los procesos de globalización y eclosión de narrativas y movimientos locales.

Puede compararse la inflexión que representa la toma de conciencia sobre la relevancia de la cuestión espacial en la manera en que se comportan las sociedades y aun en la forma en que se puede conocer el mundo en cuanto a sus efectos revolucionarios, con las transformaciones que en su momento produjeron los giros histórico, lingüístico y cultural en el pensamiento occidental. Así, a partir del llamado “giro espacial”⁴ han emergido múltiples agendas y programas de investigación que convocan diversos saberes hacia la constitución de lo que podrían denominarse las teorías socioespaciales, un proceso que se encuentra en plena marcha.

Una tarea fundamental en esta dirección es construir una ontología del espacio que, partiendo de situar lo que históricamente ha sido su tratamiento en la filosofía y las ciencias, trate de suministrar argumentos a favor de una recomposición del lugar del espacio frente a otras categorías fundamentales como tiempo y sociedad, y con ello logre sustentar y delimitar epistemológicamente lo que sería el ámbito temático de una teoría socioespacial.

Espacio y sociedad

Dado que el “giro espacial” se ha operado en el contexto de intensos debates sobre la validez e incluso sobre las finalidades políticas de los sistemas de pensamiento que aspiran a la universalidad, es difícil cuando no imposible hallar consenso acerca de una ontología del espacio que pudiera operar a la manera de un paradigma.⁵

No obstante, por principio se ha privilegiado el tratamiento del tiempo respecto del espacio en el pensamiento occidental, por lo menos desde Kant hasta Heidegger.⁶ Esta percepción habría determinado la distribución epistemológica de lo espacial en las ciencias modernas, al igual que el tipo de

4 Fredric Jameson, *Postmodernism, or the Cultural Logic of Late Capitalism* (London: Verso, 1991), 154.

5 Thomas Kuhn, *La estructura de las revoluciones científicas*, trad. Agustín Contín (Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 1992), primera edición: 1962.

6 Foucault, “Of Other Spaces”; Edward Soja, *Postmodern Geographies: The Reassertion of Space in Critical Social Theory* (London, New York: Verso, 1994), first edition: 1989; David Harvey, *The Condition*

tratamiento que el espacio y las espacialidades han recibido específicamente por parte de las ciencias sociales. Ello, desde luego, no quiere decir que con anterioridad al “giro espacial” el espacio haya ocupado un lugar secundario en la vida social, sino que la supeditación a la historia y al tiempo, como recursos fundamentales de ordenamiento y explicación de los fenómenos sociales y humanos, opacó y acaso enmascaró ideológicamente la importancia que el control político del espacio podía tener para el establecimiento de las formas de poder que han predominado en la modernidad.

De hecho, la primacía del tiempo sobre el espacio fue decisiva para la constitución de un modelo geopolítico y de una política de la interpretación⁷ de los saberes de la modernidad. Y, yendo hacia atrás, puede decirse que el concepto, tal como se configuró desde el siglo XVIII, se irguió, no sin cambios, sobre la herencia de antiguas oposiciones entre alma y cuerpo, espíritu y materia, propias del pensamiento griego clásico y judeocristiano. Así, en los sistemas filosóficos modernos, y notablemente a partir de Hegel,⁸ la alteridad relativa a la simultaneidad espacial de los lugares geográficos fue domesticada recurriendo a un modelo de tiempo histórico de carácter evolutivo, conforme al cual las sociedades occidentales ocupan el lugar del presente y el futuro, mientras que las sociedades no occidentales se han ubicado en un pasado protohistórico o prehistórico. Esta lógica, subyacente a los esquemas de progreso y luego de desarrollo y modernización, erigió como modelo las características económicas, políticas y culturales de los centros metropolitanos, mientras que paralelamente exigía a los lugares periféricos que transformaran sus geografías, sus paisajes, sus arquitecturas y sus tecnologías –en suma sus espacialidades–, como condición para ingresar a la “punta de lanza” de la evolución.

A esta geopolítica corresponde una cartografía del pensamiento. Mientras el tiempo y las temporalidades gozaron de una relativa unidad y autonomía

.....
of Postmodernity: An Inquiry into the Origins of Cultural Change (Oxford: Blackwell, 1989); José Luis Pardo, *Las formas de la exterioridad* (Valencia: Pre-Textos, 1992).

7 Hyden White, *El contenido de la forma. Narrativa, discurso y representación histórica*, trad. Jorge Vigil Rubio (Barcelona: Paidós, 1992), primera edición: 1987.

8 Georg W. F. Hegel, *Lecciones sobre la filosofía de la historia universal*, trad. José Gaos (Madrid: Alianza Editorial, 1985), primera edición: 1837.

ontológicas, la conceptualización del espacio y las espacialidades se fisionó entre un espacio matemático-físico, objetivo y verdadero –considerado una exterioridad del ser–, y un espacio sensible, aparente y subjetivo –interior al ser y supeditado a la conciencia que este pudiese desarrollar del tiempo–. Ello conllevó que fueran las ciencias físicas y naturales las autorizadas para tratar el espacio, desplegando para el efecto procedimientos de medición y cuantificación de sus contenidos y relaciones. Además, el espacio sensible (en tanto subjetivo, aparente, accesorio y ontológicamente reductible a la cuestión temporal) no podía constituirse en objeto lícito de estudio de las ciencias sociales, pues estas, aparte de algunos reclamos en torno de su especificidad para tratar los aspectos particulares y contingentes del ser humano (p. ej. el historicismo),⁹ tenían como paradigma el modelo con aspiraciones de universalidad de las ciencias naturales. En consecuencia, el tratamiento de lo espacial en las ciencias sociales no solo ha estado relegado a un papel subordinado, sino que además implica una situación esquizofrénica pues “(...) en los intentos de constituir una ciencia del hombre, un saber acerca del sujeto (esto es, de ese entorno psíquico que es lo único que la ciencia físico-matemática ha excluido de su imperio), del ‘alma’ o del ‘espíritu’, esta pretendida ciencia –para serlo– se moldea sobre el espacio geométrico-mecánico de la ciencia natural, emprendiendo un camino verdaderamente intransitable (dar cuenta de la subjetividad excluyendo previamente a la subjetividad misma)”¹⁰

Tal precariedad ontológica ha implicado que la incorporación del espacio a los principales sistemas del pensamiento social moderno, especialmente a aquellos con aspiraciones cosmopolitas, haya sido un hecho “profundamente desgarrador de sus posiciones centrales y derivaciones”.¹¹ Lo mismo conllevó por ejemplo –en el caso de la teoría marxista clásica– calificar el espacio como un “asunto innecesario”, e incluso a que en la geografía durante bastante

9 Cf. Raymond Aron, *Lecciones sobre la historia. Cursos del College de France*, trad. Sergio René Madero (Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 1996), primera edición: 1989.

10 Pardo, *Las formas de la exterioridad*, 251.

11 David Harvey, “Cosmopolitanism and the Banality of Geographical Evils”, *Public Culture*, Vol. 12, no. 2 (2000): 539.

tiempo la cuestión espacial no fuera considerada más allá de un parámetro meramente heurístico.¹²

Es así como la conceptualización del espacio que ha predominado en las ciencias naturales y sociales se refiere a “(...) un espacio neutro, isomorfo, isotrópico, infinito, uniforme. Se trata de un espacio material, de naturaleza geométrica, entendido como extensión. El espacio como una superficie objetiva, en la que se sitúan y ubican tanto los fenómenos físicos como los sociales o políticos. El espacio escenario es, en lo conceptual, un espacio vacío, un espacio continente o contenedor, que tanto puede representarse lleno de objetos y actores como desprovisto de ellos”.¹³

Como se mencionó, en las ciencias sociales el espacio quedó reducido a una cuestión heurística de manejo de las escalas dentro de un sistema taxonómico de diferenciación territorial, o a una figura retórica que aprovecha metáforas con referentes espaciales, para dar forma a narrativas geográficas, históricas, políticas, antropológicas y sociológicas.¹⁴

De forma paralela y, en cierto modo, subsidiaria de la fractura entre espacio objetivo y espacio subjetivo, el tratamiento de los contenidos sociales tangibles en el espacio; es decir, de las materialidades, ha sido bien el de una mirada mecánica, interesada por las sustancias, las mercancías y las funciones o el de una mirada espiritual interesada por la manera en que lo social se derrama sobre los cuerpos, los objetos, las cosas y sus relaciones, como soportes y acaso expresiones de la cultura.¹⁵ La escisión entre lo animado y lo inanimado, entre lo humano y lo no humano ha dificultado el pensamiento sobre el lugar que ocupan las materialidades en las relaciones sociales.¹⁶ Y, pese a que

12 Ovidio Delgado, *Debates sobre el espacio en la geografía contemporánea* (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2003).

13 José Ortega, *Los horizontes de la geografía. Teoría de la geografía* (Barcelona: Ariel Editorial S. A., 2000), 342.

14 John Agnew, “Representing Space: Space, Scale and Culture in Social Science”, in *Place/Culture/Representation*, eds. James Duncan and David Ley (London: Routledge, 1994), 251-71, first edition: 1993.

15 Cf. Régis Debray, *Transmitir*, trad. Horacio Pons (Buenos Aires: Manantial, 1997); François Dagognet, “Detritus, desechos, lo abyecto” (*Texto inédito*, Universidad Nacional, Medellín, 2000).

16 Bruno Latour, “Where are the Missing Masses? Sociology of a Door”, in *Shaping Technology-Building Society. Studies in Sociotechnical Change*, eds. Wiebe Bijker and John Law (Cambridge: MIT Press, 1992), 225-59.

las materialidades pueden ser consideradas, aun desde una ontología mecánica del espacio, como parte constituyente del mismo, los estudios de la cultura material y de la técnica han sido escasamente integrados a los estudios del espacio y la geografía.¹⁷

De cara a estas dificultades se ha planteado la necesidad de constituir un “pensamiento del afuera”,¹⁸ de las “formas de la exterioridad”,¹⁹ que parta de considerar que nuestra existencia es forzosamente espacial, que somos cuerpos que ocupamos un espacio, que pensamos en el espacio y a los cuales el espacio preocupa. Entre la creciente “muchedumbre de cosas” –objetos, útiles, máquinas y constructos estéticos– las prácticas sociales y las técnicas de espacialización producen nuevas espacialidades; es decir, determinadas formas de disposición, distribución, distanciamiento y relación entre los entes en el espacio (paisajes, territorios, lugares, cuerpos y artefactos).

Tal definición, que hemos adaptado de José Luis Pardo,²⁰ parte necesariamente de trascender la oposición ya mencionada entre espacio objetivo y espacio subjetivo. No hay lugar para un subjetivismo o idealismo en la medida en que se reconoce que el espacio, como exterioridad, como extrañamiento, afecta la existencia, incluyendo el pensamiento, y no hay lugar para un objetivismo en la medida en que el espacio no es de ninguna manera un receptáculo que puede ser vaciado de sus contenidos sin que pierda su condición de existencia: el espacio es en la medida en que se habita, usa y significa.

La idea del espacio como producto y a su vez productor de lo social ha sido desarrollada en extenso por Henri Lefebvre,²¹ quien ha señalado la existencia de una relación dialéctica en el proceso de producción del espacio: entre prácticas espaciales, espacios representados y espacios de representación. Su planteamiento fue retomado posteriormente por Edward Soja para referirse al espacio percibido (físico), al espacio concebido (pensado) y al espacio vivido

17 Milton Santos, *La naturaleza del espacio. Técnica y tiempo. Razón y emoción*, trad. María Laura Silveira (Barcelona: Ariel S. A., 2000), primera edición: 1996.

18 Gilles Deleuze y Félix Guattari, *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*, trad. José Vázquez Pérez (Valencia: Pre-Textos, 1994), 381, primera edición: 1980.

19 Pardo, *Las formas de la exterioridad*.

20 Pardo, *Las formas de la exterioridad*.

21 Henri Lefebvre, *The Production of Space* (Cambridge: Blackwell, 1991), first edition: 1974.

(representado).²² Estas teorías han significado un avance importante en la constitución de una teoría de lo socioespacial.

En esta medida se prefigura una transformación de las relaciones entre espacio y sociedad, superando la forma tradicional de considerar el espacio como un contenedor físico sobre el que se derraman las actuaciones sociales y de ver las espacialidades como simples expresiones, epifenómenos o revestimientos de algo más esencial, como sería lo económico, lo político o lo cultural. A su vez, se previene el retorno hacia determinismos ambientales, geográficos y tecnológicos que podrían conllevar un “espacialismo” al considerar de forma mecánica el espacio como determinante de lo social.

Relaciones entre espacio y tiempo

Pero queda pendiente avanzar en la misma dirección respecto de las relaciones entre lo espacial y lo temporal. La crítica al primado del tiempo sobre el espacio en el pensamiento occidental no debe conllevar una inversión de las jerarquías e incluso al sincronismo y al anacronismo de las miradas sobre el espacio.²³ Espacio y tiempo solo pueden separarse para propósitos de análisis; son dimensiones a las que en determinadas condiciones se les concede la bondad de servir como ángulo de observación de lo social. Desde esta perspectiva quizá sea apropiado emplear el concepto de *TiempoEspacio*²⁴ para designar una relación equilibrada entre una y otra dimensión, señalando igualmente la naturaleza de su indivisibilidad al interior de las prácticas y procesos sociales.

En la misma medida en que los teóricos de la geografía histórica han planteado el espacio como una entidad sujeta a transformaciones diacrónicas, es necesario plantear una geografía del tiempo que parta de considerar

22 Edward Soja, *Thirdspace. Journeys to Los Angeles and other Real-and-Imagined Places* (Oxford: Blackwell, 1996).

23 Soja, *Postmodern Geographies*.

24 Immanuel Wallerstein, “El espaciotiempo como base del conocimiento”, *Análisis Político*, no. 32 (1997): 3-15; Jon May and Nigel Thrift, eds., *Timespace: Geographies of Temporality* (Critical Geographies) (London, New York: Routledge, 2001).

la “multiplicidad de historias que son el espacio”.²⁵ En otras palabras, y sin desconocer los aportes que hayan podido realizar las geografías históricas a partir de una diferenciación de los espacios en virtud del tiempo, es necesario “abrir y recomponer el territorio de la imaginación histórica a través de una espacialización crítica”.²⁶

En esta dirección se hace necesario evaluar los postulados sobre la pluralidad del tiempo como producto histórico y social²⁷ a la luz de consideraciones recientes sobre la manera en que la pluralidad del espacio social puede estar relacionada con la simultaneidad de diferentes ritmos históricos.²⁸ Esto puede ser útil para comprender formas de configuración del TiempoEspacio en contextos geográficos e históricos específicos. Además, esta tarea se ofrece como una posibilidad de evaluar críticamente planteamientos recientes acerca del surgimiento de cambios más o menos generalizados en la experiencia del TiempoEspacio en la era global.²⁹

Pero, “¿Cómo ir más allá del discurso que predica la necesidad de tratar paralelamente el tiempo y el espacio (...)? ¿Cómo traducir en categorías analíticas esa mezcla que hace que el espacio sea también el tiempo y viceversa?”³⁰ Una posibilidad está en tratar las categorías de espacio y tiempo según parámetros comparables, lo cual puede lograrse mediante una “empirización” del segundo, cuyo arraigo en el principio de sucesión y no de simultaneidad (como ocurre con el espacio) lo hace sin lugar a dudas más abstracto. Tal empirización del tiempo sería posible al aproximarse a la materialidad de las

25 Doreen Massey, “Travelling Thoughts”, in *Without Guarantees. In Honour of Stuart Hall*, eds. P. Gilroy, L. Grossberg and Angela McRobbie (London: Verso, 2000), 231 citada en Ash Amin, “Spatialities of Globalisation”, *Environment and Planning A: Economy and Space*, Vol. 34, no. 3 (2002): 391.

26 Soja, *Postmodern Geographies*, 12.

27 Véase Fernand Braudel, *La historia y las ciencias* (Madrid: Alianza, 1974), primera edición: 1958; Jacques Le Goff, *El orden de la memoria. El tiempo como imaginario*, trad. Hugo F. Bauzá (Barcelona: Paidós, 1991), primera edición: 1977; Reinhart Koselleck, *Los estratos del tiempo: estudios sobre la historia*, trad. Daniel Innerarity (Barcelona: Paidós, 2001), primera edición: 2000; Paul Ricœur, *Tiempo y narración I. Configuración del tiempo en el relato histórico*, trad. Agustín Neira (Madrid: Siglo XXI Editores, 1998), primera edición: 1985.

28 Santos, *La naturaleza del espacio*.

29 May and Thrift, *Timespace*.

30 Santos, *La naturaleza del espacio*, 44.

técnicas como “dato constitutivo del espacio y el tiempo operacional y del espacio y el tiempo percibidos”.³¹

Es precisamente el estudio de las técnicas el que permite efectuar una evaluación crítica de postulados recientes acerca de una supuesta comprensión del tiempo y el espacio en la globalización,³² en la medida en que devela cómo, a la par que se han desarrollado tecnologías que reducen las diferencias espaciales y temporales (p. ej. transportes y redes de información), dichas diferencias coexisten con tecnologías que introducen nuevas espaciotemporalidades, no necesariamente reductoras de las diferencias (p. ej. tecnologías de la luz eléctrica y el cinema).³³

Ahora bien, una aproximación crítica tendiente a la reubicación de lo espacial respecto de lo social y lo temporal, cuyas líneas generales hemos expuesto hasta aquí, repercute en la reelaboración de nociones y conceptos sensibles a la concepción del espacio, tales como *lugar*, *territorio*, *cultura material*, *paisaje* y *cartografía*. Dicho proceso de reelaboración se hace visible a propósito de debates contemporáneos que son centrales al desarrollo y a la aplicación de las teorías socioespaciales, algunos de los cuales serán abordados a continuación.

(Des)territorialidades y (No)lugares

Recientemente, conceptos como *territorio* y *lugar* han sido puestos en duda en cuanto se les ha asociado a concepciones demasiado estáticas y excluyentes como para avanzar en la comprensión de las espacialidades porosas, yuxtapuestas y móviles que se les endosan a los procesos de globalización. En su lugar se han implementado conceptos abiertamente críticos como *no-lugar* y *desterritorialización*.

El primero de ellos señala la emergencia de realidades espaciales que no corresponden al “lugar antropológico” en donde “la identidad, las relaciones y la historia de los que lo habitan se inscriben en el espacio”, sino a “espacios de

31 Ibid., 48.

32 Harvey, *The Condition of Postmodernity*; Manuel Castells, *La sociedad red*, vol. 1 de *La era de la información. Economía, sociedad y cultura*, trad. Carmen Martínez Gimeno (Madrid: Alianza Editorial, 1999), primera edición: 1996.

33 May and Thrift, *Timespace*.

la circulación, de la distribución y de la comunicación, donde ni la identidad, ni la relación, ni la historia se dejan captar”.³⁴

Por su parte, con el concepto de *desterritorialidad* se señala que “Las relaciones ‘globales’ son conexiones sociales en las cuales la localización territorial, las distancias territoriales y las fronteras territoriales no tienen una influencia determinante. En el espacio global ‘el lugar’ no está territorialmente fijado, la distancia territorial es cubierta en un no-tiempo efectivo y las fronteras territoriales no presentan un impedimento particular”.³⁵

Estas ideas –que no dejan de tener un cierto tono apocalíptico en la medida en que anticipan la muerte de la geografía, las distancias y los límites espaciales, por efecto de los flujos y las velocidades de circulación de las transacciones económicas, tecnológicas e informáticas– han desatado un intenso proceso de debate y reconceptualización. Así por ejemplo, se ha planteado que el lugar, cualquiera que sea su temporalidad, sería “un lugar abierto, poroso, híbrido... cuya especificidad se deriva, no de algunas raíces míticas internas, ni de una historia de relativo aislamiento –que ahora sería interrumpida por la globalización–, sino precisamente de la absoluta particularidad de las mixturas e influencias que se encuentran allí”.³⁶ Se trata de un lugar en el que confluyen y se yuxtaponen, de manera particular, nuevas y viejas espaciotemporalidades, redes de prácticas espaciales y memorializaciones diferentes, lo cual no sería privativo de la era global.³⁷

Así mismo, Gearóid Ó. Tuathail ha planteado que “Territorio y territorialidad no son ontologías discretas, son construcciones sociales entretrejidas con capacidades tecnológicas, máquinas de transporte, logísticas militares, instituciones sociales, autoridades políticas y redes económicas. Las sociedades humanas producen, reproducen y también destruyen territorios y

34 Marc Augé, *El sentido de los otros. Actualidad de la antropología*, trads. Charo Lacalle y José Luis Facé (Barcelona: Paidós, 1996), 98, primera edición: 1994.

35 Jan.A. Scholte, “Global Civil Society”, in *The Political Economy of Globalization*, ed. Ngaire Woods (London: Macmillan, 2000), 179 citado en Amin, “Spatialities of Globalisation”, 386.

36 Doreen Massey, *Power-Geometries and the Politics of Space and Time: Hettner Lecture 1998* (Heidelberg: Department of Geography, University of Heidelberg, 1999), 222 citada en Amin, “Spatialities of Globalisation”, 392.

37 Amin, “Spatialities of Globalisation”.

territorialidades. Nuestra tarea es teorizar críticamente las territorialidades polimorfos producidas por lo social, lo económico, lo político y la maquinaria tecnológica de nuestra condición posmoderna, más que rechazar esta complejidad, reduciéndola a dramas singulares de una resistencia de lo territorial o de una desterritorialización imparable”.³⁸

Aquí es importante anotar que las nociones fundadoras del territorio se relacionan con la idea de un espacio geográfico referido al dominio y a la soberanía del Estado (tal como lo planteó Friedrich Ratzel a propósito de la geografía política). De su enunciado clásico, el concepto de *territorio* sigue guardando una dimensión política: “el territorio es fundamentalmente un espacio definido y delimitado por y a partir de relaciones de poder”,³⁹ dado que “las practicas territoriales (...) forman parte de la propia naturaleza del poder. Son un signo de éste (...). No hay poder sin territorio”.⁴⁰ No obstante, a tono con la reelaboración conceptual que en los últimos años se ha hecho de las categorías analíticas con las cuales se piensa la dimensión socioespacial, el concepto de *territorio* ha trascendido: 1) las escalas espaciales del Estado-nación; 2) el ejercicio de la territorialidad como función exclusiva de este; 3) la cuestión de lo espacial referida exclusivamente al soporte físico de la soberanía del Estado, y 4) el poder como el control efectuado por las instituciones del Estado.

Las territorialidades, esto es, las formas y grados de apropiación, dominio y control del espacio, sea este vivido, percibido o concebido, se despliegan también en el ámbito de lo internacional y lo infraestatal, siendo ejercidas tanto por agentes individuales como colectivos, por organizaciones transnacionales, empresas, estados, regiones o comunidades locales.⁴¹ De otra parte,

38 Gearóid Ó Tuathail, “Political Geography III: Dealing with Deterritorialization”, *Progress in Human Geography*, Vol. 22, no. 1 (1998): 90.

39 Marcelo Souza, “O território: sobre espaço e poder, autonomia e desenvolvimento”, em *Geografia: conceitos e temas*, comps. Iná Elias Castro et al. (Rio de Janeiro: Bertrand, 1995), 78.

40 Ortega, *Los horizontes de la geografía*, 530.

41 Gustavo Montañez, ed., *Espacio y territorios. Razón, pasión e imaginarios* (Bogotá: Universidad Nacional, 2000); Roberto Lobato Correa, “Território e corporação: um exemplo”, em *Território, globalização e fragmentação*, Hucitec, eds. Milton Santos, Maria Adélia A. de Souza y Maria Silveira (São Paulo: Hucitec, Anpur, 1994), 251-6.

lo que se territorializa no es solo el espacio físico o geográfico en sentido tradicional, sino también los objetos, los cuerpos, las técnicas, las mercancías, las redes de intercambio económico e información. Por último, las formas de ejercicio de poder que se relacionan con los procesos de territorialización trascienden la consideración tradicional del poder como dependiente de la esfera de las decisiones estatales, reconociéndose el papel activo de la dinámica política intraestatal (p. ej. regiones y localidades), al igual que últimamente los movimientos sociales y las organizaciones no gubernamentales (ONG) que trascienden las fronteras estatales, poniendo en contacto realidades locales con causas globales.

A su vez, la conceptualización del lugar ha transitado desde una idea del mismo como espacio dado, escenario autocontenido y en cierta medida aislado, hacia la de un *locus* que se constituye mediante prácticas localizadas que ponen en contacto, de forma singular, redes de relaciones sociales de amplitud local y extra-local. No obstante, sigue guardando la idea del espacio singular por excelencia, en donde buena parte de las relaciones se construyen cara a cara de manera cotidiana.

Estas reconceptualizaciones indican que las consideraciones sobre procesos de “desterritorialización” y emergencia de los “no-lugares” se han hecho sobre la base de una crítica a conceptos estáticos, esencialistas y autocontenidos de lugar y territorio, logrando con ello señalar más la urgencia de repensar estas categorías, que una constatación de que las realidades espaciales a las cuales se quiere aludir con estos conceptos hayan poseído históricamente o posean actualmente esas mismas características. En otras palabras, a la par que se ha venido observando el intenso proceso de cambio de las geografías del mundo durante las últimas décadas, nos hemos percatado de que la forma en que se venían pensando las territorialidades y los lugares era demasiado estática y aislada como para comprender los procesos espaciales contemporáneos, y aun aquellos que antecedieron a la época actual.

Procesos de re-escalamiento

El problema de un conocimiento geográfico y en general espacial, cuyas categorías de análisis tradicionalmente han dado más importancia a sus características

intrínsecas que a las relaciones entre categorías, se pone de manifiesto en reflexiones críticas acerca del manejo de las escalas espaciales. Tradicionalmente, el territorio ha sido dividido de acuerdo con una serie de unidades de adscripción espacial, configurando jerarquías concéntricas o verticales cuya expresión más conocida es la de entidades territoriales con valor geopolítico, que van de lo global, pasando por lo internacional, lo nacional y lo regional, para llegar a lo local, y que se han considerado durante bastante tiempo las unidades de existencia social e integración territorial por naturaleza.⁴²

La cuestión escalar ha sido manejada de forma implícita y confusa en las ciencias sociales,⁴³ predominando el uso heurístico de los principios de medida y nivel, pero sin mayor atención al principio relacional que les es inherente. Sin embargo, este tiene la suficiente importancia, tanto a nivel teórico como político para plantear que:

(...) no hay solo entidades de amplia escala (globales o nacionales) que contienen entidades de escala más reducida, sino que las entidades de amplia escala son al mismo tiempo contenidas al interior de las entidades de escala reducida. Si se piensa la escala como medida, esta observación puede ser cuando menos paradójica, aún sin sentido. Pero es claro que hay un nexo dialéctico ineludible, por ejemplo entre la cultura nacional y los valores individuales. Estos últimos claramente contienen, responden, encierran y son contruidos por la primera. De forma similar si se piensa la escala como nivel, la mutua incorporación que caracteriza lo que Swyngedouw (1992, 1997) ha denominado “glocalización” es completamente incomprensible. Cualquier localidad (espacio a escala local) está constituida no solo por cosas que están directamente manifestadas al interior de la localidad, sino además por relaciones transescalares.⁴⁴

42 Neil Brenner, “The Limits to Scale? Methodological Reflections on Scalar Structuration”, *Progress in Human Geography*, Vol. 25, no. 4 (2001): 591-614; Erik Swyngedouw, “Scaled Geographies: Nature, Place, and the Politics of Scale”, in *Scale and Geographic Inquiry: Nature, Society, and Method*, eds. Eric Shepard and Robert B. McMaster (Oxford: Blackwell, 2004), 129-53.

43 Agnew, “Representing Space”; Brenner, “The Limits to Scale?”; Amin, “Spatialities of Globalisation”; Richard Howitt, “Scale and the Other: Levinas and Geography”, *Geoforum*, Vol. 33, no. 3 (2003): 299-313.

44 Howitt, “Scale and the Other”.

En esta perspectiva se plantea la idea de las configuraciones escalares [*scalar configurations*] como “el resultado de procesos socio-espaciales que regulan y ordenan relaciones sociales de poder. Como construcción geográfica, las escalas llegan a ser escenarios en torno de los cuales las coreografías de poder socio-espacial son ejercidas y representadas”⁴⁵

La relevancia política del tema se deriva del hecho de que la redefinición de la jerarquía de las relaciones entre entidades territoriales (reescalamiento [*rescaling*]), incluso de la creación o supresión de entidades (salto escalar [*scalar jump*]), se relaciona con cambios en la geometría del poder mediante la extensión de los espacios de dominio y control por parte de algunos, a costa de la disminución de los espacios correspondientes a otros.⁴⁶

En este sentido, es probable que, más que un debilitamiento de los territorios y los lugares, de lo que se trata en la época contemporánea es de una recomposición de las estructuras jerárquicas conforme a las cuales son definidas las relaciones y tensiones entre los diferentes espacios de poder. Tal posibilidad requiere el desarrollo de investigaciones expresamente dirigidas a comprender la forma en que se han estructurado históricamente dichas jerarquías, lo cual pasa necesariamente por estudiar la manera en que unidades territoriales tradicionalmente consideradas como fijas y piramidalmente dispuestas (Estado, región, localidad) fueron construidas y desplegadas para ordenar los espacios coloniales, estatales y nacionales, que de alguna manera prefiguraron las tendencias de la problemática geopolítica actual.⁴⁷

Esta tarea requiere preguntarse por la interacción entre lo político y lo cultural en medio del debate sobre el espacio,⁴⁸ para estudiar la forma en que el Estado es entendido como una realidad concreta, espacialmente abarcable, por medio de imágenes, metáforas y prácticas representacionales, es decir, ¿cómo se espacializa el estado y en general las diferentes instancias de gobernabilidad

⁴⁵ Swyngedouw, “Scaled Geographies”, 132.

⁴⁶ Swyngedouw, “Scaled Geographies”.

⁴⁷ Por ejemplo, Gordon Macleod and Mark Goodwin, “Space, Scale and State Strategy: Rethinking Urban and Regional Governance”, *Progress in Human Geography*, Vol. 23, no. 4 (1999): 503-27; Agnew, “Representing Space”.

⁴⁸ Sallie Marston, “Space, Culture, State: Uneven Developments in Political Geography”, *Political Geography*, Vol. 23, no. 1 (2004): 1-16.

y ejercicio de la política,⁴⁹ incluyendo aquellas nuevas formas políticas desplegadas local y globalmente por diferentes ONG y movimientos sociales?

En esta perspectiva, quizá sea en la dinámica de cambio y constitución de las fronteras en donde se puedan hacer visibles con mayor nitidez los procesos de escalamiento, re-escalamiento y salto escalar lo que se constituye en una posibilidad para trascender los enunciados fáciles acerca de la desaparición de los límites en la era global.⁵⁰

Materialidades

Como ya se ha anotado, el primado del tiempo sobre el espacio en el pensamiento occidental se articula estrechamente con el tratamiento dado a las materialidades, los objetos, los cuerpos; en suma, las cosas que hacen parte de las espacialidades: simples formas y sustancias que las tecnologías procesan, mercancías que se intercambian o bien vehículos que expresan materialmente las estructuras, patrones o ideas sociales y culturales.

Si el espacio y las espacialidades han ocupado un lugar periférico frente a la hegemonía del tiempo, las materialidades han sido periféricas incluso en los discursos sobre el espacio. Ello tiene que ver con la escisión entre la materialidad como exterioridad y la conciencia como interioridad en el pensamiento moderno. En el sistema hegeliano, al espíritu pensante, autocontenido, libre, unificado y centrado se opone la materia inconsciente, fuera de sí, grávida, plural y descentrada. La naturaleza, también opuesta al espíritu, es el ámbito de lo exterior, de las sensaciones y los impulsos, así como de los objetos, la técnica y la práctica.⁵¹ En esta oposición la conciencia de sí, el espíritu de un pueblo es constituido en relación con la memoria que la sociedad posee de su

49 James Ferguson and Akhil Gupta, "Spatializing States: Toward an Ethnography of Neoliberal Governmentality", *American Ethnologist*, Vol. 29, no. 4 (2002): 981-1002; Marc Abélès, "La antropología política: nuevos objetivos, nuevos objetos", *Revista Internacional de Ciencias Sociales*, no. 153 (1997), <https://omegalfa.es/downloadfile.php?file=libros/la-antropologia-politica-nuevos-objetivos-nuevos-objetos.pdf>.

50 Anssi Paasi, "The Role of Identities and Boundaries in the Contemporary World" (Papers from the 5th Nordic-Baltic Conference in Regional Science. Global-Local Interplay in the Baltic Sea Region, Pärnu, Estonia, October 1-4, 1998), <http://www.geo.ut.ee/nbc/paper/paasi.htm>.

51 Hegel, *Lecciones sobre la filosofía*.

historia, memoria que es institucionalizada con el advenimiento del Estado y consagrada mediante el ejercicio del lenguaje verbal, y sobre todo del lenguaje escrito en cuanto soporte y medio por excelencia para fundamentar el conocimiento histórico y de las sociedades contemporáneas.

Por contraposición, los objetos y los cuerpos, en su condición de exterioridad, son recipientes pasivos sobre los que se derrama la espiritualidad. Como consecuencia de ello, las arqueologías, las historias del arte y los estudios sociales de la técnica y la tecnología tradicionalmente han constituido discursos dispersos y sin mucha conexión con los “núcleos duros” del pensamiento social, como son la historia, la sociología, la psicología y la antropología.

Desde algunos planteamientos relativamente recientes se ha emprendido una revisión crítica de esta situación, resaltando el rol activo de las materialidades en la configuración de las prácticas sociales, económicas y políticas. Así, desde la arqueología, la denominada cultura material ha sido abordada como simbólicamente constituida, socialmente activa e ideológicamente mediada,⁵² desde la economía política se ha puesto de manifiesto que las mercancías generan comportamientos sociales que van más allá de la mecánica del intercambio, que existe una “vida social de las cosas”,⁵³ y aun los estudios históricos sobre la lectura han redefinido los textos como parte de la cultura material y, en tal sentido, han planteado que las características del soporte físico del lenguaje escrito no son un aspecto secundario en la conformación histórica de los hábitos de lectura y escritura.⁵⁴

Finalmente, la denominada teoría de redes y actores [*actor-network theory*] ha considerado que el espacio se constituye por redes entre “actantes”, categoría que incluye tanto a entes humanos como no humanos, con lo cual desdibuja la línea de ruptura entre lo orgánico y lo inorgánico, lo espiritual y lo

52 Ian Hodder, *Theory and Practice in Archaeology* (London, New York: Routledge, 1995), first edition: 1992; Michael Shanks and Charles Tilley, *Re-constructing Archaeology. Theory and Practice* (London, New York: Routledge, 1994), first edition: 1987.

53 Jean Baudrillard, *El sistema de los objetos*, trad. Francisco González Aramburu (Ciudad de México: Siglo XXI, 1969), primera edición: 1968; Arjun Appadurai, ed., *La vida social de las cosas* (Ciudad de México: Grijalbo, 1986).

54 Roger Chartier, *El orden de los libros. Lectores, autores, bibliotecas en Europa entre los siglos XIV y XVIII*, trad. Viviana Ackerman (Barcelona: Gedisa, 2000), primera edición: 1992.

material. En esta perspectiva, “(...) tener un cuerpo es aprender a ser afectado, esto es efectuado, movido, puesto en movimiento por otras entidades humanas o no humanas (...). El cuerpo no es entonces una residencia provisional de algo superior –un alma inmortal, lo universal o el pensamiento–, sino lo que permite una trayectoria dinámica en la cual aprendemos a registrar y a volvernos sensitivos acerca de lo que el mundo está hecho”.⁵⁵

Narrativas del espacio

Otro debate que compromete la reelaboración conceptual de las categorías analíticas de la espacialidad tiene que ver con la forma en que se quiere transmitir el conocimiento del espacio, lo cual suele hacerse fundamentalmente mediante el lenguaje escrito y gráfico (mapas e imágenes). A menos que se considere que el lenguaje es una suerte de espejo sobre el cual se proyecta de manera directa el mundo, el problema que surge es que los discursos empleados para expresar el conocimiento del espacio están sujetos no solo a la carga teórica con la cual los marcos de referencia disciplinar o filosófica ordenan los procedimientos de investigación, sino además por factores ideológicos imperantes en el contexto sociocultural y político de los investigadores.⁵⁶

Diferentes críticas y soluciones han sido planteadas a este problema, que en principio excede el dominio de las representaciones sociales del espacio, abarcando el ámbito del conocimiento en general.⁵⁷ No obstante, en el caso de las descripciones, explicaciones e interpretaciones que buscan producir conocimiento sobre lo espacial, es fundamental tener en cuenta que las espacialidades mismas afectan la forma en que podemos conocer, contrariando la idea de un conocimiento de valor universal basado en un lenguaje neutral, pues existe una estrecha relación entre los lugares de enunciación y los lugares representados.⁵⁸

55 Bruno Latour, “How to Talk About the Body? The Normative Dimension of Science Studies”, *Body & Society*, Vol. 10, nos. 2-3 (2004): 225.

56 James Duncan and David Ley, eds., *Place/Culture/Representation* (London: Routledge, 1994).

57 Cf. Richard Rorty, *La filosofía y el espejo de la naturaleza*, trad. Jesús Fernández Zuluaga (Madrid: Cátedra, 1995), primera edición: 1979.

58 James Duncan, “Sites of Representation. Place, Time and the Discourse of the Other”, in *Place/Culture/Representation*, eds. James Duncan and David Ley (London: Routledge, 1994), 39-56.

Ello se puede hacer visible a propósito de la manera en que han sido representados los paisajes [*landscapes/landschaft*]. El paisaje nace fundamentalmente como una noción ligada a la representación visual de la naturaleza: “El paisaje pictórico constituye la prehistoria del concepto geográfico”⁵⁹ que deviene en una narrativa de la “apariencia” como expresión de la singularidad geográfica. Como forma de representación pictórica, el paisaje emerge en el contexto de invención de la perspectiva, lo que supone la invención de un ángulo de apreciación, fuera de la imagen misma, desde el cual se puede observar cómodamente el cuadro de una naturaleza espacialmente organizada en tres dimensiones.⁶⁰ Estas mismas características imperaron en la conceptualización del paisaje cuando en el curso de los siglos XIX y XX se constituyó en objeto central de la geografía. El paisaje, en tanto que apariencia, expresa una síntesis de aspectos naturales y sociales, históricos y culturales que hacen un determinado espacio diferente de los demás y, en consecuencia, se ofrece como una narrativa sumamente eficiente para soportar la idea del espíritu de los pueblos y las naciones.

Críticas recientes han planteado que el paisaje “como un registro acumulado de continuidad y tradición, que nos permite el acceso a un pasado auténtico, es fundamentalmente ideológico”.⁶¹ El paisaje es un artefacto y una condición de posibilidad; es a la vez espacio representado y reproducción de sentidos y normas culturalmente estructurados: “El paisaje no tiene ninguna relación con lo puro, con una naturaleza naturalizada, sino que está compuesto de infinitud de pliegues que se han ido construyendo y se siguen construyendo y que han realizado la infinitud de variaciones paisajísticas”.⁶²

El paisaje es el producto de una forma moderna de mirar, que es también una relación de poder; se trata de una mirada desligada de la imagen, de un alma y un pensamiento desplegados desde fuera del espacio, que adoptan

59 Ortega, *Los horizontes de la geografía*, 349.

60 Denis Cosgrove, *Social Formation and Symbolic Landscape* (London: Croom Helm, 1984), 27 citado en Julian Thomas, “Archaeologies of Place and Landscape”, in *Archaeological Theory Today*, ed. Ian Hodder (Cambridge: Polity Press, 2001), 168; Duncan, “Sites of Representation”.

61 Thomas, “Archaeologies of Place”, 166.

62 Alberto Castrillón, Alejandro de Humboldt: del catálogo al paisaje. Expedición naturalista e invención de paisajes (Medellín: Editorial Universidad de Antioquia, 2000), xiv.

un ángulo único y privilegiado desde el cual se controlan las relaciones entre los contenidos de la naturaleza y la sociedad; una mirada que es, por excelencia, la del ciudadano o propietario de tierra masculino, que aprecia la naturaleza con romanticismo o mide la extensión y el contenido de sus dominios. En estos términos, la invención del paisaje corresponde con el surgimiento de una forma de mirar la naturaleza como extensión susceptible de posesión, una naturaleza que es también femenina y en tal sentido objeto pasivo del placer visual androcéntrico.

Como una manera de trascender esta tensión entre el lugar de la representación y el lugar que se representa, se ha propuesto un concepto del paisaje que involucra al observador mismo, de tal manera que no sea un paisaje representado desde afuera, sino un “paisaje social” vivido por sus habitantes: “Una red de lugares relacionados que se manifiesta gradualmente a través de prácticas habituales e interacciones, a través del acercamiento y afinidad que la gente ha establecido con algunos sitios, y a través de eventos importantes, fiestas, calamidades y sorpresas que han atraído su atención hacia ciertos puntos, ocasionando que sean recordados e incorporados en relatos”.⁶³

La aprehensión de tal “paisaje social” exige el despliegue de una mirada situada al interior del paisaje mismo. Pero además, en el caso de un observador proveniente de otro contexto sociocultural u otra temporalidad, supone un ejercicio de acercamiento a la alteridad, lo cual constituye un problema más amplio que involucra todo esfuerzo por imaginar las narrativas del “Otro” reconociendo la distancia espacio-temporal del observador. Así como el antropólogo trata de conciliar las perspectivas *etic* o “experiencia distante” (el punto de vista del científico) y *emic* o “experiencia próxima”⁶⁴ (el punto de vista del nativo), o el historiador se debate entre “explicar” y “comprender”⁶⁵ las acciones de los sujetos en el tiempo, el pensador de las espacialidades sociales trata de trascender la oposición entre concepciones del espacio alternas y propias.

63 Thomas, “Archaeologies of Place”, 173.

64 Clifford Geertz, *Conocimiento local. Ensayos sobre la interpretación de las culturas*, trad. Alberto López Bargados (Barcelona: Paidós, 1994), 74, primera edición: 1983.

65 Ricœur, *Tiempo y narración* 1, 220.

La tentativa por acceder a las representaciones que del espacio posee el “Otro” (situado en temporalidades y espacialidades diferentes al ángulo de visión de la propia cultura y la propia sociedad) ha sido emprendida a menudo adoptando el concepto de *mapa mental* o *cognitivo*, lo que ha dado pie al desarrollo de las denominadas cartografías sociales.⁶⁶ En estricto sentido, es preciso diferenciar entre las cartografías como “representaciones gráficas que facilitan un entendimiento espacial de las cosas, conceptos, condiciones, procesos o eventos en el mundo humano”,⁶⁷ que corresponden fundamentalmente a los mapas como artefactos que hacen parte de la cultura material del mundo occidental y a una serie más amplia de otros artefactos, imágenes mentales e incluso de prácticas sociales (rituales, gestos, relatos orales, pinturas corporales) que, en diferentes contextos históricos y culturales, pueden corresponder a esquemas de ordenamiento espacial de la vida social.⁶⁸

No obstante esta diferencia, es posible considerar, desde los planteamientos de una cartografía crítica, que el mapa (como representación mental, artefacto o actuación que ordena el espacio) tampoco es una representación directa del espacio como exterioridad. Los mapas deben ser abordados como una construcción social del mundo, como artefactos que son a la vez estructurados y estructurantes de las realidades espaciales, incluyendo notablemente las intencionalidades políticas.⁶⁹

Así por ejemplo, un análisis crítico de la cartografía debería tomar en consideración tres aspectos:

- 66 Rolland Paulston and Martin Liebman, “The Promise of Critical Social Cartography”, *La Educación*, no. 119 (1994), <https://files.eric.ed.gov/fulltext/ED400591.pdf>.
- 67 John B. Harley, *Preface to Cartography in Prehistoric, Ancient, and Medieval Europe and the Mediterranean*, vol. 1 of *The History of Cartography*, eds. John B. Harley and David Woodward (Chicago: University of Chicago Press, 1987), xvi citado en David Woodward and Malcolm Lewis, eds., *Cartography in the Traditional African, American, Arctic, Australian, and Pacific Societies*, vol. 2, book three of *The History of Cartography* (Chicago: The University of Chicago Press, 1998).
- 68 Woodward and Lewis, *Cartography in the Traditional African*.
- 69 Woodward and Lewis, *Cartography in the Traditional African*; John B. Harley, *The New Nature of Maps: Essays in the History of Cartography* (Baltimore: The Johns Hopkins University Press, 2001) citado en Joan Capdevila, “Harley, J. B. *The New Nature of Maps: Essays in the History of Cartography*”, *Biblio 3W, Revista Bibliográfica de Geografía y Ciencias Sociales*, Vol. 7, no. 404 (octubre de 2002), <http://www.ub.es/geo-crit/b3w-404.htm>.

(1) el contexto del cartógrafo, donde cabe tener en cuenta toda la cadena de producción del mapa con sus diferentes actores, técnicas y herramientas, la intención del autor y la manera cómo la desarrolla, la intención del promotor y su influencia sobre el mapa, el efecto del mercado al cual va dirigido, etc.; (2) el contexto de otros mapas, considerando el estudio comparativo de características topográficas lineales, de la toponimia y de la cartobibliografía relacionada, y (3) el contexto social, dado que el mapa es una manifestación cultural producida en un lugar y un periodo concretos, donde se da un orden social determinado.⁷⁰

En lo que se refiere estrictamente a la cartografía occidental, es bien sabido que el ejercicio cartográfico ha incorporado sus desarrollos técnicos más importantes de la mano de proyectos políticos, económicos y militares que buscan anexar o defender determinados territorios y sus recursos, desde las primitivas cartas de navegación, hasta las sofisticadas imágenes satelitales y coberturas georreferenciadas que alimentan los Sistemas de Información Geográfica (SIG). También es claro que los mapas constituyen un instrumento sumamente útil para la constitución de relatos de soberanía o propiedad, en los cuales resulta estratégico hacer visibles, enfatizar u ocultar ciertos contenidos, relaciones o delimitaciones espaciales, conformando así una gramática de poder. De acuerdo con John B. Harley,⁷¹ el agente humano que ocupa el lugar central del mapa es aquel que orquesta el diseño gráfico de este y es quien ejerce el poder.

Pero a la par que se desarrolla un pensamiento crítico de las narrativas del espacio y específicamente de la cartografía se asiste en realidad a un despliegue tecnológico impresionante en la materia, que se soporta en planteamientos más o menos radicales del mapa como representación mimética del espacio. Así, en los SIG impera la consideración de que las representaciones generadas mediante la manipulación digital de aerofotografías, imágenes de satélite y coberturas georreferenciadas reflejan un vínculo directo entre los

⁷⁰ Capdevila, "Harley, J. B."

⁷¹ John B. Harley, "Deconstructing the Map", *Cartographica*, Vol. 26, no. 2 (1989): 1-20 citado en "Critical Cartography", Saul Albert, *Furthertext*, september, 2003, accessed March, 2004, <http://www.furthertext.org/saulalbert.html>.

espacios físicos y los procesos geográficos, a tal punto que se aspira a predecir escenarios futuros mediante modelos de simulación.⁷²

Ello ha generado una tensión con repercusiones importantes entre los críticos de la narrativa espacial como mimesis y los expertos en SIG. Y ha llevado por ejemplo a que los primeros se desentiendan del manejo técnico de las herramientas y los segundos prescindan de una interlocución absolutamente necesaria para calcular las repercusiones sociales de su aplicación. No obstante, es preciso reconocer que los SIG representan una tecnología social que puede estar influenciada por las políticas institucionales y al mismo tiempo influir en su redireccionamiento, e igualmente que el empleo de estos sistemas de información a menudo conlleva la producción de entidades abstractas (p. ej. ecosistemas, zonas de riesgo) que no obstante adquieren materialidad por intermedio de las acciones institucionales, científicas y sociales.⁷³ En este sentido se plantea la necesidad de abordar de manera integrada las reflexiones acerca de cómo es posible y qué repercusiones de toda índole puede tener el ejercicio de representar espacialidades y el tratamiento técnico del tema.

Como ha sido señalado anteriormente, los retos que las narrativas del espacio plantean respecto a la superación de la representación del mundo como mimesis no son exclusivos del tema espacial.⁷⁴ No obstante, la afectación que las espacialidades mismas producen en nuestras representaciones del espacio constituye un problema central para el desarrollo de los estudios socioespaciales.

Partiendo de la certeza de la identificación de las representaciones de espacio y tiempo como dispositivos políticos, es decir, del advertimiento del conocimiento del espacio y el tiempo como elementos estrechamente articulados con la estructuración de estrategias geopolíticas y cronopolíticas,⁷⁵ es necesario examinar formas nuevas o alternativas de conexión entre los lugares

72 Nadine Schuurman, "Reconciling Social Constructivism and Realism in GIS", *ACME: An International E-Journal for Critical Geographies*, Vol. 1, no. 1 (2002): 73-90, <https://acme-journal.org/index.php/acme/article/view/688>.

73 Schurmann, "Reconciling Social Constructivism".

74 Cf. Rorty, *La filosofía y el espejo*.

75 Johannes Fabian, *Time and the Other. How Anthropology Makes His Object* (New York: Columbia University Press, 1983).

de enunciación y los lugares de los que se deriva, o a los que es aplicado el conocimiento sobre el espacio.

Si bien es cierto que en las ciencias sociales el tratamiento de lo espacial ha estado en buena parte reducido al empleo de metáforas,⁷⁶ y que en tal sentido es deseable que lo espacial ocupe un lugar más explícito y equilibrado en relación con lo social y lo temporal, es necesario conceder que dicha recurrencia a la terminología espacial es un indicio acerca de la existencia de estrechas relaciones entre los lugares de enunciación y lo que ha sido llamado, sin mucho rigor, “cartografías del pensamiento”.

Quizá la referencia a “territorios”, “campos” y “fronteras” disciplinares sea una metáfora que vale la pena tomar en serio en cuanto existe una geopolítica del conocimiento conforme a la cual determinadas disciplinas deben aplicarse al conocimiento de realidades situadas en las cercanías (historia, sociología y psicología) y en las periferias (antropología, arqueología) de los contextos espaciotemporales desde donde se observa y se dice acerca de lo social (las universidades, institutos de investigación y entidades oficiales). Así mismo, la autoridad académica de lo que se dice depende a menudo de su lugar de enunciación (centros metropolitanos de producción de conocimiento) o del lugar que se representa (p. ej. los espacios de la alteridad en la antropología, y el “campo” en la arqueología y la geografía), lo cual reproduce y agencia proyectos políticos hegemónicos de “domesticación” de la alteridad.

Por ello, al plantear un pensamiento social del espacio que reconozca su propia situación respecto de las cartografías del pensamiento y las geopolíticas del conocimiento, también se está efectuando una apuesta por la reconfiguración de las fronteras disciplinarias, por la emergencia de un pensamiento transdisciplinario en donde diversos saberes sean convocados a propósito de problemas de investigación específicos. Igualmente, se trata de avanzar hacia la producción de “conocimiento situado”,⁷⁷ es decir, hacia interpretaciones y

76 Soja, *Postmodern Geographies*; Agnew, “Representing Space”.

77 Walter D. Mignolo, “Herencias coloniales y teorías poscoloniales”, en *Cultura y tercer mundo 1. Cambios en el saber académico*, ed. Beatriz González (Caracas: Nueva Sociedad, 1996), 119.

producciones del espacio que sean pertinentes para construir autonomía en el contexto de la globalización.

Retos en la agenda latinoamericana

Al desarrollo de una agenda de estudios socioespaciales se ofrece el abordaje de aspectos sensibles de la vida cotidiana de los actores sociales, como son por ejemplo las adscripciones territoriales, los sentidos de lugar, las formas de habitar, las tensiones por la ocupación del espacio y el uso de los recursos naturales, las relaciones con los objetos, los cuerpos y las tecnologías, pero igualmente el tratamiento de asuntos más abstractos, como los procesos de espacialización del poder, las relaciones entre memoria y territorio, el ordenamiento institucional de las prácticas espaciales, las tensiones entre dinámicas globales y locales, la emergencia de los espacios virtuales, la recomposición actual de las relaciones entre las diferentes entidades político-administrativas, entre otros tópicos.

En los contextos latinoamericano y colombiano en especial, la agenda de desarrollo y aplicación de los estudios socioespaciales está cargada de retos y posibilidades. Las cartografías latinoamericanas pueden ser consideradas como

(...) un palimpsesto en el que perduran tanto la memoria de un pasado colonial como las desigualdades socio-económicas y las diferencias culturales que caracterizan la sociedad contemporánea. Un palimpsesto en el que la relación entre trauma y memoria o entre memoria traumática y elaboración o duelo puede y muchas veces se concreta o termina configurando espacios y temporalidades específicos. Un palimpsesto en constante proceso de reescritura, de diseño, de configuración en el que lo nacional y lo no nacional coexisten y en el que las fronteras no sólo son porosas, erosionadas y erosionables sino que además están en constante movimiento.⁷⁸

En medio de advertencias generalizadas acerca del debilitamiento del Estado-nación y de iniciativas en pro de la integración de bloques regionales

⁷⁸ Hugo Achugar, "Ensayo sobre la nación a comienzos del siglo XXI", en *Cuadernos de nación. Imaginarios de nación. Pensar en medio de la tormenta*, coord. Jesús Martín Barbero (Bogotá: Ministerio de Cultura, 2002), 90.

de carácter transnacional (Área de Libre Comercio de las Américas [ALCA], Mercado Común del Sur [MERCOSUR], North American Free Trade Agreement [NAFTA]), en América Latina “(...) las fronteras, como invento cultural y político, parecen prepararse para subsistir al fin de la era de las economías nacionales cerradas. (...) Esa persistencia no implica una continuidad lineal, una ‘conservación’ de un conjunto de rasgos preexistentes. Por el contrario, a través de una serie de reconfiguraciones, la Nación se constituye como tal en un proceso relacional con los fenómenos globales y regionales.”⁷⁹

Al interior de los países, en las ciudades, las localidades y las entidades regionales (Estados, provincias o departamentos) se constituyen de hecho, o por medio de planes y proyectos, tendencias de interrelación local y global que descomponen o recomponen las jerarquías tradicionales de escalamiento territorial, y establecen nuevas geografías que adicionan el principio de discontinuidad espacial. São Paulo, México, Buenos Aires, Caracas y Santiago de Chile, consideradas “ciudades-mundo” [*world cities*], son nodos de un archipiélago global de puntos de operación de corporaciones multinacionales y de centros de servicio avanzado, producción y procesamiento de información.⁸⁰

Pero esta dinámica, que en apariencia debilita las fronteras y prescinde de los estados, depende en buena medida de lo que ha sido la configuración histórica de los centros y las periferias nacionales, al igual que de la diferenciación geográfica y la especialización local. Así mismo genera, al interior de estas urbes, y de otras que se prefiguran como tales (Lima, Bogotá, Río de Janeiro y Montevideo, entre otras) una segmentación espacial marcada por extremos de pobreza y riqueza, al igual que una profunda afectación de la dinámica de las regiones adyacentes, enmarcada dentro de procesos históricos de larga duración.⁸¹

79 Alejandro Grimson, *El otro lado del río. Periodistas, nación y Mercosur en la frontera* (Buenos Aires: Eudeba, 2002), 188.

80 Peter J. Tylor, “World Cities and Territorial States under Conditions of Contemporary Globalization”, *Political Geography*, Vol. 19, no. 1 (2000): 5-32.

81 Allen Scott, “Globalization and the Rise of City-Regions”, *European Planning Studies*, Vol. 9, no. 7 (2001): 813-26.

Comprender mejor cómo se han estructurado históricamente las espacialidades sociales, al igual que los imaginarios sobre el territorio y la naturaleza en los países y regiones de Latinoamérica,⁸² se ofrece, pues, como condición para comprender las tendencias contemporáneas de reescalamiento, ordenamiento territorial y prácticas de aprovechamiento de los recursos naturales.

Tanto en las ciudades como en áreas relativamente apartadas de los contextos metropolitanos, en donde es frecuente que procesos tradicionales de espacialización del Estado aún se encuentren en marcha (colonización, explotación de recursos forestales e “integración” de territorios étnicos), emergen movimientos sociales que reclaman o defienden derechos ancestrales de ocupación, reivindican formas alternativas de espacialización e interacción con el medio ambiente, o propenden por sistemas democráticos y de equidad de género, apoyándose para el efecto en una suerte de “activismo a distancia”⁸³ que los conecta con otros movimientos y organizaciones geográficamente discontinuos. En medio del discurso generalizado sobre medio ambiente, biodiversidad y desarrollo sostenible, se erigen formas específicas de apropiación del territorio, de uso y conocimiento de la naturaleza, que lejos de ser una supervivencia de las culturas tradicionales muestran dinamismo, despliegue de prácticas espaciales que subvierten, modelan o enfrentan activamente los discursos y las estrategias globales.⁸⁴

A estas nuevas formas de interconexión espacial se suman otras, como la creación de comunidades virtuales (en las que no siempre es posible abstraer los lugares de enunciación), la emergencia de localismos y regionalismos como “método comparativo” para articularse a lo internacional, y la re-territorialización

82 Por ejemplo, Martha Herrera, *Ordenar para controlar. Ordenamiento espacial y control político en las Llanuras del Caribe y en los Andes Centrales Neogranadinos. Siglo XVIII* (Bogotá: Academia Colombiana de la Historia, Instituto Colombiano de Antropología e Historia, 2002); Castrillón, *Alejandro de Humboldt*.

83 Arturo Escobar, *El final del salvaje. Naturaleza, cultura y política en la antropología contemporánea* (Bogotá: ICAN, CERECA, 1999), 355.

84 Ulrich Oslender, “Espacializando resistencia: perspectivas de espacio y lugar en las investigaciones de movimientos sociales”, en *Antropologías transeúntes*, eds. Eduardo Restrepo y María Victoria (Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia, 2000), 191-221.

que efectúan los migrantes de los países del sur, mediante el emplazamiento de “decorados rurales” en las urbes posmodernas.⁸⁵

Estos palimpsestos no pueden opacar otras imágenes que en apariencia serían más tradicionales, como por ejemplo el mapa de distribución territorial de los Estados, que pareciera ser la más fija y “natural” de las cartografías latinoamericanas. No obstante, se trata de un mapa en permanente reconfiguración, como se desprende de las numerosas disputas limítrofes que no llegan a resolverse por la vía diplomática y derivan en presiones y/o conflictos militares. Periódicamente se destacan batallones hacia las fronteras, tratando de persuadir, tanto a nacionales como a extranjeros, acerca de la extensión de los espacios de soberanía, ya sea para avanzar en procesos internos de espacialización del poder, tratando de prevenir flujos ilegales de personas, información y mercancías, o en pro del control de determinadas zonas limítrofes que devienen en áreas económica y militarmente geoestratégicas (p. ej. Ecuador-Perú, Brasil-Colombia, Colombia-Venezuela y Bolivia-Chile, en los últimos años).

Pese a la densidad de estas cartografías, atributo que no necesariamente se remite al comportamiento espacial de épocas recientes, con frecuencia la intervención de los Estados en el ordenamiento de las diferentes formas de producción social del espacio (mediante planes de desarrollo, esquemas de ordenamiento territorial y gestión ambiental, soluciones de vivienda, higienización de los cuerpos, entre otras) ha hecho tabla rasa de las experiencias históricas y las especificidades espaciales, gracias a un modernismo entendido como “rompimiento con el pasado tradicional”.⁸⁶ Ello ha conllevado una paradoja en términos de que los intentos de implantación de modelos de organización espacial, muchas veces copiados de cartografías europeas y norteamericanas, no pueden ser réplicas miméticas, pero en cambio generan efectos imprevistos y muchas veces adversos en la dinámica espacial de las sociedades latinoamericanas.

85 Carlos Monsiváis, “De la sociedad tradicional a la sociedad postradicional”, en *Cuadernos de nación. Imaginarios de nación*. Pensar en medio de la tormenta, coord. Jesús Martín Barbero (Bogotá: Ministerio de Cultura, 2002), 31-46.

86 Renato Ortiz, “Brasil: sociedad, cultura y nación”, en *Cuadernos de nación. Imaginarios de nación*. Pensar en medio de la tormenta, coord. Jesús Martín Barbero (Bogotá: Ministerio de Cultura, 2002), 57.

Rompiendo con el estrecho margen temporal que suponen los enunciados acerca del advenimiento de tendencias que minimizan el protagonismo territorial del Estado, en el ámbito latinoamericano –y en el colombiano en especial– la viabilidad del Estado se ha debatido entre diferentes lógicas espaciales que se encuentran ligadas a procesos de larga, mediana o corta duración, y que han llevado, en no pocas ocasiones, a poner en jaque sus aspiraciones de consolidación. “Los conflictos por la ocupación humana del espacio en Colombia han sido y son ingredientes directos de la violencia múltiple”.⁸⁷ Las rivalidades políticas y militares se han establecido entre facciones tradicionalmente adscritas a territorios locales y regionales,⁸⁸ mientras que los desplazamientos y migraciones suelen ser concomitantes a procesos de colonización dirigida o espontánea, así como a las estrategias territoriales de los actores armados.⁸⁹

El ordenamiento del territorio, entendido como “reformismo institucional”,⁹⁰ se ve abocado, cada vez más, a comprender de manera crítica e integral las dimensiones histórica, cultural y social que lo configuran, así como a reconsiderar el lugar que en este entramado ocupan las dimensiones económica y política, las cuales han primado en el ejercicio tradicional de planear, gestionar y proyectar los territorios. Así se dará paso a un ordenamiento espacial como “redefinición de las relaciones entre el espacio socialmente construido y la geografía política del Estado”. A su vez, esto “rebaso los asuntos de la administración y planificación estatal, y se proyecta hasta la construcción de nuevos modelos de sociedad y de formas políticas”,⁹¹ en los cuales los procesos y movimientos sociales juegan un papel central.

El desarrollo económico, el fortalecimiento de las instituciones democráticas, el mejoramiento de la calidad de vida, la restauración del tejido social,

87 Orlando Fals Borda, *Región e historia. Elementos sobre ordenamiento y equilibrio regional en Colombia* (Bogotá: Tercer Mundo Editores, IEPRI, 1996), 1.

88 Fernán González, “Poblamiento y conflicto social en la historia colombiana”, en *Territorios, regiones, sociedades*, ed. Renán Silva (Bogotá: CEREC, Universidad del Valle, 1994), 13-33.

89 Alejandro Reyes, “Territorios de la violencia en Colombia”, en *Territorios, regiones, sociedades*, ed. Renán Silva (Bogotá: CEREC, Universidad del Valle, 1994), 111-22; Clara Inés García, *Paradojas de los conflictos violentos. Territorios, regiones y fronteras en Colombia, Legado del Saber 6* (Medellín: ICFES, UNESCO, Universidad de Antioquia, 2002).

90 Miguel Borja, *Estado, sociedad y ordenamiento territorial en Colombia* (Bogotá: IEPRI, CEREC, 2000), 19.

91 Borja, *Estado, sociedad*, 24.

el respeto por la pluralidad cultural y la sustentabilidad ecológica, entre otros paradigmas, suelen estructurar *in abstracto* las propuestas de futuro de los actores sociales e institucionales en Colombia y Latinoamérica. Sin embargo, dependen para su concreción de la comprensión y eventual ajuste de las diferentes lógicas que configuran las espacialidades y que subyacen a los proyectos políticos, sean estos planteados por el Estado, los movimientos sociales, los grupos étnicos o los sujetos.

No menos importante es la pertinencia que tiene un análisis espacial de la vida cotidiana, en donde los cuerpos, los objetos y el hábitat son un medio para la objetivación de estrategias políticas, pero a su vez para la construcción de subjetividades. El conocimiento de estas espacialidades se ofrece como una manera de enriquecer el pensamiento sobre las ciudades, los espacios públicos, los comportamientos del consumo cultural y las relaciones de género, entre otros.

Finalmente, respecto de una cartografía del pensamiento social contemporáneo, el abordaje de lo espacial se ofrece como un lugar adecuado para fortalecer o efectuar conexiones inéditas entre diferentes saberes. El potencial inter y transdisciplinario de la cuestión socioespacial se constituye en una oportunidad para convocar pensamientos de variada procedencia, a propósito del abordaje de objetos de estudio y la formulación y resolución de problemas de conocimiento que no se acomodan bien dentro de los campos disciplinarios tradicionales. Pese a la designación tradicional del espacio como objeto de estudio de la física y la geografía, el debate que se introduce con la propuesta de un pensamiento del afuera hace que la espacialidad no sea territorio exclusivo de ningún campo de pensamiento y más bien se plantee como horizonte para la construcción de discursos situados en espacios inter y transdisciplinarios: etnografías y arqueologías del espacio, historias geográficas y geografías del tiempo, sociologías de las cosas y los cuerpos, economías políticas de los territorios...

En síntesis, se puede decir que una agenda de estudios socioespaciales se articula directamente con problemas de orden filosófico y epistemológico; requiere del ejercicio de un pensamiento transdisciplinario; despliega múltiples posibilidades de investigación, y ofrece relevancia para la aplicación del saber a las realidades del mundo contemporáneo.

Agradecimientos

Este ensayo es el resultado de un proceso de intenso debate con investigadores del INER de la Universidad de Antioquia y de otras instituciones universitarias de Colombia, a propósito de la creación de un programa de Maestría en Estudios Socioespaciales. Los planteamientos que finalmente han quedado expresados en este texto son de mi absoluta responsabilidad, pero han sido vitales las críticas y sugerencias efectuadas por el profesor Diego Herrera y las profesoras Elsa Blair y Clara Inés García, del INER, a quienes expreso mi agradecimiento. Hago extensivo este reconocimiento a las profesoras Martha Herrera, de la Universidad Nacional, y Beatriz Nates, de la Universidad de Caldas, al igual que a los profesores Ovidio Delgado, de la Universidad Nacional, y Santiago Castro, de la Universidad Javeriana, quienes participaron como evaluadores de la propuesta de Maestría.

Bibliografía

- Abélès, Marc. "La antropología política: nuevos objetivos, nuevos objetos". *Revista Internacional de Ciencias Sociales*, no. 153 (1997). <https://omegalfa.es/downloadfile.php?file=libros/la-antropologia-politica-nuevos-objetivos-nuevos-objetos.pdf>
- Achugar, Hugo. "Ensayo sobre la nación a comienzos del siglo XXI". En *Cuadernos de nación. Imaginarios de nación. Pensar en medio de la tormenta*. Coordinado por Jesús Martín Barbero, 75-92. Bogotá: Ministerio de Cultura, 2002.
- Agnew, John. "Representing Space: Space, Scale and Culture in Social Science". In *Place/Culture/Representation*. Edited by James Duncan and David Ley, 251-71. London: Routledge, 1994. First edition: 1993.
- Albert, Saul. "Critical Cartography". *Furthertext*, september, 2003. Accessed March, 2004. <http://www.furthertext.org/saulalbert.html>
- Amin, Ash. "Spatialities of Globalisation". *Environment and Planning A: Economy and Space*, Vol. 34, no. 3 (2002): 385-99.
- Appadurai, Arjun, ed. *La vida social de las cosas*. Ciudad de México: Grijalbo, 1986.
- Aron, Raymond. *Lecciones sobre la historia*. Cursos del College de France. Traducción de Sergio René Madero. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 1996. Primera edición: 1989.
- Augé, Marc. *El sentido de los otros*. Actualidad de la antropología. Traducción de Charo Lacalle y José Luis Facé. Barcelona: Paidós, 1996. Primera edición: 1994.

- Baudrillard, Jean. El sistema de los objetos. Traducción de Francisco González Aramburu. Ciudad de México: Siglo XXI, 1969. Primera edición: 1968.
- Borja, Miguel. Estado, sociedad y ordenamiento territorial en Colombia. Bogotá: IEPRI, CEREC, 2000.
- Braudel, Fernand. La historia y las ciencias sociales. Madrid: Alianza, 1974. Primera edición: 1958.
- Brenner, Neil. "The Limits to Scale? Methodological Reflections on Scalar Structuration". *Progress in Human Geography*, Vol. 25, no. 4 (2001): 591-614.
- Capdevila, Joan. "Harley, J. B. The New Nature of Maps: Essays in the History of Cartography". *Biblio 3W, Revista Bibliográfica de Geografía y Ciencias Sociales*, Vol. 7, no. 404 (octubre de 2002). <http://www.ub.es/geocrit/b3w-404.htm>
- Castells, Manuel. La sociedad red. Vol. 1 de La era de la información. Economía, sociedad y cultura. Traducción de Carmen Martínez Gimeno. Madrid: Alianza Editorial, 1999. Primera edición: 1996.
- Castrillón, Alberto. Alejandro de Humboldt: del catálogo al paisaje. Expedición naturalista e invención de paisajes. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia, 2000.
- Correa, Roberto Lobato. "Território e corporação: um exemplo". Em *Território, globalização e fragmentação*, Hucitec. Editado por Milton Santos, Maria Adélia A. de Souza y Maria Silveira, 251-6. São Paulo: Hucitec, Anpur, 1994.
- Cosgrove, Denis. *Social Formation and Symbolic Landscape*. London: Croom Helm, 1984.
- Chartier, Roger. El orden de los libros. Lectores, autores, bibliotecas en Europa entre los siglos XIV y XVIII. Traducción de Viviana Ackerman. Barcelona: Gedisa, 2000. Primera edición: 1992.
- Dagognet, François. "Detritus, desechos, lo abyecto". Texto inédito, Universidad Nacional, Medellín, 2000.
- Debray, Régis. *Transmitir*. Traducción de Horacio Pons. Buenos Aires: Manantial, 1997.
- Deleuze, Gilles y Félix Guattari. *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*. Traducción de José Vásquez Pérez. Valencia: Pre-Textos, 1994. Primera edición: 1980.
- Delgado, Ovidio. *Debates sobre el espacio en la geografía contemporánea*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2003.
- Duncan, James. "Sites of Representation. Place, Time and the Discourse of the Other". In *Place/Culture/Representation*. Edited by James Duncan and David Ley, 39-56. London: Routledge, 1994.
- Duncan, James and David Ley, eds. *Place/Culture/Representation*. London: Routledge, 1994.

- Escobar, Arturo. *El final del salvaje. Naturaleza, cultura y política en la antropología contemporánea*. Bogotá: ICAN, CEREC, 1999.
- Fabian, Johannes. *Time and the Other. How Anthropology Makes His Object*. New York: Columbia University Press, 1983.
- Fals Borda, Orlando. *Región e historia. Elementos sobre ordenamiento y equilibrio regional en Colombia*. Bogotá: Tercer Mundo Editores, IEPRI, 1996.
- Ferguson, James and Akhil Gupta. "Spatializing States: Toward an Ethnography of Neoliberal Governmentality". *American Ethnologist*, Vol. 29, no. 4 (2002): 981-1002.
- Foucault, Michel. "Of Other Spaces". Lecture given at Cercle des études architecturales, March 14, 1967. <http://foucault.info/documents/heteroTopia/foucault.heteroTopia.en.html>
- García, Clara Inés. *Paradojas de los conflictos violentos. Territorios, regiones y fronteras en Colombia, Legado del Saber 6*. Medellín: ICFES, UNESCO, Universidad de Antioquia, 2002.
- Geertz, Clifford. *Conocimiento local. Ensayos sobre la interpretación de las culturas*. Traducción de Alberto López Bargados. Barcelona: Paidós, 1994. Primera edición: 1983.
- González, Fernán. "Poblamiento y conflicto social en la historia colombiana". En *Territorios, regiones, sociedades*. Editado por Renán Silva, 13-33. Bogotá: CEREC, Universidad del Valle, 1994.
- Grimson, Alejandro. *El otro lado del río. Periodistas, nación y Mercosur en la frontera*. Buenos Aires: Eudeba, 2002.
- Harley, John B. *Preface to Cartography in Prehistoric, Ancient, and Medieval Europe and the Mediterranean*. Vol. 1 of *The History of Cartography*. Edited by John B. Harley and David Woodward, xv-xxi. Chicago: University of Chicago Press, 1987.
- _____. "Deconstructing the Map". *Cartographica*, Vol. 26, no. 2 (1989): 1-20.
- _____. *The New Nature of Maps: Essays in the History of Cartography*. Baltimore: The Johns Hopkins University Press, 2001.
- Harvey, David. *The Condition of Postmodernity: An Inquiry into the Origins of Cultural Change*. Oxford: Blackwell, 1989.
- _____. "Cosmopolitanism and the Banality of Geographical Evils". *Public Culture*, Vol. 12, no. 2 (2000): 529-64.
- Hegel, Georg W. F. *Lecciones sobre la filosofía de la historia universal*. Traducción de José Gaos. Madrid: Alianza Editorial, 1985. Primera edición: 1837.
- Herrera, Martha. *Ordenar para controlar. Ordenamiento espacial y control político en las Llanuras del Caribe y en los Andes Centrales Neogranadinos*.

- Siglo XVIII. Bogotá: Academia Colombiana de la Historia, Instituto Colombiano de Antropología e Historia, 2002.
- Hodder, Ian. *Theory and Practice in Archaeology*. London, New York: Routledge, 1995. First edition: 1992.
- Howitt, Richard. "Scale and the Other: Levinas and Geography". *Geoforum*, Vol. 33, no. 3 (2003): 299-313.
- Jameson, Fredric. *Postmodernism, or the Cultural Logic of Late Capitalism*. London: Verso, 1991.
- Koselleck, Reinhart. *Los estratos del tiempo: estudios sobre la historia*. Traducción de Daniel Innerarity. Barcelona: Paidós, 2001. Primera edición: 2000.
- Kuhn, Thomas. *La estructura de las revoluciones científicas*. Traducción de Agustín Contín. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 1992. Primera edición: 1962.
- Latour, Bruno. "Where are the Missing Masses? Sociology of a Door". In *Shaping Technology-Building Society. Studies in Sociotechnical Change*. Edited by Wiebe Bijker and John Law, 225-59. Cambridge: MIT Press, 1992.
- _____. "How to Talk About the Body? The Normative Dimension of Science Studies". *Body & Society*, Vol. 10, nos. 2-3 (2004): 205-29.
- Lefebvre, Henri. *The Production of Space*. Cambridge: Blackwell, 1991. First edition: 1974.
- Le Goff, Jacques. *El orden de la memoria. El tiempo como imaginario*. Traducción de Hugo F. Bauzá. Barcelona: Paidós, 1991. Primera edición: 1977.
- Macleod, Gordon and Mark Goodwin. "Space, Scale and State Strategy: Rethinking Urban and Regional Governance". *Progress in Human Geography*, Vol. 23, no. 4 (1999): 503-27.
- Marston, Sallie. "Space, Culture, State: Uneven Developments in Political Geography". *Political Geography*, Vol. 23, no. 1 (2004): 1-16.
- Massey, Doreen. *Power-Geometries and the Politics of Space and Time: Hettner Lecture 1998*. Heidelberg: Department of Geography, University of Heidelberg, 1999.
- _____. "Travelling Thoughts". In *Without Guarantees. In Honour of Stuart Hall*. Edited by P. Gilroy, L. Grossberg and Angela McRobbie, 225-32. London: Verso, 2000.
- May, Jon and Nigel Thrift, eds. *Timespace: Geographies of Temporality (Critical Geographies)*. London, New York: Routledge, 2001.
- Mignolo, Walter. "Herencias coloniales y teorías poscoloniales". En *Cultura y tercer mundo 1. Cambios en el saber académico*. Editado por Beatriz González, 99-136. Caracas: Nueva Sociedad, 1996.

- Monsiváis, Carlos. "De la sociedad tradicional a la sociedad postradicional". En Cuadernos de nación. Imaginarios de nación. Pensar en medio de la tormenta. Coordinado por Jesús Martín Barbero, 31-46. Bogotá: Ministerio de Cultura, 2002.
- Montañez, Gustavo, ed. Espacio y territorios. Razón, pasión e imaginarios. Bogotá: Universidad Nacional, 2000.
- Ortega, José. Los horizontes de la geografía. Teoría de la geografía. Barcelona: Ariel Editorial S. A., 2000.
- Ortiz, Renato. "Brasil: sociedad, cultura y nación". En Cuadernos de nación. Imaginarios de nación. Pensar en medio de la tormenta. Coordinado por Jesús Martín Barbero, 55-74. Bogotá: Ministerio de Cultura, 2002.
- Oslender, Ulrich. "Espacializando resistencia: perspectivas de espacio y lugar en las investigaciones de movimientos sociales". En Antropologías transeúntes. Editado por Eduardo Restrepo y María Victoria, 191-221. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia, 2000.
- Paasi, Anssi. "The Role of Identities and Boundaries in the Contemporary World". Papers from the 5th Nordic-Baltic Conference in Regional Science. Global-Local Interplay in the Baltic Sea Region, Pärnu, Estonia, October 1-4, 1998. <http://www.geo.ut.ee/nbc/paper/paasi.htm>
- Pardo, José Luis. Las formas de la exterioridad. Valencia: Pre-Textos, 1992.
- Paulston, Rolland and Martin Liebman. "The Promise of Critical Social Cartography". La Educación, no. 119 (1994). <https://files.eric.ed.gov/fulltext/ED400591.pdf>
- Reyes, Alejandro. "Territorios de la violencia en Colombia". En Territorios, regiones, sociedades. Editado por Renán Silva, 111-22. Bogotá: CEREC, Universidad del Valle, 1994.
- Ricœur, Paul. Tiempo y narración I. Configuración del tiempo en el relato histórico. Traducción de Agustín Neira. Madrid: Siglo XXI Editores, 1998. Primera edición: 1985.
- Rorty, Richard. La filosofía y el espejo de la naturaleza. Traducción de Jesús Fernández Zuluaga. Madrid: Cátedra, 1995. Primera edición: 1979.
- Santos, Milton. La naturaleza del espacio. Técnica y tiempo. Razón y emoción. Traducción de María Laura Silveira. Barcelona: Ariel S. A., 2000. Primera edición: 1996.
- Scott, Allen. "Globalization and the Rise of City-Regions". European Planning Studies, Vol. 9, no. 7 (2001): 813-26.
- Scholte, Jan. A. "Global Civil Society". In The Political Economy of Globalization. Edited by Ngairé Woods, 173-201. London: Macmillan, 2000.

- Schuurman, Nadine. "Reconciling Social Constructivism and Realism in GIS". *ACME: An International E-Journal for Critical Geographies*, Vol. 1, no. 1 (2002): 73-90. <https://acme-journal.org/index.php/acme/article/view/688>
- Shanks, Michael and Charles Tilley. *Re-constructing Archaeology. Theory and Practice*. London, New York: Routledge, 1994. First edition: 1987.
- Soja, Edward. *Postmodern Geographies: The Reassertion of Space in Critical Social Theory*. London, New York: Verso, 1994. First edition: 1989.
- _____. *Thirdspace. Journeys to Los Angeles and other Real-and-Imagined Places*. Oxford: Blackwell, 1996.
- Souza, Marcelo. "O território: sobre espaço e poder, autonomia e desenvolvimento". Em *Geografia: conceitos e temas*. Compilado por Iná Elias Castro et al., 77-116. Rio de Janeiro: Bertrand, 1995.
- Swyngedouw, Erik. "The Mammon Quest: 'Glocalisation', Interspatial Competition and the Monetary Order: The Construction of New Scales". In *Cities and Regions in the New Europe*. Edited by Mick Dunford and Grigoris Kafkalas, 39-67. London: Belhaven Press, 1992.
- _____. "Neither Global Nor Local: 'Glocalization' and the Politics of Scale". In *Spaces of Globalization. Reasserting the Power of the Local*. Edited by Kevin Cox, 137-66. London, New York: The Guildford Press, 1997.
- _____. "Scaled Geographies: Nature, Place, and the Politics of Scale". In *Scale and Geographic Inquiry: Nature, Society, and Method*. Edited by Eric Sheppard and Robert B. McMaster, 129-53. Oxford: Blackwell, 2004.
- Thomas, Julian. "Archaeologies of Place and Landscape". In *Archaeological Theory Today*. Edited by Ian Hodder, 165-86. Cambridge: Polity Press, 2001.
- Tuathail, Gearóid Ó. "Political Geography III: Dealing with Deterritorialization". *Progress in Human Geography*, Vol. 22, no. 1 (1998): 81-93.
- Taylor, Peter J. "World Cities and Territorial States under Conditions of Contemporary Globalization". *Political Geography*, Vol. 19, no. 1 (2000): 5-32.
- Wallerstein, Immanuel. "El espaciotiempo como base del conocimiento". *Análisis Político*, no. 32 (1997): 3-15.
- White, Hyden. *El contenido de la forma. Narrativa, discurso y representación histórica*. Traducción de Jorge Vigil Rubio. Barcelona: Paidós, 1992. Primera edición: 1987.
- Woodward, David and Malcolm Lewis, eds. *Cartography in the Traditional African, American, Arctic, Australian, and Pacific Societies*. Vol. 2, Book three of *The History of Cartography*. Chicago: The University of Chicago Press, 1998.

El tiempo situado: las temporalidades después del “giro espacial”¹

*Carlo Emilio Piazzini Suárez*²

La idea de viajar en el tiempo es un recurso narrativo bien conocido, generalmente ligado con la literatura. Estados oníricos que conectan épocas diferentes, cápsulas que van y vienen entre pasado, presente y futuro, viajes interiores que remontan las trayectorias biográficas hasta llegar a la semilla, son figuras que pretenden franquear la causalidad del tiempo histórico o individual. Pero una de las más frecuentadas es la del viajero que recorriendo geografías remonta la historia y transita por diferentes épocas: viajar por el espacio es viajar por el tiempo, cronotopo predilecto de aventureros, novelistas y científicos. Y pareciera cosa de sentido común pensar que al recorrer el espacio se recorre también el tiempo cuando, por ejemplo, decimos que tal región se encuentra suspendida en una época, que la vida allí transcurre como hace siglos, y

- ¹ Original publicado en: Diego Herrera y Emilio Piazzini, eds., *(Des) territorialidades y (No) lugares. Procesos de configuración y transformación social del espacio* (Medellín: La Carreta Editores, 2006), 53-73.
- ² Antropólogo de la Universidad de Antioquia e investigador del Grupo de Estudios del Territorio del Instituto de Estudios Regionales (INER) de la Universidad de Antioquia. Ha efectuado investigaciones arqueológicas e históricas sobre procesos de cambio social y configuración del espacio social, historia del pensamiento arqueológico. Se interesa por el abordaje transdisciplinario de experiencias y concepciones de espacio y tiempo.

entonces retornamos a la ciudad sintiendo que, para bien o para mal, restablecemos el contacto con la contemporaneidad.

Johannes Fabian³ profundizó en esta singular relación entre espacio y tiempo a propósito de la constitución de la antropología en el siglo XIX, encontrando que la contemporaneidad del otro no-occidental fue negada, asumiendo que la distancia en el espacio equivalía a una distancia en el tiempo. Vivir en otra parte, en la periferia del mundo occidental, era vivir en otra época, pero no solo en otra época, sino en un estado sociocultural de antecendencia evolutiva, agotado ya, o superado por la historia occidental. El etnógrafo se presenta entonces como un viajero que remonta el tiempo, mientras el etnografiado es tomado por un representante del pasado. El primero habla desde el presente, el segundo, desde una anterioridad mitológica o histórica.

Fabian encontró que esta negación de la contemporaneidad se corresponde con un manejo político del tiempo y del espacio, con lo cual la antropología reforzó un elemento central en las políticas coloniales, como es la presunción de superioridad histórica y cultural del colonizador frente al colonizado y por consiguiente el derecho o la justificación de ocupación y transformación de sus espacios. También encontró el autor que esta no era una característica privativa de la antropología, sino una condición de su emergencia: en la modernidad, el control político del espacio se hizo posible mediante el ordenamiento del tiempo. Las empresas de expansión territorial, pero habría que añadir todas aquellas transformaciones espaciales inherentes a la modernidad (empresas colonizadoras y proyectos imperiales, constitución de los Estados nación, concentración urbana, confinamiento arquitectónico de la población, manejo de los cuerpos...), fueron justificadas, comprendidas y exacerbadas por narrativas enfocadas en el tema del tiempo, teleologías históricas que destacaron la contemporaneidad de unos frente al atraso de otros. Entonces, literalmente sintetizó el autor: “la geopolítica tiene su fundamento ideológico en la cronopolítica”.⁴

3 Johannes Fabian, *Time and the Other. How Anthropology Makes Its Object* (New York: Columbia University Press, 1983).

4 Fabian, *Time and the Other*, 144. Las traducciones de la bibliografía citada en idiomas diferentes al español han sido todas efectuadas por el autor.

Esta particular forma de articulación entre espacio y tiempo ha sufrido transformaciones recientes que acompañan los procesos ligados con la globalización. Sin embargo, no existe consenso acerca de las características de tal transformación, distinguiéndose por lo menos dos clases de interpretación: de una parte, se considera que la posmodernidad corresponde con una etapa tardía de “compresión espacio-temporal”, ya iniciada en la modernidad, que finalmente conllevaría una “aniquilación del espacio por el tiempo”. De otra parte, se dice de la ocurrencia de un “giro espacial”, en el que las espacialidades estarían cobrando una mayor importancia respecto del tiempo, e incluso, en una variación de esta tesis, que de lo que se trataría es de la muerte del tiempo.

Como siempre que un fenómeno ofrece interpretaciones polarizadas, en este caso surgen planteamientos que enfatizan en una posición intermedia, argumentando que las experiencias de espacio y tiempo son ambas fundamentales y mantienen entre sí una relación equiparable frente a los procesos de globalización. Estos argumentos han encontrado en la idea de espacio-tiempo un recurso importante en la medida en que denota, en primera instancia, un tratamiento equilibrado y una interdependencia de los dos términos de la ecuación.

Este artículo parte del examen de algunos de los principales enunciados sobre espacio-tiempo efectuados en las últimas décadas, con el ánimo expreso de someter a prueba la consistencia y pertinencia que ofrecen aquellos enunciados favorables a un tratamiento más explícito de las espacialidades sociales, en un momento histórico en el que, por otra parte, lo que podría estar sucediendo es que los anclajes territoriales, las delimitaciones fronterizas, los sentidos de lugar, en fin, todos los referentes espaciales de la vida social, económica y política se transforman profundamente, al punto de llegar incluso a desdibujarse.

Espacio-tiempo

En estricto sentido la idea de espacio-tiempo implica como corolario fundamental la fusión e interdependencia de los dos términos. Ello es enfatizado desde su definición, proveniente de la física de principios del siglo xx, cuando denota una articulación entre dimensiones que en la mecánica newtoniana habían sido concebidas como absolutas e independientes. Espacio-tiempo (espacio de Mikowski) en la teoría de la relatividad corresponde a una fusión

de entidades inseparables, un *continuum* tetradimensional en que se encuentran situados todos los eventos físicos.⁵ Pero al menos en el caso de las teorías sociales espacio-tiempo implica un encuentro entre repertorios conceptuales cuya trayectoria de relacionamiento mutuo ha sido débil e inequitativa: una acreditada y prolongada tradición de tratamiento metafísico y metodológico del tiempo, tratado como condición de la existencia, núcleo de la historia, estructurante de la memoria y el ritmo social, se pone en contacto con los menos solemnes pensamientos del espacio y la geografía, tradicionalmente minimizados por la filosofía, sobredeterminados por la historia y tratados por los científicos sociales como una mera cuestión metodológica y de escala. De tal forma que, sobre el trasfondo de un enunciado de interdependencia entre espacio y tiempo, se puede identificar un deslizamiento gradual desde el énfasis puesto en el tiempo hacia el énfasis puesto en el espacio, lo que como veremos corresponde a un descentramiento geopolítico de los lugares de enunciación de los pensamientos sobre el tiempo.

Quizá haya sido el concepto de *cronotopo* (literalmente tiempo-espacio), formulado por Mijaíl Bajtín (1937-8), una de las más tempranas incorporaciones de la idea de espacio-tiempo en el pensamiento social. Aun cuando por definición el cronotopo es “la conexión esencial de relaciones temporales y espaciales asimiladas artísticamente en la literatura”,⁶ sus alcances analíticos trascienden el ámbito literario, en la medida en que en la teoría de Bajtín el cronotopo literario se relaciona de forma compleja con el espacio-tiempo social del autor y del lector, los cronotopos internos (el espacio-tiempo de la vida representada) y externos (el espacio-tiempo en el que se produce la representación) se implican mutuamente. De hecho, el potencial conceptual y analítico del cronotopo literario se pone de manifiesto en recientes incorporaciones a la pregunta por las espacialidades y temporalidades de la modernidad y la posmodernidad (i. e. Mendieta 1998),⁷ aun cuando no haya tenido la trascendencia de otros

5 Cf. Albert Einstein, “Space-Time”, in *Encyclopaedia Britannica*, thirteenth Edition, accessed July 17, 2005, <https://www.britannica.com/science/space-time>.

6 Mijaíl Bajtín, *Teoría y estética de la novela: trabajos de investigación* (Madrid: Taurus, 1989), 237, primera edición: 1975.

7 i. e. Eduardo Mendieta, “Modernidad, posmodernidad y poscolonialidad: una búsqueda esperanzadora del tiempo”, en *Teorías sin disciplina (latinoamericanismo, poscolonialidad y globalización*

conceptos que, como heteroglosia e hibridación, constituyen recuperaciones de las ideas bajtianas en el contexto de la teoría social contemporánea.⁸

El corolario de interdependencia es en este caso explícito: el cronotopo, dice Bajtín, “(...) expresa el carácter indisoluble del espacio y el tiempo”; en el cronotopo “(...) tiene lugar la unión de los elementos espaciales y temporales en un todo inteligible y concreto. El tiempo se condensa aquí, se comprime, se convierte en visible desde el punto de vista artístico; y el espacio, a su vez, se intensifica, penetra en el movimiento del tiempo, del argumento, de la historia. Los elementos del tiempo se revelan en el espacio y el espacio es entendido y medido a través del tiempo”.⁹ Y, en efecto, el análisis concienzudo que Bajtín emprende de los múltiples cronotopos que definen los géneros de la novela griega, medieval y renacentista corresponde, en principio, con un tratamiento equilibrado de espacio y tiempo. Incluso, contra la sospecha de que Bajtín, en tanto sujeto moderno, hubiese privilegiado el tiempo en sus análisis, podría decirse que en realidad hace lo contrario: dice del tiempo que es “(...) la cuarta dimensión del espacio”¹⁰ y las denominaciones que emplea para los diferentes cronotopos son fundamentalmente espaciales: cronotopo del camino, de la plaza, del castillo, del salón-recibidor, de la pequeña ciudad provinciana, del umbral...

Pero la sospecha reaparece en la medida en que reiterativamente se refiere al espacio como trasfondo o escenario, elemento fijo y ciertamente pasivo, mientras que el tiempo es considerado explícitamente como el “principio esencial del cronotopo”.¹¹ El espacio resulta ser en última instancia una entidad estática que funciona como una suerte de recurso práctico para que el tiempo, siempre más esencial y dinámico, pueda materializarse, hacerse visible en la novela.¹²

.....
en debate), eds. Santiago Castro y Eduardo Mendieta (Ciudad de México: Miguel Ángel Porrúa, 1998), 147-205.

8 Cf. Bart Keunen, “Bakhtin, Genre Formation, and the Cognitive Turn: Chronotopes as Memory Schemata”, *CLCWEB: Comparative Literature and Culture*, Vol. 2, no. 2 (2000), <https://docs.lib.purdue.edu/clcweb/vol2/iss2/2/>.

9 Bajtín, *Teoría y estética de la novela*, 237-8.

10 *Ibid.*, 237.

11 *Ibid.*, 239.

12 Bajtín, *Teoría y estética de la novela*.

Quizá de mayor importancia para el desarrollo posterior de la idea de espacio-tiempo sea el trabajo efectuado por el geógrafo Torsten Hägerstrand en el decenio de los 70, a propósito de lo que ingeniosamente llamó una geografía del tiempo [*time geography*]. El autor ideó un sistema tridimensional de representación de las trayectorias biográficas de los sujetos en la vida cotidiana, en donde el espacio (los desplazamientos y sitios de estadía o encuentro) son situados conforme a dos ejes cartesianos (x y y), mientras el tiempo (horario) corresponde a una coordenada adicional (z) que conforma una tercera dimensión. También en este caso se podría decir que se trata de una relación equilibrada entre espacio y tiempo,¹³ pero en la práctica representa la incorporación de la variable temporal a los procedimientos de graficación y análisis espacial –un aspecto de gran trascendencia para la geografía– a costa de una supresión de la tercera dimensión espacial. No obstante, al igual que el cronotopo, la idea de una geografía del tiempo encierra un potencial enorme, en la medida en que supone, literalmente, la posibilidad de situar el tiempo respecto del espacio ya no como categoría exclusivamente ordenadora de las diferencias espaciales (como en la cronopolítica de la modernidad), sino como “(...) la multiplicidad de historias que son el espacio”.¹⁴

Apoyado parcialmente en la idea de Hägerstrand, Anthony Giddens ha efectuado uno de los desarrollos más importantes de la idea de espacio-tiempo en la teoría social contemporánea. Espacio-tiempo constituye un contexto en el que son posibles, se sitúan, extienden y extinguen prácticamente todos los fenómenos sociales (acciones, prácticas, interacciones, sistemas y estructuras) con los cuales trabaja la teoría de la estructuración. No es para menos, pues “[L]as propiedades estructurales de sistemas sociales existen sólo con tal que formas de conducta social se reproduzcan inveteradamente por un tiempo y un espacio. La estructuración de instituciones se puede comprender por referencia a actividades sociales que ‘se estiran’ por amplios segmentos de

- 13 Nigel Thrift, “Torsten Hägerstrand and Social Theory”, *Progress in Human Geography*, Vol. 29, no. 3 (2005): 337-40.
- 14 Doreen Massey, “Travelling Thoughts”, in *Without Guarantees. In Honour of Stuart Hall*, eds. P. Gilroy, L. Grossberg and Angela McRobbie (London: Verso, 2000), 231 citado en Ash Amin, “Spatialities of Globalisation”, *Environment and Planning A: Economy and Space*, Vol. 34, no. 3 (2001): 391.

espacio-tiempo. Incorporar un espacio-tiempo en el corazón de la teoría social equivale a repensar algunas de las divisiones entre disciplinas que segregan la sociología de la historia y la geografía”.¹⁵ Para el autor, “(...) la cuestión fundamental de la teoría social (...) es explicar que las limitaciones de una ‘presencia’ individual pueden ser trascendidas en el ‘estiramiento’ de relaciones sociales por un espacio y un tiempo”.¹⁶ El estiramiento espaciotemporal de interacciones sociales permite trascender los contextos de co-presencia limitados por el espacio-tiempo de los cuerpos, hacia el establecimiento de relaciones sociales entre actores que están físicamente ausentes, siendo ello la clave para comprender la constitución de sistemas y estructuras sociales, así como para explicar las características mismas de las sociedades modernas.

A Giddens se le debe un esfuerzo notable por precisar las implicaciones conceptuales y metodológicas que tiene la incorporación del espacio-tiempo en la teoría social. De ello habla la acotación de una terminología precisa y de gran utilidad analítica: bordes espacio-temporales, contextualidad, distanciamiento, regionalización, sede..., pero su tratamiento del espacio aparece todavía cargado de una condición periférica respecto del tiempo, se encuentra comprometido con una mirada que enfatiza en el término temporal de la ecuación.¹⁷ El “efecto Giddens”, al que Arturo Escobar¹⁸ se ha referido a propósito de aquellas tesis que suponen la radicalización y universalización de la modernidad de la mano de la globalización, indica fundamentalmente que los planteamientos sobre distanciamiento espacio-temporal son efectuados precisamente desde una teleología histórica que aún no escapa a la cronopolítica de la modernidad.

¹⁵ Anthony Giddens, *La constitución de la sociedad. Bases para la teoría de la estructuración*, trad. José Luis Etcheverry (Buenos Aires: Amorrortu Editores, 2003), 22, primera edición: 1984.

¹⁶ Giddens, *La constitución de la sociedad*, 70.

¹⁷ Edward Soja, *Postmodern Geographies: The Reassertion of Space in Critical Social Theory* (London, New York: Verso, 1994), first edition: 1989.

¹⁸ Arturo Escobar, “The Latin American Modernity/Coloniality Research Program: ‘Worlds and Knowledges Otherwise’”, in *Cruzando fronteras en América Latina. Ponencias presentadas durante el Tercer Congreso Europeo de Latinoamericanistas*, CEISAL 2002 *Ámsterdam*, Guillermo O’Donnell, Cynthia Hewitt de Alcantara y Arturo Escobar (Ámsterdam: CEISAL, 2002), 31-67.

Una segunda gran incorporación del espacio-tiempo en la teoría social es la efectuada por Immanuel Wallerstein,¹⁹ quien piensa que los conceptos de *espacio* y *tiempo* deberían estar en el centro de todas y cada una de las tentativas del conocimiento social. Para el autor, espacio y tiempo no son, como planteara Kant, categorías invariantes, tampoco son factores exógenos a la realidad social, como han planteado buena parte de las teorías modernas del conocimiento; son, por el contrario, construcciones sociales que afectan nuestra existencia, pero que a su vez pueden ser transformadas para la constitución de nuevos y diferentes sistemas históricos. A partir de la pluralidad de tiempos históricos definida por Fernand Braudel,²⁰ e introduciendo elementos de la teoría de sistemas complejos de las ciencias naturales, Wallerstein adiciona la perspectiva espacial y define cinco tipos de “tiempo-espacio”: el episódico o geopolítico de los acontecimientos infinitesimalmente pequeños en tiempos y espacios singulares; el cíclico-ideológico de los patrones repetitivos de un sistema social, cuya percepción puede ser usada políticamente para enfatizar, ya en el cambio o ya en la continuidad; el estructural de espacios extensos y tiempos largos, en donde es posible identificar los límites históricos y geográficos de los sistemas sociales; el eterno de las realidades infinitas y continuas; y por último, el transformativo, referido a los momentos breves y poco corrientes del cambio fundamental que marca la transición de un sistema histórico a otro.²¹

De esta tipología las ciencias sociales habrían privilegiado el tratamiento del tiempo-espacio episódico (en el caso de la historia, la antropología y el orientalismo) y el tiempo espacio eterno (la economía, la ciencia política y la sociología) a expensas de los demás, notablemente del tiempo-espacio transformativo que, según Wallerstein, es el que actualmente vivimos y el que

19 Immanuel Wallerstein, “SpaceTime as the Basis of Knowledge” (Lecture given at World Congress of Convergence, Cartagena, Colombia, May 31, June 5, 1997), <http://fbc.binghamton.edu/iwsptm.htm>; Immanuel Wallerstein, “The Time of Space and the Space of the Time: The Future of Social Science”, *Political Geography*, Vol. 17, no. 1 (1998): 71-82, <https://www.sciencedirect.com/science/article/abs/pii/S0962629896000972>.

20 Fernand Braudel, *La historia y las ciencias sociales* (Madrid: Alianza Editorial, 1974), primera edición: 1958.

21 Wallerstein, “SpaceTime”; Wallerstein, “The Time of Space”.

permitiría la constitución de un nuevo sistema mundial más justo, inteligente y racional.

La teoría del sistema-mundo puede ser considerada como un esfuerzo pionero por espacializar la historia occidental, en la medida en que enfatiza más en la articulación espacial del poder que en la sucesión lineal de los eventos.²² De hecho, su análisis sobre el espacio-tiempo ha proveído importantes bases para avanzar hacia una geopolítica del conocimiento.²³ Pero una mirada detenida a cada una de las tipologías de espacio-tiempo de Wallerstein revela un pobre correlato espacial para cada una de ellas. Como sucede con Giddens, podría decirse que el núcleo duro del tiempo-espacio de Wallerstein reside todavía en un pensamiento fundamentalmente histórico; el espacio tiene en últimas la misma fortaleza que en las teorías de Braudel, en donde es tratado como marco, como escenario en el que transcurren, más o menos confinados, los procesos de larga duración.²⁴ Pero más allá de esto, y desde una perspectiva crítica que inscribe su lugar de enunciación en la frontera exterior del sistema-mundial moderno/colonial, "la reconceptualización de espacio-tiempo de Wallerstein permanece dentro de la ideología doméstica de las culturas eruditas occidentales, con la presunción de una mirada universal, válida para todos los tiempos y sociedades".²⁵ Esto es, el esquema de Wallerstein "cae en el mito de la modernidad y la tiranía del tiempo".²⁶

Un paso más allá, en esta oscilación gradual de la importancia del espacio respecto del tiempo, se sitúa la perspectiva de una "geografía histórica del capitalismo" propuesta por David Harvey,²⁷ quien por esta vía busca comprender las transformaciones que estarían implicadas en el paso de la modernidad a la posmodernidad. Su idea de "compresión espacio-temporal" puede

22 Walter Mignolo, "The Geopolitics of Knowledge and the Colonial Difference", *The South Atlantic Quarterly*, Vol. 101, no. 1 (2002): 57-96.

23 Walter Mignolo, *Historias locales/diseños globales. Colonialidad, conocimientos subalternos y pensamiento fronterizo*, trads. Juan María Madarraga y Cristina Vega Solís (Madrid: Akal, 2003), primera edición: 2000.

24 Cf. Braudel, *La historia*.

25 Mignolo, "The Geopolitics of Knowledge", 70.

26 Mignolo, *Historias locales/diseños globales*, 262.

27 David Harvey, *La condición de la posmodernidad. Investigaciones sobre los orígenes del cambio cultural*, trad. Martha Eguía (Buenos Aires: Amorrortu Editores, 1998), primera edición: 1989.

ser considerada como una tercera gran incorporación de la noción de *espacio-tiempo* en la teoría social contemporánea. A partir del modelo ya mencionado de Hägerstrand, así como de las tesis pioneras de Henri Lefebvre sobre el espacio como producción social y de Georges Gurvitch sobre el contenido social de las prácticas temporales, el autor propone como hipótesis que “(...) en las economías monetarias en general, y en la sociedad capitalista en particular, el dominio simultáneo del tiempo y el espacio constituye un elemento sustancial del poder social”.²⁸

Esta estrecha relación entre espacio, tiempo y economía política implica que el cambio social puede ser comprendido como la transformación de los fundamentos espaciales y temporales que organizan la reproducción del orden social y con ello de los sistemas de representación, las formas culturales y las concepciones filosóficas.²⁹ En esta perspectiva, la compresión espacio-temporal se refiere al proceso de aceleración del ritmo de la vida “(...) generado por la acumulación capitalista con su constante afán de aniquilamiento del espacio por el tiempo y de reducción de los tiempos de rotación”.³⁰

Esta compresión habría tenido ocasión varias veces en la historia del capitalismo, pero se destaca su intensificación en la posmodernidad, cuando se opera una transición desde una economía fordista, en que las crisis de acumulación se resolvían mediante su exportación a otros entornos geográficos o siendo pospuestas a futuro, hacia una economía de carácter flexible que tiende a la disminución de las barreras espaciales para mantener activo el intercambio, el movimiento y la comunicación.

El reto de Harvey ha sido repensar el materialismo histórico tratando de restituir el lugar de las espacialidades dejadas de lado en el modelo de Marx, abogando así por lo que sería un “materialismo histórico-geográfico”.³¹ Lo fructífero de esta tarea se pone de manifiesto en la utilidad que su tesis sobre compresión espacio-temporal –al igual que la de distanciamiento espacial de

²⁸ Harvey, *La condición de la posmodernidad*, 251.

²⁹ Harvey, *La condición de la posmodernidad*.

³⁰ *Ibid.*, 339.

³¹ Cf. David Harvey, *Espacios de esperanza*, trad. Cristina Piña (Madrid: Akal, 2003), primera edición: 2000.

Giddens— ofrece para comprender la manera en que las experiencias y discursos del espacio-tiempo se articularon en la modernidad. Pero al ser aplicadas ambas al enorme reto de comprender un proceso en marcha, como es el de la transformación de estas experiencias y discursos de la mano de los procesos de globalización, ofrecen problemas relacionados precisamente con la dificultad que supone abandonar el *cronocentrismo*³² del pensamiento occidental. Sobre todo, allí en donde está en juego nuestra capacidad de comprender formas alternativas de articulación entre espacio y tiempo.

Frente al reto que representa transgredir la cronopolítica de la modernidad, el geógrafo Edward Soja³³ hace que el corolario de interdependencia entre los términos de la ecuación espaciotemporal se incline decididamente hacia las espacialidades. A partir de una crítica reiterada a la manera en que el pensamiento del tiempo ha opacado la relevancia del espacio como producto y productor de lo social, plantea en primera instancia que las relaciones entre espacio y tiempo deben ser reconfiguradas desde una condición ontológica y epistemológica equilibrada de los dos términos. “La imaginación histórica —dice— nunca es completamente a-espacial y los historiadores sociales críticos han escrito, y continúan escribiendo algunas de las mejores geografías del pasado. Pero es siempre el tiempo y la historia los que proveen las variables fundamentales en estas geografías”.³⁴ Para el autor, restituir el lugar del espacio respecto del tiempo requiere de “un conocimiento práctico y teórico que vea el mundo de la existencia creativamente localizado no sólo en la factura de la historia, sino además en la construcción de geografías humanas, la producción social del espacio y la cambiante formación y transformación de los paisajes geográficos: la existencia social activamente situada en el espacio y el tiempo en una contextualización geográfica e histórica más explícita”.³⁵

32 Acoto el término *cronocentrismo* para referirme a la preeminencia que en un sistema de pensamiento adquiere la cuestión temporal, como elemento fundamental del ordenamiento de las alteridades.

33 Soja, *Postmodern Geographies*.

34 *Ibid.*, 14.

35 *Ibid.*, 11.

Pero hay que enfatizar que ese equilibrio solo puede lograrse al “abrir y recomponer el territorio de la imaginación histórica a través de una espacialización crítica”.³⁶ De tal modo que aun cuando en primera instancia se dibuja aquí una idea de espacio-tiempo que quisiera ser equilibrada, es preciso reconocer que dada la importancia que ha tenido el *cronocentrismo* en la constitución del pensamiento occidental, y que, como hemos visto, prevalece incluso en algunos de los más críticos enunciados sobre espacio-tiempo, cualquier iniciativa por trascender la cronopolítica de la modernidad debe proceder mediante una espacialización hasta cierto punto radical del tiempo, la historia y la memoria.

Sobre una posición tal, algunos autores³⁷ han llamado la atención acerca de lo que podría convertirse en una espacialización a ultranza de las teorías sociales. Con todo, y concediendo que la cuestión del tiempo resulta ineludible para los nuevos pensamientos espaciales, es preciso reconocer que no es lo mismo pensar en una geografía histórica que en una geografía del tiempo, que no son lo mismo la historia del espacio y los lugares de la memoria, que la geopolítica de la historia y la memoria. Pensar el tiempo luego de la visibilización crítica de la cronopolítica y el *cronocentrismo* de la modernidad, más que una operación de restablecimiento del equilibrio entre espacio y tiempo, es la constitución de una nueva mirada, que responda al reto de establecer cómo en (tre) diferentes localizaciones geohistóricas se configura y opera una articulación compleja entre experiencias y conceptualizaciones del tiempo y del espacio.

Pero aún quedaría por explorar otra forma de encarar la tensión oculta del espacio-tiempo, a partir de una perspectiva que en principio se ofrece como más radical y desde la cual los planteamientos mismos de Soja, en tanto sujeto que habla desde un lugar situado en el “centro” de producción académica norteamericana, resultan comprometidos con una neocolonialidad intelectual agenciada por las ideas posmodernistas. Se trata de lo que Walter Mignolo³⁸

36 Ibid., 12.

37 Bob Jessop, *Globalization: It's about Time Too!* (Vienna: Institute for Advanced Studies, Political Science Series N.º 85, 2002); Jon May and Nigel Thrift, Introduction to *Timespace: Geographies of Temporality (Critical Geographies)*, eds. Jon May and Nigel Thrift (London, New York: Routledge, 2001), 1-46.

38 Mignolo, *Historias locales/diseños globales*.

ha denominado un “paradigma otro”, recogiendo planteamientos previos de otros latinoamericanos como Quijano y Dussel.³⁹ Desde un “paradigma otro” hablan aquellas voces críticas que, en lugar de *hablar de* otros tiempos y otros espacios, *hablan desde* tiempos y espacios otros, “pensamientos fronterizos” situados en la frontera exterior del “sistema/mundo moderno/colonial”, que en su conjunto podrían conformar una “ruptura epistémica espacial”,⁴⁰ por contraste con las rupturas epistémicas temporales de un Michel Foucault o un Thomas Kuhn.

Aun cuando no conozco un análisis expresamente dirigido a establecer el lugar que ocupa la reflexión sobre el espacio-tiempo en estos pensamientos fronterizos, es indudable que muchos de los planteamientos de Mignolo y otros estudiosos de la poscolonialidad derivan su fuerza de lo que sería una espacialización crítica de la cronopolítica de la modernidad. Hallar una oculta relación espacial entre lo que se dice y desde dónde se dice (geopolítica del conocimiento) y, a partir de allí, señalar los límites de autoridad de aquellos discursos científicos y políticos que en la modernidad pretendieron ser a-espaciales, universales o u-tópicos, implica indudablemente un ejercicio de restitución de estos discursos a contextos de espacio-tiempo concretos.

Las implicaciones rotundas que se derivan de la relación entre lo que se dice y desde dónde se dice conllevarían incluso un cierto desprecio por categorías acotadas en contextos académicos metropolitanos, como es el caso del espacio-tiempo mismo y, en la medida de lo posible, la habilitación de terminologías provenientes de lugares de enunciación periféricos. Apoyado en un análisis crítico efectuado por el nativo norteamericano Vine Deloria acerca de la manera en que en Occidente “el espacio genera tiempo, pero el tiempo ha tenido poca relación con el espacio”, Mignolo plantea que “la cuestión ya no es una nueva conceptualización de espacio-tiempo en un paradigma kantiano, con espacio y tiempo como invariantes, sino su discontinuidad en el otro lado de la diferencia colonial. Pienso aquí –dice– en espacio-tiempo sin ese

39 Cf. Escobar, “The Latin American”; Santiago Castro, *La poscolonialidad explicada a los niños* (Popayán: Editorial Universidad del Cauca, 2005).

40 Mignolo, *Historias locales/diseños globales*, 32.

nombre (e. g., *Pachakuti* entre la gente Aymara de los Andes) en el otro lado de la diferencia colonial que el modelo kantiano hace visible⁴¹

Como quiera que sea, los discursos poscoloniales se apoyan a menudo en el ejercicio de una espacialización crítica de la cronopolítica de la modernidad, en donde el análisis de las tensiones y relaciones entre espacio y tiempo, geografía e historia, resulta de particular importancia. No obstante, y pese a la crítica abierta que desde los estudios poscoloniales se hace de la teoría del sistema-mundo, la diferencia colonial puede llegar a simplificar y polarizar la pluralidad de experiencias de espacio-tiempo, tanto como lo hiciera la oposición centro/periferia. De tal forma que la alteridad de experiencias y conceptos de espacio-tiempo parece reducirse a la división entre lugares de enunciación situados en el interior/exterior del sistema mundo moderno/colonial, sin mayor sensibilidad a otras diferencias geohistóricas que se encuentran en el “interior” de los pares de oposición.

Pero tratemos de ver cómo algunos de estos enunciados de espacio-tiempo, que parecen oscilar entre el énfasis en uno u otro término de la ecuación, se comportan en el contexto espaciotemporal mismo de la modernidad y la posmodernidad.

Tiempo (y espacio) de la modernidad

Entre varios de los autores citados, y otros que de alguna manera se han dirigido a comprender los rasgos estructurales de la modernidad, existe cierto consenso acerca del privilegio dado al tratamiento del tiempo respecto del espacio en el pensamiento occidental, por lo menos desde Kant hasta Heidegger.⁴² De acuerdo con esta tesis, los principales campos de pensamiento social

41 Mignolo, “The Geopolitics of Knowledge”, 69-70.

42 Manuel Castells, *La sociedad red*, vol. 1 de *La era de la información. Economía, sociedad y cultura*, trad. Carmen Martínez Gimeno (Madrid: Alianza Editorial, 1999), primera edición: 1996; Michel Foucault, “Of Other Spaces” (Lecture given at the Cercle des études architecturales, March 14, 1967), <http://foucault.info/documents/heteroTopia/foucault.heteroTopia.en.html>; David Harvey, *La condición de la posmodernidad. Investigaciones sobre los orígenes del cambio cultural*, trad. Martha Eguía (Buenos Aires: Amorrortu Editores, 1998), primera edición: 1989; Reinhart Koselleck, *Los estratos del tiempo: estudios sobre la historia*, trad. Daniel Innerarity (Barcelona: Ediciones Paidós, 2001), primera edición: 2000; Mignolo, *Historias locales/diseños globales*; Soja, *Postmodern Geographies*; José Luis Pardo, *Las formas de la exterioridad* (Valencia: Pre-Textos, 1992).

de la modernidad definieron una condición de preeminencia de las categorías temporales (notablemente de la Historia), relacionadas con la conciencia y el espíritu, sobre las categorías temporales (sobre todo la geografía), relacionadas con la inconsciencia y la naturaleza. Esta oposición fue edificada re-significando dicotomías previamente establecidas entre alma/cuerpo, espíritu/materia y memoria/olvido, propias del pensamiento clásico y judeocristiano.

Esta hegemonía o primado del pensamiento del tiempo emerge como estrategia que busca domesticar las alteridades representadas en las diferencias geográficas, mediante el recurso a un modelo de tiempo de carácter evolutivo, conforme al cual las sociedades occidentales ocupan el lugar de la Historia, del presente y el futuro, mientras que las sociedades no occidentales ocupan el lugar de la geografía, la prehistoria y el mito. Sobre esta lógica *cronocéntrica* descansó la idea de progreso, y luego se han sustentado las de desarrollo y modernización, erigiendo como modelo planetario las características económicas, políticas y culturales de los centros metropolitanos, y exigiendo a los lugares periféricos la transformación de sus geografías, sus paisajes, sus arquitecturas, sus tecnologías, sus cuerpos, en suma sus espacialidades, como condición para ingresar a la corriente principal de la Historia. Retomando la frase de Castells,

La idea de progreso, que durante los dos últimos siglos ha estado en los orígenes de nuestra cultura y nuestra sociedad, se basaba en el movimiento de la historia, de hecho, en la secuencia predeterminada de la historia guiada por la razón y con el impulso de las fuerzas productivas, escapando de las limitaciones de las sociedades y culturas circunscritas al espacio. El dominio del tiempo y el control de la ritmicidad colonizaron territorios y transformaron el espacio en el vasto movimiento de la industrialización y la urbanización emprendido por el doble proceso histórico de la formación del capitalismo y el estatismo. Al *convertirse* en un ser estructurado, el tiempo conformó el espacio.⁴³

Se trata pues de una modalidad de manejo político del tiempo basada en una teleología de perfectibilidad que jerarquiza, ordena y contribuye a

43 Castells, *La sociedad red*, 500 (énfasis en el original).

controlar experiencias del tiempo social como la memoria, el sentido del devenir y la constitución de u-topías y horizontes de futuro.

Pero teniendo en cuenta, como señalamos siguiendo a Fabian, que dicha cronopolítica actúa como fundamento ideológico para el despliegue de una geopolítica de la modernidad, que la historización de las diferencias geográficas definió los términos en que se ha valorado la alteridad espacial⁴⁴ y que fue esta una de las bases para instaurar la diferencia colonial,⁴⁵ debe reconocerse plenamente que, aun cuando, o precisamente dado que el pensamiento social privilegió ontológica y epistemológicamente el tema del tiempo, el espacio y las espacialidades jugaron un papel central en la dinámica de la modernidad, fundamentalmente en lo referido a la expansión económica y territorial, el colonialismo, la emergencia de los Estados nación y la regulación disciplinaria de los cuerpos y las espacialidades.

Esta figura esquizofrénica de un pensamiento cronocéntrico, que no obstante se encuentra abocado a dar cuenta de un mundo en el cual la espacialización del poder y el control de las espacialidades han sido fundamentales, puede ser entendida con base en la idea de distanciamiento espacio-temporal. Durante el Medioevo la relación entre espacio y tiempo era inseparable, “el cuándo estaba casi universalmente conectado al dónde”,⁴⁶ el ejercicio de la memoria involucraba activamente las espacialidades y muy concretamente los lugares en donde las interacciones sociales se desarrollaban cara a cara, de manera presencial. Pero con la modernidad se operan dos transformaciones: en primer lugar, el sentido de lugar se separa del sentido del espacio al incrementarse las relaciones entre ausentes: “Los aspectos locales son penetrados en profundidad y configurados por influencias sociales que se generan a gran distancia de ellos”.⁴⁷ Se conforma entonces la idea de espacio como absoluto, en el que se localizan las actividades humanas. En segundo lugar, también entre

44 James Duncan, “Sites of Representation. Place, Time and the Discourse of the Other”, in *Place/Culture/Representation*, eds. James Duncan and David Ley (London: Routledge, 1994), 39-56, first edition: 1993.

45 Cf. Castro, *La poscolonialidad*; Mignolo, *Historias locales/diseños globales*.

46 Anthony Giddens, *Consecuencias de la modernidad*, trad. Ana Lizón Ramón (Madrid: Alianza Editorial, 1994), 29, primera edición: 1990.

47 Giddens, *Consecuencias de la modernidad*, 30.

espacio y tiempo se opera una separación, en la medida en que toma fuerza la regulación de las actividades sociales conforme a un tiempo homogéneo que no depende de la localización de estas: "El tiempo estuvo conectado al espacio (y al lugar) hasta que la uniformidad de la medida del tiempo con el reloj llegó a emparejarse con la uniformidad en la organización social del tiempo".⁴⁸

Este "vaciamiento" de los contenidos específicos y plurales del espacio-tiempo medieval, esta tendencia a la homogeneización del tiempo y del espacio que se inicia con el Renacimiento preparó el camino para que por lo menos desde el siglo XIX se generara una transformación estructural, una "compresión espacio-temporal". De acuerdo con Harvey, mientras los mundos premodernos desplegaron diferentes lógicas espaciotemporales afines a la rutina de las prácticas cotidianas de cada territorio, interconectadas entre sí solo por la potencia de los calendarios cristianos, las empresas puntuales de colonización y los imaginarios sobre las geografías que constituían los confines del mundo conocido a partir del Renacimiento y durante la Ilustración, cada lugar se volvió más vulnerable a las dinámicas económicas, políticas y culturales de un mundo más amplio, constituyéndose gradualmente la imagen de un tiempo y un espacio homogéneos que determinaban la sincronización de los ritmos temporales de sociedades que hasta entonces eran distantes. Pero además, con el capitalismo se proyectaba dentro de cada una de estas sociedades una fuerte demarcación espacial, así como una mayor regulación temporal de las actividades del ocio y la producción en lugares y momentos específicos.⁴⁹

Se comprende entonces que, en estricto sentido, la tesis del primado del tiempo sobre el espacio corresponde a la mitad del problema sobre las experiencias de espacio y tiempo en la modernidad. Una geografía del capitalismo,

48 Ibid., 29. No hay consenso en que el Renacimiento europeo sea el momento histórico de emergencia del primado del tiempo sobre el espacio. Así por ejemplo, Mendieta considera que es mucho antes, con la emergencia del cristianismo que se constituye una "cronotopología" de la historia lineal que anula los espacios locales de la alteridad. Mendieta, "Modernidad, posmodernidad". Por su parte, Mignolo cree que la modernidad temprana de los siglos XVI y XVII, particularmente el proyecto político colonial español, se caracteriza por un esquema de ordenamiento espacial de la alteridad que solo en el siglo XVIII viene a ser reemplazado por el tiempo. Mignolo, *Historias locales/diseños globales*.

49 Harvey, *La condición de la posmodernidad*.

como la emprendida por Harvey,⁵⁰ permite establecer que de forma paralela a la eclosión del pensamiento histórico se puso en marcha una dinámica de procesos y prácticas espaciales que creó condiciones fundamentales para la expansión de Occidente, el colonialismo y el capitalismo. En última instancia, y pese a la subordinación del espacio al tiempo en el pensamiento de la modernidad, habría que describir una afectación mutua, aun cuando no equilibrada, de las experiencias del espacio y del tiempo. Este doble movimiento se percibe a propósito de la cartografía de los saberes y la geopolítica del conocimiento.

La cartografía de campos y fronteras disciplinarias se ha basado en buena medida en una distribución de los objetos de estudio en relación con el grado de cercanía que estos últimos tengan en relación con el eje central de la Historia y de sus expresiones espaciales y materiales por excelencia: Occidente, lo estatal, lo urbano, la escritura y el arte. Mientras unas disciplinas se aplicaron esencialmente al conocimiento de realidades situadas en la cercanía del espacio-tiempo occidental (economía, ciencia política, historia y sociología), otras se retiraron a estudiar sus periferias (antropología, arqueología, orientalismo), incorporando además –y esto es sumamente sugerente– el trabajo de “campo”, esa puesta en contacto del estudioso con las exterioridades, las geografías, las tradiciones orales y las materialidades, como condición de posibilidad para la producción de conocimiento.⁵¹

De otra parte, la geopolítica, entendida ampliamente como un orden hegemónico que articula prácticas materiales y discursivas en torno a la producción y reproducción de espacialidades en el ámbito de la economía política mundial,⁵² afectó de manera directa el pensamiento sobre el tiempo. Teniendo en cuenta que el lugar de enunciación de los discursos siempre se encuentra localizado respecto de una geografía política, pero además, que las prácticas

50 Harvey, *La condición de la posmodernidad*.

51 Esta distribución epistemológica de las ciencias sociales en el espacio-tiempo de la modernidad sigue parcialmente los planteamientos efectuados por Wallerstein acerca de un sistema de oposiciones o “fisuras” entre diferentes ideas del espacio-tiempo (episódico y eterno). Wallerstein, “The Time of Space”. Sobre el trabajo de campo como requisito de la investigación antropológica, véase Fabian, *Time and the Other*.

52 Gearóid Ó. Tuathail, “Political Geography III: Dealing with Deterritorialization”, *Progress in Human Geography*, Vol. 22, no. 1 (1998): 81-93.

discursivas contribuyen de forma activa a reproducir o transformar dicha geografía y en últimas a fortalecer la espacialización de los poderes, la “imaginación geopolítica de la modernidad”⁵³ ha definido una división espacial de lugares fijos y esenciales (Estados naciones), que otorga a la producción de conocimiento efectuada en los centros metropolitanos (Norteamérica y Europa occidental) una investidura de autoridad y aplicación universal que no aplica para la producción proveniente del resto del planeta.

El análisis de las cartografías y geopolíticas del conocimiento permite, pues, disolver una paradoja. En la modernidad la validez de las formas de conocimiento ha residido en buena medida en su a-espacialidad, esto es, en su capacidad de hallar tesis que, funcionando como parte de teorías generales, leyes o u-topías, no se vean comprometidas en sus fundamentos últimos por la especificidad de las realidades locales. Pero de otra parte, se concede a Occidente un lugar epistémico privilegiado desde el cual sea posible y lícito ordenar el conocimiento sobre el mundo,⁵⁴ siendo los enunciados a-espaciales una suerte de trampa que encubre el poder colonial.

En síntesis, si en la cronopolítica de la modernidad el tiempo afecta el espacio, como es el caso de las cartografías disciplinarias, en la menos visible geopolítica de la modernidad el espacio afecta el tiempo, lo sitúa, revistiendo ciertas geografías del poder con la autoridad de decir y decidir cuál ha sido la historia del mundo, y por consiguiente, cuál su lugar en el presente y el futuro. Parece como si en la modernidad la espacialización de los poderes se hubiese realizado a expensas de una desespacialización del pensamiento sobre el tiempo, lo cual se resume en una frase de Michel de Certeau a propósito de la relación entre el hecho urbano y la ciudad como concepto: “(...) la organización funcionalista, al privilegiar el progreso (el tiempo), hace olvidar su condición

53 John Agnew, *Geopolitics: Re-Visioning World Politics* (London: Routledge, 1998), citado en Tuathail, “Political Geography III”.

54 Nelson Maldonado-Torres, “The Topology of Being and the Geopolitics of Knowledge. Modernity, Empire, Coloniality”, *City*, Vol. 8, no. 1 (2004): 29-56, <https://www.tandfonline.com/doi/abs/10.1080/1360481042000199787?journalCode=ccit20>; Mignolo, *Historias locales/di-seños globales*.

de posibilidad, el espacio mismo, que se vuelve lo impensado de una tecnología científica y política”.⁵⁵

Al establecer la forma en que espacio y tiempo se articulan sin resolver completamente las tensiones, tanto en las prácticas discursivas como en las no discursivas de la modernidad, resulta comprensible que, como hemos señalado, muchos de los enunciados de espacio-tiempo estén comprometidos con un mayor énfasis en el término temporal de la ecuación. Aquellos planteamientos que han logrado tomar distancia respecto de la cronopolítica de la modernidad lo han hecho en la medida en que adoptan un lugar de enunciación situado en la exterioridad de los núcleos hegemónicos del pensamiento occidental. En el caso de Soja y otros geógrafos críticos, se trata de una relocalización que parte de una crítica eficaz de las categorías del pensamiento sobre el tiempo, para llegar a pensar desde una ontología del espacio, lo que es ya pensar desde un lugar de enunciación situado en la frontera de la geopolítica moderna del conocimiento. En el caso de Mignolo y otros estudiosos poscoloniales, más que de una relocalización, se trata de una toma de conciencia sobre los pensamientos fronterizos situados en la diferencia colonial, para llegar a pensar desde las exterioridades geohistóricas de Occidente.

Pero, ¿cuál podría ser la validez de enunciados que de forma explícita o implícita encuentran en el espacio y las espacialidades la fuerza necesaria para contrarrestar en mayor o en menor grado el *cronocentrismo* de Occidente, cuando se dice que los procesos contemporáneos de la globalización implican la aniquilación del espacio por el tiempo?

Espacio (y tiempo) de la posmodernidad

En 1967 Michel Foucault había considerado que terminaba la “Edad de la Historia” y comenzaba la “Edad del Espacio”. Con ello quería indicar un cambio desde la episteme de la modernidad, en que el pensamiento sobre el espacio estuvo supeditado al pensamiento del tiempo, hacia el pensamiento

55 Michel de Certeau, *Artes de hacer*, vol. 1 de *La invención de lo cotidiano*, trad. Alejandro Pescador (Ciudad de México: Universidad Iberoamericana, Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente, 2000), 107, primera edición: 1990.

de las yuxtaposiciones, las coexistencias y las redes por encima de las sucesiones. Desde luego que no se refería a un hecho cumplido. Cerca de diez años después pensaba que el espacio seguía siendo tratado como lo fijo, lo muerto, lo no dialéctico, mientras el tiempo era considerado como lo rico, lo fecundo, vivo y dialéctico.⁵⁶ Probablemente se refería al profundo contraste de los avances efectuados desde comienzos del siglo xx sobre la complejidad del tiempo humano (*i. e.* Bergson, Heidegger), el tiempo como entidad social (*i. e.* Durkheim, Gurvitch, Sorokin), y un poco después las pluralidades del tiempo histórico (*i. e.* Braudel, Halbwachs), frente al letargo de un pensamiento geográfico positivista, esencialmente dirigido a tratar el espacio como entidad física y exterior a la vida social.

Y, pese a que justamente a finales del decenio de los 70 comenzó un despliegue importante de tesis que complejizaron las ideas prevaletentes sobre el espacio enfatizando en su condición de producción social, aún hoy se podría suscribir lo anotado por Soja hace 15 años, cuando señalaba que “La obsesión del siglo diecinueve con la historia, como la describe Foucault, no morirá con el fin del siglo. No ha sido completamente reemplazada por una espacialización del pensamiento y la experiencia. Una epistemología esencialmente histórica continúa impregnando la conciencia crítica de la teoría social moderna”.⁵⁷

De acuerdo con ello, estaríamos viviendo un proceso en marcha al que Fredric Jameson⁵⁸ se ha referido como un “giro espacial”, caracterizado por la crisis y transformación de las experiencias y conceptos del espacio y el tiempo, en el tránsito de la modernidad hacia la posmodernidad, siendo esta última una época en que las categorías espaciales estarían pasando a dominar las del tiempo, invirtiendo la relación previamente constituida en la modernidad.

Resulta de particular importancia tratar de establecer si este giro puede hacerse extensivo a la ocurrencia de una inversión en la relación entre cronopolítica y geopolítica enunciada a propósito del espacio-tiempo en la modernidad.

⁵⁶ Michel Foucault, “Questions à Michel Foucault sur la géographie”, *Hérodote*, no. 1 (1976): 71-85.

⁵⁷ Soja, *Postmodern Geographies*, 10.

⁵⁸ Fredric Jameson, *Postmodernism, or the Cultural Logic of Late Capitalism* (London: Verso, 1991).

Si ello fuera así, habría que ver en los nuevos discursos espaciales una geopolítica que fundamenta ideológicamente a una nueva cronopolítica de la posmodernidad, es decir, un despliegue discursivo que destaca el espacio como condición de la existencia humana, un pensamiento espacial que, no obstante, se encuentra enfrascado en la comprensión de un mundo en el cual el espacio importa cada vez menos.

Es indudable que la literatura social contemporánea está inundada de metáforas espaciales que dan la impresión de una moda intelectual. Mapas, paisajes, territorios, fronteras, cartografías y lugares hacen parte de un repertorio de términos que no siempre son empleados con referencia a las vinculaciones espaciales que sugieren. Pero aparte de esto, es en las ideas sobre la muerte del espacio en el contexto de la globalización donde podría encontrar asidero la tesis problemática de que el pensamiento espacial contemporáneo no pasa de ser una geopolítica que fundamenta ideológicamente una cronopolítica.

Ya hemos dicho que el planteamiento de una comprensión espacio-temporal implica la idea de una “aniquilación del espacio por el tiempo”;⁵⁹ proceso connatural al capitalismo que estaría en plena marcha. Aun cuando la tesis de Harvey reconoce variaciones importantes en las relaciones entre espacio-tiempo en la modernidad, en última instancia podría decirse que presupone, a mediano o largo plazo, que ya no importará, cultural o materialmente, en donde se esté.⁶⁰ En el mismo sentido, Paul Virilio⁶¹ ha anunciado la muerte de la geografía y del espacio, así como la deslocalización y desterritorialización de las actividades sociales de la mano de la instauración de un tiempo mundial. La hiperconcentración de la población mundial en las ciudades globales suprime progresivamente la geografía de las poblaciones territorialmente distribuidas en pueblos y ruralidades. Las fronteras contiguas de las naciones son reemplazadas por la continuidad audiovisual de las telecomunicaciones (la televisión en directo, las cámaras de vigilancia y el videoweb en tiempo

59 Harvey, *La condición de la posmodernidad*, 339.

60 John Agnew, “The New Global Economy: Time-Space Compression, Geopolitics, and Global Uneven Development”, *Journal of World-Systems Research*, Vol. 7, no. 2 (2001): 133-54.

61 Paul Virilio, “Fin de l’histoire, ou fin de la géographie? Un monde surexposé”, *Le Monde Diplomatique*, Août, 1997, <https://www.monde-diplomatique.fr/1997/08/VIRILIO/4878>.

real), a la vez que se introduce una temporalidad mundial que altera inclusive los ritmos circadianos. En síntesis, para Virilio los espacios reales de la geopolítica son reemplazados por los tiempos reales de una cronopolítica de la mundialización, asociada con la velocidad de los dispositivos electrónicos y la compresión de las distancias temporales.

Estas y otras ideas sobre la aniquilación del espacio corresponden a nuevas teleologías que ven el mundo como una trayectoria tecnológica, en que el espacio global es reestructurado por la aceleración de los flujos de la información y las identidades, dejando sin piso las formaciones territoriales de la modernidad. Estos planteamientos recurren a menudo al enunciado de la velocidad (de las transacciones de los encuentros, de las transmisiones) para proponer que el ritmo y la aceleración se imponen sobre el poder de los espacios.⁶²

Son varias las objeciones que pueden hacerse a estos enunciados que decretan la muerte actual o futura del espacio. En primer lugar, la figura de tiempos y espacios que cambian en virtud de sus atributos de compresión y velocidad es realmente simple en términos del número de variables que son observadas.⁶³ La idea de compresión estaría fundamentalmente referida a aquella de una gran aceleración, pero un análisis que trascienda esta mirada mecánica del espacio-tiempo indica que a la par de una compresión de las distancias y de los tiempos, se han operado ampliaciones en los dos órdenes, por ejemplo a través de la adquisición de mayor conciencia acerca de la antigüedad de la tierra y la humanidad (colaboración de la geología y la arqueología), de la amplitud y diversidad del globo y aún del espacio extraplanetario (geografía, astronomía y medios). El resultado, "[M]ás que una imagen simple de velocidad y aceleración, (...) es una creciente conciencia de estar viviendo una multiplicidad de tiempos, una serie de los cuales pueden estar moviéndose a diferentes velocidades y aún en diferentes direcciones".⁶⁴

Una segunda crítica se refiere a la velocidad y naturaleza de los cambios operados durante la revolución industrial y más tarde de la globalización. Jon

62 Agnew, "The New Global Economy".

63 May and Thrift, Introduction.

64 *Ibid.*, 12.

May y Nigel Thrift⁶⁵ sugieren, basados en estudios de caso, que más que una reconfiguración revolucionaria de las relaciones y representaciones sociales del espacio-tiempo se trata de un proceso gradual en el cual cada reconfiguración se hizo capitalizando relaciones preexistentes en ordenamientos de espacio-tiempo previos (tiempo de la religión, tiempo del reloj, tiempo de las fábricas...). En el mismo sentido, Agnew refiriéndose a las tesis de la velocidad y las redes como causantes de una creciente desterritorialización cree que “la globalización del comercio, la inversión extranjera y la producción (...) no tienen que ver únicamente con la emergencia de una geografía de flujos, sino con la forma en que los flujos se ajustan y adaptan a patrones territoriales o locales de desarrollo económico”.⁶⁶

Finalmente, en contravía de la idea de la muerte del espacio, algunos análisis indican que, a la par de la eclosión de un pensamiento espacial, la globalización estaría efectivamente promoviendo, para bien o para mal, una mayor importancia de las espacialidades en la vida social. Así Castells ha considerado que pese a la transformación del espacio fijo en un espacio de flujos la dinámica reciente de las redes informáticas y financieras ha conducido a un “tiempo atemporal”,⁶⁷ y con ello a una determinación del tiempo por el espacio. Desde otra perspectiva, Mignolo ha planteado que actualmente “(...) los objetivos del mercado (...) son espaciales y no temporales (...) Así el mercado está creando las condiciones para la restitución del espacio y para facilitar la tarea intelectual de denegar la denegación de la coetaneidad”.⁶⁸

Si se acepta que en los procesos en marcha de globalización, o mejor de *glocalización*,⁶⁹ el espacio y las espacialidades están jugando un papel fundamental, entonces habría que reconocer en el giro espacial algo más que una ideología que enmascara la aceleración exacerbada del tiempo en la posmodernidad. En consecuencia, las tesis afines a la muerte del espacio en la

65 May and Thrift, Introduction.

66 Agnew, “The New Global Economy”, 142.

67 Castells, *La sociedad red*, 500.

68 Mignolo, *Historias locales/diseños globales*, 365.

69 En el sentido de Erik Swyngedouw, “Globalisation or ‘Glocalisation’? Networks, Territories and ReScaling”, *Cambridge Review of International Affairs*, Vol. 17, no. 1 (2004): 25-48.

posmodernidad podrían ser vistas como una continuidad soterrada de la cronopolítica de la modernidad. Y es precisamente desde el bagaje teórico de estos nuevos pensamientos espaciales que se puede emprender una arqueología de conceptos que están en la base de planteamientos afines a la muerte del espacio. *Territorio, lugar y frontera*, entre otros, son conceptos edificados en la modernidad, y en tal sentido se encuentran cargados de connotaciones sobre lo fijo, lo estable y lo autocontenido. Así como los pensadores sociales a menudo se han sentido cómodos simplificando la trayectoria histórica de las concepciones del tiempo desde lo cíclico a lo lineal, desde el mito a la Historia, del mismo modo se complacen en representar el tránsito de la modernidad a la posmodernidad como un proceso de des-territorialización, muerte de las fronteras y emergencia de los no-lugares.

¿Cuál espacio? ¿Cuál tiempo?

Frente al despliegue de tesis más o menos dramáticas sobre la muerte del espacio en la posmodernidad, es recomendable asumir una posición precavida que indague, en cada caso, a qué se refieren los autores por el espacio que resulta ser aniquilado. Tal como sucediera con el polémico libro de Francis Fukuyama sobre *El fin de la Historia*, basado fundamentalmente en una idea de Historia que no contaba con las múltiples transformaciones que las concepciones de tiempo e historia habían sufrido desde Hegel,⁷⁰ muchos de los planteamientos recientes se refieren a la muerte de un espacio que es fundamentalmente aquel de las entidades fijas, autocontenidas y esenciales, a manos de un tiempo que es el del reloj y las teleologías lineales y evolutivas, propios del pensamiento de la modernidad. En este sentido, se comprende que al encontrar que los procesos y prácticas contemporáneas no pueden ser adecuadamente captados mediante el empleo del repertorio conceptual producido por el pensamiento de la modernidad se haya decretado la muerte del espacio.

Pero si reconocemos que los procesos y prácticas espaciotemporales de la modernidad y de otros procesos geo-históricos no han sido tan fijos, esenciales, homogéneos y autocontenidos como se los ha caracterizado, entonces

70 Cf. Josep Fontana, *La historia después del fin de la historia* (Barcelona: Crítica, 1992).

comienzan a emerger los límites de estas argumentaciones. Es indudable que las conceptualizaciones sobre espacio y tiempo no pueden ser entendidas como simples reflejos o *re-presentaciones* de una realidad que está por fuera de ellas, sino que hacen parte integral de e intervienen activamente en la constitución de las experiencias, prácticas y procesos espaciales y temporales de una sociedad. En tal sentido, aun cuando el pensamiento espaciotemporal de la modernidad no puede ser tomado simplemente como una imagen deformada del tiempo y el espacio vividos, es necesario reconocer, en vista de sus implicaciones políticas, que contribuyó efectivamente a “opacar” una serie de experiencias alternas de espacio-tiempo. Las heterocronías y las heterotopías de las que hablaba Foucault,⁷¹ así como los pensamientos fronterizos de que habla Mignolo,⁷² son parte de esos contra-espacios y contra-tiempos que han coexistido en tensión, e incluso, que han emergido a partir de formas institucionales de control del espacio y el tiempo social de la modernidad.

Las limitaciones de las categorías espaciotemporales del pensamiento moderno se hacen visibles precisamente cuando se trata de avanzar más allá del *cronocentrismo* que le es inherente, a partir de tesis que destacan el espacio como producción social. Las espacialidades, esto es, las formas de producción social del espacio, son constituidas o transformadas mediante prácticas sociales, son percibidas, comprendidas e imaginadas de acuerdo con redes y marcos específicos de significación. Pero sobre todo, las espacialidades afectan las dinámicas sociales, ya porque históricamente las transformaciones materiales del espacio definen condiciones para el presente y el futuro, ya porque las prácticas espaciales afectan de manera inmediata la dinámica de la vida social.⁷³ En esta medida se ofrece una transformación en la comprensión de las relaciones entre espacio y sociedad que supera la forma tradicional de considerar el primero como un contenedor de las actuaciones sociales, y de ver las espacialidades como simples expresiones, epifenómenos o revestimientos

71 Foucault, “Of Other Spaces”.

72 Mignolo, *Historias locales/diseños globales*.

73 Henri Lefebvre, *The Production of Space* (Cambridge: Blackwell, 1991), first edition: 1974; Milton Santos, *La naturaleza del espacio. Técnica y tiempo. Razón y emoción*, trad. María Laura Silveira (Barcelona: Ariel S. A., 2000), primera edición: 1996; Soja, *Postmodern Geographies*.

de algo más esencial, como sería lo histórico, lo económico, lo político o lo cultural.

Pero no se trata simplemente de decir que el espacio es socializado, culturalmente significado e históricamente transformado, tesis todas ellas que matizan pero no resuelven la oposición entre espacios objetivos y subjetivos, y que se encuentran en última instancia vinculadas a la cronopolítica de la modernidad. Se trata más bien de espacializar lo social, lo cultural y lo histórico. Empleando una metáfora visual, Soja⁷⁴ considera que se debe corregir la "miopía" de las miradas empiristas y cartesianas detenidas en la superficie formal de las espacialidades, tratándolas como colecciones de cosas, como apariencias sustantivas que pueden estar finalmente vinculadas con aspectos sociales, pero que solo son cognoscibles en la medida en que se las naturaliza como cosas en sí mismas. Tampoco se trata de alimentar la "hipermetropía" de las miradas que pretenden trascender la superficie formal de las espacialidades para hacerlas transparentes, explicando su existencia como re-presentaciones, mapas cognitivos en los cuales la imagen mental posee una precedencia epistemológica sobre lo tangible y lo material. La apuesta de Soja, retomando los planteamientos pioneros de Lefebvre,⁷⁵ es por una interpretación materialista del espacio como producto y productor de lo social, en donde ambos, "el espacio material de naturaleza física y el espacio ideacional de naturaleza humana, deben ser vistos como socialmente producidos y reproducidos. Cada uno debe ser teorizado y comprendido entonces, ontológica y epistemológicamente, como parte de la espacialidad de la vida social".⁷⁶

Teniendo en cuenta estas precisiones, conceptos como el de *territorio*, *frontera* y *lugar* pueden ser desprovistos de muchos de los referentes que en el pensamiento de la modernidad les eran esenciales. El concepto de *territorio*, tradicionalmente referido a una entidad física previamente dada sobre la cual una entidad política, notablemente el Estado, ejerce su autoridad, es replanteado en términos de territorialidad como un proceso de espacialización de

74 Soja, *Postmodern Geographies*.

75 Lefebvre, *The Production of Space*.

76 Soja, *Postmodern Geographies*, 120.

las relaciones de poder. Así por ejemplo, Souza, a partir de un examen crítico del tema en geografía, plantea una flexibilización del concepto de *territorio* como “un campo de fuerzas, un tejido o red de relaciones sociales que, a la par de su complejidad interna, define un límite, una alteridad: la diferencia entre ‘nosotros’ (el grupo, los miembros de una colectividad o ‘comunidad’, los *insiders*) de los ‘otros’ (los de afuera, los extraños, los *outsiders*)”.⁷⁷ Territorio no es pues una entidad física sobre la que se inscriben relaciones esenciales de tipo político e identitario, como tampoco se reduce en estricto sentido a la geografía, como suelen suponer los teóricos a ultranza de la desterritorialización, sino que puede incorporar prácticas de espacialización del poder sobre los saberes, las técnicas e inclusive los cuerpos.

Por lo mismo, la idea de frontera, cuya génesis se encuentra estrechamente ligada a la idea de límite, señalando una naturalización de la discontinuidad entre espacios construidos por la soberanía de los Estados, ha sido matizada con una noción de *frontera* como espacio poroso de interacción, de intercambio (negativo o positivo), de transición entre varias espacialidades sociales no necesariamente situadas en el ámbito territorial del Estado nación. “Las fronteras no deben ser vistas desde la perspectiva de líneas territoriales estáticas, sino entendidas en una perspectiva socio-cultural más amplia que enfatice en la producción y reproducción de territorios y fronteras, y su significado simbólico en discursos y prácticas institucionales que ocurren en todas las escalas espaciales, desde lo local a lo global”.⁷⁸ Pero es precisamente en la primera de estas acepciones en la que se basan muchas de las discusiones en marcha sobre la desaparición o erosión de las fronteras en la globalización, sobre todo aquellas que enfatizan en la liberalización económica y los espacios de flujos.

77 Marcelo Souza, “O território: sobre espaço e poder, autonomia e desenvolvimento”, em *Geografia: conceitos e temas*, comps. Iná Elias Castro et al. (Rio de Janeiro: Bertrand, 1995), 86 citado en Helton Ouriques, “Território e Turismo: uma reflexão inicial”, *Geonotas*, Vol. 6, no. 2 (2002), <http://www.dge.uem.br//geonotas/vol6-2/index.shtml>.

78 Anssi Paasi, “The Re-Construction of Borders: A Combination of the Social and the Spatial” (Lecture given at Alexander von Humboldt lecture, 9th November, University of Nijmegen, The Netherlands, 2000), 11, https://www.researchgate.net/publication/266333324_The_re-construction_of_borders_a_combination_of_the_social_and_the_spatial.

Una forma clara de plantear el asunto ha sido formulada por Doreen Massey en relación con el concepto de *lugar*: "(...) mientras los lugares pueden ser ahora más abiertos, menos delimitados de lo que eran, y más interconectados, ello tampoco es un fenómeno nuevo. Tal vez aquellas nociones de lugar como sitio de asentamiento permanente, fueron siempre inadecuadas; quizá más atención debía haberse puesto hacia su apertura e interconectividad".⁷⁹ Se comprende entonces que nociones como *no-lugar* hayan sido empleadas, como en el caso de Marc Augé,⁸⁰ desde el negativo de conceptos estáticos de lugar, en este caso del lugar antropológico, que corresponde a la superposición de una identidad, unas relaciones sociales y una historia inscritas en el espacio.

Desde luego que los procesos de globalización o mundialización han implicado transformaciones o discontinuidades notables frente a experiencias previas y paralelas del espacio-tiempo. Hay una intensificación de las dinámicas económicas, políticas y culturales que no funcionan estrictamente dentro de la jerarquía de escalas territoriales de la modernidad (notablemente del Estado nación), de interacciones y relaciones sociales que permean las fronteras (flujos financieros e informáticos, disminución de las distancias por efecto de la velocidad de los transportes y las comunicaciones). Pero con todo, es preciso reconocer, contra una cierta teleología evolutiva que permanece encubierta en muchos de los planteamientos sobre las transformaciones del espacio-tiempo operadas en los últimos 500 años, que las experiencias espaciales y temporales de la humanidad difícilmente pueden ser reducidas a las categorías autocontenidas de territorio, frontera y lugar que fueron constituidas por el pensamiento de la modernidad, y que pese a sus críticas muchos siguieron viendo como un reflejo directo de las experiencias espacio-temporales previas a la posmodernidad.

Ante estas advertencias, es claro que se hace necesario comprender mejor no solo cómo es que se han operado las transformaciones recientes en las

79 Doreen Massey, "The Conceptualization of Place", in *Place in the World? Places, Cultures and Globalization*, eds. Doreen Massey and Pat Jess (New York: Oxford University Press, 1995), 63.

80 Marc Augé, *Los no lugares. Espacios del anonimato. Una antropología de la sobremodernidad* (Barcelona: Gedisa, 1993).

experiencias del espacio-tiempo social en diferentes partes del planeta, sino cómo en cada caso estas han reconfigurado experiencias previas o paralelas de ordenamiento del espacio-tiempo, y quizá lo más importante, en qué medida dichas trayectorias determinan o preparan las posibilidades de pensar el espacio y el tiempo hacia el futuro: cómo construir cronopolíticas y geopolíticas nuevas.

El tiempo situado

He tratado de mostrar cómo la idea de espacio-tiempo, que en primera instancia dice de una relación equilibrada y de mutua interdependencia entre los términos, al ser examinada en su trayectoria de incorporación a las teorías sociales registra una dinámica de oscilación de uno a otro término, desde el énfasis puesto en el tiempo, al énfasis puesto en el espacio.

Ello se corresponde con un proceso de fortalecimiento de los pensamientos sobre el espacio y las espacialidades que en buena medida ha sido posible por el desarrollo de una crítica acerca del papel jugado por el tiempo en el pensamiento de la modernidad. No obstante, este “giro espacial” podría parecer sospechoso de una espacialización a ultranza de las categorías sociales y temporales, pero sobre todo, podría ser tildado de impertinente a la luz de planteamientos recientes que decretan la muerte del espacio por efecto de los procesos de globalización. Sin embargo, y tal como también he tratado de demostrar, estos planteamientos desconocen la transformación operada en las últimas décadas en las categorías espaciales de pensamiento (territorio, frontera, lugar, etc.) y en tal sentido se refieren a un espacio que ya no es, y que probablemente nunca fue, tan estático y esencial.

Como consecuencia del examen crítico de las relaciones entre espacio y tiempo en la modernidad, del consiguiente develamiento de geopolíticas ocultas por cronopolíticas que alimentan las filosofías de la Historia, y de la emergencia de ejercicios expresamente dirigidos a comprender el espacio y las espacialidades, pensar el tiempo es, de ahí en adelante, pensar el tiempo situado, esto es, historias, memorias y proyectos de futuro explícitamente articulados con las realidades espaciales que las circunscriben y que podrían ellas mismas transformar, a condición de no negar su relación irremisible con el espacio.

Agradecimientos

La temática de este artículo avanza sobre una línea de trabajo del proyecto de creación de la Maestría en Estudios Socioespaciales del INER de la Universidad de Antioquia. Como tal, se ha beneficiado del diálogo con investigadores del instituto, especialmente con el profesor Diego Herrera y las profesoras Elsa Blair y Clara Inés García, a quienes deseo manifestar mi agradecimiento. Desde luego que las ideas contenidas en este son de mi absoluta responsabilidad.

Bibliografía

- Agnew, John. *Geopolitics: Re-Visioning World Politics*. London: Routledge, 1998.
- _____. "The New Global Economy: Time-Space Compression, Geopolitics, and Global Uneven Development". *Journal of World-Systems Research*, Vol. 7, no. 2 (2001): 133-54.
- Amin, Ash. "Spatialities of Globalisation". *Environment and Planning A: Economy and Space*, Vol. 34, no. 3 (2001): 385- 99.
- Augé, Marc. *Los no lugares. Espacios del anonimato. Una antropología de la sobre-modernidad*. Barcelona: Gedisa, 1993.
- Bajtín, Mijaíl. *Teoría y estética de la novela: trabajos de investigación*. Madrid: Taurus, 1989. Primera edición: 1975.
- Braudel, Fernand. *La historia y las ciencias sociales*. Madrid: Alianza Editorial, 1974. Primera edición: 1958.
- Castells, Manuel. *La sociedad red*. Vol. 1 de *La era de la información. Economía, sociedad y cultura*. Traducción de Carmen Martínez Gimeno. Madrid: Alianza Editorial, 1999. Primera edición: 1996.
- Castro, Santiago. *La poscolonialidad explicada a los niños*. Popayán: Editorial Universidad del Cauca, 2005.
- Certeau, Michel de. *Artes de hacer*. Vol. 1 de *La invención de lo cotidiano*. Traducción de Alejandro Pescador. Ciudad de México: Universidad Iberoamericana, Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente, 2000. Primera edición: 1990.
- Duncan, James. "Sites of Representation. Place, Time and the Discourse of the Other". In *Place/Culture/Representation*. Edited by James Duncan and David Ley, 39-56. London: Routledge, 1994. First edition: 1993.
- Einstein, Albert. "Space-Time". In *Encyclopaedia Britannica*. Thirteenth Edition. Accessed July 17, 2005. <https://www.britannica.com/science/space-time>
- Escobar, Arturo. "The Latin American Modernity/Coloniality Research Program: 'Worlds and Knowledges Otherwise'". In *Cruzando fronteras en América La-*

- tina. Ponencias presentadas durante el Tercer Congreso Europeo de Latinoamericanistas*, CEISAL 2002 *Ámsterdam*. Guillermo O'Donnell, Cynthia Hewitt de Alcántara y Arturo Escobar, 31-67. *Ámsterdam*: CEISAL, 2002. <http://www.unc.edu/~aescobar/articleslengli.htm>
- Fabian, Johannes. *Time and the Other. How Anthropology Makes Its Object*. New York: Columbia University Press, 1983.
- Fontana, Josep. *La historia después del fin de la historia*. Barcelona: Crítica, 1992.
- Foucault, Michel. "Of Other Spaces". Lecture given at the Cercle des études architecturales, March 14, 1967. <http://foucault.info/documents/heteroTopia/foucault.heteroTopia.en.html>
- _____. "Questions à Michel Foucault sur la géographie". *Hérodote*, no. 1 (1976): 71-85.
- Giddens, Anthony. *Consecuencias de la modernidad*. Traducción de Ana Lizón Ramón. Madrid: Alianza Editorial, 1994. Primera edición: 1990.
- _____. *La constitución de la sociedad. Bases para la teoría de la estructuración*. Traducción de José Luis Etcheverry. Buenos Aires: Amorrortu Editores, 2003. Primera edición: 1984.
- Hägerstrand, Torsten. "Space, Time and Human Conditions". In *Dynamic Allocation of Urban Space*. Edited by Anders Karlqvist, 3-14. Farnborough: Saxon House, 1975.
- Harvey, David. *La condición de la posmodernidad. Investigaciones sobre los orígenes del cambio cultural*. Traducción de Martha Eguía. Buenos Aires: Amorrortu Editores, 1998. Primera edición: 1989.
- _____. *Espacios de esperanza*. Traducción de Cristina Piña. Madrid: Akal, 2003. Primera edición: 2000.
- Jameson, Fredric. *Postmodernism, or the Cultural Logic of Late Capitalism*. London: Verso, 1991.
- Jessop, Bob. *Globalization: It's about Time Too!* Vienna: Institute for Advanced Studies, Political Science Series N.º 85, 2002.
- Keunen, Bart. "Bakhtin, Genre Formation, and the Cognitive Turn: Chronotopes as Memory Schemata". CLCWEB: *Comparative Literature and Culture*, Vol. 2, no. 2 (2000). <https://docs.lib.purdue.edu/clcweb/vol2/iss2/2/>
- Koselleck, Reinhart. *Los estratos del tiempo: estudios sobre la historia*. Traducción de Daniel Innerarity. Barcelona: Ediciones Paidós, 2001. Primera edición: 2000.
- Lefebvre, Henri. *The Production of Space*. Cambridge: Blackwell, 1991. First edition: 1974.
- Maldonado-Torres, Nelson. "The Topology of Being and the Geopolitics of Knowledge. Modernity, Empire, Coloniality". *City*, Vol. 8, no. 1 (2004): 29-56.

- <https://www.tandfonline.com/doi/abs/10.1080/1360481042000199787?journalCode=ccit20>
- Massey, Doreen. "The Conceptualization of Place". In *Place in the World? Places, Cultures and Globalization*. Edited by Doreen Massey and Pat Jess, 45-86. New York: Oxford University Press, 1995.
- _____. "Travelling Thoughts". In *Without Guarantees*. In Honour of Stuart Hall. Edited by P. Gilroy, L. Grossberg and Angela McRobbie, 225-32. London: Verso, 2000.
- May, Jon and Nigel Thrift. Introduction to *Timespace: Geographies of Temporality (Critical Geographies)*. Edited by Jon May and Nigel Thrift, 1-46. London, New York: Routledge, 2001.
- Mendieta, Eduardo. "Modernidad, posmodernidad y poscolonialidad: una búsqueda esperanzadora del tiempo". En *Teorías sin disciplina (latinoamericanismo, poscolonialidad y globalización en debate)*. Editado por Santiago Castro y Eduardo Mendieta, 147-205. Ciudad de México: Miguel Ángel Porrúa, 1998.
- Mignolo, Walter. "The Geopolitics of Knowledge and the Colonial Difference". *The South Atlantic Quarterly*, Vol. 101, no. 1 (2002): 57-96.
- _____. *Historias locales/diseños globales. Colonialidad, conocimientos subalternos y pensamiento fronterizo*. Traducción de Juan María Madarraga y Cristina Vega Solís. Madrid: Akal, 2003. Primera edición: 2000.
- Ouriques, Helton. "Território e Turismo: uma reflexão inicial". *Geonotas*, Vol. 6, no. 2 (2002). <http://www.dge.uem.br/geonotas/vol6-2/index.shtml>
- Paasi, Anssi. "The Re-Construction of Borders: A Combination of the Social and the Spatial". Lecture given at Alexander von Humboldt lecture, 9th November, University of Nijmegen, The Netherlands, 2000. https://www.researchgate.net/publication/266333324_The_re-construction_of_borders_a_combination_of_the_social_and_the_spatial
- Pardo, José Luis. *Las formas de la exterioridad*. Valencia: Pre-Textos, 1992.
- Santos, Milton. *La naturaleza del espacio. Técnica y tiempo. Razón y emoción*. Traducción de María Laura Silveira. Barcelona: Ariel S. A., 2000. Primera edición: 1996.
- Soja, Edward. *Postmodern Geographies: The Reassertion of Space in Critical Social Theory*. London, New York: Verso, 1994. First edition: 1989.
- Souza, Marcelo. "O território: sobre espaço e poder, autonomia e desenvolvimento". Em *Geografia: conceitos e temas*. Compilado por Iná Elias Castro et al., 77-116. Rio de Janeiro: Bertrand, 1995.
- Swyngedouw, Erik. "Globalisation or 'Glocalisation'? Networks, Territories and Re-Scaling". *Cambridge Review of International Affairs*, Vol. 17, no. 1 (2004): 25-48.

- Thrift, Nigel. "Torsten Hägerstrand and Social Theory". *Progress in Human Geography*, Vol. 29, no. 3 (2005): 337-40.
- Tuathail, Gearóid Ó. *Re-Thinking Geopolitics*. London, New York: Routledge, 1998.
- _____. "Political Geography III: Dealing with Deterritorialization". *Progress in Human Geography*, Vol. 22, no. 1 (1998): 81-93.
- Virilio, Paul. "Fin de l'histoire, ou fin de la géographie? Un monde surexposé". *Le Monde Diplomatique*, Août, 1997. <https://www.monde-diplomatique.fr/1997/08/VIRILIO/4878>
- Wallerstein, Immanuel. "SpaceTime as the Basis of Knowledge". Lecture given at World Congress of Convergence, Cartagena, Colombia, May 31, June 5, 1997. <http://fbc.binghamton.edu/iwsptm.htm>
- _____. "The Time of Space and the Space of the Time: The Future of Social Science". *Political Geography*, Vol. 17, no. 1 (1998): 71-82. <https://www.sciencedirect.com/science/article/abs/pii/S0962629896000972>

Conflicto y territorio: visos de un caleidoscopio¹

Elsa Blair Trujillo²

1. A modo de introducción

La relación entre conflicto y territorio ha sido una enorme veta de reflexión en el país; así lo dejan ver los análisis de numerosos investigadores. En los estudios sobre esta relación en las dos últimas décadas en Colombia sobresalen dos características: *la expansión territorial del conflicto y los procesos de desconfiguración y reconfiguración del territorio en función de la guerra*. Si bien en términos generales se puede plantear que hay acuerdo entre los investigadores frente a ambos procesos, hay sin embargo diferencias sustanciales en los modelos que se construyen para explicarlos. Estas diferencias analíticas nos permitieron, en el desarrollo de la investigación, construir una tipología de los modelos analíticos³ propuestos por la academia. Es lo que vamos a desarrollar

- 1 Publicado originalmente en: *Regiones*, no. 2 (2004): 115-35. Este artículo es producto de la investigación recientemente terminada con el título "Conflicto armado, actores y territorios: los visos de un caleidoscopio". La investigación fue realizada por Elsa Blair, Alejandro Pimienta, Cristina Agudelo y Paula Sanín, miembros del Grupo Cultura, Violencia y Territorio del Instituto de Estudios Regionales (INER) entre octubre de 2003 y abril de 2004, y contó con el apoyo financiero del Comité de Investigaciones (CODI) de la Universidad de Antioquia.
- 2 Socióloga, investigadora del INER de la Universidad de Antioquia.
- 3 La tipología se construyó con base en 114 referencias publicadas entre 1985 y el 2003 y distribuidas entre artículos (publicados en revistas y en compilaciones) y libros. La selección inicial fue mayor pero en el proceso se fueron descartando algunos trabajos por razones como las

en este artículo en función de los tres tipos de análisis que se han construido frente a esta relación.

Ahora bien, este es un modelo teórico donde no existen formas “puras”, sino más bien una combinación de elementos que se conjugan de maneras distintas, produciendo a su vez una gama más amplia de combinaciones entre ellos. Así, los tres tipos de análisis se dividen en diez subtipos.

Los elementos que se conjugan en el análisis para producir estas combinaciones son invariablemente cinco: el Estado, el conflicto, el territorio, los actores armados y las poblaciones. Si bien la gama de combinaciones posibles entre estos elementos o componentes de la relación es bastante amplia, es obvio que los analistas ponen su acento en una u otra explicación; es decir, definen un “eje de rotación” sobre el cual construyen su interpretación. Estos ejes los identificamos en aras de poder sistematizar la producción académica frente al tema y, al mismo tiempo, tratamos de cubrir la mayor cantidad de variaciones posible. Cada uno de estos componentes interviene, pues, de maneras distintas en el análisis para producir una serie de combinaciones que varían de un “lugar” a otro, de un autor a otro y, sin duda, de un periodo a otro, produciendo una inmensa gama de situaciones que, con los giros correspondientes sobre sus respectivos ejes, forman todo un *caleidoscopio*. La figura no remite solo a las múltiples combinaciones que se producen con un leve movimiento de uno de los elementos, sino también, y quizá sobre todo, a ese “juego de espejos” que se produce cuando uno de los componentes altera significativamente en sus propios cambios la naturaleza de los otros.⁴

.....

siguientes: a) pese a establecer la relación conflicto/territorio estaban fuera del marco temporal establecido, versaban sobre la violencia de los años 50, por ejemplo; b) pese a sus títulos no se trataba de trabajos que establecieran la relación conflicto/territorio, c) toda la bibliografía que aunque establece la relación conflicto/territorio se limita al ámbito urbano, lo que consideramos que cambiaba la naturaleza misma de la relación, etc.

- 4 Por ejemplo, cuando incursionan los paramilitares en una zona se modifican sustancialmente las expresiones del conflicto: de una relación de relativa “coexistencia pacífica” entre las guerrillas y la población, se pasa a la confrontación directa entre actores armados y se modifican las relaciones con la población. Para esta última ya no se trata de un actor armado con el cual de alguna manera se convive, sino de dos actores militarmente enfrentados y para los cuales las poblaciones constituyen todo un “objetivo militar”. Así las cosas se alteran significativamente las relaciones con los actores armados y se generan los mayores efectos de la guerra sobre las poblaciones.

El sentido académico asignado a este “ejercicio de sistematización”; es decir, su pertinencia teórica y/o metodológica consiste en que permite identificar al menos cuatro asuntos: las problemáticas académicas que motivan las reflexiones, las categorías analíticas utilizadas por los investigadores, las zonas que sirven de referente empírico a sus análisis y algunas de las explicaciones que más recurrentemente se construyen sobre el fenómeno. Con ella se puede, pues, tener un panorama muy amplio del trabajo académico desarrollado en esta dirección en los últimos años y concretamente de los modelos interpretativos propuestos a la hora de pensar la relación conflicto/territorio.

2. El modelo teórico: la tipología

La tipología que vamos a presentar a continuación es un ejercicio académico que pretende establecer algunos de los criterios (por supuesto académicos) de diferenciación encontrados en los análisis de los investigadores frente a la relación conflicto/territorio (véase cuadro 4). Como toda tipología, esta es un modelo teórico y metodológico que permite *diferenciar para poder juntar* –en un momento posterior y de manera más analítica– sus componentes. Estos componentes, identificados en una revisión de la literatura inicial que ya mencionamos, están presentes en cada uno de los análisis. Sin embargo, se pueden diferenciar en función de su “peso específico”⁵ y/o su característica más relevante, asignada por parte de los analistas a uno u otro de los componentes, en la explicación que construyen sobre la relación que existiría entre el conflicto y el territorio. Las preguntas fundamentales que orientaron la búsqueda fueron las siguientes: ¿cuál es el “peso específico” de cada uno de estos componentes en el análisis y/o en más explicaciones que se construyen sobre esta relación y cuál es el “eje” sobre el cual ella gira en cada uno de los análisis?

Una de varias posibilidades para la construcción de una tipología⁶ es clasificar los trabajos en función del “objeto de investigación” propuesto por los

5 Si bien los cinco componentes fueron identificados a partir de una literatura inicial, el peso específico asignado a cada uno de ellos fue fruto de una lectura juiciosa y detallada, y del análisis respectivo de los textos que nos sirvieron de referente.

6 Una tipología se puede construir de muchas y diferentes maneras. En este caso la clasificación se hizo en función de los “objetos” de estudio de los investigadores. Seguramente una nueva mirada

investigadores; es decir, lo que constituye el “norte” de sus indagaciones. Esta tipología está, pues, en relación directa con los “objetos de estudio” y las problemáticas que los guían.⁷ De este modo, encontramos tres tipos de trabajos: los alusivos al conflicto político armado y/o la guerra; los que dirigen su atención a las regiones y/o los territorios, y finalmente los que centran su interés en las poblaciones. Mientras los dos primeros tienen una larga trayectoria y han sido los marcos analíticos predominantes en la reflexión académica sobre la relación conflicto/territorio, el tercero surge más recientemente como consecuencia de las dinámicas de la guerra y de una serie de situaciones que están viviendo las poblaciones inmersas en estos contextos.

Por supuesto, los tres –como lo veremos a lo largo del artículo– establecen la relación conflicto/territorio a través de los cinco componentes o categorías analíticas mencionadas. Sin embargo, el conflicto aparece como resultado de las combinaciones entre los otros cuatro; esto es, las interpretaciones se construyen en función del Estado, los actores armados, las poblaciones y el territorio, para configurar una cierta caracterización del *conflicto*. Estos diferentes tipos de análisis presentan, dados los cruces del fenómeno mismo, combinaciones diferentes de los cinco componentes. A pesar de ello, el acento puesto en unos u otros; es decir, su “eje”, es justamente lo que permite las variaciones y las combinaciones entre estos elementos. Son, pues, “objetos de investigación” sobre los cuales pese al rasgo común –estudiar la región, por ejemplo– existen diferencias de enfoque que, en consecuencia, ponen el acento en uno u otro componente. En otras palabras, definen su eje a partir, por ejemplo, de las condiciones regionales del desarrollo o en función de los “desequilibrios regionales” o de los procesos de expansión de la frontera agrícola y su relación con el conflicto. O cuando al estudiar el conflicto político armado a partir de las estrategias de los actores lo hacen destacando la dimensión política o más bien privilegiando el componente militar de dichas estrategias. O trabajos que

.....
a la producción ya sistematizada permitiría construir nuevas tipologías. Esa es una “pista” para continuar la reflexión en este terreno.

7 Muy probablemente también están en relación con los enfoques disciplinares de los investigadores, pero ese es un trabajo que no alcanzó a hacerse en esta revisión. Aun cuando por la interdisciplinariedad que se viene imponiendo en las ciencias sociales podría resultar que no.

le atribuyen al componente territorial más peso en ciertas características que en otras. Es el caso de quienes privilegian en las explicaciones las características geofísicas (zonas “topográficamente aptas” para la guerra), más que sus condiciones “materiales” (portadoras de recursos económicos), por ejemplo.

Ahora bien, otro elemento importante de la tipología es que permite identificar las zonas y/o regiones que han servido de referente empírico a los análisis de los investigadores⁸ (véase cuadro 5), lo cual ilustra con precisión los niveles de expansión de la guerra, las transformaciones macrorregionales ocurridas en el país, al tiempo que permite identificar las zonas de conflictividad tradicional y/o reciente,⁹ etc. Es fácil encontrar trabajos recurrentes sobre algunas zonas como Urabá y el Magdalena Medio, que han estado en la mira de los analistas “desde siempre” y se inscriben en ciertas categorías y ciertos modelos analíticos. Otra cosa sucede con zonas de conflictividad reciente, cuyos modelos explicativos parecen ser contruidos con otras categorías de análisis diferentes.¹⁰

También y de manera muy importante, una sistematización como esta muestra los límites de la reflexión realizada hasta ahora y, en consecuencia, los retos para el futuro permiten hacer un “alto en el camino” para repensar procesos. En el marco de los propósitos de nuestra investigación, se logró proveer al grupo de los elementos teóricos y empíricos necesarios para esbozar nuevas reflexiones, con el fin de proponer, en un futuro próximo, nuevas rutas de análisis y en el mejor de los casos nuevas categorías y nuevos modelos explicativos de la relación que el conflicto político armado y/o la guerra establecen con el territorio.

- 8 Seguramente una mirada posterior –absolutamente fuera de este proyecto que solo tuvo cinco meses de duración– permitiría establecer cruces entre estas zonas y los recursos que proveen para la guerra, por ejemplo.
- 9 No hay que confundir la clasificación establecida en este trabajo con las llamadas en la literatura zonas de colonización reciente. En efecto, ella es construida con base en el período de tiempo que nos interesaba considerar, esto es, entre 1985 y 2003. Algunas, la mayoría de ellas inmersas en el conflicto en esa época y mucho antes, son las que llamamos zonas de conflictividad tradicional. La alusión a zonas de conflictividad reciente es utilizada para aquellas que como el Chocó y la zona cafetera fundamentalmente ingresan en los últimos años a ser parte de la dinámica de la guerra.
- 10 Parecería que están cambiando los modelos de análisis al cambiar los marcos de reflexión (hay en efecto nuevas problemáticas) y ellos coinciden, en alguna medida, con las zonas que en este trabajo hemos identificado como zonas de conflictividad reciente.

3. Los ejes de rotación del caleidoscopio

3.1 Tipo I: los análisis del conflicto político armado y/o la guerra

En primer lugar se encuentran los análisis que tienen como centro de preocupación el conflicto político armado y/o la guerra.¹¹ Ahora bien, ellos difieren en función del acento puesto en uno u otro componente. Además, están los que privilegian el componente Estado (subtipo CA-1) y por esta vía construyen su explicación; también los que hacen énfasis en las estrategias de los actores armados (subtipo CA-2), que a su vez se pueden diferenciar entre quienes privilegian su dimensión política y los que privilegian la militar o estratégica (subtipo CA-2-1 y subtipo CA-2-2, respectivamente). En tercer lugar, están los que tienen como centro las expresiones regionales del conflicto (subtipo CA-3). Estos últimos, si bien interrogan el conflicto, el Estado y los actores armados, tienen su eje en las diferencias que ellos asumen regionalmente, de tal manera que el componente territorial tiene en ellos una importancia fundamental.

Sin duda, la relación conflicto/territorio ha sido uno de los ejes de los analistas. En efecto, al abordar el conflicto, algunos autores “territorializan”¹² la reflexión, y por esta vía establecen la relación entre el conflicto y el territorio. También ellos incluyen en dosis variables los cinco componentes. Sin embargo, hay diferencias entre ellos a la hora de explicar la relación combinando de diferentes maneras los componentes y asignándole un lugar particular al Estado. Aquí se encuentran desde los análisis que en una perspectiva histórica indagan por las causas; esto es, por los contextos de producción del conflicto y por los procesos de construcción de la nación (y el Estado), así como los que de manera privilegiada indagan por las estrategias político-militares de los actores armados y, finalmente, un grupo de investigadores que, interesados en

11 Véase el cuadro 1 para una mejor visualización de la tipología.

12 Como es fácilmente comprobable con una revisión de la literatura, *no todos los trabajos* que analizan el conflicto político armado o la guerra establecen de manera precisa su relación con el territorio. Algunos de ellos se detienen, por ejemplo, a caracterizar desde la teoría política el carácter de los actores o la naturaleza del conflicto, sin que logren establecer por esa vía una relación directa con el territorio. Análisis como muchos de los desarrollados en el Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales (IEPRI) son de este tipo: no “territorializan” su reflexión sobre el conflicto político. Fueron incluidos los que dentro del período considerado sí establecen la relación conflicto/territorio.

el conflicto, querían mirar sus expresiones “regionales”, lo que los llevó a una importante inclusión del territorio como componente del análisis.

1) *Subtipo CA-1*

Los que se remiten a las causas (lo que alguna vez se llamó las condiciones “objetivas” del conflicto) y hacen de la precariedad estatal el centro de la argumentación atribuyen al Estado las razones de la conflictividad.¹³ Esta argumentación se concreta en el análisis a través de las categorías como las de construcción del Estado y la nación,¹⁴ de inclusión y exclusión, políticas¹⁵ que, como su nombre lo indica, sirven para diferenciar aquellas zonas articuladas a la vida política, económica y social de la nación de las zonas que por sus condiciones generalmente de aislamiento están desarticuladas de estas esferas. Quienes le atribuyen al Estado la razón de la conflictividad tanto en lo que hace al surgimiento de las guerrillas como de los paramilitares o quienes se la atribuyen por inoperancia expresada en la imposibilidad de regular el conflicto, etc. Estas diferencias son también, en alguna medida, las que han marcado los debates académicos.

Vale la pena resaltar aquí que, pese a la existencia de algunos matices, hay un enorme predominio de explicaciones que se apoyan en la precariedad del Estado, como causa y factor de peso en el desarrollo del conflicto. Solo muy recientemente, y en casos que resultan prácticamente excepcionales en el conjunto de la producción, se ha cuestionado esta perspectiva. En efecto, empiezan a producirse análisis que cuestionan esta razón y que quieren poner el acento en otra parte. Aquí se inscriben argumentos como el de negar que sean la ausencia de Estado y/o las zonas más desprotegidas (léase excluidas) las que explican las dinámicas del conflicto armado y, por el contrario, argumentar,

- 13 Al respecto, compartimos con Pécaut el presupuesto de que las causas dependen más de los discursos y los actos de quienes las invocan que de una realidad “objetiva” y sobre todo que cualesquiera sean las causas, los fenómenos de violencia producen siempre un nuevo contexto distinto de su fase inicial. Cf. Daniel Pécaut, *Guerra contra la sociedad* (Santafé de Bogotá: Espasa, 2001).
- 14 Fernán González, “La Violencia política y las dificultades de la construcción de lo público en Colombia: una mirada de larga duración”, en *Las violencias: inclusión creciente*, Jaime Arocha, Fernando Cubides y Miryam Jimeno (Bogotá: CES, Universidad Nacional de Colombia, 1998), 163-85.
- 15 José Jairo González Arias, “Geopolítica de la violencia”, *Análisis 2. Conflicto social y violencia en Colombia. Documentos ocasionales*, no. 53 (mayo de 1989): 43-47.

por ejemplo, la presencia de los grupos armados y del conflicto en zonas integradas y articuladas a la nación y/o en municipios ricos y con altos niveles de desarrollo. La verdad es que la realidad del fenómeno de la guerra les va concediendo pertinencia: su expansión a diferentes zonas del país parece estar agotando ese modelo explicativo.

2) Subtipo CA-2

Esta clasificación agrupa los estudios que cuestionando o sosteniendo la tesis de la precariedad estatal intentan cambiar los paradigmas explicativos y encontrar las razones y/o explicaciones del conflicto en otro lugar; esto es, los que quieren poner el acento en las estrategias político-militares de los actores armados. De alguna manera, estudiar los actores armados no puede hacerse sin contextualizar el conflicto y hacer referencia al Estado, lo que lleva a los actores a hacerlo incursionando en otros campos de reflexión, pero su interés siguen siendo los actores armados.

Aquí encontramos una serie de trabajos que se centran más en los actores armados propiamente dichos que en el conflicto político mismo. Son artículos que versan exclusivamente sobre uno de ellos, como las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC) o el Ejército de Liberación Nacional (ELN),¹⁶ o las Fuerzas Armadas (FF. AA.) del Estado o el paramilitarismo¹⁷ o de todos simultáneamente,¹⁸ pues se centran en sus estrategias. A su vez, pese a tratarse en general de estrategias político-militares, estas son diferenciables en algunos análisis que hacen énfasis en unas u otras.

- 16 Véase Martha Bottía Noguera, “La presencia y expansión municipal de las FARC: es avaricia y contagio, más que ausencia estatal” (Documento CEDE N.º 3, Bogotá, Universidad de los Andes, febrero de 2003); Juan Guillermo Ferro, “Las FARC y los desafíos de la posguerra en el Caquetá”, *Revista de Estudios Sociales*, no. 2 (1998): 70-72; Carina Peña, “La guerrilla resiste muchas miradas. El crecimiento de las FARC en los municipios cercanos a Bogotá: caso del Frente 22 en Cundinamarca”, *Análisis Político*, no. 32 (septiembre-diciembre de 1997): 81-101; María Alejandra Vélez, “FARC-ELN: evolución y expansión territorial”, *Desarrollo y Sociedad*, no. 47 (marzo de 2001): 151-225.
- 17 Mauricio Romero, *Paramilitares y autodefensas* (Bogotá: IEPRI, Universidad Nacional de Colombia, 2003).
- 18 Fernán González, Ingrid Bolívar y Teófilo Vázquez, *Violencia política en Colombia. De la nación fragmentada a la construcción del Estado* (Bogotá: Cinep, 2003).

En la primera categoría, la dimensión política de dichas estrategias, se encuentra la mayoría de los trabajos; en la segunda, el caso más relevante (aunque no el único)¹⁹ son los trabajos de Alfredo Rangel desarrollados en una perspectiva militar.²⁰ En el marco de este tipo de producción académica se encuentran los trabajos que sostienen las discusiones sobre el carácter político que seguirán teniendo las guerrillas o, por el contrario, sobre el grado de criminalización que alcanzan o sobre las diferencias existentes en las características y en diversos mecanismos de control y dominio que ejercen en diferentes territorios. También están las discusiones sostenidas más recientemente sobre el carácter del conflicto que, para algunos analistas, ha pasado de ser una *guerra de guerrillas a una guerra de posiciones* donde, por supuesto, el territorio se vuelve fundamental.

3) Subtipo CA-3

La tercera veta de reflexión en el campo del conflicto político armado y/o la guerra se desplegó por la vía de las expresiones “regionales” del conflicto. Ella ganó terreno en la discusión en el momento en que empezaron a cuestionarse las explicaciones demasiado generalizadoras sobre un fenómeno que presentaba diferencias regionales evidentes. Esta perspectiva tuvo un momento de despliegue más o menos en la década de los 90. Estos análisis se sostenían en el postulado de que “Colombia es un país de regiones, fracturado, escindido y atravesado por múltiples exclusiones y conflictos”²¹

Aquí encontramos análisis como los desarrollados por miembros del equipo de violencia del Cinep en zonas como Magdalena Medio, Sumapaz o la zona esmeraldera, pero también algunos trabajos de investigadores del Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales (IEPRI). En ellos, por

19 Eric Lair, “El terror, recurso estratégico de los actores armados: reflexiones en torno al conflicto colombiano”, *Análisis Político*, no. 37 (1999): 64-76; Eric Lair, “Colombia: Una guerra contra los civiles”, *Colombia International*, no. 49-50 (2001): 135-47.

20 Alfredo Rangel, “Colombia: la guerra irregular en el fin de siglo”, *Análisis Político*, no. 28 (mayo-agosto de 1996): 74-84; Alfredo Rangel, “El estado actual del conflicto armado en Colombia”, *Estrategia económica y financiera*, no. 24 (marzo de 1997); Alfredo Rangel, *Colombia: guerra en el fin de siglo* (Bogotá: Tercer Mundo Editores, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de los Andes, 1998).

21 María Teresa Uribe de Hincapié, “La territorialidad de los conflictos y de la Violencia en Antioquia”, en *Realidad social*, tomo I (Medellín: Gobernación de Antioquia, 1989), 52.

supuesto, como marco explicativo estaban incluidos los actores armados, las poblaciones y el Estado pero de manera privilegiada su centro era la región y/o el territorio como condicionante de las diferencias que presentaba el conflicto. En los últimos años, la expansión del conflicto y las dinámicas mismas de la guerra parecen estar obligando a reconsiderar en el análisis estas diferencias regionales, toda vez que el fenómeno al que se asiste es más bien el de *una desconfiguración y/o reconfiguración regional* en función de la creación de “corredores estratégicos” funcionales a la guerra. Ahora más que estudios de caso específicos acentuados en el conflicto en una región encontramos trabajos que se remiten a *macrorregiones conflictivas* que trascienden en todos los casos los límites de una región y/o departamento y están desdibujando esos límites territoriales. Son entonces los trabajos que privilegian hoy el análisis de los corredores estratégicos de los actores armados y las redefiniciones territoriales que se vienen produciendo en el país²² (véase cuadro 1).

Tipos	Subtipos
I. Análisis conflicto político armado y/o guerra	CA-1 El Estado Construcción del Estado (inclusión-exclusión) condiciones “objetivas”
	CA-2 Dimensión estratégica de los actores armados a) Acento en la dimensión política (CA-2-1) b) Acento en la dimensión militar (CA-2-2)
	CA-3 Expresiones “regionales” del conflicto

Cuadro 1. Tipología de los modelos analíticos.

Fuente: Blair, Pimienta y Agudelo (2004)²³

3.2 Tipo II: los análisis de la región y/o el territorio

En segundo lugar, encontramos los trabajos (tipo II) que tienen como “objeto de estudio” las regiones y/o los territorios. Pero en su interior también puede

²² González, Bolívar y Vásquez, *Violencia política en Colombia*.

²³ Elsa María Blair, Alejandro Pimienta y Cristina Agudelo, “Conflicto armado, Actores y Territorios: los visos de un caleidoscopio” (Informe de investigación, Grupo Cultura, Violencia y Territorio, INER, Medellín, 2004).

haber diferencias en razón de la especificidad de su objeto. En primer lugar, están los que tienen interés en las regiones y por la vía de entender procesos regionales (v. g. el desarrollo regional u otros) introducen la relación conflicto/territorio (correspondiente al subtipo R/T-1).

En este grupo estarían también los análisis que, de manera más reciente, indagan por el tema del *territorio* en una escala más amplia que la región (trabajos al parecer jalonados por coyunturas como la que se produjo con la Constitución de 1991, asociada a la redimensión del territorio para grupos como los indígenas y los negros) y aun cuando el conflicto no fuera su centro de interés, dada su expansión territorial actual, terminan por “toparse” con él y por esta vía establecen la relación (subtipo R/T-3). Entre los dos y en términos del territorio hay también una reflexión sobre fronteras (“internas”), que si bien tienen su campo de reflexión en lo socio-espacial ligado a múltiples problemáticas más amplias, como los procesos de poblamiento o los procesos históricos de configuración de esas fronteras, en una de sus vertientes sí está relacionada con el conflicto armado y/o la guerra (subtipo R/T-2).²⁴

La preocupación inicial que motivó la reflexión en esta dirección fueron las regiones mismas y sus posibilidades de desarrollo.²⁵ En efecto, para los años 80 lo regional se convirtió en el eje de las reflexiones académicas y de la intervención política del Estado.²⁶ Con el recrudecimiento del conflicto en diferentes regiones del país y pese a que muchos de estos trabajos continuaban teniendo como centro el desarrollo regional, se toparon con la guerra a la hora de enfrentarse al análisis, por lo que fue preciso incluir esta variable en los análisis.²⁷ En efecto, conflicto y configuración regional fueron los temas privi-

24 Clara Inés García, *Paradojas de los conflictos violentos: territorios, regiones y fronteras en Colombia* (Medellín: Editorial Universidad de Antioquia, Colección Legado del Saber, 2003).

25 Hay toda una serie de trabajos pioneros en este terreno que de la mano de los economistas fundamentalmente incursionó en esta dirección. Ellos no son de nuestro interés por cuanto no establecen la relación que nos motiva aquí: la de conflicto/territorio.

26 Un ejercicio académico previo en esta reflexión y muy importante como referente frente al tema fue elaborado por Clara Inés García en el marco del proyecto *Balance de los estudios sobre violencia en Antioquia*. Clara Inés García, “Estado del arte de los estudios sobre regiones y violencia en Antioquia”, en *Balance de los estudios de violencia en Antioquia*, ed. Pablo Angarita (Medellín: Instituto de Estudios Regionales [INER], Universidad de Antioquia, 2001).

27 García, “Estado del arte”.

legiados de muchos de estos estudios.²⁸ También, primaba una preocupación por el llamado “desarrollo desigual de las regiones”; en este caso se desarrollaron trabajos en Urabá, Magdalena Medio y Bajo Cauca.

La fuerza del conflicto obligó a muchos investigadores a privilegiar esta línea en sus análisis, lo que produjo cierta coincidencia entre quienes desde el estudio del conflicto político armado trabajaban las dimensiones “regionales” del conflicto y quienes desde los estudios de la “región y/o el territorio” privilegiaron la dimensión del conflicto en los estudios regionales. Por un lado, estaban los aspectos políticos y militares más ligados al conflicto y por otro las configuraciones regionales en función, por ejemplo, del desarrollo, y de los “desequilibrios regionales”. En ambos enfoques, pese a las diferencias en sus “objetos” de estudio, coinciden algunas de las formulaciones sobre los componentes del fenómeno. Por ejemplo, ambos enfoques coinciden en relación con el Estado y su precariedad. Incluso si se tiene en cuenta que desde los análisis más “territoriales” aparece una veta de construcción del Estado ligada más bien a procesos conflictivos en las regiones,²⁹ a las estrategias de los actores armados, o a la dimensión socio-espacial y sus condicionantes en el conflicto. Veamos:

1) *Subtipo R/T-1*

Comprende los análisis que al trabajar las regiones relacionan directamente conflicto y territorio por la vía de privilegiar los componentes territoriales de la guerra. En efecto, actores y conflictos tienen condicionantes territoriales claramente identificables. Más precisamente –y seguimos a Clara Inés García–³⁰ se presentan dos tendencias: los que se preguntan cómo inciden los conflictos de carácter violento en la configuración de la región y los que, en sentido inverso, se preguntan por las características regionales y su incidencia en el conflicto. También se diferencian en función de su aproximación a “lo regional”: región o región en construcción o territorio en construcción, etc. Si bien casi todos los estudios están inscritos dentro del periodo aquí considerado por

28 García, “Estado del arte”.

29 García, “Estado del arte”.

30 García, “Estado del arte”.

analizar la violencia más reciente, algunos –como ya lo señalamos– trabajan en una perspectiva histórica que, al menos como antecedentes al problema de investigación, les ayuda a contextualizar el análisis.

Todos ellos ubican, pues, el territorio, por una u otra vía, en el centro del análisis. Este territorio puede ser, sin embargo, diferenciado en términos analíticos según las siguientes características: los análisis que privilegian las dimensiones económicas del territorio, ligadas la mayoría de las veces a la presencia (y por supuesto al usufructo) de recursos económicos; esto es, a la presencia en determinadas regiones de ciertas economías que de manera permanente “atraen” el interés de diferentes sectores sociales estatales, sociales e ilegales (como los grupos armados) y que definen la relación por la disputa sobre el control de estos. Estas zonas se vuelven estratégicas para la guerra.

En esta categoría estarían también los trabajos que, centrados en el territorio, lo privilegian en una dimensión militar y/o estratégica desde el punto de vista de los actores armados y de sus lógicas de acción: su condición de espacios “aptos” para la guerra; esto es, en función de sus necesidades tácticas y estrategias, ya sea topográficamente, dadas las condiciones del terreno, o en función de su localización estratégica dentro del territorio nacional al posibilitar, por ejemplo, la construcción de “corredores estratégicos”.

2) *Subtipo R/T-2*

En lo relativo a la dimensión socio-espacial, la problemática de las fronteras (“internas”) en su relación con el conflicto –y este es otro subtipo de los estudios– aparece como tema. Zonas excluidas del ordenamiento social y político: las zonas de colonización asociadas a procesos de expansión de la frontera agrícola que han estado ligadas en los últimos 40 años al conflicto. Por esta vía –siguiéndole la pista a los procesos de colonización hacia donde se expande la dinámica del conflicto– se han desarrollado una serie de análisis incluyendo algunos en los cuales, no obstante su ligazón con condiciones de frontera de esos territorios, este concepto no aparece muy desarrollado teóricamente.³¹ La tesis general de estos estudios, en términos de Clara Inés

31 García, “Estado del arte”.

García, es que el proceso de integración del territorio nacional se realiza paradójicamente sobre la base de una gran fractura o brecha socio-territorial y por lo tanto económica, política y cultural. Los conflictos que allí se gestan son atribuidos entonces al fracaso de los proyectos colonizadores en lo que concierne a las posibilidades del desarrollo, a los desequilibrios regionales, al surgimiento de nuevos conflictos (como los asociados en estas zonas al narcotráfico) y, finalmente, a la debilidad y falta de políticos de Estado para acompañar los procesos de expansión de estas fronteras.³²

De alguna manera, desde la perspectiva de la relación conflicto/territorio, en términos de los procesos de expansión de las fronteras (“internas”) que trascienden los límites departamentales, por la vía de la expansión misma del conflicto, esta veta del análisis se revela como un antecedente a las situaciones macrorregionales del conflicto en los últimos años.

3) *Subtipo R/T-3*

Esta es una veta bastante más reciente de la reflexión en lo que atañe a los estudios sobre región y territorio. Al parecer, de alguna manera –y esto deberá ser profundizado más adelante– surgen por coyunturas institucionales como la producida en 1991 con la adopción de la nueva carta política que al introducir normas como los antecedentes a la Ley 70, ley de tierras para las negritudes o las disposiciones sobre los territorios indígenas generó toda una reflexión académica que ha venido acompañando estos procesos. A esta coyuntura de orden institucional se suman los avances académicos en la temática del territorio. Ambas van a confluir en este tipo de análisis. Si bien en sus inicios su “objeto de investigación” eran estos grupos de población y sus problemáticas en relación estrecha con el territorio, la dinámica del conflicto los atravesó y desde entonces esta perspectiva de análisis se despliega como una más de la relación conflicto/territorio y ha venido, creemos nosotros, a fortalecer el desarrollo teórico de esta problemática.

Aquí encontramos tres de los trabajos que han contribuido mucho a la reflexión de una nueva mirada.³³ Estas coyunturas políticas y académicas llevan a que analistas que habían empezado a trabajar el asunto regional desplazaran su interés hacia el territorio como nueva categoría analítica, y llevó también sobre todo a nuevos investigadores a interesarse en la temática.³⁴ Ahora bien, otra “sospecha” es que estos trabajos coinciden también con el surgimiento de los “nuevos territorios” de la guerra. Las zonas que en este trabajo hemos identificado como de “conflictividad reciente” a los “nuevos territorios de la guerra” son sus referentes empíricos para la reflexión. Cauca, Chocó y la zona cafetera son una muestra.³⁵ Para el conflicto en la zona cafetera, véase el texto “Implicaciones del conflicto armado en el modelo de la economía cafetera”, de Manuel Enrique López³⁶ (véase cuadro 2).

3.3 Tipo III: Respuestas de las poblaciones a la guerra

Finalmente hay una serie de trabajos cuyo centro de interés no es el conflicto ni el territorio. Indagan más bien por las poblaciones y más concretamente por las respuestas de la población a la guerra; es decir, abordan problemáticas específicas que viven distintos grupos poblacionales inmersos en las dinámicas de la guerra en diferentes territorios. Es por esta vía por donde han jalonado la reflexión en torno a la relación conflicto/territorio.

- 33 Carlos Efrén Agudelo, “El pacífico colombiano: de remanso de paz a escenario estratégico del conflicto armado”, *Cuadernos de Desarrollo Rural*, no. 46 (2001): 7-37; Carlos Vladimir Zambrano, “Territorios plurales, cambio socio-político y gobernabilidad cultural”, en *Territorio y cultura. Territorios de conflicto y cambio socio-cultural*, comp. Beatriz Nates (Manizales: Universidad de Caldas, Departamento de Antropología y Sociología, Grupo de Investigación Territorialidades, 2001); Miguel Borja, “Las nuevas geografías políticas de la guerra”, en *Territorio y cultura. Territorios de conflicto y cambio socio-cultural*, comp. Beatriz Nates (Manizales: Universidad de Caldas, Departamento de Antropología y Sociología, Grupo de Investigación Territorialidades, 2001).
- 34 Algunos de los análisis más recientes que encontramos en la revisión son de autores que no habían trabajado anteriormente este tema. Ver Oscar Mauricio Espinoza Henao, “El territorio, la guerra: un vistazo sociológico”, en *Territorio y cultura. Territorios de conflicto y cambio socio-cultural*, comp. Beatriz Nates (Manizales: Universidad de Caldas, Departamento de Antropología y Sociología, Grupo de Investigación Territorialidades, 2001), 115-25; Miguel Antonio Espinosa Rico, “Geografía política del conflicto interno armado interno”, *Arcanos*, no. 7 (mayo-junio de 2002).
- 35 Véase: Agudelo, “El pacífico colombiano”; Guillermo Alejandro D’Abbraccio, “Lógicas instrumentales y conflictos territoriales: estrategias de resistencia de los pueblos indígenas en el Cauca”, en *Territorio y cultura. Territorios de conflicto y cambio socio-cultural*, comp. Beatriz Nates (Manizales: Universidad de Caldas, Departamento de Antropología y Sociología, Grupo de Investigación Territorialidades, 2001).
- 36 Manuel Enrique López, “Implicaciones del conflicto armado en el modelo de la economía cafetera”, en *Conflictos regionales. La crisis del eje cafetero*, Gonzalo Sánchez, Jorge Robledo y Absalón de Jesús Machado (Bogotá: IEPRI, FESCOL, 1999).

Tipos	Subtipos
II. Análisis región y/o territorio	R/T-1 El desarrollo regional y/o las regiones
	R/T-2 Situaciones macro o microrregionales Fronteras y conflictos
	R/T-3 Análisis del territorio

Cuadro 2. Tipología de los modelos analíticos.

Fuente: Blair, Pimienta y Agudelo (2004)³⁷

Como parte de la dramática situación que viven las poblaciones en contextos de guerra, las respuestas son múltiples y de muchos tipos. Aquí identificamos las que –a juzgar por los análisis revisados– han sido tenidas en cuenta por los investigadores. Ellas, de alguna manera, suponen una respuesta en términos colectivos y organizativos³⁸ a la situación que enfrentan. Pudimos identificar cuatro tipos de respuestas: la adaptación y/o el acomodamiento (subtipo RPo-1); el apoyo a proyectos políticos de los actores armados (subtipo RPo-2); los movimientos de “resistencia” (subtipo RPo-3) y el desplazamiento (subtipo RPo-4).

Si bien entrando en la precisión de lo que es o no una acción colectiva³⁹ quizá deberíamos afinar mucho más la clasificación, por lo pronto la dejaremos

³⁷ Blair, Pimienta y Agudelo, “Conflicto armado”.

³⁸ Vale la pena señalar aquí el trabajo de Jorge Hernández, quien se ha detenido en el análisis de algunas de las formas de resistencia de las poblaciones a la guerra y que deja ver entonces la mayoría de mecanismos a través de los cuales ellos enfrentan el problema. Respecto de los cuatro casos que analiza, dice lo siguiente: “En sus repertorios de acción colectiva contra la guerra se destacan las asambleas populares o comunitarias para tomar decisiones que los apartan de los proyectos de los actores armados, el diálogo directo con ellos para notificarles las decisiones y exigir respeto para el proceso iniciado, la marcación de territorios neutrales (peregrinaciones, corredores humanitarios, proclamación de lugares sagrados para la vida). La búsqueda de impacto hacia fuera de las comunidades de origen (marchas, plantones, fiestas de integración), la colocación de sombrillas protectoras (declaraciones de alerta, búsqueda de aliados), la afirmación interna del proceso (vigilias, retiros, lutos, conversiones)”. Jorge Hernández, “Repertorios, marcos y entramados de resistencia civil en Colombia: los premios nacionales de paz, 1999-2002” (Ponencia presentada en el VII Coloquio Colombiano de Sociología, Cali, Universidad del Valle, 1, 2 y 3 de octubre de 2003), 14.

³⁹ Ver González, Bolívar y Vásquez, *Violencia política en Colombia*. Los autores hablan de acción colectiva violenta para definir las acciones de los actores armados.

así para diferenciar los trabajos encontrados, incluso si la primera y la última ameritan algunas consideraciones. Adaptarse o acomodarse a la situación podría insinuar más indiferencia que una reacción a la guerra; así mismo podía ser una respuesta más individual que colectiva. Con todo, es obvio que –cualquiera sea la razón de las poblaciones, incluso la de la imposibilidad de partir– esta es una situación que están viviendo muchas de ellas en el país, que se está (y se debería continuar) estudiando. Con respecto al desplazamiento, es preciso aceptar que más que una “respuesta” y/o una “opción racional” es una reacción forzada a la situación, y a la vez un fenómeno bastante extendido en el país actualmente por parte de estas poblaciones inmersas en contextos de guerra.

1) Subtipo RPo-1

En este subtipo se ubican los trabajos que versan sobre formas de respuesta que se agotan en la acomodación o adaptación a las situaciones de guerra. Si bien muchas son más que respuestas, son simples “estrategias de sobrevivencia” de las poblaciones, vale la pena clasificarlas aquí porque es efectivamente la situación que viven muchos grupos de población. Daniel Pécaut ha señalado cómo se dan estas “adaptaciones” a la situación en el marco del territorio en disputa, donde justamente por ello el control puede pasar de una a otra organización armada no dejando más opción a las poblaciones que la “ley del silencio”, porque esos “dominios” de unos u otros son temporales y pueden variar sin que sea previsible que las poblaciones sepan cuál es la nueva “correlación de fuerzas”.

Intentando sobrevivir, estas poblaciones se acomodan a la situación sin que medie para ello una filiación ideológica y/o política en uno u otro bando. Es obvio que situaciones como estas producen enormes efectos sobre las poblaciones como el miedo, la desconfianza o el terror que sin embargo dentro del marco del conflicto político armado han sido poco estudiados. Solamente algunos autores en los últimos años han abordado un asunto como el terror,⁴⁰

⁴⁰ Aquí se encuentran trabajos principalmente de: Daniel Pécaut, “La pérdida de los derechos, el significado de la experiencia y de la inserción social. A propósito de los desplazados en Colombia”, *Estudios Políticos*, no. 14 (enero-junio de 1999): 13-28; Daniel Pécaut, “Las

en cuanto práctica muy extendida de los actores armados, con el ánimo de entender desde la práctica misma (en términos teóricos y analíticos) hasta los efectos que genera sobre la población.

2) Subtipo RPo-2

La segunda respuesta que es posible identificar es la de la adscripción y el apoyo a unos u otros protagonistas de la confrontación.⁴¹ La mayoría de los análisis se hace sobre el apoyo a proyectos políticos de las guerrillas, pero es obvio que existen zonas donde, por el contrario, el apoyo es a proyectos políticos de las autodefensas y/o los paramilitares. Zonas como Puerto Boyacá en el Magdalena Medio convertido en todo un “fortín anticomunista” a fines de los años 80 es una muestra, pero también –y esto es importante en el conjunto de la producción– se encuentran trabajos como los de Mauricio Romero⁴² en Córdoba que muestran el apoyo de poblaciones, no campesinas precisamente, sino de élites al proyecto político de las autodefensas. Algunos análisis insisten en este apoyo de la población a los actores armados fundamentados en refe-

configuraciones del espacio, el tiempo y la subjetividad en un contexto de terror: el caso colombiano”, *Revista Colombiana de Antropología*, Vol. 35 (enero-diciembre de 1999): 8-35; Pécaut, *Guerra contra la sociedad*; Daniel Pécaut, “Presente, pasado y futuro de la violencia”, en *Las dos Colombias*, eds. Jean Michel Blanquer y Christian Gross (Bogotá: Norma, 2002), 19-79; Daniel Pécaut, *Violencia y política en Colombia. Elementos de reflexión*, ed. y trad. Alberto Valencia (Medellín: Hombre Nuevo Editores, Universidad del Valle, Facultad de Ciencias Sociales y Económicas, 2003); Lair, “El terror, recurso estratégico”; Lair, “Colombia”; Eric Lair, “Reflexiones acerca del terror en los escenarios de guerra interna”, *Revista de Estudios Sociales*, Vol. 1, no. 15 (2003): 88-108.

- 41 Estas tienen asiento en zonas específicas como Córdoba y Urabá o el Magdalena Medio. Este es uno de los fenómenos que ha sufrido transformaciones coyunturales en función de la guerra. Caso del Magdalena Medio con mucho apoyo a las FARC durante los años 70 y 80 que, sin embargo, pasa a ser un “fortín anticomunista” a finales de los años 80 y 90. Los trabajos específicos dan cuenta con más profundidad de tales procesos. También aquí usamos con precaución el término de “resistencia” porque un análisis más riguroso de lo que constituye o no una forma de resistencia quizá nos obligaría a re-ordenar el asunto. Sin embargo todos ellos presentan formas de “oposición” a ciertas “políticas” (o a presiones armadas) y un cierto nivel de organización para enfrentarlas.
- 42 Mauricio Romero, “Córdoba: latifundio y narcotráfico”, en *Análisis 3. Conflicto social y Violencia en Colombia. Documentos Ocasionales*, No. 56 (Bogotá: Cinep, 1989), 13-18; Mauricio Romero, “Identidades políticas, intervención estatal y paramilitares. El caso del departamento de Córdoba”, *Revista Controversia*, no. 173 (diciembre de 1998): 15-99; Mauricio Romero, “Élites y paramilitares en el Sinú”, en *De las arenas a la política*, comps. Ricardo Peñaranda y Javier Guerrero (Bogotá: Tercer Mundo Editores, 1999).

rentes de seguridad, de orden y de justicia que no encuentran en el Estado y que pasan a ser llenados por los actores armados.⁴³

Hay pues adscripción y apoyo político en algunas regiones al proyecto de los diferentes grupos armados, como por ejemplo a las FARC en algunas zonas de colonización que tradicionalmente han visto en ellas un “justiciero” ante situaciones de miseria y conflicto con diferentes poderes locales.

3) *Subtipo RPo-3*

En tercer lugar ubicaríamos aquellos trabajos sobre lo que ampliamente podríamos llamar “movimientos de resistencia”,⁴⁴ ligados a la dinámica de la guerra, como es el caso de ciertas poblaciones obligadas por razones económicas (de supervivencia) y/o forzadas (no pocas veces por presión de los actores armados) al cultivo de productos ilícitos y a la inserción en ciertas “economías ilegales”. Es el caso de los campesinos cocaleros, presos en una posición que los ha enfrentado al Estado y a los actores armados a través de múltiples formas de “resistencia”. Aludimos con ellos a trabajos que cubren una amplia gama de movimientos organizados que, en el contexto de la guerra, resisten de diversas maneras ya sea al Estado y sus políticas para enfrentar la guerra, ya sea a los actores armados, o que expresan formas de resistencia a ambos. El caso del Putumayo ha sido brillantemente estudiado por María Clemencia Ramírez.⁴⁵

Pero igual se encuentran experiencias de movilización de poblaciones en regiones y subregiones, como el Bajo Cauca, Magdalena Medio, el Ariari en el Meta y algunos otros un poco dispersos por toda la geografía nacional (véase cuadro 3).

43 Rangel, “Colombia: la guerra irregular”; Camilo Echandia, “El conflicto armado colombiano en los años noventa: cambios en las estrategias y efectos económicos”, *Colombia Internacional*, nos. 49-50 (2001): 117-34; Carlos Miguel Ortiz, “Actores armados, territorios y poblaciones”, *Análisis Político*, no. 42 (enero-abril de 2001): 61-69, entre otros.

44 El caso más típico lo encontramos en la fumigación de cultivos ilícitos que si bien de un lado presenta una lucha contra el narcotráfico, tiene también componentes —sobre todo en los últimos años— de una lucha contrainsurgente.

45 María Clemencia Ramírez, *Entre el Estado y la guerrilla: identidad y ciudadanía en el movimiento de los campesinos cocaleros del Putumayo* (Bogotá: ICANH, Colciencias, 2001).

Tipos	Subtipos
III. Análisis respuestas de las poblaciones a la guerra	Rpo-1 Adaptación y/o acomodamiento
	Rpo-2 Adscripción y/o apoyo a proyectos políticos de los actores armados
	Rpo-3 “Movimientos sociales” Resistencias frente a la guerra a) Resistencias frente al Estado (Rpo-3-1) b) Resistencias frente a los actores armados (Rpo-3-2)
	Rpo-4 Desplazamiento

Cuadro 3. Tipología de los modelos analíticos.

Fuente: Blair, Pimienta y Agudelo (2004)⁴⁶

4) Subtipo RPo-4: Desplazamiento

En este tipo, el cuarto en nuestra clasificación, se ubican algunos de los trabajos que vienen cubriendo el fenómeno de desplazamiento en el país,⁴⁷ respondiendo a su vez por la problemática gestada en la relación conflicto/territorio. El hecho de que el fenómeno mismo del desplazamiento implique una movilidad territorial –por supuesto forzada para las poblaciones y en razón de presiones ejercidas por los actores armados– está llevando a los investigadores a incluir en sus análisis la pregunta por el conflicto y el territorio. ¿De dónde vienen?, ¿hacia dónde van?, ¿dónde se asientan? Estas preguntas remiten necesariamente a interesarse en el territorio donde el fenómeno se produce y a las condiciones que dentro de él hacen forzoso el desplazamiento. En otras palabras, permiten identificar a partir de qué mecanismos los actores armados logran forzar a las poblaciones a desplazarse. Tampoco aquí los análisis son

⁴⁶ Blair, Pimienta y Agudelo, “Conflicto armado”.

⁴⁷ El tema del desplazamiento tiene una enorme literatura que no cubrimos aquí. Solamente algunos de estos trabajos que de alguna manera están más ligados al conflicto o a la problemática territorial. Es probable que en esta dirección sea preciso ampliar mucho la búsqueda. El tema en sí como desplazamiento no había convocado la atención inicial. Fue en el proceso mismo de la investigación cuando apareció como muy importante dentro de la reflexión conflicto/territorio, dada la literatura encontrada sobre las poblaciones en la guerra.

homogéneos y existen diferencias entre ellos, pero igualmente de diferentes maneras sus análisis incluyen las preguntas por el conflicto y el territorio.

4. Para concluir

Otra mirada sobre la literatura producida permitirá, sin duda, otras clasificaciones (v. g. la construcción de otras tipologías). Esta es la que nosotros construimos en función de los tipos de análisis encontrados en la revisión. Con todo y lo que haya que afinarse, esta es, a nuestro juicio, una *manera de ordenar* que ha permitido tener un panorama completo de la producción académica⁴⁸ sobre una temática que sigue siendo muy importante para el país actualmente, al tiempo que esclarece los “objetos de investigación” que han estado en la mira de los investigadores, sus perspectivas analíticas, las zonas donde ellos se despliegan, etc.

Además de los resultados obtenidos con respecto a la producción académica desarrollada en estos años en términos de los tipos de análisis desplegados por los investigadores, de esta tipología surgen nuevos retos dirigidos a repensar y/o a redefinir las categorías analíticas con las cuales se ha pensado esta relación. En primer término, es el caso, por ejemplo, del problema del Estado, que hoy remite a nuevas conceptualizaciones y manejos analíticos. En efecto, la asociación tan directa entre Estado moderno y monopolio de la fuerza –que sostuvo durante años la teoría clásica– empieza a resquebrajarse cuando se asume que: a) no hay un solo “modelo” de construcción de los Estados modernos y b) que el Estado construido en Colombia proviene más de herencias coloniales de países como España y Portugal, que de los países industrializados de Europa. Esto, por supuesto, trae consecuencias con relación al análisis de los procesos de construcción del Estado nación en Colombia, así como en el ámbito más concreto del análisis del Estado en relación con el conflicto político armado, particularmente si a esa relación se le agrega la discusión sobre la conflictividad contemporánea en todo el mundo, que está cambiando sustancialmente el papel y/o el “lugar” del Estado en las guerras modernas.

⁴⁸ Creemos que no hay ningún trabajo del “corpus analítico” o de referencia que no sea posible incluir en uno u otro tipo de los delineados aquí.

En segundo término, esta reconceptualización remite al problema de las poblaciones insertas en contextos de guerra, que ha ameritado una reflexión que hoy se despliega en direcciones más complejas para romper el círculo de la interpretación alrededor de la condición de víctimas o resistentes y de la guerra, y evidencia más bien la complejidad de las interacciones que se tejen entre estas y los actores armados. Interacciones que no son solo racionales, cuestionando de paso la concepción de la política como el “universo de la racionalidad”,⁴⁹ sino donde intervienen también otros ámbitos como la subjetividad y la corporalidad. Una emocionalidad que está sin duda presente en el marco relacional del conflicto político y obliga a redefinir los contenidos de las categorías analíticas.

Finalmente, el tercer y último reto se relaciona con el manejo de lo socio-espacial en el análisis de los investigadores. En este terreno es preciso ahondar en la conceptualización y el manejo que se ha dado de lo socio-espacial en los análisis. Dentro de la discusión contemporánea la categoría de espacio parece ganar relevancia. Ella parece permitir otras maneras de construcción, representación y apropiación de la dimensión socio-espacial de la vida social, que resultan, por lo pronto, más fecundas. Explorar esta categoría podría permitir potenciar la construcción teórica y analítica; esto es, avanzar en la conceptualización de lo socio-espacial para el análisis de fenómenos como la guerra y de manera más amplia para repensar más acertadamente las relaciones que se establecen entre espacio y sociedad.

49 Para estos cuestionamientos a la racionalidad de la política o la relación que se establece entre emocionalidad y conflicto político, ver Ingrid Bolívar y Lorena Nieto, “Supervivencia y regulación de la vida social: la política del conflicto”, *Nómadas*, no. 19 (2003): 78-87.

Tipos	Subtipos
I. Análisis conflicto político armado y/o guerra	CA-1 El Estado Construcción del Estado (inclusión-exclusión) condiciones “objetivas”
	CA-2 Dimensión estratégica de los actores armados a) Acento en la dimensión política (CA-2-1) b) Acento en la dimensión militar (CA-2-2)
	CA-3 Expresiones “regionales” del conflicto
II. Análisis región y/o territorio	R/T-1 El desarrollo regional y/o las regiones
	R/T-2 Situaciones macro o microrregionales Fronteras y conflictos
	R/T-3 Análisis del territorio
III. Análisis respuesta de las poblaciones a la guerra	Rpo-1 Adaptación y/o acomodamiento
	Rpo-2 Adscripción y/o apoyo a proyectos políticos de los actores armados
	Rpo-3 “Movimientos sociales” Resistencias frente a la guerra Resistencias frente al Estado (Rpo-3-1) Resistencias frente a los actores armados (Rpo-3-2)
	Rpo-4 Desplazamiento

Cuadro 4. Tipología de los modelos analíticos (cuadro resumen).

Fuente: Blair, Pimienta y Agudelo (2004)⁵⁰

Tipos	Subtipos	Zonas de estudio		Autores año
		Tradicional/ conflictivas	Reciente/ conflictivas	
I. Análisis conflicto político armado y/o guerra	CA-1 Precariedad estatal o Estado en construcción, ausencia, debilidad o falta de institucionalidad del Estado, incapacidad de mediar en los conflictos, presencia con políticas erráticas o solo presencia militar, Estado fragmentado o con modelos políticos excluyentes, presencia diferenciada en zonas integradas y zonas excluidas del modelo político, complicidad con los paramilitares, presencia contraria a intereses locales-regionales armados	Zonas de colonización reciente (Urabá, Magdalena Medio, zona esmeraldera, Bajo Cauca), departamento de Antioquia (regiones incluidas y excluidas del proyecto modernizador)	Eje cafetero, Putumayo	González, F., 1989, 1990; Uribe, 1990, 1996, 1998; García, 1993, 1994, 1997, 2002; Uribe, M. V., 1993; Alonso, 1992, 1997, 1998; Pécaut, 2002; Reyes, 1987, 1991, 1993, 1994; Rangel, 1996, 1997; González, J. J., 1989, 1992, 1998
	CA-2 Dimensión estratégica de los actores	Putumayo, Caquetá, Guaviare, Urabá, Córdoba, Puerto Boyacá, Meta, Magdalena Medio, Cesar, norte del país	Amazonía, Córdoba (San Jorge y Sinú), Orinoquia	Rangel, 1998; González, 1998; Peñate, 1999; Romero, 1989, 1998, 1999; Aguilera, 2000; Lair, 1999; Reyes, 1995
	CA-2-1 Acento en la dimensión política: perspectiva histórica sobre causas del conflicto armado, carácter político de su lucha (apoyo de poblaciones)	Urabá, Magdalena Medio, Arauca, Caquetá	Amazonía, Orinoquia, Chocó	Cubiles, 1998; Rangel, 1996; Peña, 1997; Lair, 1999; Uribe, 1992
CA-2-2 Acento en la dimensión militar: poderío militar y económico, control "estratégico" sobre los territorios y las poblaciones				
CA-3 Expresiones "regionales" del conflicto		Caquetá, Córdoba, Urabá	Amazonía, Orinoquia	González, J. J., 1989, 1992; Romero, 1989, 2003.

Tipos	Subtipos	Zonas de estudio Tradicional/ conflictivas	Reciente/ conflictivas	Autores año
II. Análisis región y/o territorio	<p>R/T-1 El desarrollo regional y/o las regiones: análisis del poblamiento, la identidad, apoyo poblacional a un actor y la tradición de la lucha social, descripción de recursos económicos, de la topografía (apta para la guerra: selvas, montañas) y caracterización como zonas estratégicas desde el punto de vista militar</p> <p>R/T-2 Situaciones multirregionales. Fronteras: comparaciones entre zonas de grandes recursos económicos. Análisis de zonas estratégicas desde el punto de vista militar (corredores de paso, refugio, captación de recursos o más recientemente corredores estratégicos, etc.)</p> <p>R/T-3 El territorio análisis de la dimensión territorial: importancia de las zonas de grandes recursos económicos, de las zonas topográficamente aptas para la guerra, de las zonas estratégicas desde el punto de vista militar (corredores de paso, refugio, captación de recursos o más recientemente corredores estratégicos, etc.) y de disputa entre grupos armados, relación del territorio y la población asentada en él: apoyo o rechazo poblacional a los actores o al Estado</p>	<p>Urabá, Bajo Cauca, Macizo Colombiano, Magdalena Medio, Cauca</p> <p>Bajo Cauca, Caquetá, zona esmeraldera, Urabá</p> <p>Tolima, Urabá, Guaviare, Meta, Caquetá, Arauca, Casanare, Córdoba, guerrillera y paramilitar</p>	<p>Chocó, Cauca, zona cafetera, zona del Pacífico, Sucre, Putumayo</p>	<p>García, 1993, 1994, 2002; Alonso, 1992, 1998; Bejarano, 1988; Botero, 1990; Escobedo, 1998; Aldana, 1998; D'abbraccio, 2001; Uribe, M. T., 1997</p> <p>González, J., 1989; García, 1999; Uribe, M. V., 1993, 1996; Pécaut, 2003; Guerrero, 1993; Molano, 1989</p> <p>Borja, 2000; Agudelo, 2001; Zambrano, 2001; Espinoza, 2002; Gross, 1992; Socha, 2002; Romero, 1999; González et al., 2003; Echandía, 1998; Vélez, 2001; Ortiz, 2001; Lair, 2001; Uribe, M. T., 1990</p>
III. Análisis respuestas de las poblaciones a la guerra	<p>Rpo-I Adaptación y/o acomodamiento</p>	<p>Putumayo, zonas de colonización, Urabá</p>		<p>Bejarano y Reyes, 1988; Socha, 2002; Agudelo, 2001; Sánchez, 2001; Romero, 1999; González et al., 2003; Echandía, 1998; López, 1999</p>

Tipos	Subtipos	Zonas de estudio		Autores año
		Tradicional/ conflictivas	Reciente/ conflictivas	
	Rpo-2 Convivencia o apoyo a proyectos políticos de los actores armados	Zonas de colonización, Guaviare, Putumayo, Caquetá		Molano, 1989; Gross, 1992; Rangel, 1996; Peñate, 1999; Aguilera, 2000; Ortiz, 2001; Pécaut, 2003
	A paramilitares	Córdoba, Urabá, Magdalena Medio, norte del país, Boyacá		Buendía, 1988; Romero, 1989, 1998, 1999; Gross, 1992; Rangel, 1997; Uribe, M. V., 1998; Cubiles, 1999
	Rpo-3 "Movimientos sociales" Resistencias frente a la guerra	Rpo-3-1 Frente al Estado	Putumayo, Caquetá, sur de Bolívar, Bajo Cauca, Urabá	Ramírez, 2001; García, 1993, 1994, 1996, 1997, 1998, 2002; Cubiles, 1999
	Rpo-3-2 Frente a los actores armados	Cauca, Santander (Mogotes), Magdalena Medio, Meta		Corredor, 1988; Reyes, 1987, 1994; Sanguino, 2001; D'abbraccio, 2001; Hernández, 2003
	Rpo-4 Desplazamiento	Bajo Putumayo, sur del Caquetá, Magdalena Medio	Amazonía, Orinoquía, Suroeste antioqueño	Reyes y Bejarano, 1988; Reyes 1994; Uribe, 1997; Puyana, 1999; Pécaut, 1999, 2003

Cuadro 5. Tipología de los modelos analíticos por zonas y autores.

Fuente: Blair, Pimienta y Agudelo (2004)⁵¹

51 Blair, Pimienta y Agudelo, "Conflicto armado".

Bibliografía

- Agudelo, Carlos Efrén. “El pacífico colombiano: de remanso de paz a escenario estratégico del conflicto armado”. *Cuadernos de Desarrollo Rural*, no. 46 (2001): 7-37.
- Blair, Elsa María, Alejandro Pimiento y Cristina Agudelo. “Conflicto armado, Actores y Territorios: los visos de un caleidoscopio”. Informe de investigación, Grupo Cultura, Violencia y Territorio, INER, Medellín, 2004.
- Bolívar, Ingrid y Lorena Nieto. “Supervivencia y regulación de la vida social: la política del conflicto”. *Nómadas*, no. 19 (2003): 78-87.
- Borja, Miguel. “Las nuevas geografías políticas de la guerra”. En *Territorio y cultura. Territorios de conflicto y cambio socio-cultural*. Compilado por Beatriz Nates, 101-14. Manizales: Universidad de Caldas, Departamento de Antropología y Sociología, Grupo de Investigación Territorialidades, 2001.
- Bottía Noguera, Martha. “La presencia y expansión municipal de las FARC: es avaricia y contagio, más que ausencia estatal”. Documento CEDE N.º 3, Bogotá, Universidad de los Andes, febrero de 2003.
- D’abbraccio, Guillermo Alejandro. “Lógicas instrumentales y conflictos territoriales: estrategias de resistencia de los pueblos indígenas en el Cauca”. En *Territorio y cultura. Territorios de conflicto y cambio socio-cultural*. Compilado por Beatriz Nates. Manizales: Universidad de Caldas, Departamento de Antropología y Sociología, Grupo de Investigación Territorialidades, 2001.
- Echandía, Camilo. “El conflicto armado colombiano en los años noventa: cambios en las estrategias y efectos económicos”. *Colombia Internacional*, nos. 49-50 (2001): 117-34.
- Espinosa Henao, Oscar Mauricio. “El territorio, la guerra: un vistazo sociológico”. En *Territorio y cultura. Territorios de conflicto y cambio socio-cultural*. Compilado por Beatriz Nates, 115-25. Manizales: Universidad de Caldas, Departamento de Antropología y Sociología, Grupo de Investigación Territorialidades, 2001.
- Espinosa Rico, Miguel Antonio. “Geografía política del conflicto interno armado interno”. *Arcanos*, no. 7 (mayo-junio de 2002).
- Ferro, Juan Guillermo. “Las FARC y los desafíos de la posguerra en el Caquetá”. *Revista de Estudios Sociales*, no. 2 (1998): 70-72.
- García, Clara Inés. “Región, conflicto y movimiento social. Una región de reciente colonización”. En *Conflicto social y violencia. Notas para una discusión*. Compilado por Myriam Jimeno. Bogotá: Instituto Francés de Estudios Andinos y la Sociedad Antropológica de Colombia, 1993.
- _____. *El bajo cauca antioqueño. Cómo ver las regiones*. Bogotá: Cinep, Colección Sociedad y Conflicto, 1993.

- _____. “Territorios, regiones y acción colectiva. El caso del Bajo Cauca Antioqueño”. En *Territorios, regiones y sociedades*. Compilado por Renán Silva, 123-36. Cali: Universidad del Valle, Departamento de Ciencias Sociales, 1994.
- _____. *Urabá: región, actores y conflicto*. Medellín: Instituto de Estudios Regionales (INER), Universidad de Antioquia, 1996.
- _____. “Urabá: políticas de paz y dinámicas de Guerra”. *Estudios Políticos*, no. 10 (1997): 138-49.
- _____. “Antioquia en el marco de la Guerra y la paz. Transformaciones de la lógica de los actores”. *Revista Controversia*, no. 172 (1998): 72-97.
- _____. “Urabá: cruce o articulación de conflictos?”. En *Conflictos regionales. Atlántico y pacífico*. Compilado por Walter Aldana et al., 94-114. Bogotá: FESCOL, 1998.
- _____. “Estado del arte de los estudios sobre regiones y violencia en Antioquia”. En *Balance de los estudios de violencia en Antioquia*. Editado por Pablo Angarita, 107-33. Medellín: Instituto de Estudios Regionales (INER), Universidad de Antioquia, 2001.
- _____. *Paradojas de los conflictos violentos: territorios, regiones y fronteras en Colombia*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia, Colección Legado del Saber, 2003.
- _____, comp. *Fronteras. Territorios y metáforas*. Medellín: Instituto de Estudios Regionales (INER), Hombre Nuevo Editores, 2003.
- González, Fernán. “La Violencia política y las dificultades de la construcción de lo público en Colombia: una mirada de larga duración”. En *Las violencias: inclusión creciente*. Jaime Arocha, Fernando Cubides y Miryam Jimeno, 163-85. Bogotá: CES, Universidad Nacional de Colombia, 1998.
- González, Fernán, Ingrid Bolívar y Teófilo Vázquez. *Violencia política en Colombia. De la nación fragmentada a la construcción del Estado*. Bogotá: Cinep, 2003.
- González Arias, José Jairo. “Geopolítica de la violencia”. *Análisis 2. Conflicto social y violencia en Colombia. Documentos ocasionales*, no. 53 (mayo de 1989): 43-47.
- Hernández, Jorge. “Repertorios, marcos y entramados de resistencia civil en Colombia: los premios nacionales de paz, 1999-2002”. Ponencia presentada en el VII Coloquio Colombiano de Sociología, Cali, Universidad del Valle, 1, 2 y 3 de octubre de 2003.
- Lair, Eric. “El terror, recurso estratégico de los actores armados: reflexiones en torno al conflicto colombiano”. *Análisis Político*, no. 37 (1999): 64-76.
- _____. “Colombia: Una guerra contra los civiles”. *Colombia International*, no. 49-50 (2001): 135-47.
- _____. “Reflexiones acerca del terror en los escenarios de guerra interna”. *Revista de Estudios Sociales*, Vol. 1, no. 15 (2003): 88-108.

- López, Manuel Enrique. "Implicaciones del conflicto armado en el modelo de la economía cafetera". En *Conflictos regionales. La crisis del eje cafetero*. Gonzalo Sánchez, Jorge Robledo y Absalón de Jesús Machado, 69-94. Bogotá: IEPRI, FESCOL, 1999.
- Ortiz, Carlos Miguel. "Actores armados, territorios y poblaciones". *Análisis Político*, no. 42 (enero-abril de 2001): 61-69.
- Pécaut, Daniel. "La pérdida de los derechos, el significado de la experiencia y de la inserción social. A propósito de los desplazados en Colombia". *Estudios Políticos*, no. 14 (enero-junio de 1999): 13-28.
- _____. "Las configuraciones del espacio, el tiempo y la subjetividad en un contexto de terror: el caso colombiano". *Revista Colombiana de Antropología*, Vol. 35 (enero-diciembre de 1999): 8-35.
- _____. *Guerra contra la sociedad*. Santafé de Bogotá: Espasa, 2001.
- _____. "Presente, pasado y futuro de la violencia". En *Las dos Colombias*. Editado por Jean Michel Blanquer y Christian Gross, 19-79. Bogotá: Norma, 2002.
- _____. *Violencia y política en Colombia. Elementos de reflexión*. Edición y traducción de Alberto Valencia. Medellín: Hombre Nuevo Editores, Universidad del Valle, Facultad de Ciencias Sociales y Económicas, 2003.
- Peña, Carina. "La guerrilla resiste muchas miradas. El crecimiento de las FARC en los municipios cercanos a Bogotá: caso del Frente 22 en Cundinamarca". *Análisis Político*, no. 32 (septiembre- diciembre de 1997): 81-101.
- Ramírez, María Clemencia. *Entre el Estado y la guerrilla: identidad y ciudadanía en el movimiento de los campesinos cocaleros del Putumayo*. Bogotá: ICANH, Colciencias, 2001.
- Rangel, Alfredo. "Colombia: la guerra irregular en el fin de siglo". *Análisis Político*, no. 28 (mayo-agosto de 1996): 74-84.
- _____. "El estado actual del conflicto armado en Colombia". *Estrategia económica y financiera*, no. 24 (marzo de 1997).
- _____. *Colombia: guerra en el fin de siglo*. Bogotá: Tercer Mundo Editores, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de los Andes, 1998.
- _____. "Las FARC-EP: una mirada actual". En *Reconocer la guerra para construir paz*. Compilado por Malcolm Deas y María Victoria Llorente. Bogotá: CEREC, Ediciones Uniandes, Grupo Editorial Norma, 1999.
- Romero, Mauricio. "Córdoba: latifundio y narcotráfico". En *Análisis 3. Conflicto social y Violencia en Colombia, Documentos Ocasionales, No. 56*, 13-18. Bogotá: Cinep, 1989.
- _____. "Identidades políticas, intervención estatal y paramilitares. El caso del departamento de Córdoba". *Revista Controversia*, no. 173 (diciembre de 1998): 15-99.

- _____. “Élites y paramilitares en el en Sinú”. En *De las arenas a la política*. Compilado por Ricardo Peñaranda y Javier Guerrero. Bogotá: Tercer Mundo Editores, 1999.
- _____. *Paramilitares y autodefensas*. Bogotá: IEPRI, Universidad Nacional de Colombia, 2003.
- Uribe de Hincapié, María Teresa. “La territorialidad de los conflictos y de la Violencia en Antioquia”. En *Realidad social*. Tomo I, 49-112. Medellín: Gobernación de Antioquia, 1989.
- Vélez, María Alejandra. “FARC-ELN: evolución y expansión territorial”. *Desarrollo y Sociedad*, no. 47 (marzo de 2001): 151-225.
- Zambrano, Carlos Vladimir. “Territorios plurales, cambio socio-político y gobernabilidad cultural”. En *Territorio y cultura. Territorios de conflicto y cambio socio-cultural*. Compilado por Beatriz Nates. Manizales: Universidad de Caldas, Departamento de Antropología y Sociología, Grupo de Investigación Territorialidades, 2001.

¿Nuevas guerras? ¿Nuevos espacios para la guerra? o ¿nuevas espacialidades?¹

Elsa Blair Trujillo²

“En condiciones de intensa globalización, los conflictos tienden a adquirir un perfil globalizante, sin que por su naturaleza sean eventos que induzcan a que se acelere o intensifique la globalización, es decir, son guerras cuyas motivaciones originales se encuentran localizadas, pero que se robustecen en los intersticios de la globalización amplificando sus retroalimentaciones y repercusiones tanto a nivel espacial, como temporal”.

Hugo Fazio

- ¹ Publicación original en: Diego Herrera y Emilio Piazzini, eds. *(Des) territorialidades y (No) lugares. Procesos de configuración y transformación social del espacio*. (Medellín: La Carreta Editores, 2006), 135-53.
- ² Socióloga de la Universidad de Antioquia y doctora en Sociología de la Université Catholique de Louvain, Bélgica. Como investigadora del Instituto de Estudios Regionales (INER) de la Universidad de Antioquia y coordinadora del Grupo de Investigación sobre Cultura, Violencia y Territorio se ha interesado en los aspectos simbólicos y espaciales de la guerra.

Las preguntas que titulan este artículo no son un mero juego de palabras. Son también un marco de interrogación de la relación que se establece entre el espacio y la guerra en el marco de tres discusiones actuales: la primera es la reflexión que se viene dando acerca de la conflictividad contemporánea y que hizo del concepto de *nuevas guerras* un eje de la discusión.³ Por acuerdo o por oposición, este concepto ha sido un hito del debate desde 1999 y ha posibilitado cuestionar los paradigmas explicativos del análisis clásico sobre las guerras, al tiempo que ha obligado a estudiarlas como un fenómeno histórico y cambiante que, en las últimas décadas, ha sufrido profundas modificaciones.

La segunda discusión remite necesariamente a los efectos de la globalización sobre las dimensiones “escalares” en las cuales se desarrolla hoy esa conflictividad. Si bien está fuera de mi competencia la discusión más reciente sobre el “re-escalamiento” o el “salto escalar” que se viene proponiendo en las discusiones socioespaciales,⁴ es cierto, sin duda, que el fenómeno de la globalización ha modificado el carácter de las fronteras y con ellas el de las naciones y los territorios, y esta transformación debe tomarse en consideración a la hora de discutir sobre diversas problemáticas a las que están abocadas las sociedades contemporáneas; en este caso, con o frente a la guerra.

La tercera es la discusión, mucho más reciente, y sin duda más precaria, pero que intuimos más fecunda, sobre lo espacial mismo. De ahí la propuesta que vienen haciendo algunos analistas de interrogar de nuevo su carácter y avanzar hacia lo que se ha llamado una ontología del espacio⁵ para no seguir pensando que el territorio es solo la tierra o esa porción de espacio físico que se apropia, se habita y se significa. En términos de José Luis Pardo,⁶ no se trataría ya del espacio como una exterioridad de lo social. Esta es quizás la

3 Otros dos debates muy importantes fueron el de Kaplan o Enzensberger sobre el ataque múltiple a la civilización por parte del fundamentalismo y la violencia, y el jalonado por la tesis de Collier apoyada en el carácter depredador de los rebeldes en los conflictos civiles actuales. Cf. Roland Marchal y Christine Messiant, “Las guerras civiles en la era de la globalización: nuevos conflictos y paradigmas”, *Análisis Político*, no. 50 (2004): 20-34.

4 Cf. Emilio Piazzini, “Los estudios socioespaciales: hacia una agenda de investigación transdisciplinaria”, *Regiones*, no. 2 (2004): 151-72.

5 Ovidio Delgado, *Debates sobre el espacio en la geografía contemporánea* (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2003); Piazzini, “Los estudios socioespaciales”.

6 José Luis Pardo, *Las formas de la exterioridad* (Valencia: Pre-Textos, 1992).

discusión menos desarrollada y la que exige mayores esfuerzos analíticos para plantear la existencia de nuevas espacialidades.

Voy a incursionar en estas tres discusiones⁷ tratando de perfilar la hipótesis central de estas reflexiones: la de la existencia de una *nueva espacialidad* que amerita ser pensada y desarrollada ampliamente si queremos comprender las dimensiones socioespaciales de las guerras hoy.

¿“Nuevas guerras”?

El término fue acuñado por Mary Kaldor en el año 1999 y utilizado para nombrar lo que según esta autora diferenciaría las guerras clásicas de las guerras contemporáneas, llamadas las guerras de la “era de la mundialización”. Dice Kaldor: “Mi argumento fundamental es que durante los años ochenta y noventa se ha desarrollado un nuevo tipo de violencia organizada –principalmente en África y Europa del Este– propio de la actual era de globalización. Dicho tipo de violencia lo califico de nueva guerra”.⁸ Las nuevas guerras implican un desdibujamiento de las distinciones entre guerra, crimen organizado y violaciones a gran escala de los derechos humanos.

El término –siguiendo a la autora– ofrece una forma de distinguir esos conflictos (recientes) de las guerras que podríamos considerar características de la modernidad clásica y ellas deben ser interpretadas en el contexto de la globalización. Las nuevas guerras surgen en el contexto de la erosión de la autonomía del Estado y, en ciertos casos, de su desintegración, esto es, aparecen en el contexto de erosión del monopolio de la violencia legítima. Las nuevas guerras forman parte de un proceso que es más o menos el inverso de los procesos por los que evolucionaron los Estados modernos. Se puede establecer un contraste entre las nuevas guerras y las de otros tiempos en lo que respecta a sus objetivos, sus métodos de lucha y sus modos de financiación.⁹ De ahí su conclusión final, en la cual propende por la restauración de la legitimidad:

7 Las dos primeras son muy amplias y no pretendo desarrollarlas completamente aquí. Solo abordaré algunos de los elementos que sirven a la reflexión que quiero proponer en estas notas.

8 Mary Kaldor, *Las nuevas guerras. Violencia organizada en la era global* (Barcelona: Tusquets, 2001), 15.

9 Kaldor, *Las nuevas guerras*.

devolver el control sobre la violencia organizada a las autoridades públicas, sean locales, nacionales o internacionales.¹⁰

El concepto ha sido retomado después por muchos autores y la discusión continúa abierta. Algunos se lo apropian para insistir en las diferencias entre unas y otras formas de la guerra y rescatar algunos aspectos “inéditos” de las guerras contemporáneas, fundamentalmente de las guerras civiles. Es el caso, por ejemplo, de Hugo Fazio¹¹ –internacionalista experto en el tema de la globalización–, para quien esas nuevas características darían cuenta de la realidad de la guerra hoy: desdibujamiento de las fronteras convencionales de la guerra, erosión del Estado, violencia contra la población civil, privatización de las mismas en lo que atañe a la iniciativa, la organización y la ejecución de las guerras, etc.¹² Incluso si –como lo deja ver en su análisis– la globalización, en su fase más reciente, gestada a partir del 11 de septiembre, está modificando nuevamente sus manifestaciones al agudizar unas dinámicas y debilitar otras.

Otros autores, por el contrario, insisten en no aceptar la diferenciación propuesta entre ambos tipos de guerra, al menos no desde donde ella se establece en el análisis de Kaldor. Daniel Pécaut, por ejemplo, sostiene que “la idea misma de ‘nuevas guerras’ en ruptura con los conflictos anteriores a la guerra fría es discutible”,¹³ basando su argumentación en torno de las diferencias tan protuberantes entre unos y otros conflictos como para tolerar un análisis comparativo de estos (Yugoslavia, Ruanda, Argelia, Angola, Sierra Leona, etc.), heterogeneidad que –dice– con el fin de la Guerra Fría ha pasado a primer plano. La oposición entre antiguas y nuevas guerras es poco convincente si se basa

10 Kaldor, *Las nuevas guerras*. Aquí, por supuesto, solo resumo lo que está desarrollado ampliamente en el libro.

11 Hugo Fazio, “Globalización y guerra: una compleja relación”, *Revista de Estudios Sociales*, no. 16 (2003): 42-56.

12 La discusión ha sido retomada también en el marco del debate sobre el conflicto armado colombiano y las implicaciones que sobre él tendría este contexto de globalización. Véase: Álvaro Camacho, “Credo, necesidad y codicia, los alimentos de la guerra”, *Análisis Político*, no. 46 (2002): 137-50; William Ramírez, “¿Guerra civil en Colombia?”, *Análisis Político*, no. 46 (2003): 151-63; Eduardo Pizarro Leongómez, “Colombia: ¿guerra civil, guerra contra la sociedad, guerra antiterrorista o guerra ambigua?”, *Análisis Político*, no. 46 (2002): 164-80.

13 Daniel Pécaut, “Conflictos armados, guerras civiles y política: relación entre el conflicto colombiano y otras guerras internas contemporáneas” (Ponencia presentada al VIII Coloquio Nacional de Sociología, Cali, Universidad del Valle, 2003), 2.

solamente en la brutalidad o en las atrocidades de las guerras recientes: las crueldades nada tienen de inédito.¹⁴ No es, pues –continúa el autor–, el nivel de barbarie lo que puede caracterizar las guerras civiles actuales. No es tampoco el hecho de que se encuentren siempre desprovistas de finalidades políticas. Lo que sí hay que retener de estos análisis es el hecho de que los combates propiamente dichos, los que oponen a unidades militares o paramilitares, solo constituyen una pequeña parte de las estrategias de guerra, ya que el despliegue del terror contra los civiles juega un papel mucho más considerable. Otro aporte –señala Pécaut– es resaltar que estas guerras se desarrollan en *espacios fluidos* que corresponden ante todo a la evolución territorial de los dominios que ejercen los grupos organizados. El principal aporte es quizá sugerir que muchas de estas guerras combinan registros diferentes que por momentos ganan autonomía y se convierten en un fin en sí mismos.¹⁵

Otros estudiosos retoman el concepto de *nuevas guerras* para distanciarse del mismo y cuestionarlo, aludiendo a la dificultad de diferenciar entre unas y otras guerras en razón de las características establecidas. Es el caso de Roland Marchal y Christine Messiant,¹⁶ que reconociendo el trabajo de Kaldor y la agudeza de su análisis con relación a muchas de las dinámicas sociales y políticas de estas guerras lo objetan argumentando que no es posible hacer un corte radical entre unas y otras, dado que las características de ambas no se hallan claramente establecidas y que hacer una oposición entre ellas es caer en una simplificación que no permite describirlas ni explicarlas bien.¹⁷ Su crítica es apoyada en relación con los tres aspectos señalados por Kaldor: el de la ideología o la falta de ella, el del lugar de la población y su apoyo o no a los actores y, finalmente, el de la economía de las guerras actuales. Al respecto dicen:

¹⁴ Probablemente Pécaut tenga razón y sea difícil encontrar una guerra “limpia” o menos violenta. Quizá lo novedoso esté en que esas atrocidades y el carácter que asumen en la conflictividad actual revistan por primera vez un interés que no habían conocido en las anteriores guerras.

¹⁵ Pécaut, “Conflictos armados”. Menciona por ejemplo la socialización de jóvenes con la inserción en un grupo armado, las prácticas depredatorias en otros casos o el uso del terror que podría perder su carácter instrumental y generalizarse en lo que George Mosse ha calificado como la “brutalización de las sociedades”. Pécaut, “Conflictos armados”, 5.

¹⁶ Marchal y Messiant, “Las guerras civiles”.

¹⁷ Marchal y Messiant, “Las guerras civiles”.

No parece posible establecer una diferencia en cuanto a la naturaleza de las ideas universalistas de las antiguas guerras y los ‘marcadores’ de identidad de las nuevas, ni en su base, al nivel de los guerrilleros y de las poblaciones, ni aún totalmente al nivel de las directivas (...). Resulta además peligroso y discutible mirar a estas nuevas guerras como desprovistas de ideología, menguándoles la legitimidad y equiparando los actores a bandas de depredadores puros.¹⁸

Con respecto a la falta de apoyo popular y la barbarie que se les atribuye a estas "nuevas guerras", plantean que este discurso sobre la barbarie es uno de los medios más sencillos de criminalizar a los actores armados, al tiempo que resaltan los niveles de violencia y barbarie que asumieron contiendas anteriores como las dos guerras mundiales o los genocidios del siglo xx. La barbarie en ellos fue, pues, una práctica bien establecida.¹⁹ También es discutible, sostienen, la idea del apoyo popular a las antiguas guerras (muchos Gobiernos obligaron el reclutamiento forzado y fueron represivos con la disidencia). “No nos parece pues –dicen– que la violencia extrema pueda definirse como característica de las nuevas guerras en oposición a las antiguas, a menos que se ignore el empleo del terror como política deliberada antes de la globalización y al término de la guerra fría.”²⁰

Tampoco están seguros de que lo que se denomina depredación y pillaje en las guerras actuales sea un dato inédito, mostrando ejemplos de estas prácticas en muchas guerras anteriores a la mundialización. Al respecto señalan: “Invocar simplemente la trans-nacionalidad, la informalidad y la ilegalidad para calificar como ‘nueva’ a la economía de los conflictos actuales resulta entonces inapropiado.”²¹ Por último y en una argumentación con todo más concluyente que no solo se dirige a Kaldor sino a todos los teóricos de las nuevas guerras, estos autores muestran cómo los casos estudiados para diferenciar las antiguas de las nuevas guerras no son coincidentes entre los autores: cubren realidades demasiado heterogéneas como para poder hacer una comparación rigurosa.

Pese a estas críticas, los autores admiten que con posterioridad a la Guerra Fría y en la era de la globalización aprehender una modificación de los

18 Ibid., 23.

19 Marchal y Messiant, “Las guerras civiles”.

20 Ibid., 25.

21 Ibid., 26.

conflictos, en especial de los conflictos civiles, está claramente a la orden del día, tanto para los analistas como para la comunidad internacional. De hecho, admiten que las guerras civiles han sufrido importantes transformaciones y señalan entonces efectos mucho mayores de la globalización, como el debilitamiento de los Estados, su privatización e informatización e incluso su implicación en la criminalidad política.²²

Con todo, lo que sí parece consensual con respecto a estas guerras es el “lugar” de las poblaciones en ellas. Sin duda frente al proceso de privatización de las guerras las fronteras entre combatientes y no combatientes se diluyen, al tiempo que los cambios en las formas de combatir tienen como centro la agresión sobre la población civil. En efecto, ellas se han convertido en lo que algún analista llamó el “centro de gravedad” de las confrontaciones.²³

Sea cual sea la realidad de esta discusión –que las guerras actuales, “viejas” o “nuevas”, revistan características inéditas o no–, lo cierto es que esta diferenciación ha sido un eje de debate y ha obligado a repensar algunas discusiones clásicas sobre la guerra, al tiempo que obliga a un análisis más juicioso de las conflictividades contemporáneas que recorren el mundo. Todos parecen sin embargo coincidir en un punto, fundamental a nuestro propósito: el debilitamiento de los Estados nacionales como efecto de la globalización. Si las guerras anteriores (al menos desde el siglo xvii hasta el xix) estuvieron ligadas a la creación de los Estados nacionales, y el Estado actuaba en ellas como “organizador” de la guerra,²⁴ las de hoy parecen responder a su debilitamiento o a su franca disolución.²⁵ ¿Cómo no se habría de modificar el carácter de di-

22 Marchal y Messiant, “Las guerras civiles”. Sostienen además, y esto no parece ser un dato irrelevante, la importancia de considerar “los aspectos culturales de la violencia” donde, reseñando el caso de la Resistencia Nacional Mozambiqueña (RENAMO), dicen que “la violencia se ejerce a menudo y sobre todo para controlar el mundo de lo invisible, y sirve en ocasiones para demostrar el dominio de los espíritus y por tanto la invencibilidad de los que la utilizan”. Marchal y Messiant, “Las guerras civiles”, 25.

23 Eric Lair, “Reflexiones acerca del terror en los escenarios de guerra interna”, *Revista de Estudios Sociales*, no. 15 (2003): 88-108.

24 Fazio, “Globalización y guerra”.

25 Incluso si en esta última fase de la globalización, señalada por Fazio, se asistiría a una recuperación o revalorización del Estado, que en todo caso no es el Estado en su acepción tradicional y menos aún el legendario Estado nación. Serían Estados desnacionalizados y transnacionalizados. Cf. Fazio, “Globalización y guerra”.

chas guerras cuando el “lugar” del Estado y por esa vía el de la nación –central para entender y describir las guerras clásicas– ha sido profundamente transformado en las guerras actuales? En correspondencia con esta pregunta, y en el intento por contribuir a la reflexión en este terreno, examinemos la segunda discusión, la de las dimensiones o los nuevos espacios de la guerra hoy: ¿guerras nacionales, globales o locales?

¿Nuevos espacios para la guerra?

“¿Cómo entender la nación en el marco de las relaciones entre lo local y lo global? ¿Qué tipo de relaciones sostienen el vínculo entre nación y cultura cuando esta última abandona cada vez más sus límites territoriales?”.

Ingrid Bolívar

“Colombia nos exige así pensar su relación con el mundo en medio de una doble tormenta, la que desde hace años arrasa su territorio y la que desarticula hoy sus viejas cartografías con las que nos movíamos por el mundo”.

Jesús Martín-Barbero

La segunda discusión, de alguna manera ligada a la primera, se refiere a las dimensiones en las cuales, en este contexto de globalización, se suceden los fenómenos contemporáneos, que en este caso resulta importante para interrogar la guerra.²⁶ Podríamos preguntarnos ¿cómo el trastocamiento de las dimensiones espaciales de los fenómenos sociales y políticos que trae consigo la globalización afecta la guerra misma? Este cambio de dimensiones y relaciones, ¿en qué medida o de qué forma afecta el territorio? ¿Podemos hablar aún hoy de guerras “nacionales” o interestatales? ¿No estamos obligados a repensar el asunto y a acordarle un lugar distinto a esa espacialidad que asumen las

²⁶ Como lo señala Fazio y ya en el marco de una discusión que no podemos abordar aquí, el terrorismo, instaurado después del 11 de septiembre, sería un fenómeno de nuevo cuño que actuaría de forma descentralizada y “sin territorio”. Las redes terroristas hoy le proporcionan a la guerra “una escala no vista hasta ahora”. Fazio, “Globalización y guerra”, 44.

guerras actuales? Responder satisfactoriamente estos interrogantes demandará seguramente mucho más desarrollo teórico y analítico, pero es necesario empezar a pensarlo y re-dimensionar el espacio de la guerra. Para hacerlo, miremos inicialmente algunas discusiones sobre lo nacional y sus transformaciones en la era global, en lo que hace a la conflictividad contemporánea.

Es obvio que lo “nacional” ligado a la dimensión política (asociada a la soberanía de un Estado, su “geografía política”) que caracterizó de alguna manera a las guerras clásicas ha sido modificado por los fenómenos de globalización. En palabras de Martin van Creveld lo nacional era “una noción históricamente situada de la soberanía”,²⁷ es decir, una soberanía a la que hacía alusión la teoría de Clausewitz sobre la guerra. La obsolescencia de esta teoría (de Clausewitz) es clara, dice Pécaut, cuando aceptamos que ella es fruto de un momento histórico de consolidación de los Estados nacionales y de profesionalización de los ejércitos. Un momento histórico donde la “gestión de la guerra frente a otros Estados y [el] monopolio de la violencia en el plano nacional, van a la par en una fase en que la economía, la cultura y la política parecen indisociables”.²⁸ Esa teoría se ha vuelto aún más caduca después de lo que Pécaut denomina del hundimiento reciente del Estado nación.²⁹

La puesta en cuestión de la teoría de Clausewitz se deriva, sobre todo, de la crisis del modelo de Estado moderno conformado en Europa a partir del siglo xvii. Crisis que ya había comenzado desde antes de la globalización actual aunque esta última la ha, por supuesto, acentuado. La globalización actual se caracteriza por una disociación, aún más marcada, entre los Estados y las sociedades. Esto es válido para los países del “primer mundo” pero también, y sobre todo, para otros Estados que no habían tenido éxito en fundar su soberanía y su autoridad. En diversos niveles se produce por todas partes una fragilización o una puesta en cuestión del rol instituyente de lo político, que va a la par de la construcción de un espacio público cosmopolita. La globalización igualmente ha propiciado por todas partes un cambio de las relaciones entre

27 Martin van Creveld citado en Pécaut, “Conflictos armados”, 2.

28 Ibid., 5.

29 Pécaut, “Conflictos armados”.

Estado y sociedad y sobre esta base es que se deben descifrar los conflictos actuales.³⁰

En el mismo sentido se pronuncia Arjun Appadurai, cuando sostiene que las formas de circulación humana características del mundo contemporáneo amenazan el isomorfismo de gente, territorio y soberanía legítima que constituye la carta normativa del Estado nación moderno,³¹ lo que lo lleva más bien a hablar de translocalidades, como categoría emergente, para definir estas nuevas realidades y que en algunos casos están completamente divorciadas de sus contextos nacionales.³² El autor va incluso más lejos al explicar la situación actual de la soberanía territorial –como principio fundamental del Estado moderno– cuando propone entonces asumirla no como un estrecho asunto legal o jurisdiccional sino como un asunto mucho más amplio, de carácter cultural y filiativo.³³ Y es ahí, en la consideración de estos otros aspectos, donde explica cómo en las sociedades contemporáneas el Estado y la nación parecerían tener relaciones diferentes con el territorio.

Dice: “El territorio y la territorialidad son cada vez más la justificación de la legitimidad y el poder del Estado, mientras las ideas de nación parecen estar más impulsadas por otros discursos de lealtad y filiación, en ocasiones lingüísticos, otras raciales, religiosas, *pero muy raramente territoriales*”.³⁴ A medida que se abren fisuras entre el espacio local, el translocal y el nacional, el territorio como base de la lealtad y el afecto nacionalista está cada vez más divorciado del territorio como lugar de la soberanía y el control estatal de la sociedad civil. La jurisdicción y la lealtad están cada vez más separadas: un mal presagio, dice Appadurai, para el futuro del Estado nación en su forma clásica, donde se supone que ambas dimensiones son coincidentes y se sustentan mutuamente.³⁵ Crisis del Estado nación y de su soberanía territorial que el autor explica en el marco más amplio de lo que denomina procesos

30 Pécaut, “Conflictos armados”.

31 Arjun Appadurai, “Soberanía sin territorialidad. Notas para una geografía posnacional”, *Nueva Sociedad*, no. 163 (septiembre-octubre de 1999): 109-24.

32 Appadurai, “Soberanía sin territorialidad”.

33 Appadurai, “Soberanía sin territorialidad”.

34 *Ibid.*, 116 (énfasis en el original).

35 Appadurai, “Soberanía sin territorialidad”.

geográficos posnacionales, que estarían produciendo nuevas cartografías posnacionales que organizan mapas de lealtad y afiliación contruidos en torno a flujos laborales históricos, solidaridades raciales incipientes y cartografías contra-nacionales.³⁶

¿Cómo estos cambios no habrían de afectar las espacialidades de la guerra misma? Lo que, siguiendo estas reflexiones, parece más claro es que la relación actual entre espacio y guerra se plantea más en términos globales o locales que nacionales. La globalización produce –y en esto parece haber consenso entre los investigadores– un debilitamiento de los Estados nacionales, al tiempo que favorece el repliegue sobre pertenencias y afirmaciones identitarias locales.³⁷ La mayoría de los conflictos hoy son de orden local y, por efecto de la globalización, se sitúan en el marco de redes internacionales de armas, en los circuitos de la economía ilegal: mercados “negros” de productos para financiarse (drogas, petróleo, diamantes, etc.), lo que es lo mismo que decir que “los flujos globales producen problemas que se manifiestan en formas locales”.³⁸ En términos de Kaldor:³⁹ aunque la mayoría de estas guerras recientes (llamadas también internas o civiles) son locales, incluyen muchas repercusiones transnacionales, de forma que la distinción entre interno y externo, agresión y represión o incluso local y global es difícil de defender.⁴⁰

Como lo plantea Fazio,⁴¹ si hasta los primeros años de la década del 90 algunos conflictos podían contenerse dentro de las fronteras nacionales y regionales en las que tenían lugar, el 11 de septiembre demostró que algunos

36 Appadurai, “Soberanía sin territorialidad”.

37 Pécaut, “Conflictos armados”.

38 Jesús Martín-Barbero, “Colombia: ausencia de relato y desubicaciones de lo nacional”, en *Imaginario de Nación. Pensar en medio de la tormenta. Cuadernos de Nación*, coord. Jesús Martín Barbero (Bogotá: Ministerio de Cultura, 2002), 26.

39 Kaldor, *Las nuevas guerras*.

40 En este punto es importante su afirmación sobre la globalización, la que describe como “un proceso de intensificación de las interconexiones, un fenómeno contradictorio que implica a la vez integración y fragmentación, homogeneización y diversificación, globalización y localización”. Kaldor, *Las nuevas guerras*, 18. De hecho, señala como una preocupación central en la literatura sobre la globalización la de las repercusiones futuras de la interconexión mundial sobre la soberanía basada en el territorio, es decir, el futuro del Estado moderno. Estas nuevas guerras aparecen en concreto en el contexto de la erosión del monopolio de la violencia. Kaldor, *Las nuevas guerras*.

41 Fazio, “Globalización y guerra”.

conflictos ya no pueden seguirse confinando dentro de las fronteras regionales porque su naturaleza es global. La globalización no puede interpretarse en términos de causa-efecto dados los entrecruzamientos que existen, y más bien –dice Fazio⁴² siguiendo a Laïdi⁴³– debe ser interpretada como *resonancia*, pues tiene en esta su fundamento explicativo. Tal resonancia integra tanto las relaciones directas como las fantasmagóricas, las presentes como las ausentes: en este sentido alude al conjunto de redes, flujos, intersticios y espacialidades de los cuales se nutren y en los que también se realizan los conflictos.

La resonancia es la condición primigenia de la naciente sociedad global. Así, se vuelve más urgente la necesidad de comprender que la región (hablando de Latinoamérica) ha empezado a ser una parte constitutiva de la sociedad global y que debe mirar hacia el futuro, renunciando a muchas de las viejas y estrechas herencias. La resonancia significa también y, finalmente, que no podemos establecer a ciencia cierta las causas de los conflictos, y de estas no podemos inferir sus consecuencias, así como de los resultados tampoco podemos extraer las motivaciones que dieron lugar a esas guerras. En condiciones de intensa globalización no pueden existir explicaciones definitivas o en última instancia.⁴⁴

Sin embargo, teniendo en cuenta el debate contemporáneo sobre el manejo de las escalas espaciales en la geografía humana y las ciencias sociales,⁴⁵ las cosas no parecen tan simples. Más que ver las escalas como una plataforma autoevidente o dada de los procesos geográficos (caso frecuente en las ciencias sociales), se trata de introducir “(...) conceptualizaciones más dinámicas en orden a investigar el controvertido y cambiante rol de la escala como contenedor, escenario, andamiaje y jerarquía de las prácticas socio-espaciales”.⁴⁶ Se trata de abordar las “configuraciones escalares” como “el resultado de procesos socio-espaciales que regulan y ordenan relaciones sociales de poder (...)

42 Fazio, “Globalización y guerra”.

43 Zaki Laïdi, “La mondialisation comme phénoménologie du monde”, *Projet*, no. 262 (2000): 41-48.

44 Fazio, “Globalización y guerra”.

45 Cf. Piazzini, “Los estudios socioespaciales”.

46 Neil Brenner, “The Limits to Scale? Methodological Reflections on Scalar Structuration”, *Progress in Human Geography*, Vol. 25, no. 4 (2001): 592.

escenarios en torno de los cuales las coreografías de poder socio-espacial son ejercidas y representadas”.⁴⁷

De tal modo que el abordaje tradicional de las escalas en función de principios de medida y de nivel debe ser trascendido hacia un análisis en términos relacionales. Así por ejemplo, deben considerarse procesos de “re-escalamiento” mediante los cuales configuraciones escalares fuertemente arraigadas (como las espacializaciones de los Estados nación) son trastocadas y re-efectuadas a través de intensas luchas sociopolíticas,⁴⁸ así como procesos de “salto escalar” que buscan obviar, suprimir o suplantar determinados sistemas de jerarquización territorial para defender y promocionar diferentes proyectos sociopolíticos.

Acordándole cierta pertinencia a estas nuevas teorías sobre las escalas espaciales –y con todo y lo precario que aún nos resulta su tratamiento– es probable entonces que “(...) más que un debilitamiento de los territorios y los lugares, de lo que se trata en la época contemporánea es de una recomposición de las estructuras jerárquicas conforme a las cuales son definidas las relaciones y tensiones entre diferentes espacios de poder”.⁴⁹

Si bien hay acuerdo sobre el debilitamiento del Estado nación a la par que un fortalecimiento de espacios locales y globales, estos últimos no resultan tan aprehensibles en tanto sus determinaciones no son estrictamente territoriales, es decir, la transformación que se opera no es simplemente una cuestión de escalas, sino más bien de formas nuevas, inéditas de la espacialidad, determinadas por flujos, redes, tránsitos, movilizaciones, desplazamientos; lo que en términos generales algunos autores han llamado procesos de desterritorialización o emergencia de nuevos espacios políticos que no se inscriben dentro de los límites territoriales del Estado nación y que suponen, más que territorios en el sentido político clásico, nuevas dimensiones espaciales del poder.⁵⁰

47 Erik Swyngedouw, “Scaled Geographies: Nature, Place, and the Politics of Scale”, in *Scale and Geographic Inquiry: Nature, Society, and Method*, eds. Eric Sheppard and Robert B. McMaster (Oxford: Blackwell, 2004), 132 citado en Piazzini, “Los estudios socioespaciales”, 159.

48 Brenner, “The Limits to Scale?”.

49 Piazzini, “Los estudios socioespaciales”, 159.

50 En este sentido se inscribe el planteamiento de Michel Wieviorka sobre la utilidad del concepto de *desterritorialización* y de pensar globalmente –no de manera local– las violencias islamistas (como en Argelia, Pakistán y otros países) para notar la existencia de redes y de modos de

También la guerra hoy se inscribe en el marco de esos flujos y redes, tanto a nivel de las manifestaciones concretas en su desarrollo, como en las instancias de intervención sobre los conflictos: lo político, lo militar y lo humanitario trascienden una vez más las “soberanías territoriales”. Intervención política y militar y ayuda humanitaria transnacionales están a la orden del día. Organismos internacionales y transnacionales actúan sobre diferentes territorios y ejercen lo que alguna autora llamó “soberanías móviles” que se desplazan por el mundo legitimando la imposición de sus reglas y su temporalidad; las mismas que detentan un control estratégico sobre sociedades civiles y autoridades locales, y constituyen una red caracterizada por estrategias de re-territorialización innovadoras.⁵¹ De ahí la urgencia de re-elaborar lo que Anderson llamó la “comunidad imaginada”, que no se corresponde ya con los criterios tradicionales de la territorialidad de los sistemas políticos pensados en el marco del Estado nación y hablan más bien de un desplazamiento (descentramiento) del lugar de lo político.⁵²

Concluamos este apartado con otra pregunta: ¿en el marco de estas discusiones sobre el Estado nación (y por supuesto, el territorio que le está ligado) y sobre las fronteras entre unos u otros espacios podemos seguir hablando de guerras nacionales, globales o locales, o estamos más bien obligados a identificar y, más precisamente, a redefinir cuáles son –según las relaciones de poder que las determinan– *los nuevos espacios* de las guerras y las nuevas herramientas analíticas para aprehenderlas?

Más allá de lo novedoso o no del carácter de las guerras contemporáneas, más allá incluso de las dimensiones y relaciones inter y transescalares de los fenómenos actuales, lo que parece más visible en estas discusiones, y que nos resulta muy importante aquí, es la necesidad de construir nuevas categorías

.....

comunicación. Pero al mismo tiempo el hecho de que esas violencias no estén unificadas dentro de un proyecto mundial sino que la mayor parte del tiempo ponen en juego significaciones de orden local o regional donde ellas se desarrollan. Michel Wieviorka, “Le nouveau paradigme de la violence”, *Cultures & Conflicts*, nos. 29-30 (1998): 7-57.

51 Mariella Pandolfi, “‘Moral entrepreneurs’, souverainetés mouvantes et barbelés. La biopolitique dans les balkans postcommunistes”, *Anthropologie et Sociétés*, Vol. 26 no. 1 (2002): 29-51.

52 Marc Abélès y Mariella Pandolfi, “Politiques jeux d’espaces”, *Anthropologie et Sociétés*, Vol. 26, no. 1 (2002): 5-9.

analíticas para pensar los problemas del espacio y el territorio a los que se enfrentan las sociedades contemporáneas, y poder así aprehender procesos como el de las guerras actuales. En términos de Michel Wieviorka,⁵³ se trataría de agregarle a los paradigmas clásicos del análisis de las guerras la marca del sujeto construyendo un nuevo paradigma para pensar la violencia.

Sin duda esta búsqueda exige reconocer el protagonismo de las poblaciones civiles en las guerras actuales y el hecho de que estén siendo victimizadas de diferentes maneras por múltiples poderes. Son estas poblaciones las que padecen a nivel local (en su entorno más inmediato) las expresiones globales de las guerras. Los métodos de violencia utilizados contra ellas son, si no inéditos, bastante más visibles en la actualidad, así como las redes que las sostienen y la intervención política que conocen y padecen. ¿Cómo explicar la conflictividad contemporánea sin una alusión directa a la problemática de estas poblaciones si aceptamos que, de alguna manera, ellas son el “centro de gravedad” de las confrontaciones? El tercer y último punto para tratar en este artículo quiere entonces adentrarse en esta problemática.

¿Nuevas espacialidades?

“La violencia y el terror conocen hoy procesos de des-territorialización. Varias de las experiencias de violencia [de las guerras actuales] no registran un fuerte anclaje territorial. No obstante la escasa territorialización o su ausencia no debe llevar a pensar que la violencia está exenta de aspectos socio-espaciales”.

Eric Lair

La tercera discusión es más reciente y bastante más compleja en tanto involucra posibilidades teóricas y metodológicas que son todo un desafío a nuestros modelos de pensamiento sobre el espacio. De hecho, “el contexto teórico de emergencia de las investigaciones y elaboraciones expresamente dirigidas a explorar la naturaleza de las relaciones entre lo social y lo espacial, es el de una

53 Wieviorka, “Le nouveau paradigme”.

transformación en el esquema de procedencia epistemológica entre tiempo, espacio y ser como categorías fundamentales de la existencia humana”.⁵⁴

Al debilitamiento de los Estados nacionales, a ese cambio en las “geografías del mundo” con el consecuente cuestionamiento sobre las dimensiones “escalares” de los fenómenos sociales (*v. gr.* la guerra hoy), y queriendo nombrar realidades que parecen no tener cabida en los conceptos tradicionales del territorio, ha venido a sumarse en la discusión sobre las guerras el término de *desterritorialización*. Término, que no concepto, en tanto resulta difícil (conceptualmente) decir de qué estamos hablando. Por momentos parecería ser solamente la negación de la territorialización. Si asumimos las territorialidades como “(...) formas y grados de apropiación, dominio y control del espacio, sea éste vivido, percibido o concebido”,⁵⁵ ¿qué significa entonces la *desterritorialización*?

Quizá haya que ser más osados y no agotar la fuerza del lenguaje en lo que se produce por des semejanza. *Si es la naturaleza misma de lo espacial la que se transforma y a su vez transforma lo social*,⁵⁶ deberíamos ser capaces de proponer un nuevo lenguaje y no agotar el análisis en categorías que si bien pretenden diferenciarse de otras terminan “entrampadas” en el lenguaje que las nombra: el binomio territorialización/*desterritorialización* solo niega la primera pero no la problematiza y, en esa medida, no se construye a sí misma como categoría. Quizá el esfuerzo teórico frente a esas nuevas realidades “*desterritorializadas*” (de la guerra en este caso) sea el de construir nuevas categorías y nuevos lenguajes. Si la categoría de territorialización resulta precaria y en todo caso insuficiente para nombrar la relación que se establece con el espacio hoy, deberíamos hacer el esfuerzo por nombrar de una nueva manera –no necesariamente por des semejanza– lo que se revela diferente, no solo en sus evidencias físicas, sino también inmateriales.

En esta perspectiva, hasta donde conozco solo algunos autores –que retomaré más adelante– empiezan a interrogar en el análisis de las guerras el

54 Piazzini, “Los estudios socioespaciales”, 151.

55 *Ibid.*, 157.

56 Cf. Piazzini, “Los estudios socioespaciales”.

manejo tradicional que se ha hecho de sus dimensiones espaciales. Y, al decir manejo tradicional, me refiero al tratamiento de la mayoría de los autores, que como hemos visto solo remiten a este espacio para hacer alusión a la dimensión geofísica en donde los fenómenos producen “un espacio material de naturaleza geométrica, entendido como extensión (...) como una superficie objetiva en la que se sitúan y ubican tanto los fenómenos físicos como los sociales o políticos; un espacio vacío, un espacio continente o contenedor”.⁵⁷ O incluso emplean concepciones que si bien teóricamente han avanzado en el tema del territorio y lo asumen dentro de una concepción más antropológica como espacio vivido y significado (lo que se ha nombrado como territorialidad), a la hora del análisis no logran trascender ese carácter de espacio físico, lo que se expresa en el análisis de la guerra al asumir el territorio como “portador de enormes recursos económicos, o un territorio topográficamente apto para la guerra o en su condición de ser una zona propicia al establecimiento de ‘corredores estratégicos’ para la guerra”.⁵⁸ Si aceptamos además que “(...) lo que se territorializa no es sólo el espacio físico o geográfico en sentido tradicional, sino también los objetos, los cuerpos, las técnicas, las mercancías, las redes de intercambio económico e información”,⁵⁹ o en otras palabras, si la territorialidad es una forma de la espacialidad pero no la agota, ¿cómo es posible aprehender esas “otras espacialidades”?

En la discusión de los politólogos sobre las guerras, pese a algunas excepciones, estas miradas parecen no tener cabida.⁶⁰ Su concepción del espacio parece responder a esas concepciones tradicionales que lo asumen como una “exterioridad al ser” y lo remiten entonces al espacio “físico y objetivo” sobre el cual se desarrollan las acciones humanas, en este caso un espacio, al que se le

57 José Ortega, *Los horizontes de la geografía. Teoría de la geografía* (Barcelona: Ariel Editorial S. A., 2000), 342 citado en Piazzini, “Los estudios socioespaciales”, 153.

58 Ello fue particularmente claro en una investigación recientemente terminada sobre el tratamiento dado por la academia colombiana a la dimensión socioespacial de la guerra. Elsa Blair, “Conflicto y territorio: visos de un caleidoscopio”, *RegiónES*, no. 2 (2004): 115-35.

59 Piazzini, “Los estudios socioespaciales”, 158.

60 No solamente los politólogos. Ello parece ser la consecuencia del tratamiento dado a lo espacial en el pensamiento occidental. “Si el espacio y las espacialidades han ocupado un lugar periférico frente a la hegemonía del tiempo, las materialidades [los objetos, los cuerpos] han sido periféricas incluso en los discursos sobre el espacio”. Piazzini, “Los estudios socioespaciales”, 160.

atribuye una “escala” (local, nacional, global, etc.), sobre el cual se desarrollan las guerras. De ahí el desafío para pensar un fenómeno como la guerra desde la perspectiva de una nueva espacialidad que –pasando por sus dimensiones territoriales– no se agote en ellas e incluya esas otras formas de la espacialidad.

En esta dirección resultan muy fecundas reflexiones que podrían corresponder con un pensamiento de las “formas de la exterioridad”, que parta de considerar que

Nuestro existir es siempre un “estar en” y ese “estar en” es estar en el espacio, en algún espacio. Y las diferentes maneras de existir son para empezar diferentes maneras de estar en el espacio. El hecho de que nuestra existencia sea forzosamente espacial tiene, sin duda, que ver con el hecho de que somos cuerpo(s), de que ocupamos lugar. Pero ocupar lugar es sólo posible porque hay un lugar que ocupar, *nuestro cuerpo mismo es espacio, espacialidad de la que no podemos liberarnos* (la pregunta por el cuerpo no encierra menos misterio, ni menor urgencia que la pregunta por el espacio).⁶¹

Así por ejemplo, Bruno Latour ha planteado que “Tener un cuerpo es aprender a ser afectado, esto es, efectuado, movido, puesto en movimiento por otras entidades humanas o no humanas (...) el cuerpo no es entonces una residencia provisional de algo superior –un alma inmortal, lo universal o el pensamiento– sino lo que permite una trayectoria dinámica en la cual aprendemos a registrar y a volvernos sensitivos acerca de lo que el mundo está hecho”.⁶²

Igualmente, Milton Santos retoma el asunto de la “corporeidad” señalando que esta categoría está ganando terreno en las ciencias del hombre en esta fase de la globalización, y como tal es retomada incluso por la geografía al aludir al problema de las escalas que irían “desde el cuerpo hasta el propio mundo como un todo”. Así mismo, “es siempre por su corporeidad por la cual el hombre participa en el proceso de la acción”.⁶³

61 Pardo, *Las formas de la exterioridad*, 16 (énfasis añadido).

62 Bruno Latour, “How to Talk About the Body? The Normative Dimension of Science Studies”, *Body & Society*, Vol. 10, nos. 2-3 (2004): 225 citado en Piazzini, “Los estudios socioespaciales”, 161.

63 Milton Santos, *La naturaleza del espacio. Técnica y tiempo. Razón y emoción* (Barcelona: Ariel, 2000), 69.

Y si bien es cierto que para el discurso antropológico lo corporal como parte de la territorialidad corporal⁶⁴ es una ganancia teórica relativamente madura, no sucede lo mismo con la discusión sociológica y sobre todo política.

Pensando el caso colombiano, dos autores especialistas en el conflicto armado, Eric Lair⁶⁵ y Daniel Pécaut,⁶⁶ parecen responder al desafío al hablar de dinámicas de la guerra *desmaterializadas o desterritorializadas* y al incluir en el análisis otras espacialidades. De un lado, al introducir el cuerpo –y no precisamente como metáfora– como “territorio enemigo”, esto es, el cuerpo que también es espacio. Y de otro lado, al introducir la *subjetividad* como parte constitutiva del espacio, y por ende, de nuestra relación con él.⁶⁷

Ante la necesidad de construir nuevas categorías analíticas para aprehender fenómenos sociales que parecen desbordar las herramientas existentes, ¿los analistas no estamos obligados a “escuchar esas voces” que desde otros lugares se pronuncian sobre el espacio? ¿Por qué no romper los paradigmas explicativos asociados a la territorialidad (de la guerra), para hacer una búsqueda que se insinúa más fecunda, incluso si ella supone desafiar nuestros esquemas de pensamiento?

El cuerpo y la subjetividad: ¿nuevas espacialidades?

Es obvio que lo que está generando la discusión sobre los procesos de desterritorialización de la guerra, lo que en términos generales podríamos llamar con Pécaut⁶⁸ su *inmaterialidad*, son las características que han venido asumiendo las guerras contemporáneas y para las cuales, como lo hemos visto, las categorías analíticas desplegadas tradicionalmente están resultando insuficientes. En esa dirección quiero señalar algunos aspectos de esta *desterritorialización de la*

64 José Luis García, *Antropología del territorio* (Madrid: Ediciones Josefina Betancur, 1976).

65 Lair, “Reflexiones acerca del terror”.

66 Daniel Pécaut, *Guerra contra la sociedad* (Bogotá: Espasa, 2001).

67 Sin duda las sociedades contemporáneas están produciendo otras espacialidades, no solo los cuerpos y las subjetividades, aunque por lo pronto estas sean las únicas que abordaremos aquí. Una de ellas es la espacialidad “virtual” que se ha construido en torno a los sistemas de información y comunicación en red que ha alterado profundamente la relación con el territorio y generado discusiones en torno a la desterritorialización que esta dinámica produce. Sin duda ella tiene también incidencia en un asunto como la guerra y en general en la conflictividad contemporánea.

68 Pécaut, *Guerra contra la sociedad*.

guerra en el análisis de algunos investigadores, y tratar de perfilar lo que con base en esas reflexiones he preferido nombrar como una *nueva espacialidad*.

Eric Lair y Daniel Pécaut tienen como punto de reflexión el asunto del terror como táctica de guerra y, por esta vía, introducen los asuntos de la *subjetividad* y de la *corporeidad*. Dos aspectos que, atendiendo a las reflexiones de Milton Santos⁶⁹ y David Le Breton,⁷⁰ son distintivos de modernidad. El primero, a través de los procesos de desterritorialización de la guerra, pero desarrollando su reflexión a la par de la dimensión de la corporalidad y su relación con el espacio, lo que lo lleva a hablar de un “reparto espacial de los cuerpos”.⁷¹ El segundo, a través de lo que llama los procesos de *desterritorialización*, *destemporalización* y *desubjetivación* que está produciendo la guerra.⁷²

Asumiendo que por su configuración, sus atributos y sus funciones los espacios geográficos pueden servir como las estrategias de conquista socioespacial más territorializadas, inscritas dentro de lógicas económicas, militares y políticas, o aun de referentes históricos y comunitarios glorificados y mitificados (espacios con una profunda carga emotiva), y admitiendo también que la guerra se *territorializa* gracias a unos dispositivos armados de circunvalación (retenes móviles o estáticos, cordones de seguridad, etc.), Lair llega a plantear el proceso de desterritorialización y el “débil anclaje territorial”⁷³ de diversas formas de la guerra actualmente. Al respecto, señala cómo “ciertas prácticas violentas buscan la desestructuración total o parcial del espacio sin que se denoten necesariamente una voluntad y una capacidad para ocuparlo, controlarlo y defenderlo con estabilidad”.⁷⁴ Por ejemplo, los bombardeos y los atentados a menudo perpetrados con explosivos tienden a tener un asentamiento territorial particularmente débil, aunque sus autores puedan sentirse los depositarios de una causa ideológica y representar los ideales políticos y

69 Santos, *La naturaleza del espacio*.

70 David Le Breton, *Antropología del cuerpo y modernidad* (Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión, 2002).

71 Lair, “Reflexiones acerca del terror”, 100.

72 Pécaut, *Guerra contra la sociedad*.

73 Lair, “Reflexiones acerca del terror”, 96.

74 *Ibid.*, 103.

comunitarios con un evidente sustrato socioespacial.⁷⁵ Incluso si su utilización –que efectivamente no supone un control territorial– se da por parte de aquellos grupos armados que no tienen recursos suficientes para enfrentar de forma directa al enemigo, o por economía de fuerzas para evitar pérdidas en combate.⁷⁶

Sin duda, los actores armados *ordenan y controlan* un territorio no solo cuando impiden la libre movilidad geográfica de las poblaciones o cuando provocan la movilidad, como en el caso del desplazamiento forzado, sino también cuando en una estrategia de lucha como el terror producen un “reparto espacial de los cuerpos”⁷⁷ y con este ordenamiento están muchas veces redefiniendo los rumbos de la guerra. Esta desterritorialización de la guerra parece, pues, encontrar en los cuerpos una nueva “territorialidad”.

Estudiando el caso palestino-israelí, Lair muestra cómo en los atentados suicidas los cuerpos de los ejecutantes y de las víctimas son la encarnación de la *des(materialización) y de la conversión de los campos de batalla en una guerra volátil*. Dice el autor: “Producir muertes y terror con la diseminación de cuerpos desmembrados no es la continuación de una guerra interna con una fuerte base territorial”.⁷⁸ También que “la exposición de cuerpos en los lugares públicos puede ser una estrategia que consiste en exhibir las víctimas a la sociedad como demostración de fuerza para intimidar”.⁷⁹ Son mensajes donde el reparto espacial de los cuerpos cumple una clara labor de información de la violencia. Con ello se acentúan las funciones de teatralización y comunicación en la violencia y su carga simbólica y comunicativa. Cuando el terror se enlaza con planes de parálisis del tejido social o de dominación, reviste intencionalidad, es decir, dimensiones estratégicas y se convierte en una estrategia de guerra. Asaltar los pueblos no es únicamente una estrategia de guerra para

75 Ilustrada con los casos de Irlanda del Norte, Sri Lanka, Israel, Palestina, etc. Lair, “Reflexiones acerca del terror”.

76 Lair, “Reflexiones acerca del terror”.

77 Ibid., 100.

78 Ibid., 104.

79 Ibid., 100.

debilitar al adversario y acumular fuerzas difundiendo terror, sino también una señal enviada al entorno.⁸⁰

Lo que se produce es, pues, una propensión a la *desterritorialización* de la guerra con procesos de valoración destructiva de los espacios de vida. Estos últimos son escogidos y “cotizados” para ser los lugares de concentración de la violencia armada con el mayor impacto posible sobre el tejido social. Es por esto por lo que los teatros y el tiempo de la violencia no son fortuitos. Sus actores eligen momentos y espacios de gran afluencia humana.⁸¹

Recordemos cómo las poblaciones, en razón de su valor estratégico, se han vuelto –en palabras de este autor– los principales “centros de gravedad” de las confrontaciones y los blancos de las mediaciones violentas entre actores armados. Pero ellos son el objeto no solo de prácticas de control territorial en el sentido tradicional, sino de prácticas de control sobre los cuerpos. Las agresiones contra los cuerpos son a menudo la huella de estrategias de posesión y de demostración de fuerza. Se trata de destruir dejando huellas y emitiendo mensajes. Las prácticas de tortura, por ejemplo, le quitan a la víctima su identidad y se la niegan con la brutalidad y el terror procedentes de la degradación psicológica y física del cuerpo. Así “los métodos de tortura pueden ser asimilados a procesos de sujeción y deconstrucción del otro obedeciendo a esquemas de control socioespacial que pasan a veces por una política de destrucción y eliminación masiva”,⁸² caso que ilustra con los sucesos de Camboya y Ruanda.

Por su parte, Pécaut,⁸³ partiendo de considerar que son efectivamente las prácticas y las interacciones concretas de los actores las que definen la naturaleza del conflicto, y no los “objetivos” que exhiben sus protagonistas, quiere interrogar estas prácticas, estas “redes de fuerza”, para pensar el caso colom-

80 Hablando del caso ruandés señala cómo las víctimas tutsis vivieron durante semanas en un profundo estado de terror que fue resultante de la magnitud de la violencia y del “espectáculo” ofrecido por los cuerpos descuartizados y abandonados sin sepultura. Lair, “Reflexiones acerca del terror”.

81 Para ilustrar estos procesos de *desterritorialización* de la guerra, el autor propone mirar los atentados del 11 de septiembre de 2001 en Nueva York y Washington, en términos de la relación simétrica entre un Estado poderoso y unos “nómadas” de la violencia, o los atentados suicidas que se presentan con fuerza en el conflicto palestino-israelí. Lair, “Reflexiones acerca del terror”.

82 *Ibid.*, 100.

83 Pécaut, *Guerra contra la sociedad*.

biano. Estas guerras modernas (recientes) –y en eso respalda a Kaldor y a Martin van Creveld– se desarrollan por intermedio de la población civil, con el cortejo de las atrocidades que eso implica. Es en ese contexto, interrogando los efectos de la guerra sobre las poblaciones, donde introduce su apreciación sobre las subjetividades arrasadas por la guerra: *desterritorialización, destemporalización y desujetización*.

En el análisis de Pécaut lo más interesante para nuestra perspectiva es la reflexión que hace al profundizar en las situaciones de terror, producidas por la acción de los actores armados en diferentes territorios, entre las cuales destaca que las lógicas clásicas de territorialización se van debilitando o se vuelven porosas. Así mismo destaca la *construcción de nuevas referencias subjetivas* en las cuales las redes armadas engendrarían formas de identificación coactivas o voluntarias. Piensa el autor que “el terror, induce de manera progresiva efectos de *fragilización de los territorios, hace estallar los referentes temporales y pone en peligro la posibilidad de los sujetos para afirmarse en medio de referentes contradictorios*”.⁸⁴ Plantea que si bien los referentes sociales del espacio no son abolidos por completo, sí están trastocados por los fenómenos de violencia y por el terror y están produciendo *nuevos espacios que resultan de las coacciones impuestas por los actores de la violencia*.⁸⁵ Dice finalmente Pécaut:

Se puede hablar de cierta homogeneización del espacio puesto que todos sus puntos se encuentran orientados hacia los actores armados. Pero sobre todo, este espacio se desmaterializa; cada uno de sus puntos es definido por su posición real o virtual en las redes a través de las cuales se ejercen las presiones. Se vuelven así un no-lugar⁸⁶ (...) para hacer referencia a esos espacios que, privados de toda característica material, resultan de las interacciones entre redes de fuerza.⁸⁷

84 Ibid., 232 (énfasis añadido).

85 Ibid.

86 La categoría es tomada de Augé; sin embargo, Pécaut hace la precisión de que él la toma por su cuenta para definir esos espacios a los que está aludiendo en su análisis. Pécaut, *Guerra contra la sociedad*.

87 Ibid., 239.

Entre la desconfianza, la incertidumbre, el miedo, la amenaza potencial pero permanente de alguna incursión o acción violenta y, finalmente, el desalojo en los casos en los que se produce desplazamiento, no queda mucho espacio para afirmarse; sobre todo si tenemos en cuenta que “la referencia a la trayectoria se vuelve la única manera de afirmar la identidad del sujeto”.⁸⁸ Una trayectoria que no es posible construir en medio del recurso a las *estrategias individuales* que parecen ser lo único que les queda a las poblaciones en este ambiente hostil y sembrado de desconfianza.

Sin duda, las poblaciones –aunque esto no sea muy evidente para la ciencia política– son sujetos sociales, portadores de un cuerpo (o de una corporalidad) que además es el centro constitutivo del sujeto,⁸⁹ el cual sistemáticamente constituye el espacio de una agresión violenta. Y son portadoras también de una dimensión afectiva (no solo racional) con la que habitan y significan sus espacios cotidianos, fundamentalmente desde el cuerpo. Es preciso, pues, introducir su corporalidad y su subjetividad (sentimientos incluidos) en el análisis que de ellas se hace en el contexto de la guerra. Sobre todo si tenemos en cuenta que esta nueva espacialidad cobra fuerza en la guerra actual en Colombia, donde la situación es, en términos de Pécaut, una conflictividad susceptible de volver ininteligibles los eventos. Tanto los límites del relato personal, como su separación de un relato colectivo dificultan la consolidación de la identidad personal.⁹⁰ Es, en suma, algo así como una imposibilidad generalizada de “armar historias colectivas”, lo que no es más que un proceso simultáneo de *desterritorialización*, *destemporalización* y *desubjetivación*.

Retomando la idea de Pécaut para el caso colombiano acerca de una ausencia de relato nacional, esto es, “un país atrapado entre el *blablabla* de los políticos y el silencio de los guerreros”, Jesús Martín-Barbero refuerza su idea de que esas son las dos trampas que moviliza la guerra: el *blablablá* de unos y el silencio de los otros, con lo cual se corta toda posibilidad de relato. El relato

88 Ibid., 251.

89 Wolfgang Sofsky, *Traité de la violence* (Paris: Gallimard, 1996).

90 Pécaut, *Guerra contra la sociedad*.

de una realidad, dice Martín-Barbero, donde “lo único parecido a una palabra son las marcas de la crueldad sobre los propios cuerpos de las víctimas”.⁹¹

Con base en estas nuevas aproximaciones creemos entonces que es preciso replantear el problema de la espacialidad de la guerra; no ya determinada solamente por los territorios mismos y sus recursos (materiales y humanos), y que tampoco se agota en lo que llamamos territorialidad (formas de apropiación y significación del territorio), sino que pone en juego “nuevas espacialidades” –incluidas las corporales– en la dinámica de la guerra.

En este sentido, y fortaleciendo de alguna manera las aproximaciones en torno al cuerpo y la subjetividad, vale la pena introducir –aun cuando aquí no es posible desarrollarla ampliamente– la reflexión que se viene haciendo a propósito de la categoría de lo *biopolítico*.⁹² Introducida por Michel Foucault⁹³ y retomada por Giorgio Agamben⁹⁴ esta categoría designaría una forma del poder que ejerce dominio sobre todos los procesos que afectan la vida desde el nacimiento hasta la muerte, siendo el dominio sobre los cuerpos una forma de ejercer el poder.⁹⁵ Lo biopolítico designaría una inversión del ejercicio del poder: la reducción de las trayectorias individuales, los individuos, hombres o mujeres, en cuerpos: cuerpos indistintos, cuerpos desplazados, cuerpos localizados.⁹⁶ Lo biopolítico es retomado nuevamente por otros autores a quienes les resulta útil para pensar los desbordamientos y transformaciones a los que *están sometidos los territorios y aquellos que los pueblan*, como efecto de la movilidad y los desplazamientos voluntarios u obligados de las poblaciones en

91 Martín-Barbero, “Colombia: ausencia de relato”, 19.

92 La reflexión es, por ahora, fundamentalmente europea, dado que la conflictividad reciente está bastante más próxima, cuando no realmente cerca en el caso de los Balcanes y cuando la comunidad europea ha sido entonces gestora de estas nuevas redes y flujos que van de lo político a lo humanitario en ese espacio transnacional.

93 Michel Foucault, “La gouvernementalité”, *Actes*, no. 54 (1986): 10-19.

94 Giorgio Agamben, *Moyens sans fins. Notes sur la politique* (Paris: Rivages, 1995); Giorgio Agamben, *Ce qui reste d'Auschwitz* (Paris: Rivages, 1999).

95 También para Pécaut esta categoría resulta pertinente en los casos de violencia abierta, cuando el individuo se encuentra despojado de su calidad de ciudadano o incluso de su condición de sujeto capaz de ejercer una autonomía. Pécaut, “Conflictos armados”.

96 Pandolfi, “Moral entrepreneurs”.

un espacio transnacional.⁹⁷ En el contexto de su trabajo sobre los refugiados, Agamben⁹⁸ intenta mostrar la tendencia hacia una forma de comunidad sin territorio y sin frontera. Sostiene que esa condición de refugiado, que ya no es un asunto menor sino un fenómeno de grandes masas de población, rompe el tríptico Estado-nación-territorio heredado de la edad clásica y pone en juego otra definición de la relación sujeto-soberanía. Una nueva forma de poder que se impondría en el contexto de la intervención militar-humanitaria como una nueva forma de soberanía: dejar vivir o hacer morir. Si el derecho clásico pensaba en términos de individuos y sociedad, la biopolítica razona en términos de población, conceptualizándola como problema biológico y político.⁹⁹

De ahí pues el reto de construir nuevas categorías que sean capaces de aprehender la realidad desde un marco de sentido que ya no es posible construir con los referentes clásicos de la política y de lo político. Un relato, pues, capaz de delinear un horizonte común, una “comunidad imaginada” donde el espacio no sea solo una exterioridad de lo social o el soporte de la acción humana, sino parte constitutiva de esta.

Palabras finales

Sin duda modificar nuestra concepción sobre lo socioespacial no resulta para nada fácil y es un reto –y, probablemente, un relato– que exigirá mucho trabajo en esa dirección. Acostumbrados a pensar el espacio como un “contenedor físico sobre el cual *se derraman* las actuaciones sociales”,¹⁰⁰ resulta difícil abordarlo de otra manera.

Si bien con los desarrollos logrados hasta ahora sobre el territorio hay acuerdos en que ya no es posible referirlo exclusivamente a condiciones geofísicas, y de la mano de la antropología aludimos a él como *espacio vivido y significado*,¹⁰¹ el desplazamiento teórico del concepto y su formulación hacia

97 Marie Cuillerai y Marc Abélès, “Mondialisation: du geo-culturel au bio-politique”, *Anthropologie et Sociétés*, Vol. 26, no. 1 (2002): 11-28.

98 Agamben, *Ce qui reste d'Auschwitz* citado en Pandolfi, “‘Moral entrepreneurs’”.

99 Pandolfi, “‘Moral entrepreneurs’”.

100 Piazzini, “Los estudios socioespaciales”, 155 (énfasis añadido).

101 Guy Di Méo, *Géographie sociale et territoires* (Paris: Éditions Nathan, 1998).

“nuevas espacialidades” –en las cuales se incluyan materialidades como el cuerpo o aspectos más inmateriales como las subjetividades–, a la hora de pensar lo socioespacial, es un camino oscuro que apenas se abre. No obstante, las formas de la guerra hoy, los “nuevos espacios” donde ellas se desarrollan y las perspectivas que se abren sobre la naturaleza del espacio exigen entender que las formas de uso, control y dominio sobre el espacio están muy lejos de ser lo que hemos entendido tradicionalmente por dimensión territorial, y más lejos aún de lo que hemos llamado (en una búsqueda de orden) –y sigo aquí a Zygmunt Bauman¹⁰²– lo territorial-nacional. De ahí el desafío en términos teóricos y analíticos que se impone para dar cuenta de las dimensiones socioespaciales de la guerra, o mejor aún, de lo que en estas reflexiones he llamado *sus nuevas espacialidades*.

Es importante –ya para terminar– insistir en la pertinencia de los planteamientos de los autores que vienen proponiendo “una mirada renovada al espacio” *para entrever que otras y nuevas espacialidades –con sus correspondientes cartografías– son posibles y necesarias*. Si abrimos nuestro horizonte a estas nuevas miradas, podremos entonces desafiar nuestros modelos de conocimiento y empezar a pensar que los cuerpos y las subjetividades constituyen un tipo de espacialidad que debe ser tomado en serio cuando se aborda el estudio de las guerras contemporáneas y sus nuevas espacialidades. Esa es la dimensión del reto al que las ciencias sociales están abocadas en este terreno: darle palabras a una espacialidad que solo espera ir al encuentro de un nuevo lenguaje que pueda nombrarla.

Bibliografía

- Abélès, Marc y Mariella Pandolfi. “Politiques jeux d’espaces”. *Anthropologie et Sociétés*, Vol. 26, no. 1 (2002): 5-9.
- Agamben, Giorgio. *Moyens sans fins. Notes sur la politique*. Paris: Rivages, 1995.
- _____. *Ce qui reste d’Auschwitz*. Paris: Rivages, 1999.
- Appadurai, Arjun. “Soberanía sin territorialidad. Notas para una geografía posnacional”. *Nueva Sociedad*, no. 163 (septiembre-octubre de 1999): 109-24.

¹⁰² Zygmunt Bauman, “Modernidad y ambivalencia”, en *Miradas anglosajonas al debate sobre la Nación. Cuadernos de Nación*, coord. Erna von der Walde (Bogotá: Ministerio de Cultura, 2002), 13-37.

- Bauman, Zygmunt. "Modernidad y ambivalencia". En *Miradas anglosajonas al debate sobre la Nación. Cuadernos de Nación*. Coordinado por Erna von der Walde, 13-37. Bogotá: Ministerio de Cultura, 2002.
- Blair, Elsa. "Conflicto y territorio: visos de un caleidoscopio". *RegionES*, no. 2 (2004): 115-35.
- Bolívar, Ingrid. "La construcción de la Nación y la transformación de lo político". En *Nación y sociedad contemporánea. Cuadernos de Nación*. Coordinado por Ingrid Bolívar, Germán Ferro y Andrés Dávila, 9-39. Bogotá: Ministerio de Cultura, 2002.
- Brenner, Neil. "The Limits to Scale? Methodological Reflections on Scalar Structuration". *Progress in Human Geography*, Vol. 25, no. 4 (2001): 591-614.
- Camacho, Álvaro. "Credo, necesidad y codicia, los alimentos de la guerra". *Análisis Político*, no. 46 (2002): 137-50.
- Crevel, Martin van. *The Transformation of War*. London: The Free Press, 1991.
- Cuillerai, Marie y Marc Abélès. "Mondialisation: du geo-culturel au bio-politique". *Anthropologie et Sociétés*, Vol. 26, no. 1 (2002): 11-28.
- Delgado, Ovidio. *Debates sobre el espacio en la geografía contemporánea*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2003.
- Di Méo, Guy. *Géographie sociale et territoires*. Paris: Éditions Nathan, 1998.
- Fazio, Hugo. "Globalización y guerra: una compleja relación". *Revista de Estudios Sociales*, no. 16 (2003): 42-56.
- Foucault, Michel. "La gouvernementalité". *Actes*, no. 54 (1986): 10-19.
- García, José Luis. *Antropología del territorio*. Madrid: Ediciones Josefina Betancur, 1976.
- Kaldor, Mary. *Las nuevas guerras. Violencia organizada en la era global*. Barcelona: Tusquets, 2001.
- Läidi, Zaki. "La mondialisation comme phénoménologie du monde". *Projet*, no. 262 (2000): 41-48.
- Lair, Eric. "Reflexiones acerca del terror en los escenarios de guerra interna". *Revista de Estudios Sociales*, no. 15 (2003): 88-108.
- Latour, Bruno. "How to Talk About the Body? The Normative Dimension of Science Studies". *Body & Society*, Vol. 10, nos. 2-3 (2004): 205-29.
- Le Breton, David. *Antropología del cuerpo y modernidad*. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión, 2002.
- Marchal, Roland y Christine Messiant. "Las guerras civiles en la era de la globalización: nuevos conflictos y paradigmas". *Análisis Político*, no. 50 (2004): 20-34.
- Martín-Barbero, Jesús. "Colombia: ausencia de relato y desubicaciones de lo nacional". En *Imaginario de Nación. Pensar en medio de la tormenta. Cuadernos de*

- Nación*. Coordinado por Jesús Martín Barbero, 17-29. Bogotá: Ministerio de Cultura, 2002.
- Ortega, José. *Los horizontes de la geografía. Teoría de la geografía*. Barcelona: Ariel Editorial S. A., 2000.
- Pandolfi, Mariella. “Moral entrepreneurs, souverainetés mouvantes et barbelés. La biopolitique dans les balkans postcomunistes”. *Antropologie et Sociétés*, Vol. 26 no. 1 (2002): 29-51.
- Pardo, José Luis. *Las formas de la exterioridad*. Valencia: Pre-Textos, 1992.
- Pécaut, Daniel. *Guerra contra la sociedad*. Bogotá: Espasa, 2001.
- _____. “Conflictos armados, guerras civiles y política: relación entre el conflicto colombiano y otras guerras internas contemporáneas”. Ponencia presentada al VIII Coloquio Nacional de Sociología, Cali, Universidad del Valle, 2003.
- Piazzini, Emilio. “Los estudios socioespaciales: hacia una agenda de investigación transdisciplinaria”. *Regiones*, no. 2 (2004): 151-72.
- Pizarro Leongómez, Eduardo. “Colombia: ¿guerra civil, guerra contra la sociedad, guerra antiterrorista o guerra ambigua?”. *Análisis Político*, no. 46 (2002): 164-80.
- Ramírez, William. “¿Guerra civil en Colombia?”. *Análisis Político*, no. 46 (2003): 151-63.
- Santos, Milton. *La naturaleza del espacio. Técnica y tiempo. Razón y emoción*. Barcelona: Ariel, 2000.
- Sofsky, Wolfgang. *Traité de la violence*. Paris: Gallimard, 1996.
- Swyngedouw, Eric. “Scaled Geographies: Nature, Place, and the Politics of Scale”. In *Scale and Geographic Inquiry: Nature, Society, and Method*. Edited by Eric Sheppard and Robert B. McMaster, 129-53. Oxford: Blackwell, 2004.
- Waldman, Peter. “Guerra civil: aproximación a un concepto difícil de formular”. En *Sociedades en guerra civil. Conflictos violentos de Europa y América Latina*. Editado por Peter Waldman y Fernando Reinares, 27-44. Barcelona: Paidós, 1999.
- Wieviorka, Michel. “Le nouveau paradigme de la violence”. *Cultures & Conflits*, nos. 29-30 (1998): 7-57.

El mapa de lo invisible. Silencios y gramática del poder en la cartografía¹

Vladimir Montoya Arango²

“Paisaje y espacio son siempre una especie de palimpsesto donde, mediante acumulaciones y substituciones, la acción de diferentes jerarquías se superpone. El espacio constituye una matriz sobre la cual las nuevas acciones substituyen las acciones pasadas. Es, por lo tanto, presente, porque es pasado y futuro”.

Milton Santos, A natureza do espaço. Técnica e tempo. Razão e emoção³

- 1 Publicado originalmente en: *Universitas Humanistica*, Vol. 63, no. 63 (2007): 155-79. Este artículo es producto del proyecto de investigación “Bitácora del Oriente Antioqueño: Memoria, conflicto y territorio”, adelantada por convenio entre PRODEPAZ y la Universidad de Antioquia.
- 2 Antropólogo de la Universidad de Antioquia, candidato a doctor en Antropología Social y Cultural, Universidad de Barcelona. Docente Instituto de Estudios Regionales (INER) de la Universidad de Antioquia.
- 3 Traducción del autor.

Comparado con lo temprano de la aparición de los mapas, el término cartografía y sus implicaciones como ciencia dedicada al estudio de estos y de las técnicas necesarias para su realización es bastante tardío. Así pues, aunque ya en la Grecia antigua se puede referir un uso sistematizado de los mapas, solo hasta el siglo XIX apareció el término *cartografía*, acuñado por el historiador portugués Manuel Francisco de Barros y Sousa. Situarnos desde ahora en las consideraciones políticas que se derivaron de la modernidad en Occidente y del proyecto de expansión colonial que le es inherente permite intuir el porqué de la tan oportuna aparición de una ciencia dedicada a “representar el mundo”, esto es, a traducirlo en una imagen compiladora/productora de la “realidad espacial”.

La aparición de los mapas parece incluso preceder a la escritura, pues tempranamente comenzaron a confeccionarse con una finalidad primigenia de tipo instrumental, utilizados en particular para la determinación de las distancias, el establecimiento de rutas y recorridos o la identificación de emplazamientos y localizaciones que facilitarían el desplazamiento. Sin embargo, frente a ese carácter práctico emergió prontamente la idea del mapa como figuración de lo real, por lo que ya desde las primeras etapas de su desarrollo se puede hablar de dos categorías de clasificación: el “mapa instrumento”, de carácter informativo y práctico, y el “mapa imagen”, el cual alberga una abstracción, un esfuerzo intelectual de construcción de un instrumento con fines prácticos pero revestido también de un carácter intangible como imagen, lo que lo convierte en una representación que integra las interpretaciones cosmológicas, políticas o religiosas, centradas en el mundo de aquel que lo dibuja.

Como ejemplo del primer tipo de mapas podemos señalar la evidencia dejada por los habitantes de las Islas Marshall en el sur del océano Pacífico, consistente en una cartografía realizada en un entramado de fibras de caña, dispuestas de modo que muestran la posición de las islas. Con respecto al segundo tipo –mapa imagen–, ya para una fecha tan temprana como el año 2300 a. C. se refiere la existencia del primer mapa realizado en Babilonia. Los mapas babilonios eran realizados en tablillas de arcilla y representaban el mundo de manera circular, correspondiendo al panorama natural del horizonte visible. Aunque consistían mayormente en mediciones de tierras, estos

mapas tenían una finalidad político-administrativa enfocada al cobro de impuestos, de donde se deriva la aparición del punto de vista del dibujante.

También se han encontrado en China mapas regionales fechados en el siglo II a. C. y realizados mediante la pintura sobre seda, tales como los que fueron hallados en una tumba de la dinastía Han, en Ma-wang-tui, en la ciudad de Changsha, en la provincia de Hunán. Estos mapas son manuscritos y de los que se han logrado reconstruir resalta uno de tipo militar y otro topográfico que muestra alrededor de 30 ríos, 20 caminos, muchas cordilleras e identifica por su nombre más de 100 puntos. Así como en el Lejano Oriente, también en las tempranas civilizaciones mediterráneas se produjo la emergencia de los mapas-imagen. En el caso de Egipto, las evidencias arqueológicas encontradas en Tebas y fechadas en el siglo XVII a. C. muestran inscripciones de tipo geográfico compuestas por figuras etnográficas, tipos de hombres y de seres colocados en el orden de su posición geográfica y acompañados de señales indicadoras de los pueblos. El desarrollo de los mapas egipcios se impulsó a la luz de los asuntos catastrales que propiciaron la elaboración de representaciones del territorio sobre ladrillos o tablas y representaban el mundo conocido tomando a Egipto como el centro de la tierra.⁴

Posteriormente, fue en el mundo griego clásico donde se produjo la eferescencia de los mapas como representación. El filósofo griego Anaximandro realizó en el siglo VI a. C. un mapa que representaba el mundo conocido de forma circular y con centro en el mar Egeo, rodeado todo lo demás por el océano. Para Anaximandro, la noción de *mundo conocido* aparece como el principio de articulación y su centralidad en el mar Egeo privilegia políticamente a Grecia con respecto al horizonte de pueblos por descubrir. Para el año 200 a. c., Eratóstenes realizó otro mapa del mundo conocido, incluyendo a la hoy Gran Bretaña al noroeste, la desembocadura del río Ganges al este y la actual Libia por el sur. El mapa de Eratóstenes incluyó como novedad una serie de líneas paralelas transversales, de separación irregular y arbitraria, que señalaban los puntos situados en la misma latitud.

4 “Los grandes hitos de la cartografía”, Proyecto Nereida Canarias, acceso el 12 de marzo de 2006, <http://nti.educa.rcanaria.es/nereida/ponenciasmark.htm>.

También en tratamientos menos “racionalizados” del tema aparece la preocupación griega por los mapas. En el poema épico *Los argonautas* se narra que los egipcios ya tenían, desde tiempos remotos, tablas grabadas que señalaban los caminos de la Tierra con los límites de los continentes y de los mares. Igualmente el poeta Eustacio al comentar el poema del Universo de Dionisio comenta que Sesostris dio a los egipcios tablas donde estaban representados sus viajes. Para el siglo II d. C. se produjo la que fue la obra cartográfica más influyente del mundo helénico: la *Geographia* del sabio Tolomeo, fechada alrededor del año 150 d. C. En sus mapas, Tolomeo utilizó de manera sistemática el saber matemático e introdujo un método de proyección cónica, pero su obra estaba llena de imprecisiones, como por ejemplo la desmesurada extensión que asignó a la placa continental euroasiática. No por ello se desconoce el hecho de que fue el primero en introducir el uso apropiado de la división en paralelos y meridianos.⁵ En los mapas de Tolomeo aparecerá el primer gran dilema político de la cartografía: la situación de paralelos y meridianos como referentes para la medición. Si bien el paralelo de latitud cero se asumió en el Ecuador de acuerdo a la división más “natural” del globo terráqueo, el meridiano cero ha sido movido arbitrariamente de acuerdo a los intereses de los cartógrafos –o de los poderes que representan–. Es así como mientras que Tolomeo situó dicho meridiano en la Isla de Ferro, en las actuales Islas Canarias, correspondiendo con el punto más al oeste conocido en su tiempo, posteriormente ha sido desplazado en varias oportunidades, pasando arbitrariamente por las Islas Azores, Roma, Copenhague, Jerusalén, San Petersburgo, Pisa, París y Filadelfia, entre otros, hasta llegar a ser adoptado convencionalmente en Londres, de acuerdo al Observatorio de Greenwich.⁶

Como en el mundo helénico, también para los romanos los mapas fueron fundamentales para la expansión y mantenimiento del poder imperial, pues fue con la proyección cartográfica que la idea de frontera o límite iniciaría su ascenso como elemento preponderante de la representación espacial de la soberanía estatal. Los romanos aplicaron la agudeza de sus conocimientos en

5 Beatriz Piccolotto, “Decifrando mapas: sobre o conceito de ‘território’ e suas vinculações com a cartografia”, *Annais du Museu*, Vol. 12, no. 1 (2004): 193-234.

6 Piccolotto, “Decifrando mapas”.

ingeniería en la elaboración de proyecciones planas del territorio, sin embargo, tras la caída del imperio la cartografía desapareció casi completamente en Europa y durante la época medieval se convirtió en un ejercicio reservado a los monjes, preocupados especialmente por asuntos teológicos. En estos mapas medievales se representaba a Jerusalén como el centro del mundo, la exactitud geográfica no era un motivo de preocupación esencial y la organización del mapa gravitaba en torno a la jerarquía primordial de la religión católica. Solo hasta el siglo xv, cuando se produjo en Europa la impresión y estudio de los mapas de Tolomeo, se despertó de nuevo el interés sistemático por la precisión en la cartografía, inspirado esto por el auge de la expansión marítima.

Contrario al “enclaustramiento” de los mapas europeos, en el mundo occidental ocurrió un proceso contrapuesto para la misma época. Los navegantes árabes realizaron y utilizaron cartas geográficas de gran exactitud, tal y como lo muestra el hecho de que hacia 1154 el erudito árabe Al-Idrisi realizó un mapa del mundo de gran precisión para los conocimientos geográficos de entonces. Los aportes de los navegantes árabes del Mediterráneo al desarrollo cartográfico fueron de gran importancia, ya que desde el siglo xiii preparaban cartas de navegación conocidas como “mapas portulanos”, las cuales, si bien no contenían una división en paralelos y meridianos, trazaban unas líneas que señalaban la dirección y rutas entre los puertos más importantes. Así también en el que luego sería el distante “Nuevo Mundo”, los incas, en el siglo xii, trazaban mapas que representaban las tierras del imperio y algunas referencias similares indican que sucedía lo mismo con el pueblo maya.⁷

A pesar de los progresos descritos, el conocimiento cartográfico no alcanzó grandes dimensiones y desarrollos –técnicos e ideológicos– sino hasta después de la expansión marítima de la Europa continental. Con el mapa colonial se fundó Occidente y se inició el proceso de asignación de un sentido cardinal a la diferencia/subalternidad. La rápida expansión del mundo conocido marcó el inusitado interés en la representación precisa de los horizontes hacia los cuales dirigir el ímpetu conquistador, mientras que la tensión política inherente a la expansión colonial de las potencias marítimas europeas encontró

7 “Los grandes hitos”, Proyecto Nereida Canarias.

en la cartografía un escenario esencial de expresión. El desarrollo de mapas precisos que describieran con exactitud la forma, el tamaño y la ubicación de los territorios descubiertos y que a la vez permitieran inferir y diagramar los potenciales recursos e intereses del poder colonial en su estabilización, integración y dominio convirtieron a la cartografía en un saber estratégico y con un gran peso en la determinación de las relaciones multilaterales de poder.

Podríamos afirmar entonces que es en esta época –la expansión colonial de Europa– en la que la cartografía irrumpió como un saber geopolítico determinante, tanto por la importancia de los conocimientos cartográficos en el ámbito militar, como por el carácter estratégico que el dominio cartográfico adquirió en la delimitación, establecimiento y sustentación de la soberanía estatal. Es importante anotar también que fue a partir del siglo xvi cuando se produjeron los mayores avances técnicos en la confección de los mapas, tanto a nivel de metodologías como de creación de instrumentos para su elaboración.⁸

El colonialismo que se derivó de la expansión marítima europea a partir del siglo xvi marcó un derrotero geopolítico fundamental en la configuración espacial del mundo conocido. Como señala Walter Mignolo,⁹ es a partir de esa expansión que se cimentó la conformación de un “sistema mundo moderno/colonial”, caracterizado por la estructuración de una economía planetaria y la formación del discurso de la “modernidad”. Dado que dicho discurso de la modernidad asumió como horizonte la universalización de los parámetros del pensar racional con cimientos cartesianos, el saber cartográfico se erigió en un baluarte fundamental en su discursiva. Según advierten algunos autores poscoloniales latinoamericanos, la colonialidad atravesó, más allá de la instauración de una presencia física y de un control territorial hegemónico, gracias a la instauración de una visión de mundo, eurocéntrica, católica y blanca, com-

8 Para un acercamiento exhaustivo sobre los desarrollos de la cartografía en los distintos momentos históricos referidos, se recomienda la atención al texto de Thrower. Norman Thrower, *Mapas y civilización. Historia de la cartografía en su contexto cultural y social* (Barcelona: Ediciones del Serbal, 2002). También puede verse una reseña crítica de dicho texto en Joan Capdevila, “Thrower, N. J. W. Mapas y civilización. Historia de la cartografía en su contexto cultural y social”, *Bibliotheca 3W. Revista Bibliográfica de Geografía y Ciencias Sociales*, Vol. 7, no. 413 (2002), <http://www.ub.es/geocrit/b3w-413.htm>.

9 Walter Mignolo, *Local Histories/Global Designs* (Princeton: University of Princeton, 2000).

portando un proceso sistemático de sumisión de otras lógicas interpretativas y apelando al conocimiento como instrumento fundamental del poder.¹⁰ Determinando ampliamente la realidad factual de la dominación, sobre los pueblos conquistados aterrizó el imperativo de la asimilación al pensar y actuar europeos, de manera que dando un giro geopolítico de índole espacial a los asuntos de carácter teológico de la salvación de las almas se acuñaron las estructuras de validación de la superioridad étnica/política/epistémica del colonizador.

La Europa continental erigió a las colonias como su periferia, los bordes necesarios para argumentar su centralidad, simples extensiones de una geometría implosiva y centrípeta. En este proceso de subalternización, la “colonialidad del poder” a la que se refiere Aníbal Quijano¹¹ apeló como recurso de validación a la generación de un revestimiento de objetividad y universalidad superpuesto al conocimiento científico. En adelante, el saber científico se convertiría en un dominio inobjetable, no solo porque la racionalidad sería don y virtud del colonizador sino además porque la lógica cartesiana se erguiría como el principio explicativo único.

La incidencia de la cartografía en este proceso fue fundamental. Según apunta Santiago Castro-Gómez,¹² Walter Mignolo en su obra *The Darker Side of the Renaissance* muestra cómo la cartografía fue esencial en la construcción del imaginario científico moderno, a tal punto que la emergencia de la epistemología moderna tendría como una de sus claves interpretativas la “separación que los geógrafos europeos realizaron entre el *centro étnico* y el *centro geométrico* de observación”.¹³ En casi todos los mapas conocidos hasta

10 A este respecto puede verse el texto *La poscolonialidad explicada a los niños* de Santiago Castro-Gómez, en el cual se hace una revisión importante de los principales autores poscoloniales latinoamericanos como Dussel, Mignolo o Quijano. Santiago Castro-Gómez, *La poscolonialidad explicada a los niños* (Popayán: Universidad del Cauca, 2005).

11 Aníbal Quijano, “Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina”, en *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*, comp. Edgardo Lander (Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales [CLACSO], 2000), 201-46, <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/lander/quijano.rtf>.

12 Castro-Gómez, *La poscolonialidad*.

13 Walter Mignolo, *The Darker Side of the Renaissance. Literacy, Territoriality and Colonization* (Ann Harbor: The University of Michigan Press, 1995), 233 (énfasis añadido).

el siglo xvi, “el centro étnico y el centro geométrico coincidían”.¹⁴ Como ya señalé más arriba, en los mapas antiguos de Grecia, Roma, Egipto o el mundo árabe el orbe conocido gravitaba en torno al centro desde el que el observador realizaba la representación, por lo que la novedad geopolítica de la cartografía moderna es justamente la mutación de esa correspondencia. Según señala Castro-Gómez:

con la conquista de América y la necesidad de representar con precisión los nuevos territorios bajo el imperativo de su control y delimitación, empezó a ocurrir algo diferente. La cartografía incorporó la *matematización de la perspectiva* que, en ese momento, revolucionaba la práctica pictórica en países como Italia. La perspectiva supuso la adopción de un *punto de vista fijo y único*, es decir, la adopción de una *mirada soberana* que se encuentra *fuera de la representación*. En otras palabras, la perspectiva es un instrumento a través del cual se ve pero que, a su vez, no puede ser visto; la perspectiva, en suma, otorga la posibilidad de *tener un punto de vista sobre el cual no es posible adoptar ningún punto de vista*. Este hecho revolucionó por completo la práctica de la cartografía. Al tornarse invisible el lugar de observación, el centro geométrico ya no coincidió más con el centro étnico. Los cartógrafos y navegantes europeos, dotados ahora de instrumentos precisos de medición, empiezan a *creer* que una representación hecha desde el centro étnico es *pre-científica*, pues estaba vinculada a una particularidad cultural específica. La representación verdaderamente científica y “objetiva” era aquella que podía abstraerse de su lugar de observación y generar una “mirada universal” sobre el espacio.¹⁵

Esta ausencia de punto de vista, premisa por antonomasia de una objetividad fundada en la separación entre el sujeto cognoscente y el objeto conocido, sería el principio fundacional del pensamiento científico occidental, forma de conocimiento que el autor citado refiere como hegemónico y pretenciosamente universal. En su sentido más cercano esto implicaría para nuestro contexto la superposición de la episteme occidental sobre las otras formas de

¹⁴ Castro-Gómez, *La poscolonialidad*, 61.

¹⁵ *Ibid.*, 62 (énfasis en el original).

conocer, catalogadas como mágicas y supersticiosas, además de ser relegadas al campo de lo folclórico, lo costumbrista y por extensión geopolíticamente devueltas al ámbito de lo pre-racional, abandonadas de la razón y propias del saber pre-lógico. La diferencia epistémica se convirtió así en argumento de la subalternidad y la validación de la ocupación y hegemonía espacial que operó como gradación temporal en la que los colonizados aparecieron apenas como una anterioridad, un “hijo pequeño” en evolución, en proceso de civilización y de conversión en alma de dios y ciudadano del estado nación. El desarrollo que posteriormente hicieron las ciencias sociales y humanas de los planteamientos de aquellos cartógrafos tempranos fue de especial significación en aquel proceso. No en vano y con gran infortunio, aún hoy la separación entre el investigador y el objeto de estudio sigue articulando el principio de “objetividad” desde diversas posturas.

El mapa como discurso. Articulaciones entre representación y dominio

La historiografía de la cartografía es insuficiente para la revisión crítica que aquí nos interesa, además de que no permite por sí sola la asunción de una postura y el establecimiento de referentes interpretativos para adentrarnos en el significado de los mapas y en el papel que han cumplido en la configuración espacial del estado, tanto en la diacronía como en la contemporaneidad de su accionar. Por ello, es necesario abordar los desarrollos de la cartografía crítica, para ello nos resulta esencial la referencia a la obra de John Harley.¹⁶

Este pensador anglosajón realizó una revisión de la cartografía que es insoslayable a la hora de pensar en recomponer los modos de interpretación del significado de los mapas.¹⁷ El punto de partida de Harley es justamente el distanciamiento del pensamiento positivista, racionalista y objetivista; propiciando un cambio de enfoque en la historiografía convencional que dirige a la cartografía hacia una ruptura con esa epistemología univocal para considerar

¹⁶ John Harley, *The New Nature of Maps. Essays in the History of Cartography* (Baltimore: The Johns Hopkins University Press, 2001).

¹⁷ Una importante colección de ensayos es la publicada en Harley, a la cual hacen referencia los comentarios incluidos en este texto. Harley, *The New Nature of Maps*.

el mapa como una “construcción social”, ubicando al cartógrafo en el contexto de su época, como un miembro de la sociedad en sentido amplio. El cartógrafo es un sujeto social, sumido en la red de intereses políticos que configuran la realidad social de su tiempo, su conocimiento no es neutro ni imparcial, está inserto en las tramas del poder y su conocimiento es instrumentalizado por aquel. Para acercarse a esta imbricación con el poder, Harley profundiza en la distancia entre realidad y representación utilizando como acercamiento el análisis deconstructivista propuesto por Derrida y Foucault. También aplica el análisis del discurso a los mapas para acercarse a su significado, sustentado en los tres niveles utilizados por el historiador del arte Erwin Panofsky y transplantados a la cartografía: signos convencionales, elementos pictóricos y componentes retóricos. Este análisis se aplica a todos los elementos del mapa: su tamaño relativo, el lugar establecido como centro, el color, los textos, las nominaciones y, especialmente, los espacios dejados en blanco y las ausencias deliberadas de información.

En su sentido más profundo, Harley propone entender el mapa como un producto cultural –del conocimiento/poder–, de manera que es posible entenderlo más como un texto que como una imagen fiel de lo real, ello nos indica que el mapa “monumentaliza” y establece intencionadamente intervenciones o hitos del paisaje como referentes. La imagen-documento del mapa establece ciertos marcadores visuales y signos que arbitrariamente “naturalizan” las relaciones espaciales, operando a la manera de un correlato de la ciencia histórica tradicional que, según señala Foucault, “se dedicaba a ‘memorizar’ los *monumentos* del pasado, a transformarlos en *documentos* y a hacer hablar esos rastros que, por sí mismos, no son verbales a menudo, o bien dicen en silencio algo distinto de lo que en realidad dicen”.¹⁸

En la propuesta de Harley resalta lo valioso de considerar el estudio de los mapas con una perspectiva diacrónica –el mapa como producción histórica–, exigiendo al mismo tiempo que se contemplen tres aspectos diferentes para su interpretación: el contexto del cartógrafo, el contexto de los otros mapas y el contexto social. La consideración de estos contextos permite introducir

18 Michel Foucault, *La arqueología del saber* (Ciudad de México: Siglo XXI, 1996), 10.

en el análisis del mapa la incidencia de los distintos actores, las técnicas y las herramientas, la intencionalidad del autor y los modos de llevarla a cabo, las agencias financiadoras y sus influencias sobre el mapa, el impacto del público al que se dirige, el estudio comparativo de los demás documentos que se ocupan de entornos espaciales similares y, de manera fundamental, remarca el hecho de que el mapa es un producto cultural, confeccionado en un lugar y un tiempo determinados y al interior de un cierto orden social establecido. Es de un análisis de este tipo que resulta evidente para Harley que la cartografía histórica anglosajona está impregnada de un estricto ordenamiento colonial, pues destacaba los asentamientos y la nomenclatura de la sociedad mayoritaria, al tiempo que ocultaba el mundo indígena. Análisis similares pueden hacerse para el caso de nuestras propias cartografías coloniales.

En lo que se refiere a la imbricación de la cartografía y el poder, la propuesta de Harley nos permite descubrir que la representación cartográfica está impregnada de valores, ya que el mapa es una forma de lenguaje que porta una carga simbólica y, como una forma de conocimiento, siguiendo a Foucault, es una forma de poder. Lo interesante de esta vía de análisis es que permite descomponer las variables políticas implícitas en los mapas, pues aun las distorsiones, imprecisiones o desviaciones, más que asuntos técnicos, son características políticas de la producción del mapa. Por lo tanto, son las censuras del pensamiento cartográfico las que matizan la rigidez geométrica y la hacen tan flexible como el poder requiere, mientras tanto se introducen vacíos, silencios que la técnica podría saldar pero que el filtrado de orden político no permite. Es por esto por lo que en la sociedad moderna los mapas fueron establecidos como documentos esenciales en la determinación de los derechos territoriales y de propiedad, de manera que su manipulación adquirió un carácter estratégico y las omisiones y silencios intencionados permitieron solventar los proyectos militares del estado y los intereses comerciales para el establecimiento de monopolios del mercado.

Sin embargo, existen otros silencios, quizás no intencionados, que según Harley no son ordenados por el poder, sino que son más bien derivados de las taras culturales del cartógrafo y se convierten en el mapa en la presencia de ciertos detalles que no encajan en consideraciones políticas o técnicas. Esto

manifiesta que en últimas el cartógrafo no puede mirar más que desde su cultura y la apropiación de la perspectiva hace de su ejercicio de representación una imagen hegemónica que no reconoce otras formas de imaginar/vivir el espacio. Por lo tanto, el reconocimiento del mapa como un mensaje social implica una labor de descomposición de la retórica y las metáforas cartográficas y un alejamiento del pensamiento positivista para adentrarse en la teoría social, prescindiendo por principio de la “neutralidad” y la “objetividad” con que se ha revestido hasta ahora el saber científico.

Esta desmitificación del mapa como producto científico objetivo es la que redirecciona su interpretación histórica, sacando la discusión del campo de la técnica hacia la deconstrucción (re-construcción diría yo) epistémica que tiene como requisito una interdisciplinariedad éticamente fundamentada. Visto de esta manera, no es vano el que nuestro interés por la geopolítica contemporánea abogue por el reconocimiento de la necesaria mirada interdisciplinaria, partiendo en este caso de ponderar críticamente las implicaciones políticas del conocimiento y convocar desde allí una reevaluación de los contenidos hegemónicos de una epistemología fundada hasta ahora en la negación de la jerarquía asignada a ciertos lugares y tiempos de enunciación cartográfica o discursiva.

En concordancia con el debate poscolonial latinoamericano introducido por autores como Walter D. Mignolo, en el contexto de los estudios contemporáneos brasileños ha emergido una importante crítica a la historiografía cartográfica convencional. Esta vertiente de interpretación promueve el entendimiento del mapa como un producto cultural, situado geopolíticamente y enunciado epistémicamente desde el poder. Es esto lo que ha llevado a los autores brasileños contemporáneos a distanciarse del lenguaje cartográfico convencional y a proponer la lectura de sus vacíos, de las tramas de sentido y de la orientación cardinal que hegemónicamente postula. Así por ejemplo, la lectura que de la posmodernidad hace Boaventura de Sousa Santos¹⁹ desemboca en la crítica a las escalas y jerarquías que desde el lenguaje cartográfico

19 Boaventura de Sousa Santos, *Para un nuevo sentido común: la ciencia, el derecho y la política en la transición paradigmática*, Volumen I de *Crítica de la razón indolente. Contra el desperdicio de la experiencia* (Bilbao: Desclée de Brouwer, 2003).

se han traslapado al mundo de lo social. El mapa ha reclamado la realidad que tuviera por objeto representar y se requiere de un esfuerzo de deconstrucción epistémica de su discurso como principio esencial para la formulación de un modelo integral del conocer.

Tal y como señala Laura Padilha,²⁰ los sujetos coloniales de Angola o Brasil, llamados subalternos y periféricos –por extensión de los demás confines coloniales–, deberían poder escribir su propia biografía identitaria, localmente articulada, para, partiendo de ella, proponer nuevas representaciones cartográficas. La apuesta que postula es la recuperación del modo ancestral de contar, reconociendo que la producción ficcional refuerza la propia cultura, mostrando su diferencia. Según señala, es en la oralidad donde los espacios de la alteridad se tiñen de colores identitarios fuertes y en coherencia con esto, los estudios africanos de los últimos 20 años han buscado generar cartogramas que se guíen por ese nuevo mapeamiento del saber poscolonial, en el caso de Angola para pensar la ficción angolana y volver sobre su propia espacialidad física y cultural, sus paisajes geográficos y culturales.²¹

Así mismo, otros autores brasileiros postulan la importancia de la deconstrucción discursiva del mapa, aunque asumen posturas teóricas distintas. Es el caso de Beatriz Piccolotto,²² quien se ocupa del estudio de los mapas dejados por los ingenieros portugueses del siglo XIX, tomando como referencia la metodología de deconstrucción propuesta por Christian Jacob, según la cual los mapas son objetos culturales en los que coexisten y se yuxtaponen diferentes estratos y códigos figurativos, de manera que “las particularidades gráficas revelan determinadas escuelas culturales, concepciones de mundo, estado del conocimiento científico y convenciones cartográficas –medidas, códigos de figuración, paleta cromática, grafismos, ornamentos– propios de cada período”.²³

20 Laura Padilha, “Cartogramas: ficción angolana y refuerzo de espacios y paisajes culturales”, *Alea, Estudios Neolatinos*, Vol. 7, no. 1 (2005): 139-48.

21 Padilha, “Cartogramas: ficción angolana”. Espero que el lector haga sus propias inferencias acerca de la importancia de un proceso similar en nuestro contexto.

22 Piccolotto, “Decifrando mapas”.

23 *Ibid.*, 194. La traducción del portugués original es del autor. También lo serán las demás traducciones que aparezcan de este texto.

Esta autora insiste en el hecho de que los mapas están lejos de ser una reproducción fiel de lo real, y constituyen en cambio una representación, marcada por la transposición al papel de los levantamientos de campo mediante códigos y convenciones, de forma que los mapas se caracterizan por ser una “trama ortogonal” –cartesiana decimal diría yo– en la que se encuentra representada una “visión del mundo” en dos dimensiones. Con su sobredeterminación geométrica, “los mapas trazan una realidad nueva, abstracta y simbólica, según convenciones sociales validadas por el uso, que hacen que en una cierta época y sociedad se reconozca el mundo en el cual se vive en una determinada configuración gráfica”.²⁴ Esta configuración gráfica será entonces la que determine el sentido de lo real, haciendo que el mapa se superponga al territorio y anule la posibilidad de observación. Según infero, el mapa, más que una bitácora, es un obituario. La supresión de sentidos divergentes de lo real hecha por el mapa es también identificada por Piccolotto, quien afirma que el espacio y el territorio no son equivalentes, pues este último es una construcción histórica, producto de una acción humana que le asigna contornos y límites definidos: “Mapear significaba conocer, domesticar, someter, conquistar, controlar, contradecir el orden de la naturaleza. En los mapas se producía un territorio limitado y continuo sobre una naturaleza discontinua e ilimitada. En los mapas, naturaleza e indio fueron progresivamente relegados a ornamentaciones en las molduras de títulos y leyendas, imperando una representación de lo real pautaada en códigos y convenciones abstractas”.²⁵

Por lo tanto, el mapa no solo representa el territorio, lo produce. En este sentido, la cartografía en su carácter de versión fiel de lo real, neutro y científico cumple una función mistificadora, transformando su carácter de instrumento en artefacto cultural de construcción del territorio. El mapa cumplirá entonces no solo la función de familiarizar al sujeto con el entorno sino también aquella más profunda de “naturalizar” el orden de las relaciones que le son permitidas con el espacio, cumpliendo una función ideológica que hasta

²⁴ Ibid., 195.

²⁵ Ibid., 230.

ahora no hemos señalado. Según muestra Rogata Soares²⁶ sustentada en los planteamientos de Bakhtin, para el caso del estado nación brasileiro, el mapa cumple una importante función ideológica, separando lo interno –considerado homogéneo a pesar de las diferencias regionales, étnicas o de clase– de lo externo –aun cuando hallan continuidades o semejanzas–. Por supuesto no cuesta mucho trabajo inferir lo constante de esta función ideológica en el contexto de los demás estados nación modernos, incluido el nuestro. La recurrencia de Rogata Soares a los planteamientos de Bakhtin es particularmente interesante, ya que permite enlazar la deconstrucción del discurso con las implicaciones ideológicas del mapa. Siguiendo a Soares, si el mapa es reconocido como producto cultural, es fundamental considerar que de acuerdo con los planteamientos de Bakhtin “en cada etapa de desarrollo de la sociedad se encuentran grupos de objetos particulares y limitados que se vuelven objetos de atención de cuerpo social y que, a causa de esto, toman un valor particular. ¿Como se puede determinar este grupo de objetos ‘valorizados’? Primero, es indispensable que estén ligados a las condiciones socio-económicas esenciales del grupo referido, lo que concierne, de alguna manera, a las bases de su existencia material. En otras palabras, no puede entrar en el dominio de la ideología, tomar forma y echar raíces sino aquello que adquiere un valor social”²⁷.

La relación de la cartografía con la ideología es la consecuencia esencial del conocimiento/poder que señaláramos más arriba. Indudablemente, el recurso a la dominación ideológica es prerrequisito fundacional del estado y para ello la elaboración de mapas revierte un escenario privilegiado en el que disponer las ordenaciones trazadas por el dominio político y geométrico del espacio. En la revelación del carácter ideológico del mapa, Rogata Soares va aún más allá y muestra cómo este se pretende indiscutible y el saber estratégico que contiene desaparece del debate, al tiempo que los sentimientos de pertenencia y fidelidad al estado nación que promueve movilizan fuertes identificaciones, más fuertes aún que las de la clase social. Esta ideologización

26 Rogata Soares, “O mapa enquanto discurso e o discurso do mapa: algumas questões”, *Ensaio Pesquisa em Educação em Ciências*, Vol. 5, no. 2 (2003): 48-64.

27 Bakhtin citado en Soares, “O mapa enquanto discurso”, 49. Traducción del original en portugués del autor.

del mapa opera mediante la reconversión de los fenómenos espaciales en una representación acrítica y atemporal en la que se da la impresión de que el orden cultural representado siempre existió. Así pues, más que un instrumento de la dominación, el mapa es el artificio de la identidad nacional, su función es la de reforzar la construcción del orden, cometido esencial del estado que impone al espacio que le preexiste una clasificación y disposición bajo la idea de “territorio nacional”.

Según nos ilustra Zygmunt Bauman: “Abandonado a su suerte, no iluminado por los focos del cuento y antes de la primera sesión de montaje con los diseñadores, el mundo no es ni ordenado ni caótico, ni limpio ni sucio. El diseño humano es lo que hace aparecer el desorden *junto con* la visión del orden, la suciedad junto con el proyecto de pureza”.²⁸ Por esto, la constitución del orden recurre a la figuración discursiva/cartográfica del mundo, un artificio ideológico que es complementado con otras estrategias que caracterizan la construcción del estado nación como un proceso violento.

Lo importante de puntualizar aquí es que la violencia como principio estructurante del estado nación moderno encontró en la cartografía una justificación, un refugio en el que consagrar el ejercicio territorial en un acto soberano, santificado por el consenso impuesto en el pacto fundacional del estado. Es justamente sobre esta violencia en la que recae la atención de la geopolítica anglosajona contemporánea. Bajo esta perspectiva, el imperativo territorial del estado moderno es asociado al ejercicio de la violencia, la cual aparece justificada en una *raison d'état*, que define los límites de lo permitido y establece desde los poderes hegemónicos el uso legítimo de la violencia y sanciona el que aparece catalogado como terrorismo. Según puntualiza Mark Neocleous: “Etimológicamente la concepción del mapa es tanto un arreglo de cosas como una representación de la superficie de la tierra. La violencia del estado en la cartografía ayuda a definir qué o quién existe y en qué orden. Los mapas significan así colonización psíquica y control conceptual, involucrando

28 Zygmunt Bauman, *Vidas desperdiciadas. La modernidad y sus parias* (Barcelona: Paidós, 2005), 33 (énfasis en el original).

tanto un paradigma cognitivo y también unos significados prácticos de administración política.”²⁹

De esta manera, la cartografía ejerce una violencia simbólica que refuerza la violencia física con la que se establecen las relaciones jerárquicas al interior del estado. Si establecer un orden social implica la homogenización, el mapear el territorio se constituye en el vehículo para alejar las contrariedades. Es por esto por lo que el violento proceso sociopolítico por el que se produce la erección de las fronteras territoriales es llevado a la cartografía que contribuye a fortalecer los límites al tiempo que crea la realidad socioespacial que queda contenida en su interior. Como bien apunta Mark Neocleous, “el geo-cuerpo es literalmente creado en el papel”.³⁰

Del papel al recorrido. Cognición y comportamiento espacial

Tal y como espero haber podido transmitir hasta aquí, la cartografía dista en mucho de corresponder con la realidad espacial que experimenta el individuo en su cotidianidad y mucho más aún con la manera en la que se la autorrepresenta. Para 1966, Peter Gould descubrió los que llamó “mapas mentales”, los cuales serían de una influencia descollante en la geografía anglosajona subsiguiente. El ejercicio de Gould consistió en el trazado de isóneas sobre los mapas de Inglaterra y Estados Unidos de acuerdo con las preferencias establecidas por sus informantes. Estas preferencias revelaban la existencia de un “mapa mental” según el cual el individuo se representa el mundo.³¹ Sin embargo, el ejercicio de Gould asume que es posible el vaciado de dichas preferencias en un mapa convencional, lo que hoy, según las consideraciones múltiples que hiciéramos en el apartado anterior, dista mucho de ser tomado como cierto.

Posterior a los planteamientos de Gould, en la década de los años 70 se produjo la irrupción del término mapa cognitivo, producto de la conexión

²⁹ Mark Neocleous, “Off the Map. On Violence and Cartography”, *European Journal of Social Theory*, Vol. 6, no. 4 (2003): 419. Las traducciones de este texto son del autor.

³⁰ Neocleous, “Off the Map”, 418.

³¹ Constancio de Castro, “Los mapas cognitivos. Qué son y cómo explorarlos”, *Scripta Nova. Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*, Vol. 3, nos. 32-54 (1999), <http://www.ub.es/geocrit/sn-33.htm>.

de la geografía con la ecología ambiental, cuyo origen puede situarse en los trabajos pioneros de David Lowenthal. Bajo los lineamientos de aquel enfoque se produjeron en los años siguientes una gran cantidad de investigaciones que, tomando distancia de la noción del *mapa mental*, postularon el mapa cognitivo como un *mapa dentro de la mente*, que alude a una interioridad mental que guía el desplazamiento y estructura el comportamiento espacial del individuo. Según enfatiza Castro, una vez que entran en escena los mapas cognitivos “El nuevo impulso que recibe la geografía se traduce en tomar nota pormenorizada y registrar los comportamientos en el espacio urbano. Por supuesto no se trata de detenerse en una mera descripción de los comportamientos. Estos mantienen un doble juego: por un lado obedecen a una plataforma perceptual que los inspira y por otro contribuyen en un proceso de retroalimentación a robustecer el esquema perceptual”.³²

El estudio del mapa cognitivo es entonces la búsqueda de los modos en que surge y la estructura que adopta la representación cognitiva del espacio cotidiano. Como en el caso de la cartografía convencional, el mapa cognitivo estará también inserto en intrincadas tramas de sentido, en juegos de poder que pugnan y sobredeterminan sus contenidos y sus parámetros de estructuración. Puedo afirmar desde ya que el mapa cognitivo se construye en una tensión dinámica entre el imperativo espacial derivado de la existencia física del individuo y su posición al interior del colectivo social en el que vive. Por esto, la definición que aporta Constancio de Castro del mapa cognitivo como “un dispositivo mental que nos orienta a diario en nuestra navegación urbana”³³ resulta de la mayor sugerencia, pero insuficiente para los propósitos que aquí se persiguen.

La noción del *mapa cognitivo* como un “dispositivo mental”, asumido como un intangible, un vericuetto mental en el que se acumula información indispensable para la resolución de los problemas espaciales cotidianos, es para mí de una gran relevancia operativa, pero no por ello expresa la integralidad del proceso mediante el cual se negocian la representación del espacio y el espacio

32 Castro, “Los mapas cognitivos”, 4.

33 Ibid., 6.

mismo. Asumir esta perspectiva permite conectar la geografía con la cotidianidad y brincar la esmerada frontera que la cartografía convencional había erigido para separar el saber científico del saber pre-lógico del individuo de a pie. En su sentido más próximo, el mapa cognitivo alude a las resoluciones que cualquier individuo realiza cotidianamente para su problema existencial más recurrente: el desplazamiento. Recorrer el territorio es dotarlo de significación y es un ejercicio perceptual precedido por el sentido de orientación del desplazamiento, pero es también y ante todo dotar al espacio de las determinaciones del poder: el territorio es el poder espacializado y la espacialización del poder. El mapa cognitivo será entonces estructurado por y estructurante del comportamiento espacial. De aquí deriva la seguridad y automatismo con el que solemos recorrer los ámbitos conocidos y la necesaria introspección y vigilancia requerida al adentrarnos en lugares antes no recorridos e innostrados.

Pero, ¿cómo acercarnos al mapa cognitivo si este consiste en información espacial de carácter mental no desplegada sobre un plano o una imagen gráfica convencional? Es este un reto metodológico de serias implicaciones para la ciencia social y no son pocas las vías de exploración abiertas para su abordaje. Yo mismo, en algunas investigaciones anteriores, he adelantado aventuras empíricas en busca de encontrar las mejores representaciones de los mapas cognitivos de los individuos con los que interactué. En una de ellas, ocupada de reconocer la significación que algunos habitantes del barrio Moravia asignaban a ciertos lugares, construimos unas cartografías con base en el vaciado sobre un plano del barrio de las “impresiones” que las personas tenían acerca de los lugares. Se trataba de que cada quien asignara según sus criterios emocionales ciertos valores a los lugares tales como “seguridad”, “encuentro”, “soledad” o “rumba”. Sin embargo, ahora reconozco que este ejercicio dista en mucho de lograr un acercamiento certero a los mapas cognitivos del barrio.

En primer lugar, porque el vaciado sobre la trama ortogonal del plano desconoció la habitual relación de los sujetos con su entorno, marcada por una lógica vivencial y una semiótica de la proximidad articulada en una gramática emocional y no racional. En segundo lugar, porque las categorías proporcionadas para la expresión de los sentimientos despertados por los lugares reducían ostensiblemente la amplitud de significaciones que los confines espaciales

revisten en la experiencia espacial del sujeto. En un tercer sentido fundamental, el ejercicio erraba al pretender producir un mapa cognitivo en las condiciones de aislamiento contextual al que eran sometidos mis interlocutores durante los talleres. En estas condiciones, la hegemonía de la imagen/representación terminó por nublar las posibilidades ofrecidas por el recorrido/experimentación e imponer de nuevo una lógica cartesiana según la cual todos los individuos deberían reconocer su espacio vital en una trama de sentido ortogonal y vaciar sobre ella su experiencia de manera automática. En últimas, un ejercicio de cartografía construido de esta manera termina sometido a las convenciones de poder que intenta subvertir.

Kevin Lynch, en la importantísima obra *La imagen de la ciudad*,³⁴ intentó desarrollar una metodología para acercarse al mapa cognitivo tal y como lo elaboran los habitantes urbanos consistente en la aplicación de métodos experimentales para acercarse a la imagen visual que la gente tiene del espacio.³⁵ La secuencia de ejercicios realizados por Lynch es la siguiente: en primer lugar, aplicó cuestionarios dirigidos a la captura del escenario medioambiental, a describir viajes por la ciudad y los lugares más distintivos. En segundo lugar, propuso a los entrevistados el dibujo de un croquis de la ciudad. En tercer lugar, a un grupo de los motivados en el ejercicio anterior se les proveyó de fotos de la ciudad seleccionadas intencionadamente y se les solicitó que las identificaran exponiendo los criterios, así como ordenarlas de acuerdo a un mapa imaginario de la ciudad. En cuarto lugar, se hizo un recorrido por la ciudad en el que se pedía que el entrevistado actuara de guía, exponiendo las razones para elegir la ruta, la sensación de seguridad y lo resaltable que encontrara en el recorrido. En quinto lugar, durante el recorrido se formularon preguntas a los transeúntes sobre direcciones. Como sexto y último ejercicio, Lynch realizó la contrastación con expertos, partiendo de la clasificación de las formas físicas de la ciudad en “sendas”, “mojones”, “bordes”, “barrios” y “nodos”.

34 Kevin Lynch, *La imagen de la ciudad* (Barcelona: Gustavo Gili S. L., 1998).

35 Para una revisión detallada de la obra de Lynch véase el texto: Castro, *La geografía en la vida cotidiana*.

Como en las objeciones que planteara para mi propio ejercicio, puede objetarse a Lynch el hecho de que la imagen visual no es solo geometría, además de que no definió con claridad cuál era el ámbito del mapa cognitivo, su escala y su alcance. No por esto deja de ser importante la metodología propuesta de combinación de distintas maneras de suscitar mecanismos de exteriorización del mapa cognitivo y la proposición de vías alternativas para su expresión distintas al grafismo en papel. Esto puede minimizar de manera significativa los “ruidos” y distorsiones inducidas al exigirle a un individuo que convierta su representación mental del territorio en un diagrama inteligible para un observador universal.

En un desarrollo posterior a los planteamientos de Lynch, el geógrafo español Constancio de Castro propone que para acercarse al mapa cognitivo se parta de considerar la unidad fundamental mente/cuerpo, interiorización/ exteriorización. El cuerpo constituye la experiencia espacial más próxima y es el instrumento de acercamiento o alejamiento del entorno. En el mapa cognitivo prima la percepción, por tanto no es medible, lo cual lo hace esencialmente distinto de la cartografía convencional en la que prima la racionalidad y su lenguaje se estructura a partir de lo mensurable. Con base en ello, Castro propone que para construir los mapas cognitivos se atienda en especial a: la preeminencia de los recorridos peatonales; los entornos de familiaridad (marcados por los ciclos de vida del individuo); los procedimientos de encuesta y los relatos de recuerdos en los que se analice qué hitos se establecen.

La memoria del desplazamiento es central para el mapa cognitivo, por esto en su modelo la narración desplaza al dibujo.³⁶ Aun cuando es un modelo bastante sugerente, hace falta pensar en los matices que se introducen al considerar los elementos diacrónicos que configuran ese saber espacial práctico. Lo que podríamos denominar una “memoria geográfica”, cargada como la memoria toda de una potencia selectiva y militante, inserta el mapa cognitivo en los vaivenes con los que el poder atiza la autonomía del sujeto. Por ello, es necesario adicionar a las propuestas mencionadas el recorrido como estrategia fundamental de elaboración cartográfica, no únicamente como un

desplazamiento espacial, sino incluso como un viaje temporal en el que los lugares son recorridos en su contemporaneidad y en las capas de recuerdo con que están inscritos en la memoria. En este sentido, el recorrido permite no solo la evocación, sino la actualización de los sucesos que han determinado la realidad espacial del individuo y su colectivo social.³⁷

El recurrir a los mapas cognitivos como metodología permite abrir un horizonte importante de posibilidades a la cartografía, empezando por el hecho de que posibilitan el reconocer y reflexionar en el espacio como una tensión de múltiples territorialidades, reventando el isomorfismo pretendido antes con la instauración de los mapas oficiales.³⁸ Es así como los mapas cognitivos, incorporados a ejercicios sociales de planeación del territorio, pueden introducir una perspectiva diacrónica que usualmente escapa a la mirada del cartógrafo y que desmonta ciertas visiones hegemónicas del espacio al develar que en medio de una sociedad jerarquizada no todos los colectivos sociales han participado en igualdad de condiciones en los procesos de institucionalización del orden espacial/temporal. Frente a los vacíos dejados por la cartografía oficial, los mapas cognitivos posibilitan la emergencia de una toponimia local que más allá de meros indicativos y nominaciones introduce las valoraciones del espacio y las formas de agregación social que se han tejido en él, reconociendo que en el acto de nombrar es donde primeramente se manifiesta el poder y posibilitando el que se reconstruyan los procesos de tensión entre las distintas territorialidades que históricamente se han yuxtapuesto/confluido.

Adicionalmente, los mapas cognitivos aproximan la visualización de los efectos que en el individuo y en los colectivos sociales han tenido las políticas

- 37 Una metodología complementaria para “activar” la memoria es la propuesta por Claudia Zamorano en su estudio sobre la transformación espacial de la vivienda y el barrio en Ciudad de México, donde recurrió de manera especial a planos y fotografías aéreas. Claudia Zamorano, “Ayudar a la memoria. El uso de planos históricos y de fotografías aéreas en la etnografía de la vivienda urbana”, *Cuicuilco*, Vol. 11, no. 30 (enero-abril de 2004).
- 38 En este sentido resulta muy ilustrativo el ejercicio realizado por Martha de Alba en Ciudad de México, en el cual construyó mapas mentales del Distrito Federal con residentes de distintos lugares del área metropolitana y propone a partir de ellos una metodología para el análisis de las imágenes espaciales. Martha de Alba, “Mapas mentales de la ciudad de México. Una aproximación psicosocial al estudio de las representaciones espaciales”, *Estudios Demográficos y Urbanos*, no. 55 (enero-abril de 2004): 115-43.

de ordenamiento y manejo del espacio, con lo cual podrían plantearse revisiones críticas de los conceptos que las fundan, tales como las nociones de *desarrollo*, *bienestar social*, *progreso* o *crecimiento económico*. En este sentido, los mapas cognitivos ofrecen como posibilidad la visibilización del saber espacial local, lo que debería conducir a la interpelación de la acepción/representación convencional del territorio mediante los mapas y a la revisión de ciertos atributos instituyentes que le fueron endilgados: fronteras, jurisdicciones, límites, rutas, monumentos, paisajes, marcadores o hitos. En últimas, la indagación en los mapas cognitivos puede postular una noción de *territorio* de amplio dinamismo y consciente de las múltiples tensiones inmersas en la territorialización, apuntalándose en una gramática espacial que apela al conocimiento compartido y que conduce a la desnaturalización del concepto secular de *territorio* promulgado en las cartografías oficiales, reconociendo que este es tan artificioso como otros instrumentos de instauración del poder.

Trazos por descubrir. Los horizontes de una cartografía geo-culturalmente equitativa

Lo que después de este discurrir debe dejarse en claro es que la importancia adquirida por los mapas cognitivos, o por otras expresiones de representación espacial de orden local, geosituadas en contextos de enunciación no hegemónicos, está desestabilizando la univocalidad del discurso cartográfico y contraponiéndole estrategias sociales de movilización y reclamo de haceres y saberes espaciales propios, que se piensan y defienden ahora como argumentos políticos válidos para una recomposición de las jerarquías espaciales hasta ahora impuestas. Como ocurrió en el campo textual/etnográfico, la cartografía convencional se ha confrontado con el hecho de que aquellos “otros”, a los que se relegó antes su saber espacial, no están dispuestos a que se les continúe representando impunemente.

El reclamo de “cartografías sociales” construidas desde un ejercicio de descentramiento epistémico/político que haga socialmente pertinente el saber geográfico es una manifestación palpable de la agenda de movilización social contemporánea. Por una parte, el ímpetu renovador al interior de la propia cartografía occidental ha hecho que los métodos cualitativos desestabilicen la

primacía de la lógica objetiva fundamentada en la precisión técnica y, como contrapartida, los esfuerzos ingentes de gestación de una cartografía sustentada en el saber local, geo-culturalmente situada, manifiestan el protagonismo de los movimientos poscoloniales en el contexto contemporáneo. De otro lado, cada vez son más las presencias de metodologías de trabajo conjuntas, que reconocen que en la memoria social se alberga un conocimiento esencial para el entendimiento del espacio.

Es así como en lo que se refiere a la incursión de la metodología cualitativa en la confección de los mapas Trudy Suchan y Cynthia Brewer³⁹ distinguen varios métodos cualitativos de investigación. Por un lado, reseñan los métodos relativos a los datos verbales, caracterizados por los cuestionarios, las entrevistas, los grupos focales, la entrevista focalizada, la historia oral, los protocolos verbales, el protocolo de pensar en alto y el protocolo retrospectivo. Por otro lado, recogen los métodos relativos a los datos directos, que se caracterizan en cambio por la observación directa, la etnografía y la observación participante. Por último, señalan los métodos referidos al estudio de documentos escritos o imágenes. Según estas autoras, la combinación de estos métodos permite abandonar la pretendida neutralidad del investigador y construir los mapas en conexión y colaboración con sus usuarios finales, lo cual aparece como la manera más coherente de atender a lo planteado por Raymond Kulhavy y William Stock⁴⁰ cuando señalan que el aprendizaje sobre el espacio se produce simultáneamente por experiencia directa o por el estudio de los mapas.

A mi entender, su llamamiento aboga por una ciencia cartográfica interactiva, aunque no presupone la ruptura con la autoridad del cartógrafo en el mapa. Mientras siga siendo así y sea solo aquel quien representa y dibuja, aunque parta de los testimonios de los “otros” –subalternos–, el centro del mapa seguirá siendo étnicamente blanco, geopolíticamente metropolitano y epistemológicamente occidental. Por lo tanto, la tarea necesaria es la construcción de una cartografía geoculturalmente localizada que reconozca, tanto en

39 Trudy Suchan and Cynthia Brewer, “Qualitative Methods for Research on Mapmaking and Map Use”, *The Professional Geographer*, Vol. 52, no. 1 (2000): 145-54.

40 Raymond Kulhavy and William Stock, “How Cognitive Maps are Learned and Remembered”, *Annals of the Association of American Geographers*, Vol. 86, no. 1 (1996): 123-45.

términos técnicos como políticos, la enunciación social del territorio y postule la diversidad cultural como potencia creativa que alberga distintos mundos posibles. En esto la contribución de las antropologías periféricas resulta fundamental, más aún cuando se considera que es a través de la expresión y conexión de las hablas subordinadas y supeditadas por la lógica del discurso oficial/formal como podría emprenderse tal tarea. Indudablemente no es esta una labor fácil, pues involucra tanto los lineamientos metodológicos como las posturas éticas del investigador, quien pasará de ser el detentador único de la autoridad textual/gráfica, a ser un interlocutor en un proceso de mediación continua de significaciones y representaciones que se articulan en el debate de construcción del mapa. Esta autoridad dispersa, manifiesta en la posibilidad de expresión de puntos de vista dispares, permitiría la emergencia de saberes y prácticas espaciales que han permanecido ocultos y que, en últimas, son lo invisible en el mapa actual del poder.

La composición de una cartografía colaborativa y dialogante, reflexiva y crítica frente al poder, enfrenta distintos retos de orden metodológico y político, derivados de las distintas escalas geopolíticas en las que su irrupción introduciría preguntas hasta ahora ignoradas. Así por ejemplo, en lo metodológico dicha cartografía se enfrenta al reto de subvertir una lógica racional de representación ortogonal del espacio, respaldada desde los lineamientos técnicos y los instrumentos de georreferenciación, lo que implica la encrucijada de cómo equiparar los conocimientos colectivos con una cartografía que se construye con puntos, líneas y polígonos compuestos en capas que permiten un acceso rápido y “eficaz” a la información. El reto aquí no es solamente hacer de los sistemas de información geográfica un instrumento de sistematización de las cartografías sociales, tal y como lo han planteado algunos ejercicios,⁴¹ sino el trazar modos de encuentro entre lógicas de representación del espacio que pueden resultar no necesariamente convertibles a un modelo único. También a nivel metodológico se presenta el reto de la participación de las comunidades locales en los procesos de construcción de la cartografía, lo cual no solo

41 “Cartografía social, el mapa como instrumento y metodología de la planeación participativa”, Helena Andrade y Guillermo Santamaría, s. f., acceso 30 de enero de 2007, https://www.edumargen.org/docs/curs012-9/unido3/complemo5_03.pdf.

obedece a la necesaria apertura ético/epistémica que deberá adoptar el cartógrafo y que señalamos más arriba, sino que da cuenta de lo difícil que es bajo los actuales modos de concebir la investigación adelantar procesos de construcción de conocimiento que consideren la validez de los saberes situados y que en lugar de buscar legitimarlos mediante el rótulo académico encuentren la complementación entre los mundos culturales de los que son partícipes.

El desafío aquí consiste en recomponer el sentido de la “participación” y abrir espacios para una interlocución permanente durante todo el proceso investigativo, aun durante la fase de interpretación y mucho más allá de los momentos de acopio de información. Es así como frente a la primacía del discurso del desarrollo en los procesos de planificación la irrupción de esta mirada cartográfica renovada deberá enfrentar la concepción de la participación como forma de validación de las representaciones hegemónicas del ordenamiento espacial/temporal, para postular en cambio la participación como una forma de imbricación entre técnicos y comunidades, generando un proceso dialógico en el que se aporta y se recibe al tiempo que se favorece la construcción colectiva de los mapas.

Adicionalmente, el proceso de construcción de esta nueva cartografía anclada en el saber social sobre el espacio deberá enfrentar el ocultamiento del punto de vista del cartógrafo que, como vimos, devino de la aplicación de la perspectiva a la cartografía, para lo que se deberá apuntar a la reflexión sobre el lugar de enunciación y la posición en el entramado de fuerzas que pugnan por el control del ordenamiento espacial. Esto último exigirá que la cartografía social se reconozca no únicamente como un instrumento para conocer la realidad, sino como un argumento para transformarla, es decir, como una forma de movilización de los saberes y las gentes relegadas a escalas geopolíticas subalternas, que puede vincularse a otras formas de acción colectiva para contribuir desde allí a la construcción de una sociedad incluyente y políticamente equitativa. Del enfrentar estos retos depende la posibilidad de que aparezca el “mapa de lo invisible” que pueda descubrir las nominaciones, sucesos, marcadores, mojones y registros que, aunque hasta ahora no vistos, son parte de la memoria social de una Latinoamérica geopolítica y geohistóricamente sobredeterminada.

Bibliografía

- Alba, Martha de. “Mapas mentales de la ciudad de México. Una aproximación psicosocial al estudio de las representaciones espaciales”. *Estudios Demográficos y Urbanos*, no. 55 (enero-abril de 2004): 115-43.
- Andrade, Helena y Guillermo Santamaría. “Cartografía social, el mapa como instrumento y metodología de la planeación participativa”. s. f. Acceso 30 de enero de 2007. https://www.edumargen.org/docs/curso12-9/unid03/complem05_03.pdf
- Bauman, Zygmunt. *Vidas desperdiciadas. La modernidad y sus parias*. Barcelona: Paidós, 2005.
- Capdevila, Joan. “Thrower, N. J. W. Mapas y civilización. Historia de la cartografía en su contexto cultural y social”. *Biblio 3W. Revista Bibliográfica de Geografía y Ciencias Sociales*, Vol. 7, no. 413 (2002). <http://www.ub.es/geocrit/b3w-413.htm>
- Castro, Constancio de. *La geografía en la vida cotidiana. De los mapas cognitivos al prejuicio regional*. Barcelona: Ediciones del Serbal, 1997.
- _____. “Los mapas cognitivos. Qué son y cómo explorarlos”. *Scripta Nova. Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*, Vol. 3, nos. 32-54 (1999). <http://www.ub.es/geocrit/sn-33.htm>
- Castro-Gómez, Santiago. *La poscolonialidad explicada a los niños*. Popayán: Universidad del Cauca, 2005.
- Foucault, Michel. *La arqueología del saber*. Ciudad de México: Siglo XXI, 1996.
- Harley, John. *The New Nature of Maps. Essays in the History of Cartography*. Baltimore: The Johns Hopkins University Press, 2001.
- Kulhavy, Raymond and William Stock. “How Cognitive Maps are Learned and Remembered”. *Annals of the Association of American Geographers*, Vol. 86, no. 1 (1996): 123-45.
- Lynch, Kevin. *La imagen de la ciudad*. Barcelona: Gustavo Gili S. L., 1998.
- Mignolo, Walter. *The Darker Side of the Renaissance. Literacy, Territoriality and Colonization*. Ann Harbor: The University of Michigan Press, 1995.
- _____. *Local Histories/Global Designs*. Princeton: University of Princeton, 2000.
- Neocleous, Mark. “Off the Map. On Violence and Cartography”. *European Journal of Social Theory*, Vol. 6, no. 4 (2003): 409-25.
- Padilha, Laura. “Cartogramas: ficción angolana y refuerzo de espacios y paisajes culturales”. *Alea, Estudios Neolatinos*, Vol. 7, no. 1 (2005): 139-48.
- Piccolotto, Beatriz. “Decifrando mapas: sobre o conceito de ‘território’ e suas vinculações com a cartografia”. *Anais do Museu*, Vol. 12, no. 1 (2004): 193-234.

- Porto, Carlos. *Geo-grafías. Movimientos sociales, nuevas territorialidades y sustentabilidad*. Ciudad de México: Siglo Veintiuno, 2001.
- Proyecto Nereida Canarias. “Los grandes hitos de la cartografía”. Acceso el 12 de marzo de 2006. <http://nti.educa.rcanaria.es/nereida/ponenciasmark.htm>
- Quezada, Freddy. *El pensamiento contemporáneo*. Managua: Universidad Politécnica de Nicaragua, 2005.
- Quijano, Aníbal. “Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina”. En *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*. Compilado por Edgardo Lander, 201-46. Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO), 2000. <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/lander/quijano.rtf>
- Santos, Milton. *A natureza do espaço. Técnica e tempo. Razão e emoção*. São Paulo: Edusp, 2004.
- Soares, Rogata. “O mapa enquanto discurso e o discurso do mapa: algumas questões”. *Ensaio Pesquisa em Educação em Ciências*, Vol. 5, no. 2 (2003): 48-64.
- Sousa Santos, Boaventura de. *Para un nuevo sentido común: la ciencia, el derecho y la política en la transición paradigmática*. Volumen I de *Crítica de la razón indolente. Contra el desperdicio de la experiencia*. Bilbao: Desclée de Brouwer, 2003.
- Suchan, Trudy and Cynthia Brewer. “Qualitative Methods for Research on Mapping and Map Use”. *The Professional Geographer*, Vol. 52, no. 1 (2000): 145-54.
- Thrower, Norman. *Mapas y civilización. Historia de la cartografía en su contexto cultural y social*. Barcelona: Ediciones del Serbal, 2002.
- Zamorano, Claudia. “Ayudar a la memoria. El uso de planos históricos y de fotografías aéreas en la etnografía de la vivienda urbana”. *Cuicuilco*, Vol. 11, no. 30 (enero-abril de 2004).

La cartografía social como instrumento para otras geografías. Apuntes para un diálogo de saberes territoriales¹

Vladimir Montoya Arango²

De diversas maneras la ciencia social contemporánea se ha visto abocada a la recomposición de sus modos de hacer investigación. La participación creciente de los otrora relegados en el campo de la interpretación textual –comunidades objeto de investigación– ha venido adquiriendo una importancia fundamental a partir de la creciente movilización social y de los procesos de *empoderamiento* que han permitido que sujetos históricamente marginalizados

- 1 Original publicado en: *Universos socioespaciales. Procedencias y destinos*, comps. Clara Inés García y Clara Aramburo (Bogotá: Siglo del Hombre Editores, Instituto de Estudios Regionales, Universidad de Antioquia, 2009), 113-36. Este capítulo recoge revisiones teóricas realizadas en el proceso de formulación del proyecto “Cartografía sociocultural, oceánica y costera. Reconocimiento de los procesos de configuración territorial para el manejo integral de las zonas costeras en Antioquia”, coordinado por Vladimir Montoya Arango y Claudia Puerta Silva en el marco del Programa Expedición Antioquia 2013, auspiciado por la Universidad de Antioquia y la Gobernación de Antioquia. Además, es producto de la experiencia del trabajo y de las exploraciones metodológicas adelantadas en diversos proyectos realizados durante los dos últimos años.
- 2 Docente del Instituto de Estudios Regionales (INER) de la Universidad de Antioquia. Coordinador de la Maestría en Estudios Socioespaciales e investigador adscrito al Grupo de Estudios del Territorio.

apropien instrumentos de investigación, y desarrollen destrezas y habilidades específicas para expresar y validar sus conocimientos y saberes. La ciencia, como lugar de enunciación de los poderosos, está siendo revertida en herramienta para la construcción de estrategias de resistencia cultural.

Con esta reflexión, que apuntala desde ahora el talante ético y político del presente texto, exploraré cómo la pretendida “objetividad” de los estudios sociales, establecida como requisito desde los parámetros de la ciencia positiva, desatiende la mediación de significados que se produce en la interacción entre aquellos que nos hemos hecho llamar “investigadores” y nuestros interlocutores en los procesos de construcción de conocimiento. A mi entender, la “autenticidad” y validez de la etnografía no se pueden seguir sustentando en el idealismo de un punto de vista neutral/prístino, intencionadamente adecuado a un modo de observación que sitúa al narrador por fuera de los procesos sociales en los que se inmiscuye. Uno de los grandes valores de una producción científica/social deriva, precisamente, del carácter polivalente y reflexivo de su composición, de su audacia para reconocer los prejuicios con los que la formación profesional ha provisto a los investigadores, y de su capacidad de provocar el diálogo efectivo de estos con los saberes sociales que les anteceden.

No estoy en la búsqueda de deslegitimar el quehacer del científico social, pretendo más bien apuntar a un ejercicio crítico de revisión de aquellos supuestos que permitieron que textos y cartografías fueran asumidos como representaciones sustitutas de la experiencia local. Sin embargo, no se trata aquí de un paternalismo que aboga por el “dejar hablar al otro”, sino que se trata más bien del reconocimiento de la potencia que alberga para la ciencia social el advenimiento de los agentes sociales al campo de la producción textual y cartográfica. Me distancio por tanto de aquellas vertientes de la ciencia social que buscan la “expresión auténtica del otro” –una suerte de cruzada por la voz de los oprimidos–, y que se valen para ello de la masificación de historias de vida y testimonios que acercan al lector la “versión vernácula de la realidad”. Por el contrario, quiero reiterar que la acelerada irrupción de los discursos/prácticas locales en la interpretación y el análisis textual promueve una ruptura en la investigación social, tanto en lo que se refiere a sus metodologías –que aparecen hoy insuficientes para seguir produciendo “retratos” de la realidad

local-, como en lo que se refiere al proceso mismo de producción y validación de conocimiento científico, es decir, con lo que atañe a los cimientos epistemológicos de la ciencia positiva, revisados en el contexto geográfico, social e histórico –de poder– en el que se produce el saber.

Partiré entonces de postular que el proceso etnográfico no se agota en la inmersión de un investigador en una comunidad de la que extrae datos e información, sino que su accionar comprensivo se extiende hasta la mediación de acervos culturales que posibilitan un camino de entendimiento a través del acento en la diferencia y del diálogo en las afinidades.

La discusión precedente se explora en este capítulo a través del acercamiento a la cartografía social como metodología de investigación social, considerándola sobre todo como una estrategia de construcción de conocimiento que subvierte los lugares de enunciación, las categorías de validación y la gramática hegemónica de la ciencia positiva occidental. Al aproximarnos a algunos ejercicios de cartografía social como metodología de análisis territorial, descubriremos que constituye una valiosa herramienta política, cultural, social y económica para las comunidades locales, que pueden apuntalarse en ella para dar cuenta de las diversas y específicas territorialidades desarrolladas en el proceso histórico de producción de su espacio social. En este sentido, la cartografía social reflexiona sobre la tradicional hegemonía y sobre la insuficiencia de la geografía y la cartografía occidentales para dar cuenta de esa diversidad y especificidad.³ Por tanto, las cartografías sociales pueden convertirse en un insumo propicio para la planificación urbana, para las propuestas de desarrollo territorial y para el tratamiento de conflictos socioambientales,⁴ fortaleciendo espacios participativos que contribuyen a la afirmación de

3 Beatriz Piccolotto, “Decifrando mapas: sobre o conceito de ‘território’ e suas vinculações com a cartografia”, *Anais do Museu Paulista*, Vol. 12, no. 1 (2004): 193-234; Vladimir Montoya, “El mapa de lo invisible. Silencios y gramática del poder en la cartografía”, *Universitas Humanística*, Vol. 63, no. 63 (2007).

4 La noción de *conflicto socioambiental* nos hace comprender que toda acción predatora sobre la base natural tiene una consecuencia en la sociedad y a la inversa. En este sentido, Almeida llama la atención sobre cómo para la comprensión de la acción predatora no se pueden separar las sociedades de su medioambiente. Alfredo Wagner Berno de Almeida et al., *Guerra ecológica nos Babaçuais* (São Luis: Lithograf, 2005).

identidades colectivas, a la apertura de las políticas públicas, y a la proposición de estrategias conducentes a la equidad territorial y poblacional.

Espacio, territorio y lugar desde la perspectiva geográfica contemporánea

La geografía contemporánea ha llamado de diversas maneras la atención sobre la importancia que tienen las nociones de *espacio* y *territorio* para comprender la vida social y el desarrollo de las sociedades humanas. A partir de la consideración de que el espacio constituye la dimensión esencial de la realidad material en la que se desenvuelve la existencia, se reconoce que este determina y es determinado por la vida humana, lo cual permite entenderlo como socialmente producido por las relaciones económicas, políticas y culturales entre los individuos y los grupos. Cada sociedad produce y reproduce sus formas y sus representaciones espaciales particulares, lo que podríamos llamar, parafraseando a Henri Lefebvre,⁵ la producción social del espacio.

En este sentido, el espacio trasciende de ser un simple contenedor material en el que se “dispone” la vida humana, y es asumido, en cambio, como un agente activo que interviene en la conformación de la sociedad misma. Tal y como señala Ovidio Delgado al referirse a los análisis del geógrafo brasileño Milton Santos, el espacio participa al mismo tiempo de la constitución física y social del mundo, de modo que “El espacio no es apenas un conjunto de las cosas naturales y artificiales, sino todo eso junto con la sociedad (...) El espacio como estructura es una totalidad cuyos componentes en interrelación son los hombres, las firmas, las instituciones, el medio ecológico y las infraestructuras”.⁶

De aquí entonces la importancia de que los análisis geográficos consideren el espacio como una totalidad en la que acontece el devenir de la sociedad, asumiendo así que este es a la vez acontecimiento y acontecer. Por esto, la realidad social debería ser abordada como un fenómeno complejo, cuya interpretación

5 Henri Lefebvre, *La production de l'espace* (Paris: Anthropos, 1991).

6 Ovidio Delgado, *Debates sobre el espacio en la geografía contemporánea* (Bogotá: Departamento de Geografía, Universidad Nacional de Colombia, 2003), 99.

amerita la participación de diversas disciplinas, pues su integridad no se agota en esquemas analíticos propios de una ciencia social fragmentada y dispersa, sino que convoca a un pensamiento transdisciplinar, abierto a la cooperación y al debate para el entendimiento de la complejidad que implica el pensamiento sobre el espacio.

En conexión con el concepto de *espacio*, apareció en las ciencias sociales la idea de *territorio*, que nos remite a la expresión del poder sobre el espacio, siendo entonces el resultado de los ejercicios humanos de apropiación, simbolización y significación, en los cuales el poder se despliega como potencia para delimitar, definir y demarcar. El territorio aparece como aquel espacio adecuado en el que una comunidad ha desenvuelto su manera particular de ver y construir el mundo, actuando así como una forma de inscripción temporal sobre el espacio en la que se articulan el pasado, el presente y el futuro social. Por ello, es necesario asumir el territorio como un espacio social en continua transformación, activo y dinámico, y referencia obligada para cualquier posibilidad de desarrollo político de la(s) comunidad(es) que alberga. En concordancia con lo propuesto por María Echeverría y Análida Rincón, podemos asumir el territorio como “(...) soporte material y básico del desarrollo social y como producción social derivada de la actividad humana que transforma ese territorio que le sirve de base. El territorio no es más ese trozo de naturaleza con cualidades físicas, climáticas, ambientales, etc., o ese espacio físico con cualidades materiales, funcionales y formales, etc., sino que se define desde los procesos y grupos sociales que lo han transformado e intervenido, haciéndolo parte de su devenir”.⁷

En esta perspectiva, el territorio es pensado como un producto de la acción humana específica, de la *territorialidad*, definida esta como la capacidad de desplegar acciones encaminadas a elaborar de manera concreta una cierta delimitación y apropiación del espacio. Así pues, la territorialidad se comprende como un ejercicio complejo de

7 María Echeverría y Análida Rincón, *Ciudad de territorialidades, polémicas de Medellín* (Medellín: Facultad de Arquitectura, Centro de Estudios del Hábitat Popular, Universidad Nacional de Colombia, 2000), 14.

(...) acciones de expresión y marcación, instauración y consolidación, protección y defensa, desde múltiples y diversos orígenes (fuentes) y dimensiones que en su intervención y confluencia dan existencia al territorio en múltiples sentidos: imaginario, cotidiano, organizativo, institucional, político, técnico, económico, formal, estético, espacial, etc.

Es decir, una relación de poderes en la cual se reconocen los intereses de los actores y unas finalidades o propósitos que motivan su intervención y negociación.⁸

Partiendo de estas maneras de comprender el espacio, el territorio y la territorialidad, podemos comprender la vida en sociedad como una *vida territorial*. Esto puede comprenderse mejor si, parafraseando a Rita Segato, asumimos que el territorio “nace como representación”, como un “espacio representado y apropiado, una de las formas de aprehensión discursiva del espacio”: administración (delimitación, clasificación, habitación, uso, distribución, defensa e identificación). Convirtiéndose así en una “representación social del espacio”, por lo que es “apropiado, trazado, recorrido, delimitado”, controlado por un sujeto individual o colectivo que ejerce sobre él su poder que nos lleva a introducir la idea de frontera y por tanto la de territorialidad.⁹

Al referirnos al territorio estamos ante una noción fundacional del ordenamiento espacial y de los principios sociales que rigen las relaciones entre individuos y colectivos. Es así como en la relación entre población y territorio se hacen visibles las distintas escalas de manejo y control del espacio, desde los intereses de más amplio alcance geopolítico en los que tiene ocurrencia el devenir de Estados y el orden transnacional, hasta aquellos que tienen que ver con la escala microsocia en la que se desenvuelven las vidas cotidianas de los individuos y colectivos. Es por esto por lo que en el estudio de los procesos de configuración territorial, insumo básico para la planificación del desarrollo y el ordenamiento, es de capital importancia que se consideren los efectos socioespaciales que tienen las grandes intervenciones de tipo económico, político,

8 Echeverría, Rincón y González, *Ciudad de territorialidades*, 19.

9 Rita Segato, “En busca de un léxico para teorizar la experiencia territorial contemporánea”, en *(Des) territorialidades y (no) lugares. Procesos de configuración territorial y transformación social del espacio*, eds. Carlo Piazzini y Diego Herrera (Medellín: INER, La Carreta Editores, 2006), 75-94.

ecológico y cultural –promovidas generalmente por agentes externos–; pero también es esencial que se reconozcan, habiliten y valoren los saberes y las prácticas de las comunidades locales que conforman el mosaico poblacional que configuran los territorios específicos. Como bien lo señala Delgado, “(...) es necesario describir, comprender y criticar la producción social del espacio, y construir una ética de su producción que nos permita evaluar la justicia y la injusticia del espacio producido, al mismo tiempo que evaluar la responsabilidad de las acciones de quienes lo producen”.¹⁰

Inherente a esta reflexión sobre el territorio, aparecen en el contexto contemporáneo las inequidades auspiciadas por los impactos locales del proceso de globalización económica. Frente a ello, la noción de *lugar* está propiciando un ejercicio crítico de reinterpretación contextual y dinámica de las relaciones específicas y particulares que establecen los distintos grupos humanos como resultado de su experiencia socioespacial. El *lugar* no aparece pensado como una espacialidad estática y autocontenida, sino que se considera como un componente dinámico de lo político y lo económico a niveles regional, nacional y mundial. Esta forma de entender la idea de *lugar* está derivada de la fenomenología, de filósofos como Heidegger o Maurice Merleau-Ponty, y de los desarrollos posteriores de la antropología, que emplea esta categoría de análisis para referirse a las maneras como la gente “experimenta y hace” espacio, asumiendo que los individuos son agentes sociales dinámicos, articulados al devenir de los lugares, e involucrados de manera permanente en su proceso de producción. Desde allí podríamos decir que el lugar es permanentemente decorado/“movilizado”/confeccionado, pues no se trata solo del sitio en donde está el individuo –locación–, sino del cruce y la interacción entre el dónde se está y lo que allí acontece. Como consecuencia de esto, los análisis geopolíticos contemporáneos proponen insistir en el modo en que cambian con el tiempo las relaciones de poder mundial entre las distintas escalas (global, internacional, nacional y regional), y las redes entre distintos lugares.¹¹ Así mismo, lo específico de cada lugar se considera como el resultado de múltiples

10 Ovidio Delgado, *Espacio y territorio en la geografía contemporánea* (Bogotá: Departamento de Geografía, Universidad Nacional de Colombia, 2006), 6.

11 John Agnew, *Geopolítica. Una re-visión de la política mundial* (Madrid: Trama Editorial, 2005).

intercambios que lo conectan con otros territorios, haciendo que podamos hablar, siguiendo a Doreen Massey,¹² de “un sentido global de lugar”, un sentido global de lo local.

La comprensión de estas distintas maneras de experimentar el territorio nos lleva a plantear que la producción del espacio social es un proceso en que se involucran múltiples relaciones y elaboraciones simbólicas que actúan como vínculos entre los grupos humanos y los espacios que habitan. A este respecto, la noción de *territorialidad específica* propuesta por Alfredo Wagner Berno de Almeida et al.¹³ permite comprender que cada comunidad establece una manera particular de dar sentido y significación al espacio social que produce, por lo que puede afirmarse que la territorialidad específica resulta de un proceso dinámico y particular de relaciones entre cada comunidad y su espacio habitado. Así pues, en un territorio concreto se cruzan diversos *procesos de territorialización* agenciados por distintos agentes sociales con intereses y perspectivas diversas. Tal y como afirma Henri Acselrad, “Las dinámicas económicas generan un proceso de exclusión territorial y social”,¹⁴ lo cual ocasiona que los *procesos de territorialización* de las comunidades locales se den en medio de fuertes presiones de desterritorialización promovidas por agentes económicos y políticos externos, como las grandes empresas mineras o la agroindustria.

Todo lo anterior nos lleva a reflexionar sobre la importancia de reconocer la identidad como un proceso dinámico en el que los colectivos sociales elaboran permanentemente una imagen política que les posiciona en las relaciones con los demás y que no está arraigada simplemente dentro del *lugar*, sino que está compuesta también por diversas relaciones con el afuera, lo cual es una consideración esencial a la hora de replantear la geografía “regional” o la de cualquier otra categoría con la que se discrimine el territorio. Como veremos en adelante, a poner en discusión y a construir colectivamente aproximaciones

¹² Doreen Massey, “Lugar, identidad y geografías de la responsabilidad en un mundo en proceso de Globalización”, *Revista Treballs de la Societat Catalana de Geografia*, Vol. 57 (2004): 77-84.

¹³ Almeida et al., *Guerra ecológica*.

¹⁴ Henri Acselrad, “Cuatro tesis sobre políticas ambientales ante las coacciones de la globalización”, *Nueva Sociedad*, no. 188 (2003): 95.

a estas categorías conceptuales determinantes de la experiencia geográfica del lugar –*las otras geografías*– es a lo que contribuye la cartografía social.

Del hacer mapas y el compartir saberes, algunas experiencias de aplicación en Latinoamérica

En adelante, con el propósito de conocer algunos elementos metodológicos y analíticos puestos en práctica en distintos contextos, retomaré una definición de la cartografía social como

(...) una metodología nueva, alternativa que permite a las comunidades conocer y construir un conocimiento integral de su territorio para que puedan elegir una mejor manera de vivirlo. Es una forma de investigación humanista y humanizadora. Es una propuesta conceptual y metodológica novedosa que hace uso de instrumentos técnicos y vivenciales. Este tipo de mapas (en oposición con los mapas tradicionales que se elaboraban únicamente por los técnicos) se elaboran por la comunidad en un proceso de planificación participativa poniendo en común el saber colectivo (horizontal) y de esta forma legitimarlo. Es un proceso democrático de construcción de conocimiento a través de la transcripción de la experiencia de los lugares no nombrados, donde los miembros de la comunidad analizan colectivamente los problemas sociales, en un esfuerzo por comprenderlos y solucionarlos.¹⁵

Como se ve aquí, la cartografía social implica como punto de partida el reconocimiento de que todos los actores sociales tienen unos saberes por compartir y aportar en los procesos de construcción social de conocimiento en torno a sus realidades socioculturales, ambientales, políticas, económicas y, por tanto, a los procesos de representación, planeación y manejo territorial en diferentes escalas (barriales, locales, regionales, sectoriales, sociales, etc.). El punto de partida es la consideración de la cartografía y el discurso geográfico como *instrumentos de poder* que terminan por reducir y someter el territorio

15 “El poder de la cartografía social en las prácticas contra hegemónicas o la cartografía social como estrategia para diagnosticar nuestro territorio”, Sabina Habegger e Iulia Mancila, 14 de abril de 2006, acceso 2 de noviembre de 2007, http://beu.extension.unicen.edu.ar/xmlui/bitstream/handle/123456789/365/Habegger%20y%20Mancila_El%20poder%20de%20la%20cartografia%20social.pdf?sequence=1&isAllowed=y.

al mapa, lo cual ha reemplazado la observación directa de los procesos territoriales, y ha propiciado que legislaciones y políticas públicas sean formuladas desde la pretendida “realidad” contenida en la representación gráfica/discursiva. Para reorientar esta situación, en la cartografía social se debe posibilitar la construcción colaborativa y dialogante de los gráficos y las interpretaciones espaciales por parte de los investigadores, los habitantes de las distintas regiones y sus usuarios finales.¹⁶

Esta reflexión anterior se encuentra de manera transversal en la experiencia de aplicación de la cartografía social como metodología de investigación realizada en la Universidad Federal del Amazonas, en Brasil, en el proyecto Nueva Cartografía Social de la Amazonia, coordinado por el antropólogo Alfredo Wagner Berno de Almeida, y financiado por la Fundación Ford. Basado en el rastreo realizado hasta hoy en el contexto latinoamericano, puedo afirmar que este es el ejercicio más elaborado de aplicación sistemática de la cartografía social para el análisis territorial. En dicho proyecto se asume la cartografía social como una estrategia y un método para el conocimiento de los movimientos sociales desde las voces de sus actores, las cuales son plasmadas en mapas que a través de diferentes íconos representan diversas situaciones de uso de los recursos naturales, los conflictos ambientales, sociales y culturales, para formular desde allí lineamientos para orientar adecuadamente las acciones y políticas públicas en los bosques, ríos, litorales y ciudades de la amazonia brasileña.

La nueva cartografía social del Amazonas busca la elaboración de documentos que formalicen la existencia de diferentes grupos sociales, su historia, sus conflictos y las reivindicaciones que ellos mismos agencian. En este sentido, la cartografía se convierte en un medio para que los individuos participen activamente en procesos de organización local, en políticas de uso de tierra, y en mecanismos de identificación y valoración de los recursos del territorio desde sus propias perspectivas, partiendo de ejercicios localizados en los espacios comunitarios que son llevados después de su proceso de producción a debates en los órganos ejecutivos del orden municipal y provincial.

Según relata Alfredo Wagner, las cartografías son construidas en talleres colectivos, complementadas por recorridos etnográficos, registro fotográfico, entrevistas y conversaciones, además de que se apoyan en la elaboración de mapas mentales y físicos a partir de los conocimientos locales sobre el medio rural y urbano.¹⁷ Con el objetivo de conseguir una autocartografía de la Amazonia que exprese la valoración de los diferentes recursos del territorio y sus usos para luego convertirlas en políticas públicas, el proyecto de Nueva Cartografía Social ha logrado vincular a más de 126 grupos sociales ligados a diferentes religiones, grupos indígenas, comunidades negras, refugiados, mujeres, campesinos, homosexuales, explotadores de recursos ambientales, entre otros. La propuesta cartográfica viene siendo recogida en una serie de publicaciones que contienen textos, imágenes y mapas sobre las áreas rurales y urbanas que ocupan los diferentes grupos sociales, en los cuales se narran las historias de ocupación de estos territorios, sus problemáticas, las conquistas y reivindicaciones logradas por cada uno de los movimientos sociales y las comunidades en campos como la educación, la salud, el transporte, la infraestructura, las artes, la cultura, la medicina o el comercio.

En palabras de Almeida, “estas formas de cartografía funcionan como ‘documentos de identidad colectiva’ de las comunidades y contribuyen en relatar su situación social y en la afirmación de la ciudadanía”.¹⁸ En los diferentes fascículos publicados por el proyecto, diversos actores sociales evalúan las formas en que la cartografía social se viene convirtiendo en una herramienta de reivindicación identitaria y afirmación política, señalando por ejemplo que la cartografía social es “(...) una forma de mostrar nuestro trabajo, de ver que no estamos depredando la naturaleza. A través del mapa la gente puede mostrar nuestros recursos, que los estamos vigilando para nuestro sustento y el de nuestros hijos”.¹⁹

17 Alfredo Wagner Berno de Almeida, “Centro de Lançamentos de Alcântara ameaça território étnico”, *Com Ciência, Dossiê, O homem no espaço: conhecimento e incerteza*, no. 17 (2001), <http://www.comciencia.br/reportagens/espaco/espco5.htm>.

18 Almeida, “Centro de Lançamentos”. Tanto esta cita como las siguientes corresponden a documentos publicados originalmente en portugués por el Proyecto Nueva Cartografía Social de la Amazonia. La traducción es del autor.

19 Alfredo Wagner Berno de Almeida, *Ribeirinhas da Várzea do Parauá e Costa de Canabuoca. Mulheres Guerreiras. Manacapuru, Amazonas* (Pará: Projeto Nova Cartografia Social da Amazônia, 2007), 3.

Igualmente, la potencia social y política de la cartografía social se evidencia por ejemplo en el uso que están haciendo de ellas las *comunidades quilombolas* (poblaciones negras cimarronas, indígenas y desertoras) para la defensa de sus territorios, las cuales son continuamente amenazadas por las diferentes actividades económicas extractivas, y por los megaproyectos que se adelantan en las nuevas ciudades de la Amazonia brasileña. Según muestra Alfredo Wagner, “(...) queremos la cartografía para recuperar ese espíritu de colectividad, de usar la tierra con equilibrio. Ciertamente que el grupo aumentó y quiere garantizar su territorio y remirar lo que era antes. Por eso queremos llamar a todos para luchar por la titulación del territorio quilombola”.²⁰

Así mismo, las mujeres asentadas en las riberas de los ríos brasileños sostienen que “(...) encontramos importante [la cartografía social] porque en esa situación de localización, el mapa va a localizar el lugar, cómo es que la gente se mantiene, la forma como la gente vive aquí. Cómo es en la inundación, en la sequía, cómo es la alimentación y la sobrevivencia de la gente. Todo eso es bien mostrarlo en un mapa”.²¹

Como deja entreverse en estos testimonios, a través de los ejercicios de construcción colectiva de los mapas, los distintos grupos locales encuentran sustento a sus estrategias de resistencia social y cultural, al tiempo que van descubriendo elementos definitorios de su unidad y cohesión social.

El último elemento importante para reseñar respecto al proyecto de Nueva Cartografía Social en la Amazonia brasilera se refiere al reto y aporte que hace en la vinculación de componentes tecnológicos: imágenes satelitales, cartografía, base digital, geoposicionamiento global, aerofotografía y otras técnicas integradas en la plataforma ArcGis. Las propias comunidades locales (denominadas preferentemente allí *pueblos tradicionales*) son provistas de Sistemas de Posicionamiento Global (GPS) y capacitadas en su uso, siendo partícipes fundamentales del proceso de levantamiento de información en campo. Posteriormente, acompañan también a los técnicos en el proceso de construcción

20 Alfredo Wagner Berno de Almeida, *Quilombolas de Bujaru e Concórdia, Pará, Brasil* (Pará: Projeto Nova Cartografia Social da Amazônia, 2006), 10.

21 Almeida, *Ribeirinhas da Várzea do Parauá*, 5.

de las cartografías temáticas, previa realización de talleres colectivos en los que se discuten los elementos que finalmente integrarán los mapas, y en los que se elaboran los íconos y las denominaciones para cada uno.

En el Perú, en las regiones de Apurímac, Ayacucho y Cusco, se adelantó entre 1997 y 2005 el proyecto de Manejo de Recursos Naturales en la Sierra Sur (MARENASS), que representa otro importante referente de ejercicios de análisis y prospección territorial participativa, sustentado en la producción de cartografías a través de la metodología que denominan *mapas parlantes*, la cual, como veremos, corresponde en sus planteamientos a la cartografía social. Este proyecto fue auspiciado por el Ministerio de Agricultura del Perú, pero se basó en una estrategia amplia de coordinación interinstitucional, vinculando diversas entidades oficiales, no gubernamentales y organismos de cooperación internacional, cuyas tareas y objetivos estuvieran conexos con el aprovechamiento y la conservación de los recursos naturales.²² Además, el proyecto logró la participación de los Gobiernos locales, haciendo que se comprometieran en la suscripción de pactos políticos para la ejecución de los proyectos priorizados y diseñados por las comunidades durante el proceso de elaboración colectiva de los mapas parlantes. Estos mapas son asumidos en el proyecto MARENASS como “(...) instrumentos técnicos metodológicos que permiten la organización y comunicación de las decisiones del medio comunal, a través de la diagramación de escenarios (pasado, presente y futuro) en mapas territoriales. El objetivo metodológico de los mapas parlantes es recoger de manera gráfica la percepción de los participantes sobre el territorio local y fortalecer su identidad campesina.”²³

El punto de partida es la identificación y el inventario de todos aquellos elementos más significativos del territorio local, los hitos del paisaje y los lugares apropiados para los procesos de producción, los cuales son graficados

22 Entre las organizaciones comprometidas figuran: Conacs, Pronamachs, PETA, Senasa, UOPE, INLAA, ONG, organizaciones de base en cada ámbito zonal, y convenios de cooperación para la asistencia técnica con programas regionales del Fondo Internacional de Desarrollo Agrícola (FIDA): Preval II, Procasur, Fidamerica. “Capacidades y experiencias campesinas, respuestas a las motivaciones. Informe final 1997-2005. Ministerio de Agricultura”, Proyecto MARENASS, 2005, acceso 15 de agosto de 2008, <http://www.marenass.org/>.

23 “Capacidades y experiencias campesinas”, Proyecto MARENASS.

conjuntamente mientras se discute sobre su pasado, presente y futuro. Mediante estos debates colectivos se va produciendo el acercamiento analítico a las tendencias del ordenamiento territorial, se identifican las principales transformaciones socioespaciales y se propicia la autorreflexión sobre los cambios. El proceso propuesto por el proyecto MARENASS se fundamenta en la participación amplia y libre, la cual se inicia con el acercamiento a las comunidades a través de sus líderes y “actores claves”, a quienes se da a conocer el proceso metodológico que se va a seguir. Posteriormente, se producen los talleres de dibujo de los mapas, apoyados en los mapas catastrales que son calcados y sobre los que la comunidad asienta sus conocimientos de localización y toponimia. Este proceso sigue como pautas:

- a) Organizar a los participantes en grupos etarios y solicitarles que recuerden, observen, analicen y dibujen su comunidad, enfatizando la situación de sus recursos en diferentes tiempos (pasado, presente y futuro).
- b) Cada mapa deberá contener los aspectos más importantes que hacen al territorio, por ejemplo, cursos de agua, vías de ubicación, áreas forestales, infraestructura de riego, puestos de salud, etc.
- c) Cada grupo presenta los mapas y se identifican las semejanzas y las carencias de cada uno de ellos.
- d) Se discute con los participantes qué temas prioritarios o problemas presentan los mapas, y qué dicen sobre las actividades de las personas que construyen el territorio.²⁴

Tras la realización de los mapas se produce el proceso de complementación y verificación de la información contenida en ellos a través de recorridos de campo, con el fin de permitir las correcciones necesarias y que sean discutidas colectivamente. Los mapas que representan el pasado, el presente y el futuro son convertidos en una “línea base comunal”, utilizada para formular planes anuales en cada comunidad, y son llevados a encuentros intercomunales donde participan representantes de los Gobiernos locales, del orden provincial

24 “Capacidades y experiencias campesinas”, Proyecto MARENASS.

y nacional, para organizar una competencia entre los representantes de las distintas comunidades y elegir la mejor propuesta local.²⁵

Para el caso de Colombia existen algunos ejercicios significativos de cartografía social, los cuales derivaron en los años 70 del auge de la Investigación Acción Participativa (IAP). Los ejercicios encontrados hasta ahora parten de la concepción de la cartografía social como un proceso de elaboración colectiva de mapas, imágenes o representaciones para comprender lo que ha ocurrido y ocurre en un territorio específico. Sin embargo, la sistematización, el almacenamiento y la difusión de los distintos procesos adelantados en el país no ha sido realizada de manera eficiente, haciendo que exista una desconexión entre las entidades que promueven y usan la cartografía social como metodología de construcción de conocimiento. Los procesos de cartografía social sobre los que se ha encontrado una adecuada sistematización en Colombia son los realizados en el departamento del Cauca, en los cabildos indígenas, por la Fundación La Minga y por el proyecto “Fortalecimiento de las organizaciones pertenecientes a la Asociación de Proyectos Comunitarios (APC)”²⁶

En el caso de la experiencia de la Fundación La Minga, se trató de un proceso iniciado en 1986 en la región norte del Cauca, en el marco del “Plan solidario para recuperar la vida” que contó con el apoyo de la Empresa Cooperativa de Desarrollo (Emcodes).²⁷ El proceso de cartografía social permitió en este caso que tras unos primeros años de énfasis en la utilización de mapas técnicos para el estudio de la organización comunitaria se pasara a que la propia gente los elaborara, apoyados en la idea política de “poner sobre la mesa el saber de los Pueblos Indígenas sobre su territorio y, de esta manera, legitimarlo”.²⁸ El punto de partida fue la cartografía oficial disponible en el Instituto Geográfico Agustín Codazzi, sobre la cual se dibujaban colectivamente mapas de pasado, presente y futuro del territorio. Esta metodología es la que aparece

25 Una valiosa síntesis audiovisual de la metodología de construcción de los mapas parlantes y de los encuentros interprovinciales se encuentra disponible en: http://www.youtube.com/watch?v=f_P9mYDPxhE y <http://www.youtube.com/watch?v=Qn18ddX.B1Bs>.

26 Juan Carvajal, *Territorio y cartografía social* (Popayán: Asociación de Proyectos Comunitarios, 2005).

27 “Cartografía social”, Andrade y Santamaría.

28 “Cartografía social”, Andrade y Santamaría.

acogida años más tarde por el proyecto “Fortalecimiento de las organizaciones pertenecientes a la Asociación de Proyectos Comunitarios, APC”, con sede en Popayán, que propone la apropiación por parte de las comunidades locales de un proceso permanente de planeación participativa del desarrollo territorial, a través del ejercicio de la cartografía social como un proceso de formación contextualizado en el ámbito local, pero sin limitarse a él, sino que sirve también para “(...) pensar más allá, hay que salirse momentáneamente del pedacito de tierra en el que se vive y toca pensar un territorio por fuera de ese tiempo y espacio. Esto nos hace ver un territorio ampliado en el cual vivimos o sobrevivimos, los cambios que se han dado y los cambios que vendrán”.²⁹

Los desarrollos logrados por estos procesos de cartografía social en Colombia señalan la importancia de la elaboración de varios tipos de mapas: a) económicos-ecológicos, en los que se representan los referentes ecosistémicos, los recursos y las actividades productivas en el territorio; b) administrativos-infraestructurales, en los que se representan los servicios públicos, las carreteras, los caminos, las instituciones religiosas y educativas, los puentes y las demás obras que hacen parte del territorio cartografiado; c) de redes de relaciones sociales y culturales de la población, en los que se identifican los diferentes actores y escenarios que interactúan en él; y d) sobre conflictos entre diferentes elementos del territorio y los actores que en él convergen, así como sus vulnerabilidades o potencialidades.

Cada uno de estos mapas debe ser relacionado con los demás para obtener una lectura integral del territorio y sus dinámicas, los actores y los escenarios de encuentro y de tensión. La elaboración de estos mapas (que podrán ser gráficos, sonoros o audiovisuales, entre otros formatos) se inicia con la identificación y representación de los elementos, los actores, las relaciones, las dimensiones y las tendencias que caracterizan el territorio en estudio, para posteriormente lograr una comprensión en profundidad de los problemas, las potencialidades y los conflictos que lo dinamizan, así como de las amenazas,

fortalezas y oportunidades que derivan de todo ello.³⁰ El carácter participativo, la reflexividad y el diálogo permanente son los elementos definitorios de todo el proceso, al final del cual, según lo propuesto por Harold Córdoba, deberá presentarse el mapa a la comunidad como forma de socialización que “permite la evaluación del mismo y la interiorización por parte de la población, así como la participación futura de sus habitantes”.³¹

A diferencia de los procesos presentados antes para Perú y Brasil, aún no se ha encontrado en el caso colombiano la vinculación de los Gobiernos locales o regionales a los procesos de cartografía social, demeritando con ello la posibilidad de que la planeación participativa se transforme en acuerdos políticos de gestión territorial. Sin embargo, lo que no parece ponerse en duda en el contexto colombiano es la relevancia que reviste la cartografía para los procesos de ordenamiento territorial, y el creciente interés por su difusión y uso a partir del desborde de circulación de información promovido en los últimos años por las nuevas tecnologías, lo cual ha comenzado a potenciar los debates sobre las posibilidades ofrecidas por la cartografía social para complementar los diagnósticos oficiales. A este respecto, Héctor Mora y Carlos Jaramillo³² muestran la importancia de vincular la cartografía social con las técnicas convencionales de producción de mapas a través de la geomática, intentando generar un lenguaje común que posibilite la complementación de los mapas georreferenciados con la información contenida en aquellos elaborados por las comunidades locales. En particular resulta interesante su preocupación porque la cartografía responda a “(...) las preocupaciones sociales y ambientales de mayor alcance. La nueva cartografía temática debe ser por tanto, dinámica y multitemporal, pero sobre todo, interactiva. Debe facilitar

30 Gloria María Restrepo, Álvaro César Velasco y Juan Carlos Preciado, *Cartografía social. Serie Terra Nostra N.º 5* (Tunja: Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia, 1999); Jairo Chávez, *La cartografía social. Un procedimiento para la planeación participativa en el nivel local* (Cali: Corporación Autónoma Regional del Valle del Cauca, Fundación La Minga, 2001); Catalina García, *Barrios del mundo: historias urbanas. La cartografía social... pistas para seguir* (Bogotá: Enda Colombia América Latina, 2005).

31 Harold Córdoba, *Cartografía social, territorio e identidad* (Bogotá: Universidad Pedagógica Nacional, 2006).

32 Héctor Mora y Carlos Jaramillo, “Aproximación a la construcción de cartografía social a través de la geomática”, *Ventana informática*, no. 11 (enero-junio de 2004): 129-46.

el control de información voluminosa y difícil, para aportar los resultados de una manera más eficaz, pues potencializa la oportunidad de que cada usuario sea el productor del mapa temático digital, gracias a una serie de recursos técnicos que le permiten trabajar de manera directa con el ‘dominio de la información’ geográfica”³³

A mi entender, la vinculación de este carácter interactivo mediante el uso de herramientas informáticas es una valiosa oportunidad para potenciar la cartografía social, pues permitiría una actualización más ágil de la información, y un control y seguimiento constantes de las comunidades locales sobre las transformaciones socioespaciales, pudiendo con ello aportar revisiones oportunas a los proyectos en ejecución o en gestión en sus territorios.

Aprendizajes y sendas de búsqueda: la cartografía social y la recomposición de la planeación territorial

En el último año, a partir de los procesos de cartografía social adelantados desde el Instituto de Estudios Regionales (INER) de la Universidad de Antioquía con comunidades del occidente del departamento de Antioquia y con habitantes de barrios marginados del municipio de Medellín, hemos podido acercarnos de manera práctica a la implementación de los presupuestos teóricos de la cartografía social, descubriendo que su reto permanente consiste en la experimentación y en la búsqueda de acercamientos comprensivos a los modos diferenciales por los que cada colectivo representa, reconoce y comprende sus procesos de interacción con el medio natural y social. Esta experimentación nos ha permitido entender la cartografía social como una herramienta socialmente pertinente para la producción de conocimiento, que requiere en todo momento del recurso a distintos tipos de herramientas y metodologías, desde la producción de representaciones gráficas en talleres colectivos, pasando por el uso de fotografías y trabajo audiovisual, hasta la interacción con recursos tecnológicos como el posicionamiento global y las plataformas de multimedia.

Pero más allá de estas implicaciones en la recomposición de las metodologías de investigación, la mayor potencia que a mi modo de ver alberga la cartografía

social se refiere a su carácter epistemológico, a su condición de saber fronterizo, de propuesta transdisciplinar apuntalada en el diálogo de saberes. Esto se pone en evidencia cuando se considera que el proceso de construcción colectiva de conocimiento que conduce a la realización de las cartografías temáticas constituye un espacio de interacción permanente entre los técnicos y los agentes sociales, todos asumidos como sujetos activos en el análisis y la interpretación de los datos y las representaciones obtenidas. El carácter social de esta forma de producción de conocimiento alude por tanto a las metodologías interactivas desplegadas en el trabajo de campo y a los productos que de allí se derivan, los cuales contemplan tanto las cartografías producidas con/por los grupos e individuos, como aquellas que resultan de su proceso de análisis, interpretación y compilación en nuevos mapas. Se trata de reconocer que las cartografías “otras” no requieren que se les haga hablar a través del lenguaje técnico, sino que deben ser asumidas y presentadas en su locuacidad y en su potencia para acercar la comprensión de las *otras geografías*, relegadas y desconocidas, en medio de las cuales gestionan sus existencias las comunidades locales.

Aunque las implicaciones de esta reconsideración del saber local como un conocimiento válido deberían ser evidentes a la hora de repensar la planeación territorial, es necesario poner de relieve que solo con la vinculación de voluntades políticas de distintas escalas –local, regional, nacional y transnacional–, tal y como pudo observarse en la revisión de los casos brasileño y peruano, es posible la generación de un escaño real de inclusión de las perspectivas comunitarias en la gestión y el ordenamiento territorial. Un paso importante en la consolidación de estas perspectivas de trabajo en cartografía social en los tres países estudiados consiste en la realización de una sociología comparada, es decir, proyectos de investigación conjuntos que permitan hacer un seguimiento a las transformaciones territoriales en cada país, y comparar los procesos de construcción social del territorio propiciados por el surgimiento reciente de grupos que reclaman nuevas identidades colectivas y que complejizan las reivindicaciones de carácter étnico defendidas por poblaciones indígenas y afrodescendientes.

La apertura de los técnicos a la interacción y al diálogo con otros saberes, si bien es un paso promisorio y un gran aporte ético, requiere de la generación

de un debate público que movilice socialmente la reflexión sobre los desaciertos que ha producido la inversión de recursos en proyectos diseñados desde oficinas ajenas a las realidades locales, muchos de los cuales no solo no funcionan sino que actúan como detonantes de conflictos sociales. Es de la interacción equitativa entre saberes expertos, comunidades locales, agentes externos y Gobiernos de donde puede crearse la interlocución entre los mapas cartesianos y los estudios geográficos, con las cartografías que se produzcan a partir de las distintas maneras de habitar, sentir y representar, propias de los habitantes de localidades diversas. La producción de la cartografía en estas condiciones cumple la labor de complementar las historias, las geografías y los inventarios oficiales a partir del acercamiento a realidades sociales y culturales otrora invisibilizadas, con lo cual puede abrirse un mayor horizonte de participación social en la construcción de políticas públicas con base territorial.

Bibliografía

- Acselrad, Henri. "Cuatro tesis sobre políticas ambientales ante las coacciones de la globalización". *Nueva Sociedad*, no. 188 (2003): 87-118.
- Agnew, John. *Geopolítica. Una re-visión de la política mundial*. Madrid: Trama Editorial, 2005.
- Almeida, Alfredo Wagner Berno de. *Quilombolas de Bujaru e Concórdia, Pará, Brasil*. Pará: Projeto Nova Cartografia Social da Amazônia, 2006.
- _____. "Centro de Lançamentos de Alcântara ameaça território étnico". *Com Ciência, Dossiê, O homem no espaço: conhecimento e incerteza*, no. 17 (2001). <http://www.comciencia.br/reportagens/espaco/esp05.htm>
- _____. *Mulheres indígenas e artesãos do Alto Rio Negro em Manaus*. Pará: Projeto Nova Cartografia Social da Amazônia, 2007.
- _____. *Ribeirinhas da Várzea do Parauá e Costa de Canabuoca. Mulheres Guerreiras. Manacapuru, Amazonas*. Pará: Projeto Nova Cartografia Social da Amazônia, 2007.
- _____. *Terra das linguas. Lei municipal de oficialização de Línguas Indígenas São Gabriel da Cachoeira, Amazonas*. Pará: Projeto Nova Cartografia Social da Amazônia, 2007.
- Almeida, Alfredo Wagner Berno de, Joaquim Shiraiishi Neto, Cynthia Carvalho Martins y Movimento Interestadual das Quebradeiras de Coco Babaçu. *Guerrea ecológica nos Babaçuais*. São Luis: Lithograf, 2005.
- Andrade, Helena y Guillermo Santamaría. "Cartografía social, el mapa como instrumento y metodología de la planeación participativa". s. f. Acceso 30 de

- enero de 2007. https://www.edumargen.org/docs/curso12-9/unid03/complem05_03.pdf
- Barroso, Edenes. "Projeto Nova Cartografia Social da Amazonia". Em *Sares, informa y agradece 1*. Editado por Claudio Perani, 22-27. N. p: s. e., 2006.
- Carvajal, Juan. *Territorio y cartografía social*. Popayán: Asociación de Proyectos Comunitarios, 2005.
- Córdoba, Harold. *Cartografía social, territorio e identidad*. Bogotá: Universidad Pedagógica Nacional, 2006.
- Chávez, Jairo. *La cartografía social. Un procedimiento para la planeación participativa en el nivel local*. Cali: Corporación Autónoma Regional del Valle del Cauca, Fundación La Minga, 2001.
- Delgado, Ovidio. *Debates sobre el espacio en la geografía contemporánea*. Bogotá: Departamento de Geografía, Universidad Nacional de Colombia, 2003.
- _____. *Espacio y territorio en la geografía contemporánea*. Bogotá: Departamento de Geografía, Universidad Nacional de Colombia, 2006.
- Echeverría, María y Análida Rincón. *Ciudad de territorialidades, polémicas de Medellín*. Medellín: Facultad de Arquitectura, Centro de Estudios del Hábitat Popular, Universidad Nacional de Colombia, 2000.
- García, Catalina. *Barrios del mundo: historias urbanas. La cartografía social... pistas para seguir*. Bogotá: Enda Colombia América Latina, 2005.
- Habegger, Sabina e Iulia Mancila. "El poder de la cartografía social en las prácticas contra hegemónicas o la cartografía social como estrategia para diagnosticar nuestro territorio". 14 de abril de 2006. Acceso 2 de noviembre de 2007. http://beu.extension.unicen.edu.ar/xmlui/bitstream/handle/123456789/365/Habegger%20y%20Mancila_El%20poder%20de%20la%20cartografia%20social.pdf?sequence=1&isAllowed=y
- Lefebvre, Henri. *La production de l'espace*. Paris: Anthropos, 1991.
- Massey, Doreen. "Lugar, identidad y geografías de la responsabilidad en un mundo en proceso de Globalización". *Revista Treballs de la Societat Catalana de Geografia*, Vol. 57 (2004): 77-84.
- Montoya, Vladimir. "El mapa de lo invisible. Silencios y gramática del poder en la cartografía". *Universitas Humanística*, Vol. 63, no. 63 (2007).
- Mora, Héctor y Carlos Jaramillo. "Aproximación a la construcción de cartografía social a través de la geomática". *Ventana informática*, no. 11 (enero-junio de 2004): 129-46.
- Piccolotto, Beatriz. "Decifrando mapas: sobre o conceito de 'territorio' e suas vinculações com a cartografia". *Annais du Museu Paulista*, Vol. 12, no. 1 (2004): 193-234.

- Proyecto MARENASS. “Capacidades y experiencias campesinas, respuestas a las motivaciones. Informe final 1997-2005. Ministerio de Agricultura”. 2005. Acceso 15 de agosto de 2008. <http://www.marenass.org/>
- Restrepo, Gloria María, Álvaro César Velasco y Juan Carlos Preciado. *Cartografía social. Serie Terra Nostra N.º 5*. Tunja: Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia, 1999.
- Segato, Rita. “En busca de un léxico para teorizar la experiencia territorial contemporánea”. En *(Des) territorialidades y (no) lugares. Procesos de configuración territorial y transformación social del espacio*. Editado por Carlo Piazzini y Diego Herrera, 75-94. Medellín: INER, La Carreta Editores, 2006.
- Silveira, Cristiane. “Nueva cartografía social del Amazonas”. PICICA, *Blog de Rogelio Casado* (blog), 22 de junio de 2007. <http://rogeliocasado.blogspot.com/2007/06/nova-cartografia-social-da-amaznia.html>
- Suchan, Trudy and Cynthia Brewer. “Qualitative Methods for Research on Map-making and Map Use”. *Professional Geographer*, Vol. 52, no. 1 (2000): 145-54.

3. Convergencias

Los estudios regionales en Colombia. Una crítica desde los estudios socioespaciales¹

Clara Inés García²

El análisis regional ha jugado un papel significativo en el avance del conocimiento de los grandes problemas económicos, sociales, políticos y culturales del país, en tanto permite volver más compleja la mirada e identificar las particularidades a las que están sometidos los procesos nacionales en los muy variados territorios que lo componen. Los estudios regionales también han sido muy útiles para profundizar en el análisis de aspectos particulares de interés de las ciencias sociales que requieren agrandar la lupa de sus observaciones como vía para encontrar nuevas pistas explicativas de los fenómenos, cuando estos se agotan en interpretaciones generales del nivel nacional. No obstante, los estudios regionales se ven hoy obligados a dar un vuelco

- 1 Original en: *Universos socioespaciales. Procedencias y destinos*, eds. Clara Inés García y Clara Aramburo (Bogotá: Siglo del Hombre Editores, INER, Universidad de Antioquia, 2009), 35-68. Este capítulo es uno de los subproductos de la investigación que la autora adelanta en el marco del Observatorio Colombiano para el Desarrollo Integral, la Convivencia Ciudadana y el Fortalecimiento Institucional (Odecofi), del cual es miembro el Grupo de Estudios del Territorio del Instituto de Estudios Regionales (INER) de la Universidad de Antioquia.
- 2 Docente-investigadora del Instituto de Estudios Regionales (LNER) de la Universidad de Antioquia y miembro del Grupo de Estudios del Territorio. También es miembro del Odecofi, Centro de Excelencia conformado por el Programa de Ciencias Sociales de Colciencias.

sustancial a la luz de los nuevos enfoques con que la geografía crítica y pos-moderna, la antropología crítica y algunos sociólogos abordan las relaciones espacio y sociedad.

Nuestro objetivo en este artículo es hacer un análisis de lo que han sido los estudios regionales en Colombia adelantados por la economía, la sociología, la historia y la antropología académicas, desde la perspectiva crítica que nos proporcionan hoy los estudios socioespaciales, de tal manera que ello permita puntualizar las posibilidades, los alcances y las limitaciones que cada una de las tendencias identificadas permitió, y plantear las nuevas rutas que el análisis regional tiene como reto acoger en la actualidad.

De hecho, el estudio de las regiones en Colombia ha estado enmarcado por los diferentes enfoques mediante los cuales la ciencia social en Occidente ha abordado el análisis de las regiones y los problemas regionales, y por particulares desarrollos que la investigación sobre conflictos y violencias en Colombia impulsó en este campo. A partir de una revisión panorámica de un significativo conjunto de estudios regionales en el país identificamos cuatro grandes perspectivas, cada una de ellas asociada a determinadas disciplinas y problemáticas.

La economía y el desarrollo regional³

En una primera perspectiva, dentro del enorme conjunto de planteamientos y estudios realizados desde el campo de la economía, los que se ocupan del desarrollo regional son los que incluyen con mayor fuerza la dimensión espacial en sus análisis. Sin embargo, la gran mayoría de estos últimos hacen un uso genérico de dicha dimensión al aplicar a distintos espacios supranacionales, nacionales o subnacionales la pregunta por cuáles son los distintos niveles de desarrollo que se observan entre diferentes áreas geográficas, y por qué una región se encuentra “rezagada” o “avanzada” en términos de bienestar. Estos estudios, a los que podemos denominar tradicionales, otorgan al espacio un

3 Este aparte fue elaborado en colaboración con el economista Daniel Valderrama González.

papel discreto y genérico, al asignarle la función de soporte factorial, “aquel donde la actividad económica toma lugar”.⁴

Hay un conjunto más reciente y minoritario de estudios –“heterodoxos” por cuanto se apoyan en la multidisciplinariedad y aún están en proceso de construcción– que sí asumen un concepto de lo espacial en el que las particularidades propias de las áreas geográficas estudiadas comienzan a hacer parte integrante de las variables por interrelacionar en el análisis, y en el que las interacciones entre distintas escalas espaciales deben ser tomadas en cuenta. Este conjunto está conformado por una agrupación de escuelas y pensamientos económicos variados, y a veces hasta contrapuestos, que consideran al espacio como un configurador de particularidades, o como un factor productivo o como un actor del desarrollo.

- a) La corriente “tradicional” piensa el espacio como abstracto y discernible por medio de la observación de los niveles de acumulación (*stock*) de los factores productivos y las diferencias que estos reflejan en sus índices de localización. Piensa el espacio como un soporte de factores productivos genéricos, como distancias entre puntos que implican costos de transporte, o como concentrador y generador de rendimientos crecientes a través de externalidades pecuniarias y tecnológicas que se dan mediante la proximidad. Si bien estas diferentes definiciones, en su orden, muestran una evolución continua en el concepto del espacio económico, tienen un rasgo en común y es que a la hora de operacionalizarlas para diferenciar unos espacios de otros se vuelven genéricas y descontextualizan la región de análisis.

Los estudios regionales que se han hecho en Colombia desde la perspectiva económica se han enfocado en su mayoría bajo el planteamiento “tradicional”. Aquí caben los que giran en torno al debate de la convergencia regional (como los estudios de Alexander Bastidas;⁵

4 Kristian Behrens and Jacques François, “Regional Economics: A New Economic Geography Perspective”, *Regional Science and Urban Economics*, Vol. 37, no. 4 (2007): 457-65, <https://ideas.repec.org/a/eee/regeco/v37y2007i4p457-465.html>.

5 Alexander Bastidas, “¿Convergencia económica?”, *Ensayos de Economía*, Vol. 7, no. 11 (1996): 79-99, <https://revistas.unal.edu.co/index.php/ede/article/view/23793>.

Javier Birchenall y Guillermo Murcia;⁶ Ricardo Rocha;⁷ Jaime Bonet y Adolfo Meisel;⁸ Jaime Bonet Morón⁹), al igual que aquellos que abordan el mismo debate tomando “enfoques no paramétricos” (como lo hacen Aguirre;¹⁰ Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo [PNUD]¹¹). Estos estudios, a pesar de tener indicadores más sociales, siguen pensando el espacio como soporte de variables socioeconómicas, sean producto de la actividad económica, personas que se movilizan o factores sociales de bienestar.

Los estudios regionales que tratan del proceso de reestructuración productiva, desarrollo económico y localización industrial, aunque siguen viendo la región como el receptáculo de la actividad económica –en este caso de la industria–, avanzan fuertemente en la concepción espacial de la teoría económica mediante la fundamentación de los procesos polarizados de localización industrial, procesos explicados por el instrumental de la Nueva Geografía Económica (NGE), que logra relacionar el espacio de análisis con otros de acuerdo con su localización, y como contenedor de una iteración continua entre fuerzas centrípetas y centrífugas que explican las dinámicas de aglomeración, dándole cierto papel al espacio bajo el concepto de *proximidad* que este otorga

- 6 Javier Birchenall y Guillermo Murcia, “Convergencia regional: una revisión del caso colombiano”, *Revista Desarrollo y Sociedad*, Vol. 1, no. 40 (1997): 273-308.
- 7 Ricardo Rocha y Alejandro Vivas, “Crecimiento regional en Colombia: ¿Persiste la desigualdad?”, *Revista de Economía del Rosario*, Vol. 1, no. 1 (enero de 1998): 67-108.
- 8 Jaime Bonet y Adolfo Meisel, “La convergencia regional en Colombia: una visión de largo plazo, 1926-1995”, *Coyuntura Económica*, Vol. xxix, no. 1 (marzo de 1999): 69-106, <https://www.repositorio.fedesarrollo.org.co/handle/11445/2125>; Jaime Bonet y Adolfo Meisel, “Polarización del ingreso per cápita departamental en Colombia 1975-2000” (Documentos de Trabajo Sobre Economía Regional N.º 76, Bogotá, Banco de la República, julio de 2006), https://repositorio.banrep.gov.co/bitstream/handle/20.500.12134/3214/dtser_76.pdf?sequence=1&isAllowed=y.
- 9 Jaime Bonet Morón, “El crecimiento regional en Colombia, 1980-1996: una aproximación con el método ShiftShare”, *Revista del Banco de la República*, Vol. 72, no. 863 (1999): 23-42, <https://publicaciones.banrepultural.org/index.php/banrep/article/view/11159>.
- 10 Katherine Aguirre, “Convergencia en indicadores sociales en Colombia. Una aproximación desde el enfoque tradicional y no paramétrico”, *Revista Desarrollo y Sociedad*, Vol. 1, no. 56 (2005): 147-76, <https://revistas.uniandes.edu.co/index.php/dys/article/view/6533>.
- 11 Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, PNUD, *Ejecafetero. Un pacto por la región. Resumen ejecutivo. Informe regional de desarrollo humano 2004* (Manizales: PNUD, 2004), https://www.academia.edu/7231848/Un_pacto_por_la_regi%C3%B3n_Informe_Regional_de_Desarrollo_Humano.

a los factores que contiene, y mostrando cómo dicha proximidad activa otros detonantes del crecimiento.¹² Autores como Edgar Reveiz y Santiago Montenegro,¹³ Luis Flórez y César González,¹⁴ Jorge Lotero¹⁵ y Manuel Guillermo Bonilla¹⁶ trabajan bajo esta concepción del espacio.

Hay también otro tipo de estudios que profundizan el avance comenzado por la NGE, al utilizar variables de las geografías física y económica que particularizan las regiones, además de hacer esfuerzos por medir el factor institucional y de capital social. Entre estos tenemos la geografía económica de Cristina Fernández;¹⁷ la geografía física de Fabio Sánchez y Jairo Núñez¹⁸ y Mónica Pachón;¹⁹ el capital humano, la ciencia y la tecnología de Herrera; la infraestructura y las instituciones de Mauricio Cárdenas y Andrés Escobar²⁰ y Luis Armando Galvis y Adolfo Meisel,²¹ y como síntesis de estos, los recientes *benchmarks* de competitividad departamental.²²

- 12 Paul Krugman, *Desarrollo, geografía y teoría económica* (Barcelona: Antoni Bosch, 1997).
- 13 Edgar Reveiz y Santiago Montenegro, "Modelos de desarrollo, recomposición industrial y evolución de la concentración industrial de las ciudades en Colombia (1965-1980)", *Revista Desarrollo y Sociedad*, Vol. 1, no. 11 (1983): 95-153.
- 14 Luis Flórez y César González, *Industria, regiones y urbanización en Colombia* (Bogotá: Oveja Negra, 1983).
- 15 Jorge Lotero, "Crisis, reconversión industrial y cambio técnico en el sistema urbano colombiano, 1975-1991", en *Globalización y territorio, impactos y perspectivas*, comps. Carlos A. De Mattos, Daniel Hiernaux, Nicolás Restrepo Botero y Darío Restrepo Botero (Santiago de Chile: Fondo de Cultura Económica, Pontificia Universidad Católica de Chile, 1998), 209-35; Jorge Lotero, *Desarrollo espacial, productividad y competitividad comercial de la industria de las regiones colombianas durante la apertura de los noventa* (Medellín: Centro de Investigaciones Económicas, Universidad de Antioquia, 2007).
- 16 Manuel Guillermo Bonilla, *Competitividad y desarrollo humano en las regiones colombianas. Aspectos conceptuales de la relación entre crecimiento y competitividad* (Bogotá: Misión Social, DNP, PNUD, 2001).
- 17 Cristina Fernández, "Agglomeration and Trade: The Case of Colombia", *Revista Ensayos sobre Política Económica*, Vol. 17, no. 33 (junio de 1998): 85-123, <https://repositorio.banrep.gov.co/handle/20.500.12134/4078>.
- 18 Fabio Sánchez y Jairo Núñez, "Geography and Economic Development: A Municipal Approach for Colombia" (Documento de trabajo, Universidad de los Andes, Facultad de Economía, CEDE, Bogotá, marzo de 2000).
- 19 Mónica Pachón, "Geografía y pobreza" (Tesis de maestría, Universidad de los Andes, Bogotá, 2000).
- 20 Mauricio Cárdenas y Andrés Escobar, "Infraestructura y crecimiento departamental 1950-1994", *Planeación y Desarrollo*, Vol. xxvi, no. 4 (octubre-diciembre de 1995): 153-81.
- 21 Luis Armando Galvis y Adolfo Meisel, "El crecimiento económico de las ciudades colombianas y sus determinantes, 1973-1998" (II Simposio sobre la Economía de la Costa Caribe: las ciudades portuarias como polos de crecimiento, Cartagena, 2000).
- 22 Crece, *Observatorio de la competitividad de Caldas* (Manizales: Crece, 2004); Comisión Económica para América Latina y el Caribe, CEPAL, "El escalafón de la competitividad de los departamentos

A manera de síntesis podemos afirmar que en el conjunto de estos estudios las diferencias espaciales se establecen con base en la centralidad-marginalidad o concentración-dispersión de los factores considerados en esas unidades socioespaciales de análisis, y en las diferencias cuantitativas que muestren los indicadores socioeconómicos (ingresos, empleo, productividad, tasas de crecimiento, calidad de vida, longevidad, años de escolaridad, tasas de morbilidad, entre otros) por áreas geográficas determinadas. Dichas diferencias colocan a las regiones así caracterizadas en un punto específico de la “ruta” hacia “el desarrollo” (v. gr. en un continuum de mayor o menor distancia de los índices que lo miden), y la disminución de estas se puede lograr con la adopción de macromodelos abstractos para la región, y de políticas de redistribución espacial de los factores “pertinentes”.²³

- b) Los cambios que se producen en la organización industrial a nivel mundial con la globalización y el desarrollo de territorios antes periféricos llevan a desarrollar una nueva perspectiva del espacio por parte del análisis económico contemporáneo.

Uno de los enfoques es aquel que propone la escuela de la división espacial del trabajo (DET), el cual aborda el espacio como un configurador de la oferta laboral donde el capital mundial, para maximizar beneficios, distribuye la localización de sus diferentes funciones productivas –por ejemplo, dónde localiza el centro de gestión, el centro financiero,

colombianos” (Documento de trabajo en medio magnético, 2002); Centro de Investigaciones para el Desarrollo, CID, *Sistema de indicadores de competitividad departamental* (Bogotá: Ministerio de Comercio Exterior, 2002).

23 Véase Doreen Massey, “Politics and Space/Time”, in *Place and the Politics of Identity*, eds. Michael Keith and Steve Pile (London, New York: Routledge, 1993), 141-62; Doreen Massey, “Spaces of Politics”, in *Human Geography Today*, eds. Doreen Massey, John Allen and Philip Sarre (Cambridge: Polity Press, 1999), 279-94; Abel Albet i Mas, “¿Regiones singulares y regiones sin lugares? Reconsiderando el estudio de lo regional y lo local en el contexto de la geografía pos-moderna”, *Boletín de la Asociación de Geógrafos Españoles*, no. 32 (2001): 35-52; Derek Gregory, “Areal Differentiation and Post-Modern Human Geography”, in *Human Geography: An Essential Anthology*, eds. John Agnew, David Livingstone and Alisdair Rogers (New York: Blackwell Publishing, 2005), 211-32 y John Agnew, “Representing Space. Space, Scale and Culture in Social Science”, in *Place/Culture/Representation*, eds. James Duncan and David Ley (New York: Routledge, 1993), 251-71.

las maquilas (entre otras múltiples formas)– según las condiciones particulares que cada territorio ofrece. De ahí que las regiones deban ser abordadas en términos de las maneras como interactúan las especificidades de un contexto geohistórico concreto con las condiciones de la producción como proceso estructurante dinamizado y orientado en escalas espaciales más amplias –nacional y global– en las que la región se inserta.²⁴

Otros de los enfoques –el Desarrollo Económico Local (DEL) y la Escuela de Acumulación Flexible (EAF)– hacen más énfasis en factores como la institucionalidad, el capital social y la cultura técnica, que se encuentran fuertemente localizados en el espacio, y que es indispensable tener en cuenta ante el surgimiento no solo de una industria desintegrada verticalmente y distribuida territorialmente (como lo concibe la DET), sino también de sistemas productivos más flexibles fuertemente arraigados a su territorio y conformados por pymes. Para este enfoque es central considerar la manera como factores sociales y culturales de carácter histórico en distintas áreas locales generan procesos de desarrollo diferentes, lo que Gioacchino Garofoli²⁵ llama “la dimensión territorial del proceso de desarrollo”.

Con base en la revalorización del territorio que estas corrientes de la economía hacen, el análisis de las regiones debe *tener en cuenta estas dos perspectivas, tanto la que ofrecen las teorías del DEL y de la EAF, que abogan por cómo las particularidades pueden plantear estrategias alternativas de desarrollo, como los aportes de la visión más estructuralista de cómo el territorio está inserto en lógicas y relaciones a escalas más amplias que deben ser consideradas.*

En síntesis, el concepto de *espacialidad* exige que las políticas tendientes a disminuir las inequidades no presupongan una teleología

²⁴ Doreen Massey, “In What Sense a Regional Problem?”, *Regional Studies*, Vol. 13, no. 2 (1979): 233-43.

²⁵ Gioacchino Garofoli, “Desarrollo económico, organización de la producción y territorio”, en *Desarrollo económico local en Europa*, eds. Antonio Vázquez y Gioacchino Garofoli (Madrid: Colegio de Economistas de Madrid, 1995), 53-71.

establecida en la ruta hacia el desarrollo, basada únicamente en la redistribución de factores genéricos, propios de una concepción del espacio como soporte muerto y no como territorio. Y esto solo se logra desde una perspectiva que aborde las diferencias no como “desigualdades” que deben tender a abolirse a partir de la búsqueda de una sola alternativa, de un solo patrón de organización económica que todos deberían alcanzar, sino en términos de posibles alternativas no excluyentes unas de otras,²⁶ donde sea posible identificar, reconocer y fortalecer las potencialidades de las iniciativas locales (teniendo en cuenta la articulación de la región con otras escalas) en el impulso de procesos que desemboquen en mayores niveles de desarrollo regional, este último concebido como un proceso continuo y asintótico de transformación estructural que garantice el aumento sostenido del espectro de oportunidades, capacidades y seguridades de los habitantes de la región.²⁷ En el país hasta ahora se han emprendido los primeros esfuerzos por adelantar estudios e intervenciones con este enfoque,²⁸ y el conjunto del proyecto del Observatorio Colombiano para el Desarrollo Integral, la Convivencia Ciudadana y el Fortalecimiento Institucional (Odecofi) pretende ser uno de los pioneros en este campo.

Homogeneidad, singularidad y delimitación sociocultural

Una segunda perspectiva la encontramos en los estudios regionales desarrollados por una prolongada tradición de la historia y la antropología que, al

26 El hecho de pensar espacialidad a la manera tradicional, de pensar las diferencias espaciales en términos de secuencias temporales cierra, en una historia de inevitabilidad, la potencial apertura del futuro. Eso no tiene solo *efectos conceptuales*, los tiene también *políticos*. Se niega la posibilidad de construir historias alternativas, de seguir otros caminos. Imaginar espacios como constituidos por fuera de las diferencias y las interrelaciones imposibilita el reconocimiento de la posibilidad de trayectorias alternativas. Lo conceptual y lo político van juntos. Massey, “Spaces of Politics”.

27 Sergio Boisier, “Desarrollo local, ¿de qué estamos hablando?”, en *Transformaciones globales, instituciones y políticas de desarrollo local*, eds. Óscar Madoery y Antonio Vázquez Barquero (Rosario: Homo Sapiens, 2001), 48-74; PNUD, *Eje cafetero*.

28 Entre algunos ejemplos están: el Programa Desarrollo y Paz del Magdalena Medio (PDPMM), los enfoques de desarrollo local del Plan Estratégico de Antioquia (PLANEA), los programas en que se inscriben las Agencias de Desarrollo Económico Local (ADEL), pero en los que aún falta una mayor integración de multidisciplinariedad al respecto.

interesarse por los aspectos sociales y culturales de los grupos sociales, abordan las regiones como unidades espaciales que se pueden delimitar y diferenciar en virtud de los grupos sociales asociados a ese territorio, y de las características homogéneas que portan –por raíces culturales, por historias y paisajes compartidos–. Así, *las diferencias regionales* se asumen desde el punto de vista de un “naturalismo etnológico”²⁹ que asocia grupo, cultura y lugar, y muestra el mundo como un mosaico de ámbitos territoriales configurados por áreas continuas, delimitables y claramente diferenciables.

Esta perspectiva se basa en un concepto de cultura que subraya su unidad y coherencia en virtud de lo compartido, lo consensual y lo ordenado³⁰ de los valores, las normas y los ideales sobre los que se constituye; de ahí que busquen las homogeneidades como criterio para identificar y caracterizar cada región. Tal punto de vista se ve reforzado por los enfoques –estructuralistas o funcionalistas– que aportaba la sociología, y que concebían los sistemas sociales como totalidades, en donde las relaciones sociales se entendían a partir de una propiedad sistémica.³¹

Bajo esta perspectiva, *la descripción de la singularidad regional* se convertía en el objeto propio de los análisis. Las regiones se asumían como dadas y, por tanto, sus características observables como esencializadas. Pensar las heterogeneidades y las fragmentaciones internas, las interacciones entre unidades espaciales de diferente escala y su incidencia en la configuración de las identidades y los poderes regionales, o pensar los conflictos y las confrontaciones como elementos sustantivos de las dinámicas y configuraciones socioespaciales no cabía en esta manera de enfocar el análisis regional. Pareciera imposible desde esta perspectiva pensar el cambio a partir de la intervención social.

29 Para utilizar el término de Gupta y Fergusson. Akhil Gupta and James Fergusson, “Beyond ‘Culture’: Space, Identity and the Politics of Difference”, *Cultural Anthropology*, Vol. 7, no. 1 (February, 1992): 11.

30 Akhil Gupta and James Fergusson, “Cultures, Power and Place: Ethnography at the End of an Era”, in *Culture, Power, Place. Explorations in Critical Anthropology*, eds. Akhil Gupta and James Fergusson (Durham, London: Duke University Press, 1997), 1-30.

31 Gregory, “Areal Differentiation”.

El más clásico de los ejemplos lo encontramos en las “regiones culturales” de Virginia Gutiérrez de Pineda³² en su *Familia y cultura en Colombia*, y las “áreas culturales” con que trabajó la arqueología.³³ A este grupo también pertenece el estudio multidisciplinario denominado *Colombia: país de regiones*,³⁴ en el que cada grupo regional de investigadores, enfrascado en “su” región objeto de estudio, analizó las particularidades históricas, políticas, sociales, culturales y económicas que la conformaban.

Lo primero con lo que la crítica cultural y la geografía posmoderna rompen es con esa relación cerrada entre cultura, comunidad y lugar. Se opta por un enfoque que relieve las diferencias, las heterogeneidades y las fragmentaciones como parte constitutiva de las unidades espaciales en que los grupos humanos se organizan, dada la base de interacción sobre la cual se constituye toda sociedad y todo espacio.³⁵ Y a esas diferencias no se las concibe como binarias ni reductibles a secuencias en el tiempo, sino como resultado de relaciones de poder determinadas, y de prácticas discursivas que se imponen y refuerzan relaciones de poder específicas, y como diferencias en las que se debaten múltiples voces y emergen historias alternativas relativamente autónomas.

Lo segundo que hace la crítica cultural es terminar con la concepción de los sistemas sociales como cerrados y localizados en un espacio fijo y contenedor. Las espacialidades serán concebidas como resultado histórico y, por tanto, abiertas y sujetas a transformaciones no predeterminadas. Por su parte, el concepto de *identidad* amplía las posibilidades explicativas de los procesos socioespaciales cuando es entendido con base en las interrelaciones, tal como Barth lo propuso en 1976. Lo tercero que reconoce la crítica cultural

32 Virginia Gutiérrez de Pineda, *Familia y cultura en Colombia* (Bogotá: Tercer Mundo Editores, Departamento de Sociología, Universidad Nacional de Colombia, 1968).

33 Véase también Felipe Cárdenas Arroyo, “Frontera arqueológica vs. frontera etnohistórica: Pastos y Quillacingas en la arqueología del sur de Colombia”, en *Frontera y poblamiento: estudios de historia y antropología de Colombia y Ecuador*, comp. Chantal Cavaillet (Bogotá: Instituto Francés de Estudios Andinos [IFEA], Instituto de Investigaciones Amazónicas, Sinchi, Departamento de Antropología, Universidad de los Andes, 1996), 41-56.

34 Centro de Investigación y Educación Popular, Cinep, *Colombia: país de regiones*, 4 vols. (Bogotá: Cinep, 2003).

35 Gupta and Fergusson, “Beyond ‘Culture’”; Massey, “Spaces of Politics”; Edward Soja, *Thirdspace. Journeys to Los Angeles and other Real-and-Imagined Places* (New York: Blackwell Publishing, 1996).

es pensar un nuevo concepto de cultura, más como “un lugar de diferencias y confrontaciones, simultáneamente fundado en un campo rico de prácticas político-culturales”.³⁶

Así, de lo que se trata cuando se analizan regiones es de no pensarlas como dadas, y circunscritas y asociadas a características esencializadas, sino de preguntarse por sus procesos de configuración, por cómo se ha llegado al resultado que se tiene a la vista, y asumir tal resultado como algo contingente y sujeto a transformaciones permanentes, de tal manera que si ese resultado muestra una coincidencia entre lugar, grupo social y cultura esta sea más bien objeto de la problematización, del interrogante, de qué procesos hicieron que tal fuera el resultado.³⁷

Y como “en nuestro tiempo la diferencia cultural es crecientemente desterritorializada”, esto es, los fenómenos espaciales no se definen en función de esa vieja coincidencia, sino más bien en función de la movilidad –migraciones o intensos intercambios en las fronteras–, las interconexiones que superan las distancias en donde el tiempo deja de ser obstáculo (la compresión del espacio), “las grandes migraciones y la cultura transnacional del capitalismo tardío y del mundo poscolonial”,³⁸ las preguntas deben también orientarse a cómo son esas “nuevas maneras como se espacializan hoy la cultura y la identidad”, para las cuales los procesos de hibridación, interpenetración y desterritorialidad se convierten también en centros de interés.³⁹

Diferencias e interacciones

Las investigaciones que se han desarrollado en el país bajo este enfoque crítico alimentan la tercera de las perspectivas que nos interesa destacar aquí. Su objetivo principal ha sido el estudio de los territorios definidos en función de la constitución y dinámica de las fronteras socioculturales. Ya no se trata de estudiar cada sociedad en su diferencia, sino de poner la lupa en *cómo se producen esas diferencias socioespaciales en y por sus relaciones de contacto*, o

36 Gupta and Fergusson, “Cultures, Power and Place”, 4.

37 Gupta and Fergusson, “Cultures, Power and Place”.

38 Ibid., 4.

39 Gupta and Fergusson, “Cultures, Power and Place”.

en otros términos, en *cómo se configuran las espacialidades socioculturales, a partir de su porosidad y sus interacciones con otras*.

En el caso colombiano esta investigación se ha aplicado a territorios definidos por la relación entre las sociedades colonial y republicana, la sociedad republicana blanca y los territorios selváticos habitados por las minorías étnicas, las comunidades indígenas nativas entre sí, o entre diferentes etnias minoritarias y marginadas (indígenas y afroamericanos). El concepto de *frontera* ha jugado aquí un papel central, entendido este como esos lugares “(...) donde se interpenetran sociedades o grupos diversos y donde por lo tanto están presentes la producción de límites y diferencias entre aquellos que se ponen en contacto, así como la configuración de franjas sui géneris de intersección en las cuales rigen dinámicas de poder y control, procesos de identificación y estructuras sociales distintas a las de las sociedades mayores que allí se encuentran”.⁴⁰

En este campo de la investigación encontramos trabajos como el de Claudia Steiner⁴¹ que estudia la colonización de Urabá mostrando las dos caras del espejo: de un lado, el proceso que parte de reconocer la gran brecha que separa los dos mundos –el antioqueño del negro y el costeño–, pero del otro, ese “encuentro colonial” en el que, en el intento por establecer “la hegemonía moral antioqueña” entre los habitantes de Urabá, el colonizador mismo sale transformado.

Sobresalen también los estudios de María Clemencia Ramírez⁴² sobre los indígenas –inga y kamsá– del Valle del Sibundoy en sus diferencias, en la unidad que conforman como sistema, y en el papel de puente que juegan con una estructura espacial mayor al comunicar la selva amazónica con los Andes en el sur de Colombia. Jane Rausch⁴³ estudia el papel de los Llanos Orientales en la época precolombina y muestra cómo cumple el papel de comunicación

40 Clara Inés García, “Problemáticas y enfoques de la investigación sobre territorios de frontera interna en Colombia”, en *Fronteras: territorios y metáforas* (Medellín: Hombre Nuevo Editores, 2003), 47.

41 Steiner Claudia, *Urabá. Imaginación y poder. El encuentro del interior con la costa en Urabá, 1900-1960* (Medellín: Editorial Universidad de Antioquia, 2000).

42 María Clemencia Ramírez, *Frontera fluida entre Andes, piedemonte y selva: el caso del Valle de Sibundoy, siglos XVIII-XIX* (Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura Hispánica, 1996).

43 Jane Rausch, *Una frontera de la sabana tropical. Los Llanos de Colombia, 1531-1831* (Bogotá: Colección Bibliográfica Banco de la República, 1994).

y difusión entre las cuatro regiones subcontinentales que conecta: la cuenca amazónica, la altiplanicie de Guyana, los Andes y el Caribe.⁴⁴

Sobre el Pacífico colombiano destacamos dos investigaciones que se han interesado por las relaciones entre indígenas y poblaciones afrocolombianas. Anne-Marie Losonczy⁴⁵ subraya la coexistencia interétnica entre estas comunidades, y los intercambios y las interdependencias que se forjan sin borrar las diferencias y los conflictos entre los grupos. La autora enfatiza la capacidad que tiene el espacio simbólico negro-colombiano para construir redes transculturales de solidaridad y de soporte de la identidad. Por su parte, Orián Jiménez⁴⁶ muestra cómo, en medio de todas las reglamentaciones imperiales en contra de su contacto, indígenas y negros comparten un mismo territorio en rochelas, ocupan un mismo espacio y explotan tierras, comparten fiestas y –en palabras de la época– se amanceban.

Patricia Vargas Sarmiento⁴⁷ analiza los procesos de mezcla cultural y de marcación de fronteras entre etnias indígenas y entre indígenas y españoles, para mostrar el papel que los primeros cumplen en la configuración socioespacial interna de lo que hoy es la nación colombiana. Por su parte, Ximena Pachón⁴⁸ muestra, a partir del análisis de los sucesivos procesos de absorción de los guambianos por la sociedad campesina terrajera de las haciendas terratenientes del Cauca, y de las migraciones hacia territorios ajenos, cómo –en medio de fronteras porosas y un territorio muy disperso– este grupo étnico

44 Todos los ejemplos y análisis aquí hechos se basan en el estudio realizado por: García, “Problemáticas y enfoques”.

45 Anne-Marie Losonczy, “Hacia una antropología de lo interétnico: una perspectiva negro-americana”, en *Antropología en la modernidad*, eds. María Victoria Uribe y Eduardo Restrepo (Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología [ICAN], Colcultura, 1997), 253-78.

46 Orián Jiménez, “Vida negra, vida parda y vida indígena” (Ponencia presentada en el Congreso de Historia, Bogotá, 2000).

47 Patricia Vargas Sarmiento, *Naciones aborígenes y la estructuración del espacio colonial. Fronteras internas y externas en la Nueva Granada durante los siglos XVI, XVII, XVIII, regiones culturales y fronteras entre el Magdalena y El Pacífico durante los siglos XVI, XVII, XVIII* (Bogotá: Fundación para la Promoción de la Investigación y la Tecnología, 1995).

48 Ximena Pachón, “Los guambianos y la ampliación de la frontera indígena”, en *Frontera y poblamiento: estudios de historia y antropología de Colombia y Ecuador*, comp. Chantal Cavaillet (Bogotá: Instituto Francés de Estudios Andinos [IFEA], Instituto de Investigaciones Amazónicas, Sinchi, Departamento de Antropología, Universidad de los Andes, 1996), 283-314.

logra mantener relación y sentidos de pertenencia tales que en el presente les permiten adelantar una lucha por la recuperación de sus antiguos territorios y por reconstruir su organización ancestral.

En esta misma línea crítica de análisis cultural encontramos otro tipo de investigación que, contra las teorías de la globalización que invisibilizan “formas subalternas de pensar y modalidades locales y regionales de configurar el mundo”, reivindica el “lugar y el conocimiento basado en lo local” como “esenciales para abordar la globalización, el posdesarrollo y la sustentabilidad ecológica, en formas social y políticamente efectivas”. Se trata, en este tipo de investigación, de estudiar los lugares, pero claro está, desde una perspectiva que permita “los viajes, de cruce de fronteras y las identidades parciales sin descartar completamente las nociones de *enraizamiento*, linderos y pertenencia”.⁴⁹

Estas investigaciones dan cuenta así de un análisis interrelacional de los procesos de producción socioespacial y de las identidades, y muestran un mundo complejo de posibilidades.

Historia, cultura y acción en la obra de Fals Borda

Es importante destacar la obra del sociólogo Orlando Fals Borda en acápite especial, pues ha sido el investigador regional por antonomasia en Colombia. Esta labor la realizó desde finales de los años 50 (con su estudio sobre *El hombre y la tierra en Boyacá*), pasando por su *Historia doble de la Costa* cuyo primer volumen publicó en 1979, hasta el conjunto de sus escritos a propósito del ordenamiento territorial cuya reforma lideró hasta su muerte en el 2008. En la *Historia doble de la Costa* trabaja con un concepto de *región* que reivindica los elementos de la territorialidad geográfica y ecológica, histórica y cultural como bases para la identificación de la diferenciación entre regiones, al mismo tiempo que enfatiza en la dimensión dinámica de las regiones a partir de subrayar la capacidad transformadora que sus habitantes tienen

49 Arturo Escobar, “El lugar de la naturaleza y la naturaleza del lugar. ¿Globalización o posdesarrollo?”, en *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas Latinoamericanas*, comp. Edgardo Lander (Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales [CLACSO], 2000), 114-6 (énfasis en el original).

sobre su territorio, y en especial sobre la manera de conocerlo, apropiárselo y construir autonomía sobre este. Con elementos traídos de su metodología de “investigación acción-participación” liga las voces de los grupos subordinados a la producción del conocimiento sobre el territorio y, a partir de ello, también a la capacidad de acción transformadora sobre este. En este sentido, Fals Borda introduce de hecho la región comprendida como construcción social.

En sus escritos posteriores sobre ordenamiento territorial en Colombia, este autor aplica algunas de las nociones que la geografía crítica estaba aportando, como la flexibilidad de las fronteras y la transformación de los territorios por procesos de globalización. Sin embargo, no deja de sorprender que a los nuevos conceptos los trate a la manera de las viejas categorías: a lo que denomina bioespacio y lugar los entiende como “*los recintos* en que se ejecutan y de donde se derivan elementos de continuidad social y diversidad cultural”,⁵⁰ y su referencia al “espacio/tiempo” la hace en términos tales como “éste toma la forma de unidades concretas, pero transitorias de ocupación humana, que aquí denominaremos ‘*recipientes*’ o ‘*contenedores*’, pero que a diferencia de los físicos y materiales son maleables y ajustables”.⁵¹ Así tratados, estos conceptos remiten a la vieja ortodoxia de pensar el espacio como contenedor y, por tanto, como una dimensión pasiva y neutra en la dinámica de los procesos sociales.

Regiones y violencia

Una línea de investigación que en el país aportó mucho al campo del análisis regional la desarrollaron los sociólogos, antropólogos e historiadores que se interesaron por el estudio de la violencia en Colombia. Con la generalización del conflicto violento en los años 80 y el fallido intento por encontrar respuestas “estructurales” genéricas y de carácter nacional a “las causas” de la violencia,⁵² *las regiones* se convirtieron entonces en un punto de mira privilegiado

50 Orlando Fals Borda, *Acción y espacio. Autonomías en la nueva república* (Bogotá: Tercer Mundo Editores, Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales [IEPRI], 2000), 9 (énfasis añadido).

51 Fals Borda, *Acción y espacio*, 2.

52 Bajo la influencia de los parámetros estructuralistas, durante los años 70 y 80 se produjeron en Colombia una serie de estudios que se preguntaban por “las causas” de la violencia y, desde una perspectiva nacional, respondían con factores estructurales tales como pobreza, desarrollo

para auscultar los interrogantes por el conflicto, tanto por la posibilidad que estas unidades espaciales brindan para estudios cualitativos en profundidad, como por la necesidad de estudiar las diferencias en la manifestación del fenómeno violento. A mediados de los años 90, cuando se hace un balance de los estudios historiográficos sobre la violencia en Colombia, se evidencia que después de 1987⁵³ se vuelven predominantes los estudios regionales.⁵⁴ Tales estudios se producen a lo largo de los últimos 50 años, de tal manera que se sitúan en varias de las tendencias y perspectivas bajo las cuales se ha abordado la relación espacio-sociedad, las cuales nos remiten de una u otra manera a las grandes tendencias analizadas y a nuevos matices:

- a) Las investigaciones que se preguntan por una relación específica y que escogen una unidad espacial particular para abordarla. En esta línea se sitúan obras que siguen teniendo como mira la violencia de los años 50. Se destacan los estudios sobre Estado, poderes locales y violencia,⁵⁵ diferenciación y cohesión social, política y violencia,⁵⁶ paramilitarismo y violencia,⁵⁷ y colonización-violencia.⁵⁸ Aparecen igualmente los estudios sobre la violencia reciente, muchos de ellos enfocados también en la relación colonización y violencia (Alfredo Molano, José Jairo González,

desigual y debilidad del Estado, denominados como “las condiciones objetivas”; otros directamente apelan a “la violencia estructural”. Véase Comisión Nacional de Estudios sobre Violencia, *Colombia, violencia y democracia* (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 1987).

- 53 Fecha del quiebre en la orientación de los estudios a partir de la Comisión Nacional de Estudios sobre Violencia.
- 54 Carlos Miguel Ortiz, “Historiografía de la violencia”, en *La historia al final del milenio* (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 1994), 371-423. Los pioneros de los estudios regionales sobre la violencia en Colombia fueron Roberto Pineda Giraldo en los años 60, y Dario Fajardo y Jaime Arocha en la década de los 70. Fajardo, como antropólogo, pero desde una perspectiva sociológica de tradición marxista, se preguntó por la relación entre la estructura agraria y los conflictos violentos de los años 50, a partir de la historia económica y social, y la regionalización de tales determinantes. Ortiz, “Historiografía de la violencia”.
- 55 Carlos Miguel Ortiz, *Estado y subversión en Colombia. La violencia en el Quindío, años 50* (Bogotá: CIDER, CEREC, 1985).
- 56 Javier Guerrero, *Los años del olvido. Boyacá y los orígenes de la violencia* (Bogotá: Tercer Mundo Editores, 1991).
- 57 Carlos Medina Gallego, *Autodefensas, paramilitares y narcotráfico en Colombia* (Bogotá: Editorial Documentos Periodísticos, 1990).
- 58 Elsy Marulanda, *Colonización y conflicto. Las lecciones del Sumapaz* (Bogotá: Tercer Mundo Editores, 1991).

Alejo Vargas), y algunos, como el de María Teresa Uribe de Hincapié,⁵⁹ en los factores políticos y culturales que explican la violencia en la región analizada.

Con estos estudios se empieza a identificar la gran variedad regional de condicionantes y manifestaciones bajo las cuales se da el fenómeno violento en el país. Sin embargo, la dimensión propiamente espacial –las regiones en este caso– acaba siendo tratada más como contextos específicos y variados de una serie de procesos complejos asociados a la violencia, que como parte de la problemática de la violencia misma. *Lo que se subraya es la singularidad a la que responde el conflicto violento en cada contexto dado, dando relevancia a las formas locales del comportamiento de los factores políticos, económicos, sociales o culturales con relación a ese fenómeno, y por ese medio, permitiendo aflorar nuevas miradas sobre los condicionantes o las formas de la violencia en el país. Desde el punto de vista de las regiones, estos estudios aportan importante conocimiento acerca de los procesos en las regiones estudiadas, sobre lo que las singulariza.*

- b) Un segundo tipo de estudios regionales sobre la violencia lo conforman los que abordan de manera directa la pregunta por la espacialización de los factores asociados a las manifestaciones del fenómeno y su evolución en el tiempo (por ejemplo, la distribución de la presencia de los distintos actores armados según diferente tipo de indicador). Estos estudios utilizan la herramienta del sistema de información georreferenciada. En esta línea se sitúan las investigaciones de Alejandro Reyes,⁶⁰ el pionero en este campo, y de Camilo Echandía,⁶¹ quien con la

59 María Teresa Uribe de Hincapié, *Urabá: ¿región o territorio?* (Medellín: Universidad de Antioquia, INER, Corpourabá, 1992).

60 Alejandro Reyes Posada, “La violencia y el problema agrario en Colombia”, *Análisis Político*, no. 2 (1987): 30-46; Alejandro Reyes Posada, “Territorios de la violencia en Colombia”, en *Territorios, regiones, sociedades*, ed. Renán Silva (Bogotá: CEREC, Universidad del Valle, 1994), 111-22; Alejandro Reyes Posada y Ana María Bejarano, “Conflictos agrarios y luchas armadas en la Colombia contemporánea: una visión geográfica”, *Análisis Político*, no. 5 (1988): 6-27, <https://revistas.unal.edu.co/index.php/anpol/article/view/74121>.

61 Camilo Echandía, *El conflicto armado y las manifestaciones de violencia en las regiones de Colombia* (Bogotá: Oficina del Alto Comisionado para la Paz, Presidencia de la República de Colombia, 1999).

especialización de la expansión de la guerrilla tumba viejas tesis sobre el conflicto armado. Por su parte, Alfredo Rangel se propuso sacar sistemáticamente una revista trimestral⁶² con los indicadores georreferenciados del comportamiento del conflicto armado, y hacer una lectura juiciosa de las tendencias que ello muestra. De otro lado, el Observatorio del Programa Presidencial para los Derechos Humanos y DIH dedica una de sus publicaciones a ese mismo tema, focalizándola en zonas geográficas específicas del país.

Estos estudios tienen la enorme virtud de evidenciar diferencias regionales y mostrar las tendencias de transformación, en el tiempo, del fenómeno del conflicto violento y, con ello, desmontar viejas tesis –por ejemplo, la que consideraba la “precariedad”, “debilidad”, “ausencia” del Estado y sus instituciones en las regiones más apartadas y menos desarrolladas del país como causa principal de la aparición y el accionar de las guerrillas– y proponer nuevas.⁶³ Estos estudios caben –dentro de los enfoques generales que la ciencia social trabaja en los análisis sobre lo espacial– en aquella perspectiva que señalábamos arriba: la que se pregunta por la distribución espacial de los factores. Con ello, *aportan enormemente al conocimiento del comportamiento espacial del fenómeno estudiado y permiten por contraevidencia desmontar viejas y arraigadas tesis; sin embargo, no se plantean preguntas que asocien el fenómeno violento a la constitución de la espacialidad de la que forman parte.*

- c) Hay un conjunto de investigaciones que sí asocian sus preguntas por el fenómeno violento a un interrogante por el espacio, y ahí radica su novedad. En esta línea de indagación se encuentran los estudios de María Teresa

62 Véase *Revista Coyuntura de Seguridad*, años 2003 al 2008.

63 “La guerrilla crece para todos los lados (...) Los elementos de enlace que permiten o estimulan que la guerrilla se multiplique no están asociados con ningún tipo de estructura productiva y grado de desarrollo municipal (...). La localización de las organizaciones guerrilleras evidencia la existencia de propósitos estratégicos en el avance de la insurgencia, y deja muy poco piso a las explicaciones fundamentadas en ‘las condiciones objetivas’ que, (...) propiciaron su origen y posterior desarrollo en las zonas rurales donde el Estado no está presente”. Echandía, *El conflicto armado*, 62-63.

Uribe de Hincapié,⁶⁴ Darío Fajardo,⁶⁵ Clara Inés García,⁶⁶ Manuel Alberto Alonso,⁶⁷ María Clemencia Ramírez,⁶⁸ el Cinep⁶⁹ y Mary Roldán.⁷⁰ Así, la tercera tendencia en el análisis regional la constituye un grupo de autores que, además de identificar las formas espaciales que asume el fenómeno bélico, buscan explicarlas en su relación con la configuración histórica de las diferencias internas de la región o nación en estudio. No obstante, dentro de ellos se distinguen maneras diversas de aproximarse a esa relación región-violencia, las cuales tienen –como análisis socioespacial– alcances e implicaciones distintos que quiero destacar:

- Uribe de Hincapié analiza la expresión espacializada de la violencia política de los años 70 y 80 en Antioquia con base en los parámetros históricos de la configuración del territorio antioqueño y establece que los territorios controlados por los grupos armados coinciden con “los espacios de exclusión y con las fronteras histórico culturales de Antioquia”.⁷¹

64 Uribe de Hincapié, *Urabá: ¿región o territorio?*

65 Darío Fajardo, “La colonización de la Macarena en la historia de la frontera agraria”, en *Espacio y sociedad. Formación de las regiones agrarias en Colombia* (Bogotá: Corporación Araracuara, 1993); Darío Fajardo, “Fronteras, colonizaciones y construcción social del espacio”, en *Frontera y poblamiento. Estudios de historia y antropología de Colombia y Ecuador*, comp. Chantal Cavaillet (Bogotá: Instituto Francés de Estudios Andinos [IFEA], Instituto de Investigaciones Amazónicas, Sinchi, Departamento de Antropología, Universidad de los Andes, 1996).

66 Clara Inés García, *Cómo ver las regiones. El caso del Bajo Cauca antioqueño* (Bogotá: Cinep, INER, 1993); Clara Inés García, *Urabá. Región, actores y conflicto, 1960-1990* (Bogotá: CEREC, 1996).

67 Manuel Alberto Alonso, *Conflicto armado y configuración regional. El caso del Magdalena Medio* (Medellín: Universidad de Antioquia, 1997).

68 María Clemencia Ramírez, *Entre el Estado y la guerrilla. Identidad y ciudadanía en el movimiento de los campesinos cocaleros del Putumayo* (Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia [ICANH], 2001).

69 Cinep, *Colombia: país de regiones*.

70 Mary Roldán, *A sangre y fuego en Antioquia. Colombia, 1946-1953* (Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia [ICANH], 2002).

71 Uribe de Hincapié, “La territorialidad de los conflictos”, 100. Esta autora realiza un análisis de la geografía de la violencia política de los años 70 y 80, y muestra las dos Antioquias: la integrada desde los procesos decimonónicos a las redes sociales y de poder, institucionales y culturales, donde no media la disputa entre actores armados, y el trópico antioqueño, de características sociales, culturales y políticas diferentes, donde se asentó y desarrolló la guerrilla. Vieja división entre dos Antioquias que en las épocas recientes se refuerza por las “situaciones socioeconómicas y políticas de orden regional (...) que están en la raíz de la actual crisis de descomposición por la que atraviesa el departamento”. Uribe de Hincapié, “La territorialidad de los conflictos”, 102.

- Roldán quiere dar cuenta de la diferenciación que asume la geografía de la violencia de los años 50 en Antioquia, que evidencia una falta de correspondencia con las viejas tesis de las filiaciones político-partidistas. Encuentra la respuesta en las “diferencias geoculturales” –religiosas, étnicas y raciales de la región– y la manera como inciden en la relación que el Estado establece con los grupos sociales, en un contexto en el cual “la convergencia de la etnia y la cultura, la geografía y la clase social ha persistido (...)”.⁷²
- El Cinep,⁷³ con base en la geografía de la expansión de los actores armados y el análisis diferenciado de sus manifestaciones en los ámbitos nacional, regional y local, aporta las principales tendencias encontradas en la geografía de la guerra: las lógicas bélicas contrapuestas del norte y el sur de Colombia, las grandes zonas de disputa y los corredores estratégicos, y la coincidencia entre el mapa bélico y las regiones de precaria inserción a la nación.⁷⁴

Estos estudios aportan –en relación con los anteriores– una pregunta más compleja sobre la explicación del conflicto violento al introducir la problemática regional o espacial en la explicación misma de la geografía de la violencia, *y con ello enriquecen también el análisis sobre lo espacial. Sin embargo, quedan presos de los esquemas dicotómicos al pensar las diferenciaciones espaciales (integración/preciedad, inclusión/exclusión) o –como en el caso de los dos primeros ejemplos– del viejo paradigma que abordaba el análisis de las diferencias espaciales asociando etnia-cultura-lugar.*

72 Roldán, *A sangre y fuego*, 354-5. Lo que se sugiere es “cómo la percepción de diferencias incidió e incide en la relación entre el Estado y grupos específicos e incrementa el potencial de los conflictos que se intenta resolver mediante la represión, en lugar de la negociación”. Roldán, *A sangre y fuego*, 354. De tal manera que la violencia en Antioquia fue más “una lucha (...) por imponer un proyecto de régimen departamental hegemónico, basado en nociones de diferencias culturales, étnicas y raciales”. Roldán, *A sangre y fuego*, 50.

73 Cinep, *Colombia: país de regiones*.

74 Los desarrollos diferentes en el norte y el sur del país, asociados a los proyectos paramilitar y guerrillero respectivamente (análisis del nivel macro), la manera diferenciada como el fenómeno bélico se inserta en las regiones según la lógica del desarrollo desigual, y la superposición del mapa bélico con las regiones de inserción precaria a la nación (nivel meso). Cinep, *Colombia: país de regiones*.

- d) Otros autores cambian el foco de la pregunta por la relación conflicto violento y región e indagan sobre la manera en que el primero se asocia a la constitución de la *región misma*:
- García⁷⁵ se pregunta por cómo el conflicto –los actores y procesos sociales, políticos y culturales comprometidos en su dinámica– configura las regiones. Aquí ya no se trata de explicar los variados condicionantes del conflicto violento en regiones distintas, ni explicar la forma espacial que asume el fenómeno violento en regiones dadas –como lo hacen las dos tendencias señaladas con anterioridad–; la atención se pone ahora en explicar la región –su configuración como unidad socioespacial– a través del conflicto. Es en la dinámica de las confrontaciones –sin ser este el propósito de los actores que las protagonizan– donde se generan efectos en la producción de representaciones del territorio, en la construcción de actores sociales, en la definición de identidades sociales y políticas, y en la formación de lazos entre las regiones con el Estado, y entre los actores regionales con las fuerzas y organizaciones sociales y políticas del orden nacional.
 - Siguiendo esta línea de análisis, Alonso aborda el Magdalena Medio pensando el conflicto violento “como elemento constitutivo de las identidades internas que dan forma a la región”, y como “pieza fundamental de la definición externa” de esta.⁷⁶
 - Por su parte, Daría Fajardo estudia la construcción social de la Amazonia y desde la perspectiva de “la frontera” aborda una de las grandes preguntas que se ha hecho por mucho tiempo la investigación social en Colombia: cómo se relacionan el espacio, los procesos de colonización, la estructura agraria y el conflicto armado.

⁷⁵ García, *Cómo ver las regiones*; García, *Urabá. Región, actores y conflicto*.

⁷⁶ Alonso analiza la identidad del Magdalena Medio a partir de la producción de un “nosotros” hecho con base en la historia de la resistencia, la confrontación y la violencia, y en la definición desde afuera de la región como esa “otredad” también definida en función de la violencia y la confrontación propias de las regiones periféricas y marginales.

- Aunque la pregunta de Ramírez⁷⁷ no es por la relación entre el conflicto violento y la región, su objeto –el estudio del movimiento cocalero del Amazonas– sí sitúa su problemática en una región y un fenómeno social directamente asociados a ese conflicto y constituidos en este. La autora se interesa por ese movimiento social como un caso de recomposición de identidades colectivas: la de los propios campesinos cocaleros y la de la región misma, y con ello desarrolla la veta abierta ya al análisis sobre la producción social del espacio, pero apoyándose muy especialmente en teóricos del Estado como Akhil Gupta y James Fergusson, y David Nugent, y en geógrafos como John Agnew.⁷⁸

Este último grupo de estudios –en contraste con todos los anteriores– pone el centro de la atención en *la pregunta por la construcción social del espacio*. Con ello estas investigaciones *no solo le dieron una nueva dimensión a la investigación por el conflicto violento, sino que criticaron viejas formas de abordar las regiones* (considerarlas como espacialidades dadas, homogéneas culturalmente, con proyectos hegemónicos que las articulan y jalonan, o como simples “territorios” cuando no cumplían con un determinado grado de integración, cohesión o diferenciación de las funciones de los actores sociales y políticos) *e incursionaron en nuevos enfoques del análisis regional*, desarrollados aquí a partir de la crítica a los análisis existentes en su momento, o de las nuevas perspectivas de la etnografía del Estado y de la geografía posmoderna.

Es importante afirmar que estas dos últimas tendencias de la investigación regional en violencia se fundamentan en el principio básico de pensar las regiones y el territorio como una “construcción social”. No obstante, el trabajo de introducir de manera sistemática e integral

77 Ramírez, *Entre el Estado y la guerrilla*.

78 Campesinos que asumen su identidad como *cocaleros*, pero resignificándola, al involucrarla como parte de un movimiento que busca su inclusión como ciudadanos que proponen salidas en términos de política pública y compromiso colectivo, y al resignificar a la región en su conjunto con las representaciones con que el Estado ha catalogado a la Amazonía occidental, y con la interlocución que este debe adoptar en su relación con la región.

la nueva mirada que los estudios socioespaciales aportan a partir de la década de los 90 es el nuevo reto que tienen las ciencias sociales en el país, reto que, como se vio a lo largo del artículo, abre nuevas perspectivas en todos los campos en los que cada disciplina ha solido abordar el tema espacial, y que ahora obliga cada vez más a hacerlo desde una mirada transdisciplinar.

Conclusión

Los estudios regionales que se han hecho en Colombia por parte de la economía, la historia, la sociología y la antropología académicas se concentran en su mayoría en las décadas de los 90 y del 2000, cuando se revalorizó, para el conocimiento de nuestros grandes problemas nacionales, la indagación sobre las diferencias que planteaban regiones específicas. Los principales asuntos de enfoque que los estudios fueron superando a la luz de las nuevas teorías que en el mundo se desarrollaban fueron especialmente: el dejar de asumir el espacio como simple “contenedor”; de pensar a las localidades y regiones como dadas; de concebirlas como territorialidades homogéneas circunscritas de acuerdo con las características específicas de las poblaciones que en ellas habitaban y sus culturas; de abordar las particularidades regionales sin dar cuenta de las múltiples interacciones que guardan con otras regiones y escalas socioespaciales. Superar estos enfoques implicó entender las regiones como una construcción social histórica y contingente de cuya configuración –como resultado– hay que dar cuenta.

La antropología crítica y los estudios culturales lograron dar un mayor vuelco con respecto a los enfoques tradicionales para estudiar el espacio, la cultura, las identidades y la política. Quedan sin embargo varios elementos de enfoque que siguen pesando en los alcances y resultados que producen los estudios regionales en el país y que queremos resaltar.

a) Desde la economía

- La teleología implícita en la concepción de los procesos económicos de desarrollo regional, al pensar las diferencias regionales (las desigualdades) en términos de diferencias cuantitativas manifiestas en los indicadores que dan cuenta de los diversos factores en el territorio.

- El privilegiar la coherencia estructural que debe mostrar un territorio asumido como “región” y, por tanto, negar la posibilidad de pensar las diversas geografías de las cuales están hechas las regiones pensadas, sus interacciones, fragmentaciones, heterogeneidades y paradojas. Para la economía es muy propio pensar que lo que prima en las configuraciones regionales son las articulaciones funcionales socioespaciales y, cuando introducen la variable política-institucional, la capacidad jurídico-política endógena de actuar sobre los factores redistributivos. De lo contrario, no es posible pensar en regiones.
- b) Desde la historia y la sociología políticas
- El asumir las diferencias socioespaciales de manera binaria. Ello se evidencia en las tesis que insisten en explicar las diferencias regionales del conflicto, por ejemplo, a partir de la integración/precariedad, inclusión/exclusión de los territorios en relación con el desarrollo o la acción del Estado y la institucionalidad. Es, a su manera, la reproducción cualitativa de la misma tendencia que la economía muestra al pensar las diferencias en términos cuantitativos: desarrollo/subdesarrollo.
 - El enfocar la diferenciación espacial desde la cuantificación y georreferenciación de determinadas variables –como lo hacen los estudios sobre la violencia–, si bien permite evidenciar tendencias en el espacio, restringe generalmente dichos estudios a la descripción de las formas espaciales que asumen los fenómenos estudiados en el tiempo, y a la localización de los factores que manifiestan la presencia del fenómeno que se investiga, pero aún no ponen esa herramienta tecnológica al servicio de una investigación que interroge la doble vía de la relación entre el (los) fenómeno(s) social(es) estudiado(s) y el espacio. Esto es, una investigación que ponga la georreferenciación al servicio de preguntas que también asocien las diferencias observadas en el fenómeno estudiado a la constitución de la espacialidad de la que forman parte.

Encontramos, no obstante, investigaciones regionales que sí han dado el paso y construyen sus preguntas a partir de la doble vía que imbrica la formación o transformación de las espacialidades sociales con procesos de identidad, de poder político o de conflicto armado (por poner como ejemplo tres campos diferentes de indagación), bien sea para explicar los fenómenos de identidad, poder o violencia, o bien para dar cuenta del propio proceso de configuración o reconfiguración regional. Sin embargo, esta investigación tiene aún mucho por recorrer, especialmente en:

- La manera como se logra dar cuenta en los análisis regionales de la relación entre lo particular y lo estructural, entre lo geohistórico y los procesos de estructura que en su interacción configuran y transforman regiones.
- La integración de las múltiples voces de las cuales están hechas las diferentes unidades socioespaciales de estudio, más allá del binomio dominación/subordinación, poder/resistencia. Me refiero en especial a la posibilidad de descubrir los procesos y factores que hacen posible construir los “terceros espacios” en los procesos de resistencia, y “el diálogo de saberes” en la construcción de conocimiento local.
- La investigación regional comparada que asocie la tecnología de la georeferenciación y de los métodos cuantitativos con la mirada compleja y cualitativa.

Bibliografía

Teórica

- Agnew, John. “Representing Space. Space, Scale and Culture in Social Science”. In *Place/Culture/Representation*. Edited by James Duncan and David Ley, 251-71. New York: Routledge, 1993.
- _____. “The New Geopolitics of Power”. In *Human Geography Today*. Edited by Doreen Massey, John Allen and Philip Sarre, 173-93. Cambridge: Polity Press, 1999.
- _____. *Geopolítica. Una re-visión de la política mundial*. Madrid: Trama Editorial, 2003.
- Agnew, John, David Livingstone and Alisdair Rogers. “Introduction to Region, Place and Locality”. In *Human Geography: An Essential Anthology*. Edited by John

- Agnew, David Livingstone and Alisdair Rogers, 366-77. Oxford: Blackwell Publishing, 2005.
- Albet i Mas, Abel. "La nueva geografía regional o la construcción social de la región". *Anales de Geografía de la Universidad Complutense*, no. 13 (1993): 11-30.
- _____. "¿Regiones singulares y regiones sin lugares? Reconsiderando el estudio de lo regional y lo local en el contexto de la geografía posmoderna". *Boletín de la Asociación de Geógrafos Españoles*, no. 32 (2001): 35-52.
- Allen, John. "Spatial Assemblages of Power: From Domination to Empowerment". In *Human Geography Today*. Edited by Doreen Massey, John Allen and Philip Sarre, 194-218. Cambridge: Polity Press, 1999.
- Allen, John, Doreen Massey and Allan Cochrane. *Rethinking the Region*. London, New York: Routledge, 1998.
- Becattini, Giacomo. "Del distrito industrial marshalliano a la teoría del distrito contemporánea". *Investigaciones Regionales*, no. 1 (otoño de 2002): 9-32.
- Behrens, Kristian and Jacques François. "Regional Economics: A New Economic Geography Perspective". *Regional Science and Urban Economics*, Vol. 37, no. 4 (2007): 457-65. <https://ideas.repec.org/a/eee/regeco/v37y2007i4p457-465.html>
- Boisier, Sergio. "Desarrollo local, ¿de qué estamos hablando?". En *Transformaciones globales, instituciones y políticas de desarrollo local*. Editado por Óscar Madoery y Antonio Vázquez Barquero, 48-74. Rosario: Homo Sapiens, 2001.
- Escobar, Arturo. "El lugar de la naturaleza y la naturaleza del lugar. ¿Globalización o posdesarrollo?". En *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas Latinoamericanas*. Compilado por Edgardo Lander, 113-43. Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO), 2000.
- Garofoli, Gioacchino. "Desarrollo económico, organización de la producción y territorio". En *Desarrollo económico local en Europa*. Editado por Antonio Vázquez y Gioacchino Garofoli, 53-71. Madrid: Colegio de Economistas de Madrid, 1995.
- Gregory, Derek. "Areal Differentiation and Post-Modern Human Geography". In *Human Geography: An Essential Anthology*. Edited by John Agnew, David Livingstone and Alisdair Rogers, 211-32. Oxford: Blackwell Publishing, 2005.
- Gupta, Akhil. "Imagining Nations". In *A Companion on the Anthropology of Politics*. Edited by David Nugent and Joan Vincent, 267-81. New York: Blackwell Publishing, 2004.
- Gupta, Akhil and James Fergusson. "Beyond 'Culture': Space, Identity and the Politics of Difference". *Cultural Anthropology*, Vol. 7, no. 1 (February, 1992): 6-23.
- _____. "Cultures, Power and Place: Ethnography at the End of an Era". In *Culture, Power, Place. Explorations in Critical Anthropology*. Edited by Akhil Gupta and James Fergusson, 1-30. Durham, London: Duke University Press, 1997.

- _____. "Spatializing Status: Toward and Ethnography of Neoliberal Governmentality". *American Ethnologist*, Vol. 29, no. 4 (November, 2002): 981-1002.
- Krugman, Paul. *Desarrollo, geografía y teoría económica*. Barcelona: Antoni Bosch, 1997.
- Lotero, Jorge. "Reestructuración productiva y territorios en América Latina. Aproximaciones a su conceptualización y resultados". 2004. <http://redalyc.uaemex.mx/redalyc/pdf/357135701102.pdf>
- Maillat, Denis. "Desarrollo territorial, milieu y política regional". En *Desarrollo económico local en Europa*. Editado por Antonio Vázquez y Gioacchino Garafoli, 37-51. Madrid: Colegio Economistas de Madrid, 1995.
- Massey, Doreen. "In What Sense a Regional Problem?". *Regional Studies*, Vol. 13, no. 2 (1979): 233-43.
- _____. "Politics and Space/Time". In *Place and the Politics of Identity*. Edited by Michael Keith and Steve Pile, 141-62. London, New York: Routledge, 1993.
- _____. "Spaces of Politics". In *Human Geography Today*. Edited by Doreen Massey, John Allen and Philip Sarre, 279-94. Cambridge: Polity Press, 1999.
- _____. "Geographies of Responsibility". *Geographies Anales*, Vol. 86, no. 1 (2004): 5-18. http://www.oro.open.ac.uk/7224/01/Geographies_of_responsibility_Sept03.Pdf
- Said, Edward. "From Orientalism". In *Human Geography: An Essential Anthology*. Edited by John Agnew, David Livingstone and Alisdair Rogers, 414-21. Oxford: Blackwell Publishing, 2005.
- Slater, David. "Situating Geopolitical Representations. Inside/Outside and the Power of Imperial Interventions". In *Human Geography Today*. Edited by Doreen Massey, John Allen and Philip Sarre, 62-84. Cambridge: Polity Press, 1999.
- Soja, Edward. *Thirdspace. Journeys to Los Angeles and other Real-and-Imagined Places*. New York: Blackwell Publishing, 1996.
- Soja, Edward and Barbara Hooper. "The Spaces That Difference Makes. Some Notes on the Geographical Margins of the New Cultural Politics". In *Place and the Politics of Identity*. Edited by Michael Keith and Steve Pile, 183-205. London, New York: Routledge, 1993.

Colombia

- Aguirre, Katherine. "Convergencia en indicadores sociales en Colombia. Una aproximación desde el enfoque tradicional y no paramétrico". *Revista Desarrollo y Sociedad*, Vol. 1, no. 56 (2005): 147-76. <https://revistas.uniandes.edu.co/index.php/dys/article/view/6533>
- _____. "Convergencia: del análisis del nivel de actividad económica a las variables sociales. Una revisión de literatura del caso colombiano". Documentos

- de CERAC, no. 8, Bogotá, diciembre de 2008. https://www.cerac.org.co/assets/pdf/Other%20publications/CERAC_WP_8_Aguirre_2008_Revision_literatura_convergencia_Colombia.pdf
- Alonso, Manuel Alberto. *Conflicto armado y configuración regional. El caso del Magdalena Medio*. Medellín: Universidad de Antioquia, 1997.
- Barón, Juan David. *Las regiones económicas de Colombia: un análisis de clusters*. Cartagena: Banco de la República, Centro de Investigaciones Económicas del Caribe Colombiano, 2002.
- Bastidas, Alexander. “¿Convergencia económica?”. *Ensayos de Economía*, Vol. 7, no. 11 (1996): 79-99. <https://revistas.unal.edu.co/index.php/ede/article/view/23793>
- Birchenall, Javier y Guillermo Murcia. “Convergencia regional: una revisión del caso colombiano”. *Revista Desarrollo y Sociedad*, Vol. 1, no. 40 (1997): 273-308.
- Bonet Morón, Jaime. “El crecimiento regional en Colombia, 1980-1996: una aproximación con el método ShiftShare”. *Revista del Banco de la República*, Vol. 72, no. 863 (1999): 23-42. <https://publicaciones.banrepcultural.org/index.php/banrep/article/view/11159>
- Bonet, Jaime y Adolfo Meisel. “La convergencia regional en Colombia: una visión de largo plazo, 1926-1995”. *Coyuntura Económica*, Vol. xxix, no. 1 (marzo de 1999): 69-106. <https://www.repository.fedesarrollo.org.co/handle/11445/2125>
- . “Polarización del ingreso per cápita departamental en Colombia 1975-2000”. Documentos de Trabajo Sobre Economía Regional N.º 76, Bogotá, Banco de la República, julio de 2006. https://repositorio.banrep.gov.co/bitstream/handle/20.500.12134/3214/dtser_76.pdf?sequence=1&isAllowed=y
- Bonilla, Manuel Guillermo. *Competitividad y desarrollo humano en las regiones colombianas. Aspectos conceptuales de la relación entre crecimiento y competitividad*. Bogotá: Misión Social, DNP, PNUD, 2001.
- Cárdenas, Mauricio, Adriana Pontón y Juan Pablo Trujillo. “Convergencia y migraciones interdepartamentales en Colombia: 1950-1989”. *Coyuntura Económica*, Vol. xxiii, no. 1 (abril de 1993): 111-37. <https://www.repository.fedesarrollo.org.co/handle/11445/2270>
- Cárdenas Arroyo, Felipe. “Frontera arqueológica vs. frontera etnohistórica: Pastos y Quillacingas en la arqueología del sur de Colombia”. En *Frontera y poblamiento: estudios de historia y antropología de Colombia y Ecuador*. Compilado por Chantal Cavaillet, 41-56. Bogotá: Instituto Francés de Estudios Andinos (IFEA), Instituto de Investigaciones Amazónicas, Sinchi, Departamento de Antropología, Universidad de los Andes, 1996.
- Cárdenas, Mauricio y Andrés Escobar. “Infraestructura y crecimiento departamental 1950-1994”. *Planeación y Desarrollo*, Vol. xxvi, no. 4 (octubre-diciembre de 1995): 153-81.

- Centro de Investigaciones para el Desarrollo, CID. *Sistema de indicadores de competitividad departamental*. Bogotá: Ministerio de Comercio Exterior, 2002.
- Centro de Investigación y Educación Popular, Cinep. *Colombia: país de regiones*. 4 vols. Bogotá: Cinep, 2003.
- Comisión Económica para América Latina y el Caribe, CEPAL. "El escalafón de la competitividad de los departamentos colombianos". Documento de trabajo en medio magnético, 2002.
- Comisión Nacional de Estudios sobre la Violencia. *Colombia, violencia y democracia*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 1987.
- Coq, Daniel. "Economía y territorio: una sucinta revisión". *Revista Asturiana de Economía*, no. 31 (2004): 119-49.
- Crece. *Observatorio de la competitividad de Caldas*. Manizales: Crece, 2004.
- Echandía, Camilo. *El conflicto armado y las manifestaciones de violencia en las regiones de Colombia*. Bogotá: Oficina del Alto Comisionado para la Paz, Presidencia de la República de Colombia, 1999.
- Fajardo, Darío. "La colonización de la Macarena en la historia de la frontera agraria". En *Espacio y sociedad. Formación de las regiones agrarias en Colombia*, 181-203. Bogotá: Corporación Araracuara, 1993.
- _____. "Fronteras, colonizaciones y construcción social del espacio". En *Frontera y poblamiento. Estudios de historia y antropología de Colombia y Ecuador*. Compilado por Chantal Cavaillet, 237-82. Bogotá: Instituto Francés de Estudios Andinos (IFEA), Instituto de Investigaciones Amazónicas, Sinchi, Departamento de Antropología, Universidad de los Andes, 1996.
- Fals Borda, Orlando. *Historia doble de la Costa*. Bogotá: Carlos Valencia, 1986. Primera edición: 1979
- _____. *Región e historia. Elementos sobre ordenamiento y equilibrio regional en Colombia*. Bogotá: Tercer Mundo Editores, 1996.
- _____. *Acción y espacio. Autonomías en la nueva república*. Bogotá: Tercer Mundo Editores, Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales (IEPRI), 2000.
- Fernández, Cristina. "Agglomeration and Trade: The Case of Colombia". *Revista Ensayos sobre Política Económica*, Vol. 17, no. 33 (junio de 1998): 85-123. <https://repositorio.banrep.gov.co/handle/20.500.12134/4078>
- Flórez, Luis y César González. *Industria, regiones y urbanización en Colombia*. Bogotá: Oveja Negra, 1983.
- Galvis, Luis Armando y Adolfo Meisel. "El crecimiento económico de las ciudades colombianas y sus determinantes, 1973-1998". II Simposio sobre la Economía de la Costa Caribe: las ciudades portuarias como polos de crecimiento, Cartagena, 2000.

- García, Clara Inés. *Cómo ver las regiones. El caso del Bajo Cauca antioqueño*. Bogotá: Cinep, INER, 1993.
- _____. “Territorios, regiones y acción colectiva”. En *Territorios, regiones, sociedades*. Editado por Renán Silva, 123-36. Bogotá: CEREC, Universidad del Valle, 1994.
- _____. *Urabá. Región, actores y conflicto, 1960-1990*. Bogotá: CEREC, 1996.
- _____. “Problemáticas y enfoques de la investigación sobre territorios de frontera interna en Colombia”. En *Fronteras: territorios y metáforas*, 47-60. Medellín: Hombre Nuevo Editores, 2003.
- González, Fernán y Silvia Otero. “La presencia diferenciada del Estado: un desafío a los conceptos de gobernabilidad y gobernanza”. 7 de julio de 2006. <http://www2.institut-gouvernance.org/es/analyse/fiche-analyse-237.html>
- González, Fernán, Ingrid Bolívar y Teófilo Vázquez. *Violencia política en Colombia. De la nación fragmentada a la construcción del Estado*. Bogotá: Cinep, 2003.
- González, José Jairo. “La colonización marginal y las nuevas fronteras colombianas”. *Análisis. Conflicto social y violencia en Colombia. Documentos Ocasionales*, no. 56 (1989).
- González, José Jairo y Elsy Marulanda. *Historias de frontera. Colonización y guerras en el Sumapaz*. Bogotá: Cinep, 1990.
- Guerrero, Javier. *Los años del olvido. Boyacá y los orígenes de la violencia*. Bogotá: Tercer Mundo Editores, 1991.
- Gutiérrez de Pineda, Virginia. *Familia y cultura en Colombia*. Bogotá: Tercer Mundo Editores, Departamento de Sociología, Universidad Nacional de Colombia, 1968.
- Jiménez, Orián. “Vida negra, vida parda y vida indígena”. Ponencia presentada en el Congreso de Historia, Bogotá, 2000.
- Losonczy, Anne-Marie. “Hacia una antropología de lo interétnico: una perspectiva negro-americana”. En *Antropología en la modernidad*. Editado por María Victoria Uribe y Eduardo Restrepo, 253-78. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología (ICAN), Colcultura, 1997.
- Lotero, Jorge. “Crisis, reconversión industrial y cambio técnico en el sistema urbano colombiano, 1975-1991”. En *Globalización y territorio, impactos y perspectivas*. Compilado por Carlos A. De Mattos, Daniel Hiernaux, Nicolás Restrepo Botero y Darío Restrepo Botero, 209-35. Santiago de Chile: Fondo de Cultura Económica, Pontificia Universidad Católica de Chile, 1998.
- _____. *Desarrollo espacial, productividad y competitividad comercial de la industria de las regiones colombianas durante la apertura de los noventa*. Medellín: Centro de Investigaciones Económicas, Universidad de Antioquia, 2007.

- Marulanda, Ely. *Colonización y conflicto. Las lecciones del Sumapaz*. Bogotá: Tercer Mundo Editores, 1991.
- Medina Gallego, Carlos. *Autodefensas, paramilitares y narcotráfico en Colombia*. Bogotá: Editorial Documentos Periodísticos, 1990.
- Meisel, Adolfo. “¿Polarización o convergencia? A propósito de Cárdenas, Pontón y Trujillo”. *Coyuntura Económica*, Vol. xxiii, no. 2 (julio de 1993): 153-60. <https://www.repository.fedesarrollo.org.co/handle/11445/2277>
- Molina, Humberto y Pedro Moreno. “Aportes para una nueva regionalización del territorio colombiano”. En *Ciudad y región en Colombia: nueve ensayos de análisis socioeconómico y espacial*. Editado por Óscar A. Alfonso, 581-693. Bogotá: Universidad Externado de Colombia, 2001.
- Moncayo, Edgar. “Nuevos enfoques de política regional en América Latina: el caso de Colombia en perspectiva histórica”. DNP, Dirección de Estudios Económicos, Archivos de Economía, Documento 194, Separata 1 de 7, 5 de julio de 2002. <https://colaboracion.dnp.gov.co/CDT/Estudios%20Economicos/194.pdf>
- Ortiz, Carlos Miguel. *Estado y subversión en Colombia. La violencia en el Quindío, años 50*. Bogotá: CIDER, CEREC, 1985.
- _____. “Historiografía de la violencia”. En *La historia al final del milenio*, 371-423. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 1994.
- Pachón, Mónica. “Geografía y pobreza”. Tesis de maestría, Universidad de los Andes, Bogotá, 2000.
- Pachón, Ximena. “Los guambianos y la ampliación de la frontera indígena”. En *Frontera y poblamiento: estudios de historia y antropología de Colombia y Ecuador*. Compilado por Chantal Cavaillet, 283-314. Bogotá: Instituto Francés de Estudios Andinos (IFEA), Instituto de Investigaciones Amazónicas, Sinchi, Departamento de Antropología, Universidad de los Andes, 1996.
- Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, PNUD. *Eje cafetero. Un pacto por la región. Resumen ejecutivo. Informe regional de desarrollo humano 2004*. Manizales: PNUD, 2004. https://www.academia.edu/7231848/Un_pacto_por_la_regi%C3%B3n_Informe_Regional_de_Desarrollo_Humano
- Ramírez, María Clemencia. *Frontera fluida entre Andes, piedemonte y selva: el caso del Valle de Sibundoy, siglos xvixviii*. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura Hispánica, 1996.
- _____. *Entre el Estado y la guerrilla. Identidad y ciudadanía en el movimiento de los campesinos cocaleros del Putumayo*. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia (ICANH), 2001.
- Rausch, Jane. *Una frontera de la sabana tropical. Los Llanos de Colombia, 1531-1831*. Bogotá: Colección Bibliográfica Banco de la República, 1994.

- Revez, Edgar y Santiago Montenegro. “Modelos de desarrollo, recomposición industrial y evolución de la concentración industrial de las ciudades en Colombia (1965-1980)”. *Revista Desarrollo y Sociedad*, Vol. 1, no. 11 (1983): 95-153.
- Reyes Posada, Alejandro. “La violencia y el problema agrario en Colombia”. *Análisis Político*, no. 2 (1987): 30-46.
- _____. “Territorios de la violencia en Colombia”. En *Territorios, regiones, sociedades*. Editado por Renán Silva, 111-22. Bogotá: CEREC, Universidad del Valle, 1994.
- Reyes Posada, Alejandro y Ana María Bejarano. “Conflictos agrarios y luchas armadas en la Colombia contemporánea: una visión geográfica”. *Análisis Político*, no. 5 (1988): 6-27. <https://revistas.unal.edu.co/index.php/anpol/article/view/74121>
- Rocha, Ricardo y Alejandro Vivas. “Crecimiento regional en Colombia: ¿Persiste la desigualdad?”. *Revista de Economía del Rosario*, Vol. 1, no. 1 (enero de 1998): 67-108.
- Roldán, Mary. *A sangre y fuego en Antioquia. Colombia, 1946-1953*. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia (ICANH), 2002.
- Sánchez, Fabio y Jairo Núñez. “Geography and Economic Development: A Municipal Approach for Colombia”. Documento de trabajo, Universidad de los Andes, Facultad de Economía, CEDE, Bogotá, marzo de 2000.
- Steiner, Claudia. *Urabá. Imaginación y poder. El encuentro del interior con la costa en Urabá, 1900-1960*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia, 2000.
- Uribe de Hincapié, María Teresa. “La territorialidad de los conflictos y de la violencia en Antioquia”. En *Realidad social*. Tomo I, 49-112. Medellín: Gobernación de Antioquia, 1989.
- _____. *Urabá: ¿región o territorio?* Medellín: Universidad de Antioquia, INER, Corpourabá, 1992.
- Vargas Sarmiento, Patricia. *Naciones aborígenes y la estructuración del espacio colonial. Fronteras internas y externas en la Nueva Granada durante los siglos XVI, XVII, XVIII, regiones culturales y fronteras entre el Magdalena y El Pacífico durante los siglos XVI, XVII, XVIII*. Bogotá: Fundación para la Promoción de la Investigación y la Tecnología, 1995.

Los estudios sobre órdenes locales. Enfoques, debates y desafíos¹

Clara Inés García²

Las sociedades se rigen por patrones de organización relativamente estables. Estos han dado lugar al estudio de las lógicas que rigen esos órdenes sociales, de cómo se configuran y se reproducen, y cómo y por qué se transforman. Este tipo de preguntas se vuelven más complejas en la medida en que los ritmos de cambio social se aceleran, las incertidumbres prevalecen, las concepciones binarias se rompen. Más aún, las preguntas por los órdenes sociales adquieren un nuevo cariz cuando estas se hacen a propósito de contextos donde se imponen las guerras o donde se generalizan las violencias.

A continuación repasaremos críticamente la literatura reciente que en las ciencias sociales ha abordado el tema de los órdenes sociales, con el objeto de identificar cuáles son los diferentes enfoques con que este tema se aborda, el tipo de problemáticas o preguntas a las que se responde y los principales conceptos y debates implicados en su tratamiento y, con base en ello,

- ¹ Originalmente publicado en: *Análisis Político*, no. 73 (2011): 55-78. Este artículo es producto de investigación en el marco del Observatorio Colombiano para el Desarrollo Integral, la Convivencia Ciudadana y el Fortalecimiento Institucional (ODCECI) y fue financiado como centro de excelencia del Programa de Ciencias Sociales de Colciencias. Agradezco al sociólogo Juan Camilo Domínguez por la juiciosa lectura, fichaje y comentarios sobre algunos de los autores colombianos.
- ² Investigadora del Grupo de Estudios del Territorio, Instituto de Estudios Regionales (INER) de la Universidad de Antioquia.

puntualizaremos los principales desafíos que aún restan a la investigación social en este campo.

Cuatro maneras diferentes de abordar el orden social

Para comenzar, digamos qué entendemos por órdenes sociales en los términos más genéricos en los que todos los autores –independientemente de su enfoque– están de acuerdo. Enunciamos tres de ellos. Para Douglas North, los órdenes sociales son “los patrones de la organización social”;³ para Robert Lieberman, “los patrones de regularidad en la vida social y política”.⁴ Por su parte Erhard Friedberg entiende por órdenes locales los roles y patrones de interacción estables y los acuerdos intersubjetivos entre actores acerca de cómo perseguir metas y cuál es el significado de las acciones.⁵ El término local alude a la dimensión socioespacial a la que se asocia el patrón de organización de la vida social, esto es, a los patrones de organización que regulan la vida social en lugares determinados.

En la literatura revisada encontramos cuatro maneras diferentes de enfocar el tema de los órdenes sociales, en muchas ocasiones denominados también órdenes políticos u órdenes locales. Todas ellas parten de cuestionar las viejas concepciones binarias que contraponían orden/desorden (en términos de normal/patológico; endógeno/exógeno), campos de acción formalizados/campos de acción informales y fluidos, soberanía estatal/autoridades alternativas, política/violencia, economía/política. En el fondo, hay dos hilos conductores comunes en dichas investigaciones: la pregunta por cómo explicar el cambio y por cómo explicar la lógica interna bajo la cual se configuran y adquieren dinámica los órdenes en cuestión. Sin embargo, difieren entre sí, sobre todo por la manera en que relacionan orden y cambio, orden y política, orden y espacialidades sociales y orden y violencia. Veámoslo en detalle:

- 3 Douglass North, John J. Wallis and Barry R. Weingast, *Violence and Social Order. A Conceptual Framework for Interpreting Recorded Human History* (New York: Cambridge University Press, 2009), xi.
- 4 Robert C. Lieberman, *Ideas, Institutions, and Political Order: Explaining Political Change* (Cambridge: Cambridge University Press, 2002), 698.
- 5 Frank Dobbin, “Local Orders. The Dynamics of Organized Action by Erhard Friedberg”, *Contemporary Sociology*, Vol. 27, no. 6 (November, 1998): 600-601.

- a. El primer grupo de autores se preguntan por cómo relacionar orden y cambio y cómo abordar la transición de uno a otro orden social desde una lógica que reconozca los factores endógenos a la misma sociedad como base de su propia transformación.

Douglas North dirige la indagación en primera instancia hacia las formas específicas de organización humana y encuentra la clave de las diferencias en la manera como las sociedades limitan o abren el acceso a esas organizaciones. En los diez mil años de historia de las sociedades occidentales, este autor encuentra básicamente dos tipos de órdenes sociales y su *pregunta por el cambio, se focaliza en la transición de uno a otro orden*. Pero este autor también afirma: la manera como se produjo esa transición en las sociedades occidentales europeas no puede ser aplicada indiscriminadamente a las sociedades de órdenes de acceso limitado de nuestro mundo contemporáneo. Cada sociedad tiene sus propias maneras de producir el cambio. Y el mundo de hoy cambia constantemente.⁶

Luego, la otra gran pregunta que se plantea North es la siguiente: *¿qué tan predecibles y estables son los órdenes locales dado el mundo cambiante e impredecible?*⁷ ¿Qué tan obsoletas se vuelven nuestras ideas sobre cómo funcionan las sociedades, dados los nuevos cambios y desarrollos?⁸ Así que el marco conceptual propuesto por el autor debe servir a los estudiosos para emprender las investigaciones pertinentes en las sociedades cambiantes de hoy. En todo caso la clave para comprender la formación de órdenes sociales y sus transformaciones radica en preguntarse *cuáles son las relaciones entre individuos a partir de las cuales se regula el acceso a las organizaciones de la sociedad en función de limitar y controlar la violencia y de lograr que los poderosos no peleen sino que cooperen*.

Aquí el énfasis está en el estudio de cómo transita *un tipo* de orden social estable a otro. Y cada tipo de orden se funda en una lógica

6 North, Wallis and Weingast, *Violence and Social Order*.

7 North, Wallis and Weingast, *Violence and Social Order*.

8 North, Wallis and Weingast, *Violence and Social Order*.

específica que determina el modo de acceso a las organizaciones en la sociedad. El tránsito se explicaría en función de lo que activaría en la coalición dominante su aceptación y su preferencia por un tipo de acceso más abierto. Habría siempre *una lógica que ordena o reordena*.

- b. Un segundo grupo hace énfasis en “el desorden” que acompaña intrínsecamente a todo proceso de constitución, reproducción o cambio de todo “orden”.

Por su parte, Erhard Friedberg cuestiona la manera dicotómica en que se dividen para su estudio los campos de la acción organizada sujeta a convenciones y reglas explícitas, de aquellos no formalizados como por ejemplo los movimientos sociales o la competencia en el mercado. Este autor afirma que dicha dicotomía “se basa en un doble error: por un lado, se subestima el carácter estructurado y organizado de los campos de acción más difusos y, por el otro, se sobreestima al mismo tiempo (...) el carácter tanto estructurante como discriminante de la formalización de las organizaciones”.⁹ Afirma la naturaleza estratégica y fundamentalmente política de la interacción humana, a partir de lo cual se comprende que, al tiempo que surgen las convenciones, normas y reglas, se producen también las tendencias a corroerlas,¹⁰ pues “(...) la estructura formal no es independiente del campo de fuerzas que (la) crea, ni dispone de ninguna racionalidad superior a las conductas y prácticas que busca encausar y regular (...)”.¹¹

Pero esa misma naturaleza estratégica y política de la interacción humana también está en la base de la comprensión de las acciones colectivas de carácter más difuso, las cuales también pueden ser estudiadas como “sistemas de acción” que suponen procesos de intercambio y de poder entre un conjunto de actores individuales o colectivos a los que atañe un mismo problema y que están sujetos a reglas del juego que

9 Erhard Friedberg, “Las cuatro dimensiones de la acción organizada”, *Gestión y Política Pública*, Vol. 2, no. 2 (1993): 284.

10 Friedberg, “Las cuatro dimensiones”.

11 *Ibid.*, 285.

por no ser formales no dejan de ser igualmente existentes y eficaces en el encauzamiento y regulación de las relaciones entre los actores.

Lo que aquí nos interesa subrayar es el énfasis que Friedberg hace al señalar que todo orden social cuenta en su interior con los factores que tienden a corroerlo, a transformarlo; que *no hay orden social que no esté acompañado de un proceso continuo de negociaciones entre sus miembros, de nuevos acomodamientos, de esguinces a las regulaciones establecidas y de prácticas que desbordan a las regulaciones formales*. La propia lógica bajo la cual se configuran las regulaciones provee los elementos que las transforman y que radica en el carácter político de las interacciones que las producen, sus relaciones de fuerza.

Robert C. Lieberman cuestiona los enfoques institucionales e ideacionales que se concentran en explicar el orden, pero que tienen dificultades para explicar el cambio político, pues “en ambos casos, *las fuentes del cambio aparecen como exógenas*, resultado de una especie de shock de origen desconocido. Lo que en ellos acaba siendo la fuente explicativa del cambio político es el término del error, el detritus del modelo normal de los asuntos políticos”,¹² y lo que prima serían los períodos de estabilidad y coherencia social. Este autor se propone “considerar ambas –instituciones e ideas– como elementos explicativos integrales y endógenos y sin privilegiar a ninguno de los dos. Ese enfoque *iluminará más los puntos de fricción, las irregularidades y discontinuidades del cambio político*”.¹³ Se pregunta por cómo un orden institucional o ideacional aparentemente estable puede cambiar súbitamente.¹⁴ Para él, la alternativa no tiene que ser el caos; es, en cambio, la de relajar el énfasis en el orden y la regularidad modelando la política y considerar más bien que *cualquier momento político o episodio está situado en medio de una variedad de patrones de orden institucional o ideacional*, cada uno con sus propios orígenes e historia y lógica.¹⁵

¹² Lieberman, *Ideas, Institutions*, 701 (énfasis añadido).

¹³ *Ibid.*, 698 (énfasis añadido).

¹⁴ Lieberman, *Ideas, Institutions*.

¹⁵ Lieberman, *Ideas, Institutions*.

Los órdenes ideológicos e institucionales que prevalecen en cualquier tiempo y lugar no se conectan entre sí de manera coherente y funcional. Al contrario, los arreglos políticos son inevitablemente producto de compromisos, parciales y circunscritos, incoherentes y negociados, que impiden que instituciones e ideas se conecten dentro de un todo homogéneo y unificado que informa al resto del campo político. Debe haber instancias en las cuales los patrones ideológicos e institucionales *fit together* –se conectan entre sí– y se juntan en algo que aparenta un equilibrio. Pero en otros tiempos ellos colisionarán [*collide*], y presentarán a los actores con imperativos y oportunidades contradictorios y multidireccionales.¹⁶ *Es entonces “en la fricción entre órdenes en donde encontraremos las bases del cambio de la política en cualquier momento”*.¹⁷

Lieberman hace referencia a grandes obras que los precedieron en esta misma línea de pensamiento, en la de buscar orden en medio de los momentos más grandes del desorden social.¹⁸ Aquí el énfasis está en cómo explicar el cambio de un orden social, explicación que hace énfasis en una condición de todo orden: las fricciones internas constitutivas del mismo. Se subraya la coexistencia de distintos y hasta contradictorios patrones de orden social.

- c. Un tercer grupo de investigadores centra su atención en la manera como se ejerce control o autoridad local a partir de la nueva teoría socioespacial y el reconocimiento de que todo lugar –y por tanto su orden, su regulación, sus sistemas de autoridad– se configura en función de la interacción de los poderes procedentes de diversas escalas socioespaciales.

Edward L. Gibson se pregunta por cómo se explican los autoritarismos subnacionales en sociedades democráticas. ¿Cuál es el proceso

16 Lieberman, *Ideas, Institutions*.

17 *Ibid.*, 702 (énfasis añadido).

18 Barrington Moore, *Social Origins of Dictatorship and Democracy. Lord and Peasant in the Making of the Modern World* (Boston: Beacon Press, 1966); Theda Skocpol, *States and Social Revolutions. A Comparative Analysis of France, Russia, and China* (Cambridge: Cambridge University Press, 1979).

político que los alimenta o los destruye?¹⁹ En particular, indaga por los contextos estratégicos en que los líderes subnacionales [*governors*] perpetúan sus regímenes provinciales autoritarios (sus estrategias y las condiciones políticas) y por los mecanismos claves a través de los cuales tales regímenes pueden ser debilitados o desmantelados.²⁰ Parte del principio de que las instituciones están entretejidas a través del espacio. De ahí que *ninguna estrategia de control esté reducida a una sola arena*.²¹ Además, cambia la perspectiva bajo la cual aborda las relaciones entre centro y periferia de un estado nación; *estas serán vistas como interdependientes*, y no como regidas por una relación vertical de autoridad/subordinación.²² Para el autor, “(...) entender el cambio político subnacional implica una comprensión sistemática acerca de cómo la localidad en cuestión está inmersa en un sistema territorial mayor de gobernanza”²³ que dé cuenta de *las estrategias territoriales con que interactúan los actores de poder nacionales y subnacionales entre sí*, los primeros para consolidar su poder mediante –entre otras– los apoyos de los poderes locales de las periferias y los segundos para mantener el control local vs. sus opositores, cerrando fronteras a sus posibles aliados en el nivel nacional y abriéndose ellos mismos al nivel nacional.

Aquí resalta entonces cómo el control político en un territorio dado –al interior de un estado nación– solo puede ser pensado en términos del juego de poderes de distinta escala socioespacial –en este caso del centro y las periferias, de las escalas nacional y subnacional–

Ann C. Mason se pregunta, desde una perspectiva socioespacial y un “paradigma pluralista” del orden mundial, por las transformaciones que la globalización produce en las estructuras de autoridad que cuestionan el modelo de comunidad política westfaliano en el que la

19 Edward Gibson, “Subnational Authoritarianism: Territorial Strategies of Political Control in Democracy Regimes”, *Annual Meeting of American Political Science Association*, Vol. 2 (September, 2004).

20 Gibson, “Subnational Authoritarianism”.

21 Gibson, “Subnational Authoritarianism”.

22 Gibson, “Subnational Authoritarianism”.

23 *Ibid.*, 58.

autoridad radica exclusivamente en el Estado territorial. Reconoce entonces que son “múltiples redes socioespaciales de poder que se intersectan y superponen”²⁴ y que son *estructuras de autoridad compuesta* lo que se encuentra en la mayoría de los sistemas domésticos.²⁵ Su interrogante central es por cómo una miríada de lugares de autoridad afectan la dimensión de la estatalidad,²⁶ y a partir de allí analiza casos territoriales de la sociedad colombiana en los que “la dinámica global trasciende la norma de la soberanía exclusiva” y hace “*posible la creación de nuevos órdenes sociales que envuelven a la sociedad colombiana y a entidades no-sobernas y no-territoriales*”.²⁷

Pero si bien las nuevas *dinámicas globales* han condicionado cambios sustanciales en las estructuras de autoridad, *es la interacción de estas con las condiciones locales en cada lugar las que explican la emergencia de nuevas formas de orden social*.²⁸ Se necesita que en las localidades hayan fallado los términos del intercambio que supuestamente la autoridad estatal brinda a los miembros de su comunidad política (las funciones básicas y los bienes públicos son los que están en juego aquí) para que se erosionen “los sentimientos de lealtad hacia el Estado” y se produzca un interés “por reglas alternativas de orden social”.²⁹ Y la globalización juega entonces aquí el papel clave al brindar “las oportunidades para forjar nuevos arreglos sociopolíticos”.³⁰

Son entonces los nuevos marcos socioespaciales de configuración de las redes de poder y en especial las oportunidades que brindan a las localidades las formas de autoridad sustentadas de la escala global

24 Ann C. Mason, “Constructing Authority Alternatives on the Periphery: Vignettes from Colombia”, *International Political Science Review / Revue internationale de science politique*, Vol. 26, no. 1 (January, 2005): 37.

25 Mason, “Constructing Authority”.

26 Mason, “Constructing Authority”.

27 Ibid., 42 (énfasis añadido).

28 Mason, “Constructing Authority”.

29 Ibid., 45.

30 Ibid.

los que explican el *por qué y el cómo en los lugares se configuran nuevos órdenes sociales en los que priman estructuras de autoridad compuestas.*

- d. El cuarto grupo de estudios focaliza la investigación en los órdenes locales que se configuran en contextos dominados por acciones de violencia procedentes de guerras interestatales o civiles o de actores armados ilegales de diferente especie.

Stathis Kalyvas, Ian Shapiro y Tarek Masoud como editores de una obra colectiva colocan el foco de su reflexión sobre una pregunta: ¿cómo emerge el orden, cómo es sostenido, cuestionado, destruido, transformado y recreado?³¹ Parten de la fórmula que ya Charles Tilly había establecido hace tiempo, acerca de la relación entre orden y violencia: el orden es necesario para manejar la violencia y la violencia es crucial para cimentar el orden, y ello en virtud de que política y violencia (en cualquiera de sus modalidades) no pueden seguir siendo pensadas como términos binarios.³² Su énfasis está en señalar la pertinencia de abordar el orden social en forma dinámica, como un proceso que emerge, se sostiene y se transforma o destruye, y que no puede ser pensado como ajeno a los fenómenos de violencia.

Kalyvas en su aporte personal a la obra anteriormente reseñada coloca la violencia en el centro de sus indagaciones y parte también de los postulados anteriormente mencionados. En especial afirma cómo la violencia opera con relación al orden social en dos direcciones, pues puede tanto desafiar como construir orden. Bajo ese marco se pregunta entonces por el impacto que tiene el control territorial de los actores de las guerras sobre la colaboración o no colaboración que logran de la población local y sobre el uso de la violencia por parte de los primeros. El autor afirma entonces que el tipo de soberanía o control que predomina en un área determinada afecta el tipo de estrategias seguidas por los actores políticos en guerra. En las guerras civiles hay soberanías

³¹ Stathis Kalyvas, Ian Shapiro and Tarek Masoud, "Introduction: Integrating the Study of Order, Conflict and Violence", in *Order, Conflict, Violence*, eds. Stathis Kalyvas, Ian Shapiro and Tarek Masoud (New York: Cambridge University Press, 2008), 1-14.

³² Kalyvas, Shapiro and Masoud, "Introduction: Integrating the Study".

segmentadas (división de los territorios en zonas con monopolios de soberanía entre los rivales) y fragmentadas (zonas donde se superponen las soberanías de los rivales). Los actores políticos maximizan el control territorial dependiendo del balance local del poder. Y sus decisiones se enfocarán en dos sentidos interrelacionados para lograr maximizar ese control: conseguir el apoyo de la población y dosificar la violencia necesaria.³³

El apoyo popular variará en función del tipo de violencia que los actores políticos decidan ejercer como medio para moldear la colaboración, y el tipo de violencia variará según el tipo de soberanía que impere en el territorio: donde se ejerce plenamente control o donde no se ejerce en absoluto, el actor político prefiere no usar la violencia; allí donde se ejerce control hegemónico pero no absoluto, se ejerce una violencia selectiva.³⁴ Para Kalyvas, la colaboración de la población que requiere todo control militar del territorio es endógena a este último. El grado de control determina la amplitud de colaboración. Pues, independientemente de sus preferencias, muchas personas optan por colaborar con el actor político que mejor les garantice su sobrevivencia. Habrá mayor colaboración en las zonas claramente controladas por un actor; en cambio, la colaboración será mucho más incierta en áreas de soberanía fragmentada, donde el control es incompleto.³⁵

Aquí se subraya entonces que el orden local en contextos de guerra dependerá del tipo de control –absoluto, hegemónico pero no total, o confrontación paritaria– que un actor militar ejerza sobre el territorio, orden que se consolidará con base en el tipo de colaboración que se establezca con la población local y del tipo de violencia que se ejerza sobre la misma, factores estos dependientes del primero y de las decisiones estratégicas que con base en ello tomen los actores políticos.

33 Kalyvas, Shapiro and Masoud, "Introduction: Integrating the Study".

34 Kalyvas, Shapiro and Masoud, "Introduction: Integrating the Study".

35 Kalyvas, Shapiro and Masoud, "Introduction: Integrating the Study".

Elisabeth Wood. El foco de atención de esta autora son las redes sociales y sus transformaciones en tiempos de guerra: cómo se crean nuevas, se disuelven otras, cambian las estructuras de otras, y ello analizado a través de una investigación comparada en cuatro países: Salvador, Perú, Sri Lanka y Sierra Leona. Para ella, igual que para Kalyvas, son las estrategias de los actores, particularmente los patrones de violencia que agencian, las que moldean las transformaciones en los procesos sociales y las redes sociales.³⁶

A partir del estudio de seis procesos sociales diferentes,³⁷ la autora aborda muchas de las claves a partir de las cuales se pueden observar los órdenes locales y sus transformaciones en contextos de conflicto violento y de guerra civil. Solo encuentra un patrón común en la transformación de las redes sociales de los cuatro países que analiza, que es el “demográfico”.³⁸ Sin embargo, realiza un rico trabajo sobre la variedad de direcciones que toman las transformaciones de los órdenes locales, sobresaltando así los puntos clave para la observación del fenómeno. Son esos aspectos los que voy a resaltar aquí:

- Cuando se trata de la disolución de las viejas redes civiles por las condiciones de violencia que impone la guerra civil, se observan resultados diversos: a) el desplazamiento de las antiguas redes que ligaban las clientelas a los terratenientes y los ciudadanos locales a autoridades gubernamentales por las nuevas de soporte a los armados; b) la creación de lazos entre pobladores y Estado, donde anteriormente no habían prevalecido y c) el creciente aislamiento de las comunidades.³⁹

³⁶ Elisabeth Jean Wood, “The Social Processes of Civil War: The Warime Transformation of Social Networks”, *Annual Review of Political Science*, no. 11 (2008): 539-61.

³⁷ La movilización política, la socialización militar, la polarización de las identidades sociales, la militarización de las autoridades locales, la transformación de los roles de género y la fragmentación de las economías políticas locales.

³⁸ Urbanización, feminización de las cabezas de familia, nuclearización familiar de liderazgos sociales y de relaciones laborales... Wood, “The Social Processes”.

³⁹ Wood, “The Social Processes”.

- El reclutamiento y socialización en la vida militar reconfigura las redes sociales de muchas maneras, al sustituir los complejos lazos de la vida cotidiana configurados por múltiples redes superpuestas de familia, empleo y comunidad por los lazos con miembros de los grupos armados.⁴⁰
- La polarización de las identidades políticas que frecuentemente ocurre durante las guerras civiles rompe las redes sociales de la pre-guerra,⁴¹ pero estas no necesariamente corren parejas con las formas de identificación tradicionales: las nuevas identidades se mapean, más que por las diferencias políticas, étnicas o sociales previas, por la decisión estratégica de los individuos frente a las posibilidades de su propia protección, de consecución de alguna ventaja o por capacidad de mostrar su indignación ante el recurso a la violencia utilizado en las localidades por los actores armados.⁴²
- La militarización de la autoridad local generalmente desplaza las redes de la gobernanza de la pre-guerra, reemplazándola con nuevos lazos entre algunos residentes y la nueva autoridad local (o autoridades, si se presenta dualidad de autoridades –como ocurre en ocasiones–). La nueva red de gobernanza suele estar dirigida por civiles, pero usualmente atados a los actores armados, en virtud de su autoridad coercitiva y algunas veces de su legitimidad (como en El Salvador donde civiles locales trabajaron muy cercanamente al Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional [FMLN]).⁴³
- Las redes patriarcales son generalmente transformadas de manera radical en las guerras, en la medida en que las mujeres y las niñas deben asumir roles sin precedentes, como combatientes e interlocutores con autoridad, o en las relaciones laborales y como cabezas de familia.⁴⁴
- La economía política local también sufre profundas transformaciones, como la campesinización de viejas zonas de agricultura

40 Wood, "The Social Processes".

41 Wood, "The Social Processes".

42 Wood, "The Social Processes".

43 Wood, "The Social Processes".

44 Wood, "The Social Processes".

comercial, la feminización de la mano de obra, la fragmentación de los mercados rurales, el debilitamiento de las redes de ayuda mutua.⁴⁵

El eje de la reflexión de esta autora lo centra en lo que denomina las “gubernanzas insurgentes”,⁴⁶ y las consecuencias, muchas veces irreversibles, sobre los cambios que se producen en las redes sociales que sustentan los órdenes locales donde los actores armados se implantan. Los diferentes factores a partir de los cuales las caracteriza y el hecho de establecer conceptualmente la posibilidad de pensar órdenes sociales contruidos sobre la violencia de la guerra son los asuntos que destacamos de aquí.

Jutta Bakonyi y Kirsti Stuvoy también sostienen que “en guerras prolongadas surgen órdenes sociales de violencia por fuera del Estado” y se preguntan por “cómo los actores establecen y sostienen esos órdenes”. Angola y Somalia son sus casos de estudio y el concepto con el que trabajan es el de “los órdenes no estatales de violencia”⁴⁷ [*non-state orders of violence*]. Tres ideas claves quiero resaltar del planteamiento de estos autores.

En primer lugar, concebir la violencia como un proceso social en el cual las acciones violentas moldean nuevas estructuras y nuevas formas de comportamiento, y por esa vía, redefinen las formas de la organización societal. De tal manera que las guerras de larga duración con frecuencia llevan a institucionalizar un nuevo “sistema de ganancia y poder”, referido por los autores como un “orden social de violencia”.⁴⁸

En segundo lugar, el no dicotomizar economía y política. Los autores critican los enfoques que manejan el modelo utilitario, que radica en la sola lógica de la búsqueda racional del beneficio económico de los actores individuales o colectivos, la explicación del ejercicio de la violencia y el establecimiento de un orden funcional a lo primero. Es claro que debe haber al mismo tiempo “un mínimo de regulación política, un mínimo de Estado, para que la economía y el mercado funcionen. El rol de las instituciones sociales, las normas y

45 Wood, “The Social Processes”.

46 Ibid., 551.

47 Jutta Bakonyi and Kirsti Stuvoy, “Violence and Social Order beyond the State: Somalia & Angola”, *Review of African Political Economy*, Vol. 32, nos. 104-105 (2005): 359.

48 Bakonyi and Stuvoy, “Violence and Social Order”, 363.

las reglas son claves para explicar el comportamiento de los actores”.⁴⁹ Y esto también es válido para el establecimiento de los *non-state orders of violence*, donde el uso de la violencia depende de reglas: en ellos, la violencia es limitada y regulada de acuerdo con patrones de autoridad institucionalizados (debe haber un cierto entendimiento de quién es el enemigo y cuáles son las reglas y los procedimientos para el uso de la violencia).⁵⁰

En tercer lugar, no es posible concebir ningún orden social, ni siquiera el de violencia, sin tener en cuenta la interacción de las tres dimensiones: la política, la económica y la simbólica (basándose en Norbert Elias), donde la simbólica provee los mitos, las memorias, los valores y los símbolos que definen “los adentros” y “los afueras” de los grupos en contienda y los sentidos de las normas, convenciones y reglas que sustentan la autoridad violenta.⁵¹

Los órdenes sociales de violencia se pueden ordenar en un continuum cuyo principio ordenador es el grado de institucionalización de la autoridad dentro de él.⁵² Ese continuum va desde un “cuasi-estado” –donde el grupo insurgente no tiene reconocimiento jurídico, pero cuya autoridad implica de hecho el ejercer una “estatalidad empírica”–,⁵³ hasta un “señorío de guerra” –donde rige una forma institucionalizada de autoridad más débil por la proliferación de grupos violentos, cuya legitimidad se ancla en las estructuras sociales locales o regionales en las que operan; es una forma de orden altamente localizada–.⁵⁴

De estos autores resaltamos entonces la manera como colocan la violencia en el centro de la lógica de la producción de un orden social alternativo al del estado en geografías nacionales específicas, cómo piensan la institucionalización de formas de autoridad basadas en la violencia pero sustentadas por reglas y legitimadas por elementos simbólicos de diversa índole, y el establecimiento de dos tipos de órdenes sociales de violencia, diferenciados según grados de esa institucionalización.

49 Ibid., 361.

50 Bakonyi and Stuvoy, “Violence and Social Order”.

51 Bakonyi and Stuvoy, “Violence and Social Order”.

52 Bakonyi and Stuvoy, “Violence and Social Order”.

53 Ibid., 364.

54 Bakonyi and Stuvoy, “Violence and Social Order”.

Cuatro nodos de debate

Además de identificar las cuatro maneras de enfocar el tema de los órdenes sociales en general, el anterior análisis nos llama la atención sobre cuatro aspectos claves en torno de los cuales se ha articulado la discusión acerca de los órdenes de violencia, en particular: a) el lugar de la violencia con respecto del orden, b) la autoridad, c) la obediencia, d) las identificaciones.

a) El lugar de la violencia con relación a la producción del orden

En los estudios revisados encontramos una línea de demarcación muy nítida entre dos maneras de concebir esa relación, pues una cosa es pensar el orden como resultado del control de la violencia y otra es pensar la posibilidad de un orden en y por la violencia.

En el primer caso se sitúa Douglas North. Este autor introduce la violencia en la pregunta por el orden social, pero *como factor que explica las diferentes lógicas bajo las cuales las sociedades se organizan para evitar que sus miembros –en especial los grupos de poder– se enfrenten entre sí violentamente*. Este autor se sitúa de alguna manera en la línea general de análisis que abrió Charles Tilly por los años 70, cuando abordó las guerras entre los estados como el factor clave para la conformación y consolidación de esos mismos estados nación europeos, al haber ellas promovido la centralización de los ejércitos y de los fiscos. Es la misma línea que prosiguen autores como Youssef Cohen, Brian R. Brown y A. F. K. Organski, quienes la aplican a los procesos de formación de los nuevos estados del tercer mundo en nuestra contemporaneidad, y confrontan las interpretaciones que asocian la violencia al “decaimiento político”. Afirman que la violencia –promovida por el mismo Estado y contestada también violentamente por sus oponentes internos– es más bien parte integral del proceso de acumulación de poder de los aparatos estatales nacionales. Y como esa acumulación de poder es necesaria para la imposición y mantenimiento del orden, la violencia colectiva también indica el movimiento hacia el orden político.⁵⁵

55 Youssef Cohen, Brian R. Brown and A. F. K. Organski, “The Paradoxical Nature of State Making: The Violent Creation of Order”, *The American Political Science Review*, Vol. 75, no. 4 (December, 1981): 901-10.

Una línea de análisis muy diferente aborda la violencia como un factor capaz de producir órdenes sociales, pero en tanto “órdenes sociales de violencia” o “gobernanzas insurgentes”, como los denominan los autores atrás vistos. Para ellos la violencia es el factor sobre el que se levanta y se reproduce una forma de orden. Tal es el caso de los “gobernanzas insurgentes” de Wood, los *non-state orders of violence* de Bakonyi y Stuvoy, o los órdenes sociales que Kalyvas analiza en las sociedades de guerra civil. Este tipo de enfoques emergen ante las realidades de un buen número de países del tercer mundo que sostienen prolongadas guerras civiles o enfrentamientos entre actores armados ilegales con el Estado, en los que se constata la existencia, por períodos de tiempo significativos, de formas relativamente estables de sistemas de control de territorios y poblaciones a partir de patrones de violencia agenciados por los actores dominantes.

Esas dos maneras de enfocar el asunto tienen implicaciones teóricas fundamentales. En el primer enfoque la violencia se concibe como una de las condiciones para producir orden, y el orden como un resultado que tiene como condición la desaparición o control de la violencia. Aquí los autores dieron un primer paso en la ruptura de la concepción binaria entre orden y violencia: la que los contraponía como “externos” el uno al otro, como patológica la segunda con relación al primero; ahora se hace posible concebir la violencia como endógena a los procesos de construcción social. No obstante, esta concepción mantuvo a la violencia y al orden como fenómenos que variaban inversamente a través del proceso de constitución del segundo. En el segundo de los enfoques, por el contrario, la violencia se concibe –para algunos casos históricos– como el factor determinante y co-presente en el establecimiento y mantenimiento de un tipo de orden social. Aquí se construye un concepto diferente de *orden* que, si bien mantiene las mismas dimensiones⁵⁶ para analizar su funcionamiento, sí radicaliza aún más

56 El control de la fuerza física (autoridad política), la garantía de los medios materiales (la estructura económica), la producción y preservación de los medios de orientación simbólica, siguiendo a Norbert Elias.

la ruptura con la concepción binaria entre orden y violencia, pues el orden resultante es el orden de violencia.

En segundo lugar, y en particular en el caso de North, este enfoque hace énfasis especial en los períodos de *estabilidad* y en cuáles son las características que sustentan el funcionamiento de uno u otro y cómo se reproducen y sostienen. Y cuando se pregunta por el cambio entre el primero y el segundo de los modelos históricos de orden social, el foco del análisis es “la transición”.⁵⁷ En el segundo enfoque, en cambio, el énfasis está más en cómo explicar ese tipo de orden (de violencia). Ni Kalyvas, ni Wood, ni Cohen, ni Brown, ni Organski adelantan investigaciones con relación a las transformaciones de este tipo de órdenes. Kalyvas, Tarek y Massoud (como editores) solo llaman la atención sobre la necesidad del abordaje de estos órdenes en términos dinámicos y establecen que la pregunta bajo la cual se debe abordar el tema debe ser esta: ¿cómo emerge el orden, cómo es sostenido, cuestionado, destruido, transformado y recreado? Una autora colombiana, Ana Arjona, discípula de Kalyvas, incursiona en esta faceta y da unas primeras puntadas acerca de “las etapas” que van de un orden social previo a la incursión del grupo armado, su “transición” cuando este último se establece y la “consolidación del nuevo orden local” bajo la égida del grupo armado. Sin embargo, *la pregunta por cómo es sostenido, cuestionado, destruido, transformado y recreado, planteada por Kalyvas, sigue sin responderse en este grupo de autores, a propósito de los órdenes de violencia.*

b) Acerca de la autoridad

En tanto todo orden social está referido a los patrones que regulan la vida social, a los arreglos sociopolíticos que se hayan establecido entre los miembros que lo conformen, la autoridad deviene concepto

57 ¿Qué hace que los poderes de la coalición dominante decidan ceder el acceso privilegiado a las organizaciones sociales a través de las relaciones directas y personales y pasar a la modalidad de acceso abierto sustentada en las relaciones impersonales y transformar los privilegios en “derechos”? El quid lo encuentra North en el incentivo que las mismas élites llegan a tener en esa transformación, por encontrar en ello la manera de solucionar las posibles amenazas siempre latentes a sus privilegios por parte de otras élites o facciones de la coalición dominante. North, Wallis and Weingast, *Violence and Social Order*.

central. La autoridad es una relación asimétrica en la cual una demanda por autoridad es legitimada por aquellos sujetos a ella, y validada a través de prácticas que significan reconocimiento y aceptación de las reglas del orden social. Todo arreglo de autoridad involucra ambos aspectos: la obligación de obedecer y alguna forma de reconocimiento social de esa autoridad.⁵⁸

En el caso de las geografías donde rigen los órdenes de violencia, se destacan, en primer lugar, los aspectos directamente vinculados a la aplicación de la fuerza: “el control militar del territorio” –que habla de la fuerza y capacidad de control de quien lo domina frente a otros grupos armados competidores– y de “la violencia” –selectiva o indiscriminada– dosificada sobre la población civil, como uno de los mecanismos mediante los cuales se garantiza la indispensable colaboración de la población del lugar.

Sin embargo, la autoridad construida sobre bases de violencia da lugar a interrogantes interesantes: ¿quiénes ejercen la autoridad, bajo qué parámetros y sobre qué dominios de la vida colectiva?

- Elisabeth Wood propuso un sugestivo concepto para dar cuenta de ello: la *gobernanza insurgente* para referirse a aquellas formas militarizadas de la gobernanza local por parte de los grupos armados no estatales. Estas formas se dan bajo diversas modalidades, que van desde el desplazamiento directo de las autoridades locales civiles y policiales tradicionales y su suplantación por el grupo en armas, hasta la permanencia de los mandatarios civiles en sus funciones, más obligados a seguir arreglos específicos con los grupos armados a propósito de su gestión. Las funciones que comúnmente asumen los grupos armados de manera directa son las de seguridad y justicia; las de provisión de servicios públicos como salud y educación suelen dejarse en manos del Estado, pero supeditadas a la influencia y orientación de los primeros.

- Para Bakonyi y Stuvoy y para el caso de lo que denominan los “cuasi-estados de violencia” es el propio grupo insurgente el que controla no solo el territorio nacional, sino la economía (generalmente basada en productos ilegales –coca– o en recursos naturales de alto valor –diamantes, petróleo...–), al igual que la provisión de bienes y servicios. En las guerras donde reina una gran fragmentación geográfica y de control de actores armados, el papel central lo juega la combinación del dominio armado sobre territorios con la capacidad de apoyarse en las *survival units* correspondientes, que son las que garantizan la provisión de los bienes y servicios.

Vale la pena destacar la diferencia que en este plano se encuentra entre estos autores internacionales y los colombianos: los primeros construyen conceptos como los de *gobernanza insurgente*, *cuasi-estados de violencia* u *órdenes de violencia* para dar cuenta de las formas bajo las cuales los armados imparten su autoridad y regulan la vida social bajo nuevos parámetros. Estos conceptos se fundamentan en la violencia y el orden de violencia como eje articulador. Por su parte, los autores colombianos enfatizan más en la manera como los actores armados ilegales “transforman” el orden social o cómo “inciden” o “cooptan” “la gestión municipal” o “el Estado”. Veamos lo anterior:

- Gustavo Duncan, aunque acoge el concepto de *señores de la guerra*, lo cual lo acercaría a la manera de pensar los órdenes de violencia como lo hacen los autores internacionales atrás mencionados, no desarrolla el concepto de *orden social* correspondiente, y solo concluye advirtiendo la capacidad de estas facciones armadas de constituirse en “un Estado en la práctica” o en lograr una “apropiación local del Estado”.⁵⁹
- Rangel, para dar cuenta de la forma y los efectos de la presión de las guerrillas sobre las autoridades locales, y construir instrumentalmente su propia autoridad, acuña el concepto de *clientelismo*

59 Gustavo Duncan, “Una visión alternativa del conflicto colombiano”, *Razón Pública*, 9 de marzo 2009, <https://razonpublica.com/una-visilternativa-del-conflicto-colombiano/>.

armado, por el cual entiende la “apropiación privada de bienes públicos a través de la amenaza de las armas”, el cual asume formas como “la contratación en cargos públicos de personal recomendado por la guerrilla, retención de un porcentaje de sus sueldos, concesión de contratos de obras públicas, pagos de coimas por contratistas, entre otras”;⁶⁰ o la protección en las campañas electorales a candidatos que han hecho acuerdo con ellos, inmovilizando a los que no lo han hecho y distorsionando así los resultados electorales; o la determinación de los sitios donde se ha de invertir los recursos públicos, y a qué sectores de la población se beneficia...⁶¹

- Fabio Velásquez ha hecho un estudio pormenorizado de la manera como influyen los grupos armados ilegales la gestión pública en las localidades donde dominan, con base en una amplia investigación comparada. Distingue entre la incidencia “desde afuera” y “desde adentro” del aparato municipal; en esta segunda modalidad, “mediante el uso de instrumentos de diversa índole como la presión armada, la realización de pactos y alianzas, la intermediación a través de funcionarios, etc.”⁶² Este autor sistematiza las modalidades y objetos sobre los cuales los grupos armados ilegales ejercen su influencia.⁶³

60 Alfredo Rangel, *Guerra insurgente. Conflictos en Malasia, Perú, Filipinas, El Salvador y Colombia* (Bogotá: Intermedio Editores, 2001), 376.

61 Rangel, *Guerra insurgente*.

62 Fabio Velásquez, “Actores armados y gestión municipal en Colombia”, *Revista FORO*, no. 67 (abril de 2009): 23.

63 Son cinco las formas de la incidencia externa:

- o El veto territorial (a funcionarios y autoridades locales para movilizarse hacia determinadas zonas y visitar obras, hablar con comunidades...).
- o El quiebre del orden público: acciones tendientes a desestabilizar el orden público, hostigar autoridades y población.
- o La presión para la contratación o la inversión, a cambio de mantener cierta tranquilidad en el orden público.
- o La petición de cuentas: las autoridades deben informar a los actores armados sobre las decisiones tomadas y cumplimiento de metas y planes.
- o La “amenaza latente”: cuando la guerrilla se ha tenido que replegar...

La incidencia externa ha sido característica de la guerrilla.

Son cuatro las formas de incidencia interna:

- o La captura directa o indirecta de rentas: la mayoría de veces es por parte de paramilitares...

- Luis Jorge Garay Salamanca desarrolla para el caso colombiano el concepto de *reconfiguración cooptada del Estado*,⁶⁴ como crítica del concepto de *captura del Estado* que autores internacionales propusieron para dar cuenta de la acción de grupos y organizaciones legales al interior del aparato del Estado para beneficio de exclusivos intereses económicos. Con este concepto da cuenta de “la manera como los actores ilegales logran alinear los intereses de su agenda particular con los intereses del Estado”,⁶⁵ actuando en diversas instancias del Estado en busca de beneficios no solamente económicos. Este concepto lo aplica a las diversas escalas socioespaciales –la local, la regional, la nacional–.

c) Acerca de la obediencia

La obligación de obedecer en los órdenes de violencia se apoya fundamentalmente en el poder coercitivo de las armas. Entonces, ¿cómo se construyen esos apoyos, ese mínimo de voluntad o interés de obedecer? ¿Qué clase de intercambio la sustenta? ¿El concepto de *legitimidad* es válido en este caso?

Parte de los autores internacionales revisados no parecieran colocar en “la legitimidad” la discusión importante. Con un criterio más pragmático se preguntan por el tipo de cooperación que los grupos armados reciben de las comunidades locales, con relación exclusivamente

-
- o En la formulación y en los contenidos de los planes, las políticas públicas y la formulación y manejo de los megaproyectos.
 - o La orientación de la inversión.

La búsqueda de protección e impunidad para la actividad económica de los grupos, a cambio de financiación de campañas electorales, es el instrumento más frecuentemente utilizado (sobre todo por paramilitares y narcotraficantes; en su momento también lo hizo la guerrilla). Velásquez, “Actores armados”.

64 “La acción de organización de actores legales e ilegales que mediante prácticas ilegítimas buscan modificar desde adentro el régimen político de manera sistemática e influir en la formación, modificación, interpretación y aplicación de las reglas del juego y de las políticas públicas para obtener beneficios sostenibles y lograr que sus intereses sean validados política y legalmente, así como legitimados socialmente en el largo plazo, aunque éstos no obedezcan al interés rector del interés social”. Luis Jorge Garay Salamanca, dir., *La captura y reconfiguración cooptada del Estado en Colombia* (Bogotá: Fundación Método, Fundación Avina, Transparencia por Colombia, 2008), 96.

65 Garay Salamanca, *La captura y reconfiguración*, 2.

a la “información” que el grupo armado requiere para su seguridad y mantenimiento de control del territorio (con respecto de los movimientos de sus enemigos –internos o externos–),⁶⁶ o con relación a una gama más amplia de apoyos, como por ejemplo: protección, inteligencia, víveres, transporte y reclutas.⁶⁷

- Kalyvas se centra en la relación entre el tipo de violencia ejercida sobre la población local y el tipo de cooperación en la información, recurso clave que el actor armado requiere por parte de las comunidades locales. Para este autor la colaboración es endógena al tipo de control territorial que ejerza el actor armado: el grado de control determina la extensión de la colaboración de la población, porque los actores que gozan de control territorial sustancial pueden proteger a los civiles que viven en su territorio –de ambos, de sus rivales y de ellos mismos– dándoles a los civiles un gran incentivo para colaborar con ello, independientemente de sus verdaderas u originales preferencias. El control territorial en los contextos de guerras civiles irregulares requiere de la exclusiva colaboración de los individuos civiles, que a su turno maximizan varios beneficios relativos a las condiciones de sobrevivencia. Independientemente de sus preferencias, la mayoría de las personas prefieren colaborar con el actor político que más les garantice su supervivencia. La colaboración es mucho más incierta en áreas de soberanía fragmentada donde el control es incompleto.⁶⁸
- Wood busca en los cuatro casos nacionales analizados los mecanismos que activan la decisión de apoyo a un grupo armado por parte de un grupo civil determinado, y encuentra los siguientes: a) la oportunidad práctica para conseguir alguna ventaja, b) la violencia

66 Stathis Kalyvas, “‘New’ and ‘Old’ Civil Wars: A Valid Distinction?”, *World Politics*, Vol. 54, no. 1 (October, 2001): 99-118; Stathis Kalyvas, “Promises and Pitfalls of an Emerging Research Program: The Microfoundations of Civil War”, in *Order, Conflict, Violence*, eds. Stathis Kalyvas, Ian Shapiro and Tarek Masoud (New York: Cambridge University Press, 2008), 397-421.

67 Wood, “The Social Processes”.

68 Kalyvas, “Promises and Pitfalls”.

indiscriminada de otro grupo armado (para protegerse), c) la indignación moral frente a la violencia (por ejemplo del Estado), d) los incentivos o castigos que los grupos armados ofrezcan para inclinar la balanza de la decisión de los civiles, en los casos en que estos se ven cogidos entre dos fuegos. Priman esos incentivos a otras consideraciones,⁶⁹ e) pero también hay casos en que, si la violencia del grupo armado excede unos límites (se vuelve indiscriminada) y la del Estado disminuye, la polarización de las lealtades se reversa. Para Wood es muy importante la consecuencia que ello tiene sobre las redes sociales de la pre-guerra: las rompe, las destruye.⁷⁰

- Bakonyi y Stuvoy sí retoman el concepto de *legitimidad* para analizar el tipo de relación y apoyos que los grupos armados guardan con la población civil. Así, en Somalia, con los señores de la guerra, el sistema se incrusta en las sociedades locales –v. gr. en el segmentado orden de clanes–. La posición local de poder descansa en lealtades personales; sin distinción entre las esferas pública y privada, las lealtades se mantienen atadas a las subformaciones sociales en las cuales las gentes encuentran sus necesidades materiales y de seguridad. Esas *survival units* (noción retomada de Elias) se convierten en la principal fuente de legitimidad para los señores de la guerra, que pueden apelar a las normas y símbolos de esas unidades.⁷¹ En el caso de los “cuasi-estados de violencia” organizados por el grupo insurgente (Angola), el sistema requiere para ser considerado legítimo, además de ciertas reglas y normas, de la provisión de seguridad dentro del territorio bajo control, tanto como de los bienes y servicios del bienestar –como educación y salud–. También el uso de símbolos como el nacionalismo (que sustenta procesos de nacionalización).⁷² Es más, la legitimidad específica de un orden de

69 Wood, “The Social Processes”. Inclusive donde ha habido conflictos étnicos de larga duración, las lealtades no necesariamente se mapean étnicamente.

70 Wood, “The Social Processes”.

71 Bakonyi and Stuvoy, “Violence and Social Order”.

72 Bakonyi and Stuvoy, “Violence and Social Order”.

violencia es particularmente importante, porque informa sobre el nivel de institucionalización del orden específico. Estos autores se apoyan en el concepto de *legitimidad* para criticar los enfoques economicistas y racionalistas que otros autores aplican a los conflictos violentos, en tanto les permite introducir las dimensiones políticas y simbólicas que esos otros enfoques no tienen en cuenta cuando abordan los órdenes sustentados en la violencia.⁷³

- Arjona, dentro de la línea de Kalyvas, prefiere la utilización de la noción de *cooperación* para calificar y diferenciar el distinto tipo de conductas de la población civil con respecto del grupo armado que domina en su territorio, sin entrar en el terreno de la legitimidad o no de las mismas.

Algunos de los autores colombianos que adelantan su investigación en las instituciones nacionales sí se embarcan en la discusión sobre si legitimidad sí o no:

-Carlos Miguel Ortiz afirma:

Esa aceptación de facto de la nueva autoridad aparecida y de sus acciones, que son fundamentalmente hechos de violencia y de violencia armada, un sociólogo podría prematuramente interpretarla como “legitimación” de la violencia. La interpretación es falaz, pues es más bien una actitud de pasividad que nace espontáneamente de un cálculo implícito de los habitantes sobre la correlación de fuerza desfavorable *como estrategia de sobrevivencia*, y no una adhesión surgida de intereses comunes coincidentes con los armados, ni siquiera del reconocimiento de éstos como alternativa promisorio, sino de una situación pasajera que es preciso aceptar porque no se ven posibilidades reales de trastocarla. Lo más que se reconoce a esos ocupantes es una función sustituta de las funciones del Estado, particularmente en los campos de la justicia penal –que no de la justicia social ni distributiva– y de la seguridad (contra delincuentes tales como ladrones y abigeos).⁷⁴

73 Bakonyi and Stuvoy, “Violence and Social Order”.

74 Carlos Miguel Ortiz, “Actores armados, territorios y poblaciones”. *Análisis Político*, no. 42 (2001): 65 (énfasis añadido).

- Ingrid Bolívar sí denomina ese tipo de aceptación del actor armado como legitimidad, pero como “legitimidad práctica” sustentada “en la capacidad del actor armado para gestionar y resolver problemas prácticos: control y regulación de la vida local”. Su discusión parte de cuestionar la dicotomía entre los conceptos de *política* y *violencia* y de pensar la acción de los grupos armados como acción política. Por tanto su pregunta se formula como ¿cuáles son los criterios que sustentan la legitimidad de los distintos tipos de acción política? Además, la autora distingue la legitimidad construida sobre el apoyo a unas ideas, de la legitimidad práctica basada en los afectos que se establecen por la larga convivencia de actores armados y comunidades o por la especificidad de ciertos roles que, en las comunidades, explican que los maestros protejan a quienes fueron sus alumnos, sin que esto indique para nada apoyo al movimiento armado.⁷⁵
- Otros autores simplemente afirman la cualidad pragmática del vínculo, como “relaciones clientelares”: Valencia, para el caso de los paramilitares, afirma cómo por medio del control de los incipientes aparatos estatales contribuyeron a su vez “a fortalecer las formas clientelistas en el ejercicio político, y a aislar a los pobladores de la idea de intervención estatal nacional por fuera del ejercicio de la fuerza”.⁷⁶ Rangel las califica específicamente como “clientelismo armado”, tal como se vio más atrás y afirma que “los apoyos que la guerrilla obtiene mediante estos procedimientos [son] *apoyos precarios*, ligados a la permanencia de la contraprestación material, apoyos volátiles, que desaparecen cuando cesa la gratificación, *apoyos espúreos...*”⁷⁷ Peñate también habla de “clientelismo armado” de las guerrillas en el Sarare como método de acceder a recursos públicos tanto como

75 Ingrid Bolívar y Lorena Nieto, “Supervivencia y regulación de la vida social. La política del conflicto”, *Revista Nómadas*, no. 19 (2003): 78-87.

76 León Valencia Agudelo, “Municipio y violencia paramilitar en Colombia”, en *Las otras caras del poder: territorio, conflicto y gestión pública en municipios colombianos*, coord. Fabio E. Velásquez (Bogotá: Editorial Foro Nacional por Colombia, 2009), 16.

77 Rangel, *Guerra insurgente*, 59-60 (énfasis en el original).

de adquirir influencia sobre la población local.⁷⁸ En las zonas coca-leras, Duncan muestra el apoyo de la población como producto de un *intercambio funcional ajeno a cualquier sintonía ideológica*.⁷⁹

No podemos finalizar este acápite sin mencionar los estudios que focalizan procesos de “resistencia” a los actores y a los efectos de la guerra. Es la mirada que subraya el análisis de los recursos políticos y culturales de las poblaciones que han logrado anteponer acciones autónomas a los órdenes de violencia que pretenden imponer los actores armados en sus territorios. Aquí podemos mencionar parte de la literatura que ha analizado la resistencia indígena, especialmente la del Cauca,⁸⁰ la resistencia negra en el Pacífico,⁸¹ la resistencia civil.⁸² Sin embargo, esta literatura no ha estado enfocada a preguntarse por cómo esas interacciones inciden, afectan o transforman los órdenes de violencia en los que se desarrollan.

d) Acerca de las identificaciones

Hay un cuarto aspecto interesante de dilucidar con relación a los patrones que regulan la vida social en los órdenes sociales de violencia,

- 78** Andrés Péñate, “El sendero estratégico del ELN: del idealismo guevarista al clientelismo armado” (Documento de Trabajo N.º 15, Paz Pública, Programa de Estudios sobre Seguridad, Justicia y Violencia, Bogotá, Universidad de los Andes, 1998).
- 79** Duncan, “Una visión alternativa”.
- 80** Esperanza Hernández, “La resistencia civil de los indígenas del Cauca”, *Papel Político*, Vol. 11, no. 1 (enero-junio de 2006): 177-220; Renata Moreno, “Las organizaciones indígenas y campesinas frente al conflicto armado en el norte del Cauca”, *Revista Sociedad y Economía*, no. 15 (diciembre de 2008): 145-67.
- 81** Ulrich Oslender, “Espacio, lugar y movimientos sociales: hacia una ‘espacialidad de resistencia’”, *Scripta Nova. Revista electrónica de geografía y ciencias sociales*, Vol. VI, no. 115 (2002); Ulrich Oslender, “Des-territorialización y desplazamiento forzado en el Pacífico colombiano: la construcción de geografías de terror”, en *(Des) territorialidades y (no) lugares: procesos de configuración y transformación social del espacio*, eds. Diego Herrera y Carlo Emilio Piazzini (Medellín: La Carreta Editores, INER, Universidad de Antioquia, 2006), 155-72; Luis Carlos Castillo, “Acción colectiva y resistencia negra en el norte del Cauca y sur del Valle”, en *Etnicidad, acción colectiva y resistencia: el norte del Cauca y el sur del Valle a comienzos del siglo XXI* (Santiago de Cali: Editorial Universidad del Valle, 2010), 125-92.
- 82** Esperanza Hernández, “Resistencias para la paz en Colombia. Experiencias indígenas, afrodescendientes y campesinos”, *Revista de Paz y Conflictos*, Vol. 2 (2009): 117-35, <https://revistasug.ugr.es/index.php/revpaz/article/view/434>; Clara Inés García y Clara Inés Aramburo, eds., *Las geografías de la guerra, el poder y la resistencia. Oriente y Urabá antioqueños 1990-2008* (Bogotá: Cinep, INER, ODECOPI, 2011).

y es el de las identificaciones. Pues una cosa es la pregunta por cuáles son las motivaciones o intereses que explican la obediencia de la población civil sometida a un régimen de violencia, y otra muy diferente es la pregunta por la configuración o reconfiguración de las identidades colectivas en un contexto de guerra civil. Lo primero tiene que ver con el reconocimiento de la autoridad; lo segundo con las clasificaciones sociales, con la delimitación de los adentros y los afueras de los grupos que conforman una sociedad en guerra civil o sometida a una violencia generalizada y con sus alinderamientos políticos con los bandos en guerra. Es este segundo ángulo del problema el que ha dado lugar a interpretaciones encontradas cuando se trata de relacionar las identidades y las dinámicas de la guerra. Pues las primeras hipótesis solían sustentar que las divisiones en las guerras se calcaban sobre las divisiones étnicas, culturales o de clases que originalmente habían distinguido a la sociedad en cuestión.

De los autores revisados, son los internacionales los que abordan el tema. Se preguntan por cuáles son las formas de identificación que se producen en los contextos de violencia generalizada y cambio rápido,⁸³ o por cuáles son las transformaciones identitarias producto de las guerras civiles irregulares.⁸⁴ Kalyvas quiere saber hasta qué punto las identidades juegan un papel en la producción de la violencia política en las guerras civiles.⁸⁵

No sorprende para nada que los autores colombianos no se hagan la misma pregunta para el caso de la violencia política en este país. Pues este tipo de interrogante es pertinente para el caso de una guerra civil en la que la población sí está dividida en bandos. No lo es para el caso de una guerra como la colombiana, en la que la población civil de los territorios implicados en la confrontación armada es más “un recurso

83 Günther Schlee, “Identification in Violent Settings and Situations of Rapid Change”, *Africa: Journal of the International African Institute*, Vol. 73, no. 3 (2003): 333-42.

84 Wood, “The Social Processes”.

85 Stathis Kalyvas, “The Ontology of ‘Political Violence’: Action and Identity in Civil Wars”, *Perspectives on Politics*, Vol. 1, no. 3 (September, 2003): 475-94.

simbólico y político” (la población como objetivo militar) con el cual los actores enfrentados juegan parte de su estrategia de control político del territorio y de ganancia simbólica sobre el “enemigo”.

De los planteamientos hechos por los primeros (los autores internacionales), resaltan especialmente dos aspectos:

- En las guerras civiles no se encuentra una relación directa entre las delimitaciones étnicas o culturales –identitarias– previas a la confrontación y la dinámica, orientación e intensidad del conflicto violento. En unos casos este puede desencadenarse entre poblaciones culturalmente similares; en otros, una identificación previa se rompe con facilidad ante el abuso, la tortura y la violencia ejercidos sobre el grupo por el actor armado (caso grupo Jie en Uganda que quiere volverse de Kenia,⁸⁶ o como los campesinos del Perú que después de haber apoyado a Sendero Luminoso cambian y comienzan a apoyar al Estado.⁸⁷ Estos autores muestran el predominio de la ruptura de las redes sociales previas a la guerra por cuenta de las nuevas polarizaciones (Wood), o como lo afirma Schlee, “una rápida re-identificación en situaciones de tormenta política”.⁸⁸
- Además, en las guerras civiles no se encuentra una división binaria entre los contrincantes, sino procesos complejos y ambiguos que muestran diferencias entre los motivos de alinamiento en los niveles nacional y local. Kalyvas y Wood, siguiendo al primero, sostienen que en las guerras civiles se da una desarticulación entre identidades y acciones en el nivel central de las élites y en el nivel local y de las masas. En palabras de Kalyvas, “Las marcas de identidad tienen que ser manejadas con sumo cuidado. Los actores en las guerras civiles no son unitarios. Y las motivaciones no pueden inferirse de las identidades...”.⁸⁹ Y analiza especialmente las diferencias encontradas entre las identificaciones construidas en el centro

86 Schlee, “Identification in Violent Settings”.

87 Wood, “The Social Processes”.

88 Schlee, “Identification in Violent Settings”, 340.

89 Kalyvas, “The Ontology of ‘Political Violence’”, 481.

y las de las periferias. En las periferias pueden primar asuntos más ligados a intereses privados y locales que, según las posibilidades y oportunidades políticas de las alianzas, se alinderan con los actores nacionales que –a esa escala– se dividen más por los conflictos y la política de nivel general.⁹⁰

El tema de las identidades en los contextos de guerra también se trabaja para los casos de órdenes políticos democráticos que entran en guerra entre estados. En particular, un estudio sobre las guerras israelí-palestinas rebate las viejas tesis que sostenían que las guerras interestatales fortalecían los consensos internos y la integración, y muestra que “las guerras muchas veces afectan inmensamente el curso ordinario de la política interna y muchas veces incitan al disenso” complicando la diversidad de intereses y enfrentamientos entre grupos políticos internamente a Israel, a propósito de cómo adelantar esas guerras. Los conflictos y disensos se acentuaron cuando: las guerras involucraron a las comunidades..., se acaban los acuerdos políticos entre partidos..., cambian los poderes en el Estado..., van cambiando los objetivos a embestir por la guerra..., se dividen las élites políticas y los militares..., se comprometen áreas con población civil..., hay disensos también al interior del cuerpo militar...⁹¹

Las lógicas de configuración y de reconfiguración de las identidades políticas en contextos de guerra, bien sea en órdenes políticos democráticos o en órdenes sociales de violencia, no solo no se calcan sobre las viejas divisiones y clasificaciones, sino que las transformaciones y recomposiciones suelen ser mucho más rápidas y sorprendentes que en tiempos normales. Esto no es de extrañar después de que Barth en 1977 mostrara cómo las identidades son resultado de la interacción –no dada–. Además, la naturaleza estratégica y fundamentalmente política de la interacción humana nos muestra que no solo las reglas que ella misma

90 Kalyvas, “The Ontology of ‘Political Violence’”.

91 Gad Barzilai, “War, Democracy and Internal Conflict: Israel in a Comparative Perspective”, *Comparative Politics*, Vol. 31, no. 3 (1999): 317-36.

produce se corroen,⁹² sino también que las maneras de agruparse e identificarse de los grupos humanos son múltiples y dinámicas. Pero cuando a todo lo anterior se añade una situación de guerra o violencia generalizada que pone en juego la supervivencia –de la población civil no comprometida en la contienda– o nuevos escenarios en las luchas por el poder –para los actores políticos–, las motivaciones, intereses y oportunidades políticos que están en la base de los alinderamientos e identificaciones políticos y sociales se modifican de manera diferente y más aguda a como lo hacían en las condiciones cotidianas de la vida colectiva no sometidas a situaciones extremas.

Los retos para la investigación sobre órdenes locales en contextos de violencia

Para quienes estamos interesados en la investigación por los órdenes locales en contextos de intensa violencia política, pensamos que hay tres asuntos que merecen especial atención en el futuro. Estos tienen que ver con: a) el abordaje de los órdenes locales sometidos a rápidos cambios en el tipo de actores violentos que imponen su dominio; b) la inclusión de la dimensión de las resistencias en el análisis de los órdenes de violencia; c) la investigación acerca de la compleja relación entre el territorio y la producción de diferencias en los tipos de órdenes locales, y la posibilidad de abordar en esta materia investigaciones comparadas sistemáticas.

a) La dinámica y el cambio en los órdenes de violencia

Son los autores que estudian los órdenes sociales *no atravesados por la violencia* quienes aportan diversos planteamientos acerca de su dinámica y cambio. Es el caso de D. North cuando explica los dos grandes órdenes sociales que en el mundo occidental se han dado en los últimos 10 000 años y la lógica de “la transición” entre uno y otro. O también el de aquellos –como Friedberg y Lieberman– que plantean, desde un punto de vista puramente teórico, cómo y por qué todo orden social tiene una dinámica endógena que lo transforma, para rebatir así

las tesis que sustentan el cambio en la acción de fuerzas exógenas al propio sistema de regulación.

También es el caso de Gibson quien, al introducir la perspectiva socioespacial, enfatiza cómo es en la interacción entre los intereses y juegos de poder entre centro y periferias que se explica la coexistencia de órdenes diferentes al interior de un mismo régimen político nacional y la fuerza de su dinámica y transformación. Por último, pudiéramos también incluir aquí a aquellos autores que –como Tilly o Cohen, Brown y Organski– retoman las violencias y las guerras como factor clave en el proceso de construcción de nuevos órdenes, de órdenes que logran limitar y controlar la violencia.

Por contraste, los autores que abordan el estudio de los órdenes de violencia concentran su atención en la explicación de la lógica bajo la cual estos se configuran, lo que se destruye del anterior orden y el diferente tipo de órdenes resultantes posibles: Kalyvas, Wood, Bakonyi y Stuvoy y Arjona. Y si bien Kalyvas, Shapiro y Massoud subrayan la necesidad de estudiar todo orden a partir de la pregunta por cómo emerge el orden, cómo es sostenido, cuestionado, destruido, transformado y recreado, tal cosa no se ha hecho para el caso de los órdenes de violencia.

Los estudios hechos sobre las formas de inserción de los grupos armados en localidades y regiones en Colombia han seguido la misma pauta. Sin embargo, la escalada de la confrontación armada acaecida a partir de mediados de los años 90 impuso condiciones inéditas: la primacía en muchas zonas de la presencia cruzada de varios actores armados o la rápida sucesión –en medio de intensas disputas– de unos y otros actores armados; el dominio sostenido y prolongado de un actor armado sobre territorios con fronteras históricas y en expansión dejó de ser la pauta. De ahí la necesidad de acoger la sugerencia de Kalyvas, pero aplicada al estudio de los órdenes de violencia. Ese es en la actualidad uno de los retos mayores de la investigación sobre órdenes locales en regiones de intensa violencia.

La pregunta clave en este sentido sería por las maneras como se re-configuran los órdenes locales/regionales en los territorios de mayor confrontación armada en Colombia durante los últimos 20 años, hasta qué

punto y en dónde se hacen posibles reconfiguraciones con un mínimo de estabilidad en el tiempo y de qué tipo de reconfiguraciones se trata en esos casos, y qué sucede en el campo de las reconfiguraciones donde se presentan, o una rápida sucesión de actores armados que dominan el territorio, o importantes casos de resistencia y acción colectiva frente a los órdenes impuestos por los armados.

- b) Las resistencias, como una dimensión más en el análisis de los órdenes de violencia.

Es notable en la generalidad de los estudios sobre órdenes sociales y en particular en los que focalizan su atención en los órdenes de violencia la ausencia de la dimensión de las resistencias sociales al orden imperante. En la teoría general está claramente planteado por algunos autores cómo el “orden” no existe sin el “desorden”, cómo todo orden social es “compuesto”,⁹³ cómo la disputa entre diversos patrones de orden es base de la dinámica de todo orden –“la fricción”–,⁹⁴ cómo los conflictos y tensiones entre el orden institucional nacional y los autoritarismos subnacionales son la pauta en determinados países.⁹⁵ Por parte de los autores que tratan los órdenes de violencia en específico, el énfasis está dado sobre los mecanismos que dan cuenta de las decisiones de apoyo a los actores armados que dominan e imponen sus regulaciones; solo en el caso de Kalyvas, Shapiro y Massoud se muestra la necesidad de preguntarse también por cómo esos ordenes son cuestionados, destruidos, transformados y recreados, pero sin mostrar desarrollos investigativos en este sentido y por tanto sin explicitar qué clase de dimensiones de análisis serían las pertinentes.

Pareciera que prevalece en todos ellos el interés por dar cuenta de los factores que están efectivamente comprometidos en la creación o el reforzamiento y/o reproducción de los patrones de regularidad de la vida social. De ahí los énfasis en la autoridad, la obediencia o

93 Mason, “Constructing Authority Alternatives”.

94 Lieberman, *Ideas, Institutions*.

95 Gibson, “Subnational Authoritarianism”.

colaboraciones, las identificaciones. Sin embargo, desde nuestro punto de vista, queda faltando la otra cara de la misma moneda: la pregunta por cómo interactúan esos factores con los que los resisten y disputan, y el significado y peso que tienen esas resistencias y disputas en el resultado final, en la manera de establecerse el orden social o en la orientación hacia una posible transformación de tal orden.

Es importante señalar que los estudios sobre las resistencias abundan en la literatura académica nacional e internacional, pero de manera separada a la pregunta por los órdenes sociales. El estudio de la acción colectiva, de la resistencia, de los movimientos sociales se aborda como un campo de investigación propio y específico. Entonces, el reto que este análisis crítico de los estudios sobre órdenes sociales nos muestra es *la necesidad de incluir el análisis de las resistencias en este campo de la investigación: los órdenes sociales no se comprenden solo a partir del estudio de la manera como “colaboran”, “obedecen” o “se someten” las poblaciones a los dictámenes de la regulación predominante en sus sociedades. Cómo plantean también resistencias y disputas y qué efectos tienen ellas en el resultado final es también una pregunta central en el conocimiento de todo orden.*

- c) La diferenciación socioespacial en la producción-reproducción-transformación de los órdenes sociales de violencia y la investigación comparada.

Si bien los estudios acerca de los órdenes sociales de violencia están referidos generalmente a localidades, regiones o países específicos, ello no significa que en ellos se pretenda resolver la pregunta por la relación entre territorio y orden de violencia. Esta pregunta implicaría realizar investigaciones comparadas en las que se busque establecer de manera sistemática las variaciones encontradas en los diferentes tipos de órdenes de violencia asociadas a diferencias socioespaciales reconocibles.

Los estudios de los autores internacionales revisados se concentran en la identificación de solo una de las partes de esa relación, los tipos de órdenes de violencia:

- Bakonyi y Stuvoy encuentran la diferencia entre Angola y Somalia en el grado de institucionalidad de la autoridad que rige el respectivo orden.
- Kalyvas encuentra las diferencias de los tipos de orden de violencia en el tipo de control que un actor armado ejerza sobre el territorio –absoluto, hegemónico pero no total, o confrontación paritaria–, pues de ello dependerá el tipo de violencia que se ejerza sobre la población local y el tipo de colaboración que se establezca con ella. Son los factores que caracterizan la propia guerra o confrontación los que son objeto de la interrogación y análisis; los que tienen que ver con el territorio se dejan de lado.
- Wood analiza las transformaciones de las redes sociales en los territorios donde se impone un orden de violencia. Sin embargo la respuesta que encuentra no está en algún patrón que pueda explicar las diferencias socioespaciales, sino la contraria: un patrón de transformación común encuentra entre países diferentes.

Por contraste, hallamos en cinco autores colombianos el intento por incursionar en las diferencias producidas por características asociadas al tipo de sociedades específicas en las cuales los grupos armados se insertan. Ellos son Arjona, Vásquez Duncan, Rangel y Romero. Veamos:

- Rangel distingue, a partir de los conceptos acuñados por Naylor, tres tipos de espacialidad a partir de *las formas de inserción económica de la guerrilla –las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC)–* y las características sociales y políticas del territorio: a) en las zonas donde la guerrilla “está tratando inútilmente de establecerse, porque el estado tiene suficiente capacidad de coerción, la guerrilla depreda la economía local”.⁹⁶ Alude principalmente a las ciudades; b) en las zonas donde se dan rápidos cambios económicos asociados a migraciones, crecimiento demográfico, inversiones, auge mercantil y se crea riqueza, pero al mismo tiempo prevalece “el déficit de la

institucionalidad estatal” en la que “no hay garantías para el respeto de los derechos ni para el cumplimiento de los contratos (...) grupos armados como las guerrillas establecen las reglas del juego, imponen sus propias normas”⁹⁷ y económicamente se comportan “parasitariamente”. Menciona los casos de Urabá, Magdalena Medio, Arauca, Putumayo y Casanare, y c) en las zonas donde la guerrilla ha sido “constructora de territorio”, “donde ha permanecido asentada por mucho tiempo, o incluso en ocasiones llegó primero que los colonos o el Estado y estableció una economía propia antes que ocurrieran desarrollos ulteriores”,⁹⁸ zonas de “baja densidad poblacional, escasa presencia institucional del Estado y precarias relaciones comerciales con la economía formal”,⁹⁹ en esas zonas la guerrilla logra una integración “simbiótica” con la dinámica económica general.

En otras palabras, en la diferenciación socioespacial que elabora trata exclusivamente a uno solo de los actores armados (FARC) y se refiere a una sola de las dimensiones de producción del orden local, la economía: las diferencias en la manera como la guerrilla se relaciona con la economía local o regional de las zonas donde actúa dependen del mayor o menor desarrollo institucional del Estado y de la economía moderna empresarial.

- Teófilo Vásquez establece en un estudio reciente sobre la “macro-región Sur” de Colombia el siguiente planteamiento sobre cómo se diferencia *el grado de control del territorio por parte de las guerrillas con respecto al tipo de territorio en el que se insertan*. Asocia el grado de presencia –furtiva, temporal o prolongada– o el control social y político de la guerrilla al grado de integración del territorio.¹⁰⁰ En

97 Ibid., 387.

98 Ibid., 387-8.

99 Ibid.

100 Regiones más periféricas: de retaguardia y control social y político; regiones intermedias o bisagra –vecinas o contiguas de las anteriores– cercanas a los ejes de desarrollo: de presencia temporal de los grupos armados y sobre todo por vía militar; regiones más integradas: de presencia de actores armados más furtiva. Teófilo Vásquez, “Informe ODECOFI Macro-región Sur” (Cinep, Bogotá, Inédito, 2009). Véase también: Teófilo Vásquez, Andrés Vargas y Jorge Restrepo, eds.,

este caso hay una firme intención de realizar un estudio que asocia diferencias socioespaciales a diferencias en los resultados del grado de control de un grupo guerrillero –las FARC–. No obstante, tampoco se logra aquí un análisis sistemático de las diferencias territoriales-y-de presencia/control de la guerrilla (ni posibilidad de ser cartografiadas). Y, al igual que Rangel, solo se refiere a uno de los grupos armados ilegales.

- Arjona pretende establecer un modelo que diferencie el tipo de orden local posible en las condiciones de incursión de los actores armados. La diferencia la asocia a una característica específica del grupo social afectado: *es la estructura de autoridad de la localidad vigente con anterioridad al dominio del actor armado la que explicaría la estrategia de dicho actor para penetrar e insertarse en la localidad, y la manera y grado de ejercer la violencia para lograrlo*. No obstante, no es posible afirmar que en esta investigación se aborde la dimensión socioespacial, en la medida en que los casos con los que ilustra su tesis son aleatorios, recogidos de localidades diversas y llevados a una generalización ad-hoc (ver reseña crítica de Guzmán¹⁰¹). Cuando se trata el territorio es indispensable tratar cada lugar en la complejidad de sus principales factores configurativos y confrontar entre sí, de manera sistemática, los resultados de cada lugar.
- Duncan abre el abanico de su tesis al conjunto de actores armados y se refiere a *la relación entre territorio y dominios armados en términos de la gran distancia que se da entre el centro y la periferia de Colombia*: el primero caracterizado por “un puñado de ciudades [que] ha avanzado en la construcción de una sociedad democrática donde funciona el capitalismo del mercado, en el resto del país se ha ido consolidando un orden autoritario y de capitalismo no moderno,

.....
Una vieja guerra en un nuevo contexto. Conflicto y Territorio en el sur de Colombia (Bogotá: Editorial Pontificia Universidad Javeriana, 2011).

101 Álvaro Guzmán, “Reseña de ‘Hacia la reconstrucción del país: Desarrollo, política y territorio en regiones afectadas por el conflicto armado’ de ODECOFI”, *Revista Sociedad y Economía*, no. 18 (enero-junio de 2010): 317-27.

bajo la égida de las guerrillas, los paramilitares y los narcotraficantes”.¹⁰² Pero ahí se queda: en la diferencia territorial más general y binaria pensada más en términos de qué territorios se asocian a lo que denomina “hegemonía político-militar” de “los señores de la guerra”¹⁰³ (paramilitares en el caso por él estudiado).

- Mauricio Romero focaliza su mirada sobre el fenómeno paramilitar y desarrolla una tesis que complementa las explicaciones anteriores sobre la aparición y desarrollo del paramilitarismo en Colombia. Para este autor, es en el contexto de apertura política, descentralización y negociación de paz con las guerrillas cuando surgen los grupos paramilitares en la década de los 80: son los riesgos que la democratización trae para los viejos poderes sustentados en las élites locales y regionales ligadas a los partidos Liberal y Conservador –pero principalmente al primero– los que provocaron su reacción negativa frente a cualquier posibilidad de inclusión de insurgentes o simpatizantes, y con esto, de grupos sociales hasta ese momento marginados del debate público. Y es aquí donde entra el punto que nos interesa resaltar de Romero: su tesis ligada a las diferenciaciones socioespaciales en que se manifestó este proceso. El autor afirma que el proceso de democratización trajo los mayores efectos en el sentido anteriormente anotado en las regiones de mayor influencia política de las guerrillas y los partidos tradicionales, a diferencia de las regiones donde estos últimos tienen un proceso de consolidación menor y donde se han desarrollado procesos políticos particulares:

(...) Urabá y el sur de Córdoba, el bajo Cauca y el Magdalena medio, y el piedemonte de la cordillera oriental [fueron] precisamente los centros en donde se desarrollaron los núcleos paramilitares. Por contraste, es de resaltar la evolución política de los departamentos del suroccidente del país, como Nariño, Cauca, Tolima, Huila y Caquetá,

102 Duncan, “Una visión alternativa”.

103 Gustavo Duncan, *Los señores de la guerra. De paramilitares, mafiosos y autodefensas en Colombia* (Bogotá: Planeta, 2006).

en donde la crisis del partido liberal y conservador ha sido más aguda, sus liderazgos han tendido a desintegrarse y los grupos paramilitares han tenido más dificultad para consolidar una base firme (...).¹⁰⁴

Romero, a diferencia de los autores anteriormente reseñados, sí estableció una tesis de diferenciación socioespacial y actores armados en la que acabó incluyendo no solo la diferencia territorio/inserción paramilitar (foco central de su investigación), sino también territorio/inserción guerrillera (en contraste con el primero). No obstante, al igual que todos los anteriores, la relación territorio-conflicto armado se concentra en la pregunta general sobre dónde se insertan con éxito. *Los procesos de transformación de las relaciones* que establecen grupos armados ilegales con la población de sus territorios de influencia en una guerra tan prolongada y en las dos últimas décadas de cambios fuertes quedan por fuera del análisis.

Este es por tanto el otro gran reto de los futuros abordajes sobre órdenes locales, y en especial de órdenes locales en contextos de intensa y prolongada confrontación armada: *preguntarse por los diferentes tipos de orden local configurados en tales contextos, por la configuración compleja de las condiciones que dan cuenta de los diferentes resultados, logrando diferenciar las condicionantes de estructura y las particularidades propias del lugar en ello implicadas, y por las diferentes trayectorias en la transformación de dichos órdenes. Para ello será indispensable asumir el otro reto señalado por nosotros al comienzo de este acápite: realizar tal estudio desde una perspectiva metodológica que permita una comparación socioespacial sistemática.*

Bibliografía

- Allen, Chris. "Understanding African Politics". *Review of African Political Economy*, Vol. 22, no. 65 (1995): 301-20.
- Alonso, Manuel Alberto y Juan Carlos Vélez Rendón. "Guerra, soberanía y órdenes alternos". *Estudios Políticos*, no. 13 (1998): 41-71.

104 Mauricio Romero, "Democratización política y contra reforma paramilitar en Colombia", *Bulletin de l'Institut français d'études andines*, Vol. 29, no. 3 (2000): 334.

- Arjona, Ana María. “Grupos armados, Comunidades y ordenes locales: interacciones complejas”. En *Hacia la reconstrucción de país: Desarrollo, política y Territorio en regiones afectadas por el conflicto armado*. Editado por F. González, 105-67. Bogotá: ODECOFI, Colciencias, Cinep, 2008.
- Bakonyi, Jutta and Kirsty Stuvoy. “Violence and Social Order beyond the State: Somalia & Angola”. *Review of African Political Economy*, Vol. 32, nos. 104-105 (2005): 359-82.
- Barzilay, Gad. “War, Democracy and Internal Conflict: Israel in a Comparative Perspective”. *Comparative Politics*, Vol. 31, no. 3 (1999): 317-36.
- Besteman, Catherine. “Violent Politics and Politics of Violence: The Dissolution of the Somalia Nation-State”. *American Ethnologist*, Vol. 23, no. 3 (1996): 579-96.
- Bolívar, Ingrid. “Luchas por la definición de la gobernanza en Colombia”. En *Usos y desafíos del concepto de gobernanza en Colombia*. Bogotá: Cinep, 2006. http://www2.institut-gouvernance.org/es/dossiers/motcle-dossiers-26.html#content_analyse
- Bolívar, Ingrid y Lorena Nieto. “Supervivencia y regulación de la vida social. La política del conflicto”. *Revista Nómadas*, no. 19 (2003): 78-87.
- Castillo, Luis Carlos. “Acción colectiva y resistencia negra en el norte del Cauca y sur del Valle”. En *Etnicidad, acción colectiva y resistencia: el norte del Cauca y el sur del Valle a comienzos del siglo XXI*, 125-92. Santiago de Cali: Editorial Universidad del Valle, 2010.
- Clark, Terry Nichols. “Community Power”. *Annual Review of Sociology*, Vol. 1 (1975): 271-95.
- Cohen, Youssef, Brian R. Brown and A. F. K. Organski. “The Paradoxical Nature of State Making: The Violent Creation of Order”. *The American Political Science Review*, Vol. 75, no. 4 (December, 1981): 901-10.
- Dobbin, Frank. “Local Orders. The Dynamics of Organized Action by Erhard Friedberg”. *Contemporary Sociology*, Vol. 27, no. 6 (November, 1998): 600-601.
- Duncan, Gustavo. *Los señores de la guerra. De paramilitares, mafiosos y autodefensas en Colombia*. Bogotá: Planeta, 2006.
- _____. “Una visión alternativa del conflicto colombiano”. *Razón Pública*, 9 de marzo 2009. <https://razonpublica.com/una-visialternativa-del-conflicto-colombiano/>
- Friedberg, Erhard. “Las cuatro dimensiones de la acción organizada”. *Gestión y Política Pública*, Vol. 2, no. 2 (1993): 283-313.
- Garay Salamanca, Luis Jorge, dir. *La captura y reconfiguración cooptada del Estado en Colombia*. Bogotá: Fundación Método, Fundación Avina, Transparencia por Colombia, 2008.

- García, Clara Inés y Clara Inés Aramburo, eds. *Las geografías de la guerra, el poder y la resistencia. Oriente y Urabá antioqueños 1990-2008*. Bogotá: Cinep, INER, ODECOFI, 2011.
- Gibson, Edward. "Subnational Authoritarianism: Territorial Strategies of Political Control in Democracy Regimes". *Annual Meeting of American Political Science Association*, Vol. 2 (September, 2004).
- González, Fernán y Silvia Otero. "La presencia diferenciada del Estado: un desafío a los conceptos de gobernabilidad y gobernanza". En *Usos y desafíos del concepto de gobernanza en Colombia*. Bogotá: Cinep, 2006. <http://www2.institut-gouvernance.org/es/analyse/fiche-analyse-237.html>
- Gupta, Akhil. "Blurred Boundaries: The Discourse of Corruption, the Culture of Politics, and the Imagined State". *American Ethnologist*, Vol. 22, no. 2 (May, 1995): 375-402.
- Guzmán, Álvaro. "Reseña de 'Hacia la reconstrucción del país: Desarrollo, política y territorio en regiones afectadas por el conflicto armado' de ODECOFI". *Revista Sociedad y Economía*, no. 18 (enero-junio de 2010): 317-27.
- Guzmán, Álvaro y Renata Moreno. "Autodefensas, narcotráfico y comportamiento estatal en el Valle del Cauca, 1997-2005". En *Parapolítica: la ruta de la expansión paramilitar y los acuerdos políticos*. Editado por Manuel Alonso Espinal, 165-237. Bogotá: Corporación Nuevo Arco Iris, 2007.
- Hall, Peter. "Aligning Ontology and Methodology in Comparative Politics". In *Comparative Historical Analysis in the Social Sciences*. Edited by James Mahoney and Dietrich Rueschemeyer, 373-404. Cambridge: Cambridge University Press, 2003.
- Hernández, Esperanza. "La resistencia civil de los indígenas del Cauca". *Papel Político*, Vol. 11, no. 1 (enero-junio de 2006): 177-220.
- _____. "Resistencias para la paz en Colombia. Experiencias indígenas, afrodescendientes y campesinos". *Revista de Paz y Conflictos*, Vol. 2 (2009): 117-35. <https://revistaseug.ugr.es/index.php/revpaz/article/view/434>
- Kalyvas, Stathis. "'New' and 'Old' Civil Wars: A Valid Distinction?". *World Politics*, Vol. 54, no. 1 (October, 2001): 99-118.
- _____. "The Ontology of 'Political Violence': Action and Identity in Civil Wars". *Perspectives on Politics*, Vol. 1, no. 3 (September, 2003): 475-94.
- _____. "Promises and Pitfalls of an Emerging Research Program: The Microfoundations of Civil War". In *Order, Conflict and Violence*. Edited by Stathis Kalyvas, Ian Shapiro and Tarek Masoud, 397-421. New York: Cambridge University Press, 2008.
- Kalyvas, Stathis, Ian Shapiro and Tarek Masoud. "Introduction: Integrating the Study of Order, Conflict and Violence". In *Order, Conflict, Violence*. Edited by

- Stathis Kalyvas, Ian Shapiro and Tarek Masoud, 1-14. New York: Cambridge University Press, 2008.
- Lieberman, Robert C. *Ideas, Institutions, and Political Order: Explaining Political Change*. Cambridge: Cambridge University Press, 2002.
- Martí I Puig, Salvador. "Las razones de presencia y éxito de los partidos étnicos en América latina. Los casos de Bolivia, Ecuador, Guatemala, México, Nicaragua y Perú (1990-2005)". *Revista Mexicana de Sociología*, Vol. 70, no. 4 (octubre-diciembre de 2008): 675-724.
- Mason, Ann C. "Constructing Authority Alternatives on the Periphery: Vignettes from Colombia". *International Political Science Review / Revue internationale de science politique*, Vol. 26, no. 1 (January, 2005): 37-54.
- Moore, Barrington. *Social Origins of Dictatorship and Democracy. Lord and Peasant in the Making of the Modern World*. Boston: Beacon Press, 1966.
- Moreno, Renata. "Las organizaciones indígenas y campesinas frente al conflicto armado en el norte del Cauca". *Revista Sociedad y Economía*, no. 15 (diciembre de 2008): 145-67.
- North, Douglass, John J. Wallis and Barry R. Weingast. *Violence and Social Order. A Conceptual Framework for Interpreting Recorded Human History*. New York: Cambridge University Press, 2009.
- Ortiz, Carlos Miguel. "Actores armados, territorios y poblaciones". *Análisis Político*, no. 42 (2001): 61-69.
- Oslender, Ulrich. "Espacializando resistencia: perspectivas de 'espacio' y 'lugar' en las investigaciones de movimientos sociales". *Cuadernos de Geografía: Revista Colombiana de Geografía*, Vol. 8, no. 1 (1999): 1-35.
- _____. "Espacio, lugar y movimientos sociales: hacia una 'espacialidad de resistencia'". *Scripta Nova. Revista electrónica de geografía y ciencias sociales*, Vol. VI, no. 115 (2002).
- _____. "Des-territorialización y desplazamiento forzado en el Pacífico colombiano: la construcción de geografías de terror". En *(Des) territorialidades y (no) lugares: procesos de configuración y transformación social del espacio*. Editado por Diego Herrera y Carlo Emilio Piazzini, 155-72. Medellín: La Carreta Editores, INER, Universidad de Antioquia, 2006.
- Ragin, Charles. "La place de la comparaison: jalons pour la recherche comparative configurationnelle". *Revue Internationale de Politique Comparée*, Vol. 11, no. 1 (2004): 118-29.
- Ramírez Gallegos, Franklin. "Cambio político, fricción institucional y ascenso de nuevas ideas". *ICONOS. Revista de Ciencias Sociales*, no. 28 (2007): 23-28.
- Rangel, Alfredo. *Guerra insurgente. Conflictos en Malasia, Perú, Filipinas, El Salvador y Colombia*. Bogotá: Intermedio Editores, 2001.

- Retamozo, Martín. "Movimientos sociales y orden social. Sujetos, antagonismos y articulación en tiempos neoliberales". *Desde el Fondo*, no. 38 (2005): 27-35.
- _____. "La ciencia política contemporánea: ¿constricción de la ciencia y aniquilamiento de lo político? Apuntes críticos para los estudios políticos en América Latina". *Andamios*, Vol. 6, no. 11 (2009): 71-100.
- Roessler, Philip G. "Donor-Induced Democratization and the Privatization of State Violence in Kenya and Rwanda". *Comparative Politics*, Vol. 37, no. 2 (January, 2005): 207-27.
- Romero, Mauricio. "Democratización política y contra reforma paramilitar en Colombia". *Bulletin de l'Institut français d'études andines*, Vol. 29, no. 3 (2000): 331-57.
- Schlee, Günther. "Identification in Violent Settings and Situations of Rapid Change". *Africa: Journal of the International African Institute*, Vol. 73, no. 3 (2003): 333-42.
- Skocpol, Theda. *States and Social Revolutions. A Comparative Analysis of France, Russia, and China*. Cambridge: Cambridge University Press, 1979.
- Slater, David. "Los rasgos espaciales de la democratización en tiempos globales". *Nueva Sociedad*, no. 156 (julio-agosto de 1998): 44-53.
- Tilly, Charles. *Coerción, capital y los Estados europeos 990-1990*. Madrid: Alianza Editorial, 2002.
- _____. *The Politics of Collective Violence*. New York: Cambridge University Press, 2003.
- Valencia Agudelo, León. "Municipio y violencia paramilitar en Colombia". En *Las otras caras del poder: territorio, conflicto y gestión pública en municipios colombianos*. Coordinado por Fabio E. Velásquez, 141-78. Bogotá: Editorial Foro Nacional por Colombia, 2009.
- Vásquez, Teófilo. "Informe ODECOFI Macro-región Sur". Cinep, Bogotá, Inédito, 2009.
- Vásquez, Teófilo, Andrés Vargas y Jorge Restrepo, eds. *Una vieja guerra en un nuevo contexto. Conflicto y Territorio en el sur de Colombia*. Bogotá: Editorial Pontificia Universidad Javeriana, 2011.
- Velásquez, Fabio. "Actores armados y gestión municipal en Colombia". *Revista FORO*, no. 67 (abril de 2009): 16-29.
- Vielajus, Martín y Michel Sauquet. "Legitimidades, actores y territorios: arraigar la gobernanza en la diversidad de culturas". 2008. Acceso 1 de noviembre de 2023. <http://www2.institut-gouvernance.org/es/analyse/fiche-analyse-332.html>
- Wickham-Crowley, Timothy P. *Guerrilla and Revolution in Latin America: A Comparative Study of Insurgent Regimes since 1956*. New Jersey: Princeton University Press, 1992.
- Wood, Elisabeth Jean. "The Social Processes of Civil War: The Warime Transformation of Social Networks". *Annual Review of Political Science*, no. 11 (2008): 539-61.

Órdenes locales y conflicto armado. Una metodología comparada¹

*Clara Inés García*²

*Álvaro Guzmán*³

*Clara Inés Aramburo*⁴

*Alba Nubia Rodríguez*⁵

*Juan Camilo Domínguez*⁶

Introducción

En las dos últimas décadas se han transformado la dinámica, las condiciones, las lógicas y las territorialidades del conflicto armado en Colombia, lo mismo

- 1 Original publicado en: *Análisis Político*, no. 81 (2014): 3-18. Este artículo es producto de la investigación adelantada en el marco del proyecto “Órdenes locales en reconfiguración: de regulaciones, acomodos y resistencias en regiones de intenso conflicto violento 1991-2010. Una investigación comparada”, financiada por Colciencias y por los tres centros de investigación asociados: Instituto de Estudios Regionales (INER) de la Universidad de Antioquia, Centro de Investigaciones y Documentación Socioeconómica (CIDSE) de la Universidad del Valle y Centro de Investigación y Educación Popular (Cinep) de Bogotá, y con el apoyo de la Estrategia de Sostenibilidad 2013-2014 de la Universidad de Antioquia al Grupo Estudios del Territorio de la misma universidad. Colaboraron Teófilo Vásquez, Diana Moreno y Diego Quiroga del Cinep.
- 2 Docente investigadora, INER, Universidad de Antioquia.
- 3 Docente investigador, CIDSE, Universidad de Valle.
- 4 Docente investigadora, INER, Universidad de Antioquia.
- 5 Docente investigadora, Departamento de Trabajo Social, Universidad del Valle.
- 6 Estudiante de maestría, INER, Universidad de Antioquia.

que sus actores y sus formas de relacionamiento con los demás actores de la sociedad. De ahí que hayamos adelantado una investigación que se preguntó por las maneras como se reconfiguran los órdenes locales en los territorios de mayor confrontación armada en Colombia y por las posibles razones subyacentes a tal reconfiguración, entre 1991 y 2010. Nos propusimos abordar este problema conjuntamente entre tres centros de investigación asociados, proponiendo una metodología comparativa para los nueve casos locales seleccionados. Los casos fueron: dos en el suroriente de Colombia (San Vicente del Caguán y Cartagena del Chairá); tres en el suroccidente de Colombia (Buenos Aires, Jambaló y Puerto Tejada); uno en la Costa Caribe (Carmen de Bolívar) y dos en el noroccidente de Colombia (Riosucio, Chocó y San Pedro de Urabá).

Este artículo presenta el problema y el enfoque de la investigación, la tipología propuesta para la comparación de los órdenes sociales en medio del conflicto y el procedimiento utilizado para obtener posibles explicaciones acerca de las trayectorias locales en el marco de las tipologías.

El orden de la exposición es el siguiente: primero se presentan el problema, el enfoque y los conceptos que sustentan la tipología. En segundo lugar se expone la tipología como resultado de dos conceptos generales: la agencia y la coerción y se clasifican los diferentes casos locales estudiados. Luego se hace explícito el enfoque bajo el cual se definieron los aspectos que juegan analíticamente el rol de factores independientes⁷ y se enuncian los pasos que siguió el análisis empírico realizado sobre los mismos. Finalmente, se muestran los resultados comparados que se elaboraron a partir de esta metodología y las perspectivas que esta experiencia deja abierta para futuras investigaciones. La aplicación de esta metodología se desarrolla en un artículo paralelo.⁸

1. Problema y enfoque

Nuestra investigación estudia de manera comparada la reconfiguración de órdenes locales en medio del conflicto armado. Este tema implica de manera más

7 Preferimos hablar de factores independientes, como conglomerados de variables, más que de variables independientes, que requieren de una especificidad empírica mayor.

8 Clara Inés García et al., "Órdenes locales y conflicto armado. Resultados de una metodología comparada", *Análisis Político*, Vol. 27, no. 81 (mayo-agosto de 2014): 3-18.

general y teórica los conceptos de orden social, de conflicto armado y de lugar. El concepto de orden social es central en las ciencias sociales y en particular para la sociología. De una manera u otra, el tema está presente en los autores clásicos, al afirmar que para entender la sociedad moderna es fundamental captar las dimensiones económicas, políticas y culturales, de producción y reproducción de la sociedad,⁹ o bien que el poder y la dominación requieren de mecanismos de legitimación,¹⁰ o argumentar con mayor énfasis sobre los mecanismos de cohesión y solidaridad que hacen posible la sociedad.¹¹

Este aporte clásico ha tenido importantes desarrollos en las ciencias sociales contemporáneas. Autores como Giddens¹² subrayan la importancia de conceptos como la *estructuración* y la *reproducción de la sociedad*, o bien Bourdieu¹³ quien se refiere a “campos de prácticas” y “habitus”. Friedberg puntualiza que no se puede “olvidar la naturaleza estratégica y fundamentalmente política de la interacción humana, que lleva a corroer las convenciones, normas y reglas, tan pronto como han sido creadas”,¹⁴ con lo cual subraya también que un orden social no se configura de manera monolítica ni estática.

Mientras que estos autores relacionan el orden social con el poder y el cambio social, nuestra investigación se preguntó, de manera más específica, por la estructuración del orden social en condiciones de intenso conflicto armado. Varios autores hablan de guerra, de guerra civil o de violencia política. Preferimos hablar más bien de conflicto entre actores armados que en el caso colombiano pueden tener distintas motivaciones, en los marcos de procesos de formación de Estado.¹⁵ En este campo más delimitado, algunos autores han

9 Karl Marx, *El Capital*, Vol. 1 (Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 1959).

10 Max Weber, *Economía y sociedad* (Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 1969).

11 Emile Durkheim, *La división del trabajo social* (Buenos Aires: Shapire, 1967).

12 Anthony Giddens, *The Constitution of Society* (Berkeley, Los Angeles: University of California Press, 1984).

13 Pierre Bourdieu, “El sentido práctico”, capítulo 3, Libro 1 de *Estructuras, habitus y prácticas* (Madrid: Taurus, 1991).

14 Erhard Friedberg, “Las cuatro dimensiones de la acción organizada”, *Gestión y Política Pública*, Vol. 2, no. 2 (julio-diciembre de 1993): 288.

15 Francisco Gutiérrez, María Emma Wills y Gonzalo Sánchez, coords., *Nuestra guerra sin nombre. Transformaciones del conflicto en Colombia* (Bogotá: IEPRI, Universidad Nacional, Grupo Editorial Norma, 1984).

sido de nuestro interés. Entre ellos sobresale Stathis Kalyvas¹⁶ quien centra su atención en países con soberanía dividida, en guerra civil, donde se ejerce control territorial y violencia contra no combatientes. El autor indaga por diferentes formas de relación o “colaboración” entre grupos armados y civiles.¹⁷ Por su parte, Elisabeth Wood¹⁸ subraya cómo en situaciones de violencia y de guerra civil se transforman las redes sociales y se recomponen los órdenes sociales. Por su parte, Jutta Bakonyi y Kirsti Stuvoy¹⁹ incursionan en situaciones de conflicto armado prolongado en las que se recompone el orden social, en la economía por ejemplo, aunque no exclusivamente. El aspecto importante del aporte de estas autoras es que desarrollan un estudio comparado entre los casos de Somalia y Angola y se detienen en la importancia que tiene que uno o varios grupos armados se disputen al mismo tiempo el territorio. Finalmente, Ann C. Masson²⁰ hace un conjunto de reflexiones sobre el caso colombiano, indicando que los órdenes sociales locales son “órdenes compuestos” en los que se superponen e intersectan redes de poder local, regional y nacional.

En los marcos de una amplia bibliografía sobre el conflicto armado, algunos autores nacionales han incursionado en temas de nuestro interés. Teófilo Vásquez, en un artículo sobre la relación entre los recursos, la política, el territorio y el conflicto armado, muestra formas de apoyo de la población a la guerrilla, con el telón de fondo de un problema agrario no resuelto, pero también indica que esta relación y apoyo han cambiado, especialmente con el narcotráfico.²¹ Gustavo Duncan hace un planteamiento importante para nosotros ya que diferencia a “los señores de la guerra” y muestra que sus intereses no son solamente el enfrentamiento armado en el territorio, sino también incidir

16 Stathis Kalyvas, *The Logic of Violence in Civil War* (Cambridge: Cambridge University Press, 2006).

17 Kalyvas, *The Logic of Violence*.

18 Elisabeth Wood, “Los órdenes sociales de la violencia”, *Revista anual de Ciencia Política*, no. 11 (2008): 539-65.

19 Jutta Bakonyi y Kirsti Stuvoy, “Violencia y orden social más allá del estado: Angola y Somalia”, *Review of African Political Economy*, Vol. 32, nos. 104/5 (2005): 359-82.

20 Ann C. Masson, “Constructing Authority Alternatives on the Periphery: Vignettes from Colombia”, *International Political Science Review*, Vol. 26, no. 1 (January, 2005): 37-54.

21 Teófilo Vásquez, “Recursos, política, territorio y conflicto armado”, en *Una vieja guerra en un nuevo contexto. Conflicto y territorio en el sur de Colombia*, eds. Teófilo Vásquez, Andrés Vargas y Jorge Restrepo (Bogotá: Editorial Pontificia Universidad Javeriana, 2011), 367-428.

en las administraciones estatales y cooptarlas y, de esta manera, transformar el orden social.²² Ingrid Bolívar y Lorena Nieto²³ apuntan de manera más decidida a la capacidad de los actores armados para regular y controlar la vida social. Finalmente, en un artículo pionero sobre nuestros intereses investigativos, Carlos Miguel Ortiz²⁴ se formula la pregunta acerca de las estrategias de supervivencia de la población en medio del conflicto armado.

En síntesis, nuestro objetivo es mostrar las formas de reconfiguración del orden social, en una dimensión local y bajo condiciones de intenso conflicto armado. Al hacer la descripción de los casos nos interesa también hacer su comparación metodológica y esbozar de esta manera una forma de explicación sobre esos órdenes sociales.

1.1. Acerca del orden social y el lugar

Son dos los conceptos generales que nos permiten delimitar el objeto y comprender factores claves para la comparación: *orden social* y *lugar*, ya se ha dicho, en medio del conflicto armado. El primero da cuenta del propio objeto de estudio, el segundo precisa la dimensión socio espacial –local– directamente involucrada en los órdenes estudiados. Estos conceptos permiten *identificar los factores que comprometen las similitudes y las diferencias básicas entre lo que llamamos órdenes locales y además los explican*.

El *orden social* como concepto se centra en el problema de la reproducción de la sociedad con las consecuencias normativas para esta, sus instituciones y actores. Hace referencia al conjunto de patrones relativamente estables que orientan la interacción y los acuerdos intersubjetivos entre los actores que componen una sociedad –sea cual sea la escala socio espacial que la delimite (nacional, regional, local)–. Estos patrones orientan las prácticas cotidianas de los actores referidas a la vida social, política, económica y simbólica y

²² Gustavo Duncan, *Los señores de la guerra. De para-militares, mafiosos y autodefensas en Colombia* (Bogotá: Planeta, 2006).

²³ Ingrid Bolívar y Lorena Nieto, “Supervivencia y regulación de la vida social: la política del conflicto”, *Nómadas*, no. 19 (2003): 78-87.

²⁴ Carlos Miguel Ortiz, “Actores armados, territorios y poblaciones”, *Análisis Político*, no. 42 (2001): 61-69.

establecen los medios por los cuales se ejerce la autoridad y esta es reconocida y acatada.

Además, en contextos de intenso conflicto armado, el orden y la violencia no se pueden concebir solo como resultados que varían inversamente entre sí. La violencia puede también ser pensada como un factor determinante y co-presente en el establecimiento y mantenimiento de un tipo de orden social. Este último es el caso de los órdenes locales objeto de este estudio.

En los marcos de un concepto de orden social que da cuenta de los arreglos que en los diferentes ámbitos de la vida política, la reproducción material y de los medios de orientación simbólica de la sociedad se producen, interesa focalizarnos en *los procesos relacionales de regulación/obediencia* que lo ordenan. En el contexto de conflicto violento en que nos situamos, nos pareció indispensable complementar la manera de concebir dicha relación, añadiendo un nivel adicional de complejidad en el siguiente sentido:

-Desde el ángulo de “la regulación”: los patrones que predominan en localidades inmersas en contextos de intenso y prolongado conflicto armado proceden en lo fundamental de los actores armados ilegales que le disputan al Estado nacional el control de ciertos territorios y la orientación de las formas de relacionamiento social en ellos. De ahí que la “coerción” –concepto que hace referencia al ejercicio propio de la autoridad o autoridades y que tiene variaciones desde lo político hasta el uso directo de la fuerza o la violencia– se pueda aplicar tanto al Estado, cuando este es quien ejerce efectivamente la autoridad predominante en el territorio, como a los propios actores armados ilegales, cuando son estos quienes regulan lo fundamental de la vida local.

-Desde el ángulo de “la obediencia”: la interacción que se establece en esas localidades entre armados y no armados no reduce la alternativa de los no armados a una condición binaria de “obediencia” / “no obediencia”, “cooperación” / “no-cooperación”. Por el contrario, y apoyados en el concepto de “agencia”, abrimos el abanico de posibilidades a agencias diversas. Esa diversidad se da en virtud de las variadas combinaciones que los actores logran asumir con respecto de los patrones de acción y pensamiento de los que pueden hacer gala y a las consiguientes mayores o menores capacidades de maniobrabilidad y/o transformación de las condiciones del contexto que ello les da.

Es entonces el orden social, mirado a partir de las interacciones entre la agencia (de los civiles) y la coerción (de los que detentan la fuerza de las armas), y asociado al lugar, el marco teórico del cual partimos para la identificación de los factores que permiten comprender las similitudes y diferencias entre los diferentes casos de orden local estudiados.²⁵

El *lugar* es nuestra segunda herramienta teórica central. Permite focalizar las maneras como los poderes, las identidades y las interrelaciones entre procesos de diferente escala socio espacial toman forma particular en un área específica de carácter local; permite dimensionar la acción de los factores de estructura (de procesos procedentes de las escalas nacional o global en la larga o mediana duración), y la de los factores que proceden de espacio-tiempos más cortos y locales. Para el concepto de “*lugar*” nos hemos apoyado en John Agnew y sus nociones constitutivas: “*locale*”, “*location*” y “*sense of place*”.²⁶

El lugar siempre implica una apropiación y transformación del espacio y de la naturaleza, que es inseparable de la reproducción y transformación de la sociedad en el tiempo y en el espacio. El lugar no es solo lo que se observa en el paisaje; es también lo que toma lugar allí, lo que contribuye con la historia de un contexto específico, a través de la creación y utilización de un asentamiento físico. El lugar es más que un objeto. Concreta las prácticas cotidianas que dan lugar a una mediación cultural. Esto refuerza la definición del lugar desde adentro y muestra el otro aspecto que define al lugar: el sentido del lugar. Es indispensable considerar también el impacto que tienen las prácticas sociales estructuradas en la larga duración sobre la constitución de la acción; lo local está localizado según las demandas de la división del trabajo espacializada, la distribución global de la producción y distribución y los patrones variables de autoridad y control. El lugar es por tanto local, localización y sentido de lugar.²⁷

²⁵ Para un desarrollo ampliado de las bases conceptuales sobre el orden social del presente artículo, véase: Clara Inés García, “Los estudios sobre órdenes locales. Enfoques, debates y desafíos”, *Análisis Político*, Vol. 24, no. 73 (2011): 55-78.

²⁶ John Agnew, “Representing Space. Space, Scale and Culture in Social Science”, in *Place/Culture/Representation*, eds. James Duncan and David Ley (New York: Routledge, 1993), 251-71.

²⁷ Agnew, “Representing Space”.

Para nosotros, desde la perspectiva socio espacial, es indispensable subrayar tres asuntos nodales al tratamiento de los órdenes sociales locales: 1) El estudio de lo local no se reduce a lo puramente “particular” y “singular”. Siempre hay que remitirse a la interacción entre los procesos que operan a diferente escala. Es en la puesta en relación entre lo *geohistórico-particular- y lo estructural* en donde el estudio comparado de órdenes locales tiene uno de sus desafíos. 2) El estudio de lo local se comprende *como un proceso* que está siempre haciéndose; además, todo espacio es “un espacio de vínculos llenos de poder”²⁸ y por tanto es producto de relaciones sociales y está abierto a las transformaciones. De ahí nuestra pregunta por la reconfiguración de los órdenes locales. 3) Por ser un espacio de poder, “*cada lugar (es) producto de la negociación, el conflicto, la contienda* entre los distintos grupos con intereses materiales, y posiciones sociales y políticas distintas”²⁹ Más aún, al ser “la locación de la intersección de trayectorias dispares, ellos son entonces lugares de negociación”³⁰

1.2. Acerca de la metodología utilizada³¹

Utilizamos una metodología comparativa que tiene una importante tradición en la sociología histórica.³² En la descripción y análisis de los nueve casos locales, profundizamos sobre las diferencias y similitudes claves,³³ sin necesidad

28 Doreen Massey “Geometrías del poder y la conceptualización del espacio” (Conferencia dictada en la Universidad Central de Venezuela, Caracas, 17 de septiembre de 2007), 3.

29 Massey, “Geometrías del poder”, 9.

30 Ibid., 6-7.

31 En un artículo paralelo aplicamos y evaluamos en extenso la metodología utilizada. García et al., “Órdenes locales”.

32 Theda Skocpol, “Emerging Agendas and Recurrent Strategies in Historical Sociology”, in *Vision and Method in Historical Sociology*, ed. Theda Skocpol (Cambridge: Cambridge University Press, 1984), 356-91; Charles Ragin, *The Comparative Method* (California: University of California, 1987); Charles Ragin, *Fuzzy-Set Social Science* (Chicago: University of Chicago Press, 2000).

33 Charles Ragin, *La construcción de la investigación social. Introducción a los métodos y su diversidad* (Bogotá: Siglo del Hombre Editores, 2007). Ragin plantea que en muchos tipos de investigación comparativa, desarrollados por diversos autores (Przeworski y Teune; Skocpol; Tilly; Stinchcombe; Lijphart), la especificidad del enfoque comparativo es más evidente en aquellos estudios que se concentran en la diversidad. Sin embargo esta investigación se interesó tanto por las diversidades como por las similitudes entre las localidades estudiadas. Adam Przeworski and Henry Teune, *The Logic of Comparative Social Inquiry* (New York: Wiley, 1970); Skocpol, “Emerging Agendas”; Charles Tilly, *Big Structures, Large Processes, Huge Comparisons* (New York: Russell Sage Foundation, 1984); Arthur L. Stinchcombe, *Theoretical Methods in Social History* (New York:

de explicarlas de manera binaria ni por continuums que no aceptan sino diferencias de grado. Se acudió a la construcción de una *tipología de órdenes locales*, herramienta indispensable para articular el proceso comparado. Adoptamos un enfoque *cualitativo* (que no excluyó el uso de variables cuantitativas) y, dentro de este, uno que aborda el estudio de las similitudes y diferencias a partir de “*la complejidad*”.

No buscamos relaciones causales simples ni explicaciones totales o universales, pues no consideramos posible “afirmar la existencia de un factor determinante y universal que trascienda las historias y las culturas”,³⁴ y los espacios –añadimos nosotros–. Buscamos la comprensión –en cada lugar– de la particular configuración de factores condicionantes (en plural) que permita dar cuenta del resultado específico que allí se da, pero sin quedarse en la interpretación de lo particular de cada contexto histórico individual, sino sometiendo a cada localidad a una misma rejilla de análisis –con el estudio de las mismas variables– y a la comparación sistemática.

Se llevó a cabo entonces un primer nivel de caracterización de los casos locales sobre la base de las interacciones entre la coerción de los actores armados y la agencia de los civiles. En el siguiente paso, se realizó un ejercicio de identificación de los factores independientes que permitieron explicar los órdenes locales resultantes y finalmente evaluamos los resultados comparativos en términos de las trayectorias que conducen a los distintos órdenes locales.

2. La tipología

Con el propósito de comparar los órdenes locales que se reconfiguraron en contextos de intenso conflicto armado en el periodo 1991-2010, la construcción de tipologías fue una herramienta muy útil, en especial cuando el enfoque no pretendió estudiar patrones generales extraídos del estudio cuantitativo de todos los casos, ni tampoco atender la complejidad de casos específicos donde cada caso aparece como único.

.....
Academy Press, 1978); Arend Lijphart, “Comparative Politics and the Comparative Method”, *American Political Science Review*, Vol. 65, no. 3 (September, 1971): 682-93.

34 Bertrand Badie y Guy Hermet, *Política comparada* (Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 1993), 24.

El criterio básico para establecer las diferencias entre los órdenes locales se fundamentó en que “comparar es a la vez asimilar y diferenciar con relación a un criterio”.³⁵ El concepto orden local facilitó la pauta al establecer la relación entre la autoridad y la obediencia como criterio central para pensar los patrones relativamente estables que rigen la vida social en los diferentes ámbitos de la vida política, la reproducción material y de los medios de orientación simbólica de la sociedad.

El orden social, en contextos de intenso conflicto armado en Colombia, se puede pensar mejor en términos de *las interacciones entre la agencia* (de los civiles) y *la coerción* (de los armados que ejercen o pretenden ejercer su autoridad). Estos dos conceptos, coerción y agencia, permiten abordar la relación autoridad/obediencia de manera más amplia, no como una clasificación puramente bipolar. A partir de ellos se estructuró la tipología propuesta.

2.1. La coerción

El concepto de coerción hace referencia al ejercicio propio de la autoridad o las autoridades que se ejercen apelando a las armas y que tiene variaciones desde el uso directo de la fuerza o la violencia, hasta el ejercicio estrictamente político de la autoridad. Charles Tilly lo entiende así: “(...) Toda aplicación concertada, como amenaza o como realidad, de acciones que por lo general causan pérdida o perjuicio a las personas, o las posesiones de particulares o grupos, los cuales son conscientes, tanto de la acción como de sus posibles daños”.³⁶ La coerción contiene la intencionalidad de dominio de quien la ejerce, un componente normativo (imposición de rutinas, horarios y conductas precisas en la vida cotidiana, percepción de valoraciones, elección de preferencias políticas, elección de lealtades, entre otras), medios técnicos coercitivos (armamento, organizaciones y ejércitos destinados a la guerra, capacidad para encarcelar, expropiar, humillar, publicar amenazas), toma de decisiones y cumplimiento o no de una amenaza, todos ellos elementos que configuran

35 Giovanni Sartori, “Bien comparer, mal comparer”, *Revue internationale de politique comparée*. Vol. 1, no. 1 (1994): 22.

36 Charles Tilly, *Coerción, capital y los estados europeos: 990-1990* (Madrid: Alianza, 1994), 44.

un ámbito de dominio.³⁷ La coerción incluye prácticas que van desde el uso abierto y sistemático de la violencia física y la intimidación, hasta prácticas asociadas a las que Bourdieu ha definido como “violencia simbólica”, que en su consideración es “esa coerción que se instituye por mediación de una adhesión que el dominado no puede evitar otorgarle al dominante (y, por lo tanto, a la dominación) cuando solo dispone, para pensarlo y pensarse o, mejor aún, para pensar su relación con él, de instrumentos de conocimiento que comparte con él y que, al no ser más que la forma incorporada de esa estructura de la relación de dominación, hace que ésta se presente como natural”.³⁸ La coerción puede ejercerse entonces por la vía del consenso o, mejor, por la aceptación del carácter de la autoridad que se ejerce. La coerción así considerada es la columna vertebral de desarrollos institucionales como el Estado nacional moderno, o las formas estatales con soberanía fragmentada. De ahí que distingamos dos tipos de coerción: la que es fundamentalmente armada y la que es esencialmente política.

- Coerción armada: es aquella que utiliza como medio de dominio las armas y ejerce una violencia deliberada.
- Coerción política: así denominaremos a la coerción ejercida sin violencia explícita, con un manejo significativo de consensos y aceptación de una autoridad colectiva.

Como en este estudio nos referimos a localidades inmersas en contextos de intenso y prolongado conflicto armado donde son actores armados los que ejercen o pretenden ejercer la autoridad, quisiéramos precisar dos cosas: 1) Entendemos que tanto actores armados como no armados tienen “agencia”. Sin embargo, de los armados queremos subrayar su *capacidad de regular* las formas de relacionamiento social con validez colectiva; de ahí que optemos para el análisis de sus prácticas y discursos por la noción de *coerción* (política y/o armada). En cambio, de los actores no armados queremos subrayar su *capacidad de maniobra y/o transformación* de las constricciones que sustentan el orden local; para referirnos a ello utilizamos el concepto de agencia. 2) Las

37 Tilly, *Coerción, capital*.

38 Pierre Bourdieu, *Meditaciones pascalianas* (Madrid: Anagrama, 1999), 224-5.

acciones y discursos de la fuerza pública (Ejército y Policía) las analizamos como parte de la coerción: como “coerción armada”, en los casos de disputa armada, o como parte de la “coerción política”, en períodos recientes cuando las instituciones del Estado han recuperado su papel y el Ejército solo tiene presencia como poder de disuasión y bajo formas estrictamente legales.

La coerción implica necesariamente una interacción entre los actores que la ejercen y aquellos a los que está dirigida y que son conminados a la obediencia. El concepto clásico parte de una posición binaria con relación a la posición de los amenazados: de obediencia/no obediencia. En este proyecto adoptamos un enfoque abierto en el que quienes son conminados a obedecer pueden tener alternativas más allá de esos dos extremos, y que trataremos al desarrollar el concepto de agencia.

2.2 La agencia

El concepto de *agencia* hace referencia a un proceso social intersubjetivo por medio del cual los actores despliegan su “capacidad-posibilidad de producir un efecto de novedad frente a un trasfondo de constricciones normativas”.³⁹ Este despliegue de prácticas ante acontecimientos y situaciones complejas que ocurren en *contextos relacionales temporales* desencadena la capacidad de orientarse simultáneamente por el conocimiento del pasado, la proyección hacia el futuro y la evaluación de la situación presente, conformando lo que Emirbayer y Mische denominan la “tríada de la agencia”,⁴⁰ capacidad que posibilita cambios en la realidad social.

Para estos autores, este proceso intersubjetivo relacional y temporal de agencia contiene el flujo del tiempo en la medida en que interrelaciona experiencias intersubjetivas variables de pasado, presente y futuro provenientes de distintos lugares de enunciación. A pesar de la simultaneidad de tiempos contenidos en la agencia, hay tendencias en sus orientaciones temporales, sin desconocer que en ella coexisten los demás tiempos en tonalidades más bajas.

39 José Enrique Ema López, “Del sujeto a la agencia (a través de lo político)”, *Athenea Digital. Revista de Pensamiento e Investigación Social*, no. 5 (2004): 16-17.

40 Mustafá Emirbayer and Ann Mische, “What is Agency?”, *American Journal of Sociology*, Vol. 103, no. 4 (January, 1998): 962-1023.

Los cambios en las tendencias en la orientación temporal implican también cambios de grado en la invención y reflexividad en relación con la acción y su contexto temporal-relacional.

Cuando la orientación de la agencia incorpora el influjo de patrones de pensamiento y acción asentados, sistemas de relevancia específicos y conocidos, experiencias etiquetadas bajo tipos específicos, categorías locales “naturalizadas” y no incorpora una reflexión consciente acerca de ellos, la agencia tiende a reproducir el contexto temporal relacional e inhibir cambios e innovaciones. Esto es a lo que Emirbayer y Mische⁴¹ denominan *iteración*.

Cuando la orientación para la agencia contempla e incorpora posibilidades para el futuro, identifica posibles y nuevos patrones de desarrollo, busca nuevos sentidos para moverse hacia el futuro (nuevas narrativas), crea combinaciones de sentido innovadoras y encara soluciones hipotéticas para sus proyectos de futuro, dicha orientación demuestra la capacidad para apartarse de esquemas, hábitos y tradiciones e introducir cambios e innovaciones en los contextos. Esto los autores lo denominan *proyectividad*.⁴²

Cuando la orientación de la agencia responde a demandas y contingencias del presente, implica problematizar la situación, entender sus contradicciones caracterizándola y comparándola con experiencias pasadas, deliberando entre diferentes percepciones del problema y posibles formas de resolverlo a futuro, esto conduce a la toma de decisiones y a la ejecución o concreción de la acción. Esta orientación indica un trabajo de reflexividad e interpretación que los autores denominan *evaluación práctica*.⁴³

En definitiva, la agencia humana se puede entender como “(...) el compromiso temporalmente construido por actores de diferentes contextos estructurales –contextos temporales y relacionales de acción– los cuales, a través de una interacción entre hábito (iteración), imaginación (proyectividad) y juicio (evaluación práctica), reproducen y transforman aquellas estructuras

41 Emirbayer and Mische, “What is Agency?”.

42 Emirbayer and Mische, “What is Agency?”.

43 Emirbayer and Mische, “What is Agency?”.

en respuesta interactiva a los problemas planteados por situaciones históricas cambiantes”.⁴⁴

El concepto de *agencia* hace complejo el de *actor colectivo*. El de *agencia* incluye redes de actores y acciones colectivas con un sentido de historicidad y de capacidad transformadora, tal y como lo hemos descrito. Para nuestro trabajo proponemos que el concepto de *agencia*, así entendido, abra un *abanico de alternativas con respecto a las capacidades de maniobrabilidad y/o transformación de las condiciones del contexto que tienen los actores civiles en su interacción con actores armados*. Proponemos cuatro modalidades diferentes de *agencia* que pueden tener concreción en un mismo caso local en momentos distintos o también de forma combinada, en un período dado:

- *Solidaridad*: por *solidaridad* entendemos la *agencia* en la que predominan las prácticas que se orientan por la colaboración solidaria y proactiva de los civiles con los armados, en función del fortalecimiento del orden social *agenciado* por estos últimos.
- *Acomodo*: por *acomodo* entendemos la *agencia* en la que predominan las prácticas que se orientan por el acatamiento instrumental de lo más significativo de la regulación ejercida por los grupos armados, sin identidad ideológica con su proyecto.
- *Sometimiento*: por *sometimiento* entendemos la *agencia* en la que predominan las prácticas que se orientan a la subordinación con respecto de las órdenes e intervenciones de los armados, combinadas con algunos esguinces a ellas.
- *Resistencia*: por *resistencia* entendemos la *agencia* que articula prácticas prioritariamente no violentas “dirigidas a socavar el poder del que domina y ejerce la violencia, a obtener un propio sentido de control desafiando el miedo a reparar y recrear los elementos de cultura e identidad golpeados o destruidos por la violencia como método para aplastar

44 Ibid., 970 (traducción libre nuestra).

la voluntad y buscar soluciones a las deprivaciones de la guerra y al conflicto social”.⁴⁵

2.3. Los tipos

Con base en los anteriores conceptos, se propuso la siguiente tipología:

Formas de agencia	Coerción política y presencia armada	Coerción armada y presencia política
Solidaridad	Tipo 1 SOCOP	Tipo 5 SOCOA
Acomodo	Tipo 2 ACOP	Tipo 6 ACOA
Sometimiento	Tipo 3 SOMCOP	Tipo 7 SOMCOA
Resistencia	Tipo 4 RESCOP	Tipo 8 RESCOA

Tabla 1. Tipos de orden local según la relación entre la agencia de los civiles y la coerción de los actores armados.

Fuente: elaboración propia

Es indispensable precisar que los “tipos de orden local” funcionan como “tipos ideales” que no se reproducen de forma análoga en la realidad. Operan como herramientas para comparar; no son objetos de conocimiento empírico. El decurso histórico concreto de regiones o de localidades se aleja sustancialmente del tipo conceptual. En algunos momentos el orden local puede tener rasgos compuestos por dos tipos. En algunos casos también los rasgos que dan lugar a la clasificación de varios casos dentro de un mismo tipo de orden local pueden tener manifestaciones específicas diferentes. Además, como el período de observación de los casos se extiende por 20 años, en los cuales el conflicto armado tuvo sustanciales virajes y transformaciones, la tipología se aplicó al orden local que en el periodo estudiado fue el predominante; el conocimiento sobre las trayectorias identificadas aportó claves para la interpretación. En este sentido, vemos muy importantes los llamados de atención formulados por Charles Ragin, referidos a usar la teoría pero tener siempre la

45 Clara Inés García, “Resistencias. Análisis comparado de la acción colectiva frente a la guerra en Urabá y Oriente Antioqueño”, *Nómadas*, no. 20 (2004): 108.

referencia empírica y el conocimiento concreto como objetivo principal, de tal manera que el resultado final del conocimiento construido en el proceso de investigación salga de un constante ir y venir entre los conceptos y el análisis de los datos, de la permanente afinación de los conceptos y la comprensión de los casos, y por tanto de “una elaboración más matizada de las ideas que guían la investigación”.⁴⁶

Una vez establecida la tipología, se inicia el proceso de investigación empírica y –en adelante– el continuo ir y venir entre los datos y los conceptos que permitieron, de manera cada vez más afinada, la identificación de las características de cada orden local estudiado y su clasificación en uno de los tipos definidos. Este proceso implicó tres momentos claramente diferenciados: a) En el primero se realizó una caracterización preliminar de los casos locales y con base en esta fueron clasificados en alguno de los tipos de orden local planteados; esta primera clasificación se asumió como “hipótesis de trabajo”. b) En un segundo momento se definieron y caracterizaron los factores independientes que permitieron explicar el tipo de interacción entre los factores identificados en cada caso estudiado. c) Finalmente se realizó una indagación sobre las similitudes y diferencias en la explicación de los órdenes locales, entre tipos y entre casos de un mismo tipo.

3. Primera caracterización y clasificación de los órdenes locales

La construcción de la tipología se llevó a cabo ya iniciado el proceso de investigación; por tanto fue necesario construir en primera instancia y de manera hipotética una caracterización inicial de los casos locales,⁴⁷ de tal manera que se pudieran clasificar en el marco de los tipos locales diseñados y así se focalizara de manera articulada la fase siguiente de la investigación, centrada en los factores independientes.

Para caracterizar los casos locales en esta etapa, la mirada se centró en las prácticas y discursos con que los actores armados, los funcionarios de las

⁴⁶ Ragin, *Fuzzy-Set Social Science*, 126.

⁴⁷ La selección de los casos fue realizada al momento de la formulación del proyecto de investigación.

instituciones y los actores civiles interactuaron en los ámbitos de la vida política, la reproducción material y los medios de orientación simbólica de cada sociedad local entre los años 1991 y 2010. Este proceso permitió focalizar tres de las claves asociadas a la interacción agencia/coerción: la acción colectiva, las prácticas mediante las cuales el Estado local se hacía presente y los eventos, actores y prácticas comprometidos por los actores armados. Para su análisis se tuvo en cuenta la periodización y la espacialización de tales manifestaciones, al igual que la incidencia que en ellas tuvieron las políticas públicas, decisiones estratégicas de los actores armados y/o intervenciones de movimientos sociales y agencias nacionales e internacionales.

La periodización permitió apreciar los umbrales dentro de los cuales se mantiene una misma forma básica y relativamente estable de relacionamiento social (definida en función de las interacciones entre coerción y agencia), y a partir de cuándo se producen transformaciones sustantivas que redefinen otros patrones de interacción relativamente estables durante otro período significativo de tiempo. Esto resulta fundamental, por cuanto entre 1991 y 2010 las dinámicas del conflicto armado tuvieron variaciones ostensibles con efectos agudos sobre los órdenes locales. Además, es diferenciada la manera en que interactúan los ciclos nacionales con los ciclos locales de la guerra, de tal manera que las trayectorias de cada orden local son específicas –en algunas coyunturas coincidirán algunas entre sí, en otras no–. Por lo demás, y en razón de esos mismos cambios, para efectos de la comparación fue indispensable seleccionar el orden local que se mostrara con un patrón predominante de interacciones entre coerción y agencia durante el período de estudio, o en un lapso significativo de tiempo dentro de los 20 años estudiados.

Con respecto al tratamiento de la dimensión espacial, se tuvieron en cuenta las siguientes consideraciones: en primer lugar, se hizo una observación espacialmente diferenciada de las prácticas y discursos de los actores, por cuanto no tratamos con espacios homogéneos y es importante identificar qué diferencias espaciales cuentan y cuáles no en los procesos de reconfiguración del orden local y en su clasificación dentro de uno de los tipos. En segundo lugar, cada localidad se circunscribió –como punto de partida y como hipótesis de trabajo– a los límites municipales; sin embargo en el transcurso de la

investigación, y con base en la observación del comportamiento de los procesos asociados al lugar, se fueron ajustando los límites territoriales objeto del estudio local. Así, los órdenes locales de los que trata esta investigación tienen diferentes circunscripciones: unos se mantuvieron bajo los límites municipales originales, otros se ampliaron, otros se redujeron. El criterio fue saber que las fronteras de los procesos socioespaciales son fluidas y porosas y que no necesariamente coinciden con los límites del ordenamiento territorial. En tercer lugar, las interacciones de los procesos locales con procesos provenientes de otras escalas socioespaciales fueron una condición indispensable para el análisis y la adecuada interpretación de los órdenes locales.

Una vez lograda esta primera caracterización general de las interacciones entre la agencia y la coerción en cada caso local, inferimos su significado más general con relación al tipo de agencia (sometimiento, acomodamiento, solidaridad o resistencia) y al tipo de coerción (armada o política) que comprometen en su interacción y se procedió a la clasificación de cada caso en uno de los tipos de orden local, según nuestra tipología. El resultado⁴⁸ se aprecia en la tabla 2.

Tipo de orden social interacción agencia/coerción	Casos locales
ACOP Acomodo/C política	Cartagena del Chairá
	San Pedro de Urabá
ACOA Acomodo/C armada	Buenos Aires
	Puerto Tejada
	Carmen de Bolívar
	San Vicente del Caguán
RECOA Resistencia/C armada	Jambaló
	Riosucio
RESCOP Resistencia/C política	Nariño

Tabla 2. Clasificación de los casos locales de acuerdo con el tipo de orden local.

Fuente: elaboración propia

⁴⁸ El análisis empírico y comparado de los nueve casos locales se realiza en artículo aparte, atrás citado.

Esta clasificación de los órdenes locales es resultado de un continuo ir y venir entre los datos y las observaciones, confrontados con los conceptos definidos y utilizados. En el transcurso de la investigación se llevaron a cabo ajustes, precisiones y reconceptualizaciones. Los conjuntos finalmente encontrados y definidos son muchas veces “ambiguos *“fuzzy sets”*, pero tienen el valor de ubicarse en una correspondencia entre la teoría y el análisis factual: en la medida en que los ‘fuzzy sets’ también se refieren a relaciones teóricas, ofrecen la oportunidad para crear una correspondencia estrecha entre la teoría y el análisis de datos”.⁴⁹

4. Los factores independientes⁵⁰

Una vez establecidos los primeros resultados sobre la clasificación de los casos en el tipo de orden local resultante (como hipótesis de trabajo) y presentados en la tabla 2, procedimos con la *identificación de los factores independientes que permiten dar cuenta de dichos resultados y con su caracterización en cada caso local*.

Los conceptos de *orden social*, *agencia*, *coerción* y *lugar* convergen aquí para orientar la selección de los factores independientes. Ellos se refieren a identidades, poderes (políticos, económicos, armados) y sentidos del lugar. También a las interrelaciones entre procesos de diferente escala socio espacial que condicionan las formas concretas de la interacción entre la agencia y la coerción en cada lugar. Además, estos factores se trataron con base en el principio de “la configuración compleja” entre factores, que considera varias combinaciones posibles vinculadas con la producción del orden local. Aquí seguimos a Ragin, quien afirma que es un “paquete”⁵¹ de variables independientes el que es indispensable considerar en la explicación de los fenómenos sociales.

49 Ragin, *Fuzzy-Set Social Science*, 4 (traducción libre nuestra).

50 Reiteramos aquí que preferimos hablar de factores independientes, como conglomerados de variables, más que de variables independientes, que requieren de una especificidad empírica mayor.

51 Ragin, *Fuzzy-Set Social Science*, 72.

Los factores independientes que se definieron fueron: la forma económica predominante, las identidades sociales, la forma de la acción colectiva, rasgos básicos del conflicto armado, la forma de presencia del Estado y el contexto de oportunidad.

La complejidad de las diferencias que presentan los casos estudiados no permite pensar un tratamiento binario de los factores (1/0: presencia/no presencia). Cada factor fue modulado según la variación nominal que se consideró adecuada. La matriz de los factores con los que se trabajó puede apreciarse en la tabla 3.

5. La comparación

Con las variables independientes establecidas, cada caso local se caracterizó en función de la manera como estas actúan en conjunto –*combinación compleja*– para producir un tipo de orden local. Con base en lo anterior se elaboró una tabla que señala las características específicas bajo las cuales cada orden local se manifiesta, a propósito de cada una de las variables. El resultado se puede apreciar en la tabla 4.

Los factores presentados en la tabla 4 permiten identificar y hacer un análisis de aquellos que, a la manera de “paquetes”, actúan como configuraciones complejas. Hacemos un análisis doble: en un primer momento, encontramos similitudes y diferencias en las aglomeraciones complejas entre tipos y, en un segundo paso, se estiman las variaciones de los distintos casos al interior de un mismo tipo de orden local.

La metodología comparada utilizada, si bien se ha apoyado notablemente en los principios de la metodología de la “comparación orientada a la diversidad” planteada por Charles Ragin,⁵² en la investigación realizada se han desarrollado rasgos propios, especialmente en dos aspectos relativos a la manera como incluimos la intervención de factores antecedentes y de contexto y los más particulares asociados a las especificidades de cada lugar.

Forma económica	Identidades sociales	Acción colectiva	Presencia Estado	Conflicto armado			Contexto oportunidad
				Actor armado	Territorio	Presencia	
Campesina	Étnica	Rutinaria	Directa	Uno	Estratégico	Dominio	Internacional
Hacienda	de clase	Rutina/ contenciosa-coyuntural	Indirecta	Multi	Corredor	Control	Nacional
Agroindustria/ industria	Transcultural	Contenciosa			Retaguardia	Disputa	Regional

Tabla 3. Factores independientes.

Fuente: elaboración propia

Factores	Forma económica	Identidades sociales	Acción colectiva	Presencia Estado Actor armado		Conflicto armado		Contexto	oportuno	Tipo orden local
				Territorio	Presencia	Inserción	Inserción			
Casos										
SP Urabá	Hacienda	Transcultural	Rutinaria	Indirecta	Uno	Retaguardia	Dominio	Instrumental	Nal/Reg	ACOP
C del Chairá	Campesino	Transcultural	Rutinaria	Indirecta	Uno	Retaguardia	Dominio	Societal	Inter/Nal	
B Aires	Campesino	Clase	Rut/Cont-coy	Directa	Multi	Estratégico	Disputa	Instrumental	Nacional	
Pto. Tejada	Agrind-ind	Clase	Rutinaria	Directa	Multi	Corredor	Disputa	Depredador	Nacional	ACOA
SV Caguán	Gan-emprs	Clase	Rutinaria	Directa	Multi	Retaguardia	Disputa	Instrumental	Nacional	
Cd Bolívar	Campesino	Clase	Rutinaria	Indirecta	Multi	Estratégico	Disputa	Depredador	Nacional	
Jambaló	Campesino	Étnico	Contenciosa	Directa	Multi	Estratégico	Disputa	Instrumental	Reg/Nal	RESCOA
Riosucio	Campesino	Étnico	Contenciosa	Indirecta	Multi	Estratégico	Disputa	Societ/Depred	Nal	
Nariño	Campesino	Clase	Rutinaria	Directa	Uno	Retaguardia	Control	Instrumental	Regional	RESCOP

Tabla 4. La configuración compleja de condicionantes de los órdenes locales.

Fuente: elaboración propia

El primero de ellos compete a cómo los investigadores enriquecen la caracterización de los factores: en las narrativas que dan cuenta de cada orden local se especifican los rasgos particulares bajo los cuales estos se presentan en los contextos históricos particulares de cada lugar. Esos rasgos pueden estar referidos a las condiciones más particulares bajo las cuales los factores se presentan durante el período de estudio (por ejemplo: economía campesina *de colonización*, o economía campesina *sedimentada*; clase *proletariado negro*, etnia *indígena*...), y/o a los rasgos más propios de sus procesos en la larga o mediana duración y que pueden ser fundamentales para la comprensión de lo que aparece durante el periodo de estudio (por ejemplo: *experiencia antecedente en acción colectiva contenciosa*...).

El segundo de los aspectos se refiere a la manera de componer la “combinación compleja” de factores condicionantes de los órdenes locales. En ella incluimos tanto aquellos que comparten similitudes al interior de cada tipo –y que por tanto se convierten en los factores que pesan más en su constitución–, como los que no lo hacen. Para la comparación, retomamos aquellos factores que se destacan al interior de cada tipo de orden local por sus similitudes y entre diferentes tipos locales por sus diferencias; pero no por ello dejamos de considerar las modalidades no compartidas de algunos de los factores condicionantes al interior de un mismo tipo de orden local y que sí fueron considerados como partes constitutivas de cada orden local individual. Además, al mantener las configuraciones complejas completas, se pueden subrayar también cuáles factores definitivamente no son determinantes en la producción de diferencias y similitudes, aunque sí lo sean como constitutivos del orden local individualmente considerado. Es por ello que en la tabla 4 incluimos la totalidad de los factores comprometidos en cada caso y que permitieron desarrollar las narrativas sobre cada uno de ellos; pero para la comparación, destacamos los que se muestran como comunes dentro de cada tipo y contrastantes entre tipos diferentes (iluminados en colores).

Los resultados estrictos de la comparación son presentados en otro artículo titulado “Orden social y conflicto: resultados de una metodología comparada en nueve localidades de Colombia”⁵³

53 Clara Inés García, Álvaro Guzmán, Clara Inés Aramburo, Alba Nubia Rodríguez y Juan Camilo Domínguez, “Orden social y conflicto: resultados de una metodología comparada en nueve localidades de Colombia”, *Sociedad y Economía*, no. 27 (2014): 23-46.

Conclusiones y perspectivas

El objeto del presente artículo ha sido plantear una conceptualización y una metodología para abordar y comparar los órdenes sociales locales en contextos de intenso conflicto armado. Como se ha aclarado anteriormente, en otro artículo se hace una evaluación de la metodología utilizada y en otros tres artículos se presentan los nueve casos locales abordados por el Instituto de Estudios Regionales (INER) de la Universidad de Antioquia, el Centro de Investigaciones y Documentación Socioeconómica (CIDSE) de la Universidad del Valle y el Centro de Investigación y Educación Popular (Cinep) de Bogotá. En conjunto, los cinco artículos son los “productos” de conocimiento logrados en los marcos del Proyecto de Investigación “Ordenes locales en reconfiguración: de regulaciones, acomodados y resistencias en regiones de intenso conflicto violento 1991-2010. Una investigación comparada”.

Es importante establecer algunas conexiones entre los cinco artículos así: los tres artículos locales se refieren a los nueve casos que se trataron en su particularidad, pero referidos a una tipología común y analizados bajo el mismo tipo de criterios conceptuales y de variables en juego, si se quiere bajo una misma rejilla de lectura. Esta narrativa se finaliza con un primer esfuerzo comparado de los tres centros de investigación, en el que cada equipo enfatiza el o los rasgos más contrastantes que se muestran entre los tres casos de su responsabilidad. Se hace entonces un análisis a fondo de la particularidad local, en perspectiva comparativa.⁵⁴ Decimos de la manera más enfática que el trabajo de investigación de los casos locales particulares, en perspectiva comparativa, es fundamental. Por su parte, el presente artículo aclara el objeto de investigación y el alcance de la metodología comparativa. El último de los artículos pone en juego la metodología y los resultados para evaluar si estamos diciendo algo relevante sobre factores que inciden en la forma como las sociedades locales viven en medio el conflicto armado.

54 Véase Theda Skocpol, quien subraya la importancia de una corriente de la sociología histórica a la que solo le interesa establecer explicaciones para casos particulares, como un paso necesario para las comparaciones entre casos distintos. Skocpol, “Emerging Agendas”.

De este artículo, quisiéramos subrayar el valor que tienen *la reflexión teórica y la construcción de la tipología* que permitieron, más allá de las exigencias de cualquier estudio comparativo, acompañar la mirada de los tres centros de investigación que, con acumulados históricos en objetos de investigación, enfoques y metodologías diferentes, se asociaron y aceptaron el reto de construir en conjunto una metodología comparada y aplicarla de manera rigurosa, bajo los mismos criterios y aspectos, al análisis de nueve casos de orden local. Reiteramos, el tema del orden social es crucial para los estudios de las sociedades. Más significativo en nuestro caso: el tema del orden social en medio del conflicto armado y una propuesta metodológica para llegar a interpretaciones que, si no son causales, sí intentan ser explicativas. Nuestra propuesta para construir la tipología implicó vincular dos conceptos: la *agencia* y la *coerción* y estimar variaciones. Bienvenida la crítica sobre este intento.

Una primera comparación general de los nueve casos usando la tipología permite identificar *rasgos comunes dentro de cada tipo*, a pesar de las diferencias de los casos, que entonces hacen parte de la trayectoria explicativa del tipo y *rasgos de diferenciación dentro de cada tipo* que muestran la particularidad de los casos y hacen más rica la explicación. En síntesis, la diferencia que este estudio tiene con respecto de aquellos que solo consideran variables de estructura de manera abstracta es que nosotros, al considerarlas, no las aislamos de su interacción con el contexto geohistórico particular del lugar. Además, a la hora de construir las tablas que muestran la configuración compleja de las variables que dan cuenta de los diferentes tipos de orden local, tampoco las invisibilizamos y las utilizamos de alguna manera en la comparación, por la vía del contraste.

Para seguir avanzando en esta materia con futuras investigaciones quedan dos posibles alternativas tendientes a encontrar una mejor explicación: profundizar en las diferencias internas y similitudes entre los varios casos locales que compartan un mismo tipo de orden local, y así poder llegar a un nivel medio de generalizaciones a propósito de cada uno de los tipos y/o proponer una investigación comparada en la que la misma selección de los casos forme parte del proceso de afinamiento de la construcción de la tipología, mediante el aprovechamiento del conocimiento ya adelantado sobre los factores

independientes identificados y sus maneras particulares de actuar en diferentes lugares, y poder llegar en la comparación a niveles de generalización mayores. En cualquiera de los casos, hacemos nuestra la observación de Ragin, que también es la de otros insignes autores de la sociología histórica, en el sentido de que el reto de la investigación es lograr una mejor conceptualización, producto de un ir y venir entre la teoría y el trabajo empírico.

Bibliografía

- Agnew, John. "Representing Space. Space, Scale and Culture in Social Science". In *Place/Culture/Representation*. Edited by James Duncan and David Ley, 251-71. New York: Routledge, 1993.
- Badie, Bertrand y Guy Hermet. *Política comparada*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 1993.
- Bakonyi, Jutta and Kirsti Stuvoy. "Violencia y orden social más allá del estado: Angola y Somalia". *Review of African Political Economy*, Vol. 32, nos. 104/5 (2005): 359-82.
- Bolívar, Ingrid y Lorena Nieto. "Supervivencia y regulación de la vida social: la política del conflicto". *Nómadas*, no. 19 (2003): 78-87.
- Bourdieu, Pierre. "El sentido práctico". Capítulo 3, Libro 1 de *Estructuras, habitus y prácticas*. Madrid: Taurus, 1991.
- _____. *Meditaciones pascalianas*. Madrid: Anagrama, 1999.
- Duncan, Gustavo. *Los señores de la guerra. De para-militares, mafiosos y autodefensas en Colombia*. Bogotá: Planeta, 2006.
- Durkheim, Emile. *La división del trabajo social*. Buenos Aires: Shapire, 1967.
- Ema López, José Enrique. "Del sujeto a la agencia (a través de lo político)". *Athenea Digital. Revista de Pensamiento e Investigación Social*, no. 5 (2004): 1-24.
- Emirbayer, Mustafá and Ann Mische. "What is Agency?". *American Journal of Sociology*, Vol. 103, no. 4 (January, 1998): 962-1023.
- Friedberg, Erhard. "Las cuatro dimensiones de la acción organizada". *Gestión y Política Pública*, Vol. 2, no. 2 (julio-diciembre de 1993): 283-313.
- García, Clara Inés. "Resistencias. Análisis comparado de la acción colectiva frente a la guerra en Urabá y Oriente Antioqueño". *Nómadas*, no. 20 (2004): 102-10.
- _____. "Los estudios sobre órdenes locales. Enfoques, debates y desafíos". *Análisis Político*, Vol. 24, no. 73 (2011): 55-78.
- García, Clara Inés, Álvaro Guzmán, Clara Inés Aramburo, Alba Nubia Rodríguez y Juan Camilo Domínguez. "Orden social y conflicto: resultados de una meto-

- dología comparada en nueve localidades de Colombia”. *Sociedad y Economía*, no. 27 (2014): 23-46.
- Giddens, Anthony. *The Constitution of Society*. Berkeley, Los Angeles: University of California Press, 1984.
- Gutiérrez, Francisco, María Emma Wills y Gonzalo Sánchez, coords. *Nuestra guerra sin nombre. Transformaciones del conflicto en Colombia*. Bogotá: IEPRI, Universidad Nacional, Grupo Editorial Norma, 1984.
- Kalyvas, Stathis. *The Logic of Violence in Civil War*. Cambridge: Cambridge University Press, 2006.
- Lijphart, Arend. “Comparative Politics and the Comparative Method”. *American Political Science Review*, Vol. 65, no. 3 (September, 1971): 682-93.
- Marx, Karl. *El Capital*. Vol. 1. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 1959.
- Massey, Doreen. “Lugar identidad y geografías de la responsabilidad en un mundo en proceso de Globalización”. *Treballs de la Societat Catalana de Geografia*, Vol. 57 (2004): 77-84.
- _____. “Geometrías del poder y la conceptualización del espacio”. Conferencia dictada en la Universidad Central de Venezuela, Caracas, 17 de septiembre de 2007.
- Masson, Ann C. “Constructing Authority Alternatives on the Periphery: Vignettes from Colombia”. *International Political Science Review*, Vol. 26, no. 1 (January, 2005): 37-54.
- Ortiz, Carlos Miguel. “Actores armados, territorios y poblaciones”. *Análisis Político*, no. 42 (2001): 61-69.
- Przeworski, Adam and Henry Teune. *The Logic of Comparative Social Inquiry*. New York: Wiley, 1970.
- Ragin, Charles. *The Comparative Method*. California: University of California, 1987.
- _____. *Fuzzy-Set Social Science*. Chicago: University of Chicago Press, 2000.
- _____. *La construcción de la investigación social. Introducción a los métodos y su diversidad*. Bogotá: Siglo del Hombre Editores, 2007.
- Sartori, Giovanni. “Bien comparar, mal comparar”. *Revue internationale de politique comparée*. Vol. 1, no. 1 (1994): 19-36.
- Skocpol, Theda. “Emerging Agendas and Recurrent Strategies in Historical Sociology”. In *Vision and Method in Historical Sociology*. Edited by Theda Skocpol, 356-91. Cambridge: Cambridge University Press, 1984.
- Stinchcombe, Arthur L. *Theoretical Methods in Social History*. New York: Academy Press, 1978.
- Tilly, Charles. *Big Structures, Large Processes, Huge Comparisons*. New York: Russell Sage Foundation, 1984.

- _____. *Coerción, capital y los Estados europeos: 990-1990*. Madrid: Alianza, 1994.
- Vásquez, Teófilo. "Recursos, política, territorio y conflicto armado". En *Una vieja guerra en un nuevo contexto. Conflicto y territorio en el sur de Colombia*. Editado por Teófilo Vásquez, Andrés Vargas y Jorge Restrepo, 367-428. Bogotá: Editorial Pontificia Universidad Javeriana, 2011.
- Weber, Max. *Economía y sociedad*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 1969.
- Wood, Elisabeth. "Los órdenes sociales de la violencia". *Revista anual de Ciencia Política*, no. 11 (2008): 539-65.

Memorias desterradas y saberes otros. Re-existencias afrodescendientes en Medellín (Colombia)¹

*Vladimir Montoya Arango*²

*Andrés García Sánchez*³

*“Desde los albores de la modernidad, cada generación sucesiva
ha dejado sus náufragos abandonados en el vacío social: las ‘víctimas
colaterales’ del progreso”.*

Zygmunt Bauman, *Vidas desperdiciadas. La modernidad y sus parias*

¹ Originalmente publicado en: *Geopolítica(s)*, Vol. 1, no. 1 (2010): 137-56.

² Instituto de Estudios Regionales (INER), Universidad de Antioquia.

³ INER, Universidad de Antioquia.

Introducción

¿Quiénes son estos abandonados? ¿A dónde han sido relegados/confinados? ¿Cuándo provocamos su naufragio? El capitalismo produce incesantes espacialidades propicias para la disposición de sus desechos, cifradas por el terror, la inmundicia, la sequedad, el miedo y el silencio. Estas espacialidades emergen incluso en las pulcras tribunas del primer mundo, donde campean los vencedores del modelo jerárquico del capital, ya que allí se han infiltrado los excluidos del modelo en busca de compensaciones o de supervivencia.

¿Qué decir entonces del “tercer mundo”, que desde su nominación misma ha sido declarado perdedor/subalterno/condenado? Allí se multiplican los desechos, la incapacidad de subirse al tren del progreso impulsado por el capital que multiplica exponencialmente la producción de seres prescindibles, al tiempo que instiga la colonización/normalización de los espacios que ocupan. De aquí la potencia de la reflexión que nos propone Zygmunt Bauman y que exploraremos en adelante para el caso del destierro afrodescendiente en Medellín, buscando comprender cómo la dialéctica civilizatoria de la modernidad se ha hecho compleja y ha profundizado su letalidad, al entrecruzarse con los presupuestos de un capitalismo omnipresente que espacializa la diferencia segregando a los miserables. Es nuestra manera de comprender el sentido en que David Harvey desde el materialismo histórico-geográfico nos ha invitado a reconocer que las dinámicas geopolíticas de acumulación del capitalismo producen una organización/jerarquización específica del espacio.⁴

1. Modernidad para unos, colonialidad para otros.

Espacios de emancipación versus espacios de sujeción

La expansión marítima europea posterior al siglo xv provocó una transformación sin precedentes en las relaciones políticas entre las sociedades humanas que poblaban el planeta. En adelante, los poderes metropolitanos se trenzaron en intensas disputas por el control de los territorios y por las gentes que iban siendo descubiertas. Es en aquel contexto que apareció la imagen de un

4 David Harvey, *Spaces of Capital. Toward a Critical Geography* (Nueva York: Routledge, 2001).

mundo vasto que había permanecido oculto y al cual había que integrar al modelo de civilización de Europa, que ya gestaba para sí una política interna de emancipación asociada al decaimiento del poder eclesial, la erosión del régimen feudal y la promoción de la autonomía del sujeto, mientras afincaba la política exterior en la sujeción como horizonte de dominio de aquellos seres recién descubiertos y de sus espacios que fueron catalogados como atrasados, incultos, improductivos e inmorales y sometidos en consecuencia al rigor de la dialéctica civilizatoria de la conquista y la colonización. Desde entonces, la colonialidad se convirtió en la cara visible de la modernidad para los sujetos y espacios colonizados, pues, como recuerda Aníbal Quijano, con el nuevo patrón de poder mundial surgido tras la llegada a América “el capitalismo mundial fue, desde la partida, colonial/moderno y eurocentrado”.⁵

La colonialidad trasciende entonces al colonialismo, pues no está referida únicamente a la dominación mediante la presencia irrefutable del poder metropolitano en las periferias, sino que connota la gestación de una matriz de saberes y prácticas que perpetúan la sujeción de aquellos espacios y seres. La colonialidad significa la conquista de sujetos que en adelante serán imbuidos en procesos de blanqueamiento, moralización, culturalización e instrumentalización productiva. En la modernidad se gestó entonces una específica imaginación geopolítica cuyas características son el eurocentrismo y la aplicación de la geografía al pensamiento y a la praxis política para la clasificación jerárquica de los espacios y las poblaciones que los habitaban,⁶ provocando que los sujetos coloniales fueran asumidos como inválidos y permitiendo que la administración y civilización de aquellos legitimara la superioridad cultural, económica y política de los poderes metropolitanos. En dicha imaginación geopolítica moderna fueron determinantes la separación entre conquistadores y conquistados, vencedores y vencidos, los cuales obtuvieron desde entonces accesos diferenciales a las instancias decisivas de dirección política del orden mundial.

5 Aníbal Quijano, “Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina”, en *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*, comp. Edgardo Lander (Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales [CLACSO], 2000), 208.

6 John Agnew, *Geopolítica. Una re-visión de la política mundial* (Madrid: Trama Editorial, 2005), primera edición: 1998.

¿En qué condiciones fueron insertos los sujetos afrodescendientes en este modelo? En la dialéctica civilizatoria lo negro fue asumido como condición de subalternidad, atraso, ignorancia y miseria. Mientras lo blanco representó la virtud, lo negro arrastró consigo la depravación y el oprobio. Esto fue visible desde los albores de la modernidad evocados por Bauman, pues a la inclemencia corporal de la esclavitud se aunó la negación de las culturas y los saberes negros, que fueron invisibilizados o satanizados bajo las premisas del dogma religioso judeocristiano. La esclavitud, el despojo de los territorios africanos originarios y el secuestro y dispersión de individuos y pueblos hicieron de la raza el criterio para la sujeción y la dominación en la estructura colonial. Tal y como lo muestra Catherine Walsh, en el caso de los afrodescendientes la colonialidad va mucho más allá del régimen político, atravesando la constitución de los seres: “La colonialidad del ser se entrelaza con la colonialidad del poder y su uso de raza como clasificación social, política y económica, dando esta clasificación un status ontológico en el cual los negros como grupo no quedan solo inferiorizados sino que negados (por medio de la esclavización y más allá de ella) como gente, una negación que plantea problemas reales en torno a ‘libertad y liberación’.”⁷

Con la conquista de América la noción de *raza* permitió una explicación natural/biológica de la dominación política ejercida en las colonias.⁸ En aquella América colonizada, los espacios habitados por los negros/inferiores pasaron a ser considerados inhóspitos, malsanos y salvajes, mientras que las ciudades de los conquistadores fueron asimiladas a la civilización y el progreso. Es así como Agustín Lao-Montes plantea que, para las poblaciones afrodescendientes de las Américas y el Caribe, su condición diaspórica “(...) es resultado de las lógicas de terror y muerte de la esclavitud transatlántica y tiene como consecuencia la implantación en el largo plazo de condiciones persistentes de desigualdad económica, exclusión política y desvalorización cultural de los sujetos afrodiaspóricos”.⁹ Desde entonces, la diáspora es sinónimo de

7 Catherine Walsh, “Lo afro en América andina: reflexiones en torno a luchas actuales de (in)visibilidad, re-existencia y pensamiento”, *Journal of Latin American Anthropology*, Vol. 12, no. 1 (2007): 204.

8 Quijano, “Colonialidad del poder”.

9 Agustín Lao-Montes, “Sin justicia étnico-racial no hay paz: las afro-reparaciones en perspectiva histórico-mundial”, en *Afro-reparaciones. Memorias de la esclavitud y justicia reparativa para*

subalternidad y desarraigo, marcando un horizonte de lucha para las *memorias negras* que quieren afirmar su diferencia y reclaman su liberación.

2. Un Estado sin negros: identidad nacional en Colombia

La diáspora negra en las naciones emancipadas del poder colonial español en el siglo XIX significó una paradoja para la constitución de las repúblicas libres que permanece aún irresoluta: ¿cómo integrar en la identidad nacional unas comunidades diaspóricas que desde el antiguo régimen colonial habían sido desconocidas? ¿Exigía la constitución de repúblicas libres americanas la integración de todos los pueblos dentro de ese nuevo imaginario de identidad nacional? Lao-Montes nos muestra que las comunidades diaspóricas negras representaron “[una] ‘diferencia más fuerte que una vecindad étnica’ en la medida en que tienen un ‘sentido de ser personas con raíces históricas y destinos ajenos al tiempo y el espacio de la nación que los acoge”¹⁰. Citando a Clifford, este autor muestra que las diásporas han sido constitutivas de los nacionalismos modernos y ponen en tensión los lugares de expulsión y los de acogida, sean estos naciones, regiones o continentes.

En el caso de la nación colombiana, los pueblos negros y su cultura fueron insertos en la imaginación identitaria nacional bajo los dictámenes de relación legados del antiguo régimen colonial. La construcción de la naciente república se cimentó en el siglo XIX en un proyecto de unificación territorial, enfatizado en la consolidación fronteriza y en el establecimiento de las jerarquías regionales bajo un modelo administrativo centralista, el cual estableció accesos diferenciales de las regiones a las estructuras de poder, al tiempo que utilizó la raza como criterio de diferenciación. En esta división, civilización y barbarie se posicionaron como extremos antagónicos de la ecuación representada por la oposición entre lo blanco y lo negro. Al racismo estructural se le sobrepuso un fundamentalismo cultural que hizo de los negros el peldaño más bajo de la escala evolutiva. Según muestra Julio Arias, las poblaciones fueron

.....
negros, afrocolombianos y raizales, eds. Claudia Mosquera y Luis Barcelos (Bogotá: CES, Universidad Nacional de Colombia, 2007), 36.

10 Agustín Lao-Montes, “Hilos descoloniales. Trans-localizando los espacios de la diáspora africana”, *Tabula Rasa*, no. 7 (julio-diciembre de 2007): 54.

clasificadas bajo unas premisas de orden racial, de modo que “Las taxonomías poblacionales del siglo XIX fueron elaboraciones racialistas, desde las cuales las diferencias eran planteadas en una jerarquía de valores y naturalizadas por medio de una relación incuestionable entre la constitución social-moral y la constitución física individual y del ‘medio físico’. El racialismo funcionó como sustento de un ejercicio diferenciador que era eminentemente político. Un ejercicio que permitió la definición de estructuras de poder alrededor de lo nacional, articulando las relaciones desiguales entre los pueblos y territorios incorporados, y de éstos con los centros de poder del Estado nacional”.¹¹

Esto se hizo evidente en el posicionamiento jerárquico de las regiones al interior de la geografía nacional, las cuales fueron distinguidas de acuerdo con su proximidad o lejanía de los centros de poder, relacionando las tierras altas andinas –habitadas por la elite económica y política– con la civilización y las tierras bajas y selváticas –habitadas mayoritariamente por ciudadanos de segunda clase, negros e indígenas– con el atraso y la barbarie. La raza como criterio diferenciador propició que la elite mestiza reclamara para sí misma la superioridad cultural sobre los demás pueblos que integraron la nación.

Los discursos y prácticas de la ciencia occidental se dispusieron como conocimiento universalmente válido, haciendo que los saberes derivados de la experiencia y el legado cultural ancestral de negros e indígenas fueran subalternizados y condenados a la asimilación. Mientras que la elite mestiza monopolizó la producción intelectual validada por los regímenes de poder, a los negros se les consideró seres impensantes y destinados al trabajo físico. Según nos muestra Arias, sobre los negros pesaron dos representaciones hegemónicas, una de las cuales los encasilló como trabajadores serviles de las haciendas y minas, considerados inferiores moral e intelectualmente y legitimando su subordinación; la otra representación los situó como salvajes, barbarizados, distantes del control económico, político y cultural de la nación: libertinos, vagabundos y perezosos. Esto dejó verse claramente en las narrativas ofrecidas por la Comisión Corográfica, expedición científica encargada por el Gobierno

11 Julio Arias, *Nación y diferencia en el siglo XIX colombiano. Orden nacional, racialismo y taxonomías poblacionales* (Bogotá: Ediciones Uniandes, 2005), 64.

colombiano en la segunda mitad del siglo XIX para construir la cartografía y la geografía humana del Estado-nación.¹²

3. El poblamiento negro en la provincia de Antioquia: identidad regional y réplica de regímenes de exclusión

En el siglo XIX en la provincia de Antioquia, considerada importante por su papel en la economía nacional, las elites locales buscaron contraponerse a la hegemonía manifiesta de la elite emplazada en Bogotá, capital de la república, generando un modelo de desarrollo que les posicionara como la principal potencia económica del país. Sin embargo, esta oposición con la elite capitalina no significó una ruptura con las praxis y los discursos que se estaban implementando para la conformación de la identidad nacional, por el contrario, la consolidación territorial de Antioquia trajo aparejada la intensificación de los regímenes de exclusión de lo indio y lo negro y la sobrevaloración de una matriz cultural mestiza que copó los espacios de representación y participación políticas. Según describe María Teresa Uribe, en la fundación de la Antioquia post-independista se impuso el “blanqueamiento” como único camino de integración a las etnias dominadas, al tiempo que se les compelió a la adopción de los valores culturales de la elite mestiza, de modo que “(...) a los ‘otros’ los excluyó, los invisibilizó y sólo los nombró como problema, como potencial, o realmente conflictivos, como eventuales enemigos a los cuales se debería presionar para que aceptasen ese esquema de valores o mantenerlos alejados por el riesgo que significaba su mera existencia”.¹³ La colonialidad del poder, el saber y el ser se reprodujeron en la estructuración de la geografía humana de Antioquia, haciendo de Medellín un centro de poder regional que paulatinamente concentró los medios de acumulación productiva y monopolizó las instancias de participación política y de producción de conocimiento y circulación de saberes. Esta lógica centralista se correspondía con el modelo nacional, generando una división entre las regiones próximas a Medellín y las zonas alejadas

¹² Arias, *Nación y diferencia*.

¹³ María Teresa Uribe de Hincapié, “La territorialidad de los conflictos y de la violencia en Antioquia”, en *Realidad social 1* (Medellín: Gobernación de Antioquia, Editora Nacional de Colombia, 1990), 66-67.

habitadas por seres considerados inferiores. Es así como lo describe Arias: “Los indios ocupaban un espacio de barbarie en la historia antigua del estado de Antioquia y aparecían como rezagos en extinción, mientras que los negros y sus derivaciones –provenientes de la minería esclavista– habitaban los márgenes físicos y simbólicos de lo antioqueño. Allí, internamente, era aplicada la división jerárquica entre las montañas, lo propiamente antioqueño, y los valles ardientes y profundos habitados por negros, mulatos y zambos, en la construcción de un proyecto hegemónico regional de colonialismo interno”.¹⁴

Esto favoreció la expansión territorial de la cultura antioqueña hacia las zonas selváticas, auspiciada por la consolidación de la economía cafetalera en la segunda mitad del siglo XIX, haciendo que la “colonización antioqueña” produjera una imagen del antioqueño como emprendedor, laborioso, incansable, hogareño y católico ferviente.

Es posible rastrear en Antioquia la presencia de pueblos afrodescendientes desde el siglo XVI cuando fueron introducidos bajo el régimen esclavista como sustento de la floreciente economía minera del oro.¹⁵ Sin embargo, solo a finales del siglo XIX, tras decretarse la abolición de la esclavitud, se conformaron en Antioquia los primeros poblados de negros libertos, entre los que sobresalen los de Cáceres, Girardota, Envigado y algunos núcleos incipientes en Medellín,¹⁶ que reportó unas cifras bajas de poblamiento afrodescendiente hasta la segunda mitad del siglo XX cuando se produjo una inmigración significativa, auspiciada en parte por la construcción de los carretables que enlazan Antioquia con las regiones costeras del Pacífico y el mar Caribe en límites con Panamá.

¹⁴ Arias, *Nación y diferencia*, 109.

¹⁵ Victor Álvarez, “La presencia negra en el mundo colonial de la región antioqueña” (Ponencia presentada en el II Congreso Nacional de Historia, Cali, 1979); Beatriz Patiño, “Indios, negros y mestizos. La sociedad colonial y los conceptos sobre las castas”, en *Ciencia, cultura y mentalidades en la historia de Colombia*, comp. Javier Guerrero (Bucaramanga: Universidad Industrial de Santander, 1993); Orián Jiménez, “Esclavitud y minería en Antioquia”, en *150 años de la abolición de la esclavización en Colombia. Desde la marginalidad a la construcción de la nación*, eds. Claudia Mosquera, Mauricio Pardo y Odile Hoffmann (Bogotá: Aguilar, 2002), 192-222.

¹⁶ Jorge Yépez, “Aspectos históricos y socioculturales de un palenque urbano” (Tesis de pregrado, Universidad de Antioquia, Medellín, 1984).

Peter Wade muestra cómo la población negra llegada a Medellín en aquella época fue integrada como mano de obra barata y establece dos categorías del poblamiento negro en la ciudad: el núcleo poblacional que configuró los primeros *palenques urbanos* en sectores como Barrio Antioquia, La Iguaná, Castilla, Moravia, Belén Zafra, Kennedy y La América; de otro lado, la *dispersión* en múltiples lugares de la ciudad.¹⁷ Estos núcleos de poblamiento negro fueron emplazados en zonas marginales, generalmente mediante la invasión de predios en laderas o en riberas de riachuelos y aunque algunos alcanzaron una densidad demográfica significativa permanecieron relegados en las políticas y acciones de desarrollo urbano.

Con el escalamiento del conflicto armado en las dos últimas décadas del siglo xx y lo que llevamos del siglo xxi, los pueblos afrodescendientes asentados en las zonas selváticas de las regiones atlántica y pacífica, así como del interior de Antioquia, han sufrido una execrable presión sobre sus territorios y sus gentes, agudizada por los intereses geoeconómicos que les convirtieron en objeto de deseo para megaproyectos mineros, agrícolas o de infraestructura. El destierro como mecanismo violento de control ha ocasionado que su reconocimiento jurídico alcanzado en la década de 1990 en tanto grupo étnico, así como la titulación colectiva de territorios ocupados ancestralmente, se vean nuevamente vulnerados poniendo en riesgo su supervivencia física y cultural, tal y como lo muestran los trabajos de Jaime Arocha,¹⁸ Mieke Wouters¹⁹ y Carlos Rosero.²⁰

17 Peter Wade, “Raza y ciudad: los chocoanos en Medellín”, *Revista Antioqueña de Economía y Desarrollo*, no. 23 (1987): 24-32; Peter Wade, *Gente negra, nación mestiza. Dinámicas de las identidades raciales en Colombia* (Bogotá: Ediciones Uniandes, 1997).

18 Jaime Arocha, “Etnia y guerra: relación ausente en los estudios sobre las violencias colombianas”, en *Las Violencias: inclusión creciente*, eds. Jaime Arocha, Fernando Cubides y Myriam Jimeno (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, CES, 1998), 205-35.

19 Mieke Wouters, “Derechos étnicos bajo fuego: el movimiento campesino negro frente a la presión de grupos armados en el Chocó”, en *Acción colectiva, estado y etnicidad en el Pacífico colombiano*, ed. Mauricio Pardo (Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia [ICANH], Colciencias, 2001), 259-85.

20 Carlos Rosero, “Los afrodescendientes y el conflicto armado en Colombia: la insistencia en lo propio como alternativa”, en *Afrodescendientes en las Américas. Trayectorias sociales e identitarias*, eds. Claudia Mosquera, Mauricio Pardo y Odile Hoffmann (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, Instituto Colombiano de Antropología e Historia [ICANH], Institut de Recherche Pour

Tal y como señalamos en un trabajo anterior,²¹ con el desplazamiento forzado ocurrido en este período se produjo en la ciudad de Medellín un nuevo ciclo inmigratorio de grandes proporciones, que provoca la llegada incesante de campesinos expoliados, indígenas y afrodescendientes y que podemos catalogar como el tercer y más reciente momento del poblamiento negro en la ciudad, matizado por la primacía de la lógica del terror, la muerte y la búsqueda desesperada de supervivencia. La llegada de afrocolombianos a Medellín en los últimos años ha hecho que su participación en el total poblacional de la ciudad se incremente al 5,6 %, de acuerdo con las cifras reportadas por el censo nacional de 2005 que arrojó un total poblacional para la ciudad de 2 208 077 personas, de las cuales 123 569 se autorreconocieron como afrodescendientes.²² Esta inmigración, que obedece al ansia de refugio, está caracterizada por la conformación de asentamientos mediante la invasión en distintos puntos marginales de la geografía urbana, situación que se replica en ciudades como Cali, Bogotá y Cartagena, lo que ha llevado a afirmar a Oliver Barbary y Fernando Urrea²³ que aproximadamente el 70 % de la población afrocolombiana habita hoy en día en las principales ciudades del país tras el exilio forzado de sus territorios rurales.

3.1 Espacialidades del destierro

Los movimientos sociales en Colombia han denunciado su desacuerdo con el marco normativo existente para la definición y tratamiento de la problemática del *desplazamiento forzado* y, sobre todo, su desavenencia con el manejo político de este, que ha propiciado que diferentes instituciones estatales, organismos no gubernamentales y los medios de comunicación masiva consideren y representen a los *desplazados* como “migrantes” del campo a la ciudad,

.....
 le Développement [IRD], Instituto Latinoamericano de Servicios Legales Alternativos [ILSA], 2002), 547-59.

21 Andrés García y Vladimir Montoya, *Jóvenes afrocolombianos en la ciudad de Medellín identidades, representaciones y territorialidades* (Medellín: Alcaldía de Medellín, Secretaría de Cultura Ciudadana, Universidad de Antioquia, Instituto de Estudios Regionales [Informe de investigación], 2009).

22 “Censo general 2005”, Departamento Nacional de Estadística DANE, 2005, acceso 4 de abril de 2009, <https://www.dane.gov.co/index.php/estadisticas-por-tema/demografia-y-poblacion/censo-general-2005-1>.

23 Oliver Barbary y Fernando Urrea, eds., *Gente negra en Colombia* (Medellín: Editorial Lealon, 2004).

invisibilizando con ello la tragedia humanitaria que padecen como víctimas de la guerra. Según la normativa vigente y conforme a las acciones de atención humanitaria, luego de un período de asentamiento en algún lugar de recepción, las víctimas del conflicto armado dejan su condición de desplazadas, lo cual presupone que las precarias ayudas recibidas durante dicho lapso –subsidio de arrendamiento, ayuda alimentaria o atención psicosocial– son suficientes para el restablecimiento de sus condiciones de vida. El nombrar a las víctimas como “migrantes” o “desplazados” no es para nada ingenuo y tiene profundos efectos políticos en sus posibilidades futuras de inserción social, convirtiéndose en nominaciones eufemísticas que enmascaran la crisis humanitaria por la cual atraviesan.²⁴

En reacción a esta instrumentalización del desplazamiento, diferentes intelectuales, movimientos sociales e incluso algunos funcionarios públicos insisten en el uso de las categorías de destierro y desterrados para nombrar la historia de desarraigo y despojo material y simbólico provocada por el conflicto armado. Para ciertos sectores del movimiento social afrocolombiano, la formulación epistémica y la utilización política de los conceptos de *destierro* y *desterrados* remite tanto al secuestro esclavista sufrido por sus antepasados como a la vulneración contemporánea de sus derechos étnicos y territoriales. La consideración de la situación de los afrocolombianos como un destierro y no como simple desplazamiento pone en evidencia la lucha étnica por la posibilidad de retornar, mantenerse y recuperar la autonomía sobre los territorios que históricamente han permitido la configuración de sentidos de pertenencia e identidad colectiva, bien sea en los campos, los ríos o en las ciudades de Colombia.²⁵

24 El destierro durante las últimas dos décadas cambió (y seguirá cambiando) el mapa y la geografía del país, impuso una contrarreforma agraria sin antecedentes históricos y creó una nueva categoría social de marginados y excluidos sociales: los desplazados. Véase el artículo “Informe especial. Los desterrados”, publicado en el número 137 de la revista *Semana* con fecha de 15-22 de septiembre de 2008, páginas 54-75.

25 Santiago Arboleda, “Conocimientos ancestrales amenazados y destierro prorrogado: la encrucijada de los afrocolombianos”, en *Afro-reparaciones. Memorias de la esclavitud y justicia reparativa para negros, afrocolombianos y raizales*, eds. Claudia Mosquera y Luis Barcelos (Bogotá: ces, Universidad Nacional de Colombia, 2007), 467-86.

En nuestra perspectiva, esta definición del destierro posibilita una comprensión integral de los efectos de la guerra sobre los pueblos afrocolombianos, particularmente por su potencia para realizar un análisis diacrónico en el que se devela que la expulsión de los territorios de origen constituye un mecanismo de control espacial y poblacional que históricamente ha desestructurado las formas de vida y las territorialidades de los pueblos afectados, además de que permite comprender que en tanto dispositivo contemporáneo de violencia armada el destierro articula formas de dominación y aniquilamiento derivadas del patrón de dominación moderno/colonial con los intereses emergentes del capital transnacional sobre los territorios y las poblaciones afrodescendientes. Mientras que la noción de desplazamiento remite al cambio de locación, al tránsito circunstancial entre dos o más lugares, el destierro se refiere a una experiencia de larga duración que fractura las relaciones territoriales de los pueblos afectados. Por lo tanto, consideramos que esta violencia armada y sus mecanismos de control territorial y poblacional configuran unas *espacialidades del destierro* que están rearticulando la geografía nacional mediante la gramática del miedo y el terror.

Estas espacialidades son producto de las tensiones y disputas entre poderes diferenciales en el régimen del capital: grupos armados, Estado, corporaciones transnacionales, movimientos sociales y víctimas. Por lo tanto, las espacialidades del destierro aparecen en múltiples locaciones y tiempos como pueden ser: los territorios de origen, los refugios transitorios y los asentamientos de llegada en las ciudades, los asentamientos de invasión, las urbanizaciones de reubicación o los territorios de retorno. Estas espacialidades resultan de lo que Ulrich Oslender ha denominado como “geografías de terror”,²⁶ ya que los lugares afectados sistemáticamente por diferentes formas de terror instauradas por los grupos armados se transforman en “(...) paisajes de miedo con unas articulaciones espaciales específicas que rompen

26 Ulrich Oslender, “Des-territorialización y desplazamiento forzado en el Pacífico colombiano: la construcción de ‘geografías de terror’”, en *(Des) territorialidades y (no) lugares: procesos de configuración y transformación social del espacio*, eds. Diego Herrera Gómez y Carlo Emilio Piazzini Suárez (Medellín: La Carreta, 2006), 155-72.

de manera dramática, y frecuentemente imprevisible, las relaciones sociales locales y regionales”.²⁷

Apoyándonos en el postulado de Henri Lefebvre²⁸ sobre la producción del espacio como un campo de tensiones entre fuerzas y sujetos por su uso, apropiación y dominio, pensamos que estas espacialidades del destierro se configuran en distintos lugares que eclosionan como efecto de la guerra, tal y como pueden ser los *lugares de expulsión*, territorios ocupados tradicionalmente por las comunidades negras, algunos de ellos ya con títulos colectivos otorgados mediante la Ley 70 de 1993 y en los que acontece la violación de los derechos humanos, se padece la restricción de la movilidad de las personas por senderos y ríos y se vive el miedo y el terror como lenguajes que se inscriben en los espacios cotidianos, en las memorias y en las corporalidades de los desterrados. En estos lugares se experimenta con crudeza la violación sistemática de los derechos humanos, tal y como se deja ver en los siguientes relatos de personas que llegaron a Medellín huyendo de Santa Rita, Tadocito, Bojayá, Bebaramá, Nóvita, Istmina y Quibdó, así como de la región del Urabá en Antioquia:

El desplazamiento mío fue grupal porque mi compañero cuando eso era soldado, tuvo un enfrentamiento en Puerto Claver y él se retiró porque perdió un dedo en un enfrentamiento, pero la guerrilla lo siguió, lo boletió, y ya fue grupal con varios amigos de él; “Lo mío es que vivía con el papá de mi niño en un pueblo que se llama Arquía, en ese pueblo de allá fue que al abuelo del niño mío lo mataron la guerrilla, entonces con el papá del niño mío nos venimos”;

Nosotros nos desplazamos de Apartadó por una finca que se llama el Guaro, hubo una masacre, bajaron a todos los del bus y los que quedaron vivos inmediatamente salieron de una sin nada y entonces cayó él [su compañero sentimental] ahí, unos quedaron vivos y a otros los mataron, entonces es un desplazamiento forzado, es víctima de todos. Ese fue mi desplazamiento en las fincas bananeras, porque en Apartadó cuando comenzaron las masacres eso hacían, de una en los buses, llegaban a las fincas amarraban a la gente y la iban matando así, sin sacar que listados, nada, así hubieran víctimas o no hubieran víctimas, ese fue mi desplazamiento, en las fincas bananeras;

27 Oslender, “Des-territorialización y desplazamiento forzado”, 161.

28 Henri Lefebvre, *The Production of Space* (Oxford: Blackwell, 1991).

“(…) No hay ley, la guerrilla permanentemente viven allá, se tomaron el río como propiedad de ellos, la mayoría se salieron, cobraron una vacuna y como no tenían la gente cómo pagarla se salieron de allá”.²⁹

Otro lugar propio del destierro lo constituyen los albergues o refugios transitorios a donde son llevadas las víctimas luego de su expulsión o de nuevas catástrofes, y donde en la mayoría de los casos se reproducen diferentes formas de violencia y marginalización que afectan una vez más a los refugiados o albergados. En las iglesias, escuelas, salones comunales, espacios deportivos o tiendas de campaña donde son confinados los afrocolombianos desterrados son convertidos en seres liminales sobre quienes recae el hacinamiento, el hambre, la desconfianza, la desatención en salud, las enfermedades y diferentes violencias interpersonales. En el siguiente testimonio se narra la experiencia traumática por la que atraviesan las víctimas en los albergues:

El tejido social nuestro no solamente se desmembró con el desplazamiento, sino que acto seguido el incendio del asentamiento, después los albergues (...) lo tormentoso, lo tortuoso que es vivir en un albergue, cuando llegamos a ese colegio la noche del incendio nos ubicamos en el tercer piso con otros compañeros, en ese salón apenas habíamos como 37 familias, en los otros había más hacinamiento, dormían así uno sobre otro (...) habían seis baños y habían aproximadamente unas 600 personas y después eso se redujo como a tres baños, o sea es impresionante yo no le deseo a nadie vivir en un albergue, es la cosa más espantosa que puede existir, es horrible, vivir en un albergue por Dios, eso me dejó traumatizado.³⁰

También los *asentamientos* de población desplazada en la ciudad son lugares del destierro, pues resultan de los grandes contingentes de víctimas de la guerra que mediante la invasión de predios ocupan y urbanizan las periferias de la ciudad. Estos asentamientos están integrados por desterrados de las áreas rurales y por destechados de la misma ciudad que padecen el drama

29 Testimonios de mujeres y hombres afrocolombianos, adultos y jóvenes desplazados del departamento del Chocó y otras regiones de Antioquia. Entrevistas y taller de cartografías socioculturales realizados en el asentamiento Esfuerzos de Paz II, junio de 2009.

30 Líder afrocolombiano de la Corporación para el Desarrollo y la Convivencia (CORDESCON) del barrio Nuevo Amanecer. Taller realizado el 6 de abril de 2008.

del desplazamiento intraurbano. Si bien estos asentamientos son la posibilidad de producir lugares para escapar a la muerte, en ellos se superponen diferentes problemáticas, como son: inseguridad alimentaria, hacinamiento, precariedad de las viviendas, desempleo, desescolarización infantil y juvenil, violencia intrafamiliar, drogadicción, prostitución, carencia o deficiencia de redes de servicios públicos y presiones por parte de la administración municipal, los propietarios y la fuerza pública para que desalojen los predios de invasión. La guerra urbana ha recrudecido las problemáticas de los afrodescendientes que son coaccionados para que colaboren con los grupos armados y son amenazados con el reclutamiento forzado de sus hijos, por lo que afirmamos que las violencias múltiples son una experiencia permanente que atraviesa estructuralmente la constitución del ser afrodesterrado, tal y como lo muestra el siguiente relato: “El problema más grave es que este no es un barrio seguro porque han venido a matar muchachos de nuestra comunidad de un momento a otro, y yo veo que eso es grave porque vienen atropellando a los jóvenes de acá y en muchas ocasiones ha pasado que los golpean y los de acá no pueden decir nada porque los matan, y para mí eso es duro, porque si nadie se está metiendo con ellos, o si se ofreció cualquier problema, de una vez amenazas”³¹

Los *nuevos barrios de reubicación*, unidades residenciales donde son llevadas las familias afrocolombianas como solución a sus problemáticas de carencia de vivienda digna, son lugares donde el destierro se replica. Estas urbanizaciones están siendo construidas por la administración municipal de Medellín desde hace por lo menos una década y han sido emplazadas en la periferia urbana. Si bien en la mayoría de los casos la precariedad de la vivienda ya no es una preocupación, al interior de los edificios y casas de material persisten muchas de las condiciones de inequidad social que se vivían en los asentamientos: desempleo, hacinamiento, inseguridad alimentaria, desescolarización, desconexión de los servicios públicos y presión de los grupos armados. En algunos casos, como el de la urbanización Nuevo Amanecer

31 Hombre afrocolombiano habitante del asentamiento Unión de Cristo. Entrevista realizada el 5 de junio de 2009.

Mano de Dios, las nuevas viviendas tampoco tienen condiciones óptimas de infraestructura pues presentan agrietamientos, filtraciones de agua y el espacio público comprometido no fue nunca construido. En estas condiciones, los efectos del destierro no cesan en una ciudad que si bien les provee a los afrodesterrados techos para guarecerse les deniega el acceso en plenitud a sus derechos vitales. Como lo evidencian los siguientes testimonios, las memorias de hombres y mujeres habitantes de estas reubicaciones insisten en la vivencia cotidiana de la exclusión y la marginalización socio-racial:

A mí me dieron un subsidio de diez y siete millones quinientos mil pesos pa' mi familia, sea pa' comprar casa usada o una casa nueva digna, y esto no es casa digna, aquí no cabe nadie, estamos así vea, estrechos y apenas estamos aquí nueve personas (...) los niños van creciendo y van ocupando más, entonces para mí esto no es digno (...) ojalá me cambiaran esta casa por otra, yo aquí no me siento como satisfecho con lo que me dieron, no";³² "Sí pues allá [en el antiguo asentamiento] no tuvimos que enfrentar ni problemas como la exclusión, la discriminación, no se tuvo que ver tan marcado como se vio acá, aquí se ve muy horrible, es que aquí lo insultan a uno por el hecho de ser negro o por ser desplazado."³³

Los asentamientos y las reubicaciones constituyen las modalidades contemporáneas de presencia urbana de los afrocolombianos en Medellín y producen la interacción de luchas constantes entre la dominación violenta y la resistencia sociocultural y organizativa, produciendo lo que podríamos denominar, siguiendo los planteamientos de Oslender, unas *espacialidades de la resistencia*. Postulamos con esto que la espacialidad del destierro se corresponde con los intentos de control y dominio sobre la población y el espacio, pero es interpelada contra-hegemónicamente por los desterrados y sus acciones emancipadoras.

32 Hombre desterrado del Oriente antioqueño, habitante del barrio Nuevo Amanecer Mano de Dios. Entrevista realizada el 5 de junio de 2008.

33 Joven afrocolombiana del grupo Luchando por una Educación Mejor en Nuevo Amanecer (LEMNA), desterrada del municipio de Ayapel en Córdoba. Entrevista realizada en septiembre de 2008.

4. Las memorias desterradas y los saberes otros: imaginación y lucha de re-existencia afrodescendiente en la ciudad de Medellín

Si reflexionamos nuevamente sobre los planteamientos de Bauman, no es muy difícil colegir que el destierro afrodescendiente contemporáneo en Colombia es una muestra cruda de la producción de víctimas colaterales del progreso bajo el régimen del capital. Sin embargo, no se trata solo de la exclusión de estos seres humanos de los circuitos de consumo y disfrute de la riqueza, sino de la ocupación de sus territorios y de la dominación, cooptación y anulación de sus saberes y prácticas. Como dejamos ver más arriba, este proceso de colonialidad ha sido la característica permanente de la negación de lo negro en la identidad nacional colombiana, haciendo de la historia oficial un relato unilineal en el que las voces, las materialidades y las presencias de los pueblos afrodescendientes han sido invisibilizadas o intencionalmente negadas. ¿Pueden hoy seguirse desconociendo unas memorias que desde las periferias de la exclusión narran otra historia de la nación? De aquí la vigencia del dilema ético sobre lo que se recuerda y lo que se olvida, lo que se nombra y lo que permanece innombrado en torno al destierro afrodescendiente en Colombia.

La importancia del poner en el ámbito público estas *memorias desterradas* radica en la posibilidad de generar un horizonte de entendimiento y de reparación de los males sufridos durante el conflicto armado, pues tal y como señalan Germán Arango y Vladimir Montoya “[L]a confrontación con la ‘verdad’ del otro, subjetiva y militante, surgida de su ‘punto de vista’ y de su experiencia como sujeto de un devenir conflictivo, es la herramienta propicia para la reconstrucción de la unidad social fragmentada por la confrontación, para la expresión del dolor contenido y, además, es el escenario fecundo para el rescate de las visiones compartidas, de los vínculos que se mantuvieron o que emergieron durante los conflictos, de los afectos y los encantamientos que la violencia no pudo resquebrajar”.³⁴

34 Germán Arango y Vladimir Montoya, “Territorios visuales del tiempo y la memoria. Exploraciones metodológicas en la vereda Mogotes, Buriticá, Antioquia”, *Boletín de Antropología Universidad de Antioquia*, Vol. 22, no. 39 (2008): 190-91.

Por ello, es en la generación de espacios para la expresión y circulación de las memorias, saberes y conocimientos de los pueblos afrodescendientes donde está contenido el reto ético/político de convertir sus vejaciones en aprendizajes que permitan recomponer la inequidad que les ha sido impuesta históricamente. A nuestro modo de ver, el acercamiento a las memorias colectivas de los sujetos afrodescendientes es esencial para interpretar los procesos sociales que viven en los lugares donde les ha confinado el destierro, ya que al migrar forzosamente cargan con su conciencia, arrastran consigo su bagaje cultural y la memoria histórica de la que son testigos mudos aún. Comprendemos que en la experiencia del destierro se produce una fractura en el horizonte de sentido que se habían fraguado individuos y colectividades para explicar e interpretar sus relaciones socioespaciales. En la memoria, el destierro no se limita a un desplazamiento espacial sino que implica un vaciamiento de recuerdos y significados, en el que las cosas y los hombres se desconectan y el ser es dislocado de sus experiencias y saberes, quedando abandonado en un mundo en el que carece de referentes en los que inscribirse.

En las *memorias desterradas* se producen las formas creativas de lucha por la sobrevivencia, apelando a los saberes y prácticas que posibilitaban la vida en los territorios de origen y a los aprendizajes y solidaridades de parientes, conocidos y amigos que sufrieron el destierro con anterioridad. Los procesos de conformación de los asentamientos en medio de una ciudad que desaprueba su llegada actúan como testimonio de la manera como mujeres y hombres afrocolombianos luchan por apropiarse un lugar para sus familias y reemprender sus vidas en la ciudad de Medellín, tal y como lo narran ellos mismos:

No había nada, ranchos aquí habían muy poquitos, estaba el de Nubia, el de Bollo, el de Lourdes y el de Chepa, y todo esto era monte y monte que usted tenía que pasar debajo del monte y unos chuzos así que dañaba mucho zapato, y ya cuando hablé con el finado Gabriel fue cuando él me dio esto aquí, porque él vio en realidad que yo necesitaba, esto era tierra y tierra, sin baño, las cuatro paredes y ya mientras podía comprar el techo, y todas las necesidades las hacía uno allá, que todo ese olor se venía para acá, uno bajaba y cuando subía se embarraba todo de caca, esto era un desorden. A mí me dijeron que por allá por el seminario habían unos pedazos de madera, entonces

yo me fui y desde allá la traía aquí, me acuerdo que estaba yo embarazada del niño y me iba con mi barriga y todo el mundo me decía, “vos vas a botar a ese peladito”, y yo decía cuál botar, y yo venía con mi madera al hombro, este hombro se me peló de tanto cargar la madera y luego ya mandé a cerrar.³⁵

La movilización de las redes parentales, de paisanos, amistad y compadrazgo, ancladas en la memoria colectiva de los territorios de origen rural, es fundamental para el asentamiento en la ciudad, pues permite conseguir algunos apoyos para la llegada y permite recurrir a la atención de algunas entidades encargadas del desplazamiento forzado. En la mayoría de los casos, la situación de precariedad de los parientes residentes en la ciudad no es menos grave que la de los recién llegados, como lo expresa el siguiente relato:

Nosotros llegamos aquí en el 1996, trece años, en abril completamos los doce y vamos pa’ trece (...) allá donde vivía la hija, cuando el caso de nosotros ella tenía siete años de estar acá (...) llevábamos un mes por allá aproximadamente de andar caminando en el monte con niños y todo porque no nos atrevíamos a salir a ninguna parte (...) cuando nosotros llegamos habían lotes vacíos pero la gente decía que eso no se podía vender, no podíamos comprar lotes, fue cuando aquí había un familiar que él avisaba, un hermano de mi mamá que le avisaba que ahí estaban vendiendo un lote pero que eso era muy pequeño, porque eso de verdad se veía pequeño.³⁶

Los saberes y conocimientos traídos de sus territorios de origen son las herramientas de que se dispone para la búsqueda de condiciones de vida digna en la ciudad, haciendo que se actualice la identidad y que se produzcan desde sus espacialidades del destierro procesos culturales que interrogan la pretendida homogeneidad cultural de la sociedad antioqueña. A través de la gastronomía, el baile, las estéticas corporales y otras tradiciones, los afrodescendientes desterrados van abriendo sendas para el reconocimiento de su

35 Mujer adulta afrocolombiana habitante del asentamiento Esfuerzos de Paz I. Entrevista realizada el 27 de julio de 2009.

36 Mujer adulta afrocolombiana desplazada del Chocó, habitante del asentamiento Esfuerzos de Paz II. Entrevista realizada el 2 de julio de 2009.

presencia en la ciudad mientras mantienen activas sus luchas y movilizaciones políticas y sociales.

Nuestras investigaciones con mujeres y hombres afrodesterrados en Medellín nos han mostrado que frente a la violencia estructural y los procesos de exclusión y discriminación de larga duración ya descritos las comunidades y sujetos afrocolombianos resisten, reconfigurando sus memorias sociales y reconstruyendo proyectos de vida individuales y colectivos articulados en torno a la apropiación y adecuación de los territorios recién conquistados en la ciudad. En los asentamientos se reivindican los vínculos de filiación étnica, pero se entremezclan e hibridan en el proceso intercultural propio de la vida urbana. En los distintos lugares habitados por los afrodesterrados en Medellín se producen lo que hemos considerado como *prácticas de re-existencia* que buscan mantener las raíces étnicas y contextualizarlas en una sociedad que históricamente ha desconocido lo negro como parte de su acervo cultural.

La re-existencia como postura política trasciende el sostenimiento y la defensa estática o esencialista de la cultura, ya que implica la articulación de los saberes propios con base en el autorreconocimiento étnico y su transformación en argumentos para la cohesión y la solidaridad. Como bien señala Adolfo Albán Achinté, la re-existencia consiste en “formas de re-elaborar la vida autorreconociéndose como sujetos de la historia interpelada en su horizonte de colonialidad como lado oscuro de la modernidad occidental y reafirmando lo propio sin que esto genere extrañeza, revalorando lo que nos pertenece desde una perspectiva crítica frente a todo aquello que ha propiciado la renuncia y el auto-desconocimiento”.³⁷

Don Cecilio Santos Saucedo, un viejo sabedor afrodescendiente desterrado en el barrio Nuevo Amanecer Mano de Dios de Medellín, nos hace comprender con sus versos y composiciones espontáneas lo que la re-existencia significa. Junto con tres abuelas participa con su grupo Memoria Chocoana en diferentes eventos culturales y artísticos en la ciudad, trabajando por “rescatar

37 Adolfo Albán Achinté, “¿Interculturalidad sin decolonialidad?: colonialidades circulantes y prácticas de re-existencia”, en *Diversidad, interculturalidad y construcción de ciudad*, eds. Arturo Grueso Bonilla y Wilmer Villa (Bogotá: Universidad Pedagógica Nacional, 2008), 70.

nuestra cultura a través de la música, porque Memoria Chocoana no olvida quiénes somos ni de dónde venimos”, como expresa constantemente una lidereza del grupo. Los abuelos portadores de saberes culturales tradicionales recrean junto con los jóvenes afrocolombianos diferentes cantos, versos, bailes, recetas gastronómicas y la historia oral aprendida en los pueblos de donde los arrancó la violencia, buscando

Compartir la cultura de nosotros los negros con todos los paisas, con toda la comunidad, con todo Medellín (...) y lo quiero hablar desde Memoria Chocoana viva, la idea fue esa de recuperar nuestra memoria, cuando uno se viene de su tierra a llegar a otra tierra diferente entonces trata de cambiar todas sus costumbres, porque uno se está enfrentando es a otras nuevas, entonces eso pasa con los negros, los negros se olvidan de su raza, de sus antepasados, está en otra cultura muy diferente pero esa es la idea, no olvidar lo que tienen de su pasado, su música, su baile, en el grupo tenemos niños, tenemos jóvenes es toda esa mezcla, para que todo tenga como esa trascendencia, para que no se olvide, para que cuando ya no esté ese adulto mayor estén los jóvenes, cuando ya no estén los jóvenes esté ese niño y así sucesivamente se vaya recuperando esa memoria y que no se quede en el pasado.³⁸

Esto manifiesta un proceso de lucha por una interculturalidad abierta al pensamiento de la diferencia como posibilidad para la convivencia y no, como hasta ahora, como un obstáculo para la interacción y el encuentro entre seres humanos que se han dividido entre vencedores y vencidos con base en su adscripción racial/étnica/identitaria. De aquí la importancia del llamado de atención de Albán Achinté sobre la interculturalidad mal entendida que ha generado procesos de dominación y exclusión frente a los cuales emerge la re-existencia como una manera de luchar por la visibilización de las injusticias estructurales producidas por la discriminación racial y la exclusión social. El re-existir es un renacer en medio de tensiones políticas por la renovación de las relaciones jerárquicas entre los grupos que componen la sociedad, por lo que implica “[R]e-definir y re-significar la vida en condiciones de dignidad y autodeterminación, enfrentando la biopolítica que controla, domina y

mercantiliza a los sujetos y la naturaleza, es mucho más que el relacionamiento entre culturas y apunta a cuestionar seriamente las desigualdades de poder, las inequidades de todo tipo, la racialización y la marginalización de grupos étnicos, el adultocentrismo decisorio, el relegamiento y sometimiento de la mujer en el contexto de las estructuras patriarcales y la negación de diversas alternativas en lo sexual, lo político y lo religioso”.³⁹

En las espacialidades del destierro urbano se redimensiona la lucha mantenida en los territorios rurales originarios, los cuales son, para el pesar de los desterrados, recuerdos cada vez más borrosos para sus hijos y nietos nacidos en la ciudad. El ejercicio de las *memorias desterradas* reivindica los saberes propios y busca transmitir los elementos propios de las culturas afrodescendientes a estas nuevas generaciones de desterrados urbanos, por lo que no se puede hablar del destierro como el borramiento de la cultura propia o la transformación definitiva e irremediable de la identidad en los nuevos contextos, sino que, apropiando la propuesta de Restrepo, podemos comprender que en las espacialidades del destierro urbano se despliegan “los dispositivos de producción local de la diferencia”⁴⁰ que producen una redefinición cultural permanente. Algunas de las *prácticas de re-existencia* que encontramos son:

- los *alabaos* (cantos tradicionales), que se fusionan con los ritmos del rap o el hiphop;
- las recetas de la gastronomía rural, que se convierten en productos comerciales;
- las redes familiares y de parentesco que son recursos fundamentales en la conformación de los asentamientos;
- las organizaciones de base, que trascienden los escenarios locales y se articulan con movilizaciones nacionales e incluso internacionales de lucha afrodescendiente;

39 Albán Achinté, “¿Interculturalidad sin decolonialidad?”, 85-86.

40 Eduardo Restrepo, “Territorios e identidades híbridas”, en *De montes, ríos y ciudades. Territorios e identidades de la gente negra en Colombia*, eds. Juana Camacho y Eduardo Restrepo (Bogotá: Fundación Natura, Ecofondo, Instituto Colombiano de Antropología, 1999), 228.

- las nuevas identidades, que emergen en tanto afrocolombianos, desplazados, excluidos, desempleados, desescolarizados o desconectados de los servicios públicos;
- los *saberes otros*, que reconfiguran con su ejercicio el paisaje urbano (como en el caso de la construcción en las empinadas laderas de la periferia urbana de palafitos, propios de las culturas acuáticas ribereñas o como ocurre con los ritos fúnebres);
- las fiestas tradicionales de los territorios de origen que se trasladan a la ciudad (por ejemplo el San Pachito chocoano y otras fiestas que traen delegaciones culturales y artísticas de distintas regiones del país);
- las estéticas juveniles, cuerpos, peinados e indumentarias que transforman y configuran las modas urbanas entre las y los jóvenes afrocolombianos, irradiándose también a las y los jóvenes no afrocolombianos.

Estos procesos expresan la voluntad de superar la negación que hace el destierro de la condición humana y, además, caracterizan la lucha por la re-existencia, interrogando los órdenes jerárquicos y la colonialidad del ser y del saber que han producido a los afrodescendientes como sujetos subalternos. Podríamos inferir que estas formas contemporáneas de re-existir actualizan el cimarronaje que desde la colonia formó parte de la tradición de lucha de los pueblos afrodescendientes esclavizados, haciendo que hoy sea posible evidenciar una cotidianidad del destierro urbano que está plagada de resistencias a la muerte, pero también de pequeñas rebeliones ancladas en la cultura y el saber propio que van produciendo un ser negro diferente, lo cual equivale a la producción de “maneras de re-existir, de re-vivir y re-sentir la diferencia y la nación de otro modo”.⁴¹

Entre los jóvenes traídos como niños en la huida de sus familias o nacidos en el destierro urbano, las narrativas de autorreconocimiento trascienden de los límites socioraciales producidos por la exclusión histórica, lo que, en otros términos, es una manera de re-existir y re-significar la identidad que no se limita a los marcadores fenotípicos (color de la piel, tipo de cabello, etc.), sino

41 Walsh, “Lo afro en América andina”, 205.

que involucra elementos que tienen que ver con procesos históricos de empoderamiento social y de producción de las subjetividades que hablan de un autorreconocimiento renovado. Así lo narran:

¿Qué me define a mí como sujeto afrocolombiano? Como sujeto tengo unas características fenotípicas pero que eso no me reduce, el que yo tenga un color de piel negra no me define como sujeto afrocolombiano, tengo que tener una cosmovisión, una forma de relacionarme con el mundo, porque los afrocolombianos pensamos de una manera diferente, nos relacionamos con la naturaleza y con el mundo, uno no puede caer en un reduccionismo de decir que una persona por su condición de color de piel es un sujeto afro (...) sabemos pues que por la situación del blanqueamiento, por la situación de marginación social, por la situación de exclusión social que viven ellos [los jóvenes] y que se alejan de eso que les es propio.⁴²

Todo esto nos deja entrever que los procesos de organización, lucha y reivindicación de los afrocolombianos plantean un importante reto político a la sociedad nacional y exigen de las políticas públicas nuevas formas de comprensión de sus identidades y territorialidades.

5. La discriminación afrodescendiente en perspectiva humana: lecciones para la sociedad actual

La desigualdad entre los seres humanos se traduce en una geografía de la dispersión y el confinamiento de los vencidos en el proceso de acumulación de riquezas. La geoeconomía es implacable al disponer los lugares de exclusión, propiciando el que la diáspora negra no cese, sino que, por el contrario, se intensifique por el dictamen de grandes intereses corporativos y capitales que no dudan en expropiar los territorios colectivos ancestrales para satisfacer sus expectativas de lucro. Mientras el gobierno cómplice calla en su papel regulador, la geoestrategia del capital avanza implacable en la producción de espacialidades del destierro en las que se confina la diferencia y la subalternidad.

⁴² Joven afrocolombiano representante legal de una organización de base afrocolombiana local. Entrevista realizada el 11 de diciembre de 2008.

En estas condiciones, la reflexión que sirve de preámbulo a nuestro trabajo nos remite a reconocer que, así como los afrocolombianos desterrados, otros millones de seres humanos padecen procesos de desconocimiento, negación, subalternización y deshumanización. Sus luchas de emancipación y reclamo de autonomía se replican en distintos confines y anuncian que la tan renombrada crisis económica actual no está referida únicamente a desequilibrios financieros, sino que contiene en su interior el estertor de las profundas contradicciones políticas y las inequidades sociales propias del modelo de sociedad auspiciado por el neoliberalismo. ¿Podremos éticamente imaginar y practicar salidas a esta crisis humana que se basen en la recomposición de dicho modelo?

Agradecimientos

El presente trabajo reflexiona sobre la experiencia de los siguientes proyectos con población afrodescendiente desterrada en la ciudad de Medellín realizados en los dos últimos años: “Visibilizando contrahegemonías en medio del destierro: resistencias sociales y culturales de los desplazados afrocolombianos en Medellín, Colombia”, financiado por el Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) y apoyado por el Instituto de Estudios Regionales (INER) de la Universidad de Antioquia; “Jóvenes afrocolombianos en la ciudad de Medellín. Identidades, representaciones y territorialidades”, financiado por la Secretaría de Cultura Ciudadana de la Alcaldía de Medellín y el INER de la Universidad de Antioquia, y “Diagnóstico rápido participativo de carácter socioeconómico con enfoque de género e inventarios de expresiones artísticas y culturales de las y los habitantes afrocolombianos de los asentamientos Altos de la Torre, Esfuerzos de Paz I, Esfuerzos de Paz II y el barrio Ocho de Marzo de la ciudad de Medellín”, financiado por la Secretaría de las Mujeres de la Alcaldía de Medellín y el INER de la Universidad de Antioquia. Parte de este artículo deriva del trabajo de investigación de la Maestría en Estudios Socioespaciales titulado “Espacialidades del destierro y la re-existencia. Afrodescendientes desterrados en Medellín, Colombia”, realizado por Andrés García Sánchez con la dirección de Vladimir Montoya.

Bibliografía

- Agnew, John. *Geopolítica. Una re-visión de la política mundial*. Madrid: Trama Editorial, 2005. Primera edición: 1998.
- Albán Achinté, Adolfo. “¿Interculturalidad sin decolonialidad?: colonialidades circulantes y prácticas de re-existencia”. En *Diversidad, interculturalidad y construcción de ciudad*. Editado por Arturo Grueso Bonilla y Wilmer Villa, 64-96. Bogotá: Universidad Pedagógica Nacional, 2008.
- Álvarez, Víctor. “La presencia negra en el mundo colonial de la región antioqueña”. Ponencia presentada en el II Congreso Nacional de Historia, Cali, 1979.
- Arango, Germán y Vladimir Montoya. “Territorios visuales del tiempo y la memoria. Exploraciones metodológicas en la vereda Mogotes, Buriticá, Antioquia”. *Boletín de Antropología Universidad de Antioquia*, Vol. 22, no. 39 (2008): 185-206.
- Arboleda, Santiago. “Conocimientos ancestrales amenazados y destierro prorrogado: la encrucijada de los afrocolombianos”. En *Afro-reparaciones. Memorias de la esclavitud y justicia reparativa para negros, afrocolombianos y raizales*. Editado por Claudia Mosquera y Luis Barcelos, 467-86. Bogotá: CES, Universidad Nacional de Colombia, 2007.
- Arias, Julio. *Nación y diferencia en el siglo XIX colombiano. Orden nacional, racismo y taxonomías poblacionales*. Bogotá: Ediciones Uniandes, 2005.
- Arocha, Jaime. “Etnia y guerra: relación ausente en los estudios sobre las violencias colombianas”. En *Las Violencias: inclusión creciente*. Editado por Jaime Arocha, Fernando Cubides y Myriam Jimeno, 205-35. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, CES, 1998.
- Barbary, Oliver y Fernando Urrea, eds. *Gente negra en Colombia*. Medellín: Editorial Lealon, 2004.
- Bauman, Zygmunt. *Vidas desperdiciadas. La modernidad y sus parias*. Barcelona: Paidós, 2005.
- Departamento Administrativo Nacional de Estadística, DANE. “Censo general 2005”. 2005. Acceso 4 de abril de 2009. <https://www.dane.gov.co/index.php/estadisticas-por-tema/demografia-y-poblacion/censo-general-2005-1>
- Escobar, Arturo. *Más allá del Tercer Mundo. Globalización y Diferencia*. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia (ICANH), Universidad del Cauca, 2005.
- Garay, Luis Jorge, Fernando Barberi, Clara Ramírez, Juan Diego Misas y Gladys Prada. *Comisión de seguimiento de las políticas públicas sobre el desplazamiento forzado: El desplazamiento forzado en el caso de la comunidad afrocolombiana. Proceso Nacional de Verificación, décimo tercer informe*. Bogotá: Ministerio del Interior, 2009.

- García, Andrés y Vladimir Montoya. *Jóvenes afrocolombianos en la ciudad de Medellín identidades, representaciones y territorialidades*. Medellín: Alcaldía de Medellín, Secretaría de Cultura Ciudadana, Universidad de Antioquia, Instituto de Estudios Regionales (Informe de investigación), 2009.
- Halbwachs, Maurice. *La memoria colectiva*. Zaragoza: Prensa Universitaria de Zaragoza, 2004.
- Harvey, David. *Spaces of Capital. Toward a Critical Geography*. Nueva York: Routledge, 2001.
- Jiménez, Orián. “Esclavitud y minería en Antioquia”. En *150 años de la abolición de la esclavización en Colombia. Desde la marginalidad a la construcción de la nación*. Editado por Claudia Mosquera, Mauricio Pardo y Odile Hoffmann, 192-222. Bogotá: Aguilar, 2002.
- Lao-Montes, Agustín. “Sin justicia étnico-racial no hay paz: las afro-reparaciones en perspectiva histórico-mundial”. En *Afro-reparaciones. Memorias de la esclavitud y justicia reparativa para negros, afrocolombianos y raizales*. Editado por Claudia Mosquera y Luis Barcelos, 131-52. Bogotá: CES, Universidad Nacional de Colombia, 2007a.
- _____. “Hilos descoloniales. Trans-localizando los espacios de la diáspora africana”. *Tabula Rasa*, no. 7 (julio-diciembre de 2007b): 47-79.
- Lefebvre, Henri. *The Production of Space*. Oxford: Blackwell, 1991.
- Oslender, Ulrich. “Des-territorialización y desplazamiento forzado en el Pacífico colombiano: la construcción de ‘geografías de terror’”. En *(Des) territorialidades y (no) lugares: procesos de configuración y transformación social del espacio*. Editado por Diego Herrera Gómez y Carlo Emilio Piazzini Suárez, 155-72. Medellín: La Carreta, 2006.
- _____. *Comunidades negras y el espacio en el Pacífico colombiano. Hacia un giro geográfico en el estudio de los movimientos sociales*. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia (ICANH), 2008.
- Patiño, Beatriz. “Indios, negros y mestizos. La sociedad colonial y los conceptos sobre las castas”. En *Ciencia, cultura y mentalidades en la historia de Colombia*. Compilado por Javier Guerrero, 41-76. Bucaramanga: Universidad Industrial de Santander, 1993.
- Quijano, Aníbal. “Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina”. En *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*. Compilado por Edgardo Lander, 201-46. Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO), 2000.
- Restrepo, Eduardo. “Territorios e identidades híbridas”. En *De montes, ríos y ciudades. Territorios e identidades de la gente negra en Colombia*. Editado por Juana

- Camacho y Eduardo Restrepo, 221-44. Bogotá: Fundación Natura, Ecofondo, Instituto Colombiano de Antropología, 1999.
- Rosero, Carlos. “Los afrodescendientes y el conflicto armado en Colombia: la insistencia en lo propio como alternativa”. En *Afrodescendientes en las Américas. Trayectorias sociales e identitarias*. Editado por Claudia Mosquera, Mauricio Pardo y Odile Hoffmann, 547-59. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, Instituto Colombiano de Antropología e Historia (ICANH), Institut de Recherche Pour le Développement (IRD), Instituto Latinoamericano de Servicios Legales Alternativos (ILSA), 2002.
- Uribe de Hincapié, María Teresa. “La territorialidad de los conflictos y de la violencia en Antioquia”. En *Realidad social 1*, 51-112. Medellín: Gobernación de Antioquia, Editora Nacional de Colombia, 1990.
- Wade, Peter. “Raza y ciudad: los chochoanos en Medellín”. *Revista Antioqueña de Economía y Desarrollo*, no. 23 (1987): 24-32.
- _____. *Gente negra, nación mestiza. Dinámicas de las identidades raciales en Colombia*. Bogotá: Ediciones Uniandes, 1997.
- Walsh, Catherine. “Lo afro en América andina: reflexiones en torno a luchas actuales de (in)visibilidad, re-existencia y pensamiento”. *Journal of Latin American Anthropology*, Vol. 12, no. 1 (2007): 200-212.
- Wouters, Mieke. “Derechos étnicos bajo fuego: el movimiento campesino negro frente a la presión de grupos armados en el Chocó”. En *Acción colectiva, estado y etnicidad en el Pacífico colombiano*. Editado por Mauricio Pardo, 259-85. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia (ICANH), Colciencias, 2001.
- Yépez, Jorge. “Aspectos históricos y socioculturales de un palenque urbano”. Tesis de pregrado, Universidad de Antioquia, Medellín, 1984.

Andar dibujando y dibujar andando: cartografía social y producción colectiva de conocimientos¹

*Vladimir Montoya Arango*²

*Andrés García Sánchez*³

*César Andrés Ospina Mesa*⁴

- 1 Publicado originalmente en: *Nómadas*, no. 40 (2014): 190-205. Este artículo se realizó con la colaboración de la Estrategia de Sostenibilidad 2012-2014 de la Vicerrectoría de Investigación de la Universidad de Antioquia. Los proyectos de investigación de los que se deriva son: 1) “Cartografía social. Herramienta para la defensa de la autonomía y los derechos étnico-territoriales de las comunidades negras en el Pacífico colombiano”, 2013; 2) “Mapeamiento participativo del corregimiento El Valle, Bahía Solano, Chocó, Colombia”, 2010-2011; y 3) “Textos e imágenes de la diáspora negra. Formación para la expresión audiovisual con jóvenes afrocolombianos en Medellín”, 2009-2010. Las fuentes financiadoras de cada proyecto se encuentran relacionadas dentro del texto.
- 2 Antropólogo de la Universidad de Antioquia y doctor en Antropología Social y Cultural de la Universidad de Barcelona. Profesor asociado a la Universidad de Antioquia, adscrito al Instituto de Estudios Regionales (INER), Medellín (Colombia).
- 3 Antropólogo y magíster en Estudios Socioespaciales de la Universidad de Antioquia. Investigador asociado al Grupo de Estudios del Territorio de la Universidad de Antioquia (INER), Medellín (Colombia).
- 4 Filósofo y magíster en Estudios Culturales de la Pontificia Universidad Javeriana de Bogotá. Investigador asociado al Grupo de Estudios del Territorio, INER, Universidad de Antioquia, Medellín (Colombia).

“Yo tengo experiencia sobre cartografía porque no es primer vez que me toca pintar mapas y al menos conozco la región donde estamos andando, que es el principal conocimiento que se debe tener de la región para poder pintar”.

Esau Mena⁵

Las reclamaciones que se vienen realizando desde los discursos y movilizaciones sociales frente a los modos intrusivos con que se ha ejercido la producción de conocimiento y la praxis política manifiestan la vivacidad de la gente en sus territorios y el valor otorgado a sus conocimientos, saberes y prácticas, los cuales han sido decantados en profunda relación con el espacio habitado, poniendo de relieve que la diversidad epistémica es un acento relevante de nuestra constitución como sociedades y como individuos, aun en contra del pretencioso universalismo del saber positivo auspiciado por las profundas colonialidades del poder/saber/ser.

En coherencia con los procesos de reivindicación del conocimiento local, en el presente trabajo exploraremos cómo desde la experiencia de tres proyectos de investigación de la línea de investigación Espacio y Poder, adscrita al Grupo de Estudios del Territorio del Instituto de Estudios Regionales (INER) de la Universidad de Antioquia, hemos reflexionado sobre las implicaciones que tiene la geopolítica del conocimiento en la producción del saber académico y cómo hemos concebido nuestra apuesta permanente por la producción de un diálogo de saberes horizontal y ecuánime. Son dichos proyectos: 1) “Cartografía social. Herramienta para la defensa de la autonomía y los derechos étnico-territoriales de las comunidades negras en el Pacífico

5 Entrevista realizada el 30 de enero del 2013 en Napipi (Chocó).

colombiano”, realizado entre febrero y noviembre del 2013 con la financiación de la Universidad de Antioquia, el INER, el Consejo Comunitario Mayor de la Asociación Campesina Integral del Atrato (COCOMACIA), el Proyecto Nueva Cartografía Social de Amazonía (PNCSA/UNAMAZ) y la Fundación Universitaria Claretiana (FUCLA); 2) “Mapeamiento Participativo del Corregimiento El Valle, Bahía Solano, Chocó, Colombia”, realizado entre abril del 2010 y marzo del 2011 con la financiación de Conservación Internacional Colombia y la Universidad de Antioquia, y con el apoyo del Consejo Comunitario Mayor Costa Pacífica Norte Los Delfines y el Consejo Comunitario Local El Cedro; 3) “Textos e imágenes de la diáspora negra. Formación para la expresión audiovisual con jóvenes afrocolombianos en Medellín”, realizado entre noviembre del 2009 y marzo del 2010 con la financiación del Banco Universitario de Programas y los proyectos de extensión de la Universidad de Antioquia.

La cartografía social es en nuestro caso el instrumento para la producción de un conocimiento dialógico que tiene como fundamento la apertura a formas de conocer y experimentar los territorios que pueden incluso anteceder a los procedimientos lógicos de la representación cartográfica convencional. El horizonte de esta forma de producción de conocimiento es la creación de espacios de encuentro y mediación de significados en los cuales los sujetos involucrados comparten, aportan, enseñan y aprenden. Andar dibujando y dibujar andando bien podrían ser las premisas de esta forma de generar representaciones desde los territorios. Presentaremos la cartografía social como posibilidad de una producción dialógica y situada del conocimiento que tiene entre sus recursos la imagen audiovisual, las memorias recreadas en los recorridos, las historias y relatos de vida, las fotografías y los archivos gráficos, el dibujo y la expresión creativa, así como los mapas dibujados colectivamente e integrados después en sistemas de información geográfica.

A modo de aprendizajes para que la cartografía social contribuya a la consolidación de una ciencia social crítica y comprometida con la producción de conocimientos socialmente pertinentes, reflexionaremos sobre las disputas epistémicas que pueden plantearse frente a las formas en que se ocultaron las gentes y sus espacios habitados, quebrando con ello las fortalezas de sus epistemologías diversas y de sus saberes producidos desde y con los territorios.

La larga duración de la dominación epistémica

La imaginación geopolítica de la modernidad comporta una potente relación entre el dominio territorial, la sujeción mediante la fuerza y la coerción, la implantación de un modelo económico global y la disposición de mecanismos de absorción de los conocimientos locales mediante su anulación o inclusión forzosa en la matriz universal del conocimiento positivo. A este respecto, Santiago Castro-Gómez ha sido enfático en afirmar que la dominación colonial europea se cimentó tanto en la dominación económica y política imperial, como en la imposición de una jerarquía de los conocimientos, en la cual la ciencia eurocéntrica fue concebida como superior a las formas de conocer de las poblaciones periféricas colonizadas.⁶ Sin embargo, la resistencia a la dominación también se dio en el campo epistemológico, de modo que los pueblos y sujetos coloniales mantuvieron con valentía y en condiciones adversas sus formas propias de conocer, experimentar y apropiarse los espacios, muchas veces ocultando sus saberes y artes, otras, recurriendo a estrategias astutas de camuflaje catalogadas desde la colonialidad del saber como *mestizaje o hibridación cultural*.

En las condiciones específicas de disputa epistémica propiciadas por el colonialismo europeo posterior al siglo XVI emergió lo que Walter Mignolo ha caracterizado como “pensamiento fronterizo”, el cual representa la lucha y la resistencia, pero también la creatividad y la potencia de los modos de conocer de los pueblos colonizados, por lo cual afirma: “La idea de pensamiento fronterizo surgió para identificar el potencial de un pensamiento que surge desde la subalternidad colonial”.⁷ Asumiendo esta perspectiva, podemos problematizar la relación entre territorio y producción de conocimiento, reconociendo con ello que el saber es la gente y el espacio que habita, más que un mero depósito de información *sobre* el cual se realizan análisis, siendo los pobladores más bien agentes activos *con* quienes se interactúa y se producen conjuntamente conocimientos *desde* sus territorios. Las preposiciones no son para nada ingenuas, localizan las acciones en el marco de la geopolítica del conocimiento, por ello es

6 Santiago Castro-Gómez, *La hybris del punto cero. Ciencia, raza e ilustración en la Nueva Granada (1750-1816)* (Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana, 2005).

7 Walter Mignolo, *Historias locales/diseños globales. Colonialidad, conocimientos subalternos y pensamiento fronterizo* (Sevilla: Akal, 2011), 50, primera edición: 2000.

tan valioso el que Doreen Massey⁸ nos recuerde que los lugares son decisivos a la hora de controvertir la lógica de la modernidad/colonialidad, y nos confronte con el mecanismo de negación de la coexistencia espacial que operó mediante la imposición de una teleología temporal eurocéntrica, de modo que “(...) la estructuración temporal de la geografía de la modernidad no sólo es una represión de lo espacial, sino que es también la represión de la posibilidad de otras temporalidades (es decir, diferentes del majestuoso progreso hacia la modernidad/modernización/desarrollo basado en el modelo europeo occidental)”⁹.

De esta forma, posicionarse frente a la larga duración de la dominación epistémica lleva a reconocer que en la relación entre conocimiento y territorio emerge un “pensamiento fronterizo”, una epistemología emancipatoria que controvierte el carácter monológico y unidireccional de la matriz eurocéntrica y que, en concordancia con lo propuesto por Carlos Porto-Gonçalves,¹⁰ afirma las distintas matrices de racionalidad constituidas a partir de lugares que son susceptibles de ser universalizados, obligando a considerar los procesos desde los cuales los conocimientos puedan relacionarse y entrar en diálogo para tratar de superar la colonialidad del saber y del poder.

Hablamos de larga duración porque reconocemos que el proceso de colonialidad hace parte de nuestra actual constitución como sujetos y como sociedades, no es un proceso culminado, aunque sí matizado por la incidencia de las actuales condiciones de globalización económica. Para comprender esto es pertinente la concepción de Félix Guattari¹¹ acerca del *capitalismo mundial integrado*, que da cuenta de la forma en la cual el capitalismo contemporáneo configura un ámbito mundial de producción en el que los sistemas sociales, los individuos, sus prácticas y subjetividades quedan insertos en una red de poder multicentrada. El capitalismo es mundial e integrado porque los lugares

8 Doreen Massey, “Imaginar la globalización: las geometrías del poder del tiempo-espacio”, en *Doreen Massey. Un sentido global del lugar*, comps. Abel Albet y Núria Benach (Barcelona: Icaria, 2012), 130-55.

9 Massey, “Imaginar la globalización”, 138-9.

10 Carlos Porto-Gonçalves, “De saberes y de territorios: diversidad y emancipación a partir de la experiencia latinoamericana”, *Polis, Revista de la Universidad Bolivariana*, Vol. 8, no. 22 (2009): 121-36.

11 Félix Guattari, *Plan sobre el planeta. Capitalismo mundial integrado y revoluciones moleculares* (Madrid: Traficantes de Sueños, 2004).

que anteriormente se le escapaban entran en interacción constante con este, pero, ante todo, porque cualquier actividad humana es susceptible de caer bajo su control. Esto se basa en un reforzamiento del accionar geopolítico y en una expansión molecular, los cuales se articulan para intentar capturar todos los modos de actividad humana, tal y como lo deja ver Guattari: “Los sectores de actividad más ‘atrasados’ y los modos de producción marginales, las actividades domésticas, el deporte, la cultura, etc., que hasta ahora no incumbían al mercado mundial, están cayendo, uno tras otro, bajo su dependencia”.¹²

Efectivamente, esta forma de cooptación mediante la integración al mercado capitalista y la invisibilización de formas distintas de conocer constituye una reedición de las formas de dominación colonial, ya que no se trata únicamente de la supresión de autonomías territoriales por la fuerza, sino de la proyección de seductores mecanismos de captura que ya no tienen que ver únicamente con la acumulación de capital o el control del trabajo, sino con el ensamblaje de una máquina semiótica que refunda el *statu quo*. Según explica Guattari, en el capitalismo mundial integrado aparecen nuevas segmentaciones que revalorizan la vida social y económica del planeta, ya que no solo nuevas zonas de mercado son dispuestas a partir de la eliminación de otras, sino que los ámbitos más individuales son transformados en función de dichas zonas, lo cual propicia la potenciación de las dicotomías a partir de las cuales el conjunto del planeta se desarrolla, como son los antagonismos entre norte y sur o entre local y global. Sin embargo, aun en las más acérrimas condiciones de imposición del capitalismo mundial, se mantienen formas de pensamiento y acción que promueven el valor de la diferencia y que pueden desplegar formas de revolución molecular en los espacios de deseo, en las relaciones familiares, urbanas o territoriales.

Lo anterior manifiesta la vigencia del “pensamiento fronterizo” que se actualiza y se posiciona para controvertir los lugares de enunciación dominantes en la contemporaneidad, tal y como nos lo hace comprender Mignolo cuando afirma: “El ‘pensamiento fronterizo’ en toda su complejidad (geohistórica, sexual, racial, nacional, de la diáspora, y el exilio, etc.) es una forma de pensar

12 Guattari, *Plan sobre el planeta*, 58.

que surge como respuesta a las condiciones de vida cotidiana creadas por la globalización económica y los nuevos rostros de la diferencia colonial¹³

Esta forma de pensar posiciona políticamente el conocimiento subalterno y se constituye en una vía para controvertir las jerarquías de la diferencia epistemológica colonial, siendo, por lo tanto, una posibilidad abierta para trascender las rígidas fronteras de las disciplinas y, en nuestra perspectiva, una alternativa para pasar de la producción de conocimiento *sobre* a la producción de conocimientos *con y desde* los territorios. Es aquí donde se sitúa el lugar de enunciación de las cartografías sociales.¹⁴

Revoluciones cartográficas

Lo hasta aquí planteado posibilita comprender que dentro de las estrategias de dominación epistemológica los mapas y las prácticas cartográficas han sido un elemento de poder relevante. Sin duda, la apropiación del territorio ha estado marcada por las prerrogativas que derivan de poseer sus modos legitimados de representación mediante los cuales se consagran las nominaciones, marcaciones y límites desde la perspectiva de quien dibuja. Una revisión de los procesos de producción de cartografías diversas permitiría mostrar que la identificación de recursos y potencialidades del territorio generalmente ha sido realizada por técnicos cartógrafos, funcionarios o expertos, casi siempre contratados desde intereses externos a las realidades locales de las áreas mapeadas, de modo que, como señala Benedict Anderson, la producción de mapas oficiales ha sido una práctica clasificatoria para apropiar territorios, recursos y poblaciones para el mismo Estado moderno.¹⁵ En las políticas y programas oficiales de administración territorial y de recursos naturales la

¹³ Mignolo, *Historias locales/diseños globales*, 382.

¹⁴ Es importante recalcar nuestra insistencia en la crisis de las disciplinas como consecuencia de las disputas epistémicas realizadas por los movimientos sociales desde sus territorios, ya que allí encontramos articulación entre la cartografía social y la siguiente afirmación de Mignolo: "El pensamiento fronterizo podría vincularse también al momento de la transitoriedad disciplinaria en la que se remodela la gnosología moderna en términos de conocimientos subalternos, desde la perspectiva del conocimiento subalterno". Mignolo, *Historias locales/diseños globales*, 401.

¹⁵ Benedict Anderson, *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo* (Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 1991).

participación de las comunidades locales ha sido casi siempre marginal en relación con los procesos de gestión territorial, desconociendo que los agentes sociales de un lugar específico son portadores de saberes indispensables para la adecuada comprensión de sus realidades ecológicas, políticas y culturales, y, por consiguiente, deberían hacer parte activa de la definición y puesta en marcha de los proyectos territoriales, más aún cuando detentan títulos y derechos específicos sobre los territorios y sus recursos. Los mapas producidos desde la experticia disciplinar, sin participación del conocimiento local, son legatarios de las colonialidades del poder y del saber y han sido instrumentos fundamentales de dominación y control que desconocen la diversidad de saberes territoriales coexistentes en la cotidianidad de un lugar específico.¹⁶

Por lo anterior, en las posibilidades de producir representaciones cartográficas desde los territorios con la participación de los conocimientos de quienes han sedimentado sus saberes en los procesos de asentamiento y adecuación del espacio habitado se potencian las posibilidades de emergencia de un “pensamiento fronterizo” como el que describimos más arriba, el cual tiene como horizonte una revolución epistémica. Los procesos de mapeamiento que se realizan colectivamente en distintas regiones del mundo, con particular fuerza en la última década, demuestran el valor de las diversas iniciativas de elaboración y uso de cartografías sociales por parte de comunidades locales y movimientos sociales, en función principalmente de la reclamación y defensa de los derechos territoriales y culturales de comunidades indígenas, afrodescendientes y campesinas, lo cual genera debates sobre el reconocimiento de las prácticas tradicionales de manejo de recursos naturales y demandas ante los estados por territorios específicos.¹⁷

En el ámbito latinoamericano, una de las experiencias de cartografía social más elaborada es la adelantada por el Proyecto Nueva Cartografía Social de la

16 Vladimir Montoya, “La cartografía social como instrumento para otras geografías. Apuntes para un diálogo de saberes territoriales”, en *Universos socioespaciales. Procedencias y destinos*, eds. Clara García y Clara Aramburo (Medellín: Siglo del Hombre, Universidad de Antioquia, Instituto de Estudios Regionales [INER], 2009), 113-36.

17 Henri Acselrad, *Cartografías sociales y territorio* (Río de Janeiro: Universidad Federal de Río de Janeiro, 2008); Karl Offen, “O mapeas o te mapean: mapeo indígena y negro en América Latina”, *Tabula Rasa*, no. 10 (2009): 163-89.

Amazonia (PNCSA), el cual ha realizado un proceso de mapeamiento participativo con distintos pueblos y comunidades tradicionales como estrategia de afirmación de sus derechos territoriales específicos, fortaleciendo la autonomía en contra de los procesos de expropiación agenciados por el régimen de acumulación capitalista. El PNCSA tiene como objetivo dar oportunidad a la autcartografía de los pueblos y comunidades tradicionales en la Amazonia y otras regiones del Brasil, lo que ha producido mapas que ayudan a la movilización social frente a distintos conflictos, ya que “Los mapas mediante este uso en movilizaciones políticas, se han transformado en un instrumento de lucha y de publicidad de derechos territoriales y étnicos”.¹⁸

En Colombia, las prácticas de cartografía social se ligaron a la Investigación Acción Participativa (IAP), particularmente a través de las experiencias desarrolladas entre comunidades indígenas del suroccidente del país durante las décadas de los años 70 y 80. Según Víctor Bonilla, aquello significó desarrollar un sistema de autoinvestigación, de recuperación cultural y de educación que fue denominado por las autoridades indígenas del Cauca como *mapas parlantes*, los cuales consistían en “trabajar con la gente tanto sus conocimientos orales y tradicionales como los aportes de la investigación científica, unificándolos para constituir un corpus de conocimientos actualizados”.¹⁹ En estas experiencias pioneras, los mapas parlantes o la cartografía social se constituyeron como instrumentos pedagógicos creados en la lucha por y para la tierra, ya que, como lo confirma el maestro Luis Guillermo Vasco, estos mapas “(...) buscaban construir colectivamente la historia de los paeces, sobre todo su historia política, de una manera tal que les permitiera entender las luchas que se adelantaban entonces y relacionarlas con aquellas del pasado, para poder tomar decisiones claras, firmes y eficaces sobre el quehacer de ese momento”.²⁰

18 Alfredo Almeida, “Nova cartografia social da Amazônia”, em *Nova Cartografia Social da Amazonia. Povos e comunidades tradicionais. Catálogo, livros, mapas, fascículos, simpósios, videos, org.* Alfredo Almeida (Manaus: UEA, 2013), 33.

19 Véase la dirección electrónica disponible en: <http://victordanielbonilla.com>.

20 “Experiencias de educación propia en Guambía”, Luis Guillermo Velasco, Luguiva.net, noviembre de 2010, <http://www.luguiva.net/documentos/detalle.aspx?id=150&d=10>.

Posteriormente, la Fundación La Minga realizó procesos de sistematización de estas iniciativas pioneras de uso de mapas parlantes y vinculó otras formas de representación territorial.²¹ Durante los últimos años, el Observatorio de Territorios Étnicos (OTE) y distintas comunidades negras en diferentes regiones del país han avanzado en la producción de autocartografías, las cuales se convierten en estrategias para el fortalecimiento de la autonomía en sus territorios, sean estos titulados colectivamente o no. Las cartografías sociales de los territorios de comunidades negras parten de los conocimientos propios relacionados con el uso de los recursos, la recuperación y sistematización de la memoria local, la identificación de amenazas relacionadas con el desplazamiento forzado o con macroproyectos no concertados, y plantean alternativas para la gestión territorial y el tratamiento de los conflictos, tal y como se deja ver en los procesos de mapeamiento elaborados por algunos consejos comunitarios y organizaciones de base comunitaria de los departamentos de Bolívar, Cauca y Chocó.²²

De otra parte, distintas organizaciones de comunidades negras, entre estas el COCOMACIA y el Consejo Comunitario Mayor de la Organización Popular y Campesina del Alto Atrato (COCOMOPOCA), en alianza con la FUCLA, el Observatorio Pacífico y Territorio, entre otros agentes sociales, también han elaborado cartografías georreferenciadas sobre sus territorios, identificando predios, linderos, uso de recursos y amenazas que se ciernen sobre estos, visibilizando los proyectos mineros y agrícolas no concertados con las comunidades locales. Se resalta que la elaboración de estas cartografías sociales y participativas constituye, además, una estrategia fundamental para los procesos de tramitación de títulos colectivos para las comunidades negras que se adelantan ante las instituciones estatales.

21 Helena Andrade, "Nupirau: territorio, saberes y cartografía social", en *Mapas y derechos. Experiencias y aprendizajes en América Latina*, comps. Carlos Salamanca y Rosario Espina (Rosario: Universidad Nacional de Rosario, 2012), 207-30.

22 Observatorio de Territorios Étnicos, OTE, *Construyendo autonomía territorial. Experiencias, metodologías y prácticas para la defensa de los territorios de comunidades negras* (Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana, 2010).

Cartografías sociales de la diáspora afrodescendiente en Medellín

En nuestra propia experiencia de acción e investigación, la cartografía social ha sido entendida como proceso y como producto de conocimientos situados elaborados de forma dialógica y colaborativa. Partimos de reconocer la relación indisociable entre espacio, poder y conocimiento, con lo cual se promueve la apertura a formas de experimentar los territorios que pueden anteceder a los procedimientos lógicos de representación cartográfica convencional y a las herramientas convencionales de la investigación social. Por ello, promovemos la creación de espacios de encuentro y de mediación de significados en los cuales los agentes involucrados comparten, aportan, enseñan y aprenden. Asumiendo con responsabilidad que los diferentes agentes sociales, sus organizaciones y sus autoridades tradicionales son portadores de conocimientos y memorias esenciales para la comprensión de los procesos territoriales, hemos concebido que la metodología de producción colectiva de cartografías sociales no puede asumirse como un molde que se reproduce indistintamente con cualquier grupo social, sino que, por el contrario, siempre hemos partido de algunos principios básicos que se adecúan a las condiciones territoriales particulares en las que se realiza cada experiencia de mapeamiento participativo. En concordancia con la transitoriedad disciplinar, hacemos énfasis en la utilización de técnicas etnográficas y formas de interlocución directa, las cuales se complementan con el uso de herramientas audiovisuales, la reconstrucción de memorias colectivas e historias locales recreadas en los recorridos territoriales, las fotografías y los archivos gráficos, los dibujos, los mapas dibujados colectivamente que luego son llevados a sistemas de información geográfica, todo lo cual permite producir conocimientos otros *desde* y *con* el territorio.

En el proyecto titulado “Textos e imágenes de la diáspora. Formación para la expresión audiovisual con jóvenes afrocolombianos en Medellín” comenzamos por reflexionar sobre las condiciones históricas de la larga duración de la diáspora afrocolombiana y las maneras en las cuales esta se traduce en condiciones de exclusión social que afectan las territorialidades juveniles afrourbanas. La presencia de poblaciones negras en Antioquia se remonta a la segunda mitad del siglo XVI, cuando la provincia se enriqueció por el auge

de la explotación minera aurífera, en la cual participaron activamente los secuestrados y esclavizados africanos. Para el siglo xvii, lo que hoy constituye el Área Metropolitana del Valle de Aburrá ya contaba con importantes asentamientos de población negra y su participación en la sociedad y economía locales se vinculaba con labores agrícolas, servicios domésticos y distintas labores artesanales. En la segunda mitad del siglo xix, con la abolición legal de la esclavitud, se consolidaron importantes nucleaciones de negros y libertos en el Cantón de Medellín, Girardota y Envigado, así lo documentan distintos autores.²³ De esta forma, el Valle de Aburrá y la ciudad de Medellín han contado históricamente con la participación de poblaciones negras en su estructura social, económica y cultural, sin embargo, generalmente se ha ocultado esto como consecuencia de la discriminación, el racismo y la tendencia al “blanqueamiento” cultural.

Durante las últimas dos décadas del siglo xx y en lo que llevamos del siglo xxi, el arribo de las comunidades negras y afrocolombianas a la ciudad de Medellín se caracterizó principalmente por la búsqueda de protección frente a distintos tipos de violencia en el marco del conflicto armado que viven distintas regiones del departamento de Antioquia y el resto del país.²⁴ Son estas particulares condiciones de conflicto, que se entrecruzan con el legado histórico de la exclusión de las identidades y las territorialidades afrodescendientes, lo que ha propiciado en los jóvenes con los cuales interactuamos serios interrogantes frente a la colonialidad del poder que condiciona sus territorialidades urbanas, lo cual se ha constituido en la búsqueda central de su proceso de mapeamiento colectivo.

Desde las organizaciones juveniles participantes del proceso como Jóvenes Emprendedores de Futuro y Corporación Son Batá de la Comuna 13,

- 23 Jorge Yépez, “Aspectos históricos y socioculturales de un palenque urbano” (Tesis de pregrado, Universidad de Antioquia, Medellín, 1984); Lucely Villegas, “Mazamorreo y población negra libre en Antioquia 1770-1820”, *Boletín de Antropología Universidad de Antioquia*, Vol. 7, no. 23 (1990): 29-54.
- 24 Andrés García, “Geografías racializadas: configuraciones espaciales de la exclusión étnica afrocolombiana en Medellín”, en *Universos socioespaciales. Procedencias y destinos*, eds. Clara García y Clara Aramburo (Medellín: Siglo del Hombre, Universidad de Antioquia, Instituto de Estudios Regionales [INER], 2009), 245-79.

Luchando por una Educación Mejor en Nuevo Amanecer, Talento Afro y Memoria Chocoana de la Comuna 70 de Medellín, se concibió el mapeamiento participativo como una oportunidad para explorar las memorias colectivas de los procesos de desarraigo y expulsión que les trajeron a la ciudad, aprovechando el conocimiento producido para fortalecer su proceso organizativo. Durante el proceso de investigación-participación intervinieron 25 jóvenes de estas organizaciones.

Los asentamientos donde desarrollan estos jóvenes su vida en la ciudad son casi siempre pedazos de tierra conquistados en la excluyente geografía urbana después de haber llegado hasta allí como producto de acciones de guerra en sus territorios de origen rural. El asentamiento Vallejuelos se conformó a principios de la década de los años 90 mediante la invasión de predios adyacentes a las casas construidas por el municipio de Medellín en una “zona de alto riesgo no recuperable”. En el 2000 aconteció un incendio que llevó al desalojo y la reubicación de las familias en la Urbanización Mirador de Calasanz. El asentamiento Esfuerzos de Paz II se conformó durante la segunda mitad de la década de los 90 por pobladores desterrados por la guerra, especialmente afrodescendientes provenientes del departamento del Chocó y de algunas regiones de Antioquia. El barrio Nuevos Conquistadores se conformó hace cerca de tres décadas, y recibió gran parte de la población desplazada por la guerra durante la década de los 90. La Urbanización Nuevo Amanecer Mano de Dios, ubicada en el corregimiento de Altavista, en el borde periurbano occidental de la ciudad, fue construida para la reubicación de la población afectada por el incendio del asentamiento Mano de Dios ubicado en la Comuna 8, el cual se había conformado a finales de la década de los 90 mediante la invasión de predios por parte de víctimas de desplazamiento forzado.

Hay que señalar que como consecuencia de las dinámicas del conflicto armado que experimenta la ciudad de Medellín estos jóvenes y sus familias afrontan intermitentemente nuevas situaciones de desplazamiento intraurbano, además, las áreas que ocupan coinciden con las reportadas como de mayores índices de desempleo y carencia de servicios y derechos fundamentales. Esto se constituyó en uno de los ejes principales de exploración en el proceso de mapeamiento colectivo, especialmente entre aquellos/as que son

padres y madres de familia. Otros asuntos relativos a las territorialidades negras en la ciudad también se posicionaron como relevantes para la tematización de las cartografías sociales: la discriminación racial que experimentan los desplazados afrodescendientes; las formas de asociación comunitaria para hacer frente tanto a la segregación como al alto índice de desempleo; el acceso de menores a las instituciones educativas; la carencia de viviendas adecuadas y de equipamientos comunitarios; el reclamo de sus derechos en tanto comunidades desplazadas por el conflicto armado; la movilidad desde los territorios de origen, y los conocimientos, memorias y saberes tradicionales. Esta variedad temática permitió que al proceso de producción de las cartografías sociales se vincularan también organizaciones de mujeres cabeza de familia, que por supuesto son las madres, abuelas y tías de los jóvenes participantes.

El proceso de cartografía social inició con el debate acerca de cómo mujeres y hombres jóvenes entienden y experimentan cotidianamente los conceptos de *territorio*, *movilidad*, *diáspora*, *identidad* y *representaciones*, lo cual permitió expresar, por ejemplo, que el territorio son “(...) los lugares donde nos sentimos seguros, (...) mi cuerpo, (...) los lugares de donde tenemos recuerdos, (...) el colegio y las escuelas porque allí se aprende y se hacen amigos, (...) el lugar donde usted se puede expresar y trabajar libremente”.²⁵ Posteriormente, a través de actividades lúdicas, se presentó la historia de los mapas, sus contextos históricos de producción, sus usos y las relaciones de poder que encarnan, reflexionando sobre cómo estos se presentan en nuestra cotidianidad y en cómo durante las últimas décadas han sido utilizados en contextos rurales y urbanos para la defensa de los derechos de distintos grupos sociales. Para reforzar el lenguaje audiovisual deseado para la complementación de los mapas, se realizaron recorridos territoriales en los que se buscó identificar lugares, objetos, eventos y personajes que son significativos para los jóvenes en su cotidianidad y en su relación con los recuerdos y vivencias del pasado. Esta actividad se complementó con la visualización de películas y fotografías, así

25 Andrés García y Vladimir Montoya, “¡Eyy pille!... aquí estamos, ¡somos afro!”. Jóvenes afrocolombianos en la ciudad de Medellín: identidades, representaciones y territorialidades (Medellín: Alcaldía de Medellín, Universidad de Antioquia, 2010), 11.

como con la introducción a los lenguajes narrativo y técnico de la fotografía y el video.

Las anteriores actividades prepararon a los jóvenes y adultos participantes para el momento del dibujo de mapas y gráficos, cuyas temáticas fueron concertadas colectivamente en torno a los lugares donde los jóvenes y sus familias han vivido, los espacios en los que se sienten seguros y aquellos que les son vedados por la violencia urbana, los lugares que de la misma ciudad se desconocen y aquellos otros que se añoran conocer o visitar. Esta forma de representación gráfica a partir de dibujos y mapas se complementó con las imágenes fotográficas tomadas luego de un pequeño curso de narrativa audiovisual. La utilización de las herramientas audiovisuales promovió reflexiones acerca de lo que es “fotografiable”, de las formas de ser “fotografiado” y de las representaciones individuales y colectivas sobre las imágenes. Con las fotografías realizadas se conformaron series a partir de las propias formas de entender las nociones de *movilidad*, *desplazamiento*, *identidad* y *territorio*, lo que permitió elaborar narrativas sobre sus vidas desde los tránsitos por aquellos espacios en los cuales se sienten seguros y aquellos otros que se añoran o imaginan.

Una vez sistematizados los mapas, las series fotográficas y las narraciones provenientes de entrevistas individuales y del trabajo en grupos focales, se debatieron los productos y posibles usos que se derivan de la experiencia de mapeamiento social y de la producción audiovisual, siendo muy importante para los jóvenes participantes la elaboración del documental *Con la casa al hombro*,²⁶ propuesto como una cartografía audiovisual sobre la movilidad de las personas que integran cada organización juvenil, apoyados en la técnica del *reenactment*, consistente en la reconstrucción, recreación y representación colectiva de episodios del pasado.²⁷ A la hora de diseñar la presentación final de los productos del proceso, los jóvenes participantes expresaron su deseo de producir una cartilla y un video que representaran con dignidad parte de sus

26 Andrés García y Camilo Pérez, dirs., “Con la casa al hombro”, video de YouTube, 51:37. Publicado por “J. Leonardo” el 20 de junio de 2012, <https://www.youtube.com/watch?v=vd85eI-2VXE>.

27 Vladimir Montoya y Germán Arango, “Territorios visuales del tiempo y la memoria. Exploraciones metodológicas en la vereda Mogotes del municipio de Buriticá (Antioquia, Colombia)”, *Boletín de Antropología Universidad de Antioquia*, Vol. 22, no. 39 (2008): 185-206.

vidas y la de sus familias, utilizando colores vistosos y llamativos, propios de la alegría de la identidad afro en la ciudad.²⁸

Cartografías sociales de las memorias en el territorio colectivo de El Valle

En el segundo semestre del 2010 realizamos el proyecto “Mapeamiento participativo del corregimiento El Valle, Bahía Solano, Chocó, Colombia”, el cual contó con la financiación de Conservación Internacional Colombia y la participación del Consejo Comunitario Mayor Costa Pacífica Norte Los Delfines y el Consejo Comunitario Local El Cedro, en un proceso que tuvo por objetivo reconocer, identificar y valorar los conflictos socioambientales, la biodiversidad y los saberes y prácticas culturales mediante la cartografía social, buscando arrojar insumos para el plan de etnodesarrollo, así como producir colectivamente estrategias de gestión territorial que aporten al mantenimiento del territorio y la autonomía.

Este proceso de reconocimiento desde los saberes y conocimientos locales se prolongó durante diez meses y logró vincular a buena parte de la población afrodescendiente habitante de El Valle, a través de las organizaciones comunitarias que apoyaron el proceso: Tío Tigre, Caguama, Línea de Mano, Piqueros, Cazadores de El Valle, Mujeres en Progreso, Mujeres Progresistas, Grupo Amplio Mujeres de El Valle y Grupo Rescate de Plantas Medicinales.

No existe una información muy detallada del proceso de poblamiento de la costa Pacífica norte colombiana, y es particularmente pobre la información sobre el área correspondiente al corregimiento El Valle del municipio de Bahía Solano. A partir de las memorias recopiladas durante el proyecto, podemos inferir que la población afrodescendiente llegó hasta allí como efecto de movimientos migratorios desde los actuales departamentos de Bolívar, Córdoba, Cauca y Valle del Cauca, siendo quizás el final del siglo xvii la fecha probable de los primeros asentamientos en las riberas de los ríos por parte de

28 Los productos de los tres proyectos a que hace referencia este artículo pueden consultarse en el blog de la línea de investigación Espacio y Poder adscrita al Grupo de Estudios del Territorio del INER de la Universidad de Antioquia, disponible en: <http://espacioy poder.blogspot.com>.

afrodescendientes que huían del esclavismo español. Esta condición de zona poblada por gente negra ha dado al Pacífico una condición particular dentro de la geopolítica nacional, haciendo que peyorativamente sea tratado como inculto, inhóspito y salvaje, un área para ser explotada económicamente, pero no habitada.²⁹

La reflexión desde el territorio en el proceso de mapeamiento colectivo se propuso interrogar los lugares de enunciación dominantes que han producido dicha invisibilización o estigmatización de las comunidades negras. Para ello, se definieron conjuntamente cuatro ejes de exploración para el análisis territorial en los que cada una de las organizaciones podría participar en la producción de conocimientos adecuados para la comprensión, y son los siguientes: 1) procesos de configuración territorial: componente biofísico marino-costero; 2) procesos de poblamiento y memorias de apropiación del territorio; 3) pesca artesanal y soberanía alimentaria, y 4) identidad y relaciones de género. Cada uno de estos ejes da cuenta de las profundas relaciones de elaboración y apropiación del territorio que han permitido a la comunidad afrodescendiente de El Valle pervivir y reproducirse en articulación con la selva, el río y el mar, apuntalándose en conocimientos ancestrales que posibilitan prácticas de conservación inscritas en una visión propia del desarrollo territorial.

El proceso de mapeamiento participativo inició con la definición de los conceptos articuladores de la exploración territorial, que fueron en este caso *memoria, identidad, territorio, autonomía, conservación y conflicto*, los cuales se convirtieron en elementos centrales para las prácticas de investigación y autorreconocimiento emprendidas por los integrantes de las organizaciones locales participantes. Estos conceptos fueron explorados mediante la aplicación de distintas estrategias de producción de conocimiento, tales como sesiones de talleres colectivos, recorridos por el territorio, entrevistas personales, revisión de fuentes secundarias, trabajo de archivo y cuestionarios de preguntas.

29 Ministerio de Cultura, "Cuarta parte: territorios", en *Rutas de libertad: 500 años de travesía*, ed. Roberto Burgos Cantor (Bogotá: Ministerio de Cultura, Pontificia Universidad Javeriana, 2010), 219-319.

Los talleres colectivos se emplearon en este proceso como un modo de promover las capacidades locales para la autoinvestigación, y fueron también una estrategia para establecer modos de conexión entre el conocimiento local y saberes técnicos, lo cual propició que los participantes se apropiaran del manejo básico de instrumentos geográficos y dispositivos audiovisuales. Los recorridos territoriales se constituyeron en la estrategia complementaria de las sesiones de talleres colectivos, motivando a los participantes a su transformación de guías en investigadores locales que aportaron activamente en el registro y toma de datos en campo, así como en artífices del reconocimiento de los saberes tradicionales y las memorias colectivas del territorio.

Fueron diversos los productos del proceso de cartografía social, pero entre estos resalta una serie de mapas que integran los dibujos realizados por los participantes de los talleres colectivos en un sistema de información geográfica, lo cual permitió que las representaciones territoriales georreferenciadas contengan las prácticas tradicionales, los elementos significativos del paisaje, los hitos geográficos, los usos, las potencialidades y las amenazas sobre el territorio, todo ello realizado a partir del conocimiento local en diálogo constructivo con el quehacer técnico. En este caso tiene una gran relevancia la identificación y posicionamiento en las cartografías de los sitios de pesca marina –caladeros–, ya que la pesca es la práctica tradicional esencial para la soberanía alimentaria de la comunidad. Adicionalmente, se lograron como productos un video documental y un material pedagógico, los cuales se distribuyeron entre las organizaciones locales participantes y se compartieron con otras entidades y organizaciones comunitarias de la región y el país.

La compenetración lograda entre los investigadores de las universidades, los investigadores locales y los habitantes del territorio colectivo afrodescendiente permitió que los mapas y los análisis territoriales se hicieran dialogando, recorriendo, recordando e imaginando, en un proceso de creación colectiva. Esto hizo posible reconocer que aun con los adelantos técnicos de la instrumentación digital las cartografías son factibles de complementación con los saberes y experiencias de las comunidades locales, las cuales han desarrollado en sus procesos de habitación, uso y apropiación del territorio un profundo conocimiento que las convierte en artífices de la planeación de estrategias de gestión territorial.

Cartografías sociales y defensa de los territorios colectivos en el medio Atrato

La experiencia más reciente de cartografía social se desarrolló también en Chocó, en el curso medio del río Atrato, con la participación de las comunidades negras pertenecientes a los consejos comunitarios locales asociados con COCOMACIA, en el marco del proyecto “Cartografía social. Herramienta para la defensa de la autonomía y los derechos étnico-territoriales de las comunidades negras en el Pacífico colombiano”.

El interés inicial de esta propuesta fue contribuir al fortalecimiento de las iniciativas que adelantan las autoridades locales para la defensa de sus territorios colectivos, donde la cartografía social se propone como un instrumento útil para la identificación y valoración de distintos tipos de conflictos socioeconómicos y ambientales, así como para documentar los saberes y prácticas culturales que poseen las comunidades de la región. Para los líderes y comunidades negras del medio Atrato, la realización de “mapas a mano alzada” o de cartografías sociales ha sido una práctica recurrente desde el mismo momento en el cual solicitaron el título colectivo ante el Estado, en función de las nuevas disposiciones legales derivadas de la Ley 70 de 1993 y del Decreto 1745 de 1995, así como de los ejercicios de distribución por zonas del territorio titulado entre los consejos comunitarios locales, en los cuales las autoridades específicas y sus comunidades elaboraron “mapas a mano alzada” donde se representaron los límites naturales –ríos, quebradas, divisorias de aguas–, lo cual definió la jurisdicción territorial de cada consejo comunitario.

Además de la demarcación del territorio, las comunidades produjeron censos poblacionales, documentaron procesos etnohistóricos de poblamiento de cada uno de los ríos, describieron las formas de organización familiar y social, las prácticas productivas e identificaron conflictos intraétnicos e interétnicos.³⁰ No obstante, los “mapas a mano alzada” se realizaron de manera general y requieren procesos de actualización que reconozcan las nuevas dinámicas políticas, bélicas y económicas que han marcado el curso medio

30 Consejo Comunitario Mayor de la Asociación Campesina Integral del Atrato, COCOMACIA, *Conociendo el territorio aciático* (Quibdó: COCOMACIA, 2010).

del río Atrato durante las últimas dos décadas, lo cual fue considerado el eje fundamental para el nuevo proceso de mapeamiento participativo.

Al igual que en otras regiones del litoral Pacífico, en los territorios titulados colectivamente a COCOMACIA en el medio Atrato y, en general, en todo el departamento del Chocó, al mismo tiempo que el estado colombiano reconoció el derecho colectivo al territorio para las comunidades negras, se vivía el conflicto armado y sus acciones de desplazamientos forzados individuales, familiares y colectivos; violación continua de los derechos humanos; asesinatos selectivos de líderes; restricción de la movilidad; ocupación de espacios por poblaciones foráneas y expropiación de los recursos naturales. Este reconocimiento constituyó una experiencia permanente y de larga duración para los pueblos afrodescendientes, así como lo han documentado diversos autores.³¹ La región norte del título colectivo de COCOMACIA corresponde a los municipios de Bojayá en el departamento del Chocó y a los municipios de Vigía del Fuerte y Murindó en el departamento de Antioquia, una zona fronteriza, tristemente célebre por la masacre perpetrada por las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC) en enfrentamientos con grupos paramilitares el 2 de mayo del 2002 en Bellavista, cabecera municipal de Bojayá, así como por una serie de desplazamientos forzados de miles de personas de las comunidades negras e indígenas durante los últimos años. Según afirma Jesús Flórez, esta masacre es otra muestra lamentable de la ausencia y abandono del Estado y de sus instituciones, de la marginalización histórica que han experimentado las regiones de frontera y sus habitantes, así como de los intereses mezquinos de los actores de la guerra y de grandes intereses por la explotación de los recursos naturales.³²

31 Mieke Wouters, “Derechos étnicos bajo fuego: el movimiento campesino negro frente a la presión de grupos armados en el Chocó”, en *Acción colectiva, Estado y etnicidad en el Pacífico colombiano*, ed. Mauricio Pardo (Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia [ICANH], Colciencias, 2001), 259-85; Comisión Vida Justicia y Paz, COVIJUPA, *Situación de guerra y violencia en el departamento del Chocó, 1996-2002* (Bogotá: AECI, 2002); Jesús Flórez y Delma Echeverría, *Derecho a la alimentación y al territorio en el Pacífico colombiano* (Tumaco: Diócesis de Tumaco, Diócesis de Quibdó, 2007); Grupo de Memoria Histórica, CMH, *Bojayá. La guerra sin límites* (Bogotá: Taurus, 2010).

32 Jesús Flórez, “Territorialidad étnica, territorialidad colombiana y territorialidad del capital”, en *Autonomías territoriales: experiencias y desafíos*, comps. Juan Guillermo Ferro y Gabriel Tobón (Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana, 2012), 285-96.

Con base en lo anterior, el proceso de cartografía social en este caso partió de la reflexión en torno a los poderes e intereses sobre los territorios, con el fin de plantear estrategias de resistencia desde el conocimiento local. Aunque las estrategias de trabajo que usamos no pretenden convertirse en un recetario aplicable a cualquier territorio, consideramos fundamental partir de poner en común las formas en que nuestros interlocutores entienden y experimentan las categorías centrales en cada una de las propuestas de mapeamiento participativo, destinando el momento inicial del proceso a la discusión colectiva acerca de las formas de comprender algunos conceptos centrales en la vida local y comunitaria, en este caso: *territorio, autonomía, conflictos, fortalezas y cultura*.

La discusión y exposición de cada persona y líder comunitario permiten identificar entendimientos diversos o incluso contrapuestos sobre estos conceptos y sobre sus relaciones con las realidades cotidianas que expresan. Posteriormente, se identificaron colectivamente los distintos conflictos que se presentan en cada uno de los consejos comunitarios locales, así como las fortalezas sociales y culturales que identifican a cada zona. Se debatió ampliamente para seleccionar y priorizar aquellos temas que serían representados a través de los dibujos y “mapas a mano alzada”.

Cada grupo, en representación de un consejo comunitario local, elaboró un croquis de su territorio, incluyendo las memorias sobre los ríos y quebradas que lo conforman y delimitan; sobre los animales, plantas y accidentes geográficos; así como sobre las formas de aprovechamiento de los recursos naturales, los conocimientos tradicionales y las prácticas productivas. Paralelamente, en medio del proceso cartográfico, se realizaron entrevistas y se registraron las discusiones de cada grupo participante, documentando la memoria local sobre cada territorio y los diferentes momentos históricos que lo han configurado. Al final, cada mapa fue presentado en una plenaria en la cual se debatió acerca de sus contenidos y se propusieron ajustes y complementaciones.

En este proceso no fue posible realizar recorridos territoriales ni hacer transferencia de tecnologías o procesos de formación con las comunidades locales, ya que la zona presenta serias restricciones a la movilidad como efecto del control militar de los distintos actores armados activos en el territorio. Es por esto que las cartografías sociales producidas dan cuenta de las disputas

territoriales que vive la región y que amenazan los derechos étnicos y la autonomía territorial que tan solo hace unos lustros alcanzara COCOMACIA, por lo cual cobra gran importancia la actualización permanente de la cartografía de los territorios colectivos como forma de resistencia ante los intereses económicos y bélicos que amenazan con desdibujar la autoridad local y las formas consuetudinarias de administración y protección de los recursos.

Aprendizajes de la producción colectiva de conocimientos desde los territorios

La fortaleza de las comunidades en sus territorios y la persistencia y el valor con que mantienen sus conocimientos y prácticas tradicionales son para nosotros la mejor muestra de la vigencia del “pensamiento fronterizo”, el cual reta a la geopolítica del conocimiento que relegó algunos saberes como subalternos, mostrándole que son posibles otras maneras de conocer resistentes a la cooptación agenciada por las fuerzas de la globalización económica neoliberal. En la interacción con la gente en sus territorios, produciendo conocimiento en diálogos y recorridos por las memorias, hemos podido reconocer que son posibles metodologías de investigación que desafían el carácter monolítico de las prácticas disciplinares convencionales, acercándonos creativa y responsablemente al reto planteado por Mignolo: “Trascender la diferencia epistemológica colonial, contando con el pensamiento fronterizo como una vía para conseguirlo, es crucial una vez que comprendemos que los esplendores de la ciencia occidental van unidos a sus miserias”.³³

El capitalismo se reinventa de manera constante, permeando molecularmente los territorios, las prácticas sociales y las subjetividades, muchas veces mediante la seducción, otras mediante fuerzas que integran los territorios aniquilando su autonomía. La colonialidad del saber ya no apela únicamente al ocultamiento de los saberes locales, sino también a formas sutiles de cooptación que los retoman, los resignifican y los movilizan de acuerdo con los intereses del capital. Es por ello por lo que en las experiencias que hemos referenciado en este texto se plantean formas de producción colectiva de conocimiento que

no emergen solo de los saberes expertos en una dimensión jerárquica de poder-saber, sino de agenciamientos colectivos en los cuales las voces, los saberes, las memorias y las prácticas de grupos subalternizados controvierten las posiciones inferiores en que fueron geo-situados sus conocimientos.

Hemos aprendido de la diversidad de epistemologías que circulan en los territorios, de las múltiples formas de gestionar la vida y de estrategias de expresión y representación que trazan líneas de fuga por medio de las cuales se resiste en los territorios a la cooptación y se mantiene la autonomía. La cartografía social en su condición de “pensamiento fronterizo” es una de esas líneas de fuga, una suerte de revolución molecular que interpela los sistemas de producción de conocimiento que han invadido hegemónicamente los territorios y las subjetividades de sus habitantes. Como revolución epistémica, la cartografía social es también una posibilidad de comprensión inédita entre los conocimientos técnicos y las experticias disciplinares con lugares de enunciación que promueven agenciamientos colectivos del conocimiento y que proponen la emergencia de epistemologías diversas.

La cartografía social, los “mapas a mano alzada” o el mapeamiento participativo han sido utilizados para solicitar el reconocimiento colectivo de las territorialidades ancestrales ante el Estado, para gestionar los recursos del territorio y para luchar por los derechos étnico-territoriales frente a distintas amenazas y agentes externos. Los procesos de cartografía social abordados en este artículo permiten comprender que la gente que habita los territorios ha desarrollado profundas comprensiones de las dinámicas locales y regionales relacionadas con la explotación de recursos naturales y mineros, megaproyectos de infraestructura, presión sobre el medio ambiente o conflicto armado. Por ello, los procesos de producción colectiva de conocimiento *desde y con* los territorios pueden constituirse en un insumo político fundamental para la protección de los derechos frente a las múltiples presiones desterritorializadoras, apelando a diferentes formas de representación socioespacial.

De acuerdo con lo que deriva de las experiencias de los tres proyectos presentados en este trabajo y de otras experiencias de cartografía social en Latinoamérica, la producción de mapas que en principio fue funcional para hacer legibles los territorios y recursos para los estados-nación y que, por lo tanto,

fue un instrumento al servicio de la dominación y el control oficial, desde hace algunos años viene siendo revisada a través de las maneras en las cuales las comunidades locales han usado las técnicas y discursos de la cartografía social.³⁴ Las reflexiones acerca de las dimensiones coloniales por medio de las cuales la geopolítica mundial configuró y legitimó unos saberes sobre otros nos han hecho un llamado a establecer nuevas formas de producción de conocimiento que ya no emerjan solo de los saberes expertos, sino a partir de un diálogo de saberes horizontal y ecuánime que propicie espacios donde la heterogeneidad de epistemologías que coexisten en los territorios suscite formas otras de producción de conocimientos desde la pluralidad de visiones del mundo.

Bibliografía

- Achselrad, Henri. *Cartografías sociales y territorio*. Río de Janeiro: Universidad Federal de Río de Janeiro, 2008.
- Almeida, Alfredo. “Nova cartografia social da Amazônia”. Em *Nova Cartografia Social da Amazonia. Povos e comunidades tradicionais. Catálogo, livros, mapas, fascículos, simpósios, vídeos*. Organizado por Alfredo Almeida, 29-34. Manaus: UEA, 2013.
- Anderson, Benedict. *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 1991.
- Andrade, Helena. “Nupirau: territorio, saberes y cartografía social”. En *Mapas y derechos. Experiencias y aprendizajes en América Latina*. Compilado por Carlos Salamanca y Rosario Espina, 207-30. Rosario: Universidad Nacional de Rosario, 2012.
- Castro-Gómez, Santiago. *La hybris del punto cero. Ciencia, raza e ilustración en la Nueva Granada (1750-1816)*. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana, 2005.
- Comisión Vida Justicia y Paz, COVIJUPA. *Situación de guerra y violencia en el departamento del Chocó, 1996-2002*. Bogotá: AECI, 2002.
- Consejo Comunitario Mayor de la Asociación Campesina Integral del Atrato, COCOMACIA. *Conociendo el territorio aciático*. Quibdó: COCOMACIA, 2010.
- Flórez, Jesús. “Territorialidad étnica, territorialidad colombiana y territorialidad del capital”. En *Autonomías territoriales: experiencias y desafíos*. Compilado

34 Bjørn Sletto et ál., “Territorialidad, mapeo participativo y política sobre los recursos naturales: la experiencia de América Latina”, *Cuadernos de Geografía. Revista Colombiana de Geografía*, Vol. 22, no. 2 (2013): 193-310.

- por Juan Guillermo Ferro y Gabriel Tobón, 285-96. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana, 2012.
- Flórez, Jesús y Delma Echeverría. *Derecho a la alimentación y al territorio en el Pacífico colombiano*. Tumaco: Diócesis de Tumaco, Diócesis de Quibdó, 2007.
- García, Andrés. “Geografías racializadas: configuraciones espaciales de la exclusión étnica afrocolombiana en Medellín”. En *Universos socioespaciales. Procedencias y destinos*. Editado por Clara García y Clara Aramburo, 245-79. Medellín: Siglo del Hombre, Universidad de Antioquia, Instituto de Estudios Regionales (INER), 2009.
- García, Andrés y Camilo Pérez, dirs. “Con la casa al hombro”. Video de YouTube, 51:37. Publicado por “J. Leonardo” el 20 de junio de 2012. <https://www.youtube.com/watch?v=vd85eI-2VXE>
- García, Andrés y Vladimir Montoya. “¡Eyy pille!... aquí estamos, ¡somos afro!”. *Jóvenes afrocolombianos en la ciudad de Medellín: identidades, representaciones y territorialidades*. Medellín: Alcaldía de Medellín, Universidad de Antioquia, 2010.
- Grupo de Memoria Histórica, GMH. *Bojayá. La guerra sin límites*. Bogotá: Taurus, 2010.
- Guattari, Félix. *Plan sobre el planeta. Capitalismo mundial integrado y revoluciones moleculares*. Madrid: Traficantes de Sueños, 2004.
- Massey, Doreen. “Imaginar la globalización: las geometrías del poder del tiempo-espacio”. En *Doreen Massey. Un sentido global del lugar*. Compilado por Abel Albet y Núria Benach, 130-55. Barcelona: Icaria, 2012.
- Mignolo, Walter. *Historias locales/diseños globales. Colonialidad, conocimientos subalternos y pensamiento fronterizo*. Sevilla: Akal, 2011. Primera edición: 2000.
- Ministerio de Cultura. “Cuarta parte: territorios”. En *Rutas de libertad: 500 años de travesía*. Editado por Roberto Burgos Cantor, 219-319. Bogotá: Ministerio de Cultura, Pontificia Universidad Javeriana, 2010.
- Montoya, Vladimir. “La cartografía social como instrumento para otras geografías. Apuntes para un diálogo de saberes territoriales”. En *Universos socioespaciales. Procedencias y destinos*. Editado por Clara García y Clara Aramburo, 113-36. Medellín: Siglo del Hombre, Universidad de Antioquia, Instituto de Estudios Regionales (INER), 2009.
- Montoya, Vladimir y Germán Arango. “Territorios visuales del tiempo y la memoria. Exploraciones metodológicas en la vereda Mogotes del municipio de Buriticá (Antioquia, Colombia)”. *Boletín de Antropología Universidad de Antioquia*, Vol. 22, no. 39 (2008): 185-206.
- Observatorio de Territorios Étnicos, OTE. *Construyendo autonomía territorial. Experiencias, metodologías y prácticas para la defensa de los territorios de comunidades negras*. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana, 2010.

- Offen, Karl. "O mapeas o te mapean: mapeo indígena y negro en América Latina". *Tabula Rasa*, no. 10 (2009): 163-89.
- Porto-Gonçalves, Carlos. "De saberes y de territorios: diversidad y emancipación a partir de la experiencia latinoamericana". *Polis, Revista de la Universidad Bolivariana*, Vol. 8, no. 22 (2009): 121-36.
- Sletto, Bjørn, Joe Bryan, Marla Torrado, Charles Hale y Deborah Barry. "Territorialidad, mapeo participativo y política sobre los recursos naturales: la experiencia de América Latina". *Cuadernos de Geografía. Revista Colombiana de Geografía*, Vol. 22, no. 2 (2013): 193-310.
- Velasco, Luis Guillermo. "Experiencias de educación propia en Guambía". Luguiva.net, noviembre de 2010. <http://www.luguiva.net/documentos/detalle.aspx?id=150&d=10>
- Villegas, Lucely. "Mazamorreo y población negra libre en Antioquia 1770-1820". *Boletín de Antropología Universidad de Antioquia*, Vol. 7, no. 23 (1990): 29-54.
- Wouters, Mieke. "Derechos étnicos bajo fuego: el movimiento campesino negro frente a la presión de grupos armados en el Chocó". En *Acción colectiva, Estado y etnicidad en el Pacífico colombiano*. Editado por Mauricio Pardo, 259-85. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia (ICANH), Colciencias, 2001.
- Yépez, Jorge. "Aspectos históricos y socioculturales de un palenque urbano". Tesis de pregrado, Universidad de Antioquia, Medellín, 1984.

El poder del lugar y su potencial político en la legitimación de la(s) memoria(s) del conflicto político armado¹

*Elsa Blair Trujillo*²

“Lo que no se puede es callar”.

Reyes Mate, “Epílogo. La incidencia filosófica de la teología política de J.B. Metz”

“Vuelvo a experimentar que el espacio da un conocimiento que no da el tiempo.

Es de otro orden.

Lo sientes cuando recorres el camino”.

Reyes Mate, *Por los campos de exterminio*

- ¹ Publicado originalmente en: *Cuadernos de Filosofía Latinoamericana*, Vol. 34, no. 108 (2013): 65-78. El presente artículo está vinculado a los estudios que la autora realiza sobre la sociología de la violencia.
- ² Doctora en Sociología de la Universidad Católica de Lovaina. Magíster en Investigación Social y licenciada en Sociología de la Universidad de Antioquia. En esta institución es investigadora de tiempo completo y trabaja como docente de posgrados en el programa de Sociología, específicamente en lo relacionado con la temática de la violencia y su relación con la ciencia sociológica.

A modo de introducción

En el país, el tema de la(s) memoria(s) del conflicto armado y/o de la guerra sigue a la orden del día en la agenda política y académica. Se continúa debatiendo sobre la posibilidad de hacer memoria en una situación un tanto sui géneris, como la coyuntura colombiana de “no-posconflicto”. Las apuestas e iniciativas de reconstrucción de las memorias del conflicto por parte de diversas organizaciones de víctimas, tanto en comunidades rurales como urbanas, no dejan de ser arriesgadas y peligrosas. Con todo, tanto quienes promueven estas iniciativas como las organizaciones que las acompañan no quieren desistir de la tarea, en la medida que ella apunta a la dignificación de las víctimas que han vivido tanto dolor y tanta muerte en medio del conflicto. Algunas de ellas, las más atrevidas, no solo insisten en el desarrollo de ejercicios de memoria que permitan poner en palabras los hechos dolorosos que han vivido, contribuyendo así a la reparación emocional de las víctimas, sino también en potenciar políticamente estas experiencias y lograr recuperar, entonces, el sentido político de la dignidad.³

Como una contribución a la posibilidad de potenciar políticamente estas memorias de dolor, este artículo quiere desarrollar una reflexión en torno al poder del lugar,⁴ gestado en el marco del debate sobre la(s) geopolítica(s) crítica(s). El tema tiene una amplia discusión en el terreno de las geografías contemporáneas o incluso en los estudios socioespaciales, que vienen reivindicando el papel tan importante que tiene el espacio en la producción y reproducción de los fenómenos sociales y políticos. Ello ha permitido hacer visible, contrario a lo que se ha creído por largo tiempo en las ciencias sociales, que el espacio no es una dimensión meramente geofísica (algo así como el esce-

3 Catalina Carrizosa, “Nuevas ciudadanías y configuración de sujetos políticos a partir del conflicto armado. La experiencia de la Asociación de Víctimas de Granada, Antioquia (Asovida)” (Tesis de pregrado, Medellín, Universidad de Antioquia, 2010); Elsa Blair, “Memoria y poder: (des)estatalizar las memorias y (des)centrar el poder del Estado”, *Universitas Humanística*, no. 72 (2011): 63-88; Elsa Blair, “Micropolíticas de las memorias: el sentido político de la dignidad”, *Desde la Región*, no. 54 (2011): 19-30.

4 John Agnew, *Geopolítica. Una re-visión de la política mundial* (Madrid: Trama Editorial, 2005); Emilio Piazzini, “El tiempo situado: las temporalidades después del ‘giro espacial’”, en *(Des)territorialidades y (no) lugares. Procesos de configuración y transformación social del espacio*, eds. Diego Herrera y Emilio Piazzini (Medellín: Universidad de Antioquia, 2006), 53-73.

nario físico e inmovible, un “contenedor” sobre el cual se desarrollaría la vida social), sino una producción social cuyas dimensiones simbólica y política inciden profundamente en esos procesos.

Igualmente, este nuevo campo de reflexiones evidencia la importancia de lo que se ha considerado el primado del tiempo sobre el espacio⁵ y los intentos por “equilibrar” esas dos dimensiones de la vida social. En efecto, espaciotiempo, en el caso de las teorías sociales, implica un encuentro entre repertorios conceptuales cuya trayectoria de relacionamiento ha sido débil e inequitativa: una prolongada tradición del tiempo como condición de la existencia, núcleo de la historia, estructurante de la memoria, para ponerla en contacto con un espacio que ha sido tradicionalmente minimizado por la filosofía, sobreterminado por la historia y tratado en las ciencias sociales como una cuestión meramente metodológica o de escalas.⁶

Incluso con esos avances en la discusión, su reflexión es escasa en la literatura sobre las memorias del conflicto. Al parecer, no hemos valorado, en su justa medida, lo que las apuestas por una nueva concepción espacial –que riñe con la geopolítica en su forma más clásica– podrían aportar a muchos fenómenos sociales y políticos, entre ellos el tema de la(s) memoria(s) del conflicto. Sin duda, su tesis central, que cuestiona la concepción estadocéntrica del poder para mostrar que existen otras formas de espacialización de este, otorga un rol muy importante a otras espacialidades, como la del lugar (no solo la espacialidad del Estado); en consecuencia, muestra el potencial que tendrían las experiencias de memorias que se vienen haciendo a nivel local o en espacios más micro, donde se resuelve el día a día de estas poblaciones; al potenciarlos como espacios de poder, las comunidades no tendrían necesidad de abogar por un reconocimiento y una legitimidad del orden estatal, sino más micro.

Una mirada a la espacialidad para pensar el lugar

Las espacialidades, como es apenas obvio, están ligadas a lugares y/o territorios; sin embargo, no son, como solemos entender, un asunto meramente

5 Piazzini, “El tiempo situado”.

6 Piazzini, “El tiempo situado”.

físico o geofísico referido a los lugares como materialidades. Estos últimos son solo un componente de la espacialidad que se estructura en la interacción de componentes físicos, pero también político-estratégicos y simbólicos.⁷ Sin duda, no es para nada fácil cambiar el lugar de interrogación del espacio, como lo viene proponiendo la geopolítica crítica. Y no es fácil, en parte, porque ello modificaría sustancialmente las maneras como hemos venido pensando el espacio tradicionalmente, esto es, se modificarían nuestros esquemas o hábitos de pensamiento; y tampoco es fácil porque las ciencias sociales no tienen un desarrollo muy consistente, desde lo teórico, sobre lo espacial.⁸ La mirada meramente física que comúnmente le damos al espacio, particularmente desde las ciencias sociales, es la consecuencia de un cierto descuido del espacio en esas disciplinas.⁹

Habría, pues, según estos autores, una tendencia a ignorar la geografía y la dimensión espacial de la existencia social. En algunos casos, vemos al espacio como un “escenario” o “plataforma” donde se suceden los procesos sociales (sin mayor interés teórico); en otros casos, el espacio aparece como un elemento del “contexto”, pero con una influencia menor en el desarrollo de la vida social. Estas apreciaciones del espacio como plataforma o como contexto tienden a negar un lugar analítico específico de lo espacial y a asumir que las relaciones sociales transcurren en un espacio abierto, yermo e incluso vacío.¹⁰

A su vez, y dado que en las ciencias sociales y humanas predomina una mirada demasiado institucional de lo político, cuando se trata de darle dimensión política al espacio, se le asocia al Estado o a lo estatal. El espacio se definiría, así, por los límites territoriales del Estado –así se concibe en la mayoría de los análisis–, terminando por asumirse que “el espacio de la vida social por excelencia es el espacio del Estado y que este funciona como ‘contenedor’ de la

7 Agnew, *Geopolítica*; Heriberto Cairo Carou, “Repensando la geo-política: la renovación de la disciplina y las aportaciones de John A. Agnew (Prólogo)”, en *Geopolítica. Una re-visión de la política mundial* (Madrid: Trama Editorial, 2005), ix-xv.

8 Ingrid Bolívar, “Espacio, poder y violencia: la autocomprensión de la sociedad burguesa”, en *(Des)territorialidades y (no) lugares. Procesos de configuración y transformación social del espacio*, eds. Diego Herrera y Emilio Piazzini (Medellín: Universidad de Antioquia, 2006), 117-33.

9 Wallerstein y Balibar citados en Bolívar, “Espacio, poder y violencia”.

10 Bolívar, “Espacio, poder y violencia”.

interacción social”.¹¹ Esta concepción se basa, por tanto, en una “estatalización del espacio y del poder”, asumiendo además al Estado como si fuera una forma “natural”, desconociendo que los procesos que han contribuido a la formación de la forma Estado, en tanto organización socioespacial específica, es una forma histórica propia de los países europeos. Se desconoce también que existen otras formas de organización socioespacial¹² y, sobre todo, las relaciones de poder que subyacen a esas formas de organización socioespacial.

Las formas concretas de esta concepción responderían, pues, a un mero asunto de escalas que, partiendo de lo “nacional” como límite del Estado-nación, piensa lo inter o supranacional “desde fuera” y lo regional y local “desde dentro”. Lo nacional o, más concretamente, “el espacio nacional” sería el que se tiene presente en el ejercicio político estatal: un espacio asumido como homogéneo, continuo y claramente diferenciable de otros espacios nacionales a través de las fronteras. En esta concepción se imagina el Estado como provisto de un espacio que le pertenece, sobre el cual debe desplegar su dominio, en el que están localizados los ciudadanos que representa “y en donde ya no hay formas localizadas de dominación distintas a lo estatal”.¹³ Esto es así porque otras formas de organización espacial y de dominación se asumen como “inferiores” en relación con el Estado. Esta concepción del espacio, en su forma estatal y “naturalizada”, todavía subsiste en muchos de los análisis de lo espacial en las ciencias sociales y tiene una clara concreción en el análisis del conflicto político.

En efecto, hasta épocas muy recientes lo que ha sostenido, en términos espaciales, el análisis del “conflicto en Colombia es esta espacialidad asociada

¹¹ Ibid., 120.

¹² Vale la pena resaltar, aunque no vayamos a desarrollar esta reflexión aquí, la similitud que tendría este cambio en la consideración de la espacialidad del poder con la apuesta analítica de Foucault, quien sostenía: “Creo que no existe un único poder en la sociedad, sino que existen relaciones de poder extraordinariamente numerosas, múltiples, en diferentes ámbitos, en los que unas se apoyan en otras y en las que unas se oponen a otras (...) Estas relaciones de poder son sutiles, se ejercen en niveles diferentes, y no podemos hablar de un poder, sino más bien describir relaciones de poder”. Michel Foucault, “La verdad y las formas jurídicas”, en *Estrategias de poder. Obras esenciales*, Vol. II (Barcelona: Paidós, 1999), 277-8.

¹³ Bolívar, “Espacio, poder y violencia”, 121-2.

a la estatalidad”¹⁴. En otras palabras, las diversas disciplinas sociales que han abordado el tema del conflicto político en su dimensión territorial asumen la espacialidad exclusivamente en términos del Estado-nación, ignorando otras formas espaciales de organización del poder. El espacio se piensa, sobre todo en los análisis regionales del conflicto, asociado siempre a “escalas mayores” del orden de lo nacional. En estos términos, su dimensión política o, más bien, la espacialización del poder solo se construye en relación con un “centro” del orden de lo nacional.

Pero, ¿de qué estamos hablando cuando hablamos de “geopolítica clásica”¹⁵ y cómo ella es puesta en cuestión por la(s) geopolítica(s) crítica(s)? El término geopolítica se ha usado durante mucho tiempo para definir el estudio de las representaciones y prácticas geográficas que sustentan la política mundial. Una definición más concreta la asume como “el examen de los supuestos, clasificaciones y explicaciones geográficas que participan en el diseño de la política mundial”.¹⁶ Al utilizar esa definición, Agnew trata de explicitar de qué modo el descubrimiento y la integración del mundo en una sola entidad, por un lado, y el desarrollo del Estado territorial como ideal político, por el otro, se unieron para crear el contexto de la política mundial moderna. Esta última no fue inventada “hasta que fue posible *ver* el mundo (‘en la imaginación’) como un todo y plantearse objetivos relacionados con dicha escala geográfica”.¹⁷

Según este sistema, se le dio prioridad a las escalas global y nacional por encima de las otras, las cuales, finalmente, se organizaron con soberanía absoluta sobre sus propios territorios, de acuerdo con el principio de soberanía de los estados. Los problemas y las decisiones políticas han sido definidos según las escalas geográficas, mediante las cuales la mundial sería la superior en orden de importancia hacia las escalas inferiores. El término geopolítica, por lo general, se suele aplicar a escala global, pero se basa en *suposiciones* sobre la

14 Elsa Blair, Alejandro Pimiento y Carlos Agudelo, *Conflicto armado, actores y territorios: los visos de un caleidoscopio* (Medellín: Instituto de Estudios Regionales [INER], Universidad de Antioquia, 2004).

15 Esta geopolítica va a ser nombrada por Agnew como la “imaginación geopolítica moderna”. Agnew, *Geopolítica*, 6. Para diferenciar su propuesta se ha asumido el término “geopolítica”.

16 Agnew, *Geopolítica*, 6.

17 *Ibid.* (énfasis en el original).

diversa importancia que tienen las escalas geográficas que ya funcionan para la vida del planeta.

La geopolítica presenta un cierto renacimiento en los últimos años, pero bajo nuevas acepciones. La geopolítica crítica, por ejemplo, cuestiona muchas de las “huecas afirmaciones” que ha sostenido la geopolítica tradicional, asumiéndola como una imposición práctica construida históricamente sobre un mundo complejo y diverso. Su propósito es señalar que lo más acertado es interpretar el mundo como “un mosaico de lugares vinculados y diferenciados de diversas formas”.¹⁸ Este nuevo enfoque no daría prioridad a ciertas escalas geográficas de análisis, como la global y la nacional, por su supuesta especial relevancia, sino que más bien haría hincapié en el modo en que cambian con el tiempo las relaciones entre las distintas escalas y las redes entre lugares. Este planteamiento aparta el pensamiento de los horizontes políticos que giran en torno al Estado y lo dirigen hacia una visión más pluralista de la organización política del pasado y del futuro. Ello tendría dos propósitos: por un lado, reflexionar y poner en práctica una política mundial que deje de estar sometida a la depredación de dicha concepción, dando una nueva estructura narrativa a la historia mundial moderna; por otro lado, sustituir la organización política por un método diferente de explicación de la geopolítica mundial, empezando a hacer una política mundial distinta.¹⁹

La propuesta novedosa y muy sugerente de Agnew, que vienen recogiendo varios analistas como Ulrich Oslander,²⁰ Heriberto Cairo Carou²¹ y Emilio Piazzini,²² se basa en su presunción de que vivimos en un mundo en tran-

¹⁸ Ibid., 8.

¹⁹ Agnew, *Geopolítica*.

²⁰ Ulrich Oslander, “Espacio-lugar y movimientos sociales: hacia una espacialidad de resistencia”, *Scripta Nova. Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*, Vol. 6, no. 115 (junio de 2002); Ulrich Oslander, “Des-territorialización y desplazamiento forzado en el Pacífico colombiano: la construcción de geografías del terror”, en *(Des)territorialidades y (no) lugares. Procesos de configuración y transformación social del espacio*, eds. Diego Herrera y Emilio Piazzini (Medellín: Universidad de Antioquia, 2006), 155-72.

²¹ Cairo Carou, “Repensando la geo-política”.

²² Emilio Piazzini, “El tiempo situado: las temporalidades después del ‘giro espacial’”, en *(Des)territorialidades y (no) lugares. Procesos de configuración y transformación social del espacio*, eds. Diego Herrera y Emilio Piazzini (Medellín: Universidad de Antioquia, 2006), 53-73; Emilio Piazzini, “Los estudios socioespaciales: hacia una agenda de investigación transdisciplinaria”, *Revista RegionEs*,

sición, en un periodo crítico que permite, en forma realista, intentar hacer un mundo menos estadocéntrico y, consecuentemente, menos peligroso. Esto dependerá de nuestra capacidad para escapar de las trampas mentales puestas por la imaginación geopolítica moderna y de darnos cuenta de que ella es solamente una contingencia histórico-discursiva que no tiene por qué seguirse sosteniendo. Esta geopolítica crítica es, pues, en palabras de Agnew,²³ “un intento de rehumanización del mundo”, al situar otra vez en el centro de la geopolítica a la gente, en vez de las “fuerzas de la naturaleza”, como afirmaba la geopolítica tradicional. Nada más parecido a la utopía.

El poder del lugar

Siguiendo las reflexiones de esta última corriente, parecería posible sostener que si el mundo no es un “todo” orgánicamente estructurado como lo planteaba la imaginación geopolítica mundial, entonces el “lugar” gana sentido. Este, en términos de Agnew, “representa el encuentro de la gente con otra gente y con las cosas en el espacio”.²⁴ Con esta última afirmación, Agnew se refiere a la forma en que la vida cotidiana se inscribe en el espacio y adquiere significado para grupos particulares de gente y organizaciones. Si el espacio se mantiene unido gracias a imágenes cartográficas o determinadas narrativas (a menudo oficiales), el lugar es reafirmado cotidianamente. Uno de los aportes más importantes que tiene la obra de Agnew es la reconsideración del papel del lugar en los procesos políticos y sociales: el lugar dejará de ser un escenario estático en el que los diferentes hechos se suceden y pasará a considerarse como un componente siempre dinámico de los procesos políticos, sociales y económicos.²⁵ Por supuesto, continúa Cairo, la importancia del lugar no se deriva de ninguna “localización” especial ni de su “riqueza” en recursos, sino que es “una construcción social histórica”.²⁶

no. 2 (2004): 151-72; Emilio Piazzini, “Cronotopos, memorias y lugares: una mirada desde los patrimonios”, en *Geopolíticas: espacios de poder y poder de los espacios*, eds. Emilio Piazzini y Vladimir Montoya (Medellín: Editorial La Carreta, Instituto de Estudios Regionales, 2008), 171-83.

23 Agnew, *Geopolítica*.

24 Agnew citado en Cairo Carou, “Repensando la geo-política”, xiv.

25 Cairo Carou, “Repensando la geo-política”.

26 Agnew citado en Cairo Carou, “Repensando la geo-política”, xiv.

Oslender,²⁷ por su parte, retoma también el concepto y la importancia del lugar en su estudio sobre los movimientos sociales. Destaca la fuerza analítica del concepto, señalando el énfasis que permite en las subjetividades y en las formas individuales de percepción de la vida social. El lugar estaría constituido por tres elementos: *la localidad, la ubicación y el sentido del lugar*. El primero, *la localidad*, aludiría a los escenarios físicos dentro de los cuales ocurre la interacción social, pero también haría referencia a las interacciones y comunicaciones cotidianas que ahí se desarrollan; *la ubicación* aludiría al espacio geográfico concreto, que incluye la localidad, afectada, a su vez, por procesos económicos y políticos de escalas más amplias; finalmente, el *sentido del lugar* referiría el sentimiento local, por ejemplo, los sentimientos de apego que desarrollan individuos y comunidades a través de sus experiencias y memorias. Los tres no pueden ser asumidos separadamente y más bien actuarían como momentos fluidos cuyas interacciones se influyen y forman entre sí.²⁸

Así visto, parecería que el lugar sería la forma más clara y concreta de apropiación del espacio para la gente común y corriente. Con él se podría potenciar, igualmente, la construcción de *espacios habitables*, en el sentido profundo de habitar que retomamos de la acepción de Heidegger, cuando dice que “solo es posible habitar donde podemos construir”.²⁹

Lugares y memorias

Como ha sido puesto en evidencia por diversos autores que trabajan el tema de la memoria,³⁰ ella está inextricablemente atada a los lugares. Lo que los diversos ejercicios de memoria realizados por las víctimas han dejado ver en

27 Oslender, “Des-territorialización y desplazamiento forzado”.

28 Oslender, “Espacio-lugar y movimientos sociales”.

29 Heidegger citado en Esther Cohen, *Los narradores de Auschwitz* (Ciudad de México: Fineo, 2006), 9.

30 Paul Ricœur, *La memoria, la historia, el olvido* (Madrid: Trotta, 2003); Gonzalo Sánchez, *Guerra, memoria e historia*, 2.^a ed. (Medellín: La Carreta Editores, 2006); Pilar Riaño, “Geografías del desplazamiento. Territorialidades y movilidades urbanas”, en *(Des)territorialidades y (no) lugares. Procesos de configuración y transformación social del espacio*, eds. Diego Herrera y Emilio Piazzini (Medellín: Universidad de Antioquia, 2006), 185-201; Alejandro Castillejo, “Voces desde el sepulcro: terror, espacio y alteridad en la guerra colombiana”, en *(Des)territorialidades y (no) lugares. Procesos de configuración y transformación social del espacio*, eds. Diego Herrera y Emilio Piazzini (Medellín: Universidad de Antioquia, 2006), 173-83.

todos los procesos de reconstrucción es cómo la violencia, con todo y sus secuelas de terror, ha dejado marcados los lugares con el horror, el dolor y el sufrimiento de sus pérdidas. Diversos testimonios de pobladores que habitan zonas de violencia están inundados de referencias espaciales en sus relatos: “donde mataron a...”, “aquí fue la masacre de...”, “todo el pueblo quedó oliendo a muerte” y muchos otros. Todos ellos son manifestados a través de lugares y/o adverbios de lugar, que son la expresión de una serie de significaciones construidas por las poblaciones en torno a los espacios habitados y que, en los últimos años, han sido tejidas por la guerra.

Esto ha sido nombrado por Oslender³¹ como una transformación de los lugares y regiones en paisajes del miedo, con unas articulaciones espaciales específicas que rompen, de manera dramática y frecuentemente imprevisible, las relaciones sociales locales y regionales. Por sus referentes espaciales son también la expresión de lo que otros investigadores han llamado una “cartografía del terror”,³² para referirse a esos lugares que quedan marcados por las situaciones y/o eventos violentos que trae la guerra. Como lo señalaba una campesina desplazada, en referencia al lugar donde vivía y había sido afectado por la violencia: “A mí no me gusta estar *aquí*, ya no tenemos nada, ni somos nadie. No podemos hacer nada, solo esperar a ver si nos mandan a *algún lado* (...) Vivir aquí es como vivir en el infierno, no se respira aire puro a pesar del hecho de que vivimos en una montaña”.³³ Y más adelante, narrando otra historia de horror, dice: “La finca se llama ahora purgatorio y nadie quiere trabajar allá. Si no es un purgatorio, qué mas es, sino almas en pena las que allí habitan”.³⁴

Estas referencias espaciales en los relatos ponen en evidencia un asunto muy importante: la *espacialidad* es un componente de la memoria. Un seguimiento a estos procesos en el terreno concreto de las narrativas de la memoria ayuda a precisar el papel de esta suerte de “espacialidad” que estructura la

31 Oslender, “Espacio-lugar y movimientos sociales”.

32 Castillejo, “Voces desde el sepulcro”.

33 Ibid., 174 (énfasis en el original).

34 Ibid., 180.

memoria y que podríamos llamar, con Alejandro Piscitelli, “recuerdos geográficos”.³⁵ Esto ayuda, sin duda, a esclarecer la naturaleza de ese componente espacial ligado a las experiencias de la violencia; ayuda también a esclarecer el papel que el espacio cumple en los procesos de elaboración de las memorias.

Considerar el espacio más allá de su materialidad geofísica permite, al menos en un primer registro, comprender la categoría “sentidos de lugar” como experiencia sensorial del medio ambiente y el modo como los individuos lo revisten de sentido y significado, fruto de prácticas compartidas de territorialidad, lenguaje, símbolos e historias grabadas en el paisaje.³⁶ Ello también permite explorar cómo las memorias de la violencia han marcado esos lugares, hasta el punto de hacerlos inhabitables.³⁷ Recuperar esos lugares, resignificarlos, pasa por complicados procesos de reelaboración de los duelos que permitan a las víctimas el retorno, a través de procesos de reconstrucción del tejido social que van aparejados con la reconstrucción de los lugares, en tanto “lugares habitables”. El espacio ya no estará marcado por la pérdida y el dolor, sino también por las posibilidades de habitar la vida en el presente y por las expectativas de reconstruir en los lugares un futuro. Pero, en términos políticos, esta reconstrucción de los lugares ayudaría a resemantizarlos. Un esfuerzo de reconstrucción de las memorias debería dirigirse al propósito expreso de que las poblaciones puedan resignificarlos, es decir, lograr la de-construcción de estas representaciones tejidas por la guerra y la re-construcción de nuevas significaciones o nuevos sentidos de lugar de los espacios habitados.

Como ya sabemos, los ejercicios de memoria tienen la posibilidad de “recuperar los lugares de la devastación”,³⁸ lo que se configura como una opción

35 Alejandro Piscitelli, “Pasión, casamiento y poder: tradición oral y memoria en familias latifundistas del café (Minas Gerais, Brasil)”, en *Los usos de la historia de vida en las ciencias sociales I*, coords. Thierry Lulle, Pilar Vargas y Lucero Zamudio (Barcelona: Anthropos Editorial, Universidad Externado de Colombia, 1998), 73.

36 Riaño, “Geografías del desplazamiento”.

37 Procesos más recientes, como el llamado “retorno” a los lugares de donde fueron desplazados muchos campesinos por la acción de actores armados, han mostrado la dificultad, para muchos de ellos, de volver al lugar marcado por el dolor y el sufrimiento que vivieron; es decir, se ha perdido todo su sentido de comunidad para convocar “el regreso a casa”.

38 Veena Das, “Trauma y testimonio”, en *Veena Das: agentes de dolor, sujetos de dignidad*, ed. Francisco A. Ortega (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2008), 158.

de reconstruir el lazo social y la vida cotidiana. Sin duda, es preciso recuperar esos espacios para hacer habitable el presente y poder, al menos, delinear, a través de la recuperación, un cierto horizonte de futuro. Pero para lograr esta reconstrucción es preciso recordar, pues es cierto que “sin la memoria del sufrimiento el futuro deviene cada vez más frágil”.³⁹ ¿Cómo puede(n) la(s) memoria(s) del conflicto potenciar políticamente el dolor y el sufrimiento asociados a los lugares que han quedado marcados por la violencia?

Como lo ha planteado Beatriz Restrepo en el análisis que hace, apoyada en el teólogo alemán Jean Baptiste Metz, “el sufrimiento tiene un enorme potencial político” al que no hemos sabido darle la suficiente importancia.⁴⁰ Retomando el concepto de *memoria moral* como aquella capaz de atender los gritos de dolor de las víctimas inocentes y de suscitar compasión, solidaridad y sentido de justicia,⁴¹ esta autora se permite poner en cuestión la falta de solidaridad y de justicia, lo avaros que hemos sido en el país frente al duelo colectivo y la falta de compromiso como comunidad moral. De ahí que señale el escaso proceso de memoria que hemos hecho como nación,⁴² mientras deja ver “la enorme fuerza política de la memoria del sufrimiento”. Al mantener el recuerdo moral y al luchar contra la desaparición de la memoria, esta asume una dimensión política que no hemos sabido potenciar en Colombia, al reducir al ámbito privado el duelo personal, lo que debería ser, por el contrario, piedra de escándalo colectivo y duelo público.⁴³

La propuesta que queremos hacer con estas reflexiones es la de articular la potencia del lugar que deja ver la geopolítica crítica hoy y la enorme fuerza política del dolor y el sufrimiento, para hacer de ellos un instrumento de lucha política que permita no solo el reconocimiento de la guerra que han vivido y

39 Beatriz Restrepo, “Justicia a los muertos o un alegato a favor del recuerdo moral”, *Desde la Región*, no. 54 (2011): 33.

40 Restrepo, “Justicia a los muertos”. El artículo fue publicado inicialmente por el periódico *El Colombiano* en el 2000 y fue reeditado recientemente en el número 54 de la revista *Desde la Región*, por su vigencia y pertinencia en el momento actual.

41 Metz citado en Restrepo, “Justicia a los muertos”.

42 Sin duda, tiene razón al señalar que nuestra memoria de las víctimas es tan pobre que de ella tenemos, en muchos casos, solo las estadísticas. Restrepo, “Justicia a los muertos”.

43 Restrepo, “Justicia a los muertos”.

de su situación de víctimas, sino también la posibilidad de recuperar la vida y la dignidad. La apuesta no es, pues, por una memoria oficial convertida en historia, que “sería muda e impotente frente al sufrimiento”,⁴⁴ sino por una pluralidad de memorias subjetivas, “huellas de la experiencia vivida”,⁴⁵ tejidas con los recuerdos dolorosos de los lugares donde ha vivido la guerra.

Si se desarrollan y se ponen en público estas memorias, aunque sean más íntimas, familiares, vecinales y cotidianas, se estarán reemplazando “los espacios de poder por el poder de los espacios”.⁴⁶ Con ello, el reconocimiento, la dignidad y el lugar de las víctimas en la memoria colectiva de la sociedad no dependerán del espacio que les conceda el Estado (léase la memoria oficial), sino de los microespacios donde se desarrolla la vida cotidiana. Y es en este ámbito donde ella tiene sentido, significación y posibilidades de agencia, pues, como acertadamente señala Heller, “para la mayoría de los hombres la vida cotidiana es la vida”.⁴⁷

Bibliografía

- Agnew, John. *Geopolítica. Una re-visión de la política mundial*. Madrid: Trama Editorial, 2005.
- Blair, Elsa. “Memoria y poder: (des)estatalizar las memorias y (des)centrar el poder del Estado”. *Universitas Humanística*, no. 72 (2011): 63-88.
- _____. “Micropolíticas de las memorias: el sentido político de la dignidad”. *Desde la Región*, no. 54 (2011): 19-30.
- Blair, Elsa, Alejandro Pimiento y Carlos Agudelo. *Conflicto armado, actores y territorios: los visos de un caleidoscopio*. Medellín: Instituto de Estudios Regionales (INER), Universidad de Antioquia, 2004.
- Blair, Elsa, Natalia Quiceno, Isabel Cristina de los Ríos y Ana María Muñoz. “De memorias y de guerras”. Informe final de investigación, Medellín, Instituto de Estudios Regionales (INER), Universidad de Antioquia, 2009.

44 Metz citado en Restrepo, “Justicia a los muertos”.

45 Sánchez. *Guerra, memoria e historia*, 22.

46 Emilio Piazzini y Vladimir Montoya, “Introducción: la potencia del espacio”, en *Geopolíticas: espacios de poder y poder de los espacios*, eds. Emilio Piazzini y Vladimir Montoya (Medellín: Editorial La Carreta, Instituto de Estudios Regionales, 2008), 7-13. Es, en efecto, un juego de palabras que va mucho más allá y descentra el problema del poder de la esfera exclusiva del Estado. Para una amplia reflexión sobre estos “otros” espacios de poder, no necesariamente estatales, ver: Agnew, *Geopolítica*.

47 Ágnes Heller, *Sociología de la vida cotidiana* (Barcelona: Península, 1998).

- Bolívar, Ingrid. "Espacio, poder y violencia: la autocomprensión de la sociedad burguesa". En *(Des)territorialidades y (no) lugares. Procesos de configuración y transformación social del espacio*. Editado por Diego Herrera y Emilio Piazzini, 117-33. Medellín: Universidad de Antioquia, 2006.
- Cairo Carou, Heriberto. "Repensando la geo-política: la renovación de la disciplina y las aportaciones de John A. Agnew (Prólogo)". En *Geopolítica. Una re-visión de la política mundial*, ix-xv. Madrid: Trama Editorial, 2005.
- Carrizosa, Catalina. "Nuevas ciudadanías y configuración de sujetos políticos a partir del conflicto armado. La experiencia de la Asociación de Víctimas de Granada, Antioquia (Asovida)". Tesis de pregrado, Medellín, Universidad de Antioquia, 2010.
- Castillejo, Alejandro. "Voces desde el sepulcro: terror, espacio y alteridad en la guerra colombiana". En *(Des)territorialidades y (no) lugares. Procesos de configuración y transformación social del espacio*. Editado por Diego Herrera y Emilio Piazzini, 173-83. Medellín: Universidad de Antioquia, 2006.
- Cohen, Esther. "Volver del campo de concentración: testimoniar ante el enmudecimiento de la lengua". *Metapolítica*, no. 28 (2003): 47-55.
- _____. *Los narradores de Auschwitz*. Ciudad de México: Fineo, 2006.
- Das, Veena. "Trauma y testimonio". En *Veena Das: agentes de dolor, sujetos de dignidad*. Editado por Francisco A. Ortega, 145-69. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2008.
- Foucault, Michel. "La verdad y las formas jurídicas". En *Estrategias de poder. Obras esenciales*. Vol. II, 169-282. Barcelona: Paidós, 1999.
- Heller, Ágnes. *Sociología de la vida cotidiana*. Barcelona: Península, 1998.
- Oslender, Ulrich. "Espacio-lugar y movimientos sociales: hacia una espacialidad de resistencia". *Scripta Nova. Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*, Vol. 6, no. 115 (junio de 2002).
- _____. "Des-territorialización y desplazamiento forzado en el Pacífico colombiano: la construcción de geografías del terror". En *(Des)territorialidades y (no) lugares. Procesos de configuración y transformación social del espacio*. Editado por Diego Herrera y Emilio Piazzini, 155-72. Medellín: Universidad de Antioquia, 2006.
- Piazzini, Emilio. "Los estudios socioespaciales: hacia una agenda de investigación transdisciplinaria". *Revista RegionEs*, no. 2 (2004): 151-72.
- _____. "El tiempo situado: las temporalidades después del 'giro espacial'". En *(Des)territorialidades y (no) lugares. Procesos de configuración y transformación social del espacio*. Editado por Diego Herrera y Emilio Piazzini, 53-73. Medellín: Universidad de Antioquia, 2006.

- _____. “Cronotopos, memorias y lugares: una mirada desde los patrimonios”. En *Geopolíticas: espacios de poder y poder de los espacios*. Editado por Emilio Piazzini y Vladimir Montoya, 171-83. Medellín: Editorial La Carreta, Instituto de Estudios Regionales, 2008.
- Piazzini, Emilio y Vladimir Montoya, “Introducción: la potencia del espacio”. En *Geopolíticas: espacios de poder y poder de los espacios*. Editado por Emilio Piazzini y Vladimir Montoya, 7-13. Medellín: Editorial La Carreta, Instituto de Estudios Regionales, 2008.
- Piscitelli, Alejandro. “Pasión, casamiento y poder: tradición oral y memoria en familias latifundistas del café (Minas Gerais, Brasil)”. En *Los usos de la historia de vida en las ciencias sociales 1*. Coordinado por Thierry Lulle, Pilar Vargas y Lucero Zamudio, 65-81. Barcelona: Anthropos Editorial, Universidad Externado de Colombia, 1998.
- Restrepo, Beatriz. “Justicia a los muertos o un alegato a favor del recuerdo moral”. *Desde la Región*, no. 54 (2011): 31-36.
- Reyes Mate, Manuel. *Por los campos de exterminio*. Barcelona: Anthropos Editorial, 2003.
- Riaño, Pilar. “Geografías del desplazamiento. Territorialidades y movilidades urbanas”. En *(Des)territorialidades y (no) lugares. Procesos de configuración y transformación social del espacio*. Editado por Diego Herrera y Emilio Piazzini, 185-201. Medellín: Universidad de Antioquia, 2006.
- Ricoeur, Paul. *La memoria, la historia, el olvido*. Madrid: Trotta, 2003.
- _____. *Tiempo y narración I*. Ciudad de México: Siglo XXI, 2004.
- Sánchez, Gonzalo. *Guerra, memoria e historia*. 2.ª ed. Medellín: La Carreta Editores, 2006.

Estigmas territoriales y distinciones sociales: configuraciones espaciales en la ciudad de Medellín¹

Natalia Quiceno Toro²

Paula Sanín Naranjo³

En la ciudad vivida cotidianamente emitimos juicios sobre los lugares que visitamos y los que no nos atrevemos a visitar. Este hecho, que podría parecer muy simple y natural, fue una de las principales motivaciones para preguntarnos sobre las formas como las imágenes que tenemos de los “otros”, extraños o cercanos en nuestra ciudad, nos están definiendo mapas de ciudad y rutas para seguir o evitar determinados lugares. Todo esto, no solo como una forma de experimentar un espacio particular sino como una forma de construir nuestras relaciones sociales. Es decir, de la proximidad o lejanía con los “otros” que habitan un mismo espacio; desde la diferenciación del “otro” a partir del sentido de la distinción social.⁴ La pregunta que nos sirvió como carta de navegación en las cotidianidades de, aproximadamente, 70 jóvenes de la ciudad

¹ Publicado originalmente en: *Anagramas*, Vol. 7, no. 14 (2009): 115-32.

² Antropóloga. Magíster en Ciencia Política y coordinadora del Grupo de Investigación Cultura, Violencia y Territorio del Instituto de Estudios Regionales (INER) de la Universidad de Antioquia.

³ Antropóloga.

⁴ Pierre Bourdieu, *La distinción* (Madrid: Taurus, 1998).

de Medellín fue: ¿cómo nuestras experiencias, en el habitar la ciudad, configuran y reflejan distinciones sociales?

Tres colegios de diferentes estratos socioeconómicos y diferentes sectores de la ciudad fueron el escenario para realizar el trabajo de campo. En el primero, la institución Gente Unida Luz de Oriente ubicada en el sector de La Honda del barrio La Cruz, trabajamos con jóvenes de grado noveno, entre los 15 y los 20 años de edad; la mayoría de estos jóvenes son provenientes de otras regiones de Antioquia e incluso de Colombia; muchos fueron desplazados por la guerra y la mayoría ha vivido el desplazamiento intraurbano, es decir, se ha movilizadado por diferentes barrios de la ciudad, al ritmo de la intensificación del conflicto urbano en ciertas zonas. El segundo colegio fue el INEM José Félix Restrepo, institución educativa seleccionada como el lugar donde podríamos encontrar jóvenes de diversas zonas de la ciudad y de diferentes estratos sociales. Allí trabajamos con un grupo de aproximadamente 35 jóvenes habitantes de barrios como Castilla, Belén, Santa Fe, Campo Valdés, Aranjuez, El Centro, Robledo, Belalcázar, Pedregal e incluso otros municipios del Área Metropolitana como Envigado, Bello e Itagüí. La tercera institución fue el Colegio Waldorf Isolda Echavarría, elegida principalmente por el carácter privado y por el hecho de que sus estudiantes provienen de estratos socioeconómicos altos; pero también nos interesó su enfoque pedagógico Waldorf,⁵ que lo diferencia de otros colegios privados en la ciudad menos abiertos a este tipo de proyectos. Esta característica del colegio permitió, de alguna manera, la receptividad frente al proyecto.

Este artículo constituye, entonces, un acercamiento a los resultados del trabajo llevado a cabo con los grupos de jóvenes de estas tres instituciones.⁶

- 5 Esta metodología plantea “la educación como un desarrollo hacia la libertad individual, incorporando la expresión artística como un medio de aprendizaje en las materias curriculares. El canto, la música o la pintura no sólo tienen sus clases especiales sino que también se la utiliza en las de matemática, lengua o ciencias sociales para incorporar conocimientos específicos. Además, los chicos participan en clases y talleres de distintos oficios, como carpintería, cocina, tejido y jardinería, entre otros”. Revista Planetario, “Apuntes sobre la pedagogía Waldorf”, *Revista Planetario*, no. 37 (2003), <http://www.revistaplanetario.com.ar>.
- 6 Resultado del proyecto de investigación “Narraciones del espacio y construcción social de ‘lo popular’ en Medellín”, desarrollado durante el año 2005 en el marco del Grupo de Investigación Cultura, Violencia y Territorio del INER de la Universidad de Antioquia.

Inicia con una mirada general al tema de las distinciones sociales y al estigma territorial para, posteriormente, conocer algunas de las imágenes y relatos que los jóvenes construyen sobre la ciudad en su habitar cotidiano. Finalmente, propone unas reflexiones sobre el papel del estigma y el estereotipo en las maneras de pensar y habitar la ciudad.

Partimos de dos ejes analíticos que permiten pensar la relación entre habitar un espacio, las percepciones y las recreaciones que los sujetos construyen de este espacio (físico y social) y de sus habitantes. Estos ejes son: *distinción y espacio social* y *estereotipos y estigmas*.⁷

Distinciones y espacio social

Hablar de distinciones sociales es hablar de posicionamientos sociales. Es decir, son las diferenciaciones que los sujetos hacen de sí mismos frente a unos “otros” en un espacio social determinado. Es volver al constante problema antropológico de la identidad y la alteridad. No obstante, la perspectiva de pensar las formas de distinción o los procesos y criterios de posicionamiento en un espacio social dado constituye un lente interesante para leer, desde un sentido ante todo relacional y político, estos temas anclados en la tradición antropológica. Así, el enfoque del que partimos consiste en pensar el trasfondo político de esa diversidad –que cohabita en la ciudad– y comprender cómo esta enfrenta desencuentros, exclusiones, segregaciones, estigmas, en suma, desigualdades.

El tema de las distinciones sociales lo abordamos desde la pregunta por el *habitar*,⁸ acogiéndonos al planteamiento de Bourdieu quien afirma que “existir en un espacio, ser un punto, un individuo en un espacio, significa diferir, ser diferente”,⁹ y conlleva una exclusión mutua entre los sujetos. Entendemos, pues, el *habitar* como una experiencia que no solamente consiste en estar en un espacio, sino también en desplegar en ese “estar en el espacio” toda una competencia social y cultural, un conocimiento y una memoria que le

7 Ver: Natalia Quiceno, “Habitar la ciudad: jóvenes y distinciones sociales en Medellín” (Informe de investigación inédito, CODI, INER, Universidad de Antioquia, 2005).

8 Para ampliar este tema ver el capítulo 1 de Quiceno, “Habitar la ciudad”.

9 Pierre Bourdieu, *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción* (Barcelona: Anagrama, 1999), 121.

permiten a un sujeto apropiarse y/o interactuar con otros en ese espacio. El habitar es, entonces, ante todo, una práctica social.

A partir de estas reflexiones, nos preguntamos: ¿cuáles son las lógicas y los signos distintivos que configuran ciertos órdenes de posicionamiento en la ciudad?, ¿cómo incorporamos ciertos condicionamientos para el habitar?, y ¿qué lugar tiene la alteridad en esos condicionamientos? Nuestro interés consiste en analizar cómo las diferencias se convierten en criterios de distinción social y cómo esos criterios también tienen una expresión espacial, es decir, propician un encuentro con esa geopolítica¹⁰ de la ciudad, en la que se tejen con esos “otros” juegos de visibilidad, exclusión, segregación y reconocimiento.

En suma, analizar el tema de la distinción nos lleva a pensar, por un lado, su relación con el habitar y por consiguiente con el espacio, y por otro lado, cómo en los procesos de distinción se crea un juego de categorías que se convierten en estereotipos y, finalmente, en naturalizaciones que estructuran un orden de posiciones de los grupos y sujetos en el espacio social.

En el desarrollo de la investigación identificamos dos niveles que fueron centrales para pensar el tema del *habitar* y su relación con la distinción: la alteridad social y la alteridad espacial. Cuando pensamos a un ser humano o a un espacio como “otro” se está estableciendo una relación desde la distancia social, es decir, desde el extrañamiento con lo ajeno, lo diferente. En este sentido, en el análisis de las experiencias del *habitar* compartidas con los jóvenes fue central el proceso de cómo la diferenciación de “otros” sujetos conlleva la diferenciación de “otros” espacios. Se da, pues, una configuración del espacio también desde la alteridad, que se hace visible en los relatos que nos permiten o restringen ciertos andares y en los andares mismos que diseñan unas rutas e itinerarios en la ciudad.¹¹

Estos relatos, como veremos más adelante, nos permiten entender cómo a través de las relaciones que establecemos con los “otros” en la ciudad les

10 Entendemos como geopolítica de la ciudad a las formas como en el espacio físico se configura un correlato de las distancias y diferenciaciones, jerarquías y exclusiones propias del espacio social. Pierre Bourdieu, *La miseria del mundo* (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 1999).

11 Michel de Certeau, 1 *Las artes de hacer*, volumen 1 de *La invención de lo cotidiano* (Ciudad de México: Universidad Iberoamericana, Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente, 2000).

asignamos unos espacios particulares. En el momento en que nos distinguimos de “otro” lo ubicamos a él y por ende a nosotros mismos, no solo en el espacio social, sino también en el espacio físico. Así, los lugares asignados a esos “otros” nos van definiendo unas geografías de la alteridad y van tejiendo con el espacio unos estereotipos y estigmas con los que identificamos determinadas zonas, barrios e incluso a la ciudad en su conjunto. Esto nos lleva a nuestro segundo eje de análisis.

Estereotipos y estigmas¹²

Al analizar las formas como definimos a los “otros” y nos acercamos o alejamos de ellos en nuestros recorridos cotidianos, encontramos que nociones generalizadas como el *peligro*, la *amenaza* (asignadas a ciertas personas o sectores), la *afinidad* o la *indiferencia* hacia algunos espacios son prácticas que implican la incorporación de un conocimiento cotidiano, sentido común que, basado en unos estereotipos generalizados, contribuye a la configuración de un orden social en la ciudad. En este sentido, el estereotipo marca la relación con el “otro” desde la diferenciación, pero una diferenciación que consiste en un desconocimiento del “otro”, en una reducción del “otro” a una sola de sus características reales, y en la legitimación de una forma de relacionarse con ese “otro”.¹³

La diferenciación, a partir de los estereotipos, nos pone ante la tensión entre el ser y el parecer. En términos de Goffman se reconoce el carácter que le atribuimos a un individuo a través de una “identidad social virtual” y una “identidad real”, es decir, de la apariencia y del ser, entendido este último como “la categoría y los atributos que, de hecho, según puede demostrarse, le pertenecen”.¹⁴ La tensión se representa entonces entre una identidad virtual (parecer) y una identidad real (ser). En la ciudad el nivel de la identidad virtual tiene un lugar privilegiado, en tanto allí hay una proliferación de diversos

12 Para ampliar este tema ver el capítulo III, “Geografía de la alteridad”, de Quiceno, “Habitar la ciudad”.

13 Erving Goffman, *Estigma. La identidad deteriorada* (Buenos Aires: Amorrortu Editores, 1993); Bourdieu, *La distinción*; Alejandro Castillejo, *Poética de lo Otro. Para una antropología de la guerra y el exilio* (Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia [ICANH], Colciencias, 2000).

14 Goffman, *Estigma*, 12.

estilos de vida, grupos sociales y culturales que se cruzan constantemente sin detenerse en el conocimiento de los atributos que le pertenecen al ser; en este sentido el lugar del estereotipo es central en las relaciones que se entablan con los “otros” en el contexto urbano.

Alejandro Castillejo, al exponer la relación entre alteridad y espacio, plantea que la alteridad se configura en relaciones de “cercanía y distancia cognitiva”, “de intimidad y anonimato”, y que “la imagen que configuramos del otro, a la distancia, está mediada por complicados procesos de tipificación: el *otro* no propiamente se revela, sino que se tipologiza –más concretamente, es a esto a lo que llamamos imagen o representación–”¹⁵

Esta tipologización se da porque las relaciones que se entablan son a distancia y parten del desconocimiento, por lo cual esa limitada información que tenemos del otro permite que se lo categorice a partir del estereotipo, convirtiéndolo en un imaginario generalizado. “La identidad del sujeto deriva de una clase a la que ha sido asignado. No los conocemos en el sentido que no hay cercanía cognitiva, pero sabemos de ellos. Los ‘conocemos’ como tipos, como clases, no como personas individuales o narrativas particulares”¹⁶ los conocemos desde su “identidad virtual”¹⁷.

Es en la relación con ese “otro” en la cual se configuran los tipos y estereotipos como una forma de aprehenderlo y explicar ese desconocimiento o distancia cognitiva, la cual representa también una distancia en el espacio social. Por un lado, el estereotipo parte de ese conocimiento en la distancia, es decir, un conocimiento desde la apariencia que no necesariamente habla de una característica “real” de ese “otro” (prejuicio). Por otro lado, existe otra forma de invisibilización, la reducción del “otro” a solo una de las características de su identidad. En este sentido, Pierre Bourdieu nos habla de los “juicios de atribución” los cuales se definen como “unos actos de acusación, unos *catégoremas* en su sentido original, y que, como la *injuria*, no *quieren conocer* más que una sola de las propiedades constitutivas de la identidad social de un individuo o de un grupo (...)”¹⁸

¹⁵ Castillejo, *Poética de lo Otro*, 113 (énfasis en el original).

¹⁶ *Ibid.*, 133.

¹⁷ Goffman, *Estigma*, 12.

¹⁸ Bourdieu, *La distinción*, 486 (énfasis en el original).

Tanto los juicios de atribución, que reducen el sujeto o el grupo a una sola de las características de su identidad, como los prejuicios o tipologizaciones, que parten de la apariencia o la “identidad virtual” para definir al “otro”, constituyen estrategias de diferenciación que se generalizan logrando asignar, tanto a grupos como a espacios, una identidad específica basada en el estereotipo. En este sentido, los individuos de determinada clase o barrio son identificados, entonces, desde un comportamiento predecible pues, por efectos de la incorporación del estereotipo, “si vives en la periferia eres violento, o peoricario y por lo tanto peligroso; si vives en El Poblado eres rico, levantado o narco (...)”. Así, el comportamiento de la persona es reducido a las –supuestas– características del tipo. Las conductas esperables de una clase no solo configuran esa tipologización del otro, también configuran unas conductas de quien se guía por el estereotipo. En otras palabras, se configura una forma de actuar en relación con ese “otro” pues al suponer su conducta yo anticipo la mía y la elaboro.¹⁹

Es así como estudiar la configuración de estereotipos en la ciudad, y la manera como estos van definiendo unos órdenes geográficos que contribuyen en gran medida a reproducir y preservar formas de segregación en la ciudad, se constituyen en un campo importante para analizar las formas como los jóvenes se diferencian y distinguen en sus prácticas de habitar la ciudad, y comprender así cómo los espacios en la ciudad también se van configurando como unos “otros”.

Sin embargo, para hablar de segregación es necesario remitirnos a otro nivel del estereotipo: el del estigma. Si bien en muchos casos estas palabras son utilizadas como sinónimos, proponemos diferenciarlos para analizar desde allí la relación entre diferencias y desigualdades sociales. El estereotipo es un momento que antecede a la estigmatización, es decir, el estigma implica un estereotipo pero, además, hace de ese estereotipo un objeto de discriminación o segregación.²⁰

19 Castillejo, *Poética de lo Otro*.

20 Goffman, *Estigma*.

Loïc Wacquant²¹ en su libro *Parias urbanos* muestra cómo el espacio se instituye también como representación de la alteridad a través del estigma (“estigma territorial”), como “otro” extraño, lejano e inaprehensible. Por lo tanto, la estigmatización no solo tiene efectos en la segregación de un grupo como una forma de ordenamiento del espacio, sino que también configura diferenciaciones internas.

Esto nos acerca al hecho de habitar en una zona periférica o, en el caso de Medellín, una zona identificada como “popular” donde confluyen representaciones paradójicas: peligro y violencia/humildad y solidaridad. Como lo plantean algunos jóvenes que viven en barrios periféricos, en muchos casos ser de un determinado barrio ya es motivo de estigmatización, y más allá de eso “vivir en un sector estigmatizado de la ciudad significa una penalización en el mercado laboral”²² y en el acceso a otros espacios de la ciudad.

La reflexión en torno a la configuración de estereotipos y estigmas pensados también desde lo espacial nos permite, entonces, conjugar la alteridad social con la alteridad espacial; comprender cómo un espacio físico, en tanto trasciende su condición material, puede incorporar y representar las características que les son asignadas a sus habitantes, es decir, el espacio también puede ser sujeto de las representaciones de la alteridad. De esta manera, las representaciones de los “otros” (sujetos) y los “otros” (espacios) son indisolubles a la hora de pensar los procesos de segregación y ordenamiento geográfico en la ciudad, a partir de los órdenes sociales cotidianos que interiorizamos en el transcurso de nuestras historias individuales y colectivas.²³

Finalmente, como lo plantea Castillejo, “administrar un espacio es también administrar una representación de la alteridad, es configurar un imaginario en un proceso multiforme”²⁴. Así, el espacio no es solamente administrado desde lo institucional, sino también desde nuestros órdenes cotidianos y nuestras formas de habitar la ciudad.

21 Loïc Wacquant, *Parias urbanos. Marginalidad en la ciudad a comienzos de milenio* (Buenos Aires: Manantial, 2001).

22 Wacquant, *Parias urbanos*, 137.

23 Bourdieu, *La miseria del mundo*.

24 Castillejo, *Poética de lo Otro*, 130.

Los jóvenes imaginan su ciudad

La estrategia metodológica del proyecto se basó en una perspectiva etnográfica que se fundamentó en la consideración de los lugares concebidos, reconocidos y *habitados* cotidianamente dentro de la ciudad por los jóvenes con quienes trabajamos. Se utilizaron los métodos tradicionales de la disciplina antropológica, como son las entrevistas abiertas, conversaciones, observación directa (recorridos urbanos con los jóvenes) y talleres. Dentro de estos últimos se combinaron varias técnicas de recolección de información: discusiones en grupo, trabajo con cartografía, elaboración de dibujos sobre la ciudad, narraciones de historias sobre la cotidianidad (relatos) y autobiografías.

La actividad de los relatos resultó fundamental. Para Michel de Certeau, el relato constituye una práctica del espacio que pone de manifiesto las ideas y creencias que nos guían en nuestra experiencia de habitar la ciudad, es decir, desde el relato se autorizan o restringen, la mayoría de las veces, los andares en la ciudad.²⁵ A su vez, el relato constituyó nuestro objeto de análisis, pues las discusiones colectivas y entrevistas individuales fueron las principales estrategias de indagación durante el trabajo de campo. Esto permitió que los mismos jóvenes se preguntaran por otros lugares de su ciudad y se interesaran no solo en los lugares propios, sino también por aquellos estereotipados y en algunos casos estigmatizados. En este sentido, interrogar los estereotipos y estigmas se evidenció como un paso importante para propiciar lugares de convivencia y reconocimiento en la ciudad.

1. Relatos de ciudad

Los relatos e imágenes que aparecen a continuación hacen parte de los productos recolectados durante las diferentes actividades del taller. Dentro de ellas se encuentran la elaboración de una gráfica de la ciudad en general y la construcción de un relato descriptivo sobre un sector de la ciudad. Con la primera actividad se pretendía obtener los elementos que los jóvenes consideran más representativos de su ciudad y, a su vez, conocer las semejanzas y diferencias existentes en las percepciones de su ciudad.

Dentro de las representaciones que los jóvenes elaboraron encontramos cuatro grupos: las que dan prioridad a los símbolos oficiales; las que representan la ciudad desde los símbolos deportivos; las que identifican a la ciudad como un espacio de la diversidad y el caos, y, finalmente, las que representan a la ciudad desde un espacio más local como el barrio o el sector. Además, dentro de todas esas representaciones de la ciudad encontramos una representación constante de una ciudad que se debate entre el caos y el progreso.

Símbolos oficiales. En este grupo aparece la constante de los símbolos paisas, las montañas, el edificio Coltejer, las flores, el Metro, el Metrocable, el cerro Nutibara, el aguardiente y las esculturas de Botero. En las explicaciones dadas por los jóvenes hay una fuerte referencia a la identidad paisa representada desde la pujanza, la alegría y el progreso. Los denominamos símbolos oficiales y son aquellos dibujos cargados de las imágenes que Medellín proyecta de manera oficial hacia afuera. Este grupo referido a los símbolos oficiales de la ciudad fue una constante en la representación de la ciudad que hicieron los jóvenes del Colegio Waldorf Isolda Echavarría. En este conjunto aparecen, además, representaciones que no se quedan en los símbolos estereotípicos de la ciudad sino que se apropian de unos nuevos símbolos que también podríamos llamar oficiales, o elementos de una nueva imagen de la ciudad como el Parque de Los Deseos, el Parque de Los Pies Descalzos y el Parque de las Luces.

Deportivo Independiente Medellín (DIM)

Esta representación es interesante para entender cómo se puede definir la idea de la ciudad a partir de un elemento identitario como el fútbol o su equipo. Para estos hinchas del DIM su ciudad ideal sería un Medellín con la forma del escudo del equipo, pero en esta también hay fuertes distinciones como la que se impone con el “verde”, el cual solo en algunos momentos cabe en esa representación. En este mapa-escudo de Medellín llama la atención que el barrio La Cruz se sigue representando como un lugar periférico, uno de los extremos de la representación.

La descripción que los jóvenes realizaron de su dibujo nos remite a otros elementos de distinción: “Es que el Medellín es muy poderoso (...), en cambio el Nacional es de la montaña! (...) Medellín es el ciudadano, en cambio el Nacional

es un desplazado de la montaña (...) entonces viene a que le demos alojamiento acá, en nuestro territorio (...) entonces nosotros lo ubicamos (...)”²⁶

Esta explicación pone de manifiesto no solo la identificación de la ciudad desde el fútbol, sino aspectos de la distinción que estos jóvenes han experimentado en la ciudad, dado que la mayoría de ellos vienen desplazados de zonas rurales. La metáfora de los equipos que se diferencian y representan la ciudad, para referirse a otra diferenciación ciudadano/desplazado, es aquí una fuerte imagen que pone de relieve una experiencia que estos jóvenes han vivido como habitantes de la ciudad: la experiencia de la marginación.

Diversidad-Caos. Este grupo de imágenes representan la idea de ciudad como un caos lleno de diferencias y desigualdades irreconciliables, que luchan entre ellas como en un campo de batalla. Este tipo de representación solo fue identificada en los trabajos de los jóvenes del INEM. Un aspecto a resaltar de este grupo de imágenes es que hacen un fuerte énfasis en las diferencias generacionales, es decir, el caos se representa principalmente como consecuencia de las formas de vida de los jóvenes. Así, de la imagen “las culturas de Medellín” llama la atención, sobre todo, que en esta los jóvenes reafirman el estereotipo, incluso desde su misma posición de jóvenes, de que el caos y el desorden son propios de este grupo generacional de la ciudad.

Las culturas de Medellín

Todo esto busca reflejar todas las culturas de Medellín. La Medellín atravesada, la Medellín que ya no quiere progresar, la Medellín plagada de tecnología, de sexo, la Medellín plagada de tantas cosas que ya no sirven, de droga, de dinero de tantas cosas. En el medio buscamos como reflejar algunas poquitas personas que tratan como de superarse, que tratan de subir, que tratan de mejorar, y gente que trata de unírseles pero que no se puede precisamente por toda esta sociedad. También se busca mostrar la Medellín bonita, la Medellín que fue linda, o que es linda, la de la naturaleza, la de la tacita de plata que todos conocemos, tantas cosas, la de la eterna primavera, y cómo la misma cultura pobre, digámoslo así, de Medellín ha dañado todo esto, mire lo que es el río Medellín.

No cultura pobre, no... o sea es que muchas culturas o muchas cosas que hacen de Medellín esa Medellín mala, muchos grupitos que miran feo, muchos grupitos que por allá, que hacen mal, que roban. Es como una forma de contaminación, que lo miren a uno feo, que lo traten como que lo aislen, como que no se arrimen, se lo gozan.

La mitad es como la minoría, de diez personas una se revela, una quiere leer, una se mete con las artes, una quiere progresar.²⁷

La ciudad desde el entorno cercano. En este grupo de imágenes se concentran principalmente las elaboradas por los jóvenes del barrio La Honda, de la institución Gente Unida Luz de Oriente. Estas imágenes nos remiten a una perspectiva que desde lo propio mira la ciudad, es entonces la ciudad desde el entorno cercano, representaciones que, a su vez, juegan con el sentido de la periferia y del centro.

La ciudad del corazón

Esta imagen pone de relieve los lugares a los cuales quien la dibuja se siente vinculada, es decir, aquí la ciudad es el entorno cercano y los espacios apropiados. La frontera de esta ciudad del corazón transforma las ideas de centro y periferia. Así, se identifica el sector del centro de Medellín como uno que se ubica por fuera de esa ciudad del corazón, es decir, como un elemento periférico, fuera de su centro, de su corazón. Mientras que el barrio La Honda, reconocido como un barrio periférico, es representado en este dibujo como el centro de la ciudad del corazón.

En estas diferentes representaciones de Medellín encontramos una ciudad que se debate entre la conservación de una imagen de ciudad pujante y símbolo del progreso, donde aparecen la alegría paisa y el desarrollo como imaginarios fuertes, y una Medellín que, desbordada en sus fronteras, alberga tanta diversidad que es difícil encontrar puntos de encuentro y convivencia. Se representa también la Medellín caótica, violenta y con pocas oportunidades, donde la perspectiva planteada por los jóvenes para fugarse de ese caos solo es vista en el ámbito individual en actividades como la lectura, la música, el arte.

Son, pues, dos imágenes que generan un fuerte contraste y que evidencian lo que podría considerarse como dos imaginarios fuertes de ciudad: el primero, alimentado desde una historia de ciudad industrial desarrollada, y el segundo, que representa el caos, alimentado desde la intensificación de la violencia en el contexto urbano en el marco del narcotráfico.²⁸ Estas dos representaciones paradójicas, al ser interiorizadas en el transcurso de su historia como habitantes de esta ciudad, conviven en ella y son reproducidas en la historia colectiva.

En este punto vale la pena hacer una reflexión sobre la asociación Medellín-violencia. Esta imagen de ciudad que, como hemos dicho, se ha convertido ya en un estereotipo aparece en los relatos de los jóvenes. Sin embargo, es una relación que se presenta como lejana en el tiempo (es cosa del pasado), todos recuerdan aspectos de su niñez a finales de los años 80 y en los 90, en relación con una ciudad marcada por la guerra y el narcotráfico. Por otra parte, esos recuerdos aparecen borrosos, y en sus relatos la violencia aparece asociada a otros aspectos. Se evidencia, pues, una constante en el cambio de lenguaje y de mirada: ya no hay tantas historias de violencia para narrar la ciudad, y el caos que presentan se sustenta en otros elementos como la exclusión, la delincuencia, el hambre y la pobreza. Ya no se trata de los jóvenes hablando de la muerte,²⁹ los sicarios o integrantes de bandas, etc., sino que aparece una imagen más asociada al peligro que a la violencia. Se cuenta más la ciudad desde otros referentes.

Sin embargo, la idea de Medellín como una ciudad violenta pervive en la memoria. Esto se expresa en los constantes imaginarios de miedo³⁰ y peligro con los que se asocian diferentes lugares de la ciudad. Esto influye también en que se reconfigure un poco la idea de los lugares estigmatizados como peligrosos, es decir, se identifican nuevos lugares como peligrosos. En esa construcción del miedo influyen de manera importante el sector donde se habita, el desconocimiento del lugar al que se le asigna el estereotipo de peligro y la

28 Marta Inés Villa, Luz Amparo Sánchez y Ana María Jaramillo, *Los rostros del miedo. Investigación sobre los miedos sociales urbanos* (Medellín: Corporación Región, 2003).

29 Elsa Blair, *Muertes violentas. La teatralización del exceso* (Medellín: Editorial Universidad de Antioquia, 2005).

30 Villa, Sánchez y Jaramillo, *Los rostros del miedo*.

forma como los medios de comunicación informan sobre los acontecimientos que han marcado a la ciudad.

Medellín, con un “pasado” violento, marcó la forma de habitarla y de pensarla: una Medellín de víctimas convertidas en héroes-mártires de una época y victimarios exotizados. Una violencia pasada que posiblemente oculta nuevas formas de violencia. En este trabajo encontramos una memoria de esta época de guerra, que resignifica la ciudad desde otras lógicas o trata de retomar discursos como el de la Medellín pujante y alegre. Pero si bien la historia de la ciudad violenta ha cambiado, se ha transformado, no podemos insertarnos ciegamente en un discurso que proclama el fin de la violencia solo porque las estadísticas ya no horrorizan. Es necesario cuestionar esta tendencia pues en muchos casos la calma, que se intenta instituir mediante el discurso del fin de la violencia, lo que hace es silenciar y legitimar otras violencias que continúan presentes en la ciudad. ¿Cuáles son esas violencias ocultas y legitimadas bajo paradigmas de seguridad? Esto sería un asunto interesante de abordar en la ciudad; la transformación de la narrativa sobre la violencia que hace memoria de un pasado y silencia otras violencias que se cubren bajo el velo de discursos como “la calma vuelve a la ciudad”, “Tres años después del despertar en la 13”,³¹ etc.

2. Relatos de barrios

En este nivel nos acercamos ya a la escala barrial. En la actividad de construir un relato descriptivo de un sector o barrio de la ciudad los jóvenes expresaron una mayor afinidad, y, aquí, el nivel de detalle para describir ciertos contextos fue de una riqueza excepcional. Además, el desarrollo de esta actividad fue un momento donde los jóvenes realizaron una ruptura con el discurso de la tolerancia a la diversidad, el cual había predominado en los primeros talleres. En esta actividad desaparece de alguna manera el temor de emitir juicios acerca de ciertos lugares en un contexto público como lo era el aula de clases y más aún el espacio del taller, coordinado por personas ajenas a su contexto.

³¹ Titular del diario *El Colombiano* el 6 de noviembre de 2005. En el artículo se señala el gran cambio en la Comuna 13 después de la Operación Orión, en la que “gracias” a las acciones de las fuerzas militares se logró pasar de una violencia intensa, miedo, muertes, secuestros y desplazamiento intraurbano a la tranquilidad y alegría de la cual disfrutaban hoy sus habitantes.

Al analizar estos relatos, surgió la preocupación por la fabulación y la ficción que muchos de ellos contienen. No obstante, considerábamos que precisamente la actividad de describir diferentes barrios pretendía desentrañar esas imágenes que, si bien no son siempre “reales”, parten de las ideas que poseemos de ciertos espacios en la ciudad. En este sentido lo que plantea Armando Silva nos da luces para no desechar las descripciones “fabuladas”, sino más bien considerarlas también como parte de lo “real de una ciudad”. Dice Silva: “Podemos decir que lo real de una ciudad no es sólo su economía, su planificación física o sus conflictos sociales, sino también las imágenes imaginadas construidas a partir de tales fenómenos, y también las imaginaciones construidas por fuera de ellos, como ejercicio fabulatorio, en calidad de representación de sus espacios y de sus escrituras”.³²

Si bien se realizaron descripciones de diferentes barrios de la ciudad, aquí presentaremos una selección de relatos sobre algunos de los barrios reconocidos como *populares* en la ciudad, y un sector presentado en los mismos relatos como su opuesto, El Poblado.

Santa Cruz y los Populares

Había una vez unos indios que usaban taparrabos y vivían en el valle de Aburrá, era una ciudad muy pequeña, constituida por cuatro barrios: Aranjuez, Santa Cruz, Popular 1 y Popular 2, los cuales anteriormente tenían varias bandas delincuenciales (pero ya con pantalones), de las cuales resaltamos los del “Chispero”, los de “la Laguna”, los de “la Torre”, los de “la Terraza”, quienes en este momento son controlados por “don Berna”.³³ La gente que habita estos barrios es generalmente de bajos recursos, su organización social es generalmente por cuadradas. En esta ciudad siempre encontramos dos o más tiendas, atendidas por un “don Juan”, “don Pedro”, “doña Margarita” o “don German” y no falta la peluquería de los travestís “Coqui”, “Luz”, “San Angelo” y “Caprimoda”. Se ven muchas modas populares, pasaron del oro al plástico (en sus accesorios). No faltan los Testigos de Jehová desesperados por cambiarnos nuestras formas de pensar, tampoco falta el señor que vende mazamorra y

32 Armando Silva, *Imaginario urbano. Bogotá y Sao Paulo. Cultura y comunicación urbana en América Latina* (Bogotá: Tercer Mundo Editores, 2000), 134.

33 Exjefe paramilitar de Medellín.

pasa por todas las calles a las seis de la mañana gritando “mazamorra” con horrible acento, no faltan las señoras chismosas que asisten fielmente a la misa del domingo y critican la forma de vestir y de actuar de la otra gente. A la salida de la iglesia la venta de empanadas “del papa” (porque no tienen papa).³⁴

Doce de Octubre

Este lugar se ve muy poblado, es popular, la gente que vive en este lugar es humilde, de bajos recursos, es de difícil acceso, sabemos que es un barrio conflictivo, su vocabulario es “pesado”. Las fiestas se hacen en las cuadras, como sancochado, la marranada de diciembre, las frijoladas de año nuevo, las jugadas de fútbol, las “polas” en la tienda de la esquina, las panaderías. Su música reguetón, porros, salsa, rap, vallenatos, se ve mucho los carros de chuzos a quinientos pesos.

La gente se viste [así]: las mujeres con faldas altas y camisas escotadas, los fines de semana las pintas mejores. En diciembre el estrén del 24 y el 31.

Trabajan como empleados y dueños de negocios pequeños. Ellos creen mucho en Dios y se encomiendan a Dios y a las vírgenes. Creen en sus amigos ya que tienen barras (grupos de amigos) en la lealtad. Comen cotidianamente granos, agua panela, pan de leche, entre otras. Uno que otro día se dan gustos, depende de la fecha (fechas especiales).³⁵

La Cruz

Es un lugar agradable aquí llegan las busetas y también hay una iglesia donde hacen misa los domingos a las doce y a las cinco de la tarde, también los sábados. Atrás de la iglesia hay una cancha, hay teléfonos públicos y muchos almacenes, discotecas, cantinas, restaurantes. Hay un lugar donde se deposita la basura los martes y viernes. Subiendo para La Primavera hay una ludoteca donde hay clases de diseño, artesanía y baile los martes y jueves de dos a cuatro de la tarde. El padre muchas veces dona cosas. En La Primavera hay billares, cantinas, tiendas y cancha donde los fines de semana las personas hacen deportes, bailan y toman. Arriba de La Primavera queda el colegio

34 Jóvenes del INEM.

35 Jóvenes del Colegio Waldorf Isolda Echavarría.

donde se estudia desde el grado preescolar hasta el grado noveno y las clases empiezan a las seis y media de la mañana hasta las doce y media y de doce y media hasta las cinco y media de la tarde, aquí se aprende mucho todos los días. Hay unas casas más pobres que otras, unas familias más mal económicamente y familias con más problemas que otras y son personas que les agrada ayudar a las personas más necesitadas.³⁶

Vemos en el primer relato un elemento interesante asociado al tiempo y su relación con el espacio. Así, los barrios descritos en el primer relato no solo están lejanos en el espacio geográfico de la ciudad, sino también lejanos en el tiempo, es decir, atrasados. El pasado sigue jugando un papel central en algunas de las características señaladas. Es el caso de la existencia de bandas delincuenciales, asociadas a un pasado que, en el presente, se transforma en otra realidad, descrita como el monopolio del poder en manos de los grupos paramilitares. Dos elementos entonces se evidencian en estos relatos como característicos de dichos lugares: lejanía respecto al centro de la ciudad, en el tiempo y el espacio y la existencia de amenaza, peligro y violencia que, si bien aparece transformada, continúa como un elemento presente.

Por otra parte, en los relatos se evidencia el componente económico definido desde el acceso a los recursos materiales, es decir, poseer o no recursos económicos. Este es un aspecto bien interesante que aparece en todos los relatos y a pesar de parecer un elemento muy evidente para definir un barrio popular allí se ponen de relieve ciertas formas del discurso que contribuyen a definir qué es ser pobre o de bajos recursos. Aquí se perfila entonces la palabra “humilde” como un adjetivo central para definir a las personas pobres o de bajos recursos. En el relato construido por los jóvenes del Colegio Waldorf Isolda Echavarría este adjetivo aparece como una forma de matizar la apreciación “es gente de bajos recursos”, como un eufemismo, mientras que en el relato de los jóvenes del INEM ese aspecto económico es caracterizado de manera directa.

El papel del eufemismo para hacer este tipo de descripciones o definiciones del “otro” tiene un lugar importante sobre todo en el discurso público, ante “otros” desconocidos, que fue el discurso al que pudimos acceder en este

trabajo. El eufemismo aparece entonces como un aspecto recurrente, sobre todo en los relatos de los jóvenes del Colegio Waldorf Isolda Echavarría. Estos usan palabras que tratan de enmascarar o menguar lo que quieren decir, por ejemplo, “su vocabulario es ‘pesado’” o “son barrios ‘conflictivos’”.

Por su parte, los jóvenes de La Honda también usan tanto el adjetivo “humilde”, como “sencillos” para referirse a los habitantes de estos barrios. Al contrario de lo que vimos con los relatos del Colegio Waldorf Isolda Echavarría, este grupo no iguala la categoría humilde con la idea de gente de bajos recursos económicos; los jóvenes de La Honda en sus descripciones hablan de las personas como gente humilde pero que “no tienen muchos problemas económicos”.

Otro de los aspectos relevantes de los relatos es la recurrencia de diversos elementos del paisaje geográfico. Se presenta, así, un paisaje de barrio que define y es definido a su vez por la organización social de las personas que allí habitan. En esta descripción se evidencian elementos como la tienda –un eje central de la vida de barrio–, la cuadra y los personajes del barrio: tendero, peluquero, mazamorrero, señora chismosa que va a la iglesia, Testigos de Jehová, etc... El mobiliario y el paisaje, que caracterizan el barrio, son igualmente centrales en los relatos de los jóvenes de La Honda; especialmente cuando se trata de caracterizar su barrio. Estos relatos hacen énfasis en y recalcan la presencia de cierta infraestructura. Esta característica del relato obedece a la intención de contrarrestar la imagen de una zona alejada de la ciudad, precaria y calificada como “tugurio” donde no es agradable vivir. En la descripción que los jóvenes de La Honda hacen tratan de transformar de manera evidente esta idea. Reconocen su barrio igualmente como uno con dificultades, sin embargo, siempre ponen de relieve la solidaridad como un valor de todos sus habitantes, lo cual es un elemento central de la vida de barrio que hace la convivencia mucho más amable.

Pasamos ahora a otro lugar cargado igualmente de estereotipos y lleno de imágenes sobre la elite, los ricos, los narcos: El Poblado.

El Poblado

“Gran parte de las personas que habitan en El Poblado son familias acomodadas. La mayoría trabajan en oficinas o en empresas propias, se divierten en la

Zona Rosa de El Poblado, Las Palmas, La 33. Salen a comer frecuentemente a centros comerciales, a McDonald's, restaurantes como Il Forno, etc. Las casas son grandes, ahora son los espacios más reducidos, hay unidades cerradas de edificios altos. Por lo general todos tienen carros o motos, el transporte público es muy bueno porque llega hasta casi todos los rincones. Escuchan música tropical, reguetón, vallenato, pero no todos, también electrónica, rock, punk, metal.³⁷

Es una ciudad fundada en 1821, ahora es lo que llamamos el sector de los ricos, en este hay varios sectores, entre los cuales hay un sector acomodado, que es como la parte menos favorecida, otro es el sector comercial donde están ubicados los centros comerciales, las discotecas, bares, hoteles, restaurantes, etc. Y la parte alta que es un sector muy organizado. Es una ciudad muy educada, donde hay mucha cultura. Hay varias estaciones del Metro y comprende desde Los Almendros hasta el Perpetuo Socorro. Esta es la zona más visitada, el parque Lleras, que es donde están los mejores centros comerciales y bares de la ciudad. En este lugar van muchas personas a divertirse y a pasarla bien, también a hacer compras en los centros comerciales.³⁸

Las calles de El Poblado comúnmente son muy limpias y tienen muchas praderas, tiene unidades cerradas y hay muchas mascotas. La gente tiene muy buenos autos, las personas de allí no van a la Minorista, van a los supermercados como el Ley, el Éxito, visitan almacenes de ropa de marca. Es un lugar que tiene que tener mucha vigilancia.

Las personas que habitan allí visten muy bien, con ropa de marca, aunque hay personas que son muy sencillas aunque tengan mucha plata. Hay personas que tienen sus propios negocios, otros que trabajan en empresas. En ese lugar las comidas son menos comunes que en este barrio (quieren decir que comen cosas raras) y tienen sus propios horarios de comida.³⁹

En el mismo orden que ubicamos el adjetivo “humilde”, para el caso de las descripciones de los barrios populares, podríamos ubicar para El Poblado el

37 Jóvenes del Colegio Waldorf Isolda Echavarría.

38 Jóvenes del INEM.

39 Jóvenes de la institución Gente Unida Luz de Oriente.

adjetivo “acomodado”. Este opera, entonces, como una manera de referirse a las personas de estratos socioeconómicos altos. Pero, al mismo tiempo, este adjetivo posee algunas acepciones diferentes en los relatos presentados. En el caso del primer relato, “acomodado” es sinónimo de *rico* o de persona con recursos económicos altos. Por su parte, el segundo relato, que evidencia la existencia de diversos sectores en El Poblado, describe el sector donde están las personas acomodadas como el sector “menos favorecido”, en comparación con lo que ellos denominan *ricos*, es decir, en el segundo relato “rico” y acomodado tienen significados diferentes.

En todos los relatos aparece la propiedad privada como un elemento importante en las descripciones: carros propios, casas propias, empresas propias. Un aspecto central de estas descripciones, que no aparece en las de los otros barrios, es que entran en escena los edificios y urbanizaciones cerradas. El Poblado es visto entonces como un lugar muy vigilado, donde la gente no habita la calle sino sus urbanizaciones o sus espacios privados.

En el relato de los jóvenes del INEM la propiedad es asociada al comercio, lo que caracteriza a El Poblado como un lugar donde se escenifica el consumo desde muchos niveles –*shopping*, rumba, turismo etc.–, por lo tanto, este barrio es visto también como un lugar para visitar, para “ir a divertirse”. En el relato de los jóvenes de La Honda aparece también el consumo, pero más desde la caracterización de donde van a consumir quienes habitan en El Poblado y no el barrio como un lugar de consumo. En este sentido es interesante la diferenciación que establecen entre la Plaza Minorista y almacenes como el Éxito o el Ley, donde la gente de El Poblado va a mercar. Este elemento es importante en tanto la Plaza Minorista es un lugar muy cotidiano para la gente de La Honda y La Cruz. La mayoría de los habitantes de La Honda van allí a comprar sus alimentos y también es en la Minorista donde las personas del barrio, principalmente los desplazados, van a hacer lo que denominan “el recorrido”, el cual consiste en ir a conseguir, en los diferentes puestos de mercado, alimento para sus familias.

El relato de los jóvenes de La Honda hace énfasis en la descripción del paisaje, donde llama la atención la palabra “praderas”, usada seguramente para referirse a las zonas verdes. Describen, así, unas praderas acompañadas, a su

vez, de grandes edificios. Vemos cómo en esa tipología del relato, que describe el lugar desde lo que hay allí, cambia considerablemente en los tres ejemplos. En el primero –el de los jóvenes del Colegio Waldorf Isolda Echavarría– el conocimiento del lugar se hace explícito en el señalamiento de lugares concretos; este aspecto va cambiando a medida que hay un alejamiento tanto en el espacio físico como en el espacio social. Así, en el segundo relato –el de los jóvenes del INEM– solo se hace referencia a un espacio concreto, además, muy conocido, el parque Lleras y, finalmente, quienes están más alejados de la gente de El Poblado, en este caso los jóvenes de La Honda, son los que no referencian ningún lugar específico de este sector.

Finalmente, se pueden evidenciar algunas constantes en las representaciones de los barrios por parte de los diferentes grupos; entre ellas, encontramos la relación entre capital económico y valores, la paradoja de los barrios populares y la apropiación del estigma.

La relación entre capital económico y valores sociales es presentada en muchos relatos como una ecuación donde la variable de los valores es inversamente proporcional a la otra. Así, generalmente, se asocian los sectores de mayor estrato económico como “gente de pocos valores” y, por el contrario, los sectores identificados como de escasos recursos económicos se identifican con “gente con valores, muy buena, sencilla y humilde”. Esta práctica nos permite, a su vez, plantear que los estereotipos y estigmas no son solamente comprensibles desde una mirada jerárquica que busca entender las relaciones entre dominados y dominantes. Se trata más bien de comprender cómo los estereotipos fundamentan la representación del “otro” a partir de su desconocimiento y son generados en múltiples direcciones. Esa primera relación nos lleva a otra de las constantes que se les atribuyen a los barrios populares. Así, lo popular y específicamente los barrios populares son identificados con la nobleza, humildad, solidaridad y al mismo tiempo con el peligro, la violencia y la inseguridad. En el siguiente relato se puede ver esa representación paradójica:

La primera vez que yo fui a Popular, que yo ya conozco Popular, no, yo era emocionado viendo las casas, viendo todo el mundo, no sé, me despierta una emoción.

M: ¿te sentías como en tu espacio?

Sí, me despierta pues un... pues no es mi espacio, pues que yo diga que yo me identifico ahí no, pues porque muy maluco uno vivir por allá, pero me encanta, me encanta ir a todas partes. Pero lo más bacano en sí de estos barrios es como la nobleza que se ve en esos barrios, se pueden ver sí muchos... al ser populares porque con ese nombre los conocemos, son barrios que ven mucho los atracadores, los matones, los violadores más que todo, pues pero en sí a pesar de toda la violencia que se viven en estos barrios pues hay como una especie de nobleza entre la gente que vive ahí que pues es como un ambiente hasta bacano, entonces sí, uno se siente pues bien allá, no se siente como en este caso como El Poblado que uno se siente rechazado, como de otra parte. Mal, se siente muy mal.⁴⁰

Así, los barrios populares son objeto de múltiples representaciones, no todas asociadas a la violencia. Sin embargo, lo que encontramos en esas representaciones es, sobre todo, un estereotipo que se fundamenta en el desconocimiento y aislamiento que caracterizan la relación de la ciudad con estos barrios. Este aspecto nos remite, finalmente, a la última constante, y es la de la apropiación del estigma. Lo que encontramos principalmente en relación con los barrios populares y sus estereotipos es que quienes luchan por su visibilización y reconocimiento, en muchos casos, lo hacen desde la misma apropiación del estigma y su reproducción. Es decir, se continúa propiciando un conocimiento que si bien puede basarse en características reales de estos espacios y sus habitantes los reduce solo a una de ellas, por ejemplo, a la violencia, la característica desde donde más han sido contados estos sectores en Medellín. No se trata, entonces, de desconocer que allí existen unas problemáticas reales asociadas a la violencia y el conflicto, sino más bien de llamar la atención sobre las maneras como se reproducen los estigmas y nos apropiamos de ellos al encerrarnos en unos discursos que, constantemente, están desconociendo la diversidad de características que, además, componen un barrio o un sector popular.

En este mismo sentido, los habitantes de un determinado espacio terminan incorporando el estigma con el que este es reconocido y autoexcluyéndose de otros espacios donde creen serían juzgados por pertenecer a determinado barrio o por poseer determinada apariencia. Una consecuencia de esa apropiación del estigma es la ruptura de lazos sociales al interior de un grupo o sector.⁴¹ “Vivo en un barrio muy popular, pues vivo en Manrique pero no mantengo ahí, o sea, tengo mi propio mundo afuera de eso y no me cierro que porque vivo en Manrique tengo que ser la más ‘ñarria’, la más ‘chirrete’, la que no conoce... M: ¿y relacionas esos adjetivos de ‘ñarria’, ‘chirrete’ con tu barrio? Sí, por ejemplo yo siempre he vivido en Manrique y ahí se ve mucho eso, o sea la gente más popular es la menos educada, es la que se pega de un solo género”.

Es evidente, entonces, que las estrategias de distinción no solo operan hacia fuera de un barrio o una zona, también en el interior del barrio estos jóvenes se diferencian y, por lo tanto, se distinguen de los “otros” que, a su vez, son sus vecinos. Esto es visible en el caso de los jóvenes que se sienten excluidos al interior de sus propios contextos por ser jóvenes, por vestirse de cierta manera o por escuchar cierto tipo de música, etc.

En las imágenes y relatos que describimos se evidencian las formas como la ciudad está conformada por múltiples ciudades. Diversas versiones de ella, que cohabitan y se reconstruyen constantemente, en medio de una tensión entre la alteridad y la identidad; entre unos “otros” cercanos que se insertan en nuestro horizonte de conocimiento y unos “otros” extraños, que conocemos a partir de la apariencia y el estereotipo. En esa tensión, entre el habitar unos espacios y evitar otros, se está poniendo de relieve cómo el espacio mismo incorpora las representaciones de la alteridad que circulan, cotidianamente, en la ciudad y se configura también como un “otro”.

Conclusiones

El proyecto indagó por las distinciones sociales y las estrategias de distinción que sustentan categorizaciones asociadas a las formas de habitar la ciudad, en su mayoría incorporadas y naturalizadas, que llevan a definir al “otro” como

41 Wacquant, *Parias urbanos*.

pobre, burgués o peligroso y cómo esos elementos son asociados a los lugares que los “otros” habitan. Esto nos exigió ir más allá del simple hecho de reconocer qué lugares se visitan y cuáles se evitan, llevándonos a indagar por las representaciones, los estereotipos y estigmas que se construyen sobre los espacios y los “otros” que los habitan, para lograr comprender los criterios de distinción que nutren las segregaciones urbanas.

Como lo anunciamos desde la introducción, el enfoque que empleamos entiende las diferencias desde su trasfondo político para comprender cómo esa diversidad –que cohabita en la ciudad– enfrenta, principalmente, desencuentros, exclusiones, segregaciones; en suma, desigualdades.⁴²

Los estigmas territoriales encarnados en los discursos de los jóvenes ejemplifican, de manera interesante, esa relación entre diferencias y desigualdades; nos muestran, entonces, cómo es necesario cuestionar esos órdenes “normalizados” donde están incluidos estereotipos y estigmas, para empezar a reconocer al “otro”, antes que *exotizar* su diferencia, mientras se le sigue alejando y excluyendo dentro del espacio social.

En este proyecto encontramos que los jóvenes también están insertos en una lucha por configurar sus identidades particulares y diferenciarse de los “otros”. En este sentido es importante pensar que las estrategias de distinción hacen parte de la dinámica social de todos los grupos, incluso de aquellos “normalizados”, no solamente los que las ciencias sociales han definido como diferentes. Lo que queremos reafirmar es que la alteridad no es necesariamente lejana y que tampoco está expresada en grupos delimitados de manera clara. En otras palabras, es importante cuestionar una mirada, tal vez propiciada desde la antropología, que ubica a los “otros” en el marco de unos límites precisos y define las relaciones entre alteridades de manera cerrada, es decir, se piensa cómo un grupo (pretendidamente homogéneo) piensa a su “otro” grupo de manera unívoca: de indios a blancos, de jóvenes a adultos, de pobres a ricos, etc.

42 Néstor García Canclini, *Diferentes, desiguales y desconectados. Mapas de la Interculturalidad* (Buenos Aires: Gedisa, 2004).

Después de trabajar con diferentes grupos, vemos, como un campo importante a explorar, cómo, en este caso, los jóvenes retoman sus propios fines en busca de reivindicaciones sociales y luchas para transformar el lugar en el que el orden social los ha ubicado.

Finalmente, la experiencia de establecer un diálogo con los jóvenes sobre la ciudad y sus diversas versiones nos permitió interrogar diferentes estereotipos que circulan en la ciudad desde sus experiencias cotidianas, logrando que los mismos jóvenes se preguntaran por otros lugares de su ciudad y se interesaran no solo en los lugares propios, sino también en aquellos estereotipados y en algunos casos estigmatizados. En este sentido, interrogar los estereotipos y estigmas se evidenció como un paso importante para propiciar lugares de convivencia y reconocimiento en la ciudad.

Bibliografía

- Blair, Elsa. *Muertes violentas. La teatralización del exceso*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia, 2005.
- Bourdieu, Pierre. *La distinción*. Madrid: Taurus, 1998.
- _____. *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*. Barcelona: Anagrama, 1999.
- _____. *La miseria del mundo*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 1999.
- Bourdieu, Pierre y Loïc Wacquant. *Respuestas. Por una Antropología reflexiva*. Ciudad de México: Editorial Grijalbo, 1995.
- Castillejo, Alejandro. *Poética de lo Otro. Para una antropología de la guerra y el exilio*. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia (ICANH), Colciencias, 2000.
- Certeau, Michel de. *Las artes de hacer*. Volumen 1 de *La invención de lo cotidiano*. Ciudad de México: Universidad Iberoamericana, Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente, 2000.
- Cignoli, Alberto. "Ciudad y territorialidad: maneras de abordar la cuestión". *Política e Trabalho*, Vol. 13 (1997): 77-100.
- Delgado, Manuel. *El animal público*. Barcelona: Anagrama, 1999.
- Echeverría, María Clara, Análida Rincón y Lina González. *Ciudad de territorialidades. Polémicas de Medellín*. Medellín: Universidad Nacional de Colombia, 2000.
- Elias, Norbert. "Ensayo teórico sobre las relaciones entre establecidos y marginados". En *La civilización de los padres y otros ensayos*, 79-138. Bogotá: Grupo Editorial Norma, Editorial Universidad Nacional, 1998.

- Escobar, Juan Camilo. *Lo imaginario. Entre las ciencias sociales y la historia*. Medellín: Editorial EAFIT, 2000.
- Ferrándiz, Francisco y Carles Feixa, eds. *Jóvenes sin tregua. Culturas y políticas de la violencia*. Barcelona: Anthropos, 2005.
- Garcés Montoya, Ángela. *Nos-otros los jóvenes. Polisemias de las culturas y los territorios musicales en Medellín*. Medellín: Sello Editorial Universidad de Medellín, 2005.
- García Canclini, Néstor. *Diferentes, desiguales y desconectados. Mapas de la Interculturalidad*. Buenos Aires: Gedisa, 2004.
- Goffman, Erving. *Estigma. La identidad deteriorada*. Buenos Aires: Amorrortu Editores, 1993.
- Krotz, Esteban. "Alteridad y pregunta antropológica". *Revista Alteridades*, Vol. 4, no. 8 (1994): 5-11.
- Kuusisto, Anna-Kaissa. "Politics of Place and Resistance: The Case of Northern Ireland". *Nordia Geographical Publications, NGP Yearbook 1999*, Vol. 28, no. 2 (1999).
- Naranjo, Gloria y Marta Inés Villa. *Entre luces y sombras. Espacio y políticas urbanas*. Medellín: Corporación Región, 1997.
- Pardo, José Luis. *Las formas de la exterioridad*. Valencia: Editorial Pre-Textos, 1992.
- Pintos de Cea-Naharro, Juan-Luis. "Orden social e imaginarios sociales". *Papers*, no. 45 (1995): 101-27. <https://papers.uab.cat/article/view/v45-de-cea-naharro>
- Quiceno, Natalia. "Habitar la ciudad: jóvenes y distinciones sociales en Medellín". Informe de investigación inédito, CODI, INER, Universidad de Antioquia, 2005.
- Santos, Milton. *La naturaleza del espacio*. Barcelona: Editorial Ariel, 2000.
- Sennett, Richard. *Carne y piedra. El cuerpo y la ciudad en la civilización occidental*. Madrid: Alianza Editorial, 1997.
- Silva, Armando. *Imaginarios urbanos. Bogotá y Sao Paulo. Cultura y comunicación urbana en América Latina*. Bogotá: Tercer Mundo Editores, 2000.
- Villa, Marta Inés, ed. *El miedo. Reflexiones sobre su dimensión social y cultural*. Medellín: Corporación Región, 2002.
- Villa, Marta Inés, Luz Amparo Sánchez y Ana María Jaramillo. *Los rostros del miedo. Investigación sobre los miedos sociales urbanos*. Medellín: Corporación Región, 2003.
- Wacquant, Loïc. *Parias urbanos. Marginalidad en la ciudad a comienzos de milenio*. Buenos Aires: Manantial, 2001.

El proyecto del Cerrejón: un espacio relacional para los indígenas wayuu, la empresa minera y el Estado colombiano¹

*Claudia Puerta Silva*²

Presentación³

Los proyectos mineros, y en general los proyectos de desarrollo, pueden ser considerados como conjuntos relativamente coherentes de ideas y prácticas⁴ vehiculados por un grupo social, que legitiman la instalación de las actividades de este grupo en un lugar determinado, justificándola mediante la idea de “desarrollo”.⁵ Para estudiar el caso del proyecto carbonífero del Cerrejón, el

1 Publicado originalmente en: *Boletín de Antropología Universidad de Antioquia*, Vol. 24, No. 41 (2010): 149-79.

2 Instituto de Estudios Regionales (INER), Universidad de Antioquia.

3 Este artículo retoma aspectos desarrollados en la tesis doctoral de la autora, titulada “Les indiens wayuu et le projet minier du Cerrejón en Colombie: Stratégies et politiques de reconnaissance et d’identité”, sustentada en 2009 en la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales de París bajo la dirección de Jonathan Friedman.

4 Propuesta de Tsing para definir un proyecto de desarrollo. Anna Tsing, “The Global Situation”, *Cultural Anthropology*, Vol. 15, no. 3 (August, 2000): 347.

5 Entiendo, como Wolfgang Sachs, que el desarrollo es un molde mental, es decir una forma de ver el mundo y, en este sentido, una forma de ver el futuro. Trabajaré más adelante la idea de gestión del futuro como una alternativa a la categoría de desarrollo. Wolfgang Sachs, ed., *Diccionario del*

concepto de espacio relacional es sugerente para comprender analíticamente las múltiples dimensiones, componentes, escalas espaciales y actores involucrados en las dinámicas socioambientales, geopolíticas y económicas de dicho proyecto. Este artículo busca demostrar la utilidad del concepto de espacio relacional para analizar integralmente las relaciones entre actores diversos, por periodos de tiempo extensos y abordando diferentes niveles de análisis.

El Cerrejón generó múltiples y variados impactos sociales, culturales, económicos, territoriales y políticos en las comunidades indígenas wayuu, pero principalmente creó un nuevo orden social y, en este sentido, un espacio relacional. Esto es, un espacio social, político-jurídico y cultural en donde se configuraron campos de representaciones y de discursos y, también, se definieron y afinaron prácticas de intermediación y de negociación. El presente texto presenta la construcción teórica y metodológica de la noción de *espacio relacional*, teniendo en cuenta, por un lado, las estructuras –dinámicas más amplias alrededor del mismo y las condiciones de relacionamiento– y, por otro, los recursos, las estrategias y los mecanismos interaccionales puestos en marcha por los agentes sociales para articularse al proyecto minero.

Asumir como espacio relacional el proyecto minero del Cerrejón me permitió analizar las múltiples dinámicas que genera. Mediante esta herramienta conceptual pude indagar, primero, sobre las negociaciones (instrumentales y simbólicas) activadas por los wayuu para garantizar su reproducción como pueblo indígena; segundo, identifiqué los mecanismos de la multinacional para hacer viable la operación minera; y tercero, me facilitó el cuestionamiento de las formas del Estado para ejercer su soberanía en la región, para implementar una visión de nación (ejecutar sus planes de desarrollo) y para proteger a sus ciudadanos.

Adicionalmente, a través de la construcción del proyecto en tanto espacio relacional fue posible identificar y comprender los condicionamientos que operaron sobre las relaciones e interacciones entre los agentes sociales. Logré revelar las condiciones ligadas a la economía y geopolítica mundiales, como también las condiciones propias de la escala nacional, tales como las políticas

.....
desarrollo. Una guía del conocimiento como poder (Lima: Proyecto Andino de Tecnologías Campesinas [PRATEC], 1996), primera edición: 1992.

colombianas concernientes a los recursos naturales, a la inversión extranjera y a las poblaciones indígenas. Además, detecté continuidades en las prácticas y lógicas propias de las multinacionales y de los wayuu. Y especialmente, para estos últimos, sus lógicas y prácticas de articulación a dinámicas más amplias.⁶

Con esta herramienta analítica busco aportar a la antropología en su comprensión de las dinámicas de articulación de grupos humanos con procesos de larga escala, sin verlos necesariamente como resistencias o acomodamientos, sino más bien como articulaciones, o como han sido llamados por Sousa Santos:⁷ movimientos “contrahegemónicos”.⁸ Estos movimientos, desde mi punto de vista, se configuran a partir de prácticas y discursos de negociación

- 6 En este sentido fueron útiles las ideas desarrolladas por Jonathan Friedman en relación con los procesos de articulación entre lo local y lo global. Jonathan Friedman, *Cultural Identity & Global Process* (London: SAGE Publications, 1996); Jonathan Friedman, “Concretizing the Continuity Argument in Global Systems Analysis”, in *World System History. The Social Science Of Long-Term Change*, eds. Robert A. Denemark et al. (London: Routledge, 2000), 133-52; Jonathan Friedman, “Globalization, Class and Culture in Global Systems”, *Journal of World- Systems Research*, Vol. 6, no. 3 (2000): 636-56; Jonathan Friedman, “Globalization”, in *A Companion to the Anthropology of Politics*, eds. David Nugent and Joan Vincent (London: Blackwell Publishing, 2007), 179-97.
- 7 Boaventura de Sousa Santos, *La caída del Angelus Novus. Ensayos para una nueva teoría social y una nueva práctica política* (Bogotá: Instituto Latinoamericano de Servicios Legales Alternativos [ILSA], 2003).
- 8 Utilizo la noción de *movimiento contrahegemónico* inspirada en los trabajos de Boaventura de Sousa Santos, quien manifiesta la urgencia de establecer relaciones que configuran las globalizaciones contrahegemónicas con el fin de construir un paradigma de redistribución (igualdad) y de reconocimiento (diferencia). Sousa Santos, *La caída del Angelus Novus*. Su concepto es similar a la idea de una combinación compleja de estrategias del tercer mundo y del cuarto mundo. Jonathan Friedman, “Narcissism, Roots and Postmodernity”, in *Cultural Identity & Global Process*, ed. Jonathan Friedman (London: SAGE Publications, 1996), 167-94. La estrategia del cuarto mundo [*fourth world strategy*] es definida como una estrategia que busca salir del sistema y mantener o crear comunidades culturales organizadas autosuficientes y autónomas. La estrategia del tercer mundo, por su parte, busca atraer flujos de riqueza y crear dependencias hacia el sistema. Friedman, “Narcissism, Roots”. Estos enfoques no se alejan de los aportes de Arturo Escobar sobre los movimientos socioétnicos afrocolombianos. Arturo Escobar, *La invención del tercer mundo. Construcción y deconstrucción del desarrollo* (Santafé de Bogotá: Editorial Norma S. A., 1996); Arturo Escobar, *El final del salvaje. Naturaleza, cultura y política en la antropología contemporánea* (Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología, CEREC, 1999). Sin embargo, la centralidad de la noción de *resistencia* en sus primeros trabajos limita, desde mi perspectiva, el reconocimiento de la heterogeneidad, de la creatividad y, en algunos casos, de la espontaneidad de las estrategias locales. Sus textos más recientes expresan mejor la variedad de respuestas locales, incluso de aquellas de acomodamiento. Arturo Escobar and Susan Paulson, “The Emergence of Collective Ethnic Identities and Alternative Political Ecologies in the Colombian Pacific Reinformest”, in *Political Ecology across Spaces, Scales and Social Groups*, eds. Susan Paulson and Lisa L. Gezon (New Jersey: Rutgers University Press, 2005), 257-77.

de poblaciones locales con proyectos hegemónicos y globalizantes. Considero que estos movimientos “abajo-arriba” se refieren, en el fondo, no exclusivamente a la oposición por parte de las poblaciones locales a las hegemonías globales, sino a las reivindicaciones de sus derechos, ligados principalmente a existir de manera más o menos autónoma, en términos legibles a los actores hegemónicos, para no ser excluidos de dinámicas más amplias.

En palabras de Escobar se trataría, entonces, de indagar por las alternativas *de* la modernidad –en su interior– y no por las alternativas *a* la modernidad –por fuera de esta–.⁹

Para alcanzar mi objetivo, propongo abordar la construcción de la noción de espacio relacional a partir de un recorrido por otros enfoques, antecedentes descritos en la primera sección de este artículo. Luego, me adentraré en la idea de relacionamiento social para situar mi reflexión, insistiendo en la naturaleza política de las dinámicas generadas por el proyecto minero; en consecuencia, muestro dicho proyecto como espacio relacional; expongo sus ámbitos de operación, sus características y sus dimensiones. Finalmente, describo las intermediaciones producidas en dicho espacio a través de dos evidencias: por un lado, mediante el fortalecimiento de los líderes wayuu y de las fundaciones mineras como intermediarios y, por el otro, a través de la construcción de campos de representación como interfaces de legibilidad.

La construcción metodológica y teórica de la herramienta analítica de “espacio relacional” me permitió abordar los casi 30 años durante los cuales Intercor estuvo a la cabeza de la operación minera. El análisis se centró en la zona del proyecto minero llamada Cerrejón Zona Norte (CZN). El concepto de espacio relacional me permitió dar cuenta de la configuración de las relaciones entre los wayuu, la multinacional Intercor y el Estado entre 1976 y 2004, un periodo en el que ni las políticas estatales multiculturales, ni las políticas de responsabilidad social y de ciudadanía corporativa tenían la fuerza jurídica que tienen hoy. En la actualidad, al contrario, estas políticas ejercen una presión importante sobre el desempeño ambiental y social de las empresas

9 Arturo Escobar et Manon Boulianne, “Développer autrement, construire un autre monde ou sortir de la modernité? (Entretien)”, *Anthropologie et Sociétés*, Vol. 29, no. 3 (2005): 139-50.

mineras y les dan herramientas jurídicas y políticas a los wayuu y a otras comunidades locales para enfrentar proyectos económicos que intervienen drásticamente sobre sus vidas.

Al territorio ancestral de los wayuu llegaron los mineros, pero a diferencia de otros foráneos de todo tipo y estampa esta vez sí se quedaron en La Guajira. “El desarrollo”, al contrario de la conquista española que tanto esperaron los ancianos wayuu, tomó la forma de desalojo y de destierro, aunque finalmente “el desarrollo” ha tomado formas y ha conseguido fines que son negociados constantemente en el espacio relacional, tanto por la empresa minera, como por los propios wayuu. Las diferentes versiones del desarrollo en La Guajira hoy se encuentran vinculadas a los discursos indígenas reivindicativos de derechos y a sus prácticas de reproducción socioétnica.

Antecedentes

Cuando presenté por primera vez el proyecto de la tesis doctoral, mi perspectiva se centraba en asumir el proyecto minero como el encuentro entre una multinacional y un pueblo indígena, esto es, como una *relación intercultural*, en la cual los actores se involucraban en *un proceso comunicativo intercultural*. Por relaciones interculturales entendía las relaciones entre actores que enfatizan y hacen explícitas sus pertenencias culturales, sus formas de ver el mundo y de comportarse en este. Es un término que remite a la *comunicación intercultural* que durante los años 70 y 80 se refería al estudio de las relaciones entre agentes de desarrollo y comunidades locales. Al dividirse surgió un campo en el cual se les enseñaba a los directivos o agentes de las empresas multinacionales a comportarse y a manejar las relaciones con sus interlocutores en tierras lejanas y culturalmente diferentes a su origen. La comunicación intercultural se definía desde este enfoque como la comunicación interpersonal entre interlocutores provenientes de sistemas socioculturales diferentes o de subsistemas en el mismo sistema cultural. Se centraba en la eficacia de la comunicación y en las competencias comunicativas de los individuos.¹⁰

10 John C. Condon and Fathi S. Yousef, *An Introduction to Intercultural Communication* (Indianapolis: The Bobbs-Merrill, Inc., 1976), first edition: 1975.

Aunque yo comprendía que “la comunicación siempre implica personas y son ellas las que vehiculan o median en las relaciones entre culturas”, lo que me interesó más fue el “hecho relacional” que “conlleva con él un trasfondo de representaciones, de valores, de códigos, de estilos de vida, de modos de pensar propios de cada cultura”.¹¹

En la literatura sobre “el desarrollo” en comunidades del “tercer mundo” o “mundo en desarrollo”, los autores se refieren al encuentro entre los agentes de desarrollo y las comunidades locales como un encuentro intercultural. En este sentido, la interculturalidad se basaría en la diferencia de las visiones del mundo (ideología económica del uso de los recursos y de la forma de habitar la tierra, y los conocimientos ambientales y económicos) y las prácticas socio-culturales. Desde esta perspectiva, de un lado se encuentra la visión moderna del desarrollo, alegando la necesidad de cambio cultural para que las comunidades locales sean parte de ese mundo occidental. Y del otro lado están las comunidades locales, recipientes de esa nueva ideología, que buscando pertenecer de alguna manera al mundo relegan sus culturas, o las transforman, en aras de asumir “el desarrollo”.

En este enfoque se reconoce una intencionalidad en el encuentro: inducir el cambio sociocultural en la localidad. Hay, en cualquier caso, una situación de dominación o de hegemonía en la cual el dominante tiene la intención de dar un margen de maniobra al dominado, quien, a su vez, busca acomodarse al dominante. Los estudios que se inscriben en esta tendencia se centran en analizar las relaciones de poder, la autoridad del conocimiento, los problemas de transmisión de saber y tecnología, la reedificación o el reemplazo de los “sistemas de conocimiento tradicionales”, o en explicar las razones del éxito (que pocas veces se da en los términos planteados) y las del fracaso de los programas de desarrollo.

En este marco parecía que el concepto de *relaciones interculturales* permitiría analizar el fenómeno/proceso que se genera durante el encuentro de este tipo de actores (colectivos e individuales) provenientes de dos universos

11 Jean-René Ladmiral et Edmond Marc Lipiansky, *La communication interculturelle* (Paris: Armand Colin Éditeur, 1989), 11.

culturales o epistemologías diferentes. En el caso del Cerrejón, este acercamiento implicaba asumir que dos sistemas culturales estaban interactuando a través de los actores. Pero analíticamente no fue posible aplicar el mismo tratamiento a las multinacionales que a los wayuu, aunque resultara tentador. La multinacional no es una “cultura” ni una etnia. Podrían identificarse prácticas, lógicas y discursos propios de una “cultura” empresarial en el seno de las multinacionales. Pero estas no podrían considerarse como una categoría en el mismo nivel que una etnia o un grupo humano que se distingue cultural y socialmente de la sociedad nacional colombiana,¹² aunque, desde las perspectivas clásicas antropológicas, las multinacionales serían vistas como parte de la sociedad nacional/la sociedad mayor/la sociedad dominante.

Los relacionamientos sociales: historia, situacionalidad, articulación

Con la idea de *identidades relacionales*, la antropología demostró el carácter esencialista de las definiciones clásicas de identidad y de cultura, supuestamente basadas en rasgos estáticos, únicos, puros y no modificables; así, una lista de características diferenciadoras del sistema simbólico, económico, político y social fijaban las imágenes de las sociedades. Pero con la idea de que las identidades se activaban en el “hecho relacional”¹³ la antropología produjo teorías sobre la identidad cultural o etnicidad, sus matices y variaciones, sus coherencias e incoherencias. El culturalismo, el postestructuralismo, la antropología interaccional, el postcolonialismo, la antropología global, entre otras, produjeron nociones como etnicidad, subalternidad, reproducción social, cambio social, fronteras étnicas, etc. Estas nociones enfatizan el dinamismo de los fenómenos identitarios de la actualidad, fenómenos en los cuales grupos humanos o individuos siguen siendo etiquetados o se siguen llamando a ellos mismos de la misma manera, aun cuando no se vistan “tradicionalmente” o no hablen la lengua, o no vivan en “comunidad”. Estas nociones han permitido

¹² Comunicación personal de Robert VH Dover, 2005.

¹³ Fredrik Barth, “Introducción (Lugo Rendón, Sergio, Trans.)”, en *Los grupos étnicos y sus fronteras. La organización social de las diferencias culturales*, ed. Fredrik Barth (Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 1976), 9-49, primera edición: 1969.

explicar las identidades y culturas de los grupos indígenas, minoritarios nacionales, o inmigrantes, bien como resultado de una relación con los grupos dominantes –en su mayoría occidentales–, o como posición en las relaciones de dominación y poder, o como alternativas al desarrollo y el capitalismo o como la posición de lo local en el sistema-mundo, o también como las respuestas locales a las propiedades coercitivas del sistema-mundo o la reproducción sociocultural, es decir, como la articulación de lo local (las culturas locales, los grupos locales, las identidades étnicas) con lo global.

Aunque en este texto acojo, en parte, la idea de las identidades situacionales y estratégicas, siempre resulta evidente que la gestión de las identidades por parte de individuos y comunidades se fundamenta en referentes que podrían considerarse “históricos”; referentes que son constantemente mencionados en las narrativas que las personas construyen para demostrar, reivindicar y defender su pertenencia étnica o su particularidad cultural, y que terminan por ser una lista de prácticas, imágenes, epistemologías y formas de ver el mundo que apelan a una memoria cultural.

Adicionalmente, en algún punto de mi reflexión se hizo evidente que la multinacional y el proyecto minero eran expresiones de un fenómeno global, o mejor, eran fieles expresiones del sistema económico mundial. La teoría de los sistemas-mundo explica la época actual como correspondiente a una fase de expansión del sistema-mundo ligada a un ciclo de oscilación (el otro extremo es la contracción).¹⁴ En el nivel de las “identificaciones”, es decir, de las formas de situarse en el mundo, esta fase se caracteriza por el desplazamiento de las “identidades nacionales”¹⁵ y el reforzamiento de las identidades basadas en la búsqueda de las raíces.

Durante dicha fase del sistema-mundo se presentarían procesos de descentralización y fragmentación de los estados y de las identidades. La ciudadanía, expresión de la membrecía a un Estado, se reemplazaría por identidades basadas en *primordial loyalties*: etnicidad, raza, comunidad local, lenguaje y otras formas

¹⁴ Immanuel Wallerstein, *Impenser la science sociale. Pour sortir du XIXe siècle* (Paris: Presses Universitaires de France [PUF], 1995).

¹⁵ Jonathan Friedman, “Culture, Identity and World Process”, in *Cultural Identity & Global Process*, ed. Jonathan Friedman (London: SAGE Publications, 1996), 86.

culturales concretas.¹⁶ En este marco de comprensión se sitúa el reconocimiento de la existencia de “lógicas y prácticas de articulación” a dinámicas más amplias señalado anteriormente; en resumen, lo que Friedman llama procesos de articulación entre lo local y lo global. Su enfoque global propone asumir tanto las estrategias locales, como también las propiedades globales estructurantes de las primeras. Friedman utiliza la noción de articulación en su enfoque de las dinámicas de expansión y contracción de centros (y la emergencia y la desaparición de las periferias) en el sistema mundial. Para él, la comprensión de procesos históricos de larga duración en este sistema mundial y de las propiedades (expansión/contracción, hegemonía/fragmentación) es indispensable para abordar las estrategias culturales y las reacciones locales puestas en marcha frente a las condiciones de existencia en transformación constante.¹⁷

En este sentido, fue útil constatar que los líderes wayuu tuvieron, gracias a estas tendencias mundiales –aterizadas en las políticas de reconocimiento nacionales–, un cierto margen de maniobra para la producción de una política de reivindicación identitaria como una de las estrategias locales para enfrentar/articularse con el proyecto minero.

A mi parecer, el enfoque de la antropología global tiene la ventaja de conectar los eventos locales con tendencias y dinámicas más amplias. A veces, sin embargo, pareciera que el vínculo es algo fatalista por no decir determinista. Es cierto que deja espacio interpretativo para los efectos surgidos del nivel experiencial pero, en general, el análisis se ve “agarrado” por un movimiento interpretativo que va de arriba hacia abajo. Ahora bien, un análisis desde una perspectiva histórica de las relaciones de los wayuu con otros actores desde la denominada “conquista” fue fundamental para comprender la fuerza de lo local en el espacio relacional. En efecto, a través de análisis de profundidad histórica pude dar cuenta de los mecanismos de reproducción sociocultural de esta sociedad, es decir, de la continuidad histórica de su existencia, del proceso social acumulativo y de la transformación social.¹⁸

¹⁶ Friedman, “Culture, Identity”.

¹⁷ Friedman, *Cultural Identity*; Friedman, “Concretizing the Continuity”; Friedman, “Globalization, Class and Culture”; Friedman, “Globalization”.

¹⁸ Jonathan Friedman, “Toward a Global Anthropology”, in *Cultural Identity & Global Process*, ed. Jonathan Friedman (London: SAGE Publications, 1996), 1-14.

En el presente punto me encontré con el enfoque más reciente de Escobar, el cual se centra en una perspectiva que él mismo ha llamado “las alternativas de la modernidad”, esto es, “(...) la posibilidad de descubrir y construir otras visiones del mundo, que no pueden reducirse a la sola experiencia de la modernidad y que operan, al menos en parte, sobre la base de otras formas de pensar, de otras experiencias históricas y lógicas culturales. Este último conjunto se distinguiría no solamente en el nivel epistemológico, sino también en el nivel epistémico y, tal vez, se diferenciaría también por presupuestos ontológicos sobre qué es el mundo y cuál su manera de funcionar”.¹⁹

Para él, el ejemplo lo dan las comunidades autóctonas de América Latina que, aunque inmersas en la modernidad, no son reductibles a esta. Este sería el caso de los wayuu tal y como ha sido mostrado en la amplia literatura producida sobre este pueblo indígena.²⁰ El wayuu ha sido un Pueblo irreductible, resistente a la dominación, el wayuu ha mantenido la dominación de su territorio y de todas las actividades económicas allí ejercidas, por lo menos hasta antes de que se instalara la mina. De hecho, lo que permite la noción de espacio relacional es mostrar la heterogeneidad de las relaciones de fuerza, pero también su variabilidad. Tal noción avanza hacia una idea de articulación, en oposición a la idea clásica de relaciones de poder. Por supuesto, la noción de articulación no escapa a las hegemonías, dependencias, acomodamientos, y tampoco es ajena a las negociaciones y transacciones. Al contrario, la articulación se produce y reproduce en continuas negociaciones.

Lo político de las relaciones

En el caso de estudio, además de encontrar elementos estructurales –propiedades que hacen funcionar el sistema de cierta forma y que determinan el lugar en donde se ubican las sociedades, su tipo de articulación e integración a un sistema mayor, etc.– que perfilaban las características de la relación establecida entre la multinacional y los wayuu, descubrí en todos los testimonios una

¹⁹ Escobar et Boulianne, “Développer autrement”, 140 (traducción mía del original en francés).

²⁰ Por las limitaciones de espacio no es posible desarrollar una descripción que haga honor a la vida y al ser wayuu. Por ello recomiendo al lector algunos textos que pueden acercarlo a este pueblo indígena (véase anexo en la bibliografía).

naturaleza política que hacía referencia a una negociación constante in situ y me la mostraba; negociación en la que se configuraban las lógicas, discursos y prácticas de los actores. Las multinacionales justificaban los efectos de la minería porque su proyecto era económicamente beneficioso para el país, lo legitimaban con el contrato firmado con el Estado colombiano y, en general, con arrogancia, argumentaban sus decisiones con respecto a las poblaciones vecinas o afectadas por la operación minera. Los wayuu, por su parte, solicitaban reparación de los daños señalando que las negociaciones de tierras fueron injustas, pues se aprovecharon de su poca capacidad y preparación. También reivindicaban, ahora con conocimiento de causa, su derecho a decidir su propio futuro, que, inevitablemente, será al lado de la mina de carbón más grande del mundo.

Aquí no hace falta decir que sus reivindicaciones mayoritariamente económicas no han excluido cuestionamientos culturales y epistemológicos. El Estado, inmóvil, casi siempre, observador ajeno, solamente se hizo presente a partir de los años 90, no interviniendo directamente en el espacio relacional del proyecto minero, sino descentralizando sus funciones, “modernizando” sus instituciones y generando un marco jurídico multicultural que le daría herramientas políticas a los wayuu para negociar de manera diferente con la multinacional.

Dada la predominancia de lo político en las relaciones entre los actores me acogí, en parte, a la perspectiva propuesta por Marc Abélès, según la cual “Un enfoque antropológico consecuente y deseoso de no cosificar el proceso político tiene que combinar, a nuestro entender, tres tipos de intereses: en primer lugar, el interés por el poder, el modo de acceder a él y de ejercerlo; el interés por el territorio, las identidades que se afirman en él, los espacios que se delimitan; y el interés por las representaciones, las prácticas que conforman la esfera de lo público”.²¹

21 Marc Abélès, “La antropología política: nuevos objetivos, nuevos objetos”, *Revista internacional de ciencias sociales*, no. 153 (1997), <https://omegalfa.es/downloadfile.php?file=libros/la-antropologia-politica-nuevos-objetivos-nuevos-objetos.pdf>.

La apropié parcialmente porque, además de interesarme por el territorio en el que las identidades se afirman (en este caso, el territorio se vuelve argumento central de las reivindicaciones locales), le aposté a un análisis socioespacial en el cual el espacio es físico pero también es social, el espacio se configura mediante la negociación de prácticas y discursos, tanto en el nivel de las interacciones y prácticas, como en el de las representaciones sociales. Es en este sentido que empecé a construir mi objeto de estudio, el proyecto minero, no solamente como el impacto o la transformación de las condiciones de existencia locales, sino como un espacio relacional. Para ello me apoyé en los trabajos más contemporáneos sobre geopolítica, economía política, geografía crítica, antropología del poder, antropología global, algunas ideas de la antropología cognitiva y la nueva antropología del desarrollo. No podía estar ajena tampoco a algunas antropologías del sur cuyas propuestas aportan la valoración y reificación de la agencialidad de las poblaciones locales, aun cuando se ven fatalmente envueltas en movimientos globalizadores y hegemónicos.

Para el desarrollo de la tesis doctoral me basé en métodos cualitativos, aunque en algunos casos me adentré en el análisis de datos cuantitativos que tenían que ver con las cifras de producción y exportación de carbón, inversión social, impuestos y regalías. Durante seis años fui periódicamente a La Guajira en donde observé reuniones de líderes y asambleas comunitarias, entrevistas con empleados de la mina, funcionarios del gobierno local y las entidades ambientales y sanitarias, así como con líderes, promotores de salud, artesanas y mayores indígenas. También hice dos censos en dos resguardos wayuu para levantar genogramas que me permitieran comprender las dinámicas de liderazgo y autoridad en las comunidades wayuu. Así mismo, levanté varias cartografías de zonas aledañas a la mina y las complementé con los datos censales que había obtenido. Comparé los mapas del antes y después de la llegada de las multinacionales con relatos sobre los impactos socioambientales de la explotación minera. Contrasté los mapas de resguardos con las áreas de influencia y con los programas sociales definidos por la empresa multinacional e hice un recorrido cronológico de las transformaciones jurisdiccionales del territorio guajiro. Las frecuentes visitas a La Guajira me permitieron entablar relaciones estrechas con líderes, jóvenes y mayores wayuu con quienes aprendí sobre el

ser wayuu y sobre las tensiones en las que se ven envueltos los grupos indígenas situados entre sus prácticas y lógicas tradicionales y los retos implicados en la articulación con la modernidad.

El Cerrejón es una operación minera que ha ocasionado profundos efectos sobre los wayuu. Es una mina que ha llenado de huecos el paisaje del desierto habitado por este pueblo indígena y que ha implicado transformaciones permanentes y difíciles de borrar de la memoria wayuu. Pero también el Cerrejón es un proyecto²² geoeconómico a largo plazo que fue presentado como la materialización del desarrollo: desarrollo para la nación colombiana, para La Guajira y para los wayuu. De manera que reconozco en el Cerrejón un proyecto de las multinacionales y del Estado, pero no de los indígenas, aunque dicho proyecto haya generado un espacio relacional en el cual las interrelaciones sociopolíticas específicas se revelan en las negociaciones, los conflictos y las articulaciones.²³

El proyecto minero como espacio relacional

Ver el proyecto como un espacio relacional, inherentemente político, me permitió dar respuesta a preguntas por las lógicas con las que interpretaron los actores su encuentro y las prácticas y discursos de interacción construidas por ellos gracias a una negociación constante. Quise, al inicio, ver a los actores como expresión de dinámicas estructurales, pero luego me concentré en la escala experiencial, sin ver en esta solamente la reproducción de dinámicas globales. Al contrario, traté de centrarme en identificar la agencialidad de los actores, que era evidente en los procesos de negociación simbólica e instrumental, procesos configurantes de las relaciones entre la multinacional y las comunidades vecinas wayuu. En este sentido, me pareció más productivo un acercamiento a las dinámicas de interacción e interrelacionamiento sin descuidar los contextos y las propiedades globales.

²² Tsing, "The Global Situation".

²³ Estos tres conceptos están inspirados en gran medida en la reflexión de Akhil Gupta sobre las relaciones de los individuos con el Estado, clasificadas por el autor así: negociaciones, resistencias y acomodamientos. Akhil Gupta, "Blurred Boundaries: The Discourse of Corruption, the Culture of Politics, and the Imagined State", *American Ethnologist*, Vol. 22, no. 2 (1995): 375-402.

De hecho, me pregunté por la agencialidad, porque era evidente que los wayuu no habían permanecido pasivos frente a la fatalidad e inevitabilidad del proyecto minero. Los wayuu generaron y desarrollaron poco a poco mecanismos para articularse y hacer funcional el proyecto para ellos, es decir, para sacarle “beneficios”. Ello quiere decir que tal vez sus estrategias resultaran exitosas desde sus propios parámetros. Sin embargo, yo no quise catalogarlas ni como acomodamientos o adaptaciones, ni como resistencias. Ahora bien, a pesar de que la mayoría de las relaciones establecidas entre estos actores fueron conflictivas y las comunidades wayuu experimentaron episodios dramáticos,²⁴ estas buscaron siempre generar estrategias operativas y funcionales que les permitieran seguir reproduciendo su vida. Algunas estrategias bien podrían ser caracterizadas como improvisadas y cortoplacistas, y otras pueden ser vistas como más elaboradas y de largo alcance.

El proyecto minero produjo un espacio relacional, en el cual cada uno de los actores tomó su posición en función de sus propios recursos y objetivos, afrontando las condiciones externas mediante múltiples estrategias prácticas y discursivas. Estrategias que se fundamentaron y se argumentaron desde las visiones que cada uno de estos actores movilizó con relación a sus construcciones sobre el lugar que “tienen” o “deberían idealmente” tener en el mundo, en la nación, en La Guajira, en el proyecto minero, así como también desde sus ideas sobre cómo debería ser el futuro, esto es, sobre lo que todos llaman desarrollo “a secas”, o desarrollo propio/autónomo.

De modo que “el proyecto minero del Cerrejón” creó una situación de articulación entre las dinámicas locales y globales, y entre sectores de la sociedad wayuu y la multinacional.²⁵ La noción de espacio relacional mostró ser un

24 Para conocer más sobre estos episodios, véase la segunda parte de: Claudia Puerta Silva, “Les indiens wayuu et le projet minier du Cerrejón en Colombie: Stratégies et politiques de reconnaissance et d’identité” (Thèse de doctorat, École des Hautes Études en Sciences Sociales, Paris, 2009).

25 Me distancio de James Ferguson cuando señala que las explotaciones mineras contemporáneas “have mostly not entailed investment in the construction of national ‘grids’ of legibility” en contraste con los proyectos mineros coloniales o del tiempo de las independencias “in Africa, where mining investment often brought with it a far-reaching social investment... Here, the business of mining—as exploitative as it undoubtedly was—entailed a very significant broader social Project”. James Ferguson, “Seeing Like an Oil Company: Space, Security, and Global Capital in Neoliberal Africa”, *American Anthropologist*, Vol. 107, no. 3 (September, 2005): 379. Tal vez los proyectos

instrumento analítico útil para explorar la situación de articulación y circulación de prácticas e ideas movilizadas y negociadas por agentes sociales, pero influenciadas por propiedades estructurantes. En ese sentido, los discursos se produjeron y reprodujeron, en este espacio, de manera multilocal en relación con un conjunto *situado* de prácticas y de relaciones.²⁶

Los campos sociales: hacia la noción de espacio relacional

Según el enfoque de la escuela de Manchester, los campos sociales son “dominios de práctica social y política en los cuales (...) los actores manipulan las ‘normas’(...) mientras que siguen sus ambiciones e intereses personales”.²⁷ En este sentido, las posiciones no estarían dadas, sino que el posicionamiento es más bien el resultado de la gestión individual. Estas gestiones pueden ser vistas como negociaciones instrumentales y simbólicas que movilizan expectativas, significaciones, valores, normas, jerarquías y estatus. Esta visión permite comprender los múltiples niveles de relacionamiento de la articulación favorecida por el proyecto del Cerrejón y, aunque enfatiza en el agenciamiento de los individuos y grupos, en este trabajo no se excluyó la evaluación de la incidencia de las propiedades estructurantes sobre dichos posicionamientos.

El espacio relacional que propongo aquí es similar al mundo social de Bourdieu,

mineros no tengan una intencionalidad de convertirse en “proyectos sociales”, pero en la práctica restablecen el orden social y, en esa medida, generan campos de representaciones y prácticas que poco a poco se vuelven legibles para los actores involucrados.

- 26 Este tipo de análisis ha sido aplicado al desarrollo desde el punto de vista de los saberes locales y globales. Johan Pottier, “Negotiating Local Knowledge: An Introduction”, in *Negotiating Local Knowledge: Power and Identity in Development*, eds. Johan Pottier, Alan Bicker and Paul Sillitoe (London: Pluto Press, 2003), 1-29. Actualmente la noción de *situacionalidad* es central en la construcción de las nuevas geografías que ubican a las territorialidades diferenciadas de grupos sociales en igualdad de condiciones con la geografía y cartografía oficiales. Alfredo Wagner Ber- no de Almeida, Cynthia Martins Carvalho y Joaquim Shiraishi, *Guerra ecológica nos Babaçuais* (São Luís: Editoração Lithograf, 2005); Vladimir Montoya Arango, “El mapa de lo invisible. Silencios y gramática del poder en la cartografía”, *Universitas Humanistica*, no. 63 (enero-junio de 2007): 155-79. La referencia a la multivocalidad sigue a George E. Marcus. George E. Marcus, “Ethnography in/of the World System: The Emergence of Multi-Sited Ethnography”, *Annual Review of Anthropology*, Vol. 24 (1995): 95-117.
- 27 John Gledhill, *El poder y sus disfraces. Perspectivas antropológicas de la política* (Barcelona: Bellaterra Edicions, 2000), 209.

Un espacio (con múltiples dimensiones) construido sobre la base de principios de diferenciación o de distribución constituidos por un conjunto de propiedades actuantes en el universo social considerado (...) De modo que los agentes y los grupos de agentes son definidos por sus posiciones relativas en este espacio (...) En la medida en que las propiedades son retenidas para construir este espacio son propiedades actuantes, se podría describir como un campo de fuerzas, es decir, como un conjunto de relaciones objetivas de fuerza que se imponen a todos los que entran en ese campo y que son irreductibles a las intenciones de los agentes individuales o incluso, a las interacciones directas entre los agentes.²⁸

El proyecto minero produjo un espacio de múltiples dimensiones que existe bajo un conjunto de propiedades que les aportan a los actores lo necesario para su posicionamiento, pero, también, dichos actores agencian su “posicionamiento” gracias a la experiencia.²⁹ Siguiendo a Bourdieu, las propiedades son tipos de poder o de capital distribuidos entre los actores, diferenciándolos. El mundo social de Bourdieu es un macrocosmos que puede ser analizado a través de diferentes campos –social, político, económico, entre otros–, y por los diferentes tipos de capital que detenta cada actor o grupo de actores: económico, simbólico, cultural y social. Las propiedades del mundo social o de cada uno de los campos pueden ser intrínsecas o condicionales (el capital acumulado) y relacionales o posicionales (la cantidad y la calidad que posee cada actor en un dominio específico).³⁰ Si seguimos a Bourdieu, los agentes, con sus hábitos y

28 Pierre Bourdieu, “Espace social et genèse des ‘classes’”, *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, nos. 52-53 (1984): 3 (la traducción es mía del original en francés).

29 Las personas se ven afectadas por su entorno así como ellas lo afectan recíprocamente. La experiencia del cambio, es decir, la de un ser “afectivo” siendo afectado se intensifica por la experiencia de la experiencia. De este modo el individuo va acumulando esta memoria en hábito, en deseo, en una tendencia. Brian Massumi, “Navigating Movements”, in *Hope. New Philosophies for Change*, ed. Mary Zournazi (Annandale: Pluto Press, 2002), 210-42; Edgar Pieterse, “African Cities: Grasping the Unknowable” (Paper presented at the Inaugural Lecture, University of Cape Town, Cape Town, 2009). Stuart Hall también afirma que el hecho de posicionar(se) antes de ser posicionado es una nueva forma de etnicidad que subraya la agencia del individuo. Eduardo Restrepo, “Etnicidad sin garantías: contribuciones de Stuart Hall a los estudios de la etnicidad”, en *Teorías contemporáneas de la etnicidad. Stuart Hall y Michel Foucault*, ed. Eduardo Restrepo (Popyán: Editorial Universidad del Cauca, 2004), 35-72.

30 Bourdieu, “Espace social et genèse”.

capitales, “juegan” en los diferentes campos sociales, contribuyendo a reproducir y transformar la estructura social.³¹ Y finalmente, el poder y la posición de un actor en el campo determinan su forma particular de ver el mundo.

La noción de campo en Bourdieu le permite desligarse de una mirada estructural hegemónica en ese momento en el mundo académico que él consideraba estrecha. La idea de campo remite a lo relacional, a una red o configuración de relaciones objetivas entre posiciones. Según el autor, lo real del mundo social son precisamente las relaciones: “Lo que existe en el mundo social son las relaciones. No interacciones entre agentes o lazos intersubjetivos entre individuos, sino relaciones objetivas que existen ‘independientemente de la conciencia o la voluntad individual’, como afirmó Marx”.³²

Sin embargo, desde la perspectiva de Bourdieu las posiciones están objetivamente definidas, se imponen a sus ocupantes, es decir, a los individuos y, en resumen, son determinantes del capital o del poder que estos puedan activar.³³ En este punto tomo distancia de la noción de campo o espacio social de Bourdieu. Aunque entiendo el espacio relacional como un escenario de posicionamientos sobre el cual operan unas estructuras condicionantes, también creo que los posicionamientos son negociados, no son fijos ni determinados objetivamente y asumo también que las relaciones no son objetivas sino más bien negociables y en continua configuración. Me distancio también de la naturaleza institucional –es decir, institucionalizada, ya establecida– que tienen los campos que componen el universo social de Bourdieu.

Por ello, el énfasis del espacio relacional que expongo en este artículo se ubica en la agencialidad y situacionalidad de las relaciones. Retomo, entonces, la idea de *interacción* para referirme a la escala experiencial y acojo la noción de *relacional* para aludir a las escalas epistémica y estructural.

En el espacio relacional distinguí dominios, escalas y caracteres. A continuación trataré de resumir de qué se trata cada uno de ellos ilustrando con algunos ejemplos etnográficos.

31 Pierre Bourdieu, *Raisons pratiques. Sur la théorie de l'action* (Paris: Éditions du Seuil, 1994).

32 Pierre Bourdieu y Loïc Wacquant, *Una invitación a la sociología reflexiva*, trad. Ariel Dilon (Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 2005), 150. primera edición: 1992.

33 Bourdieu y Wacquant, *Una invitación a la sociología reflexiva*.

Dominios del espacio relacional

Con estas interpretaciones en mente propongo distinguir tres dominios de funcionamiento u operación del espacio relacional: estructural, epistémico e interaccional.³⁴ En primer lugar el dominio estructural, constituido por unas propiedades condicionantes y contextuales que predisponen las relaciones pero al mismo tiempo sufren transformaciones o continuaciones gracias a la dinámica del espacio relacional. Algunas de estas propiedades globales son: el sistema económico mundial; las políticas de reconocimiento identitario y político de los grupos llamados “tradicionales”; el rol de las multinacionales, de los estados y de las poblaciones locales en el sistema político-económico global; las tendencias en las ideologías corporativas, estatales e indígenas sobre el desarrollo, la otredad y el bienestar; y la historia de la relación entre el Estado y La Guajira, y entre esta península y el mundo. De modo que en este dominio estructural se revelan la mayor parte de las tensiones, conflictos y contradicciones de la articulación entre las dinámicas multilocales y globales.

El segundo dominio es epistémico, es decir, remite a los campos de representación y sentido en donde se construyen y confrontan las ideas y visiones sobre el otro y sobre asuntos clave de negociación en el marco de la relación. En esta dimensión se definen e instalan las hegemonías del ejercicio del poder en las representaciones sobre el otro; es en este ámbito en donde se estructuran las relaciones entre entidades “conceptualizadas”, entre construcciones imaginadas e ideológicas, entre referentes abstractos y homogéneos, es decir, entre las epistemes. Tal dominio podría ser entendido como el de la negociación de sentidos, significados y representaciones, particularmente, entre maneras de ver el mundo.

34 Aquí resulta inspiradora la interpretación que Edward W. Soja hace de la dialéctica espacial lefebvriana. En este marco, el primer espacio es el de la práctica espacial, el espacio percibido, la espacialidad física material y materializada. El segundo espacio es ideacional, se constituye por las representaciones del espacio, es el espacio concebido. Finalmente, el tercer espacio, el espacio vivido. Edward W. Soja, *Thirdspace. Journeys to Los Angeles and Other Real-and-Imagined Places* (Oxford: Blackwell Publishers, 1996). Aunque no defini los dominios del espacio relacional pensando en esta trilogía, estos se complementan con los espacios señalados por Soja en su lectura sobre la producción del espacio de Henri Lefebvre. Henri Lefebvre, *The Production of Space*, trans. Donald Nicholson-Smith (Cambridge: Blackwell, 1991), first edition: 1974.

En tercer lugar se encuentra el dominio interaccional, o sea, el de los espacios de contacto cara a cara de los agentes sociales que “representan” (o están delegados por) la empresa, el Estado y los wayuu. Este dominio se nutre de las experiencias de interacción entre los líderes de las comunidades wayuu y los empleados de las fundaciones mineras, así como entre ellos y los funcionarios públicos de diferentes instituciones públicas. Es aquí donde se sitúan las prácticas de negociación, materializadas en alianzas y acuerdos, y también en conflictos y distanciamientos. Por ello podemos decir que en este dominio se configuran las versiones locales heterogéneas del *hecho relacional* del proyecto minero. Siguiendo a Turner, “las interacciones son situaciones de negociación del orden social, al seno de las cuales, se forman la pertenencia y el poder”.³⁵ De modo que en el dominio interaccional se revelan las múltiples articulaciones entre los agentes sociales que dinamizan el espacio relacional.

La figura de espacio relacional permite identificar, en este sentido, el ejercicio de los poderes y de los posicionamientos de “entidades” o de representaciones sociales –Estado, empresa, wayuu– a través de las interacciones, procesos comunicacionales y negociaciones instrumentales y simbólicas de sus múltiples agentes o delegados diferentes y heterogéneos. Aquí, interesan principalmente los proyectos y los intereses de los agentes, sus conocimientos, sus competencias y saber-hacer, así como el uso que ellos hacen del “poder” de la entidad a la que representan o de la cual son delegados. Por ejemplo, es en este dominio en donde se evidencian las tensiones que vive el líder entre sus propios intereses como competidor político en las estructuras de autoridad wayuu y la delegación que las comunidades han hecho para que lleve la voz de intereses comunes ante la fundación minera.

En efecto, la negociación de ideas, visiones y teorías, de planes, valores e intereses, y de discursos y prácticas, posible en el espacio relacional, relaciona de manera simbólica y política a los actores. En consecuencia, en este dominio se *sitúan* las estrategias para la reproducción de ellos mismos –el mantenimiento de la viabilidad del proyecto minero y la sobrevivencia del

35 Tarik Dahou, *Entre parenté et politique. Développement et clientélisme dans le Delta du Sénégal* (Paris: Éditions Karthala, 2004), 111.

pueblo wayuu-.³⁶ En este punto, vale la pena ilustrar por lo menos un ejemplo en el que se revelan estas estrategias. Por parte de los wayuu la producción de líderes intermediarios entre el proyecto minero y las comunidades vecinas ha permitido continuar la competencia política y económica entre hombres que se disputan el prestigio y el estatus al interior de sus parentelas gracias a la movilidad social que les permite el ejercicio del liderazgo, en ausencia de los medios tradicionales como la acumulación de animales. Por el lado de la empresa, sus empleados favorecieron alianzas de tipo clientelista e incluso padrinazgos que promovieron relaciones de fidelidad entre algunas parentelas y el proyecto minero, garantizando la seguridad del proyecto minero en los territorios ocupados por dichas parentelas.

Escalas de operación del espacio relacional

Adicionalmente a aquellos dominios de operación, el espacio relacional me remitió a diferentes escalas espaciales.³⁷ Los hechos relacionales tienen alcance sobre y reciben influencia de lo global, lo internacional, lo nacional, lo regional, lo local (lo comunitario e incluso lo parental entre los wayuu).³⁸ Este enfoque reconoce la carga histórica, el dinamismo y la situacionalidad de las fuerzas de poder, de las lógicas, discursos y prácticas que operan en las diferentes escalas. Por una parte, la escala global y estructurante³⁹ determina el posicionamiento de los actores en función de las fuerzas de poder obtenidas de las tendencias económicas, geopolíticas e ideológicas del sistema mundial. En esta escala pueden ubicarse el capitalismo como lo conocemos hoy y las

36 Cuando digo *situar*, me refiero a que allí toman lugar las estrategias de reproducción y las prácticas y lógicas mediante las cuales los agentes gestionan su visión de futuro. Remitirse a las definiciones de lugar desarrolladas más adelante. John Agnew, "Know-Where: Geographies of Knowledge of World Politics", *International Political Sociology*, Vol. 1, no. 2 (June, 2007): 138-48; Doreen Massey, *Space, Place and Gender* (Minneapolis: University of Minnesota Press, 1994).

37 Jacques Revel, ed., *Jeux d'échelles. La micro-analyse à l'expérience* (Paris: Gallimard Le Seuil, 1996).

38 Todavía esta visión escalar tiene sus limitaciones por "fijar" la operacionalidad del espacio relacional en aparentes escalas distintas. Quisiera llamar la atención sobre la pertinencia de trascender la visión que separa las escalas para reconocer que estas están en constante superposición y correlación.

39 Para ver más sobre la definición de global en tanto "propiedades estructurantes", véase: Friedman, "Globalization, Class and Culture"; Friedman, "Globalization".

hegemonías provenientes de las políticas de conocimiento y de las ideologías dominantes.

Por su parte, en la escala internacional se sitúan las geopolíticas de los estados, de los capitales internacionales y de los organismos internacionales. En esta escala se ubica la crisis energética de los años 70 y la presión de Estados Unidos para que sus multinacionales pudieran ejecutar sus proyectos en Colombia.

La escala nacional se situó en los juegos de intereses gubernamentales, “civiles” y privados, en los roles históricos y de sus posibilidades (capitales) situacionales. En esta escala se llevó a cabo la negociación del contrato, la emisión de la Constitución Política de 1991, las continuas reformas del código de minas, y las reivindicaciones de los movimientos étnicos y ambientales. En resumen, en esta escala (aunque codependiente de las otras) se configuraron las políticas de reconocimiento frente a los indígenas y las políticas económicas que transformaron a Colombia en un país de vocación minera y extractiva.

Finalmente, la escala multilocal, en donde se sitúa lo comunitario y parental, se caracteriza por ser el campo de interacciones. Dicha escala es esencialmente experiencial, describe la realidad cotidiana en la cual se reflejan, pero también de donde provienen las posibilidades de los actores de alcanzar sus objetivos e intereses, manteniendo siempre sus visiones del mundo.

Caracteres que toma el espacio relacional

Para completar la construcción de esta herramienta analítica aludiré a los caracteres o naturalezas que configuran dicho espacio. En efecto, en los hechos relacionales se conjugan aspectos económicos, jurídicos, políticos y culturales que a su vez se relacionan con las escalas y las dimensiones. La noción de espacio de relacionamiento social que propongo no se descompone en campos, como lo hace Bourdieu, sino en caracteres que configuran su desarrollo, lo caracterizan y afectan de manera diferenciada las escalas espaciales y los dominios operacionales del espacio relacional. En primer lugar, este espacio tiene una naturaleza política por excelencia (ya mencionada antes), en la cual coexisten propiedades jurídicas. Por otra parte, es un espacio de reproducción cultural, en la medida en que se negocian representaciones, interpretaciones y visiones del mundo y del proyecto minero, o sea lo que he llamado interfaces

de interacción⁴⁰ ligadas, por ejemplo, a las nociones de desarrollo y bienestar, otredad e identidad. Es económico en la medida en que, finalmente, lo que circula en las relaciones entre los actores son recursos económicos y naturales que mueven las dinámicas económicas.

El espacio relacional revela, principalmente, un giro político en las dinámicas históricas de articulación de los wayuu con procesos globales. Algunos wayuu trabajan en la mina como vigilantes y pocos han llegado a ser operarios. Solo unos cuantos han ocupado cargos administrativos, especialmente en las oficinas de relaciones con la comunidad. Por esta razón no podía abordar las relaciones entre los wayuu y la multinacional, en términos laborales o suscribiéndome al análisis de una cadena de producción. Los wayuu no se integraron a la economía minera a través de su fuerza laboral, lo hicieron mediante otra fórmula, que también los vinculaba a la cadena de producción, pero de otra manera. En general no son mano de obra minera, pero sí consumidores y clientes, no del carbón del Cerrejón sino de sus ayudas para el desarrollo. Por ello, en mis interpretaciones se evidenciaron las características fuertemente políticas de las relaciones entre la multinacional y los indígenas, por el proyecto que los primeros trataban de implementar y que los segundos trataban de definir para sí mismos. Las relaciones humanas son obviamente políticas en el sentido en el que siempre habrá en ellas una lucha de fuerzas, sin embargo, había en estas un matiz de carácter histórico, que me señalaba un giro en las estrategias activadas por los wayuu para interactuar e integrarse a una economía minera de enclave. El hecho de que los wayuu no se integraran en tanto mano de obra es a mi parecer fundador de un tipo de relacionamiento particular. En efecto, los wayuu siguieron una ruta política de reivindicaciones, de tipo étnico principalmente, y no ligadas a una posición de clase. Los wayuu hicieron que sus estrategias se modificaran por un giro político, conectándose a la “fase política” de la globalización económica.⁴¹

40 Alberto Arce and Eleanor Fisher, “Knowledge Interfaces and Practices of Negotiation: Cases from a Women’s Group in Bolivia and an Oil Refinery in Wales”, in *Negotiating Local Knowledge: Power and Identity in Development*, eds. Johan Pottier, Alan Bicker and Paul Sillitoe (London: Pluto Press, 2003), 74-97.

41 John Agnew, “The New Global Economy: Time-Space Compression, Geopolitics, and Global Uneven Development”, *Journal of World-systems research*, Vol. 7, no. 2 (2001): 133-54.

Debe ser claro hasta aquí que los dominios, escalas y caracteres descritos anteriormente se superponen y se influyen mutuamente. En tal sentido, el espacio relacional es profundamente situacional, circunstancial y coyuntural, al mismo tiempo que histórico y relativo. Por ello, el enfoque busca ser dinámico para dar cuenta de la evolución de los intereses, estrategias y posiciones de los protagonistas y de las dinámicas del dominio relacional.

En el espacio relacional interactúan los agentes sociales, interpretando lo que pasa allí en función de sus propias representaciones del mundo, sus propias experiencias, territorialidades y geopolíticas, las cuales se revelan en sus discursos y prácticas o en sus comportamientos, modificando continuamente el espacio de las relaciones. Este espacio relacional es influenciado igualmente por la historia de la relación entre los agentes sociales, por sus propias historias y sus temporalidades –esas de la acción, la reacción y la historia del posicionamiento de cada uno de los actores–.⁴² El espacio es también situacional, pues ha sido creado a partir de la implantación del proyecto minero en La Guajira en sus diferentes momentos: la negociación del contrato entre la multinacional Intercor y el Estado colombiano, la construcción de la infraestructura minera en La Guajira y la configuración de la vecindad y la coexistencia entre la mina y los vecinos wayuu.⁴³

Por ello no fue posible hacer un recuento cronológico de la configuración de la vecindad entre el proyecto minero y las comunidades wayuu cercanas o afectadas. Fue necesario, al contrario, construir un relato mediante la caracterización de los dominios de operación del espacio relacional, las escalas en las cuales funcionaba y, finalmente, la naturaleza de las relaciones que produjeron los actores.⁴⁴

42 Siguiendo a Abélès en su llamado a tener en cuenta lo que constituye el campo político. Marc Abélès, “Anthropologie politique de la modernité”, *L’Homme*, no. 121 (1992): 15-30.

43 Véase la noción de *coexistencia* de Doreen Massey, la cual es relativa a la multiplicidad, la interrelación y, también, a la independencia de trayectorias y de narrativas. Doreen Massey, “Spaces of Politics”, in *Human geography today*, eds. Doreen Massey, John Allen and Sarre Philip (Cornwall: Polity Press, Blackwell Publishers Inc., 1999), 279-94. Para profundizar más en cada uno de los momentos del proyecto minero como espacio relacional, véase: Puerta Silva, “Les indiens wayuu”.

44 Para saber más, cf. Puerta Silva, “Les indiens wayuu”.

En tanto *espacio*, esta figura analítica permite subrayar igualmente su naturaleza espacial, tanto en el ámbito físico como simbólico. Por una parte, el espacio relacional se inscribe en unos territorios, es decir, siguiendo a Massey, en los espacios geográficos en donde las relaciones sociales se expanden y en donde se construyen los sentidos múltiples de lugar;⁴⁵ o más específicamente, en un lugar (en el sentido que le da Agnew⁴⁶). Esto es, el proyecto minero se sitúa en Media Luna, Barrancas, Albania, el resguardo de Provincial, etc. Por otra parte, el espacio relacional se inscribe en espacios que trascienden la geografía de la península: las sedes de la multinacional en Bogotá, Barranquilla y Estados Unidos, Caribol en Bogotá, entre otros.

Para distinguir mejor las escalas del espacio relacional, diré que las relaciones entre los actores se establecen en un espacio no necesariamente geográfico, pero las interacciones entre los individuos que representan esos actores se dan en el territorio geográfico y en el lugar⁴⁷ y están marcadas por el vínculo territorial, contrariamente a las primeras que pertenecen al marco de las representaciones, las condiciones globales y la geopolítica.

Retomando, en parte, la relación clásica establecida por Abélès entre política y territorio, propongo considerar el territorio tanto como el receptáculo o contenedor de las interacciones entre los actores como el objeto que se encuentra en el origen del vínculo político activado por el proyecto minero⁴⁸ y, por ello, construido socialmente. El territorio es entonces uno de los ejes del espacio relacional tanto de las prácticas geopolíticas activadas por los actores como de los discursos reivindicativos indígenas.⁴⁹

45 "Sentidos del lugar", en la perspectiva de esta autora, "Instead then, of thinking of places as areas with boundaries around, they can be imagined as articulated moments in networks of social relations and understandings". Massey, *Space, Place*, 154.

46 Agnew, "Know-Where".

47 Lo que llamaría Lefebvre el tercer espacio, el espacio vivido. Soja, *Thirdspace*.

48 Marc Abélès, "L'Anthropologue et le politique", *L'Homme*, nos. 97-98 (1986): 191-212; Marc Abélès, "Anthropologie des espaces politiques français", *Revue française de science politique*, Vol. 38, no. 5 (1988): 807-17; Abélès, "Anthropologie politique".

49 En este caso particular, una de las estrategias activadas por los wayuu fue exigir la titulación de *resguardos*, al mismo tiempo que el Estado redefinía las divisiones político-administrativas de la península. La empresa por su parte había definido igualmente sus jurisdicciones: zonas de retiro, rutas de repartición de agua, lugares de inversión productiva, etc.

El proyecto del Cerrejón se instala en un momento de transición en el cual se aceleró la globalización económica, que ponía en duda las soberanías estatales y que creaba nuevos territorios estratégicos desde el punto de vista de los actores globales más poderosos. Así, al mismo tiempo que aparecían procesos globales económicos dominantes se producían también procesos políticos locales fuertes y variados.⁵⁰ Para Agnew⁵¹ se trata de la fase política de esta nueva “gran transformación” que es la globalización económica. De modo que la geopolítica de la economía global estaba en juego, como también las múltiples respuestas de las sociedades que la confrontan o que se adaptan, cuyas características dependían de sus propias geopolíticas y políticas de existencia. Después del “traumatismo vital” –territorial, cultural y económico– que sufrieron durante la construcción del complejo minero, los wayuu hicieron de su identidad, en parte anclada a su territorio ancestral, el eje de sus demandas y reivindicaciones frente al Estado, pero particularmente hacia la empresa multinacional.

El “traumatismo vital”, esta gran transformación de las condiciones locales de existencia wayuu, está fundamentado en una delegación de poder por parte del Estado hacia la empresa. Sin embargo, las lógicas bajo las cuales se reprodujeron estos efectos en el espacio relacional se encuentran profundamente vinculadas con la relación que los wayuu mantenían con el Estado (como entidad abstracta) y con los gobiernos (personificación de esta entidad), así como también se vinculan con sus territorialidades, con su innegable anterioridad al proyecto,⁵² pero esencialmente con la fuerza normativa e institucionalizante de sus lógicas y prácticas sociales.⁵³

50 Las estrategias y lógicas culturales activadas local y regionalmente se relacionan con procesos de la economía global en la que se reproducen espacios de identidad que se mantienen entre la modernidad y la postmodernidad, el tradicionalismo y el primitivismo. Jonathan Friedman, “Cultural Logics of the Global System”, in *Cultural Identity & Global Process*, ed. Jonathan Friedman (London: SAGE Publications, 1996), 91-101.

51 Agnew, “The New Global Economy”.

52 Todavía en la actualidad la referencia a la ancestralidad y a la anterioridad territorial obliga a la empresa a negociar compensaciones e indemnizaciones con las poblaciones vecinas del complejo minero.

53 Aunque están vinculados al sistema mundial, los wayuu mantienen sus formas de reproducción basadas en el parentesco y la comunidad, es decir, mantienen sus estructuras locales de reproducción, aunque estén articuladas a un sistema más amplio. Friedman, “Cultural Logics”.

En el espacio relacional fueron necesarias intermediaciones de dos tipos: por un lado, la intermediación en las interacciones, esto es, los puentes entre los diferentes actores, los cuales fueron asumidos por intermediarios y líderes mestizos e indígenas. Por otro lado, el espacio relacional exigió interfaces de comprensión, lo que he llamado campos de legibilidad o de representación negociada. Estos campos, propongo, estarían constituidos por las ideas y prácticas del desarrollo, movilizadas por todos los actores y que permiten la utilización de léxicos y comportamientos aparentemente “comprensibles” para todos, pero que generan ineludiblemente tensiones, resultado de los matices y contenidos diferenciales. Esta diferencialidad se relaciona en parte con las condiciones estructurantes o propiedades estructurales del espacio relacional. Los intermediarios son quienes movilizaron y dinamizaron, en primer lugar, dichos campos de representación.

Asumiendo el proyecto minero como espacio relacional tuve que preguntarme por las intermediaciones y las representaciones delegadas activadas entre los actores. Por un lado, ya había comprendido que no eran la mina, la multinacional, el Estado, los wayuu quienes interactuaban. En el ámbito experiencial había unos agentes sociales en contacto continuo y cotidiano. Por otro lado, estos intermediarios movilizaban representaciones sociales, es decir, visiones y construcciones sobre el otro, sobre el proyecto minero y, especialmente, sobre el futuro en términos de desarrollo, es decir, se interconectaban mediante interfaces de comprensión.

Los intermediarios: representantes de los wayuu, la multinacional y el Estado

En las relaciones entre empresa y pueblo indígena primó una intermediación individual, más que una intermediación representativa mediante un actor colectivo. Esto se debe no solamente a las estructuras organizativas y sociales propias de los wayuu, que desfavorecen la conformación de colectividades para la representación política, sino también porque a pesar de que desde los años 80 los movimientos étnicos e indígenas estaban ganando terreno político se dio un giro hacia la individualización de la relación con los Estados y con otros actores hegemónicos como las agencias de desarrollo. De una

promoción de la organización política colectiva se pasó al favorecimiento de formas más individualizadas de interacción.

De manera que fue privilegiada la intermediación individual (representantes de conjuntos de parentelas y aliados). Los intermediarios, sin embargo, no se limitaron a ser solo mensajeros o *passeurs*, sino que se especializaron y perfeccionaron sus prácticas y discursos, influyendo, e incluso, decidiendo sobre el devenir de sus comunidades. Lo hicieron no a través de un proceso organizativo homogéneo y conscientemente colectivo, sino individualmente, compartiendo, con otros individuos, discursos reivindicatorios y participando de campos comunes de acción política y económica.

Los datos me hablaban de los individuos wayuu que habían acompañado a los empleados de la mina a hacer las negociaciones de las tierras. Los testimonios les atribuían a estos personajes parte de la “culpa” de lo que había pasado, especialmente, de la pérdida territorial. Hablaban de las alianzas, las prebendas y los privilegios de los que gozaron estas mujeres y hombres. Quise ir más allá de la idea de unos mestizos oportunistas que, sin ningún vínculo afectivo con las comunidades wayuu, se habían prestado a los intereses de la empresa. Poco a poco descubrí que en la historia de los wayuu siempre habían existido los corredores: intermediarios que hacían de puente entre la sociedad alijuna y la indígena.⁵⁴ Estos corredores aparecían frecuentemente en los relatos sobre las épocas electorales, el comercio y la presencia estatal en La Guajira. La curiosidad de saber quiénes eran aquellos mestizos y qué representaban en la organización sociopolítica wayuu me llevó a trazar una continuidad en la intermediación como un mecanismo de reproducción socioétnica.

La pregunta por la movilización colectiva política también surgió con fuerza por dos razones: la primera, porque para algunos la ausencia de organizaciones centralizadas era la razón principal para que los wayuu no se hubieran movilizado contra la empresa o, en otras palabras, su “falta” de organización era la causa de los desventajosos acuerdos a los que habían llegado por las tierras y otras compensaciones. La segunda era la referencia obligada

54 Weildler Guerra Curvelo, *La disputa y la palabra. La ley en la sociedad wayuu* (Bogotá: Ministerio de Cultura, 2002).

a Yanama, una organización wayuu contemporánea del proyecto minero, que tuvo una injerencia importante en la definición de los programas sociales para indígenas. Yanama se distanció fuertemente del proyecto minero y, desde entonces, la movilización colectiva ha sido más bien débil y coyuntural.

No había antecedentes en la historia wayuu de una representación política colectiva; de hecho, la literatura señalaba la ausencia de toda organización centralizada de autoridad y representación política. Pocos eventos ocasionaron una movilización que involucrara al pueblo wayuu en su totalidad o a un buen sector de este. En efecto, adentrarme en la forma de operación de la micropolítica wayuu me permitió identificar que las dinámicas de competencia y jerarquización, y el oportunismo inherente a ellas (necesidad de acudir a formas de aumentar riqueza y prestigio), son fundamentales para comprender las fracturas que sufrieron y que aún sufren las movilizaciones colectivas wayuu.⁵⁵

En cualquier caso, el proyecto minero y su espacio relacional exigieron procesos de intermediación a partir de los cuales puede darse cuenta de la reconfiguración de la organización política wayuu, mediante la transformación y reacomodación de sus dinámicas y estructuras micropolíticas: algunos de los cambios fueron en las relaciones de poder y el surgimiento de nuevas representaciones y delegaciones. Los intermediarios que en un principio actuaban como facilitadores y traductores de los encuentros entre los empleados de la empresa y los *alaula* o autoridades mayores de las comunidades fueron convirtiéndose paulatinamente en líderes y dirigentes, representantes comunitarios en los asuntos externos de los resguardos y parentelas. Ellos ya contaban con un lugar en las estructuras sociopolíticas, pero gracias a su conocimiento y capacidades para alcanzar un acceso privilegiado a los recursos de desarrollo o intervención social de la empresa los intermediarios pudieron participar en las dinámicas internas de competencia política que mantienen las jerarquías sociales y la movilidad social wayuu. Comenzaron a influir en las decisiones internas de sus linajes y, a veces, de conjuntos de linajes que habitan en vecindades territoriales. Ellos, “delegados” por y en *representación* de las

55 Para este tema utilicé ampliamente los censos, genogramas y cartografías sociales que levanté en campo y que fueron mencionados antes en este artículo.

comunidades, negociaron ideas y planes con la empresa y el Estado; fueron construyendo su propia visión del proyecto minero y sus discursos y prácticas de negociación. Por ello, la intermediación es un eje fundamental para comprender la articulación de esta sociedad con el proyecto minero.

De hecho, en ausencia de un interlocutor colectivo las empresas crearon las fundaciones mineras como su mecanismo para formalizar las relaciones, para pasar de interacciones individuales a interacciones más organizadas y generales, o más bien, interacciones menos íntimas y afectivas. Con esto no desaparecieron las intermediaciones individuales, al contrario, a raíz de la formalización de las relaciones, mediante convenios de inversión y cooperación, los intermediarios wayuu aprendieron y asumieron una lógica diferente y unas prácticas más institucionalizadas como la participación social y democrática, la cooperación y la cofinanciación.

Ahora bien, en un trabajo más amplio traté de demostrar cómo el proyecto minero, como espacio de negociaciones, fue el campo de “entrenamiento” para los intermediarios que se especializaron en la “gestión focalizada” de proyectos, especialmente en el ámbito de lo que hoy conocemos como *desarrollo*.⁵⁶ El proyecto los conectó con tendencias globales de nuevos espacios políticos reivindicativos étnicos. En este sentido, gracias al Cerrejón los wayuu se prepararon para las políticas de apertura multicultural, descentralización, modernización y democratización del Estado colombiano en los 90. En efecto, el marco de los derechos diferenciados y llamados de “discriminación positiva”, desarrollado en la última década del siglo xx, modernizó y les dio fuerza jurídica a los discursos reivindicativos de “merecimiento” de compensaciones por las afectaciones sufridas a causa del proyecto minero.

El liderazgo, sin embargo, es tan frágil como los cacicazgos descritos por los españoles durante la colonia. La autoridad se pierde cuando se pierden el prestigio y la riqueza; la proliferación de líderes tiene que ver mucho con la micropolítica wayuu. Es así como el liderazgo que ha sido catalogado como adopción de las maneras políticas locales –“occidentalización” y la pérdida de las tradiciones de los líderes– propongo verlo como una forma contemporánea

56 Puerta Silva, “Les indiens wayuu”.

de movilidad social⁵⁷ o de posicionamiento en las jerarquías sociales wayuu. De hecho, ante la ausencia de fuentes tradicionales de autoridad, el liderazgo político ligado a la gestión del desarrollo es una fuente, desde entonces, muy apetecida y competida. La etnicización de los líderes mestizos puede ser leída como una instrumentalización de la identidad pero es, al mismo tiempo, una forma de adquirir capital –bajo nuevas condiciones– para ejercer la intermediación, ya no solamente con la multinacional, sino también con el Estado. Según Joanne Rappaport y Robert VH Dover, los líderes vincularían así sus obligaciones sociales y culturales tradicionales con la necesidad de participar en las arenas políticas locales y nacionales. Elaborarían un “producto étnico” que, además de servir de capital político, “conecta el gozo de derechos indígenas específicos con una cultura basada culturalmente y con un mandato social que ellos mismos definen”.⁵⁸

Por ello, algunos han establecido que en la lógica de los liderazgos locales podrían distinguirse dos momentos: uno, cuando este liderazgo se revela en las prácticas criollas de naturaleza clientelista, y el segundo, cuando este liderazgo hace uso de la etnicidad.⁵⁹ En cualquiera de los dos casos, el liderazgo es una forma de movilidad social que gana en importancia y protagonismo durante los años 80 y 90; pero también es el mecanismo privilegiado en las relaciones entre la sociedad y el Estado, en ausencia de la posibilidad de que los ciudadanos establezcan vínculos directos con el Estado.

En este sentido, el proyecto minero contribuyó a estas nuevas lógicas del liderazgo político local, por un lado, fortaleciendo una clase social, la de los

57 “Por movilidad se entiende todo trayecto logrado en el espacio social por parte de individuos aislados o constituyentes de grupos [esta noción] remite en su principio al sistema de relaciones que une los actores y el sistema social; los comportamientos regidos por los valores de los primeros, sus estrategias, en función de su apreciación de las circunstancias, interactúan allí con la estructura social inscribiéndose en su jerarquía compleja (...) de esta estructura surgen las diferencias que son resultado de las desigualdades sociales”. Pierre Weiss, *La mobilité sociale*, 1.ª ed., Vol. 2266 (Paris: Presses Universitaires de France [PUF], 1986), 8 (traducción mía del francés).

58 Joanne Rappaport and Robert VH Dover, “The Construction of Difference by Native Legislators: Assessing the Impact of the Colombian Constitution of 1991”, *Journal of Latin American Anthropology*, Vol. 1, no. 2 (1996): 27.

59 Véase Christian Gros, *Colombia Indígena. Identidad cultural y cambio social* (Bogotá: Fondo Editorial CEREC, 1991); Christian Gros, *Políticas de la etnicidad: identidad, estado y modernidad* (Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia [ICANH], 2000).

corredores e intermediarios, y por otro, promoviendo discursos con un fuerte énfasis cultural que terminaron por configurar una política identitaria wayuu. A pesar de la ausencia –imposibilidad– de organización política centralizada y la proliferación y movilidad de los líderes, argumento, no obstante, la producción de una política de reivindicación identitaria, la cual, desde mi perspectiva, es el resultado del uso compartido por parte de los líderes de discursos y prácticas reivindicatorias que perfilan un movimiento colectivo, que no se institucionalizan en una organización (excepto por Yanama en los 80), pero sí lo hacen en el ejercicio del liderazgo. Estos discursos y prácticas compartidos provienen de un campo de representaciones construido por el liderazgo indígena sobre quiénes son los wayuu: qué quieren del proyecto minero, del Estado y de la sociedad colombiana, y cómo ven su futuro.

Interfaces: las representaciones sobre el otro y sobre el desarrollo

Además de la intermediación ejercida por líderes indígenas y fundaciones mineras, me pregunté por los campos de representación común que soportaban las intermediaciones, pues no cabía duda de que no se trataba de meras relaciones instrumentales, transacciones de recursos y favoritismos, sino que los intermediarios estaban negociando algo más. Como creo, los imaginarios y estereotipos, o las ideas y teorías sobre el otro se quedarían solamente en imágenes si no tuvieran efectos sobre la vida de ese otro. Propongo que en La Guajira todas estas representaciones sobre el “otro” y sobre “sí mismo” estuvieron atravesadas fundamentalmente por tres ideas: merecimiento/reconocimiento, compensación/responsabilidad social e identidad/desarrollo. De modo que distinguí entre los campos de representación principales: las políticas de reconocimiento, las políticas de identidad y las *visiones* sobre el desarrollo.

En el espacio relacional se configuraron, por un lado, las *políticas de reconocimiento*. La empresa definió interlocutores válidos y comunidades merecedoras de compensaciones e indemnizaciones, reubicaciones, ayudas voluntarias o programas sociales. El efecto más importante de estas políticas fue el reconocimiento o desconocimiento de la indianidad de comunidades

enteras. De esta manera el proyecto construyó sus interlocutores ideales.⁶⁰ Como consecuencia del trato y el acceso diferenciado a los recursos ofrecidos por la empresa por parte de los intermediarios wayuu, se intensificaron, finalizaron o iniciaron dinámicas wayuu de competencia y faccionalismo por prestigio y riqueza, jerarquización entre los individuos y las parentelas wayuu, teniendo un efecto directo en la micropolítica indígena. Las teorías que configuraron los criterios de “responsabilidad social” operaron como políticas de reconocimiento, pues determinaron el tipo de relaciones posibles con el proyecto minero durante casi 20 años.

Por otro lado, los líderes wayuu desarrollaron *políticas de identidad* o de *reivindicación identitaria* como estrategia y práctica de negociación en el espacio relacional del proyecto minero. La instalación de este proyecto minero coincidió con un contexto favorable a las reivindicaciones étnicas, lo que les permitió acceder a recursos económicos de la multinacional (programas de inversión social) y, también, fortalecer sus estrategias políticas de interacción con el Estado. Los elementos centrales en los discursos reivindicativos en los que se recrea la identidad étnica como operador central son, a mi modo de ver, el derecho al territorio, el derecho a la organización sociopolítica propia y el derecho a la autonomía del desarrollo.

Las teorías que configuraron las políticas de reconocimiento y de identidad en este espacio relacional versaron principalmente sobre 1) los derechos sobre el territorio; 2) el reconocimiento de la indianidad –etnicidad– y de la condición de comunidad –tratamiento colectivo del problema y mantenimiento de las redes sociales–; 3) la legitimación de representantes o voceros –organización política representativa, intermediarios, delegados, representantes, líderes–, y 4) la “concesión” de niveles de autonomía para la definición de aspiraciones de futuro en relación con la noción de desarrollo, es decir las visiones locales sobre lo “ideal” en el marco del desarrollo.

60 Alex Golub en su caso de Papua Nueva Guinea lleva mucho más allá este argumento. Alex Golub, *Making the Ipili Feasible: Imagining Local and Global Actors at the Porgera Goldmine, Enga Province, Papua New Guinea* (Chicago: The University of Chicago, 2006).

Dichas visiones configuraron lo que reconocí como una interfaz de comprensión: el desarrollo. Ya Wolfgang Sachs había anunciado que, “(...) aunque el desarrollo no tiene contenido, posee una función: permite que cualquier intervención sea santificada en nombre de un objetivo superior. En consecuencia aun los enemigos se sienten unidos bajo la misma bandera. El término crea una base común, un terreno sobre el cual libran sus batallas la derecha y la izquierda, las élites y los movimientos de base”⁶¹

No hay otro molde mental que evidencie tan tajantemente la percepción de sí mismo y del otro.⁶² Tal vez el elemento central de las políticas reivindicativas de los wayuu sea la exigencia del derecho al “desarrollo”, al mismo tiempo que se activa un proceso de (re)formulación de los fines de este. Todavía echan mano de un “discurso incapacitante”⁶³ como es el del desarrollo, y en muchos casos se ven atrapados en esa búsqueda desesperada de salir del subdesarrollo.

Aunque el desarrollo “convirtió la historia en programa: un destino necesario e inevitable”⁶⁴ y es un campo de representaciones que posiciona los actores y les da un rol, lo que vi en La Guajira me hizo pensar en las posibilidades de salir del análisis del poder hacia el análisis de la gestión.

Aunque la ideología convencional del desarrollo continúa siendo hegemónica, los pueblos y personas tienen en sus prácticas más de margen de manobra para configurar su propio *desarrollo*. En efecto, las prácticas indígenas del desarrollo no coinciden con las esperadas por las fundaciones del desarrollo. Lo que quedó claro de los testimonios es que todos hablan sobre este, todos entienden más o menos de lo que se trata, pero todos ven sus finalidades de

61 Sachs, *Diccionario del desarrollo*, 5.

62 Gustavo Esteva, “Desarrollo”, en *Diccionario del desarrollo. Una guía del conocimiento como poder*, ed. Wolfgang Sachs (Lima: Proyecto Andino de Tecnologías Campesinas [PRATEC], 1996), 52-78, primera edición: 1992. “El subdesarrollo comenzó, por tanto, el 20 de enero de 1949. Ese día, dos mil millones de personas se volvieron subdesarrolladas. En realidad, desde entonces dejaron de ser lo que eran, en toda su diversidad, y se convirtieron en un espejo invertido de la realidad de otros: un espejo que los desprecia y los envía al final de la cola, un espejo que reduce la definición de su identidad, la de una mayoría heterogénea y diversa, a los términos de una minoría pequeña y homogeneizante”. Esteva, “Desarrollo”, 53.

63 Sachs, *Diccionario del desarrollo*, 6.

64 Esteva, “Desarrollo”, 56.

manera particular. El desarrollo en la práctica podrá ser leído en las circunstancias de quien lo habla. Tiene la finalidad de garantizar vivir bien, pero ¿qué es vivir bien?

Aunque todos hablaban del desarrollo como si no hubiera necesidad de definir de qué se trata y qué idea de futuro contiene, a partir de mi estudio encontré que la noción servía discursivamente para situarse en un campo de legibilidad con el otro, pero difería enormemente del fin que dicho desarrollo tenía en la práctica de los actores.

A modo de conclusión: las negociaciones de otras teleologías del desarrollo

El desarrollo es un concepto resbaladizo, pero con fuerza hegemónica. El proyecto minero fue presentado por los medios y el gobierno nacional como el desarrollo para La Guajira y los wayuu. Desarrollo era sinónimo en los medios de los años 80 de empleo, carreteras, aumento del producto interno bruto (PIB), el tren más largo de América Latina, la mina más grande del mundo, tecnología de punta, ayudas voluntarias para la comunidad... El “desarrollo” fue la justificación misma del proyecto minero.

Los wayuu no se resistieron al “desarrollo”, ni se resisten hoy –aunque algunos de sus discursos actuales son tradicionalistas–; pero en sus proyecciones de vida futura reinterpretaron los propósitos del desarrollo. Comenzaron a construir una forma de gestionar el futuro teniendo en cuenta las condiciones de existencia transformadas y ofrecidas por el proyecto minero sin, por lo tanto, renunciar al desarrollo: por lo menos no a su discurso del desarrollo. Por ejemplo, cofinancian con la fundación minera un acueducto y la construcción de jagüeyes que les permiten un acceso al agua, no solamente para las personas, sino como objetivo primordial, un acceso de agua para los animales en la ausencia de zonas de pastoreo por fuera del resguardo.

El desarrollo se ha constituido paulatinamente en una ideología hegemónica que podría convertirse en un campo de representaciones legibles para actores tan diversos como una multinacional minera y un pueblo indígena si

se comprendiera en los términos de teorías y prácticas de *gestión del futuro* que finalmente garantizan los ejes de la reproducción socioétnica wayuu.⁶⁵

Aunque fue posible detectar en ocasiones la articulación de contenidos con miras a expresar argumentaciones de fuerza política, en la mayor parte de las ocasiones en el terreno se encuentra la utilización reiterativa de léxicos que forman parte de los campos dominantes de representaciones sociales, sin necesariamente movilizar una intención más allá de generar vínculos legibles. Propuse reconocer la construcción de un discurso común entre los líderes y, en este sentido, de un movimiento contrahegemónico a través de reivindicaciones compartidas, a las que se integran los múltiples intereses individuales y cuyos efectos tienen variados alcances. Estos discursos son, finalmente, una traducción de las necesidades de las comunidades, es decir, un anclaje de las ideas hegemónicas de desarrollo, la recontextualización de materialidades que resuelven no solamente la reproducción del pueblo wayuu como tal, sino también su articulación e integración actualizada a la “modernidad”, representada en parte por el proyecto minero.

Los instrumentos discursivos wayuu tienen que ver con dos nociones centrales que guían las prácticas de negociación de sus agentes en el espacio relacional del proyecto minero: primero, el merecimiento de compensaciones por los impactos negativos de los efectos de la minería y por la ocupación del territorio ancestral; el segundo, el derecho a la reproducción de su etnicidad a través de dos procesos paralelos e imbricados: por un lado, el reconocimiento y aceptación de su diferencia cultural, de su identidad wayuu revelada en prácticas sociales y políticas específicas –micropolítica y eventos sociales de afirmación de la pertenencia étnica–; y por otro lado, la autonomía para decidir y definir su futuro y su articulación con la sociedad colombiana mediante un desarrollo propio. Es decir, la ancestralidad, la precedencia a la nación colombiana, haría merecedores a los wayuu del derecho a “utilizar” los medios materiales a los que todo ciudadano colombiano tiene de una manera cultural acorde a su modo de vida y sus visiones del futuro.

65 Idea inspirada en la noción de *concepción política de identidad* desarrollada por Escobar y Paulson, la cual tiene que ver con el encuentro de las comunidades negras con la modernidad. Escobar and Paulson, “The Emergence of Collective”.

Es así como los discursos de indemnización e integración pasaron a ser discursos más afinados alrededor de la compensación étnica y la articulación autónoma, mientras que los de la multinacional y el Estado pasaron de ser asistencialistas (dirigidos a la asimilación de personas sin ciudadanía), a ser democráticos y facilitadores de la autonomía corresponsable de ciudadanos-indígenas y sujetos políticos diferenciados.⁶⁶ A diferencia de otros mecanismos de articulación utilizados históricamente por los wayuu –el poderío económico y territorial–, se valieron frente al proyecto minero de su identidad cultural, su etnicidad y su participación en el desarrollo.⁶⁷ Fue a través de la reproducción y fortalecimiento de una *política de reivindicación identitaria* y de la *reformulación de la teleología de los programas de desarrollo* que los wayuu finalmente se articularon al proyecto minero sin, por tanto, subyugarse enteramente a su inevitabilidad que durará por lo menos otros 30 años.

A raíz del proyecto minero, los wayuu comenzaron a participar de un campo político hasta entonces ajeno a sus dinámicas socioétnicas. Su historia se transformó fundamentalmente y ahora dependen de la eficacia de su política identitaria para sobrevivir como pueblo. Su política identitaria ya no puede centrarse solamente en la reivindicación de su condición étnica, ni en los derechos que gracias a esta el Estado les ha reconocido. Dicha política tendrá que incluir necesariamente una geopolítica clara de aseguramiento y protección de sus territorios, y unas prácticas políticas que les permitan utilizar léxicos legibles para movilizar contenidos a su favor, contenidos que sustenten su articulación con el desarrollo, desde su propias lógicas y prácticas de gestión de

66 En este sentido, algunas empresas mineras se han involucrado paulatinamente en organizaciones internacionales que les permiten comprometerse con estándares de responsabilidad ambiental y social que acercan los proyectos mineros y extractivos a la idea de desarrollo sostenible. Gracias a estas asociaciones y consejos de multinacionales y otras organizaciones civiles, las empresas han incorporado modelajes de relacionamiento con las comunidades locales. Términos como gestión, gestión de conflictos, metodologías participativas, *stakeholders*, responsabilidad social y ambiental, *accountability* son comunes en esta tendencia. Agradezco la sugerencia de un(a) evaluador(a) de hacer una nota al respecto y por la referencia a algunas organizaciones que han avanzado a este respecto: Energy Sector Management Assistance Programme (ESMAP), Banco Mundial, International Council on Mining & Metals (ICMM).

67 Por supuesto que el dominio territorial y cierta autonomía económica son capital simbólico en dicho campo, pero su incidencia no fue la misma que en los siglos anteriores.

futuro, en particular con los proyectos energéticos que hoy por hoy dominan la atención nacional y mundial sobre La Guajira.

Bibliografía

- Abélès, Marc. "L'Anthropologie et le politique". *L'Homme*, nos. 97-98 (1986): 191-212.
- _____. "Anthropologie des espaces politiques français". *Revue française de science politique*, Vol. 38, no. 5 (1988): 807-17.
- _____. "Anthropologie politique de la modernité". *L'Homme*, no. 121 (1992): 15-30.
- _____. "La antropología política: nuevos objetivos, nuevos objetos". *Revista internacional de ciencias sociales*, no. 153 (1997). <https://omegalfa.es/download-file.php?file=libros/la-antropologia-politica-nuevos-objetivos-nuevos-objetos.pdf>
- Agnew, John. "The New Global Economy: Time-Space Compression, Geopolitics, and Global Uneven Development". *Journal of World-systems research*, Vol. 7, no. 2 (2001): 133-54.
- _____. *Geopolítica. Una re-visión de la política mundial*. Madrid: Trama Editorial, 2005.
- _____. "Know-Where: Geographies of Knowledge of World Politics". *International Political Sociology*, Vol. 1, no. 2 (June, 2007): 138-48.
- Almeida, Alfredo Wagner Berno de, Cynthia Martins Carvalho y Joaquim Shirashi. *Guerra ecológica nos Babaçuais*. São Luís: Editoração Lithograf, 2005.
- Arce, Alberto and Eleanor Fisher. "Knowledge Interfaces and Practices of Negotiation: Cases from a Women's Group in Bolivia and an Oil Refinery in Wales". In *Negotiating Local Knowledge: Power and Identity in Development*. Edited by Johan Pottier, Alan Bicker and Paul Sillitoe, 74-97. London: Pluto Press, 2003.
- Barth, Fredrik. "Introducción (Lugo Rendón, Sergio, Trans.)". En *Los grupos étnicos y sus fronteras. La organización social de las diferencias culturales*. Editado por Fredrik Barth, 9-49. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 1976. Primera edición: 1969.
- Bourdieu, Pierre. "Espace social et genèse des 'classes'". *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, nos. 52-53 (1984): 3-14.
- _____. *Raisons pratiques. Sur la théorie de l'action*. Paris: Éditions du Seuil, 1994.
- Bourdieu, Pierre y Loïc Wacquant. *Una invitación a la sociología reflexiva*. Traducido por Ariel Dilon. Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 2005. Primera edición: 1992.
- Condon, John C. and Fathi S. Yousef. *An Introduction to Intercultural Communication*. Indianapolis: The Bobbs-Merrill, Inc., 1976. First edition: 1975.
- Dahou, Tarik. *Entre parenté et politique. Développement et clientélisme dans le Delta du Sénégal*. Paris: Éditions Karthala, 2004.

- Escobar, Arturo. *La invención del tercer mundo. Construcción y deconstrucción del desarrollo*. Santafé de Bogotá: Editorial Norma S. A., 1996.
- _____. *El final del salvaje. Naturaleza, cultura y política en la antropología contemporánea*. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología, CEREC, 1999.
- Escobar, Arturo et Manon Boulianne. “Développer autrement, construire un autre monde ou sortir de la modernité? (Entretien)”. *Anthropologie et Sociétés*, Vol. 29, no. 3 (2005): 139-50.
- Escobar, Arturo and Susan Paulson. “The Emergence of Collective Ethnic Identities and Alternative Political Ecologies in the Colombian Pacific Reinformest”. In *Political Ecology across Spaces, Scales and Social Groups*. Edited by Susan Paulson and Lisa L. Gezon, 257-77. New Jersey: Rutgers University Press, 2005.
- Esteva, Gustavo. “Desarrollo”. En *Diccionario del desarrollo. Una guía del conocimiento como poder*. Editado por Wolfgang Sachs, 52-78. Lima: Proyecto Andino de Tecnologías Campesinas (PRATEC), 1996. Primera edición: 1992.
- Ferguson, James. “Seeing Like an Oil Company: Space, Security, and Global Capital in Neoliberal Africa”. *American Anthropologist*, Vol. 107, no. 3 (September, 2005): 377-82.
- Friedman, Jonathan. *Cultural Identity & Global Process*. London: SAGE Publications, 1996.
- _____. “Cultural Logics of the Global System”. In *Cultural Identity & Global Process*. Edited by Jonathan Friedman, 91-101. London: SAGE Publications, 1996.
- _____. “Culture, Identity and World Process”. In *Cultural Identity & Global Process*. Edited by Jonathan Friedman, 78-90. London: SAGE Publications, 1996.
- _____. “Narcissism, Roots and Postmodernity”. In *Cultural Identity & Global Process*. Edited by Jonathan Friedman, 167-94. London: SAGE Publications, 1996.
- _____. “Toward a Global Anthropology”. In *Cultural Identity & Global Process*. Edited by Jonathan Friedman, 1-14. London: SAGE Publications, 1996.
- _____. “Concretizing the Continuity Argument in Global Systems Analysis”. In *World System History. The Social Science Of Long-Term Change*. Edited by Robert A. Denemark et al., 133-52. London: Routledge, 2000.
- _____. “Globalization, Class and Culture in Global Systems”. *Journal of World- Systems Research*, Vol. 6, no. 3 (2000): 636-56.
- _____. “Globalization”. In *A Companion to the Anthropology of Politics*. Edited by David Nugent and Joan Vincent, 179-97. London: Blackwell Publishing, 2007.
- Gledhill, John. *El poder y sus disfraces. Perspectivas antropológicas de la política*. Barcelona: Bellaterra Edicions, 2000.

- Golub, Alex. *Making the Ipili Feasible: Imagining Local and Global Actors at the Porgera Gold mine, Enga Province, Papua New Guinea*. Chicago: The University of Chicago, 2006.
- Gros, Christian. *Colombia Indígena. Identidad cultural y cambio social*. Bogotá: Fondo Editorial CEREC, 1991.
- _____. *Políticas de la etnicidad: identidad, estado y modernidad*. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia (ICANH), 2000.
- Guerra Curvelo, Weidler. *La disputa y la palabra. La ley en la sociedad wayuu*. Bogotá: Ministerio de Cultura, 2002.
- Gupta, Akhil. "Blurred Boundaries: The Discourse of Corruption, the Culture of Politics, and the Imagined State". *American Ethnologist*, Vol. 22, no. 2 (1995): 375-402.
- Ladmiral, Jean-René et Edmond Marc Lipiansky. *La communication interculturelle*. Paris: Armand Colin Éditeur, 1989.
- Lefebvre, Henri. *The Production of Space*. Translate by Donald Nicholson-Smith. Cambridge: Blackwell, 1991. First edition: 1974.
- Marcus, George E. "Ethnography in/of the World System: The Emergence of Multi-Sited Ethnography". *Annual Review of Anthropology*, Vol. 24 (1995): 95-117.
- Massey, Doreen. *Space, Place and Gender*. Minneapolis: University of Minnesota Press, 1994.
- _____. "Spaces of Politics". In *Human geography today*. Edited by Doreen Massey, John Allen and Sarre Philip, 279-94. Cornwall: Polity Press, Blackwell Publishers Inc., 1999.
- Massumi, Brian. "Navigating Movements". In *Hope. New Philosophies for Change*. Edited by Mary Zournazi, 210-42. Annandale: Pluto Press, 2002.
- Montoya Arango, Vladimir. "El mapa de lo invisible. Silencios y gramática del poder en la cartografía". *Universitas Humanística*, no. 63 (enero-junio de 2007): 155-79.
- Pieterse, Edgar. "African Cities: Grasping the Unknowable". Paper presented at the Inaugural Lecture, University of Cape Town, Cape Town, 2009.
- Pottier, Johan. "Negotiating Local Knowledge: An Introduction". In *Negotiating Local Knowledge: Power and Identity in Development*. Edited by Johan Pottier, Alan Bicker and Paul Sillitoe, 1-29. London: Pluto Press, 2003.
- Puerta Silva, Claudia. "Les indiens wayuu et le projet minier du Cerrejón en Colombie: Stratégies et politiques de reconnaissance et d'identité". Thèse de doctorat, École des Hautes Études en Sciences Sociales, Paris, 2009.
- Rappaport, Joanne and Robert VH Dover. "The Construction of Difference by Native Legislators: Assessing the Impact of the Colombian Constitution of 1991". *Journal of Latin American Anthropology*, Vol. 1, no. 2 (1996): 22-45.

- Restrepo, Eduardo. "Etnicidad sin garantías: contribuciones de Stuart Hall a los estudios de la etnicidad". En *Teorías contemporáneas de la etnicidad. Stuart Hall y Michel Foucault*. Editado por Eduardo Restrepo, 35-72. Popayán: Editorial Universidad del Cauca, 2004.
- Revel, Jacques, ed. *Jeux d'échelles. La micro-analyse à l'expérience*. Paris: Gallimard Le Seuil, 1996.
- Sachs, Wolfgang, ed. *Diccionario del desarrollo. Una guía del conocimiento como poder*. Lima: Proyecto Andino de Tecnologías Campesinas (PRATEC), 1996. Primera edición: 1992.
- Soja, Edward W. *Thirdspace. Journeys to Los Angeles and Other Real-and-Imagined Places*. Oxford: Blackwell Publishers, 1996.
- Sousa Santos, Boaventura de. *La caída del Angelus Novus. Ensayos para una nueva teoría social y una nueva práctica política*. Bogotá: Instituto Latinoamericano de Servicios Legales Alternativos (ILSA), 2003.
- Tsing, Anna. "The Global Situation". *Cultural Anthropology*, Vol. 15, no. 3 (August, 2000): 327-60.
- Wallerstein, Immanuel. *Impenser la science sociale. Pour sortir du XIXe siècle*. Paris: Presses Universitaires de France (PUF), 1995.
- Weiss, Pierre. *La mobilité sociale*. 1.ª ed. Vol. 2266. Paris: Presses Universitaires de France (PUF), 1986.

Anexo. Recomendaciones bibliográficas

- Ardila Calderón, Gerardo, ed. *La Guajira*. Bogotá: Fondo FEN Colombia, Universidad Nacional de Colombia, 1990.
- Barrera Monroy, Eduardo. *Mestizaje, comercio y resistencia. La Guajira durante la segunda mitad del siglo XVIII*. Santafé de Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia (ICANH), 2000.
- Correa, Hernán Darío, ed. *Cuando la sal se corrompe... Wayuu, Estado y empresarios en las salinas de Manaure 1970-2004*. Bogotá: CEREC, Asociación Akuai-pa Waimakat, 2005.
- Dover, Robert VH, Marta Rincón y Marla Zapach. *Estudio: impacto sociocultural en los indígenas del sur de la Guajira, generado por la explotación minera del carbón*. Bogotá: Universidad de Alberta, Censat Agua Viva, 1997.
- Echeverri, Jonathan. "Indígenas wayuu, Estado y compañías mineras: visibilidades en juego y espacios yuxtapuestos". Trabajo de pregrado, Universidad de Antioquia, Medellín, 2003.
- Goulet, Jean-Guy. "El universo social y religioso guajiro". *Revista Montalbán*, no. 11 (1981): 3-457.

- Matute Campuzano, Marta Isabel. "De matutes, corsarios y bajeles... ¡A pesar del Estado, La Guajira vive!". Trabajo de pregrado, Universidad de Antioquia, Medellín, 2003.
- Nájera, Mildred y Juanita Lozano Santos. "Curar la carne para conjurar la muerte. Exhumación, segundo velorio y segundo entierro entre los wayuu: rituales y prácticas sociales". *Boletín de Antropología Universidad de Antioquia*, Vol. 23, no. 40 (2009): 11-31.
- Pacini Hernández, Deborah. "Resource Development and Indigenous Peoples. The El Cerrejón Coal Project in Guajira, Colombia". Occasional Paper, Vol. 15, Cambridge, Cultural Survival, 1984.
- Pedraja, René de la. "La Guajira en el siglo XIX: indígenas, contrabando y carbón". *Desarrollo y Sociedad*, Vol. 1, no. 6 (1981): 329-59.
- _____. *Petróleo, electricidad, carbón y política en Colombia*. Bogotá: El Áncora Editores, 1993.
- Perrin, Michel. "La raison du plus fort est souvent la meilleure... Justice et vengeance chez les Indiens Guajiro". Á *La vengeance. Vengeance et pouvoir dans quelques sociétés extraoccidentales*. Vol. II. Édité par Raymond Verdier, 163-91. Paris: Éditions Cujas, 1979.
- _____. "Creaciones míticas y representación del mundo: el ganado en el pensamiento simbólico guajiro". *Antropológica*, no. 67 (1987): 3-31.
- _____. "Creaciones míticas y representación del mundo: el hombre blanco en la simbología guajira". *Antropológica*, no. 72 (1989): 41-59.
- _____. *El camino de los indios muertos. Mitos y símbolos guajiros*. Caracas: Monte Ávila Editores Latinoamericana, 1992.
- _____. *Los practicantes del sueño. El chamanismo wayuu*. Caracas: Monte Ávila Editores Latinoamericana, 1995.
- Picon, François-René. *Pasteurs du nouveau monde. Adoption de l'élevage chez les Indiens guajiros*. Paris: Éditions de la Maison des Sciences de l'Homme, 1983.
- Polo Acuña, José. "Identidad étnica y cultural en una frontera del Caribe: La Guajira 1700-1800". *Aguaita. Revista del Observatorio del Caribe Colombiano*, no. 8 (2002): 13-31.
- _____. *Etnicidad, conflicto social y cultura fronteriza en La Guajira (1700-1850)*. Bogotá: Universidad de los Andes, Observatorio del Caribe Colombiano, Ministerio de Cultura, 2005.
- Purdy, Janet R. "Relaciones étnicas entre los guajiros y el hombre blanco". *Montalbán*, no. 19 (1987): 133-60.
- Rivera Gutiérrez, Alberto. *Material Life and Social Metaphor: Change and Local Models among the Wayuu Indians*. Minnesota: University of Minnesota, 1986.

Saler, Benson. "Principios de compensación y el valor de las personas en la sociedad Guajira". *Montalbán*, no. 17 (1986): 53-65.

_____. "Los Wayú (Guajiro)". En *Los aborígenes de Venezuela*. Vol. III. Editado por Walter Coppens, 25-145. Caracas: Fundación la Salle de Ciencias Naturales, Instituto Caribe de Antropología y Sociología, 1988.

Watson, Lawrence. "The Education of the Cacique in Guajiro Society and Its Functional Implications". *Anthropological Quarterly*, Vol. 43, no. 1 (January, 1970): 23-38.

_____. "Urbanization and Identity Dissonance: A Guajiro Case". *American Anthropologist*, Vol. 74. No. 5 (October, 1972): 1189-1207.

Formación ciudadana, proyectos políticos y territorio: pistas para la escuela¹

Alejandro Pimienta Betancur²

Introducción

Este artículo problematiza las relaciones conceptuales que se pueden establecer entre la formación ciudadana (FC), el proyecto político y el territorio de manera que cimenten las bases teóricas para la formulación de problemas de investigación en campos diversos. Se enfatiza que en el centro de esas relaciones se encuentra lo que se denomina el sujeto político, es decir, el sujeto de la formación ciudadana, en cuyo proceso de constitución de su subjetividad política juegan un rol central la educación formal y la enseñanza de la geografía.³

¹ Publicado originalmente en: *Anekumene*, Vol. 3, no. 1 (2012): 129-40.

² Investigador y docente del Instituto de Estudios Regionales (INER), Grupo de Estudios del Territorio, Universidad de Antioquia, Medellín, Colombia.

³ Este artículo hace parte de los resultados finales de la tesis doctoral en educación “Formación ciudadana, proyecto político y territorio” (Universidad de Antioquia, Medellín, Colombia, 2012).

La relación de la formación ciudadana y el proyecto político: otra forma de pensar el territorio

Los procesos de formación ciudadana, desarrollados como procesos de educación formal, no formal e informal, le otorgan sentido (fijación del significado) a los proyectos políticos y, a su vez, estos determinan en gran medida el discurso de los procesos de formación ciudadana. Así, los procesos de formación ciudadana, lejos de ser escenarios para la conciliación y el consenso con resultados ciertos, son campos en los que se pueden identificar desde intereses de ideologización e instrucción política hasta el debate abierto y la configuración de antagonismos, cuyos resultados, en términos de formación, son inciertos.

Este planteamiento es posible verificarlo desde la perspectiva analítica del Análisis Político del Discurso (APD), que se basa en un concepto de discurso apartado de la noción usada comúnmente que lo asocia a un acto del habla, entendido como un enunciado positivo que tiene una relación isomórfica con el significante y que puede corresponderse, o no, con un referente empírico. Este carácter isomórfico comúnmente asociado a la noción de *discurso* implica que tiene una fijación permanente y definitiva, que permite a la gente definir su significado como verdad o mentira. Por el contrario, el discurso como concepto, tal como se abordó, no tiene una fijación permanente y sobrepasa su referencia a un acto del habla, pues involucra tanto lo lingüístico, como lo extralingüístico.

Dicha analítica permite configurar un saber disperso, en este caso el de la formación ciudadana, como un discurso que si bien tiene sedimentaciones de orden epistemológico las desborda. Como estrategia metodológica, se aproxima a la perspectiva cualitativa pero no involucra un método propio, sino en correspondencia con el interés específico y la unidad analítica particular elegida, selecciona entre una caja de herramientas teóricas aquellas que son apropiadas, siempre y cuando sean conceptualmente compatibles.⁴

Desde esa perspectiva, emerge que la FC tiene una tensión inherente a partir de dos orientaciones. Una de ellas la relaciona, justamente, con los procesos

4 Rosa Nidia Buenfil, "Lógicas y sentidos inscritos en la subjetividad: políticas educativas y pistas para su transformación", en *Políticas de Educación. Razones de una pasión*, coord. Ana Vitar (Buenos Aires: Miño y Dávila, oei, 2006), 53-88.

de educación institucionalizada que deben darse no solo, pero sí preferentemente en la institución escolar y más concretamente en los niveles básicos, en los cuales se asume la formación como el resultado de la instrucción, la educación y el desarrollo en la institución escolar para un contexto específico como el latinoamericano que aunque demanda ir más allá de los moldes del republicanismo, el comunitarismo o el liberalismo plantea en cualquier caso la necesidad de un modelo que hay que alcanzar y que no todos alcanzarán, un modelo en el que puedan confluir finalmente el ejercicio de la ciudadanía como práctica individual, social y colectiva. En esta orientación el énfasis está puesto en el *proyecto político democrático*, en el que por definición cabría la contingencia de la crítica frente al proyecto político imperante.

En la otra orientación el acento está puesto en el *resultado*. Esta no encuentra su sentido en la educación escolar sino precisamente en el discurso de la formación en cuanto tal, ya no solo desde el discurso pedagógico, sino desde la filosofía (fenomenología), la sociología (Bourdieu) y la ciencia política. En este sentido, hablar de formación es hablar de una ética del reconocimiento, que se ofrece mediante el lenguaje, el trabajo y la interacción; este es un despliegue que se puede ver como sucesión y simultaneidad de momentos y que puede designar como constitución del sujeto.⁵ Para la especificidad de la FC dicha constitución no es otra que su constitución como sujeto político.

En este orden de ideas, la FC es el proceso de formación de la subjetividad política, es la creación de condiciones de posibilidad para que el ciudadano (re)construya el proyecto político que desde luego trasciende a la institución escolar. En otras palabras, la FC es el proceso de constitución del ciudadano bajo ciertos ideales dados por el proyecto político. Se entiende entonces que la FC es auto-reconocimiento, no de manera individual sino en la interdependencia con los demás. Hay pues una mutua interdependencia en cuyo campo se forma la subjetividad política. Se establece así la correlación sujeto político (ciudadano) y proyecto político, en la cual hay una relación dialéctica en la que el ciudadano forma el proyecto político y este forma al primero.

5 Germán Vargas, ed., *Formación y subjetividad* (Bogotá: Universidad Pedagógica, 2007).

Es necesario resaltar que no hay discurso de FC sin sujeto político, es decir, en el discurso de la FC el ciudadano no es prescindible y, en ese sentido, la pregunta ¿qué ciudadano se está formando? es trascendental. En la FC están presentes y en tensión unos ideales subjetivos de ciudadanía, por lo tanto en la interacción y en el juego de las subjetividades hay una disposición presente que lleva a que los otros sean como nosotros, es decir, hay una intención, a veces velada, a veces explícita de que se trata tanto de normalizar como homogeneizar a ciudadanos mediante igualación de un discurso.

Pero, ¿qué papel juega el proyecto político en la formación ciudadana? Al respecto debe reconocerse que el propósito de consolidar la democracia, a veces con matices y sentidos políticos muy diferentes, es compartido por los organismos multilaterales, por los gobiernos en sus diferentes niveles territoriales, por muchas organizaciones no gubernamentales (ONG) y demás actores sociales involucrados con el desarrollo, lo cual, dicho de otra forma, lleva a reconocer que ya nadie propone públicamente y no hay proyecto político, de izquierda o de derecha, que proponga limitar la democracia o impedir su desarrollo. Ese discurso, ahora hegemónico, se ha vertido en un sinnúmero de planes, programas y proyectos que pueden ser entendidos como procesos de innovación democrática, de ampliación del campo de la política y construcción de la ciudadanía, los cuales, según Evelina Dagnino, Alberto Olvera y Aldo Panfichi, son experiencias que están resignificando la idea misma de democracia ya que hay “una gran disputa de proyectos políticos que, usando los mismos conceptos y apelando a discursos parecidos, son de hecho completamente distintos”.⁶ Ellos se refieren, por un lado, al proyecto democrático-participativo, y de otro, al proyecto neoliberal de privatización de amplias áreas de las políticas públicas que utiliza un discurso participacionista y de revaloración simbólica de la sociedad civil, entendida como tercer sector.⁷

En ese sentido, un proyecto político alude a “construcciones simbólicas que mantienen relaciones cruciales con el campo de la política y con culturas

6 Evelina Dagnino, Alberto Olvera y Aldo Panfichi, coords., *La disputa por la construcción democrática en América Latina* (Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, CIESAS, 2006), 11.

7 Dagnino, Olvera y Panfichi, *La disputa por la construcción*.

políticas particulares. Los actores que formulan y difunden los proyectos políticos expresan, por un lado, un aprendizaje normativo e impulsan nuevos principios culturales; y por otro, con frecuencia reproducen también, especialmente en sus prácticas concretas, peculiares combinaciones de culturas políticas que muestran la coexistencia y la tensión entre los nuevos y viejos principios culturales”.⁸ Lo anterior implica, en nuestra perspectiva, que el proyecto político es la gestión del territorio desde la perspectiva de la formación ciudadana, esto es, la dimensión política-pedagógica del territorio.

Sin embargo, dicha resignificación de la idea de democracia en el seno de la disputa de los diferentes proyectos políticos no se visualiza fácilmente por el uso y abuso de las mismas nociones para referirse a la consolidación de la democracia. Incluso, lo que se evidencia muchas veces es un vaciamiento del sentido político de los diferentes proyectos políticos desde la óptica de los ciudadanos. Es común pues que las políticas públicas, los planes y los programas que encarnan los proyectos políticos usen nociones comunes como “ampliar la participación”, “lograr el desarrollo”, “mejorar los niveles de equidad”, “convivencia en paz”, “fortalecer las organizaciones sociales”, “generar capital social”, “fortalecer el tejido social” o “formar en ciudadanía”; las cuales, generalmente, no tienen mayor problematización y sirven por igual para cualquier proyecto político. Esta situación ha sido señalada por Dagnino como una “confluencia perversa”⁹ que oscurece las diferencias, la cual se puede definir por el encuentro entre los “proyectos democratizantes que se formaron en la resistencia contra los regímenes autoritarios y continuaron en la búsqueda del avance democrático y los proyectos neoliberales que se instalaron con diferentes ritmos y cronologías, desde fines de los años 80. La perversidad se localiza en que, apuntando en direcciones opuestas y hasta antagónicas, ambos proyectos políticos utilizan un discurso y nociones comunes y reclaman una sociedad civil activa y propositiva”.¹⁰ En realidad estos proyectos políticos

8 Ibid., 28.

9 Evelina Dagnino, “Sociedad civil, espacios públicos y construcción democrática en Brasil: límites y posibilidades”, en *Sociedad civil, esfera pública y democratización en América Latina: Brasil*, coord. Evelina Dagnino (Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 2002), 380.

10 Evelina Dagnino, “Confluencia perversa, deslocalizaciones de sentido, crisis discursiva”, en *La cultura en las crisis latinoamericanas*, comp. Alejandro Grimson (Buenos Aires: CLACSO, 2004),

tienen sentidos muy distintos pero esta confluencia perversa oscurece las diferencias, homogeniza los matices y reduce los antagonismos.¹¹

Parafraseando a Milton Santos, el proyecto político se configura como un sistema de FC, en el que los programas y las políticas, como los analizados, tienen una solidaridad técnica, como formas perfeccionadas de interdependencia funcional¹² para la reproducción política del mismo proyecto político y de la concepción del territorio que conlleva. El proyecto político como sistema de acción, en la medida en que tiene mayor posicionamiento y se configura como hegemonía sobre el territorio, va centralizando y unificando cada vez más a la FC, que actúa con mayor precisión como una técnica, no sobre los objetos del territorio sino sobre las acciones de este.

Ahora, si se tiene en cuenta que los proyectos políticos afirman una relación entre las acciones y los imaginarios, los cuales se entienden en el vínculo indisoluble entre política y cultura y, en esa medida, entre política y educación, el reto es comprender cómo se comporta esa relación en un territorio concreto, es decir, cómo se gestiona el territorio desde la FC. Se trata de comprender dicha relación teniendo en cuenta que las prácticas y las estrategias de acción política expresan, movilizan y producen significados que llegan a integrar matrices culturales más amplias relacionadas con la construcción de la esfera pública.¹³ Consecuentemente, esa relación política y educación es posible analizarlas en los procesos de formación ciudadana, que son entendidos como procesos que buscan configurar determinado tipo de ciudadano y de esfera pública, en tanto proyecto político. Por eso se puede plantear que los procesos de formación ciudadana son intenciones político-educativas que buscan constituir un sujeto con imaginarios y prácticas en relación con lo público, consecuente con la lógica del proyecto político con el que se relaciona.

.....
195-216 citada en Aldo Panfichi, "Democracia y participación: el fujimorismo y los gobiernos de transición", en *La participación Ciudadana en el Perú. Disputas, confluencias y tensiones*, ed. Aldo Panfichi (Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2007), 18.

11 Panfichi, "Democracia y participación".

12 María Laura Silveira, "Territorio y ciudadanía: reflexiones en tiempos de globalización", *Unipluriversidad*, Vol. 11, no. 3 (2011): 15-34.

13 Hanna Arendt, *¿Qué es la política?* (Barcelona: Paidós, 1997).

Desde esta perspectiva, se identifica que en todo proyecto educativo hay una apuesta formal o tácita de formación política y terminan reforzándose mutuamente. Es decir, los proyectos políticos se reproducen sociológicamente mediante los procesos de formación ciudadana que estos auspician y fomentan y, de manera inversa, los procesos de formación ciudadana toman su sentido (valores, principios, etc.) del proyecto político del cual emanan.

Con Pierre Bourdieu se puede plantear la formación como constitución del sentido, subjetivamente experimentado, con procesos de reproducción simbólica que acontecen en la sociedad y que posibilitan en unos casos, o determinan en otros, al sujeto y al ciudadano. Esta perspectiva sociológica permite analizar los efectos de la producción de la subjetividad política: el sujeto –como ciudadano– no es un sí, en sí, diríamos, no nace, se construye, por eso es una expresión de la época y de las estructuras culturales, es decir, permite llevar a cabo la comprensión de las agencias, dispositivos y mecanismos de producción de subjetividad.

Para comprender la formación en la perspectiva mencionada se debe relacionar con el campo intelectual, ya que este no solo se refiere a los procesos de formación del sujeto sino también a los procesos de formación de la cultura, entendida esta en su referencia a los sistemas de control simbólico dentro de las comunidades de discurso. En este sentido es posible precisar que la formación es un enlace entre el sujeto y la sociedad, y la formación ciudadana es el enlace específico entre el ciudadano y el proyecto político.

De manera complementaria desde la perspectiva de Hannah Arendt, más que a un carácter social, la formación ciudadana atiende precisamente a un carácter político por cuanto fluye en el “entre nos” en el que toman parte las paradojas de unir y separar a los seres humanos y de hacerlos conscientes de su igualdad y de su singularidad; más que el logro de un resultado orientado por un perfil, la formación ciudadana es un proceso permanente de aprendizaje que no está agenciado ni determinado por una institución particular, sino que está conformado por una trama de aprendizajes que se dan en todos los *espacios de aparición* (dentro de los que se incluye la institución escolar) y que escapan a procesos de objetivación tal y como lo pretenden las denominadas competencias ciudadanas.

Así, la formación ciudadana, y su expresión política, las subjetividades, pueden comprenderse como discurso, el cual conceptualmente es entendido como una formación de sentido (de significación) relacional y diferencial que depende pero no queda determinada por sus condiciones de producción (que algunos ubican como contexto), que no posee una esencia ni fundamento que no sea histórica y espacial, y que es condición de posibilidad de la constitución del sujeto.¹⁴ En ese sentido, las subjetividades políticas son las expresiones de la formación y la constitución del sujeto político.

El territorio como posibilidad para la formación ciudadana

El proyecto político del territorio no se reduce a estrategias de actuación política en el sentido estricto, por ejemplo sobre la forma de lograr la FC y gestionar el territorio, sino que expresa, vehicula y produce significados que integran matrices culturales más amplias. Los distintos proyectos políticos, al mismo tiempo que se anclan en configuraciones culturales existentes, también elaboran e introducen nuevos elementos, tensionando y transformando el repertorio cultural de la sociedad.

Antes de plantear la relación de la FC con el territorio, se debe hacer un acercamiento teórico a este, para lo cual se retoma la concepción de Milton Santos y María Laura Silveira. Para Santos el espacio geográfico se entiende como un conjunto indisoluble, solidario y contradictorio de sistemas de objetos y acciones mediados por las normas.¹⁵ Dado que “no hay producción que no sea producción del espacio” y, asimismo, “la forma de vida del hombre es el proceso de creación del espacio”,¹⁶ lo que interesa discutir es, entonces, el “territorio usado, sinónimo de espacio geográfico”.¹⁷ A cada período histórico le corresponde un medio geográfico específico, inherente a cada etapa del proceso de modernización, que no se expresa de manera sincrónica y homogénea en todos los países y regiones.

¹⁴ Buenfil, “Lógicas y sentidos inscritos”.

¹⁵ Milton Santos, *La naturaleza del espacio. Técnica y tiempo. Razón y emoción* (Barcelona: Ediciones Ariel Geografía, 2000).

¹⁶ Milton Santos, *Metamorfosis del espacio habitado* (Barcelona: Oikos-Tau, 1996), 84.

¹⁷ Silveira, “Territorio y ciudadanía”, 16.

Cada territorio se articula de forma desigual al proceso de globalización, incorporando de modo diferencial y selectivo los “datos centrales del período histórico vigente”, los cuales “derivan en transformaciones de los objetos, de las acciones, en fin, en el modo de producción. A ese proceso estamos llamando modernización”,¹⁸ en el cual la FC es clave para lograr la hegemonía del proyecto político. La modernidad surge en tanto “corte metodológico de la llegada permanente, a los lugares, de los vectores del mundo. De allí proviene la importancia de referirnos a las modernidades en plural, porque cada época es definida por las respectivas modernizaciones”.¹⁹ Lo que se evidencia es que una nueva modernidad se impuso a escala mundial sustentada en tres procesos fundamentales: la presencia de un sistema técnico único –el capitalismo–, la existencia de una unicidad temporal –o convergencia de los momentos– a escala planetaria, y la producción de un motor unificado global, vinculado a la generación y apropiación mundial de la plusvalía. Esas son las bases del medio técnico-científico-informacional. El mundo se torna así una referencia constante para cada subespacio, cualquiera sea su extensión o importancia relativa.

Mientras que los espacios de la racionalidad, en virtud de su papel hegemónico o hegemónico en el proceso espacial –según sea el caso–, regulan u obedecen los designios de la modernización, todas las situaciones geográficas que expresa la contra-racionalidad resultan definidas “por su incapacidad de subordinación completa a las racionalidades dominantes, ya que no disponen de los medios para tener acceso a la modernidad material contemporánea”.²⁰ Mientras que los espacios de la contra-racionalidad rechazan la racionalidad hegemónica, los espacios de la racionalidad se someten a los designios de esta, cuando no participan de su control.

Para Santos, una construcción de la globalización más humana supone un cambio histórico que debe provenir de un movimiento de abajo hacia arriba con el protagonismo de los lugares, es decir, de las personas que viven en los

18 María Laura Silveira, *Um país, uma região: Fim de século e modernidades na Argentina* (São Paulo: FAPESP, Laboplan-USP, 1999), 22.

19 Silveira, *Um país, uma região*, 22.

20 Santos, *La naturaleza del espacio*, 246.

lugares de países subdesarrollados, esto es proyectos políticos locales.²¹ Para el logro de este cambio hay una tarea: “la elaboración de un nuevo discurso, capaz de desmitificar la competitividad y el consumo y de atenuar, si no deshacer, la confusión de los espíritus”.²²

El espacio es una posibilidad de nuevas realidades sociales, y es aquí donde el autor nos plantea la importancia de la política, entendida como “el arte de pensar los cambios y de crear las condiciones para tornarlas efectivas (...) Transformadas en situaciones promisorias”.²³ Eso implica comprender lo que el lugar realmente es: donde surge en primera instancia la relación del sujeto con el espacio, donde comienza su apropiación y significación, y es allí donde se concretan las instituciones y las formas organizadas de la vida social. El lugar, más que un objeto en sí, se refiere a áreas discretas pero variables en las que están localizados los objetos que dan sentido, se relacionan con las acciones, es decir, es lo que Santos denominó “Nuestro próximo, donde se (...) superponen dialécticamente el eje de las sucesiones, que transmiten los tiempos externos de las escalas superiores y el eje de los tiempos internos, que es el eje de las coexistencias, donde todo se funde, enlazando definitivamente las nociones y las realidades de espacio y tiempo”.²⁴

El lugar, donde se verifican los proyectos políticos locales, es el espacio del orden cotidiano compartido entre las más diversas personas, empresas e instituciones, por lo cual la cooperación y el conflicto son la base de la vida en común. Debido a que cada uno ejerce una acción propia, la vida social se individualiza; y debido a que la contigüidad es creadora de comunión, la política se territorializa, con la confrontación entre organización y espontaneidad. El lugar es el marco de una referencia pragmática del mundo, del cual le vienen solicitaciones y órdenes precisas de acciones condicionadas, pero es también

21 Este aspecto fue presentado de manera ampliada en un capítulo de libro. Ver: Alejandro Pimienta, “La globalización y el lugar de la ciudadanía: una reflexión a propósito de Milton Santos”, en *Universos Socioespaciales. Procedencias y destinos*, eds. Clara Inés García y Clara Inés Aramburo (Bogotá: Siglo del Hombre, 2009), 283-99.

22 Milton Santos, *Por otra globalización. Del pensamiento único a la conciencia universal* (Bogotá: Convenio Andrés Bello, 2004), 48.

23 Santos, *Por otra globalización*, 17.

24 Santos, *La naturaleza del espacio*, 274.

el escenario insustituible de las pasiones humanas, responsables, a través de la acción comunicativa, de las más diversas manifestaciones de la espontaneidad y la creatividad.²⁵

Se enfatiza así que el lugar es un espacio de significación en el que se configuran las interacciones sociales y, en ese sentido, el lugar produce sujetos locales entendidos como agentes que pertenecen a una comunidad situada, inmersos en sus redes de relaciones. El lugar produce conocimiento local y órdenes locales que se pueden oponer dialécticamente a lo general o lo global, tal como lo plantea Santos cuando afirma que “(...) se constituyen, paralelamente, una razón global y una razón local que en cada lugar se superponen y, en un proceso dialéctico, tanto se asocian como se contraponen. El lugar se enfrenta al Mundo, pero también lo afronta en virtud de su propio orden”.²⁶

Por tanto, en lo local se dan especificidades que pueden ser muy diferentes o incluso contrapuestas a otras que no se pueden comprender abstractamente ni desde lo regional, ni desde lo nacional o global. En ese sentido, el lugar, el proyecto político local, es esperanza porque no se deja homogeneizar y en él siempre surgen órdenes contrahegemónicos y representa la posibilidad constante de la dialéctica porque aunque existan variables hegemónicas del periodo que son un presente invasor este es ubicuo y nunca se realiza completamente, a eso se antepone otro presente localizado, que también es pasado objetivado en las formas sociales:²⁷ el lugar es el espacio de las prácticas y, como dice Santos, “No hacemos nada hoy que no sea a partir de los objetos que nos rodean”.²⁸

El futuro no es apocalíptico pues constantemente hay órdenes locales emergentes en proyectos políticos de resistencia, y en la medida en que estos coexisten pueden conformar una solidaridad orgánica y una solidaridad horizontal que crean racionalidades horizontales (contra-racionalidades en relación con las racionalidades hegemónicas), es decir, “formas de convivencia y de regulación creadas a partir del propio territorio”.²⁹ La relación dialéctica

25 Santos, *La naturaleza del espacio*.

26 *Ibid.*, 284.

27 Santos, *Por otra globalización*.

28 Santos, *La naturaleza del espacio*, 273.

29 Santos, *Por otra globalización*, 90.

entre verticalidades y horizontalidades garantizará siempre la existencia del lugar, es decir, los órdenes locales alternos desde los cuales se puede construir la ciudadanía: la ciudadanía del lugar o, mejor aún, las ciudadanías locales, para aludir a esos órdenes que se construyen en las horizontalidades siempre en relación dialéctica con las verticalidades propias de la globalización. Y en ese sentido, como el lugar –lo local– es a su vez, y a su modo, el mundo, lo reproduce de modo específico y, por tanto, los lugares y sus órdenes locales “son singulares, pero también globales, manifestaciones de la totalidad-mundo, de la cual son formas particulares”.³⁰

Los anteriores planteamientos permiten relacionar de manera mucho más clara la relación del territorio con la FC. En ese sentido, se deja ver en lo planteado cómo ciudadanías locales son ciudadanías de la totalidad-mundo o local-globales. Las ciudadanías locales son para la acción (con intención), es decir, sobrepasan su dimensión normativa, son praxis que por su condición crítica pueden ser constructoras de órdenes contrahegemónicos. La intención, entonces, es central en el análisis de la formación, pues el lugar no produce las ciudadanías locales automáticamente. Es necesaria la conciencia del lugar y la conciencia emancipatoria frente a las hegemonías implantadas por el mercado, es decir, se construyen a partir del reconocimiento de lo propio, del lugar y su producto: lo local, pero sobre una base crítica. La posibilidad más fructífera de resignificar el lugar es considerando lo cotidiano como una dimensión de la realidad social que, para ser interpretada, necesita que sean aprehendidas las relaciones intersubjetivas que la caracterizan. De eso se ocupa Santos en la cuarta parte de su obra cumbre *La naturaleza del espacio*, denominada “La fuerza del lugar”.³¹ Allí plantea que un elemento crucial en la producción de la intersubjetividad es la comunicación como actividad simbólica, y que esta producción es un proceso en el que entran en juego diversas interpretaciones de lo existente, en la que entran en tensión las ideas de “universalidad” o “totalidad” con las ideas del lugar. El lugar es el espacio de la proximidad social, lo cual para Santos configura múltiples relaciones sociales, incluso la identidad, la diversidad o la conciencia.

30 Ibid., 92.

31 Santos, *La naturaleza del espacio*.

Santos³² también argumenta que vivimos en un tiempo de cambios y de movilidad, por lo que los hombres cambian de lugar como turistas o inmigrantes, lo que significa dejar una cultura heredada por otra, convirtiendo al lugar nuevo en sede de una alienación. Sin embargo, no se pierden las nociones de *residencia* y de *realidad*, es decir, siguen habitando. Ese cambio constante, mutación de territorialidades, no es visto como una pérdida sino como una ventaja. La reinscripción consciente a la vida local o global es una constante que depende cada vez menos de la experiencia y más del descubrimiento, por lo que se necesita del ejercicio constante de repensar y estar en estado de alerta.

A lo largo de su obra Santos se pregunta por la acción globalizada, a lo que responde que el mundo es un conjunto de posibilidades cuya efectividad depende de las oportunidades ofrecidas por los lugares. El territorio termina siendo la gran mediación entre el mundo y la sociedad nacional y local. En ese sentido, aunque el orden global busca imponer una única racionalidad en todos los lugares, estos responden según los diversos modos de su propia racionalidad, es decir, cada lugar es al mismo tiempo objeto de razón global y razón local, relacionados dialécticamente.

El reto es, mediante la FC, construir una globalización más humana, en la que las personas sean lo más importante y no el mercado, y donde sean más que simples consumidores y se realicen como ciudadanos por la participación con conciencia en lo público, y aporten a una sociedad más justa, equitativa y solidaria. Ese cambio requiere de intención, es decir, de formación ciudadana en todos los ámbitos sociales, lo cual pasa, según Santos, por la producción de un nuevo discurso, de una nueva metanarrativa, de un nuevo y gran relato.³³

La construcción de ciudadanías locales es una intención política que puede ser entendida como un proceso de formación ciudadana relacionada con un determinado proyecto político, lo cual para Santos está relacionado con una metamorfosis que lleve a pensar en la producción local como una comprensión progresiva del mundo y del lugar, con la producción local de

32 Santos, *La naturaleza del espacio*.

33 Santos, *Por otra globalización*.

imágenes, discursos, filosofías, “junto a la elaboración de un nuevo ethos y de nuevas ideologías y nuevas creencias políticas, amparadas en la resurrección de la idea y de la práctica de la solidaridad”,³⁴ es decir, es un proceso social de toma de conciencia.

Reflexiones finales para la escuela

La investigación sobre FC desde la relación con los proyectos políticos y el territorio es una posibilidad para abordar la enseñanza de la geografía en tanto se pregunta por la intención pedagógica de dicha enseñanza. Por ejemplo, se pueden abordar asuntos tales como la incidencia del docente, como sujeto político, en la formación de los estudiantes. De la misma manera, se pregunta por la concepción de territorio que tanto docentes como estudiantes se representan, y cómo esa concepción influye en la formación ciudadana. También es posible que esta perspectiva aporte a la investigación en didáctica de la geografía, pues puede propiciar prácticas y estrategias didácticas contextualizadas, liberadoras y significativas en tanto el docente sea consciente de su rol como sujeto político y reconozca el sentido de la FC, y de esa manera reconozca que su acción no solo permite el conocimiento del territorio sino que influye en la formación de las subjetividades políticas.

Algunos de los aspectos más relevantes a tener en cuenta en la relación planteada es el uso del territorio, su implicación en su construcción desde las perspectivas política y teleológica, el deber ser del territorio usado, el cual incluye a todos los actores y no solo al Estado. La FC es una producción espacial y territorial porque a la vez que se deriva del territorio usado aporta a rehacerlo, teniendo en cuenta que este se entiende como “el territorio heredado y el territorio rehaciéndose a partir de un conjunto interdependiente y conflictivo de objetos técnicos, normas y acciones. Por ese motivo, el territorio usado acoge tanto acciones pasadas, cristalizadas en objetos y normas, como las acciones presentes, desarrollándose en el instante presente”.³⁵

34 Ibid., 135.

35 Silveira, “Territorio y ciudadanía”, 17.

La FC no se presenta en el territorio de manera espontánea, ingenua o aislada, sino que adquiere su sentido en el marco del proyecto político y se objetiva en acciones educativas, como las de la escuela o en los ámbitos de la educación no formal, es decir, la relación de la FC con el territorio se puede observar mediada por el proyecto político, lo cual le da el sentido y la articulación coherente a las acciones que aparentemente pueden estar aisladas.

Desde esta perspectiva, la FC es el motor del proyecto político y se observa como técnicas y normas, entendidas como formas de hacer que transforman la comprensión y la gestión del territorio. Así, el proyecto político aporta a que la organización normativa sea funcional a la división territorial hegemónica del trabajo y a algunos grupos económicos y políticos, que tendrán voz para priorizar ciertas ideas políticas, determinadas actividades económicas y nuevas o renovadas jerarquías regionales;³⁶ además, las técnicas y normas que expresan el proyecto político y a la FC suponen una relación más cercana para los sujetos, y es la formación de sus discursos políticos.

Ahora bien, para comprender la FC desde esta perspectiva se hacen necesarias acciones diversas, comenzando por una actualización de los currículos universitarios de formación de licenciados en educación y normalistas superiores para que comprendan el sentido de la FC y su relación con el territorio, de manera que puedan darle un tratamiento pedagógico a esta problemática y así crear proyectos didácticos coherentes con su discurso. En dicha actualización, propiciar que los maestros en formación vean las potencialidades pedagógicas y analíticas del territorio para la FC. Es en esta línea que se justifican los procesos de formación continua para maestros en ejercicio en los que desarrollen proyectos pedagógicos de FC que incluyan al re-conocimiento del territorio como el elemento significativo que le da sentido político a la FC.

De manera complementaria, en los proyectos pedagógicos de FC que los maestros lideren en sus instituciones deben identificar que el sentido de la FC que están implementando está dado por el orden y por la configuración que le den a la tríada ciudadanía, educación y territorio, es decir, los maestros deben

hacer de la FC un proceso consciente y sistemático para lograr que se sobrepase la simple instrucción y conocimiento del territorio.

Por supuesto que un camino para que la enseñanza de la geografía sea significativa es aprovechando el conocimiento de la ciudad y de lo local³⁷ como un potencial para la FC en proyectos pedagógicos con los estudiantes, es decir, hacer de la ciudad un medio didáctico, un objeto de enseñanza y un escenario propicio para el encuentro de saberes cotidianos, el saber escolar y los saberes expertos.³⁸ La ciudad como medio didáctico debe partir de la microescala, el barrio y la vereda, como espacio más significativo de los sujetos.

En el desarrollo de los proyectos pedagógicos que buscan la FC desde la escuela se debe reconocer que el estudiante se forma en todos los ámbitos de la vida social, por lo cual el fin del proyecto debe ser que el estudiante comprenda y tenga un discernimiento del sentido político del mundo que lo rodea.³⁹

La ciudad y el territorio como una mediación pedagógica para la FC también emerge como una posibilidad para la integración curricular,⁴⁰ es decir, la FC no debe pensarse como una cátedra sino como un proceso sistemático e intencionado con diversidad de estrategias didácticas. Por eso, se deben promover ejercicios pedagógicos que descentren el proceso educativo del aula y de la institución para re-conocer el territorio del barrio y los escenarios urbanos, para lo cual se deben aprovechar las salidas pedagógicas, como procesos intencionados de reflexión colectiva.⁴¹

Para el desarrollo de los proyectos pedagógicos de FC en la escuela, que como se dijo son intencionados y en los que el maestro debe discernir la

37 Alejandro Pimienta, "El conocimiento de la localidad para la integración curricular", en *Estrategias que invitan a la integración curricular*, comps. Raquel Pulgarín Silva et al. (Medellín: Secretaría de Educación de Antioquia, 2008), 42-52.

38 Raquel Pulgarín y Marta Lucía Quintero, "La educación geográfica un compromiso en la enseñanza de las ciencias. Propuesta de formación docente en el Oriente antioqueño", *Revista Uni-pluriversidad*, Vol. 10, no. 3 (2011): 17-32.

39 Alejandro Pimienta, "La 'ciudad educadora' y el presupuesto participativo en Medellín. ¿qué ciudad (anía) enseña?", *Boletim Paulista da Geografia*, no. 89 (2010): 33-48.

40 Raquel Pulgarín, "Hacia la integración del plan de área de ciencias naturales y sociales desde el estudio del territorio y la formación en competencias", en *Hacia el desarrollo de una actitud científica en la escuela desde la enseñanza de las ciencias* (Medellín: Gobernación de Antioquia, 2008), 33-54.

41 Pimienta, "El conocimiento de la localidad".

relación ciudadanía, educación y territorio, el maestro debe acudir a su saber fundante, la pedagogía, en el que resultan particularmente productivos los aportes de la pedagogía crítica con autores como Henry Giroux y Paulo Freire,⁴² es decir, la concepción pedagógica de una propuesta que forme en ciudadanía crítica y activa debe acercarse a la pedagogía crítica y social, ya que la primera busca recuperar una existencia concreta de la relación pedagógica como espacio de construcción de significados en tanto reconoce la diversidad cultural y por ende la diversidad de construcciones simbólicas, imaginarios y cosmogonías. Este enfoque apunta al fortalecimiento cultural de los sujetos individuales y colectivos, y en ese sentido se podría entender también la necesidad del conocimiento del territorio local. Su finalidad es permitir, en nuestro caso, una FC, en la cual además de brindar conocimientos y entrenamiento en obtención de habilidades se permita la comprensión, adaptación y transformación del medio local. En nuestra concepción, este enfoque permite vincular la formación ciudadana a los proyectos políticos.

Se trata de fundamentar una propuesta pedagógica que parta de comprender los mecanismos ideológicos que penetran la conciencia y las prácticas de las sociedades contemporáneas. A ese respecto, Giroux llama la atención sobre la ética de la racionalidad positivista que excluye la autocrítica y se constituye en una forma de hegemonía ideológica que en términos políticos deviene en un conservadurismo que lo hace sostén ideológico del *statu quo*.⁴³

Valga decir que la categoría crítica se refiere al interés de crear conscientemente teoría para la crítica y al desarrollo de un discurso para la transformación y emancipación social que supere las condiciones hegemónicas impuestas por el capitalismo. En otras palabras, la categoría crítica se encuentra en el pensamiento que hace la distinción entre lo que es y lo que debería ser.

Esta perspectiva de la pedagogía crítica social a nivel latinoamericano ha sido desarrollada por Paulo Freire. Bien lo mencionó en este sentido Giroux cuando dijo: “Situándose en el espacio que media entre lo político y lo posible,

42 Alejandro Pimienta, “El reto de la educación: Formar en ciudadanía locales para el cambio social” (Ponencia presentada en el 50º Congreso Latinoamericano y Caribeño de Ciencias Sociales de FLACSO, Quito, 2007); Pimienta, “El conocimiento de la localidad”.

43 Henry Giroux, *Cultura, política y práctica educativa* (Barcelona: Editorial Graó, 2001).

Paulo Freire pasó la mayor parte de su vida trabajando con la convicción de que merece la pena luchar por los elementos radicales de la democracia, de que la educación crítica es un elemento básico del cambio social y de que nuestra forma de pensar sobre la política es inseparable de nuestra forma de entender el mundo, el poder y la vida moral que aspiramos llevar”.⁴⁴ Se reivindica que somos ciudadanos, con las prácticas e imaginarios que conlleva, en la medida de nuestra comprensión del mundo, por lo que la práctica transformadora solo tiene sentido con base en la conciencia de nuestra situación.

Finalmente, resaltar del legado freiriano su concepción de que lo pedagógico es política, por lo cual la práctica pedagógica es una práctica política que como tal, cualquiera que sea el propósito explícito de una intención formativa, a la vez es una práctica de formación ciudadana. El reto, apoyado en Freire, es reconocer y develar las prácticas formativas supuestamente neutrales que terminan formando en *ciudadanías bancarias* y disciplinadas de las condiciones hegemónicas y, por supuesto, fundamentar y transformar las prácticas educativas explicitando las intenciones de formación de ciudadanías liberadoras. Por eso la intención formativa en la acción pedagógica debe radicar en brindar elementos de juicio crítico a las personas para que reconozcan su situación y la distancia que hay entre esa realidad y la fábula que se plantean sobre eso, para que así realmente tengan la esperanza de lograr su libertad.

Bibliografía

- Arendt, Hanna. *¿Qué es la política?* Barcelona: Paidós, 1997.
- _____. *Los orígenes del totalitarismo*. Ciudad de México: Alianza Editorial, Taurus, 2004.
- Bourdieu, Pierre. *Meditaciones pascalianas*. Barcelona: Anagrama, 1999.
- Buenfil, Rosa Nidia. “Lógicas y sentidos inscritos en la subjetividad: políticas educativas y pistas para su transformación”. En *Políticas de Educación. Razones de una pasión*. Coordinado por Ana Vitar, 53-88. Buenos Aires: Miño y Dávila, OEI, 2006.
- Dagnino, Evelina. “Sociedad civil, espacios públicos y construcción democrática en Brasil: límites y posibilidades”. En *Sociedad civil, esfera pública y democra-*

44 Henry Giroux, “Una vida de lucha, compromiso y esperanza”, *Cuadernos de Pedagogía*, no. 265 (1998): 42.

- tización en América Latina: Brasil*. Coordinado por Evelina Dagnino, 379-97. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 2002.
- _____. “Confluência perversa, deslocamentos de sentido, crise discursiva”. En *La cultura en las crisis latinoamericanas*. Compilado por Alejandro Grimson, 195-216. Buenos Aires: CLACSO, 2004.
- Dagnino, Evelina, Alberto Olvera y Aldo Panfichi, coords. *La disputa por la construcción democrática en América Latina*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, CIESAS, 2006.
- Freire, Paulo. *Educación liberadora*. Medellín: Editorial Prisma, 1972.
- _____. *Política y educación*. Ciudad de México: Siglo XXI Editores, 2001.
- Giroux, Henry. *Los profesores como intelectuales. Hacia una pedagogía crítica del aprendizaje*. Barcelona. Paidós, 1997.
- _____. “Una vida de lucha, compromiso y esperanza”. *Cuadernos de Pedagogía*, no. 265 (1998): 42-45.
- _____. *Cultura, política y práctica educativa*. Barcelona: Editorial Graó, 2001.
- Laclau, Ernesto. *La razón populista*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2005.
- Mouffe, Chantal. *En torno a lo político*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2007.
- Panfichi, Aldo. “Democracia y participación: el fujimorismo y los gobiernos de transición”. En *La participación Ciudadana en el Perú. Disputas, confluencias y tensiones*. Editado por Aldo Panfichi, 17-44. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2007.
- Pimienta, Alejandro. “El reto de la educación: Formar en ciudadanías locales para el cambio social”. Ponencia presentada en el 50º Congreso Latinoamericano y Caribeño de Ciencias Sociales de FLACSO, Quito, 2007.
- _____. “El conocimiento de la localidad para la integración curricular”. En *Estrategias que invitan a la integración curricular*. Compilado por Raquel Pulgarín Silva et al., 42-52. Medellín: Secretaría de Educación de Antioquia, 2008.
- _____. “La globalización y el lugar de la ciudadanía: una reflexión a propósito de Milton Santos”. En *Universos Socioespaciales. Procedencias y destinos*. Editado por Clara Inés García y Clara Inés Aramburo, 283-99. Bogotá: Siglo del Hombre, 2009.
- _____. “La ‘ciudad educadora’ y el presupuesto participativo en Medellín. ¿qué ciudad(anía) enseña?”. *Boletim Paulista da Geografia*, no. 89 (2010): 33-48.
- Pimienta, Alejandro y Gonzalo Ospina. “La ciudad como escenario pedagógico: el conocimiento de lo local para la formación ciudadana”. *Revista Textos*, Vol. 6, no. 11 (2008).

- Pulgarín, Raquel. “Hacia la integración del plan de área de ciencias naturales y sociales desde el estudio del territorio y la formación en competencias”. En *Hacia el desarrollo de una actitud científica en la escuela desde la enseñanza de las ciencias*, 33-54. Medellín: Gobernación de Antioquia, 2008.
- Pulgarín, Raquel y Marta Lucía Quintero. “La educación geográfica un compromiso en la enseñanza de las ciencias. Propuesta de formación docente en el Oriente antioqueño”. *Revista Uni-pluriversidad*, Vol. 10, no. 3 (2011): 17-32.
- Santos, Milton. *Metamorfosis del espacio habitado*. Barcelona: Oikos-Tau, 1996.
- _____. *O espaço do cidadão*. 4.ª ed. São Paulo: Nobel, 1998.
- _____. *La naturaleza del espacio. Técnica y tiempo. Razón y emoción*. Barcelona: Ediciones Ariel Geografía, 2000.
- _____. *Por otra globalización. Del pensamiento único a la conciencia universal*. Bogotá: Convenio Andrés Bello, 2004.
- Silveira, María Laura. “Territorio y ciudadanía: reflexiones en tiempos de globalización”. *Uni-pluriversidad*, Vol. 11, no. 3 (2011): 15-34.
- Vargas, Germán, ed. *Formación y subjetividad*. Bogotá: Universidad Pedagógica, 2007.

4. Despliegues

Sobre espacios, conocimiento y poder: para las geografías del conocimiento¹

Carlo Emilio Piazzini Suárez²

Este es un texto de carácter exploratorio, un ensayo o documento de trabajo si se quiere, orientado a preguntarse cómo los espacios pueden hacer parte de los procesos de producción, circulación y reproducción-apropiación de conocimiento, y más específicamente, cómo entran a definir relaciones entre conocimiento y poder en las ciencias. Para esto me referiré, en primer lugar, a la necesidad de pensar “de otra manera”, puesto que el ejercicio mismo de aproximación a esta pregunta estaría involucrando una dimensión espacial, no suficientemente reconocida entre los factores sociales, políticos y económicos que definen la particularidad histórica y cultural de los saberes.

- ¹ Original publicado en: *Pensamiento crítico latinoamericano. Homenaje a Hernán Henao Delgado*, ed. María T. Arcila (Medellín: Tragaluz Editores, 2015), 42-60. La elaboración de este texto se ha beneficiado del apoyo recibido por el Grupo de Estudios del Territorio en el marco de la estrategia de sostenibilidad CODI 2012-2014 de la Universidad de Antioquia. Igualmente, del apoyo concedido por la Universidad de los Andes en desarrollo de mi tesis doctoral en historia.
- ² Doctorando en Historia por la Universidad de los Andes, maestría en Historia por la Universidad Nacional de Colombia, sede Medellín. Antropólogo de la Universidad de Antioquia. Coordinador de la Maestría en Estudios Socioespaciales desde julio de 2007, hasta enero de 2008. Actualmente lidera el Grupo de Investigación Estudios del Territorio.

Sin embargo, la naturalización de las diferencias espaciales o el ocultamiento de sus huellas en los discursos científicos y académicos puede hacer parte de estrategias persuasivas orientadas a otorgarles autoridad. A este diagnóstico dedico el segundo apartado, mientras en el tercero propongo un camino posible para la construcción de una ontología del espacio como condición de posibilidad del conocimiento.

A continuación presento varios enfoques que desde una perspectiva integradora, pero no totalizante, constituyen el campo de las geografías del conocimiento, para luego enfocarme hacia algunas aproximaciones operativas que permiten ilustrar cómo la identificación de diferentes espacialidades puede contribuir a comprender la manera en que se produce el conocimiento científico, incluyendo su autoridad. Finalmente, ofrezco algunas ideas en la perspectiva de situar la pregunta que orienta este texto, en el ámbito geográfico y geopolítico desde el que hablo.

Pensar en el espacio y desde el espacio

Quizá la referencia inmediata para ilustrar lo que entraña la relación entre espacio, conocimiento y poder sean los mapas. Mediante las prácticas cartográficas se codifican, decodifican y recodifican los espacios planetarios, nacionales y locales³ en una relación instrumental que no es ninguna novedad: como ha dicho Brian Harley, “los topógrafos han marchado al lado de los soldados, inicialmente mapeando para reconocimiento, luego para obtener información general y eventualmente como herramienta de pacificación, civilización y explotación en las colonias”⁴.

Por lo anterior, los mapas apoyan el ejercicio directo del poder territorial: anteceden y acompañan los proyectos coloniales, funcionan como “armas” de los proyectos imperiales y legitiman la realidad de la conquista y el imperio.⁵ Pero no se trata solo de la incidencia del poder sobre la producción de los

3 John Pickles, *A History of Spaces. Cartographic Reason, Mapping and the Geo-Coded World* (London: Routledge, 2004).

4 John Brian Harley, *The New Nature of Maps. Essays in the History of Cartography* (Baltimore: The Johns Hopkins University Press, 2001), 57.

5 Harley, *The New Nature of Maps*.

mapas, sino también del “poder interno de la cartografía”, es decir, de los efectos del mapa en la sociedad y, muy especialmente, los efectos políticos de los mapas.⁶ De forma deliberada o no, las cartografías, hoy como nunca antes al alcance de los públicos,⁷ activan ciertas concepciones y percepciones del espacio, a la vez que dirigen su movilidad en los mapas sirviendo a la instauración, mantenimiento o transformación de las relaciones de poder.

Pero lo que me interesa destacar aquí son otras dimensiones, generalmente menos frecuentadas en el análisis de las relaciones entre espacio, conocimiento y poder. Hablo de las localizaciones, las proximidades y las distancias, los territorios y los lugares, los cuerpos y los objetos, los circuitos y las redes, así como los esquemas geopolíticos que se correlacionan con las prácticas de producción de conocimiento y la valoración y recepción de sus resultados, categorías todas ellas que permiten comprender lo que son unas geografías del conocimiento.⁸

Aun cuando estas no se agotan en las prácticas académicas, habría que advertir que pensar el espacio como un factor relevante para comprender la manera en que se producen y funcionan los conocimientos filosóficos, históricos y científicos constituye un reto, dado que estos sistemas de pensamiento a menudo han erigido parte de su autoridad epistémica disimulando e incluso borrando sus lugares de producción y enunciación.

No sobra anotar que el concepto de *espacio* que utilizamos se deriva de una aproximación al mismo como resultado de procesos sociales (en el sentido amplio de lo social), a la vez que como un factor activo en la producción de esos procesos, de tal forma que no estamos hablando del espacio como recipiente o entidad dada o natural, pero tampoco como una mera representación cultural.⁹

6 Harley, *The New Nature of Maps*.

7 Miles de aplicaciones de navegación basadas en el Sistema de Posicionamiento Global (GPS) interactúan con los sujetos cotidianamente.

8 En este ensayo se amplían aspectos previamente tratados por el autor sobre el tema de las geografías del conocimiento. Cf. Emilio Piazzini, “Geografías del conocimiento: transformación de los protocolos de investigación en las arqueologías latinoamericanas”, *Geopolítica(s)*, Vol. 1, no. 1 (2010): 115-36.

9 Partimos, por supuesto, del enfoque formulado por Henri Lefebvre sobre el espacio como producción social, enfatizando en lo inútil de tomar partido acerca de si el espacio es físico o mental, objetivo o subjetivo y aclarando que “lo social” del espacio no se restringe a la dimensión de las prácticas e instituciones humanas, sino que cubre asociaciones que pueden involucrar incluso

Por esto, pensar el espacio y, sobre todo, tratar de comprender cómo pensamos espacialmente y cómo el ejercicio mismo del conocimiento se encuentra espacialmente afectado supone necesariamente pensar de otra manera.

En efecto, el denominado giro espacial no puede limitarse a una simple rotación de una forma de ver que, no obstante, sigue girando sobre el eje de ontologías y epistemologías tradicionales, sino que implica una dislocación respecto de ese eje. La filosofía, dice José Luis Pardo, “se ha pensado siempre como reinado del tiempo y, por tanto, como historia de la filosofía (o historicidad)”, de tal forma que “‘al final’ de la historia de la filosofía, esto es, de la reconstrucción del pensamiento hecha en nombre de la conciencia subjetiva del tiempo, puede dibujarse el dominio de una ‘geografía del pensamiento’, que nos ponga en condiciones de pensar el espacio *en y desde* el cual pensamos”.¹⁰

El enfoque aquí adoptado implica reconocer que pensamos *desde* el espacio y que el cuerpo mismo, como espacialidad primera, aunque no esencial, es ya el lugar desde donde se despliega nuestra relación con los mundos que queremos conocer y comprender. Entonces, no estamos aquí en un ejercicio de mera abstracción, de imaginar “mapas mentales”, sino de descripción de formas concretas en las que los cuerpos que piensan y son pensados, hacen parte y son constituidos, ellos mismos, en relaciones espaciales.

Un silencio elocuente

Lo que hasta finales del siglo xx predominaba en la filosofía, la historia y la sociología de las ciencias era un desinterés por considerar que el espacio pudiera ser un factor relevante en la tarea de comprender cómo se produce el

actores no humanos, con lo que podría plantearse una perspectiva de estudios de la cultura material de las ciencias y los saberes. De esta manera, el campo de las geografías del conocimiento se encuentra ligado con lo que sería una “arqueología” del conocimiento, no restringida a la acepción filosófica de Foucault. Cf. Emilio Piazzini, “Arqueología: una máquina del tiempo para una pre-historia del presente”, en *Temporalidades contemporáneas, incluido el pasado en el presente*, coords. Carmen Guerra, Mariano Pérez y Carlos Tapia (Sevilla: Junta de Andalucía, Consejería de Cultura, 2012), 66-77; Henri Lefebvre, *The Production of Space* (Cambridge: Blackwell, 1991); José Luis Pardo, *Las formas de la exterioridad* (Valencia: Pre-Textos, 1992); Edward Soja, *Postmodern Geographies. The Reassertion of Space in Critical Social Theory* (London: Verso, 1989); Bruno Latour, *Reassembling the Social. An Introduction to Actor-Network-Theory* (Oxford: Oxford University Press, 2005).

10 Pardo, *Las formas de la exterioridad*, 362 (énfasis añadido).

conocimiento,¹¹ y esto no siempre por simple olvido, sino porque, en ocasiones, la obliteración de las espacialidades o, cuando menos, la negación de autoridad a ciertos conocimientos expresamente localizados ha hecho parte del establecimiento de la autoridad epistemológica de los discursos académicos.

Es importante detenerse en este aspecto porque al identificar las razones por las que el espacio ha sido naturalizado, tratado de manera secundaria o simplemente no ha sido tenido en cuenta permite comprender lo que se encuentra en juego, ontológica y epistemológicamente, cuando hablamos de unas geografías del conocimiento.

Sobre la base judeocristiana de la verdad divina como eterna y ubicua, desde la razón cartesiana se concibió que el conocimiento, en tanto búsqueda de la verdad, se encontraba abstraído de cualquier determinación espaciotemporal.¹² Sin embargo, por lo menos desde el siglo XVIII se concedió que la razón y la verdad dependían, hasta cierto punto, de cuestiones temporales, lo que se hizo evidente en esquemas teleológicos muy difundidos que explicaron el conocimiento como un proceso acumulativo y perfectible que acompaña el progreso, la evolución o el desarrollo de las sociedades humanas.¹³

No aconteció así con lo que pudo haber sido un proceso simultáneo de espacialización del conocimiento.¹⁴ Antes bien, se constituyeron potentes regímenes de explicación, justificación o negación de diferentes formas de producción, que amparados en el imaginario de Occidente como punta de lanza de la historia decretaron los rasgos locales del conocimiento como sesgos, errores o miradas parcializadas que el verdadero conocimiento científico o

11 Adi Ophir and Steven Shapin, "The Place of Knowledge a Methodological Survey", *Science in Context*, Vol. 4, no. 1 (1991): 3-22.

12 Ramón Grosfoguel, "Descolonizando los universalismos occidentales: El pluri-versalismo transmoderno decolonial desde Aimé Césaire hasta los Zapatistas", en *El giro decolonial. Reflexiones para una diversidad epistémica más allá del capitalismo global*, eds. Santiago Castro-Gómez y Ramón Grosfoguel (Bogotá: Siglo del Hombre, 2007), 63-77.

13 P. ej. Augusto Comte, *Curso de filosofía positiva (Lecciones 1 y 2). Discurso sobre el espíritu positivo* (Barcelona: Orbis, 1984).

14 Aunque pudo haber algunos intentos. Koselleck refiere cómo el filósofo Thomas Abbt (1738-1766) influenciado por las teorías de la óptica en física y de la perspectiva en el arte llegó a plantear que la narración de la historia no era la misma, dependiendo de la localización geográfica de quién la escribiera. Reinhart Koselleck, *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos* (Barcelona: Paidós, 1993).

filosófico de alcance universal debería evitar o superar.¹⁵ De allí el valor que se concedió a “la mirada desde ninguna parte”,¹⁶ al “no-lugar de la razón”¹⁷ como rasgos característicos de la retórica científica.

Pero aun cuando parezca paradójico, la debilidad ontológica de las espacialidades en los esquemas de explicación del conocimiento ha permitido, y en ocasiones ha afirmado, una geopolítica del conocimiento (en el sentido de Walter Mignolo). Esto es, tanto abundar en la pretensión universal del lenguaje de las ciencias y la filosofía como exaltar la perfectibilidad de esos conocimientos han justificado y reforzado un esquema subterfugio de valoración de las diferencias geográficas; según este, los conocimientos producidos desde los centros metropolitanos se suponen más universales y de mayor validez que aquellos que se generan en las periferias, que estarían parcializados por su vinculación con visiones locales. Esto, sumado al empleo instrumental de la cartografía y del oficio de la geografía en los proyectos imperiales y coloniales, ha resultado funcional a procesos de expansión de los poderes militar, político y económico, agenciados desde el norte geopolítico y sus centros satélites sobre el resto del planeta.

Asimismo, de la mano de una concepción del espacio que lo asocia con lo dado, lo fijo y lo natural, su tratamiento ha servido a una eficacia persuasiva que actúa de manera casi subliminal para dar por sentado lo que el lector o el observador deben entender por “realidad” en las retóricas de la ciencia. Volviendo al ejemplo de la cartografía, el mapa, en cuanto imagen, quiere comunicar que su contenido es “neutral” y “natural”, pero la cartografía emerge y se consolida dentro del más amplio horizonte del “mundo como imagen”, sirviendo específicamente a una “geopolítica de la representación”.¹⁸

Así, el mapa, en su presunción de ser una representación del mundo real, mediante una “retórica de la precisión”, persuade al público acerca de que lo

15 David Livingstone, *Putting Science in Its Place. Geographies of Scientific Knowledge* (Chicago: The University of Chicago Press, 2003).

16 Steven Shapin, “Placing the View from Nowhere: Historical and Sociological Problems in the Locations of Science”, *Transactions of the Institute of British Geographers*, Vol. 23, no. 1 (1998): 5.

17 Santiago Castro-Gómez, *La hybris del punto cero. Ciencia, raza e ilustración en la Nueva Granada (1750-7816)* (Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana, 2005).

18 Pickles, *A History of Spaces*, 7.

que contiene es lo que el territorio es.¹⁹ Tal eficacia se logra mediante sofisticados procedimientos cartográficos de selección, clasificación, estandarización y creación de jerarquías que, asemejándose a los trabajos de laboratorio de los científicos, permiten al mapa ganar en autoridad.²⁰

Variantes de esta eficacia persuasiva también han funcionado en otros campos del saber. Michel de Certeau²¹ ha explorado el caso del oficio de la historia, en el que omitir las huellas del lugar de enunciación del historiador contribuye a crear la convicción de que el pasado que este narra efectivamente existió.²² Y algo semejante advirtieron críticamente Bruno Latour y Steve Woolgar para el campo de los estudios tradicionales de la historia de la ciencia y las ideas, en el que la atención se centraba en la ocurrencia de particulares descubrimientos o invenciones, o en los planteamientos de ciertas teorías, es decir, en los productos acabados de la ciencia, pero no en los procesos mediante los cuales se produjeron estos “hechos”, incluyendo los espacios y los instrumentos de la ciencia.²³

Opera en esas narrativas un “olvido” ex profeso de las inscripciones de carácter espacial y material de la ciencia (es decir, de los lugares y las huellas de fabricación de los artefactos científicos), lo que se explicaría porque los hechos científicos, una vez producidos, quieren aparecer como naturales y neutrales. Por esto, en las miradas a la historia de las ciencias, que enfatizan en el valor acumulativo y perfectible del conocimiento, no cabe dejar huella de esa dimensión mundana del quehacer científico, pues de lo contrario se haría visible, de forma inconveniente, la naturaleza artificial de los hechos científicos.

Incluso, en algunos enfoques críticos de esa forma de ver el asunto, como la temprana sociología del conocimiento, el interés por los aspectos “sociales” de la ciencia no condujo a la visibilización de sus espacialidades, como no

19 Harley, *The New Nature of Maps*.

20 Harley, *The New Nature of Maps*.

21 Michel de Certeau, *La escritura de la historia* (Ciudad de México: Universidad Iberoamericana, 1993).

22 Cf. Emilio Piazzini, “Para las geografías del tiempo. Buscando los espacios de la historia”, en *El territorio como “demo”: demo(a)grafías, demo(a)cracias y epidemias*, dirs. Carmen Guerra, Mariano Pérez y Carlos Tapia (Sevilla: Universidad Internacional de Andalucía, 2011), 15-30.

23 Bruno Latour y Steve Woolgar, *La vida en el laboratorio: la construcción de los hechos científicos* (Madrid: Alianza Editorial, 1995).

fuera para criticar la afiliación entre particulares tradiciones científicas y proyectos nacionales.²⁴

Durante la segunda mitad del siglo xx, concepciones no lineales de la historia de las ciencias, que enfatizaron en rupturas, cambios y discontinuidades, más que en acumulaciones (p. ej. Kuhn, Feyerabend y Foucault), se encargaron de problematizar los esquemas teleológicos de la filosofía, la historia y la sociología de las ciencias. Y, en algunos casos, se señalaron caminos para reconocer que las espacialidades hacen parte de las condiciones de posibilidad para generar conocimiento y ganar en autoridad epistémica.

El espacio como suelo del conocimiento

Así como la debilidad ontológica del espacio que predomina en los pensamientos de la modernidad no puede ser considerada como un simple olvido, sino que se vincula con unas condiciones geohistóricas concretas,²⁵ la nitidez y relevancia que en las últimas décadas ha comenzado a tener la cuestión espacial en los discursos políticos y académicos se asocian con la emergencia de factores que han venido transformando las dinámicas económicas, políticas, culturales y sociales a escala planetaria.

La intensificación de los procesos de globalización de la economía, el reajuste de las hegemonías políticas y económicas de las potencias globales y regionales, el acelerado despliegue de las tecnologías de la información que parecen aniquilar las distancias por efecto del “tiempo real”, la crisis y acaso el reajuste de los estados territoriales como “células” de la geografía política, y el surgimiento de reacciones y movilizaciones sociales de múltiple adscripción espacial que desafían las soberanías y jerarquías escalares son, entre otros, factores que han ido transformando las percepciones y concepciones del espacio y el tiempo, de la geografía y la historia.

En este sentido, el giro espacial sería un síntoma geohistórico, pero, también, habría que reconocer en él un repertorio de formulaciones que pueden

24 P. ej. Robert Merton, *The Sociology of Science* (Chicago: The University of Chicago Press, 1992).

25 David Harvey, *La condición de la posmodernidad. investigación sobre los orígenes del cambio cultural* (Buenos Aires: Amorrortu Editores, 1998); Soja, *Postmodern Geographies*.

tener incidencia en la configuración de los procesos espaciotemporales contemporáneos. El espacio, este lado oscuro de las ciencias, la historia y la filosofía, ha comenzado a ganar nitidez en las últimas décadas de la mano de planteamientos efectuados desde múltiples lugares de enunciación: desde los centros metropolitanos de la academia, como sucede con la geografía, los estudios de la ciencia y la tecnología, los estudios de género y algunas tesis posestructuralistas y posmodernas; por otra parte, desde los estudios socioespaciales y las tesis poscoloniales y decoloniales que quieren hacer visibles otras epistemologías situadas en el sur geopolítico; pero, también, desde los movimientos indígenas y feministas que, basados en la denuncia del eurocentrismo y el androcentrismo, reclaman validez, autonomía y autoridad para los conocimientos locales e incorporados.

En medio de estos paisajes, comprender cómo han funcionado y funcionan las relaciones entre espacio y poder, y, en estas, los procesos de producción de conocimiento, resulta fundamental para plantear esquemas más equitativos y pertinentes de reconocimiento, acceso y apropiación de conocimiento, ciencia y tecnología, campos en los que han imperado la exclusión y la imposición, muchas veces con base en una jerarquización moral y política de la diferencia geográfica. De forma más modesta, tal reflexión podría conducir a un aporte crítico a la historia y a los estudios de las ciencias, las tecnologías y, en general, de los conocimientos.

En 1967, Michel Foucault²⁶ ofrecía un diagnóstico temprano de las transformaciones espaciales que estaban ocurriendo, por lo menos, en Occidente, señalando la emergencia de una tensión entre aquellos que venían privilegiando esquemas temporales para explicar y dirigir el devenir de la humanidad, y aquellos otros que advertían la importancia de la dimensión espacial en las dinámicas del mundo contemporáneo.

Pese a que posteriormente él mismo reconocía que el empleo recurrente de metáforas geográficas en sus textos (posición, desplazamiento, lugar, campo, territorio, dominio, suelo, horizonte, archipiélago, geopolítica, región,

26 Michel Foucault, "Des espaces autres", *Architecture, Mouvement, Continuité*, no. 5 (1984): 46-49.

paisaje...) era de carácter más implícito que explícito,²⁷ se puede decir que desde entonces estaba efectuando una “especialización de la historiografía del conocimiento”, empleando una topología compuesta por sitios y relaciones, como estrategia para efectuar una crítica de lo que hasta entonces había sido una historia de las ideas, las ciencias y las técnicas, regida por el imperio de un tiempo teleológico.²⁸

En general, es posible establecer que en los trabajos de Foucault lo espacial estaba involucrado en el análisis de temas centrales como el poder, el saber y el sujeto.²⁹ Y lo estaba, al menos, de dos formas: como estrategia analítica (lenguaje espacial) y como aspecto central de las prácticas históricas concretas a las que se aplicaba con sus estudios. En el primer sentido, María Inés García³⁰ ha señalado que los conceptos espaciales en Foucault constituyen una compleja red de metáforas de diverso grado que atraviesan su obra, que sirven de sedimentación, unas a otras, sin que opere necesariamente una jerarquización entre las diferentes capas de esta estratigrafía. Foucault encontró en ese repertorio de nociones espaciales una estrategia para efectuar una crítica de la manera en que venían siendo pensados el poder, el saber y el sujeto.³¹

En el segundo sentido, en sus análisis arqueológicos y genealógicos, Foucault concedía a las espacialidades y sus efectos (v. g. distribución, exclusión y encierro) un papel activo en la constitución de prácticas históricas concretas mediante las que funciona el poder, se erigen regímenes de verdad y se forman los sujetos.³² Por esto, Foucault reconocía en una entrevista con geógrafos que “los problemas que plantean a propósito de la geografía son esenciales para mí. Entre un cierto número de cosas que yo relacioné, estaba la geografía, que

27 Michel Foucault, *Microfísica del poder* (Madrid: Ediciones de La Piqueta, 1979).

28 Soja, *Postmodern Geographies*.

29 Cf. Stuart Elden and Jeremy Crampton, Introduction to *Space, Knowledge, and Power. Foucault and Geography*, eds. Stuart Elden and Jeremy Crampton (Hampshire: Ashgate Publishing, 2007), 1-16; María Inés García, *Espacio y poder. El espacio en la reflexión de Michel Foucault* (Ciudad de México: Universidad Autónoma Metropolitana, 2006); Adrián Perea, *La cuestión del espacio en la filosofía de Michel Foucault* (Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana, 2013); Soja, *Postmodern Geographies*.

30 García, *Espacio y poder*.

31 Cf. Foucault, *Microfísica del poder*.

32 Perea, *La cuestión del espacio*.

era el soporte, la condición de posibilidad del paso de lo uno a lo otro”.³³ Y en otra parte planteaba que “habría que escribir toda una historia de los espacios –que sería a su vez una historia de los poderes– desde las grandes estrategias de la geopolítica hasta las pequeñas tácticas del hábitat, de la arquitectura institucional, del salón de clase o de la organización hospitalaria, pasando por las implantaciones económico-políticas”.³⁴

Si la historia de los espacios es a la vez la historia de los poderes, entonces puede considerarse que el espacio hace parte de las condiciones políticas y económicas de existencia, que actúan, no como un velo o un obstáculo para el sujeto de conocimiento, sino, precisamente, como aquello a través de lo que este se forma. Entonces, es posible pensar que las espacialidades hacen parte de aquello que denominaba Foucault “suelo en que se forman el sujeto, los dominios de saber y las relaciones con la verdad”.³⁵ Incluso, en este plano, y más allá de una estrategia de espacialización del lenguaje de carácter ficcional, Foucault, como sujeto, era producto de particulares experiencias espaciales, que contribuyeron a formar sus planteamientos.

Se podría discutir qué tan consciente llegó a ser Foucault mismo acerca de las implicaciones geopolíticas de las relaciones entre espacio y saber,³⁶ pero me interesa detenerme aquí en lo que podría arriesgarse como un paralelo entre la búsqueda foucaultiana de un “suelo” en que se forman el sujeto, los dominios de saber y las relaciones con la verdad, y la propuesta de Gilles Deleuze y Félix Guattari³⁷ para entender el “terreno” en el que se ha formado la filosofía. Decían estos autores que para comprender qué es la filosofía no interesa tanto su historia como su geografía, por esto, planteaban una geofilosofía “exactamente –decían– como la historia es una geohistoria desde la perspectiva de

33 Foucault, *Microfísica del poder*, 123.

34 Michel Foucault, “The Eye of Power”, in *Power/Knowledge: Selected Interviews and Other Writings 1971-1977*, ed. Colin Gordon (New York: Pantheon Books, 1980), 149.

35 Michel Foucault, *La verdad y las formas jurídicas* (Barcelona: Gedisa, 1986), 26.

36 P. ej. Gayatri Chakravorty Spivak, “Can the Subaltern Speak?”, in *Marxism and the Interpretation of Culture*, eds. Cary Nelson and Lawrence Grossberg (Champaign: University of Illinois Press, 1988), 271-313.

37 Gilles Deleuze y Félix Guattari, *¿Qué es filosofía?* (Barcelona: Anagrama, 1993).

Braudel”³⁸ Es necesario entender los planos de inmanencia como los suelos, los territorios donde se fundan los conceptos que forman el quehacer de la filosofía. Desafiando la linealidad de los tratados de historia de la filosofía, proponían entonces establecer conexiones entre la filosofía clásica y las modernas filosofías europeas, con las particulares dinámicas de territorialización y desterritorialización de la polis griega, y del capitalismo y los estados nacionales, respectivamente.³⁹

Pienso que hay en este planteamiento una aproximación cercana a la de Foucault, en el sentido de que la filosofía y, más ampliamente, cualquier régimen de verdad, no funda sus condiciones de posibilidad ni en unos *aprioris* transhistóricos de la razón ni en una historia de la acumulación de saberes y tecnologías, sino en esos subsuelos arqueológicos y geográficos donde, de manera contingente, se configuran las relaciones entre saber y poder. Pienso, también, que a partir de un análisis detenido de estos planteamientos se aporta a la constitución de una ontología del espacio que permita explorar y comprender su rol como condición de posibilidad de los conocimientos. Una ontología para las geografías del conocimiento que, entre otras tareas, sirva para “intentar pensar el espacio como lugar de deconstrucción de la subjetividad y de la temporalidad”⁴⁰

Por ahora, considero legítimo esperar que la investigación de espacialidades concretas contribuya de manera relevante a comprender cómo han sido posibles y cómo funcionan particulares sistemas de conocimiento, incluyendo múltiples escalas que no conservan necesariamente un orden jerarquizado: el cuerpo como espacialidad íntima de nuestra relación con el mundo; las localizaciones, lugares y arquitecturas donde se generan, reproducen o apropian los saberes; las redes que entrelazan esos cuerpos y localizaciones en tanto nodos; y las geografías políticas donde los procesos de territorialización y desterritorialización se complican con aparatos conceptuales que quieren explicar los mundos y sus límites.

38 Deleuze y Guattari, *¿Qué es filosofía?*, 96-97.

39 Deleuze y Guattari, *¿Qué es filosofía?*

40 Pardo, *Las formas de la exterioridad*, 37.

En esta ambiciosa agenda no debería perderse de vista el movimiento por el que las prácticas de conocimiento, en su relación con el poder, reproducen, transforman o, inclusive, producen nuevas espacialidades.

Conocimientos situados, geopolíticas y geografías de la ciencia y el conocimiento

Aun cuando es incipiente la consolidación de lo que podría considerarse el campo de las geografías del conocimiento, entendido como una red de aproximaciones integradas al estudio de las relaciones entre espacio y saber, no sería justo desconocer importantes avances conceptuales y enunciados operativos que se han ido generando en las últimas décadas. Por ejemplo, son elaboraciones indudables en esa dirección los estudios de George Basalla⁴¹ acerca de la expansión del modelo occidental de ciencia, de Torsten Hägerstrand⁴² sobre difusión de las innovaciones tecnológicas, de Carl E. Pletsch⁴³ sobre la distribución desigual del trabajo intelectual en el mundo y de Immanuel Wallerstein⁴⁴ sobre la especialización de los objetos de las ciencias sociales.

Pero también es necesario decir que la mayoría de estas aproximaciones no partió de un interés expreso por evaluar la incidencia mutua entre espacio y conocimiento, llegando más bien de manera incidental a tratar con categorías espaciales, muchas de ellas enunciadas desde una imaginación geopolítica moderna que, como diría John Agnew,⁴⁵ permanecía atrapada en la idea de un mundo naturalmente dividido en estados y bloques imperiales.

Solo a partir de los últimos años han venido a perfilarse planteamientos informados por los debates acerca del espacio como producción y sus relaciones

41 George Basalla, "The Spread of Western Science: A Three-Stage Model Describes the Introduction of Modern Science into any Non-European Nation", *Science*, Vol. 156, no. 3775 (1967): 611-22.

42 Torsten Hägerstrand, *Innovation Diffusion as a Spatial Process* (Chicago: University of Chicago Press, 1967).

43 Carl E. Pletsch, "The Three Worlds, or the Divisions of Social Scientific Labor, Circa 1950-1975", *Comparative Studies in Society and History*, Vol. 23, no. 4 (1981): 565-90.

44 Immanuel Wallerstein, "The Time of Space and the Space of Time: The Future of Social Science", *Political Geography*, Vol. 17, no. 1 (1998): 71-82.

45 John Agnew, *Geopolitics. Re-Visioning Worlds Politics* (London: Routledge, 1998).

con el poder: el conocimiento situado, la geopolítica del conocimiento, la geografía de las ciencias y la geografía del conocimiento.

La potencia analítica que otorga el estudio contrastado de diferentes formas de conocimiento en su relación con la cuestión espacial ha sido puesta de manifiesto recientemente por John Agnew⁴⁶ cuando ha hablado de las “geografías del conocimiento”, que incluyen esquemas, marcos de referencia, presupuestos fundamentales, narrativas, tradiciones y teorías, con la intención de analizar cómo su localización y circulación se vinculan a las dinámicas de la geopolítica mundial.

Interesa particularmente a este enfoque establecer cómo el “dónde” de estos conocimientos, bajo el sello de la diferencia espacial, genera efectos ontológicos, sin adoptar de entrada enfoques relativistas que exaltan la inconmensurabilidad entre conocimientos ligados a localizaciones geográficas específicas, o aproximaciones positivistas que presuponen la universalidad del conocimiento. Agnew propone una tipología de cinco formas diferentes en las que puede entenderse la “geografía” como parte de la producción y circulación del conocimiento: i) enfoques etnográficos que conciben el conocimiento como plural por sí mismo y se centran en las jurisdicciones y los sitios en los que se produce y consume aquel; ii) enfoques que privilegian el rol de la “colonialidad” o los efectos del colonialismo en las jerarquías del conocimiento; iii) aproximaciones fenomenológicas que enfatizan en las relaciones íntimas entre contextos particulares del “ser” y la adquisición del conocimiento; iv) estudios acerca de cómo lo local se convierte en global de la mano de dinámicas geopolíticas, y v) geográficas de la lectura y similares que analizan la circulación y consumo del conocimiento.

Entre estas aproximaciones se destacan elaboraciones basadas en el concepto de *conocimiento situado* que constituye hoy un referente que emerge con frecuencia en los debates sobre conocimiento y espacio, ya porque se lo conmuta automáticamente con la noción de *conocimientos locales* o porque se lo asocia con planteamientos sobre geopolítica del conocimiento. Podría

46 John Agnew, “Know-Where: Geographies of Knowledge of World Politics”, *International Political Sociology*, Vol. 1, no. 2 (2007): 138-48.

identificarse una emergencia doble y hasta cierto punto independiente de este concepto por parte de Nigel Thrift desde la geografía y de Donna Haraway desde las teorías feministas.

Thrift,⁴⁷ interesado en una geografía del espacio-tiempo y en el desarrollo de una teoría de la acción social situada, planteaba ya en 1985 una “geografía del conocimiento” en la que enfatizaba en la necesidad de concebir una “epistemología situada o contextual que reconozca que las personas son seres históricos, geográficos y sociales”.⁴⁸ A partir de una noción amplia de conocimiento como “información acerca del mundo”, establecía, siguiendo a Anthony Giddens, que toda práctica social, incluidas aquellas prácticas de producción y aprovechamiento del conocimiento, estaba situada espacio-temporalmente. En particular, llamaba la atención acerca de la distribución social del acceso a ciertos tipos de conocimiento disponibles, dependiendo de diferenciaciones sociales (sexo, género, clase), localizaciones específicas (regiones, estados) y temporalidades (biografías y procesos históricos). Aun cuando lo situado del conocimiento en Thrift puede hacer referencia a lo local, no se restringe a esto, en la medida en que tiene en cuenta la extensión espacio-temporal de las prácticas e instituciones involucradas en la comunicación y circulación del conocimiento: desde conocimientos relativamente aislados y fugaces hasta conocimientos extendidos por interacciones y con mayor permanencia temporal afincada en instituciones.

Por otra parte, destaca en esta aproximación la figura de ausencia de conocimiento, en cuanto un análisis geográfico debería tener en cuenta no solo dónde están los saberes, sino también su ausencia, ya sea porque sencillamente no es accesible, o porque no es comprendido, discutido, está oculto o es distorsionado;⁴⁹ así, no solo se trataría de mapear las geografías del conocimiento, sino también las del desconocimiento o la ignorancia.

Quizá de mayor impacto ha sido el concepto de *conocimiento situado* que Haraway⁵⁰ introdujo en la teoría del punto de vista [*standpoint theory*],

47 Nigel Thrift, *Spatial Formations* (London: Sage, 1996).

48 Thrift, *Spatial Formations*, 121.

49 Thrift, *Spatial Formations*.

50 Donna Haraway, “Situated Knowledges: The Science Question in Feminism and the Privilege of Partial Perspective”, *Feminist Studies*, Vol. 14, no. 3 (1988): 575-99.

formulada previamente por Nancy Hartsock⁵¹ a propósito de un materialismo histórico específicamente feminista. De acuerdo con Alison Wylie, “(...) las teorías feministas del punto de vista argumentan que el género es una dimensión de diferenciación social que puede hacer de dicha diferencia una cuestión epistemológica. Su objetivo es comprender cómo surge en concreto la parcialización sistemática del conocimiento autoritario, su androcentrismo y sexismo, a la vez que dar cuenta de las contribuciones constructivas efectuadas por aquellos que trabajan desde puntos de vista marginales (especialmente puntos de vista femeninos) para contrarrestar dicha parcialización”.⁵²

Esta definición permite identificar dos aspectos centrales, como son: el carácter situado de toda forma de conocimiento y la posibilidad de identificar un “privilegio epistemológico” derivado de la perspectiva que del mundo se obtiene desde ciertos puntos de vista, de tal forma que no se renuncia a la producción de un conocimiento objetivo.

En primer lugar, el enunciado de situacionalidad que es inherente al concepto de *conocimientos situados* se refiere fundamentalmente a las dimensiones sociales e históricas, aunque Haraway⁵³ contempla también espacios mentales y físicos, incluyendo los cuerpos. El conocimiento situado es también conocimiento incorporado. Si la visión desde “ninguna parte” de la ciencia y la filosofía separó (espacial, temporal y conceptualmente) el sujeto y el objeto de estudio y supuso que la racionalidad debe ser descarnada, desde la teoría del punto de vista se quiere restituir esta conexión, se aprecia la empatía con los sujetos que se estudian, así como el papel activo que estos tienen en el proceso mismo de producción de conocimiento mediante esquemas colaborativos: “El conocimiento situado requiere que el objeto de conocimiento sea visto como un actor y un agente, no como una pantalla, un soporte o un recurso, y nunca,

51 Nancy Hartsock, “The Feminist Standpoint: Developing the Ground for a Specifically Feminist Historical Materialism”, in *Discovering Reality. Feminist Perspectives on Metaphysics, Epistemology, Methodology and Philosophy of Science*, eds. Sandra Harding and Merrill Hintikka (Dordrecht: Reidel, 1983), 283-310.

52 Alison Wylie, “Why Standpoint Matters”, in *Science and Other Cultures: Issues in Philosophies of Science and Technology*, eds. Sandra Harding and Robert Figueroa (New York: Routledge, 2003), 26.

53 Haraway, “Situated Knowledges”.

finalmente, como un esclavo del maestro que encierra en sí la dialéctica en su agencia única y su autoría del conocimiento ‘objetivo’.⁵⁴ Por lo tanto, se le concede al objeto de estudio, incluso a los no -humanos, un papel activo en los procesos de producción de conocimiento, aspecto desarrollado de forma más detenida por la teoría del actor-red.⁵⁵

No obstante, ninguna de estas espacialidades corresponde a localizaciones fijas, “en un cuerpo reificado, femenino o de otro tipo, sino a nodos en campos, inflexiones en orientaciones y responsabilidad por la diferencia en campos semióticos y materiales de significación”.⁵⁶ Desde las geografías feministas esta dimensión espacial ha adquirido relieve en las últimas décadas. Dado que la situación de los sujetos subalternos no es igual en todas partes, categorías como género, etnia e identidad son configuradas en relación con determinados procesos espaciales.⁵⁷ De tal forma que su situacionalidad histórica y social no puede prescindir de su localización dentro de los esquemas de homogeneización, separación y jerarquización espacial que forman y sustentan particulares relaciones de poder. Asimismo, percepciones y concepciones específicas de lo que son los cuerpos, la pertenencia a un lugar y un territorio contribuyen a construir las reacciones y propuestas afirmativas de los sujetos subalternos.

En segundo lugar, la ventaja epistemológica que podría derivarse de los conocimientos situados se refiere a cómo algunas percepciones y concepciones del mundo son proclives al desarrollo de investigaciones y comprensiones que aspiran a ser legítimamente objetivas, en un sentido de objetividad que se aparta de las prescripciones tradicionales de las epistemologías positivistas. Específicamente, se reconoce la posibilidad de una voz autorizada al conocimiento producido por las mujeres y otros grupos subalternos, que no es simplemente relativo a un discurso más entre la serie infinita de “realidades” que cada cual, desde su particular situación subjetiva e histórica, puede enunciar.

54 Ibid., 592.

55 Latour, *Reassembling the Social*.

56 Haraway, “Situated Knowledges”, 588.

57 Cf. Doreen Massey, *Space, Place, and Gender* (Minneapolis: University of Minnesota Press, 1994); Gillian Rose, “Situating Knowledges: Positionality, Reflexivities and Other Tactics”, *Progress in Human Geography*, Vol. 21, no. 3 (1997): 305-20.

La ventaja epistémica se deriva del conocimiento que estos sujetos pueden llegar a producir a partir de experiencias, situaciones y posibilidades que solo ellos han vivido. En este sentido, a diferencia de la mirada desde ninguna parte de las epistemologías positivistas, que quisiera elaborar una imagen absoluta del mundo, “solo la perspectiva parcial promete una visión objetiva”;⁵⁸ justo porque se trata de perspectivas parciales, localizadas y críticas. Interesa destacar aquí cómo la posibilidad de una ventaja epistemológica derivada de los conocimientos situados reafirma que, por lo menos hasta cierto punto, los espacios pueden contribuir a la constitución de otros regímenes de verdad. Esto también se hace visible en planteamientos efectuados recientemente por autores latinoamericanos acerca de una “geopolítica del conocimiento” y unas “epistemologías basadas en el lugar”.

Desde la perspectiva decolonial latinoamericana se aborda la geopolítica del conocimiento como una lectura que desentraña una forma de dominación que no requiere coerción física, sino que se basa en la violencia epistémica que representa la naturalización de la cultura moderna occidental como el único paradigma válido en términos políticos, económicos, estéticos y científicos. En América, desde el siglo xvi, la colonialidad del poder⁵⁹ ha ordenado y controlado la diferencia cultural (racial, religiosa y lingüística, dependiendo de la época), mediante una jerarquización moral y política que otorga autoridad a las voces que hablan desde el centro, negando o desvirtuando las voces periféricas. Desde el presunto no lugar de la razón occidental, otras formas de conocimiento son calificadas de provincianas, parroquiales o, sencillamente, como prerracionales o supersticiosas por encontrarse limitadas a determinados contextos geohistóricos.⁶⁰

58 Haraway, “Situated Knowledges”, 583.

59 La categoría analítica colonialidad del poder, enunciada por Aníbal Quijano, se refiere a una estructura de dominación que desde el siglo xvi funciona mediante relaciones de poder fundadas en una presunta superioridad racial y epistémica de los europeos, y luego de los anglosajones, sobre las poblaciones americanas, africanas y afrodescendientes. Una variante de esta estructura es la colonialidad interna del poder, que funciona de la misma manera, pero entre las élites locales y los sujetos subalternos de los países periféricos. Cf. Santiago Castro-Gómez, *La poscolonialidad explicada a los niños* (Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana, Universidad del Cauca, 2005).

60 Nelson Maldonado-Torres, “The Topology of Being and the geopolitics of Knowledge. Modernity, Empire, Coloniality”, *City*, Vol. 8, no. 1 (2004): 29-56; Walter D. Mignolo, “The Geopolitics of Knowledge and the Colonial Difference”, *South Atlantic Quarterly*, Vol. 101, no. 1 (2002): 57-96.

Desde este diagnóstico, que comparte con la teoría feminista del punto de vista tanto la crítica a la hegemonía de los proyectos modernos como la de las tesis de los enfoques posmodernos, la apuesta no es por habilitar relatos particulares que relativicen la autoridad de los metarrelatos occidentales. Se trata, más bien, de avanzar desde un “paradigma otro” hacia un “cosmopolitismo crítico”.⁶¹ Ahora bien, este cosmopolitismo, contando con cierta ventaja epistemológica, emergería precisamente desde lugares de enunciación situados en los bordes de la cartografía dibujada por los sistemas coloniales; desde el pensamiento fronterizo entendido como “el del rumor de los desheredados de la modernidad; aquellos para quienes sus experiencias y sus memorias corresponden a la otra mitad de la modernidad, esto es, a la colonialidad”.⁶²

De hecho, muchos de los ejemplos que emplea Mignolo para ilustrar lo que quiere decir cuando habla de “pensamientos fronterizos” corresponden a sujetos localizados en el borde de sistemas moderno-coloniales, quienes conocen los dos lados de la diferencia colonial, tanto el de los pensamientos subalternos como el de los pensamientos hegemónicos, lo que les concede, como en el caso de los conocimientos situados de Haraway, una ventaja epistemológica. Pero esta ventaja requiere establecer, mediante una doble crítica, el lugar de enunciación que en la geopolítica del conocimiento le corresponde a cada voz, incluyendo la razón occidental.

Arturo Escobar ha advertido una conexión entre los conceptos de *conocimiento situado*, *pensamiento fronterizo* y lo que él denomina “epistemologías basadas en el lugar”.⁶³ Estas últimas se refieren a una línea de indagación y una alternativa política que, partiendo de una reconceptualización de la noción tradicional de *lugar* (no romantizada, desnaturalizada, no aislada u opuesta a lo global), procura por la construcción de autoridades epistémicas y políticas basadas en conocimientos y conciencias de carácter local, que permitan

61 Walter Mignolo, *Historias locales/diseños globales. Colonialidad, conocimientos subalternos y pensamiento fronterizo* (Madrid: Akal, 2003), 58.

62 Mignolo, *Historias locales/diseños globales*, 28.

63 Arturo Escobar, *Más allá del Tercer Mundo. Globalización y diferencia* (Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia, 2005), 251.

abordar críticamente la globalización y proponer alternativas sobre el posdesarrollo y la sustentabilidad ecológica.⁶⁴

Hasta aquí se puede identificar cómo en los planteamientos sobre conocimiento situado, geopolítica del conocimiento y epistemologías basadas en el lugar la dimensión espacial pasa de ser irrelevante, o una herramienta que soterradamente actúa en beneficio de la autoridad de los conocimientos hegemónicos, a ser un aspecto crucial para afirmar la autoridad epistémica y política de otros saberes.

Pero también es necesario señalar que dicha espacialidad no se agota en el valor de los conocimientos locales *per se*. Todo conocimiento, incluso el filosófico y científico, se produce mediante prácticas localizadas, de tal forma que una conmutación automática entre conocimientos situados y conocimientos locales corre el riesgo de reproducir la violencia epistémica que la geopolítica moderna del conocimiento generó al negar autoridad a aquellos saberes que no estuviesen localizados en determinados lugares. La ventaja epistemológica no descansa exclusivamente en el hecho de que los saberes se vinculen con específicas localizaciones geográficas, sino en procesos de reflexión, crítica y diálogo que los “sitúan” y vinculan con otras espacialidades. Por esto, más allá de desnudar las pretensiones universales, desterritorializadas y descarnadas de la ciencia, resulta útil comprender cómo funciona espacialmente.

A este propósito, David Livingstone⁶⁵ ha planteado la idea de hablar expresamente de una “geografía de las ciencias” interesada en estudiar cómo las características de específicas dimensiones espaciales donde se produce y circula el conocimiento tienen consecuencias en las formas de hacer y comunicar la ciencia. Propone tres espacialidades: los sitios donde se hacen las investigaciones y los experimentos, incluyendo los cuerpos mismos que son estudiados y los espacios donde se reúnen los científicos; en segundo lugar, una escala donde culturas regionales, políticas locales y estilos nacionales condicionan las prácticas y productos de la empresa científica, incluyendo la manera en que estos últimos son acogidos, movilizados o rechazados; final-

64 Escobar, *Más allá del Tercer Mundo*.

65 Livingstone, *Putting Science in Its Place*.

mente, la dimensión de la circulación, que involucra sistemas de movilización y estandarización del conocimiento científico que pretenden eliminar la distancia y la diferencia entre particulares localizaciones, como condición para producir enunciados de valor universal.

Separarse, aproximarse, asociarse

Con la intención de hacer visible cómo funcionan algunas espacialidades del conocimiento, me referiré brevemente a tres formas básicas de incidencia de lo espacial en las prácticas científicas: la separación, la aproximación y el establecimiento de redes o asociaciones, aspectos que, guardadas proporciones, podrían observarse también en sistemas de conocimiento no científico.

Doreen Massey ha dicho, al hablar de las “geografías de la producción del conocimiento”, que “(...) el proceso de convertirse en un productor de conocimiento (y un definidor y defensor de la clase de cosas que se dice que son conocimiento) incluye apartarse de las cosas que uno está estudiando (...) Mantener la distancia entre el que conoce y lo conocido”.⁶⁶ La separación o por lo menos la diferenciación lograda mediante el distanciamiento espacial, bien entre el sujeto y el objeto, bien entre el exclusivo lugar del científico o el académico (laboratorio, archivo, biblioteca), y el mundo “ordinario” de la vida es inherente a los protocolos de investigación y a los imaginarios acerca de lo que es ciencia y ser científico. Tomar “distancia” frente a lo que se quiere conocer, como una de las condiciones de la objetividad, no parece ser una mera alegoría, mientras que el aislamiento que se requiere para producir conocimiento se logra mediante el diseño y la edificación de arquitecturas concretas.

Desde los campamentos, pasando por los laboratorios, hospitales, cementerios y colecciones, hasta llegar a las aulas, museos, jardines botánicos, bibliotecas y archivos, el conocimiento científico requiere de la adecuación, cuando no de la edificación, de determinadas localizaciones y arquitecturas cuyas características de ubicación, acceso, ambiente y dotación resultan fundamentales para garantizar la aplicación de los protocolos de producción, movilización, distribución y consumo de conocimiento.

Pero de manera simultánea opera una dinámica aparentemente contraria, sobre todo en aquellos campos del conocimiento en los que se prescribe el trabajo de campo o “en el terreno” dentro de los protocolos de investigación. Rige aquí una lógica de aproximación espacial de la que se deriva, como en el caso anterior, tanto una parte de la autoridad del conocimiento científico como el imaginario acerca de lo que se debe hacer para ser un científico.

En algunas disciplinas, como en antropología y arqueología, la incorporación del trabajo de campo en los procedimientos de investigación ha significado, a la larga, la diferencia entre ciencia y no ciencia.⁶⁷ Y más recientemente, de la mano de enfoques proclives a la investigación social participativa y colaborativa, la proximidad espacial entre los investigadores y las comunidades locales contribuye a la producción de una imagen de solidaridad y compromiso político.

Desde luego que la espacialidad de las ciencias no se agota en esta aparente ambivalencia de la separación y la aproximación, no solo porque en la práctica operan de forma simultánea e interdependiente, sino porque la relación entre diferentes localizaciones no se da solo en términos de distancia o cercanía. En una aproximación topológica, en la que priman las relaciones entre localizaciones, distancia y proximidad, se complican al establecerse redes o asociaciones que forman, ellas mismas, nuevas espacialidades.

En el ámbito de los estudios de la ciencia, desde la teoría del actor-red (TAR), se ha propuesto que la relativa estabilidad que puede llegar a adquirir un resultado científico depende de la solidez con que se extiendan las redes de la ciencia y la tecnología en el espacio y el tiempo. Mejor aún, depende de la producción de espacios y tiempos específicos como condición para que la ciencia marche. Por esto, uno de los aspectos centrales del trabajo científico consiste en “movilizar el mundo”.⁶⁸

67 Cf. Johannes Fabian, *Time and the Other. How Anthropology Makes his Object* (New York: Columbia University Press, 1983); Gavin Lucas, *Critical Approach to Fieldwork* (London: Routledge, 2000); Stephanie Moser, “On Disciplinary Culture: Archaeology as Fieldwork and Its Gendered Associations”, *Journal of Archaeological Method and Theory*, no. 14 (2007): 235-63; Silvia Tomášková, “Mapping a Future: Archaeology, Feminism, and Scientific Practice”, *Journal of Archaeological Method and Theory*, Vol. 14 (2007): 264-84.

68 Bruno Latour, *Science in Action. How to Follow Scientists and Engineers through Society* (Milton Keynes: Open University Press, 1987), 223.

Dicha movilización no consiste solo en superar la fricción por distancia o eliminar las diferencias socioespaciales para expandir la validez universal de la ciencia. Se logra por medio de rigurosas asociaciones entre “inscripciones”, entendidas estas como los registros, sitios, instrumentos, nomenclaturas, gráficos y documentos por medio de los que se transforman (traducen) las muestras y observaciones de campo y laboratorio en productos (informes, libros, artículos, patentes). En ese proceso, se van estableciendo enunciados o afirmaciones fácticas, esto es, aquellas que quisieran representar directamente los hechos científicos.⁶⁹ El ciclo de la producción científica depende de inscripciones y traducciones que son simultáneamente “móviles”, “inmutables” y “conmutables”. Y el lugar desde donde se controle esta extensión de las redes espaciotemporales de la ciencia deviene, entonces, en un “centro de cálculo” por excelencia, aunque no únicamente: el laboratorio, un espacio en el que se forma un sistema de dispositivos de inscripción mediante el que se fabrican artefactos científicos.⁷⁰

Desde este punto de vista, la universalidad de las ciencias no es solo un *a priori* connatural al pensamiento moderno. Tampoco es el producto de la simple “difusión” de ideas desde un lugar central hacia las periferias. Se trata, más bien, de articulaciones entre aspiraciones cosmopolitas del saber, investidas de una “mirada desde ninguna parte” y el menos visible pero fundamental establecimiento de complejas redes de movilización y circulación de conocimiento, compuestas por el encadenamiento de las diferentes localizaciones donde ocurren las prácticas científicas.

Una imagen parcial y hasta cierto punto distorsionada de la manera como se encadenan esas localizaciones a escalas regional y mundial comienza a proyectarse en los mapas del conocimiento que se vienen produciendo recientemente a partir de estudios cuantitativos y bibliométricos. En una época en la que empieza a ser abrumadora la cantidad de productos de investigación en ciencia y tecnología, y la elaboración de gráficos topológicos que ilustran las redes científicas y tecnológicas, se han venido sumando ejercicios de análisis y visualización geográfica de datos cuantitativos sobre centros de producción,

69 Latour y Woolgar, *La vida en el laboratorio*.

70 Latour y Woolgar, *La vida en el laboratorio*.

jerarquización de índices de impacto, redes de colaboración y circuitos de consumo.⁷¹ Algunos enfoques de esta práctica se encuentran informados por teorías de redes, incluida la TAR, pero por razones operativas emplean conceptos cartesianos de la geografía. Además, por razones técnicas y políticas, se apoyan en bases de datos y repositorios con un registro centrado en productos y autores adscritos a los principales centros metropolitanos de producción de ciencia y tecnología. Con esto, los nuevos mapas globales de la ciencia y la tecnología resultan siendo muy parecidos a los mapas de distribución internacional del producto interno bruto (PIB), naturalizando así la correlación entre riqueza económica, abundancia y calidad del conocimiento.

La dificultad que entraña el hacer visibles otras geografías del conocimiento en estos mapas estriba, en primer lugar, en la ausencia de datos normalizados y sistematizados para ciertas regiones, formas de producción y circuitos de circulación, lo que recuerda la advertencia de Nigel Thrift acerca de unas geografías del desconocimiento. El ejercicio de cartografiar las redes de la ciencia y la tecnología tiene entre sus retos la incorporación de espacialidades que no se agotan en las retículas cartesianas y los territorios nacionales; deben advertir la situacionalidad y la geopolítica de los conocimientos.

Para situar la cuestión

Hace algunos meses, al terminar una conferencia sobre la problemática a que se ha dirigido este texto, una persona del público preguntaba cuál era mi lugar de enunciación, desde dónde hablaba yo. No era fácil responder a la pregunta, entre otras cosas porque así formulada requeriría efectuar una autogeobiografía que apenas intuyo y que seguramente no resultaría pertinente narrar ni en ese ni en este espacio. Pero es claro que se hace necesario situar esta reflexión sobre las articulaciones entre espacio, conocimiento y poder, en relación con espacialidades que hacen parte del lugar desde donde pienso.

71 Koen Frenken, Sjoerd Hardeman and Jarno Hoekman, "Spatial Scientometrics: Towards a Cumulative Research Program", *Journal of Informetrics*, Vol. 3, no. 3 (2009): 222-32; Loet Leydesdorff and Olle Persson, "Mapping the Geography of Science: Distribution Patterns and Networks of Relations among Cities and Institutes", *Journal of the American Society for Information Science & Technology*, Vol. 61, no. 8 (2010): 1622-34.

En los mapas mundiales de la ciencia, los lugares que habito y tránsito cotidianamente corresponden a pequeños nodos que se integran débilmente a las redes globales o, incluso, a espacios en blanco. Además, se localizan en un entramado urbano de segundo orden en un país con una estructura político-administrativa de carácter centralista que funciona en consonancia con una geopolítica jerarquizada del conocimiento.

Un mapa de producción y circulación de las ciencias en Colombia registraría, para Medellín y algunas localidades de Antioquia, un lugar secundario o terciario en la jerarquía de los centros de producción de conocimiento. El negativo de este mapa pondría de manifiesto que la inmensa mayoría de los espacios del país y la provincia no se integran a esas redes.

Desde un punto de vista, este sería un mapa de la inequidad en el acceso a la ciencia y la tecnología y de la necesidad de tender rieles para llevarlas a todas partes, estriando el espacio nacional por cuenta de una geopolítica internacional del conocimiento funcional al crecimiento económico. Pero, efectuando una interpretación de lo planteado por Thrift, este sería el mapa del desconocimiento, no porque allí no haya conocimientos, sino porque no son comprendidos, discutidos, están ocultos o son distorsionados. Situar estos otros saberes, que como todos los conocimientos son locales, pero que en este caso se encuentran ligados a sentidos de lugar geohistóricamente constituidos, pasa necesariamente por hacerlos visibles, comprenderlos y establecer diálogos simétricos entre ellos y en relación con los saberes académicos. El mismo ejercicio habría que hacer en relación con los saberes académicos a escalas regional (latinoamericana) y global.

Situar los conocimientos locales, científicos o no, académicos o no, requiere efectuar un ejercicio reflexivo y adecuadamente informado acerca de sus particularidades geohistóricas y del lugar que ocupan en los esquemas geopolíticos de desconocimiento o reconocimiento, negación o valoración. Plantear la necesidad de formalizar y encadenar los conocimientos locales conforme a un patrón único de ciencia universal es tan inadecuado como pensarlos aislados, confinados a un espacio local, que automáticamente les conferiría una autoridad que solo funciona para sí.

Aun cuando históricamente la relación entre saber y poder parece haberse valido de la pertenencia a determinadas localizaciones para imponer lo que se considera verdadero o falso, situar los conocimientos y, con esto, conferirles una autoridad epistémica no basada en la imposición debería apoyarse, en buena medida, en el fortalecimiento o generación de dinámicas simétricas de diálogo e interacción. Reconocer, hacer visibles o constituir otras geografías del conocimiento es una alternativa.

Bibliografía

- Agnew, John. *Geopolitics. Re-Visioning Worlds Politics*. London: Routledge, 1998.
- _____. “Know-Where: Geographies of Knowledge of World Politics”. *International Political Sociology*, Vol. 1, no. 2 (2007): 138-48.
- Basalla, George. “The Spread of Western Science: A Three-Stage Model Describes the Introduction of Modern Science into any Non-European Nation”. *Science*, Vol. 156, no. 3775 (1967): 611-22.
- Castro-Gómez, Santiago. *La hybris del punto cero. Ciencia, raza e ilustración en la Nueva Granada (1750-7816)*. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana, 2005.
- _____. *La poscolonialidad explicada a los niños*. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana, Universidad del Cauca, 2005.
- Certeau, Michel de. *La escritura de la historia*. Ciudad de México: Universidad Iberoamericana, 1993.
- Comte, Augusto. *Curso de filosofía positiva (Lecciones 1 y 2). Discurso sobre el espíritu positivo*. Barcelona: Orbis, 1984.
- Deleuze, Gilles y Félix Guattari. *¿Qué es filosofía?* Barcelona: Anagrama, 1993.
- Elden, Stuart and Jeremy Crampton. Introduction to *Space, Knowledge, and Power. Foucault and Geography*. Edited by Stuart Elden and Jeremy Crampton, 1-16. Hampshire: Ashgate Publishing, 2007.
- Escobar, Arturo. “El lugar de la naturaleza y la naturaleza del lugar globalización o postdesarrollo”. En *La colonialidad del saber; eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*. Compilado por Edgardo Lander, 113-43. Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO), 2003.
- _____. *Más allá del Tercer Mundo. Globalización y diferencia*. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia, 2005.
- Fabian, Johannes. *Time and the Other. How Anthropology Makes his Object*. New York: Columbia University Press, 1983.
- Foucault, Michel. *Microfísica del poder*. Madrid: Ediciones de La Piqueta, 1979.

- _____. "The Eye of Power". In *Power/Knowledge: Selected Interviews and Other Writings 1971-1977*. Edited by Colin Gordon, 146-65. New York: Pantheon Books, 1980.
- _____. "Des espaces autres". *Architecture, Mouvement, Continuité*, no. 5 (1984): 46-49.
- _____. *La verdad y las formas jurídicas*. Barcelona: Gedisa, 1986.
- Frenken, Koen, Sjoerd Hardeman and Jarno Hoekman. "Spatial Scientometrics: Towards a Cumulative Research Program". *Journal of Informetrics*, Vol. 3, no. 3 (2009): 222-32.
- García, María Inés. *Espacio y poder. El espacio en la reflexión de Michel Foucault*. Ciudad de México: Universidad Autónoma Metropolitana, 2006.
- Grosfoguel, Ramón. "Descolonizando los universalismos occidentales: El pluri-versalismo transmoderno decolonial desde Aimé Césaire hasta los Zapatistas". En *El giro decolonial. Reflexiones para una diversidad epistémica más allá del capitalismo global*. Editado por Santiago Castro-Gómez y Ramón Grosfoguel, 63-77. Bogotá: Siglo del Hombre, 2007.
- Hägerstrand, Torsten. *Innovation Diffusion as a Spatial Process*. Chicago: University of Chicago Press, 1967.
- Haraway, Donna. "Situated Knowledges: The Science Question in Feminism and the Privilege of Partial Perspective". *Feminist Studies*, Vol. 14, no. 3 (1988): 575-99.
- Harley, John Brian. *The New Nature of Maps. Essays in the History of Cartography*. Baltimore: The John Hopkins University Press, 2001.
- Hartsock, Nancy. "The Feminist Standpoint: Developing the Ground for a Specifically Feminist Historical Materialism". In *Discovering Reality. Feminist Perspectives on Metaphysics, Epistemology, Methodology and Philosophy of Science*. Edited by Sandra Harding and Merrill Hintikka, 283-310. Dordrecht: Reidel, 1983.
- Harvey, David. *La condición de la posmodernidad. investigación sobre los orígenes del cambio cultural*. Buenos Aires: Amorrortu Editores, 1998.
- Koselleck, Reinhart. *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*. Barcelona: Paidós, 1993.
- Latour, Bruno. *Science in Action. How to Follow Scientists and Engineers through Society*. Milton Keynes: Open University Press, 1987.
- _____. *Reassembling the Social. An Introduction to Actor-Network-Theory*. Oxford: Oxford University Press, 2005.
- Latour, Bruno y Steve Woolgar. *La vida en el laboratorio: la construcción de los hechos científicos*. Madrid: Alianza Editorial, 1995.
- Lefebvre, Henri. *The Production of Space*. Cambridge: Blackwell, 1991.

- Leydesdorff, Loet and Olle Persson. "Mapping the Geography of Science: Distribution Patterns and Networks of Relations among Cities and Institutes". *Journal of the American Society for Information Science & Technology*, Vol. 61, no. 8 (2010): 1622-34.
- Livingstone, David. *Putting Science in Its Place. Geographies of Scientific Knowledge*. Chicago: The University of Chicago Press, 2003.
- Lucas, Gavin. *Critical Approach to Fieldwork*. London: Routledge, 2000.
- Maldonado-Torres, Nelson. "The Topology of Being and the geopolitics of Knowledge. Modernity, Empire, Coloniality". *City*, Vol. 8, no. 1 (2004): 29-56.
- Massey, Doreen. *Space, Place, and Gender*. Minneapolis: University of Minnesota Press, 1994.
- _____. *For Space*. Los Angeles: Sage, 2006.
- Merton, Robert. *The Sociology of Science*. Chicago: The University of Chicago Press, 1992.
- Mignolo, Walter. "The Geopolitics of Knowledge and the Colonial Difference". *South Atlantic Quarterly*, Vol. 101, no. 1 (2002): 57-96.
- _____. *Historias locales/diseños globales. Colonialidad, conocimientos subalternos y pensamiento fronterizo*. Madrid: Akal, 2003.
- Moser, Stephanie. "On Disciplinary Culture: Archaeology as Fieldwork and Its Gendered Associations". *Journal of Archaeological Method and Theory*, no. 14 (2007): 235-63.
- Ophir, Adi and Steven Shapin. "The Place of Knowledge a Methodological Survey". *Science in Context*, Vol. 4, no. 1 (1991): 3-22.
- Pardo, José Luis. *Las formas de la exterioridad*. Valencia: Pre-Textos, 1992.
- Perea, Adrián. *La cuestión del espacio en la filosofía de Michel Foucault*. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana, 2013.
- Piazzini, Emilio. "Geografías del conocimiento: transformación de los protocolos de investigación en las arqueologías latinoamericanas". *Geopolítica(s)*, Vol. 1, no. 1 (2010): 115-36.
- _____. "Para las geografías del tiempo. Buscando los espacios de la historia". En *El territorio como "demo": demo(a)grafías, demo(a)cracias y epidemias*. Dirigido por Carmen Guerra, Mariano Pérez y Carlos Tapia, 15-30. Sevilla: Universidad Internacional de Andalucía, 2011.
- _____. "Arqueología: una máquina del tiempo para una prehistoria del presente". En *Temporalidades contemporáneas, incluido el pasado en el presente*. Coordinado por Carmen Guerra, Mariano Pérez y Carlos Tapia, 66-77. Sevilla: Junta de Andalucía, Consejería de Cultura, 2012.

- Pickles, John. *A History of Spaces. Cartographic Reason, Mapping and the Geo-Coded World*. London: Routledge, 2004.
- Pletsch, Carl E. "The Three Worlds, or the Divisions of Social Scientific Labor, Circa 1950-1975". *Comparative Studies in Society and History*, Vol. 23, no. 4 (1981): 565-90.
- Rose, Gillian. "Situating Knowledges: Positionality, Reflexivities and Other Tactics". *Progress in Human Geography*, Vol. 21, no. 3 (1997): 305-20.
- Shapin, Steven. "Placing the View from Nowhere: Historical and Sociological Problems in the Locations of Science". *Transactions of the Institute of British Geographers*, Vol. 23, no. 1 (1998): 5-12.
- Soja, Edward. *Postmodern Geographies. The Reassertion of Space in Critical Social Theory*. London: Verso, 1989.
- Spivak, Gayatri Chakravorty. "Can the Subaltern Speak?". In *Marxism and the Interpretation of Culture*. Edited by Cary Nelson and Lawrence Grossberg, 271-313. Champaign: University of Illinois Press, 1988.
- Thrift, Nigel. *Spatial Formations*. London: Sage, 1996.
- Tomášková, Silvia. "Mapping a Future: Archaeology, Feminism, and Scientific Practice". *Journal of Archaeological Method and Theory*, Vol. 14 (2007): 264-84.
- Wallerstein, Immanuel. "The Time of Space and the Space of Time: The Future of Social Science". *Political Geography*, Vol. 17, no. 1 (1998): 71-82.
- Wylie, Alison. "Why Standpoint Matters". In *Science and Other Cultures: Issues in Philosophies of Science and Technology*. Edited by Sandra Harding and Robert Figueroa, 26-48. New York: Routledge, 2003.

Conocimientos situados y pensamientos fronterizos: una relectura desde la universidad¹

Carlo Emilio Piazzini Suárez²

Introducción

Durante las últimas dos décadas el concepto de *conocimiento situado* ha venido figurando crecientemente en los discursos académicos y políticos, a donde ha ingresado fundamentalmente por la vía de las teorías feministas y poscoloniales. En términos generales, lo que se plantea con este concepto es que todo conocimiento se produce en situaciones históricas y sociales particulares, por mucho que se quiera hacer aparecer el verdadero conocimiento científico como universal, neutral y por lo tanto desprovisto de relaciones directas con determinados factores políticos, culturales y sociales. Es más, la condición parcial y situada de ciertos conocimientos, como por ejemplo los producidos por mujeres y otros sujetos históricamente subalternos, puede otorgarles un

1 Original publicado en: *Geopolítica(s). Revista de estudios sobre espacio y poder*, vol. 5, no. 1 (2014): 11-33. El contenido de este texto se deriva de un documento elaborado como parte de los contenidos docentes del Diplomado Universidad, Territorio y Subjetividades, una estrategia de la Dirección de Regionalización de la Universidad de Antioquia financiada por el Ministerio de Educación Nacional. Asimismo, el autor ha contado con el apoyo de la Estrategia de Sostenibilidad 2012-2014 del CODI de la Universidad de Antioquia como miembro del Grupo Estudios del Territorio.

2 Instituto de Estudios Regionales (INER), Universidad de Antioquia.

cierto privilegio epistémico a la hora de dar cuenta de sus realidades, en lo que sería una forma diferente de objetividad.

En este sentido, el concepto de *conocimiento situado* ha sido empleado a menudo para justificar la autoridad que, por lo menos en sus propios términos, tendrían sistemas de pensamiento y formas de conocimiento diferentes de aquellas que han pretendido edificar visiones universales desde el no-lugar de la objetividad científica. De tal forma que el carácter contingente de los procesos de producción de conocimiento, usualmente considerado como un factor que restaba objetividad a las pretensiones de verdad, ha pasado a ser esgrimido como un argumento de peso para justificar la pertinencia y validez de conocimientos subalternos o alternativos frente a sistemas de conocimiento hegemónicos en el mundo occidental.

No obstante, y tal como se propone en este artículo, cualquier ventaja epistemológica que puedan tener los conocimientos situados es más el producto de un proceso que una condición inherente a particulares localizaciones. En este sentido, resulta apropiado otorgar una acepción espacial fuerte al enunciado de situacionalidad, por cuanto el proceso reflexivo y crítico que conduce al conocimiento situado debe advertir las coordenadas geográficas y entre ellas geopolíticas en relación con las cuales se generan los conocimientos. El potencial de este acercamiento se pone a consideración al final del artículo, a propósito de los proyectos de regionalización e internacionalización de las universidades latinoamericanas, localizadas en el filo de una condición doble: hegemónicas hacia adentro y subalternas hacia afuera de las espacialidades regionales infraestatales e internacionales.

1. La teoría del punto de vista

El concepto de *conocimiento situado* hace parte del andamiaje discursivo de la denominada teoría del punto de vista [*standpoint theory*] que se configuró en Norte América entre las décadas de 1970 y 1980 como “una teoría crítica feminista sobre las relaciones entre la producción de conocimiento y las prácticas de poder”.³ En este sentido, antes de presentar las características y alcances del

3 Sandra Harding, “Introduction: Standpoint Theory as a Site of Political, Philosophic, and Scientific Debate”, in *The Feminist Standpoint Theory Reader. Intellectual and Political Controversies*, ed. Sandra Harding (New York: Routledge, 2004), 1.

concepto, resulta adecuado comprender la manera en que dicha teoría se estructuró en relación con algunos debates generados entre enfoques filosóficos, históricos y sociales de la ciencia.

Podemos partir de una sucinta enunciación elaborada por Alison Wylie:

La teoría del punto de vista es una epistemología social y explícitamente política. Su idea central y principal motivación es una tesis de inversión: aquellos que están sujetos a estructuras de dominación que sistemáticamente los marginalizan y oprimen, pueden de hecho ser epistemológicamente privilegiados en algunos aspectos cruciales. En virtud de lo que usualmente experimentan y cómo comprenden su experiencia, pueden conocer cosas diferentes o conocer mejor ciertas cosas frente a aquellos más favorecidos (social o políticamente). Las teóricas feministas del punto de vista argumentan que el género es una dimensión de diferenciación social que puede hacer de dicha diferencia una cuestión epistemológica. Su objetivo es comprender cómo surge en concreto la parcialización sistemática del conocimiento autoritario, su androcentrismo y sexismo, a la vez que dar cuenta de las contribuciones constructivas efectuadas por aquellos que trabajan desde puntos de vista marginales (especialmente puntos de vista femeninos) para contrarrestar dicha parcialización.⁴

Esta definición, que sigue de cerca y actualiza aquellas planteadas inicialmente por Nancy Hartsock⁵ y Sandra Harding,⁶ permite identificar dos aspectos centrales como son: el carácter situado, en términos sociales e históricos, de toda forma de conocimiento, y la posibilidad de identificar un privilegio epistemológico derivado de la perspectiva que del mundo se obtiene desde ciertos puntos de vista, de tal forma que no se renuncia a la producción de un

- 4 Alison Wylie, "Why Standpoint Matters", in *Science and Other Cultures. Issues in Philosophies of Science and Technology*, eds. Robert Figueroa and Sandra Harding (New York: Routledge, 2003), 26. En este ensayo emplearé traducciones propias de los textos en inglés.
- 5 Nancy Hartsock, "The Feminist Standpoint: Developing the Ground for a Specifically Feminist Historical Materialism", in *Discovering Reality: Feminist Perspectives on Metaphysics, Epistemology, Methodology and Philosophy of Science*, eds. Sandra Harding and Merrill Hintikka (Dordrecht: Reidel, 1983), 283-310.
- 6 Sandra Harding, "Rethinking Standpoint Epistemology: What is 'Strong Objectivity'?", in *Feminist epistemologies*, eds. Linda Alcoff and Elizabeth Potter (New York: Routledge, 1993), 49-82.

conocimiento objetivo. Estos dos enunciados constituyen un desafío frente a las epistemologías positivistas que calificaban la introducción de las perspectivas e intereses particulares de los sujetos cognoscentes como sesgos dentro de los procesos objetivos de búsqueda de la verdad. Pero a su vez, marcan un contraste con enfoques constructivistas y relativistas que en virtud de su crítica a los presupuestos de las epistemologías positivistas pueden conducir a una cancelación de la aspiración de producir conocimiento objetivo.

Por el tipo de asuntos que problematiza, la teoría del punto de vista ha tenido repercusiones no solo en el ámbito de las teorías y el activismo político feministas, sino en campos más amplios como los estudios sociales de la ciencia, la epistemología, los métodos de investigación en las ciencias sociales, exactas y naturales, así como en el trabajo político de grupos subalternos.

De acuerdo con Donna Haraway, a quien se puede atribuir la introducción del concepto de *conocimiento situado* en los discursos feministas, la historia intelectual de la teoría del punto de vista remite a una apropiación crítica de enunciados provenientes del marxismo y del denominado “empirismo feminista”.⁷ Las reflexiones desde el materialismo histórico llevaron a plantear que las formas de conocimiento son estructuradas por las particulares condiciones sociales y materiales de la vida de los sujetos. Asimismo, la idea de tener en cuenta la visión y conocimiento propio de las clases proletarias en la tarea de comprender y transformar las condiciones de dominación en las que se encuentran inmersas alimentó la apuesta por definir la particularidad y las ventajas comparativas de las formas femeninas de experimentar, ver y conocer el mundo. En esta perspectiva, la teoría del punto de vista emerge como una herramienta epistemológica para fundamentar un materialismo histórico específicamente feminista.⁸

7 Donna Haraway, “Situated Knowledges: The Science Question in Feminism and the Privilege of Partial Perspective”, *Feminist Studies*, Vol. 14, no. 3 (1988): 579.

8 Harstock, “The Feminist Standpoint”. Para Harstock, el ejercicio consiste en “(...) mostrar cómo al igual que la comprensión de Marx sobre el mundo desde el punto de vista del proletariado le permitió mirar desde abajo la ideología burguesa, un punto de vista feminista puede permitirnos entender las instituciones patriarcales y las ideologías como inversiones perversas de las relaciones sociales más humanas”. Harstock, “The Feminist Standpoint”, 284.

Por su parte, en lo que corresponde al empirismo feminista, algunas mujeres que se desempeñaban como investigadoras en biología y ciencias sociales comenzaron en la década de 1970 a plantear que el sexismo y androcentrismo rampantes en los procesos de producción científica afectaban negativamente la objetividad de estos, de tal forma que la crítica feminista de estos aspectos podría contribuir a efectuar una mejor ciencia.⁹ Aun cuando la teoría feminista del punto de vista comparte en lo fundamental la crítica a un modelo de hacer ciencia dominado por sujetos masculinos –y habría que agregar blancos europeos o norteamericanos–, difiere del enfoque empirista en cuanto a que no considera acertado “perfeccionar” dicho modelo mediante la purga de los prejuicios machistas, sino que se ha propuesto construir nuevas formas de acercarse al problema de cómo producir conocimiento, desde dónde y para quién.

Es necesario indicar adicionalmente una parte de la historia menos visible, pero no por ello menos importante, referida a entornos extraacadémicos en los cuales la denuncia de sistemas hegemónicos y excluyentes de conocimiento y la reivindicación de la propia experiencia y visión del mundo por parte de sectores subalternos o subyugados confluyen con posturas políticas afines a las de una teoría feminista del punto de vista.¹⁰

Resulta conveniente para los propósitos de este ensayo señalar la manera en que la búsqueda epistemológica y ontológica que acompaña la emergencia del concepto de *conocimientos situados*, y más ampliamente la teoría de los puntos de vista, se inscribe en una gran tensión entre la crítica a las filosofías de la ciencia y las epistemologías positivistas, de una parte, y el rechazo a un relativismo radical posmoderno derivado de algunas posturas de la historia y los estudios sociales de la ciencia, de otra. Ello se hace visible en la pregunta medular que Haraway ha formulado de la siguiente manera: “[C]ómo tener simultáneamente en cuenta la contingencia histórica radical de todas las pretensiones del conocimiento y los sujetos cognocentes, una práctica crítica capaz de reconocer nuestras propias ‘tecnologías semióticas’ para lograr significados, a la vez que un compromiso serio hacia versiones fidedignas de un

9 Harding, “Rethinking Standpoint Epistemology”.

10 Harding, “Introduction: Standpoint Theory”.

mundo ‘real’, que puedan ser parcialmente compartidas y que sean favorables a proyectos planetarios de libertad finita, de abundancia material adecuada, de modesto significado en el sufrimiento y de felicidad limitada”¹¹

Para comprender la envergadura y actualidad de esta pregunta, es importante recordar que en las epistemologías positivistas de finales del siglo XIX y hasta mediados del siguiente no había lugar para los puntos de vista e intereses particulares, como no fuera para erradicarlos por su carácter subjetivo y por lo tanto inadecuado para producir conocimiento verdadero. En general se consideraba que los factores sociales e históricos eran “externos” al ejercicio racional de las ciencias, y que el análisis de su incidencia solo servía al propósito de explicar los errores de los científicos, o como criterio de demarcación entre lo que se consideraba científico y no científico. Por ejemplo, Karl Popper consideraba que en el proceso de perfeccionamiento de la ciencia se deberían abandonar los sueños, esperanzas y creencias políticas porque iban en contra del ejercicio racional de la ciencia.¹² Y una posición afín en ciertos aspectos se mantenía en la década de 1970, cuando Imre Lakatos sostenía un punto de vista “normativo” o internalista para explicar el progreso de las ciencias, siendo la “historia externa” de estas un aspecto secundario.¹³

Hay que decir que, desde la década de 1940, consideraciones explícitas sobre la importancia de factores sociales e históricos en los procesos de producción de conocimiento habían sido expuestas por Robert Merton.¹⁴ No obstante, planteaba que el condicionamiento histórico y social era diferencial, dependiendo del tipo de conocimiento, sociedad o época, de tal forma que las ciencias naturales y exactas desarrolladas por las sociedades occidentales eran poco propensas a ser influenciadas por la ideología –al contrario que las ciencias sociales y en mayor medida los sistemas de conocimiento no occidental– y, en todo caso, serían los criterios de verdad universalmente aceptados los que en última instancia definirían la validez del conocimiento científico.¹⁵

¹¹ Haraway, “Situated Knowledges”, 579.

¹² Karl Popper, *Conjeturas y refutaciones. El desarrollo del conocimiento científico* (Barcelona: Paidós, 1991).

¹³ Imre Lakatos, *La metodología de los programas de investigación científica* (Madrid: Alianza Editorial, 1989), 135.

¹⁴ Robert Merton, *The Sociology of Science* (Chicago: The University of Chicago Press, 1992).

¹⁵ Merton, *The Sociology of Science*.

Durante la década de 1960 se efectuó el tránsito hacia enunciados relativistas de la verdad en las ciencias, la filosofía y la historia, que abonarían el terreno para algunos planteamientos construccionistas y posmodernos de finales del siglo xx. Así, Thomas Kuhn consideraba que la selección entre uno u otro modo de hacer ciencia no era en lo fundamental un asunto de elección racional entre teorías rivales, tal como lo había sostenido Popper. Para Kuhn el desarrollo de la ciencia dependía de aquellos elementos “arbitrarios” de carácter histórico, psicológico y sociológico que producen discontinuidades entre paradigmas que son por definición inconmensurables.¹⁶ De forma paralela Paul Feyerabend proponía una epistemología anarquista según la cual tanto el error como la verdad en las ciencias debían ser considerados como fenómenos históricos: “Sin estándares de verdad y racionalidad universalmente obligatorios no podemos seguir hablando de error universal. Podemos hablar solamente de lo que parece o no parece apropiado cuando se considera desde un punto de vista particular y restringido; visiones diferentes, temperamentos y actitudes diferentes darán lugar a juicios y métodos de acercamiento diferentes”.¹⁷

En consecuencia, la única regla que adoptaba una epistemología anarquista, basada en una metodología pluralista, era “todo vale”,¹⁸ expresión que hizo carrera posteriormente para referirse a las perspectivas relativistas más radicales. Hay ya en la influyente obra de este autor un empleo expreso de la idea de puntos de vista particulares que retan los presupuestos universales de la ciencia, pero se encuentra asociado en este caso a una postura irónica que difiere del tono crítico-propositivo de las teorías feministas. En todo caso, para la década de 1970 el reconocimiento de la coexistencia de diferentes paradigmas y puntos de vista científicos y no científicos, cuyas características y formas de validación deberían ser comprendidas en sus propios términos históricos, sociales y culturales, y la imposibilidad de existencia de una teoría única desde

16 Thomas Kuhn, *La estructura de las revoluciones científicas* (Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 1992).

17 Paul Feyerabend, *Contra el método. Esquema de una teoría anarquista del conocimiento* (Barcelona: Ariel, 1989), 12.

18 Feyerabend, *Contra el método*, 20.

donde establecer de manera definitiva cuáles son paradigmas científicos o no científicos (inconmensurabilidad), contrariaba abiertamente los enunciados de objetividad, neutralidad y universalidad de la ciencia, centrales a las epistemologías positivistas. Pero además, se planteaba que en virtud del principio de inconmensurabilidad sería muy difícil o incluso imposible efectuar traducciones entre diferentes paradigmas o perspectivas de la ciencia –ni se diga de otras formas de conocimiento–, con lo cual los ideales de construcción de una “lengua franca” para comunicar entre sí diferentes perspectivas del mundo quedaban cancelados.¹⁹ A lo sumo, el diálogo entre diferentes formas de conocimiento podría establecerse en términos de una negociación mediada por relaciones de poder-saber.

En términos generales, el panorama que a principios de la década de 1970 prevalecía en la historia de las ciencias y la sociología del conocimiento en los ámbitos europeo y anglosajón era el de debates entre defensores de enfoques internalistas y externalistas, es decir, entre quienes consideraban que la comprensión de los procesos de producción de conocimiento debía hacerse en términos de las dinámicas racionales de las ciencias, y aquellos que consideraban indispensable contar con factores sociales e históricos en dicha comprensión. Tratando de superar esta dicotomía, David Bloor y Barry Barnes propusieron el desarrollo de un *programa fuerte de la sociología de la ciencia*. Consideraban que hasta entonces la sociología del conocimiento había sido “débil” en el sentido de haberse limitado a explicar los marcos institucionales y los factores externos de las ciencias, en lugar de adoptar una perspectiva “fuerte” según la cual lo social no es externo a la ciencia y no debe ser considerado únicamente como factor para explicar el error sino también el éxito del conocimiento científico (principio de simetría). Así las cosas, no es que el conocimiento científico posea una dimensión social sino que la ciencia, incluyendo su dimensión teórica, es en sí misma una producción social, cuya validación está soportada

19 Para una propuesta moderada de inconmensurabilidad, que alberga la posibilidad de efectuar traducciones entre diferentes paradigmas, véanse: Thomas Kuhn, *¿Qué son las revoluciones científicas? y otros ensayos* (Barcelona: Paidós, 1987); Richard Bernstein, *Beyond Objectivism and Relativism. Science, Hermeneutics, and Praxis* (Philadelphia: University of Pennsylvania Press, 1983).

en consensos colectivos.²⁰ Adicionalmente, se proponía que la sociología de las ciencias debía proceder como una empresa de investigación tan fuerte como cualquier programa científico. Ello en contraste con una tendencia frecuente desde el siglo XIX que oponía las ciencias naturales a las ciencias sociales, situando las últimas en un lugar secundario, de tal forma que la sociología del conocimiento aparecía como el intento de unos científicos “débiles” por explicar la ciencia de unos científicos “fuertes”.²¹

Las tesis del programa fuerte de la sociología de la ciencia –sobre todo aquellas referidas a la centralidad de lo social para explicar la naturaleza del conocimiento científico, a la verdad entendida en buena parte como convención social, y al principio de simetría que rompía con la teleología de los enfoques racionalistas sobre la ciencia– hicieron parte en ese momento y en los años sucesivos de los debates anglosajones sobre los estudios sociales de la ciencia y la tecnología.

Independientemente de que algunos de sus más prominentes representantes estuvieran de acuerdo o no con adscribir a posturas más o menos radicales, esta perspectiva ha sido a menudo catalogada como construccionista.²² De hecho, y para el caso que nos ocupa, Haraway en su texto seminal sobre conocimiento situado señala expresamente que el programa fuerte comparte “las herramientas preciosas y obscenas de la semiología y la deconstrucción para insistir sobre el carácter retórico de la verdad, incluida la verdad científica”.²³ Fuera cierto o no, el programa fuerte brindó elementos fundamentales para el

20 Barry Barnes, *Interests and the Growth of Knowledge* (London: Routledge and Kegan Paul, 1977); David Bloor, *Conocimiento e imaginario social* (Barcelona: Gedisa, 1998).

21 Bloor, *Conocimiento e imaginario social*, 20.

22 Sin embargo para Barnes la crítica al conocimiento como acto de contemplación, que el autor asimila a los enfoques positivistas, y la adopción de una perspectiva social no deben dar paso a un construccionismo extremo que prescinda de cualquier aspiración de referencia al mundo real: “El conocimiento emerge de encuentros con la realidad y está continuamente sujeto a una corrección derivada de la retroalimentación que surge en esos encuentros, a medida que ocurren fallas de predicción, manipulación y control. Tratamos de eliminar esas fallas, pero más allá de ello la realidad ha mantenido su capacidad de sorprendernos y romper nuestras expectativas. De hecho, nuestro riesgo de ser sorprendidos en esta forma, de ser confundidos en nuestras expectativas, constituye un argumento en contra de una teoría puramente idealista del conocimiento”. Barnes, *Interests and the Growth*, 10.

23 Haraway, “Situated Knowledges”, 577.

desarrollo de dos frentes de trabajo sumamente activos en las últimas tres décadas: los estudios de la ciencia y la tecnología y la teoría del actor-red, cuyas simientes menciona también Haraway en su particular recuento de la escena constructivista radical de la década de 1980.²⁴

Menciono este aspecto porque desde estos enfoques se estaban planteando tesis sobre la importancia de los artefactos y las tecnologías como agentes activos en las dinámicas sociales y de producción de conocimiento, y no solamente como materialidades pasivas cuya existencia solo podría ser explicada como reflejo de lo social. Ello, como se verá más adelante, encuentra eco en las propuestas de Haraway de considerar los objetos y los cuerpos, fueran orgánicos o inorgánicos, humanos o no humanos, como factores activos en el proceso de producción de conocimiento, aspecto que por lo demás sustenta parte de su enunciado de objetividad.

De tal forma que para el momento en que se formula la teoría feminista del punto de vista, y concretamente en el ámbito donde emerge el concepto de *conocimiento situado*, se contaba con un despliegue importante de críticas al modelo positivista de la ciencia por su carácter hegemónico y excluyente, por su retórica centrada en la diferencia entre objeto y sujeto y por sus pretensiones de neutralidad política y universalidad. Asimismo, se tenía un repertorio importante de teorías que destacaban la particularidad y contingencia histórica y social de cualquier sistema de conocimiento, fuera científico o no. Sin embargo algunos estudiosos y estudiosas que compartían las críticas al positivismo y a las formas tradicionales de hacer ciencia no se sentían satisfechos con los argumentos teóricos y posibilidades de acción política que ofrecían las perspectivas relativistas, constructivistas y posmodernas, como es el caso de

24 Cf. Haraway, "Situated Knowledges", nota 1. Remite Haraway a los estudios de Bijker, Hughes y Pinch, quienes retomando aspectos del programa fuerte desarrollaban por entonces una línea de investigación denominada *Social Construction of Technology* (scot). Asimismo remite a los trabajos de Latour, quien a la postre sería reconocido como uno de los autores centrales de la teoría del actor-red o *Actor-Network Theory* (ANT). Cf. Trevor Pinch and Wiebe Bijker, "The Social Construction of Facts and Artifacts: Or how the Sociology of Science and the Sociology of Technology Might Benefit each Other", *Social Studies of Science*, Vol. 14, no. 3 (August, 1984): 399-441; Bruno Latour y Steve Woolgar, *La vida en el laboratorio. La construcción de los hechos científicos* (Madrid: Alianza Editorial, 1995).

Hartsock, Harding, Haraway y Wylie, quienes abogaron por nuevas formas de hacer ciencia con rigor y objetividad, sin reproducir los esquemas hegemónicos y excluyentes de las prácticas científicas tradicionales. Decía en particular Harding que “(...) las teorías del punto de vista rechazan las epistemologías y metafísicas, tanto del puro realismo como del puro construccionismo”.²⁵

2. El conocimiento situado y la apuesta por una nueva objetividad

El concepto de *conocimiento situado* es incorporado por Haraway a la teoría del punto de vista en 1988, cuando las bases de esta última elaboración ya habían sido formuladas por Hartsock²⁶ a propósito de un materialismo histórico específicamente feminista. Ahora bien, esta incorporación puede ser vista como una manera de desarrollar una teoría feminista de la objetividad, o, en otros términos, “la objetividad feminista significa, sencillamente, conocimientos situados”.²⁷ Así entendido, este concepto no se agota en el reconocimiento de la particularidad histórica y social con la que se vincula todo conocimiento, afirmación relativamente simple que como hemos visto tenía para entonces una larga trayectoria, y que hoy día continúa haciendo carrera. El conocimiento situado involucra además una dimensión epistemológica en la medida en que quiere argumentar cómo algunas percepciones y concepciones del mundo son proclives al desarrollo de investigaciones y comprensiones que aspiran a ser legítimamente objetivas, en un sentido de objetividad que se aparta de las prescripciones tradicionales de las epistemologías positivistas. ¿Cómo reconocer una voz autorizada en el conocimiento producido por las mujeres y otros grupos subalternos que no sea simplemente aquel que corresponde a un discurso más entre la serie infinita de “realidades” que cada cual desde su particular situación subjetiva e histórica puede enunciar?

Para exponer la perspectiva de los conocimientos situados Haraway recurre a la metáfora de la visualización, una imagen sumamente poderosa en las retóricas de la ciencia. Verlo todo desde “ninguna parte”, desde un ángulo que

²⁵ Harding, “Rethinking Standpoint Epistemology”, 78.

²⁶ Hartsock, “The Feminist Standpoint”.

²⁷ Haraway, “Situated Knowledges”, 581.

nunca aparece en la “fotografía” de la verdad –quizá como un dios– sería la ilusión de una ciencia neutral y universal: este conocimiento requiere para su autoridad de una mirada que observa sin ser observada, que distancia y separa el sujeto que conoce de aquello que conoce, de tal forma que el primero nunca queda involucrado en la representación que hace del mundo. Esta técnica de visualización es no obstante parcial: la de la ciencia occidental, el militarismo, el colonialismo, el capitalismo y la primacía masculina del hombre blanco occidental.²⁸ Por su parte, la mirada de las perspectivas relativistas y posmodernas pretende estar en todas partes por igual, en la medida en que justifica cada verdad en sus propios términos, pero en realidad es una forma de estar en ninguna parte, siendo la perfecta imagen inversa de las ideologías de la objetividad. Finalmente, la mirada de los conocimientos situados siempre se hace desde algún lugar en particular, como condición para ganar en visiones amplias.²⁹

Sin embargo la situacionalidad propuesta por Haraway, que se refiere tanto a espacios mentales como físicos,³⁰ no corresponde a una topología de localizaciones fijas, sino de carácter relacional. La subjetividad como la visión son multidimensionales, de tal forma que las perspectivas feministas de conocimiento situado no se refieren a una “localización fija en un cuerpo reificado, femenino o de otro tipo, sino a nodos en campos, inflexiones en orientaciones y responsabilidad por la diferencia en campos semióticos y materiales de significación”.³¹

La posibilidad que emerge durante el proceso de adoptar la perspectiva del conocimiento situado es la de obtener un privilegio epistemológico derivado de las perspectivas periféricas, marginadas o desde abajo. Pero ello no se logra automáticamente. Una primera dificultad tiene que ver con que el asunto se reduzca a una romantización o exotización de la alteridad; estas perspectivas no son políticamente inocentes y por lo tanto no están exentas de un necesario

28 Varios son los trabajos dirigidos a “situar” estas miradas “desde ninguna parte”, por ejemplo: Steven Shapin, “Placing the View from Nowhere: Historical and Sociological Problems in the Location of Science”, *Transactions of the Institute of British Geographers*, Vol. 23, no. 1 (1998): 5-12; Santiago Castro-Gómez, *La hybris del punto cero. Ciencia, raza e ilustración en la Nueva Granada (1750-1816)* (Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana, Instituto Pensar, 2005).

29 Haraway, “Situated Knowledges”.

30 Haraway, “Situated Knowledges”.

31 *Ibid.*, 588.

análisis crítico. También está la posibilidad de llegar a una apreciación relativista que justifique en sus propios términos cualquier perspectiva del mundo. Y en todo caso, está la imposibilidad de ser “el otro” o “lo otro”. Justamente en la parcialidad del conocimiento situado, en sus divisiones y en su incompletitud, reside la posibilidad de producir visiones objetivas. A diferencia de la mirada desde ninguna parte de las epistemologías positivistas, que quisiera elaborar una imagen absoluta del mundo, “sólo la perspectiva parcial promete una visión objetiva”;³² justo porque se trata de perspectivas parciales, localizadas y críticas “admiten la solidaridad en política y las conversaciones compartidas en epistemología”.³³ Y esta dimensión de compromiso político resulta fundamental, pues “hay que incorporar una esperanza en el conocimiento transformador, una imparcialidad apasionada (Kuhn) tratando de imaginar otros puntos de vista posibles (utópicos y visionarios)”.³⁴

Pero adicionalmente, en la perspectiva de que los conocimientos situados constituyan una nueva forma de objetividad, resulta necesario atender a unas epistemologías encarnadas o incorporadas. Las tecnologías de la visión se efectúan “desde cuerpos orgánicos y no orgánicos, cuerpos complejos, contradictorios, estructurantes y estructurados, y no desde arriba, desde ninguna parte, desde lo simple”.³⁵ Entonces el conocimiento situado es también conocimiento incorporado. La visión desde ninguna parte negó esta relación al separar (espacial, temporal y conceptualmente) el sujeto y el objeto de estudio y al suponer que la racionalidad debía ser descarnada. Pero desde la perspectiva del conocimiento situado se restituye esta conexión, se aprecia la empatía con los sujetos que se estudian, así como el papel activo que estos tienen en el proceso mismo de producción de conocimiento, mediante esquemas colaborativos. De acuerdo con Haraway, “el conocimiento situado requiere que el objeto de conocimiento sea visto como un actor y un agente, no como una pantalla, un soporte o un recurso, y nunca finalmente como un esclavo del

32 Ibid., 583.

33 Ibid., 585.

34 Ibid.

35 Ibid., 589.

maestro que encierra en sí la dialéctica en su agencia única y su autoría del conocimiento ‘objetivo’³⁶.

Al mismo tenor, y dado que en los procesos de conocimiento intervienen las condiciones materiales, se reconoce, digamos, una sensualidad entre el conocimiento y los artefactos, desde los cuales se produce o en relación con los cuales se produce saber. Por lo tanto, se le concede al objeto de estudio, incluso a los no humanos, un papel activo en el proceso de investigación. De tal forma que para que el privilegio epistémico se haga efectivo en una nueva forma de objetividad es menester reconocer la participación activa de agentes humanos y no humanos, de los cuerpos y las materialidades en la generación de conocimiento.³⁷

3. Conocimiento situado, diversalidad y pensamientos fronterizos

En 1997 Susan Hekman planteaba en un artículo crítico de la teoría del punto de vista que luego de su creciente impacto en la década de 1980 había decaído, sobre todo entre las teóricas feministas más jóvenes. Esto fue así, añadía, por el descrédito que la teoría y la práctica marxistas, con las cuales se vincula, habían adquirido por entonces, y por las contradicciones existentes entre la teoría del punto de vista y los planteamientos posestructuralistas y posmodernos que dominaban la escena feminista en la década de 1990.³⁸ Independientemente de que estas fueran las causas, Wylie reconocía en 2003 que los planteamientos del punto de vista habían sido marginales respecto a la corriente

³⁶ Ibid., 592.

³⁷ Este último planteamiento confluye con los efectuados desde los estudios de la ciencia y la tecnología, en los cuales se venía llamando la atención acerca de un tratamiento simétrico de los actores humanos y no humanos. En la teoría social, las cosas –o las materialidades– han jugado el papel de entes pasivos sujetos a la intencionalidad de los humanos, ya sea como materia prima para moldear, como expresiones de la cultura o simplemente como barreras materiales que constriñen la actuación humana. No obstante, en el mundo de la tecnología y la ciencia estos objetos tienen poder de acción, es decir, no son simples intermediarios de las acciones humanas sino que pueden jugar un papel activo en la producción de las mismas, incluyendo las formas de conocimiento. Cf. Bruno Latour, *Reassembling the Social. An Introduction to Actor-Network-Theory* (Oxford: Oxford University Press, 2005).

³⁸ Susan Hekman, “Truth and Method: Feminist Standpoint Theory Revisited”, *Signs*, Vol. 22, no. 2 (Winter, 1997): 341-65.

principal de los estudios de la ciencia, e incluso que no habían tenido una fácil recepción entre las teorías feministas.³⁹ Una revisión más reciente del tema, efectuada por Joseph Rouse,⁴⁰ retoma de la teoría del punto de vista aspectos problemáticos que aún siguen siendo materia de debate y producción teórica dentro del feminismo, pero advierte sobre nuevos desarrollos epistemológicos “más dinámicos” que van más allá de los postulados situacionales del conocimiento y habían sido centrales en dicha teoría.

Esta situación corresponde desde luego al ámbito anglosajón. No conozco estudios sobre lo que sería la adopción y trayectoria de esta teoría en otros contextos, pero para el caso latinoamericano podría aventurarse la hipótesis de una mayor recepción del concepto de *conocimiento situado* que de la teoría del punto de vista de la cual se desprende. Ello quizá porque el primero hace parte de la influyente obra de Haraway, cuyo impacto en el pensamiento social latinoamericano de las dos últimas décadas es indudable,⁴¹ y porque la metáfora espacial en la que se basa el concepto de *conocimiento situado* resulta atractiva para muchos de los planteamientos teóricos y políticos en pos del reconocimiento de los conocimientos y saberes propios. Sin embargo, la frecuente conmutación entre las nociones de *conocimiento situado* y *conocimiento local* puede conllevar perder de vista aquellos aportes del concepto que van más allá de remarcar el carácter local de toda forma de conocimiento.

No obstante es claro que, entendido cabalmente, el concepto de *conocimiento situado* confluye con enfoques que en las últimas dos décadas vienen efectuándose en Latinoamérica, concretamente con el denominado *giro decolonial* y el *programa de investigación de modernidad/colonialidad*. Arturo Escobar es explícito al indicar la confluencia que el programa de investigación de modernidad/colonialidad posee con las teorías feministas y específicamente con el concepto de *conocimiento situado*:

39 Wylie, “Why Standpoint Matters”.

40 Joseph Rouse, “Standpoint Theories Reconsidered”, *Hypatia*, Vol. 24, no. 4 (2009): 200-209.

41 Es de anotar que el artículo seminal de 1988 “Situated Knowledges: The Science Question in Feminism and the Privilege of Partial Perspective” fue incluido como capítulo en su libro de 1991 *Simians, Cyborgs and Women*, el cual fue traducido al español en 1995 y puede ser considerado como de alto impacto entre los lectores hispanoparlantes. Cf. Donna Haraway, *Simians, Cyborgs and Women. The Reinvention of Nature* (London: Routledge, 1991).

Primero, ambos comparten la sospecha radical por el discurso universalista. En este plano, lo que se necesita entender es que el discurso moderno es también un discurso masculinista, como las filósofas y teóricas feministas han demostrado desde fines de los ochenta (...) Existe una convergencia también en el plano del carácter situado de todo conocimiento; aun en las versiones de la teoría feminista (por ejemplo en el famoso artículo de Haraway de 1988), el conocimiento situado considera el carácter necesariamente parcial de todas las perspectivas –la MC [Modernidad-Colonialidad] incluida–. En otras palabras, la posición del sujeto crítico de la modernidad/colonialidad no escapa al género de dicho sujeto.⁴²

Escobar plantea que el asunto de la localización no agota la perspectiva del conocimiento situado, señalando además el reto que implica la “traducción” entre conocimientos localizados en relaciones asimétricas de poder:

La noción de conocimientos situados implica más que una perspectiva parcial y una política de locación. Dicha noción introduce asuntos como la traducción de conocimientos en sitios que están enlazados por redes de conexiones entre comunidades de poder diferencial. ¿Cómo puede la antropología “ver fielmente desde el punto de vista del otro”? (Haraway, 1988: 583), especialmente desde la periferia, sin romantizar dicho punto, de un lado, y del otro, llevar a cabo una política de la traducción que tome completamente en cuenta los poderes diferenciales entre los sitios? Este último aspecto incluye, por supuesto, prestar atención a las fuerzas estructurantes del conocimiento local/subyugado que impone “traducciones e intercambios desiguales”; esto también implica “traducciones y solidaridades que tengan en cuenta la perspectiva de los subyugados” (Haraway, 1988: 590).⁴³

Adicionalmente, hay que llamar la atención sobre la conexión que Escobar establece entre el concepto de *conocimiento situado* y los de epistemologías basadas en el lugar y en el pensamiento fronterizo.⁴⁴ El primero corresponde

42 Arturo Escobar, “Mundos y conocimientos de otro Modo. El programa de investigación de modernidad/colonialidad latinoamericano”, *Tabula Rasa*, no. 1 (enero-diciembre de 2003): 73.

43 Arturo Escobar, *Más allá del Tercer Mundo. Globalización y diferencia* (Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia, 2005), 247.

44 Escobar, *Más allá del Tercer Mundo*.

a una línea de indagación y una alternativa política planteada por el autor mismo, que partiendo de una reconceptualización de la noción tradicional de *lugar* (romantizada, naturalizada, aislada y opuesta a lo global) propende por la construcción de autoridades epistémicas y políticas basadas en conocimientos y conciencias de carácter local: “Se podría discutir que –a pesar de la necesidad de revisar los conceptos y categorías convencionales de lo local– el lugar y el conocimiento basado en el lugar, continúan siendo esenciales para abordar la globalización, el posdesarrollo y la sustentabilidad ecológica, en formas social y políticamente efectivas”.⁴⁵

Por su parte, el concepto de *pensamiento fronterizo* se encuentra asociado al de un “paradigma otro” que ha venido desarrollándose en el pensamiento decolonial latinoamericano. De acuerdo con Walter Mignolo, en Latinoamérica desde el siglo xvi la colonialidad del poder ha ordenado y controlado la diferencia cultural (racial, religiosa y lingüística, dependiendo de la época), mediante una geopolítica del conocimiento que otorga autoridad epistémica a las voces que hablan desde el centro, negando o desvirtuando las voces periféricas. Desde el no-lugar de enunciación desde el que habla la razón occidental –una estrategia velada para ganar autoridad epistémica–, otras formas de conocimiento son calificadas de provincianas, parroquiales o sencillamente como pre-rationales o supersticiosas por encontrarse limitadas a determinados contextos geohistóricos. Se trata de una dominación que no requiere coerción física, sino que se basa en la violencia epistémica que representa la naturalización de la cultura moderna occidental como el único paradigma válido en términos políticos, económicos, estéticos y científicos.⁴⁶

Desde este diagnóstico, que comparte con la postura feminista del punto de vista las críticas tanto a la hegemonía de los proyectos modernos como a las tesis de los enfoques posmodernos, la apuesta no es por habilitar relatos

45 Arturo Escobar, “El lugar de la naturaleza y la naturaleza del lugar: Globalización o Postdesarrollo”, en *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*, comp. Edgardo Lander (Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales [CLACSO], 2003), 117.

46 Walter Mignolo, “The Geopolitics of Knowledge and the Colonial Difference”, *South Atlantic Quarterly*, Vol. 101, no. 1 (2002): 57-96.

particulares que relativicen la autoridad de los metarrelatos occidentales.⁴⁷ Se trata más bien de avanzar desde un “paradigma otro” hacia nuevos cosmopolitismos. En términos de Mignolo, “un paradigma otro” designa el espacio desordenado y patente donde se completará el proyecto inconcluso de la modernidad, pero no ya desde la modernidad sino desde la colonialidad como proceso permanente de descolonización. Un paradigma otro nos lleva también a “una otra ideología”, la del “cosmopolitismo crítico”.⁴⁸ Ahora bien, este cosmopolitismo emergería precisamente desde lugares de enunciación situados en los bordes de la cartografía dibujada por los sistemas coloniales, desde el pensamiento fronterizo entendido así:

[E]l rumor de los desheredados de la modernidad; aquellos para quienes sus experiencias y sus memorias corresponden a la otra mitad de la modernidad, esto es, a la colonialidad, [lo cual tiene sin embargo] la posibilidad y la necesidad de un pensamiento fronterizo “débil” en el sentido de que su emergencia no es producto del dolor y la furia de los desheredados mismos, sino de quienes no siendo desheredados toman la perspectiva de éstos (...) Lo que importa es que, en la geopolítica del conocimiento, la misma perspectiva puede asumirse desde distintos lugares de enunciación (epistémicos), el del pensamiento fronterizo fuerte y débil. Ambos son necesarios para conseguir transformaciones sociales efectivas.⁴⁹

47 Sin embargo, hay que advertir que, según Mignolo, las teorías feministas de Harding y Haraway corresponden a críticas a la epistemología moderna desde su interior, es decir, posmodernas según sus términos. En tal sentido, no serían equiparables a los denominados pensamientos fronterizos. Walter Mignolo, *Historias locales/diseños globales. Colonialidad, conocimientos subalternos y pensamiento fronterizo* (Madrid: Akal, 2003). Llama la atención esta apreciación por cuanto no diferencia los planteamientos de estas autoras del gran saco del posmodernismo, cuando, como se ha visto en este texto, uno de los frentes de trabajo de la teoría feminista del punto de vista ha sido precisamente en contra de la perspectiva posmoderna. Pero, además, resulta por lo menos curioso que la ventaja epistémica obtenida por el pensamiento situado de estas pensadoras y activistas quede opacada por la ventaja epistémica que, según Mignolo, concedería el estar pensando desde las fronteras del sistema mundo moderno-colonial.

48 Mignolo, *Historias locales/diseños globales*, 58.

49 *Ibid.*, 28. Hace aquí Mignolo una precisión en el sentido de diferenciar entre “perspectiva” y “lugar de enunciación”, equiparando este último a la epistemología del punto de vista: “El *standpoint* de Marx, por ejemplo, es el de la economía política y de la filosofía ilustrada, mientras que su perspectiva es la de la clase obrera”. *Ibid.* (énfasis en el original). No obstante, esta diferenciación no resultaría en principio coherente con los planteamientos efectuados desde la teoría

De hecho, muchos de los ejemplos que emplea Mignolo para ilustrar lo que quiere decir cuando habla de pensamientos fronterizos corresponden a sujetos localizados en el borde de sistemas moderno-coloniales, quienes conocen los dos lados de la diferencia colonial, tanto el de los pensamientos subalternos como el de los pensamientos hegemónicos, lo que les concede, como en el caso de los conocimientos situados de Haraway, una ventaja epistemológica. Pero esta ventaja requiere efectuar una doble crítica para establecer el lugar de enunciación que en la geopolítica del conocimiento le corresponde a cada voz, incluyendo la razón occidental.

Así entendidos, los pensamientos fronterizos se proponen como base para tejer una nueva narrativa cosmopolita, diferente de los metarrelatos a lo sumo incluyentes pero no participativos de la modernidad y el multiculturalismo, superando el riesgo de quedarse en resistencias locales que finalmente terminan absorbidas por el capitalismo global.⁵⁰ Tanto en este caso como en el de las epistemologías basadas en el lugar se apuesta por conocimientos edificados en la interculturalidad y encaminados a la configuración de una alternativa cosmopolita, que en lugar de hablar de universalidad planteé la edificación de una “diversalidad”.⁵¹ Queda aquí la tarea de evaluar cómo estos nuevos cosmopolitismos, en los cuales juega un papel central el diálogo intercultural, podrían eventualmente conducir a una nueva objetividad, semejante a la planteada con base en el concepto de *conocimiento situado*. Si así fuera, los esfuerzos deberían orientarse a revisar el alcance de enunciados acerca de la supuesta inconmensurabilidad entre diferentes sistemas de conocimiento.

4. El conocimiento situado como proceso y espacialidad

Hasta ahora he efectuado una aproximación al conocimiento situado, informada por la historicidad del concepto en relación con debates sobre la ciencia

.....
 feminista del punto de vista puesto que esta abarca tanto la situación del sujeto en las cartografías académicas del conocimiento como sus intereses políticos.

- 50 Walter Mignolo, “Stocks to Watch: Colonial Difference, Planetary ‘Multi-culturalism’ and Radical Planning”, *Plurimondi*, Vol. 1, no. 2 (1999): 7-33.
- 51 Gustavo Lins y Arturo Escobar, “Antropologías del mundo: transformaciones disciplinarias dentro de sistemas de poder”, en *Antropologías del mundo: transformaciones disciplinarias dentro de sistemas de poder*, eds. Gustavo Lins y Arturo Escobar (Popayán: Envión Editores, 2008), 11-40.

que se encontraban en marcha en el ámbito de emergencia de la teoría feminista del punto de vista. También he indicado convergencias con planteamientos efectuados desde el ámbito latinoamericano, particularmente en lo referido a los conceptos de *pensamientos fronterizos* y *epistemologías basadas en el lugar*, elaborados desde el enfoque decolonial y el programa modernidad/colonialidad, respectivamente.

Ahora bien, en este apartado quiero llamar la atención acerca de la importancia de comprender el concepto de *conocimiento situado*, y por extensión los de *pensamientos fronterizos* y *epistemologías basadas en el lugar*, no como categorías a priori, sino como el resultado de procesos reflexivos y críticos. Así mismo, que en dichos procesos existe la necesidad de efectuar un manejo más explícito y variado de las categorías espaciales que se involucran en la relación entre saber y poder.

Atendiendo a los argumentos que sustentan los enunciados de ventaja epistémica, nueva objetividad y nuevos cosmopolitismos, es posible considerar que el concepto de *conocimiento situado* más que referirse a una condición a priori que posee determinadas formas de conocimiento en virtud de su localización histórica y social, sería más bien el resultado de un proceso que parte desde las experiencias y conocimientos que específicos colectivos poseen del mundo, para avanzar hacia un trabajo crítico y reflexivo informado por una lectura de las coordenadas políticas, sociales, culturales y geohistóricas que definen su lugar en redes de poder y que, por lo tanto, podría conducir a una transformación de dichas condiciones. Solo este proceso podría conducir a obtener la ventaja epistémica de la que se habla en la teoría del punto de vista, y con ello a hacer efectivas las apuestas por una nueva objetividad y nuevos cosmopolitismos.

Este proceso contempla el reconocimiento de la situacionalidad histórica y social de todo conocimiento como una condición necesaria pero no suficiente. Para que un conocimiento local logre “situarse” requiere todavía de avanzar en ejercicios críticos, reflexivos, colaborativos y sensibles a epistemologías incorporadas, además de tener la capacidad de dialogar en redes más amplias con el propósito de producir nuevas objetividades y cosmopolitismos.

En esta tarea, resulta pertinente enfatizar en una acepción espacial “fuerte” del conocimiento situado, que restituya al concepto el carácter geográfico de los procesos de producción de conocimiento. Aun cuando se esperaría que en

el enunciado de situacionalidad que le es inherente está ya implicada una dimensión espacial, lo cierto es que a menudo se trata de una categoría metafórica de “espacios sociales” que disimula o no permite enfatizar en los factores espaciales concretos que inciden en la generación de conocimiento.

En esta perspectiva, han sido justamente las geografías feministas las que han permitido precisar que la situación de los sujetos subalternos no es igual en todas partes y que categorías como género, etnia e identidad son configuradas en relación con determinados procesos espaciales.⁵² En este sentido, en el análisis de la situacionalidad histórica y social de los conocimientos no se puede prescindir de su localización dentro de esquemas de homogenización, separación y jerarquización espacial que conforman y sustentan particulares relaciones de poder. También que percepciones y concepciones específicas de lo que es el propio cuerpo, la pertenencia a un lugar y un territorio contribuyen enormemente a construir las reacciones y propuestas afirmativas de los sujetos subalternos. Finalmente, y en una perspectiva que se desliga del tratamiento estático y cerrado de las categorías espaciales como cuerpo, lugar y territorio, es necesario comprender la situacionalidad como producto de relaciones interescales que conforman redes.

Por otra parte, planteamientos proclives al estudio de la geografía del conocimiento⁵³ y la geografía de las ciencias⁵⁴ hacen énfasis no solo en que los saberes se encuentran en relación con determinadas formaciones espaciales (cuerpos, arquitecturas, lugares, regiones, redes, esquemas geopolíticos, etc.), sino que, en una dinámica de ida y vuelta, la generación de conocimiento encuentra en dichas espacialidades condiciones de posibilidad, a la vez que puede transformar o producir nuevas espacialidades.⁵⁵ De lo que se trata es de llamar la atención

52 Cf. Doreen Massey, *Space, Place and Gender* (Minneapolis: University of Minnesota Press, 1994); Gillian Rose, “Situating Knowledges: Positionality, Reflexivities and other Tactics”, *Progress in Human Geography*, Vol. 21, no. 3 (1997): 305-20.

53 John Agnew, “Geografías del conocimiento en la política mundial”, *Tabula Rasa*, no. 4 (2006): 49-58.

54 David Livingstone, *Putting Science in its Place. Geographies of Scientific Knowledge* (Chicago: The University of Chicago Press, 2003).

55 Cf. Gilles Deleuze y Félix Guattari, *¿Qué es filosofía?* (Barcelona: Anagrama, 1993); Michel Foucault, *Microfísica del poder* (Madrid: Ediciones de La Piqueta, 1979); José Luis Pardo, *Las formas de la exterioridad* (Valencia: Pre-Textos, 1992).

acerca de las relaciones entre espacio-poder-saber, y cómo estas pueden afectar las apuestas por reconocer y/o producir conocimientos situados.

5. Un caso a modo de conclusión: regionalización e internacionalización de las universidades

Para finalizar quiero proponer el ejercicio de pensar las dinámicas contemporáneas de las universidades latinoamericanas en clave de la generación de conocimientos situados y pensamientos fronterizos, entendidos como procesos y bajo una acepción espacial fuerte. La universidad, como concepto y como institución, posee una genealogía que la vincula con aspiraciones de conocimiento universal, pero en la práctica esta aspiración se ha agenciado desde puntos de vista localizados en centros metropolitanos de conocimiento, que se definen como tales en virtud de su privilegio epistemológico frente a otros espacios que desde allí son considerados periféricos. Las universidades latinoamericanas, desde su conformación en el marco del proyecto colonial español, han operado dentro de geometrías de poder que las ubican en posiciones hegemónicas respecto de los sectores socioculturales no “letrados”, no “científicos” y no “urbanos” de los territorios regionales y nacionales, mientras que se localizan en una situación subordinada respecto de los centros de producción y aprendizaje de conocimiento de los mundos europeo y anglosajón.⁵⁶ En ese sentido, pueden ser consideradas como instituciones subalternas y fronterizas.

En las últimas décadas muchas de las universidades de los países latinoamericanos han venido promoviendo abiertamente proyectos de regionalización e internacionalización, lo cual propongo analizar aquí como procesos de espacialización de las prácticas educativas y de generación de conocimiento, más o menos informadas por reflexiones acerca de la espacialidad de esas prácticas, pero definitivamente inmersas en dinámicas geográficas del conocimiento.

Por lo general, los proyectos de regionalización se refieren a la expansión de las actividades docentes e investigativas de las universidades hacia las regiones

⁵⁶ Carlos Túnerman, Introducción a *Historia de las universidades de América Latina* (Ciudad de México: Colección Uduel, 1999), 9-61.

que conforman la territorialidad político-administrativa de los estados. En menor medida, se refieren a un concepto más amplio de región, que trasciende las territorialidades estatales, como cuando se habla de la región del Cono Sur, Centro América o el Caribe. Esta acepción es parcialmente coincidente con la idea de internacionalización, aun cuando esta última suele plantearse en abstracto, como la conexión de las universidades a la dinámica global de educación e investigación en ciencia y tecnología.

Los propósitos que orientan estos proyectos son variados. Por parte de las universidades públicas, los proyectos de regionalización suelen asociarse a estrategias de ampliación de la cobertura geográfica en educación superior para responder a las necesidades de poblaciones localizadas lejos de los centros universitarios tradicionales. También apoyan políticas de desarrollo económico, social y cultural, incluyendo el propósito de mejorar la competitividad de las regiones y localidades en términos de productividad en ciencia y tecnología. Igualmente, pueden corresponderse con estrategias de ampliación y fortalecimiento de la presencia de la institucionalidad estatal en territorios en los cuales esta es débil o inexistente. En cuanto a las universidades privadas, es más clara la intención de regionalizar sus actividades para ampliar el espectro del mercado y competir en la venta de servicios educativos, incorporando nuevos sectores poblacionales. No obstante, entre unas y otras, públicas y privadas, en ocasiones operan modelos “híbridos” que conjugan la función económica con la función social de la educación, la ciencia y la tecnología.

Por otra parte, las iniciativas de internacionalización de las universidades latinoamericanas suelen estar orientadas ya no tanto a la expansión geográfica de sus actividades, sino a la adaptación de sus prácticas a modelos y estándares globales de medición de la calidad e impacto de la educación y la producción en ciencia y tecnología. Acompañan a este propósito estrategias de formación de posgrado en universidades extranjeras, la movilidad internacional de académicos e investigadores, así como los esfuerzos por hacer visibles las universidades de la región en eventos, redes y publicaciones a escala internacional.

Pero “lo internacional” aquí, a pesar de ser planteado *in abstracto*, se refiere en realidad a unas geografías muy específicas: los modelos y estándares internacionales son los que se establecen desde dinámicas imperantes en las

academias anglosajona y europea y las actividades de formación y movilidad favorecen con mucho el contacto con universidades y centros de investigación de esas regiones. Al respecto resultan sintomáticos los sistemas de valoración y validación de la producción en ciencia y tecnología, basados en modelos y bases de datos agenciadas desde el norte geopolítico, con una inmensa mayoría de registros en lengua inglesa. De manera creciente, para ser consideradas de calidad e impacto, las publicaciones de los académicos e investigadores latinoamericanos deben figurar en las bases de datos ISI Web of Knowledge (del grupo privado Thomson Reuters) y Scopus (del grupo privado Reed Elsevier), con base en Ámsterdam y Nueva York.

Tanto en el caso de los proyectos de internacionalización como en los de regionalización prevalece una imaginación moderna de las geografías del conocimiento que ha naturalizado los conceptos de *región*, *Estado* y *mundo*.⁵⁷ Una lectura crítica de esta imaginación permite establecer que las universidades han sido y son agentes en los procesos de configuración territorial a escalas globales y locales, con una responsabilidad específica en lo que atañe a la reproducción o transformación de esos esquemas.

Los proyectos de internacionalización, a menos que estén informados por posturas críticas acerca de las geografías del conocimiento y hagan explícita su postura frente a las dinámicas geopolíticas del mundo contemporáneo, pueden terminar simplemente reproduciendo y fortaleciendo esquemas de globalización basados en una distribución inequitativa del trabajo intelectual y en la homogenización de los productos de conocimiento, poniendo en riesgo su pertinencia y aplicabilidad en relación con específicas poblaciones locales. Lo que actualmente se observa es que la balanza se inclina hacia una enunciación de la internacionalización de carácter tácito, que no obstante gravita en torno de los centros metropolitanos de conocimiento del norte geopolítico, mientras que apuestas alternativas (como las redes de integración sur-sur o las agendas de integración regional latinoamericana, iberoamericana o del Caribe) son de carácter secundario, cuando las hay.

57 John Agnew, *Geopolítica. Una revisión de la política mundial* (Madrid: Trama Editorial, 2005).

Ya la mayoría de las universidades de las capitales latinoamericanas son el producto de modelos de universidad implementados en las colonias como recurso para formar las élites administrativas y eclesiásticas, y más tarde ilustradas. Posteriormente, en las capitales y las provincias más prósperas, ya por iniciativa de esas mismas élites o de los nacientes sistemas republicanos el modelo universitario sufrió lo que podría denominarse una primera regionalización, producto de la cual se crearon muchas de las universidades que hoy emprenden proyectos formales de “regionalización”. El olvido de esta historia, abordada aquí de manera muy simple, explica en parte el hecho de que a menudo esas instituciones no se consideren ya insertas y como producto de determinadas dinámicas espaciales, sino que se piensan como “centros” o no-lugares que deben proyectarse hacia las “regiones” o las provincias.

En una jerarquía frecuente en los esquemas territoriales de los estados latinoamericanos las capitales nacionales reservan la categoría de región para aquellas espacialidades situadas en el borde externo de las cartografías políticas y académicas dibujadas desde allí, movimiento que se reproduce sin mayores variaciones desde las capitales de provincia respecto de los espacios que se encuentran más allá de sus perímetros de actuación. Así, las denominadas regiones son definidas desde cada uno de estos centros por descarte de lo que no constituye su propia localización, operación que se hace con apego a la jerarquía territorial de los estados nacionales.

A pesar de esta naturalización de lo internacional y de lo regional, es claro que los proyectos de internacionalización y regionalización operan sobre la base de específicas geografías económicas, político-administrativas y de soberanía, es decir, de particulares distribuciones espaciales de la riqueza y el poder, que en nuestros países latinoamericanos se caracterizan históricamente por la desigualdad, la asimetría y el centralismo. Por ello, a menos que se logren situar críticamente estos proyectos en relación con estas y otras geografías, el conocimiento que se enseña, se produce y se aplica en las universidades puede servir simplemente para naturalizar, reforzar o reproducir esas desigualdades, asimetrías y esquemas centralizados, en lugar de contribuir a transformarlos.

La manera en que se ejecutan los proyectos de regionalización resulta aquí definitiva. Pueden conducirse conforme a un modelo convencional de

expansión de modelos ya implementados, llevando a las “periferias” lo que ya se tiene instalado en los “centros”. Prácticas de investigación, docencia y extensión ya formalizadas pueden ser escaladas o exportadas a otros espacios, dependiendo de una lectura económica sobre las características de las demandas y potencialidades locales en relación con la educación superior. Pero aquí la falta de flexibilidad en esos modelos y de pertinencia –no solo económica– en sus contenidos puede comprometer la viabilidad misma de los proyectos de regionalización. De tal forma que pueden registrarse ajustes de grado para acomodar las prácticas y los espacios universitarios a las nuevas circunstancias, e incluso incidir en factores estructurales, como los currículos escolares y de educación media y la generación de emprendimientos, todo ello como estrategia para “acercar” las poblaciones locales a la universidad.

Pero entendiendo el conocimiento situado como un proceso, las universidades deberían acompañar los proyectos de regionalización de actividades reflexivas, críticas y colaborativas que en primera instancia les permitan comprender las coordenadas geográficas y geopolíticas en donde se sitúan, y en consecuencia, advertir que no actúan desde “ninguna parte”, y que sus nodos centrales son ya parte de procesos previos de espacialización de proyectos políticos y económicos. Concebirse así es condición de posibilidad para avanzar en una estrategia de descentralización que más que “llevar” la universidad a otros espacios “traiga” la universidad y la involucre conscientemente como actor de las dinámicas geopolíticas que aquí tienen lugar.

Ello puede hacer la diferencia para que descentralizar los sistemas institucionalizados de conocimiento no sea simplemente un ejercicio de ampliación del radio de acción geográfico de modelos educativos y de hacer ciencia, ya consolidados en los centros metropolitanos. Más bien, para que el quehacer de la universidad contribuya a transformar factores que han incidido en los modelos de inequidad espacial.

Desde luego que una apuesta tal no depende solamente de un diseño institucional, sino que involucra tanto a los sujetos universitarios como a las poblaciones con quienes estos interactúan. Aquí es importante contemplar una “microfísica” del geopoder que funciona también en las oficinas, las aulas, los laboratorios y las “salidas de campo”, espacios donde se despliega en prácticas

concretas y cotidianas el quehacer administrativo, docente e investigativo de las universidades. De tal forma que es también en esos espacios donde se deben propiciar las actividades reflexivas, colaborativas y críticas necesarias para producir conocimiento situado.

En este sentido, los programas de regionalización e internacionalización deben pensarse desde una perspectiva geohistórica que parta de considerar cómo las universidades mismas han emergido y se han consolidado como parte de y no por fuera de determinados procesos espaciales que operan simultáneamente en diferentes escalas: la colonialidad, la globalización, los estados nacionales y sus territorialidades, la configuración de fronteras, los espacios urbanos, las arquitecturas y los cuerpos universitarios. Asimismo, es necesario comprender cómo actualmente y a futuro las universidades están fortaleciendo dichos procesos espaciales, o cómo pueden contribuir a transformar esquemas generalmente inequitativos de vieja y nueva data.

Considero pues que la tarea de configurar conocimientos situados y fronterizos, entendidos no como rasgos *a priori* sino como procesos reflexivos y críticos –informados por una acepción fuerte de lo espacial, como factor relevante en las dinámicas de generación de conocimiento–, es una condición necesaria para orientar de manera más acertada los proyectos de regionalización e internacionalización de las universidades latinoamericanas.

Bibliografía

- Agnew, John. *Geopolítica. Una revisión de la política mundial*. Madrid: Trama Editorial, 2005.
- _____. “Geografías del conocimiento en la política mundial”. *Tabula Rasa*, no. 4 (2006): 49-58.
- Barnes, Barry. *Interests and the Growth of Knowledge*. London: Routledge and Kegan Paul, 1977.
- Bernstein, Richard. *Beyond Objectivism and Relativism. Science, Hermeneutics, and Praxis*. Philadelphia: University of Pennsylvania Press, 1983.
- Bloor, David. *Conocimiento e imaginario social*. Barcelona: Gedisa, 1998.
- Castro-Gómez, Santiago. *La hybris del punto cero. Ciencia, raza e ilustración en la Nueva Granada (1750-1816)*. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana, Instituto Pensar, 2005.

- Deleuze, Gilles y Félix Guattari. *¿Qué es filosofía?* Barcelona: Anagrama, 1993.
- Escobar, Arturo. "El lugar de la naturaleza y la naturaleza del lugar: Globalización o Postdesarrollo". En *La colonialidad del saber; eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*. Compilado por Edgardo Lander, 113-43. Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO), 2003.
- _____. "Mundos y conocimientos de otro Modo. El programa de investigación de modernidad/colonialidad latinoamericano". *Tabula Rasa*, no. 1 (enero-diciembre de 2003): 51-86.
- _____. *Más allá del Tercer Mundo. Globalización y diferencia*. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia, 2005.
- Feyerabend, Paul. *Contra el método. Esquema de una teoría anarquista del conocimiento*. Barcelona: Ariel, 1989.
- Foucault, Michel. *Microfísica del poder*. Madrid: Ediciones de La Piqueta, 1979.
- Haraway, Donna. "Situated Knowledges: The Science Question in Feminism and the Privilege of Partial Perspective". *Feminist Studies*, Vol. 14, no. 3 (1988): 575-99.
- _____. *Simians, Cyborgs and Women. The Reinvention of Nature*. London: Routledge, 1991.
- Harding, Sandra. "Rethinking Standpoint Epistemology: What is 'Strong Objectivity'?" In *Feminist epistemologies*. Edited by Linda Alcoff and Elizabeth Potter, 49-82. New York: Routledge, 1993.
- _____. "Introduction: Standpoint Theory as a Site of Political, Philosophic, and Scientific Debate". In *The Feminist Standpoint Theory Reader. Intellectual and Political Controversies*. Edited by Sandra Harding, 1-15. New York: Routledge, 2004.
- Hartsock, Nancy. "The Feminist Standpoint: Developing the Ground for a Specifically Feminist Historical Materialism". In *Discovering Reality: Feminist Perspectives on Metaphysics, Epistemology, Methodology and Philosophy of Science*. Edited by Sandra Harding and Merrill Hintikka, 283-310. Dordrecht: Reidel, 1983.
- Hekman, Susan. "Truth and Method: Feminist Standpoint Theory Revisited". *Signs*, Vol. 22, no. 2 (Winter, 1997): 341-65.
- Kuhn, Thomas. *¿Qué son las revoluciones científicas? y otros ensayos*. Barcelona: Paidós, 1987.
- _____. *La estructura de las revoluciones científicas*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 1992.
- Lakatos, Imre. *La metodología de los programas de investigación científica*. Madrid: Alianza Editorial, 1989.
- Latour, Bruno. *Reassembling the Social. An Introduction to Actor-Network-Theory*. Oxford: Oxford University Press, 2005.

- Latour, Bruno y Steve Woolgar. *La vida en el laboratorio. La construcción de los hechos científicos*. Madrid: Alianza Editorial, 1995.
- Lins, Gustavo y Arturo Escobar. "Antropologías del mundo: transformaciones disciplinarias dentro de sistemas de poder". En *Antropologías del mundo: transformaciones disciplinarias dentro de sistemas de poder*. Editado por Gustavo Lins y Arturo Escobar, 11-40. Popayán: Enviñón Editores, 2008.
- Livingstone, David. *Putting Science in its Place. Geographies of Scientific Knowledge*. Chicago: The University of Chicago Press, 2003.
- Massey, Doreen. *Space, Place and Gender*. Minneapolis: University of Minnesota Press, 1994.
- Merton, Robert. *The Sociology of Science*. Chicago: The University of Chicago Press, 1992.
- Mignolo, Walter. "Stocks to Watch: Colonial Difference, Planetary 'Multi-culturalism' and Radical Planning". *Plurimondi*, Vol. 1, no. 2 (1999): 7-33.
- _____. "The Geopolitics of Knowledge and the Colonial Difference". *South Atlantic Quarterly*, Vol. 101, no. 1 (2002): 57-96.
- _____. *Historias locales/diseños globales. Colonialidad, conocimientos subalternos y pensamiento fronterizo*. Madrid: Akal, 2003.
- Pardo, José Luis. *Las formas de la exterioridad*. Valencia: Pre-Textos, 1992.
- Pinch, Trevor and Wiebe Bijker. "The Social Construction of Facts and Artifacts: Or how the Sociology of Science and the Sociology of Technology Might Benefit each Other". *Social Studies of Science*, Vol. 14, no. 3 (August, 1984): 399-441.
- Popper, Karl. *Conjeturas y refutaciones. El desarrollo del conocimiento científico*. Barcelona: Paidós, 1991.
- Rose, Gillian. "Situating Knowledges: Positionality, Reflexivities and other Tactics". *Progress in Human Geography*, Vol. 21, no. 3 (1997): 305-20.
- Rouse, Joseph. "Standpoint Theories Reconsidered". *Hypatia*, Vol. 24, no. 4 (2009): 200-209.
- Shapin, Steven. "Placing the View from Nowhere: Historical and Sociological Problems in the Location of Science". *Transactions of the Institute of British Geographers*, Vol. 23, no. 1 (1998): 5-12.
- Tünerman, Carlos. Introducción a *Historia de las universidades de América Latina*, 9-61. Ciudad de México: Colección Uduel, 1999.
- Wylie, Alison. "Why Standpoint Matters". In *Science and Other Cultures. Issues in Philosophies of Science and Technology*. Edited by Robert Figueroa and Sandra Harding, 26-48. New York: Routledge, 2003.

La escuela es territorio. Cartografía social de experiencias pedagógicas en instituciones educativas de Medellín y Bello, Colombia¹

César Andrés Ospina Mesa²

Vladimir Montoya Arango³

Lida Sepúlveda López⁴

Introducción

La escuela es una institución compleja cargada de los múltiples sentidos que le confieren aquellos que la integran, a la vez, es productora de diversos significantes que se vinculan a sus experiencias y entran a ser parte de las dinámicas que dotan de sentido los espacios que habitan fuera de la escuela. De este modo, la escuela trasciende en mucho de su condición de edificio enclavado en un territorio específico, para convertirse en un dispositivo de inscripción

¹ Publicado originalmente en: *Territorios*, no. 44-especial (2021): 15-34.

² Universidad de Antioquia, Instituto de Estudios Regionales (INER), Medellín, Colombia. ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-5879-1509>.

³ Universidad de Antioquia, INER, Medellín, Colombia. ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-8000-9405>.

⁴ Universidad de Antioquia, INER, Medellín, Colombia. ORCID: <https://orcid.org/0000-0003-3461-8979>.

de experiencias y generador de relaciones que son parte estructurante de los mecanismos mediante los cuales el espacio social se articula, se dota de sentidos, reproduce la memoria colectiva y alimenta la imaginación del porvenir. Esto es advertido por el maestro Paulo Freire cuando agudamente declara: “Si tuviéramos claro que fue aprendiendo como percibimos que es posible enseñar, entenderíamos con facilidad la importancia de las experiencias informales en las calles, en las plazas, en el trabajo, en los salones de clase de las escuelas, en los patios de los recreos, donde diferentes gestos de los alumnos, del personal administrativo, del personal docente, se cruzan llenos de significación. Hay una naturaleza testimonial en los espacios tan lamentablemente relegados de las escuelas”⁵

Por lo tanto, es imprescindible reconocer que en los procesos de enseñanza-aprendizaje las experiencias que desde el entorno circundante son traídas al interior de la escuela constituyen elementos significativos sobre los que discurre la vida escolar. Además, el espacio en el que se localiza la escuela, así como las materialidades de las que se compone y que la rodean, se convierten también en agentes importantes para la generación de contenidos y experiencias que alimentan el proceso de enseñanza-aprendizaje, tal y como lo puntualiza Freire: “Hay una pedagogicidad indiscutible en la materialidad del espacio”⁶

Lo anterior sirve de marco para la reflexión central que se desarrollará en este artículo, relacionada con el interés por reivindicar las formas particulares en las que la escuela produce conocimientos de cara a las tensiones y potencialidades propias de las realidades sociales, políticas y culturales que la atraviesan, lo cual fue el eje de reflexión/acción en dos proyectos de investigación adelantados desde el Grupo Estudios del Territorio adscrito al Instituto de Estudios Regionales (INER) de la Universidad de Antioquia.

El primer proyecto se denominó “La escuela por dentro” y se llevó a cabo entre octubre del 2013 y junio del 2014 con la financiación de la Secretaría de Educación del municipio de Medellín. Participaron en este 112 maestros y

5 Paulo Freire, *Pedagogía de la autonomía. Saberes necesarios para la práctica educativa* (Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 2012), 44.

6 Freire, *Pedagogía de la autonomía*, 45.

maestras de 22 instituciones educativas de la ciudad de Medellín, ubicadas en las comunas Villa Hermosa, Doce de Octubre, Robledo, La América, Belén, Popular, Castilla, Buenos Aires y Manrique, y en los cinco corregimientos del área rural: Santa Elena, San Cristóbal, San Antonio de Prado, San Sebastián de Palmitas y Altavista. El segundo proyecto se llamó “Apropiación social del territorio y educación para la sostenibilidad”, el cual era parte del “Proceso de construcción de confianza y fortalecimiento institucional en el sector de La Gabriela, área de influencia de las plantas de agregados de Argos”, realizado en el municipio de Bello (Antioquia) en el 2016 con la financiación de la empresa Argos y la Universidad de Antioquia. Participaron en este 20 maestros y maestras, 16 estudiantes y 14 madres de familia de la Institución Educativa La Gabriela.

Las investigaciones apuntaron a considerar la escuela desde su espacio físico y social como un territorio, esto es, como un entramado de relaciones de la comunidad educativa que la vive con una perspectiva esperanzadora, en tanto institución que aporta a la lucha por las dignidades y el respeto a la vida de maestros, maestras, estudiantes y familias. Los énfasis puestos en la *escuela-territorio* y en la *escuela por dentro* propician la emergencia del concepto de *pedagogía del territorio* que apuntala la reflexión sobre los aprendizajes que desde las experiencias pedagógicas se vivencian en la escuela e irradian como elementos dinamizadores del territorio, mientras que este produce también reapropiaciones conceptuales que aleccionan a la escuela e inciden en sus prácticas curriculares. Se trata entonces de una relación en doble vía, en la cual la escuela favorece con su pedagogía la gestión de conflictos comunitarios incidiendo en el logro de territorios incluyentes, mientras que estos influyen en la democratización de la escuela. De esta manera, se argumenta que las prácticas educativas no son repeticiones incansables, sino que guardan estrecha vinculación con las maneras en que sucede la relación y el encuentro con el otro, entre maestros y estudiantes, familias y directivos, así como también con los procesos históricos y culturales de los barrios donde se encuentran ubicadas las escuelas.

Ahora bien, en el ámbito metodológico la exploración de la pedagogía del territorio en las escuelas implica el desafío de implementar estrategias

adecuadas para aproximarse a los conocimientos locales y a la imaginación geográfica propia de los integrantes de la comunidad escolar, con el fin de integrar técnicas y métodos de producción colectiva de conocimiento que permitan valorar y reconocer las experiencias pedagógicas en su contexto. La cartografía social es una estrategia metodológica pertinente para estimular y promover diálogos y potenciar el intercambio de memorias, intereses y expectativas. En clave de una pedagogía del territorio, la cartografía social no solamente muestra su potencia como herramienta metodológica, sino que resulta esencial como estrategia de producción colaborativa de conocimientos sobre el territorio. Esto ratifica aplicaciones de la cartografía social al ámbito escolar referenciadas por autores diversos en América Latina, que han señalado el potencial pedagógico de esta metodología,⁷ tal y como lo concluye Olga Patiño en su estudio sobre la aplicación al abordaje de problemas socioambientales y cuestiones socialmente vivas: “Se puede afirmar que la cartografía social, como medio o herramienta didáctica fortalece y renueva los procesos de enseñanza y de aprendizaje, aplicable no solo en la enseñanza de la geografía y las ciencias sociales sino en cualquier área de enseñanza”.⁸

En consecuencia, en los dos proyectos de investigación referidos la cartografía social posibilitó la localización de saberes y experiencias que tienden a difuminarse y permanecer en el anonimato, haciendo que para la construcción colectiva de mapas, relatos y piezas audiovisuales se generaran escenarios propicios para el autorreconocimiento, valoración de la labor pedagógica y

- 7 Diego Barragán, Alba Cruz y Natalia Sánchez, “Cartografía social, usos y sospechas en el campo de la educación”, *Utopía y Praxis Latinoamericana*, no. 89 (2020): 179-98, <http://doi.org/10.5281/zenodo.3740109>; Jaime Parra, “La educación para la paz en el contexto de las ciencias sociales y la formación ciudadana en la escuela: aportes de la cartografía social” (Tesis de doctorado, Universidad de Antioquia, Medellín, 2020), <https://bibliotecadigital.udea.edu.co/handle/10495/16453>; César López, “La cartografía social como herramienta educativa”, *Revista Científica*, Vol. 3, no. 10 (2018): 232-47, <https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/7011992.pdf>; Claudia Uribe, Diana Donoso y Alfredo Ramírez, “De la cartografía social a la comprensión de los contextos socio-educativos”, *Aletheia*, Vol. 9, no. 2 (2017): 74-93, <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=7854705>; Diego Barragán, “Cartografía social pedagógica: entre teoría y metodología”, *Revista Colombiana de Educación*, no. 70 (enero-junio de 2016): 247-85, <https://www.redalyc.org/pdf/4136/413644492012.pdf>.
- 8 Olga Patiño, “El potencial didáctico de la cartografía social en la enseñanza de la geografía y las problemáticas socioespaciales” (Tesis de maestría, Universidad de Antioquia, Medellín, 2017), 164, <https://bibliotecadigital.udea.edu.co/handle/10495/8940>.

del sentido humano de la educación escolar. Así, asumiendo las experiencias pedagógicas desarrolladas por los maestros en las aulas como unidad de análisis se integraron en el proceso de construcción de las cartografías sociales tanto aquellas condiciones adversas que convergen al interior de la escuela, como algunas circunstancias que pueden favorecer la convivencia, revelando el potencial que tiene la escuela como “espacio de contradiscurso” frente a las diversas realidades que viven estudiantes, maestros y, en general, la comunidad educativa con respecto a sus territorios consuetudinarios.

Tras una introducción en la que se describió el marco analítico general del presente trabajo, en este artículo se incluyó un segundo apartado en el que se analiza el uso de la cartografía social como una estrategia comprensiva de la escuela-territorio y la forma en que fue adaptada en los dos proyectos de investigación analizados; un tercer apartado en el que se vinculan las reflexiones sobre experiencias pedagógicas y territorio desde los resultados y aprendizajes del acompañamiento a las instituciones educativas de las ciudades de Medellín y Bello; un cuarto apartado en el que se recogen algunas de las experiencias pedagógicas desde las voces de maestros y maestras y, finalmente, un quinto apartado en el que se exponen algunas conclusiones que recogen aprendizajes para una pedagogía del territorio desde las experiencias pedagógicas vividas en las escuelas y los barrios con los integrantes de las comunidades educativas.

La cartografía social como estrategia comprensiva de la escuela-territorio

La cartografía social se ha mostrado en los últimos años como una potente herramienta para explorar las percepciones territoriales de las comunidades locales y plasmarlas en mapas que luego se convierten en herramientas de lucha por el territorio.⁹ También ha sido considerada como proceso y producto de conocimientos situados elaborados de manera dialógica y colaborativa, que parten de reconocer la relación estrecha entre espacio, poder y conocimiento, con lo cual se promueve la apertura metodológica a formas diversas de

9 Ulrich Oslender, “Ontología relacional y cartografía social: ¿Hacia un contra-mapeo emancipador, o ilusión contrahegemónica?”, *Tabula Rasa*, no. 26 (2017): 247-63.

experimentar los territorios.¹⁰ Otros autores en América Latina como Henri Acselrad y Luis Régis¹¹ señalan que los procesos de mapeo participativo se han convertido en herramientas prácticas para el fortalecimiento de la movilización social, ya que favorecen las estrategias de control territorial y organización colectiva, además, son funcionales para la transmisión de las visiones comunitarias hacia el exterior. En este sentido, Sabina Habegger e Iulia Mancila han planteado que la cartografía social constituye “un proceso democrático de construcción de conocimiento a través de la transcripción de la experiencia de los lugares no nombrados, donde los miembros de la comunidad analizan colectivamente los problemas sociales, en un esfuerzo por comprenderlos y solucionarlos”.¹² De aquí deriva nuestra comprensión de que la cartografía social acude al reconocimiento de las formas en que los individuos establecen sus relaciones interpersonales y con el territorio, las cuales pueden plasmarse en el mapa como objeto de conocimiento, además que según plantea Ulrich Oslender “Nos permite interpretar distintas perspectivas y representaciones del espacio, así como distintas experiencias y maneras de relacionarse con el mundo”.¹³

Es por ello por lo que se realizaron ejercicios colectivos de construcción de mapas, tal y como el que se observa en la figura 1, los cuales fueron clave para una estrategia comprensiva de las experiencias pedagógicas en la escuela, que se fundamenta en la práctica y acción reflexiva del mapa como objeto de conocimiento que habilita la problematización de los territorios habitados por los integrantes de la comunidad educativa. Más que un fin en sí mismo, coincidimos en que el proceso de mapeamiento constituye un medio adecuado para el intercambio y socialización de saberes y prácticas, identificación de

- 10 Vladimir Montoya, Andrés García y César Ospina, “Andar dibujando y dibujar andando: cartografía social y producción colectiva de conocimientos”, *Nómadas*, no. 40 (2014): 190-205, <https://www.redalyc.org/pdf/1051/105131005013.pdf>.
- 11 Henri Acselrad y Luis Régis, “Disputas territoriais e disputas cartográficas”, en *Cartografias Sociais e Território*, org. Henri Acselrad (Rio de Janeiro: IPPUR/UFRJ, 2008), 13-44.
- 12 Sabina Habegger e Iulia Mancila, “El poder de la Cartografía Social en las prácticas contrahegemónicas o la Cartografía Social como estrategia para diagnosticar nuestro territorio”, *Revista Aracíega*, Vol. 14 (2006): 6, <https://cutt.ly/Exhxaxq>.
- 13 Oslender, “Ontología relacional”, 250.

relaciones de poder y disputa de espacios hegemónicos.¹⁴ En consecuencia, el recurso de la cartografía social en la experiencia de los proyectos realizados en las instituciones educativas de Medellín y el barrio La Gabriela de Bello partió de comprender que el territorio es una construcción social en la que los maestros y las maestras generan las condiciones, prácticas y alternativas para hacer de la escuela un espacio para la formación y las dinámicas transformadoras de la acción pedagógica, enfrentando las tensiones y aprovechando las potencialidades que emergen en las relaciones con los demás miembros de la comunidad educativa. No es posible, ni tampoco deseable, separar al maestro de su escuela-territorio, en tanto que esta es una condición esencial para el desarrollo del proceso de enseñanza-aprendizaje.



Figura 1. Taller de cartografía social con maestros y maestras. Institución Educativa Joaquín Vallejo Arbeláez, Medellín.

Fuente: proyecto “La escuela por dentro”¹⁵

El reto metodológico en la aplicación de la cartografía social al ámbito escolar consiste en el diseño de una estrategia integral y flexible que vaya más

¹⁴ Pablo Ares y Julia Risler, *Manual de mapeo participativo* (Buenos Aires: Tinta Limón, 2013).

¹⁵ “La escuela por dentro”, Grupo Estudios del Territorio, Instituto de Estudios Regionales, Universidad de Antioquia, 2014.

allá de la elaboración de mapas, integrando herramientas narrativas diversas, como por ejemplo el video, la fotografía, las piezas sonoras y la escritura de textos, complementando así las ya tradicionales técnicas de investigación cualitativa. La incursión de las cámaras de video y de fotografía, la grabadora y el ejercicio de escritura con docentes en la cotidianidad de la escuela permiten que sus voces sean protagonistas durante todo el proceso de investigación que, para nuestro caso, se situó en la exploración de las experiencias pedagógicas. La ruta metodológica de aplicación de la cartografía social para la comprensión de la escuela-territorio se sintetizó en tres momentos:

- 1) Concertación y establecimiento de confianza con las instituciones, directivos y docentes. Constituye el punto de partida e implica la convocatoria a que se vinculen como parte activa del proyecto. Este momento requiere del reconocimiento de las dinámicas particulares de las instituciones educativas, que suelen ser refractarias a la apertura hacia actores externos. En el proyecto adelantado en Medellín, por ejemplo, se tuvieron varias dificultades en el permiso de ingreso a las instituciones educativas y este primer acercamiento nos permitió entender que la entrada a la escuela-territorio se viabiliza más fácilmente a través de sus docentes que de sus directivos.
- 2) Exploración de experiencias pedagógicas desarrolladas en los espacios escolares a partir de visitas de interacción con maestros y alumnos, observación participante de las dinámicas cotidianas, conversaciones informales y entrevistas semiestructuradas con las y los docentes, directivos y personal administrativo, talleres y grupos focales, y recorridos de reconocimiento al interior de las escuelas para la identificación conjunta de distintos espacios de encuentro, de ocio o de recuerdos significativos. También se realizaron recorridos territoriales en los sectores que rodean las escuelas, estableciendo conversaciones con algunos vecinos y padres de familia de los y las estudiantes. Esta participación en la cotidianidad de la escuela permite identificar que muchas de las experiencias pedagógicas desplegadas en las aulas abordan distintas tensiones o potencialidades de la vida en sociedad de los integrantes de la comunidad educativa, además de que no se limitan al ámbito de lo

académico, sino que sirven de conexión con las problemáticas ambientales, sociales y culturales propias de la realidad barrial.

- 3) Diseño y realización de piezas de visibilización y apropiación social de las experiencias pedagógicas, estructuradas en espacios de reflexión colectiva y en tareas individuales que adelantaban los maestros en sus casas y traían a los encuentros de asesoría con el equipo de investigación. Se trató de un proceso de confección reflexiva de piezas sonoras (a modo de radionovelas), videos cortos, fotorreportajes y relatos escritos que compilaban las memorias de los docentes y alumnos sobre aquellas experiencias pedagógicas inscritas en sus recuerdos y transmitidas año tras año a los nuevos grupos de la escuela. Esta instancia es una manera de mapear las experiencias pedagógicas, identificando los lugares donde ocurren, los elementos que se utilizan, las personas que intervienen y los espacios que las hacen posibles; resultó ser el dispositivo clave para la reflexión sobre las acciones pedagógicas en clave territorial. El dibujo a mano alzada de la institución, de sus elementos constitutivos, de sus espacios significativos y de sus eventos abre unas posibilidades de diálogo inéditas entre maestros, alumnos y familias sobre los factores sociales, ambientales, culturales, políticos y administrativos que impactan la escuela, transformándola, condicionándola o fortaleciéndola en su interior y en relación con sus contextos circundantes.

Experiencias pedagógicas y territorio

Las instituciones educativas pueden ser vistas como escenarios donde convergen diversas maneras de ver el mundo. La comunidad educativa que las habita lleva consigo saberes, prácticas y discursos que inciden en la convivencia y en la aceptación de la norma. Además de esto, en el caso de las instituciones educativas abordadas, su localización en territorios donde se expresan múltiples problemáticas sociales como son el conflicto armado, el tráfico de drogas, la pobreza, la privación de derechos, la carencia de servicios públicos, la contaminación del agua y el aire, entre otras, marca significativamente la vida de quienes son parte de la comunidad educativa. Muchos de los maestros y las maestras aducen que dichos conflictos socioterritoriales se trasladan a la

escuela y a sus aulas, enfrentándolos a situaciones tensionantes para las que no tienen muchas herramientas a la mano, al no obedecer estrictamente al ámbito académico.

Como resultado de las estrategias desplegadas por los maestros para dirimir los conflictos y favorecer la permanencia estudiantil, así como respecto a su intención de aportar desde los aprendizajes de la vida escolar a la gestión de los conflictos de la vida barrial, resultó el aporte a la consolidación de territorios incluyentes y democráticos, especialmente desde lo que hemos denominado experiencias pedagógicas. Esto es, un conjunto de prácticas movilizadas desde las aulas y, en general, desde las inmediaciones escolares, las cuales se van sedimentando año tras año, recogiendo aprendizajes que las renuevan y que fortalecen su capacidad transformadora y de incidencia territorial. Es precisamente de estas experiencias pedagógicas que se nutre la relación entre escuela y territorio, poniendo de presente la interdependencia entre el espacio habitado y las relaciones de quienes lo habitan, en este caso, los integrantes de la comunidad educativa. Además, el concepto de *escuela-territorio* pone de presente las territorialidades que convergen en la escuela, es decir, las formas específicas de apropiar y resignificar el espacio propias de maestros, estudiantes y familias.

Dicha territorialidad no se refiere al espacio físico ocupado por la escuela y sus zonas circundantes, sino a la emergencia de las relaciones sociales, al entramado de acciones, prácticas y discursos que dan legibilidad y reconocimiento a la escuela posicionándole de manera precisa en los distintos actores del territorio. Según señalan María Echeverría, Análida Rincón y Lina González,¹⁶ territorio y territorialidad deben ser entendidos en una relación de interdependencia, están imbricados y uno forma parte del otro, configurando una relación dialéctica en la que mientras los sujetos marcan, habitan, transforman el territorio y se apropian de él, lo van reorganizando de acuerdo a la forma como ellos se relacionan entre sí y al interior del territorio mismo; a su vez, este afecta y transforma a los sujetos que lo habitan. Según muestra

16 María Echeverría, Análida Rincón y Lina González, *Ciudad de territorialidades: polémicas de Medellín* (Medellín: Centro de Estudios del Hábitat Popular, Universidad Nacional de Colombia, 2000).

la figura 2, en el caso de la Institución Educativa Lola González, las relaciones entre alumnos y maestros tienen expresiones territoriales concretas que la configuran como un entorno protector y de permanencia, en tensión con territorialidades externas que implican riesgo o amenazas latentes.



Figura 2. Taller de Cartografía social. Institución Educativa Lola González, Medellín.

Fuente: proyecto "La escuela por dentro"¹⁷

En concordancia con lo anterior, se identificaron a las instituciones educativas desde el lugar de los maestros y las maestras como una entidad que está siendo organizada, transformada y marcada por sus acciones, por las estrategias y actividades que se despliegan para desenvolver el saber pedagógico que está vinculado con los sentidos, miedos, percepciones y expectativas del ser maestro. Tal y como lo afirma el pedagogo Carlos Skliar, “Un sujeto de la experiencia pensado como un territorio de paso, como una superficie de sensibilidad en la que algo pasa y deja una huella, una marca, un rastro, una herida”¹⁸. En tal sentido, no solo la dimensión física de la institución educativa es incidida por las acciones del maestro, también lo es su mismo cuerpo cuando se convierte simbólicamente en territorio, en un espacio donde ocurren, se devuelven y se reflejan las anécdotas y vivencias de la vida escolar.

Nuestra comprensión de la escuela como territorio implica, por lo tanto, abordarla desde tres ámbitos socioespaciales particulares: 1) las dinámicas generadas por las prácticas de los sujetos que la habitan y la rodean, sus comprensiones y vivencias del mundo, la diversidad de sus memorias, intereses y expectativas; 2) las dinámicas propias de la escuela como institución educativa; y 3) las dinámicas que movilizan la relación de la escuela con los entornos barriales en los que se emplaza. La escuela como territorio puede entenderse como una construcción social en la que los maestros y las maestras generan las condiciones, prácticas y alternativas para convertirla en un espacio para la formación y el despliegue de sus prácticas y saber pedagógico, de cara a las tensiones y potencialidades propias de las relaciones de los integrantes de la comunidad educativa con sus realidades socioculturales.

En relación con el primero de los ámbitos socioespaciales, se encuentra que lo sucedido a los maestros y las maestras cuando desarrollan las funciones escolares planeadas o espontáneas provoca cambios en sus cuerpos y afecta sus subjetividades, creando marcas que van definiendo su condición de ser maestros. En el segundo ámbito, se halla que son esenciales las prácticas pedagógicas y las relaciones que les acontecen a los distintos integrantes de

18 Carlos Skliar, *La educación (que es) del otro. Argumentos y desierto de argumentos pedagógicos* (Buenos Aires: Noveduc, 2007), 17.

la comunidad educativa (estudiantes, maestros, directivos, personal administrativo, del aseo o la vigilancia) en los diversos lugares de la escuela, sean los salones como primer escenario del proceso de formación, pero también los corredores, las canchas, las escaleras, las áreas verdes y, en general, todos aquellos espacios físicos que se reconocen como parte de la institución y que habilitan el encuentro y el reconocimiento mutuo. Por último, en relación con el tercer ámbito socioespacial, se detectó que es incoherente limitar la comprensión de la escuela a su interioridad, sin el reconocimiento de que lo que está sucediendo dentro de la institución se encuentra ligado a las condiciones sociales, ambientales e históricas de la localidad o del barrio en el que se encuentra ubicada.

Aproximación a las experiencias pedagógicas desde las voces de maestros y maestras en las instituciones educativas

De acuerdo con la pedagoga Nuria Pérez de Lara,¹⁹ investigar la experiencia pedagógica es, ante todo, estudiar lo educativo en tanto que vivido y acercarse a lo que personas concretas viven y experimentan por sí mismas. En ese marco, Jorge Larrosa²⁰ plantea que una experiencia es eso que me pasa, asociado a un acontecimiento contenido en el exterior que, en un movimiento de devolución, tiene lugar en las palabras, los proyectos, las representaciones, sentimientos, intenciones o saberes de alguien. Se trata de un movimiento de ida y vuelta que sale de sí mismo hacia afuera, hacia el encuentro con eso que pasa y retorna generando efectos en ese alguien, en lo que es, lo que siente, sabe y quiere. Para los maestros y las maestras, la experiencia se hace pedagógica en clave con los significados y el sentido de lo vivido en vinculación con las maneras en que sucede la relación y el encuentro con sus estudiantes, pares docentes, familias, directivos, pero también con los escenarios de las instituciones educativas y con los procesos históricos y sociales de los barrios donde

19 Nuria Pérez de Lara y José Contreras, “La experiencia y la investigación educativa”, en *Investigar la experiencia educativa*, comps. José Contreras y Nuria Pérez de Lara (Madrid: Ediciones Morata, 2010), 885-92.

20 Jorge Larrosa, “Experiencia y alteridad en educación”, en *Experiencia y alteridad en educación*, comps. Carlos Skliar y Jorge Larrosa (Rosario: Homo Sapiens Ediciones, 2009), 13-45.

se encuentran ubicadas. En este apartado traemos algunas voces de los y las docentes que participaron de los dos proyectos de investigación, observando la manera en que sus experiencias pedagógicas nos hablan de territorios y territorialidades.

En la cartografía de las experiencias pedagógicas y los mapeos colectivos, los y las docentes referenciaron su escuela como “Un territorio con fondo, pero a veces solo lo concebimos como algo superficial. Mirar solo la forma de las cosas y no su fondo que impide que nuestra mente llegue más lejos de lo que nuestros ojos puedan ver. La escuela es un territorio donde se encuentran todo tipo de seres, sentimientos, saberes y pasiones, unos concebidos, otros impuestos, otros asimilados a voluntad o por fuerza”.²¹

Desde esta perspectiva el territorio modifica la práctica pedagógica si se tiene en cuenta que todas aquellas particularidades de la comunidad educativa, sus formas de ser-estar, necesidades y realidades sociales e históricas barriales se constituyen en factores que determinan el proceso de enseñanza-aprendizaje, y que en muchos casos se convierten en preguntas y retos que la escuela asume para propiciar estrategias y acciones formativas que van enriqueciendo la práctica educativa. Este vínculo apunta a leer y comprender el escenario del aula en clave del reconocimiento de las situaciones barriales. Tanto en la figura 3, como en el testimonio siguiente, derivados de un taller con docentes de la Institución Educativa La Gabriela, se identificaron varios factores del entorno que impactan tanto a la institución, como a la dinámica de su comunidad educativa, de forma que los y las docentes manifiestan que

Lo que más se visualiza en el barrio es el sector comercial (locales comerciales), y el único espacio de encuentro y de esparcimiento es la cancha. Hicimos unión de La Gabriela con La Madera, porque este se convierte en espacio de encuentro para los niños y niñas estudiantes de la escuela, quienes tienen que hacer un amplio recorrido del barrio a la estación para llegar hasta allí. Se encuentran problemas en la comunidad: conflictos familiares (esto es un diario vivir y sentir en nuestros estudiantes, relaciones familiares complejas); conflicto armado, es difícil señalarlo porque se encuentra en toda la

21 Taller con maestros y maestras de la Institución Educativa Lola González, enero del 2014.

comunidad (estudiantes utilizados para transportar armas y drogas); además, falta de espacios públicos y de encuentro donde los niños y sus familias puedan tener posibilidad de esparcimiento.²²



Figura 3. Taller de Cartografía social. Institución Educativa La Gabriela, Bello.

Fuente: proyecto “Apropiación social del territorio y educación para la sostenibilidad”²³

Estas dinámicas y conflictos externos a la escuela, que en múltiples ocasiones se trasladan a su interior, son abordados y visibilizados a través de experiencias pedagógicas situadas en el aula de clase, haciendo de este espacio parte constitutiva del proceso de formación y un escenario activo en el aprendizaje de los estudiantes. Para la maestra Luz Elena Acevedo, de la Institución Educativa Lola González de la Comuna 13 en Medellín, su propuesta educativa denominada Ecoimaginarios es una estrategia para la formación de líderes

²² Taller con docentes de la Institución Educativa La Gabriela, Bello, enero del 2016.

²³ “Apropiación social del territorio y educación para la sostenibilidad sector La Gabriela”, Grupo Estudios del Territorio, Instituto de Estudios Regionales, Universidad de Antioquia, 2016.

y para desencializar, a través del arte y la reflexión en torno al ambiente, las cotidianidades barriales que han sido afectadas por el conflicto armado, las vivencias de su salón de clase y los conflictos en la convivencia de la institución educativa. Así lo manifiesta la maestra:

Ecoimaginarios se fundamenta en pensar en los imaginarios de una comunidad que ha estado atravesada por esas diversas formas de violencia, porque creo que la Comuna 13, muy particularmente, ha sido una comunidad que ha estado atravesada, no solamente por la violencia implícita de su propia realidad, sino además por la intervención militar, del Estado. (...) Si el arte no sirve para transformar esto, estas formas de pensamiento, esta forma de indiferencia en el propio entorno, entonces el arte no tiene sentido en la escuela (...) empezamos con los chicos a reflexionar sobre eso, sobre ese espacio que ellos habitaban y sobre el cual consideraban que no había que darle una mirada diferente. (...) En Ecoimaginario se empiezan a hacer visibles una cantidad de temas que yo digo no le hemos dado nombre en la escuela, [esta] debería ser el lugar que las debería nombrar, hacer visibles, no para juzgarlas, no para señalarlas, sino por el contrario para entenderlas. Entonces, cuando la escuela hace esa reflexión, empieza a sentirse apoderada: la sexualidad, las formas de poder, la violencia, empiezan a entrar a su manera a la escuela, entonces lo que tenemos que hacer es eso: hagámoslo visible acá.²⁴

Esa misma clave reflexiva se hace presente en la experiencia “Prácticas corporales recreativas de los habitantes de la Comuna Uno”, liderada por el profesor Marco Fidel Gómez de la Institución Educativa María de los Ángeles Cano, en la que da cuenta de cómo la relación escuela-maestro-estudiante-territorio expresada en la figura 4 contribuye a que la escuela trascienda su espacio físico y se proyecte como eje articulador del territorio en el cual se ubica. Esta experiencia pedagógica toma como referente de indagación a los espacios recreativos de la Comuna 1 de la ciudad de Medellín y a los distintos modos de habitarlos. A través de reflexiones y puesta en común de las percepciones de los estudiantes frente a dichos espacios, el profesor Marco Fidel motiva a

24 Profesora Luz Elena Acevedo en entrevista con los autores, Institución Educativa Lola González, Medellín, febrero del 2014.

sus estudiantes a que realicen recorridos, hagan entrevistas, tomen fotografías e indaguen en otras fuentes de datos sobre su territorio, con el objetivo de construir un acervo de conocimiento amplio que les permita aprender desde su barrio y descubrir cómo este es vivido y cómo son las maneras en las que los habitantes disfrutan y recrean escenarios de juego, ocio y recreación.

Según puntualiza el profesor Marco Fidel, esta experiencia pedagógica desarrollada como parte de la formación media técnica en recreación busca “(...) darle un giro a la mirada y a la forma de hacer las medias técnicas, que también pueden enfocarse en tener espacios para pensar, para reflexionar; que en ese escenario de la recreación, cómo se piensa el espacio, cómo se piensa la vida y otros conceptos que encierran el tema de la recreación (...) Un asunto desde la reflexión, política también, y que tiene que ver con la mirada a la comunidad, cómo se puede transformar, qué está pasando (...)” .²⁵

A lo cual una estudiante complementa: “Antes de salir al territorio, hacemos un debate sobre lo que vamos a ir a buscar afuera. Si vamos a ir a buscar espacios recreativos, hablamos de esos espacios, luego salimos, vemos cómo se viven en la comunidad y cómo nosotros creemos y los conceptos nos dicen qué son. Es un proceso que empieza desde el aula con lo teórico y luego salir a mirar afuera lo práctico”.²⁶

La figura del *maestro-en-el-territorio* indaga por aquello que los educandos viven y experimentan, buscando desnaturalizar conceptos incorporados de manera rutinaria en la vida diaria y permitiendo cuestionar el entorno que habitan. Así lo plantea la profesora Beatriz Elena Álvarez del Centro Educativo Media Luna del corregimiento de Santa Elena de Medellín: “La comunidad se convierte en un aula abierta, donde nos brindan todos sus saberes y los niños pueden compartir; y desde ese aspecto todos formamos un diálogo de saberes donde la escuela apoya a la comunidad y la comunidad incursiona en la escuela”.²⁷

²⁵ Profesor Marco Fidel Gómez en entrevista con los autores, Institución Educativa María de los Ángeles Cano, Medellín, febrero del 2014.

²⁶ Taller de cartografía social, Institución Educativa María de los Ángeles Cano, Medellín, febrero del 2014.

²⁷ Profesora Beatriz Elena Álvarez en entrevista con los autores, Centro Educativo Media Luna, corregimiento de Santa Elena, Medellín, marzo del 2014.



Figura 4. Taller de Cartografía social con estudiantes. Institución Educativa María de los Ángeles Cano, Medellín.

Fuente: Proyecto “La escuela por dentro”²⁸

En varias de las búsquedas y apuestas formativas se puede reconocer que el espacio es tanto una construcción como un elemento creador y dispositivo esencial en el proceso de enseñanza-aprendizaje. Esto es visible en el hecho de que un espacio como el salón de clases hace parte constitutiva del proceso de formación y es un espacio activo en el aprendizaje de los niños y las niñas, jugando un papel importante para lograr la adquisición del conocimiento y las dimensiones que en términos emocionales, sociales y afectivos buscan potenciar los maestros y las maestras. Maestros como César Londoño, de la Institución Educativa La Candelaria en la Comuna 1 de Medellín, movilizan en los niños y las niñas de menores grados la pregunta por su entorno a través del ejercicio de imaginar, escribir y dibujar. Su experiencia pedagógica

denominada los “Bolsilibros” parte de la lectura de un breve cuento que sirve como referencia para que los estudiantes recreen una historia de su comuna, “invitando a uno de sus personajes favoritos de la cultura, de la música, sus ídolos a que le muestren el barrio Santo Domingo Savio, los sitios donde los llevarían. Ellos plantean que los llevarían a la Biblioteca España, al Metrocable Santo Domingo, es decir, muestran los sitios más tradicionales que tiene el barrio (...) Inicialmente, se maneja la redacción, identificar procesos semánticos y semióticos para que una palabra ajuste con la otra y que el texto dé cuenta de la historia que se relata”²⁹

En esa perspectiva, encontramos en las instituciones educativas de los corregimientos de Medellín algunas apuestas pedagógicas interesantes en su propósito de articular el componente curricular al territorio y a las particularidades que lo constituyen, tales como las condiciones ambientales y la riqueza ecosistémica, las tradiciones y prácticas socioculturales de sus habitantes. La experiencia del maestro de ciencias naturales John Mario López en la Institución Educativa Héctor Rogelio del corregimiento San Sebastián de Palmitas se desarrolla en torno a los Proyectos Ambientales Escolares (PRAE), con el propósito de generar en sus estudiantes sentidos identitarios de pertenencia al corregimiento y de apropiación de este. Para ello, la huerta escolar se convirtió no solo en la estrategia metodológica para aplicar contenidos académicos de la materia, sino en un espacio para generar diálogos que además de dar a conocer las características ambientales del corregimiento, tales como el suelo, la fauna y la flora, invitan a los y las estudiantes al desarrollo de acciones concretas como el cultivo de hortalizas y plantas medicinales, que históricamente han sido sembradas y usadas por las familias del corregimiento. El siguiente es el testimonio del maestro López:

Trabajo con la huerta, donde concientizamos a los estudiantes para que ellos activen ese amor por la tierra, por su tierra y por la productividad del corregimiento. Hemos tenido entonces huertas de hortalizas y de plantas medicinales que se han convertido en la posibilidad de estimular y fortalecer la

²⁹ Profesor César Londoño en entrevista con los autores, Institución Educativa La Candelaria, Comuna 1, Medellín, febrero del 2014.

identidad y la apropiación de los niños, niñas y jóvenes por su territorio (...) Estos mismos estudiantes son los que luego van a tomar su lugar en el corregimiento como líderes ambientales, jóvenes que actualmente se encuentran en la red juvenil ambiental, de quienes se espera vayan ocupando un rol de representatividad en el corregimiento, que les permitirá ser los creadores de alternativas de solución para las afectaciones y realidades ambientales.³⁰

Este tipo de experiencias logran un efecto reflexivo y de aprendizaje en el maestro, también que los estudiantes resignifiquen esos lugares que para ellos son importantes en su barrio, comuna o corregimiento y, además, logren ligar el conocimiento escolar con los conocimientos populares y la memoria social de los territorios en los que se emplaza la escuela. Con ello, la posibilidad de habitar de una manera distinta los territorios se dinamiza desde las estrategias de maestros y maestras que apuntan por una educación que se deja sorprender por lo que pasa y lo que les pasa a los miembros de la comunidad educativa para descubrir nuevas prácticas y sentidos educativos. En últimas, se apunta a una educación más incluyente y anclada en las realidades locales de quienes habitan la escuela, avanzando en una propuesta de pedagogía del territorio que recoge éticamente la afirmación de la pluralidad epistemológica propia de nuestra nación colombiana.

Conclusiones

La escuela, en clave de una pedagogía del territorio, se convierte en un escenario propicio para el despliegue de formas de enseñanza-aprendizaje en los que las memorias y las formas de ver el mundo de quienes conforman la comunidad educativa alimentan la creatividad para la gestión de las tensiones sociales, políticas, culturales y ambientales circundantes. De esta manera, la escuela trasciende su condición de infraestructura en la que se transmiten y reproducen conocimientos, produciendo un espacio propicio para la reflexión política y el compromiso social. La forma en que las experiencias pedagógicas son creadas y reproducidas en los distintos escenarios escolares y barriales

30 Profesor John Mario López en entrevista con los autores, Institución Educativa Héctor Rogelio, corregimiento San Sebastián de Palmitas, Medellín, marzo del 2014.

proporciona elementos valiosos para entender el territorio como factor pedagógico útil para la construcción de ciudadanías incluyentes y reflexivas, además de aproximar a las instituciones educativas al reconocimiento de la diversidad epistémica propia de los colectivos sociales, comunidades étnicas o grupos diferenciales con los que interactúa. Estas iniciativas se articulan al llamado que se ha venido haciendo desde distintos lugares de Latinoamérica sobre la necesidad de promover modelos pedagógicos interculturales útiles para la recuperación de los conocimientos locales y el fortalecimiento de las experiencias comunitarias.³¹

En los proyectos de investigación descritos en este trabajo, la cartografía social demostró su potencia como estrategia para la investigación educativa que nutrió y preparó escenarios que sondearon las cuestiones pedagógicas de las experiencias. Como forma de producción de conocimientos, más allá de una simple herramienta metodológica que es funcional para el reconocimiento del territorio que adquiere una connotación política que convoca las voces de la comunidad para visibilizar las tensiones y potencialidades territoriales y proyectarlas de forma propositiva a los modos de habitar, pensar y vivir los espacios. Con los ejercicios de cartografía social adelantados en las instituciones educativas se revelaron tres ámbitos socioespaciales significativos: 1) el cuerpo y las subjetividades del docente que se incorporan y transforman desde las vivencias del escenario escolar; 2) la escuela por dentro, entendida como el espacio discursivo en el que emergen las experiencias pedagógicas desde las distintas intermediaciones de la escuela y, 3) la escuela en el territorio con sus múltiples relaciones sociales, políticas, culturales y ambientales con los barrios en los que se emplaza.

Conforme a lo anterior, se pueden derivar de la escuela-territorio interrogantes pedagógicos y rutas de enseñanza y aprendizaje reflexivos y propicios para conectar lo que sucede en la escuela con las realidades vividas por los integrantes de la comunidad educativa, buscando con ello un proceso de formación crítico y transformador, tal y como lo plantea Giroux: “El rol de una educación crítica no es entrenar a los estudiantes solamente para trabajar, sino además educarlos

31 María Bertely, María Martínez y Rubén Muñoz, “Autonomía, territorio y educación intercultural. Actores locales y experiencias comunitarias latinoamericanas”, *Desacatos*, no. 48 (2015): 6-11.

para cuestionar críticamente las instituciones, las políticas y los valores que dan forma a sus vidas, las relaciones con los demás y una infinidad de vínculos con el mundo en general”³² En estas condiciones, los procesos de construcción de conocimiento vinculados con las vivencias y situaciones cotidianas de los y las estudiantes habilitan la creación de espacios colectivos para descubrir, compartir, debatir y reconstruir nuevos significados y proponer horizontes alternativos sobre las realidades y aconteceres de sus localidades. Según lo encontrado en las experiencias pedagógicas descritas en las instituciones educativas de Medellín y Bello, en el contexto de ciudades con problemáticas tan complejas de violencia, desigualdad e inequidad, la creación de dichos espacios colectivos en la escuela permite que la denominada pedagogía del territorio lleve a una apertura para afianzar la responsabilidad política de la educación, que habilite diálogos amplios y promueva la recuperación de confianza entre los actores externos y los integrantes de la comunidad educativa.

Bibliografía

- Achselrad, Henri y Luis Régis. “Disputas territoriais e disputas cartográficas”. En *Cartografias Sociais e Território*. Organizado por Henri Achselrad, 13-44. Rio de Janeiro: IPPUR/UFRJ, 2008.
- Ares, Pablo y Julia Risler. *Manual de mapeo participativo*. Buenos Aires: Tinta Limón, 2013.
- Barragán, Diego. “Cartografía social pedagógica: entre teoría y metodología”. *Revista Colombiana de Educación*, no. 70 (enero-junio de 2016): 247-85. <https://www.redalyc.org/pdf/4136/413644492012.pdf>
- Barragán, Diego, Alba Cruz y Natalia Sánchez. “Cartografía social, usos y sospechas en el campo de la educación”. *Utopía y Praxis Latinoamericana*, no. 89 (2020): 179-98. <http://doi.org/10.5281/zenodo.3740109>
- Bertely, María, María Martínez y Rubén Muñoz. “Autonomía, territorio y educación intercultural. Actores locales y experiencias comunitarias latinoamericanas”. *Desacatos*, no. 48 (2015): 6-11.
- Echeverría, María, Análida Rincón y Lina González. *Ciudad de territorialidades: polémicas de Medellín*. Medellín: Centro de Estudios del Hábitat Popular, Universidad Nacional de Colombia, 2000.

32 Henry Giroux, “La pedagogía crítica en tiempos oscuros”, *Praxis Educativa*, Vol. 17, nos. 1-2 (2013): 17, <https://www.redalyc.org/pdf/1531/153129924002.pdf>.

- Freire, Paulo. *Pedagogía de la autonomía. Saberes necesarios para la práctica educativa*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 2012.
- Giroux, Henry. “La pedagogía crítica en tiempos oscuros”. *Praxis Educativa*, Vol. 17, nos. 1-2 (2013): 13-26. <https://www.redalyc.org/pdf/1531/153129924002.pdf>
- Grupo Estudios del Territorio. “La escuela por dentro”. Instituto de Estudios Regionales, Universidad de Antioquia, 2014.
- _____. “Apropiación social del territorio y educación para la sostenibilidad sector La Gabriela”. Instituto de Estudios Regionales, Universidad de Antioquia, 2016.
- Habegger, Sabina e Iulia Mancila. “El poder de la Cartografía Social en las prácticas contrahegemónicas o la Cartografía Social como estrategia para diagnosticar nuestro territorio”. *Revista Araciega*, Vol. 14 (2006): 1-10. <https://cutt.ly/Exxhaxq>
- Larrosa, Jorge. “Experiencia y alteridad en educación”. En *Experiencia y alteridad en educación*. Compilado por Carlos Skliar y Jorge Larrosa, 13-45. Rosario: Homo Sapiens Ediciones, 2009.
- López, César. “La cartografía social como herramienta educativa”. *Revista Científica*, Vol. 3, no. 10 (2018): 232-47. <https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/7011992.pdf>
- Montoya, Vladimir, Andrés García y César Ospina. “Andar dibujando y dibujar andando: cartografía social y producción colectiva de conocimientos”. *Nómadas*, no. 40 (2014): 190-205. <https://www.redalyc.org/pdf/1051/105131005013.pdf>
- Oslender, Ulrich. “Ontología relacional y cartografía social: ¿Hacia un contra-mapeo emancipador, o ilusión contrahegemónica?”. *Tabula Rasa*, no. 26 (2017): 247-63.
- Parra, Jaime. “La educación para la paz en el contexto de las ciencias sociales y la formación ciudadana en la escuela: aportes de la cartografía social”. Tesis de doctorado, Universidad de Antioquia, Medellín, 2020. <https://bibliotecadigital.udea.edu.co/handle/10495/16453>
- Patiño, Olga. “El potencial didáctico de la cartografía social en la enseñanza de la geografía y las problemáticas socioespaciales”. Tesis de maestría, Universidad de Antioquia, Medellín, 2017. <https://bibliotecadigital.udea.edu.co/handle/10495/8940>
- Pérez de Lara, Nuria y José Contreras. “La experiencia y la investigación educativa”. En *Investigar la experiencia educativa*. Compilado por José Contreras y Nuria Pérez de Lara, 885-92. Madrid: Ediciones Morata, 2010.
- Skliar, Carlos. *La educación (que es) del otro. Argumentos y desierto de argumentos pedagógicos*. Buenos Aires: Noveduc, 2007.
- Uribe, Claudia, Diana Donoso y Alfredo Ramírez. “De la cartografía social a la comprensión de los contextos socio- educativos”. *Aletheia*, Vol. 9, no. 2 (2017): 74-93. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=7854705>

El territorio como discurso, enfoque y proyecto¹

Alejandro Pimienta Betancur²

1. Introducción

A partir de la crítica y del reconocimiento del discurso del denominado *spatial turn*, en este texto se reivindica al territorio, comprendido como discursos, enfoque y proyecto para entender y transformar los procesos políticos en América Latina. Desde la obra de Milton Santos, se plantea que la ontología del territorio posee un carácter abierto, relacional y contingente, y que su proceso de producción es un proceso de politización siempre inacabado, signado por una tensión agónica entre diversos proyectos de territorio, que mantienen un incesante movimiento de des-territorialización y re-territorialización, tal como lo plantea Rogério Haesbaert.³

A partir de esa ontología política del territorio, se plantean elementos de la teoría de la hegemonía y el antagonismo de Ernesto Laclau y Chantal Mouffe, y la teoría de la democracia radical y el agonismo de Mouffe, que

1 Publicado originalmente en: *El poder del territorio: conocimiento para la transformación de los espacios educativos*, comp. Marcelo Garrido (Santiago: Ediciones Universidad Academia de Humanismo Cristiano, Universidad de Sao Paulo-GEOPAIDEA, 2020), 165-85.

2 Profesor e investigador de la Universidad de Antioquia, Colombia.

3 Rogério Haesbaert, *Viver no limite. Território e multi/transterritorialidade em tempos de in-segurança* (Rio de Janeiro: Bertrand, 2014).

pueden aportar al enfoque territorial, entendido como una herramienta de análisis político y como una estrategia para la construcción de proyectos territoriales.⁴

2. Más allá del *spatial turn*

Lo que en la actualidad se conoce como *spatial turn* –giro espacial– encontró su horizonte de posibilidad en los años 60 y 70 del siglo xx, cuando comenzaron a visibilizarse los estudios sobre “nuevos problemas” emergidos por el impacto de los cambios en la cultura, la economía, la política y la organización social dados por los diversos efectos de aquello que hoy nombramos como globalización. Ello implicó una crítica a la mirada moderna sobre la cual se edificaron las ciencias sociales y humanas, especialmente a la consideración del tiempo como el eje de comprensión y explicación del mundo. El propósito del *spatial turn*, más que reemplazar al tiempo y poner al espacio como eje explicativo, es repositonar ontológica y epistemológicamente esa relación espacio-tiempo, buscando una suerte de equilibrio, incluso una simetría, entre ambos.

Se reconoce a Foucault como el precursor del discurso del *spatial turn*, al referir lo siguiente en 1967:

La gran obsesión que atravesó el siglo xix, como se sabe, fue la historia: temas del desarrollo y de la detención, temas de la crisis y del ciclo, temas de la acumulación del pasado, gran sobrecarga de muertos, enfriamiento amenazador del mundo. El siglo xix encontró en el segundo principio de la termodinámica lo esencial de sus recursos mitológicos. La época actual sería más bien la época del espacio. Nos hallamos en la época de lo simultáneo, nos hallamos en la época de la yuxtaposición, en la época de lo cercano y lo lejano, del lado a lado, de lo disperso. Nos hallamos en un momento en el que el mundo se experimenta, creo, no tanto como una gran vida que se

4 El enfoque territorial es una estrategia desarrollada en el proceso investigativo del proyecto “Territorio_Lab: Ciudadanía y Paz”, desarrollado en el Instituto de Estudios Regionales (INER) con recursos de la Vicerrectoría de Investigaciones y el proyecto Laboratorio de construcción de paz con enfoque territorial en Urabá.

desarrollaría a través del tiempo sino como una red que relaciona puntos y que entrecruza su madeja.⁵

Después, en 1974, Henri Lefebvre publicó *La producción del espacio*, obra en la que desarrolló su tríada conceptual: prácticas espaciales, representación del espacio y espacios de representación, lo cual aportó significativamente al entendimiento de ese carácter sociopolítico del espacio. En 1989, Edward Soja publica *Postmodern Geographies*, resaltando justamente el aporte de Lefebvre y Foucault, y retomando elementos de autores tan diversos como Berger, Giddens, Sartre, Althusser. En esta obra se señala que la dimensión espacial tiene una mayor incidencia que la temporal en la reorganización del capitalismo actual, por lo cual es necesaria la reinserción del espacio en la teoría social crítica. Esto le dio mayor visibilidad al discurso del *spatial turn*, propiciando un intenso debate, vigente desde entonces, sobre la relación espacio-tiempo-sociedad.

En ese debate del *spatial turn* destacan investigadores como David Harvey, Doreen Massey y el mismo Soja; Antony Giddens, Manuel Castells y Neil Smith, entre otros. Ha sido una fecunda autorreflexión, típicamente posmoderna, de las formas de producir el conocimiento desde el mundo anglosajón.

Sin negar la multiplicidad de alternativas que el discurso del *spatial turn* ha abierto, es necesario pensar desde América Latina, espacio poco referenciado y estudiado por esos autores, sobre todo para considerar que esa noción de *espacio* no tiene el mismo potencial explicativo en nuestro continente que la noción de *territorio*, por lo menos desde la dimensión política del espacio. Ello ya que ha sido la categoría de territorio la que más se ha problematizado en la geografía y en las ciencias sociales de América Latina, más que la de espacio. También ha sido el territorio –y no el espacio– la categoría utilizada en la política y en sus diversas normativas, y ha sido el territorio –y no el espacio– la categoría de la que se han apropiado los movimientos sociales y los procesos de construcción de ciudadanía.

5 Michel Foucault, "De los espacios otros (Des espaces autres). Conferencia dictada en el Círculo de Estudios Arquitectónicos, el 14 de marzo de 1967", *Architecture, Mouvement, Continuité*, no. 5 (1984).

Podríamos afirmar que el concepto de *territorio* en América Latina está ligado a su historicidad y a la politización de los problemas sociales, es decir, a la problemática vivida, y por tanto hay un discurso territorial que, en términos políticos y sociales, es mucho más potente que el discurso del *spatial turn*. Por supuesto, desde una dimensión epistemológica, el concepto de *espacio* está ligado al territorio, y no se pueden considerar aisladamente.

Tal como lo desarrolló Haesbaert, los conceptos contienen una actividad creadora y reproblematicadora (el presente mirando el futuro), posibilitan “producir realidad”,⁶ reinventando lo real al proponer sobre él, y con él, nuevas cuestiones. En ese sentido, si bien se ha hablado mucho de territorio en América Latina, su discurso aún no está agotado y sigue teniendo todo el potencial para analizar y producir los territorios. Como categorías analíticas, tanto el espacio como el territorio son instrumentos del proceso de investigación, y no sería posible considerar que uno es mejor que otro, aunque sí es posible aceptar, siguiendo a Rogério Haesbaert, que el concepto *espacio-tiempo*, en una perspectiva filosófica, es la categoría maestra. Desde ella, la perspectiva geográfica se configura como espacio geográfico, el cual también fue la categoría clave para Milton Santos. El territorio aparece como una relación del espacio-poder; es lo que Haesbaert denomina una “constelación geográfica de conceptos”.⁷ Desde una perspectiva geográfica y socioespacial, el territorio es una expresión del espacio.

Pero el territorio no es solo una categoría analítica. Como plantea Haesbaert,⁸ también es una categoría normativa, en tanto el Estado y los diferentes actores de la política tienen la capacidad de planear y comandar mediante normas y técnicas a los territorios (por ejemplo, del ordenamiento territorial), con lo cual el territorio, su configuración en un momento dado, es una expresión de la hegemonía. El territorio también es una categoría de la práctica, y en América Latina se ha configurado como discurso de lucha y reivindicación de derechos desde lo político, lo cual le otorga el atributo emancipador que le

6 Haesbaert, *Viver no limite*, 31.

7 *Ibid.*, 34.

8 Haesbaert, *Viver no limite*.

pone límite a la política. Es decir, el territorio es la co-existencia y el proceso de la hegemonía y el antagonismo. Justo por esa razón, por su capacidad transformadora, es que la categoría territorio y el discurso territorial tienen el mejor potencial para América Latina, aunque eso no implica que categorías analíticas como las de espacio, paisaje, lugar o región sean despolitizadas. Lo que destacamos es que el territorio, además de su politicidad como categoría analítica, también es una categoría de la práctica en América Latina.

3. El potencial del discurso territorial

El discurso territorial en América Latina es previo al discurso del *spatial turn*. En efecto, antes de que se hablara de este último en Francia, Inglaterra y Estados Unidos, Milton Santos ya había publicado en diversos libros y artículos que las ciencias sociales, incluida la geografía, debían integrar la reflexión del espacio para entender lo que hoy conocemos como la globalización y los efectos del capital sobre la vida de las personas, especialmente de aquellas que se sitúan en los países y ciudades más pobres y los habitan.⁹

Desde la década de los 80 del siglo xx en América Latina *el territorio*, como concepto, comenzó a tener más poder explicativo del que históricamente había tenido en la geografía y en la ciencia política, y empezó a ser usado profusamente y sin mucho apego al concepto de antaño en todas las ciencias sociales y humanas. Con ello se ha generado un exceso de significación del territorio, no solo por la “enorme polisemia”¹⁰ de esa noción sino porque muchos autores utilizan el término sin definirlo.

El blanco de la crítica de los autores que buscaron articular un discurso territorial fue precisamente la noción clásica de *territorio*, significada *grosso modo* como “espaço definido e delimitado por e a partir de relações de

9 Milton Santos, *Le métier du géographe en pays sous-développé* (Paris: Éditions Ophrys, 1971); Milton Santos, *Geografía y economía urbanas en los países subdesarrollados* (Barcelona: Oikos-Tau S. A. Ediciones, 1973); Milton Santos, *O espaço dividido* (Rio de Janeiro: Livraria Editora Francisco Alves, 1978); Milton Santos, *La naturaleza del espacio. Técnica y tiempo. Razón y emoción* (Barcelona: Ariel, 2000).

10 Rogério Haesbaert, *El mito de la desterritorialización. Del fin de los territorios a la multiterritorialidad* (Ciudad de México: Siglo XXI Editores, 2011), 31.

poder”.¹¹ Dicha acepción de territorio tenía cierta especificidad dentro de la geografía política y la ciencia política, porque servía para referir una materialidad en tanto espacio concreto, el de la escala que domina el Estado, es decir, el territorio en su acepción de territorio nacional. También tenía cierta estabilidad porque era una noción subordinada y dependiente del concepto de *poder estatal*, en particular la acción estatal, que podía entenderse como territorialidad del Estado, con lo cual también tenía cierta relación con la idea de la nación y como una identidad política que prevalece sobre cualquier otra identidad. Esa comprensión fue criticada por diversos académicos justamente porque el territorio era visto como resultado de las relaciones de poder y no como un proceso continuo, en el que no es solo producto de lo social sino también productor de lo social.

A partir de la década de los 80 el concepto de *territorio* salió de su molde, que lo ligaba, incluso etimológicamente, con la tierra como espacio físico y con la construcción de una identidad nacional común. Desde entonces se fue convirtiendo en un significante con mucho valor explicativo en las ciencias sociales, en tanto se emancipó de la idea del poder como atributo del Estado y lo resignificó como proceso y acción de los diversos actores. Así, el territorio dejó de ser un concepto de cuño esencialista y comenzó a ser apropiado discursivamente para entender fenómenos más procesuales, contingentes y conflictuales, en los que el territorio, si bien por un lado es la expresión de un orden político vigente –es decir, la consecuencia de la hegemonía– también es lo que le pone límite a ese orden.

Tal como lo ha señalado Haesbaert¹² el territorio, en cualquiera de sus acepciones, tiene que ver con el poder, tanto en un sentido explícito (de dominación) como en un sentido implícito o simbólico (de apropiación); el territorio no pertenece a ninguno de esos dos lados de la ecuación del poder, sino que está inmerso en ella.

11 Marcelo José López de Sousa, “O território: sobre o espaço e poder, autonomia e desenvolvimento”, em *Geografia: conceitos e temas*, orgs. Iná Elias de Castro, Paulo da Costa Gomes y Roberto Lobato (Rio de Janeiro: Bertrand, 1995), 78.

12 Haesbaert, *Viver no limite*.

Desde esa noción de *poder*, el discurso territorial de las ciencias sociales, incluso el discurso político territorial de los movimientos sociales, tuvo un desplazamiento progresivo del sentido de la relación espacio-poder, desde una versión clásica de la política que liga el poder con el establecimiento en tanto orden territorial hegemónico (una consecuencia del poder), a una concepción que lo dinamiza como acción, es decir, como territorialidad. En ese sentido, el discurso territorial, más que en la noción de *territorio*, encuentra en las territorialidades, la desterritorialización y reterritorialización¹³ la fuerza explicativa para entender la dinámica que constantemente lo recompone, tanto como proceso analítico como proceso político.

El mayor aporte al discurso territorial en América Latina lo hizo Milton Santos, quien entendió la globalización como un orden territorial hegemónico, carente de esencia, y por tanto se enfocó en estudiarla en tanto fenómeno técnico hegemónico al que se oponen otros órdenes territoriales. El territorio no es una cosa dada, sino un *dándose*, está siempre en movimiento, lo cual se expresa en la categoría de territorio usado. Para Milton Santos el concepto de *territorio* nunca tuvo un tratamiento específico ligado a la geografía, como posiblemente lo fueron en su momento categorías como las de región, paisaje, urbanización y organización del espacio, con las cuales trabajó en los años 60 y 70 del siglo xx.

Más que un concepto operativo, el territorio tomó fuerza en la obra de Milton Santos a partir de los años 70, en el momento en que se plantea y comienza a sistematizar su pensamiento epistemológico y su posicionamiento ontológico sobre el espacio geográfico. Esto le permitió ir planteando al territorio como una categoría analítica, tanto de síntesis como de articulación. El territorio usado es una categoría de síntesis en tanto significa al territorio como sinónimo del espacio geográfico, con lo cual le da un carácter epistemológico y ontológico de totalidad, más que de una espacialidad concreta y delimitada por un actor; el territorio es, para Santos, el espacio de todos. Entender el territorio usado es entender cómo el espacio social llegó a ser lo que es, y cómo está siendo, y cómo será usado, lo cual, en su perspectiva, implica entender la técnica. Justamente por la relación con la técnica es que el territorio usado

es una categoría de articulación. Al respecto: “Escolher um caminho de método significa levar em conta diversas escalas de manifestação da realidade, de modo a encontrar as variáveis explicativas fundamentais. Estas comparecem como as personagens principais do enredo a estabelecer, levando sobretudo em consideração que o espaço geográfico se define como união indissolúvel de sistemas de objetos e sistemas de ações, e suas formas híbridas, as técnicas (M. Santos, 1996), que nos indicam como o territorio é usado: como, onde, por quem, por quê, para quê”¹⁴

Tal como es usado, el territorio expresa un orden contingente, no una consecuencia inexorable. La hegemonía y el antagonismo siempre coexisten, y por tanto siempre hay relaciones y tensiones entre producciones territoriales, entre proyectos políticos territoriales. Nunca hay un territorio total, cerrado, sin más historia, más que un espacio global como genérico hay “espaços da globalização”, que son espacios “recalificados que responden sobre todo a los intereses de los actores hegemónicos de la economía y de la sociedad y son de esta forma incorporados con toda autoridad a las corrientes de globalización”¹⁵ En efecto, el actual medio científico informacional es la posibilidad y la consecuencia de esa hegemonía, lo cual profundiza las desigualdades.

Para Milton Santos no es posible entender el concepto de *territorio* de manera aislada, y tampoco es lo que proponemos cuando destacamos el potencial del discurso territorial. El territorio no se entiende sin relación con el espacio; incluso desde los años 70 este autor concebía el espacio geográfico como una totalidad y como una instancia de la sociedad, lo cual fue decisivo en el cambio de la perspectiva geográfica en América Latina. A partir de ese momento, Santos plantea el espacio geográfico como un conjunto de fijos y flujos; desde 1991 lo comprendió como un híbrido, como conjunto indisociable de sistemas de objetos y sistemas de acciones, funcionando indisociable y contradictoriamente, incluyendo normas e intencionalidades. Con ello se le dio un mejor estatus epistemológico al territorio, en particular a su acepción

14 Santos Milton e María Silveira, *Brasil: território e sociedade no início do século XXI* (Rio de Janeiro: Record, 2001), 11.

15 Milton Santos, “Los espacios de la globalización”, *Anales de Geografía de la Universidad Complutense*, no. 13 (1993): 71.

de territorio usado, que es sinónimo de espacio geográfico y que emergió por la fuerza de la realidad empírica de la globalización.

El concepto de *territorio usado* puede darle fuerza a un discurso territorial en América Latina porque permite entender la hegemonía actual (categoría de análisis), pero también porque sirve para la construcción de proyectos territoriales alternativos (categoría política), incluso como referente para una educación crítica. En efecto, el territorio usado hace hincapié en la configuración del medio geográfico, en la actualidad como medio científico, técnico, informacional: cómo llegó a ser lo que es y cómo puede ser. Justamente esa perspectiva del final de la obra de Milton Santos tiene elementos potentes, que pueden ser revalorizados desde las perspectivas políticas que han desarrollado los conceptos de *hegemonía* y *antagonismo*, tal como se plantea en el siguiente punto.

Así pues, el concepto de *territorio usado* emergió en el pensamiento de Milton Santos como una categoría analítica para entender las prácticas del poder sobre los espacios, y muchos otros investigadores desde los años 90 han aportado a la construcción de un discurso territorial. Como señala Haesbaert, el territorio acabó siendo re-apropiado y re-hecho en la propia práctica y lucha política de diferentes grupos sociales que, en un rico contexto latinoamericano de formulación de resistencias, deben ser oídos, no solo por la política hegemónica que por mucho tiempo los invisibilizó, sino también por el propio mundo académico que, muchas veces, desde la distancia, pretende “comprenderlos”.¹⁶

4. Aportes del análisis político al enfoque territorial

A continuación, planteo algunos aportes de la teoría política post-fundacional de Ernesto Laclau y Chantal Mouffe al enfoque territorial en América Latina, en aras de fortalecer una perspectiva antiesencialista, complementando aquello que ya con Santos se mencionó respecto a la naturaleza relacional e incompleta del territorio.

El enfoque territorial, como estrategia analítica, se posiciona desde una crítica a la inmediatez de lo dado, argumentando ontológicamente que el

16 Haesbaert, *Viver no limite*, 51.

territorio no es una positividad que contiene un significado más allá de su propia configuración política; nunca una significación inmanente subyace a este o le corresponde, sino que esta es producida histórica y sociopolíticamente. Esto es coherente con el concepto de *territorio usado* que construyó Santos; la plena totalización del territorio es imposible, y no hay posibilidad de territorio por fuera de lo político.

Analíticamente, la politicidad del territorio –es decir, su naturaleza política– se puede hacer inteligible en tanto el territorio se configura como un discurso. Por supuesto, el concepto de *discurso* no alude a un acto lingüístico o al habla, sino a una configuración significativa, relacional, diferencial, precaria y abierta. Asumir en un enfoque territorial que el territorio se configura como discurso es argumentar que no es posible la materialidad sin significación política, y que cualquier significación responde a una determinada politización territorial, que carece de esencia. Entender el territorio como un discurso no es negar su materialidad ni su dimensión física, sino ser consciente de que toda relación, incluso entre objetos, implica significación. Así, incluso la medición o localización más precisa de un espacio físico está mediada por un discurso a través del cual se le da sentido a la evidencia que recoge. La inmediatez factual de lo físico-espacial, incluyendo lo corporal, es una percepción; también el lazo natural de pertenencia a un lugar. La materialidad no tiene existencia objetiva real por fuera de la significación. En esta perspectiva, cuando se dice que el espacio es como un discurso no se está negando su empiricidad, sino que se le está relacionando con sus significaciones. Por tanto, no tiene sentido diferenciar lo espacial (como lo material/físico) y lo extraespacial (la producción social del significado de lo material).

En la obra de Ernesto Laclau y Chantal Mouffe¹⁷ la *hegemonía* y el *antagonismo* son los conceptos clave para comprender la naturaleza política de la sociedad, y en este caso se usan para entender la naturaleza política del territorio y las territorialidades. El concepto de *hegemonía*, para estos autores, no es lo mismo que el estado de dominación y supremacía política, como se entiende muchas

17 Ernesto Laclau y Chantal Mouffe, *Hegemonía y estrategia socialista: hacia una radicalización de la democracia* (Madrid: Siglo XXI, 1987).

veces desde el sentido común, sino que expresa una relación política por la cual la particularidad asume una función universal de representación. La hegemonía se da en la negociación entre lo particular y lo universal.¹⁸ El concepto de *antagonismo* no es oposición real ni contradicción, porque estos últimos aluden a choques entre objetividades con identidades plenas y, en cambio, el antagonismo remite a una relación que muestra los límites de toda objetividad.¹⁹

El territorio, en tanto carece de una significación *a priori*, es un producto y un productor de prácticas hegemónicas que han creado un determinado orden y fijado un sentido. Por supuesto, este proceso supone la exclusión de otros órdenes posibles. Pero el territorio también es un producto y productor de prácticas antihegemónicas, antagonistas y agonistas, que buscan instalar otro orden territorial mediante unas determinadas territorializaciones. El territorio sería entonces un “significante flotante”, que para Laclau y Mouffe integra una serie de elementos “que no logran ser articulados a una cadena discursiva”,²⁰ es decir, que no están fijados a una significación por su carácter ambiguo y por la proliferación de significados. Y la lucha entre la hegemonía y la contrahegemonía territorial se orienta a hacer del territorio un *punto nodal*, que para Laclau y Mouffe son “puntos discursivos privilegiados”²¹ que tienen una fijación parcial. Al respecto, dicen Laclau y Mouffe que “La práctica de la articulación consiste, por tanto, en la construcción de puntos nodales que fijan parcialmente el sentido; y el carácter parcial de esa fijación procede de la apertura de lo social, resultante a su vez del constante desbordamiento de todo discurso por la infinitud del campo de la discursividad”.²² Esto es lo que se juega en los diferentes proyectos territoriales.

Desde el pensamiento de Chantal Mouffe²³ podemos plantear que la política es el orden territorial hegemónico, que se acepta de manera natural y que llegó a ser lo que es mediante territorialidades que devinieron en hegemónicas.

18 Ernesto Laclau, *Emancipación y diferencia* (Buenos Aires: Ariel, 1996).

19 Laclau y Mouffe, *Hegemonía y estrategia socialista*.

20 Ibid., 193.

21 Ibid., 191.

22 Ibid., 193.

23 Chantal Mouffe, *En torno a lo político* (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2009); Chantal Mouffe, *Agonística. Pensar el mundo políticamente* (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2014).

Son las territorialidades de la dominación las que tienen capacidad de modificar y mantener un territorio desde comandos técnicos muy especializados. En tanto construcción, el territorio tal como hoy es concebido es el resultado de prácticas hegemónicas de instituciones, acciones, formas de hacer (técnicas) y cosas, que logran reproducir un discurso determinado, velando así, oscureciendo, el origen artificial y contingente de dicho orden. Este territorio, además, tiene una fuerza de reproducción para seguir siendo así, es decir, el territorio actual puede producir el territorio futuro. U otro territorio futuro, porque toda hegemonía territorial es un orden precario y contingente.²⁴ Así es posible, y necesario, ser desafiado por prácticas de *lo político* que intentan desarticularlo, en lo cual se propone la noción de *proyecto territorial* que se trabajará en el último punto.

En ese sentido, se hace relevante lo que Haesbaert²⁵ señala sobre los dos grandes “paradigmas” que abordan las cuestiones territoriales: por un lado, el paradigma hegemónico, que es capitaneado sobre todo por las grandes empresas (con el frecuente apoyo del Estado), y por el otro, el contrahegemónico, liderado, sobre todo, por un lenguaje gramsciano, por grupos subalternos. Ambas son las expresiones territoriales de la política y lo político, respectivamente.

Un enfoque territorial se observa en el análisis de las dinámicas hegemónicas de la política, vistas desde los sujetos y las prácticas que comandan la des-territorialización, es decir, desde las formas de control de los espacios. Y también se percibe en el análisis de las dinámicas contrahegemónicas, que buscan evidenciar las posibilidades agonistas que pueden tener, así como toda clase de re-territorializaciones. El enfoque territorial debe analizar el territorio como signifiante flotante en ese *continuum* de apropiación/dominación, para ver cómo se configura en punto nodal, mediante cuáles articulaciones, es decir, en la multiplicación de sus manifestaciones.²⁶

Desde una perspectiva del método, el enfoque territorial –aunque sería mejor decir “el enfoque de las territorialidades”– implica por lo menos tres

24 Laclau y Mouffe, *Hegemonía y estrategia socialista*.

25 Haesbaert, *Viver no limite*.

26 Haesbaert, *Viver no limite*.

movimientos y disposiciones analíticas. Primero, entender las territorialidades históricas y actuales, es decir, cómo el territorio llegó a ser lo que es, especialmente en términos de los objetos y las normas, la identificación de los agentes territoriales, el análisis de las garantías estatales y las capacidades de los agentes. Segundo, las relaciones entre territorialidades y su propia configuración, para entender cómo el territorio está siendo usado. Y, en tercer lugar, cuáles son los efectos de las territorialidades actuales sobre el territorio futuro, es decir, cómo será y cómo queremos que sea el territorio.

Con Haesbaert, suscribimos que la territorialidad es un concepto más amplio que el de territorio, aunque lo engloba, porque a todo territorio le corresponde una territorialidad pero no toda territorialidad tendría, necesariamente, un territorio materialmente construido. La territorialidad es una propiedad de los territorios efectivamente construidos y también una condición (teórica o simbólica) para su efectivización,²⁷ por lo que también entendemos que la territorialidad contiene la acción de territorializar, una acción de dotar de sentido, y por tanto una práctica de territorialización.

5. Proyectos territoriales y educación

Se mencionó que el discurso territorial tiene potencial en América Latina porque la categoría de territorio es mucho más que una categoría analítica, siendo también una categoría normativa y una categoría de la práctica. Justo en este último sentido es donde radica el potencial articulador del territorio, referido a procesos de movilización y transformación política mediante la educación. Ello desde la perspectiva de proyectos territoriales que sean dinamizados por agentes, los que, si bien no están dotados de una esencia, sí se constituyen en un conjunto de posiciones de sujeto que tienen en común la inconformidad con el territorio, tal y como está siendo usado por la hegemonía neoliberal, es decir, la inconformidad con los espacios de la globalización.

Como se ha dicho, el territorio también es un significante clave para la hegemonía neoliberal, y se usa como base de la política, por tanto, es labor del proyecto político reconocer las formas en que la hegemonía neutraliza el

potencial para la movilización que tiene el discurso territorial e identificar las prácticas hegemónicas territoriales. Es posible que esas prácticas se expresen de manera explícita en contra del derecho al territorio, pero generalmente son veladas, en tanto son acciones que, así como se significan territorialmente, también lo hacen en nombre de la democracia. En consecuencia, la atención debe estar puesta en las articulaciones que neutralizan la diferencia y la pluralidad, en tanto integran a todos los proyectos territoriales, reclamando para sí el consenso racional entre posiciones distintas. Los proyectos territoriales hegemónicos buscan que todos quedemos incluidos en el discurso de la política. Es claro, entonces, que el territorio y su significación es lo que está en disputa, y de lo que se trata es precisamente de articular al territorio a un discurso emancipador. En otras palabras: hay que construir proyectos territoriales agonistas desde lo político, reconociendo además que vivimos en multiterritorialidad, en tanto experimentamos múltiples territorios y territorializaciones.²⁸

Es en esta perspectiva de construcción de proyectos territoriales donde el modelo agonista de democracia que ha planteado Chantal Mouffe emerge como alternativa que articula el análisis y la estrategia política. Entendiendo que el territorio es un *continuum* en la configuración dominación/apropiación que asume el poder, nunca podrá ser un absoluto cerrado; siempre quedará abierto, lo cual puede entenderse de la siguiente manera: siempre está presente la territorialización de un “nosotros” y la territorialización de un “ellos”, en tanto esa es, precisamente, la naturaleza política. La diferencia es constitutiva, pero el papel de la democracia, y en ese sentido el de un proyecto territorial agonista, es que esa diferencia no se convierta en una lucha entre enemigos antagónicos sino en una lucha agonística, es decir, entre adversarios.

El proyecto territorial no es un proyecto agonista porque pueda considerar y aceptar la posibilidad de un consenso, sino porque no ve al oponente como un enemigo por destruir, sino como un adversario con existencia legítima.

La labor de los agentes educativos es formar a los sujetos agonistas, que desde diferentes posiciones se vinculen a proyectos territoriales en los que la hegemonía no provenga de la fuerza ordenadora del mercado y de la

reproducción del capital trasnacional sino del derecho al territorio, en tanto ciudadanía y justicia. Esto implica una (otra) repolitización del territorio, y supone que los agentes re-conozcan el territorio no solo desde su experiencia (categoría de la práctica) sino que incrementen sus capacidades re-conociendo también el territorio como categoría analítica, como categoría normativa y como categoría política, todo convergente en los proyectos territoriales.

El proyecto territorial es una estrategia de construcción de *lo político*, y por tanto es una acción que debe levantarse desde territorialidades compatibles con la valoración de la nuestra experiencia subjetiva de los agentes, es decir, desde las territorialidades de la apropiación. En ese sentido, los proyectos territoriales requieren de sujetos territoriales. Una educación transformadora y emancipadora tendría entre sus finalidades formar sujetos que se reconozcan en su experiencia territorial; que reconozcan que su lugar de enunciación es situado, particular, aunque eso no los dota de una esencia o de una segunda naturaleza; que entienden las formas de producción del territorio, pero también las formas de cambiarlo.

Los proyectos políticos territoriales se configuran de manera agonística, usando y fortaleciendo la democracia, por tanto, son proyectos de formación ciudadana. Son formas democráticas que reconocen que hay diferencias constitutivas entre proyectos políticos y que estas, lejos de ser aplacadas, cooptadas o eliminadas, deben ser identificadas y vistas como distintas. La irrupción de proyectos alternos no configura la existencia de enemigos a destruir, sino de adversarios –siguiendo a Mouffe– otros cuyas ideas combatimos, pero cuyo derecho a defender su enfoque territorial no ponemos en duda.

Para la actualidad colombiana, lo que está en juego es la forma en la que se territorializa la paz, es decir, desde qué tipo de proyecto territorial la enfocamos. Los agentes educativos tienen el deber de darle contenido para que el territorio sea un derecho y tenga como consecuencia la experiencia de justicia espacial. Eso implica articular inteligencias territoriales, conocimientos situados, reconocimiento de pluralidad, generación y aprovechamiento de la experiencia, entre otros aspectos sobre los cuales la educación generalmente trabaja. Pero más que eso, dada la naturaleza hegemónica del territorio, es preciso entender que las situaciones actuales –es decir, el territorio usado– no

cambiarán de manera espontánea sino por las territorialidades de los grupos que se sitúen en posiciones de sujetos que activamente busquen el cambio. Es en ese sentido que el proyecto territorial tiene un carácter estratégico, porque articula la producción de conocimientos y la toma de decisiones, dándole sentido a un posicionamiento territorial que dinamiza las acciones educativas con carácter emancipatorio.

Un proyecto territorial es una construcción de sentido que permite a unos agentes fijar en un ámbito político una serie de decisiones sobre lo territorial y las formas de lograrlo, para lo cual establece problemas y prioridades. Y compite con otros sentidos de orden, por eso el campo de lo político es una disputa entre proyectos que tienen no solo diferentes ideas de orden, sino también diferentes formas de lograrlo. Un proyecto territorial alternativo sería territorio que se signifique desde la paz y la ciudadanía, y no desde otras cadenas discursivas, como por ejemplo el extractivismo o la privatización. Se aclara de esta manera lo que significa que el territorio no sea solo una categoría analítica sino una categoría de la práctica, incluso una categoría de la lucha política, que siempre es posible re-articular (lo cual es función del proyecto político). La polisemia del territorio le otorga gran capacidad para articular y dar estabilidad temporal a los proyectos políticos (por ejemplo, al proyecto educativo).

Un proyecto territorial es un horizonte expresado en un conjunto de ideas, concepciones, reglas, objetos y acciones que dan pie a que unas prácticas políticas específicas sean prácticas territoriales articuladoras de un orden, en tanto permiten que la forma particular de hacer y significar del proyecto tome el lugar de la totalidad. Es una forma de interpelar y no quedarse como espectador ante un acontecer jerárquico, como el que experimentamos en la actualidad.

6. A modo de ejemplo

Para finalizar se hace necesario enunciar tres criterios para un proyecto territorial de construcción de ciudadanía y paz para un agente como la Universidad de Antioquia (Medellín, Colombia) en las regiones en las que tiene sedes descentralizadas para ofrecer el servicio educativo, lo cual se conoce institucionalmente como “regionalización universitaria”.

El primero es que el territorio no responde exclusivamente a la contigüidad con la lógica zonal. Los conceptos de *territorio* y *territorialización universitaria* deben ser coherentes con la comprensión de que, en el periodo actual, los territorios se configuran de manera discontinua, en la lógica de las redes, con diversos grados de movilidad y superposición. Es decir, sigue operando cierta lógica zonal pero también tiene una lógica de redes, que le dan a la región una configuración relacional.

La territorialización, por tanto, no puede tener una idea esencializada del territorio y debe incorporar una idea más fluida, reconociendo que cualquiera sea su concepción fundamenta una práctica de inclusión/exclusión. Dicho de otra manera, la territorialización es una práctica articuladora y, en este caso, su acción debe estar significada con sus principios políticos y educativos. Por tanto, para no negar su propia naturaleza, la universidad debe asumir la acción de territorialización como la práctica que busca la justicia espacial, es decir, el derecho al territorio que tiene la ciudadanía. Consecuentemente, debe excluir de su práctica de territorialización toda lógica que coincida con un uso corporativo y hegemónico del territorio, y que haga del espacio un conglomerado de exclusión.

El segundo criterio señala que el proyecto territorial entiende las dimensiones escalar y relacional del territorio, y por tanto reconoce formas diferenciadas de relación entre la Universidad de Antioquia en Medellín y la Universidad de Antioquia en las regiones. El debate no es entre descentralización y autonomía, aunque eso hace parte del problema. El centro de la cuestión es la relación entre escalas, para revisar que el proyecto territorial no reproduzca la lógica del acontecer jerárquico, en que los comandos de operación están localizados en otro tiempo y espacio. Tampoco es caer en el exceso del lugar, por el cual la razón local se opone sin más a una razón global en la que tampoco hay una perspectiva relacional. La forma de crear las condiciones para un proyecto territorial de universidad es tomando decisiones que permitan el incremento de las capacidades en los mismos territorios, por nuestra naturaleza universitaria, lo que llamamos comunidad académica; es decir, garantizando interlocutores.

El tercer criterio es involucrar la experiencia, reconociendo la acumulación de conocimiento sobre los territorios y sus procesos de permanencia y

cambio, para que el proyecto territorial de universidad no sea el de una nueva, sino una que cumple con su *ethos* de construcción de lo público. Dicho de otra manera: no hay que reinventar la universidad, sino simplemente actuar de forma ética y con sentido de lo público, que no es otra cosa que coherencia entre el deber ser y el hacer. Así, no hay dicotomía para decidir si la universidad pública apoya los procesos corporativos del territorio o apoya el derecho al territorio y la justicia espacial.

Bibliografía

- Foucault, Michel. “De los espacios otros (Des espaces autres). Conferencia dictada en el Círculo de Estudios Arquitectónicos, el 14 de marzo de 1967”. *Architecture, Mouvement, Continuité*, no. 5 (1984).
- Haesbaert, Rogério. *El mito de la desterritorialización. Del fin de los territorios a la multiterritorialidad*. Ciudad de México: Siglo XXI Editores, 2011.
- _____. *Viver no limite. Território e multi/transterritorialidade em tempos de in-segurança*. Rio de Janeiro: Bertrand, 2014.
- Laclau, Ernesto. *Emancipación y diferencia*. Buenos Aires: Ariel, 1996.
- Laclau, Ernesto y Chantal Mouffe. *Hegemonía y estrategia socialista: hacia una radicalización de la democracia*. Madrid: Siglo XXI, 1987.
- Lefebvre, Henri. *La producción del espacio*. Madrid: Capitán Swing Libros, 2013.
- López de Souza, Marcelo José. “O território: sobre o espaço e poder, autonomia e desenvolvimento”. Em *Geografia: conceitos e temas*. Organizado por Iná Elias de Castro, Paulo da Costa Gomes y Roberto Lobato, 77-116. Rio de Janeiro: Bertrand, 1995.
- Mouffe, Chantal. *En torno a lo político*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2009.
- _____. *Agonística. Pensar el mundo políticamente*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2014.
- Santos, Milton. *Le métier du géographe en pays sous-développé*. Paris: Éditions Ophrys, 1971.
- _____. *Geografía y economía urbanas en los países subdesarrollados*. Barcelona: Oikos-Tau S. A. Ediciones, 1973.
- _____. *O espaço dividido*. Rio de Janeiro: Livraria Editora Francisco Alves, 1978.
- _____. “Los espacios de la globalización”. *Anales de Geografía de la Universidad Complutense*, no. 13 (1993): 69-77.
- _____. *La naturaleza del espacio. Técnica y tiempo. Razón y emoción*. Barcelona: Ariel, 2000.

Santos, Milton e Maria Silveira. *Brasil: território e sociedade no início do século XXI*. Rio de Janeiro: Record, 2001.

Soja, Edward. *Postmodern Geographies. The Reassertion of Space in Critical Social Theory*. London: Verso Press, 1989.

Embarcados por la vida: luchas y movimientos afroatrateños en medio de la guerra en Colombia¹

Natalia Quiceno Toro²

*“Abuse is not sanctified by its duration or abundance; it must
remain susceptible to
question and challenge, no matter how long it takes”.*

Chinua Achebe, *Home and Exile*

- ¹ Publicado originalmente en: *Proceso de paz y perspectivas democráticas en Colombia* (Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales [CLACSO], 2015), 195-227. Este ensayo retoma aspectos desarrollados en la tesis doctoral en antropología social del Museo Nacional de la Universidad Federal de Rio de Janeiro “Vivir Sabroso: poéticas de las luchas y el movimiento afroatrateño. Bojayá-Chocó” la cual se encuentra en curso y cuenta con el apoyo de una beca de estudios doctorales de Colciencias.
- ² Profesora del Instituto de Estudios Regionales (INER) de la Universidad de Antioquia. Estudiante del Doctorado en Antropología Social del Museo Nacional, Universidad Federal de Rio de Janeiro.

El medio Atrato es una región ubicada en el norte de Colombia, se extiende por territorios de los departamentos del Chocó y Antioquia en la extensa región del Pacífico colombiano. Desde los años 90 estos territorios, reconocidos por la coexistencia y convivencia de siglos entre comunidades indígenas y comunidades negras, comenzó a ser protagonista en las dinámicas del conflicto armado colombiano, principalmente debido a los efectos de la entrada de los paramilitares por el bajo Atrato al departamento del Chocó y la actual transformación de diversos actores de los ejércitos ilegales en bandas y estructuras criminales asociadas a la minería ilegal y el negocio del narcotráfico.

En el medio Atrato la continuidad de la guerra, de eventos y situaciones violentas no se confronta solo con opiniones o testimonios, sino con acciones concretas: parar la canoa, no cruzar el río, encontrar un retén de hombres armados, no tener plátano ni pescado para comer, ver las calles solas y silenciosas. En este contexto, la guerra y la paz aparecen como horizontes de discusión simultáneos, algunas veces con temporalidades externas que pretenden colocar la primera en el pasado y la segunda en un futuro próximo.

El propósito de este ensayo es acercarnos a la forma como la gente afroatrataña³ experimenta esos dilemas que debe enfrentar en su día a día y donde el encuentro con los diferentes actores armados y la interlocución con programas y políticas de reparación aparecen como dos lados de una misma historia, la que ellos llaman “la entrada de la guerra”. Abordar las formas como los afroatrataños se ubican frente a las situaciones concretas que son puestas en escena tanto alrededor de la construcción de la paz, como de la continuidad de la guerra supone un acercamiento a sus prácticas y formas de vida. En este ensayo me concentraré en el lugar que el movimiento, el estar *embarcado*, tiene en las cotidianidades de esta región y las formas como su contrapunto, es decir, el estar *enmontando*, detener el movimiento, se ha convertido en una

3 En el medio Atrato mis interlocutores se refieren a sí mismos de muchas maneras. Es común el uso de términos como comunidad negra, campesino, chocoanos, atrataños, afrochocoano, afrocolombiano o afroatrataño. En este trabajo opto por el de afroatrataño porque sintetiza dos aspectos que son centrales en las formas como la gente hace la vida en esta región, su historia y sus territorialidades ribereñas.

experiencia significativa que narra los efectos de la guerra desde la perspectiva de mis interlocutores afroatratoños.

La memoria, la guerra y la reconstrucción de la vida están asociadas aquí a las prácticas y dilemas cotidianos, aquello con lo que la gente de Bellavista, Pogue, Quibdó y los demás pueblos del Medio Atrato con quienes he trabajado tienen que lidiar en el día a día. Como un problema que antes que pasar por la idea de la tragedia o el conflicto que acecha a una región puede ser analizado desde lo que está generando. ¿Qué hace hacer a la gente o qué le impide “la entrada de la guerra”? Como veremos en este trabajo, la perspectiva de los afroatratoños sobre los daños y experiencias causadas en medio de la guerra y el reto de reconstruir la vida y un horizonte de paz colocan, sobre todo, un debate sobre la transformación de las relaciones que son establecidas entre territorio y vida, tal como es comprendida por ellos, donde cuerpos, plantas, ríos, santos, muertos y demás agentes están involucrados.

El texto está estructurado en cuatro partes. La primera realiza un contexto rápido sobre el impacto desproporcionado que la guerra en Colombia ha tenido para las comunidades negras y sus territorios. La segunda parte describe “la entrada de la guerra” en la región del Medio Atrato y las experiencias asociadas a detener el movimiento o estar *enmontados*. La tercera parte recorre las formas de resistencia asociadas al movimiento, al *embarcarse*. Y para finalizar, la cuarta parte cierra con una reflexión sobre las singularidades de la memoria y las experiencias en medio de la guerra como retos para la implementación de perspectivas diferenciales en contextos de postconflicto.

Comunidades negras en medio de la guerra en Colombia

En Colombia se estima que un 10,5 % de la población se reconoce como negra,⁴ de este porcentaje la gran mayoría está concentrada en áreas urbanas y

4 Los problemas de invisibilidad estadística de esta población han sido detallados por varios autores y organizaciones del movimiento afro. Ver: “Territorio y conflicto desde la perspectiva del Proceso de Comunidades Negras PCN; Colombia. Reporte Final del Proyecto PCN-LASA Otros Saberes, ‘El derecho al territorio y el reconocimiento de la comunidad negra en el contexto del conflicto social y armado desde la perspectiva del Pensamiento y acción Política, Ecológica y Cultural del Proceso de Comunidades Negras de Colombia’”, Proceso de Comunidades Negras, PCN, Cali, 29 de febrero de 2008, https://otrossaberes.lasaweb.org/uploads/colombia-report_001.pdf.

en la región del Pacífico. “El censo del 2005 arroja una población total para el país de 41.468.384 habitantes, de ellos el 10,5 por ciento, es decir 4.354.180 personas, se autoreconocieron como raizales, palenqueros, negros, mulatos, afrocolombianos o afrodescendientes, frente a un 3,4 por ciento de la población indígena”.⁵ En el departamento del Chocó, que cuenta con 31 municipios y 471 605 habitantes, el 74 % de la gente se reconoce como negra y el 11 % como indígena.

Las condiciones de marginalidad en relación con el resto del país, poco combatidas por las versiones multiculturalistas de la nación, se expresan en resultados como los que citan Claudia Mosquera y Luiz Claudio Barcelos⁶ del estudio del Departamento Nacional de Planeación (DNP) y el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) sobre los logros de los objetivos del milenio en los diversos municipios colombianos. Allí, Mosquera y Barcelos evidencian cómo la región del Pacífico colombiano posee las peores condiciones de vida del país, encontrándose 15 puntos por debajo del promedio nacional, “de 133 municipios de la región, 117 están por debajo del mínimo constitucional de 67 puntos del Índice de Calidad de Vida (ICV). Otra zona de mayorías negras, afrocolombianas y raizales, la región Caribe, es, según el mismo estudio, una de las regiones con las peores condiciones de vida después de la región Pacífica. Mantiene un ICV de 72 puntos, inferior al promedio nacional, estimado en 77 puntos”.⁷

Mieke Wouters⁸ argumenta que la intensificación de la guerra para el caso del Chocó desde finales de la década del 90, especialmente la disputa entre guerrillas y paramilitares, no está asociada exclusivamente a una intensificación generalizada de la guerra en el país, sino también a una serie de intereses

5 Santiago Arboleda Quiñonez, “Los afrocolombianos: entre la retórica del multiculturalismo y el fuego cruzado del destierro”, *Journal of Latin American and Caribbean Anthropology*, Vol. 12, no. 1 (2007): 216.

6 Claudia Mosquera y Luiz Claudio Barcelos, *Afro-reparaciones: memorias de la esclavitud y justicia reparatoria para negros, afrocolombianos y raizales* (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, Unibiblos, 2009).

7 Mosquera y Barcelos, *Afro-reparaciones*, 17.

8 Mieke Wouters, “Ethnic Rights under Threat: The Black Peasant Movement against Armed Groups’ Pressure in the Chocó Colombia”, *Bulletin of Latin American Research*, Vol. 20, no. 4 (2001): 498-519.

económicos, disputas por recursos naturales y grandes proyectos de desarrollo. Todo esto coincide con una fuerte intención de apropiarse de los territorios de las comunidades negras quienes a través de luchas de décadas y con nuevas herramientas legales a partir de 1993 comenzaban a hacer efectivos sus derechos de propiedad colectiva de territorios ancestrales. En el caso del Pacífico sur, Eduardo Restrepo señala que el incremento de los cultivos de coca y los planes de erradicación han sido hechos importantes para comprender el incremento de la guerra en la región y analiza cómo esto ha tenido efectos negativos en los procesos organizativos de la región en términos del tipo de liderazgo, de las estructuras organizativas y del proyecto político.⁹

De igual forma el trabajo de Nicolás Espinosa¹⁰ señala cómo las dinámicas del conflicto armado en esta región están relacionadas con la instauración de nuevos modelos económicos y el despojo de los pobladores locales. Este trabajo evidencia que la entrada paramilitar y las acciones subsecuentes estuvieron relacionadas con, u “orientadas a promover” proyectos económicos de agentes externos a la región. Así una de sus conclusiones es que entre las principales consecuencias que “las acciones paramilitares han dejado en el territorio tienen que ver con la instauración de un modelo de desarrollo económico que responde a intereses externos a la región y que se sustenta en impresentables crímenes de lesa humanidad”.¹¹

Parece imposible, por lo tanto, desligar la guerra de aspectos como las economías extractivas, el narcotráfico y la articulación del Estado con negocios lícitos e ilícitos, que interesados en territorios como los del Pacífico colombiano están desconociendo los pueblos que allí habitan y sus modelos propios de desarrollo y vida. Esta articulación de fuerzas ha desembocado en casos de extrema violencia como lo fue la masacre de Bojayá en el año 2002. Esto pone en evidencia una paradoja en un país que a pesar de que propone construir

- 9 Eduardo Restrepo, “Armed Conflict and the Organizing Process of Black Communities in the Colombian South Pacific”, Visiting Resource Professor del lillas, Universidad de Texas in Austin, Texas February-March, 2010.
- 10 Nicolás Espinosa, “Impactos del paramilitarismo en la región de Urabá/Chocó. 1998-2006. Claves para la lectura de las afectaciones Colectivas”, *El Ágora*, Vol. 12, no. 2 (2012): 289-327.
- 11 Espinosa, “Impactos del paramilitarismo”, 323.

una nación pluriétnica y multicultural al momento de hacer efectivos los derechos aparecen múltiples impedimentos que están asociados a marginaciones históricas y sistemáticas.

En Colombia la Ley 70 de 1993 reconoció los derechos de pertenencia de las comunidades negras sobre sus territorios a través de una estrategia de titulación colectiva de territorios ancestrales. Esta ley ha sido considerada como “una de las reformas agrarias recientes más importante en América Latina (...) y una forma novedosa de reparación colectiva dirigida al legado de esclavitud”.¹² Sin embargo, se ha señalado como una gran paradoja la situación que enfrentan estas comunidades, quienes con un reconocimiento formal del derecho de propiedad, autonomía y autodeterminación sobre sus territorios experimentan la intensificación de las presiones desde la guerra, las acciones de economías extractivistas y la presencia de narcotráfico; todos fenómenos articulados que se reconocen como fuerzas que impiden hacer efectivo aquello proclamado en la Ley 70.¹³

En el año 2009, en los Autos 04 y 05, la Corte Constitucional colombiana señaló el “impacto desproporcionado” que han vivido las comunidades afrocolombianas e indígenas víctimas del desplazamiento forzado en el contexto del conflicto armado en el país. En estos Autos la Corte resalta factores como: (i) una exclusión estructural de la población afrocolombiana que la coloca en situación de mayor marginación y vulnerabilidad; (ii) la existencia de procesos mineros y agrícolas en ciertas regiones que impone fuertes tensiones sobre sus territorios ancestrales y que ha favorecido su despojo y, (iii) la deficiente protección jurídica e institucional de los territorios colectivos de los afrocolombianos, lo cual ha estimulado la presencia de actores armados que amenazan a la población afrodescendiente para que abandonen sus territorios.¹⁴

12 César Rodríguez Garavito, Tatiana Alfonso Sierra e Isabel Cavalier Adarve, *El desplazamiento afro-tierra, violencia y derechos de las comunidades negras en Colombia* (Bogotá: Universidad de los Andes, Facultad de Derecho, CIJUS, Ediciones Uniandes, 2009), 3.

13 Wouters, “Ethnic Rights”; “Armed Conflict”, Restrepo; Arboleda Quiñonez, “Los afrocolombianos”; Ulrich Oslender, “Espacio lugar y movimientos sociales: hacia una espacialidad de resistencia”, *Scripta Nova, Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*, no. 6 (2002): 105-32.

14 Corte Constitucional citada en Rodríguez Garavito, Sierra y Cavalier Adarve, *El desplazamiento afro-*

A pesar de las diversas manifestaciones de la Corte, los esfuerzos y las acciones emprendidas por las instituciones siguen siendo precarias y en muchos casos inexistentes. En palabras de Arturo Escobar, “La vulneración masiva de los derechos de las comunidades afrodescendientes, por otro lado, no está adecuadamente reconocida por las políticas legales y estatales, muchas de las cuales resultan inconstitucionales cuando se las mira a través de las diversas normatividades nacionales e internacionales”.¹⁵ En lo que va del año 2014 varias organizaciones e instituciones han hecho un llamado urgente para analizar y atender, más allá de la ayuda humanitaria, regiones como el Pacífico colombiano donde en los últimos 15 años la guerra continua agudizándose y transformándose.

En julio del 2014, las organizaciones indígenas, afrodescendientes y las diócesis de Quibdó, Itsmina y Apartadó se reunieron con los delegados de la oficina de la Organización de las Naciones Unidas (ONU) para los derechos humanos y la Defensoría del Pueblo para elaborar un documento donde se le recordara al país y al mundo sobre la continuidad de la crisis humanitaria que vive el Chocó. Estas organizaciones resaltaron temas como la seguridad alimentaria, la inoperancia del sistema de salud, la persistencia de amenazas de diversos actores armados, la minería ilegal y la inexistencia de enfoques diferenciales en los modelos educativos, entre otros.¹⁶

Mientras se concluía este ensayo, la Defensoría del Pueblo publicó un informe donde resalta que, a partir del análisis de cifras oficiales, es posible identificar que “los cuatro departamentos del litoral pacífico concentraron el 63,4 % del desplazamiento por hechos ocurridos durante el año 2013, y el Chocó tuvo el 6,7 % de las víctimas por este hecho victimizante”.¹⁷ Adicionalmente en un comunicado el defensor hizo un llamado a las instituciones del Estado para revisar su accionar en departamentos como el Chocó. Allí la defensoría

15 Arturo Escobar citado en Libia Grueso y Juliana Galindo, *Comunidades negras y procesos de Justicia y Paz en el contexto del estado de cosas inconstitucional* (Bogotá: Deutsche Gesellschaft für Internationale Zusammenarbeit [GIZ], GmbH, 2011), 9.

16 Semana, “La crisis humanitaria que vive Chocó”, *Semana*, 10 de julio de 2014, <http://www.semana.com/nacion/articulo/choco-esta-en-crisis-humanitaria/395103-3>.

17 Defensoría del Pueblo, *Crisis Humanitaria en el Chocó. Diagnóstico, valoración y acciones de la Defensoría del Pueblo* (Bogotá: Imprenta Nacional, 2014), 10.

apunta a las formas como el Estado constituye un actor que “revictimiza” a las poblaciones locales con la incompetencia, desinterés o incapacidad para atender sus necesidades:

La vulnerabilidad de esos grupos étnicos, que representan el 96 % de los habitantes del departamento, se ha visto agravada por la lánguida respuesta del Estado, que ha sido incapaz de revertir la crisis. Justamente, el defensor del Pueblo, Jorge Armando Otálora, acaba de firmar una resolución en la que denuncia graves falencias en las actuaciones de las instituciones encargadas de atender a la población. Una de las que sale peor librada es, paradójicamente, la Unidad de Víctimas, que según la Defensoría no ha avanzado en la realización de las consultas previas para definir con las comunidades la manera como serán reparadas colectivamente, lo cual “no responde a las necesidades urgentes de atención y reparación”.¹⁸

De otro lado, como lo señala el informe de la Procuraduría del 2007 citado por Libia Grueso y Juliana Galindo, más allá de las cifras, una de las formas más corrientes de victimización de los grupos étnicos en Colombia tiene que ver con el control territorial ejercido por los actores armados y las disputas de diversos órdenes a nivel local, lo cual “restringe la libertad de movilización, el acceso a los recursos de subsistencia y la conformación de redes alimentarias y cooperativas, así como a los requerimientos para la práctica de la medicina tradicional. La ocupación y militarización de los territorios étnicos, las desapariciones, las ejecuciones extrajudiciales y las detenciones arbitrarias, entre otras conductas”.¹⁹ Por lo tanto, la guerra y su degradación también están relacionadas con la incapacidad política e institucional del Estado de proteger los derechos territoriales de las comunidades negras, amenazando el proceso adelantado por las organizaciones negras de la región y la efectiva implementación de los derechos consagrados en la Ley 70.²⁰

18 Redacción Judicial, “‘El Estado revictimiza al Chocó’: Defensoría”, *El Espectador*, 30 de septiembre de 2014, <http://www.elespectador.com/noticias/judicial/el-estado-revictimiza-al-choco-defensoria-articulo-519900>.

19 Grueso y Galindo, *Comunidades negras*, 35.

20 Restrepo, “Armed Conflict”.

Esas disputas territoriales contrastan con las antiguas imágenes de esas zonas como lugares marginales, malsanos y con pocas posibilidades de acceso a dinámicas de “desarrollo” y procesos “civilizatorios”.²¹ Hoy, por el contrario, resultan “estratégicos para la economía lícita e ilícita del mundo. Coca, fumigaciones y palma africana para la producción de aceite se disputan los territorios, tráfico de armas y el avance de los megaproyectos completan un siniestro cuadro que en la práctica tiende cada vez más a arrebatar los territorios titulados a las comunidades”.²²

La Asociación Nacional de Afrocolombianos Desplazados (AFRODES), organización que lucha por el bienestar y el reconocimiento de la población negra en situación de desplazamiento, señala que provocar procesos de desplazamiento forzado “constituye una estrategia deliberada contra el pueblo afrocolombiano en su conjunto, no se trata de una práctica que se oriente a vulnerar en forma individual los derechos de las personas que compartimos una condición étnica. La meta de los actores armados y los agentes económicos (legales e ilegales) consiste en desterrarnos de los territorios ancestrales o despojarnos del ejercicio autónomo de los derechos étnico-territoriales consagrados en las leyes y los instrumentos internacionales suscritos por el Estado colombiano”.²³

Este posicionamiento da cuenta de la forma en que la guerra en Colombia ha tomado estrategias de exterminación de pueblos y comunidades enteras, para la apropiación de recursos y territorios estratégicos. Y evidencia las interrelaciones existentes entre la discriminación racial, la exclusión y procesos como el desplazamiento forzado, interrelaciones que perpetúan violencias y órdenes raciales excluyentes.²⁴

Aquí, los análisis de Mónica Espinosa sobre el genocidio también son centrales, en ellos se propone pensar los efectos, en el presente, de las violencias

²¹ Arboleda Quiñonez, “Los afrocolombianos”.

²² *Ibid.*, 219.

²³ Asociación Nacional de Afrocolombianos Desplazados, AFRODES, “Los derechos humanos en los afrocolombianos en situación de desplazamiento forzado” (Informe presentado al Comité para la Eliminación de la Discriminación Racial [CERD] en su 75 Período de Sesiones en que se considerará el Informe presentado por el Estado Colombiano, Bogotá, 2009), 4.

²⁴ AFRODES, “Los derechos humanos”.

epistémicas configuradas durante largos procesos históricos. Esta autora aborda las estrechas relaciones entre colonialidad, modernidad y genocidio, revelando un “vínculo profundo, pero habitualmente silenciado, entre discursos y prácticas civilizatorias y valores genocidas”.²⁵ El problema del genocidio está latente en la representación misma que se hace del indio o del negro, y es dinamizado por unas experiencias históricas de alterización, jerarquización social y exclusión. “El concepto de genocidio cultural (o etnocidio) no se refiere simplemente a asesinatos en masa, sino, sobre todo, al acto de eliminar la existencia de un pueblo y silenciar su interpretación del mundo”.²⁶

Por lo tanto, hablar de la guerra en Colombia como una forma de genocidio no significa exclusivamente demostrar con estadísticas la desaparición de un pueblo, significa también comprender la violencia simbólica que implica la constante violación de sus derechos, el irrespeto a sus formas de vida y la cooptación de sus libertades. “Más allá de sus manifestaciones observables, la violencia involucra, entonces, el problema implícito de nombrar, interpretar y silenciar la diferencia”.²⁷ Para comprender las experiencias en medio de la guerra en el presente, en el caso de las comunidades negras e indígenas, es clave repensar esa experiencia histórica de violencias superpuestas de las que habla Mónica Espinosa, pensar las taxonomías coloniales de inferioridad y su arraigo en situaciones de injusticia y desigualdad en la sociedad contemporánea.²⁸

La guerra para las comunidades negras ha significado entonces no solo desplazamientos forzados y despojo de tierras, también, la transformación de las territorialidades propias y de las relaciones que estas comunidades tienen con sus territorios ancestrales. Como lo recuerdan Grueso y Galindo, “La violación del derecho al territorio y las consecuencias expresas en el desplazamiento forzado se traducen en altos impactos negativos para las comunidades negras

25 Mónica Espinosa, “Ese indiscreto asunto de la violencia. Modernidad, colonialidad y genocidio en Colombia”, en *El giro decolonial: reflexiones para una diversidad epistémica más allá del capitalismo global*, comps. Santiago Castro-Gómez y Ramón Grifone (Bogotá: Siglo del Hombre Editores, Universidad Central, Instituto de Estudios Sociales Contemporáneos y Pontificia Universidad Javeriana, Instituto Pensar, 2007), 273.

26 Espinosa, “Ese indiscreto asunto”, 274.

27 Ibid.

28 Espinosa, “Ese indiscreto asunto”.

por la relación establecida con el territorio como la base de su existencia y de la vida colectiva”.²⁹ Para los afroatrataños, y podríamos decir para los afrochoconos en general, el territorio y las relaciones que con él se establecen a través del parentesco, el movimiento social, las prácticas religiosas, terapéuticas y las estrategias de subsistencia constituyen elementos claves para el desarrollo y la creación de lo que ellos llaman “vida sabrosa”. Hacer de la vida algo sabroso implica entonces la posibilidad de establecer unas relaciones particulares con el territorio. Aquí nos concentraremos específicamente en el movimiento.

En lo que sigue nos detendremos en dos formas de describir la relación con el movimiento en las territorialidades afroatratañas: el estar *embarcado* o *enmontado*. Analizar estas formas como las comunidades describen su relación con el territorio en tiempos de guerra nos permitirá evidenciar cómo, incluso en las estrategias o intervenciones que se proponen resarcir y reparar a las víctimas, muchas veces se acaban violentando las formas de habitar y los modos de vida de estas comunidades, sumando a violencias históricas y sistemáticas. En este sentido consideramos que la construcción de un enfoque claro de respeto por la diferencia y los modos de existencia de estas comunidades continúa siendo un reto para las instituciones y organizaciones que se deparan con la implementación de políticas de justicia transicional y consolidación de un escenario de postconflicto.

Enmontados

Los afroatrataños dicen que el contacto con los forasteros que comenzaron a llegar con “la guerra” ha sido diferente al contacto con otro tipo de gente que ha llegado a sus territorios o ha transitado por ellos a lo largo de su historia. “Esa gente vino para quedarse”, así se refieren muchos de los afroatrataños a la guerrilla y a la transformación de su presencia en la región a finales de los años 90 cuando se intensificó la entrada de los grupos paramilitares por el bajo Atrato y la disputa por estos territorios entre diversos ejércitos.

La presencia de “esos forasteros que llegaron para quedarse” ha implicado, entonces, grandes transformaciones para los afroatrataños, “antes ellos

transitaban por aquí, pedían algún favor, nosotros le dábamos agua o lo que fuera y seguían su camino, ellos no tenían nada que ver con nosotros”.³⁰ Esa relación de distancia política permitía lidiar de cierta manera con esa presencia intermitente, así como con la presencia intermitente o la ausencia total de las fuerzas militares del estado. Hoy la historia es diferente, y es ahí en esa diferencia, en los efectos aparentemente menores de una presencia e interferencia en las cotidianidades, donde la gente siente la presión más fuerte de la militarización de sus vidas y sus territorios, hasta el punto de decir que bajo esas condiciones ellos no están logrando ser más el pueblo que siempre han sido, sus vidas, las relaciones entre amigos, parientes, ríos y pueblos están marcadas por esa nueva presencia y están atentando contra sus modos de existencia.

Diversos grupos hacen presencia en la región desde hace varias décadas, la más significativa es la presencia de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC). A partir de 1996 la presencia de las autodefensas transformó las dinámicas de disputa entre ejércitos legales e ilegales. Diferentes autores coinciden en señalar que la intensificación de la guerra en el Chocó está fuertemente asociada a las políticas militaristas y de “combate a la guerrilla” impulsadas durante la presidencia de Álvaro Uribe y su política de “seguridad democrática”, inversión centralizada en el fortalecimiento del aparato militar, vínculos entre militares y paramilitares, comandantes vinculados con masacres, políticos financiados por narcotraficantes y paramilitares, todo parte de ese escenario que configuran “los Armados” y donde la guerra no se ha traducido ni en mayor seguridad en términos de libre movilidad y acción, y mucho menos en términos de seguridad social.³¹

La presencia de “los Armados” de diversa índole ha impuesto nuevos órdenes políticos y sociales que chocan con los órdenes propios de las comunidades afrochocoanas, indígenas y mestizas de la región, modalidades de apropiación del territorio y relaciones de autoridad profundamente jerárquicas son dos de

30 Nota de los editores: las expresiones locales, transcripciones de entrevistas y conversaciones aparecen en este capítulo entre comillas o acotadas con sangría a lado y lado, sin referencias a pie de página, a menos que se indique el origen más preciso del testimonio.

31 Para un análisis más amplio sobre las dinámicas del paramilitarismo en las regiones de Urabá y Chocó ver: Espinosa, “Impactos del paramilitarismo”.

los principales elementos que han traído grandes consecuencias a las cotidianidades de los habitantes de esta región.

Lo que se viene experimentando la última década puede describirse como una “tensa calma”³² donde aparentemente la presencia de fuerzas armadas del estado brinda seguridad en la región. Sin embargo lo que se ha visto es la continuidad de nuevas formas de violencia de estado, la continuidad de la confrontación entre diversos grupos y la transformación de las estructuras paramilitares en nuevos grupos armados al servicio del narcotráfico, la minería ilegal, los empresarios de palma, entre otros.³³

El caso del municipio de Bojayá y sus experiencias de violencia, despojo y desarraigo ha sido presentado como un caso emblemático del horror de la guerra en Colombia, no solo por las características de la región, el reconocimiento étnico de sus poblaciones y las características de extrema crueldad que identificaron la masacre perpetrada por las FARC en medio de enfrentamientos con los paramilitares el día 2 de mayo de 2002, sino también por todos los procesos desencadenados después de dicho acontecimiento. Bojayá fue mostrado años después, con la llegada de innumerables procesos de intervención por parte del Estado y organizaciones no gubernamentales (ONG), como un caso de restablecimiento y reconstrucción ejemplar. Sin embargo, los mismos habitantes cuestionan estas clasificaciones desde sus experiencias presentes y sus memorias.

El municipio de Bojayá y, especialmente, su cabecera municipal, Bellavista, constituye un contexto donde se conjugan experiencias límite de la masacre, el desarraigo y el retorno, y en el que se debaten constantemente los sentidos asignados a dichos acontecimientos. En palabras de Gonzalo Sánchez, “La memoria de la masacre de Bojayá, ha sido convertida en un lugar significativo

32 Pilar Riaño and Erin Baines, “The Archive in the Witness: Documentation in Settings of Chronic Insecurity”, *The International Journal of Transitional Justice*, Vol. 5, no. 3 (2011): 421-2.

33 La minería ilegal controlada por actores armados es una de las realidades más complejas que enfrenta hoy todo el departamento del Chocó. Ver: Semana, “Aumento de minería ilegal en Chocó pone en jaque situación de la región”, *Semana*, 2 de julio de 2014, <http://sostenibilidad.semana.com/medio-ambiente/articulo/aumento-mineria-ilegal-choco-pone-jaque-situacion-region/31467>.

de la historia del conflicto colombiano y en cuanto tal es y seguirá siendo objeto de disputa”.³⁴

El desplazamiento masivo de las poblaciones locales hacia la capital del departamento del Chocó y el posterior proceso de retorno de gran parte de las personas constituyen procesos que marcaron la vida de estas personas, sus prácticas cotidianas, sus duelos, su relación con el territorio y su relación como comunidad.

“A partir del 11 de mayo todas estas comunidades decidieron desplazarse, primero hasta Vigía y Buchadó, y desde allí hasta Quibdó. En mayo de 2002, llegaron a la cabecera departamental alrededor de 5.771 personas en situación de desplazamiento forzado –equivalente a unas 1.744 familias–, provenientes tanto de Bellavista y Vigía del Fuerte, como de otros corregimientos”.³⁵

El diseño del nuevo pueblo transformó de manera significativa el paisaje municipal y cambió la condición ribereña del pueblo. En el antiguo Bellavista, la cercanía al río permitía divisar el paso de las lanchas, la salida y llegada de la gente; el río era el lugar de encuentro, de despedidas y recibimientos; era un eje de la vida comunitaria, como lo recuerda Martha Nubia Bello: el río “(...) constituye un elemento que brinda autodefinición, pertenencia y clasificación en las relaciones sociales y espaciales (...)”.³⁶

El río como eje de la vida social, como espacio simbólico, fue también “desplazado” en la nueva configuración territorial. Como lo expone Anne-Marie Losonczy en su etnografía, en la región existe un componente simbólico importantísimo asociado a la dimensión territorial de la ribera, el río es central en la forma de organización social de los pueblos chocoanos.³⁷ Estos elementos se traducen, posteriormente, en cambios radicales de las prácticas sociales y culturales y se conjugan además con una militarización de la vida

34 Gonzalo Sánchez, Prólogo de *Bojayá. La guerra sin límites*, Grupo de Memoria Histórica (Bogotá: CNRR, Ediciones Semana, Taurus, 2010), 20.

35 Grupo de Memoria Histórica, Comisión Nacional de Reparación y Reconciliación, CNRR, *Bojayá. La guerra sin límites* (Bogotá: CNRR, Ediciones Semana, Taurus, 2010), 77.

36 Grupo de Memoria Histórica, CNRR, *Bojayá*, 197.

37 Anne-Marie Losonczy, *Les Saints et la Forêt. Rituel, Société et figures de l'échange entre noirs et indiens Emberá Chocó, Colombie* (Paris: L'Harmattan, 1997).

cotidiana después del retorno. Prohibiciones de circulación por el río en ciertos horarios, lógicas de control de entrada y salida de productos y alimentos, la presencia constante de hombres armados en su territorio han sido elementos destacados de esa militarización de la vida diaria.

El informe del grupo de Memoria Histórica de la Comisión Nacional de Reparación y Reconciliación (CNRR) señala, de otro lado, cómo esa mudanza a un nuevo pueblo estuvo marcada por una gran cantidad de proyectos, obras e intervenciones, en su mayoría desarrolladas de forma descoordinada y descontextualizada. En consecuencia, el informe sobre la masacre señala que la dimensión de los daños culturales es central para comprender cómo ha afectado la guerra a las comunidades negras e indígenas de esa región, sus formas de vida y de resistir a amenazas históricas.

Bojayá y su pueblo nuevo

La creación del pueblo nuevo y la reubicación fueron motivo de polémica y conflictos desde el inicio. La gente recuerda que en la primera reunión que tuvieron con representantes del gobierno se propuso hacer un mejoramiento del pueblo de Bellavista, lugar donde había sido la masacre y que no había sido destruido por completo, a excepción de la iglesia, lugar donde cayó la pipeta. Los bellavisteños cuentan que en ese momento fueron puestos en una encrucijada, la respuesta fue algo así: en zonas de alto riesgo no pueden invertirse dineros públicos, así que la intervención debía ser la reubicación del pueblo a una distancia prudente del río para no sufrir futuras inundaciones. La gente de Bellavista dice que eso para ellos fue como que les dijeran “o lo toman o lo dejan” y aunque fue un tema bastante debatido, que hasta hoy es asunto de posiciones encontradas y desacuerdos, la gente de Bellavista aceptó.

En el 2007 se desarrolló un programa denominado Reubicación con dignidad por parte de la Presidencia de la República; en el marco de este programa, se reconstruyó en un nuevo territorio, al lado del cementerio, el pueblo de Bellavista. Los constantes incumplimientos en el proceso de reubicación y posterior consolidación del nuevo pueblo llevaron a que los habitantes identificaran este lugar con el nombre de Severá; aunque este nombre entro en desuso, su

sentido continúa vigente después de siete años de la gente haberse mudado al nuevo pueblo, un pueblo para muchos “incompleto, inacabado”.

“El pueblo se dividió más desde que fue la hora de venirse para aquí. Unos no querían venir hasta que no estuviera listo el hospital y el colegio como debía ser. Dicen que a los que se vinieron primero seguramente los presionaron o les dieron plata. Los que se quedaron resistiendo fueron objeto de la habladuría del pueblo. Finalmente la gente se vino cuando llegó el invierno y la inundación, y como se había predicho nunca se terminaron como debía ser ni el hospital ni el colegio”.

Si bien es cierto que para muchos bellavisteños ese pueblo representa una mejoría en sus condiciones de vida, tener una casa de material, calles de pavimento, servicios públicos aunque sea a medias dan cierto sentido de progreso y distinción frente a los otros pueblos en la región contruidos con madera. Para otros, tener una vida con esos nuevos materiales, pero sin medios para la subsistencia, es un absurdo, es un cambio que significa antes que un progreso un retroceso. Algunos dicen que “antes por lo menos había más comida, más abundancia”, ahora hay toda una inversión en la construcción de un pueblo completamente diferente a los de la región, pero muchos “pasan hambre” y pocos se sienten realmente como en casa.

Es algo difícil de describir, es como si tuvieran que estar aprendiendo a vivir una vida nueva, inventando negocios, cosas para vender, donde el dinero de repente se volvió el protagonista, y como dicen las mujeres, “aquí lo que usted no compra, no lo tiene”. Algo muy distinto a lo que se vivía en el antiguo pueblo, donde las relaciones de solidaridad, los intercambios y las estrategias de subsistencia proliferaban. Como cuenta uno de los mayores de Bellavista la gente en el pueblo ha pagado un precio caro por mejorar sus viviendas y las condiciones materiales del pueblo, unas cosas mejoraron pero muchas se perdieron:

Aquí el nivel de vida es otro, para qué decir, el nivel de vida mejoró diga usted en un 25 o 30 %, pero se ha perdido más que todo la cultura, lo que venía uno manejando, la canoa, el canaleta, la atarraya, los anzuelos, esta mujer que es, ella es muy pescadora, acá ya se olvidó eso porque la canoa le queda muy lejos. Antes se sentía como familiaridad, se sentía como familia. Nosotros cosechábamos arroz, pero nadie le pagaba un peso a nadie. Se cambiaba.

Compadre usted qué día de estos va a trabajar: lunes, martes, miércoles; a bueno entonces yo cojo jueves, viernes y sábado. Entonces yo iba donde él y él iba donde mí. Y no solo dos personas, en Puerto Conto hay gente que todavía maneja eso. Usted ve en Puerto Conto en tiempo de cosecha y de un bote lleno de gente, como 60 personas van a trabajarle a una sola persona. La parcela queda lista y ya esa persona queda comprometida a pagarnos.

La abuela Paulina, mi principal anfitriona en el pueblo, cuida su nueva casa con mucho amor, dice que a lo que más le invierte su tiempo es al jardín, para por lo menos estar cerca de las plantas; a pesar de tener agua por días y un lavadero, recoge agua en grandes recipientes y lava su ropa sentada al lado de una ponchera, su rayo y su manduco.³⁸ A pesar de los dolores de reumatismo en su rodilla, todos los días baja a ver el río, y mientras estuve en Bellavista no pasó un día en el que no me hablara de su antigua casa en el pueblo viejo y de la casa de su infancia al otro lado del río: “una casa donde tenía 40 palmas de coco, caimito, aguacate, borrojó, chontaduro, allá nadie pasaba hambre, mi abuela pescaba y mi papá cazaba, todos sembraban su arroz, su colino, caña y maíz... pero eso ya se acabó”. Con estas historias de Paulina aprendí a desconfiar de la narrativa oficial que plantea la pobreza como causa y no como consecuencia del conflicto armado, narrativa que abre paso a las salidas militaristas y la reproducción del ciclo de guerra.

Como recuerda uno de los líderes del Consejo Comunitario Mayor de la Asociación Campesina Integral del Atrato (COCOMACIA), el problema en Bellavista ha sido confundir la reparación con “cambiar el sistema de vida”:

Es que vea, yo lo que creo es que a la gente le sembraron una cizaña ahí, de que la problemática había sido en Bellavista y había que quitar el pueblo de ahí, cambiarles el sistema de vida, pero la gente se... se emocionó con eso; y entonces le hablaban de un proyecto productivo por familia, le hablaban de una vivienda digna, y cuando a uno le hablan de una vivienda digna tiene de todo, debe tener de todo... pero fue lo contrario, creo que mucha gente hoy en día en Bellavista se queja, porque la gente decía, bueno, en el viejo Bellavista teníamos la champa, teníamos la atarraya, teníamos los anzuelos, cómo

38 Instrumentos de madera para fregar la ropa y golpearla mientras se lava.

pescar, la canoa, como ir a la ciénaga y allá tenían su piñalito, su platanito y todo. Yo creo que la gente se emocionó y eso entonces los hizo creer en el cambio de vida, y hoy en día la gente dice, bueno, la verdad es que esa no es la vida que nosotros creímos.

A pesar de todas las transformaciones que trajo la reubicación del pueblo de Bellavista, hoy la gente sigue mirando al río. Bellavista continúa transformándose, no necesariamente desde planes o formas dirigidas. La orilla del río cada vez va tomando la forma de los pueblos ribereños, a un puerto nuevo construido con cemento y la mayoría de las veces solitario se le suma un puerto espontáneo que surge en el barrio Pueblo Nuevo y que todos los días es testigo de la fuerza de la gente para continuar la vida. Los indígenas que viven en Bellavista por más que estén habitando casas aisladas del río no dejan de acudir a él todas las mañanas para sus rituales de aseo, la gente que quiere comer pescado a un mejor precio llega temprano en la mañana a encontrarse con sus vecinos mientras esperan a los pescadores que regresen de la ciénaga de Bojayá con su venta.

Paro armado en Pueblo Nuevo

Una cierta tarde, una indígena llegó al puesto de salud de Bellavista con heridas graves en la cabeza. Ella cargaba un bloque de madera con su marido que se resbaló, ocasionándole a su mujer el triste accidente. La joven que hacía su práctica como médica rural en Bellavista, la única profesional encargada de atender a los habitantes del municipio, solo tenía a su disposición para atender a la indígena los instrumentos precarios del puesto de salud. Si no trasladaban rápidamente a esta mujer hacia Quibdó o Medellín seguramente perdería la vida. Por esos días todo el Chocó se encontraba en medio de la incertidumbre y la tensión por un paro armado decretado por las FARC, las posibilidades de desplazamiento eran nulas y fue así como esta mujer indígena tuvo que ser trasladada al hospital de Quibdó en un helicóptero de los militares.

Ya era el octavo día de paro armado, ninguna embarcación o cualquier otro medio de transporte tenía autorización de las FARC para transitar por la región. Las noticias decían que el impacto de este paro se había propagado por todos los ríos y carreteras del departamento del Chocó. Por esos días,

conversando con mis amigos de Bellavista, visitando sus casas, presenciaba cómo la tensión, el temor y la incertidumbre iban creciendo, los rumores de que el paro armado se extendería por una semana más cada día se hacían más fuertes, ni las champas (embarcación más pequeña que recorre el río), ni los pescadores podrían moverse por el río, mientras tanto en la ciudad de Quibdó se declaraba toque de queda en los barrios, nadie podía estar en la calle después de las nueve de la noche.

Mientras crece la tensión, los rumores crecen igualmente, la gente no circula pero la información no para, los rumores viajan sin ningún obstáculo de un río a otro, de una comunidad a otra dispersando el terror. Se escuchaban historias de una canoa de indígenas quemados por “la loma del sapo”, otros contaban que “algo” había sucedido en la zona del río Opogadó, y a estas noticias, ante todo “inciertas”, se sumaban las noticias ambiguas de la televisión nacional que transmitía la información sobre el paro armado y hablaba de la indiferenciable “zona rural del Chocó afectada”, lo que equivalía a no informar nada para la gente local y aumentar el estado de incertidumbre.

Cuando los rumores iban dispersándose, sus efectos se hacían sentir en la cotidianidad del pueblo. Por los días en que el paro armado estaba por terminar, cuando ya escaseaban los alimentos y la “ración de plátano” había alcanzado más del triple del precio normal,³⁹ la gente del pueblo vecino, Vigía del Fuerte, comenzó a decir que varias personas habían soñado que la guerrilla se tomaba el pueblo, lo que reactivaba inevitablemente la memoria de la masacre del 2 de mayo del 2002 y las tomas guerrilleras del año 2000. Una mujer de Bellavista cuando se enteró de este nuevo rumor me dijo: “con esta situación, la cabeza se le va como creciendo a uno. Yo prefiero acostarme en la cama, encerrarme en mi casa y esperar a que la situación mejore. Si alguna cosa va a suceder, mejor que me coja en la casa tranquila”.

Así, el rumor en un contexto de guerra, donde la movilidad y las prácticas cotidianas se ven alteradas, se vive como un efecto de propagación que como las temperaturas va contagiando, dispersándose, hasta extenderse por diferentes lugares, personas y comunidades. Estos rumores, pero también los

39 Durante el paro una ración de plátano, 32 manos (64 unidades), llegó a valer 80 mil pesos.

acontecimientos violentos y la presencia de los armados que atemoriza, dejan una especie de onda, de réplica, que va propagándose, generando además un efecto temporal donde hay una especie de anticipación de lo que podría suceder, ante lo cual la gente constantemente expresaba: “no queremos otro 2 de mayo”.

Los rumores y el temor que circulaban durante el paro armado en el 2012 venían acompañados de la transformación del paisaje que conlleva la falta de movilidad en esta región, hay un silencio total, no se escuchan motores en el río y en muchos lugares la música en espacios públicos desaparece, los puertos en las diferentes comunidades se paran y ya no hay circulación de comida ni de gente, como cotidianamente sucede, algunas personas contaban que en pueblos cercanos a Bellavista se vieron avisos puestos por las FARC con alusiones a Bolívar, Manuel Marulanda y otros que decían “guerra, sangre y luto”, seguramente avisos alusivos a la motivación de esta acción, ya que en el comunicado que se declaraba el paro la guerrilla manifestaba que se trataba del aniversario de su líder fallecido en el año 2008.

La tensión que se vivió durante el tiempo en que se llevó a cabo el paro armado generaba tal nivel de miedo y naturalización de la violencia que cuando en las noticias nacionales se informó que un importante jurista del país había fallecido, al día siguiente el rumor era que esta persona había sido asesinada en Bogotá. Una historia que recuerda la anécdota de un padre irlandés, que compartió con la gente de Bellavista por los días del paro, alrededor de que algún día en un pueblo, de los muchos que había recorrido de Colombia, una niña le preguntó por su mamá y él le contó que ella ya estaba muerta, a lo cual la niña replicó con la siguiente pregunta: padre y ¿cuándo se la mataron?

Cuando ya estaba a punto de terminar el paro escuché a una persona del pueblo diciendo “bueno ya es justo... esa gente allá hace su plata, entonces ¿qué quieren? Que ellos gocen su riqueza allá y nos dejen a nosotros aquí con su pobreza”. Un llamado a la distancia política que le permita al pueblo vivir libremente, negociar las diferencias y retomar sus prácticas cotidianas en el río, en las parcelas y en la selva. Porque como recuerda el señor Armando, “enmontados en el pueblo, hambre es lo que uno pasa”.

Así, estar *enmontado* hace referencia a la idea de estar “montados en los pueblos”, no tener la libertad de moverse para cultivar y trabajar, visitar parientes y

continuar la vida sabrosa. Es una expresión diferente a “montiando”, que es ir al monte a trabajar, por el contrario montados o *enmontados* remite a la idea de quietud, falta de movimiento, ruptura de las conexiones constantes que hacen la vida de la gente afrotrataña, privación de la libertad. Así, liberar el territorio, desactivar las fuerzas que impiden el movimiento parece ser, entonces, el llamado de los afrotrataños cuando emprenden sus luchas por la vida, cuando hablan de paz y de un territorio sin hombres armados.

Se levantó después de una semana el paro armado, una semana que para todos fue eterna, de nuevo sonaba música en el pueblo. Pero, de repente, pasó un avión rondando el pueblo, y la gente me explicó, “ese es el Kfir”, hasta los niños ya diferencian los distintos tipos de aviones de guerra (el fantasma, la marrana, el Kfir), la música siguió pero la gente decía “esto no está sabroso no... alguna calentura sigue por ahí”.

En el caso de Bojayá estar *enmontado* aparece como un aspecto que narra tanto las experiencias en torno a las dinámicas del conflicto armado y las normatividades impuestas por “los Armados”, como un aspecto que acaba describiendo las consecuencias de un proceso particular de intervención con miras a la reparación y restablecimiento de la población después de la masacre del 2 de mayo. Detener el movimiento, como eje vital de las comunidades afrotratañas, parece ser entonces una característica tanto de las prácticas asociadas al discurso de la paz como de las asociadas al discurso de la guerra en la experiencia de la gente afrotrataña.

Para la gente con la que compartí su cotidianidad la guerra es una situación en medio de la cual la vida “continúa” a pesar de todo, en medio de la cual la gente reinventa, recrea y pone a prueba sus formas de lidiar con diferentes fuerzas. Para el caso de las comunidades afrotratañas como veremos en el aparte que sigue, las luchas por la vida y el territorio se tejen en una compleja relación con el movimiento, la posibilidad de estar *embarcados*, transitar el río, viajar de una comunidad a otra y de esa manera darle vida y fuerza a su propio movimiento social, la familia aciática o la COCOMACIA.

Embarcados

Es a partir de la titulación en 1996 que la organización de los años 80 llamada la Asociación Campesina Integral del Atrato (ACIA) toma la forma de Consejo

Comunitario Mayor del Medio Atrato (COCOMACIA). En este se encuentran agrupados hoy los 124 consejos comunitarios que hacen las veces de autoridades locales en cada una de esas 124 comunidades negras de la región. Este territorio colectivo tiene la particularidad de haber sido concebido y titulado desde la perspectiva de la cuenca del río Atrato, articulando espacios que aparecen divididos en el ordenamiento territorial de la nación como departamentos y municipios diferentes. Así, el territorio de COCOMACIA está ubicado en dos departamentos (estados) de Chocó y Antioquia, y en cinco municipios, dos de Antioquia, Vigía del Fuerte y Murindó, y tres del Chocó, Quibdó, Medio Atrato y Bojayá. A su vez, este territorio fue dividido por la organización en nueve zonas, en su mayoría correspondientes a cuencas hidrográficas, con representantes en cada una, quienes a su vez conforman la junta directiva de la organización.

Un aspecto importante del trabajo de los líderes de COCOMACIA tiene que ver con su identificación con la vida campesina. A pesar de cumplir sus tareas como líderes, muchas veces viviendo en Quibdó, la mayoría reconoce que siguen siendo campesinos, que en sus comunidades tienen “su colino, su champa y sus parientes”. La posibilidad de moverse constantemente entre los dos espacios, el de la ciudad y el del campo, sigue activando esa idea de estar *embarcado* donde los chochoanos encuentran la vitalidad.

Eventos como los “encuentros zonales y las asambleas” han permitido relacionar más a la gente, al estilo de la movilización que estimula dentro de una misma cuenca o entre ríos más cercanos un velorio, una novena de muerto o una fiesta patronal; así mismo, las asambleas y los encuentros zonales “juntan” al pueblo, promueven que de cada comunidad o caserío se embarquen algunos representantes y lleguen para compartir y socializar preocupaciones y apuestas. Como cuenta Ereisa, líder de la zona 8, en el río Bojayá, estos espacios van integrando a los que empezaron a denominarse Consejos Comunitarios Locales después de aprobada la Ley 70, no se trataba de pensar el medio Atrato como un todo, sino de articular y que los problemas de un río o de una comunidad fueran de interés para las demás: “Entonces inmediatamente si se le presenta un problema a usted, vamos a tratar todos unidos a ver cómo lo resolvemos o cómo se defiende la personalidad

de cada uno, o la vida de cada uno de nosotros. Esa ha sido una de las experiencias valiosas^{39,40}

Los comités zonales son una de las instancias organizativas de COCOMACIA y reúnen a representantes de los consejos comunitarios de cada zona. Estos comités realizan los encuentros zonales que tienen lugar cada año para discutir los diferentes problemas e intereses de la zona. Cada tres años en ese encuentro zonal se convoca a elecciones para definir quiénes serán los candidatos para representar a la zona en la junta directiva. Con sus candidatos cada zona llega a la asamblea general trianual y participa de la votación general. Los encuentros zonales también pueden ser desarrollados de manera extraordinaria para tratar situaciones de emergencia que afectan a alguna comunidad, en caso de no resolver en esta instancia las dificultades, deben ser llevadas a la junta directiva del consejo mayor o ser discutidas ante la máxima autoridad que sería la Asamblea General. Esta dinámica, que va constantemente de la instancia más pequeña, el consejo comunitario local en cada comunidad, a los comités y encuentros zonales que retoman esa pertenencia al río, hasta la Asamblea General y la junta directiva con representantes de cada zona, está también acompañada de una serie de comisiones especiales que buscan trabajar temas transversales a todo el territorio. Estas comisiones son la de relaciones interétnicas, de género, autonomía y territorio y economía solidaria.

Para lograr el propósito de continuar conectando ríos y gente se requiere comprometerse y disponerse a viajar, a moverse por el territorio durante el trabajo organizativo. Esta condición la explican algunos líderes diferenciando las formas del trabajo comunitario por el tipo de liderazgo asumido. Aníbal de la comunidad de Puné distingue entre líderes económicos y líderes comunitarios. Los primeros serían los líderes de las cabeceras municipales, de las alcaldías, personas que trabajan como funcionarios públicos y que están supeditadas a los favores que se deben con X o Y que votó por ellas, a las órdenes de un concejal o de un alcalde y que reflejan principalmente un interés personal más que colectivo. En el segundo caso, cita como ejemplo a los líderes de COCOMACIA, esos serían los líderes comunitarios: “el sentido familiar de este

40 Ereisa, líder de la zona 8, en entrevista con la autora, noviembre de 2012.

espacio hace que los líderes sean gente que está dispuesta a luchar sin depender de un sueldo o una posición o un reconocimiento. Hay veces ni el mismo pueblo de uno reconoce lo que uno ha luchado, pero eso es lo de menos, lo importante es el deber cumplido.”⁴¹

Para muchos líderes el compromiso se deriva de que la ACIA ha sido su principal espacio de formación. Ereisa describe la oportunidad de trabajar y hacer parte de COCOMACIA como tener “una buena relación organizativa, familiar y comunitaria”. Existe un sentido de reciprocidad necesaria con estos espacios, pues fue allí donde ellos pudieron continuar su formación y extender mucho más las relaciones entre toda la región:

la COCOMACIA es mucho lo que le ha dado a los pueblos atrateños, al pueblo campesino. La COCOMACIA ha sido como una escuela de formación, una escuela como uno dice “la universidad de la vida”, porque ahí todo el mundo ha tratado de educarse, todo el mundo se ha concientizado y como le digo, estar ahí es una experiencia maravillosa. Cuando yo estoy en los encuentros zonales yo digo, la COCOMACIA ha hecho unos regalos muy grandes, porque nosotros hemos conseguido las relaciones, que es algo muy importante para uno. Porque hoy que estamos viviendo en un país de un desorden público, no es orden sino un desorden público. No es lo mismo cuando yo me transporto de aquí a Murindó, que hasta por el lado de Antioquia tiene relación la organización, y uno llega a cualquier pueblo y uno va con esa confianza de que en cada pueblo conoce uno a una persona y otro lo conoce a uno, entonces ya uno se siente como seguro, no desprotegido sino con una seguridad.

Es una relación entre compadres y entre hermanos, porque eso ha sido como una familia. La COCOMACIA no es como una organización, sino que es como una familia, porque todo el mundo siente el afecto, no solamente la relación, sino el afecto de una persona con la otra. Como en una familia hay problemas, pero igual se sienta uno, siempre hay una persona que diga, nosotros no podemos seguir con el problema, nosotros tenemos que sentarnos y ver cómo se arregla el problema. Así se maneja en la COCOMACIA.⁴²

41 Anibal, comunidad Puné, en entrevista con la autora, septiembre de 2012.

42 Ereisa, líder de la zona 8, en entrevista con la autora, noviembre de 2012.

Entonces quien está dispuesto a *embarcarse*, a moverse, a ir de una comunidad a otra sirviendo de puente entre campesinos, autoridades, entre campo y ciudad, es quien está comprometido porque se siente parte de la familia aciatina. Esta idea del trabajo político y comunitario como movimiento, como extensión de las relaciones y como estrategia primordial para habitar el territorio y defenderlo, está plasmada en la estrategia de la “gira” y del “acompañamiento”, así como en las acciones concretas y movilizaciones como el Atratiando o la Minga Interétnica.

La gira en asocio con diversas organizaciones o instituciones es una de las estrategias y actividades cotidianas de los líderes de COCOMACIA. Constantemente COCOMACIA está visitando a las comunidades de los diferentes ríos, estas giras se hacen siempre con los representantes de la zona o la comunidad y tienen como fundamento la idea de que para implementar cualquier tipo de medida o política dentro de la organización esta debe ser consultada y analizada desde el río, desde la comunidad. Cuando hay emergencias de algún tipo o denuncias desde alguna zona, se programan giras para visitar el territorio, ser testigos de la situación, acompañar y decidir qué medidas tomar. Así las giras son viajes, visitas narradas como *embarcarse* o “entrar y salir” de las comunidades y ríos, “entramos al Bojayá”, “nos embarcamos para el Opogadó”.

El Atratiando y la Minga Interétnica fueron dos espacios que retomaron el concepto de la gira para realizar grandes movilizaciones de resistencia ante el confinamiento y el bloqueo impuesto mediante presiones por los actores armados presentes en el territorio. Para volver a ganar el río que poco a poco iban perdiendo, los afroatratoños deciden, de nuevo, *embarcarse* y resistir.

Atratiando: “por un buen trato en el río Atrato”

El Atratiando de noviembre del 2003 fue una movilización impulsada por diferentes organizaciones, como la ACIA, la Asociación de Cabildos indígenas Emberá Waunan (OREWA), la Asociación de Consejos Comunitarios y Organizaciones del Bajo Atrato (ASCOBA) y las diócesis de la región. Consistió en retomar el río realizando un recorrido desde la ciudad de Quibdó hasta Riosucio, trayecto que desde 1996 había sido bloqueado por la restricción a

la libre navegación que se dio con la entrada de los paramilitares,⁴³ situación que afectó el contacto intenso que históricamente tenían las comunidades del Atrato con las regiones del Caribe y Urabá.

Muchos describieron el recorrido como una peregrinación por la vida y la paz, este contó con la participación de cientos de personas, algunos por momentos se sumaban a la caravana mientras otros, como es costumbre en el Atrato, recibían a los que llegaban a sus pueblos con grandes atenciones. Inspiradas en esta movilización, otras comunidades han querido desarrollar acciones similares por los ríos subsidiarios como el Bojayaciando del río Bojayá, resistiendo a los paros armados y bloqueos que los actores armados continúan realizando, sin embargo no se han concretado hasta el momento.

En otras regiones del departamento se han replicado experiencias similares. Durante el mes de septiembre del presente año se llevó a cabo en la cuenca del río Baudó la movilización “Baudoseando”.⁴⁴ De nuevo una forma de retomar los espacios arrebatados por la guerra y los armados, re-habitar el río y reactivar el movimiento, estrategias fundamentales para la creación de “otros modos posibles” de resistir y hacer política en territorios sitiados por el terror.

Minga Interétnica

Del 28 de abril al 2 de mayo del 2005 se realizó en el municipio de Bojayá la Minga Interétnica. Tres años después de la masacre el territorio estaba bajo “la protección” del Estado con los militares pero las amenazas continuaban y en muchos casos se incrementaron. Entonces desde COCOMACIA y la Comisión de Vida, Justicia y Paz de la diócesis se propone realizar una Minga Interétnica, que recorra todo el territorio e identifique la situación vivida por los habitantes de los ríos, algunos de ellos ya en situación de desplazamiento y otros viviendo bajo fuertes amenazas.

43 Paco Gómez Nadal, *Los muertos no hablan. Bojayá, una década (2002-2012)* (Quibdó: Fundación Universitaria Claretiana, 2012), <https://www.traficantes.net/sites/default/files/pdfs/los-muertos-no-hablan.pdf>.

44 Ver: <http://www.tierradigna.net/index.php/nuestro-trabajo/47-defensa-territorial/pesca-arte-sanal/documentos-p/pd-p/142-encuentro-multi-actor-en-baudo-choco>; Óscar Gúesguán Serpa, “No cesa la guerra en Baudó”, *El Espectador*, 15 de agosto de 2014, <http://www.elespectador.com/noticias/nacional/no-cesa-guerra-baudo-articulo-510728>.

La minga hace referencia a una forma de trabajo colectivo, donde se establecen alianzas para la realización de una tarea específica. En este caso el objetivo era hacer presencia en los diferentes ríos, visitar los caseríos que estaban abandonados y por medio de estos recorridos o giras identificar la situación de cada río y caserío, en suma, la minga confrontaba de manera directa las formas de desplazamiento, bloqueo y confinamiento, haciendo efectiva la posibilidad de recorrer y visitar el territorio y apropiarlo en medio de las amenazas. Estuvo conformada por nueve comisiones, cada una de ellas encargada de visitar y recorrer una zona, así:

Comisión	Río	Comunidades
1	Opogadó	Bocas de Opogadó, Mesopotamia, Egoroquera, Unión Baquiaza, Nueva Playita, Villahermosa, Playita Vieja
2	Napipí	Napipí, boca de Napipí, Carrillo y Unión Cuiti
3	Cuía	Hoja Blanca, Punto Cedro, Punto Alegre, La Escuelita y La Loma
4	Chicue y Pichicora	La Loma, Guayabal, Peñita, Lana y Pichicora
5	Pogue y Tugena	Santa Lucía, Tugena y Puerto Antioquia
6	Uva y Alto Bojayá	Salinas, Charcogallo, Mojaudó y Nambua
7	Buchadó	Amparadó, Jejenadó y Partadó
8	Bojayá	Pogue, Pierda Candela y Sagrado Corazón de Jesús
9	Bojayá y Cuía	Cuía, Caimanero y la Loma de Bojayá

Tabla 1. Comisiones Minga Interétnica.

Fuente: elaboración propia

Con la estrategia se evidenció la territorialidad articulada a través de las cuencas de los ríos y un aspecto central de la acción colectiva fue la alianza afroindígena, porque se pensó la defensa del territorio como un trabajo que une a los dos grupos. Aquí lo importante eran los ríos, las comunidades, la gente.

La Minga Interétnica también fue una forma de conmemorar los tres años de la masacre, así después de recorrer el territorio los líderes y las diferentes comisiones rechazaban la continuidad de las diferentes formas de amenaza

vividas desde antes del 2002 y que aún permanecían. Embarcados por los diferentes ríos hacían igualmente una lectura sobre la temporalidad de la guerra que contrastaba con la presentada por el Estado, donde “presencia militar” se traducía en seguridad y restablecimiento para la población. Esta forma de conmemorar recorriendo el territorio es propia de la gente afroatrateña y como vimos desde el inicio de este capítulo es en el viaje, en la gira, en el recorrido, donde convergen las formas de resistencia de este pueblo.

Los ejemplos citados evidencian cómo las luchas de los afroatrateños están asociadas al movimiento, a la posibilidad de recorrer, habitar y transitar por el río: *embarcarse*. El río es parte integral de la territorialidad afro en esta región, actúa como puente, como circuito que articula e integra una extensa red de relaciones. Es en suma uno de los principales agentes en la vida y lucha afroatrateña. “El río se halla dentro de la categoría de lo viviente; para el pensamiento negro es la expresión paradigmática del movimiento en el universo natural, es como la condición práctica de desplazamiento en el orden cultural”.⁴⁵

En esta misma línea expuesta por Losonczy, Ulrich Oslender analiza las formas de movilización social y política por la defensa del territorio desde una perspectiva socioespacial, acuñando el concepto de *espacio acuático* para describir la centralidad de los ríos y cuencas hidrográficas durante todo el proceso organizativo y de movilización en las comunidades negras. Oslender muestra cómo las configuraciones del espacio generadas a partir de las cotidianidades de las comunidades negras informaron e inspiraron el proceso de organización política en la región.⁴⁶ Por lo tanto es importante, como hemos visto, asociar estas formas de movilización no solo a una coyuntura política de reconocimiento étnico, sino también a todo un sistema de relaciones ya establecidas a través de los lazos y estructuras de parentesco, que permiten la actualización o despliegue de otras formas de conexión, relación y por tanto de asociación para la resistencia y la lucha por sus territorios. Así las territorialidades asociadas al río para estas sociedades estructuran sus formas de

45 Losonczy, *Les Saints et la Foret*, 157.

46 Oslender, “Espacio lugar y movimientos sociales”.

vida. El río es el camino, el viaje, el espacio público, uno de los espacios de subsistencia, el río es vida e historia.

Las modalidades en las que la ACIA está siempre creando nuevas posibilidades de resistencia están fuertemente asociadas al movimiento, a la posibilidad de transitar y establecer relaciones entre ríos y gente. A pesar de la guerra y de que los modelos de desarrollo extractivistas amenacen esta modalidad de la política, la gente sigue en movimiento, siguen *embarcados* defendiendo la vida y el territorio, y siguen agenciando la fuerza que les da pensarse, hacerse y sentirse “como una familia”.

El movimiento como parte de una territorialidad propia de las comunidades afrotrатеñas es un elemento primordial en las formas como se hace la “vida sabrosa” pero sobre todo es una modalidad clave para comprender la política y crear modos de resistencia. Si bien aquí no abordaré la estrecha relación que existe entre territorialidades y memorias afrotrатеñas, considero importante concluir este ensayo llamando la atención sobre la necesidad de reconstruir y abrir la discusión a las temporalidades que emergen cuando la población afrocolombiana discute y analiza el lugar de sus comunidades en medio de la guerra en Colombia.

Tiempos y territorios en los horizontes de paz

Hablar de las experiencias de las poblaciones negras en Colombia en el presente remite a dimensiones temporales y espaciales particulares. A una profundidad histórica de las experiencias traumáticas que estas poblaciones han vivido y así lo resaltan activistas, líderes y académicos a la hora de hablar de reparación desde una perspectiva afro o indígena. Por ejemplo, en el texto *Memorias en tiempo de guerra*, elaborado por el Grupo de Memoria Histórica (GMH) de la CNRR sobre iniciativas locales de memoria, se destaca un aparte sobre el proceso de comunidades negras y su “memoria renaciente”, allí se proponen relaciones entre las prácticas de remembranza, políticas de la identidad y movilización política en el caso específico del movimiento social Proceso de Comunidades Negras (PCN). Este movimiento ha propuesto prácticas alternativas de resistencia y memoria en medio del conflicto armado. Para el PCN la memoria tiene una dimensión de larga duración, donde la trata transatlántica

también es mapeada dentro de una larga historia de eventos violentos que han impactado a la gente negra en diversas regiones.⁴⁷

“A partir de esta extensa línea de tiempo, las luchas actuales de las comunidades afrocolombianas están en conexión con la memoria histórica del proceso de esclavización. Esta concepción de su lucha histórica, como ellos la llaman, deja ver formas específicas de relacionarse con el pasado, el presente y el futuro, permitiendo la conjunción y disyunción de múltiples temporalidades. Paralelamente, ello permite comprender desde dónde y por qué razones las comunidades afrocolombianas están proponiendo otros significados sobre memoria, justicia, reparación, reconciliación y perdón.”⁴⁸

Así, cuando las comunidades negras describen su experiencia de desplazamiento forzado se reactivan memorias de la experiencia del desarraigo de África hacia tierras americanas en el siglo xvii,⁴⁹ las memorias de una reconstrucción a partir de nuevos sentidos de pertenencia y de la invención de un mundo en común en un nuevo territorio.

Esta memoria resulta importante no solo para comprender los sentidos que estas comunidades asignan a conceptos como los de *reparación*, *violencia*, *desarraigo* o *víctima*, sino también porque es desde su sentido particular del tiempo y el espacio, sus experiencias alrededor de la memoria, el pasado, la reconstrucción de la vida en un nuevo territorio y la construcción de un sentimiento compartido⁵⁰ desde donde se anclaron los movimientos políticos por el reconocimiento como grupo étnico dentro del concepto de *nación* debatido en la Constitución de 1991.

Al articular las memorias históricas con las memorias de la violencia contemporánea, el PCN propone una temporalidad histórica de larga duración y establece un hilo de continuidad directa entre las memorias más recientes de la violencia y la memoria ancestral.⁵¹ En palabras de la investigadora Catalina

47 Grupo de Memoria Histórica, CNRR, *Memorias en tiempo de guerra*.

48 *Ibid.*, 155.

49 Grupo de Memoria Histórica, CNRR, *Memorias en tiempo de guerra*.

50 Sidney Mintz, *O poder amargo do Açúcar. Produtores escravizados, consumidores proletarizados*, org. e trad. Christune Rufino Dabat (Recife: Editora Universitaria UFPE, 2003).

51 Grupo de Memoria Histórica, CNRR, *Memorias en tiempo de guerra*.

Cortés, “Al conectar las luchas del presente con la memoria histórica de la trata transatlántica, el PCN está proponiendo otras narraciones sobre reparación, no sólo dirigidas hacia el futuro, sino también, como Fanon (1967) argumenta, proyectadas hacia otras relaciones con su pasado. Estas prácticas de reparación no sólo están impidiendo la invisibilización de la sangrienta guerra civil hoy en día, sino al mismo tiempo la invisibilización de la violencia histórica y los espectros coloniales que siguen operando en la vida cotidiana.”⁵²

En esta misma línea de pensamiento, en octubre del 2005 se llevó a cabo en la ciudad de Cartagena el primer encuentro alrededor del tema de las reparaciones desde una perspectiva afro, la conferencia “Afro-reparaciones: memorias de la esclavitud y la justicia social contemporánea” que recogió diversas voces de académicos, líderes y comunidades. Posteriormente, en las memorias del evento se plasmaron intensos debates sobre las concepciones de reparación, memoria, discriminación, conflicto armado, entre otros.

Estas memorias proponen una mirada desde las poblaciones afrocolombianas a la perspectiva reparativa. Una perspectiva reparativa más compleja, que reconoce la memoria de la esclavitud como una experiencia límite vivida por los ancestros de las poblaciones negras del presente y que historiza el racismo estructural y las relaciones de discriminación racial que se expresan en fuertes desigualdades en las regiones con predominio de población negra en Colombia. Propone debates asociados al tema de las memorias de la esclavitud y las reparaciones históricas y contemporáneas para las poblaciones negra, afro y raizal de Colombia.⁵³

En una crítica a las políticas multiculturalistas, Mosquera evidencia como la “acomodación de las diferencias” no puede convertirse en una estrategia para borrar el pasado que deshistoricize el origen de las diferencias mismas y en ese sentido da un lugar central a las memorias de la esclavitud y los debates sobre la justicia reparativa en el mundo afrocolombiano.⁵⁴

52 Catalina Cortés, “Escenarios de terror entre esperanza y memoria: políticas, éticas y prácticas de la memoria cultural en la costa pacífica colombiana”, *Antipoda*, no. 4 (enero de 2007): 169.

53 Mosquera y Barcelos, *Afro-reparaciones*.

54 Mosquera y Barcelos, *Afro-reparaciones*.

De esta manera, en sintonía con la propuesta de Aurora Vergara⁵⁵ es evidente la necesidad de cuestionar categorías generales como las de transición, reparación, reconciliación, memoria e incluso paz a la hora de pensar la implementación de políticas asociadas a la justicia transicional en territorios de poblaciones afrocolombianas. Como la autora plantea, la racionalidad de estas categorías en muchos casos contribuye a dar continuidad a la explotación y pillaje de estas poblaciones. Como es evidente en el caso del pueblo de Bellavista en Bojayá, las políticas que han propuesto la reparación e indemnización por los daños en muchos casos han ocasionado transformaciones más profundas y amenazas a los modos de existencia afrotrataños que la misma violencia de las armas.

“For the case of Bellavista, revealing the roots of the history of land dispossession in the Bajo Atrato river region offers historical patterns of colonial capitalism, racial exploitation, as well as social mobilization for decolonization, to comprehend current violent events such as massacres, massive evictions, and claims of land ownership by foreigners with false documentation.”⁵⁶

Los habitantes de Bellavista, cabecera municipal de Bojayá, resaltan cómo las intervenciones del estado después de la masacre y los efectos que estas han tenido dan cuenta de un proceso de transformación intenso, de las formas como se propone una reparación “transformadora” en el sentido de mejorar las condiciones de vida previas (consideradas como pobres, atrasadas) pero que finalmente acaban implicando la instalación de otras formas de vida, de ideas de progreso y desarrollo asociadas al concreto, la circulación de dinero y mercancías, donde los debates y procesos adelantados por las mismas comunidades sobre sus propias perspectivas de futuro y desarrollo brillan por su ausencia. Así, toda la intervención en Bellavista a través de la idea de reparación, reubicación, restablecimiento ha estado asociada a una gobernabilidad de este territorio y su población transformando sus cotidianidades a partir de lógicas de bienestar ajenas a estos pueblos.

55 Aurora Vergara, “Ripped from the Land, Shipped Away and Reborn: Unthinking the Conceptual and Socio-Geo-Historical Dimensions of the Massacre of Bellavista” (Master’s theses, University of Massachusetts, Boston, 2014), <http://scholarworks.umass.edu/theses/570>.

56 Vergara, “Ripped from the Land”, 15.

El análisis que una de las mujeres de Bellavista hace sobre la situación de violencia y guerra que ha vivido el Medio Atrato y su sentencia de que “el desarrollo con sangre no es bueno” evidencia la relación entre las ideas de desarrollo y la introducción de otras formas de vida por medio de la guerra. Una violencia que no es solo epistémica en el sentido de desconocer formas alternativas de relacionarse con la naturaleza, de vivir y subsistir en un territorio, sino también violencia física contra unos cuerpos y territorios específicos.

No se trata entonces de negar la necesidad que muchas comunidades afrotratañas tienen de servicios básicos, escuelas, centros de salud, sino de resaltar que cada uno de esos servicios debe contribuir al bienestar de los afrotrataños tal como ellos lo entienden, no un bienestar comprendido bajo la lógica del consumo y el dinero que ha venido instalándose en el nuevo modelo de vida instaurado en el pueblo de Bellavista, tal como lo describen sus habitantes: “el problema aquí es que lo que no se compra, no se tiene”. La pregunta es entonces ¿para qué un acueducto moderno al tiempo que se contaminan ríos cristalinos con mercurio por la minería y se adjudican títulos para la explotación minera a las multinacionales? Tal vez, el problema tenga un orden diferente, las necesidades que el pueblo tiene ahora no son necesariamente las provocadas por una “ausencia histórica del estado” sino más bien las provocadas por los efectos de una presencia particular que ha dejado a su paso el despojo, no solo de territorios, sino de modos de existencia que hoy siguen resistiendo para, como dicen los bojayaceños, seguir siendo lo que somos.

Así, en tanto las violaciones tienen un carácter colectivo, histórico y particular, sus formas de reparación y comprensión deben partir de la perspectiva de estos pueblos. De nuevo, la Corte Constitucional en sus Autos 04 y 05 resalta que las reparaciones a los pueblos indígenas y comunidades negras deben partir de 1) un análisis de las violaciones desde la perspectiva del grupo étnico afectado, 2) considerar las injusticias históricas sufridas a raíz de la discriminación racial y étnica, así como el impacto persistente de tales injusticias, 3) ser consultadas con los grupos étnicos afectados, que, a su vez, deben tener algún nivel de control sobre su implementación, 4) considerar la dimensión colectiva tanto de la violación como de la reparación, 5) basarse en el respeto por la identidad cultural del grupo étnico como colectividad, 6) orientarse a

las necesidades del grupo, tal como las define el mismo grupo y 7) tomar en cuenta la importancia especial que tiene el territorio para los grupos étnicos, lo que implica una preferencia por la restitución como forma de reparación.⁵⁷

Las formas propias de comprender las temporalidades de los eventos violentos ponen, entonces, al territorio como eje para reconstruir las memorias de la gente negra, el lugar donde se conjugan explotación y emancipación. Así, la dimensión territorial en la experiencia histórica de las poblaciones negras también constituye un elemento vital en el quehacer cotidiano y en las memorias de estas poblaciones, es el “lugar desde el cual se construye un sentido rico y complejo de su pasado, presente y futuro”.⁵⁸ La relación con el territorio es vista entonces desde una perspectiva histórica, sagrada y simbólica. Por ello, para las comunidades negras existe una responsabilidad con el territorio donde viven los ancestros, donde habitan espíritus de poder que cuidan, preservan o cumplen funciones particulares.⁵⁹

Como lo evidencian los debates que se dieron alrededor de la Ley de víctimas (Ley 1448 del 2011), las organizaciones del Chocó han adelantado una discusión sobre lo que para ellos significa ser víctimas del conflicto armado, cuestionando la homogenización de este concepto y resaltando las especificidades tanto históricas como regionales de las pérdidas y violaciones que las poblaciones han sufrido en medio de la guerra. Dentro de los elementos que estas organizaciones señalan está la consideración de la reparación como la garantía al derecho de la autodeterminación como pueblos: “Para nosotros sólo es posible tener reparación cuando volvamos a vivir según nuestro pensamiento, experiencia y conocimiento ancestral, pues de ello depende nuestra existencia y desarrollo propio”.⁶⁰ En esta concepción de la reparación están en juego las posibilidades de disfrute y control del territorio, la movilización con libertad, el ejercicio sin temor de las formas de organización social y política

57 Corte Constitucional citada en Rodríguez Garavito, Sierra y Cavelier Adarve, *El desplazamiento afro*.

58 Grupo de Memoria Histórica, CNRR, *Bojayá*, 133.

59 Grupo de Memoria Histórica, CNRR, *Bojayá*.

60 Organizaciones del Chocó, “Ley de víctimas: pronunciamiento de organizaciones del Chocó”, *Mesa Nacional de Víctimas* (blog), 18 de mayo de 2011, <http://mesanacionaldevictimas.blogspot.com/2011/05/ley-de-victimas-pronunciamiento-de.html>.

propias, y el respeto por las prácticas y valores culturales. Un elemento central resaltado en este comunicado tiene que ver con la ampliación del concepto de *reparación* más allá de la idea de restaurar las cosas a su condición de normalidad, en tanto esa condición de normalidad en muchos casos lo que expresa son formas de marginación y exclusión históricas de estas poblaciones y territorios.

Finalmente el comunicado señala el tema de tierras y territorios, hablando de un proceso de saneamiento y un gran reto a la hora de la restitución de tierras en el caso de las comunidades negras. El saneamiento hace referencia a la intromisión de multinacionales y demás actores que limitan el uso y disfrute de sus territorios, resaltando la necesidad de culminar de una vez por todas la titulación colectiva emprendida a partir de la reglamentación de la Ley 70 de 1993 y que aún no ha culminado.

En todo este debate se evidencia una gran dificultad para definir lo que sería un enfoque diferencial; enfoque que es demandado desde múltiples escenarios, y a la hora de ser puesto en marcha no logra concretarse. Así, tanto este comunicado, como los Autos 04 y 05 del 2009 de la Corte Constitucional coinciden en señalar la preocupación por una ausencia de enfoques que reconozcan las experiencias, demandas y realidades particulares de los pueblos indígenas y negros en medio de la guerra y posibles procesos de reparación y restablecimiento.

En territorios como el medio Atrato vemos que las formas como el Estado interviene y busca resarcir los daños causados por la guerra son proponiendo lo que Isabelle Stengers⁶¹ denomina “alternativas infernales”; la gente demanda hospitales, centros de salud, programas educativos, alternativas de saneamiento básico y vivienda, pero la respuesta siempre llega antecedida por la intervención militar y las consecuencias que esto tiene en territorios aún en disputa y con la presencia de diversos actores del conflicto, es decir, la militarización y transformación de sus territorios en escenarios de confrontación. Así, la experiencia del Estado para las comunidades del medio Atrato ha estado y sigue

61 Isabelle Stengers and Philippe Pignarre, *Capitalist Sorcery: Breaking the Spell*, trans. Andrew Goffey (London: Palgrave Macmillan, 2011).

estando principalmente mediada por la guerra y por su “presencia” como un actor más de esta.

Los debates sobre reparación y restablecimiento de estas comunidades ponen entonces en el centro cuestiones sobre la autonomía y las alternativas a los modos de existencia basados en el consumo, el extractivismo y el desarrollismo. Como lo recordó el líder Richard Moreno en el foro de Acuerdos Regionales para la Paz, realizado en Quibdó en agosto del presente año (2014), si bien el gobierno planteó que el modelo económico del país no estaba en negociación en la Habana con las FARC, construir paz y horizontes de postconflicto desde las regiones implica pensar los modelos de desarrollo diferentes que allí se han configurado y que han resistido a las dinámicas extractivistas. Recordar que los planes de vida y planes de etnodesarrollo son ejes centrales para la discusión de una paz con perspectivas regional y territorial y que esto se constituye en una manera de plantearles retos a las dinámicas de negociación y a los efectos que, se espera, logren tener en regiones como el Pacífico los diálogos de paz que hoy se adelantan en Colombia.

La demanda de respeto a la autodeterminación debería propiciar reflexiones sobre lo que significa recuperar las fuerzas de la vida para los pueblos afrocolombianos, sobre las formas como se van a construir futuros planes de reparación colectiva y caracterizaciones de los daños causados por la guerra. Si el horizonte no es “insistir en lo propio” como lo recordó alguna vez el antropólogo chocoano John Antón Sánchez,⁶² sino transformar los territorios en los focos del “progreso” y el “crecimiento económico” para hacer de sus poblaciones los futuros obreros de las multinacionales, muy seguramente poco tendremos de reparación.

Bibliografía

Arboleda Quiñonez, Santiago. “Los afrocolombianos: entre la retórica del multiculturalismo y el fuego cruzado del destierro”. *Journal of Latin American and Caribbean Anthropology*, Vol. 12, no. 1 (2007): 213-22.

62 John Antón Sánchez, “La guerra y sus efectos socioculturales, étnicos y políticos en la región pacífica: territorio, proyecto de vida y resistencia de los afrodescendientes”, en *Dimensiones territoriales de la guerra y la paz*, ed. Gustavo Montañez (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, Red de Estudios de Espacio y Territorio, 2004), 741-58.

- Asociación Nacional de Afrocolombianos Desplazados, AFRODES. “Los derechos humanos en los afrocolombianos en situación de desplazamiento forzado”. Informe presentado al Comité para la Eliminación de la Discriminación Racial (CERD) en su 75 Periodo de Sesiones en que se considerará el Informe presentado por el Estado Colombiano, Bogotá, 2009.
- Consejo Comunitario Mayor de la Asociación Campesina Integral del Atrato, COCOMACIA. “Informe de la Gira por el Río Atrato”. Documento inédito, junio de 2011.
- Cortés, Catalina. “Escenarios de terror entre esperanza y memoria: políticas, éticas y prácticas de la memoria cultural en la costa pacífica colombiana”. *Antípoda. Revista de Antropología y Arqueología*, no. 4 (enero de 2007): 163-86.
- Defensoría del Pueblo. *Crisis Humanitaria en el Chocó. Diagnóstico, valoración y acciones de la Defensoría del Pueblo*. Bogotá: Imprenta Nacional, 2014.
- Espinosa, Mónica. “Ese indiscreto asunto de la violencia. Modernidad, colonialidad y genocidio en Colombia”. En *El giro decolonial: reflexiones para una diversidad epistémica más allá del capitalismo global*. Compilado por Santiago Castro-Gómez y Ramón Grosfoguel, 267-87. Bogotá: Siglo del Hombre Editores, Universidad Central, Instituto de Estudios Sociales Contemporáneos y Pontificia Universidad Javeriana, Instituto Pensar, 2007.
- _____. “Memoria cultural y el continuo del genocidio: Lo indígena en Colombia”. *Antípoda. Revista de Antropología y Arqueología*, no. 5 (julio-diciembre de 2007): 53-73.
- Espinosa, Nicolás. “Impactos del paramilitarismo en la región de Urabá/Chocó. 1998-2006. Claves para la lectura de las afectaciones Colectivas”. *El Ágora*, Vol. 12, no. 2 (2012): 289-327.
- García, Andrés. “Geografías racializadas: configuraciones espaciales de la exclusión étnica afrocolombiana en Medellín”. En *Universos socioespaciales: procedencias y destinos*. Organizado por Clara Inés García y Clara Inés Aramburo, 245-80. Medellín: Instituto de Estudios Regionales (INER), Universidad de Antioquia, Siglo del Hombre Editores, 2009.
- Gómez Nadal, Paco. *Los muertos no hablan. Bojayá, una década (2002-2012)*. Quibdó: Fundación Universitaria Claretiana, 2012. <https://www.traficantes.net/sites/default/files/pdfs/los-muertos-no-hablan.pdf>
- Grueso, Libia y Juliana Galindo. *Comunidades negras y procesos de Justicia y Paz en el contexto del estado de cosas inconstitucional*. Bogotá: Deutsche Gesellschaft für Internationale Zusammenarbeit (GIZ), GmbH, 2011.
- Grupo de Memoria Histórica, Comisión Nacional de Reparación y Reconciliación, CNRR. *Memorias en tiempo de guerra. Repertorio de iniciativas*. Bogotá: CNRR, 2009.
- _____. *Bojayá. La guerra sin límites*. Bogotá: CNRR, Ediciones Semana, Taurus, 2010.

- Güesguán Serpa, Óscar. “No cesa la guerra en Baudó”. *El Espectador*, 15 de agosto de 2014. <http://www.elespectador.com/noticias/nacional/no-cesa-guerra-baudo-articulo-510728>
- Losonczy, Anne-Marie. *Les Saints et la Forêt. Rituel, Société et figures de l'échange entre noirs et indiens Emberá Chocó, Colombie*. Paris: L'Harmattan, 1997.
- Mintz, Sidney. *O poder amargo do Açúcar. Produtores escravizados, consumidores proletarizados*. Organizado e traduzido por Christune Rufino Dabat. Recife: Editora Universitaria UFPE, 2003.
- Mintz Sidney e Richard Price. *An Anthropological Approach to the Afro-American Past: A Caribbean Perspective*. Philadelphia: Institute for the Study of Human Issues, 1976.
- Mosquera, Claudia y Luiz Claudio Barcelos. *Afro-reparaciones: memorias de la esclavitud y justicia reparativa para negros, afrocolombianos y raizales*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, Unibiblos, 2009.
- Organizaciones del Chocó. “Ley de víctimas: pronunciamiento de organizaciones del Chocó”. *Mesa Nacional de Víctimas (blog)*. 18 de mayo de 2011. <http://mesanacionaldevictimas.blogspot.com/2011/05/ley-de-victimas-pronunciamiento-de.html>
- Ortega, Francisco. “Violencia social e historia: el nivel del acontecimiento”. *Universitas Humanística*, no. 66 (julio-diciembre de 2008): 31-56.
- Oslender, Ulrich. “Espacio lugar y movimientos sociales: hacia una espacialidad de resistencia”. *Scripta Nova, Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*, no. 6 (2002): 105-32.
- _____. “Des-territorialización y desplazamiento forzado en el Pacífico colombiano: La construcción de geografías del terror”. En *(Des) territorialidades y (No) lugares. Procesos de Configuración y transformación social del espacio*. Editado por Diego Herrera Gómez y Carlo Emilio Piazzini, 155-72. Medellín: La Carreta Social, Instituto de Estudios Regionales, Universidad de Antioquia, 2006.
- Proceso de Comunidades Negras, PCN. “Territorio y conflicto desde la perspectiva del Proceso de Comunidades Negras PCN; Colombia. Reporte Final del Proyecto PCN-LASA Otros Saberes, ‘El derecho al territorio y el reconocimiento de la comunidad negra en el contexto del conflicto social y armado desde la perspectiva del Pensamiento y acción Política, Ecológica y Cultural del Proceso de Comunidades Negras de Colombia’”. Cali, 29 de febrero de 2008. http://otrossaberes.lasaweb.org/uploads/colombia-report_001.pdf
- Redacción Judicial. “‘El Estado revictimiza al Chocó’: Defensoría”. *El Espectador*, 30 de septiembre de 2014. <http://www.elespectador.com/noticias/judicial/el-estado-revictimiza-al-choco-defensoria-articulo-519900>

- Restrepo, Eduardo. "Armed Conflict and the Organizing Process of Black Communities in the Colombian South Pacific". *Visiting Resource Professor del LLILAS, Universidad de Texas in Austin, Texas* February-March, 2010.
- Riaño, Pilar and Erin Baines. "The Archive in the Witness: Documentation in Settings of Chronic Insecurity". *The International Journal of Transitional Justice*, Vol. 5, no. 3 (2011): 412-33.
- Rodríguez Garavito, César, Tatiana Alfonso Sierra e Isabel Cavelier Adarve. *El desplazamiento afro. Tierra, violencia y derechos de las comunidades negras en Colombia*. Bogotá: Universidad de los Andes, Facultad de Derecho, CIJUS, Ediciones Uniandes, 2009.
- Rodríguez Garavito, César y Yukyan Lam. *Etnorreparaciones: la justicia colectiva étnica y la reparación a pueblos indígenas y comunidades negras en Colombia*. Borrador previo para publicación. Capítulo 11 de *Justicia distributiva en contextos transicionales*. Coordinado por Morten Bergsmo, César Rodríguez Garavito, Pablo Kalmanovitz y María Saffon, 347-98. Oslo: Peace Research Institute of Oslo, 2012.
- Sánchez, Gonzalo. Prólogo de *Bojayá. La guerra sin límites. Grupo de Memoria Histórica*. Bogotá: CNRR, Ediciones Semana, Taurus, 2010.
- Sánchez, John Antón. "La guerra y sus efectos socioculturales, étnicos y políticos en la región pacífica: territorio, proyecto de vida y resistencia de los afrodescendientes". En *Dimensiones territoriales de la guerra y la paz*. Editado por Gustavo Montañez, 741-58. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, Red de Estudios de Espacio y Territorio, 2004.
- Scott, David. "That Event, This Memory: Notes on the Anthropology of African Diasporas in the New World". *Diásporas*, Vol. 1, no. 3 (1991): 261-84.
- Semana. "La crisis humanitaria que vive Chocó". *Semana, 10 de julio de 2014*. <http://www.semana.com/nacion/articulo/choco-esta-en-crisis-humanitaria/395103-3>
- _____. "Aumento de minería ilegal en Chocó pone en jaque situación de la región". *Semana, 2 de julio de 2014*. <http://sostenibilidad.semana.com/medio-ambiente/articulo/aumento-mineria-ilegal-choco-pone-jaque-situacion-region/31467>.
- Stengers, Isabelle and Philippe Pignarre. *Capitalist Sorcery. Breaking the Spell. Translation by Andrew Goffey*. London: Palgrave Macmillan, 2011.
- Trouillot, Michel-Rolph. "Abortive Rituals: Historical Apologies in the Global Era". *Interventions*, Vol. 2, no. 2 (2000): 171-86.
- Uprimny, Rodrigo. *¿Justicia transicional sin transición? Verdad, justicia y reparación para Colombia*. Bogotá: Centro de Estudios de Derecho, Justicia y Sociedad, 2006.

Valencia, León y Eduardo Pizarro. *Ley de Justicia y Paz*. Bogotá: Editorial Norma, 2009.

Vergara, Aurora. "Ripped from the Land, Shipped Away and Reborn: Unthinking the Conceptual and Socio-Geo-Historical Dimensions of the Massacre of Belavista". Master's theses, University of Massachusetts, Boston, 2014. <http://scholarworks.umass.edu/theses/570>

Wouters, Mieke. "Ethnic Rights under Threat: The Black Peasant Movement against Armed Groups' Pressure in the Chocó Colombia". *Bulletin of Latin American Research*, Vol. 20, no. 4 (2001): 498-519

De algunas espacialidades y temporalidades de la memoria¹

Luis Antonio Ramírez Zuluaga²

Recurro a las nociones de *espacialidad* y *temporalidad* para referirme a los nodos o puntos de relevo donde se concretan relaciones y producciones de espacio y tiempo a partir de los debates que se generan en torno a la memoria en nuestra sociedad. Espacialidad y temporalidad se entienden entonces no como esencias o ideas,³ sino como producciones espaciales y temporales específicas.⁴ Reconozco que espacio y tiempo son ya dos categorías espantosamente abstractas, pero advierto o reitero que de lo que se trata aquí es de seguir algunas de sus trayectorias, intersecciones, porosidades y sedimentos en tanto

1 Originalmente publicado en: *Revista Debates*, no. 83 (2020): 80-85. Este texto es una versión revisada y ampliada de la conferencia, que llevó el mismo título, presentada el 27 de septiembre de 2019 en el panel Memoria local y problemas contemporáneos del Decimocuarto Foro Anual de Filosofía STOA: Memoria y Olvido, el cual tuvo lugar en el municipio de El Carmen de Viboral (Antioquia).

2 Docente investigador, Instituto de Estudios Regionales (INER), Universidad de Antioquia.

3 Etimológicamente el sufijo “idad”, de origen latino, se emplea para formar sustantivos abstractos que indican “cualidad de o relación con” la palabra que está en la raíz; en este caso se estaría hablando de lo que estaría relacionado con, o de la cualidad de, la esencia del espacio y del tiempo.

4 Ello concuerda con lo que perfila Edward Soja acerca de una interpretación materialista del espacio en tanto producto, y que aquí se extiende además a una concepción del tiempo como algo producido socialmente, es decir, no desde un posible carácter abierto o inconmensurable sino desde aspectos concretos como a los que nos referimos cuando hablamos de “la época de la Violencia” o seis décadas del conflicto armado colombiano. Edward Soja, *Postmodern Geographies. The Reassertion of Space in Critical Social Theory* (London: Verso Press, 1999).

producciones sociales aún no terminadas, esto es, en devenir, en abierto debate respecto a la memoria, entendida esta también como producción.

Dicho esto, empecemos diciendo que la memoria no es un fin en sí mismo; tampoco es algo que emerge de manera espontánea o inmediata respecto a los hechos o personas que la constituyen. Ella es un medio o instrumento con el que individuos y colectivos se insertan en una red de significados en donde se gestan diferentes formas de lo cultural y lo político. En este sentido, la producción de memoria tiene un uso estratégico, en tanto posicionamiento y recurso que tienen personas e instituciones para acceder a, o hacer pervivir, caracteres culturales y políticos con el fin de obtener un reconocimiento social de hechos, personajes, gestas, afectaciones, entre otros. Ese uso estratégico de la memoria no está relacionado únicamente con instituciones centralizadas o estatales de recepción de la memoria –como las utilizadas para efectos de la verdad, la justicia, la reparación, la reconciliación, etc.–, sino que también puede tener una pertinencia y una apuesta cultural y política desde espacios territoriales en donde se hacen relevantes las expresiones locales de la memoria que revitalizan lugares, personas y comunidades marginadas o incluso borradas.

En el caso de sociedades en transición política hacia la paz, que buscan tramitar la violencia provocada por dictaduras o conflictos armados, la memoria se produce bajo el precepto de un compromiso histórico y social en pro de la reconciliación; se trata de lo que ya se reconoce como *políticas de la memoria* que se han seguido en países como Uruguay, Argentina, Chile o incluso Colombia. En tales políticas, la memoria se convierte en un lugar de encuentro con el que instituciones como el Estado generan un espacio de consenso histórico, político y moral sustentado en la sangre derramada o en el sufrimiento impuesto a las víctimas; según Ricard Vinyes, a través de la instrumentalización que estas políticas hacen de las víctimas se crea “Un espacio que reúne a todos, desde el principio de que todos los muertos, torturados u ofendidos son iguales. Algo que resulta tan indiscutible empíricamente como inútil y desconcertante a efectos de comprensión histórica, al disipar la causa y el contexto que produjo el daño al ciudadano. Ese aprovechamiento del sujeto-víctima genera un espacio en el que se disuelven todas las fronteras éticas, estableciendo un vacío que el Estado ha colmado con una memoria

administrativa derivada de la ideología de la reconciliación, que nada tiene que ver con la reconciliación como proyecto político”.⁵

Esta advertencia de Vinyes es una alerta sobre la sustancialidad del uso de la memoria para la reconciliación, donde subsiste el riesgo de que la pluralidad de memorias se diluya dejando a un lado la diversidad de proyectos políticos, sociales y culturales y haciendo imperar lo que Alejandro Castillejo nombra como el “evangelio de la reconciliación”.⁶

Jaume Peris Blanes presenta una crítica semejante respecto a la sustancialidad de la memoria, pero no refiriéndose ya a ese fin ideológico de la reconciliación sino al “éxito cultural” de las representaciones del pasado que se centran en el “dolor de la víctima como sujeto privilegiado de la representación, que sustancializa la idea de violencia separándola de los proyectos históricos y sociales a los que ésta acompañó e hizo posible”.⁷

Aunque en esas formas y fines culturales también se sustancializa la memoria, habría que reconocer que en el despliegue de acciones artísticas –desde diferentes instituciones del Estado y de la sociedad civil– subsiste al menos el interés de dar lugar a la escucha y a la visibilización de diversas tramas discursivas y visuales que vuelven pública (y política) la memoria, convirtiéndola en objeto de reflexión, de autorreflexión, y también de crítica. La memoria se convierte en obra de arte, dispositivo cultural, e incluso llega a ingresar a los museos como un medio de construcción y legitimación de la misma memoria.

Ahora bien, además de las políticas estatales de la memoria, existe otra forma de administración institucional que encontramos en los espacios judiciales donde de hecho operan vasos comunicantes entre un sistema como el de la Comisión de la Verdad y el de una Justicia Especial para la Paz (JEP). La memoria inicia con testimonios que funcionan bajo la forma de un discurso que

5 Ricard Vinyes, “La reconciliación como ideología”, *El País*, 12 de agosto de 2010, http://elpais.com/diario/2010/08/12/opinion/1281564012_850215.html.

6 Alejandro Castillejo, “La globalización del testimonio: historia, silencio endémico y los usos de la palabra”, *Antípoda, Revista de Antropología y Arqueología*, no. 4 (enero-junio de 2007): 77.

7 Jaume Peris Blanes, “Hubo un tiempo no tan lejano... Relatos y estéticas de la memoria e ideología de la reconciliación en España”, *Revista de Teoría de la Literatura y Literatura Comparada*, no. 4 (2011): 53.

tiende a convertirse en un modo de la verdad, pasando a una práctica dentro del sistema de veracidad que configura las formas jurídicas. La memoria entra así en una relación directa con la causa del ámbito jurídico, es decir, la justicia: la memoria y la verdad como justicia. En este ámbito la memoria puede correr el riesgo de cierta devaluación, ya que el relato de los daños causados a veces solo es considerado bajo el punto de vista del delito, entendido como atentado a la autoridad o al imperio de la ley, dándole así más importancia a la infracción de la ley que a las afectaciones morales, sociales y políticas de quienes han padecido los daños, e incluso ni se tocan cuestiones estructurales o históricas que han rodeado a los daños.

Pese a esa posible devaluación de la memoria en los espacios judiciales institucionalizados, es necesario visibilizar también otras formas o escenarios de justicia “desde abajo” –como el del Tribunal Permanente de los Pueblos (TPP), por ejemplo– donde, además de tocar cuestiones estructurales –como las que conciernen a las multinacionales y al sistema capitalista mundial–, se busca que quienes han sido afectados por la violencia participen de la justicia desde sus propias visiones y sentimientos, para que no se queden paralizados o suspendidos por el daño ocasionado y puedan transformar así la realidad que han vivido.

En yuxtaposición a espacialidades demasiado formales o institucionales de la memoria –espacialidades “molares” podríamos decir desde Gilles Deleuze y Félix Guattari–⁸ se introducen o producen otras de un carácter más “molecular”, en donde diversas “minorías activas”⁹ abordan lo que las ha afectado y los posibles orígenes estructurales e históricos de la violencia padecida. Así, a la memoria, a la memoria histórica, se articula “la voz de los vencidos” –como diría Walter Benjamin–, pero no para desembocar en un simple “evangelio de la reconciliación”, o en el baladí “éxito cultural” de la memoria, o en una justicia intransitiva, sino en unos combates histórico-políticos que incluso pueden concernir espacialidades morales integradas en naciones, regiones,

8 Gilles Deleuze y Félix Guattari, “Micropolítica y segmentariedad”, en *Mil mesetas* (Valencia: Pre-Textos, 2002), 213-37.

9 Deleuze y Guattari, “Micropolítica y segmentariedad”.

territorios, etc. Para Benjamin,¹⁰ tales combates pueden entrar a cuestionar el relato de continuidad temporal propuesto por el historicismo, relato equivalente a la narración dominante de los vencedores que tratan de borrar a los vencidos para integrarlos en una ficción causal que asume su muerte como necesaria. En la perspectiva de Benjamin, la historia debe ser interpretada bajo la responsabilidad de visibilizar, de dar voz a ese pasado silenciado, teniendo en cuenta la diferencia esencial entre vencedores y vencidos. La “voz” que se le da a los vencidos no solo reivindica su derecho a dar su versión de la historia, también es una herramienta de verdad, de lucha por la verdad, en donde se reivindica o se da valor a un relato “oculto” del pasado. La memoria puede ayudar entonces a recobrar la mirada del vencido, como proceso abierto de restauración de historias olvidadas de las cuales se asume como necesario cargar con su suerte en el presente y para el futuro.

Además de las diferentes espacialidades ya mencionadas que implican el uso estratégico y político de la memoria, la construcción de esta también concierne a una compleja relación con distintas temporalidades, no solo porque corresponde a diversos lapsos de tiempo o épocas, sino además porque en ella subsisten al menos dos visiones del pasado; visiones que podemos agrupar en aquella distinción analítica que Vladimir Jankélévitch¹¹ hace entre lo irreversible y lo irrevocable.

Lo irreversible, es decir, la imposibilidad de retornar al pasado, es esa temporalidad que hace de los usos políticos de la memoria una cuestión que solo se refiere a un pasado que debe superarse, o incluso olvidarse –a veces hasta por “decretos”– para llegar a una forma de reconciliación cifrada en la máxima “lo pasado pisado”.¹² Valga añadir que, de la consciencia de esta temporalidad, los procesos de construcción de memoria, individuales y colectivos, tienen clara la imposibilidad de retornar al pasado para cambiarlo –de ahí aquella posición de que no se puede reparar lo irreparable–; empero, lo que

10 Walter Benjamin, “Tesis sobre filosofía de la historia”, *Decursos: Revista de Ciencias Sociales*, Vol. 1, no. 1 (abril de 1995): 27-38.

11 Vladimir Jankélévitch, *L'Irreversible et la nostalgie* (Paris: Flammarion, 1974).

12 Berber Bevernage, *Historia, memoria y violencia estatal. Tiempo y justicia* (Buenos Aires: Prometeo, 2015), 38.

sería posible cambiar son los sentimientos y significados de la memoria de lo padecido, cuestión sobre la cual tratan de operar algunos enfoques tendientes a la recuperación o “sanación” de las afectaciones producidas por la violencia.

Lo irrevocable, esto es, la sobrevivencia de un pasado –de un “pasado persistente o acechante”,¹³ diría Berber Bevernage–, invoca otros usos políticos de la memoria; se trata de una *memoria viva* en la que se subraya, por ejemplo, la permanencia de condiciones sociales y económicas de un pasado ignominioso que aún está por transformarse. Esta visión implica que los procesos de construcción de memoria puedan proyectarse en un horizonte temporal, en donde las demandas y reivindicaciones de quienes estuvieron inmersos en la producción de violencia puedan permanecer latentes durante un tiempo indeterminado: hasta que haya justicia, hasta que las condiciones económicas y sociales cambien... En el carácter irrevocable del pasado es quizá donde la construcción de memoria histórica puede tener un mayor o más marcado tenor político.

Es más, el no poder concretar una justicia o unos cambios buscados, evidenciando la permanencia o reincidencia de las adversas condiciones sociales y económicas que han originado y mantenido la violencia, hace pensar que la temporalidad de la construcción de memoria pueda estar envuelta además en un carácter cíclico donde el pasado se repite arraigándose en una “profundidad histórica”¹⁴ más o menos amplia. Esto se evidencia, por ejemplo, a la hora de investigar sobre la memoria que algunas comunidades afectadas por el conflicto armado colombiano tienen respecto al desplazamiento forzado; desplazamiento que se solapa con un desplazamiento “negociado” o “forzoso” cuando deben reubicarse en otros lugares porque en sus territorios ha habido, y siguen existiendo, intereses de explotación agrícola o minero-energética.

Ahora bien, estas características encontradas desde la investigación sobre la violencia producida en el marco del conflicto armado colombiano pueden llevar a considerar que la producción y recepción de la memoria configuran también una dimensión local, desde la cual se hacen relevantes no solo los hechos particulares del conflicto, sino además sus nexos con otros hechos y

13 Bevernage, *Historia, memoria y violencia estatal*, 27.

14 Castillejo, “La globalización del testimonio”.

condiciones sociales y económicas. Es así que también pueden encontrarse otras memorias, otras temporalidades y espacialidades de la memoria que incluso beben de prácticas y lugares cotidianos en los cuales está presente la voluntad de recomponer y construir otros modos y espacios de vida. Es el caso de lo que hemos encontrado en el Oriente antioqueño con los *convites* que se hacen para restaurar caminos, escuelas, casas y sembríos perdidos o averiados por causa del conflicto armado.

Los *convites* –cuya práctica se remonta a mucho antes del conflicto y se realizan en diferentes zonas rurales y urbanas del país– son un espacio de trabajo colectivo que subsiste o reaparece como memoria de una vida cotidiana afectada y por rehacer. Se trata de una práctica en la que emerge una “memoria colectiva”¹⁵ tendiente a recuperar o a reforzar los vínculos sociales a través de la solidaridad y los nexos comunitarios. Habitantes del campo reconocen justamente que una de las mayores afectaciones del conflicto ha consistido en el resquebrajamiento de la solidaridad y la confianza, y que son prácticas como la de los *convites* las que ayudan a su recuperación, demostrando además la capacidad de organizarse para buscar alternativas y mecanismos que permitan trabajar en pro de sus territorios y generar así mejores condiciones de vida, de una vida digna, autónoma, en la que no tienen que estar a expensas de la inversión del capital extranjero o nacional.

En las prácticas y los espacios de lo cotidiano también tienen lugar los combates histórico-políticos de la memoria, en tanto procesos o devenires minoritarios que pueden emerger desde donde menos se espera, pero en los que también pueden entrar en juego espacialidades y trayectorias de muy diversas escalas. Existe un activismo minoritario de la memoria que está presente en expresiones locales que buscan revitalizar los lugares y las comunidades arrojadas al olvido, pero que aún tienen vivas sus propias historias y reivindicaciones. Pero a eso que aún sigue vivo quizá le falta el salto cualitativo del tiempo cotidiano al tiempo histórico; ardua tarea de la memoria en la que no opera únicamente el ardiente tronar de los tambores de la guerra, sino también el

15 Maurice Halbwachs, *Los marcos sociales de la memoria* (Barcelona: Anthropos, 2004).

sonido apenas audible de los pasos de una paloma o acaso el repicar intenso del sirirí.

Bibliografía

- Benjamin, Walter. "Tesis sobre filosofía de la historia". *Decursos: Revista de Ciencias Sociales*, Vol. 1, no. 1 (abril de 1995): 27-38.
- Bevernage, Berber. *Historia, memoria y violencia estatal. Tiempo y justicia*. Buenos Aires: Prometeo, 2015.
- Castillejo, Alejandro. "La globalización del testimonio: historia, silencio endémico y los usos de la palabra". *Antípoda, Revista de Antropología y Arqueología*, no. 4 (enero-junio de 2007): 75-99.
- Deleuze, Gilles y Félix Guattari. "Micropolítica y segmentariedad". En *Mil mesetas*, 213-37. Valencia: Pre-Textos, 2002.
- Halbwachs, Maurice. *Los marcos sociales de la memoria*. Barcelona: Anthropos, 2004.
- Jankélévitch, Vladimir. *L'Irréversible et la nostalgie*. Paris: Flamamarion, 1974.
- Peris Blanes, Jaume. "Hubo un tiempo no tan lejano... Relatos y estéticas de la memoria e ideología de la reconciliación en España". *Revista de Teoría de la Literatura y Literatura Comparada*, no. 4 (2011): 35-55.
- Soja, Edward. *Postmodern Geographies. The Reassertion of Space in Critical Social Theory*. London: Verso Press, 1999.
- Vinyes, Ricard. "La reconciliación como ideología". *El País*, 12 de agosto de 2010. http://elpais.com/diario/2010/08/12/opinion/1281564012_850215.html

Travesías por la historia urbana en Colombia¹

*Eulalia Hernández Ciro*²

Una travesía es un viaje, hecho por tierra, mar o aire, que implica aventura o el desconocimiento del destino final. También significa un camino que cruza, intersecta o conecta otros dos. Como expresión, “echar travesía” es una forma coloquial de describir un tránsito esquivando obstáculos y una posibilidad de llegar más rápido a un lugar deseado, de tomar un atajo. Esta travesía por la historia urbana colombiana junta varios de estos elementos: el atajo, la aventura y el camino.

El atajo tiene que ver con no ser especialista en una materia, pero querer recorrer un camino que luego pueda generar otras bifurcaciones; que sea un punto, un aporte –entre otros que se han tejido– y que desde él puedan desatarse otras líneas de trabajo. En este sentido, embarcarse en la tarea de un balance historiográfico nacional en un campo de conocimiento como la historia urbana pareciera una tarea compleja y difícil de cumplir.

- 1 Originalmente publicado en: *Después de la heroica fase de exploración. La historiografía urbana en América Latina*, coords. Gerardo Martínez Delgado y Germán Rodrigo Mejía Pavony (Guanajuato: Universidad de Guanajuato, Editorial Pontificia Universidad Javeriana, Editorial FLAGSO, 2021), 221-71.
- 2 Historiadora y doctora en Historia de la Universidad Nacional de Colombia, sede Medellín. Magíster en Estudios Socioespaciales de la Universidad de Antioquia. Profesora e investigadora del Instituto de Estudios Regionales (INER) y del Grupo Estudios del Territorio de la Universidad de Antioquia, e integrante de la Red Colombiana de Historia Urbana.

Para el caso colombiano hay dos cuestiones que complejizan la realización de un balance detallado. En primer lugar, la proliferación en los últimos años de investigaciones, libros, artículos y trabajos de grado y posgrado que no solo se circunscriben a las ciudades capitales y principales del país, sino que amplían cada vez más la escala de observación. En segundo lugar, que las reflexiones teóricas, metodológicas e historiográficas siguen teniendo un papel marginal en el campo disciplinar de la historia y, en general, de las ciencias sociales y humanas.

La aventura significa arriesgar una mirada panorámica a la historia urbana del país que trace rasgos comunes y regularidades. Completar esta mirada permitiría avanzar luego en estudios particulares que dialoguen con, controvertan o confirmen esa generalidad. En el mismo sentido, contar con balances nacionales permitiría realizar estudios comparados con otros países latinoamericanos, cambio de escala de observación fundamental para desentrañar conexiones, circulaciones y particularidades.

El camino tiene que ver con asumir el componente espacial de la historia urbana. Hablar de travesía no es solo una metaforización del espacio, aquello sobre lo que podría acusarnos la geografía crítica contemporánea. A propósito, las líneas siguientes están divididas en tres apartados: el primero, la reflexión sobre el objeto y la definición de la historia urbana, que pasa por dimensiones espaciales y temporales; el segundo, que recorre distintas geografías del saber³ en el campo de los estudios urbanos para situar el campo de la historia urbana y, el tercero, el esbozo de algunas formas de existencia de un campo de conocimiento en la diversidad de un país como Colombia.

3 Con *geografía del saber* retomo la expresión de Bernard Lepetit referida a un campo de fuerzas en el que está inmersa la historia urbana. Es decir, en cómo geógrafos, economistas, sociólogos, arquitectos, filósofos y otros especialistas se han pronunciado acerca de la ciudad. Para comprender las trayectorias de la historia urbana, es necesario medir y situar estas fuerzas. Bernard Lepetit, "La historia urbana en Francia: veinte años de investigaciones", *Revista Secuencia*, no. 24 (septiembre-diciembre de 1992): 5-29, <http://dx.doi.org/10.18234/secuencia.voiz4.393>. Para una versión más amplia de este debate, que incorpora la pregunta por (y desde) la "dimensión espacial", revisar la propuesta de Carlo Emilio Piazzini Suárez a propósito de las geografías y geopolíticas del conocimiento: Carlo Emilio Piazzini Suárez, "Sobre espacios, conocimiento y poder: para las geografías del conocimiento", en *Pensamiento crítico latinoamericano. Homenaje a Hernán Henao Delgado* (Medellín: Universidad de Antioquia, Instituto de Estudios Regionales, 2015), 42-60.

Historia urbana: definición de un campo

“El testigo desde el cerro mira la ciudad, ahora aparece como un mapa de lava trazando caminos de fuego. Cuánta historia hay en esas brasas remanentes al final de un incendio, parecen inofensivas, han perdido su potencia destructora, pero basta un soplo en una chispa para renovar su vigor. Abajo cada habitante porta su hoguera, su mínima combustión que aunada a las demás configura el incendio en que hemos estado ardiendo, las calles se distorsionan, se entrecruzan, se derraman como derritiéndose con vehemencia y es imposible predecir el desenlace de la conflagración, sin embargo, adentro de ese horno emparedado de montañas la vida palpita, con ardor se desarrollan las vidas de gente que las llamas llaman a quemarse con los suyos, se ama, se sueña, se odia, se lucha, se espera, se mata y se resiste a la muerte con ardor y entre flamas se aprende a vivir, a querer y a morir”.

Gilmer Mesa, *Puntos de vista. Una ciudad, Medellín, muchas miradas*

La ciudad es un fenómeno de larga duración, con espesuras y densidades temporales y espaciales, que atraviesa la existencia humana. Y no solo la atraviesa, sino que las ciudades son sujetos activos en la producción de la vida social. Relación de doble vía que cada vez es más visibilizada por arquitectos, antropólogos, sociólogos, geógrafos e historiadores interesados por lo urbano. Vale recordar el libro *Carne y piedra*, donde Richard Sennett muestra cómo las experiencias corporales a lo largo de la historia han sido posibilitadas y condicionadas por la ciudad construida.⁴

Esta complejización de las relaciones entre las personas y las materialidades tiene varias consecuencias. Una de ellas es que las ciudades han dejado de ser consideradas como simples contenedores de relaciones sociales, como escenarios donde ocurren los hechos sociales o como marcos espaciales, y ha emergido la pregunta por cómo las espacialidades, las formas y los objetos,

4 Richard Sennett, *Carne y piedra. El cuerpo y la ciudad en la civilización occidental* (Madrid: Alianza Editorial, 1997).

también producen la vida urbana.⁵ En este camino todavía quedan muchos retos teóricos y metodológicos para asumir la revaloración y problematización de la espacialidad en la historia y, al mismo tiempo, para considerar la historicidad en lo urbano, tanto para su análisis y comprensión, como para su intervención.

A propósito de esta revitalización de lo espacial, de la exterioridad, de las materialidades, la historia urbana tiene mucho que aportar. Por ello, retomando reflexiones historiográficas, a continuación, daremos algunas ideas sobre cuáles serían esos elementos y componentes que definen la historia urbana. Reflexión que, en otro momento, sería muy interesante realizar desde la producción colombiana catalogada como “historia urbana”, haciendo énfasis en las formas teóricas y metodológicas en las que se aborda el espacio.

Elementos para la definición del campo

En 1992 el historiador francés Bernard Lepetit realizó un balance de los inicios de las investigaciones urbanas en Francia, abriendo un abanico temporal de 20 años que sitúa sus orígenes en 1970.⁶ Como una pista interesante para delimitar el campo de la historia urbana, recordó al gran historiador inglés E. P. Thompson en su clásico libro *The Making of the English Working Class*, publicado en 1968, y en cómo *the making* no es una acción pasiva, sino, por el contrario, constitutiva de la clase obrera: “Este libro tiene un título torpe, pero cumple con su propósito. Hablo de ‘hechura’ porque es un estudio en un proceso activo, que le debe tanto al medio como a las condiciones. La clase obrera no surgió como el sol en un momento determinado. Estaba presente en su propia hechura”.⁷

5 Esta perspectiva puede encontrarse en los estudios socioespaciales, donde se encuentran trabajos como los del filósofo Henri Lefebvre en *La producción del espacio*, y el de los geógrafos Edward Soja en *Posmetrópolis* y David Harvey en *París*, entre otros. Henri Lefebvre, *La producción del espacio* (Madrid: Capitán Swing, 2013); Edward Soja, *Posmetrópolis. Estudios críticos sobre las ciudades y las regiones* (Madrid: Traficantes de Sueños, 2008); David Harvey, *París, capital de la modernidad* (Madrid: Akal, 2008).

6 Lepetit, “La historia urbana en Francia”.

7 E. P. Thompson citado en Lepetit, “La historia urbana en Francia”, 24.

Esta consideración no es tan evidente en la traducción al español, ya que en el título *La formación de la clase obrera en Inglaterra* el término “formación” puede asemejarse a desarrollo, configuración, progreso y a otros que se han usado para describir *lo que pasa* al interior de las ciudades, pero sin considerar el papel de las ciudades mismas en *la hechura* de la vida social. Así, esta referencia nos sirve para delimitar el campo de la historia urbana, donde la ciudad es a la vez objeto y sujeto de la historia, donde no solo suceden las relaciones sociales y se hacen evidentes las estructuras, sino que es necesario poner el foco en el papel activo y productor de espacios, morfologías, trazados y materialidades. Siguiendo con Lepetit: “Además de objeto –construido por los hombres y analizado por la ciencia histórica–, la ciudad es también sujeto de la historia. Es más que un marco, más que la simple suma de elementos que la componen. Por su misma existencia es creadora de innovaciones que afectan su propio devenir”.⁸

Una de las características de la historia urbana es, pues, la posibilidad de problematizar las categorías de espacio, tiempo y sociedad, buscando un equilibrio que se aleje del primado de las explicaciones temporales, fundadas en categorías como progreso, desarrollo, continuidad, modernidad, linealidad. Ejes que, además, han sido una característica y lugar común de algunas monografías y biografías de ciudades, como los relatos sobre el desarrollo urbano o el progreso de una ciudad.

En el caso de Colombia, la problematización de las materialidades y las espacialidades, así como de las periodizaciones tradicionales inspiradas en la historia política, permitiría comprender la diversidad geográfica y ambiental del país, más allá del determinismo geográfico, y reconstruir las diferentes trayectorias espaciotemporales de las ciudades y sus relaciones entre ellas. Por ejemplo, ciudades de la Costa Caribe como Barranquilla, Montería, Cartagena y Santa Marta; andinas como Tunja, Bogotá, Popayán, Pasto; ribereñas como Mompos y Neiva; otras en la región biogeográfica del Pacífico como Quibdó, Tumaco y Cali y otras enclavadas en la Amazonía como Leticia y Mocoa.

8 Lepetit, “La historia urbana en Francia”, 14-15.

Al lado de esta problematización del espacio como una simple coordenada de ubicación o como un telón de fondo, la ciudad y lo urbano son objetos complejos que solo se pueden comprender desde la interdisciplinariedad. Por ello, en tiempos donde pareciera primar la hiperespecialización, que en el caso de la historia puede traducirse en acotados periodos temporales o compartimientos de la vida social, la historia urbana puede ser una oportunidad para las miradas globales, complejas y de larga duración, lo que ha sido una de las aspiraciones de la historia.

“He aquí en efecto un objeto de estudio, la ciudad, que ‘agrupa todas las preguntas planteadas por la evolución plurisecular del sistema de civilización’. ¿Cómo no esperar de su descripción, o mejor aun de su comprensión, un nuevo acercamiento a la globalidad? Si toda la historia se encuentra en lo urbano, comprender la ciudad se convierte en un medio para reconquistar el paraíso perdido y para tener acceso a un saber total renovado”.⁹

En este contexto, uno de los principios de la historia urbana es considerar e incorporar en su trabajo los métodos y herramientas de otras disciplinas. Para nombrar algunos ejemplos, comprender la ciudad no sería posible sin el conocimiento de las formas, estilos y los modelos proyectados desde el urbanismo, la arquitectura y la planeación; el acercamiento a la cultura, a las prácticas cotidianas y a las apropiaciones de los espacios implica una sensibilidad etnográfica que proviene de la antropología; el funcionamiento de la industria, el comercio, los servicios y las dinámicas del mercado implica unos mínimos conocimientos de la economía y los modelos económicos y el entendimiento de las estructuras sociales no sería posible sin tener algunas nociones del pensamiento sociológico.

Al lado de la problematización del espacio, de la consideración de la ciudad como objeto y sujeto de la historia, de la interdisciplinariedad y de la búsqueda de recomposición de la globalidad, otro de los componentes clave para la definición del campo de la historia urbana es el cambio de escala de observación. Contrario a lo que comúnmente se piensa, la escala o el análisis escalar no es solo un componente de la geografía y la arquitectura, sino que es una

herramienta metodológica muy útil para la investigación social. Cambio de escala de observación que puede ser temático, temporal y espacial, como lo muestra el historiador francés Jacques Revel.¹⁰

Desde el análisis histórico, específicamente desde el método de trabajo de la microhistoria impulsada por Giovanni Levi y Carlo Ginzburg, hay aportes pertinentes para la historia urbana:

(...) el punto de partida de la microhistoria es una consciencia de las inconsistencias de la realidad y de la necesaria parcialidad de nuestro conocimiento –lo que no significa que la microhistoria posponga indefinidamente una aproximación a la realidad, sino que siempre reconoce las posibilidades de discusiones adicionales y otras interpretaciones posibles. Así, el método se sitúa en el centro del trabajo de un microhistoriador. La observación de un hecho a través de un microscopio hace posible la formulación de nuevas preguntas que amplían nuestra comprensión de la realidad y aumentan nuestro arsenal cognitivo. No se trata de rechazar las grandes narrativas, sino de examinarlas de cerca con la mira puesta en corregir sus simplificaciones y modificar sus perspectivas y supuestos.¹¹

En el caso de la historia urbana, Lepetit retoma los trabajos de Fernand Braudel, recordando cómo el cambio de escala sería el que habría permitido pasar de las monografías o biografías de las ciudades a la historia urbana. Así, nunca una ciudad se presenta sin el acompañamiento de otras ciudades, más grandes o más pequeñas, cercanas o lejanas, y puntos de apoyo, relevos o rivales y, por ello, el cambio de escala de observación es intrínseco a la historia urbana.¹² Y acá hay otro llamado de atención respecto al interés de reconstruir las trayectorias historiográficas de un país, donde hay un desequilibrio entre el

10 Jacques Revel, org., *Jogos de escalas. A experiência da microanálise* (Rio de Janeiro: Editora Fundação Getulio Vargas, 1998).

11 Giovanni Levi, "La microhistoria y la recuperación de la complejidad", en *Microhistorias* (Bogotá: Universidad de los Andes, 2019), 406.

12 Lepetit, "La historia urbana en Francia".

estudio de unas ciudades frente a otras, cosa que podríamos decir que sucede en la mayor parte de Latinoamérica.¹³

Iniciando el siglo XXI, en una entrevista sobre la historia urbana en Colombia realizada a Jacques Aprile-Gnisset, Fernando Botero y Humberto Molina,¹⁴ uno de los aspectos subrayados como retos del campo fue precisamente la necesidad de estudiar las relaciones entre ciudades, por ejemplo, a través de las conexiones comerciales entre el eje Buenaventura, Cali y Palmira, o el de Yarumal y Medellín, y la necesidad de reconstruir una visión global de las ciudades colombianas.

Por último, para la delimitación del campo de la historia urbana, cabe tomar uno de los principios teóricos y metodológicos de nuestra disciplina: la historia problema, donde no se trata de “dejar hablar al archivo” o que los archivos y sus contenidos determinen la narración, como en el caso de algunas monografías de ciudades que van contando los datos, pero no tejen problemas o preguntas de investigación. Y acá se halla otra de las riquezas y de los retos de la historia urbana, y es la posibilidad de acudir a “fuentes tradicionales”, como las alojadas en los archivos de los gobiernos municipales, las instituciones públicas y las publicaciones periódicas, pero que también tienen grandes recursos en los archivos judiciales, comunitarios, fotográficos, audiovisuales, sonoros, cartográficos y en la historia oral.

Después de esbozar algunos componentes de lo que vamos a entender por el campo de la historia urbana, el siguiente momento de esta travesía se pregunta por las trayectorias en Colombia: ¿cuáles fueron las condiciones de posibilidad de surgimiento de la historia urbana?, ¿en qué momento podemos situarla?

Entre los estudios urbanos y la historia urbana

Como han mostrado los trabajos del historiador Germán Mejía Pavony, desde mediados del siglo XX en Colombia existen monografías y biografías de

13 En el campo de la historiografía sobre el urbanismo, la arquitectura y la planificación, en Brasil hay interesantes avances sobre lo que sería reconstruir un panorama de un país considerando la particularidad de sus ciudades, como Sao Paulo, Rio de Janeiro, Belo Horizonte, Salvador de Bahía, Porto Alegre. Maria Cristina da Silva Leme, org., *Urbanismo no Brasil 1895-1965* (Salvador: EDUFBA, 2005).

14 Jacques Aprile-Gnisset, Fernando Botero y Humberto Molina, “¿Cómo analizar ciudades?”, *Revisita Sociedad y Economía*, no. 2 (abril de 2002): 97-102, <https://bit.ly/33KcKmm>.

ciudades que pueden situarse como antecedentes de las miradas históricas a la ciudad y a lo urbano, así como estudios desde la arquitectura y el urbanismo que se han ocupado de la forma urbana y del patrimonio arquitectónico.¹⁵

No obstante estas trayectorias, una hipótesis del presente trabajo es que será hasta la década de 1990 cuando podamos hablar de los inicios de un campo de saber denominado historia urbana, cuyas condiciones de posibilidad y de emergencia incluyen tanto factores internos a la historiografía como del *suelo común* que denominamos en el apartado anterior como las geografías del saber y la interdisciplinariedad.

En este contexto, en la década de 1990 se conjugan varias situaciones. La primera tiene que ver con que la *experiencia urbana* cobra nuevas dimensiones a lo largo y ancho del país, como la aparición de sistemas masivos de transporte, la construcción de grandes equipamientos culturales y espacios públicos en áreas centrales. Y, al mismo tiempo, en el ámbito político y legislativo emergen una serie de instrumentos normativos que visibilizan lo urbano y la acción pública sobre las ciudades.

Un tercer punto tiene que ver con que las miradas políticas y las investigaciones de las ciencias sociales y humanas sobre lo urbano y la ciudad empezaron a ser urgentes y a tener relevancia, frente a varias décadas donde lo rural y el campo habían sido protagónicos.¹⁶ Es decir, podemos hablar del fortalecimiento y la consolidación de los estudios urbanos en campos como la sociología, la antropología, la planificación y la arquitectura. Y, en el campo específico de las miradas históricas a las ciudades, estas circunstancias tienen que ver con la consolidación de la historia, vía la formación de departamentos y la apertura de programas de pregrado y posgrado, la aparición y consoli-

15 Véase Germán Mejía Pavony, “Pensando la historia urbana”, en *La ciudad y las ciencias sociales. Ensayos y aproximaciones*, eds. Germán Mejía Pavony y Fabio Zambrano Pantoja (Bogotá: CEJA, 2000), 47-76.

16 “Debate” sobre lo urbano y lo rural en el que hay mucho camino por recorrer, más en términos de comprensión y de articulación de dinámicas que como dicotomía, rivalidad u oposición. Un avance en esta línea es el especial periodístico publicado en 2019 por la *Revista Semana*, “Historia de Colombia, la historia contada desde las regiones”, que se encuentra disponible en: <http://semanahistoria.com/>. Entre otros materiales, Fabio Zambrano en su artículo nos lleva hacia un reclamo sobre la no visibilización de Colombia como un país urbano. Fabio Zambrano, “País urbano”, *Revista Semana Historia* (2018), <https://bit.ly/36VI3wR>.

dación de espacios en los congresos y seminarios y los libros y publicaciones dedicados a la historia urbana de algunas ciudades.

Reconstruyendo estas geografías del saber, las líneas siguientes contextualizan la pregunta por la ciudad y lo urbano, tanto en el campo de los estudios urbanos como de la historia. En un segundo momento, se hará un “balance de los balances” que, a pesar de ser pocos, son insumos importantes para dar cuenta de cómo ha aparecido o estado ausente la historia urbana en el campo de la historiografía colombiana.

Las preguntas por la ciudad y lo urbano

Las trayectorias historiográficas de cada país están conectadas con sus realidades locales y nacionales y, a su vez, atravesadas por tendencias y corrientes globales. Por ello, no es gratuito que las décadas de 1980 y 1990 en Colombia representen una inflexión en la mirada sobre las ciudades y la *experiencia urbana* en la esfera pública y política y en las ciencias sociales y humanas.¹⁷

Si bien para la década de 1990 en Latinoamérica ya había caminos recorridos en la investigación urbana, como en los casos de Brasil, México, Argentina y Ecuador, por nombrar algunos, en Colombia era un campo que apenas empezaba a abrirse camino. En parte, esto puede explicarse por el predominio de la cuestión agraria¹⁸ en las agendas políticas y académicas y por la “juventud” de las ciencias sociales y humanas, como la sociología, la antropología, la historia y sus derivas en el componente urbano en comparación con otros países del continente.

17 En trabajos posteriores, tener este panorama nacional posibilitará realizar estudios comparados y conectados con países latinoamericanos, como Brasil, México, Argentina, Ecuador y Chile, o como Inglaterra, España y Estados Unidos. La comprensión de las trayectorias nacionales pasa por una serie de interconexiones geopolíticas que no pueden desconocerse.

18 Una hipótesis es que, vía el predominio de los estudios rurales y la preocupación por lo agrario, en Colombia “llegamos tarde” al estudio de la ciudad. Entre otras cosas, una de las explicaciones para esta particularidad tiene que ver con que el conflicto y la violencia, en mayor medida vividos en zonas rurales, han marcado derroteros en las formas de conocimiento, en la intervención estatal y en la vida política. Esto atado, entre otras cuestiones, a la disputa por la tierra y por la gran biodiversidad y riqueza geográfica y ambiental del país. Para ampliar estas cuestiones, véase Eulalia Hernández Giro, “Un espacio para la historia. Jacques Aprile-Gnisset y los estudios urbanos en Colombia, 1960-1990” (Tesis de doctorado, Universidad Nacional de Colombia, Medellín, 2020).

Otra hipótesis que se aplica en algunas ciudades del país, como Medellín, Bogotá y Cali, es que los años 90 del siglo xx marcaron un parteaguas frente a la mirada, la comprensión y la intervención frente a lo urbano por “la llegada” del conflicto, la violencia y la guerra a las calles y barrios de todos los estratos sociales y lugares emblemáticos, como los centros de las ciudades, lo que visibilizó una serie de problemáticas y territorios que se ocultaban o no se advertían. “Llegada” entre comillas, porque si bien los desplazados por la violencia llevaban décadas arribando a la ciudad desde el campo –y en desplazamientos intraurbanos–, luchando por servicios públicos básicos, ocupando laderas y periferias mediante la autoconstrucción, fue hasta ese momento que las bombas, los atentados, las “milicias urbanas” hicieron “más cercana” la guerra a algunas ciudades y a algunos de sus habitantes.¹⁹

En el caso de Bogotá, las tomas a manos del grupo guerrillero M-19 de la embajada de la República Dominicana en 1980 y del Palacio de Justicia en 1985, en el corazón de la capital, “trasladaron” el conflicto armado al escenario urbano, y los magnicidios a dirigentes políticos de diferentes tendencias, los asesinatos de funcionarios públicos, ministros y periodistas, efectuados por grupos de derecha y narcotraficantes, implantaron zozobra y caos en las ciudades.²⁰

Con diferentes matices, en esta década hay una confluencia de situaciones que provocan un giro en el campo de los estudios urbanos y el posicionamiento de nuevos temas de interés e investigación en ciudades como Medellín, Bogotá y Cali. Estas trayectorias locales se cruzan también con una coyuntura en el campo social y político en el país: el proceso de descentralización, la Constitución Política de 1991 y la Asamblea Nacional Constituyente.

Desde la década de 1950 empezaron las luchas y movimientos sociales que reivindicaban servicios públicos y el derecho a una vivienda digna y, aunque se intentaron varias reformas en el campo legislativo, solo sería hasta 1989 que se logró debatir y aprobar un grupo coordinado de normas y políticas de

19 Centro Nacional de Memoria Histórica, CNMH, *Medellín: memorias de una guerra urbana* (Bogotá: CNMH, Corporación Región, Ministerio del Interior, Alcaldía de Medellín, Universidad EAFIT, Universidad de Antioquia, 2017).

20 Luis Fernando González Escobar, *Ciudad y arquitectura urbana en Colombia, 1980-2017*, 2.ª ed. (Medellín: Editorial Universidad de Antioquia, 2019).

acción urbana en una Ley de Reforma Urbana.²¹ Con el proceso de descentralización y reforma municipal de 1986, iniciaron medidas como la elección popular de alcaldes –que hasta ese momento se hacía por designación del presidente–, que empezó a funcionar en 1988; la Constitución Política de 1991 y la Asamblea Nacional Constituyente²² y la política urbana expuesta en el libro *Ciudades y ciudadanía*.²³

Estas reformas marcaron un nuevo panorama que sugirió nuevos roles tanto de los ciudadanos como de las administraciones locales: las ciudades y los municipios van a empezar a tener un rol protagónico en la vida política del país. Y, al mismo tiempo, la agenda de los estudios urbanos se conectaba con las políticas públicas. En este contexto, cabe recordar las reflexiones de Fernando Viviescas y Fabio Zambrano a propósito del seminario “Pensar la ciudad”: “La política urbana expuesta en el libro *Ciudades y ciudadanía* abrió la posibilidad para este espacio de reflexión y es una lectura obligada para la comprensión de varios de los textos de esta publicación. En ella quedó claro hasta dónde la ausencia de un pensamiento riguroso sobre la ciudad ha afectado negativamente la posibilidad de incidir integralmente con las actuaciones urbanas en la formulación y construcción de una ciudad democrática y equitativa, en la cual la existencia individual y colectiva permita el desarrollo de la imaginación y de la creatividad”²⁴

En los debates sobre la constituyente, se resaltan los aportes de intelectuales como el sociólogo Orlando Fals Borda y el antropólogo Hernán Henao

21 Para un panorama de “la cuestión urbana” en la planeación colombiana antes de la década de 1990, véase Fabio Botero Gómez, *La ciudad colombiana* (Medellín: Ediciones Autores Antioqueños, 1991).

22 La convocatoria de una Asamblea Constituyente en Colombia fue el resultado de una búsqueda de apertura democrática y resultado de la crisis no resuelta del régimen político bipartidista instaurado por el Frente Nacional (1958-1974), tiempo durante el cual los partidos Conservador y Liberal se “repartieron” el poder. Dicha crisis conjugó el descrédito de la élite política, el estado de sitio intermitente (la represión militar de huelgas y paros cívicos) y las guerras y la violencia generalizada por todo el territorio nacional.

23 La política urbana del Gobierno del presidente Ernesto Samper Pizano (1994-1998), que quedó expuesta en el libro *Ciudades y ciudadanía*, publicado por el Ministerio de Desarrollo Económico en septiembre de 1995.

24 Fernando Viviescas y Fabio Giraldo, comps., *Pensar la ciudad* (Bogotá: Tercer Mundo Editores, CENAC, FEDEVIVIENDA, 1996), 10.

Delgado, quienes pusieron en la agenda pública las preguntas por la ciudadanía, las ciudades y por el ordenamiento territorial.²⁵ Igualmente, con la nueva Constitución Política de 1991 se abrieron espacios de discusión y foros públicos que tendrían repercusiones políticas y eco en las agendas de investigación, como el cuestionamiento sobre el significado de la modernidad en nuestro país.

Muestra de ello es el libro *Colombia: el despertar de la modernidad*,²⁶ compilado por el Foro Nacional por Colombia y ²⁷ organizaciones no gubernamentales (ONG), que recogió textos de reconocidos pensadores como Marshall Berman, Perry Anderson, Ágnes Heller o Jean-François Lyotard, y propuso reflexiones sobre el caso colombiano, con autores como Jorge Orlando Melo, Salomón Kalmanovitz, Fernando Viviescas, entre otros. Y es que este debate por la modernidad es intrínseco a la pregunta por lo urbano.

Esta conjunción entre seminarios y publicaciones lideradas por ONG y organizaciones de la sociedad civil marca una característica particular de Colombia respecto de otros países de América Latina frente a las formas de producción de conocimiento y circulación de debates políticos en el campo de los estudios urbanos. Mientras en países como Chile contaban con revistas especializadas en temas urbanos como *Eure* (desde 1971), en México tenían una editorial como el Fondo de Cultura Económica desde la primera mitad del siglo xx, y en Brasil dieron un gran impulso a editoriales universitarias y gremios como la Associação Nacional de Pós-graduação e pesquisa em Planejamento Urbano e Regional (ANPUR, fundada en 1983), las dinámicas y publicaciones de ONG fueron muy importantes para el caso colombiano.²⁸

25 Entre otros textos, véase Orlando Fals Borda, "Guía práctica del ordenamiento territorial en Colombia: contribución para la solución de conflictos", *Análisis Político*, no. 36 (1999): 82-102.

26 Fernando Viviescas y Fabio Giraldo, comps., *Colombia: el despertar de la modernidad* (Bogotá: Foro Nacional por Colombia, 1991).

27 El Foro Nacional por Colombia surge en 1982. La *Revista Foro*, publicada a partir de 1986, ha sido una importante fuente de circulación e información sobre lo urbano en el país. Está disponible en: <https://foro.org.co/>.

28 Para algunos elementos de una visión comparada en la investigación urbana en México y Colombia, véase Eulalia Hernández Ciro, "La investigación urbana entre 1960 y 1990. Apuntes para un balance historiográfico comparado entre México y Colombia", *Academia XXI*, Vol. 8, no. 15 (2017): 139-59, <http://dx.doi.org/10.22201/fa.2007252Xp.2017.15.60404>.

Desde la década de 1970, vía foros, seminarios, congresos, investigaciones y publicaciones periódicas, estas ONG van a incursionar en las temáticas urbanas. Al lado de la desfinanciación histórica del Estado colombiano a la educación y a proyectos editoriales y culturales, esta situación también se podría explicar porque en un país con tantas décadas de conflicto las organizaciones de la sociedad civil, comunitarias y no gubernamentales han sido muy importantes. En este campo, se destaca el libro organizado por el Centro de Investigaciones y Educación Popular (Cinep), *La problemática urbana hoy en Colombia*, publicado en Bogotá en 1982, que recogió ensayos como “La ciudad, la urbanización capitalista y la recreación”, de Fabio Zambrano y “La cuestión urbana hoy: balances, tendencias y perspectivas” de Jacques Aprile-Gnisset.²⁹ Volviendo a un caso local, en una época de crisis y de conflictos y violencias en Medellín, las ONG y la sociedad civil jugaron un papel protagónico en la comprensión de las realidades urbanas y en las propuestas de horizontes futuros para su transformación. Muestra de ello fueron los foros temáticos y los seminarios “Alternativas de Futuro para Medellín”, realizados a inicios de la década de 1990, que conjugaron interesantes miradas a lo urbano y a la vida de la ciudad, desde perspectivas estatales, académicas y comunitarias.

En este contexto, no es gratuito que, al lado de la investigación iniciada por centros universitarios, como el Instituto de Estudios Políticos (IEP) y el Instituto de Estudios Regionales (INER) de la Universidad de Antioquia; y la Escuela de Planeación Urbano Regional y la Escuela del Hábitat en la Facultad de Arquitectura de la Universidad Nacional Colombia, sede Medellín, existan también importantes insumos en ONG como Corporación Región y el Instituto Popular de Capacitación (IPC).

Para el caso de la historia urbana de Medellín, dos textos realizados por la Corporación Región van a ser centrales: *Entre luces y sombras. Medellín: espacio y políticas urbanas*, realizado por Gloria Naranjo y Marta Inés Villa en 1997, significó un hito en la comprensión de las disputas entre ordenamiento de la ciudad y “la explosión y la colonización urbana” durante todo el siglo xx,

29 Ulpiano Ayala Oramas, Luz Fonseca y Jorge Lotero, eds., *La problemática urbana hoy en Colombia* (Bogotá: Centro de Investigación y Educación Popular [Cinep], 1982).

y la monografía *Medellín en zonas*, realizada por la antropóloga Gloria Naranjo Villa, publicada en 1992, rompió con las miradas homogeneizantes de la ciudad y realizó una visión de cada zona, indagando por los procesos de poblamiento, las tipologías de asentamiento, la cultura política, las visiones de ciudad, entre otros.³⁰

Al lado del papel protagónico que jugaron las ONG y diversos centros de pensamiento en el ámbito académico, los años 90 del siglo xx significaron la consolidación de las ciencias sociales y humanas, con programas de posgrado y especialización, así como con nuevas organizaciones como la Asociación Colombiana de Investigadores Urbano-Regionales (ACIUR), situaciones que fortalecieron el campo de los estudios urbanos desde las instituciones universitarias, ONG e investigadores independientes.³¹

En los inicios de ACIUR se destacan los seminarios nacionales sobre investigación urbano-regional realizados en 1993 y 1996, que desembocaron en los dos volúmenes del libro *La investigación regional y urbana en Colombia. Desarrollo y Territorio (1998-1997)*, y que resultan un aporte importante al balance y las perspectivas de la investigación en aspectos regionales y urbanos en el país.³² Tanto para la realización de los seminarios como para la publicación ACIUR contó con el apoyo del Departamento Nacional de Planeación (DNP) y la Financiera de Desarrollo Territorial (FINDETER).

En estos dos volúmenes apareció un texto de Germán Mejía Pavony, titulado “Aspectos del tránsito a la ciudad burguesa. Gobierno y equipamiento urbano en Bogotá, 1860-1910”.³³ Si bien la historia urbana ha sido periférica en

30 Gloria Naranjo Giraldo y Marta Inés Villa, *Entre luces y sombras. Medellín: espacio y políticas urbanas* (Medellín: Corporación Región, 1997); Gloria Naranjo Giraldo, *Medellín en zonas. Monografías* (Medellín: Corporación Región, 1992).

31 Para más información sobre ACIUR, véase: <https://aciur.net/>.

32 Departamento Nacional de Planeación, DNP, *Teoría, descentralización, planeación, vivienda, servicios públicos y transporte*, tomo I de *La investigación regional y urbana en Colombia. Desarrollo y Territorio (1998-1997)* (Bogotá: DNP, Financiera de Desarrollo Territorial, Asociación Colombiana de Investigadores Urbano-Regionales, Carlos Valencia Editores, 1998).

33 Germán Mejía Pavony, “Aspectos del tránsito a la ciudad burguesa. Gobierno y equipamiento urbano en Bogotá, 1860-1910”, en *La investigación regional y urbana en Colombia. Desarrollo y Territorio (1998-1997)*, Departamento Nacional de Planeación, DNP, Tomo I (Bogotá: DNP, Financiera de Desarrollo Territorial, Asociación Colombiana de Investigadores Urbano-Regionales, Carlos Valencia Editores, 1998), 107-19.

ACIUR, no puede desconocerse que, en la mayoría de sus encuentros y seminarios, ha tenido una línea en historia urbana y lecturas históricas del territorio y de los patrimonios.

En lo que venimos mostrando, un hito clave para el pensamiento y la comprensión de la ciudad en Colombia y los inicios de la historia urbana tiene que ver con los seminarios, eventos, publicaciones y nuevos programas universitarios que hablan de una nueva forma de comprender y estudiar la ciudad y lo urbano que tuvieron auge en la década de 1990. Muchos de estos espacios de discusión terminaron en publicaciones, marcando una síntesis importante de lo que estaba pasando e inaugurando líneas de trabajo.

Entre esta amplia lista, vale destacar el libro *Pensar la ciudad*, compilado por Fernando Viviescas y Fabio Giraldo en 1996,³⁴ en el que se evidencian las condiciones de posibilidad que venimos mencionando a propósito del surgimiento de los estudios urbanos. El libro resultó de un seminario que buscó la confluencia de distintas disciplinas para abarcar en toda su dimensión la complejidad que caracteriza a la ciudad. En alguna medida, esta movilización por lo urbano quería también alzar las voces sobre un saber dominante en el campo del pensamiento y la intervención sobre las ciudades colombianas hasta ese momento: la arquitectura y la planeación. Al respecto, apuntaron los organizadores: “Es nuestro medio, las disciplinas que se han ocupado de la ciudad, y particularmente de la arquitectura, se enclaustraron en los conventos universitarios permitiendo que un puñado de urbanistas consentidos con las migajas de poder empezara a detentar con su visión tecnocrático-totalitaria la conducción de la ciudad desde el Estado. Por eso el fin último de este libro es dialogar sobre la ciudad, no como un acto inocente sino como una posición política que pretende, al cuestionarnos, crear nuevos espacios de reflexión desde los cuales podamos convertir el problema de la ciudad en un problema político y cultural”.³⁵

El libro está dividido en cuatro partes: “La ciudad, una institución imaginaria”; “Aproximación desde la arquitectura”; “Aproximación desde lo filosófico” y “Aproximación desde lo cultural”. Si bien no hay un capítulo dedicado a

34 Viviescas y Giraldo, *Pensar la ciudad*.

35 *Ibid.*, 11.

la historia urbana, se hace referencia a las trayectorias históricas de ciudades como Medellín y Bogotá y, en un artículo del historiador Marco Palacios, hay unas notas metodológicas para la investigación histórica que proponen pensar la urbanización, el Estado y la política.

Otro texto, titulado *Procesos urbanos contemporáneos*, organizado por la Fundación Alejandro Ángel Escobar, recogió las memorias del seminario taller Procesos urbanos contemporáneos, realizado en septiembre de 1993, y recorrió temáticas como la reforma urbana y los gobiernos locales, prestación de servicios públicos domiciliarios en las grandes ciudades colombianas, participación política y ciudadanía y pobreza.³⁶ En esta misma línea, cabe mencionar el libro compilado y editado por el geógrafo Peter C. Brand en Medellín en el 2001, titulado *Trayectorias urbanas en la modernización del estado en Colombia*.³⁷

Otra referencia será la Cátedra Manuel Ancizar de la Universidad Nacional de Colombia, que en su versión de 1999 organizada por la Facultad de Artes tuvo como temática central “Pensar la ciudad: una mirada hacia el próximo milenio”, y desembocó en el libro *La ciudad: hábitat de diversidad y complejidad*, compilado por Carlos Alberto Torres Tovar, Fernando Viviescas Monsalve y Edmundo Pérez Hernández.³⁸ Entre las diversas dimensiones que se abordan de la ciudad (la filosofía, la ciudadanía, la arquitectura, la cultura, el arte, la literatura, la sostenibilidad), hay un apartado dedicado a “La ciudad y la historia”, en donde Fabio Zambrano Pantoja da una perspectiva de larga duración de las ciudades en Occidente y hace un recorrido panorámico por las ciudades hispanoamericanas, haciendo algunas menciones a casos colombianos.³⁹

Respecto a las trayectorias específicas de la historia urbana, cabe destacar el seminario La ciudad y las ciencias sociales, estado actual y perspectivas,

36 Ana Lucía Sánchez G., ed., *Procesos urbanos contemporáneos* (Bogotá: Fundación Alejandro Ángel Escobar, 1995).

37 Peter C. Brand, ed. y comp., *Trayectorias urbanas en la modernización del Estado en Colombia* (Medellín: TM Editores, Universidad Nacional, sede Medellín, 2001).

38 Carlos Alberto Torres Tovar, Fernando Viviescas Monsalve y Edmundo Pérez Hernández, *La ciudad: hábitat de diversidad y complejidad* (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Artes, 2000).

39 Fabio Zambrano Pantoja, “La ciudad en la historia”, en *La ciudad y las ciencias sociales. Ensayos y aproximaciones*, eds. Germán Mejía Pavony y Fabio Zambrano Pantoja (Bogotá: CEJA, 2000), 122-48.

organizado en 1999 por la Facultad de Arquitectura y Diseño de la Pontificia Universidad Javeriana en Bogotá, que luego se convertiría en un libro bajo el mismo título, editado por Germán Mejía Pavony y Fabio Zambrano Pantoja: *La ciudad y las ciencias sociales*.⁴⁰ Desde disciplinas como la historia, la sociología, la economía, la antropología y la geografía se plantea la ciudad como objeto de estudio y el espacio como unidad de estudio concreta.

En lo que respecta a la historia urbana, aparecen allí dos artículos: el primero, “El contexto histórico del ordenamiento territorial en Colombia”, de Fabio Zambrano Pantoja y el segundo, “Pensando la Historia Urbana”, de Germán Mejía Pavony, que podríamos decir que inaugura la reflexión historiográfica en este campo, y sobre el que volveremos más adelante.

En términos generales, podríamos decir que la historia urbana tiene un lugar periférico en estos acercamientos a la ciudad y a lo urbano de los estudios urbanos que se consolidan en la década de 1990, pero no puede desconocerse la preocupación transversal entre la relación historia y ciudad, incluyendo perspectivas históricas en los análisis y alusiones específicas a ciudades y territorios, pero también con la participación de historiadores en estos espacios. Trabajos como el de los historiadores Germán Mejía Pavony y Fabio Zambrano, pero también aproximaciones de arquitectos como Fernando Viviescas, Alberto Saldarriaga Roa, Carlos Niño Murcia y Juan Carlos Pérgolis van a aportar al campo de historia urbana.

Aunque no hubo una presencia activa de la historia urbana en el campo general de los estudios urbanos, este repaso por la década de 1990 da cuenta de la emergencia de la preocupación por lo urbano en nuestro país y cómo la exploración por la historia urbana no se puede desligar de ahí. Como veremos más adelante, es precisamente en la década de 1990 cuando aparecen los primeros trabajos catalogados como historia urbana: los dos primeros volúmenes de *La ciudad colombiana* de Jacques Aprile-Gnisset (1991 y 1992), el libro *Medellín, historia urbana y juego de intereses* de Fernando Botero (1996),

40 Germán Mejía Pavony y Fabio Zambrano Pantoja, eds., *La ciudad y las ciencias sociales. Ensayos y aproximaciones* (Bogotá: CEJA, 2000).

y *Los años el cambio. Historia urbana de Bogotá, 1820-1910* de Germán Mejía Pavony (1999), por mencionar algunos ejemplos.

Balance de los balances historiográficos

Como anotamos iniciando este texto, uno de los retos y vacíos que afronta el campo de la disciplina histórica en Colombia es la falta de balances historiográficos que den cuenta de los avatares y trasegares de un campo y que trasciendan los estados del arte, generalmente monográficos. Estamos en mora de realizar investigaciones de largo aliento, que estudien en detalle enfoques, métodos y técnicas, que muestren el declive o auge de ciertos temas y fuentes y que puedan situarse en relación con una producción historiográfica más amplia y, si se quiere, en diálogo con las ciencias sociales humanas y situados en los avatares de la sociedad en que vivimos.

A esta falta estructural de balances historiográficos en Colombia, se suma una ausencia de alusiones a la historia urbana en los existentes. Cuestión que, en principio, podría asumirse como una falta de trabajos en esa materia, pero valdría la pena preguntarse por esta ausencia. Como lo han enseñado historiadores como Marc Bloch y Carlo Ginzburg, los silencios también hablan.

Finalizando la década de 1980 y antes de su prematura muerte en 1990, el historiador colombiano Germán Colmenares hacía un balance de los estudios históricos y planteaba algunos puntos que sirven de retrato sobre el campo que nos interesa. Refiriéndose a la necesidad de impulsar investigaciones que llenaran vacíos evidentes y que ampliaran el diálogo con el resto de las ciencias sociales, mencionó:

Aquí puede señalarse, por ejemplo, la ausencia de investigaciones en historia urbana. Aunque en Colombia se ha desarrollado una historia regional, el énfasis de los trabajos recae en problemas rurales. Dentro de este campo sería deseable impulsar una historia detallada de poblamientos y de redes urbanas, lo cual permitiría ampliar el marco de los problemas dentro del cual se mueven usualmente los investigadores locales interesados en la historia de su región. Con pocas excepciones, tampoco existen tratamientos adecuados de las grandes ciudades. Estos tratamientos exigen el uso de un concepto de historia urbana en el que intervienen teorías sociológicas, jurídicas, lingüísticas,

demográficas, antropológicas, urbanísticas, etc., cuyo dominio no es familiar a muchos historiadores. La historia urbana comprende así un rango tan amplio de problemas que su éxito solo podría asegurarse con una colaboración interdisciplinaria efectiva. Aunque a menudo se insiste en esta necesidad, el reclamo no pasa de ser una afirmación puramente formal, que no se materializa en una colaboración en torno a cuestiones concretas.⁴¹

Los dos volúmenes compilados en 1994 por Bernardo Tovar Zambrano, *La historia al final del milenio: ensayos de historiografía colombiana y latinoamericana*,⁴² están organizados por temáticas: la historiografía colonial; historiografía sobre los movimientos sociales en Colombia en el siglo XIX; historiografía económica del siglo XIX; historiografía de la violencia; historiografía política; historiografía de la ciencia; las relaciones de ida y vuelta con otras historiografías (norteamericanas, francesas, alemanas e inglesas) y algunos casos latinoamericanos (Perú, México y Bolivia).

En algunos apartados del libro, como el de la historiografía colonial, hay algunas referencias a la historia urbana, ligada a la historia regional y local y a trabajos históricos centrados en “espacios coloniales”, pero no se trata como un campo sistemático. Para este caso, se mencionan el trabajo de Jacques Aprile-Gnisset, *La ciudad colombiana prehispánica, de conquista e indiana* (1991) y el libro de Ángela Guzmán, *Poblamiento y urbanismo colonial en Santander* (1987).⁴³

Otro de los balances historiográficos es *Historiografía colombiana. Realidades y perspectivas* de Jorge Orlando Melo, publicado en 1996. Hay en este libro una ausencia de referencias explícitas a la historia urbana y algunas alusiones a la historia local y regional que, en algunos casos, podrían catalogarse como historia urbana. Al final del texto se hacen unas recomendaciones de “lo que hay que leer para conocer la historia de Colombia”, organizadas por

41 Germán Colmenares, “Perspectiva y prospectiva de la historia en Colombia, 1991”, en *Ensayos sobre historiografía* (Bogotá: Universidad del Valle, Banco de la República, Colciencias, Tercer Mundo Editores, 1997), 111.

42 Bernardo Tovar Zambrano, comp., *La historia al final del milenio. Ensayos de historiografía colombiana y latinoamericana*, vol. 1 (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 1994).

43 Tovar Zambrano, *La historia al final*.

temáticas generales y periodos.⁴⁴ En el apartado sobre historia regional hay algunas menciones a la historia urbana: es el caso de los cuatro volúmenes de la *Historia de Cartagena* de Eduardo Lemaitre, editados por el Banco de la República en 1983, que, según Melo, serían “probablemente la mejor de las historias urbanas tradicionales en Colombia”.⁴⁵ También se referencian los volúmenes de la *Historia de Bogotá*, editados por la Fundación Misión Colombia en 1989 y respecto a los cuales Melo opina que son un ambicioso tratamiento a la historia de Bogotá, con algún descuido en los textos y con importantes aportes, sobre todo al período colonial.

Melo también menciona la *Historia de Antioquia*, de la cual es compilador y que editó Suramericana en 1987, y el libro *Cartagena de Indias: de la Colonia a la República de Bogotá*, de Gustavo Bell Lemus, publicado por la Fundación Simón y Lola Guberek en 1991, y que en su balance cataloga como “una recopilación de ensayos sobre la historia económica y social de Cartagena entre 1760 y mediados del siglo pasado, útil para complementar la perspectiva de las historias más tradicionales de la ciudad”.⁴⁶

Tres años más tarde, en un artículo complementario a esta publicación de 1996, titulado “De la nueva historia a la historia fragmentada: La producción histórica colombiana en la última década del siglo”,⁴⁷ Melo incluye nuevas alusiones a la historia urbana, indicando que se encuentra un periodo de auge y, entre otros trabajos que hemos mencionado en este balance, incluye los tres libros de *La ciudad colombiana* de Jacques Aprile-Gnisset, publicados entre 1991 y 1997, enfatizando en que se trata de una historia “de las pequeñas localidades urbanas, para ser más precisos”.⁴⁸

Por su parte, se incluyen en este campo de los estudios de la ciudad y la historia urbana el libro *Pensar la cultura. Los nuevos retos de la historia cultural*,

44 Jorge Orlando Melo, *Historiografía colombiana. Realidades y perspectivas* (n. p.: s. e., 1996), <https://bit.ly/35HQYkP>.

45 Melo, *Historiografía colombiana*, 127.

46 *Ibid.*, 128.

47 Jorge Orlando Melo, “De la nueva historia a la historia fragmentada: La producción histórica colombiana en la última década del siglo”, *Boletín Cultural y Bibliográfico*, Vol. 36, nos. 50-51 (1999): 165-84.

48 Melo, “De la nueva historia”, 175.

compilado por Ana Luz Rodríguez G.,⁴⁹ el libro de Oscar Iván Calvo Isaza, *El cementerio central. Bogotá: la vida urbana y la muerte*; el de Juan Carlos Pérgolis, *Bogotá fragmentada, Cultura y espacio urbano a fines del siglo xx*, y el de Pablo Rodríguez, *Cabildo y vida urbana en el Medellín colonial, 1675-1730*.⁵⁰

En el campo específico de una historia de la historiografía urbana podemos situar dos artículos de Germán Mejía Pavony: “Pensando la historia urbana”⁵¹ y “La pregunta por la existencia de la historia urbana”,⁵² que, publicados hace ya más de dos décadas, siguen siendo centrales en su género, porque además de caracterizar el panorama del campo en la historiografía internacional, de hacer un balance sobre el estado de los estudios urbanos en Colombia, definen qué se entiende por historia urbana, cuál es su objeto, cuál sería el estado actual dentro de la historiografía y las ciencias sociales y enuncian líneas de trabajo futuras.

Según estos trabajos, el corto recorrido en los medios académicos colombianos de la historia urbana se explicaría por el primado de los paradigmas agraristas y dependentistas en la sociología y la economía, extensivos a otras ciencias sociales, hasta casi la década de los 80 del siglo xx, y por el desarrollo de disciplinas como el urbanismo, que no tienen más de 60 o 70 años como práctica profesional y menos de 30 en los ámbitos de formación universitaria e investigación científica.⁵³

Igualmente, la aparición de la preocupación por la cuestión urbana se remonta a la década de 1960 y está enmarcada en el debate entre la historiografía

49 Ana Luz Rodríguez G., *Pensar la cultura. Los nuevos retos de la historia cultural* (Medellín: Editorial Universidad de Antioquia, Universidad Nacional de Colombia, sede Medellín, 2004).

50 Oscar Iván Calvo Isaza, *El cementerio central. Bogotá: la vida urbana y la muerte* (Bogotá: Tercer Mundo Editores, Observatorio de Cultura Urbana, 1998); Juan Carlos Pérgolis, *Bogotá fragmentada. Cultura y espacio urbano a fines del siglo xx* (Bogotá: Tercer Mundo Editores, Universidad Piloto de Colombia, 1998); Pablo Rodríguez, *Cabildo y vida urbana en el Medellín colonial, 1675-1730* (Medellín: Editorial Universidad de Antioquia, 1992).

51 Mejía Pavony, “Pensando la historia urbana”.

52 Germán Mejía Pavony, “La pregunta por la existencia de la historia urbana”, *Historia Crítica*, no. 18 (1999): 23-35, <https://doi.org/10.7440/historicrit18.1999.03>. En este número se publicaron una serie de artículos sobre historia urbana, considerada como una disciplina que empezaba a tener fuerza en Colombia.

53 Mejía Pavony, “Pensando la historia urbana”.

norteamericana,⁵⁴ centrada en el proceso de urbanización, y la historiografía francesa, con énfasis en la historia de la ciudad. Para Mejía Pavony, el inicio de la historia urbana tiene que ver con la conciencia sobre la historicidad de la ciudad, es decir, con “distinguir con claridad entre lo que es el recuento de sus anales y lo que es la elaboración de una explicación de la ciudad contemporánea por comparación con la ciudad antigua o medieval”.⁵⁵

Dentro de la indagación por la historiografía colombiana, Mejía Pavony señala tres antecedentes de lo que no sería historia urbana, no para demeritar su importancia,⁵⁶ sino para precisar su alcance y valor explicativo. En primer lugar, las biografías o monografías de ciudades o localidades realizadas por historiadores o profesionales que delimitan un espacio y realizan un extenso cubrimiento temporal, dando gran importancia al tratamiento empírico-descriptivo. No obstante utilizar técnicas de la investigación social, el nivel explicativo se queda en una concatenación cronológica y el espacio se concibe como un telón de fondo. En otros casos, hay una delimitación espacial donde se presentan notas geográficas, cronológicas, folclóricas y biográficas de personalidades del municipio o población.⁵⁷ Por su parte, una indagación crítica por la concepción del tiempo en este tipo de monografías o biografías de ciudad habla de una concepción teleológica del tiempo, que legitima discursos

54 Además del texto de Mejía Pavony, para el debate sobre los debates y discusiones sobre la emergencia de la historia urbana como un área de conocimiento específica en el mundo occidental, véase: Luís Octávio da Silva, “Cidade e história: um olhar epistemológico”, em *A cidade como história: os arquitetos e a historiografia da cidade e do urbanismo*, orgs. Eloisa Petti Pinheiro y Marco Aurélio A. De Felgueiras Gomes (Salvador: Editora da Universidade Federal da Bahia, 2004), 151-74.

55 Mejía Pavony, “Pensando la historia urbana”, 50.

56 En el caso de Jacques Aprile-Gnisset, aunque es crítico frente a estos escritos, reconoce en varias ocasiones que las monografías de las localidades fueron un punto de partida de sus trabajos. Sin embargo, hace un señalamiento importante sobre los sujetos y espacios que se empiezan a historiar y sobre los que se dejan por fuera: “Además, cuando existe, esta historia de la ciudad es aquella fragmentaria y mutilada del centro geográfico, por haber sido escrita desde ‘el centro’, es decir, desde la visión y la ideología del núcleo social central: se escribió desde un balcón con vistas sobre la Plaza Mayor; desde un sitio dominante y para complacer a la clase dominante. Nunca incorpora la periferia, por ignorar las masas ‘periféricas’ de la sociedad urbana. Estas son las turbas, o ‘la plebe de los arrabales’, ‘las montoneras’ o la ‘negredumbre’”. Jacques Aprile-Gnisset, “Avatares y peripecias de la investigación histórica urbana”, en *La ciudad colombiana*, vol. 3 (Cali: Universidad del Valle, 1997), 184.

57 Mejía Pavony, “Pensando la historia urbana”.

como el desarrollo, el progreso y el “movimiento inercial” de las intervenciones urbanas.⁵⁸

En segundo lugar, los estudios urbanos monográficos, donde la ciudad o la localidad aparecen “como un simple contenedor del hecho social, el cual no tiene como uno de sus referentes causales al espacio en que se desarrolla” y en el que se encontraría gran parte de la historiografía nacional, “desde la Romántica y Académica hasta la marxista y la Nueva Historia”.⁵⁹ En tercer lugar, la historia urbana realizada por arquitectos y urbanistas, con énfasis en asuntos edilicios, estilos artísticos y constructivos sin referencia a la urbe y su desenvolvimiento histórico. Si bien las investigaciones con perspectiva histórica comenzaron desde la arquitectura y el urbanismo, “se vació de contenido, convirtiéndose fundamentalmente en un catálogo de formas”.⁶⁰

En este contexto, la historia urbana consistiría en el paso de la biografía de las ciudades a la explicación de su historia, es decir, “la inclusión de las categorías tiempo, espacio históricamente construido y dinámica social de cambio dentro del examen de la cuestión urbana”,⁶¹ donde el espacio es la categoría explicativa central. Para Mejía Pavony, entre los pocos ejemplos de “historia urbana propiamente dicha” se encuentran: *La ciudad colombiana* de Jacques Aprile-Gnisset; *Medellín, 1890-1950. Historia urbana y juego de intereses* de Fernando Botero Herrera, y “Santafé y Bogotá: evolución histórica y servicios públicos (1600-1957)” de Julián Vargas Lesmes y Fabio Zambrano, que apareció en el libro *Bogotá 450 años. Retos y realidades* en 1988.⁶² A estos primeros textos de la década de 1990 que Germán Mejía reseña habría que

58 Para el caso del estudio del centro de Medellín y siguiendo los planteamientos de Arturo Escobar sobre la invención del tercer mundo, véase: Eulalia Hernández Giro, “Geografías del desarrollo en el centro de Medellín: 2009-1950. Espacios, tiempos y poderes” (Tesis de maestría, Universidad de Antioquia, Medellín, 2010).

59 Mejía Pavony, “Pensando la historia urbana”, 48.

60 Ibid., 49.

61 Ibid., 49-50.

62 Jacques Aprile-Gnisset, *La ciudad colombiana*, vol. 3 (Cali: Universidad del Valle, 1997); Fernando Botero Herrera, *Medellín 1890-1950: historia urbana y juego de intereses* (Medellín: Editorial Universidad de Antioquia, 1996); Julián Vargas Lesmes y Fabio Zambrano, “Santa Fe y Bogotá: evolución histórica y servicios públicos (1600-1957)”, en *Bogotá, 450 años: retos y realidades*, ed. Pedro Santana (Bogotá: IFEA, 1998), 11-92. Sobre los aportes de Jacques Aprile-Gnisset a la historia urbana de Colombia, puede verse: Hernández Giro, “Un espacio para la historia”.

añadir el libro de su autoría, *Los años del cambio. Historia urbana de Bogotá. 1820-1910*, de 1999 y que, como veremos más adelante, será un referente en la historiografía colombiana.

En las últimas décadas ha aparecido una serie de artículos que intentan hacer un balance de la producción de historia urbana, pero confunden fuentes para la historia, biografías de ciudades e historia del urbanismo y la arquitectura con la historia urbana. Dan algunas pistas interesantes, pero no se incluirán en el presente balance.

Los arquitectos, los urbanistas y la historia urbana

Como en otras latitudes, la arquitectura y el urbanismo se han contado entre los principales campos donde ha emergido la pregunta por la historicidad de la ciudad. Estas entradas desde la arquitectura han tenido puntos a favor y puntos en contra. Por ello, más allá de este punto en común con otras latitudes, vale la pena preguntarse por las implicaciones para Colombia que tanto el pensamiento de la arquitectura como el de la planeación sean los que hayan dominado en el campo de los estudios urbanos y de la historia urbana.

Entre algunos de los urbanistas y arquitectos que han aportado a la historia urbana pueden mencionarse a Carlos Niño Murcia, Alberto Saldarriaga Roa, Jacques Aprile-Gnisset y Luis Fernando González Escobar. También se destacan los trabajos de Silvia Arango sobre la historia de la arquitectura en Colombia y América Latina.⁶³

Un ejemplo claro de esta producción de historia urbana y de miradas históricas a la ciudad, a la arquitectura y el patrimonio se encuentra en la Facultad de Artes de la Universidad Nacional de Colombia, sede Bogotá, en específico los programas del posgrado en Historia y Teoría del Arte, la Arquitectura y la Ciudad que iniciaron en 1989 y que hoy cuentan con maestría y doctorado y un importante reconocimiento en los campos de la teoría, la historia, el patrimonio, la arquitectura y la ciudad.

63 Silvia Arango, *Ciudad y arquitectura. Seis generaciones que construyeron la América Latina moderna* (Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2012).

Allí se han producido importantes investigaciones y trabajos de grado y posgrado, así como consolidado cátedras y espacios de conversación. Además, se destaca la publicación de los documentos de historia y teoría, *Textos*, del programa de Maestría en Historia y Teoría del Arte, la Arquitectura y la Ciudad. En el 2003 se publicó un número monográfico de *Escritos sobre Historia y Teoría 1*, donde se reunieron varios artículos que van a ser importantes para la reconstrucción de los aportes de arquitectos y urbanistas a la historia urbana.⁶⁴

En este número se incluyeron dos textos relacionados con la historia urbana: “A propósito de la historia urbana”, de Carlos Niño Murcia, y “Nuevos enfoques de la historia urbana en Colombia”, de Fabio Zambrano Pantoja.⁶⁵ El texto de Niño Murcia está atravesado por la pregunta sobre qué hemos hecho hasta ahora en este campo y qué hacer hacia adelante. Al respecto, presenta algunas líneas teóricas para definir en qué consiste la historia urbana. Para su definición, anota: “(...) se ocupa de la articulación entre la dimensión social y la dimensión física en la ciudad, y mira cómo se plasman los hechos sociales en los espacios, sobre todo los construidos. No separa los aspectos de cada una de estas dimensiones sino, al contrario, los articula y ve cómo la sociedad construye y ocupa los lugares para el desarrollo de su vida. Se diferencia de la historia económica, social, sanitaria o cultural en que su motivo permanente es ubicar los eventos en el espacio urbano y desde esta construcción explicar los hechos en su génesis, dinámicas y características”.⁶⁶

Al lado de esta definición realiza un esquema muy útil para delimitar el campo de la historia urbana, en el que combina la dimensión social (sociedad habitante) y la dimensión física (la forma edificada) y propone el concepto

64 Silvia Arango et al., *Textos [8]. Escritos sobre Historia y Teoría 1. Ciudad, arte, arquitectura* (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Artes, Programa de Maestría en Historia y Teoría del Arte y la Arquitectura, 2003).

65 Carlos Niño Murcia, “A propósito de la historia urbana”, en *Textos [8]. Escritos sobre Historia y Teoría 1: ciudad, arte, arquitectura*, Silvia Arango et al. (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Artes, Programa de Maestría en Historia y Teoría del Arte y la Arquitectura, 2003), 23-33; Fabio Zambrano Pantoja, “Nuevos enfoques de historia urbana en Colombia”, en *Textos [8]. Escritos sobre Historia y Teoría 1: ciudad, arte, arquitectura*, Silvia Arango et al. (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Artes, Programa de Maestría en Historia y Teoría del Arte y la Arquitectura, 2003), 35-43.

66 Niño Murcia, “A propósito de la historia urbana”, 23.

de *cronotopo* para entender la dinámica entre espacio y tiempo. La segunda pregunta del texto, que tiene que ver con el cómo, aterriza el esquema en el campo de la metodología, del hacer, donde apuesta por la combinación entre la geografía y la construcción, el análisis demográfico espacial, las relaciones de poder, la pregunta por la administración y el gobierno de la ciudad y, allí, incluye unos verbos-acciones claves: tejer, periodizar, categorizar, documentar, mapificar y ensayar.⁶⁷

Caminos y atajos: la historia urbana desde ciudades

(...) Vi el litoral del mar Caribe y del Pacífico, los valles cálidos y las altas mesetas donde sopla el viento frío, escalé las cuestas de volcanes, con color y olor de azufre, bien arriba del páramo glacial, atravesé grandes ríos del este que van hacia el Orinoco o el Amazonas, el desierto y las sabanas, las ciudades y los pueblos de las tres cordilleras, arroyos, lagos inmensos de las ciénagas del norte, pantanos y la gran selva oscura.

Fui a Punta Gallinas, el extremo norte del continente, hasta los bordes ecuatorianos o peruanos del Putumayo. Desde Tumaco, sobre la costa del Pacífico, hasta el golfo de Venezuela. Grandes sabanas del este a la selva del Chocó. Fui recibido en los ministerios, universidades, villas campestres, en grandes haciendas o en las más modestas fincas, en los tugurios de las ciudades y en las chozas indígenas.⁶⁸

Esta narración de Aprile-Gnisset, urbanista que dedicó buena parte de su vida a estudiar la historia de pueblos, poblados y ciudades colombianas, da un panorama de la geografía y diversidad del país: atravesado por tres cordilleras; rodeado por dos mares; cubierto de páramos y llanuras extensas, desiertos, humedales y ciénagas; envuelto en la selva amazónica y la costa pacífica y abrigado por bosques húmedos, tropicales, seco y andinos. Ligada a esta biodiversidad y posición geográfica estratégica, hay una riqueza cultural y socioespacial resultado de múltiples procesos de poblamiento, relaciones de

67 Niño Murcia, "A propósito de la historia urbana".

68 Jacques Aprile-Gnisset, *Colombie* (Paris : Éditions du Seuil, 1977), 4-5 (traducción del francés de Natalí Hernández Ciro).

poder y formas urbanas: ciudades encalladas en valles y mesetas, barrios autoconstruidos que se toman pendientes y explanadas, pueblos nacidos al lado de puertos o estaciones del ferrocarril, ciudades costeras y amuralladas, entre otras.

Riqueza y diversidad que implica un reto para la historia urbana y, en general, para la historiografía nacional, pero que también da múltiples posibilidades de análisis y perspectivas: ¿a qué nos referimos cuando hablamos de las “ciudades colombianas”?, ¿podemos hacer una historia urbana nacional que no homogenice o vuelva teleología las dinámicas históricas y los procesos socioespaciales?, ¿cómo avanzar en el conocimiento de casos locales sin perder la visión de conjunto?

A propósito de estas preguntas, componer una visión de conjunto de la historia urbana del país requiere, por lo menos, dos ejercicios complementarios: por un lado, reconocer la diversidad de cada ciudad y región, tanto en su trasegar en el tiempo, como en los archivos, instituciones y recursos para su historia. Al mismo tiempo, la necesidad y la posibilidad de realizar visiones globales que permitan construir una historia de la ciudad colombiana desde modelos complejos que incluyan la diversidad y las conexiones entre procesos históricos y espaciales.

Este doble movimiento, entre otras cosas, permitiría ir más allá de una historia basada en cronologías tradicionales, que ubican las ciudades importantes en la colonia, en la república, en el siglo xx, y desde allí construyen sus relatos. Uno de los desafíos está, por ejemplo, en agrupaciones y síntesis ligadas a procesos y características espaciales, como ciudades puerto, ciudades ribereñas o ciudades andinas. Sea cual sea el camino elegido, es clave mantener el cambio de escala de observación, uno de los componentes fundamentales de la historia urbana para entender las relaciones, interdependencias y conexiones entre las diversas ciudades.

A continuación iniciaremos con la pregunta por “la ciudad colombiana”, las síntesis y las ganancias o pérdidas de estas visiones globales. Un segundo apartado repasará algunos repertorios de la historia urbana en ciudades colombianas, con casos como Medellín, Bogotá y Cali. Este será el atajo, porque esta elección tiene que ver con afinidades y limitaciones de quien escribe.

La ciudad colombiana

Respecto a la pregunta por las visiones globales de “la ciudad colombiana”, un caso singular en el país son los trabajos del urbanista francés Jacques Aprile-Gnisset (París, 1933-Cali, 2014), quien hizo valiosos aportes a la historia urbana y a los estudios urbano-regionales.⁶⁹ Desde su llegada en 1966 a la Universidad Nacional, en Bogotá, impulsó, junto con un grupo de profesores de la Escuela de Arquitectura, el estudio de la ciudad colombiana. Para ese momento, el currículo enfatizaba en la arquitectura y urbanismo de ciudades europeas y norteamericanas y poco se sabía de las ciudades colombianas. Décadas más tarde, desde la Universidad del Valle, suroccidente del país, Aprile-Gnisset logró posicionar su cátedra sobre la ciudad colombiana, con énfasis en su historia, que impartió en programas de pregrado y posgrado de las facultades de Artes Integradas, de Historia y Geografía y en universidades de otras ciudades, como Tunja y Neiva.

Esta cátedra se nutrió de las investigaciones realizadas desde la década de 1960 junto a la arquitecta colombiana Gilma Mosquera Torres. Publicó cuatro volúmenes del libro *La ciudad colombiana* a lo largo de 30 años, con un aproximado de 2.145 páginas y un amplio recorrido de tiempos, espacios y temáticas. Los dos primeros volúmenes organizaron en forma cronológica diversos estudios y materiales recolectados entre 1960 y 1990 y fueron editados en la Colección Biblioteca Banco Popular. El primer volumen salió a la luz en 1991 y estuvo dedicado a la ciudad colombiana prehispánica, de conquista e india. El segundo, centrado en los siglos XIX y XX, fue impreso en 1992.⁷⁰

Cinco años después de estas primeras ediciones, en 1997 la Universidad del Valle publicó el tercer volumen de *La ciudad colombiana* que, consciente de las limitaciones de las miradas panorámicas, profundizó en tres casos de estudio: la ciudad de Tunja en 1620; Caloto, Cauca, en el siglo XVIII y Cartago, Valle del Cauca, en los siglos XIX y XX. Otro apartado importante de este volumen es el ensayo “El oficio del investigador” donde, desde su experiencia,

69 Para conocer sobre estas trayectorias y aportes, véase: Eulalia Hernández Ciro, “Un espacio para la historia”.

70 Hernández Ciro, “Un espacio para la historia”.

relata los avatares y peripecias de la investigación urbana en Colombia. Casi una década después, en 2010, la editorial de la Universidad del Valle publicó el cuarto volumen, conformado por cinco ensayos sobre los centros históricos de Cali, Buga, Cartago, Palmira y El Cerrito, realizados con diversos convenios institucionales en el campo de la proyección y rescate de los centros históricos.⁷¹

Entre los aportes de Aprile-Gnisset están la mirada global y compleja al fenómeno urbano en el país, la pregunta por la historia actuante, la relación pasado-presente y la pretensión de lograr una historia general de la ciudad colombiana. Problematicó las periodizaciones tradicionales, basadas en hechos políticos como conquista, colonia y república, y propuso la noción de *formaciones espaciales* como clave analítica para entender los procesos de poblamiento contrastando hitos temporales y espaciales.

Otra mirada general al país por la misma década fue el libro *Ciudad y territorio. El proceso de poblamiento en Colombia*, de Fabio Zambrano Pantoja y Oliver Bernard, publicado en Bogotá en 1993, en una alianza entre la Academia de Historia de Bogotá, el Instituto Francés de Estudios Andinos (IFEA) y la Fundación de Estudios Históricos Misión Colombia.⁷² Sus autores ubican el libro en el campo de la historia urbana y la geografía del poblamiento, buscando “presentar la evolución del poblamiento del actual territorio de Colombia a partir de la fundación de ciudades”.

El arquitecto Alberto Saldarriaga Roa, quien presenta el libro, ubica este trabajo como el mayor esfuerzo realizado hasta el momento en este campo temático de la historia urbana, tanto por la cobertura cronológica, que va desde el siglo xvi hasta el xx, como por la magnitud de la aproximación a documentos y el manejo de datos, cifras y testimonios.⁷³ Incluye además un anexo bibliográfico con obras dedicadas a lo urbano de carácter general y por cada región. Otro aporte del libro tiene que ver con el material cartográfico, donde

71 Hernández Ciro, “Un espacio para la historia”.

72 Fabio Zambrano Pantoja y Oliver Bernard, *Ciudad y territorio. El proceso de poblamiento en Colombia* (Bogotá: Academia de Historia de Bogotá, Instituto Francés de Estudios Andinos, 1993).

73 Alberto Saldarriaga Roa, Presentación a *La ciudad colombiana prehispánica, de conquista e indiana*, Jacques Aprile-Gnisset (Bogotá: Banco Popular, 1991), 5-6.

se espacializan informaciones como la distribución gráfica de los fenómenos del poblamiento en el territorio nacional. Si bien cada vez más se están empleando herramientas cartográficas y de espacialización en las ciencias sociales y humanas, en la década de 1990 esto sería una novedad.

Por otra parte, cabe mencionar algunos números monográficos de *Credencial Historia*, una separata que circula desde 1990 junto a la *Revista Credencial*, que realiza series temáticas relacionadas con la historia de Colombia. En 2009 publicó una serie de fascículos que tenían el desafío de contar la historia de las 32 ciudades capitales del país, titulada *Ciudades de Colombia*. Si bien se trata de textos síntesis, se incluyen referencias bibliográficas y materiales gráficos como acuarelas, grabados, fotografías, cartografía antigua y fotos aéreas, que reposan en el Archivo General de la Nación y en el Instituto Geográfico Agustín Codazzi, que pueden ser un buen punto de partida para trabajar en la línea de la historia urbana.

Otro asunto que evidencia esta recopilación son los vacíos y desigualdades en la investigación histórica en muchas ciudades del país y que, para avanzar en la producción de la historia urbana, es necesario trabajar en varios frentes: fomentar la formación universitaria, invertir en investigación y divulgación, organizar y salvaguardar los archivos locales, rescatar la memoria visual y oral y contribuir al conocimiento y preservación del patrimonio histórico y cultural local.

Como complemento a *Ciudades de Colombia*, dedicada a las capitales del país, diez años después, en el 2019, la revista *Credencial Historia* publica la serie Poblaciones que hicieron historia,⁷⁴ ampliando el marco de observación, retomando ciudades y poblados que fueron centros económicos y políticos en diversas épocas y resaltando otras poblaciones más allá de haber sido escenario de batallas o lugares asociados a personajes célebres. Entre los casos están Mompox, Villa de Leiva, Ocaña, Girón, Salamina, Honda y Mariquita. Si bien podría decirse que estos artículos están más en el campo de la historia regional

74 Santiago Paredes Cisneros, "Múltiples poblaciones e historias", *Credencial Historia*, no. 353 (2019). <https://bit.ly/2IfkO6x>.

y local y de los procesos de poblamiento, hay elementos y pistas interesantes para el debate a propósito de la historia urbana en Colombia.

Sin duda, estas miradas panorámicas y de síntesis tienen limitaciones, como la generalización y la falta de profundización en casos, pero son un elemento importante para avanzar en el diálogo y en la comprensión de los devenires de nuestras ciudades y, en general, del país. Como ejercicio inverso a estas miradas panorámicas, pero partiendo del cambio de escala de observación como procedimiento necesario en la historia urbana, en las líneas siguientes repasaremos los casos de Medellín, Bogotá y Cali.

Medellín

En la actualidad, Medellín es la segunda ciudad en población y dinamismo económico de Colombia, lugar que empezó a ganar desde finales del siglo XIX y principios del XX con el despegue del comercio y la industria. Una de sus particularidades respecto a la historia urbana nacional es que no fue protagonista de la historia colonial ni republicana. Mientras otras poblaciones como Santa Fe de Antioquia y Rionegro fueron la capital de la provincia y epicentros de poder, Medellín fue un lugar de paso y un valle de la cordillera Central –no-occidente del país– dedicado a la agricultura.

En el camino de historiar la ciudad podemos ubicar dos momentos: primero, una serie de monografías y biografías sobre la ciudad de Medellín publicadas a lo largo del siglo XX que recogen diversas miradas y materiales sobre su crecimiento y transformación.⁷⁵ Un segundo momento en la década de 1990, con importantes trabajos realizados por ONG y centros de pensamiento

75 Algunos ejemplos de estas monografías y biografías son: Alberto Bernal Nicholls, *Apuntaciones sobre los orígenes de Medellín* (Medellín: Universidad de Antioquia, 1976); Alberto Bernal Nicholls, *Miscelánea sobre la historia, los usos y las costumbres de Medellín* (Medellín: Universidad de Antioquia, Dirección Académica y de Extensión Cultural, 1980); Luis La Torre Mendoza, *Historia e historias de Medellín, s. XVII, XVIII, XIX* (Medellín: Imprenta Oficial, 1934); Javier Piedrahita Echeverri, *Del poblado de San Lorenzo de Aburrá a la parroquia de San José del Poblado* (Medellín: Secretaría de Educación y Cultura, 1976); Javier Piedrahita Echeverri, *Documentos y estudios para la historia de Medellín* (Medellín: Editorial Colina, 1983); Sociedad de Mejoras Públicas de Medellín, *Medellín, ciudad tricentenaria, 1675-1975* (Medellín: SMP, 1975); Jorge Restrepo Uribe, *Medellín, su origen, progreso y desarrollo* (Medellín: Servigráficas, 1981); Fabio Botero Gómez, *Cien años de la vida de Medellín. 1890-1990* (Medellín: Editorial Universidad de Antioquia, Municipio de Medellín, 1998).

universitario, a propósito de comprender y buscar soluciones a la crisis que vivía la ciudad.⁷⁶ Si bien estos trabajos no se autodenominan como historia urbana, son valiosos aportes a la comprensión crítica e histórica de la ciudad.

Otro referente en este camino fue el impulso que le dieron, finalizando la década de 1970 e iniciando la de 1980, las nacientes carreras de pregrado y posgrado en universidades departamentales a los estudios regionales, locales y a la historia urbana. Por ejemplo, desde la década de 1990 en ciudades como Medellín, Cali, Tunja, Barranquilla y Bucaramanga se realizaron valiosas investigaciones y trabajos de grado en estas materias. En el caso de Medellín, se destacan trabajos de pregrado y de la Maestría en Historia de la Universidad Nacional de Colombia, que inauguraron temáticas en el campo historiográfico, como la historia de la vida cotidiana, e incluyeron novedosos archivos y fuentes de información, como los expedientes judiciales.

En el campo de los aportes a la historia urbana sobresalen la investigación de Ana Catalina Reyes Cárdenas, titulada *Aspectos de la vida social y cotidiana de Medellín 1890-1930*,⁷⁷ y la tesis de Marta Inés Villa, “Formas de ocupación y apropiación del espacio urbano: Medellín 1900-1930”, realizadas en 1993; la tesis de Jorge Humberto Márquez Valderrama, “La química pasteriana en la medicina, la práctica médica y la medicalización de la ciudad de Medellín a finales del siglo XIX”, entregada en 1995, y el trabajo de maestría de Jorge Mario Betancur Gómez de 1998, publicado en formato libro bajo el título *Moscas de todos los colores. Historia del barrio Guayaquil de Medellín*, entre muchos otros.⁷⁸

Al mismo tiempo, entidades públicas, privadas y sin ánimo de lucro en la década de 1990 financiaron algunas investigaciones, como la historia de los

76 Ver el apartado anterior a propósito del surgimiento de los estudios urbanos, donde se reseñaron algunos casos.

77 Parte de los hallazgos de esta tesis apareció en diversos artículos de revistas y fue publicada como libro después de ganar el Premio Nacional de Cultura en 1995: Ana Catalina Reyes Cárdenas, *Aspectos de la vida social y cotidiana de Medellín 1890-1930* (Bogotá: Colcultura, 1996).

78 Marta Inés Villa, “Formas de ocupación y apropiación del espacio urbano: Medellín 1900-1930” (Tesis de grado, Universidad Nacional de Colombia, Medellín, 1993); Jorge Humberto Márquez Valderrama, “La química pasteriana en la medicina, la práctica médica y la medicalización de la ciudad de Medellín a finales del siglo XIX” (Tesis de grado, Universidad Nacional de Colombia, Medellín, 1995); Jorge Mario Betancur Gómez, *Moscas de todos los colores. Historia del barrio Guayaquil de Medellín* (Medellín: Universidad de Antioquia, 2006).

servicios públicos y el desarrollo histórico de las empresas públicas de Medellín, realizada por Constanza Toro Botero con el apoyo de la Fundación Antioqueña para los Estudios Sociales (FAES) en 1992.⁷⁹

Otro antecedente importante fue la tesis de doctorado de la arquitecta María Verónica Perfetti del Corral, “Las transformaciones de la estructura urbana de Medellín”,⁸⁰ dirigida por Carlos Sambricio del Departamento de Urbanística y Ordenación del Territorio de la Escuela Técnica Superior de Arquitectura de Madrid en 1995, investigación que tuvo el apoyo de la Fundación para la Promoción de la investigación y la Tecnología del Banco de la República. Durante el trabajo de archivo, Perfetti del Corral conoció a Roberto Luis Jaramillo, profesor de la Universidad Nacional de Colombia y conocedor de los archivos de la ciudad, a quien el Concejo de Medellín había encargado una selección de cartografía histórica de la ciudad. Realizaron un trabajo conjunto que concluyó en la publicación del folleto *Cartografía urbana de Medellín 1790-1950*, en 1993, con la reproducción de 14 planos y una edición comentada de estos. Selección que, por lo demás, ha sido un importante insumo para la historia urbana de la ciudad.⁸¹

Uno de los retos para un balance historiográfico –y para el campo disciplinar en general– es recuperar estos trabajos de pregrado y posgrado e investigaciones que no se publicaron como libros o artículos y que muchas veces pasan inadvertidos, quedan como “literatura gris” o su consulta se reduce a limitados círculos

79 Constanza Toro Botero, *Investigación sobre la historia de los servicios públicos en la ciudad de Medellín y el desarrollo histórico de las Empresas Públicas de Medellín* (Medellín: Fundación para los Estudios Sociales, 1992). La Fundación Antioqueña para los Estudios Sociales (FAES) fue fundada por Luis Ospina Vásquez en 1976 con la intención de crear un lugar donde confluyeran investigadores nacionales e internacionales del campo social interesados en estudiar a Antioquia y al país. Una de sus principales labores fue recopilar libros, investigaciones, folletos, periódicos y diversos materiales de la región, constituyéndose en un valioso acervo especializado. A finales de la década de 1990 cerró sus puertas. Luego de estar varios años abandonado, desde el 2000 sus colecciones son parte de la Sala Patrimonial de la Biblioteca de la Universidad EAFIT, en Medellín. Entre sus valiosos materiales para la historia urbana del departamento resguarda el Fondo Jorge Restrepo Uribe, ingeniero civil que hizo parte de grandes proyectos urbanísticos de la ciudad durante el siglo xx y fue alcalde en la década de 1950.

80 Verónica Perfetti del Corral, “Las transformaciones de la estructura urbana de Medellín. La Colonia, el ensanche y el plan regulador” (Tesis de doctorado, Universidad Politécnica de Madrid, Madrid, 1995), <https://bit.ly/3nAUtF>.

81 Verónica Perfetti del Corral y Roberto Luis Jaramillo, *Cartografía urbana de Medellín 1790-1950* (Medellín: Concejo de Medellín, 1993).

académicos locales y universitarios, pero que tienen un valioso potencial y son un gran aporte para el avance del campo de la historia urbana del país.

En términos de los trabajos publicados e investigaciones de largo aliento, un hito para la historia urbana de Medellín y del país es el libro de Fernando Botero Herrera: *Medellín, historia urbana y juego de intereses. 1900-1950*, publicado en 1996.⁸² Según Botero Herrera, esta investigación está inspirada en su *experiencia urbana* en varias ciudades de Francia durante sus estudios doctorales, así como en los cinco volúmenes de la *Historie de la France Urbaine*, dirigidos por Georges Duby, que vieron la luz en la década de 1980.⁸³ Para la estructura teórica y metodológica de la obra, fueron claves el clásico libro de Marshall Berman, *Todo lo sólido se desvanece en el aire*, y el libro de Peter Burke, *Venecia y Ámsterdam. Estudio sobre las élites del siglo xvii*.

Uno de los aportes del trabajo de Botero Herrera, que rompe con las historias oficiales y las biografías y monografías de la ciudad, es precisamente una mirada crítica al papel de las élites locales en la producción de la ciudad y la visibilización de los intereses privados en dicha producción. De ahí la pregunta central del libro, centrado en el período crucial de su modernización: “(...) ¿cómo lo logró, cómo funcionaba este modelo cohesionador, cómo se realizó este intercambio entre lo público y lo privado, cuáles intereses se impusieron y cómo se incorporaron las clases subalternas en el modelo?”⁸⁴

Atendiendo a una de las características de la historia urbana, este trabajo reconstruye en la larga duración los tránsitos de la ciudad y su proceso de modernización: en el primer capítulo describe y analiza el surgimiento de Medellín, desde su fundación en 1675 hasta su erección como capital regional; el segundo capítulo se ocupa de la relación entre lo público y lo privado durante la primera mitad del siglo xx, enfatizando en la relación con la Sociedad de Mejoras Públicas; el capítulo tercero aborda los primeros intentos de regular el crecimiento y

82 Botero Herrera, *Medellín 1890-1950*.

83 Conversación entre Catalina Castrillón, Eulalia Hernández Ciro y Fernando Botero Herrera durante el III Encuentro de la Red Colombiana de Historia Urbana: Procesos, mecanismos e instituciones de la planeación urbana en la primera mitad del siglo xx, realizado en la Universidad Pontificia Bolivariana, sede Medellín, del 2 al 4 de mayo de 2019.

84 Fernando Botero Herrera, *Medellín 1890-1950*, 14.

estética de la ciudad; el cuarto, aborda las transformaciones en la primera mitad del siglo xx y el ideal de la ciudad que la élite intentaba actualizar; el quinto incursiona en el papel de la tierra urbana en las fortunas antioqueñas y el sexto aporta a un campo que apenas empezaba a estudiarse en la época: la historia de las urbanizaciones y, en especial, de los barrios populares y obreros.

Además de las temáticas abordadas y los enfoques utilizados, otra de las novedades de este libro tiene que ver con la utilización de diversas crónicas de la ciudad y fuentes de archivos poco empleados hasta ese momento, así como el uso de fotografías y algunos planos. También, se nutrió de investigaciones previas de Botero Herrera, como *Urabá. Colonización, violencia y crisis del Estado* y *La industrialización en Antioquia: génesis y consolidación, 1900-1930*, realizadas entre las décadas de 1980 y 1990 en el Centro de Estudios Económicos de la Universidad de Antioquia.⁸⁵ Al lado de estas investigaciones y la dirección y asesoría de trabajos de grado, se destaca el curso de Historia Urbana que impartió en la Universidad Nacional de Colombia, sede Medellín, en diversos momentos de su carrera como profesor.

Otro hito para la historia urbana de Medellín, que hasta hoy sigue siendo un referente de consulta y para nuevas investigaciones, son los dos tomos de *Historia de Medellín*, obra colectiva dirigida por el historiador Jorge Orlando Melo y publicada en 1996.⁸⁶ Esta tuvo el propósito general de aportar al conocimiento de la realidad de la ciudad y fue realizada para conmemorar los 50 años de la Fundación Suramericana de Seguros. Una pregunta que vale la pena formular es por qué, casi 25 años después de esta publicación, no se ha continuado con otras obras síntesis de esta envergadura.

Los dos tomos suman 804 páginas y están divididos en secciones que, además de los textos, recogen un valioso material gráfico, como fotografías, planos, estadísticas, recortes de prensa; una cronología de acontecimientos y un listado de archivos y de textos de referencia para la historia de la ciudad. El primer tomo está organizado por temporalidades: la geología y el paisaje del Valle de Aburrá,

85 Fernando Botero Herrera, *Urabá. Colonización, violencia y crisis del Estado* (Medellín: Universidad de Antioquia, 1990); Fernando Botero Herrera, *La industrialización en Antioquia: génesis y consolidación, 1900-1930* (Medellín: Hombre Nuevo Editores, 2003).

86 Jorge Orlando Melo, comp., *Historia de Medellín*, II tomos (Medellín: Suramericana de Seguros, 1996).

y la ciudad y los primeros pobladores en el siglo xv; la ciudad colonial; la ciudad del siglo xix, y “La transición a la gran ciudad, 1880-1930”. El segundo tomo continúa con el período 1880-1930, y luego se ocupa del desarrollo económico y urbano desde la mitad del siglo xx hasta la década de 1990. Las últimas secciones agrupan los temas de la cultura, la ciudad y el arte en varias temporalidades.

En las últimas décadas se destacan los trabajos de Luis Fernando González Escobar, como el libro *Medellín, los orígenes y transición a la modernidad: crecimiento y modelos urbanos*, publicado en 2007 por la Escuela del Hábitat de la Universidad Nacional de Colombia, sede Medellín.⁸⁷ Esta investigación inició buscando la relación entre arquitectura y ciudad entre 1870 y 1932, pero pronto derivó en un trabajo de historia urbana, al visibilizar la necesidad de entender el espacio históricamente construido y las relaciones originadas allí. Centrado en el crecimiento y los modelos urbanos, este trabajo de González Escobar se pregunta por la materialidad y la forma, pero también por los ideales, pensamientos e ideologías que dieron lugar a su expresión en el territorio. Otros temas abordados por el autor son la memoria y el patrimonio, la historia de la ciudad y la arquitectura. En un libro reciente, *Ensayos inútiles de historia urbana*,⁸⁸ recoge artículos sobre el centro de Medellín y sobre arquitectura, espacio público y transformación urbana.

Sin duda, en las últimas décadas hay un amplio número de trabajos de grado y de posgrado del área de historia, de las ciencias sociales y humanas y de los campos de la arquitectura, el urbanismo y la planeación que hacen valiosos aportes a la historia urbana. También, investigaciones universitarias e iniciativas de conservación y divulgación lideradas por el programa de Memorias y Patrimonio de la Secretaría de Cultura Ciudadana de la Alcaldía de Medellín y otras organizaciones.⁸⁹ A esto se suman los avances en la organización, digi-

87 Luis Fernando González Escobar, *Medellín, los orígenes y la transición a la modernidad: crecimiento y modelos urbanos 1775-1932* (Medellín: Universidad Nacional de Colombia, Escuela del Hábitat CEHAP, 2007).

88 Luis Fernando González Escobar, *Ensayos inútiles de historia urbana* (Medellín: UNAULA, 2018).

89 Entre estas iniciativas, se destacan dos libros realizados por el periódico *Universo Centro* y la Alcaldía de Medellín: *El libro de los parques, Medellín y su centro* (2013), cuya versión en digital se encuentra disponible en: <https://bit.ly/2SHfTaa>. Y *El libro de los barrios* (2015), cuya versión digital están en: <https://bit.ly/3jO9NH1>.

talización y divulgación de archivos como el Archivo Histórico de Medellín, el Archivo Fotográfico de la Biblioteca Pública Piloto de Medellín para América Latina y el Archivo Histórico Judicial, que preserva el Laboratorio de Fuentes Históricas de la Universidad Nacional, entre otros.

Bogotá

Según el censo poblacional de 2018, Bogotá triplica en población a las dos ciudades del país que le siguen en número de habitantes.⁹⁰ En su condición de capital y epicentro de la vida urbana, posee una riqueza de miradas, relatos, imágenes y análisis de propios y extranjeros que aportan, desde diversos ángulos, a la comprensión de sus casi cinco siglos de existencia. A esto se le suman las posibilidades privilegiadas en el campo historiográfico, tanto por la disponibilidad de información como por las instituciones y recursos humanos.

Entre estas condiciones está la ubicación de colecciones de acervos documentales, fotográficos, audiovisuales y sonoros de todo el país, disponibles en el Archivo General de la Nación, la Biblioteca Nacional, la Biblioteca Luis Ángel Arango, la Biblioteca del Congreso, así como otros acervos sobre la vida municipal, como la Biblioteca del Concejo y el Archivo de Bogotá. A esto pueden sumarse archivos, fondos y colecciones de universidades, centros de pensamiento, ONG y entidades artísticas y culturales que hacen presencia en la capital.

Al mismo tiempo, han sido fundamentales la trayectoria de formación en programas de pregrado y posgrado, así como de investigaciones en el campo de los estudios urbanos y la historia urbana, tanto en universidades públicas como privadas. Entre ellas se destacan: Universidad Nacional de Colombia, Universidad Distrital, Universidad Javeriana, Universidad del Rosario, Universidad Externado y Universidad de los Andes.

Estos recursos se constituyen en un importante acumulado en biografías, monografías e historias de la ciudad desde el área de las humanidades y

90 Las cifras ubican a Bogotá con 7 412 566 habitantes, casi triplicando los números de las dos siguientes ciudades: Medellín, con 2 427 129 habitantes (aunque si se suman los pobladores de los 11 municipios que conforman el Valle de Aburrá sumarían 3 870 058) y Cali, con 2 227 642. Siguen en esta lista Barranquilla 1 206 319, Cartagena 973 045, Cúcuta 711 715 y Bucaramanga 581 130.

ciencias sociales y desde los campos de la arquitectura y el urbanismo, como el trabajo del arquitecto Carlos Martínez, *Bogotá. Sinopsis sobre su evolución urbana (1536-1900)*, realizado en 1976, y algunos proyectos editoriales que se vuelven referentes de consulta, como el libro conmemorativo de los 450 años de fundación de Bogotá y los tres tomos de *Historia de Bogotá* publicados por Villegas Editores que se mencionan a continuación.

Para celebrar las efemérides de los 450 años de fundación de la ciudad, durante 1987 y en el marco del Convenio Foro Nacional por Colombia y el Instituto Francés de Estudios Andinos, un grupo de investigadores reflexionó sobre Bogotá, dando lugar al libro *Bogotá 450 años: retos y realidades*, publicado en la Colección Ciudad y Democracia. Entre la diversidad de textos y autores, se destaca el trabajo de Julián Vargas Lesmes y Fabio Zambrano Pantoja sobre la administración, los servicios públicos y la vida de la ciudad desde la colonia.⁹¹ Otros textos se ocuparon de problemas contemporáneos en la década de 1980, como la crisis política y administrativa, el comportamiento electoral, los servicios públicos y las finanzas del distrito, y se incluyeron además algunos documentos históricos de las décadas de 1930 y 1940.

En la década del 2000 Villegas Editores publicó tres tomos de *Historia de Bogotá*, una reimpresión corregida, rediseñada y gráficamente complementada de los dos primeros volúmenes, publicados en 1988. El primer tomo, *Conquista y Colonia*, lo realizó Julián Vargas Lesmes (2007); el segundo trató sobre el siglo XIX y fue escrito por Eugenio Gutiérrez Cely (2007), y el tercero, que corresponde al siglo XX y los primeros años del siglo XXI (2008), es de Fabio Zambrano Pantoja y una novedad respecto a la primera edición.⁹² Entre los temas abordados en los tres tomos, se encuentran tópicos tan diversos como los conquistadores y la fundación, indígenas y artesanos, desarrollo urbano y demográfico, servicios públicos e instituciones, la expansión física,

91 Vargas Lesmes y Zambrano Pantoja, "Santa Fe y Bogotá".

92 Julián Vargas Lesmes, *Historia de Bogotá. Conquista y colonia*, vol. 1 (Bogotá: Editorial Villegas Editores, 2007); Eugenio Gutiérrez Cely, *Historia de Bogotá. Siglo XIX*, tomo II (Bogotá: Editorial Villegas Editores, 2007); Fabio Zambrano Pantoja, *Historia de Bogotá. Siglo XX*, vol. III (Bogotá: Editorial Villegas Editores, 2008). Una versión digital de los materiales se encuentra disponible en: <https://bit.ly/3nxUswF>.

vida cotidiana y cultura, religión e iglesia, movimientos sociales, educación, historia política y administración.

En el conjunto de la producción sobre Bogotá en el campo de la historia urbana sobresale el libro *Los años del cambio. Historia urbana de Bogotá. 1820-1910*, de Germán Mejía Pavony.⁹³ Allí el autor delimita qué se entiende por historia urbana y en qué se diferencia su trabajo de la historia de Bogotá, problematizando el primado de las explicaciones temporales, cuyos marcos se han adecuado al estudio de la política, la economía, los sectores sociales, la ideología y las mentalidades, olvidando la necesaria problematización del espacio:

De esta manera, el estudio de los fenómenos que ocurren en una ciudad no puede pasar de largo sobre el hecho básico de que ella no se reduce a un contenedor o el reflejo de las relaciones que allí se establecen. La confusión que en torno a este problema se ha creado proviene de la costumbre de muchos historiadores de suponer el espacio para preocuparse por el tiempo (cronología o dinámicas de cambio) o por la sociedad (relaciones, producciones, instituciones, representaciones). Ciudad, campo, región, país, son categorías en principio espaciales, pero historizadas en la medida en que entran en relación, sin perder dicha cualidad de espacialidad, con los sistemas sociales que las engloban y les dan significado concreto.⁹⁴

Otro de los aportes de este trabajo es la propuesta metodológica, que, además de esta recualificación de la espacialidad, propone el empleo de una variada y amplia gama de fuentes de información: relatos de viajeros, estadísticas, mapas, ilustraciones gráficas, almanaques y guías de la ciudad. El libro está dividido en seis dimensiones o capítulos, apuntando también a nuevas tesis explicativas de la historia urbana de Bogotá: la naturaleza y el lugar, el sitio y la distancia, el lugar construido, los habitantes, los hombres y los espacios, y el conjunto urbano.

Además de los trabajos en el campo de la historiografía relacionados en apartados anteriores, otro libro de Mejía Pavony de interés para la historia

93 Germán Mejía Pavony, *Los años del cambio. Historia urbana de Bogotá. 1820-1910*, 2.ª ed. (Bogotá: CEJA, 2000).

94 Mejía Pavony, *Los años del cambio*, 18.

urbana es *La ciudad de los conquistadores (1536-1604)*, publicado por la Universidad Javeriana en 2012, donde cuenta la historia de las primeras décadas de existencia de Bogotá, la ciudad indiana del siglo XVI, a través de diversas fuentes primarias: documentación impresa, manuscritos del Archivo General de la Nación y crónicas de indias.⁹⁵

En el campo de los trabajos de grado en el programa de Historia de la Universidad Nacional realizados desde la década de 1990, vale destacar el de Mario Barbosa Cruz, “La metamorfosis del habitante urbano de principios de siglo. El caso del Barrio Ricaurte de Bogotá (1912-1948)” y el de Adriana Suárez Mayorga de 2001, que fue publicado como libro en 2006: *La ciudad de los elegidos. Crecimiento urbano, jerarquización social y poder político. Bogotá (1910-1950)*.⁹⁶ Por otro lado, destaca el libro de Oscar Calvo Isaza y Marta Saade Granados, *La ciudad en cuarentena. Chicha, patología social y profilaxis*.⁹⁷

Al lado de la diversidad de investigaciones, monografías y trabajos de grado que aportan a la historia urbana de Bogotá, otro asunto a destacar son los ejercicios de localización y organización de fuentes, trabajo pocas veces valorado pero fundamental para el avance de la disciplina. En el campo de la historia urbana, serán importantes los atlas y compendios de cartografía histórica. Para el caso de Bogotá si bien la cartografía ha sido utilizada como fuente importante para la investigación, sobre todo como ilustración, en los últimos años se ha aprovechado para abordar la dimensión espacial del análisis histórico.

En esta línea de compendios de cartografía histórica figuran el *Atlas histórico de Bogotá, 1538-1910*, organizado por Margarita Mariño, Alberto Escovar Wilson-White, César Peña y la Corporación la Candelaria en 2004 y el *Atlas histórico de Bogotá. Cartografía. 1791-2007*, compilado por Marcela Cuéllar Sánchez y Germán Mejía Pavony en 2007, y publicado por la Alcaldía

95 Germán Mejía Pavony, *La ciudad de los conquistadores. 1536-1604* (Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana, 2012).

96 Mario Barbosa Cruz, “La metamorfosis del habitante urbano de principios de siglo. El caso del Barrio Ricaurte de Bogotá (1912-1948)” (Tesis de grado, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 1996); Adriana María Suárez Mayorga, *La ciudad de los elegidos. Crecimiento urbano, jerarquización social y poder político. Bogotá 1910-1950* (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2006).

97 Oscar Calvo Isaza y Marta Saade Granados, *La ciudad en cuarentena. Chicha, patología social y profilaxis* (Bogotá: Ministerio de Cultura, 2002).

de Bogotá, el Instituto Distrital de Patrimonio y Cultura y el Archivo de Bogotá, entre otros.⁹⁸

Una publicación reciente, novedosa además porque aporta a la línea de historia barrial que viene tomando fuerza en los últimos años en el campo de la historia urbana, es el *Atlas histórico de los barrios de Bogotá: 1884-1954*, recopilado y organizado a través de varios proyectos de investigación liderados por Luis Carlos Colón Llamas y Germán Mejía Pavony.⁹⁹ Una de las posibilidades del texto radica en ir más allá de los centros históricos, monumentos, avenidas, plazas, parques y otros lugares emblemáticos de la ciudad que generalmente son historiados, para aportar materiales que permitan explorar la escala barrial de la *experiencia urbana*.

En la misma línea de trabajo, cabe destacar dos proyectos liderados por Colón Llamas: *Bogotá, vuelo al pasado*, que recoge 137 fotografías aéreas de Bogotá desde 1935 hasta 1985 y fue realizado en el marco de una alianza entre el Instituto Geográfico Agustín Codazzi (IGAC), el Archivo de Bogotá y la Alcaldía Mayor de Bogotá en 2010, y *Cartografías de Bogotá*,¹⁰⁰ realizado desde la Facultad de Artes de la Universidad Nacional de Colombia, sede Bogotá, y que consiste en un sistema de geoinformación interactivo para la visualización, comparación y análisis de la cartografía histórica de Bogotá, que permite explorar sus cualidades documentales y narrativas y la producción de nuevos modelos para mapear los cambios urbanos y las relaciones sociales.

Cali

En el libro *Poder y ciudad en Cali. Hacia la construcción de un orden urbano: 1910- 1950* Enrique Rodríguez Caporalli y Antonio José Echeverry Pérez dan algunas pistas para iniciar un balance historiográfico sobre la historia urbana

98 Marcela Cuéllar Sánchez y Germán Mejía Pavony, *Atlas histórico de Bogotá. Cartografía. 1791-2007* (Bogotá: Alcaldía de Bogotá, Instituto Distrital de Patrimonio y Cultura, Archivo de Bogotá, 2007); Margarita Mariño, Alberto Escovar Wilson-White y César Peña, *Atlas histórico de Bogotá, 1538-1910* (Bogotá: Corporación la Candelaria, 2004).

99 Luis Carlos Colón Llamas y Germán Mejía Pavony, *Atlas histórico de barrios de Bogotá: 1884-1954* (Bogotá: Alcaldía de Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 2019), <https://bit.ly/3jZH4iV>.

100 La colección y el proyecto se encuentran disponibles en formato digital en: <https://bit.ly/34Lz8vf>.

de esta ciudad del noroccidente del país.¹⁰¹ La primera es que, a pesar de ser la tercera ciudad del país en tamaño e importancia económica, la historia de Cali es un terreno aún por explorar. No obstante sus 480 años de fundación, es la que menos ha sido objeto de estudios históricos académicos universitarios y en otros formatos, no solo en comparación con las grandes ciudades, sino con ciudades intermedias como Tunja, Bucaramanga, Cartagena o Manizales.

Entre las explicaciones a este vacío, Rodríguez Caporalli y Echeverry Pérez argumentan lo reciente del campo de la historia urbana tanto en Colombia como en el mundo, la aparición tardía de la formación académica en historia en la región del Valle del Cauca y las características históricas de Cali, como ser por varias décadas un cruce de caminos prometedor, pero que no tuvo importancia económica o política hasta entrado el siglo XIX.¹⁰² En el campo de los estudios históricos dedicados a la ciudad durante sus primeros 300 años hay una literatura escasa, entre la que resaltan el libro canónico de Germán Colmenares, *Cali: terratenientes, mineros y comerciantes, siglo XVIII*, publicado en 1975, y los tres volúmenes de *Historia de Cali* de Gustavo Arboleda, aparecidos por primera vez en 1928.¹⁰³

En las últimas décadas viene en ascenso la producción de estudios sobre la ciudad. Respecto de las miradas al siglo XX, cabe resaltar los trabajos de Edgar Vásquez Benítez y, en especial, su libro *Historia de Cali en el siglo 20: sociedad, economía, cultura y espacio*.¹⁰⁴ Como el mismo autor lo señala, se ocupa del proceso de modernización de Cali desde finales del siglo XIX, hasta la última década del siglo XX, a través de cinco capítulos. El primer capítulo dedicado al entorno regional en el siglo XIX; el segundo al tránsito a la modernización (1900-1930); el tercero, como se indica en su título, gira en torno a la “inte-

101 Enrique Rodríguez Caporalli y Antonio José Echeverry Pérez, eds., *Poder y ciudad en Cali. Hacia la construcción de un orden urbano: 1910-1950* (Cali: Universidad ICESI, Programa Editorial Universidad del Valle, 2018).

102 Rodríguez Caporalli y Echeverry Pérez, *Poder y ciudad en Cali*.

103 Gustavo Arboleda, *Historia de Cali*, 3 volúmenes (Cali: Arboleda Imprenta, 1928); Germán Colmenares, *Cali: terratenientes, mineros y comerciantes, siglo XVII* (Cali: Universidad del Valle, División de Humanidades, 1975).

104 Edgar Vásquez Benítez, *Historia de Cali en el siglo 20: sociedad, economía, cultura y espacio* (Santiago de Cali: Universidad del Valle, ESAP, Fenalco, 2001).

rrupción del desarrollo y crisis (1929-1931)”, el cuarto sobre el apogeo industrial en la vieja ciudad (1933-1955) y el quinto sobre desaceleración industrial, “tercerización” y conflictos sociales.

Considerando la formación como economista de Vásquez Benítez, estas etapas de análisis en las que dividió el libro corresponden a momentos que determinan cambios en la estructura y cómo el nivel de actividad económica incide en el empleo, los ingresos, el comportamiento demográfico y las tasas de migración: “Las diferencias de ingresos y las que ocurren entre ‘incluidos’ y ‘excluidos’ influyen en la ocupación legal o ilegal del espacio y en la expansión física. La intensidad de esas fuerzas expansivas, la orientación de la infraestructura vial y de servicios, las características fisiográficas, y el papel y la fuerza de la acción planificadora determinan la forma espacial de la ciudad. Naturalmente, en cada uno de estos factores actúan los intereses territoriales y los conflictos sociales por la tierra”.¹⁰⁵

Otras miradas a la historia urbana de Cali pueden encontrarse en los trabajos de Jacques Aprile-Gnisset, como *La ciudad colombiana* y otros artículos y libros, con textos dedicados a “la ciudad indiana”, el centro histórico, y miradas de larga duración al espacio urbano y la configuración conflictiva de la ciudad. También, en los trabajos de Gilma Mosquera Torres sobre la vivienda popular, la acción estatal y las luchas por el suelo urbano.¹⁰⁶

Un esfuerzo significativo en el campo del análisis histórico de la ciudad son los tres tomos de *Historia de Cali: siglo xx* publicados en 2012, dirigidos por Gilberto Loaiza Cano y con el apoyo de la Universidad del Valle y la Alcaldía de Santiago de Cali. Fue una iniciativa del Grupo de Investigación Nación, Cultura y Memoria.¹⁰⁷ Cada tomo estuvo dedicado a un tema concreto: el espacio, la política y la cultura y, en total, los tomos reúnen 45 ensayos y 51 autores de diversa procedencia, como historiadores, geógrafos, sociólogos, ar-

105 Vásquez Benítez, *Historia de Cali*, 5.

106 Gilma Mosquera Torres, “Vivienda popular y acción estatal en Cali, siglo xx”, en *Historia de Cali, siglo xx*, tomo I, dir. Gilberto Loaiza Cano (Santiago de Cali: Programa Editorial Facultad de Humanidades, Universidad del Valle, 2012), 235-51.

107 Gilberto Loaiza Cano, dir., *Historia de Cali, siglo xx*, 3 volúmenes (Santiago de Cali: Programa Editorial Facultad de Humanidades, Universidad del Valle, 2012).

quitectos, urbanistas, politólogos, periodistas, filósofos e ingenieros. Con esta obra se propuso recoger y reunir un acumulado disperso y desaprovechado de conocimiento que sirva de referencia a los futuros investigadores de la historia urbana.

El primer tomo, dedicado al espacio urbano, fue coordinado por José Benito Garzón Montenegro y recoge miradas generales y panorámicas de Cali durante el siglo xx y estudios en temáticas y períodos de tiempo acotados, como la arquitectura, el espacio público, la vivienda popular, la planeación y las obras públicas. El segundo tomo, dedicado a la política, fue coordinado por Esteban Morera Aparicio y reúne 14 ensayos sobre el desarrollo de la política y la vida pública en la ciudad durante el siglo xx. El tercero, coordinado por Wilson Ferney Jiménez Fernández, se ocupó de la cultura, incluyendo trabajos sobre libros, lecturas y lectores, la educación, las escuelas de artes y oficios, las bibliotecas, el cine, el teatro, la música, el Museo de Arte Moderno La Tertulia, entre otros.

Otra línea que ha venido tomando fuerza ha sido la historia barrial, en la que se destacan los trabajos de Hansel Mera y Apolinar Ruíz, con el libro de 2015 *Entre el Calvario y el Paraíso. Memoria, contrastes y voces de ciudad y Creación de barrios obreros en Colombia a inicios de siglo xx: la higiene como excusa, la eugenesia como propósito, el control como finalidad*, libro compilado por José Benito Garzón, que recoge varios casos del país y fue publicado en 2019.¹⁰⁸

Por otra parte, cabe señalar el seminario Historia de Cali, que se realiza cada mes desde 2010, con el propósito de difundir trabajos e investigaciones que aborden diferentes aspectos del devenir histórico de Cali en el último siglo. Un espacio no solo para un público académico y universitario, sino para la ciudadanía en general. El programa es organizado por el Archivo Histórico de Cali, el Área Cultural del Banco de la República, la Biblioteca del Centenario y, a lo largo de esta década, ha contado con el apoyo de varias universidades, como la Universidad del Valle, Universidad ICESI, Universidad Católica y la Institución Universitaria Antonio José Camacho, entre otras.

¹⁰⁸ José Benito Garzón, comp., *Creación de barrios obreros en Colombia a inicios de siglo xx: la higiene como excusa, la eugenesia como propósito, el control como finalidad* (Santiago de Cali: Editorial Unicatólica, Universidad de Santander, Corporación para la Educación y la Investigación Popular, Instituto Nacional Sindical, 2019).

Otras entradas

Como se anotó al inicio de este apartado, estas líneas son una aproximación limitada y parcial a algunas ciudades, como Medellín, Bogotá y Cali, pero queda un largo camino y una constelación de ciudades, municipios y pueblos para reconstruir trayectorias y desafíos en el campo de la historia urbana, profundizando en casos locales y avanzando en miradas regionales, nacionales y latinoamericanas.

Por solo esbozar otros casos, vale la pena mencionar a Tunja, capital de Boyacá, que tiene una trayectoria interesante de investigaciones y trabajos de grado desde la Escuela de Ciencias Sociales, en los programas de Maestría y Doctorado en Historia, y desde la Escuela de Arquitectura y Urbanismo de la Universidad Pedagógica y Tecnológica de Pereira (UPTC). Entre otros trabajos, figura el libro *Tunja, historia urbana, ciudad y poder, siglo xvii* de Luis Eduardo Wiesner, publicado en 2008, que se nutrió de su tesis de Maestría en Historia Andina en 1992, dirigida por Germán Colmenares y Jorge Palacios Preciado en la Universidad del Valle.¹⁰⁹

En el caso de Bucaramanga y el departamento de Santander, la Universidad Industrial de Santander (UIS) ha sido un epicentro, tanto por la formación en historia en pregrado y posgrado, como por la conservación y organización de acervos documentales, como los fondos judiciales que reposan en el Archivo Histórico Regional de la UIS. También, el Centro de Historia de Santander, que funciona desde las primeras décadas del siglo xx, ha hecho valiosos aportes a la disciplina. La publicación del *Anuario de Historia Local y de las Fronteras* ha sido una importante herramienta donde han circulado algunos estudios dedicados a la historia de las ciudades del departamento e incluso un dossier sobre historia urbana y la relación ciudad-región, organizado por el historiador William Elvis Plata Quezada. En la actualidad, desde el Semillero Geohistorias, un grupo de profesores encabezado por Fabio Vladimir Sánchez, Miguel Darío Cuadros y Sergio Acosta Lozano está impulsando la historia urbana.

109 Luis Eduardo Wiesner, *Tunja, historia urbana, ciudad y poder, siglo xvii* (Tunja: Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia, 2008).

Otro caso interesante es el de Pereira, capital de Risaralda, donde se han combinado la trayectoria de las academias de historia regional con la formación profesional en la Universidad Tecnológica de Pereira (UTP) en la Maestría en Historia. Desde allí, los historiadores John Jaime Correa y Sebastián Martínez han hecho importantes esfuerzos para fortalecer la historia urbana, las historias locales y regionales, constituir y conservar archivos locales y generar un diálogo entre los historiadores y la ciudadanía en general.

En este camino de un balance historiográfico del país es valiosa la continuidad y consolidación de la Red Colombiana de Historia Urbana,¹¹⁰ conformada desde 2016 y que ha permitido tejer puentes, debates y lazos entre investigadores de diversos lugares y universidades. A la fecha, se han realizado tres encuentros de la red en Pereira en 2017, en Cali en 2018 y en Medellín en 2019, además de la participación en eventos nacionales, como los simposios de Historia Regional y Local, congresos colombianos de historia y encuentros de la Asociación Colombiana de Investigadores Urbano-Regionales (ACIUR).

Apuntes finales

Como anunciábamos al inicio, esta travesía por la historia urbana colombiana está llena de atajos, aventuras y caminos. Por ello, es necesario reconocer las limitaciones de conocimiento de la autora y las injusticias con muchos trabajos e investigadores que han contribuido a la comprensión crítica e histórica de las ciudades de nuestro país y que no aparecen en este texto. Reconociendo su carácter provisional e incompleto, estas líneas buscan incentivar el debate y, sobre todo, mostrar la necesidad y la importancia de las reflexiones historiográficas en nuestro campo: qué hemos hecho, cómo lo hemos hecho, cuáles son las potencialidades, las limitaciones y los grandes retos que tenemos.

En términos generales, podemos decir que hay un desarrollo desigual en la historia urbana en el país. Esto se explica tanto por las trayectorias y características de cada ciudad, como por las posibilidades de recursos humanos y financieros, de formación universitaria y por la disponibilidad de acervos

110 Para consultar sobre la Red Colombiana de Historia Urbana, sus integrantes y eventos, véase: <https://bit.ly/3iNvrKc>.

documentales clasificados, organizados y a disposición de la ciudadanía. En este contexto, es urgente realizar balances historiográficos sobre cómo hemos abordado la historia de las ciudades, pregunta que, más allá de definir qué entra o no como historia urbana, recoja las diversas aproximaciones y miradas históricas a las ciudades y, desde allí, interroge temas, enfoques, metodologías, caminos por recorrer y caminos recorridos.

Un reto grande tiene que ver con cómo recuperar los trabajos de grado y de posgrado e investigaciones que se convierten en literatura gris y que no llegan a ser publicados como libros o artículos y cuya lectura se reduce a círculos especializados y locales. Hay un aporte desde repositorios universitarios con la digitalización de estos materiales, pero falta avanzar en su sistematización, análisis y lectura crítica. En general, estos esfuerzos tienen que ver con la consolidación de una comunidad académica y un campo de conocimiento que promuevan debates e intercambios. Un logro importante en esta vía es la Red Colombiana de Historia Urbana y los grupos de investigación y semilleros que se vienen consolidando en los últimos años.

Las últimas décadas del siglo XIX y las primeras del XX han sido las más estudiadas. Si bien es un período en el que ocurrieron procesos de modernización y expansión urbana en varias ciudades colombianas y latinoamericanas, sería interesante problematizar esta periodización que se ha vuelto un punto de partida y no un lugar de interrogación. Entre los temas que más han despertado interés en el campo de la historia urbana se encuentran las transformaciones arquitectónicas y urbanísticas, las formas de control social de la vida moderna, las efemérides, los servicios públicos, las manifestaciones culturales, las relaciones entre lo público y lo privado y la planeación urbana.

Como complemento a los trabajos centrados en los centros históricos y lugares emblemáticos, como plazas, parques y avenidas, cada vez toma más fuerza la historia barrial y la necesidad de visibilizar el urbanismo popular y la autoconstrucción, que han sido protagonistas en nuestras ciudades. Un insumo interesante en esta tarea será el concurso organizado en varias ciudades colombianas por las secretarías de Educación y Cultura durante las décadas de 1980 y 1990 para reconstruir la historia de los barrios desde las narraciones de sus habitantes. En el caso de Medellín, este concurso se tituló “Escriba la

historia de su barrio” y se produjeron allí valiosos materiales que hoy son testimonios y fuentes documentales para la historia urbana.

Al lado del diálogo y el intercambio nacional, es importante avanzar en el campo latinoamericano. Por ejemplo, sería muy interesante cruzar las trayectorias colombianas con experiencias como el seminario de Historia Urbana, organizado por la Dirección de Estudios Históricos del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH) que funcionó en la década de 1970 en Ciudad de México bajo la dirección de Alejandra Moreno Toscano. Y, en el caso de Brasil, con el Seminário de História da Cidade e do Urbanismo, que por varios años fue Seminário de História Urbana y que en este 2020 está conmemorando 30 años. Sin duda, el esfuerzo de este libro, donde se incluyen estas miradas desde Colombia, es un gran aporte a los necesarios diálogos latinoamericanos.

Bibliografía

- Álvarez Mora, Alonso. “La necesaria componente espacial en la Historia Urbana”. En *La historia urbana*. Editado por Carlos Sambricio, 29-59. Madrid: Marcial Pons, 1996.
- Aprile-Gnisset, Jacques. *Colombie*. Paris: Éditions du Seuil, 1977.
- _____. *La ciudad colombiana. Prehispánica, de conquista e indiana*. Vol. 1. Bogotá: Biblioteca Banco Popular, Talleres Gráficos Banco Popular, Colección Textos Universitarios, 1991.
- _____. *La ciudad colombiana. Siglo XIX y siglo XX*. Vol. 2. Bogotá: Biblioteca Banco Popular, Colombia, Talleres Gráficos Banco Popular, Colección Textos Universitarios, 1992.
- _____. “Avatares y peripecias de la investigación histórica urbana”. En *La ciudad colombiana*. Vol. 3, 179-303. Cali: Universidad del Valle, 1997.
- _____. *La ciudad colombiana*. Vol. 3. Cali: Universidad del Valle, 1997.
- _____. *La ciudad colombiana*. Vol. 4. Cali: Universidad del Valle, 2010.
- Aprile-Gnisset, Jacques, Humberto Molina y Fernando Botero. “¿Cómo analizar ciudades?”. *Revista Sociedad y Economía*, no. 2 (abril de 2002): 97-102. <https://bit.ly/33KcKmm>
- Arango, Silvia. *Ciudad y arquitectura. Seis generaciones que construyeron la América Latina moderna*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2012.
- Arango, Silvia, Jaime Salcedo, Carlos Niño, Fabio Zambrano, Ivonne Pini, Juan Rodríguez, Beatriz García y Marta Rodríguez. *Textos [8]. Escritos sobre His-*

- toria y Teoría 1. Ciudad, arte, arquitectura*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Artes, Programa de Maestría en Historia y Teoría del Arte y la Arquitectura, 2003.
- Arboleda, Gustavo. *Historia de Cali*. 3 volúmenes. Cali: Arboleda Imprenta, 1928.
- Ayala Oramas, Ulpiano, Luz Fonseca y Jorge Lotero, eds. *La problemática urbana hoy en Colombia*. Bogotá: Centro de Investigación y Educación Popular (Cinep), 1982.
- Barbosa Cruz, Mario. “La metamorfosis del habitante urbano de principios de siglo. El caso del Barrio Ricaurte de Bogotá (1912-1948)”. Tesis de grado, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 1996.
- Bernal Nicholls, Alberto. *Apuntaciones sobre los orígenes de Medellín*. Medellín: Universidad de Antioquia, 1976.
- _____. *Miscelánea sobre la historia, los usos y las costumbres de Medellín*. Medellín: Universidad de Antioquia, Dirección Académica y de Extensión Cultural, 1980.
- Betancur Gómez, Jorge Mario. *Moscas de todos los colores. Historia del barrio Guayaquil de Medellín*. Medellín: Universidad de Antioquia, 2006.
- Botero Gómez, Fabio. *La ciudad colombiana*. Medellín: Ediciones Autores Antioqueños, 1991.
- _____. *Cien años de la vida de Medellín, 1890-1990*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia, Municipio de Medellín, 1998.
- Botero Herrera, Fernando. *Urabá. Colonización, violencia y crisis del Estado*. Medellín: Universidad de Antioquia, 1990.
- _____. *Medellín 1890-1950: historia urbana y juego de intereses*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia, 1996.
- _____. *La industrialización en Antioquia. Génesis y consolidación, 1900-1930*. Medellín: Hombre Nuevo Editores, 2003.
- Brand, Peter C., ed. y comp. *Trayectorias urbanas en la modernización del Estado en Colombia*. Medellín: TM Editores, Universidad Nacional, sede Medellín, 2001.
- Calvo Isaza, Oscar Iván. *El cementerio central. Bogotá: la vida urbana y la muerte*. Bogotá: Tercer Mundo Editores, Observatorio de Cultura Urbana, 1998.
- Calvo Isaza, Oscar y Marta Saade Granados. *La ciudad en cuarentena. Chicha, patología social y profilaxis*. Bogotá: Ministerio de Cultura, 2002.
- Centro Nacional de Memoria Histórica, CNMH. *Medellín: memorias de una guerra urbana*. Bogotá: CNMH, Corporación Región, Ministerio del Interior, Alcaldía de Medellín, Universidad EAFIT, Universidad de Antioquia, 2017.
- Colmenares, Germán. *Cali: terratenientes, mineros y comerciantes, siglo XVIII*. Cali: Universidad del Valle, División de Humanidades, 1975.

- _____. “Perspectiva y prospectiva de la historia en Colombia, 1991”. En *Ensayos sobre historiografía*, 97-120. Bogotá: Universidad del Valle, Banco de la República, Colciencias, Tercer Mundo Editores, 1997.
- Colón Llamas, Luis Carlos. *Bogotá, vuelo al pasado*. Bogotá: Instituto Geográfico Agustín Codazzi (IGAC), Archivo de Bogotá, Alcaldía Mayor de Bogotá, 2010.
- Colón Llamas, Luis Carlos y Germán Mejía Pavony. *Atlas histórico de barrios de Bogotá: 1884-1954*. Bogotá: Alcaldía de Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 2019. <https://idpc.gov.co/publicaciones/producto/atlas-historico-de-barrios-de-bogota-1884-1954-2/>
- Cuéllar Sánchez, Marcela y Germán Mejía Pavony. *Atlas histórico de Bogotá. Cartografía. 1791-2007*. Bogotá: Alcaldía de Bogotá, Instituto Distrital de Patrimonio y Cultura, Archivo de Bogotá, 2007.
- Departamento Nacional de Planeación, DNP. *Teoría, descentralización, planeación, vivienda, servicios públicos y transporte*. Tomo I de *La investigación regional y urbana en Colombia. Desarrollo y Territorio (1998-1997)*. Bogotá: DNP, Financiera de Desarrollo Territorial, Asociación Colombiana de Investigadores Urbano-Regionales, Carlos Valencia Editores, 1998.
- Fals Borda, Orlando. “Guía práctica del ordenamiento territorial en Colombia: contribución para la solución de conflictos”. *Análisis Político*, no. 36 (1999): 82-102.
- Garzón, José Benito, coord. *Espacio urbano*. Tomo I de *Historia de Cali: siglo xx*. Cali: Universidad del Valle, Alcaldía Santiago de Cali, 2012.
- _____, comp. *Creación de barrios obreros en Colombia a inicios de siglo xx. La higiene como excusa, la eugenesia como propósito, el control como finalidad*. Santiago de Cali: Editorial Unicatólica, Universidad de Santander, Corporación para la Educación y la Investigación Popular, Instituto Nacional Sindical, 2019.
- González Escobar, Luis Fernando. *Medellín, los orígenes y la transición a la modernidad: crecimiento y modelos urbanos 1775-1932*. Medellín: Universidad Nacional de Colombia, Escuela del Hábitat CEHAP, 2007.
- _____. *Ensayos inútiles de historia urbana*. Medellín: UNAULA, 2018.
- _____. *Ciudad y arquitectura urbana en Colombia, 1980-2017*. 2.^a ed. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia, 2019.
- Gutiérrez Cely, Eugenio. *Historia de Bogotá. Siglo XIX*. Tomo II. Bogotá: Editorial Villegas Editores, 2007.
- Harvey, David. *París, capital de la modernidad*. Madrid: Akal, 2008.
- Hernández Ciro, Eulalia. “Geografías del desarrollo en el centro de Medellín: 2009-1950. Espacios, tiempos y poderes”. Tesis de maestría, Universidad de Antioquia, Medellín, 2010.

- _____. “La investigación urbana entre 1960 y 1990. Apuntes para un balance historiográfico comparado entre México y Colombia”. *Academia xxii*, Vol. 8, no. 15 (2017): 139-59. <http://dx.doi.org/10.22201/fa.2007252Xp.2017.15.60404>
- _____. “Un espacio para la historia. Jacques Aprile-Gnisset y los estudios urbanos en Colombia, 1960-1990”. Tesis de doctorado, Universidad Nacional de Colombia, Medellín, 2020.
- Jiménez Fernández, Wilson Ferney. *La cultura*. Tomo III de *Historia de Cali: siglo xx*. Cali: Universidad del Valle, Alcaldía Santiago de Cali, 2012.
- La Torre Mendoza, Luis. *Historia e historias de Medellín s. xvii, xviii, xix*. Medellín: Imprenta Oficial, 1934.
- Lefebvre, Henri. *La producción del espacio*. Madrid: Capitán Swing, 2013.
- Lepetit, Bernard. “La historia urbana en Francia: veinte años de investigaciones”. *Revista Secuencia*, no. 24 (septiembre-diciembre de 1992): 5-29. <http://dx.doi.org/10.18234/secuencia.v0i24.393>
- _____. “El tiempo de las ciudades”. En *Las ciudades en la Francia moderna*, 110-25. Ciudad de México: Instituto de investigaciones Dr. José María Luis Mora, 1996.
- _____. *Por uma nova história urbana*. São Paulo: EDUSP, 2001.
- Levi, Giovanni. “La microhistoria y la recuperación de la complejidad”. En *Microhistorias*, 397-410. Bogotá: Universidad de los Andes, 2019.
- Loaiza Cano, Gilberto, dir. *Historia de Cali, siglo xx*. 3 volúmenes. Santiago de Cali: Programa Editorial Facultad de Humanidades, Universidad del Valle, 2012.
- Mariño, Margarita, Alberto Escovar Wilson-White y César Peña. *Atlas histórico de Bogotá, 1538-1910*. Bogotá: Corporación la Candelaria, 2004.
- Márquez Valderrama, Jorge Humberto. “La química pasteriana en la medicina, la práctica médica y la medicalización de la ciudad de Medellín a finales del siglo xix”. Tesis de grado, Universidad Nacional de Colombia, Medellín, 1995.
- Martínez Cleves, Félix Raúl Eduardo. “Las escrituras de las historias de ciudades. Entre panorámicas y caminantes”. Tesis de doctorado, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 2013.
- _____. “Las historias de ciudades en algunos arquitectos colombianos. Una aproximación a los fundamentos de la historia urbana”. *Memoria y Sociedad*, Vol. 18, no. 37 (2014): 148-64.
- _____. “Los orígenes de la historia urbana en Colombia”. *Urbana, Revista Eletronica do Centro Interdisciplinar de Estudos da Cidade*, Vol. 6, no. 8 (enero-junio de 2014): 577-98.
- Mejía Pavony, Germán. “Aspectos del tránsito a la ciudad burguesa. Gobierno y equipamiento urbano en Bogotá, 1860-1910”. En *La investigación regional y urbana en Colombia. Desarrollo y Territorio (1998-1997)*. Departamento

- Nacional de Planeación, DNP. Tomo I, 107-19. Bogotá: DNP, Financiera de Desarrollo Territorial, Asociación Colombiana de Investigadores Urbano-Regionales, Carlos Valencia Editores, 1998.
- _____. “La pregunta por la existencia de la historia urbana”. *Historia Crítica*, no. 18 (1999): 23-35. <https://doi.org/10.7440/histcrit18.1999.03>
- _____. *Los años del cambio. Historia urbana de Bogotá. 1820-1910*. 2.^a ed. Bogotá: CEJA, 2000.
- _____. “Pensando la historia urbana”. En *La ciudad y las ciencias sociales. Ensayos y aproximaciones*. Editado por Germán Mejía Pavony y Fabio Zambrano Pantoja, 47-76. Bogotá: CEJA, 2000.
- _____. *La ciudad de los conquistadores. 1536-1604*. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana, 2012.
- _____. *La aventura urbana en América Latina*. Madrid: Taurus, Fundación MAPFRE, Serie Recorridos-3, 2013.
- Mejía Pavony, Germán y Fabio Zambrano Pantoja, eds. *La ciudad y las ciencias sociales. Ensayos y aproximaciones*. Bogotá: CEJA, 2000.
- Melo, Jorge Orlando, comp. *Historia de Medellín*. II Tomos. Medellín: Suramericana de Seguros, 1996.
- _____. *Historiografía colombiana. Realidades y perspectivas*. n. p.: s. e., 1996. <https://bit.ly/35HQYkP>
- _____. “De la nueva historia a la historia fragmentada: La producción histórica colombiana en la última década del siglo”. *Boletín Cultural y Bibliográfico*, Vol. 36, nos. 50-51 (1999): 165-84.
- Mesa, Gilmer. *Puntos de vista. Una ciudad, Medellín, muchas miradas*. Medellín: Angosta Editores, Mesa Estándar, Tragaluz Editores, 2019.
- Moncada Carmona, Ramón, coord. *Historia de las ciudades e historia de Medellín como ciudad*. Medellín: Corporación Región, Proyecto Interinstitucional Conoce tu Ciudad, 2007.
- Morera Aparicio, Esteban, coord. *La política*. Tomo II de *Historia de Cali: siglo xx*. Cali: Universidad del Valle, Alcaldía Santiago de Cali, 2012.
- Mosquera Torres, Gilma. “Vivienda popular y acción estatal en Cali, siglo xx”. En *Historia de Cali, siglo xx*. Tomo I. Dirigido por Gilberto Loaiza Cano, 235-51. Santiago de Cali: Programa Editorial Facultad de Humanidades, Universidad del Valle, 2012.
- Naranjo Giraldo, Gloria. *Medellín en zonas. Monografías*. Medellín: Corporación Región, 1992.
- Naranjo Giraldo, Gloria y Mara Inés Villa. *Entre luces y sombras. Medellín: espacio y políticas urbanas*. Medellín: Corporación Región, 1997.

- Niño Murcia, Carlos. "A propósito de la historia urbana". En *Textos [8]. Escritos sobre Historia y Teoría 1: ciudad, arte, arquitectura*. Silvia Arango, Jaime Salcedo, Carlos Niño, Fabio Zambrano, Ivonne Pini, Juan Rodríguez, Beatriz García y Marta Rodríguez, 23-33. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Artes, Programa de Maestría en Historia y Teoría del Arte y la Arquitectura, 2003.
- Paredes Cisneros, Santiago. "Múltiples poblaciones e historias". *Credencial Historia*, no. 353 (2019). <https://bit.ly/2IfkO6x>.
- Perfetti del Corral, Verónica. "Las transformaciones de la estructura urbana de Medellín. La Colonia, el ensanche y el plan regulador". Tesis de doctorado, Universidad Politécnica de Madrid, Madrid, 1995. <https://bit.ly/3nAlUtF>
- Perfetti del Corral, Verónica y Roberto Luis Jaramillo. *Cartografía urbana de Medellín 1790-1950*. Medellín: Concejo de Medellín, 1993.
- Pérgolis, Juan Carlos. *Bogotá fragmentada. Cultura y espacio urbano a fines del siglo xx*. Bogotá: Tercer Mundo Editores, Universidad Piloto de Colombia, 1998.
- Piazzini Suárez, Carlo Emilio. "Sobre espacios, conocimiento y poder: para las geografías del conocimiento". En *Pensamiento crítico latinoamericano. Homenaje a Hernán Henao Delgado*, 42-60. Medellín: Universidad de Antioquia, Instituto de Estudios Regionales, 2015.
- Piedrahita Echeverri, Javier. *Del poblado de San Lorenzo de Aburrá a la parroquia de San José del Poblado*. Medellín: Secretaría de Educación y Cultura, 1976.
- _____. *Documentos y estudios para la historia de Medellín*. Medellín: Editorial Colina, 1983.
- Plata Quezada, William Elvis. "Hacia un balance de la historiografía regional santandereana (Colombia): los municipios del área del río Sogamoso (1930-2017)". *Anuario de Historia Regional y de las Fronteras*, Vol. 25, no. 1 (enero-junio de 2020): 223-65.
- Restrepo Uribe, Jorge. *Medellín, su origen, progreso y desarrollo*. Medellín: Servigráficas, 1981.
- Revel, Jacques, org. *Jogos de escalas. A experiência da microanálise*. Rio de Janeiro: Editora Fundação Getulio Vargas, 1998.
- Reyes Cárdenas, Ana Catalina. *Aspectos de la vida social y cotidiana de Medellín 1890-1930*. Bogotá: Colcultura, 1996.
- Rodríguez Caporalli, Enrique y Antonio José Echeverry Pérez, eds. *Poder y ciudad en Cali. Hacia la construcción de un orden urbano: 1910-1950*. Cali: Universidad ICESI, Programa Editorial Universidad del Valle, 2018.

- Rodríguez G., Ana Luz. *Pensar la cultura. Los nuevos retos de la historia cultural*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia, Universidad Nacional de Colombia, sede Medellín, 2004.
- Rodríguez, Pablo. *Cabildo y vida urbana en el Medellín colonial, 1675-1730*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia, 1992.
- Rueda Enciso, José Eduardo. *Ensayos de historiografía colombiana. En los comienzos del milenio. Un balance entre 1844 a 2008*. Berlín: Editorial Académica Española, 2019.
- Ruiz López, Apolinar y Hansel Mera Vivas. *Entre el Calvario y el Paraíso. Memoria, contrastes y voces de ciudad*. Cali: Alcaldía de Santiago de Cali, Secretaría de Cultura y Turismo, 2015.
- Sáenz, Orlando y Fabio Velásquez. “La investigación urbana en Colombia”. *Boletín Socioeconómico*, no. 19 (1989).
- Saldarriaga Roa, Alberto. Presentación a *La ciudad colombiana prehispánica, de conquista e indiana*. Jacques Aprile-Gnisset, 5-6. Bogotá: Banco Popular, 1991.
- Sánchez G., Ana Lucía, ed. *Procesos urbanos contemporáneos*. Bogotá: Fundación Alejandro Ángel Escobar, 1995.
- Sennett, Richard. *Carne y piedra. El cuerpo y la ciudad en la civilización occidental*. Madrid: Alianza Editorial, 1997.
- Silva, Luís Octávio da. “Cidade e história: um olhar epistemológico”. Em *A cidade como história: os arquitetos e a historiografia da cidade e do urbanismo*. Organizado por Eloísa Petti Pinheiro y Marco Aurélio A. De Felgueiras Gomes, 151-74. Salvador: Editora da Universidade Federal da Bahia, 2004.
- Silva Leme, Maria Cristina da, org. *Urbanismo no Brasil 1895-1965*. Salvador: EDU-FBA, 2005.
- Sociedad de Mejoras Públicas de Medellín. *Medellín, ciudad tricentenaria, 1675-1975*. Medellín: SMP, 1975.
- Soja, Edward. *Posmetrópolis. Estudios críticos sobre las ciudades y las regiones*. Madrid: Traficantes de Sueños, 2008.
- Suárez Mayorga, Adriana María. *La ciudad de los elegidos. Crecimiento urbano, jerarquización social y poder político. Bogotá 1910-1950*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2006.
- Tarazona Acevedo, Álvaro y Gustavo Guarín Medina. “Escuelas y concepciones en la producción historiográfica de Colombia y América Latina”. *Revista Ciencias Humanas*, Vol. 7, no. 25 (2001): 106-14.
- Toro Botero, Constanza. *Investigación sobre la historia de los servicios públicos en la ciudad de Medellín y el desarrollo histórico de las Empresas Públicas de Medellín*. Medellín: Fundación para los Estudios Sociales, 1992.

- Torres Carrillo, Alfonso. “Estudios sobre pobladores urbanos en Colombia: balance y perspectivas”. *Maguaré*, no. 9 (1993). <https://bit.ly/2SE7kTT>
- Torres Tovar, Carlos Alberto, Fernando Viviescas Monsalve y Edmundo Pérez Hernández, comps. *La ciudad: hábitat de diversidad y complejidad*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Artes, 2000.
- Tovar Zambrano, Bernardo, comp. *La historia al final del milenio. Ensayos de historiografía colombiana y latinoamericana*. Vol. 1. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 1994.
- Vargas Lesmes, Julián. *Historia de Bogotá. Conquista y colonia*. Vol. 1. Bogotá: Editorial Villegas Editores, 2007.
- Vargas Lesmes, Julián y Fabio Zambrano. “Santa Fe y Bogotá: evolución histórica y servicios públicos (1600-1957)”. En *Bogotá, 450 años: retos y realidades*. Editado por Pedro Santana, 11-92. Bogotá: IFEA, 1998.
- Vásquez Benítez, Edgar. *Historia de Cali en el siglo 20: sociedad, economía, cultura y espacio*. Santiago de Cali: Universidad del Valle, ESAP, Fenalco, 2001.
- Villa, Marta Inés, “Formas de ocupación y apropiación del espacio urbano: Medellín 1900-1930”. Tesis de grado, Universidad Nacional de Colombia, Medellín, 1993.
- Viviescas, Fernando y Fabio Giraldo, comps. *Colombia: el despertar de la modernidad*. Bogotá: Foro Nacional por Colombia, 1991.
- _____. *Pensar la ciudad*. Bogotá: Tercer Mundo Editores, CENAC, FEDEVIVIENDA, 1996.
- Wiesner, Luis Eduardo. *Tunja, historia urbana, ciudad y poder, siglo XVII*. Tunja: Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia, 2008.
- Zambrano Pantoja, Fabio. “La ciudad en la historia”. En *La ciudad y las ciencias sociales. Ensayos y aproximaciones*. Editado por Germán Mejía Pavony y Fabio Zambrano Pantoja, 122-48. Bogotá: CEJA, 2000.
- _____. “Nuevos enfoques de historia urbana en Colombia”. En *Textos [8]. Escritos sobre Historia y Teoría 1: ciudad, arte, arquitectura*. Silvia Arango, Jaime Salcedo, Carlos Niño, Fabio Zambrano, Ivonne Pini, Juan Rodríguez, Beatriz García y Marta Rodríguez, 35-43. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Artes, Programa de Maestría en Historia y Teoría del Arte y la Arquitectura, 2003.
- _____. *Historia de Bogotá. Siglo xx*. Vol. III. Bogotá: Editorial Villegas Editores, 2008.
- _____. “País urbano”. *Revista Semana Historia* (2018). <https://bit.ly/36VI3wR>
- Zambrano Pantoja, Fabio y Oliver Bernard. *Ciudad y territorio. El proceso de poblamiento en Colombia*. Bogotá: Academia de Historia de Bogotá, Instituto Francés de Estudios Andinos, 1993.

Sobre las autoras y los autores

MARÍA TERESA URIBE DE HINCAPIÉ. Licenciada en Sociología de la Universidad Pontificia Bolivariana, y Magíster en Planeación Urbana de la Universidad Nacional de Colombia. Fue docente e investigadora de la Facultad de Ciencias Sociales y Humanas, jefa del departamento de Sociología, y coordinadora de los programas de investigación básica del Instituto de Estudios Políticos, IEP y del Instituto de Estudios Regionales, INER, de la Universidad de Antioquia, del cual fue cofundadora. Participó en comisiones de expertos y consejerías de la Universidad de Antioquia, Alcaldía de Medellín, el Consejo Nacional de Educación Superior, CESU, y la Presidencia de Colombia, en temas referidos a la investigación académica, el proceso constituyente y las negociaciones de paz. Su trabajo de investigación transdisciplinar le permitió acercamientos entre la sociología, la historia, la filosofía, la antropología y la filosofía política, así como la construcción de categorías analíticas originales para el estudio de los fenómenos políticos y sociales, lo cual ha sido publicado en una variada serie de libros, artículos académicos y de prensa. María Teresa Uribe de Hincapié falleció el 1 de enero de 2019.

HERNÁN HENAO DELGADO. Antropólogo de la Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, y Magíster en Antropología de la Universidad de California, Berkeley. Fue profesor e investigador del Departamento de Antropología, del cual fue jefe, decano de la Facultad de Ciencias Sociales y Humanas y director del Instituto de Estudios Regionales, INER, de la Universidad de Antioquia, del cual fue cofundador. También se desempeñó como docente de otras

instituciones de educación superior como la Universidad Eafit, la Universidad Pontificia Bolivariana, la Fundación Universitaria Luis Amigó, la Universidad Autónoma Latinoamericana y la Universidad de Cartagena. Participó en el Programa nacional de Gestión Cultural, Colcultura, fue Miembro de la Misión Regional de Ciencia y Tecnología, Colciencias y fue asesor de la Consejería de la Presidencia de la República de Colombia para Medellín y su Área Metropolitana. Hernán Henao Delgado fue asesinado por sicarios en el Campus de la Universidad de Antioquia, el 4 de mayo de 1999.

CLARA INÉS GARCÍA. Graduada en sociología de la Universidad Javeriana en Bogotá y especializada en Política Social en la Universidad de Grenoble III, Francia. Fue profesora de sociología y de la Maestría en Estudios Socioespaciales del Instituto de Estudios Regionales, INER de la Universidad de Antioquia. Se desempeñó como investigadora de este Instituto, y sus temas de interés fueron los de regiones y conflicto, movimientos sociales y resistencias, representaciones sociales del territorio, territorios de frontera interna y órdenes locales. Fue Investigadora y miembro del Centro de Excelencia de Ciencias Sociales de COLCIENCIAS, ODECOFI. Correo electrónico: cigarcia01@gmail.com

CLARA INÉS ARAMBURO SIEGERT. Antropóloga y Magister en Ciencia Política de la Universidad de Antioquia en Medellín, Colombia, y especialista en Planeación y Gestión Urbana del Instituto de Estudios de Administración Local de Madrid, España. Sus áreas de interés investigativo han sido los estudios sobre configuración espacial, problemas territoriales y conflictos sociopolíticos y armados. Ha sido docente de especialización y maestría en el Instituto de Estudios Regionales, INER de la Universidad de Antioquia y actualmente es profesora jubilada. Correo electrónico: aramburoclaraines@gmail.com

MARÍA TERESA ARCILA ESTRADA. Antropóloga y Magister en Ciencias Sociales de la Universidad de Antioquia. Se ha desempeñado como investigadora y docente del Instituto de Estudios Regionales, INER, de la Universidad de Antioquia, integrante del Grupo de Estudios del Territorio y coordinadora del Grupo de Investigación Rituales y Construcción de Identidad, adscritos a la misma institución. Sus investigaciones y publicaciones se han enfocado en las áreas de la historia regional y la etnografía, así como en las expresiones del patrimonio cultural. Correo electrónico: arcila.mariateresa@gmail.com

ELSA BLAIR TRUJILLO. Socióloga y Magíster en Investigación social y pedagógica de la Universidad de Antioquia en Medellín, Colombia, y doctora en Sociología de la Université Catholique de Louvain, Bélgica. Sus temas de investigación e interés académico han girado en torno a la violencia, el conflicto armado y la guerra en Colombia, desde diversas perspectivas analíticas. Los inicios de su trayectoria investigativa se desarrollaron en el Centro de Investigación y Educación Popular, CINEP, en Bogotá, y, luego, en la Universidad de Antioquia, en Medellín. Inicialmente en el Instituto de Estudios Políticos, IEP y luego en el Instituto de Estudios Regionales, INER. Desde allí creó y coordinó durante varios años el grupo de investigación Cultura, Violencia y Territorio, hasta su jubilación. También ejerció la docencia a nivel de pre y postgrado en el área de ciencias sociales y la ciencia política; así mismo, en la maestría de Estudios socioespaciales del INER y en algunos doctorados de la Universidad de Antioquia como el de Ciencias Sociales y Humanas y Enfermería. También dentro de sus actividades académicas dirigió, asesoró y fue jurado de diversos trabajos y tesis de grado de la Universidad de Antioquia y otras universidades; algunas de ellas a nivel de doctorado como la Universidad de los Andes, en Bogotá y la Universidad Complutense de Madrid en España. Tiene 4 libros publicados y un sinnúmero de artículos en diversas revistas académicas en Colombia, España y México. Correo electrónico: elsa.blairt@gmail.com

VLADIMIR MONTOYA ARANGO. Titulado antropólogo por la Universidad de Antioquia y Doctor en Antropología Social y Cultural por la Universidad de Barcelona. Su ciclo de vida profesoral lo ha desarrollado en la Universidad de Antioquia, desde profesor de cátedra hasta su actual calidad de profesor titular adscrito al Instituto de Estudios Regionales. Ha participado activamente de la maestría y doctorado en Estudios Socioespaciales y de otros programas de formación de pregrado y posgrado en dicha Universidad y como profesor invitado en otras universidades de Brasil, Argentina, Chile y México. Se ha integrado al Grupo Estudios del Territorio y participa de programas de investigación en geografías del conocimiento, procesos de configuración del espacio y construcción de paz territorial. Correo electrónico: vladimir.montoya@udea.edu.co

ÁLVARO GUZMÁN BARNEY. Profesor Titular jubilado Universidad del Valle. Ph.D. en Sociología New School for Social Research, Nueva York. Énfasis de investigación en Acción Colectiva y Formación de Estado. Investigaciones específicas y publicaciones en estudios regionales y urbanos sobre violencia y criminalidad. Interés en relacionar el conflicto con la construcción del orden social y en el diseño de políticas públicas de Seguridad Ciudadana. Correo electrónico: guzmanbarneyalvaro@gmail.com

ALBA NUBIA RODRÍGUEZ PIZARRO. Profesora titular de la Escuela de Trabajo Social y Desarrollo Humano. Antropóloga de la Universidad del Cauca, Magíster en Sociología de la Universidad del Valle y Doctora en Sociología de la Universidad Complutense de Madrid. Profesora investigadora del Centro de Investigaciones y Estudios de Género, Mujer y Sociedad de la Universidad del Valle e integrante de los grupos de Investigación Acción Colectiva y Cambio Social -ACASO del Departamento de Sociología- y Sujetos y Acciones Colectivas de la Escuela de Trabajo Social. Coordinadora del Doctorado en Estudios para la Paz de la Universidad del Valle. Entre sus intereses de actuación e investigación están género y acción colectiva, género y violencia, género y educación, género y construcción de paz. Correo electrónico: alba.rodriguez@correounivalle.edu.co

JUAN CAMILO DOMÍNGUEZ CARDONA. Sociólogo, Magíster en Estudios Socioespaciales y estudiante del Doctorado en Estudios socioespaciales de la Universidad de Antioquia. Entre 2017 y 2021 fue Coordinador de Posgrados del Instituto de Estudios Regionales de la Universidad de Antioquia, y desde 2021 es profesor ocasional del mismo Instituto. Sus intereses académicos han estado en torno a la teoría socioespacial, los estudios comparados del conflicto armado colombiano, la producción de la paz en Colombia y los estudios sobre fútbol e hinchadas. Correo electrónico: camilo.dominguez@udea.edu.co

CÉSAR ANDRÉS OSPINA MESA. Filósofo y Magíster en Estudios Culturales de la Pontificia Universidad Javeriana. Doctor en Ciencias Sociales de la Universidad de Antioquia. Especialista en métodos y técnicas de la investigación social CLACSO. Es docente del Instituto de Estudios Regionales, asignado al campus Oriente de la Universidad de Antioquia e investigador del Grupo Estudios

del Territorio. Sus intereses investigativos se enfocan en las cartografías críticas, geografías del conocimiento, desarrollo territorial e investigación social. Actualmente es el coordinador de la Especialización en teorías, métodos y técnicas de la investigación social del Instituto de Estudios Regionales. Correo electrónico: cesara.ospina@udea.edu.co

NATALIA QUICENO TORO. Profesora asociada de la Universidad de Antioquia. Antropóloga y Magíster en Ciencias Políticas de la Universidad de Antioquia, Doctora en Antropología social de la Universidad Federal de Río de Janeiro, Museo Nacional. Ha concentrado sus procesos de investigación en torno a la migración forzada, la memoria y las lecturas del conflicto armado en Colombia desde una perspectiva etnográfica. Viene trabajando desde el 2010 con comunidades negras en la región del medio Atrato sobre prácticas de reparación, resistencia y reconstrucción de la vida en territorios afectados por la guerra. Investigadora del grupo Cultura, violencia y territorio adscrito al Instituto de Estudios Regionales. Correo electrónico: natalia.quiceno@udea.edu.co

PAULA SANÍN NARANJO. Antropóloga y Magíster en Ciencia Política de la Universidad de Antioquia. Se ha interesado en procesos de movilidad humana y migración, conflicto armado colombiano, construcción de paz y estudios socioambientales. Actualmente, trabaja con una organización internacional en procesos de acompañamiento a familias migrantes en Estados Unidos. Correo electrónico: psanin@gmail.com

CLAUDIA PUERTA SILVA. Profesora titular de antropología de la Facultad de Ciencias Sociales y Humanas y coordinadora del grupo de Recursos Estratégicos, Región y Dinámicas Socioambientales (RERDSA) adscrito al Instituto de Estudios Regionales, INER. Graduada de antropología de la Universidad de Antioquia, con maestría y doctorado en antropología social y etnología en la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales de París. Fue directora del INER (2012-2015) y lideró la metodología para la construcción colectiva del Plan de Desarrollo 2017-2026 de la Universidad de Antioquia. Sus investigaciones se han focalizado en conflictos socioambientales, análisis críticos del desarrollo y el bienestar, la gestión autóctona de la vida y del territorio, la participación política y la configuración de ciudadanías con relación a las políticas públicas

de salud, nutrición y calidad de vida. Sus investigaciones se orientan desde la generación de conocimiento básico y aplicado, en modalidades colaborativas y comprometidas con las comunidades locales, especialmente el pueblo indígena wayuu. Correo electrónico: claudia.puerta@udea.edu.co

LUIS ANTONIO RAMÍREZ ZULUAGA. Filósofo de la Universidad de Antioquia, Magíster en Filosofía de la Universidad Michel de Montaigne - Burdeos y Doctor en Filosofía de la Universidad de Antioquia. Entre 2007 y 2017 trabajó en la Universidad de Antioquia como profesor de cátedra y ocasional en varios institutos y facultades. Actualmente es profesor titular, integrante del grupo de investigación Cultura, Violencia y Territorio y director del Instituto de Estudios Regionales. Sus intereses investigativos giran en torno al poder, el sujeto, la biopolítica, los dispositivos humanitarios, los mecanismos de reparación a víctimas y las transiciones políticas. Correo electrónico: lantonio.ramirez@udea.edu.co

LIDA SEPÚLVEDA LÓPEZ. Licenciada en Educación básica en Ciencias Sociales y Magíster en Estudios Socioespaciales de la Universidad de Antioquia. Entre 2015 y 2021 trabajó en la Universidad de Antioquia como profesora de cátedra y ocasional. Tiene experiencia en investigación y coordinación de proyectos ambientales, sobre género y educativos. Sus intereses investigativos están relacionados con temas de gobernanza ambiental y perspectiva de género, pedagogía territorial y ruralidad. Actualmente es profesora de cátedra de la Universidad de Antioquia. Correo electrónico: lida.sepulveda@udea.edu.co

ALEJANDRO PIMIENTA BETANCUR. Sociólogo y doctor en educación, es profesor del Instituto de Estudios Regionales de la Universidad de Antioquia, INER. Sus investigaciones y publicaciones recientes abordan tres líneas temáticas: 1. La educación, las geografías y la regionalización universitaria; 2. Las gobernanzas, la paz, el desarrollo y la participación ciudadana; y 3. Los estudios regionales, la gestión ambiental, la planeación y la perspectiva territorial. Actualmente es integrante del Grupo de Investigación Recursos Estratégicos, Región y Dinámicas Socioambientales-RERDSA, adscrito al INER. Correo electrónico: alejandro.pimienta@udea.edu.co

EULALIA HERNÁNDEZ CIRO. Historiadora y Doctora en Historia de la Universidad Nacional de Colombia, sede Medellín. Magíster en Estudios Socioespaciales. Profesora de la Universidad de Antioquia, adscrita al Instituto de Estudios Regionales, INER, y al Grupo Estudios del Territorio. Integrante de la Red Colombiana de Historia Urbana. Sus líneas de investigación son: historia urbana, teorías y metodologías de la historia, estudios urbanos y patrimonio y memoria. Correo electrónico: eulalia.hernandez@udea.edu.co

ANDRÉS GARCÍA SÁNCHEZ. Profesor asociado del Instituto de Estudios Regionales, INER, de la Universidad de Antioquia. Antropólogo y Magíster en Estudios Socioespaciales de la misma universidad y Doctor en Antropología Social de la Universidad Federal del Amazonas. Entre sus intereses de investigación y actuación profesional están los conflictos socioambientales y territoriales, estudios afrocolombianos y etnicidad, conflicto armado y construcción de paz, movilización social, etnografía y cartografía social. Actualmente es coordinador del Grupo Estudios del Territorio adscrito al INER. Correo electrónico: andres.garcia1@udea.edu.co

CARLO EMILIO PIAZZINI SUÁREZ. Graduado en antropología por la Universidad de Antioquia, Magíster en historia de la Universidad Nacional de Colombia y Doctor en historia de la Universidad de los Andes. Tiene experiencia en investigaciones arqueológicas, históricas y antropológicas, y ha participado en iniciativas académicas de formación de posgrado en el campo de los estudios sobre espacio y sociedad. Se ha desempeñado como subdirector científico del Instituto Colombiano de Antropología e Historia, consultor de estudios ambientales, asesor en ordenamiento territorial y políticas culturales, y docente universitario de pregrado, maestría y doctorado. Actualmente es profesor titular del Instituto de Estudios Regionales, INER, de la Universidad de Antioquia. Correo electrónico: carlo.piazzini@udea.edu.co

Ministerio de
Filosofía y
AGOSTO DE 2024



Esta publicación se compuso en caracteres